Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL RENACIMIENTO

PERIODICO LITERARIO

TOMO II.

MEXICO.

1869

Lit. de Ipiarte. Sta Clara. 23.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL

RENACIMIENTO

PERIÓDICO LITERARIO

TOMO II.

EDITORES

DIAZ DE LEON Y WHITE.

REDACTORES:

IGNACIO RAMIREZ. JOSÉ SEBASTIAN SEGURA. FRANCISCO PIMENTEL. MANUEL OROZCO Y BERRA.
GUILLERMO PRIETO. MANUEL PEREDO. JUSTO SIERRA. GONZALO A. ESTEVA.

Redactor en gefe,
IGNACIO M. ALTAMIRANO.

COLABORADORES:

SEÑORAS: ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI,
ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS,
SOLEDAD MANERO DE FERRER.
SRITAS: GERTRUDIS TENORIO ZAVALA,
MANUELA L. VERNA,
MARÍA DEL PILAR MORENO.
CASIMIRO COLLADO.
OLOARDO HASSEY.
ANSELMO DE LA PORTILLA.
MANUEL PAYNO.
V. RIVA PALACIO.
MANUEL Mª DE ZAMACONA.
JOSÉ T. DE CUELLAR.
LUIS G. ORTIZ.
P. IGNACIO M. MONTES DE OCA.
ALFREDO CHAVERO.

J. RAFAEL DE CASTRO.
JOSÉ RIVERA Y RIO.
JOSÉ MARIA BANDERA.
JOSÉ ROSAS.
LUIS PONCE.
ANICETO ORTEGA.
PEDRO SANTACILIA.
RICARDO ITUARTE.
JOSÉ PEON CONTRERAS.
ENRIQUE DE OLAVARRIA.
ESTÉBAN G. VERÁSTEGUI.
JULIAN MONTIEL.
HILARION FRIAS Y SOTO.
FRANCISCO VILLALOBOS.
EMILIO REY.
JOAQUIN M. ALCALDE.
JOAQUIN TELLEZ.
JOSÉ DE J. CUEVAS.

GUSTAVO GOSDAWA.
LUIS G. PASTOR.
JUAN A. MATEOS.
MANUEL LOPEZ MEOQUI.
CÁRLOS DE GAGERN.
MARTIN F. JÁUREGUI.
PEDRO LANDÁZURI.
FELICIANO MARIN.
JOAQUIN ARRONIZ. (hijo)
NICETO DE ZAMACOIS.
RAFAEL DE ZAYAS.
MANUEL D. MIRON.
ANTONIO F. PORTILLA.
ALFREDO TORROELLA.
GUILLERMO A. ESTEVA.
MANUEL DE OLAGUIBEL.
ANTONIO G. PEREZ.
JUAN CLEMENTE ZENEA.

SANTIAGO SIERRA.
FRANCISCO SOSA.
IGNACIO CORNEJO.
J. J. ARRIAGA.
ANTONIO DOMINGUEZ SALAZAR
MANUEL ACUÑA.
JAVIER SANTA MARIA.
EDUARDO RUIZ.
MANUEL SANCHEZ FACIO.
MANUEL SANCHEZ MÁRMOL.
LEON A. TORRE.
GABINO ORTIZ.
A. M. DE RIVERA.
J. M. DEL CASTILLO VELASCO.
ANTONIO GARCÍA CUBAS.
MANUEL FLORES.
VALENTIN UHINK.
MANUEL G. PRIETO.

MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON Y SANTIAGO WHITE,
SEGUNDA DE LA MONTERILLA NUM. 12.

1869

Digitized by Google

Digitized by Google

1869

INTRODUCCION

Cuando fundamos este periódico en Enero del presente año, abrigamos la conviccion de que el público, apreciando bondadosamente nuestros propósitos y nuestros trabajos, nos prestaria su eficaz apoyo, dando así una prueba del interés que le inspira el cultivo de las bellas letras.

No nos engañamos: el éxito ha correspondido á nuestras esperanzas, y podemos creer que el Renacimiento se ha establecido definitivamente. Nos alegramos de semejante resultado, porque de hoy en adelante la literatura mexicana contará con un órgano que la hará popular en nuestro país, la juventud tendrá una liza abierta en la que podrá venir á hacer sus primeros ensayos, y por último nuestro periódico llegará á ser un monumento en el que se examinarán mas tarde los grados de adelanto literario de la época presente.

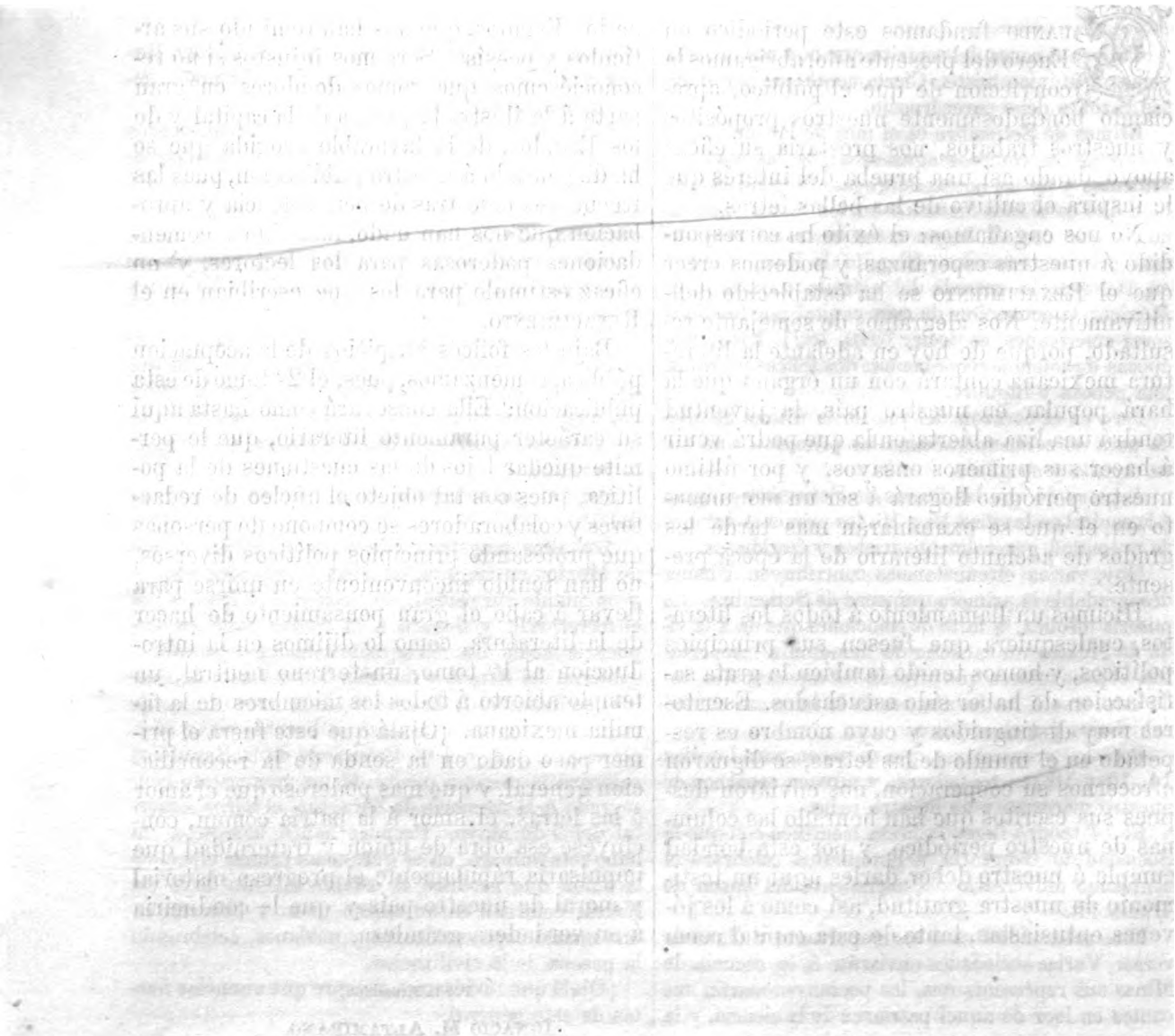
Hicimos un llamamiento á todos los literatos, cualesquiera que fuesen sus principios políticos, y hemos tenido tambien la grata satisfaccion de haber sido escuchados. Escritores muy distinguidos y cuyo nombre es respetado en el mundo de las letras, se dignaron ofrecernos su cooperacion, nos enviaron despues sus escritos que han honrado las columnas de nuestro periódico, y por esta bondad cumple á nuestro deber darles aquí un testimonio de nuestra gratitud, así como á los jóvenes entusiastas, tanto de esta capital como de los Estados, que nos han remitido sus artículos y poesías. Seriamos injustos si no reconociésemos que somos deudores en gran parte á la ilustrada prensa de la capital y de los Estados, de la favorable acogida que se ha dispensado á nuestra publicacion, pues las frecuentes muestras de benevolencia y aprobacion que nos han dado, han sido recomendaciones poderosas para los lectores, y un eficaz estímulo para los que escribian en el Renacimiento.

Bajo los felices auspicios de la aceptacion pública, comenzamos, pues, el 2º tomo de esta publicacion. Ella consevará como hasta aquí su carácter puramente literario, que le permite quedar lejos de las cuestiones de la política, pues con tal objeto el núcleo de redactores y colaboradores se compone de personas que profesando principios políticos diversos, no han tenido inconveniente en unirse para llevar á cabo el gran pensamiento de hacer de la literatura, como lo dijimos en la introduccion al 1er tomo, un terreno neutral, un templo abierto á todos los miembros de la familia mexicana. ¡Ojalá que este fuera el primer paso dado en la senda de la reconciliacion general, y que mas poderoso que el amor á las letras, el amor á la patria comun, concluyese esa obra de union y fraternidad que impulsaria rápidamente el progreso material y moral de nuestro país y que le conduciria á su verdadera grandeza.

Por la Redaccion,

Ignacio M. Altamirano.

Digitized by Google



Digitized by Google

CRONICA DE LA SEMANA.

Las fiestas de Setiembre.—El Ferrocarril.—Espectáculos.—*El Libro Rojo.*—*El Filopolita.*—El Sr. Zarco y el *Siglo XIX.*

México, Setiembre 4 de 1869.

Tal vez á causa del espíritu que hoy nos domina, vemos á México triste. Ciertamente que por diversas razones debe parecérnoslo.

El mes de Setiembre es el mes de las nubes negras y de los copiosos aguaceros; de las mañanas ardientes y de las noches lóbregas. Verdad es tambien que es el mes histórico en los fastos mexicanos, y que con él llegan como en tropel nuestros mas grandes recuerdos. El grito de Independencia en Dolores; la entrada del ejército trigarante en México; la ocupacion de esta capital por los invasores americanos, es decir: 1810, 1821, 1847: tres épocas de solemne recordacion: dos felices y gratas, una penosa y lúgubre.

Pero en el corazon del pueblo la última se olvida para no conmemorar sino las primeras, que son su orgullo y su gloria.

A pesar de que las fiestas de Setiembre alegran á la capital en los dias 15 y 16, los primeros del mes se presentan generalmente tristes y fastidiosos.

Hoy, varias circunstancias contribuyen á hacer desagradable la primera quincena de Setiembre. La miseria pública, la falta de emociones que da á la vida de México un carácter de monotonía insoportable, el poco interes que ofrecen los espectáculos, todo esto trae á los habitantes de la hermosa ciudad cabizbajos y melancólicos.

Pero los preparativos que se hacen para los dias 14, 15 y 16 son tentadores, y ofrecen sacarnos de nuestro marasmo y de nuestro tedio.

El 14 tendrá lugar la fiesta científica con que la Sociedad de Geografía y Estadística celebrará el centésimo aniversario del nacimiento del baron de Humboldt.

Esta solemnidad va á ser importante y digna de verse. Varias sociedades enviarán á la escuela de Minas sus representantes, los poetas entonarán sus cantos en loor de aquel patriarca de la ciencia, y la Sociedad de geografía ha encargado á Ignacio Ramirez el discurso respectivo, que no lo dudamos, será un monumento literario.

Muy engañados están los elegantuelos asistentes perpetuos á diversiones, si creen que en el salon de la Escuela de Minas van á saborear, la noche del 14, los cantos de las hermosas ó los acordes de la orquesta. En la severa fiesta científica no habrá zarzuela, se los aseguramos desde hoy para que se abstengan de ir, ellos que no buscan sino los trinos y los pitazos.

El 15 habrá lo de siempre, apretura en el teatro Nacional, culatazos en las puertas, muchachas lindas en los palcos, y discursos y versos en la tribuna, despues de lo cual, el pueblo *correrá gallo*, como siempre, recorriendo calles y plazas, si el tiempo lo permite.

Pero lo que se espera de notable es la novedad del 16.

Los altos magistrados de la nacion, la flor y nata de México en riqueza, en talento, en posicion social y en simple curiosidad, se marchará á Puebla por el ferrocarril, y llegará á la ciudad angélica despues de medio dia. En aquella estacion esperarán el gobierno del Estado y tambien la flor y nata de Puebla; se inaugurará de este modo el nuevo tramo de camino, y despues se asistirá al discurso cívico en la plaza de armas, y el C. Presidente de la República colocará la primera piedra de un monumento consagrado á la memoria de Zaragoza, el héroe inmortal del 5 de Mayo. Despues habrá banquete, un banquete opíparo, en el que, como primer efecto de la union que produce el establecimiento de la vía férrea, comerán en un mismo plato y beberán en una misma copa mexicanos y poblanos, celebrando la pascua de la civilizacion.

¡Ojalá que tuviésemos siempre que anunciar fiestas de este género!

Digitized by Google

De noticias literarias estamos escasos. Se ha anunciado por medio de elegantes carteles la publicacion de una obra asaz interesante, cuyos autores son los distinguidos literatos Don Vicente Riva Palacio y Don Manuel Payno. El título de la obra es *El libro rojo*, y contendrá la historia de todos los personajes célebres de México que han subido al cadalso ó que han sufrido muerte violenta; en suma, de todos los hechos famosos en que ha habido víctimas, desde los tiempos de la conquista hasta nuestros dias.

El libro llamará la atencion bajo todos aspectos. Hace algunos años que se publicó en Francia una obra de esta naturaleza y nosotros la hemos visto; pero segun estamos informados, los editores Diaz de Leon y White se proponen hacer una edicion superior á la francesa, tanto en la parte tipográfica como en las estampas. Sin duda alguna honrará al arte tipográfico en México.

En Guadalajara ha aparecido, el dia 16 de Agosto pasado, un periódico que por su objeto y carácter merece una mencion honrosa y especial. Llámase *El Filopolita*, y está destinado á las clases menesterosas, y especialmente á la indígena de Jalisco.

Saldrá cada semana y contendrá materias diversas, en su mayor parte consagradas á la ilustracion de las masas populares.

La aparicion de este semanario, así como la del *Periquito*, periódico dedicado á los niños, cuyo anuncio hicimos en una de nuestras crónicas del primer tomo, nos ha llenado de regocijo. Por fin, en la prensa se van aumentando los órganos que tienen por objeto exclusivo propagar la instruccion y la moralidad en el pueblo.

En nuestro país hacen falta, una gran falta, porque los pobres que carecen de medios para adquirir libros de enseñanza, fácilmente pueden pagar un periódico pequeño en que vayan recibiendo poco á poco las mas importantes nociones.

En Alemania y en los Estados-Unidos, es asombroso el número de periódicos de esta clase que llevan la propaganda de las ciencias, de las artes y de la moral á los pueblecitos mas insignificantes; y su aceptacion es tal, que los editores pueden sostener publicaciones magníficas, adornadas con bellas estampas, merced á las cuales apenas se inventa una máquina, un aparato hidráulico, un instrumento para la agricultura, las artes mecánicas, y aun para los trabajos domésticos, cuando todo el mundo los conoce, los estudia, los aprovecha. Así se explica el admirable progreso de aquellos pueblos.

Entre nosotros los medios de propaganda han sido escasísimos, y solo la política los ha explotado. En lo demas, muy cierto es por desgracia, que nos hallamos en un atraso lamentable. Por eso nuestros útiles de labranza, los instrumentos de nuestra industria manufacturera son los mismos que se usaban en el siglo XV, y apenas en las capitales de la República y de los Estados pueden verse aclimatados los progresos que en todas materias han hecho los pueblos cultos de Europa y de la América del Norte.

Ademas, los métodos de enseñanza primaria se resienten de los vicios tradicionales, los libros que sirven de texto dejan mucho que desear, los niños no pueden prepararse con los conocimientos indispensables á entrar en la vida civil, y las masas no la comprenden tampoco, limitándose á saber imperfectamente lo que quieren enseñarles en los tiempos electorales; es decir, el nombre del candidato y la fórmula de la eleccion.

Es tiempo ya de que la República busque su mejor apoyo en la instruccion popular. Los periódicos políticos mismos pueden desempeñar bien su mision, consagrando, como *El Filopolita*, parte de sus columnas, á enseñar cuáles son los derechos del pueblo; haciéndose esto en un estilo metódico, sencillo, claro y fácil, la ciencia política estará á la altura de todas las inteligencias, y llegará á ser en nuestro país lo que es en los Estados-Unidos, no un secreto cuya clave solo posean unos cuantos sacerdotes, sino una doctrina impresa, como la ley natural, en la conciencia de todos los ciudadanos.

Nosotros saludamos con efusion á nuestro nuevo colega de Jalisco, y le alentamos para que no desmaye en su filantrópica empresa de enseñar al pueblo pobre y al indígena, no solo sus derechos políticos, sino tambien las reglas para que mejore su condicion moral y material.

La separacion del Sr. Zarco de la redaccion del *Siglo XIX*, es un acontecimiento notable en la prensa mexicana. El ilustre patriota y honrado escritor, era una lumbrera en las árduas cuestiones de la cosa pública. Se confiaba en la sinceridad de sus principios constitucionales, en la pureza de su patriotismo, en la madurez de sus apreciaciones y en su experiencia y conocimiento de los hombres y las cosas de México.

Zarco es uno de los patriarcas de la Reforma, uno de los autores de la Carta Fundamental de la nacion. Por consiguiente, sus decisiones é interpretaciones tienen toda la autoridad que les dá el estudio profundo del autor de una ley, y la razon muy poderosa de haberla defendido constantemente no dejando torcer su espíritu, y contribuyendo á hacer realizables y duraderos sus grandes preceptos.

La robustez y vigor del árbol constitucional deberán mucho á los trabajos de Zarco que les ha sacrificado su salud, su bienestar, su vida entera.

Zarco, literato eminente, y de cuyos escritos puramente literarios tanto gustaba la sociedad mexicana, pudo, si hubiera querido, hacer de ellos la base de una fortuna regular.

Escribiendo sobre historia, sobre crítica, cultivando la literatura romanesca que si no ha enriquecido, sí ha producido bastante en estos últimos tiempos á los jóvenes que á ella se han dedicado, Zarco con su gran nombre, con su extraordinaria instruccion,

Digitized by Google

con su estilo elegante y gracioso, habria sentádose en el sitial de Cárlos Nodier, ó de Julio Janin, siendo el centro de un grupo de jóvenes entusiastas y afectuosos, y además habria podido conseguir una *dorada medianía* en la que vivir *feliz lejos de los negocios públicos.*

En vez de esto, Zarco, defensor de los derechos del pueblo y de la incolumidad de las leyes, prefirió permanecer en el bufete del periodista político, sufriendo como se sufre diariamente en semejante tarea.

Y ahora, cuando sus enfermedades le agobian, cuando se ve rodeado de pequeños niños á quienes hace falta su existencia, cuando el trabajo le mata, Zarco, se retira del *Siglo XIX*, pobre, como se retiró del ministerio de relaciones en 1861, y sin llevar mas recompensa que el respeto público y esa blancura santa y rara que brilla siempre en la frente de los hombres de bien.

Verdad es, que esto vale mas que los tesoros y el poderío; verdad es, que cuando se tiene la conciencia de haber llenado dignamente sus deberes, el amargo cáliz de la pobreza parece de néctar; verdad es, que el nombre de Zarco, conservándose como se ha conservado hasta aquí, pasará á la posteridad respetado y querido, como el de Heredia y como el de Ocampo. Su suerte es envidiable.

Repetimos, su separacion del *Siglo* ha conmovido á la prensa; pero si sus males debian crecer con ese trabajo asíduo que se habia impuesto, mas vale así; y abrigamos la esperanza de que pronto volverá lleno de salud á ilustrar al pueblo con su pluma y su palabra.

Entretanto, la redaccion del *Siglo* ha quedado encargada á nuestro amigo Antonio García Perez, bien conocido como escritor y como liberal. Se nos anuncia que Zarco aun ayudará á García Perez en sus tareas, y esto nos indica que sus males no son tan graves, ni su separacion del *Siglo* tan absoluta.

Reciba, pues, el Sr. Zarco, nuestros votos por su salud, y la expresion de nuestro sentimiento por su separacion temporal.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

IMITACION DE LORD BYRON.

Los que teneis un corazon fogoso,
Que sabe amar y que ama con locura,
No probareis el cáliz de ventura,
Porque el amor ardiente no es dichoso.
Los que sabeis amar en el reposo
Con ese amor que engendra la ternura,
No probareis el cáliz de tristura,
Porque amor apacible es venturoso.
Corazones, si amais, amad con fuego;
Para amar, padecer es necesario;
No es amar cuando se ama con sosiego;
Al santo amor el gocé le es contrario:
Corazones, amad y morid luego;
Así amó Jesucristo en el Calvario.

JOSE MONROY.

Guadalajara, Julio de 1869.

MAZEPPA.

Prólogo de una version castellana de este poema de Lord Byron.

I

Muchos han dicho porque así lo creian, y no pocos porque lo oyeron decir, que Lord Byron es el poeta de nuestro siglo. En rigor, aun no está definido, ni es acaso tiempo todavía de definir tal siglo, que, como los anteriores, ofrece al par que muchos males, algunos bienes. Si se le juzga bajo el aspecto de la falta de fé religiosa, del materialismo reinante, de la indiferencia, la burla y el sarcasmo que parecen constituir su rasgo fisionómico mas pronunciado, nadie le personifica mejor que el autor de Childe-Harold y de Beppo; mas tenemos por otra parte, que siendo otro de los rasgos característicos de nuestra época el no disimulado culto á la fuerza y á la fortuna, pocos escritores se han mostrado mas enemigos que Byron de la preponderancia de la una y de las ciegas injusticias de la otra. Sin conceder, pues, ni negar que Byron haya sido ó sea el poeta de su siglo en la acepcion que hoy se da á esta frase, nos limitaremos á asentar lo que es casi una banalidad, á saber: que tiene con él de comun la confusa mezcla de luz y sombra, de bien y mal que, por lo demás, hallamos en todos los siglos y en la humanidad toda, colectiva ó individualmente considerada.

La explicacion del carácter de los escritos de Lord Byron no se halla ni puede hallarse sino en el estudio de su vida pública y doméstica y de las circunstancias que le rodearon. Los arranques de duda é impiedad, los dardos de odio y sarcasmo que aquellos contienen, al lado de las flores de la ternura y el afecto mas delicados, y de los destellos mas nobles que puedan irradiar de los focos de la inteligencia y del sentimiento, ó sea del cerebro y el corazon, corresponden cumplidamente á los defectos de la educacion del escritor; á la corriente de ideas á la sazon desatada por la escuela de Voltaire y por la revolucion francesa, y que halló, naturalmente, cauces mucho mas adecuados en los países en que imperaba el protestantismo; á la falta de calor en el hogar paterno; á la imperfeccion física de que adoleció desde niño; á la crudeza con que fueron criticadas sus primeras producciones; á la frialdad con que de la aristocracia británica fué acogido en la cámara de los Lores; á sus instintos de prodigalidad y libertinaje; al abandono de su esposa; al tierno y verdadero cariño que á esta y á su hija profesaba, y al espíritu de libertad é independencia que le llevó á combatir contra los opresores de la Grecia. ¿Qué hombre no es un caos incomprensible á los demás y á sí mismo?

No es dado, seguramente, calcular la benéfica trascendencia que, juzgando segun nuestras ideas, habrian tenido en el órden moral y social los escri-

Digitized by Google

tos de Lord Byron, si á la intensidad é impetuosidad de sus afectos, y á la soltura, la gracia, la precision y el inimitable vigor de su palabra, hubiese unido la fé del Dante, el respeto á las cosas sagradas que nunca abandonó al poeta dramático mas grande de todos los siglos, Shakespeare, y las tendencias reparadoras que inmortalizan á Chateaubriand, por mas que sus medios hayan resultado acaso inferiores á su fin. Entonces sí habria sido Byron el poeta de su siglo en la acepcion que nosotros damos á la frase; es decir, no el simple reflejo de sus ideas y costumbres, que la historia es sobradísima á consignar; sino el creador de aquello que falta á la humanidad en alguno de sus períodos, el incansable perseguidor del mal, el propugnador del consuelo, el guía que marcha con la bandera de la verdad y del bien á la cabeza de una generacion á quien los ha dado á conocer y gustar.

No ha sido otorgado á nuestro siglo un poeta así, y Byron, tal como es, al mismo tiempo que nos mueve á rendir tributo de admiracion á su inteligencia y á su palabra, nos fuerza á deplorar su falta de aquellas fé y bondad que reputamos cimiento preciso del ingenio, y que brillan en la frente de los grandes pensadores en todas las épocas del mundo. La actual debe al poeta de quien hablamos, juntamente con algunos goces intelectuales, el pábulo que ha arrojado en la hoguera de las pasiones, el impulso que ha dado á los hombres en el sendero de la indiferencia y el materialismo.

II

Lógico parece que quien lea el anterior bosquejo de un juicio respecto de Byron y sus obras, se pregunte cómo es que quien formula aquel se haya dado á traducir alguna de estas. Trataremos de explicar brevemente el móvil de nuestra labor.

Queda indicado que en los poemas del bardo inglés, junto á ideas y pasajes de que la piedad religiosa y la moral deben quejarse—si bien mas veneno acaso del que contienen las obras todas de Byron encierre cualquiera de las últimas novelas de Víctor Hugo, por ejemplo—hay bellezas literarias de primer órden. Tales bellezas merecen ser estudiadas, y su conocimiento podria hacer adelantar un arte que manifiestamente decae en los pueblos que hablan la lengua castellana, y en que los buenos modelos llevan tiempo de sustituidos por las modernas producciones francesas mas en boga. La imitacion de tales bellezas en la forma de escritos cuyas tendencias sean sanas y útiles, produciria un bien positivo haciendo que el lector se acostumbrara á preferir el atractivo del arte aplicado á sus mas nobles fines, al atractivo meramente sensual que las novelas que hoy busca le ofrecen por la naturaleza del asunto, nublando su inteligencia y desmoralizándole.

El deseo de estudiar y de popularizar las bellezas á que nos referimos, indujo á un simple aficionado á emprender en ratos perdidos la version castellana del «Mazeppa,» que ciertamente no daria á la estampa si creyera nociva su lectura. Pero ni en este poema, no obstante algunos lunares de materialismo, halla los alardes irreligiosos que en otros del autor, ni el rencor y el espíritu sarcástico que caracterizan al protagonista son de suyo contagiosos ni siquiera simpáticos; y si bien el amor que figura en la primera parte de la narracion de Mazeppa es ilegítimo, ni aparece en descripciones lúbricas, ni siquiera libres, ni resulta impune, sino sobradamente castigado con los horribles padecimientos que produjo. Cree, por lo mismo, el traductor que no hay inconveniente en ofrecer al reducido círculo de las personas aficionadas á la poesía, su humilde trabajo.

III

Mazeppa fué un ente real, y si la imaginacion del poeta ha dado brillo y animacion al cuadro de sus aventuras, el fondo de estas es cierto y hasta histórico, lo mismo que el personaje. Hé aquí algunas líneas de Voltaire y de Barrow que á él y al desastre de Poltawa se refieren, que inspiraron el poema de Lord Byron, y que este ó los editores insertan á la cabeza ó al calce del citado poema en la edicion de sus obras completas:

«..... Quien ocupaba entonces tal puesto era un gentilhombre polaco llamado Mazeppa, nacido en el palatinado de Podolia: formóse en calidad de paje de Juan Casimiro, y adquirió en su corte alguna tintura de bellas letras. En su juventud, habiendo sido descubierta la intriga que anudó con la esposa de un gentilhombre polaco, este hízole atar enteramente desnudo á un caballo silvestre, y le dejó partir así. El caballo, que era del país de Ukrania, regresó á tal region llevando consigo á Mazeppa, medio muerto de hambre y fatiga. Socorriéronle algunos campesinos, permaneció entre ellos largo tiempo, y se distinguió en varias expediciones contra los tártaros. Adquirióle la superioridad de sus luces gran consideracion entre los cosacos, y su reputacion, que se aumentaba de dia en dia, obligó al czar á hacerle príncipe de Ukrania.» VOLTAIRE. *Histoire de Charles XII.*

«..... Huyendo el rey y perseguido, matáronle el caballo, y dióle el suyo el coronel Gieta, que estaba herido y desangrándose por completo. De modo que dos veces fué subido á caballo en la fuga el conquistador que no habia podido montar durante la batalla.» IBID.

«..... El rey tomó con algunos ginetes otro camino, y como el carruaje en que iba se rompió durante la marcha, ayudáronle á montar de nuevo. Para colmo de desdichas, extravióse por la noche en un bosque, donde, no pudiendo ya su energía suplir sus agotadas fuerzas, haciéndosele con el cansancio mas insoportables los dolores de la herida, y habiéndosele rendido el caballo, acostóse por espa-

Digitized by Google

cio de algunas horas al pié de un árbol, á riesgo de ser á cada instante sorprendido de los vencedores, que le buscaban por todas partes.» IBID.

«..... Advirtiendo Cárlos que la batalla estaba perdida y que su sola probabilidad de salvarse consistia en retirarse con la mayor precipitacion, resignóse á que le subieran á caballo, y con los restos de su ejército huyó á un punto llamado Perewolochna, en el ángulo que forma la confluencia del Vorskla y el Borístenes. De allí, acompañado de Mazeppa y de unos cuantos centenares de subordinados suyos, atravesó Cárlos el segundo rio, y recorriendo una comarca desolada, á riesgo de perecer de hambre, llegó, al cabo, al Bog, donde fué benévolamente recibido del bajá turco. El enviado ruso á la Sublime Puerta, pidió que Mazeppa fuese entregado á Pedro; pero el antiguo hétman de los cosacos evitó semejante destino, tomando un veneno que aceleró su muerte.» BARROW'S *Memoire of the life of Peter the Great.*

Una nota del original inglés dice que en esta misma obra de Barrow se hallan otras noticias auténticas é interesantes acerca de Mazeppa.

IV

El poema fué escrito en Ravena en 1818, y en esta, como en la generalidad de sus composiciones, Lord Byron fundió en mucha parte el carácter del protagonista en el molde de sus propios sentimientos é ideas, y hasta aludió, acaso, á circunstancias de su vida, pues leemos á tal respecto en una de las notas de sus comentadores:

«Imposible es no sospechar que el poeta haya tenido algunas circunstancias de su historia personal presentes en la imaginacion al retratar á la bella polaca Teresa, su primer amor, y al describir la ira del celoso Conde Palatino.»

La aparicion del poema causó entusiasmo literario en la Gran Bretaña. Algunos críticos compararon en vigor y brillo la narracion de Mazeppa con las que hay en las mejores novelas de Walter Scott, llamando especialmente la atencion hácia los pasajes descriptivos de la carrera del caballo y de la tenaz persecucion de los lobos. Una de las revistas inglesas contemporáneas juzgó la obra en estos términos:

«Mazeppa» es el ingenioso y bello bosquejo de un hecho histórico, y le conceptuamos digno por todos títulos de su autor. El hecho es el bien sabido del jóven polaco que, atado en completa desnudez al lomo de un caballo silvestre á consecuencia de una intriga con la esposa de uno de los principales nobles de su país, fué llevado por el bruto hasta el corazon de la Ukrania, y recogido allí por algunos cosacos en estado que no hacia concebir esperanzas de vida, se restableció, y fué mucho tiempo despues príncipe y gefe de aquellos á quienes aparecióse de un modo tan extraordinario. Lord Byron ha trazado los raros y terribles incidentes de tal aventura, poniéndolos en tono joco-serio en boca del mismo Mazeppa, quien los refiere nada menos que á Cárlos XII de Suecia, en alguna de cuyas últimas campañas el hétman de los cosacos tuvo distinguida parte. El relato es hecho durante el alto de Cárlos y de los pocos amigos que huian con él hácia Turquía, despues de la sangrienta derrota de Poltawa. Hay no escasas belleza y gracia en este modo de formar el cuadro: la edad de Mazeppa, la tranquila práctica indiferencia con que se resigna á las peores realidades de la fortuna; la heróica y descuidada frialdad del real personaje á quien habla; los peligrosos y terríficos accesorios de la escena en torno del narrador y de su auditorio, todo conspira á producir cierta mágia, al par que de preparacion de contraste, sobre la rústica historia del hétman. Nada tampoco hay mas bello que la pintura del criminal amor cuyos frutos tan maravillosos han sido.»

A este breve juicio agregaremos algunas de nuestras propias ideas acerca del mismo poema.

Ademas de fundarse su asunto en un hecho que pudiéramos llamar histórico, y de serlo el protagonista, aquel se relaciona del modo mas natural con un grande hecho positivamente histórico, el de la derrota de Cárlos XII de Suecia en Poltawa y su fuga al territorio otomano. Y á las circunstancias de lo real y efectivo y de lo extraño y terrible de los sucesos, únense la riqueza de imaginacion y la propiedad y elocuencia de la frase en el desempeño de la obra, cuyos detalles todos llevan el sello de la verdad relativa, de que nunca es lícito apartarse. Así, pues, el asunto y la forma interesan al par en dicha obra, que llena, por lo mismo, la primera de las condiciones literarias de las de su género.

Cuatro son los caractéres que aquí figuran: el de Teresa, bella, amante, débil y desgraciada; el del Conde Palatino, orgulloso, fátuo mas bien, y bajo en sus sentimientos; el de Cárlos XII de Suecia, que en su papel de simple oyente conserva la brusquedad y sangre fria con que nos le pinta la historia; y el de Mazeppa, mezcla de ternura y rencor, de debilidad y de fuerza, de respeto y mordacidad, de sereno valor y de negro espíritu de venganza; tipo del aventurero que, avezado á todas las luchas y á todos los peligros, ve con imperturbable indiferencia los cambios y vicisitudes de la suerte. Este último personaje es el centro y eje del drama, y el haberle conservado superioridad de interés respecto de su real oyente, ha sido un triunfo del arte.

Hay tambien que admirar la sencillez y unidad de la accion, el modo de exponerla y la íntima conexion establecida entre la accion misma y los accesorios todos del poema. La accion estriba únicamente en los amores de Mazeppa y su castigo, y marcha directa y rápidamente al desenlace, no obstante las frecuentísimas digresiones del narrador, quien solo incidentalmente hace saber los sucesos posteriores de su vida, sucesos que así sabidos aumentan el interes de la accion sin perjudicar á su unidad. La exposicion se halla en el relato del pro-

Digitized by Google

tagonista, hecho en momentos, sitios y circunstancias, y en presencia de oyentes que duplican el interes intrínseco de la narracion. El enlace de la accion y de los accesorios es tal, que ni en los pasajes relativos á los mas antiguos y terribles lances del hétman, puede el lector olvidar el desastre de Poltawa, la fuga del vencido y herido rey, su alto con el resto de sus guerreros en el bosque en cuyo fondo ya brillan las fogatas de sus perseguidores, y el anhelo de aquella gente por atravesar la frontera turca para eximirse de la esclavitud ó la muerte que les reserva el vencedor. Si fué dominada la dificultad de conservar al carácter de Mazeppa superioridad de interes respecto de Cárlos XII, tambien lo ha sido la dificultad de hacer que la historia del mismo Mazeppa resulte aun mas interesante que el solemne y grandioso cuadro en que aparece. La combinacion es, pues, cabal y perfecta.

En cuanto á ejecucion, sorprenden la verdad, la energía y el brillo en la pintura de hechos y de sentimientos; y si repugnan el espíritu rencoroso y vengativo del protagonista y la mordacidad que ceba en los nobles, en los maridos, en el monarca que le oye, en el objeto de su amor y hasta en sí mismo, ¿qué hay de mas hermoso que otros rasgos de su propio carácter; que el retrato de Teresa y la expresion del afecto que esta le inspiró y que aun guarda en su vejez en el fondo de su corazon; que las pinturas del bruto en que fué enviado á la muerte, de los caballos del desierto que ~~salen á su encuentro~~, de las sensaciones de la agonía y del regreso á la vida en la cabaña del cosaco? ¿Qué hay de mas animado y terrible que la carrera del corcel salvaje al través de llanuras, bosques y rios, llevando consigo al sér humano entregado sin medios de defensa á su furia? Y nótese que ocupando la descripcion de esta carrera mas de la mitad del poema, no decae ni se resiente de la monotonía en que un escritor de inferiores dotes habria indudablemente incurrido. Al despecho y furor del ginete suceden sus padecimientos morales y físicos, como al ímpetu feroz del caballo siguen el cansancio y la muerte: á la desaparicion de ciudades y aldeas y de todo rastro humano, siguen el espectáculo del desierto y el bosque y la terrible aparicion de lobos y cuervos que olfatean su presa y corren tras ella ó revolotean en torno suyo. La variedad y el interes van en progresion no interrumpida hasta el fin, y no hay una sola imágen repetida, ni una sola idea que no lleve el sello de la originalidad y el buen gusto que campean en el poema todo.

V

Séanos permitido agregar dos palabras acerca de esta version castellana del «Mazeppa.»

Antes de hacerla, conociamos la traduccion francesa de Benjamin Laroche, y otra castellana, anónima, publicada en algun periódico de Méxiço por el año de 1854. La francesa es fiel, completa y esmerada en su estilo; pero ha sido hecha en prosa, lo cual ofrece, desde luego, dos inconvenientes: 1º, la expresion carece del vigor que indudablemente le prestan el metro y la rima; 2º, el estilo de una buena composicion en verso es tan diferente del de la buena prosa, que la version en prosa de un poema en verso se nos hace tan impasable casi como la versificacion de un escrito en prosa, aun cuando este fuese la «Galatea» de Cervantes. La traduccion castellana anónima, ademas de estos dos inconvenientes, tiene el de que el texto ha sido truncado en algunas partes, mal comprendido en otras, y mal vertido en todas, por defectos mas ó menos graves de elocucion.

Lo expuesto mas arriba y en el último párrafo nos decidió á emprender la traduccion en verso á que sirven de prefacio estas líneas. Aunque, en fuerza de teson y trabajo, el traductor cree haber comprendido exactamente el texto inglés, no entraba en sus ideas reducirse á los límites de la version servil de todas y cada una de sus palabras. El deseo de dar á la traduccion algo de la soltura y del vigor del original, indújole á campear con cierta libertad, conservando con la exactitud posible la narracion de los hechos, la expresion de las ideas y el carácter de las imágenes, si bien modificando, alterando y hasta omitiendo detalles que habrian resultado oscuros ó impropios en nuestro idioma; y procurando, por regla general, ~~concisar~~ el texto en vez de desleirle. No obstante la libertad con que ha procedido queriendo huir del amaneramiento y la rigidez de traducciones demasiado ajustadas, tiene que apelar á la indulgencia de la crítica respecto de la inevitable dureza de algunos versos en que no podia variar la frase sin pérdida de pensamientos ó figuras que, en la medida de la fidelidad que se impuso, juzgó preciso conservar.

Aunque todo el poema fué escrito por Lord Byron en un solo género de metro y de rima, el traductor le ha vertido en varios, para hacerse y hacer al lector menos cansado su trabajo, y tambien para aprovecharse de las ventajas que la versificacion castellana ofrece en la abundante diversidad de sus combinaciones, adaptándolas á los asuntos de la composicion.

J. M. Roa Bárcena.

México, Diciembre de 1868.

PENSAMIENTOS.

Hay viejas que darian su alma por encontrar la fuente de Juvencio.

Las mujeres nunca encuentran inverosímil una lisonja que se les dirige.

Las mujeres son como los niños: solo lloran por sus caidas, cuando las ven.

El matrimonio es como la crinolina. Todo el mundo habla mal de ella, pero todo el mundo la cree útil para su familia.

Digitized by Google

APÓSTROFE

AL SOL.

Al Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

....Te ve surgir la muchedumbre inquieta
Del blanco seno de la rubia aurora;
Pero la loca muchedumbre ignora
Lo que dices al alma del poeta.

El hombre al verte majestuoso, piensa
Que eres tú cuando asomas en Oriente,
Monarca del espacio, independiente,
I que es tu gloria como el cielo, inmensa.

¡No eres libre! Jamás! Tu rayo abarca
Siempre el mismo arenal, el monte mismo,
Siempre bajas al fondo de un abismo,
Siempre prestas tu luz á una comarca.

¿I es esclava esa luz en que me inundo,
I esclava del capricho de los dias?....
Sí; que si fueras libre, alumbrarias
Otro cielo, otras gentes i otro mundo.

¡Oh! cuántas veces al besar las flores
Donde tu rayo por amor delira,
El cruel destino te ha gritado: ¡gira!
I habrás dado la espalda á tus amores.

¡I cuántas veces en la noche umbría,
Al ronco estruendo del cañon rugiente,
Quisiste al héroe iluminar la frente,
I Dios dijo: ¡No es tiempo todavía!

¡Qué triste te ha de ser, Sol poderoso,
Gigante en el espacio desterrado,
Cuando dejas el trópico abrasado
Besar la nieve del Ural breñoso!

¡Qué triste lucirás en el Vesubio
Despues que brillas en los montes mios,
I tendrás como fuego en estos rios
Palidez en las aguas del Danubio!

I dejarás la luz que reverbera
De la augusta verdad en homenaje,
Alumbrando al carnívoro salvaje
Que lucha con la indómita pantera.

¿Quién libre te llamó? Título falso;
Acaso son tus hierros merecidos,
Que yo he visto tus rayos confundidos
En el charco de sangre del cadalso.

Cesó el llanto fatal de los que gimen
Cuando doblan el libre pensamiento:
El mismo Sol, el rei del firmamento,
Alumbra la virtud i alumbra el crímen.

ALFREDO TORROELLA.

A ITUMELA.

¿No estás triste, Itumela, nunca lloras?
Sueños de amor se agitan en tu mente;
Alegre miras deslizar las horas
En brazos de un bellísimo presente.
Tienes razon, hermosa; de la vida
Son encantados los primeros años;
¡Ojalá nunca sientas l'alma herida
Como queda al pasar los desengaños!
Para tí todo es bello todavía,
Todo tiene su encanto, su hermosura;
Pero yo, solo tengo en l'alma mia
Desencanto, fastidio y amargura.
Tú abandonas tu lecho en la mañana
Y el beso maternal sella tu frente,
Y oyes cantos de amor en tu ventana
A la luz de la luna refulgente.
Los dulces trinos del clarin sonoro,
De la llorona tórtola el gemido,
Y la cancion del ruiseñor canoro,
Juntos van siempre á regalar tu oido.
Las auras y las brisas perfumadas
Acarician tu frente pudorosa,
Al venir á ofrecerte enamoradas
El aroma del nardo y de la rosa.
Y sin soñar del mundo en el martirio,
Sonriendo ves los prados y las flores,
Y entusiasmada en juvenil delirio
Crees que todo habla de placer y amores.
Ni piensas en la pena destructora
Que un porvenir oscuro nos ofrece,
Ni percibes el llanto que devora
Al corazon del triste que padece.
Por eso, vida mia, nunca lloras,
Pues nadie piensa en los primeros años
En el dolor y las amargas horas
Que dejan al pasar los desengaños.
Por eso tu alma de placer henchida,
Que no conoce el padecer impío,
Sonriendo mira resbalar la vida,
Y todo es bello para tí, bien mio.
Mas, ¿qué hallará que le parezca hermoso
El alma que conservo adolorida,
Que halló feo, vacío y mentiroso
El corazon de una mujer querida?

MANUEL A. FERRER.

Jalapa, 1862.

EL HUERFANO.

Sin hogar, sin familia, sin ventura,
Caminas por el mundo abandonado;
Sufres, y tu dolor no es consolado;
Lloras, y nadie sabe tu amargura.
Amas, y no comprenden tu ternura;
Suplicas, y tu ruego es despreciado;
Esperas, pero estás desesperado;
Mueres, y no tendrás ni sepultura.
¡Ay! mientras vivas buscarás en vano
De una esposa la dulce compañía
Y de un amigo la benigna mano;
Pero al dejar del mundo la agonía,
Hallarás en cada ángel un hermano
Y en el cielo descanso y alegría.

JOSÉ MONROY.

Guadalajara, Julio de 1869.

Digitized by Google

LOS POETAS.

A I. M. ALTAMIRANO.

La poesía es una perenne revelacion de Dios en la humanidad. Los helenos la llamaban *Creacion*. Los latinos apellidaban á los ministros de ese culto inmortal de lo bello, *vates*, adivinos, y cuenta la tradicion que la pitonisa Phemonoé fué la primera que en el arrebato de la inspiracion profética, prorumpió en esa música del pensamiento que se llamó *verso*.

Yo creo á la poesía nacida con el canto, que iniciando al hombre en los goces misteriosos de la inteligencia, fué el primer vagido de la civilizacion.

¡Qué extraña belleza debió ser la de esa poesía primitiva, cuando la sombra del Creador se dibujaba en el firmamento de las noches genesiacas, y la tierra, aún tibia con el calor de la generacion, se estremecia bajo los piés de los hombres ríthmicos, y el hervoroso Océano, poblado de monstruos, guardaba un trueno en cada ola y una chispa eléctrica en cada embate! Qué grandiosa debió ser la poesía que se acompañaba con el estridor de aquellos huracanes cósmicos, y ante cuyos ojos reventaban las tremendas burbujas del mar, dejando escapar masas inconmensurables de humo y de lava, retorciéndose como hidras infernales en el cielo, azotando las nubes con sus caudas incandescentes, y arrastrando en su ascension constante grandes moles de rocas, como absorbidas por una tromba ignífera, que arrancaba los futuros continentes del seno tempestuoso de las aguas!

¿Qué labio humano podria decir á los hijos de la hora presente, gastados por el goce y por el dolor, una nota tan solo del primer himno balbucido en la presencia del sol, cuando los vientos desgarrando el toldo de brumas que cubria el cielo, se encendia súbitamente en los espacios aquella mirada de Dios, haciendo brotar la vida en donde quiera que tocaban los rayos de la inmensa pupila de fuego?

En esa misteriosa mañana de la historia, en que ya se encuentran formando inmensos grupos los pueblos orientales, la poesía es la madre de las concepciones teogónicas en que se hace tan patente la vecindad de las primeras edades.

Los poetas de aquellos tiempos son séres misteriosos que viven en el éxtasis. Algunas veces descienden á remover con su poderosa palabra las entrañas de la humanidad, cantando los altos hechos de los hombres, muy luego divinizados en su imaginacion, ó flagelando el crímen con el látigo implacable de la ira. *El metro ha sido inventado por la indignacion*, dice Valmiky en el Ramayana.

La personificacion del poeta en el principio de la civilizacion es Orfeo, es Anfion, los que adormecian las fieras y hacian danzar las rocas. La significacion que encierran estos mitos, es ya clara y luminosa como las de todas las leyendas fabulosas creadas por los griegos, ó á quien ellos han marcado con el sello indeleble de su inteligencia creadora. La inteligencia, enseñoreándose de los elementos orgánicos é inorgánicos de la naturaleza, fué sin duda la aurora de la civilizacion, que es la penetracion progresiva de Dios en la conciencia humana.

El papel del poeta está, pues, marcado desde la antigüedad, y la creacion típica de Orfeo, el intérprete de los ciclos, como le llama Horacio, muestra bien claramente cómo desde los mas remotos tiempos ha sido comprendida y venerada su mision. Era el intermediario entre la divinidad y el hombre, sabia el camino de la escala de Jacob, y los astros le descubrian sus secretos y le revelaban su armonía.

Y en efecto, la poesía es un verdadero sacerdocio, quizá el mas bello de todos. Si el alma del poeta tiene alas como los ángeles, éstas le han sido dadas para atravesar los espacios, para sorprender en lo desconocido una nota del himno misterioso de los cielos, y enseñársele al resto de los humanos en su lenguaje divino.

La historia de los poetas es la de los grandes pasos de la humanidad. Los cantos de Hesiodo inician al hombre en los goces sagrados del trabajo: Homero les hace amar la lucha para que han sido destinados, y amar la gloria, brillante ilusion de ultratumba que hace marchar sin tregua hácia adelante. Esquilo, ese condensador supremo de todos los dolores y de todas las esperanzas del género humano, ese creador de insólita potencia, con sus manos de titan llega á modelar el embrion del porvenir. Isaías, el gran poeta de la indignacion y del dolor, águila que roia las entrañas de ese monstruoso imperio asirio sobre cuyos escombros deformes debia levantarse el vidente hebreo, pulsaba el sagrado *Kinnor*, para anunciar al mundo el dia de la libertad. Lucrecio, el melancólico hijo de Epicuro, que escribió en el Olimpo pagano la palabra *mentira*, y volviendo su frente inspirada hácia algo que presiente pero que no ve, remueve la naturaleza con su lira, y lleno de una melancolía infinita niega y muere, resignado á la nada, el único infierno que el mas horrible fanatismo religioso no se ha atrevido á inventar; Lucrecio, cuyo libro leeremos muchas veces por temor de haberlo comprendido mal; Lucrecio, á quien hemos oido llamar el primer cristiano, es la protesta encarnada de toda la suma de virtud posible, en una sociedad que, como el Demóstenes frances, se rodeaba de flores en su lecho de muerte, y que con una serenidad que las sociedades modernas no pueden comprender, reia y cantaba en la agonía, en el mismo momento en que nacia de un pueblo de inquebrantable fé, el que debia permanecer por todos los siglos con los brazos abiertos al porvenir: Jesus.

La sociedad romana habia mezclado en sus venas el virus de todas las naciones: en el fondo de todas las civilizaciones habia un vacío, es decir, una perpetua amenaza de muerte: el imperio cosmopolita, fundado por César, lo aceptó todo: en la copa del pueblo rey iban mezclados todos los vicios, todas las

Digitized by Google

abominaciones: la comunion de las naciones paganas en los tiempos que precedieron al cristianismo, no era una ágape, era una orgía: aquello debia pasar.

Y pasó.

Pero á todas esas voluptuosidades debia mezclarse un dolor, un latigazo. Este latigazo se llamó Juvenal, el castigo hecho hombre.

La naciente religion del Nazareno tuvo tambien su gran poeta, leed profeta, *roë* en hebreo, Juan, el autor de ese libro sombrío é inmenso que se llama el Apocalipsis, libro que mientras mas se comprende se hace mas bello, el libro de las venganzas, que arrebata su voz á elementos desconocidos del mundo pagano, en cuya boca la imprecacion es mas iracunda que el trueno de las tempestades, y en cuya mano justiciera no está la férula que hiere, sino el rayo que mata y que aniquila.

El libro del proscrito es verdaderamente una revelacion. Jamás la ira revistió ropaje semejante; jamás la esperanza ciñó á su frente igual aureola. Todas las cóleras, todos los sufrimientos, cóleras y sufrimientos inauditos, rebosando en el corazon del pueblo hebreo y del pueblo cristiano, desbordaron terribles, incontenibles, formando un inmenso mar de absintio, de hiel; en medio de ese mar habia una gota de miel mas dulce que la del Himeto, era el nombre del Cristo, era la fé del mundo nuevo. Sí; es un libro divino el libro de Juan; sí, el Apocalipsis es una de las mas grandiosas estrofas del poema eterno.

Despues del Apocalipsis, la elaboracion inmensa de otra civilizacion sobre el cadáver del imperio, impide la florescencia del genio, ó ahoga el canto de los poetas entre el ruido inmenso de aquella inmensa tarea. La cultura latina habia muerto tan natural, tan irremediablemente, que la humanidad parecia haber retrogradado con la invasion de los bárbaros hasta las épocas primitivas.

Como en las épocas primitivas, las lenguas entraban en una segunda formacion. La Edad Media, que del mas monstruoso agrupamiento que registra la historia, formó de cataclismo en cataclismo las naciones modernas, tuvo su Homero:—Dante Alighieri.

JUSTO SIERRA.

(*Continuará.*)

SU TRIUNFO.

Luché por contrastar su poderío,
Por eludir su magia vencedora;
Y á las gracias inmensas que atesora
Quise osado cerrar el pecho mio.
¡Así mi loco desacato espío!
Miré á su faz con faz desdeñadora,
Y derribado y confundido ahora,
Besar sus huellas delirante ansío.
Corred, volad en pos de la hermosura;
¿Por qué pensar en descrecer sus glorias?
¿Del sol en ofuscar la lumbre pura?....
Presto humillados á sus piés os vea:
Y del carro tirar de sus victorias,
Vuestro destino y vuestra gloria sea.

J. J. DEL M.

Puebla, 1869.

CURIOSIDADES BIBLIOGRAFICAS.

ARTICULO PRIMERO.

Entre las muchas obras curiosas y casi desconocidas hoy en su mayor parte, que se conservaban todavía el año de 1852 en la *Biblioteca Colombina* de la catedral de Sevilla, una habia compuesta de dos gruesos volúmenes, en cuya portada, de impresion antigua, se leia el siguiente título: TEATRO ECLESIÁSTICO DE LA PRIMITIVA IGLESIA DE LAS INDIAS OCCIDENTALES, VIDAS DE SVS ARZOBISPOS, OBISPOS Y COSAS MEMORABLES DE SVS SEDES.—AL MVY ALTO Y MVY CATHÓLICO Y POR ESTO MVY PODEROSO SEÑOR REY D. FELIPE QVARTO DE LAS ESPAÑAS Y NVEVO MVNDO.—DEDÍCASELA SV CORONISTA MAYOR DE LAS INDIAS Y DE LOS REYNOS DE LAS DOS CASTILLAS EL MAESTRO GIL GONZALEZ DAVILA.—MADRID MDCXLIX.

Conocido por el título el asunto de la composicion, ya se deja comprender que esta encerraria necesariamente noticias curiosísimas sobre la historia de América; y en efecto, recomendábase aquel trabajo, más que por ninguna otra cosa, por los muchos informes que daba, así de los indios dominados como de los guerreros dominadores, pintándolos casi siempre tales como fueron en realidad unos y otros allá en los primeros tiempos, de suyo calamitosos, que se siguieron á la conquista.

Como el autor refiere punto por punto sin omitir cosa alguna, la vida y los hechos de los prelados que llegaban de España, siguiendo á cada uno de ellos en las diferentes peregrinaciones que emprendieron por tierras americanas; no se limita naturalmente en sus narraciones á determinado lugar; y habla de lo que sucedió, por ejemplo, en la isla española, lo mismo que cuenta lo que aconteció en Cuba, diciendo con igual conocimiento de los hombres y de las cosas, así lo que pasaba en México como lo que iba pasando por el rumbo de Goatemala, ó en las colonias entonces nacientes de la América del Sur.

Verdad es que no están de acuerdo con nuestra crítica filosófica de hoy las apreciaciones que hacia el cronista Gonzalez Dávila de los sucesos que narraba, porque natural era que campeasen en su escrito los errores y las preocupaciones de la época en que vivió; pero tambien es cierto que su libro, á pesar de los lunares que pudieran afearle, será en todos tiempos un archivo valioso de consulta, importante sobremanera para el que acometa la difícil empresa de escribir con buenos datos la historia completa de los pueblos americanos.

No entra, por supuesto, en nuestro pensamiento la idea, que seria irrealizable, de dar á conocer detenidamente esa obra en las páginas de esta publicacion; y nos contentaremos, por lo mismo, con reproducir algunos de sus párrafos mas curiosos, escogiendo de preferencia los que á México se refieren, seguros, como estamos, de que serán acogidos con gusto por todos nuestros lectores.

Dice el cronista Gonzalez Dávila (tomo I, pág. 7), que el primer nombrado para enseñar gramática en México, fué el bachiller Gonzalo Vazquez de Val-

Digitized by Google

verde, y que se le dió su título en 8 de Octubre de 1536, con el sueldo de 50 pesos, añadiendo que el año siguiente se fundó el colegio de Santiago.

Segun el mismo cronista, el primer catecismo que se imprimió en lengua mexicana para enseñanza de los indios, lo escribió el maestro J. Juan Ramirez, en 1537.

Mas adelante (pág. 8) trae las siguientes líneas:

«En las artes liberales y mecánicas se igualan sus naturales (los mexicanos) con lo mejor de la Europa; y en las letras assí divinas como humanas emparejando con lo lucido de España.»

En 1524 (pág. 20) se celebró en México el primer sínodo, donde se hallaron cinco clérigos, diez y nueve religiosos, seis letrados, y con ellos Don Fernando Cortés.

En 1532 (pág. 23) el virey Don Antonio de Mendoza llevó la imprenta á México, y fué el primer impresor Juan Pablos..... «Y el primer libro que se imprimió en el Nuevo mundo, fué el que escrivió San Jvan Clímaco con título de Escala espiritual para llegar al cielo, traducido de latin en castellano por el venerable padre Fr. Jvan de la Magdalena, Religioso Domínico.»

«En el año de 1530 (pág. 24) tuvo la Emperatriz aviso que las mujeres nobles de México vivian con sobrada ociosidad procedida en ellas y en ella, de la opulencia y riqueza, y embió una provision al Arzobispo para que se la intimasse en que las mandava y rogava, que porque de la ociosidad se siguen muy grandes daños, que todas se ocupassen en exercicios dignos de sus personas; y que si fuesse menester embiaria lino y todos los aliños de hilar.»— Este caso lo refiere el Dr. Cristóbal Mendez, médico de aquellos tiempos, en el libro que intituló del *Exercicio*, en que pregunta: *Si las mujeres hilando hacen ejercicio.*

Mas tarde (en 1554), se prohibió que hubiese en México plateros, joyeros, etc....., «para escusar la infinita ambicion de las mujeres y daños de gastos excesivos y dañosos.»

Segun el cronista (pág. 25), de 1524 á 1539 bautizaron los religiosos domínicos y franciscanos en México y sus contornos, 10.500,000 indios *sin contar* (agrega) *con los hechos por las otras órdenes*..... y fueron tantos los matrimonios que hubo dia de velarse mil indios.

En tiempo del arzobispo Don Fray Alonso de Montúfar, en 1556, dice el maestro Gil Gonzalez Dávila (pág. 33), que Pio V prohibió con censuras que ningun religioso de los que venian de Indias trajese á estos Reynos oro, plata, joyas ni otra cosa mas que lo necesario para el gasto del camino..... y que Felipe II suplicó á Pio llevase adelante tal prohibicion.

En 1585 (pág. 37) se celebró el segundo Concilio mexicano (el primero se habia celebrado en 1555), y..... «Los Padres deste Concilio, vnánimes y conformes fueron de parecer que á los Indios se les avia de dar su libertad.»

Aquí suspendemos para no dar demasiada extension á este artículo, dejando para el próximo lo que aún tenemos que copiar del erudito y entendido maestro Gil Gonzalez Dávila, cuyo trabajo, como antes dijimos, es un archivo inagotable de curiosas informaciones.

P. S.

EL SUICIDA Y LA PROVIDENCIA.

FABULA

Dedicada á las señoritas Dolores, Gabriela y Guadalupe Ramirez.

Un jóven, desgraciado en sus amores,
En un capricho dió de los peöres:
Ciego, la vida pretendió quitarse;
Mas no pudiendo el crímen efectuarse
Porque la bala le causó una herida
Que le hizo mal, dejándole la vida,
Salióse una mañana muy temprano
Con un fuerte cordel en una mano,
Una pistola y un pomito, lleno
De mortal, activísimo veneno;
Yendo además, en su intencion malvada,
Vestido de una túnica embreada,
Que de la bala al rápido contacto
Por do quiera inflamárase en el acto;
Y un árbol viendo que pendiente estaba
Sobre el profundo mar, así pensaba:
—«Bien; para comenzar, el pomo apuro,
Y antídoto no encuentro, de seguro;
Despues me subo á este árbol elevado,
Y poniendo el cordel muy apretado
En una rama, y con el lazo al cuello,
Me lanzo audaz y quedo sin resuello;
Mas como puede no servirme el lazo,
Con la pistola me daré un balazo;
Si no es mortal la herida, arde la brea
Como al contacto de inflamada tea,
O si nó, caigo al mar; no soy muy fuerte
En natacion, y alcanzaré la muerte.»
Tal como fué el proyecto así lo hizo:
Tomó el veneno, un nudo corredizo
Se puso, se lanzó, y se dió el balazo;
Mas tropezó la bala con el lazo,
Rozóse el hilo, reventóse al peso,
Y el hombre cayó al mar, de daño ileso,
Pues aunque fué voraz el combustible,
Arder dentro del mar le fué imposible.
Como de natacion no supo el pobre,
Tragó gran cantidad de agua salobre,
Y conseguido hubiera el desdichado
Su criminal intento depravado,
Si una grande ola de potencia llena
No le salva, arrojándole en la arena.
Entonce el infeliz desesperado,
Dijo: ¡Qué importa! ¡Estoy envenenado!
Mas el agua del mar fué un vomitivo,
Y arrojando el veneno quedó vivo.
El jóven, resignado con su suerte,
Ya no volvió á pensar en darse muerte,
Seguro QUE DE DIOS LA PROVIDENCIA
ES ARBITRA NO MAS DE LA EXISTENCIA.

ESTÉBAN GONZALEZ VERÁSTEGUI.

Digitized by Google

REVISTA TEATRAL.

Volvió ya la zarzuela, lector amigo, á desplegar en el escenario de nuestro Gran Teatro Nacional todos aquellos primores con que á sus aficionados encanta; volvió, pero revestida de un nuevo atractivo, el de la privacion, como que su eclipse habia durado nada menos que cuarenta dias: natural era, pues, que tras aquella penosa cuaresma, en cuyo trascurso todo habia sido lágrimas, horrores y pesadumbre, los ánimos sintiesen mas vehemente el deseo de saborear otra vez el antiguo y delicioso pasto. No de otra manera al terminarse el período Cuadragesimal instituido por la Iglesia, los fieles que han ocupado ese tiempo en la meditacion de los novísimos, en el llanto de la contricion y en la abstinencia de carnes, se estremecen alborozados al escuchar la deliciosa y como nueva melodía del *Aleluya*, el festivo repicar de las campanas, y ese conjunto de alegres rumores que pueblan el viento al brillar el último dia de la Semana Mayor; entonces sucede que las costillas y el roast-beef, el jamon en dulce y el pavo trufado parecen mas suculentos, los vinos mas tónicos, mas estimulantes las especias; sucede, en fin, que las pasiones y los apetitos, comprimidos como un resorte de acero, al verse libres se lanzan mas allá de su extension normal.

Tal debia acontecer cuando reapareciese la zarzuela aliviando con sus ligeras y chispeantes gracias el cansancio y el tedio, compañeros del género usurpador que felizmente acababa de ser ahuyentado para no volver jamás. Epicáris y Sofronia, Judit y Juana la loca, María Stuard y Sor Teresa, habian desaparecido al fin entre aplausos y ovaciones, pero habian desaparecido, con su adusto semblante, con sus eternos endecasílabos, con sus espantosas aventuras, llevándose como trofeo las lágrimas de los tontos espectadores que aun se atreven á tener sensibilidad en los tiempos que corren, y que hallan placer en la contemplacion de desgracias fingidas, cuando el verdadero placer está en presenciar desgracias reales, ya sea en los toros ó ya en el salto Léotard.

Pero como en este país todo sale al revés, y lo absurdo es lo normal, y los silogismos siempre resultan viciosos porque la consecuencia no está en armonía con las premisas, cátate, lector bueno, que todo aquello de los regocijos pascuales, y del apetito superexcitado, y de las carcajadas tras los lagrimones, parece que no aconteció tal y como debia acontecer. Anunciése la zarzuela, prometió atractivos nuevos sobre los ya conocidos y saboreados, resucitó, por fin, bajo los mejores auspicios; pero el público acudió al llamamiento en número mas escaso del que la empresa hubiera apetecido, y el que acudió tiene todo el aspecto de un comensal desganado, á quien en balde se estimula con los mas vistosos é incitantes platillos. ¿Sabrás tú explicarme esta aberracion, lector mio? ¿En qué consiste esa sobriedad en el aplaudir, que con extrañeza notan todos en los actuales concurrentes al antes tan favorecido y mimado espectáculo? La verdad es que la Sra. Zamacois canta con la misma gracia que en la otra temporada; el Sr. Prats no ha perdido un ápice de aquella dulzura que habia en su privilegiada voz; el Sr. Aznar continúa siendo el mismo excelente actor de otras veces; las Sras. Castro y Gomez conservan sus anteriores atractivos; la orquesta es irreprensible; ¿de dónde, pues, ha venido esa desconsoladora frialdad? En la *Cisterna encantada* los aplausos no pasaron de conato; los *Dioses del Olimpo* no causaron, ni con mucho, el antiguo alboroto; el mismo *Can-can* tuvo una repeticion, al final del segundo acto, pero quedó casi desairado al concluirse la obra; por último, la *Hija del Regimiento* no fué tan celebrada como otras veces: ¿en qué consiste tan inexplicable ingratitud? Ni yo lo alcanzo, ni quiero meterme en investigaciones; consigno puramente los hechos, esperando que en las venideras funciones sobrevenga una reaccion favorable.

Sea como fuere, solo una novedad se ha presentado en el actual período, y es la *Cisterna encantada*, que sirvió para la reaparicion de la Compañía, y acerca de cuya obra te diré dos palabras.

Sin necesidad de que el cartel lo advirtiese, fácil era conocer su orígen frances en lo enmarañado de la intriga, en el corte peculiar de las escenas, en el carácter de los personajes, y hasta en la licencia que reina, así en frases como en situaciones; aun la estructura dramática es francesa por los cuatro costados, y si no, recuerda aquella exposicion tan prolija y dilatada, como es costumbre hacerla en las obras del teatro frances moderno: es, en suma, una comedia del género de Scribe, engalanada con lozano verso por D. Ventura de la Vega, y con tintas de un rojo subido por el autor. Nada te diré de la música, por serme absolutamente desconocidos los secretos del divino arte; pero siendo, como es, composicion del Sr. Gaztambide, doy por sentado que se la podrá llamar excelente, y que tendrá todas las condiciones de originalidad, elegancia, y perfecta instrumentacion que los inteligentes exigen, y que no dudo encontrarian en la obra del fecundo maestro. Los aplausos fueron, no obstante, tan escasos como las lecciones de moralidad que la obra dió de sí; aunque en este particular no tenia mas obligacion que la de divertir, por cuanto está ya averiguado que el *Castigat ridendo mores* no se dijo por la zarzuela. Esto ya me lo han enseñado personas competentes; lo que todavía ignoro es, en dónde consta el permiso para desmoralizar, permiso del que la zarzuela hace uso con tal cual frecuencia, como en la *Cisterna encantada*.

M. PEREDO.

Setiembre 4 de 1869.

Digitized by Google

EN EL VIGESIMO SEGUNDO ANIVERSARIO

DE LA

BATALLA DE CHURUBUSCO.

México alzaba independiente y libre
Su frente soberana;
La luz de su mañana
Dulcísima vertia
Sus rayos bienhechores,
Sobre sus campos de verdor cubiertos,
Que matizaban sus hermosas flores.

Ninguna nube su esplendor velaba:
Purísimos sus anchos horizontes
Que orlaban multitud de luminares,
Tranquila se asentaba
Con sus soberbios montes
Al rico borde de sus verdes mares.

Y su águila altanera,
Bañándose en el éter de los cielos,
Los ámbitos media
Con su mirada penetrante y fiera.
¡Sin duda presentia
Que México al través de sus disturbios,
De tantas y tan rudas convulsiones,
A alzarse llegaria
Sobre tronos, y reyes y naciones!

Oh! ¡cuánta dicha y esperanza habia
En su robusto y dilatado seno!
El ángel de la paz le sonreia
Su aspecto contemplando,
Y en su ilusion se adormeció soñando;
Mas de improviso estremecióse al trueno
Que sordamente recorrió el vacío:
El cielo se cubrió de negras nubes,
Y el huracan se desató bravío.
Huyó de entonces su apacible sueño
Y ¡adios la paz y el porvenir risueño!

Del Norte vino la tormenta impía
Que la azotó inclemente,
Y la que llena de ilusion vivia
Dobló angustiada su divina frente.
El mar nos trajo en sus revueltas ondas
La bárbara invasion, la inícua guerra,
Cuya injusticia conocieron todos
Los pueblos de la tierra.
Hazaña grande fué de la gigante
Nacion americana,
Que arrebató á su hermana
Su gloria, su reposo, hasta su suelo
Donde estampó sus desastrosas huellas,
Para aumentar con el despojo infame
El número fatal de sus estrellas.

Mi patria jóven, inexperta y débil,
Con el ardor de sus viriles años,
Se preparó á la lucha
Y combatió sin tregua;
Mas fué en la guerra su desgracia mucha.
Dios no la quiso proteger entonces
Contra el poder inmenso,
De la nacion mas grande
Que se conoce en el presente siglo,
Y el enemigo tras de larga lucha
Dó la sangre corrió de tantos héroes,
Se presentó á las puertas
De la orgullosa capital de Anáhuac,
Que organizó á sus hijos
Y en su entusiasmo y su dolor mas bella,
Les inspiró batirse
Hasta morir, sin vacilar, por ella.

Y aquí vinieron á morir matando;
A eternizar sus nombres,
Ya que el laurel del vencedor les era
Mas que difícil conquistar luchando.

¡Oh! me parece que el fragor escucho
De la contienda horrible.
Escuchad, escuchad, yo le percibo
Y me estremezco, y me entusiasmo y vivo.

Ruge el cañon de la extranjera hueste:
Su matadora lava
De hierro y bronce, poderosa zumba,
Y en los humildes muros
Donde la enseña tricolor ondea,
Abre á sus dignos defensores tumba.

Responde sin cesar la artillería
De Churubusco, y diezma
Al bárbaro invasor que no esperaba,
En su soñada gloria,
La heróica resistencia
Del noble batallon de independencia,
Que aquí con sangre nos grabó su historia.

Se dá el asalto y la trinchera salvan
Los hijos de mi México valientes,
Y se chocan las armas que chispean,
Y gritan, y se insultan y pelean,
La sangre derramándose á torrentes.

Pero triunfó la fuerza
Contra el derecho y la razon. Los héroes
Que en este sitio á combatir volaron
Por la justicia de la noble causa
De un pueblo que defiende sus derechos,
Por muro presentaron
El sacrosanto muro de sus pechos.

Y no bastó para calmar las iras
De Dios ó del destino. Sucumbieron....
Honor y gloria á sus benditos nombres,
Que eternamente en la memoria escritos
Conservarán los hombres.
Peñúñuri y Martinez,
Y tantos otros cuyas glorias canto,
Por medio de mi voz trémula y ruda
Un pueblo de rodillas os saluda.

JULIAN MONTIEL.

Churubusco, Agosto 20 de 1869.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Espectáculos.—El teatro Nacional.—El teatro de Hidalgo.—La Belaval. —Iturbide.—Preparativos para las fiestas de Setiembre.—El maestro Morales director de las orquestas en Puebla.—*La Revista* de Mérida. —*El Anahuac.*—*El Libro Rojo.*—Llegada de la poetisa Isabel Prieto.— Pedro Landázuri.—José María Vigil.

México, Setiembre 11 de 1869.

México sigue por ahora escaso de espectáculos. —Solo dos teatros hay abiertos; el Nacional, donde trabaja la compañía del maestro Gaztambide, y el de Hidalgo, donde se hacen representaciones dramáticas. La zarzuela sigue entreteniendo *al público de tono.* El drama vive ahora arrinconado en la calle de Corchero, mostrándose vergonzante ante un público *menos ilustrado.* Pero ya se supondrá que allí solo sacan las narices los dramones y comediones de figuron y de sangre, de gritos y pistoletazos, de mujeres locas y galanes enmarañados y frenéticos, todo lo cual produce emocion.

La comedia de costumbres, el drama social están durmiendo en los archivos de los actores que se fastidian ya de una cuaresma tan larga, tan obstinada y tan ruinosa.

Dícese que dentro de poco la simpática Pilar Belaval, Mata, Morales y otros actores del antiguo teatro Principal, formarán una compañía dramática que comenzará sus trabajos con un nuevo repertorio. ¡Ojalá!

México cuenta con artistas, si no excelentes, regulares, para mantener un teatro dramático.—Tenemos como damas jóvenes á Anita y Rita Cejudo y á María Servin, que han adelantado bastante y que poseen brillantes facultades para la escena; como características á María Cañete y á esa Rosario Muñoz, cuyo talento cómico no tememos ensalzar; como primeras damas, pueden aparecer con éxito la inteligente y graciosa Pilar Belaval y Pepa García, cuya edad puede disimularse en gracia de su habilidad y experiencia; como galan jóven, Manuel Estrada tiene porvenir, y los pocos críticos que han pretendido desalentarle con sus censuras, han sido demasiado injustos en exigirle todo el despejo y conocimientos que solo pueden dar la práctica y la edad. Manuel Estrada principia todavía. Navarro, como actor de carácter podria formar parte de la sociedad, y el público se alegraria mucho de ello. En fin, si el público se muestra descontentadizo, despues de haber visto al gran D. José Valero y á la hermosa Salvadora, no tiene razon, pues apariciones como aquellas no pueden ser de todos los dias, ni es dado á cualquiera teatro poseer siempre joyas iguales.

El teatro español mismo no cuenta con esa fortuna todos los dias, y pasará mucho tiempo antes que vuelva á mostrar en su escena figuras tan eminentes como las de Julian Romea, Valero, Arjona y Fernando Ossorio.

Así, pues, protejamos á nuestros artistas, que ese es el modo de dar nacimiento á la celebridad que ha de llenar de gloria nuestro teatro y que ha de honrar á las musas mexicanas.

En cuanto á nuestros actores, que no se desanimen, que luchen con valor contra los terribles obstáculos de la miseria, y que estudien, porque justamente de una situacion como la que atraviesan ha surgido mas de un genio, cuyo talento orgulloso despertó la indiferencia pública, y á quien la inspiracion dió alas para remontarse á las cumbres de la gloria, y fascinar y esclavizar á la asombrada muchedumbre.

Tambien es seguro que cuando se vaya la compañía Gaztambide se abrirá el teatro de Iturbide con la antigua compañía de Moreno, reforzada con el bajo cómico Ruiz que se ha separado de Villalonga. Así, pues, los zarzueleros no tendrán por que llorar la ausencia del espectáculo que idolatran.

Entretanto, las últimas funciones del único abono que se abrió en el Nacional están saboreándose por el público. Como una prueba de que somos imparciales en materia de gusto, diremos que se nos ha referido que últimamente se ha puesto en escena en el Nacional, una zarzuela que es preciso señalar con un paréntesis entre las otras, y se intitula: *Sarao* y *Soirée.* Parece que contiene dos cuadros deliciosos de costumbres, que son verdaderamente dos fotografías de la sociedad española á principios de este siglo y ahora, puestas en contraste para patentizar los adelantos de la civilizacion.

Por supuesto que son dos caricaturas, dos cuadros de Gavarni con toda su verdad y filosofía. Si así fueran todas las zarzuelas, el género inspiraria menos indiferencia á los que gustan de lo útil en lo dulce.

La preocupacion dominante hoy en la sociedad mexicana es la gran fiesta que se prepara en Puebla con motivo de la inauguracion del ferrocarril hasta esa ciudad.

Cuéntase que no hay ya lugar para tantos viajeros como concurrirán á la ciudad angélica; fíjanse carteles en las calles de esta capital anunciando los precios de los alojamientos en los hoteles de allá; el telégrafo pregunta á cada momento si hay un rinconcito para tal ó cual señor ó matrona, si hay un departamento amueblado para algun gallo de rumbo que tiene que llevar todo su abigarrado plumaje guardado en sendas petacas, para poder hacer el D. Juan de Parisis delante de las lindas muchachas por cuya hermosura se dijo aquello de *Puebla de los Angeles.*

Los *pollos roncos* preguntan si queda una triste escalera en que pasar la noche y en que componerse y rascarse la implume cola. Los *pericos*, es decir, esos dandys de exquisito gusto que tienen la costumbre de ponerse pantalon amarillo, chaleco rojo, levita verde y corbata zul, y en general colores chillantes, mandan clavar sus estacas respectivas para ir á hacer en ellas la digestion despues de la atragantada del *buffet.*

En cuanto á las *pollas* y demas familia femenina,

Digitized by Google

¡qué alboroto! ¡qué impaciencia! ¡qué proyectos! Como que se trata de hacer ver que las *lionas* de México son las *lionas* de la República. No vayan á decir las hermosas de Puebla, que son criticonas como todas las hijas de Eva, que aquí no se recibe *La moda elegante* ni el *Correo de la moda*. Allá van las galas de *La Sorpresa* y de *La Primavera*, los primores de la calle de Plateros, las joyas deslumbradoras de la casa de Baulot, las artísticas manufacturas de Coralia, de Celina y de madama Goupil, los perfumes de Rimmel y de Atkinson de casa de Mairesse, y ¡qué diablo! hasta el blanco de perla y el colorete de casa de Escabasse y de Broca.

Los vestidos de viaje ocupan á mas de diez blancas manos, y los de baile son orígen de acaloradas discusiones en los retretes lujosos de los gineceos mexicanos. Allí no se habla otra cosa que la gerigonza singular inventada en Paris, para dar nombres técnicos á los adornos y figuras del traje, ni se piensa en otra cosa que en blondas, en gasas, en *fulard*, en batista de Escocia, en peinados y en gorros.

Cada *polla* quiere superar á sus compañeras, y por cierto que no es con el interes de hacer la conquista de ningun poblano (no hay que alarmarse, poblanitas), sino por el simple y mero deseo de lucir; deseo inocente, si los hay; pero que cuesta sendos suspiros á los padres de familia, particularmente en estos tiempos de Dios, en que no se recoge el dinero entre las piedras como en los felices de antaño.

Va á estar magnífico esto de Puebla. Despues de solemnizarse la apertura de la Cámara de diputados, el Presidente de la República, los ministros, los magistrados de la Suprema Corte y mas de dos mil convidados de México, ocuparán los wagones, que estarán preparados al efecto en la estacion de Buenavista, y partirán llevando á la dichosa Puebla su contingente de alegría y de entusiasmo.

En la estacion de Puebla esperará el gobernador de aquel Estado, acaudillando el gentío que es de suponerse, como que para aquella poblacion no solo hay el interes de la gran mejora que se lleva á su ciudad, sino el de la novedad del espectáculo.

En la tarde, suntuoso banquete servido por Fulcheri, en el que los aficionados harán brillar sus facultades gastronómicas, y los hombres de palabra su habilidad en materia de bríndis.

En la noche magnífico baile, soberbias orquestas dirigidas por el maestro Melesio Morales, que ha compuesto algunas piezas expresamente para esa vez; *buffet* servido tambien por Fulcheri, y luego entusiasmo, delirio, ojos negros que abrasarán con sus rayos, bocas de granada que embriagarán con su aliento, senos divinos que palpitarán de amor, y flores y perfume y armonía que enloquecerá á los danzantes. El Genio del amor sellará esa alianza del progreso, y enlazará á las hermosas y á los enamorados de ambas ciudades con la cadena de rosas, del placer y de la confianza. *La aurora, con sus dedos de rosa, abrirá las ventanas del Oriente*, y enviará á la bulliciosa juventud á reposar donde Dios sea servido permitirle.

Algunas horas mas tarde se colocará la primera piedra del monumento que va á levantarse al ilustre general Zaragoza; y el dia 18, pollas y pollos, gallos y pericos se volverán á México, trayéndose consigo algunos marchitos ramilletes, algun rizo de cabellos rubios ó negros, tal vez una herida en el alma, si es que estas *aves domésticas* la tienen, y de seguro agradables y deliciosos recuerdos.

¡Ay! entretanto, México se quedará triste, como un firmamento del cual se hubieran desertado dos terceras partes de las estrellas. Habrá discursos, pero no habrá muchachas, ó á lo menos no habrá todas las muchachas que es costumbre ver reunidas esos dias en el teatro, en las calles y en los paseos. Faltando los Supremos Poderes, la solemnidad no tendrá ese carácter majestuoso que le imprime la presencia de los altos magistrados de la nacion. Los mexicanos se pasearán macilentos y tristes en la Alameda y en la plaza de armas. Esta por supuesto es una figura, porque en México hay siempre gente para todo.

Para aumentar el desabrimiento de ese dia, un aguacero se soltará á la hora de la iluminacion y de los fuegos artificiales y apagará los farolillos venecianos y mojará la pólvora de los cohetes.

Cada uno se irá á acostar entonces, pensando cómo estará Puebla á esa hora. Con estas reflexiones melancólicas no dan ganas de quedarse aquí durante esos dos dias.

Uno de los resultados mas felices de que puede vanagloriarse el movimiente literario de la capital, es el haber despertado en los Estados de la República igual entusiasmo al que ha animado aquí á la juventud.

Perdónesenos esta vanidad; pero creemos que el empeño que se muestra en algunas ciudades por cultivar las bellas letras, ha sido consecuencia de la reanimacion que ha manifestado, de dos años á esta parte, la familia literaria de México, y que ya ha producido tan abundantes frutos.

Primero vimos con placer que en Veracruz se secundaban nuestros esfuerzos publicando allí un periódico literario, titulado *Las Violetas* que redactaba un grupo de jóvenes estudiosos y entusiastas.

Despues nuestro buen amigo, el ilustrado jóven yucateco Francisco Sosa, al llegar á Mérida se reunió á otros literatos de su edad y que estaban inspirados de igual entusiasmo, y á pesar del estado de tristeza y de postracion en que habia caido la península, á consecuencia de la última revolucion, estos apóstoles de lo bello y de lo útil fundaron un semanario literario, que en otra crísis política murió tambien. Pero la juventud meridana no se ha desalentado por tantas contrariedades de la suerte, y despues de un pequeño paréntesis de silencio, to-

Digitized by Google

davía bajo la impresion de los últimos acontecimientos, ha vuelto á fundar otro periódico literario con el título de *La Revista de Mérida*, que es ya notable por lo interesante de sus artículos y por lo bello de sus poesías. Sobresalen entre esos trabajos los estudios históricos del P. D. Crescencio Carrillo, literato ya conocido por su tratado de geografía de Yucatán, que le excitamos á concluir, y por sus conocimientos en la historia antigua del país, que le colocan ventajosamente en un grupo muy pequeño por cierto de sabios mexicanos. Tambien son notables las poesías y leyendas del Sr. Aldana, y los sentidos versos de Sosa á quien estimulamos á á no dejar un momento el estudio de la literatura antigua, particularmente la griega, porque es la mejor fuente en que pueden beber los poetas para saber expresar los grandes sentimientos.

Los redactores del RENACIMIENTO enviamos á los redactores de la *Revista meridana* nuestro saludo fraternal, y no solo tendremos con ellos el cambio de costumbre, lo cual es un deber, sino que les pedimos permiso para poner sus nombres en la lista de nuestros colaboradores, y para engalanar nuestras columnas con sus apreciables producciones. ¡Nuestra simpatía para todos aquellos que, animados como nosotros del deseo de dar á las musas mexicanas el lustre que merecen tener, no perdonamos sacrificio alguno para cultivar la literatura!

Así es que ahora tenemos ya dos periódicos literarios en los Estados, de la misma forma que el RENACIMIENTO, á saber: las *Violetas* de Veracruz y *La Revista de Mérida*. México va á contar dentro de poco tiempo con otro que va á ser dirigido por la *Sociedad Netzahualcoyotl*, de la cual tienen noticia nuestros lectores. Esta sociedad se compone de jóvenes estudiantes, laboriosos y entusiastas, que no desmayan, y que acabarán por franquear las cumbres de la fama, solo accesibles á aquellos que tienen fé y que no se cansan. Cuando sean conocidas en México la perseverancia, la actividad y la decision con que los jóvenes de la *Sociedad Netzahualcoyotl* se han consagrado á sus tareas, luchando con todos los obstáculos que puede amontonar la pobreza, la escasez de libros y la falta de proteccion, estamos seguros de que se les admirará y se les concederá un voto de profunda simpatía.

Comenzaron por reunirse en un patio solitario del antiguo convento de San Gerónimo, á guisa de conspiradores, sentándose debajo de una higuera, sobre los escombros, y allí, como los pastores de Virgilio, se pusieron á componer sus idilios y sus églogas.

Despues pasaron á un salon ruinoso y desamueblado. Ellos colocaron una mesa y unas sillas viejas, é improvisaron así su sinagoga de bohemios. Mas tarde, el Sr. Lic. Sanchez Solís les abrió su casa, y allí formalizaron sus trabajos, reglamentaron su Academia y dieron un giro ordenado á sus sesiones.

Ya entonces celebraron el aniversario de su instalacion con solemnidad.

Luego publicaron un tomo de poesías y artículos, como el fruto de sus tareas.

El Sr. D. Anselmo de la Portilla, ese noble y digno escritor español que siempre está dispuesto á prohijar y á proteger todo lo que tiende al progreso de la literatura mexicana, publicó en el folletin de la *Iberia* el mencionado tomo, que contiene piezas muy interesantes, originales de los jóvenes literatos.

Ahora van á tener un órgano en la prensa. Se llamará *El Anáhuac*, se publicará por entregas semanarias de algunas páginas, de buena impresion y con grabados. Se imprimirá en el Tecpam.

Felicitamos á la *Sociedad Netzahualcoyotl* por ese pensamiento.

Las primeras entregas del *Libro Rojo* salieron ya. Nuestros lectores habrán visto á esta hora la hermosísima edicion hecha en papel frances de excelente calidad, con tipos antiguos, lo que es hoy de mucha elegancia y está de moda en Europa, y con el acompañamiento de buenas estampas litográficas cuyo dibujo hizo Primitivo Miranda, y que trasladó á la piedra H. Iriarte.

El artículo de la primera entrega fué escrito por Payno y trata de la muerte de *Motecuzoma Xocoyotzin*, como se llamaba realmente el débil emperador azteca que recibió á Cortés, ó *Moctezuma* como se le llama vulgarmente y como le llama el articulista. El artículo de la segunda refiere la muerte del valiente Xicotencatl, y está escrito por el general Riva Palacio.

Es tiempo ya de proteger las buenas ediciones, y por eso no dudamos que el *Libro Rojo* tenga la mejor acogida en el público.

Hace ya cerca de una semana que llegó á México la distinguida poetisa jalisciense Doña Isabel Prieto de Landázuri, acompañando á su esposo el Sr. D. Pedro Landázuri que viene á tomar asiento en el Congreso general.

Tal noticia causó el mayor placer á sus admiradores y amigos, porque Isabel es una de esas joyas raras que se honra un país de poseer.

El domingo un gran grupo de escritores y literatos, entre los que tuvimos el honor de contarnos, se dirigió á la Ribera de San Cosme, donde está el alojamiento de la ilustre dama, y fué á darle la bienvenida y á ofrecerle los homenajes debidos á su talento y á su nombre.

Isabel nos recibió con su exquisita finura y amabilidad, y los que no la conocian quedaron encantados al ver que no habiamos exagerado al asegurarles que la modestia de la poetisa rayaba en humildad, lo cual es una virtud más que resplandece en la guirnalda que ciñe su inspirada frente.

Isabel nos trae su rico tesoro de composiciones inéditas que nos ha permitido publicar y que dentro de poco verá la luz en una elegante edicion. El *Renacimiento*, además, seguirá adornando sus colum-

Digitized by Google

nas con nuevas poesías, no menos bellas que las que las que hemos dado en el primer tomo.

Su esposo el Sr. Landázuri, tambien conocido por sus elegantes escritos, y que reune á su notable talento las ventajas de una brillante educacion recibida en Europa, está concluyendo una novela que tambien piensa publicar dentro de poco.

Por último, nuestro amigo el distinguido publicista y literato D. José María Vigil ha llegado tambien como diputado al Congreso. Vigil no necesita que le demos á conocer. Su nombre como escritor político, como poeta y como crítico, es apreciado en la República mucho antes que el humilde nuestro saliese á luz. Ha redactado durante muchos años *El País*, de Guadalajara, ha sido el fundador y el mas laborioso colaborador de varias sociedades literarias de aquella ciudad, entre las que merece especial mencion *La Esperanza;* y en union de Isabel Prieto, de Miguel Cruz-Aedo, de Rosales (el héroe de San Pedro), de Pablo J. Villaseñor, de Epitacio Jesus de los Rios, de Alfonso Lancaster Jones, y de otros, elevó el estudio de las bellas letras en Jalisco hasta una altura envidiable. Ha publicado dos volúmenes de poesías con el título de *Flores de Anáhuac*, de las que insertaremos algunas en nuestro periódico, y por último, ha trabajado mucho, sucediendo al laborioso D. José Acal en el arreglo de la rica biblioteca de Guadalajara. Así, pues, este literato es digno de toda nuestra simpatía y consideracion. Creemos ser órganos de todos los escritores de México al saludarle con la mas sincera expresion de entusiasmo y de cariño.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Setiembre 10 de 1869.

A LA LUNA.

SONETO.

Unos te dicen lámpara argentada,
Y otros de Erebo hermosa compañera;
Te dicen unos diamantina esfera
Y otros de Dios te llaman la mirada.

Algunos te comparan á su amada
Y en las citas te ponen por tercera,
Y los otros te nombran mensajera....
Aunque nunca contigo mandan nada.

Repetir no es posible, una por una,
Las frases que en larguísima rapsodia
Te prodigan. Adversa la fortuna

Me hará cantar despues la palinodia;
Mas hoy te llamaré sin pena alguna
Del sol una ridícula parodia.

LEPORELLO.

ENSAYO ARQUEOLÓGICO.

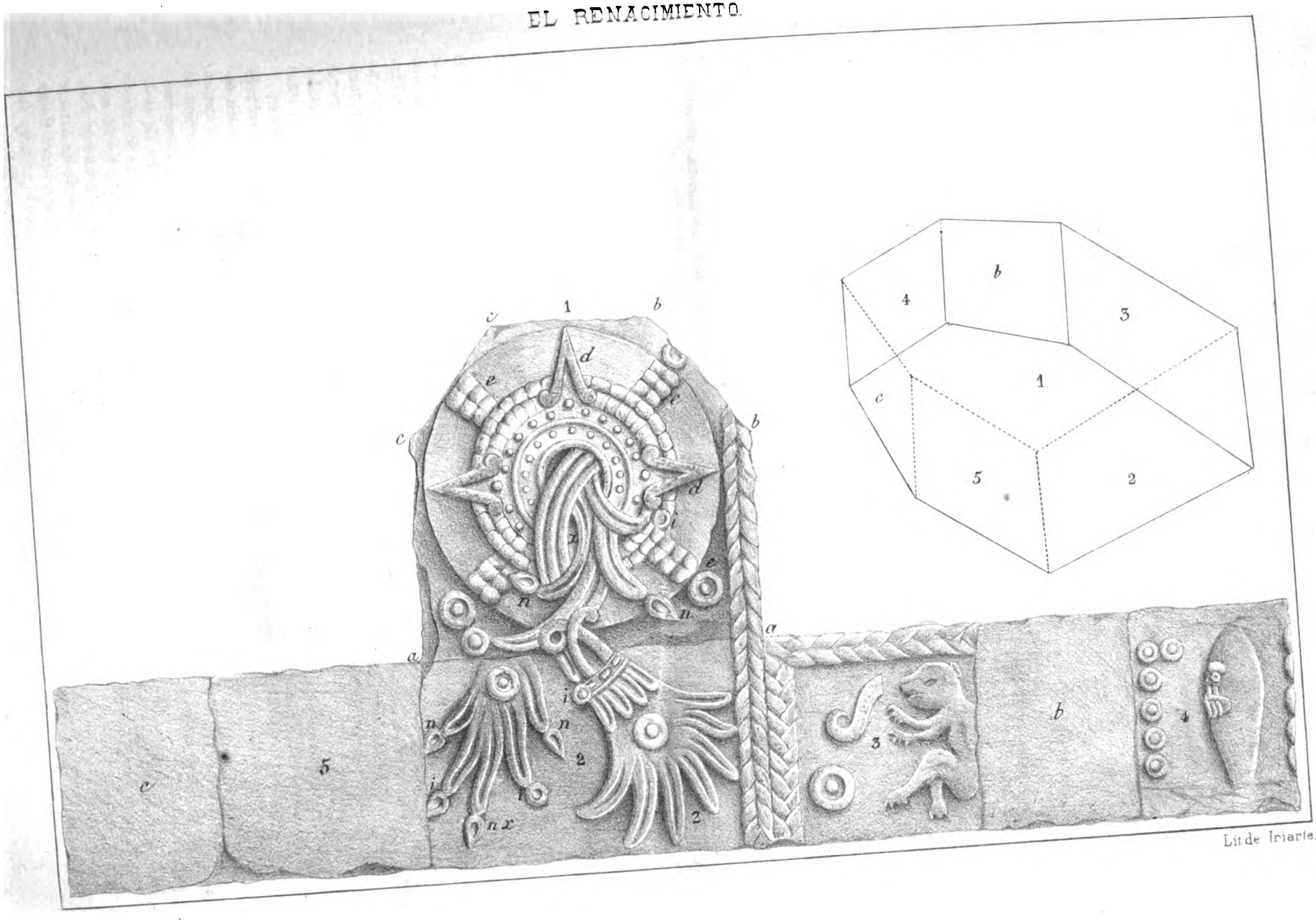
DESCRIPCION DE UN MONUMENTO AZTECA.

Acostumbraban los antiguos mexicanos perpetuar la memoria de los sucesos mas notables de su historia; y no teniendo una escritura como la nuestra, y no creyendo bastante duraderos para la fama los geroglíficos que pintaban en su papel de maguey que llamaban *amatl*, recurrieron, como todos los pueblos de la tierra, á grabar esos acontecimientos en duras piedras, que resistiendo la poderosa destruccion del tiempo, los llevaran indelebles á la posteridad. Ya Motecuhzoma I, quinto rey de Tenochtitlan, segun refiere el padre Durán en el cap. 29 de su Historia de las Indias de Nueva España, mandó á Tlacaelel que hiciese grabar en la piedra de los sacrificios gladiatorios las diversas batallas y conquistas conseguidas sobre los tiranos tepanecas. Las piedras encontradas el año de 1790 en la plaza mayor de la ciudad de México, vinieron á ser un nuevo testimonio de esa costumbre de nuestros antepasados. Existe en el patio de la antigua Universidad, y es conocida de todos los habitantes de esta ciudad la pretendida piedra de los sacrificios, que no es otra cosa, segun los estudios de mi respetable maestro el Sr. Lic. D. Manuel Orozco y Berra, que la relacion de las victorias de Tizoc, sétimo rey de Mexico, piedra por lo mismo de igual género á la que motiva esta descripcion; es decir, conmemorativa de sucesos notables del imperio azteca. El Sr. D. Fernando Ramirez, con la vasta instruccion y profunda crítica que posee, describió las lápidas que guarda nuestro Museo, haciendo al efecto un bellísimo apéndice á la conquista de México, por Prescott.

Estos hechos son suficientes para demostrar la verdad de lo que al principio asenté: esto es, que los acontecimientos mas notables de la antigua historia de los mexicanos fueron grabados en lápidas conmemorativas. Se comprenderá por lo mismo cuánto interes tiene el estudio de esos monumentos que eran públicos, y podemos decir oficiales, por lo que constituyen la parte mas auténtica y respetable de nuestros primeros anales, lo que hace de suma importancia el monumento que voy á describir.

Es este una piedra de durísimo basalto, recortada como se ve en el dibujo, en dos de sus cuatro esquinas, lo que sin duda se hizo por los ignorantes albañiles que la acomodaron en la construccion de una de las paredes del convento de la Concepcion, lugar en donde debió estar desde el año de 1644 que se construyó ese edificio, y acaso ya lo estuvo en el primero que debió comenzarse por los años de 1550. Sabido es el empeño que los primeros frailes tuvieron en formar con los ídolos de los aztecas las iglesias y monasterios. La piedra, antes de su deterioro, debió ser un paralelipípedo, y muy probablemente un cubo perfecto. El único lado ó arista

Digitized by Google



Lit.de Iriarte.

Digitized by Google

Digitized by Google

que se encuentra en buen estado, y es el marcado en la lámina con la línea *a–a*, tiene 45 centímetros de longitud; pero se notará que en la parte izquierda le falta la cenefa que rodea la piedra, y de la cual en ese punto quedan solamente vestigios: agregando á los 45 centímetros ya dichos, los 5 centímetros que de ancho tiene la cenefa, se tendrá que el lado de la piedra es de 50 centímetros. Esto acaso podrá ser un nuevo apoyo á la opinion, que cada dia va comprobándose mas, de que los indios usaban de una medida igual al metro. De los seis lados del cubo debió estar colocado hácia arriba el marcado con el núm. 1, y la piedra apoyada en el opuesto, que no debió tener ningun dibujo, quedando los otros cuatro á la vista, y todos ellos con inscripciones geroglíficas. Como ya he dicho, la cenefa parece que circundaba todas las caras, como claramente se ve en el dibujo, en la interseccion de las caras núm. 2 y 3. Esta cenefa tiene la forma del tejido del petate; lo que la hace un adorno esencialmente mexicano.

La lectura de esta piedra se ha de comenzar de derecha á izquierda, como la mayor parte de los geroglíficos aztecas. Así está escrito el *Tonalamatl*, y así están grabados los símbolos de los dias en la piedra que se conoce con el nombre de Calendario, y se encuentra en el costado de la torre de Catedral. En ese supuesto, lo primero que debia interpretarse seria la cara marcada con el núm. 5; pero desgraciadamente está completamente destruida, y no queda vestigio alguno que nos pueda dar á conocer el geroglífico que tenia esculpido. Diré sin embargo adelante cuál supongo que era.

Debe en seguida leerse la cara núm. 4. En ella se ve el símbolo *tecpatl*, que era uno de los cuatro que representaban los años de los aztecas; los que repetidos sucesivamente trece veces, formaban el ciclo de cincuenta y dos años. La figura *tecpatl* se encuentra diversamente adornada. Así es que en el Códice Mendozino (Lord Kingsborough, tomo 1º) tiene hácia la mitad, y generalmente en la orilla derecha, una especie de dientes semejantes al símbolo fonético con que los mexicanos representaban la preposicion *tlan*. Otras veces, como se ve en las láminas de la tercera parte de la obra ya citada del padre Durán, simplemente se divide el pedernal en dos partes de distintos colores. En el *Tonalamatl* igualmente tiene una parte blanca y otra roja; pero además, hácia la mitad, del lado izquierdo, una curva amarilla que forma una seccion separada con un ligero adorno de rayas negras. En la lámina 3ª del proceso de Alvarado se encuentra el *tecpatl* dorado y atravesado diagonalmente por una faja roja. En donde se halla el *tecpatl* adornado de la misma manera que el que nos ocupa, es decir, con una especie de borla en la mitad de la orilla izquierda, es en la piedra llamada Calendario Azteca. Acaso esto nos podria hacer inferir que ambas piedras fueron labradas en la misma época.

El *tecpatl* tiene á la izquierda seis circulillos ó números, de los cuales cinco ocupan una línea vertical, y el sexto queda á la derecha del superior. A la derecha del *tecpatl* se ven las señales de otra línea vertical de cinco circulillos ó números, y puede creerse que tambien habia un sexto circulillo á la derecha del superior. Esto que se confirma con la misma explicacion de la piedra, tiene en su apoyo la costumbre de colocar los números en simetría para dar mayor belleza á lo esculpido; sin que se pueda decir en contrario que habia una regla fija para colocar los numerillos, pues en esto tenian entera libertad los dibujantes y los escultores, los cuales en lo general los colocaban de cinco en cinco, como están aquí.

Supuesto esto, la cuarta cara de la piedra representa el símbolo *13 tecpatl*, es decir, la fecha de un año.

Consultando para saber cuál pueda ser este, el año mexicano que correspondió al 1521 de nuestra era, fecha de la conquista de México por los españoles, que fué el *3 calli*, y retrogradando hasta llegar al *12 tecpatl*, resulta que este año despues del de 1325, fecha de la fundacion de México y antes del de 1521, fecha de su conquista por los españoles, pudo ser, ó el de 1348, ó el de 1400, ó el de 1452, ó el de 1504. Pero ningun hecho histórico notable, ni que se relacione con lo grabado en el resto de la piedra, sucedió, ni en las dos primeras fechas ni en la última; así es que se debe señalar á este *12 tecpatl*, como correspondiente al año 1452 de nuestra era.

Entre la cuarta y tercera cara se ve en el dibujo una parte blanca *b*, que es la rotura correspondiente á la línea *b–b* de la primera cara, igual á la rotura que se observa del lado opuesto en la línea *c–c* de la misma. La cara núm. 3 tiene en dos de sus lados perfectamente dibujada la cenefa; pero ha desaparecido en los opuestos con el deterioro de la piedra; deterioro que se extendió al lomo del conejo que en ella está esculpido. Este conejo está en la actitud de un animal hambriento que va á devorar un gusanillo que se retuerce á poca distancia de su boca, y está acompañado de un circulillo que representa el núm. 1. Por lo tanto, es la figura del año un conejo ó *ce tochtli*. Este año corresponde al 1454 de nuestra era, siguiendo el sistema adoptado en la explicacion de la cara anterior. No se debe olvidar que el símbolo del año está en la actitud de devorar un gusanillo.

Antes de descifrar la cara núm. 2, es preciso explicar la cara núm. 1, porque aquella no es mas que la continuacion de esta. La figura del sol llena completamente la cara. El símbolo del sol, aunque siempre parecido, tenia algunas variaciones en su representacion. Cuando se queria expresar el sol en sí, el símbolo *nahui ollin*, se le daba la figura que tiene en el Calendario, la cual no hay necesidad de repetir, por lo muy conocida que es esa piedra. Sí agregaré en comprobacion, que este signo *nahui ollin* siempre se encuentra en el *Tonalamatl* con la mis-

Digitized by Google

ma figura de cuatro aspas. Este signo era siempre una reminiscencia de los cuatro grandes cataclismos que segun la tradicion habia sufrido el continente americano. Pero otras veces el sol representaba, ó el dia ó el dios: entonces no se le acompañaba de las aspas del *nahui ollin*, sino que se figuraba con un círculo mas ó menos adornado, y rodeado simétricamente de los rayos en forma de A, que están marcados en la figura con la letra *d*, y de los rayos rectos que concluyen con un circulillo, y son los señalados con la letra *e*. Como ejemplo de lo que acabo de decir, se puede citar el geroglífico de la 11ª trecena del *Tonalamatl;* en el cuadrete que se halla en la parte superior de la izquierda están colocados los dioses que dominaban en ese período. Gama, en su explicacion del Calendario mexicano, dice hablando de esta trecena: «En esta undécima trecena dominaba el planeta sol, nombrado *Tonatiuh*, en compañía de *Tlatocaocelotl* y *Tlatocaxolotl*. Estos constan en el *Tonalamatl*, aunque Castillo pone por compañero de *Tonatiuh* á *Tepoztecatl.*» Pues bien, allí la figura del sol es igual á la de que me ocupo, y como se ve, representa á *Tonatiuh*, es decir, el sol, no en su representacion histórica de *nahui ollin*, sino en su representacion del dia. Esto se comprende claramente en la figura del *Tonalamatl*, porque el *Tonatiuh* está acompañado del símbolo de la noche que lo completa, así como completa el dia. De la misma manera está la figura del sol en el geroglífico del pueblo *Tonatiuhco*, como se puede ver en la figura 4ª de la orla inferior de la lámina 13 del libro de los tributos que en union de las cartas de Cortés publicó Lorenzana, y el cual libro está en las manos de todos. Igual figura se da al sol cuando se quiere representar el cielo, la divinidad, el dios, *teotl;* y así entra por la sílaba *teo* en la formacion de los geroglíficos, como en *Teochiapan* y *Teotenanco*, cuyos símbolos se encuentran en las láminas del Códice Mendozino (Lord Kinsborough tomo 1º); el primero en las figuras 11 y 15 de la parte 1ª, en la pintura de los pueblos sugetos bajo el reinado de Motecuhzoma II; y el segundo en la figura 13 de la lámina 9ª de la misma parte 1ª, en la pintura de los pueblos conquistados por Axayacatl. En estos casos solamente se dibuja la mitad del símbolo del sol.

Estos antecedentes nos demuestran que el sol grabado en la 1ª cara de la piedra es la representacion ó del dia ó de la divinidad, del *teotl*. Pero no queda duda en que representa lo segundo y no lo primero, porque está acompañado del símbolo del fuego nuevo que abraza todo el segundo año de la primera indiccion del ciclo.

Del centro del sol sale el símbolo del agua, como siempre con la figura de un chorro que concluye en unas gotas, las que unas veces son redondas, como la marcada en la cara 1ª con la letra *i*, y otras alargadas, como la señalada con la letra *n*, lo que parece mas bien representacion de los frutos acuáticos. El símbolo del agua es siempre azul en las pinturas, y puede verse en el geroglífico núm. 1, del Atlas geográfico del Sr. García Cubas, en las figuras 16, 28 y 34: no faltan, sin embargo, ejemplos de verde. Si se comparan esas figuras con el símbolo del agua de esta piedra, se verá que aquí el símbolo no es sencillo como en las pinturas, sino repetido, por decirlo así, abundante, pues el agua sale del sol en diferentes direcciones, y despues de llenar la parte baja de la cara núm. 1, se desparrama en la figura *x* de la cara núm. 2. Quiere decir que el símbolo manifiesta una cantidad extraordinaria de agua. Para comprender esto mejor, creo oportuno decir que el símbolo del pueblo de Atotonilco es una olla tiznada en su parte inferior por el fuego, y de cuya boca se derrama el símbolo del agua; manera expresiva con que los mexicanos figuraban el agua que hierve, pues Atotonilco significa: donde el agua hierve. (*Atotonilli*, agua caliente.—Molina. Vocabulario mexicano. México. 1571.)—Pues bien, el agua al hervir se desparrama en gran cantidad, y sin embargo, el símbolo del agua es sin comparacion mas abundante en la piedra que en el geroglífico del pueblo de Atotonilco. (Puede verse este geroglífico en la lámina 9ª del libro de los tributos publicado en la coleccion de las cartas de Cortés de Lorenzana y en la coleccion de Lord Kingsborough, fig. 12 y 17 de la lámina 8ª P. 1ª, del Códice Mendozino, correspondiente al reinado de Motecuhzoma 1º, y ~~en~~ otros lugares.)

Como llevo dicho, el símbolo del agua sale en grande abundancia del centro del sol en la cara núm. 1, y se desparrama en la parte izquierda de la cara núm. 2. En la parte derecha de esta cara hay otro símbolo que claramente se ve que es un manojo de yerbas atado en su medio. Este es el *Xiuhmolpilli* ó sea atadura de los años, que significa literalmente *nuestra atadura de yerbas*. Con este símbolo figuraban el año correspondiente al ciclo nuevo, en el cual se encendia el fuego, y que caia cada 52 años. De tres maneras he visto pintado el *Xiuhmolpilli;* ó bien como está en la piedra, y así está tambien en el citado geroglífico núm. 1, del Atlas del Sr. García Cubas; ó expresando materialmente la salida del fuego, lo cual pintan con dos maderos que se frotan y producen el fuego, y así está en los geroglíficos bien pintados, tales como el Códice Mendocino, el Códice Telleriano Remense, y el cuadro núm. 2 publicado en el Atlas del Sr. García Cubas, y se encuentra así tambien en los geroglíficos del Palenque; y en fin, lo figuran con una especie de cinta formando un lazo ó atadura, y así lo he visto solamente en la pintura sinográfica de la Historia de México y Tepechpan, la cual no se encuentra aún en ninguna coleccion.

Reasumiendo lo expuesto, tendremos que en esta piedra se encuentran sucesivamente tres fechas: primeramente el año *12 tecpatl;* despues el año un *tochtli;* y finalmente el *xiuhmolpilli* que era el año *2 acatl*.

Veamos qué suceso de la historia corresponde á

Digitized by Google

estas fechas, y puede explicarse por ellas y por los demas símbolos esculpidos en la piedra. El suceso á que esta se refiere, es la grande hambre que bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina asoló el imperio mexicano, y cuyos principales incidentes tuvieron lugar en los años citados de 1452, 1454 y 1455 de nuestra era.

Clavijero, hablando de este acontecimiento, dice: «A la calamidad de la inundacion sobrevino á poco la de la hambre, pues en los años de 1448 y 1449 fué muy escasa la cosecha del maíz, por haber escarchado cuando todavía estaban tiernas las mazorcas. En el año de 1450 tambien se perdió la cosecha por falta de agua. En el de 1451, á mas de haber sido el tiempo contrario, apenas habia grano que sembrar por haberse consumido casi todo por la escasez de las cosechas anteriores; por lo que en 1452 fué *tan grande* la necesidad de los pueblos, que no bastando á socorrerlos la liberalidad del rey y de los señores, los cuales abrieron sus graneros á beneficio de sus vasallos, se vieron precisados á comprar lo necesario con su propia libertad. La mayor parte del vulgo mexicano se mantuvo como sus antepasados, con aves acuátiles, yerbas palustres, insectos y pececillos de la misma laguna. El año siguiente no fué tan malo, y finalmente, el de 1454, que fué año secular, hubo una cosecha abundantísima, no solo de maíz, sino tambien de legumbres y de toda suerte de frutos.»

No se puede negar la sábia crítica que empleó el abate Clavijero al recoger las tradiciones antiguas; así es que debemos en lo general aceptar como buena la relacion que de aquellos acontecimientos hace. Se ve en el párrafo citado que en el año de 1452, que es el *12 tecpatl* fué *muy grande* la necesidad de los mexicanos, y que esta no concluyó hasta el año secular que fué en 1455, y no en 1454 como equivocadamente dice Clavijero. (Véanse las tablas de Veytia.) Entonces tendremos que esta relacion concuerda perfectamente con los geroglíficos de la piedra que estoy describiendo, pues ella trae como primera fecha el *12 tecpatl*, año en que ya la escasez fué muy grande, de manera que puede tomarse como el primero de la verdadera calamidad; nos muestra despues el año *ce tochtli*, año anterior al que llovió, y que por lo mismo debió ser muy duro en el hambre, como elocuentemente expresa el conejo abalanzándose sobre un gusanillo ó yerbecilla, significando lo que Clavijero dice de haberse alimentado los mexicanos con yerbecillas, insectos y peces de la laguna; y finalmente tenemos el símbolo del agua saliendo en abundancia del *teotl* ó del cielo en el año secular ó *xiuhmolpilli*. Pero para poder explicar este suceso no nos basta lo que dice Clavijero, es preciso ver la relacion de otras crónicas. Torquemada, en la pág. 158 del tomo 1º de la Monarquía Indiana (2ª edicion,) dice: «Dos años despues de pasada esta inundacion dicha, hubo hambre casi universal en toda la tierra fria; porque cuando los panes estaban ya en xilote (que es como decir estar la espiga en leche), cayeron grandes Yelos unos Dias tras otros, y los abrasaron todos; de manera, que este Año no se cogió grano de Maíz; pero valíanse del que tenian recogido del Año antes, y con este reparo no sintieron estas gentes mucha hambre. Pero el siguiente (1451) luego sucedió lo mismo que el pasado, que estando en leche la Mazorca, sobrevinieron Yelos que todo lo abrasaron. Tambien el Año que se siguió á este, fué de mucha seca, y no cogieron nada. Aviendo ya tres Años que no tenian cosecha, y se sustentaban del poco Maíz, que quedaba del atrasado, llegó el quarto Año (1454), en el cual, como no tenian Semilla, no sembraron, y el Año tambien, que no aiudó, por ser muy avieso: de aquí resultó una grandísima hambre, y tanto que llegaron estos Pobres Mexicanos á comer Raíces de Tulin (que es la que llamamos nosotros Enea ó Espadaña) y otras raíces de yerbas silvestres, por no tener cosas que comer. El año siguiente (1455), fué el del fuego nuevo de estas Gentes, que llamaban *Toxiuhmolpia* (como en otra parte hemos dicho) que venia á caer de cincuenta y dos en cincuenta y dos Años. Este Año tenian por particular y prodigioso, y así lo fué que aviendo pasado la hambre dicha, y no aviendo sembrado ninguna Semilla fueron *muchas las Aguas*, y el Año tan próspero, que las mismas Tierras dieron Maíz, Huaulli, Chian, y Frisoles, y otras muchas Legumbres, con que quedaron todos los de la Tierra mui hartos, y prosperados. Esto afirman así las Historias y Pinturas de aquel tiempo.»

La autoridad de Torquemada es de las mas respetables, y lo es mas, porque la funda, como él dice, en las pinturas antiguas. Segun él, el año que concluyó la calamidad fué el secular, que como ya se ha visto, corresponde al nuestro de 1455. El anterior fué, segun Torquemada, el de mayor escasez, aquel en que fué preciso á los mexicanos alimentarse con raíces y yerbas, y este año fué el de 1454 ó un conejo; el cual año fué el cuarto que no tenian cosecha; y como el primero en que no tuvieron cosecha no puede decirse que comenzó el hambre, pues como dice el mismo Torquemada, se valieron de lo recogido el año anterior, podemos decir que el hambre comenzó dos años antes del de 1454, esto es, en 1452, que es el *12 tecpatl*.

Se ve que Torquemada difiere de Clavijero en el año que comenzó la calamidad; pero está conforme en que concluyó el año secular. Torquemada está sin embargo de acuerdo con el monumento que describo, y esto solo basta para convencer de que el error está de parte de Clavijero. Por lo demás, los pueblos podian ser negligentes en sus recuerdos de los años de poca escasez; pero jamás podian olvidar el año de mayor hambre, que fué el *ce tochtli*, ni aquel en que concluyó la calamidad, que fué el del fuego nuevo, es decir, el *ome acatl*.

Esto se nota claramente en la tradicion del padre Durán, que dice en el cap. 30 de su citada obra, que «en el año de 1454, quando los indios por la

Digitized by Google

cuenta de sus años contavan *Cetochtli*, que quiere decir, un conejo; y los dos años siguientes fué tanta la esterilidad del agua que uvo en esta tierra, que cerradas las nubes, casi como en tiempo de Elías, no llovió poco ni mucho.» Narra luego el hambre y los diversos sucesos que hubo en esta calamidad, y concluye al fin del capítulo diciendo: «Pasados los tres años del hambre con que Dios castigó á esta nacion, por sus grandes abominaciones, se empezaron á abrir las nubes y el cielo á echar su rocío, con tanta abundancia, que vino el año tan abundoso, que empezó la gente, etc.» Se ve aquí el recuerdo conservado de tres años de calamidad, la fecha *ce tochtli*, inolvidable como la de la mayor desgracia, y que al cuarto año volvió la abundancia: espacio de tiempo, ó sea cuatro años comprendidos entre los de 1452 ó *12 tecpatl*, 1454 ó *ce tochtli* y el año secular ó sea 1455.

Se ve sin embargo en esta relacion un error del manuscrito, que no ha podido ser del autor sino de alguno de los copistas que sucesivamente han trasladado la Historia del Padre Duran, de los años de 1580 á acá, y es que pone el hambre en los años de 1454 y *dos siguientes*, pues debe leerse: y *dos anteriores*.

Creo que con estos datos será suficiente para comprobar la explicacion de esta piedra; pero á mayor abundamiento tenemos un documento auténtico y precioso, como es el Códice Telleriano Remense, publicado por Lord Kingsborough en su tomo 1º, pues en él, en la lámina 8ª de la parte 4ª, en el año del fuego nuevo correspondiente al de 1455, está pintado cómo brotaron las plantas, las cañas y las flores por sí solas.

En las tradiciones orales era natural que los sucesos sufriesen alguna variacion, y aun que hubiera algunas equivocaciones en las fechas que pasaban los sucesos: así es que un geroglífico auténtico que los confirme ó aclare, es un documento de indisputable mérito, y mayor será el mérito de una escultura conmemorativa que ponga fin á todas las dudas. Por eso es que grande, muy grande es el mérito de la piedra que describo. Ella se refiere á un acontecimiento notabilísimo; y como respecto de él no estaban enteramente de acuerdo los cronistas, que por lo general han sido poco cuidadosos de la cronología, viene á resolver todas las dudas. Ojalá y sobre todos los sucesos de la historia antigua se encontrasen monumentos semejantes!

Para concluir, haré, fundado en todo lo expuesto, una traduccion continuada de la leyenda que está dibujada en esta piedra, advirtiendo antes que la cara núm. 5 debió tener en mi concepto el símbolo del emperador Motecuhzoma, pues como los símbolos de los años correspondian á todos los que habia de 52 en 52 años, para fijar el ciclo muchas veces se acompañaba el geroglífico del príncipe reinante. Entonces, pues, la piedra diria: «Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (cara 5ª) comenzó la calamidad del hambre en el año *12 tecpatl*, ó sea 1452 (cara 4ª), la que llegó á su mayor grado en el año *ce tochtli* ó sea 1454, en que el conejo, símbolo del año, se dibujó devorando un gusanillo ó yerbecilla, porque de eso solo se alimentaron entonces los mexicanos (cara 3ª); pero al siguiente año, que fué el secular que se señala con el *xiuhmolpilli* (cara 2ª letra *z*), y fué el de 1455, cayeron en abundancia extraordinaria las aguas (cara 2ª letra *x*, y cara 1ª letra *x*), las cuales fueron un gran don del cielo (cara 1ª)»

Esto último se figura haciendo salir el agua del centro del sol ó del *teotl*, y á él, al dios, al cielo que manda los beneficios y el remedio de los males á los pueblos desgraciados, dedicaron este monumento los mexicanos, y él es despues de 400 años la página indeleble del puro incienso que el que sufre eleva al Sér desconocido que alivia sus pesares. Acaso el destino no es caprichoso al destruir los pueblos y las naciones, conservando, sin embargo, estos testimonios de la historia humana, que son como el hilo que une la tierra con lo que hay mas allá.

ALFREDO CHAVERO.

A MI HERMANA LUPE.

EL DIA DE SU SANTO.

Niña que encantas el alma
Con tu gracia y tu ternura,
Que el aura del campo pura
Acaricia en el verjel;
Son dorados tus cabellos
Y majestuosa tu frente,
Es tu mirada inocente,
Tus labios son de clavel.

Es tu boca purpurina
Y perfumado tu aliento,
Eres pura cual el viento
De las mañanas de Abril;
Eres la hija idolatrada,
La hermana mas hechicera,
La rosa de primavera,
La niña de gracias mil.

A tí las flores te halagan,
Besa tu sien el ambiente;
Cruzando vas inocente
El pensil de la niñez.
¡Quiera el cielo que mañana
No marchiten los dolores
Con sus airados rigores
La belleza de tu tez!

Y que tu virgíneo pecho
Siempre la virtud anime,
Hoy que en tu frente se imprime
Con magnífico esplendor;
Que en el valle de la vida
Te den las flores su aroma,
Sus arrullos la paloma,
Sus trinos el ruiseñor.

MANUELA L. VERNA.

Diciembre de 1866.

Digitized by Google

MAZEPPA.

(De Lord Byron.)

A D. CASIMIRO COLLADO, DEDICA ESTE ENSAYO EN TESTIMONIO DE APRECIO

EL TRADUCTOR.

I

De Poltawa fatal muerto era el dia
En que abandona al Sueco la fortuna,
Cabe su hueste rota y que en laguna
De propia sangre exánime yacía.

Poder y gloria—á que la turba impía
Que les da culto en deslealtad se aduna—
Vuelan de Pedro á ornar la frente bruna,
Y Moscou en su triunfo renacía.

A su recinto el porvenir empero
Guarda, de su tiniebla en lo profundo,
Huésped mas poderoso y altanero.

Y entre llamas y estrago sin segundo,
Moscou será baldon, escollo fiero,
Sima al conquistador, y rayo al mundo!

II

Tal fué el azar del dia. A huir aprende,
De ajena y propia sangre el Rey manchado,
Y campos atraviesa y rios hiende,
Y los que van con él mueren al lado.

Y en trance tal, cuando al poder el miedo
No impide á la verdad mostrarse clara,
En tono airado ó murmurante y quedo
Ni una voz su ambicion echóle en cara.

Muerto su fiel caballo, el suyo Gieta
Dále, quedando á ser del ruso esclavo;
Y en carrera sin límite ni méta
El nuevo palafren rindióse al cabo.

Y de un oscuro bosque en lo mas hondo
Y en tanto que chispea la enemiga
Fogata del paisaje ya en el fondo,
Da el Rey descanso un punto á su fatiga.

¿Son esos, por ventura, los laureles
Tras que á reñida lid van las naciones?
¡Ay! los de Cárlos, al dejarle infieles,
Los árboles le dan por pabellones.

Tendido al pié, si de vigor blasona,
Siente en su sér gastado la agonía,
Y sus heridas rígidas encona
Con su aliento la noche seca y fria.

En su sangre cundió la calentura
Cerrando el paso al agitado sueño,
Mas en medio de tanta desventura,
En dominarse el Rey cifró su empeño.

Lleno de majestad en su caida,
De su silencio y su ademan arguyo
Que su angustia por él quedó vencida,
Cual los pueblos un tiempo en torno suyo.

III

Ahí un puñado de gefes.
¡Cuán pocos desque el desastre
De un solo dia segó
La sueca hueste arrogante!
En tan horrible naufragio
Muestran ellos lo que valen:
Sellado el labio, se sientan,
Serio y pensativo el aire,
Entre monarca y corceles;
Pues el peligro en sus lances
Nivela al hombre y al bruto
Y compañeros los hace.—
Mazeppa, el hétman de Ukrania,
Sereno, fuerte, indomable,
Casi tan áspero y viejo
Como los vecinos árboles,
De un roble al pié, sitio busca
Donde sus miembros descansen.
Mas, superior á la propia
Fatiga, con hojas antes
Forma á su caballo lecho,
Le afloja cincha y pretales,
La crin le alisa y le frota
La piel de negro azabache,
Contento al ver que la yerba
Con diente seguro pace
Aunque el dañoso rocío
De media noche la ablande.
Intrépido al par del hétman
Es el corcel; sin curarse
De alimento ni de lecho,
Y dócil y fuerte y ágil,
Sin que la suya desmienta
De su progenie la sangre,
Ignora lo que es fatiga
Cuando en sus lomos le trae.
Viene á su voz; le conoce
De extraños entre millares
En noche oscura, y tras él
Iría desde la tarde
Hasta el alba, como sigue
El cervatillo á la madre.

IV

Tras esto el adalid su capa extiende
Al pié de un roble, y á su tronco arrima
Lanza robusta; inquiere si otras armas,
Tras la contienda á que el revés dió cima
Y tras la fuga, su defensa abonan:
Si pólvora guardó la cazoleta
Y si la llave el pedernal sujeta;
Si en la vaina el acero juega holgado
Y el cinturon de cuero no ha rozado.
De su maleta al fin, racion escasa
De alimento frugal saca, é invita
A los demás con él á compartirle,
Mas franco y espedito en sus modales
Que un cortesano viejo en casos tales.
El Rey toma su parte, sonriendo,
Si en espíritu y cuerpo está sufriendo;
Y calma y buen humor aparentando,
Conversa con Mazeppa en tono blando.
—De nuestra banda fiel, de brazo fuerte
Y firme corazon toda, ninguno
En recia lid, escaramuza ó marcha
Habló menos que tú ni mas ha hecho;

Digitized by Google

Ni de Alejandro acá tal vez se ha visto
Pareja mas cabal que la que siempre
Formas con tu Bucéfalo. El escita
Párias te rinde absorto si galopas
Por tierra y agua.—Desde muy temprano
De la desdicha en la funesta escuela
Aprendí á galopar, dice el anciano.
—¿Cómo?—De referir largo seria:
Faltan no pocas leguas, lances rudos
Con el contrario, superior diez veces,
Antes que en calma ya nuestros caballos
Logren pacer en el opuesta márgen
Del rápido Boristenes. Reposo
Vuestros cansados miembros necesitan:
Dormid todos, yo velo.—Mas yo exijo
Que tu historia me cuentes: al arrullo
De tu palabra, acaso mis enojos
Calme el sueño, ora ausente de mis ojos.

—Por si lograis tal bien, sigo ya el rastro
De confusas memorias al trascurso
De mis setenta inviernos. Veinte habia
Yo, mas bien primaveras, si no yerro,
Y era en Polonia rey Juan Casimiro,
De quien paje seis años fuí. Rey sabio
Que en nada á vos, señor, se parecia:
Ni guerras encendió, ni adquirió nuevos
Reinos para perderlos á otro dia;
Y, salvo los debates en la dieta,
En calma gobernó la mas completa.
No que dejase de correr borrascas:
Amaba á las mujeres y las musas,
Y es tal la condicion de unas y otras,
Que á él mismo á veces desear hicieron
La guerra y sus horrores; mas tomados
Nuevos libro y querida, los osados
Impetus humo y nada se volvieron.
Y daba entonces fiestas prodigiosas,
Y Varsovia en sus pórticos veia
Absorta el continente y gallardía
De mancebos de prez, damas rumbosas.
Salomon de Polonia era; ó al menos,
Tal le cantaban sus poetas todos,
Con excepcion de alguno que, no estando
Pagado, el aire atruena proclamando
Que la lisonja vil no entra en sus modos.
Era corte de fiestas y de justas
Do cada cortesano lidió en rimas;
Hasta yo cierta vez hice una oda,
Firmándola, si firma no he olvidado,
«Tírsis, el fiel pastor desesperado.»

Un Conde Palatino de alta estirpe
Y cual mina de sal ó plata rico,
Sin que del trono al pié muchos le igualen
En sonante metal y en sangre ilustre,
Allí vivia, y tal su orgullo era
Cual si del mismo Olimpo descendiera.
Meditando en tesoros y abolengo
Trastornósele acaso la mollera
Al punto de creer, si mal no arguyo,
Que el mérito de cuanto le da brillo
No fué de sus abuelos, sino suyo.
No compartia su opinion la esposa,
Treinta años en edad menor que el Conde,
Cuya tutela llega á serle odiosa.
Tras deseos, temores y esperanza,
Y dando á la virtud, cual corresponde,
En vigilias y sueños agitados,
Con el vale postrer lágrimas tibias,
De Varsovia á la flor varonil lanza
Tímidas ojeadas, ya en su reja
Que abre á la musical nocturna queja,
Ora en la confusion de alegre danza.
Y aguarda los dichosos accidentes
Que asaltan á las damas y las rinden,
Sean arrebatadas ó prudentes,
Para dar nuevos títulos al noble
De aquellos que se dice abren el cielo
Con llave de martirio, y de que nunca
Quien los lleva se jacta—es bien sabido—
Cuando ellos los mas útiles le han sido.

V

Yo mancebo garrido entonces era—
Decirlo á los setenta años me es dado—
Y hubo en la corte, en baja ó alta esfera,
Desde el imberbe al hombre ya formado,
Pocos que en mi florida primavera,
Si la memoria fiel no me ha faltado,
Pudieran competir—tambien lo digo—
En presuncion y vanidad conmigo.

Yo aunaba juventud, fuerza, alegría,
Y un porte no cual éste que avalora
Vuestra vista; mas rico en gallardía
Cuanto mísero y rústico es ahora;
Que el tiempo y el dolor y guerra impía
Frente y alma con reja destructora
Removieron y araron, y, presentes,
No me conocerían mis parientes.

Y no aguardó tal cambio, no por cierto,
A que la edad con paso vacilante
Su rudo estrago, como en libro abierto,
Se acercara á escribir en mi semblante.
Fuerza, valor y espíritu no han muerto
En mí; de lo contrario, en este instante
No os contara en un bosque mis querellas
Bajo el dosel de un cielo sin estrellas.

Mas dejadme seguir. La forma vaga
De Teresa gentil, mi bien, mi daño,
En ilusion que al corazon halaga
Miro surgir al pié de aquel castaño.
La luz de su recuerdo no se apaga,
Y palabras no encuentro—es muy extraño—
Cuando mi labio trémulo la nombra,
Para decir cuán bien amo su sombra!

Eran sus dulces ojos orientales
De la turca beldad y de la activa
Sangre polaca, fruto que en iguales
Partes refleja entrambas, y cautiva.
Negros como ese cielo; mas raudales
De luz tierna y süave al par que viva,
Brotaban dellos; claridad que encanta,
Luna que á media noche se levanta.

Grandes y negros ojos en que oscila
En piélago de luz fundido al rayo
Que della brota, lánguida pupila
Ardiente á veces como el sol de Mayo.
Sèmeja su mirada, si tranquila,
Las que alzaban al cielo en su desmayo
Los santos, en el místico delirio
Cual si hallaran deleite en el martirio.

Digitized by Google

Su frente manso lago en que la ola
Ni surge ni murmura, y que, al reflejo
De la luz estival que le arrebola,
Al firmamento azul sirve de espejo;
Su mejilla, sus labios de amapola....
Mas ¿para qué prosigo su bosquejo?
La amaba yo con ciega idolatría:
Con inefable amor la amo hasta el dia.

Y los que abrigan, como yo, en el vaso
De fuerte arcilla vigorosa esencia,
Aman así, con ímpetu no escaso,
Ruedo en bienes ó males su existencia,
Y hasta en ciego furor; y hasta el ocaso
De la vida los sigue la apariencia,
La vana sombra del amor primero,
Como á mí hasta el instante postrimero.

VI

Nos encontramos, nos vimos;
Yo extático la miré,
Y al mirarla suspiré;
No habló; mas nos comprendimos.
Hay dulces tonos que oimos,
Hay leves signos que vemos
Y definir no sabemos:
Chispa que se escapa ardiente
Del corazon y la mente
Sin que atajarla logremos.

Signos y tonos que extraño
Lenguaje forman intenso,
De significado inmenso,
Sin que al recato hagan daño:
Cadenas que en dulce amaño,
Sin que lo sepa quien ama,
Ligan á mancebo y dama
En prision que es toda ardores:
Hilos que de conductores
Sirven de amor á la llama.

La ví, suspiré, y en lloro
Tierno que á solas vertí,
Callado permanecí,
Distante de aquel tesoro.
Dentro del social decoro
Relacionámonos luego,
Y aunque hablarla en blando ruego
Quise en mas de una ocasion,
Mi labio del corazon
No pudo expresar el fuego.

Hasta un momento en que.... Habia
Juego frívolo, cansado,
Cuyo nombre no he guardado,
Y en que pasamos el dia.
De si ganaba ó perdia
Sin curarme, solo ví.
Que el azar nos juntó allí,
Y á mi sabor contempléla.
¡Sea nuestro centinela
Tan vigilante cual fuí!

Ufano al verla á mi lado
Y al escucharla, noté
En su rostro no sé qué
De singular reflejado.
No era el interes del dado
Lo que allí la detenia;
Júbilo ó pena sombría
Su semblante no acusaba,
Y jugaba y mas jugaba
Con misteriosa porfía.

Ante su aire pensativo,
Atravesó por mi mente
De luz clarísima, ardiente,
Relámpago fugitivo.
En ella, segun concibo,
Leyó el pensamiento osado
Que no era yo condenado
En el tribunal de amor,
Y hallando en esto valor,
Rompió mi lengua el candado.

Rompióle, hablé; incoherente
Fué mi discurso en el modo;
Expresion de mi amor todo,
Conmovedor, no elocuente.
En escucharme consiente,
Y es cuanto anhelaba yo:
Quien vez alguna escuchó
Seguirá prestando oido;
Y su corazon no ha sido
De hielo formado, nó.

J. M. Roa Bárcena.

(*Continuará.*)

EL TIEMPO.

(A Justo Sierra.)

Hai algo así indefinido como la eternidad porque es su alma, vasto como el espacio, sutil como una corriente eléctrica, indestructible como esos tallos que se secan i florecen simultáneamente, incomprensible como los geroglíficos egipcios, interminable como las espumas de una cascada que se mezclan y desaparecen dejando tras sí otras i otras que van á aumentar las aguas del torrente.

Ese algo, mito de los antiguos, libro de todas las ideas, atmósfera de todos los hombres, es el Tiempo.

¿Con quién compararle? Alegre como una mariposa, vuela i cruza ante nosotros para no volvernos á ver, ó hace sentir su marcha en nuestros oidos como la detonacion de un rayo que surge, serpea i se hunde en el fondo del Océano; pero siempre veloz, siempre indomable; fugitivo como el ciervo, oscuro como el orígen de los pueblos antiguos.

Idea universal, la humanidad toda tiene conocimiento de ella; el salvaje cuenta sus dias por la salida del sol, el frígido lapon por la luz crepuscular, el prisionero que gime en una mazmorra en noche eterna, por las veces que la puerta de su calabozo se abre para dar entrada al carcelero.

Reyes, papas i sabios, intentaron medirlo: sus cómputos se sucedieron los unos á los otros, variando siempre, sin que el fluido que pretendian aprisio-

Digitized by Google

nar variase jamás de naturaleza ni de direccion. El Tiempo, como un mar tranquilo, soportaba los cálculos de los hombres, ¡débiles esquifes que sus olas impetuosas habian de sepultar para siempre en la sima profunda del pasado!

La fábula griega nos legó en Saturno un símbolo tan poético como filosófico: el viejo de tez sombría i luengos cabellos canos, devorando á su prole, es la representacion genuina de ese fantasma que se llama Tiempo. La eternidad es el padre, los dias son los hijos. ¡Ai de los devorados que no volverán jamás á sembrar esperanzas ó á destruir existencias!

¡Ai del dia perdido, que en su rapidísima rotacion no saludó el nacimiento de un grande hombre!

¡Ai de aquel cuyo sol moribundo no besó por la vez postrera la frente del héroe, ó bañó con sus reflejos la tumba recien abierta del mártir!

¡Excelsos aquellos en las llamas de cuyo sol plateó sus alas el ángel del Progreso!

¡Execrables los que veiron bajar los siervos romanos á las tinieblas de la ergástula!

¡Aciagos los que encendieron hogueras para los mártires!

¡I eternamente bendito aquel cuya alborada marcó la hora primera de los pueblos independientes!

Los dias en cuyo seno rompe su cárcel el gérmen de libertad, son sagrados; porque ese gérmen ha de producir el árbol frondoso á cuya sombra se cobije la gran familia social, cuando se nuble el horizonte de las ideas.

No saben las aguas del torrente que cuando su cauce se subdivida, han de convertirse de bramadoras en dóciles, llevando la fertilidad á los campos i el alimento á los pueblos.

Ni tampoco los dias que rápidamente se suceden, corren vaga, sino intencionalmente, á un fin grandioso, preparado por la misma sucesion de sus horas.

Ese punto convergente, ese fin sublime, esa síntesis para cuyo triunfo se necesitan tantas derrotas, es la fraternidad universal.

El mundo reducido á una familia: una familia constituyendo el mundo.

Los hombres, hermanos de los hombres: el valor moral por todos acatado y entre todos distribuido.

Nadie sobre nadie: todos junto á todos. Ese es el problema de los tiempos, y á pesar de las barreras que encuentren en su vuelo las ideas, su resolucion está escrita en el límpido cielo del Porvenir.

ALFREDO TORROELLA.

A LUZ LLAVE.

Dejadla estar, que la inocente duerme:
Dejad dormir á la infeliz doncella
Hoy que el rudo tormento aun cerca de ella
Triste la mira y con la mano inerme.

Ya no iracundo clavará en su entraña
El puñal venenoso del martirio:
¡Pobre inocente y desgarrado lirio
A quien la hiel de la amargura aun baña!

Pero mirad, ni el padecer potente
Que cuanto toca á su rencor inmola,
Pudo empañar la angélica aurëola
Que la mano de Dios puso en su frente.

Y ni la misma muerte que indecisa
Con beso helado la cerró los ojos,
Alcanzó de sus labios, antes rojos,
A arrancar la dulcísima sonrisa.

¿Con quién sueña la niña que sonríe?
¿Por qué así oprime el seno con las manos?
¿Con los ángeles habla, sus hermanos,
Y al cielo pide que por ella envíe?....

¿Conocísteis á Luz? en los verjeles
Que dan alfombra al cándido Orizaba,
Apenas há tres lustros que rodaba
Su blanquísima cuna entre laureles.

Luego risueña y candorosa y pura
De ella saltó la niña, ó inocente
Se inclinó por beber en una fuente,
Sonriendo al ver su pálida hermosura.

Y contemplando el lindo paraíso
Que dió á su cuna aromas y verdores,
Para sus negras trenzas flores quiso
Y puso entre sus trenzas muchas flores.

Despues notó la niña que le vía
La multitud ansiosa y que la amaba,
Y Luz entonce alegre palpitaba
Y llorando de amor se sonreía.

¡Ay! era que la vírgen era bella
Como de Mayo la primer sonrisa,
Cual la blanca azucena en quien la brisa
Sus puros besos suspirando sella.

Llegó la juventud: todas sus galas
Sobre la niña derramó en su anhelo:
«Toma, la dijo, encúmbrate hasta el cielo,
«Toma mis lindas y fulgentes alas.

«Con ellas busca la region divina
«Del goce y del amor de la inocencia.»
Y trémula la niña, en la existencia
Hácia al sendero del amor camina.

¡Qué blanda y qué florida y cuán hermosa
Se abre la ruta en que la niña juega!
Y sigue entre sus flores y al fin llega
A una régia mansion y misteriosa.

La pureza, el candor, la fé bendita
Guardan su puerta sin cesar cerrada,
Y la vírgen ante ella, alborozada,
Ansiosa llama y de emocion palpita.

Digitized by Google

Era del porvenir la hermosa puerta;
Tras ella Luz imaginaba un cielo,
Y creyó que iba á abrirla, cuando al suelo
Se inclinó la infeliz.... ¡estaba muerta!

Tal vez sintió que el porvenir sombrío
Miserias le guardaba en vez de galas,
Y el ángel infeliz tendió las alas
Buscando otra mansion por el vacío.

Tornó á su patria.... en vano nuestros ojos
El raudal del dolor tener quisieron;
Las lágrimas del alma se escurrieron
Para bañar sus míseros despojos.

Mas no la desperteis, tan solo duerme.
Bardos, si la cantais, va á despertarse,
Y en ella volverá rudo á cebarse
Fiero el tormento que la mira inerme.

Y pues aquesta Luz con la del cielo
Ya voló á confundirse eternamente,
Venid tan solo á coronar la frente
Del cuerpo hermoso que quedó en el suelo.

Yo llegaré sobre la mústia yerba
Y sin moverla hasta besar su losa,
Cuidando que no turbe, si llorosa,
Su sueño de ángel mi cancion acerba.

Mas, Luz celeste, si al que triste llora
En este valle de miseria y duelo;
Si el pecador que tus despojos hora
Cubre con flores del ingrato suelo,
No en vano ¡ay triste! tu favor implora,
Pidiendo un rayo de tu luz del cielo,
¡Oh! dile con la voz de la esperanza,
Que la luz de la fé todo lo alcanza!

LUIS GONZAGA.

Setiembre de 1869.

LA TERTULIA DE LOS ANIMALES.

FABULA.

Bajo el dosel de una silvestre *parra*,
Puestos en semicírculo por *tierra*,
Varios bichos del valle y de la *sierra*
Oyen tañer á un oso la *guitarra*.
Arañando las cuerdas con la *garra*,
Este dice, volviéndose á una *perra:*
—*Me dió de leche pura, una becerra,*
Diez cubos diarios, menos media jarra!
—*Eso me consta á mí!* prorumpe un *zorro*,
—*Y á mí!* repite una monita *curra*
De botin, crinolina, chal y *gorro*.
—*Eso no puede ser!* rozna una *burra*,
Y.... fué bastante: echáronla del *corro*,
QUE EL TONTO, AUNQUE VERAZ, LLEVA LA ZURRA.

ESTÉBAN GONZALEZ VERÁSTEGUI.

TRINITARIAS.

A SANTIAGO SIERRA.

En las páginas queridas del álbum de tu corazon dejaste un lugar para que colocara mis trinitarias, pobres pensamientos que brotaron con el rocío de tu cariño, y que resguardaste de la tormenta con tu amistad. Si no están marchitos como mis ilusiones, lo debo á tu cuidado, y si conservan algun aroma, es porque les prestan el suyo las flores que nacen con tus amores y que puras y lozanas se mecen con las auras de tus esperanzas. ¡Ojalá nunca sientas ese dolor terrible que destruye cuanto toca, y que arrastra la existencia hácia el polvo de la vida: la muerte!

Tú sabes la historia de mi vida; esa historia de lágrimas que he derramado en cada una de sus hojas, y que has visto caer en el silencio de mi dolor. Tú sabes cuanto sufro: y si aparento calma en el desierto en que camino, cansado y sin aliento, es porque el valor aun no me falta. Las heridas que abrieron en mi corazon las espinas de sus flores, hoy marchitas, arrojan sangre que abrasa mi existencia y que debilita las fuerzas de mi sér: si caigo antes de cumplir mi jornada, solo esperaré débil y resignado, el término de mis pesares. La lucha que sostengo con el dolor, es formidable: las apariencias engañan, y si sonrio aún en el mundo, mi sonrisa no es la del placer, sino la del sarcasmo.

Feliz tú que vas á ese jardin que se llama México. Allí crecen las ricas flores de la fantasía; genios eminentes se levantan á los cielos, y sus pedestales formados por la luz y la armonía, reflejan un rayo divino del Creador, que ilumina el trono de diamantes en que se sientan. Tú cantarás feliz en ese Eden, tu amor y tu alegría, y recogerás lauros en tu camino de gloria. El destello de tu sol hallará en mi corazon sombras que disipar, y brillará puro é inmenso como mi cariño. Los genios de esa México poderosa te llevarán hasta su alcázar, y ceñirán en tu frente una guirnalda.

Mi hermano eres de corazon y mi hermano en poesía. Hiciste que lanzara al mundo mis cantares, y si alguna vez han dejado un leve recuerdo, lo deben á tí. Hoy que te separas de mi lado, volveré la vista hácia el hogar que abandonas, y pronunciaré tu nombre entre un himno de recuerdos. Mis versos fueron las flores que acarició mi esperanza y que deshojó la realidad: las espinas de sus hojas cayeron en mi corazon y se clavaron tambien en mis cantares. Con mi esperanza acabó mi poesía, y con mis ilusiones los placeres.

Recoge en esa senda gloriosa de Alarcon, Gorostiza, Calderon, Carpio, Galvan, Altamirano, Peredo, Prieto, Ramirez y otros, los triunfos que te ofrezca tu destino, y recuerda siempre que en estas playas quedó un hermano que te aplaude y te contempla.

Digitized by Google

Un mismo laurel ceñirá tu frente y la de Justo, que si hermanos son por nacimiento, hermanos son tambien en las ideas. Mira el porvenir con que te brinda la literatura, y sigue en él como hasta hoy, firme y sereno.

¡Adios hermano! Las trinitarias que creí ofrecerte cayeron deshojadas al guardarlas en tu álbum, y con ellas una lágrima del que te da su adios, tal vez postrero, porque el cielo nos separa por todo un tiempo indefinible.

ANTONIO F. PORTILLA.

Veracruz, Agosto 19 de 1869.

CURIOSIDADES BIBLIOGRAFICAS.

ARTICULO SEGUNDO.

Deciamos al terminar nuestro artículo anterior, copiando textualmente las palabras autorizadas del cronista Gonzalez Dávila, que fué opinion unánime de *los padres* en el segundo Concilio mexicano, *que á los indios debia dárseles la libertad;* y aquí será bien que digamos, como continuacion de tan importante asunto, lo que hizo en pró de aquellos desgraciados alguno de los piadosos varones coetáneos de la conquista, que fueron, como testigos oculares, los primeros en condenar las maldades de los conquistadores.

Habla el maestro Gonzalez Dávila de D. Fr. Juan Ramirez, religioso domínico que estuvo en México y que murió en 1609 siendo obispo de Guatemala, y dice (pág. 157), que «nunca quiso absolver á los que tenian Indios en servicio ó de repartimiento hasta que les diessen libertad»..... «Y viendo (añade mas adelante en la pág. 158) el mal tratamiento que los Jueces y Españoles hacian de los indios; cómo los repartian para el servicio y lo mal que los pagavan, determinó de venir á España para procurar el remedio de tanto daño..... Salió de México con la capa al hombro y su Breviario en la cinta, y una cédula de 95 pesos á pagar en Sevilla..... Dió en manos de cosarios Ingleses..... Llevaronle á Inglaterra, y viendo su sencillez y llaneza, le dieron libertad, pidiéndole en pago que suplicase al Rey que diesse libertad á un cavallero Ingles que tenia preso en Sevilla, y lo cumplió y consiguió su libertad. Llegó á Madrid y dió principio al negocio de los Indios besando la mano al Rey y dándole un Memorial con título de *Advertencia sobre el servicio personal al que son compelidos los Indios de la Nueva España por los Vireyes*..... Otro dió al Consejo de Indias firmado por trece maestros de los doctos que tenia España en aquel tiempo, y fueron tan fuertes las razones de la alegacion, que se despacharon privilegios y provissiones en favor de los Indios, reformando los abusos de sus repartimientos y las injusticias de no pagarles sus salarios.»

Cuatro años estuvo aquel sacerdote en España ocupado exclusivamente en trabajar á favor de los desgraciados indios, cuando determinó regresar á México; pero *estando vaco el obispado de Guatemala* (dice el maestro Gonzalez Dávila), *el Rey Felipe III le presentó para él en 18 de Enero del año de 1600.*

No quiso al principio admitir el cargo y aun lo renunció con insistencia; pero tuvo que aceptarlo al fin *por la obediencia á sus superiores*, segun reza la leyenda, y «lloró esto dos dias, meditando el peligro en que ponia su alma.»

Pasaremos por alto lo que dice nuestro buen cronista (pág. 190 á 193), hablando del *Padre las Casas*, porque uno solo no habrá entre nuestros lectores que no conozca perfectamente y en todos sus pormenores, la vida ejemplar y los hechos maravillosos de aquel venerado apóstol, cuya historia nos han referido en sus luminosos escritos Herrera, Gomara, Oviedo, Nicolás Antonio y Quintana, y cuyo nombre, como observa muy bien el último de esos autores,—«ya no pertenece precisa y peculiarmente á la España, que se honrará eternamente con él, sino á la América, por los inmensos beneficios que la hizo y al mundo todo que le respeta y le admira como un dechado de celo, de humanidad y de virtudes.» (*Vida de Fr. Bartolomé de las Casas.*)

Refiere el maestro Gonzalez Dávila (pág. 161 á 162) la visita que practicó en Cuba el obispo Fr. Juan de las Cabezas Altamirano, y dice lo que copiamos en seguida:

«Llegó á la ciudad del Bayamo, y estando en ella, llegó al puerto (habla de Manzanillo) un corsario Inglés para robar. Un mestizo dió noticia al hereje que el Obispo estava en Bayamo.....El cosario tuvo esta presa por rica, y dixo se le avia caido la sopa en la miel..... Y al quarto del Alva quando el sueño estava mas apoderado de todos, dió sobre Bayamo, y prendió al Obispo, y á su compañero Fr. Diego Sanches, y sin dexarlos vestir, descalzos los llevó á su navio, víspera de S. Jvan..... Estuvo preso 80 dias, y al cabo se rescató á sí, y á su compañero en dos mil ducados que se juntaron prestados entre la gente buena de la Isla.»

Incurre nuestro cronista en una equivocacion al decir que fueron ingleses los piratas que aprehendieron al obispo: fueron franceses, y los mandaba Gilberto Giron, á quien mataron poco despues los bayameses, *colocando su cabeza en la punta de un palo para escarmiento de los demas*, segun refieren los historiadores de Cuba, acordes todos en ese particular.

Habla el maestro Gonzalez, pág. 59, de la gran inundacion que hubo en México *en once de las Kalendas de Octubre de 1629*, y dice (pág. 61) lo que copiamos á continuacion:

—«En carta que el Arzobispo D. Francisco Manso escrive á su Magestad, su data en 16 de Octubre de 1629, le hace una representacion del gran daño que avia hecho la inundacion de la laguna; y dice: Que murieron 30 mil indios y de 20 mil familias españolas no le habia quedado á México 400 vecinos, quedando aquella parte como un cadáver etc.»

Digitized by Google

Hablando del Perú (tom. II pág. 12) dice, que hubo tal escasez de vino en los años de 1554 y 1555, —«que porque no faltasse para las Missas, el Arzobispo visitó las casas de todos y se juntó lo bastante.»

Dice que las primeras riquezas que llegaron á España procedentes del Perú, las llevó en 1533 Francisco Gerez, secretario de D. Francisco Pizarro; que el patriarcado de las Indias fué instituido en 1524 por Clemente VII á peticion de Cárlos V; y que fué el primer patriarca D. Antonio de Rojas.

Refiere que *se labró la primera moneda* en el Perú el año de 1557, el mismo dia en que fué jurado por rey en Lima D. Felipe II; que se fundó allí la inquisicion en 1570; y que en 1553 «en dia de Viernes 13 de Enero, aparecieron tres soles y vna cometa, y sus efectos fueron alteraciones y guerras.»

Cuenta por último, refiriéndosé á Juan Botero, que cuando se fundó la ciudad de Trujillo en 1533, «se halló una cabeza de Gigante, que sus dientes eran negros y de dos dedos de grueso y quatro de ancho;» siendo lo mas notable que Botero asegura haber visto uno de esos dientes.

Basta por hoy: otro dia hablarémos de las demas publicaciones curiosas y en general poco conocidas, que se encontraban en la *Biblioteca colombina* el año de 1552, á reserva de decir algo tambien de los preciosos manuscritos que habia entonces en aquella Biblioteca.

P. S.

VISTAS DEL MAR.

Ya estoy aquí de nuevo para cantar tus olas;
Tres años he vivido ¡oh mar! lejos de tí,
Mas siempre te lloraba en mi delirio á solas,
Porque guardé mi lira hasta volver aquí.

Por eso en igual metro como la vez primera
Al golpe de tus olas voy de nuevo á cantar:
¡Ojalá que el pasado cual mi cancion viniera!
Pero el tiempo no vuelve, no vuelve nunca ¡oh mar!

¡Qué bella es en tu cielo la clara luz del dia!
Magníficos celajes se cubren de arrebol,
Cien pájaros marinos coronan la bahía
Que la salida vienen á saludar del sol.

La imágen de los cielos tranquilo el mar retrata,
Semeja un rio de fuego por donde el sol está;
En ondas vaporosas de trasparente plata
La brisa fugitiva rizando el agua vá.

Los buques majestosos anclados en la rada,
Los botes que ligeros su vela hacen flotar,
Reflejan de la aurora la tinta sonrosada
Que brilla mas hermosa cayendo sobre el mar.

Es la hora siempre triste del sol al medio dia,
Blancas están las nubes que fueron de arrebol,
El mar color de fuego que en la mañana habia
Se roba de los cielos el fúlgido color.

Ni un eco, ni una brisa turban la triste calma;
Las sombras de los buques retrata el mar azul;
Mil vagos pensamientos sucédense en el alma
Cual débiles reflejos de pasajera luz.

Alguna ave viajera costeando cruza el viento
Y una débil barquilla el mar cruza tambien,
Aquella va ligera con blando movimiento,
Y ésta surcando el agua con lánguido vaiven.

La estrella de la tarde nace al morir el dia;
Entre doradas nubes hunde su faz el sol;
La reina de la noche, dulce melancolía
Sobre la mar derrama con pálido fulgor.

Yo he visto en las praderas brillar tu luz hermosa
Y en campos de verdura que el viento hacia flotar;
Mas nada es comparable ¡oh luna silenciosa!
A estas noches tranquilas en que alumbras el mar.

¿Quién no siente en el alma un eco misterioso
Que nos trae la memoria de una pasada edad?
¿Y quién no goza entonces en éxtasis dichoso
Entre la dulce calma de augusta soledad?

El alma se levanta al estrellado velo,
Y en hondos pensamientos se abisma el corazon;
En vano los misterios quisiera hallar del cielo,
Y entre mis labios trémulos espira mi cancion.

SOLEDAD MANERO DE FERRER.

Veracruz, Octubre de 1868.

PLEGARIA.

LIBRO DEL ALMA.

¡Seca su llanto, arcángel del consuelo!
Baste al Dolor el sentimiento mio,
Y lleva entre tus alas hasta el cielo
Ese de amores celestial rocío.

¿Es preciso sufrir? ¿Por qué la suerte
Nos separa en la ruta de la vida,
Si la ausencia es la noche de la muerte
Que en el amante corazon se anida?

¡Oh Dios mio! ¿qué haré de mis canciones,
Brotadas, ¡ay! bajo su luz de estrella,
Si en el inmenso mar de las pasiones
En vano buscaré su santa huella?

¿Si solitario y triste en el desierto
Cruzando nieblas, arenal, abrojos,
Creeré tal vez que el universo ha muerto
Al faltarme la lumbre de sus ojos?

¡Dolor! tu senda acaso equivocaste!
En nuestras almas al amor rendidas,
¿Qué santidad faltó? qué sombra hallaste?
¿Qué ilusiones no viste bendecidas?

¡Perder así del corazon la calma!....
Arcángel, oye por piedad mi acento:
Fijos están los ojos de mi alma
En un desesperado pensamiento.

Digitized by Google

¡Díla que llore! que si errante pierdo
Mi fé tranquila en la mundana orgía,
¡Llore por mí!.... que su inmortal recuerdo
Será el fanal de la esperanza mia.

¡No!... que ria! la luz de la sonrisa
Brille siempre en su faz encantadora;
¿Cómo privar al bosque de su brisa?
¿Cómo á la flor del beso de la aurora?

Yo lejos de ella viviré soñando,
¡Ay! y en el dia y en la noche oscura,
Mi corazon tambien irá apurando
La copa del dolor y la amargura.

Y escuchando los ecos de tristeza
Con que gime el fugaz presentimiento,
Inclinaré abatido la cabeza
Vertiendo en mi arpa mi postrer aliento.

No me deslumbra el esplendor ficticio
De otro cielo, otra luz ni de otras flores;
Mi pecho llorará su sacrificio
En el bendito altar de sus amores.

Yo ignoraba las notas misteriosas
Que hay del dolor en la enlutada lira.
¡Ay de las ilusiones vaporosas
Con que la mente en el placer delira!

¡Angel! voy á partir; ni un solo instante
De su recuerdo bienhechor me alejo,
Que el fuego de sus ojos, fulgurante,
Tiene en mis sueños eternal espejo.....

Dícelo tú.... que si en mi ausencia, inquieta
Llora al pensar en la desgracia impía,
Hoy al partir el infeliz poeta
La deja el corazon, su poesía.

SANTIAGO SIERRA.

Paso del Macho, Agosto 19 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

AGOSTO.

Este mes, por ser el sexto del calendario Romúleo, se llamó *Sextilis*; despues se le dió el nombre de *Augustus*, en memoria del emperador Augusto.

1º

1526.—En este dia comenzó á gobernar la Nueva España el Lic. Márcos de Aguilar.

1653.—Salió de esta capital, con direccion á San Cristóbal Ecatepec, el virey Alba de Liste, para entregar el mando á su sucesor el duque de Alburquerque.

1694.—"Domingo 1º, se empezó en San Francisco á pedir limosna por los clérigos sacerdotes, para hacer la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, y hay para empezar 50,000 pesos que dan Pedro Ruiz de Castañeda, mercader rico, y el Lic. D. Ventura Medina, clérigo sacerdote, ambos criollos."

1782.—"El dia 1º de Agosto se cogió en la casa de moneda á un limador llamado Manuel Montes, que robaba cada dia 30 pesos con riesgo de la vida; pues por la mañana se metia 15 pesos en el ano y otros tantos por la tarde: este robo lo hizo por espacio de año y medio."

1785.—A principios del presente mes pusieron al virey D. Bernardo de Galvez, que vino casado con la Sra. Felícitas Saint Maxent, natural de Nueva-Orleans, el siguiente pasquin:

Yo te conocí Pepita
Antes que fueras melon,
Maneja bien el baston
Y cuida á la francesita.

Al mismo virey acompañó, en calidad de inspector, D. José Espeleta, hombre de genio áspero lo mismo que su esposa; á ambos les pusieron el pasquin siguiente:

El virey muy bueno,
La vireina mejor,
El inspector el diablo
Y su mujer.... ¡peor!

1811.—Fué fusilado en Chihuahua el primer héroe de la independencia D. Miguel Hidalgo y Costilla.

1867.—Reorganizacion de la Suprema Corte de Justicia, nombrando el gobierno los ministros y presidente interino á D. Sebastian Lerdo de Tejada.

2

1651.—Con motivo de la eleccion de priora en el convento de San Lorenzo de esta ciudad, hubo un fuerte disturbio entre el vicario del citado monasterio y las monjas, pues el vicario queria que saliera una, mientras la comunidad eligió á otra. El negocio llegó hasta el virey, triunfando la candidatura de las religiosas.

1855.—Decreto concediendo privilegio á los Sres. Mosso Hermanos para construir un ferrocarril de San Juan al mar Pacífico.

1856.—Decreto que concede privilegio exclusivo á D. Alberto C. Ramsey para construir un camino de fierro desde Anton Lizardo hasta el puerto de Acapulco.

1858.—Las fuerzas que mandaba D. Tomás Mejía ocupan á Rio Verde.

1865.—Reglamento del cuerpo diplomático.

3

1566.—Fueron ejecutados en la plaza principal de esta ciudad los hermanos Alonso de Avila y Gil Gonzalez, por hallarse complicados en la conjuracion del marqués del Valle.

1667.—A las nueve de la mañana de este dia se sintió en Mexico un tembler de tierra.

1678.—"Este dia se abrió la iglesia de Bethlem de los mercedarios; asistió el cabildo de negro."

1787.—"El dia 3 de este mes entró en México la mayor parte del equipaje del Sr. Flores y veinticinco personas de su familia."

1833.—Falleció del cólera, á los 88 años de edad, el eminente artista D. Francisco Eduardo Tres Guerras. Nació el 13 de Mayo de 1745.

1859.—Reglamento del gobierno del valle de México sobre carruajes.

1867.—Decreto derogando la disposicion del general Diaz sobre los delitos de homicidio, estupro y robo.

4

1852.—Salen de México por órden del presidente los diputados D. Onofre Reyes y D. Guadalupe Montenegro, para mediar entre las autoridades legítimas y los disidentes de Guadalajara.

1856.—Se concede á D. Ignacio Carranza la patente de privilegio exclusivo, como introductor de la fabricacion de porcelana en la República.

1858.—Se abrieron de nuevo los colegios de Minería y Medicina.

1859.—"Decreto que manda devolver á los franciscanos la parte de su convento no aplicada, y que se les entreguen las escrituras que los que lo ocuparon otorgaron en favor del gobierno."

1860.—"El comandante de la fragata española Berenguela, Arias, dirige sus reclamos al gobierno de Veracruz, sobre la captura de la barca Concepcion. El gobierno contestó estar pendiente el asunto de los tribunales, y se puso en actitud de defensa."

IGNACIO CORNEJO

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Concierto en el Conservatorio de música.—El Club aleman.—Sesion solemne de la Sociedad de Geografía y Estadística, en honor del baron de Humboldt.—El discurso del Sr. Barreda; del Sr. López Monroy; del Sr. Bustamante y Chico; del Sr. Ramirez.—Poesía de Santiago Sierra —*La Ilustracion Potosina.*

México, Setiembre 18 de 1869.

La noche del sábado 11 tuvo lugar el concierto de música clásica que la Sociedad Filarmónica habia preparado, y que fué el primero de esa larga série que la dicha Sociedad se propone dar, tanto para establecer definitivamente los grandes estudios del arte, como para habituar á sus alumnos á la música sábia que hasta aquí ha sido punto menos que desdeñada, por poco comprendida, tanto por el público como por los que se han dedicado en México de preferencia á la música italiana.

El salon de la antigua Universidad estuvo concurridísimo, y se notó que el auditorio se componia de personas inteligentes, bastante inteligentes para aplaudir y para no interrumpir con una manifestacion estúpida, como sucedió cierta vez, las magníficas piezas que se ejecutaron. Estas fueron entresacadas de las obras de Haydu, Beethoven, Schumann y Mengal, y fueron interpretadas con maestría por los profesores Melesio Morales, Leon y Semelœder en el piano; Aduna, Medinilla y Salot en los instrumentos de viento, y Delgado, Moran, Rivas, Guichené y Sauviné en los instrumentos de cuerda.

Grande satisfaccion causó á todos este concierto, y creemos que en el año presente el arte musical va á adelantar mucho con los buenos estudios que se emprendan y con las sábias reglas que se pondrán al alcance de los alumnos.

Será pasable, en un salon, que de cuando en cuando se mezclen á las buenas piezas de concierto una que otra polkita, una que otra danza habanera, uno que otro pedazo de zarzuela; pero en cambio escucharemos las mas famosas obras de los patriarcas del arte, al revés de lo que ha sucedido hasta aquí, pues causa grima no oir sino en muy pocas reuniones musicales otra cosa que esa gerigonza que han puesto tan de moda los corruptores de la música.

El Club aleman, siguiendo el pensamiento iniciado por la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística, solemnizó el aniversario del nacimiento del baron de Humboldt con un concierto y algunos discursos.

No podemos hablar minuciosamente de lo que se hizo en la casa alemana, porque no fuimos invitados á concurrir. A este propósito, es justo consignar un hecho. La Sociedad mexicana de Geografía envió al presidente y socios del Club aleman una comunicacion invitándolos á todos á concurrir á la sesion solemne que en honor del ilustre sabio se habia dispuesto para el dia 14 en la mañana. El Club aleman solo mandó en cambio cuatro billetes para los miembros de la Sociedad de Geografía.

Esta benemérita Sociedad, que tan importantes servicios ha prestado á las ciencias histórica y geográfica, quiso manifestar de un modo solemne el alto aprecio y la admiracion que le merecen los grandiosos trabajos del baron de Humboldt, consagrando una sesion solemnísima á su memoria.

Ciertamente que la funcion fué digna del ilustre cuerpo que la dispuso. Severa, majestuosa y notable por mil títulos, ella será un acontecimiento en los anales científicos del país.

En nuestra revista próxima hablaremos detalladamente de los magníficos discursos pronunciados por los Sres. Barreda, López Monroy, Bustamante y Ramirez, y de la poesía del jóven Santiago Sierra; contentándonos por ahora con decir que todas esas piezas fueron, en nuestro concepto, magníficas, particularmente el discurso de Ramirez, que como siempre quedó superior á todo encomio.

La funcion de la Sociedad fué un banquete científico, suntuoso. No hubo nada de música; pero no hizo falta, gracias á Dios, pues la voz de la ciencia se hace oir mas sonora y mas majestuosa cuando no la acompañan los roncos sonidos de la trompa ó los gemidos del constipado oboe. No somos enemigos de la música; pero creemos que hay ocasiones en que no seria oportuna, como en el salon de Minería el dia 14 en la mañana.

No tenemos tiempo para escribir mas. En este momento tomamos nuestro saco de viaje para montar en el tren que nos ha de conducir á Puebla.

La próxima revista compensará á los lectores de nuestro laconismo de hoy, y si nos es permitida una pequeña vanidad, les aseguramos que quedarán contentos, porque vamos á ver todo y á tomar minuciosos datos sobre esas fiestas *feéricas*, como diria Schiafino.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

A *****

(Byron.)

Cuando sueño que me amas, que tus ojos
Me expresan este amor en su mirar;
No provoque este sueño tus enojos,
Que mi cariño no te dé sonrojos,
Es sueño nada mas.

Despierto, y desolado, entristecido,
No me queda otra cosa que llorar;
Si al de la última noche parecido
Fuera este sueño dulce, apetecido....
¿Por qué no he muerto ya?

No me arrebate tu desden impío
Esto que llamo yo felicidad;
Si soy culpable, mi delito expío
Tan solo contentándome, bien mio,
Tan solo con soñar.

Te miro en sueños sonreir conmigo,
Siento latir tu seno virginal,
De amor enajenado te bendigo....
Mas ya sabes qué horrible es mi castigo....
¡Despertar, despertar!

J. M. B.

México, Agosto de 1869.

Digitized by Google

CONVENTO DE LA MERCED.

I

Al borde de la antigua acequia real se eleva, formando un cuadrilongo, un edificio que pertenece al Orden real, sagrado, celeste y militar de Nuestra Señora de la Merced. Por su parte exterior este edificio no ofrece en su construccion nada de notable; paredes desigualmente clareadas por ventanas de dimensiones diferentes, y el costado desnudo de una iglesia embutida en uno de los lados del cuadrilongo, hé aquí todo lo que se puede percibir. Pero si en vez de desalentarse por estas desagradables apariencias, el visitador franquea la cerca, el aspecto interior del convento le recompensa ampliamente de la impresion primera.

Dos puertas se abren hácia un patio que fué en otro tiempo un cementerio, y que sirve de atrio á la iglesia principal y de vestíbulo á la capilla del Tercer Orden y al claustro propiamente dicho. La fachada de la iglesia principal es demasiado insignificante bajo el punto de vista arquitectónico. Tiene una puerta flanqueada de un par de columnas de órden dórico, que soportan un bajorelieve bastante confuso, el cual representa á Nuestra Señora de la Merced: la cornisa que está al pié tiene la siguiente inscripcion: REDEMPTIONEM MISIT D. M. S. POPULO SUO. Una capa de pintura color de coleta cubre toda la fachada, cuyo tinte uniforme no se ve interrumpido mas que por la blancura del yeso con que está cubierto el bajorelieve.

Hácia la derecha se levanta solitaria la torre, de dos pisos, adornada de columnillas y coronada por una bóveda esférica.

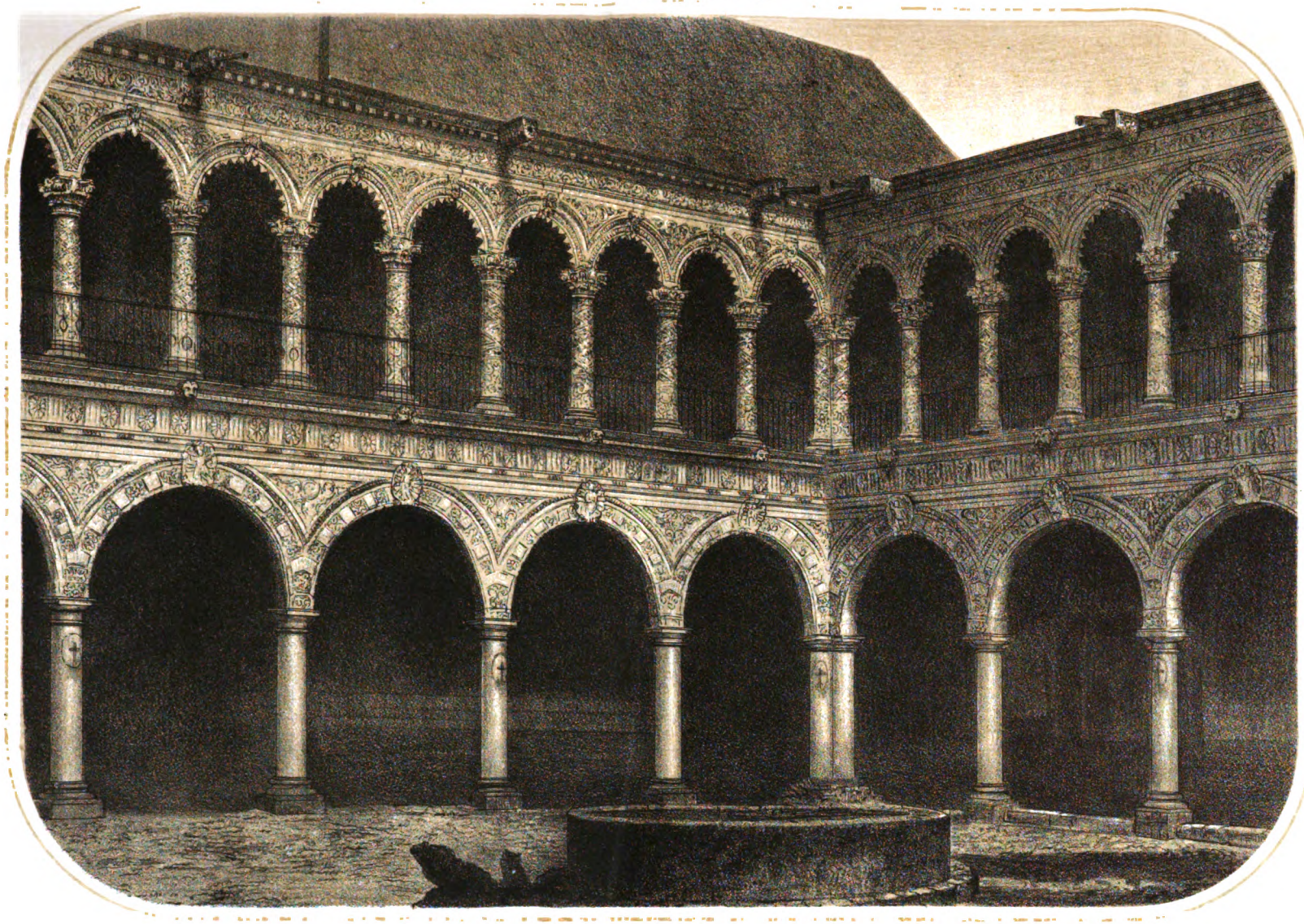
Penetrando al interior de la iglesia por la puerta que se abre hácia el Norte, se pasa bajo dos bóvedas rebajadas que se asemejan bastante á las criptas del panteon de Paris. Su extension trasversal es enorme, y á la vista parecen tener unos veinte metros. Estas bóvedas sostienen los órganos y el coro reservado á los religiosos. Más hácia adelante, el techo se levanta repentinamente, y entonces es cuando la vista, teniendo una prespectiva libre en todos sentidos, puede abrazar el monumento en su conjunto. La iglesia está compuesta de tres naves, de las cuales la principal es mucho mas elevada que las de los costados. Columnas reunidas por medio de arcos paralelos al eje longitudinal separan la gran nave de las otras dos, en donde se encuentra un gran número de altares de todas formas y estilos, que colocados lado á lado, sin separacion ni barandillas, como muebles arrimados á la pared, producen por su diversidad un efecto chillante que perjudica al conjunto. La bóveda que precede inmediatamente á la que se levanta sobre el altar mayor, comunica libremente con las dos naves colaterales que en este punto llegan hasta la altura del techo de la primera, de manera que semejan una especie de crucero. En el punto de interseccion el techo forma una bóveda polígona de un admirable trabajo de carpintería y de tallado. Este trabajo es, en nuestro concepto, lo que debe llamar la atencion á pesar del estado de ruina en que se encuentra, porque es la última muestra de un arte casi perdido en México. El techo todo de la nave principal está construido de madera, y es notable por su atrevimiento. Su forma triangular y sus adornos son análogos á los de la bóveda principal. Anchas cintas de madera que se cruzan formando rombos lo cubren y sostienen en sus intersticios medallones que representan el escudo de la Orden alternando con cabezas de serafines. Cada bóveda está separada por una viga calada y adornada de oro y de carmin. Dichas vigas reposan sobre las columnas. Los colores que adornan aquellas, bastante vivos en algunos puntos, tienen un brillo que hace lamentar el estado de abandono en que tan hermosas piezas se encuentran. El deterioro proviene del filtramiento de las aguas llovedizas al través de la cubierta exterior de plomo del techo. El remedio, como se ve, no es sino muy fácil.

A la izquierda de la fachada se encuentra el vestíbulo cubierto que conduce al claustro reproducido por la estampa. La reproduccion es tan neta, tan bella, tan fiel, que no intentaremos describir lo que cada uno puede ver muy bien. Nos limitaremos solo á indicar que es acaso el mas hermoso resto en México de ese estilo granadino que se ostenta con tanto esplendor en el celebrado palacio de la Alhambra.

Nada puede compararse á la soledad de este claustro, situado en el centro de uno de los barrios mas populosos de la ciudad. Columnas blancas de arcos dentellados formando una galería, rodean un patio enlosado, en donde crecen aquí y allá algunas yerbas enfermizas. En el centro una fuente recibe un delgado chorro de agua tomado del acueducto vecino: dos ó tres aguadores vienen aquí á llenar sin ceremonia sus cántaros y sus *chochocoles*, y sus palabras son lo único que interrumpe el silencio que reina en esta especie de tebaida. En un ángulo, una rueda de canalejas, que recuerda los *tread-mills* de Inglaterra por el modo como se la pone en movimiento, sirve para hacer bajar la agua estancada que suele subir y acumularse sobre el pavimento de la iglesia. De tiempo en tiempo se ve el trage flotante de lana blanca de algun religioso pasar y repasar detrás de las columnas para irse á perder entre los sombríos corredores que conducen á las celdas. En las paredes del fondo están colgados varios cuadros representando escenas religiosas, los mártires de la Orden, los santos que en ella se han producido y los doctores que por su ciencia la han servido de ornamento. Todas esas fisonomías mudas, unas en el éxtasis del dolor y otras en el de una beatitud celeste, ostentan sus llagas, levantan sus cabezas cortadas, enseñan sus muñones sangrientos ó sus miembros calcinados, y causan una impresion de malestar y de inquietud que apenas puede dominarse.

La época de la fundacion en México del primer

Digitized by Google



CLAUSTRO DE LA MERCED.

Lit. de Galadan.

Digitized by Google

Digitized by Google

convento de la Merced no se remonta mas que á 1593, mucho tiempo despues de que los franciscanos, los domínicos y los agustinos estaban ya establecidos. Sin embargo, el primer religioso que acompañó á Hernan Cortés, el primero que hizo oir á los indios la palabra de Dios, pertenecia al Orden de la Merced. Fr. Bartolomé Olmedo tuvo tambien la gloria de celebrar la primera misa luego que los aventureros españoles pusieron el pié sobre el continente americano. Su palabra dulce é insinuante y su inagotable caridad le conquistaron rápidamente un gran número de prosélitos, á pesar de las atrocidades cometidas por los soldados conquistadores. Él fué quien bautizó al famoso Maxicatzin, uno de los principales miembros del senado de Tlaxcala, que encanecido en los combates, no pudo resistir á las viruelas importadas por los castellanos. Auxiliado poco despues por hermanos venidos de Cuba y de España en 1524 y en 1529, Fr. Bartolomé abandonó México, en donde los franciscanos podian continuar la obra comenzada, para pasar á Guatemala y llevar allá la luz de la fé.

Enteramente consagrados al desempeño de su santa mision, estos celosos religiosos no pensaron en formar un establecimiento sino hasta 1589. Algunas casas reparadas á costa de la caridad pública y situadas en el barrio de San Lázaro, les sirvieron de convento y de seminario. Allí se dedicaban oscuramente á sus trabajos, cuando llegaron á ser el objeto de un insigne favor en recompensa de su modestia y de la abnegacion de su vida. El obispo de Perpiñan, D. Fr. Francisco de Vera, en esa época vicario general de las provincias en las grandes Indias, hallándose en Guatemala tuvo ocasion de ver allí dos imágenes perfectamente sacadas de Nuestra Señora de la Merced. Fué tanto lo que le cautivaron, que resolvió tomarse una para dotar al convento recientemente fundado en México. A pesar de toda la habilidad desplegada en esta empresa delicada, se extendió en la ciudad el rumor de que una de las veneradas imágenes habia desaparecido. La poblacion se insurreccionó y el obispo estuvo á punto de ser apedreado. Empero la Providencia velaba, y la imágen, cuidadosamente empacada, y no teniendo por otra direccion mas que estas palabras: *Quien te encaminare á México, Dios lo encamine*, escapó durante seis meses á los accidentes de un trasporte confiado á los indígenas, atravesó trescientas leguas por regiones desiertas y salvajes, y entró de una manera triunfal á México en 1596. De manera que—añade el R. P. Juan Antonio de Oviedo, jesuita, que refiere el hecho—podemos afirmar que la Santísima Vírgen ha venido milagrosamente hácia nosotros. Ella recibia por todas partes—dice—sin pagar nada; su viaje no nos costó ni dinero ni trabajo: entró al fin por la puerta en donde fué acogida con el respeto y la pompa que le eran debidos. Desde entonces ha continuado haciendo sentir su influencia milagrosa, porque provoca las limosnas que sostienen al convento, y no era poco decir, pues segun el P. Fr. Luis de Cisneros, sus gastos ordinarios solamente se elevaban á mas de 20,000 pesos anuales.—Hoy la preciosa imágen puede verse en un nicho encima del altar mayor del templo.

Bien pronto, estrechos en su primera casa, los religiosos provistos de una cédula real fechada el 20 de Enero de 1594, pensaron en escoger un local mas conveniente. No tardó en presentarse la ocasion, y el P. Fr. Francisco Jimenez, vicario general en 1601, compró en 18,000 pesos varias propiedades que pertenecian á un sacerdote de la ciudad llamado Guillermo Berondate. A esta adquisicion sucedió la de algunos inmuebles contiguos, separados por desgracia del primer lote por un callejon muy concurrido. Esta circunstancia produjo un conflicto que estuvo á punto de tomar un carácter muy grave: queriendo reunir los dos terrenos de su dominio, los religiosos se resolvieron á interceptar el paso del callejon. Sin curarse de la prohibicion del virey, conde de Monterey, que les habia prevenido que se abstuvieran de llevar adelante su intento, trabajaron con tanta prisa durante toda una noche, que á la mañana siguiente la poblacion llena de asombro se preguntaba en vano qué habia sido de su callejon acostumbrado, y concluyó por descubrir que habia sido tapiado por ambas extremidades. Al extenderse esta noticia todo el vecindario se reune; el asombro cede el lugar á la cólera, y la multitud se lanza á destruir los andamios valientemente defendidos por los reverendos padres. Su valerosa resistencia sirvió para que ganaran su causa ante el virey, quien desistió de su oposicion; y así fué como quedó fundado el convento actual de la Merced.

JULIO LAVERRIÈRE.

México, 1861.

(*Continuará.*)

Á MI QUERIDO AMIGO

EL SEÑOR DON RAFAEL B. DE LA COLINA.

CONFIANZA EN DIOS.

¿Por qué temo, Señor, si eres mi escudo?
¿Por qué desmayo, si eres mi esperanza,
Si el mismo brazo que los rayos lanza,
Ciñe mi pecho en amoroso nudo?

Vuele sin freno el huracán sañudo,
Montañas derrumbando su pujanza;
El ángel de tu ira en la matanza
Embote sin piedad el hierro agudo:

El sol restalle; caigan las estrellas,
Fragor terrible alzando en su caida;
El orbe incendien cárdenas centellas,

Y entre humo desparezca hecho pedazos....
Salva está la salud, salva la vida
De quien busca el refugio entre tus brazos.

J. J. DEL M.

Digitized by Google

MAZEPPA.

(CONTINUA.)

VII

Yo la amé, y, á mi vez, fuí della amado.
Dicen, señor, que vuestra vida el humo
De esas dulces flaquezas no ha empañado.

Si es verdad, pena ó júbilo resumo,
Que el detalle de bienes y de males
Absurdo os pareciera en grado sumo.

Mas no nacimos todos los mortales
Ni para dominar nuestras pasiones,
Ni al par dellas el mundo, á vos iguales.

Yo soy—ó mas bien, fuí—de estas regiones
Príncipe, y al combate y á la muerte
Llevaba en pos mi gente en escuadrones;

Pero jamás conmigo mismo fuerte,
Con mis agrios instintos batallando,
Conseguí dominarme de igual suerte.

Mas, vanas digresiones abreviando,
Amé y amado fuí; feliz destino
Que á ser llega cruel cuanto era blando!

Vímonos en secreto, y en contino
Tormento de inquietud me hallaba el hora
Que de su camarin me abrió el camino.

Sueño fueron y niebla voladora,
Sombra y nada mis noches y mis dias,
Salvo el instante que recuerdo ahora.

En él solo viví, y en alegrías
Otro igual ¡ay! no pueden ofrecerme
De mi vida las páginas sombrías.

Diera la Ukrania toda yo por verme
De nuevo en esa hora, y ser el paje
A quien la dicha en su regazo aduerme;

A quien rinden á un tiempo vasallaje
Salud y juventud; sin mas riqueza
Que la espada que al cinto airoso traje!

Vímonos en secreto. La flaqueza
Suele hallar mas gustosa la ventura
Que entre sombra y misterio va y tropieza.

Yo solo sé que verla sin holgura
Amenguaba mi gozo, y dado habria
Mi sangre por decir ante la impura
Corte y la sociedad y el cielo: «Es mia!»

VIII

Miradas mil á los amantes siguen,
Y así nos sucedió.
Ser mas cortés en caso tal debiera
El diablo en mi opinion.
Pero tambien al acusarle incurra
Tal vez en craso error,
Y haya sido quien víctimas nos hizo
Taimado santurron.

Lo cierto es que una noche en red de espías
Fuimos á dar los dos.
Hallámonos el conde hecho una fiera
Y desarmado yo.
Mas de poco sirviéranme la espada
Y el belicoso ardor
Contra el número—Y fué cerca, muy cerca
Del feudal torreon;
Lejos de la ciudad y quien pudiese
Prestarme allí favor.
Se acercaba aclarando el negro cielo
El alba á la sazon:
Mis momentos contados yo creia,
No ver el nuevo sol.
Tras breve ardiente súplica á la Vírgen,
Y á un santo—acaso á dos—
Con mi trágica suerte resignéme,
Tranquilo el corazon.
Llegamos á la puerta del castillo,
Y de entonces á hoy,
Separados cual fuimos, de Teresa
No he vuelto á saber, nó!
La cólera del conde y su arrebato
Ya os figurais, señor:
Para estallar terrible, lo confieso,
No le faltó razon.
Pero más que la herida á su cariño
Punzábale el temor
De que el lance á su noble descendencia
No redundara en pró.
Pasmábale, además, ver extendida
Tal mancha en su blason,
Cuando él era el mas noble de su raza,
De todos el mejor,
El mas alto mortal. Y ¡oh rabia! ¡oh mengua!
Si, en suma, este borron
Le viniera de un rey! ¡Pero venirle
De un paje como yo!
Comprendo y comprendeis, mas expresaros
No puedo su furor.

IX

«¡Traigan presto el caballo!» Fué traido,
Y era aqueste, en verdad, noble corcel,
Y de la raza tártara nacido,
Al pensamiento igual en rapidez.

Pero silvestre y bárbaro cual gamo
Que de su vírgen selva no salió,
Ni espuela y freno conoció, ni amo,
Ni jamás ha escuchado humana voz.

En sus llanos la víspera cogido,
De terror erizados pelo y crin;
Con su nevada espuma, enfurecido,
Salpicando el audaz cuello gentil;

Aunque relincha y pugna y forcejea,
Llevado el hijo del desierto fué,
Y á sus lomos con áspera correa
Me sujetó de esclavos el tropel.

Suéltanle y á sus ancas el crujiente
Látigo aplican ¡ay! gritando al par
«¡Adelante!».... y partimos.... y el torrente
En furia y rapidez quédase atrás.

Digitized by Google

X

¡Adelante! Mi pecho
Respirar no consigue:
Las sombras no ha deshecho
El dia, ni el que sigue
Rumbo ó sendero indómito
El bruto, pude ver.
De aquel grupo villano
Fué la salvaje risa
Postrer sonido humano
Que en la cortante brisa
Llegóme, cual alígero
Dardo lanzado al ser.

Como leon que ruge
Sus crines sacudiendo,
Hice rabioso empuje
Fuerte cordel rompiendo
Que el cuello en nudo rígido
Al del corcel me unió.
Y entonce incorporéme,
Atrás vuelto el semblante,
Y en voz que de ira treme,
Mas honda y resonante,
A la canalla sórdida
Lancé mi maldicion.

Temo que no la oyera
Entre el sonoro trueno
De la veloz carrera
En que, de espuma lleno,
Con nunca usado ímpetu
Lanzóse mi corcel.
Y, á fé, lo sentiria,
Pues, convertido en furia,
La voluntad fué mia
Pagar su torpe injuria
Con paga triple ó cuádruple,
Cual la pagué despues.

Puerta, barrera ó puente,
Foso, almena ó rastrillo,
Vegetacion ó fuente,
No queda del castillo,
Excepto la parásita
Del muro del hogar.
Ni, enderezando el paso
Por campos de maleza,
Sospecharais acaso
Que hubo allí fortaleza
Con el escudo y títulos
De alto señor feudal.

Yo ví sus torrecillas
En viva llama ardiendo
Y, del humo amarillas,
Henderse con estruendo
De su base á la cúpula
Una y otra pared.
Y del espeso domo—
Astas y almenas rotas—
Llover líquido el plomo
En encendidas gotas,
Y en arroyo flamígero
Ceñir del muro el pié.

A prueba de venganza
No estaba el edificio:
No la fatal mudanza
Que ella labró en su oficio
Previó la turba estólida
Que me lanzó á morir.
No creyó que algun dia
En tártaros bridones
Mi gente llevaria
Formada en escuadrones,
De dar las gracias ávido
Al Palatino allí.

Fué su maldad cumplida,
Su proceder fué franco
Cuando á perder la vida,
Al espumoso flanco
Del bruto en lazos ríspidos
Atado, me envió.
Yo con igual franqueza
Paguéle y con usura:
Fué ruda su proeza,
Fué mi venganza dura,
Y, en consecuencia lógica,
Nada le debo yo.

Mas tarde ó mas temprano
Sáldase toda cuenta,
Y no hay poder humano
Que logre, si lo intenta,
De la venganza el término
Preciso detener;
Si cual tesoro guarda
Su ofensa el ofendido,
Y en larga vela aguarda
Y en aparente olvido
El dia en que su obstáculo
Postrero ha de vencer.

XI

¡Adelante! Caballo y ginete
En las rápidas alas del viento,
Ciudad, pueblo y aldea y convento
Y cabaña dejamos atrás;
Semejando veloz meteoro
Que el espacio atraviesa encendido,
Cuando el velo nocturno tendido
Tiñe en grana la luz boreal.

Negro bosque á lo lejos limita
La desierta y estéril llanura;
De algun cerro en la ríspida altura
Rota almena al pasar divisé.
Resto acaso de antiguo reducto
Contra el tártaro un tiempo allí alzado,
A mis ojos—del bruto llevado—
Rastro humano ese el último fué.

Meses antes la turca falanje
Cruzó el llano, y mató su verdura
Tibia sangre ó la fuerte herradura
Del bridon del terrible spahís.
Al paisaje su bóveda presta
Entoldado de nubes el cielo;
Tarda brisa con lánguido vuelo
De sus quejas el són deja oír.

Digitized by Google

Quise unir á las suyas las mias,
Mas, en ruda carrera incesante,
¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!
No logré suspirar ni rezar.
De mi frente el sudor está en lluvia
Del caballo las crines bañando;
El, de espanto y furor resoplando,
Sigue y va sin parar, sin parar.

Yo creí que, al cansancio rendido,
Moderara su impulso; mas era
Carga el hombre á su ardor muy ligera
Y de espuela tal vez le serví.
Y pugnando por dar á mis miembros,
Que hinchan ásperos lazos, holgura,
Solamente el furor y pavura
Del corcel aumentar conseguí.

Gritar quise; mi voz era débil,
Y al oirla se asusta y dispara
Cual si el látigo en su anca estallara
O el clarin resonase tras él.
Y mi sangre mojaba las cuerdas
Y del cuerpo á lo largo corria,
Y abrasadas las fauces tenia
En el fuego voraz de la sed.

XII

Llegamos al bosque silvestre;
Su límite á ver no alcanzaba;
Con árboles recios estaba
Poblado, y altísimos son.
Sus copas no dobla la brisa
Que, atrás la Siberia dejando,
Y al bosque sus galas robando,
Rebrama en su inmensa extension.

Mas guardan sus troncos distantes
Rugados y negros y adustos,
Espacio sembrado de arbustos
Que viste la pompa de Abril.
Con ásperos vientos y escarchas
El tierno verdor que los cubre
Las tardes lluviosas de Octubre
Vendrán á secar y esparcir.

Entonces las hojas se manchan
De rojo con tintes inciertos,
Cual sangre cuajada en los muertos
Del rudo combate despues,
Si, helando sus miembros la noche
En lomas y foso y llanuras,
No puede sus carnes ya duras
El pico del buitre romper.

Descuella entre aquesos arbustos
Do se abre el caballo camino,
El roble, el castaño y el pino,
Distantes, por dicha, entre sí.
Sus ramas se extienden y pliegan
Flexibles, abriéndonos paso:
Estando mas juntas, acaso
Mis miembros rasgáranse allí.

Las cuerdas me impiden moverme,
El frio cerró mis heridas;
Recobro las fuerzas perdidas,
Volamos cual recio hur g án;
Y suele crujir la hojarasca
Que á trechos alfombra el camino,
Y el roble dejamos y el pino
Y arbustos y lobos atrás.

¡Los lobos! Durante la noche
Oílos seguirnos la pista:
Cmada feroz dellos, lista
Corrió de nosotros en pos.
Con rápido paso, que rinde
Al can si es tras ellos lanzado,
Nos siguen de lejos ó al lado
Galopan, brillando ya el sol.

Mirélos á corta distancia
Del bosque en los claros á veces:
Su vista á mi horror daba creces,
De angustia indecible temblé.
Durante la lóbrega noche
Llegaba confuso á mi oido
Rumor del follaje caido
Que hollaba furtivo su pié.

¡Qué dado no hubiese, siquiera
Por verme de lazos exento
Y, armado de sable, en sangriento
Combate con la horda morir!
Del brusco paseo al principio,
El fin anhelé que llegara,
Y ahora que el bruto cejara
En furia y presteza temí.

¡Inútil temor! A sus miembros
Su raza veloz la dureza,
Soltura y gentil fortaleza
Prestó de la cabra montés.
La nieve al caer deslumbrante
Cubriendo al inerte aldeano
Que mira su choza y en vano
Pretende llegar al dintel,

Muy menos aprisa desciende
Que el ágil caballo atraviesa
La selva larguísima, espesa,
Con miedo y creciente furor,
Que solo semeja al del niño
Que mira burlado su antojo,
O bien al hondísimo enojo
Que hirvió en femenil corazon.

XIII

Atrás queda ya el bosque. El sol caia,
Y era, aunque en Junio apenas, frio el aire;
O mi sangre se heló, que el sufrimiento
Si largo fué, la intrepidez abate.

Lo que parezco ser no era yo entonces:
Al invernal torrente comparable
En ímpetu, estallar mis sentimientos
Dejaba, de sus causas sin curarme.

Si recordais un punto el ira ciega,
El rencor, el temor, el frio, el hambre,
El dolor, la vergüenza y el despecho
Que me hicieron su presa, en fuerza iguales;

Digitized by Google

Que desnudo y atado y sin defensa
Víme, yo, de una raza cuya sangre
Al agravio menor se irrita como
La víbora que pisa el caminante,

¿Qué de extraño hallareis en que, vencido
En lid tan desigual mi cuerpo frágil,
Tronco sin jugo ya, por un momento
Abatiérase al peso de sus males?

La tierra se me hundia; el cielo en torno
Giró; temí caer, mas no era fácil,
Que iba yo bien atado; mi cerebro,
Mi corazon adoloridos laten,

O dejan de latir; inmenso disco,
El firmamento azul ví prolongarse;
Ví vacilar los árboles cual ébrios,
Relámpago de luz surgir distante;
Y ver mas ya no pude, y el que muere
No muere mas que yo en tan duro trance.

De la horrible carrera quebrantado,
Lóbrega oscuridad vino á cercarme,
Que ora se aleja rápida, ora vuelve,
Cada vez mas tupidos sus cendales.

Sacudir el letargo que asaltóme,
Recobrar mis sentidos quise en balde;
Sentí lo que sintiera al ir flotando
En débil tabla en medio de los mares,

Si á merced de las olas, el abismo
Y la tonante nube á un tiempo casi
Tocara con terror, ó á ignotas playas
Arrojárame al fin su rudo embate.

Se parecia mi undulosa vida
A las falsas alternas claridades
Que, cerrados los ojos, en la noche
Vemos y de la fiebre son señales.

Pero tal sensacion se fué gastando
Sin que dolor muy vivo me causase,
Y en confusion y vértigo indecibles
Quedé, sufriendo al par pena mas grave.

Os confieso que espanto me pondria
Presa de nuevo ser de angustias tales;
Y que serán mayores cuando al polvo
Hayamos de tornar, pienso, no obstante.

¿Qué importa, empero? En mi azarosa vida
Mas de una vez, hoy mismo en el combate,
Ví de frente á la muerte, y no he sentido
Al contemplar su faz temblar mis carnes.

J. M. Roa Bárcena.

(*Continuará.*)

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

I

Dos citas de los cuentos de Hoffmann.

Una noche de Diciembre, mientras que el viento penetrante del invierno, acompañado de una lluvia menuda y glacial, ahuyentaba de las calles á los paseantes, varios amigos del doctor L..... tomábamos el té, cómodamente abrigados en una pieza confortable de su linda aunque modesta casa.

Cuando nos levantamos de la mesa, el doctor, despues de ir á asomarse á una de sus ventanas, que se apresuró á cerrar en seguida, vino á decirnos:

—Caballeros, sigue lloviendo, y creo que cae nieve; seria una atrocidad que vdes. salieran con este tiempo endiablado, si es que desean partir. Me parece que harian vdes. mejor en permanecer aquí un rato mas; lo pasaremos entretenidos charlando, que para eso son las noches de invierno. Vendrán vdes. á mi gabinete, que es al mismo tiempo mi salon, y verán buenos libros y algunos objetos de arte.

Consentimos de buen grado y seguimos al doctor á su gabinete. Es este una pieza amplia y elegante, en donde pensábamos encontrarnos uno ó dos de esos espantosos esqueletos que forman el mas rico adorno del estudio de un médico; pero con sumo placer notamos la ausencia de tan lúgubres huéspedes, no viendo allí mas que preciosos estantes de madera de rosa, de una forma moderna y enteramente sencilla, que estaban llenos de libros ricamente encuadernados, y que tapizaban, por decirlo así, las paredes.

Arriba de los estantes, porque apenas tendrian dos varas y media de altura, y en los huecos que dejaban, habia colgados grabados bellísimos y raros, así como retratos de familia.

Sobre las mesas se veian algunos libros, mas exquisitos todavía por su edicion y encuadernacion.

El doctor L....., que es un guapo jóven de treinta años y soltero, ha servido en el cuerpo médico-militar y ha adquirido algun crédito en su profesion, pero sus estudios especiales no le han quitado su apasionada propension á la bella literatura. Es un literato instruido y amable, un hombre de mundo, algo desencantado de la vida, pero lleno de sentimiento y de nobles y elevadas ideas.

No gusta de escribir, pero estimula á sus amigos, les aconseja, y de ser rico, bien sabemos nosotros que la juventud contaria con un Mecenas, nosotros con un poderoso auxiliar, y sobre todo, los desgraciados con un padre, porque el doctor desempeña su santa mision como un filántropo, como un sacerdote.

Eso mas que todo nos ha hecho quererle y buscar su amistad, como un tesoro inapreciable.

Pero dejando aparte la enumeracion de sus cua-

Digitized by Google

lidades que, lo confesamos, no importa gran cosa para entender esta humilde leyenda, y que solo hacemos aquí como un justo elogio á tan excelente sugeto, continuaremos la narracion.

El doctor pidió á su criado una ponchera y lo necesario para prepararnos un ponche, que en noche semejante necesitábamos grandemente, y mientras que él se ocupaba en hacer la mezcla del *kirschwasser* con el té y el jarabe, y en remover los pedazos de limon entre las llamas azuladas, nosotros examinábamos, ora un cuadro, ora un libro, ó repasábamos los mil retratos que tenia coleccionados en media docena de *álbums* de diferentes tamaños y formas.

Nosotros, con una lámpara en la mano, pasábamos revista á los grabados que habia en las paredes, cuando de repente descubrimos en un rinconcito un cuadro pequeño, con marco negro y finamente tallado, que no contenia mas que un papel á manera de carta. Era, en efecto, un papel blanco con algunos renglones que procuramos descifrar. La letra era pequeña, elegante, y parecia de mujer. Con auxilio de la luz vimos que estos renglones decian:

"Ningun sér puede amarme porque nada hay en mí de simpático, ni de dulce."

HOFFMANN.—*El corazon de Agata.*

"Ahora que es ya muy tarde para volver al pasado, pidamos á Dios para nosotros la paciencia y el reposo."

HOFFMANN.—*La cadena de los Destinados*

—Doctor, le dijimos, ¿será indiscreto preguntar á vd. qué significa este papel con dos citas de los cuentos de Hoffmann?

—¡Ah, amigo mio! ¿ya descubrió vd. eso?

—Acabo de leerlo y me llama la atencion.

—Pues no hay indiscrecion en la pregunta. Cuando mas, es dolorosa para mí, pero no es ni imprudente, ni imposible de contestar. Ese papel tiene una historia de amor y de desgracia, y si vdes. gustan, la referiré mientras que saborean mi famoso *punch*. Hé aquí, caballeros, un famoso *punch* de *kirsch*, que los pondrá á vdes. blindados no solo contra el miserable frio de México, sino contra el de Rusia.

—Sí, doctor, la historia, venga la historia con el *punch*.

El doctor sirvió á cada uno su respetable dósis de la caliente y sabrosa mixtura, gustó con voluptuosidad los primeros tragos de su copa, y viéndonos atentos é impacientes, comenzó así su narracion:

II

El mes de Diciembre de 1863.

Estábamos á fines del año de 1863, año desgraciado en que, como vdes. recordarán, ocupó el ejército frances á México y se fué extendiendo poco á poco, ensanchando el círculo de su dominacion. Comenzó por los Estados centrales de la República, que ocupó tambien sin quemar un solo cartucho, porque nuestra táctica consistia solo en retirar para tomar posiciones en los Estados lejanos y preparar en ellos la defensa. Nuestros generales no pensaban en otra cosa, y quizás tenian razon. Estábamos en nuestros dias nefastos, la desgracia nos perseguia, y cada batalla que hubiéramos presentado en semejante época, habria sido para nosotros un nuevo desastre.

Así, pues, retirábamos, retirábamos, y las legiones francesas acompañadas de sus aliados mexicanos avanzaban sobre poblaciones inermes que muchas veces se veian obligadas por el terror, á recibirlos con arcos triunfales, y puede decirse que nuestros enemigos marchaban guiados por las columnas de polvo de nuestro ejército que se replegaba delante de ellos.

De esta manera las tres divisiones del ejército franco-mexicano mandadas por Douay, Berthier y Mejía, salidas en los meses de Octubre y Noviembre de México en diferentes direcciones á fin de envolver al ejército nacional y apoderarse de las mejores plazas del Interior, ocuparon sucesivamente Toluca, Querétaro, Morelia, Guanajuato y San Luis Potosí.

Como el general Comonfort habia sido asesinado en Chamacuero por los Troncosos, precisamente cuando venia á ponerse á la cabeza del ejército nacional, su segundo, el general Uraga, quedó con el mando en gefe de nuestras tropas.

Uraga determinó evacuar las plazas que ocupaba, seguramente con el designio de caer despues sobre cualquiera de ellas que hubiese tomado el enemigo, y salió de Querétaro con el grueso del ejército, ordenando al general Berriozábal, gobernador de Michoacan, que desocupase á Morelia y se retirase á Uruapam para reunírsele despues.

Los franceses entonces se apoderaron de Querétaro y Morelia. El grueso de nuestro ejército, con Uraga á la cabeza, se dirigió á la Piedad en el Estado de Michoacan. Pocos dias despues Doblado evacuó á Guanajuato y se dirigió á Lagos y á Zacatecas. El Gobierno nacional tambien se retiró de San Luis Potosí, que ocupó Mejía, y se dirigió al Saltillo despues del desastre que sufrió la division de Negrete al intentar el asalto de aquella plaza.

Así pues, en pocos dias, en dos meses escasos, el invasor se habia extendido en el corazon del país, sin encontrar resistencia. Faltábale ocupar á Zacatecas y á Guadalajara. Esto se hizo un poco mas tarde, y todo el círculo que se habia conquistado quedó libre, cuando Uraga, despues de haber sido rechazado de la plaza de Morelia defendida por Márquez, se vió obligado á dirigirse al Sur de Jalisco, donde aun pensó fortificarse en las Barrancas y resistir. Cuando Uraga tomó esta direccion, el general Arteaga evacuó tambien á Guadalajara con las tropas que allí tenia y se retiró á Sayula, incorporándose despues á Uraga. Bazaine, general en gefe del ejército frances, ocupó la capital de Jalisco.

Debo volver ahora un poco atrás, á los dias en

Digitized by Google

que nuestro ejército se dirigia á la Piedad en el mes de Noviembre, para decir á vdes. que yo, bastante enfermo y sin colocacion en el Cuerpo Médico-militar, conseguí licencia del cuartel general para dirigirme á Guadalajara, y aproveché la salida de un pequeño cuerpo de caballería que el general envió á Arteaga, para incorporarme á él. Este cuerpo escoltaba un convoy de vestuario y armamento que se juzgó conveniente mandar á Guadalajara, donde el general Arteaga podia utilizarle.

Marchamos, pues, los soldados de ese cuerpo y yo, grandemente contrariados por no poder asistir á las funciones de armas que evidentemente iban á verificarse dentro de muy pocos dias.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(*Continuará.*)

EPÍSTOLA.

A la señorita.....

Dulce amiga: me dices que en el mundo
Vives tan sola como en un desierto,
Sin una alma sentir junto á la tuya,
Sin cifrar tu ventura en un afecto.

Perdona que yo extrañe tus palabras,
Pues no puede llevar dentro del pecho
Jóven cual tú, para el amor nacida,
Un corazon á la esperanza muerto.

¡Es tan dulce el amor! Tan gratas horas
Pasa el que vive en su apacible fuego;
Que es imposible que en tu mente falte
Algun amante bienhechor recuerdo.

Acaso adoras entusiasta, ardiente,
Y en medio de la noche y su silencio
Evocas á la sombra misteriosa,
Al dulce albor de tus dorados sueños.

Acaso adoras sin que el mundo pueda
Mirar al ángel de tu amor secreto:
Son gratos los amores que se guardan
Y que vela con sombras el misterio.

Al mundo, amiga, tu pasion ocultas,
Porque comprendes que en el mundo necio
Sirve amor de irrision y de sarcasmo
A los que ignoran tan sublime afecto.

Bien haces en callar; mas no me ocultes
La ternura que abrigas en tu seno,
Porque sé yo guardar las confidencias
Allí en lo mas profundo de mi pecho.

Tú que sabes mi amor, tú que me miras
Junto al arcángel que idolatro ciego,
Y sabes su desden é indiferencia,
Bríndame, amiga, bienhechor consuelo;

Dime tus penas si tambien padeces,
Háblame del amor del pensamiento,
Porque acaso mitiguen tus palabras
Mi triste afan desgarrador, eterno.

Hallar quien nos comprenda en este mundo,
En este mundo de miserias lleno,
Que llore con nosotros si lloramos,
O celebre tambien nuestros contentos,

Es difícil, lo sé; pues hay muy pocos
Amigos del dolor y el sufrimiento,
Pues todos van en pos de los placeres,
Y pocos tienen, por su bien, afectos.

Nosotros que cruzamos de la vida
El vasto Océano proceloso, inmenso,
Y vemos bambolearse nuestra nave
Al embate iracundo de los vientos;

Nosotros que, cual aves extranjeras,
Debemos ¡ay! cantar para que al menos
Distingan en la vasta muchedumbre
De la voz melancólica los ecos;

Nosotros que por solo patrimonio
La dulce lira que nos diera el cielo
Llevamos por do quier, y cuya gloria
Se cifra nada mas que en un ensueño,

Evocamos un sér que condolido
Escuche nuestros crueles sufrimientos,
Y nos cuente tambien de sus pesares
La triste historia con sentido acento.

Es dulce esa emocion para el que sabe
Que es un tesoro de valor inmenso
Encontrar quien lamente en este mundo
Cual suyo propio el sinsabor ajeno.

Por eso te hablo, sí; por eso ansioso
Hoy de mi lira al consagrarte un eco,
Te pido que me cuentes tus pesares
O me hables tambien de tus contentos.

¿Qué te he de contar yo? ¿la triste historia
Del amor entusiasta de mi pecho?
Tú sabes que sus flores, ya marchitas
A influjo del dolor desparecieron.

¿Te habré de hablar de la esperanza loca
Que grabada en el alma siempre llevo,
Y de que un dia el sol de mi ventura
Ha de lucir en mi esplendente cielo?

Lo sabes tú, mujer; las verdes hojas
Que arrebata á los prados el invierno,
Con nuevas galas primavera vuelve,
Y viene el íris tras el ronco trueno.

Así mi dicha tornará, y entonces
Yo de mi amada á los halagos tiernos
Daré al olvido las amargas horas
Que triste hoy paso de su lado lejos.

En tanto tú, de mi dolor testigo,
Tú que comprendes lo que sufre el pecho,
De amistad con las dulces confidencias
Piadosa calma mi pesar acerbo.

FRANCISCO SOSA.

Digitized by Google

LOS POETAS.

A I. M. ALTAMIRANO.

(CONTINUA.)

Para comprender todo lo que hay de terrible en el gran libro del proscrito de Ravena, sobre todo en el primer canto, que es sin duda la parte capital del poema, es preciso trasportarse en alas de la imaginacion hácia aquella edad de dolor inaudito, de sufrimientos sin nombre.

En la edad média, en que segun la bella expresion de Michelet, «las inteligencias mas sanas y robustas estaban enfermas,» la figura del Dante no es sino un reflejo, un resultado de la convergencia del dolor y del martirio, en aquellas épocas en que el miedo era una religion y el mal un dios, Satanás. Un escritor ha dicho, con justicia, que era imposible exagerar lo que habia de embrutecedor y de mefítico en ese terrorismo del miedo que se encarnizaba en empequeñecer y que solo sabia proferir entredichos y maldiciones: maldiciones contra la carne, la naturaleza, la vida, la filosofía, contra todo, en fin, y de tal modo, que efectivamente destronaban á Dios para entregárselo todo al diablo. Ayer la ciencia ha descubierto que un objeto brillante colocado cerca de los ojos é inmóbil durante cierto tiempo, bastaba para arrojarnos en el sonambulismo, en la anestesia. Imagináos, pues, á los hombres absortos en ellos mismos desde la cuna hasta la tumba, inteligencias constantemente dominadas por la fascinacion de un mismo terror, constante y exclusivamente concentradas en la sola idea de merecer el cielo, de imaginar y de imponerse mortificaciones y dolores para salvarse del infierno: eran literalmente catalépticos.

Aquello era la cuna del nuevo culto romano que desde entonces empezaba á renegar de todo el decálogo y culto nacido en la edad média «del principio de espanto sistematizado en el ascetismo y de la creencia en una autoridad espiritual infalible.

Agregad á todo eso las terribles figuras que campeaban en los centros feudales, los brutales castellanos cuyo corazon parecia amasado con todo lo que hay de pavoroso en el crímen, con todo lo que hay de implacable en el vicio. Lujurias salvajes, deseos desenfrenados, inauditas crueldades; el derecho de primicias matrimoniales del señor, las *razzias* de los solterones del castillo entre las vasallas; lo inamovible de la condicion que impide huir á la víctima, y la incertidumbre de la misma condicion dependiente del arbitrio del amo feudal: el pueblo que ha defendido el territorio y á quien se hace siervo; el baron que tiene derecho á un tributo determinado, pero que puede tomar ademas todo lo que le parece; el sacerdote cómplice del señor y que impele al paisano hácia el incesto, prohibiendo el matrimonio con la pariente mientras el señor lo prohibe con la extranjera; los demonios esculpidos en las puertas de la iglesia para manchar los sueños de la vírgen, y en el interior un Dios que habla latin * hé aquí la perspectiva ligerísima, todo lo que habia de horrible ominoso tiempo.

Poned en medio de esa edad á un hombre que iba á llegar á este pensamiento.

.... Esser conviene
Amor sementa in voi d'ogni virtute.
(*Purgat. C. XVII.*)

«Sea en nosotros el amor la semilla de toda virtud» y del contraste de este corazon y de aquella sima, de este amor y de aquel odio tendreis un cuadro que rara vez repetirán los siglos. Dante en pié al borde de ese abismo que se llama la edad média, cuyos reflejos de fuego purpuraban su rostro de pitonisa, compuso un poema sin filiacion en el pasado, sin sucesion en el porvenir.

Aquella inmensa y misteriosa obra cuyo misticismo hizo pensar á Lamartine en Santo Tomás de Aquino, en donde la imaginacion toma sus mas espantosas revelaciones de una realidad mas dolorosa que todos los dolores de los réprobos, se llamó la divina comedia. El Purgatorio y el Paraíso no son allí sino el desleimiento armonioso de esperanzas místicas; este poema se concentra verdaderamente en su principio: el Infierno, terrible palabra que es la clave de los martirios y de la lentitud de la civilizacion cristiana, y que algun dia, esperamos en Dios, desaparecerá para siempre del vocabulario humano.

La lengua divina que Dante enseñaba á sus compatriotas, mientras de uno y de otro lado del Loira cantaban los trovadores y los troveros en frances bárbaro (langue d'oc, langue d'oil,) y D. Gonzalo de Berceo y el rey sabio componian en España, el uno su poema de Alejandro y el otro su oscuro *Tesoro* y sus célebres *Querellas*, debia abrir para la Italia las puertas de oro de la literatura. Del renacimiento de las letras nació el renacimiento del arte, y con ellos esa bella época de la historia del espíritu humano, toda de poesía y de amor, siglo bendito que fué como un rato de solaz para la afligida humanidad, y en cuyo seno brotaron con abundancia providencial esos tipos del hombre, esos resúmenes de las aspiraciones de la humanidad que se llaman *genios*.

No somos, con todo, de los que pensamos, aun cuando alguna vez hallamos podido escribir algo que parezca lo contrario, que en ese siglo que se llamó del Renacimiento, viniese la reforma á inutilizar los esfuerzos de la Iglesia en pró de la conciliacion de la filosofía y de la religion, provocando esa série de calamidades para la humanidad, que ha llegado hasta la última encíclica papal.

Para nosotros hay necesidades, íbamos á decir fatalidades históricas. La reforma es una de ellas. A falta del monje agustino, otro hubiera protestado. Antes de Lutero ya habia habido hombres de fé y de inspiracion que se llamaban: Wiclef, la estrella

* J. Milsand. De l'imagination dans l'histoire. Michelet. La sorcière.

Digitized by Google

matinal de la reforma, Juan de Huss, Gerónimo de Praga, Savonarola y otros, casi todos mártires; mártires llenos de esperanza y de valor, que recordaban á los primeros cristianos.

El renacimiento tuvo una desgracia en gérmen desde el momento en que nació.

Su alianza íntima con la Roma pagana. El poder espiritual de los pontífices que solo era un motivo de exigencias temporales llegaba entonces á su apogeo. Roma recomenzaba su papel del tiempo de los emperadores.

El sistema del antiguo imperio estaba en todo su vigor.

La explotacion de todos por una casta única, el clero, la explotacion del mundo entero por Roma y de Roma por un solo hombre, el Papa; era tan evidente la exhumacion del pasado hundido por la protesta de Cristo, que insensiblemente tornábanse las inteligencias hácia la religion ahogada con Majencio en el puente Milvio.

El renacimiento tenia, pues, una gran cantidad de tendencias hácia el retroceso; la mitad de aquel bellísimo cuerpo estaba muerto.

Un Médicis era el Augusto de aquel siglo de oro, Leon X.

La figura del Cristo envuelta en nieblas tornó á levantarse entre la brumosa Alemania. El Nazareno habia marchado hácia el Norte.

El Pablo de la nueva protesta se llamó Lutero.

Con él empezó para el renacimiento el cumplimiento de esa otra ley terrible de todas las grandes edades del género humano:—La decadencia.

Estos períodos de agonía, período que para muchas cosas está pasando hoy dia á nuestros ojos, tienen súbitas apariciones melancólicas, pero luminosas; tristes, pero acaso por eso mismo llenas de poesía deliciosa y frágil.

El Tasso, el prisionero de Ferrara, y en cuya historia las investigaciones modernas han descubierto, en vez de un misterio de amor, un misterio de miedo, y en vez del semblante divino de Leonora de Este, la torva faz de los inquisidores italianos, ministros del culto de la hoguera y del embrutecimiento, cuyas víctimas fueron tantas, que con sus mortajas agregadas se podria formar un sudario que envolviese á todos los países católicos; Torcuato Tasso es el astro de mayor magnitud en aquel cielo italiano, nublado desde los primeros gritos del brutal apóstol de la reforma.

La ley de la trasfiguracion de las especies, se aplicaba entonces á la literatura. Moria en Italia, en España aparecia llena de vida, aunque sin poder ocultar su descendencia de la moribunda.

Diez años despues de la muerte del Tasso, se publicaba en Madrid un libro nuevo:—El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

JUSTO SIERRA.

(*Continuará.*)

LA MUJER.

OFRENDA AL BELLO SEXO MEXICANO.

¡Pobre mujer! La antigüedad un dia
Ornó de lauros tu virgínea frente,
I al noble influjo de tu canto ardiente
El ilota del sueño despertó.
Reina fuiste! Semíramis en Asia
Su recuerdo inmortal dejó á la historia;
¿Dó son idos los sueños de tu gloria?
¿Qué fué de tu poder? Todo pasó.—

El bardo ayer del Tíber al ruido
Cantó tus gracias en laúd sonoro,
Cuando los sueños de la edad de oro
Lo bañaban en dulce inspiracion!
I hoy el bardo maldice de tu nombre,
Del santo amor que en tus entrañas arde;
Hace de vil excepticismo alarde,
Busca el placer, matando la pasion.

No es esa la mision de los poetas,
No así la voz de Tíbulo lloraba,
Ni así el Dante infeliz se reclinaba
De Beatriz en el seno virginal;
Ni Garcilaso en cándido lamento
Eternizó de su zagala hermosa
El rostro angelical de leche y rosa
I la boca de perlas i coral.

No así de la Edad-Média el caballero
Al palenque volaba valeroso,
Al sacudir sus crines el brioso,
Relinchador, indómito alazan.
La mujer, la mujer era su guía,
Su solo norte i único deseo;
I por ella lidiando en el torneo
Conquistaba de amor el talisman.

Bajo el álamo verde que refleja
De blanca luna el rayo macilento,
Se oye una voz, un lánguido lamento,
Que triste va del pasajero en pos.
El la escucha, i prosigue su camino,
I ni vuelve siquiera su semblante
Aunque pida la voz agonizante
Una limosna por amor de Dios.

I esa mujer que gime sin amparo,
Su honra pudo vender cuando era bella;
Mas de su honor la refulgente estrella
Mancha ninguna oscureció jamás.
Le niegas tu limosna; mas no creas
Que arrastre una existencia desolada....
Habrá mucho dolor en su mirada,
Pero respira su conciencia paz.

Ora ved á la torpe Mesalina;
En lecho de damasco reclinada
Deja vagar la impúdica mirada
Por el torneado cuerpo de marfil,
I como el Maelstrom con falaz ruido
Al navegante, traicionero atrae,
Así á sus piés atolondrada cae
Loca falanje de mancebos mil.

Digitized by Google

¡Viva el amor! Un beso en su mejilla,
Besadla nueva vez si el beso es pago;
¡Soñad! —Gozad el pasajero halago
De ese carnal, estúpido placer.—
Viva el amor, gritais; i de su rostro
No percibís el mentiroso afeite,
Porque dice que os ama.... en el deleite,
I otra vez la besais.... ¡Pobre mujer!

¿A qué clamar entonces contra ella,
A qué insultar á la infeliz oveja
Que cuando pasa por el mundo, deja
En las zarzas prendido su vellon?
Ahogais la caridad porque no arrastra
Crujiente raso la infeliz mendiga,
I protegeis á la que torpe abriga
Alma fria i podrido corazon.

Vísteis á una mujer, el pecho os late,
El amor os abrasa, arrebatados
A ella volais, los ojos dilatados
Vertiendo fuego que demanda amor.
Os ama una mujer, i calla i sufre
De su amor el enérgico delirio,
Que ántes bebe la copa del martirio
Que marchitar las rosas del pudor.

Vedla madre despues! En su ventana
Zumba traidor el eco de una orquesta,
I ella prefiere al goce de la fiesta,
De sus deberes la pesada cruz.—
Un hijo tiene: la ambicion mas noble
En su amor maternal halla cumplida,
¡Ai! aunque sufra para darle vida
Lo que ha sufrido para darle á luz.

Emanacion del cielo, luz radiante
Que de la noche del dolor nos libra;
Arpa de oro cuyas cuerdas vibra
Solamente la mano del amor.
¡Salve, mujer, á tí! Víctima noble
Que dócil sufres el tirano yugo,
Cuando cáes al pié de tu verdugo,
De tu aureola lo ciega el resplandor.

De la vida al espléndido banquete
Os he visto llegar, blancas doncellas,
Como lluvia magnífica de estrellas
Precipitadas al oscuro mar.
Porque es la vida el mar de las pasiones
Cuyo murmullo al caminante halaga
I á sí le atrae, le seduce i traga....
Para volver de nuevo á murmurar.

Tal es el hombre: pérfida sirena
Canta á lo lejos un amor mentido,
Os vence, i en la hoguera del olvido
Arroja las promesas de su amor.
I en torno de las rojas espirales
Que en columnas de humo se levantan,
Celebrando su triunfo rien i cantan
El filósofo, el necio, el trovador.

Pobre de aquel que al carro de su triunfo
Jamás unció virgíneos corazones;
Pobre de aquel que vive de ilusiones
I que sueña un amor—eternidad.

¡Estúpido! le dicen sus hermanos
Porque busca ese amor, porque lo siente,
I al que con cieno no manchó su frente,
Le rechaza la loca humanidad.

¿Qué busca el hombre? ¿Su fatal destino
Se reduce á cruzar por este mundo
Como el arroyo cenagoso, inmundo,
Que breñas lame, huyendo de la flor?
Ama el tigre que ruge entre las selvas
Como el fiero leon á su leona.
¡Miserable, tú llevas la corona
I eres menos que el tigre rugidor!

¡Bendita seas, mujer! Tú la de Lesbos
Cantora por amor arrebatada,
De dulce voz i celestial mirada
Que cruel olvida el gélido Faon.
Infeliz, que te arrojas al Egeo
Huyendo de los míseros mortales.....
I dejas sobre bancos de corales
En el fondo del mar tu corazon.

Juana d'Arc! Judit! El arpa mia
Al oiros nombrar, dormita en calma;
Jamás os cantaré, porque en el alma
Desde mui niño os erigí un altar.
Vuestra grandeza la proclama el bardo
En el himno sagrado del silencio.....
¡Manes de libertad! Os reverencio!
Porque sois los penates de mi hogar!

Cleópatra gentil! ~~La~~ que ceñiste
A César las eróticas cadenas,
Das á un áspid la sangre de tus venas
Por no servir de triunfo al vencedor.
¡Florinda, por amor vendes tu honra!
¡Matas tu libertad, dulce Eloisa!
¡Oh rubia *Lavalière*, pobre Luisa,
Mueres de sed para morir de amor!

¡Qué grande es la mujer! Las espartanas
Dieron hijos valientes á la Grecia;
Del último suspiro de Lucrecia
La romana república nació!
Débora inflama al pueblo de Judea,
Carlota inmola al pérfido tirano,
Venturia al vengativo Coriolano
El hacha de los volscos arrancó!

¡La mujer es el sol! El hombre impío
Es la nube que opaca le oscurece;
La mujer es la rosa que se mece
Del amor celestial en el jardin.
Gimiendo siempre, esclava del malvado
Que aterra el grito del hermano muerto,
Resignada siguió por el desierto
La marcha interminable de Cain.

¡Alza, arcángel, la frente envilecida!
Ciñe á tu sien espléndida guirnalda!
¡Prende el manto de púrpura á tu espalda!
¡Resurreccion! prepárate á vencer!
En vano es que riais, porque á torrentes
Sangre de amor escápase á mi herida....
¡En la lóbrega noche de la vida
Yo no tengo mas luz que la mujer!

ALFREDO TORROELLA.

Digitized by Google

¡FUNESTO ERROR!

LEYENDA TRADICIONAL. *

I

Si á principios de este siglo, y en la hermosa mañana de un domingo, álguien hubiera penetrado con silencioso pié, para no turbar los augustos misterios, en la severa y majestuosa iglesia del convento de Mejorada á las ocho de la mañana, hora en que se celebraba la misa de costumbre; y, colocándose en un sitio apartado y propio para la observacion, hubiese fijado su vista en la piadosa concurrencia de fieles que en aquel momento se arrodillaba para recibir la bendicion del oficiante, poco antes de terminar el santo sacrificio, habria llamado desde luego su atencion un pequeño grupo de dos personas hincadas en medio del templo, y frente al altar mayor en que se decia la misa.

Una de ellas, mujer de avanzada edad, saya negra de *alepin*, rosario de gruesas camándulas y rostro vulgar y benévolo, adornado de dos redondas gafas y encajonado en unas blancas tocas que cubrian su cabeza y bajaban á cruzarse pulcramente sobre un pecho recargado de diferentes escapularios, era el tipo mas perfecto de la *tia* de aquellos tiempos: la otra, jóven de diez y ocho años, con su modesto aunque vistoso trage de muselina azul celeste, su mantilla de punto, cuyos anchos pliegues envolvian, como una nube, un talle delicado y un seno que acaso habia empezado á palpitar con mas violencia, á impulsos de un sentimiento que se adivinaba en la dulce y melancólica inquietud de sus bellos y rasgados ojos negros, con su tez morena y ligeramente sonrosada y sus facciones agradables, era el ideal de esa belleza sin brillo y sin pretensiones, que, tímida azucena en el jardin del mundo, tiene sin embargo un perfume suavísimo y perdurable que embalsama y alegra el hogar doméstico.

Ambas parecian absorbidas por la devocion; pero hubo un instante en que la jóven separó sus ojos del altar para dirigirlos con temor á una de las capillas laterales, en cuya reja se apoyaba un jóven de veinticinco años, de fisonomía llena de interes, y vestido con moderado esmero. Un relámpago de amor cruzó entre los dos jóvenes, y una sonrisa dulce é inexplicable se dibujó en sus labios, no sin que un hombre entrado en años, de rostro severo y de apostura decente, hubiese dejado de sorprender esta muda correspondencia desde una de las puertas laterales de la sacristía en que se hallaba de pié, a de lanzar sobre la anciana y sobre la muchacha yna penetrante y significativa mirada, que pasó desupercibida para el enamorado galan.....

* El hecho fundamental de esta leyenda y sus principales circunstancias se nos han referido hace algunos años por varias personas antiguas, únicas responsables de su verdad. En cuanto á los detalles con que la adornamos y nombres que figuran en ella, todo es obra de la imaginacion, pues los que nos refirieron el hecho no nos dijeron jamás, ni nosotros lo sabemos, el verdadero nombre de los actores de tan terrible drama.

Algunos momentos despues, y acabada la misa, salian de la Mejorada Don Blas Peredo, tendero de la «Calle del Comercio,» dando el brazo á su hermana Doña Matea y á Lucianita, su interesante hija, y dirigiéndose por la de «Dragones» á su casa situada al pié del «Arco del Puente,» seguidos de cerca por Vicente Rambla, jóven empleado en Correos, que recibió en cambio de su respetuoso saludo una forzada cortesía de Don Blas y otra dulce mirada de Lucianita.

II

En una sala amueblada con mucha sencillez y al gusto de aquella época, estaba sentado Don Blas, mirando alternativamente y con aire irritado á Lucianita, que hacia lo posible por disimular su turbacion, enjugando con el dorso de su diminuta mano una lágrima escapada de sus bellos ojos, y á Doña Matea que, á su lado, estrujaba maquinalmente entre sus manos una carta abierta.

—Vamos á ver si, al fin, se me dice la verdad. Há diez minutos que Luciana no hace mas que mudar de color y lloriquear, y tú.....

—¡La Santa Vírgen del Cármen me valga! Yo no sé.....

—Matea, hace doce años que te recogí en esta casa, porque te supuse capaz de suplir cerca de Luciana el afecto y los cuidados de su madre. En cuanto á lo primero, nada tengo que decir; pero lo segundo..... ¡Por última vez! ¿De quién es esa carta que tienes en la mano y que hallé por casualidad en tu libro de oraciones? ¡O me lo dices ó sales de mi casa!

—No, padre, no; esa carta es la tercera que me escribe Vicente Rambla, aquel jóven que nos siguió ayer á la salida de la Mejorada: mi buena tia consintió, por mis súplicas, en guardarla y en callar á vd. el secreto hasta que el mismo Rambla hablase á vd., como me lo prometc. Perdónela vd. y castigue en mí á la única culpable.

—Luciana, ¿has correspondido á la confesion de ese jóven imprudente? ¿Le amas?

—Sí, señor.

—Pues bien; solo perdonaré la falta que ambas habeis cometido, si me obedeces ciegamente, Luciana.

—Haré lo que vd. quiera.

—Vas á escribir por última vez á Rambla, rompiendo las relaciones iniciadas: no has de volver á verle hasta tanto que él se dirija á mí y yo me informe de sus precedentes: tú no puedes casarte sino con un hombre honrado que pueda hacerte feliz.

Luciana inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa involuntaria de alegría que contrastaba con sus lágrimas: era que la pobre niña pensaba que un aviso suyo, sobre lo que habia pasado, trocaria en placer la desesperacion de su amante al recibir su carta, que, escrita en aquel instante, fué leida y recogida por D. Blas para hacerla llegar á su destino.

Digitized by Google

III

Vicente Rambla tenia una alma noble y sencilla, un corazon ardiente y apasionado: amaba á Luciana como se ama por la primera vez; la adoraba con toda su alma, con todo su corazon, y sabia que ella le correspondia del mismo modo. Una decepcion, una sospecha sola habria bastado, por lo mismo, á desencadenar tempestades desconocidas en el tranquilo mar de su vida, nunca surcado sino por la dorada barquilla de sus ilusiones y de sus esperanzas. ¡Casarse algun dia con Luciana! Hé aquí la fórmula de todas ellas.

Es verdad que su posicion no era buena; pero su honradez, su aptitud, su dedicacion al trabajo, le habian granjeado el aprecio de los superiores de su oficina, que le habian prometido ascenderle; y esto solo esperaba para abrir su corazon al padre de su adorada, confiado en que este, aunque de carácter áspero, era honrado y bueno, no le rehusaria, con la mano de su hija, su soñada dicha.

Acariciando estos proyectos y apretando contra su corazon un billete de Luciana que acababa de recibir, se dirigia por la «Calle del Comercio» á su casa, para leerlo, pues era ya de noche, cuando fué detenido por un amigo íntimo suyo y confidente de sus amores.

—Te buscaba, Vicente, para decirte cosas que te interesan mucho, aunque temo que no me has de escuchar con calma.

—¡Habla por Dios, Felipe!

—Sábelo todo de una vez. Luciana te engaña: la he visto en diferentes noches, que de propósito he pasado por la esquina de su casa, conversar á la reja de su ventana con un hombre embozado que no me ha sido posible conocer. Tal vez tú serás mas feliz y no seguirás siendo víctima de una mujer indigna de tí. Ten calma y olvida. Adios!

El pobre enamorado se quedó como quien ve caer un rayo á sus piés; pero repentinamente, loco, desatentado se metió en la primera tienda, abrió el billete de Luciana, lo devoró de una mirada, y ahogando un grito desgarrador se lanzó á la calle.....

Unos momentos despues se encontró bajo el macizo arco del «Puente» y á pocos pasos de la casa de su amada, á tiempo que la melancólica campana de la Mejorada daba el toque de ánimas.

IV

La noche estaba muy oscura: soplaba un violento norte acompañado de una lluvia fria y cortante como el filo del acero, y nuestro pobre enamorado, con la respiracion anhelosa, el cabello erizado, la mirada aterradora, la razon perdida y la rabia en el corazon, espiaba, con la impaciencia y la avidez de una fiera, las ventanas de la casa de Luciana, oculto en el arquillo de uno de los fuertes estribos del arco colosal.

Al cabo de veinte minutos se escucharon los pasos de una persona que se acercaba por la calle del Puente, y pocos instantes despues, un hombre, embozado en una ancha capa, se detuvo sin cuidado y sin temor alguno á la ventana del aposento de Luciana: dió dos golpes, se abrió el postigo, y una armoniosa voz de mujer se mezcló con la del hombre....

Vicente Rambla quiso gritar, pero su pecho no produjo mas que un rugido ahogado, y su crispada mano buscó convulsivamente en sus bolsillos una pequeña navaja sevillana que le servia en su oficina: una ola sangrienta pasó por sus ojos, empuñó el arma y se lanzó.....

Tres gritos, confundidos en uno, turbaron el silencio de aquella tranquila y silenciosa calle..... Cuando los vecinos acudieron con sus linternas, encontraron á Don Blas con el corazon traspasado de una navaja, á la desventurada Luciana desmayada en su aposento y á Vicente Rambla arrodillado junto al cadáver, con la vista extraviada y sin poder articular una sola palabra.

El hombre que habia visto Felipe hablar todas las noches con Luciana, era su padre que le llevaba las llaves de su tienda y se despedia de ella para ir á la tertulia de un amigo.

La carta que tanto desesperó al desgraciado Rambla era la que Luciana le habia escrito por mandato de Don Blas.

V

Algunos años despues pronunciaba sus solemnes votos en el convento de la Concepcion Sor Luciana de los Dolores Peredo, y el desdichado Vicente Rambla, cumplida la condena que le impusieron los tribunales, salia de la cárcel con el corazon ya muerto, y con los ojos hundidos, si no cansados, de llorar su error funesto.

RAMON ALDANA.

SU NOMBRE.

Si pudiera decir á quién adoro,
Si pudiera decir su dulce nombre,
Fuera mi canto el canto mas sonoro
Que puede producir la voz de un hombre.

Rico tesoro de amor,
De ventura y armonía,
Es el nombre seductor
Que guardo yo con dolor
Muy dentro del alma mia.

Nombre que mi amor quisiera
Dar al espacio y al viento
Para que el mundo le oyera;
Y en cifra imperecedera
Grabar en el firmamento.
.....

¡Oh cuánto el alma padece
Reprimiendo una pasion
Que la mata, la enloquece,
Y, callada, crece y crece,
Reventando el corazon!
.....

Digitized by Google

Cuando en la noche tranquila
El sueño, con blanda mano
Viene á cubrir mi pupila,
Y en mis párpados destila
Su bálsamo soberano;

Ese nombre delicioso
Es la palabra postrera
Que dicta el labio amoroso;
Y cuando dejo el reposo
Es mi palabra primera.

Y si, mi pena ocultando,
Finjo en el rostro la calma,
Lucha cruël sustentando,
Está ese nombre sonando
En lo profundo de mi alma.

.....

¡Y no gozar la ventura,
El mas glorioso placer
De quien ama con ternura!....
Decir á toda criatura:
¡Es mi Dios esa mujer!

.....

No!...no!...si el pecho lanzara
Mi secreto matador,
Hasta su pecho llegara....
Y tal vez la enamorara
Tanta pena, tanto amor.

.....

¡Y yo estoy maldito!....
Un potro es mi seno....
Si toco, marchito....
Si miro, enveneno.

Mi sombra en desmayo
La vida convierte....
Mi aliento es el rayo....
Mi amor es la muerte.

.....

Siga entre risas y flores
Deslizándose su vida....
No tornaré yo en dolores
Del ángel de mis amores
La existencia bendecida.

No habrá de causarla enojos
Quien hiciera de los reyes
Sus esclavos, y en sus ojos
Estudiara sus antojos,
Cumpliéndolos como leyes.

Pues así lo manda el Hado,
Ese nombre oculto siga
Como en sepulcro sellado:
El corazon angustiado
Reviente.... mas no le diga.

.....

¡Y si otro!... ¡Sangre, alma mia,
Sangre llora, hecha pedazos!
Mas si allí dicha tendria....
Yo mismo.... yo la pondria
De un rival entre los brazos.

J. J. DEL M.

Puebla, 1869.

ÉFEMÉRIDES MEXICANAS.

AGOSTO.

5

1653.—Llegó á Chapultepec el vigésimo virey D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque.

1853.—Renunció la cartera de Hacienda D. Antonio Haro y Tamariz.

—Este dia, á las doce y cuarto, se sintió en México un fuerte temblor de tierra.

1857.—Se publicó, de órden del ministerio de Fomento, una explicacion del sistema métrico-decimal.

1858.—"Se publica por el periódico titulado la *Sociedad*, un decreto de la legislatura de Chihuahua, concediendo privilegio exclusivo á los Sres. Macmanus y Polts, para construir un ferrocarril interocéanico al través del Estado. El gobierno general dirige las protestas convenientes á los gobiernos americano é inglés....."

1864.—Falleció el Sr. Dr. D. Manuel Diez de Bonilla, ministro de Estado en la administracion de Santa-Anna.

1867.—Instalacion de la Suprema Corte de Justicia.

6

1676.—El arzobispo D. Fr. Payo Enriquez de Rivera puso la primera piedra de la iglesia de Santa Isabel.

1701.—Se abrieron los cimientos para la iglesia de Santa Teresa la Nueva.

1782.—"El dia 6 de Agosto de 1782, en México, se echó un bando por la ciudad para que todos los títulos y republicanos salieran en el pendon del dia 12 y 13 de dicho mes, siendo virey el Sr. Mayorga y corregidor el Sr. D. Francisco Crespo."

1853.—Fué nombrado ministro de Hacienda el general y Lic. D. Ignacio Sierra y Rosso.

1864.—Decreto que suprime la previa censura de imprenta.

1865.—M. Delavo, cargando á su hijo pequeño, atravesó sobre una cuerda una gran parte del espacio que hay entre la azotea de la Diputacion y la torre de Catedral.

7

1687.—"Rematóse el oficio de ensayador de la caja real en 10,000 pesos, al nieto de Juan de Vera."

1793.—"El dia 7 de este mes en México, en el convento de San Francisco, en la cocina de la enfermería, un galopin mató al cocinero mayor á puñaladas."

1794.—"El dia 7 de Agosto de 1794, que por la llegada de aviso se repicó en la catedral, sucedió la desgracia de haberse matado un muchacho, precipitándose de la torre abajo."

1855.—A las nueve de la noche de este dia falleció á bordo, al frente de Lisboa, el general D. Mariano Arista, que rigió por dos años los destinos de la República.

1865.—Regresó á Huauchinango la comision exploradora de las ruinas de Metlaltoyuca. Dicha comision estaba compuesta de los Sres. Almaráz, Hay, y García Cubas.

8

1794.—"El dia 8 de Agosto fué la primera misa de gracias á que asistió el virey, dando vuelta en coche en derredor de la plaza para entrar por la puerta principal del Perdon."

1855.—Decreto en que se publica el pliego que el general Santa-Anna dejó cerrado con fecha 16 de Marzo de 1854, nombrando para formar el poder ejecutivo, por falta del citado general, al presidente del supremo tribunal de la nacion, y generales D. Mariano Salas y D. Martin Carrera, y suplentes de estos últimos á D. Rómulo Diaz de la Vega y D. Ignacio Mora y Villamil.

1858.—Reapertura de la biblioteca de la Universidad despues de reformada y aumentada.

1867.—"Salen de México los ministros de Francia, Bélgica é Italia, con los empleados de la legacion francesa y los cónsules."

9

1667.—"Martes 9, despues de las siete de la noche, se salió de la Compañía de Jesus D. Cárlos de Sigüenza, habiendo estado en ella siete años y medio."

1692.—El arzobispo Aguiar y Seijas bendijo la iglesia y convento del hospicio de San Nicolás.

—Se prohibió por bando que hubiese petates en la plaza.

1794.—Se estrenó el oratorio del palacio de esta capital con el bautismo de una hija del virey, á la que pusieron los nom-

Digitized by Google

bres siguientes: "Carlota, Luisa, María de Guadalupe y del Cármen, Ramona, Francisca de Paula, Lorenza, Micaela, Josefa, Romana, Antonia, Manuela, Lucrecia, Patricia, Justa, Angeles, y por poco se le pone todo el calendario."

1855.—A las tres de la mañana deja Santa-Anna la ciudad de México dirigiéndose á Veracruz. Quedó en el gobierno el general D. Martin Carrera y socios.

1856.—"Decreto en que se declara la responsabilidad pecuniaria y personal de D. Antonio López de Santa-Anna y de sus ministros, por haber rescindido el contrato de las casas de moneda de Guadalupe y Calvo, y Culiacan."

10

1676.—Sepultaron en el presbiterio de la iglesia de Regina al Lic. D. Gregorio del Guijo, "hombre insigne en pluma y juicio." Escribió un diario de sucesos notables de 1648 á 1664.

1759.—Falleció en Villaviciosa el rey Fernando VI, á los cuarenta y siete años de edad y catorce de reinado.

1782.—Nació en Tixtla el general D. Vicente Guerrero, uno de los caudillos mas notables de la guerra de independencia. Fué víctima de una traicion, muriendo fusilado en Cuilapam el 14 de Febrero de 1831.

1857.—Ley de sucesiones por testamento y *ab-intestato*.

1860.—"Es derrotado Miramon en Silao por Gonzalez Ortega. Los generales Pacheco y Hernandez quedaron muertos: la pérdida del gobierno fué grande en artillería, hombres, armas, etc."

11

1793.—"Sacaron de la Acordada á un indio mixteco para ahorcarlo; mas en una ciudad tan grande como México, no se encontró un clérigo ó fraile que supiese la lengua mixteca; mas un muchacho pilguanejo de su tierra, que servia en el colegio Seminario, se mandó para que lo confesara, y este le dijo al sacerdote que estaba en la capilla los pecados del reo; suceso raro y memorable."

1824.—Entran á formar el poder ejecutivo los Sres. Bravo, Guerrero y Dominguez.

1857.—"Decreto del gobierno general estableciendo casa de moneda en Oajaca."

1860.—El gobierno que residia en Veracruz expide un decreto suprimiendo varios dias de fiesta.

12

1573.—Se concedió licencia por el virey para establecer el colegio llamado de San Pedro y San Pablo.

1686.—"Los colegiales del colegio de San Ramon se sublevaron contra el padre rector, fraile mercedario; acudieron á la asonada el provisor y un alcalde de corte."

1789.—"Llegaron á Veracruz en el navío de guerra "San Ramon" el Sr. conde de Revillagigedo, nombrado virey de México, y el Sr. D. Pedro Gorostiza, subinspector de los ejercitos de Nueva España."

1860.—A las diez y media de la noche de este dia llegó á México D. Miguel Miramon, despues de la batalla de Silao.

1865.—Decreto concediendo á Arnoux permiso para establecer líneas telegráficas hasta San Francisco Californias, Durango y Guadalajara.

13

1521.—Miércoles, fué tomada la ciudad de México por las fuerzas de Hernan Cortés, despues de setenta dias de sitio.

1667.—Se sintieron en esta ciudad dos temblores de tierra, el primero á las siete de la mañana, estando lloviendo, y el segundo á las diez y media.

1855.—Fuertes desórdenes cometidos por el populacho de esta capital. Algunas casas fueron saqueadas y otras apedreadas.

—D. Antonio Haro y Tamariz proclama en San Luis Potosí un plan modificando el de Ayutla, y en el que garantizaba la propiedad de la iglesia y los fueros eclesiástico y militar.

1858.—"Entra Vidaurri á San Luis, con salvas y formando valla las tropas."

1860.—"Miramon renuncia la presidencia y entrega el mando al presidente de la Corte de Justicia, Lic. D. José Ignacio Pavon, quien convocó la junta de representantes á nueva eleccion."

1869.—Inauguracion del monumento dedicado á la memoria de *Cuauhtemotzin*, último rey azteca. Asistió el gobierno y hubo varios discursos.

14

1676.—Siendo virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, se abrió la calzada de Guadalupe, cuya obra habia comenzado el 17 de Diciembre de 1675.

1693.—"Viérnes 14, se estrenó en la Catedral el órgano grande que vino de España, y se estrenó el reloj."

1698.—Falleció el arzobispo D. Francisco de Aguiar y Seijas.

1700.—"Sábado 14, llevaron presos á la cárcel arzobispal á D. José de Herrera y D. Francisco Antonio de Rosas, presbíteros, porque se hallaron en la sala de los sastres á una comedia el dia 12, despues de las ocho, en que hubo una pendencia, y sobre meter paz les arguyeron que habian sido cómplices."

1813.—Batalla del Palmar, ganada por el patriota D. Mariano Matamoros.

1824.—Se promulgó la ley orgánica del Estado de México.

1856.—Fué nombrado presidente de la Suprema Corte de Justicia D. Luis de la Rosa.

1860.—Fué reelecto por la junta de representantes D. Miguel Miramon para presidente interino.

15

1559.—Fuerte escándalo entre frailes franciscanos y clérigos en la parroquia de Santa María, cuya funcion tenian costumbre de celebrar los primeros, y habiéndose opuesto los clérigos se formó un verdadero tumulto.

1573.—Se abrió el colegio llamado de Santos, y fué extinguido el 17 de Abril de 1843.

1619.—Se puso la primera piedra de la iglesia de Santa Catalina de Sena. El templo fué costeado por D. Juan Márquez de Orozco.

1653.—Entró en México el vigésimosegundo virey D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque.

1692.—"Sábado 15, echaron bando para que dentro de veinticuatro horas quitasen los tejados de tejamanil, pena de 25 pesos."

1716.—Concluyó el gobierno del vigésimoquinto virey, D. Fernando de Alencastre, Noroña y Silva, duque de Linares, marqués de Valdefuentes.

1865.—El ministro D. Sebastian Lerdo avisa fijarse la residencia del gobierno republicano en Paso del Norte.

16

1711.—En este dia se sintió en México un fuerte temblor de tierra.

1716.—Hizo su entrada pública en esta capital, el trigésimosexto virey D. Baltasar de Zúñiga, marqués de Valero, duque de Arion.

1787.—Concluyó el gobierno del quincuagésimo virey D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, arzobispo de México.

1788.—"El dia 16 de Agosto de 1788, en México, se publicó con atabalillos el parto de la señora princesa de Asturias, para que por tres dias se pongan las cortinas y luminarias en toda la ciudad."

1855.—Se embarcó en Veracruz, en el vapor nacional "Iturbide," D. Antonio López de Santa-Anna.

—Pronunciamiento por el plan de Ayutla en Puebla y Zacatecas.

1860.—"Decreto para que los jueces, por las circunstancias, actúen fuera del lugar de su residencia."

1865.—Fué ejecutado el guarda Zeferino Rodriguez, autor de varios asesinatos verificados el 31 de Agosto del año de 1864.

17

1702.—Habiendo robado algunas alhajas á la Vírgen de Loreto la noche anterior, se publicó bando á las once de la mañana, prometiendo quinientos pesos á quien descubriera el robo ó los ladrones.

1740.—Se hizo cargo del vireinato de Nueva España el trigésimonoveno virey D. Pedro de Castro y Figueroa, duque de la conquista y marqués de Gracia Real, recibiéndolo del arzobispo D. Antonio Vizarron y Eguiarreta. A este señor en la época de su gobierno, le pusieron el siguiente pasquin:

Como al pelado, pelon
Le llaman por ironía,
Así á vuestra señoría
Por bizarro Vizarron.

1787.—Hizo su entrada en México el quincuagésimoprimero virey D. Manuel Antonio Flores.

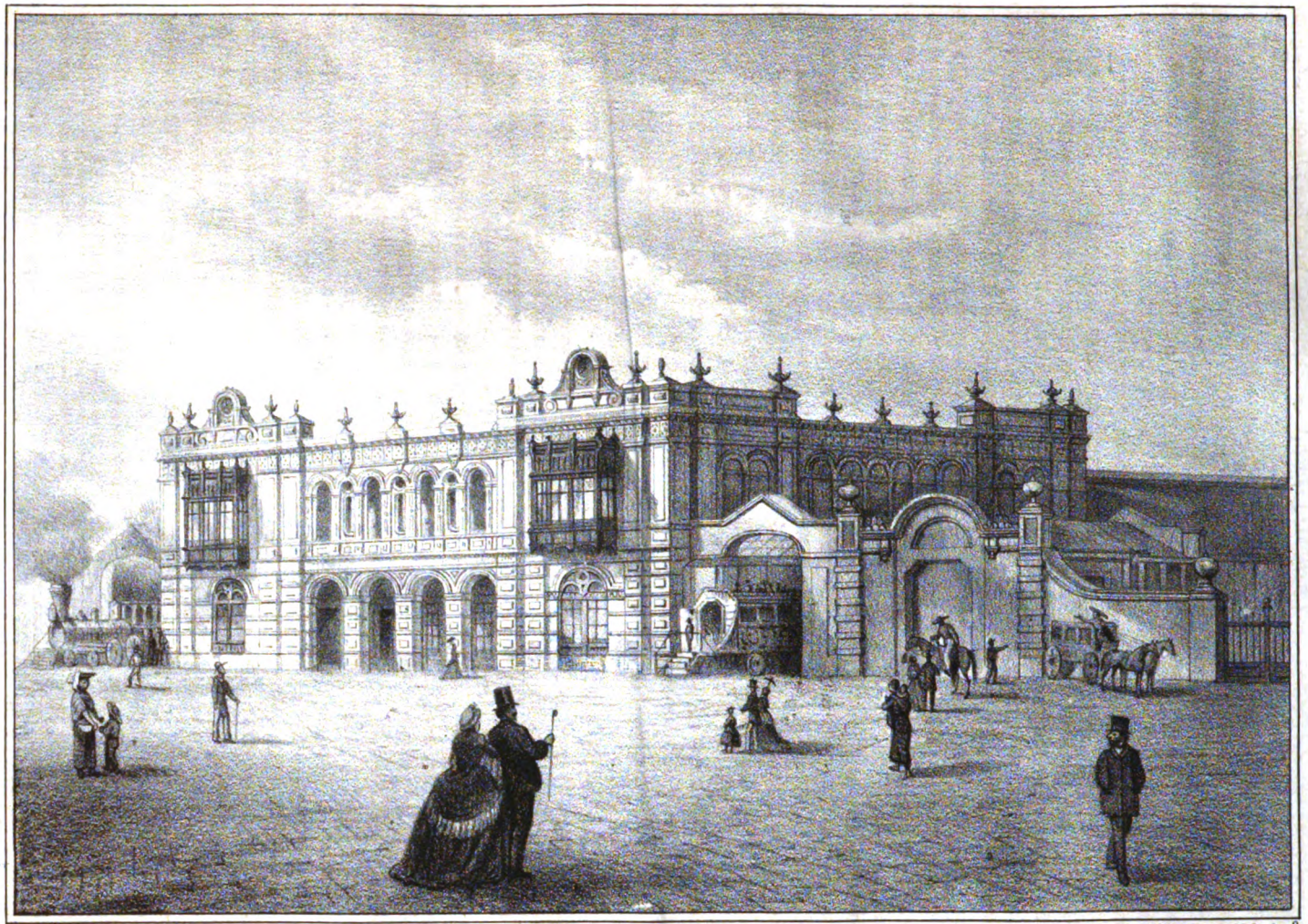
1858.—"Derrota Echeagaray algunas fuerzas constitucionales en el Encero."

1867.—Por decreto de esta fecha cesan las facultades extraordinarias de los generales, gobernadores etc., en el ramo de Hacienda.

IGNACIO CORNEJO.

Digitized by Google

Digitized by Google



Lit de H. Iriarte. Valleto y Cª. fot.º

PROYECTO DE ESTACION DEL FERRO CARRIL DE MEXICO A PUEBLA
(Buenaviota.)

Digitized by Google

CRÓNICA.

LAS FIESTAS DE SETIEMBRE EN MEXICO Y PUEBLA.

I

EN MÉXICO.

Aniversario del nacimiento del Baron de Humboldt.—Discursos de los Sres. Barreda, López Monroy, Bustamante y Ramirez.—Poesía de Sierra.—La noche del 15.—Justo Sierra y Alfredo Torroella.—Un Sr. Blanco.—Apertura de las cámaras.—Discurso de Guillermo Prieto en la Alameda.

Fecundas en novedades han estado las fiestas de Setiembre del presente año, y en verdad que hacia tiempo, mucho tiempo, que no se hacia nada por inventar algo que amenizase la monotonía de los discursos, de los vítores, de los cohetes, de las paradas militares y de las procesiones cívicas.

En cada año no hacia mas que fotografiarse lo que habia pasado en los anteriores. Ya se sabia; la Junta Patriótica, compuesta de las mismas personas desde hace veinte años, circunstancia por la cual algunos chuscos han dado á los individuos que la componen el mismo nombre que se da en Francia á los Académicos, es decir, *los inmortales*, reune sus fonditos y dispone la festividad con un apego tan rigoroso á las antiguas tradiciones, que si el buen D. Cárlos María de Bustamante ó el Dr. Guapillo volvieran al mundo en semejantes dias, solo encontrarian de extraño, el corte del frac de los funcionarios públicos, y los nuevos walses y danzas de las músicas militares.

Por lo demas: igual templete en la Alameda, igual procesion cívica en las calles, menos las comunidades religiosas, cosa que tambien extrañaria el Dr. Guapillo; pero en cambio ninguna de esas manifestaciones populares que hacen tan vistosa y tan bella la procesion cívica del 4 de Julio en las ciudades de los Estados-Unidos.

Tambien es cierto que los pobres *inmortales* no pasan de sus antiguas costumbres porque nadie va á reunírseles para proponerles un nuevo pensamiento la Junta Patriótica se hace menos popular de dia en dia, y decididamente es necesario darle nueva forma el año que viene ó morirá de inanicion.

Pero en este año, la inauguracion del ferrocarril de México á Puebla, y el centenario de Humboldt han añadido nuevos encantos á las fiestas de la Patria.

El 14 de Setiembre, á las diez de la mañana, la sociedad de Geografía y Estadística celebró una sesion solemne en honor del sabio aleman, é invitó á ella á todas las sociedades científicas y literarias de la capital. El gran salon de actos de Minería estaba ocupado por un concurso puramente científico é inteligente. Gracias á Dios, no habia allí lugar para ninguno de esos elegantuelos de trage abigarrado y de rizada cabellera, ignorantes y pretensiosos, que solo van á las funciones á oir música y á camelar á sus conocidas. No; allí la concurrencia era severa, varonil y digna del acontecimiento que se celebraba.

En cambio estamos seguros de que en la República entera y aún en Europa, hallará eco la voz de la ciencia que allí resonó, elocuente y majestuosa, para tributar la debida alabanza á los trabajos de un hombre quizás el mas eminente de su siglo, y de seguro uno de los mas útiles al progreso de la humanidad desde el principio del mundo.

En el salon de la Escuela de Minas se encerraba esa mañana todo lo que hay de mas conocido en la ciencia y en las letras de México. Ademas de la sociedad de Geografía concurrian, como lo hemos dicho, la sociedad de Historia Natural, la sociedad Humboldt, la sociedad de Ingenieros, la sociedad de Bellas Letras, la sociedad Filoiátrica y numerosos individuos que, sin pertenecer á ninguna de ellas, honran á México por su talento é instruccion. Asistia tambien el encargado de negocios de la Confederacion Alemana, que ocupó una silla junto al presidente. Era este el ministro de Fomento que es el nato de la sociedad de Geografía y Estadística.

Dió principio la reunion con la lectura del acta de la anterior y del acuerdo de la Sociedad para honrar la memoria de Humboldt, cuya lectura hizo el secretario Payno.

En seguida ocupó la tribuna el doctor D. Gabino Barreda en nombre de la Sociedad Humboldt. Su discurso fué largo, y aunque poco adornado con las galas de la imaginacion, fué, en cambio, profundamente científico. Si el estilo no revelaba al hombre acostumbrado á la tribuna, ni al literato familiarizado con el lenguaje de las musas, si era propio del profesor que planta su tésis y que la desarrolla vigorosamente haciendo resaltar á cada paso sus consecuencias entre las dificultades de la argumentacion. El discurso de Barreda era preciso y terminante como una demostracion matemática; examinó el carácter filosófico de las obras de Humboldt y sus trascendencias en el mundo moderno, así como sus principios fundamentales en el mundo antiguo; analizó la inteligencia del sabio aleman, estableciendo ciertas semejanzas entre ella y la inteligencia de Aristóteles que personifica la era filosófica antigua, y la de Galileo que personifica la era filosófica media, presentando despues como en un vasto panorama los progresos intelectuales de la humanidad, debidos á esta trinidad casi divina de talentos omniscios.

Pero como el dulce influjo de la poesía se hace sentir aun sobre los espíritus mas exactos é inflexibles, Barreda no pudo menos que hacer dos ó tres alusiones á esa gran poesía dantesca, que es en verdad la que mas se aviene, por su robustez y majestad, á la voz de la ciencia filosófica, y concluyó su discurso citando unos versos del gran poeta florentino.

Un aplauso sóbrio pero inteligente saludó al orador al bajar de la tribuna, en que tomó su puesto el jóven López Monroy, comisionado por la Sociedad de Historia Natural. La figura científica de este jóven es tan digna de llamar la atencion, que nos

Digitized by Google

creemos obligados á describir su figura física, segun la costumbre que hemos establecido en estas nuestras crónicas. López Monroy tendrá cosa de treinta años, su cuerpo es extremadamente flaco y endeble, pero su fisonomía brilla por la inteligencia que se descubre en su frente y en sus miradas. Su voz es débil, muy débil, y se conocia al acabar su discurso, que fué bastante largo, que aquella lectura era superior á sus fuerzas; pero su energía le sostuvo hasta el fin.

Como quiera que sea, él supo cautivar la atencion del auditorio de una manera extraordinaria, y por apagada que fuese su voz, se hacia escuchar merced al silencio profundo que reinaba en el salon.

El exordio de este discurso, como lo verán nuestros lectores cuando se publique el próximo Boletin de la Sociedad de Geografía, no es propio para dar idea del resto de la pieza oratoria; contiene frases vulgares y es demasiado largo y descolorido; pero López Monroy entra de lleno en su asunto, y entonces abandona las regiones bajas del exordio, y se eleva á las alturas de la ciencia y de la imaginacion.

Aquel jóven flaco se trasforma á nuestros ojos, y, conductor mágico de nuestra inteligencia, emprende, guiándonos, los viajes atrevidos del minero, del botánico, del navegante, del aereonauta y del astrónomo. Julio Verne no nos hace caminar de sorpresa en sorpresa por las entrañas de la tierra, por los mares helados del polo, y por las regiones silenciosas del espacio, con mas encanto que López Monroy cuando describe los trabajos del Baron de Humboldt en las minas, su romancesco viaje á las regiones equinocciales, sus estudios de las cordilleras y monumentos antiguos de la América, su exploracion entre las selvas majestuosas de los Andes y al través de las ricas praderas del Nuevo Continente, encontrando en ellas nuevas familias de plantas, cuyo jugo benéfico él destila por primera vez en la gran copa de la ciencia.

López Monroy ha demostrado en su discurso que no tiene simples noticias de las obras del sábio aleman, sino que las conoce y las ha estudiado, porque las analiza una por una, las clasifica y determina los descubrimientos de Humboldt en la parte botánica, en la geológica, en la estadística, en la astronómica y aun en la moral que caracterizan á las secciones de la América Meridional, y á nuestra México, que tan gran predileccion mereció del ilustre viajero.

Ademas, Monroy hizo la biografía del baron de Humboldt, examinando los rasgos mas salientes de la vida del grande hombre con un juicio y una belleza de expresion, que no podríamos elogiar bastante.

Por esta prueba que el Sr. Monroy nos ha dado de sus talentos y erudicion, no dudamos en asegurar que es un hombre de porvenir y que será uno de los ornamentos de la Sociedad de Historia Natural, pléyade de luminosas inteligencias que son la honra del firmamento de la ciencia en México.

Igual aplauso que el anterior saludó á este tribuno que supo conmovernos con su saber y con su talento.

El Sr. Bustamante y Chico, otro jóven de la escuela especial de ingenieros, pronunció el tercer discurso del que sentimos no hablar, porque la pronunciacion dificultosa del orador no nos permitió entenderle bien; pero dos ó tres trozos que alcanzamos á comprender fueron bastantes á convencernos de que esta pieza es tambien de mérito, y valdrá á su autor una calificacion lisonjera.

Despues subió á la tribuna Ignacio Ramirez.

Sobre su discurso nada diremos, porque seria pálido. Analizar un discurso de Ramirez, y mas como el de que hablamos, seria analizar una tragedia de Esquilo, ó un canto del Dante. Tan grande así es y tan profundo; tan sublimes imágenes contiene; tan atrevidos pensamientos encierra y tanta sabiduría brilla en él: lo que hace Ramirez se destaca siempre de lo comun, y tendrá errores, pero no vulgaridad. Por eso despierta tanto el interes cuando habla y cuando escribe.

Al verle aparecer en la tribuna con aquellos ojos llenos de luz, con aquella frente de inspirado sobre la cual se agitaban algunos mechones de cabellos blancos contrastando con su negra cabellera de indio y con su cútis tostado, hubo un movimiento general en el salon: los que se sentaban en los bancos lejanos corrieron á tomar asiento en los mas próximos á la tribuna; el auditorio se hizo compacto en derredor de Ramirez, y un silencio solemne, en el que podia escucharse el vuelo de un insecto, como suele decirse, precedió á las primeras palabras del gran orador.

Como le es difícil dejar de mezclar en sus obras mas sérias frecuentes sarcasmos que brillan como relámpagos, que fascinan y que causan agitacion, lo cual ha dado tanta semejanza al estilo de Ramirez con el de Voltaire, esta vez mezcló cuatro ó cinco entre las magníficas concepciones de su discurso, que apenas salidos de sus labios causaron un efecto eléctrico en la concurrencia que se sintió quebrantada por una risa irresistible. Pero eso no era mas que pasajero. Ramirez, con otro gran pensamiento volvia á elevar á su auditorio hasta las regiones de lo sublime.

Aquel concurso tan sóbrio en aplausos, no pudo mas, y por la primera vez interrumpió al orador con una salva inmensa. Mayor fué todavía la que saludó á Ramirez al bajar de la tribuna que acababa de convertir, al mágico influjo de su acento, en la trípode de la ciencia y de la libertad.

Sus últimas palabras fueron consagradas á recordar á los mexicanos, por un sentimiento de justicia y de gratitud, que Humboldt no era el único que merecia nuestras ovaciones por sus inmensos trabajos en favor de nuestro país, sino que el ilustre Bompland debia compartir con su inseparable compañero la gloria de ellos; y terminó su discurso con la siguiente frase, que si fué oida en las regiones in-

Digitized by Google

mortales, debe haber conmovido tiernamente el espíritu del sabio frances: *si la sombra de Humboldt nos contempla hoy, la de Bompland la acompaña.*

El jóven Santiago Sierra, hermano de Justo, y á quien designamos nosotros, comisionados por la Sociedad de Geografía y Estadística á la que tenemos el honor de pertenecer, para pronunciar una poesía en aquella sesion solemne, leyó una oda que pronto verá la luz pública, y que no queremos elogiar para que no se nos acuse de prodigar alabanzas excesivas á la juventud literata: pero los inteligentes harán justicia á esta composicion, capaz por sí sola de dar el nombre de poeta á su autor. Menos conceptuosa que las de su hermano Justo, tiene la poesía de Santiago toda la entonacion y la profundidad que caracteriza la escuela poética de Víctor Hugo, fuente en que los dos Sierra han bebido con abundancia.

Mil aplausos saludaron tambien al jóven Sierra que se presenta por primera vez en México, y que se ha conquistado las simpatías de todos, no solo por su figura simpática y franca sino por su talento precoz.

Así terminó la sesion del 14, uno de los mas grandes acontecimientos que registran los anales de la ciencia mexicana.

La noche del 15 comenzó alegre y entusiasta aunque no mucho, porque la circunstancia de estar preparándose millares de personas para marchar al dia siguiente á la inauguracion del ferrocarril, privó de tan numeroso contingente á la concurrencia de los teatros y las plazas.

Con todo, el teatro Nacional estaba esplendidamente iluminado y el salon lleno. Parece que el discurso oficial fué bueno y muy notables y estruendosamente aplaudidas las poesías de Justo Sierra y Alfredo Torroella.

Es muy conocido el primero, y por eso hablaremos solamente del segundo.

Es Alfredo Torroella un jóven cubano á quien la guerra de insurreccion de su patria ha hecho emigrar á nuestro suelo. Hijo de español, es sin embargo uno de los mas acérrimos partidarios de la independencia cubana, y todos sus escritos y sus poesías de ahora no respiran sino libertad y entusiasmo; la lira de Torroella es una lira robusta y varonil; *lira frígia*, diria Platon, que no produce mas que armonías vibrantes y poderosas: la libertad y la guerra son los númenes que hoy la inspiran.

Hubo un tiempo en que esa misma lira, cuando el poeta cubano se veia forzado á sentarse bajo el árbol letal de la opresion, no produjo mas que los acentos jónicos del amor y el placer. El idilio americano inspirado por esos paisajes magníficos que encierra en su seno la vírgen de las Antillas, en que la vegetacion se precipita exuberante y poderosa, en que los bosques de palmeras se mecen lánguidamente al impulso de las brisas marinas, en que la tierra arde y suspira bajo las miradas de fuego de un sol que abrasa y que fecunda, en que cien rios murmurantes atraviesan en todas direcciones acariciando las praderas esmaltadas de flores y los hermosos campos, en que ondulan el café con sus rojos granos, el tabaco con sus anchas hojas y la caña de azúcar con sus pálidas flores: esto fué lo primero que cantó el bardo cubano en la aurora de su talento poético y al abrir los ojos ante la naturaleza americana que le sonreia por todas partes y le estrechaba entre sus brazos de fuego.

La elegía, es decir, el suspiro del alma enamorada, la voz del dolor que exhala el corazon al sentirse envenenado por las primeras amarguras de la existencia, la vaga aspiracion á lo desconocido, las esperanzas que mueren iluminando rápidamente el cielo de la juventud; esto cantaba ayer el bardo de Cuba al sentirse encerrado en un mundo estrecho para su inteligencia.

Pero hoy, el rugido del leon del patriotismo que se despierta, el grito del corazon que revela la ansiedad de saborear los goces de tener patria, el canto de libertad, en fin, que estalla en mil ráfagas como un sol que rompe las nubes, ó que se deshace en torrentes como un volcan en erupcion, esta es la poesía de Alfredo Torroella. ¡Qué mucho que haya logrado conmover á su auditorio en la noche del 15 de Setiembre, y le haya avasallado con los furores de su oda magnífica!

Alfredo Torroella tiene ademas las cualidades del poeta que conmueve: mirada de águila, gesto expresivo y elocuente, cabellera agitada y voz de trueno. Este jóven es un poeta del porvenir, y aunque emigrado hoy, está llamado á ser uno de los Tirteos de la revolucion cubana. Acaba de llegar á México y ha ingresado á nuestra *bohemia literaria*, ó valiéndonos de su expresion, ha tomado asiento en nuestra sinagoga, encontrando en ella hermanos que le han abierto los brazos cariñosamente.

Un Sr. Blanco, ¡Dios no se lo tenga en cuenta! dijo al lado de Torroella y de Sierra, unos que no podemos (sino salvas las protestas de estilo y con todas las reservas del sentido comun, y lavándonos las manos) llamar versos, y que cuando más, indican la suma de libertad que hay en esos dias para trepar á la tribuna y decir todo lo que le dé á uno su excelsa gana.

No hay uno solo de estos *pedacitos* de prosa que no pueda ser citado como un modelo de desatinos. El Sr. de Blanco llegó hasta la sublimidad en el disparate, y tuvo la golosa satisfaccion de hacer tragar esa enorme cantidad de *salchichas* literarias á la acongojada multitud, que con ellas y con el aguacero posterior tuvo lo suficiente para morirse al otro dia.

Sacaremos, como con cucharon, de la gran marmita de este poema, los versos siguientes que son una muestrecita de los demas:

En medio de los pérfidos tiranos
Que nunca conocieron la ventura

U. OF ILL. LIB.
Digitized by Google

De tu mirar, angélica criatura,
Por sus viles instintos inhumanos.
Por sus malditas leyes
Dictadas en el éter de la orgía,
Para ser de vireyes
El cancan de la atroz chapucería.
Por su reir salvaje
Por lo inmundo y soez de su lenguaje.

Y luego, hablando de los extranjeros que llegan á México, añade:

El que tal vez allá dejó burlada
A la débil justicia de los hombres,
Haciendo de las leyes un pronombre
Mas vil que su intencion desesperada.
El que luego nos grita
Y nos titula pobrecillos diablos
Olvidando el pituita
Que él es un positivo cachidiablo,
Un errante mendigo
Que pide pan y mexicano abrigo.

Y luego:

Serpiente que se arrastra
Para lograr el fin que se propone;
Mas luego zaparrastra
La honra del país adonde come.

Y despues:

Por eso yo atrevido
El escabel pisé de la tribuna,
Y mandé mi graznido
Al génio tutelar de la fortuna.
Al zentzontle parlero
Que no le brinda al mísero altanero.

Por este estilo siguen las demas bellezas; y no nos admira que las haya saboreado el público, sino que el *Diario Oficial*, tan seriote y tan ceremonioso, las reproduzca en sus columnas para honra y gloria de la literatura mexicana.

La funcion del 15 se acabó como de costumbre, con los apretones de la muchedumbre, con las aclamaciones de siempre y con un aguacero terrible que dispersó á todo el mundo, y que apagó farolillos, hachones y candilejas, no quedando un momento despues sino las tinieblas y los horrores del diluvio: entre los que marchaban con direccion á sus casas y á guisa de fantasmas nocturnos, veíanse la apuesta dama cuyo vestido de seda se enlodaba en los charcos, y cuyos cabellos postizos caian en el tumulto, los elegantes pedestres que afrontaban el chubasco con sus guantes blancos y sus botines de charol, y el humilde *lépero* que se alejaba silbando la *marcha Zaragoza* y el himno nacional, sin importársele un pito que el cielo se empeñase en lavar sus harapos tan á deshora.

A las dos de la mañana músicas, gritería, salvas y toda clase de rumores se habian extinguido, no quedando sino el monótono que hacia al caer el agua sobre los edificios y las calles. México dormia soñando con la inauguracion del ferrocarril.

Por fin, al rayar la aurora la salva de veintiun cañonazos despertó á los habitantes: los que habian de marchar á Puebla vistiéronse de prisa: á las ocho se hizo la apertura de la Cámara de diputados; inmediatamente despues se pasó á la Alameda, en donde Guillermo Prieto pronunció un discurso; pero todo esto al galope y como si el silbido de la locomotora estuviera apresurando á todos. El acontecimiento principal iba á tener lugar en la estacion de Buenavista, y apenas si se apercibian los mexicanos de que habia habido discursos en la Alameda: el mismo Guillermo Prieto, tan pronto como dijo su última palabra, se esquivó á las felicitaciones de la multitud y echó á correr con direccion á Buenavista, seguido de los rezagados, á quienes cada rugido de la máquina causaba palpitaciones de agonía, temiendo que los dejaran en la triste México que se quedaba desnuda de sus mejores adornos para enviarlos á su hermana la *angélica*, la *resabiosa* Puebla, con quien iba á trabar dentro de poco unas relaciones todavía no sabiamos si de las mas cordiales.

II

EN EL CAMINO.

La Estacion de Buenavista.—Partida del Presidente de la República para Puebla.—El wagon de honor.—Llegada á Apam.—Llegada á Santa Ana Chiautempan.—El gobernador Lira y Ortega.—El cura de Santa Ana.—La Guardia nacional de Tlaxcala.—Panzacola.—Llegada á Puebla.—El chubasco.—La felicitacion.—Los alojamientos.—Nuestra Providencia en Puebla.—El palacio episcopal y el Sr. canónigo Martiarena.—La bohemia literaria.

La estacion de Buenavista á las diez de la mañana del 16 presentaba un aspecto encantador: las tropas, vestidas de gran uniforme, formaban valla hasta la escalinata del paradero, y á un lado y otro de esta valla un océano de cabezas vivientes se agitaba presentando una diversidad infinita de semblantes, de trajes y de colores. Millares de apuestas damas estaban sufriendo allí el sol y las incomodidades del tumulto por tal de ver partir el tren de las diez.

Igual número de caballeros les hacian compañía, y las gentes de las clases mas humildes se precitaban tambien como un torrente desbordado inundando la plazoleta de Buenavista y las calles adyacentes. Mas de seiscientos carruajes, sin duda alguna, se mezclaban entre la multitud formando verdaderas barricadas, que eran asaltadas por los curiosos para ver mejor lo que pasaba en la estacion, pues es de advertir que muchedumbre y coches se detenian ante la verja de madera que separa la plazuela del lugar del paradero y que estaba defendida por un buen número de centinelas. Por allí no pasaban sino los convidados y á pié; mas allá y dentro de la estacion estaban colocadas las piezas en batería para hacer la salva cuando saliera el presidente, y el lugar se hallaba mas despejado, gracias á las precauciones tomadas por la policía.

La casa de la estacion y los trenes todos estaban adornados con banderas nacionales, gallardetes, fes-

Digitized by Google

tones y guirnaldas. Una música militar hallábase situada junto al wagon del presidente, y en fin, todo estaba dispuesto para honrar la presencia del primer magistrado de la Nacion y demas funcionarios de los supremos poderes federales, que debian partir en el tren.

Nosotros, en union de nuestros inseparables compañeros de la prensa y de la literatura, fuimos á tomar asiento con toda calma y anticipacion en los wagones respectivos. El órden de colocacion de los convidados era el siguiente: inmediatamente despues de la locomotora que debia de remolcar el tren, estaban los wagones en que iba la guardia de policía y despues los de los invitados particulares, es decir, que no tenian carácter público: allí iban tambien las familias: luego seguian los wagones de los diputados y magistrados de la Suprema Corte de Justicia, y al último el del Presidente y secretarios de Estado.

A las diez un gran rumor nos anunció que el Presidente se acercaba: las bandas militares batieron marcha, las músicas hicieron oir los acentos del himno nacional, los soldados presentaron las armas, y la artillería hizo la salva de veintiun cañonazos que previene la ordenanza. El humo comenzó á desprenderse en gigantescos penachos de la chimenea de la locomotora, el vapor dejó escapar sus agudos silbidos, y á las diez y cuarto el tren partió para Puebla, en medio de una aclamacion universal, y precedido de una locomotora—correo que á una distancia de quinientos metros caminaba delante para prevenir en caso ofrecido cualquiera peligro en la vía férrea.

Pronto desapareció á nuestra vista la hermosa México con sus grandiosas torres, sus soberbias cúpulas y sus inmensos jardines y calzadas; pronto tambien dejamos atrás la villa de Guadalupe, con sus colinas desnudas y pedregosas; las llanuras cada vez parecian menos verdes y habitadas, y sin detenernos en ninguna de las estaciones anteriores á Apam, entramos en esa vasta faja de planíos que se llaman los *Llanos de Apam*, y que recuerda por su uniformidad, por su falta de arboledas, y por la forma de sus colinas achatadas, los desiertos del Norte. En efecto, en esa region de los vientos no se ve por todas partes mas que el maguey en asombrosas cantidades, que forma la riqueza de los llanos y que mantiene la sangre de los cloróticos hijos de México, derramando todos los dias su jugo vivificante en un *niágara de corambres* que corre incesante desde Apam hasta las garitas, y se distribuye inmediatamente en los infinitos receptáculos, adonde el pueblo se precipita á saborear el sagrado licor.

Cuando nosotros veíamos las llanuras estériles de Apam, en donde el sol parece abrasar la tierra, y en donde el viento levanta remolinos de encendido polvo, semejante al *simoun* de los desiertos libios; cuando por toda compensacion no se ofrecia á nuestra vista fatigada, y, por decirlo así, sedienta, mas que el verde triste de las pencas del *ágave* insuficiente, incapaz de ofrecer á quien no le conozca un refrigerio, no pudimos menos de comparar á la famosa Xochitl histórica ó legendaria con aquel caudillo de Israel, que acosado por su pueblo para que le diese agua, la hizo brotar de una peña al toque de su vara de mago. ¿Qué otra cosa ha sido la princesa Xochitl sino el Moisés del pueblo azteca, sacando del corazon del ingrato *metl* el blanco y sabroso *neuctli* que habia de apagar la sed de los indios, no solo en aquel instante sino en el tiempo futuro, y como diria el cura de Apam, predicando sobre ese Exodo azteca, hasta la consumacion de los siglos?

Parece mentira, nos decia un compañero, que lo que trastorna las cabezas allá en la hermosa capital de México, y ocasiona tumultos y bullicio y algazara y aun pronunciamientos y trastornos de la República, salga de esta llanura tan silenciosa y tan triste, en que parece que ni el rugido de la locomotora halla eco, ni los pájaros nido, ni el viajero fatigado lugar donde guarecerse. Uno que otro *manoir* feudal se levanta ceñudo acá y acullá y á grandes distancias. ¡Cualquiera diria al divisar esas mansiones que parecen encerrar á nobles de la Edad Média, que allá ha fijado su morada el orgullo aristocrático, que se rodea de homenajes y que levanta la cabeza sobre la multitud, como el castillo la levanta sobre las humildes chozas del pechero!

¡Cualquiera diria que hay allí sala de armas, heraldos, capellanes y bufones!

Pues no, señor, gracias á Dios, allí tiene su nido, cuando mas, el descendiente del antiguo encomendero explotador de los indios; cuando mas, allí pasa sus regalados dias el gordinflon administrador de algun opulento capitalista de México, que vive merced al *neuctli*; pero que ni por mal pensamiento ha creido conveniente poner en el escudo de su coche blasonado un maguey y un corambre como el símbolo de su alta nobleza.

Tal es el castellano de las mansiones feudales que se divisan en los llanos de Apam; y si no encontrais en esa especie de fortalezas sala de armas ni capilla, en cambio encontrareis tinacales, y cueraje, y *acocotes:* es la feudalidad del pulque, es la *pulcocracia* en su hermosa y desnuda sencillez; no como se presenta en México trasformada en nobleza de sangre, sino como la retrata la naturaleza, santificada por el trabajo, y verdaderamente ennoblecida por la utilidad. Pero id á decir eso á alguna locuela rica que debe sus joyas, su carruaje y su lujo al pulque, y os arrancará los ojos.

—¡Puff!—hemos oido exclamar á mas de una jóven elegante envuelta en sedas y en blondas, apartando el rostro al pasar por una pulquería, donde se entretienen haciendo libaciones algunos buenos hijos del pueblo,—¡qué espantoso olor despide este lugar!

—Perdone vd., señorita, y no lleve á la nariz el rico pañuelo empapado en esencia de violeta, con un ademan tan aristocrático. Ese vino que despide tan mal olor, es el que ha procurado á vd. los per-

Digitized by Google

fumados trages que lleva. Si yo fuera dueño de hacienda de pulques, aspiraria con voluptuosidad ese olor al que deberia tan grandes beneficios.

Pero de repente el tren se detuvo y dió fin á nuestras filosóficas reflexiones: estábamos en Apam, ó para expresarnos con mas exactitud, frente al pueblo de Apam, que se divisaba á poca distancia con su pequeña iglesia triste y fea, con sus caseríos sucios y con sus callecitas solitarias; ni un árbol hay en ese pueblecito adonde no quisiéramos que nos confinaran porque nos moririamos de tedio; ni un mal huertecillo, ni una enramada de calabazas ni de *chayotes*. Fuentes, Dios las dé; flores, solo que se produzcan debajo de tierra: francamente no sabemos qué diablos haya en ese Apam tan polvoroso y tan lóbrego como un nido de hurones.

Pero volviendo á la estacion, solemne chasco nos habriamos llevado si no hubiéramos confortado nuestros estómagos con un regular almuerzo antes de meternos en el tren. Solo hay en el paradero de Apam una mala cantina con media docena de *tortas* conteniendo en su seno los manimientos del dia anterior, aguardiente rasposo como un cepillo de ropa; y mas allá, una barraca levantada sobre un monton de piedras, que contiene á una indígena fabricante de *enchiladas* y profesora de alquimia, pues convierte en *chile*, en masa, en cebolla y en carne todo lo que encuentra á la mano; y aun así, fortuna es y grande poder conseguir de ella una de sus *chalupas* odoríferas, capaces de indigestar al padre Saturno.

Despues de quince minutos de detencion, el tren continuó su camino: ya entonces, nosotros, por una sonrisa de la suerte, nos encontrábamos metidos en el wagon del Presidente y de los ministros. Allí disfrutamos de las delicias de un *lunch* suculento, y con el bienestar que esto produce pasamos las horas muertas frente á Guillermo Prieto, que se hallaba expansivo en el mas alto grado por la misma causa.

Antes de llegar á Santa Ana Chiautempam, y apenas tocamos el lindero del Estado de Tlaxcala, nos encontramos á la Guardia Nacional del mismo, tendida á uno y otro lado del camino: estos soldados que, segun su institucion, no reciben *prest* ni hacen el servicio permanente, no tenian mas uniforme que su humilde vestido de todos los dias; pero aun así nos dió gusto ver á la guardia del pueblo, guardia modesta es verdad, pero no por eso menos digna de respeto y de aprecio, como que es la custodia de las leyes.

Semejantes soldados, como los de Guerrero, como los de Oaxaca y de Veracruz, luego que hacen su servicio se retiran á sus casas llevándose su fusil, y acuden tan pronto como se les llama con un tambor ó con un simple aviso. El pueblo tlaxcalteca de hoy es patriota, leal, enemigo de revueltas y motines, y aunque pobre, parece tranquilo y feliz á la sombra de su Gobierno.

Al llegar á Santa Ana Chiautempan escuchamos un gran rumor: era el vecindario de allí y de los pueblos comarcanos y aun del mismo Tlaxcala, que habia acudido en masa á ver pasar al Presidente: dos pequeñas piezas de artillería hacian una salva, y tres ó cuatro músicas tocaban el himno nacional como Dios les daba á entender. Dos ó tres compañías de Guardia Nacional, uniformadas, hacian los honores, y en las enramadas del camino se apiñaba literalmente la multitud. Veíase en todos los semblantes retratado el regocijo mas puro y mas espontáneo: las aclamaciones atronaron el espacio, y los *¡vivas!* á Juarez fueron universales y repetidos. El Presidente, profundamente conmovido, porque la verdad es que él se muestra un poco reservado delante de la multitud de las ciudades populosas, pero es expansivo, franco, y no oculta sus emociones en presencia del pueblo humilde y sincero del campo, fuertemente conmovido, repetimos, tuvo que salir á la pequeña plataforma del wagon para victorear al Estado de Tlaxcala, á la República y á la libertad.

Inmediamente despues se vió precisado á entrar de nuevo en el wagon para recibir al gobernador Lira y Ortega que con los funcionarios de su Estado venia á saludarle: es el gobernador el tipo mas perfecto del hombre del campo en su mas sencilla y buena expresion: se retratan en su semblante la honradez mas acrisolada, la serenidad de una conciencia pura y la firmeza de principios de una alma republicana por organizacion; sin pretensiones, sin altivez, modesto como debe ser un funcionario demócrata, este hombre recuerda por su aspecto la figura del inmortal Guerrero, y remontándonos mas allá, la figura de aquellos republicanos de los antiguos tiempos que dejaban el arado para venir á gobernar un pueblo.

En obsequio de la verdad, el Presidente y los ministros parecen tener en tan alta estima las virtudes de un magistrado tan sencillo, que le recibieron con las muestras del mas grande afecto y respeto.

Él no trajo discursos; comprendió con su buen sentido campesino que los discursos para un viajero son fatigosos, y se contentó con dar la enhorabuena en términos lacónicos pero expresivos por la gran mejora que iba á quedar establecida con la via férrea: luego se despidió, bajó del wagon y fué á confundirse entre la muchedumbre tlaxcalteca que le hizo un lugarcito como á cualquiera hijo de Adan. Francamente nos dió gozo ver á un gobernador tan raro en estos tiempos, en que apenas ocupa un hombre la silla de un Estadito se convierte luego en una especie de gran duque de la Confederacion alemana.

Momentos antes veniamos hablando con el ministro de la Guerra, dándole noticia de un cierto cura de Santa Ana Chiautempan, que otra vez, cuando se inauguró el tramo de ferrocarril hasta ese pueblo, nos sorprendió por las ideas de verdadera ilustracion que emitió en su brindis y repetiamos algunas de sus palabras conservadas en nuestra excelente memoria, que parecieron á todos dignas del mayor aplauso. Manifestaban deseos de conocerle, cuando,

Digitized by Google

en union del gobernador de Tlaxcala, se presentó á felicitar al Presidente con una comision del pueblo de Santa Ana. El cura dijo un pequeño discurso que llamó la atencion de todos por su ilustracion, por sus ideas verdaderamente cristianas y por el noble y puro patriotismo que campeaba en él: las palabras que acabábamos de repetir fueron oidas de sus labios con su sencilla elocuencia y dichas con una entonacion oratoria que hace honor á su talento y á su educacion literaria. El Presidente y los ministros quedaron muy contentos del eclesiástico, y esto es una prueba de que los pastores fieles á las máximas de progreso y caridad del fundador del cristianismo inspiran á los demócratas simpatías y respeto.

Una vez terminada la pequeña ceremonia oficial el pueblo siguió en sus aclamaciones, el Presidente salió por segunda vez á la plataforma, escuchó con bondad las alocuciones que varios hijos del pueblo le dirigieron agrupados en su derredor, y se dió la órden de partir.

Nosotros estamos convencidos de que todas esas manifestaciones del sencillo pueblo tlaxcalteca fueron espontáneas y sinceras, porque el hombre que como Lira y Ortega es acogido entre su pueblo como un padre, parece incapaz de obligar á ninguno á tributar homenajes oficiales.

A poca distancia de Santa Ana Chiautempan y teniendo todavía á uno de nuestros costados la mole inmensa é imponente de la Malinche, coronada entonces de nubes, comenzamos á contemplar un paisaje mas risueño y mas animado. Estábamos caminando por el nuevo tramo de ferrocarril y entrábamos en el hermoso valle de Puebla, capaz de alegrar por su belleza al mas cansado viajero: se sentia la aproximacion de una ciudad populosa: ricas y soberbias casas de campo se elevaban en la llanura, brotando entre los verdes sembrados á cada curva del camino. Allá se divisaba un pueblecillo con su alegre campanario y su blanco caserío; acullá se veia paciendo un rebaño sobre las lomas llenas de grama. Las vistosas y risueñas alquerías se sucedian unas á otras y parecian una familia dispersa en el valle, y como los centinelas avanzados de la gran ciudad. Extensas arboledas y numerosos arroyos serpenteando para derramar en la llanura las aguas de la cordillera, y praderas cubiertas de vegetacion, y chozas de labradores y pequeñas ventas bordando ó lo lejos el antiguo camino carretero, y todo ese conjunto pintoresco y palpitante que parece como animarse con el aliento de un gran centro de poblacion, iba desarrollándose ante nuestros ojos.

De repente nos detuvimos algunos minutos en Panzacola; allí encontramos detenido el tren de artesanos que habia partido de México á las ocho de la mañana: los malaventurados estaban allí como en jaula. Con todo, su mal humor no debió haber sido mucho, pues nos recibieron con alegres vivas y exclamaciones.

No quedaron, sin embargo, contentos al vernos continuar antes que ellos nuestra marcha hácia Puebla, adonde por instantes nos aproximábamos.

Ya veíamos á la hermosa ciudad extendida á corta distancia, con sus altas torres, y sus alicatados cimborrios que brillaban á los rayos del sol poniente destacándose entre el fondo oscuro de los árboles, semejantes á los minaretes de una ciudad oriental. Oimos primero un inmenso zumbido, y como el tren caminaba á todo vapor, á pocos pasos, pero todavía como á una milla de la ciudad, nos encontramos un inmenso gentío que nos esperaba en masa en pié sobre los dos costados del camino. Entonces la locomotora, cual si quisiera saludar por primera vez con el acento de la civilizacion á la asombrada Puebla, lanzó un rugido poderoso que hizo estremecer los ecos del valle, agitó soberbia su régia corona de vapor y de humo, y rápida como el rayo, rodando sobre aquellos rieles vírgenes todavía, llegó hasta las puertas de Puebla en medio de los gritos inmensos de júbilo, del repique á vuelo de las campanas, de los acentos armoniosos del himno nacional y del estallido del cañon, cuya voz imponente no era entonces sino la respuesta pacífica de la voz del vapor que saluda al Dios de las alturas con el himno del trabajo y trae paz á los hombres de buena voluntad.

En tales momentos, estamos seguros, no habia un corazon verdaderamente mexicano, que no latiese con violencia á impulsos de una emocion poderosa: pocos ojos permanecieron secos, porque estas solemnidades del progreso y de la industria solo dejan de conmover á los egoistas y á los mentecatos.

Una sola circunstancia vino á sacarnos de nuestro arrobamiento. La tarde habia estado serena; aun se tendia en el cielo cuando llegamos un hermoso arco-iris; pero en los momentos mismos en que el gobernador del Estado de Puebla con su numerosa comitiva, precedida de los maceros y vestida de rigorosa etiqueta, se acercaba al wagon presidencial y saludaba al señor Juarez, las nubes se rompieron y descargaron sobre nosotros una catarata tremenda.

Era agua del cielo; por consiguiente, entrábamos bajo buenos auspicios, y un pagano supersticioso no hubiera tenido sino motivos de felicitarse, porque los elementos contribuian con lo que tienen de mas poderoso y magnífico á la gran fiesta. Bajamos y nos refugiamos en la casa de la estacion en la que tuvimos la ventaja de recibir el agua á chorros y coladita. Sobre mas de cuatro de nosotros cayó el torrente por *bueyes*, pero en cambio nos daba el lodo hasta los tobillos.

La gente de lo otros wagones permaneció en ellos hasta que cesó el temporal.

Dirigímonos en seguida al palacio, donde tuvieron lugar las felicitaciones de estilo.

Mojados como estábamos hasta los huesos, escuchamos los discursos y saboreamos las flores retóricas, enjugando nuestros cabellos y sintiendo deslizarse el agua por nuestros bolsillos, lo que nos

Digitized by Google

quitó gran parte del placer literario que habriamos tenido en conocer la elocuencia angelopolitana.

Ni nos acordamos de lo que dijo el gobernador, pero ya se supondrá que manifestó el gran placer que tenia Puebla en recibir en su seno al primer magistrado de la Nacion, y mas todavía por el motivo plausible que le habia traido desde México: el progreso, los ferrocarriles, el patriotismo, la futura prosperidad de Puebla, las instituciones, etc., etc., fueron los átomos oratorios que compusieron, uniéndose, esa pieza oficial.

El Presidente de la República contestó en breves pero significativas palabras, y su discurso estuvo lleno de sensatez y de patriotismo.

Pocas veces hemos oido expresarse al Presidente con tal fluidez y con tan felices conceptos.

Los demas empleados dijeron cada uno su *speech* y se disolvió la reunion, entrando el Presidente á sus aposentos.

Los demas, convertidos en dioses acuáticos, nos echamos á discurrir por esas calles de Dios en busca de albergue.

Deparónos la fortuna, ó mas bien dicho, la solicitud del gobernador, á una estimabilísima persona á quien encargó de alojarnos en nuestra calidad de ministros de la Suprema Corte de Justicia. ¡Oh! y cómo nos salvó la dichosa Fiscalía del grave peligro de ir á dormir en el pajar de un meson, ó de deber la hospitalidad á alguna vieja figonera de barrio, que nos hubiera sacado un ojo de la cara por el gran beneficio de hacernos dormir entre los insectos de la familia.

El Sr. Lic. D. José de Jesus Inzunza (¡Dios le dé la gloria!) fué nuestra providencia, y debimos á su exquisita bondad el habernos guiado al palacio del obispo, y el habernos presentado al digno y hospitalario Sr. Martiarena, canónigo de aquella catedral, el cual nos introdujo en los aposentos dispuestos para nosotros, es decir, para los magistrados de la Suprema Corte.

Debemos decir, para inteligencia de los lectores y amenidad de nuestra crónica, que la alegre Bohemia literaria en cuya compañía habiamos ido, se habia alojado entretanto en un cuarto *confortable* del bendito Meson del Mercado, habitado en su totalidad á esas horas por una parvada de honradas golondrinas de México y de Puebla, cuyas maneras edificantes hacian recomendable desde luego aquel albergue, en nada diverso de la famosa venta en que se armó caballero *el de la Triste Figura*.

En efecto; las doncellas que allí se hallaban, parecian serlo tanto como aquellas que rieron en las barbas de Don Quijote al oirse apellidar tales; y en cuanto á cama, podia decir el *ventero* del Mercado á nuestros Bohemios de la literatura, *que amen del lecho, todo lo demas se hallaria en ella con mucha abundancia;* y tambien, *que en esa choza tendrian seguridad de hallar ocasion para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche.*

Los Bohemios se albergaron resignados; pero sacámoslos nosotros de tamaño apuro, yendo á traerlos para trasladarlos á la espléndida mansion del obispo, adonde les esperaba el *confort* con todas sus seducciones y delicias.

Allí estaban los departamentos de los ministros de Guerra y Hacienda, ¡magníficos! ¡magníficos!; luego seguian los de los magistrados de la Suprema Corte, que estaban amueblados con camas de bronce, mesas de mármol, grandes espejos y lujosos tocadores.

Francamente, todo esto nos pareció superior á nuestras exigencias, y preferimos habitar un departamento mas modesto aunque no menos cómodo, en donde podiamos estar reunidos los susodichos Bohemios en buen amor y compañía. Dejamos, pues, á los gravedosos magistrados en sus camas de bronce y sus sofaes de brocatel, y nos metimos alegres en aquellos aposentos que bien pronto iban á convertirse en el santuario de la alegria y del bullicio.

¡Oh! allí nada nos hacia falta; teniamos lavamanos, y jarrones de cristal *glacé*, lindos tocadores, pomos de aceite de violeta, jabones de rosa, polvos para los dientes, cosméticos y cuanto pudiera desear, no nosotros, sino la *loreta* mas refinada: apetecibles camas de hierro y de bronce con buenos colchones, sábanas de Holanda y almohadones de pluma; y por último, tres criados inteligentes que esperaban nuestras órdenes cruzados de brazos.

¡Oh! la hospitalidad episcopal verdaderamente nos hizo amable el seno de la iglesia. ¿Quién era mas dichoso que nosotros en Puebla?

Todo lo debimos al bueno y respetable canónigo Sr. Martiarena; á los cuidados del Sr. Romero Vargas y á la amabilidad del Sr. Inzunza.

No quedariamos contentos de nuestra crónica sino incrustáramos en ella este voto de gracias que nos dicta el corazon.

III

EL BAILE.

El teatro de Guerrero.—Las señoras de México.—Los jóvenes de México.—Las señoras de Puebla.—Causas probables de su ausencia.—La orquesta.—«La Locomotiva» de Melesio Morales.—El *Buffet*.

A las nueve de la noche del mismo dia 16, el teatro de Guerrero, espléndidamente decorado é iluminado, abria sus puertas á la numerosa concurrencia invitada con algunos dias de anticipacion por la Empresa del Ferrocarril. A las diez, todo el local se encontraba lleno de gente; el salon, los palcos, las galerías, por donde quiera se hubiera buscado en vano un pequeño vacío.

En el vestíbulo y en el callejon por el que se entra al teatro se apiñaba una multitud llena de curiosidad.

El salon del teatro estaba iluminado con 16 magníficos candiles, y los palcos se hallaban adornados con hermosas cortinas rojas con flecos de oro: en el escenario donde se hallaba la gran orquesta dirigi-

Digitized by Google

da por Melesio Morales, habia numerosos trofeos de armas y pabellones nacionales en vistosas combinaciones; en suma, el teatro de Guerrero, que dista mucho de ser tan espacioso como nuestro gran teatro Nacional, pero que es sin embargo bastante bonito, se hallaba deslumbrador.

Nos es difícil asentar los nombres de las elegantísimas damas de México que allí se encontraban. Eran tantas que perderiamos la cuenta y temeriamos omitir, contra nuestra voluntad, algunas de importancia; pero bástenos decir que casi todas las que allí habia y que resplandecian de belleza, de lujo y de buen gusto, eran hijas de México; eran el encanto de los salones de la capital; el ornamento de nuestros paseos y de nuestros teatros; la flor y nata de la juventud y de la hermosura.

El jardin de México se habia quedado sin sus mas pomposas flores para enviarlas á formar el incomparable ramillete que se ostentaba esa noche en el teatro de Guerrero, y que difícilmente volverá á tener igual.

¡Oh! no era necesario conocer personalmente á todas las damas de la sociedad mexicana para distinguirlas y para asegurar que eran ellas. La mexicana se conoce en todos los puntos de la República por la gallardía y el donaire con que sabe llevar su trage y su tocado, por el buen gusto de los colores y adornos que escoge, y por esa gracia y esa distincion aristocráticas que parecen innatas en ella, y que se perciben á distancia como se percibe el perfume de las rosas.

Los tocados y trages de las señoras esa noche eran hermosísimos. A veces el brillo de los diamantes brotaba en mil chispas entre una cabellera negra y flotante sobre una espalda de marfil. A veces ricas perlas mal cubrian un palpitante seno de rosa; otras era una simple camelia roja plantada sobre rizos de ébano y como formando el digno coronamiento de una frente de alabastro, ó blancas rosas cuyas guias de esmeralda se dejaban caer sobre nubes de blondas.

Pero diamantes, perlas y flores no hacian mas que añadir los encantos del lujo y del buen gusto á aquellas bellezas, cuya seduccion principal consistia en la dulce expresion de los ojos azules ó en la ardiente languidez de los ojos negros; en la amorosa sonrisa que movia todos aquellos labios de granada y de mirto; en la delicadeza de las formas de aquellas mujeres á quienes puede llamarse á justo título las *griegas* de México; en la flexibilidad de aquellos talles que se cimbraban como un junco al compás de la música; en la morbidez de aquellos brazos que parecian modelados en los de las antiguas estatuas, y en la finura de aquellas manos, y en la pequeñez y perfeccion de aquellos piés de hada que apenas tocaban la alfombra, y que no se veian sino merced al brillo del blanco raso que los cubria.

Cada beldad era la realizacion de un sueño de poeta, era el ideal de un enamorado de veinte años. México habia llevado á Puebla con sus ángeles los perfumes del Paraíso y los resplandores de la eterna dicha.

Pero ¡ay! todos estos ángeles sin alas se ahogaban literalmente entre las oleadas que formaba la juventud masculina, tambien aderezada con la elegancia mas rigorosa. La *crema* de nuestros liones estaba haciendo digna compañía al bello sexo mexicano.

Todo allí era México, todo allí nos recordaba las grandes reuniones de la capital, y sin ver los palcos y sin apercibirse de la estrechez del teatro, podia uno figurarse que se hallaba en el salon del Nacional, ó que asistia á una de las elegantes tertulias del Casino español ó de la Lonja.

Nada veia uno que protestára contra aquella traslacion que se hacia en espíritu de la Puebla de los Angeles á la México de las Diosas. ¿Y cómo podia pensarse que era Puebla la que nos abrigaba en su hospitalario seno, cuando ningun semblante estaba allí para indicárnoslo?

Cuando decimos ningun semblante no debe tomarse al pié de la letra, porque habia cosa de diez semblantes poblanos que vagaban perdidos entre la muchedumbre de México; pero como diez semblantes eran un número muy pequeño comparativamente á la mayoría mexicana, casi pasaron inapercibidos, menos para nosotros que á fuer de cronistas fieles tomamos nota de ellos: y ya se verá que tampoco las hermosas á quienes pertenecian podian llamarse rigorosamente poblanas. Eran las señoritas Marron (nativas de Veracruz) las Ambiel (nativas de Orizava), las Zárate (nativas de Jalapa), y solo las Arrioja y las Guadalajara eran nativas de Puebla; y aun estas últimas llevan un apellido que por lo menos *geográficamente* pertenece al Estado de Jalisco.

—¿Pero adónde están las paisanas de vd.? preguntamos á un jóven literato de Puebla, á quien suplicamos que nos indicara sus nombres para asentarlos en nuestro *carnet* de cronistas.

—Mis paisanas, nos dijo ruborizándose el amable jóven, se hallan por ahí, confundidas entre las mexicanas; pero yo se las iré señalando á vd.

Colocámonos, en seguida, en un lugar desde el que podiamos pasar revista á todas las parejas que bailaban á la sazon una danza. Pasaba una y deciamos volviéndonos á nuestro *cicerone*.—*¡Mexicana!*—pasaba otra y—*¡mexicana!* y *¡mexicana!* y *¡mexicana!* y *¡mexicana!* seguimos diciendo mas de cien veces. Nos interrumpimos algunos para decir—*esta no*:—entonces nuestro interlocutor nos mencionó los cinco nombres antedichos que escribimos con un lápiz en la vigésima parte de una pequeña tarjeta. ¡Y habiamos llevado un librillo de memorias para asentar la lista!

Contrariados por esto nos volvimos de nuevo al jóven literato.

—¿Adónde están por fin las paisanas de vd? le dijimos de nuevo.

El, un poco apurado nos contestó:

—Me parece que se hallan en los palcos: creo

Digitized by Google

que bajarán un poco mas tarde; vd. ve como está el salon.

Nosotros, curiosos como todo cronista, fuimos á examinar los palcos y plateas; en estas no vimos mas que familias mexicanas: en los palcos primeros habia una que otra señora poblana destacándose del conjunto de las de México. No tuvimos paciencia para examinar los segundos ni los terceros, ni la galería en que nos dicen que estaba representada la ciudad de los ángeles.

—Francamente, amigo mio,—dijimos al susodicho literato,—las paisanas de vd. no han venido; ¿presume vd. las razones?

—Es extraño,—nos replicó;—el señor Gobernador y todos nosotros estábamos convencidos de que vendrian: yo sabia que algunas amigas habian encargado trages, castañas y guantes á México, y no me parece que haya sido semejante gasto para echarse por ahí á recibir la lluvia: créame vd., estoy mortificado. ¡Qué dirán vdes!

—Hombre, á lo sumo podriamos decir que las damas de México habian venido á bailar como en teatro alquilado. Pero no es lo sensible lo que se podria decir, sino la ausencia de las hermosas poblanas.

Nuestro interlocutor se dirigió á otro jóven poblano que llevaba un delicioso chaleco de *piqué* blanco, y que aparentaba ser muy ceremonioso.

—¿Qué le parece á vd., mi querido X, de la ausencia de nuestras paisanas? ¡Qué dirán estos señores de México!

—Estos señores de México deben ser bastante amables para no llevar á mal el que las poblanas no hayan concurrido esta noche: el temor de no parecer bien en presencia de tan hermosas y elegantes damas como han venido de la capital, las ha retraido; de modo que mas bien debe atribuirse á timidez que á insociabilidad y á inhospitalidad y á poca liberalidad y aun á malignidad la supradicha ausencia de nuestras bellas cuanto simpáticas y estimables paisanitas.

El jóven literato hizo un gesto al oir tanto nombre en *ad* y se contentó con repetir en tono menos enfático;—¡van á decir que son urañas! ¡van á decir que no tenian vestidos, ó van á decir que ódian á los liberales y que no quieren ponerse en contacto con ellos!

—Es lo mas probable, repusimos nosotros:—pero tal vez no sea creida tal razon; porque la verdad es que los liberales, los odiosos, los repugnantes, los plebeyos, los que no nos hemos atrevido á traer corbata blanca por no ponerla en contraste con el color de nuestro rostro, estamos aquí en minoría, y no sabemos bailar. Toda esa juventud que ven vdes. ahí, es juventud aristocrática que pertenece á las casas que se han reputado nobles en México; juventud que quizás amaba el imperio, que quizás nos detesta, pero que sociable ante todo se mezcla con nosotros en las reuniones y nos trata conforme á los preceptos de la educacion. Por otra parte, las invitaciones para el baile no han sido dadas por el presidente ni por los *jacobinos* del congreso, ni por los *próceres* de la desamortizacion, ni por ningun excomulgado, sino por los señores de la Empresa del Ferrocarril, sobre quienes no pesa ninguno de los anatemas de nuestros enemigos. Todavía mas; parece que cuando la aristocracia mexicana y la potosina, y la jalisciense, y la queretana, no han creido conveniente mantenerse retraidas para las reuniones sociales en que sabian que iban á encontrar á centenares de republicanos, la poblana no puede, sino haciéndose muy singular, y creyéndose que ella sola es la depositaria del *sacro fuego del rencor imperialista*, observar una conducta diferente.

De todos modos esta razon no ha de ser plausible; la harán jugar con empeño algunos interesados para hacer creer que el partido liberal es aborrecido, que es un partido de abominacion, que su contacto mancha y que se huye de él como de la peste; pero la gente sensata no hará caso y se reirá de este empeño, contemplando con ojo filosófico las reuniones de nuestros paseos, de nuestros teatros y de nuestras tertulias.

Así, pues, la discusion sobre las causas de la ausencia de las poblanas en la presente noche, va á girar sobre los otros motivos.

Interrumpimos nuestra conversacion porque notamos que la concurrencia escuchaba silenciosa los primeros acordes de la gran pieza musical de esa noche, anunciada como un acontecimiento, y que en nuestro concepto no era indigna del anuncio.

Melesio Morales, su autor, le puso por nombre «*La Locomotiva.*» Mas de cien músicos, dirigidos por el distinguido maestro, ejecutaban la pieza, en que el compositor, á semejanza de algunos célebres maestros alemanes, hizo prodigios de imitacion armónica, inventando á propósito nuevos instrumentos para reproducir fielmente el rugido del vapor, el silbido de la máquina y hasta el rodar de los carros en los rieles de fierro.

La pieza propiamente pone en escena, por decirlo así, si no á nuestros ojos, á nuestros oidos el ferrocarril de Tlalpam. Despues de algunos preludios de la orquesta escúchanse los cascabeles de las mulas que conducen los wagones del centro de la ciudad á la estacion, donde espera la máquina: se oye el silbido de esta; el ruido sordo y acompasado que hace el vapor al escaparse de la caldera, el estridente choque de las *yantas* de fierro al caminar el tren, y todo mezclado con armonías singulares que parecen un himno entonado por gigantes á la civilizacion del Siglo XIX.

El maestro Morales ha hecho una pequeña obra maestra, un capricho delicioso que aumentará su nombradía en el mundo musical.

Una salva de aplausos y millares de *¡bravos!* saludaron al jóven autor, y mas tarde, á las cuatro de la mañana, se le pidió la repeticion de la pieza y se le tributó una ovacion mas entusiasta todavía.

Despues de la «*Locomotiva*» siguió el *buffet*. Ser-

Digitized by Google

vido por Fulcheri no hubo mas que pedir. Era tal el número de señoras concurrentes, que no cabian en el larguísimo salon dispuesto para tal objeto; así es que fueron obsequiadas por *tandas* hasta que quedaron los hombres solos.

Nosotros nada de esto vimos, y habiendo tenido el honor de acompañar á una hermosa dama de México, á la mesa, suplicamos á un caballero, amigo nuestro, que la obsequiase haciendo nuestras veces, y nos retiramos atacados de un violento dolor de cabeza.

El dolor importuno que nos ocasionaron la fatiga del viaje y la mojada, lo que es una rareza en nosotros, acostumbrados á las caminatas de cien leguas á caballo y á sufrir las inclemencias del tiempo, nos condujo á pensar que tal vez habria sido mas conveniente haber dejado el baile que se verificó esa noche, para la siguiente, á fin de dar tiempo á los viajeros para descansar, á las viajeras para adornarse con menos precipitacion, y evitar jaquecas y calosfrios.

No todos los que estábamos allí nos hallamos en la primera juventud, y natural era suponer que con el aguacero encima, con la busca de albergues y con el grande asunto de encontrar los equipajes, iban á pasarse largas horas, á rabiar los padres de familia y á pescar un resfriado los hombres acostumbrados á la vida sedentaria.

Los desgraciados que tuvieron la indiscrecion de ir desde México en trage de baile, y el único, y se mojaron, ya tuvieron con que divertirse. Los que no tuvieron como nosotros la precaucion de llevar su ropilla en un saco de viaje á la mano, pasaron un infierno de torturas; tuvieron que buscar sus equipajes á la luz de las antorchas, entre aquella masa confusa de petacas, catres, sacos de noche, colchones, sombrereras y todos los estorbos de diferentes formas con que camina una poblacion que va á bailar y á vivir en tierra ajena.

Así es que á las diez de la noche mas de un elegante se mesaba las barbas y hacia *pucheros* de cólera, por no poder encontrar la hermosa petaquita en que llevaba el frac hecho por Madaleno ó por Salin, los guantes, los botines y los perfumes; y mas de una jóven hechicera vertia lágrimas como nueces al recibir la fatal noticia de haberse extraviado la caja en que venia el espléndido vestido de baile, la ropa blanca, las joyas y el elegante *necesser* de camino.

Los viajeros de ese dia apenas tuvieron tiempo de pasarse por la cara una esponja empapada en agua de colonia, de ponerse la camisa y el frac, ó el trage de seda: y solo merced á las habitudes del tocador pudieron las lindas mexicanas presentarse en el baile con un esmero que no dejaba conocer la festinacion que habian tenido.

Numerosas personas se retiraron á las dos de la mañana; otras permanecieron hasta las cinco, y apenas tuvieron tiempo para dormir un rato y vestirse con el objeto de asistir al almuerzo—comida que daba el gobernador de Puebla á la una del dia.

Nuevo inconveniente de haberse dado el baile la noche del 16, pues la mayor parte de los invitados iban todavía bostezando y sintiendo el malestar producido por la desvelada y por una cena fuerte á las tres de la mañana.

IV.

EL BANQUETE.

El antiguo Colegio de la Compañía, hoy Colegio del Estado.—El salon de recibo.—El salon de refectorio.—La comida.—Los brindis.

El antiguo colegio de Jesuitas, llamado la *Compañía*, cuya iglesia presenta en su fachada una bonita muestra de lo mejor que pudo producir el estilo Churriguera, es hoy colegio del Estado; y allí dispuso el gobernador que tuviera lugar el banquete con que obsequiaba al Presidente y á sus demás visitantes de México, pues no pudo encontrarse en todo Puebla un salon mas espacioso que el que servia antes de refectorio á los reverendos padres jesuitas.

A las doce del dia 17 la concurrencia llenaba el salon de recibo, situado en el piso alto y que segun su mueblaje debió haber servido como salon de Capítulos ó de Actos en otro tiempo.

Los invitados, repetimos, estaban allí vestidos todos otra vez con frac negro y guante blanco, (porque hay que advertir que en estas fiestas de Puebla se abusó deplorablemente del frac y se le hizo asistir hasta á los almuerzos, á él, que no gusta de la luz meridiana, ni de las comilonas matinales.)

Tan luego como llegó el Presidente nos dirigimos todos al refectorio, en donde encontramos la mesa aderezada, y los vinos de Burdeos, de Borgoña, de España y del Rhin esperándonos con amor para la hora de las libaciones, *ad majorem gloriam Dei*, como las habian hecho en otros dias y en aquel mismo lugar los hijos de San Ignacio, y que con mayor justicia íbamos á hacer nosotros celebrando la fiesta del trabajo y de la industria que en nuestro humilde concepto honra mas al Criador que los rezos de los antiguos padres.

Tomamos asiento y comenzamos á gustar de uno de esos banquetes á que el amigo *Fulcheri* lleva tiempo de habernos acostumbrado.

A los postres, comenzaron los bríndis, pronunciándose los primeros en la mesa de la cabecera, ocupada por el Presidente, los ministros, los empresarios del ferrocarril, el ministro americano y el gobernador de Puebla.

Los discursos de los señores Juarez, Lerdo, Iglesias, Balcárcel, Nelson, Escandon, Martinez de la Torre y Romero Vargas, fueron pequeños y encerraban, como era natural, el mismo asunto del dia, que era la inauguracion del ferrocarril de México á Puebla, conteniendo expresiones á cual mas cordial, patriótica y progresista.

Digitized by Google

Despues siguieron los bríndis de los otros convidados, entre los que recordamos los del señor diputado Herrera, que habló dos veces, del Sr. Sierra que dijo lindos versos, de otro señor á quien no entendimos, y del Sr. Sanchez Facio.

El Sr. Romero Vargas brindó por segunda vez y estuvo menos feliz que la primera. Dijo que odiaba la Teología, porque era *la ciencia de lo imposible*, y que, aunque arrojada del trono que antes se habia levantado sobre las conciencias, se habia refugiado en la política, y que allí la odiaba tambien, porque estaba causando tantos males, como habia causado en la religion. Que ella tenia la culpa de que se embrollaran todas las cuestiones legales y administrativas, y que era tiempo de proscribirla, para dejar lugar á los hechos. Que la tal Teología solo era buena para entretener á los cronistas, que son una familia de ociosos que nada saben hacer, sino que entretienen su pereza y su inutilidad copiando todas las argucias y disparates que oyen, para llenar papel y entretener á los tontos.

Tales fueron las palabras del señor gobernador, y nosotros, aunque poco afectos tambien á la Teología, no pudimos menos de tomar nota de ellas á fuer de incorregibles cronistas, para llenar con ellas este pedacito del RENACIMIENTO y entretener á nuestros buenos lectores, á quienes Dios nos ampare de calificar con el epíteto que concede á los lectores de crónicas parlamentarias el señor gobernador de Puebla. Preciso es dejar asentado que el Sr. Romero Vargas quiso hablar de los cronistas políticos, y por tal razon no nos creimos aludidos, y si nos hubieramos creido, él mismo habria destruido nuestra conviccion con las explicaciones francas que nos dió despues, sin pedírselas nosotros, cuyas revistas nada tienen que ver con las actas teológicas de que hablaba su merced. Por lo mismo quedamos imparciales en este asunto.

Pero no está por demas ahora que se ofrece, hacer algunas humildes observaciones y decir unas cuantas palabritas sobre el brindis del señor gobernador.

Parece que habiéndole pedido esplicaciones allá en la cabecera sobre su brindis y sobre el sentido que daba á la palabra teología política, significó que queria designar con este nombre la discusion de la tribuna parlamentaria y de la prensa, la argucia, el sofisma y la interpretacion forzada de los principios constitucionales.

Dejamos al señor Romero Vargas en su derecho de poner nombres á las cosas como le parezca; pero nos permitiremos recordarle que los cronistas parlamentarios han sido útiles mas de una vez en los pueblos constitucionales, pues ellos copian todo lo que oyen bueno y malo; y si no fuera por su ociosidad que se entretiene en semejante tarea, no sabria uno dónde ir á buscar muchas veces, y en las dudas que ocurren, lo necesario para comprender el espíritu de una ley y el pró y el contra de las cuestiones.

Los cronistas suelen llamarse Jefferson, suelen llamarse Zarco y no hay ningun hombre político de los Estados-Unidos de América que se crea dispensado de registrar constantemente la coleccion del *Federalist*, que no es mas que la crónica de las discusiones del congreso constituyente de aquella nacion. En México apenas hay alguno que deseando conocer á fondo el espíritu de la constitucion de 57 no tenga necesidad de recurrir á la historia del congreso, que no es mas que la serie de crónicas que hacia Zarco de las sesiones de la asamblea de 57: y algun dia buscaremos las colecciones del *Siglo XIX* como documentos preciosos para consultar alguna duda sobre las leyes dadas por los congresos que se han sucedido despues. Puede ser que el Sr. Romero haya estudiado como nosotros esa magnífica coleccion de crónicas de la asamblea francesa de 93 intitulada: *Choix de Rapports, opinions et discours de la Convention*, etc., y que será el libro eterno de los liberales de todo el mundo.

Así es que nosotros estamos muy lejos de creer que los cronistas sean inútiles holgazanes. Si el Sr. Romero Vargas hubiera llamado ociosos á los cronistas que, como nosotros, solo registran hechos mas ó menos frívolos, habria tenido mucha razon: porque en efecto no podemos aspirar á otro título que el de holgazanes de la literatura. Pero aun así sentiriamos que el anatema alcanzase á Guillermo Prieto cuyas hermosas revistas tan apreciadas son del público, y á otros literatos que se dedican á este género por necesidad ó por gusto, y solo considerariamos que estaba hecha plena justicia en lo que toca á nuestra humilde persona.

En cuanto á la discusion contra la cual se pronuncia el señor gobernador de Puebla bautizándola con el nombre de teología, muy lejos estamos tambien de creerla perniciosa, y parece que el Supremo Gobierno cree tambien lo mismo, puesto que ha dejado en la prensa y en la palabra la mas ámplia libertad que se habia visto en la República. La discusion es el rasgo mas característico de los sistemas constitucionales; de modo que eso que llama el Sr. Romero Vargas teología política, es precisamente la cualidad, ó si él quiere, el vicio de que mas se enorgullece la democracia.

Si el señor gobernador de Puebla hubiera dicho que odiaba no la teología sino la guerra civil, la sedicion, el motin, la oposicion llevada hasta las vias de hecho, todos los asistentes á su convite le habriamos acompañado en esa protesta, que aunque fuera de lugar, estaba conforme con los sentimientos de los que somos partidarios de la santidad de nuestras instituciones.

Por otra parte, nos parece que el bríndis no era oportuno en aquella ocasion. Debe advertirse que nosotros hace mucho tiempo que estamos retirados de la arena política, y que por lo mismo la falta de pasiones y el no seguir ninguna bandería nos dan la calma suficiente para juzgar con imparcialidad. Pero el Sr. Romero Vargas invitó á su mesa

Digitized by Google

sin distincion de colores políticos á numerosas personas de la capital, muchas de las cuales pertenecen á la cámara de diputados y á la prensa política. Natural era no decir nada que pudiese herir la susceptibilidad de unos y otros. Bajo el techo de la hospitalidad y sobre la mesa del amigo, no suenan bien sino las palabras de concordia, de fraternidad y de alegría. El vino que se ofrece por una mano franca no debe contener una sola gota de amargura, y es siempre grato al *anfitrion* ver que sus convidados se levantan de la mesa con la mirada limpia y el corazon contento.

¿Ofendemos acaso con esto al Sr. Romero Vargas? Protestamos que no es tal nuestra intencion, y que al contrario le estamos muy agradecidos por la afabilidad con que nos trató en Puebla; pero no podemos dispensarnos de asentar estas observaciones, hechas mas bien por consideracion de algunos invitados de México que por interes nuestro.

V.

ALGO MAS, Y REGRESO.

El banquete del general Alatorre.—Las Ruinas.—La Catedral.—El palacio del Obispo.—La Biblioteca.—El jardin de la plaza.—El teatro principal.—Norma.—El segundo baile.—Regreso á México.—Recepcion del Presidente.—Conclusion.

El 18, el simpático general Alatorre dió un banquete á sus amigos en una huerta á extramuros de la ciudad. Invitados por este amigo nuestro, no pudimos asistir; pero sabemos que reinó en él la mas grande cordialidad, y que tal vez por no tener un carácter tan oficial como el anterior, á pesar de que asistian tambien los altos funcionarios de la Nacion, fué sazonado con mayor entusiasmo. Hubo muchos brindis, uno de ellos por el general Diaz; hubo abrazos y lágrimas, y una magnífica improvisacion de Guillermo Prieto quien habia faltado al banquete del 17. Los que conocen el magnífico carácter de Alatorre y sus sentimientos caballerosos, ya calcularán la alegría que supo hacer reinar entre sus convidados, y excusado es decir que los dignos gefes y oficiales de su division le secundaron perfectamente.

Nosotros, esa tarde, en union de los *Bohemios* recorrimos el extremo de la ciudad, en que se contemplan los terribles vestigios del sitio de Puebla por los franceses. Son espantosas aquellas ruinas, y solo viéndolas puede uno formarse idea de lo que fué la *Iliada* de 1863, en que el patriotismo mexicano defendió con tan heróico valor el recinto sagrado de aquella plaza, cuya ocupacion solo facilitó al ejército invasor la ventaja de posesionarse de una ciudad, pero no la gloria de haber vencido en buena lid á los soldados de México.

San Javier es una criba, San Agustin un esqueleto, el *Pitiminí* un cementerio, y todos aquellos barrios vecinos son ruinas y yermos silenciosos en los que brota la yerba y anidan los pájaros nocturnos. Pasarán muchos años antes de que estas gloriosas heridas de la heróica Puebla cicatricen y desaparezcan. La historia, la poesía, las bellas artes, debian ya haber inmortalizado las nobles y grandiosas ruinas que encierran tantos recuerdos para los mexicanos.

Luego visitamos la magnífica Catedral: admiramos el soberbio ciprés construido con exquisitos mármoles y bronces, besamos devotamente las reliquias de los santos mártires, expuestas á la adoracion de los fieles, y vimos la piedra sepulcral que la orgullosa humildad del obispo Vazquez mandó poner sobre sus huesos, con esta inscripcion: «*fieles, rogad por un pecador,*» para que todo el mundo supiera que habia sido capaz de tamaña abnegacion.

Si hubiera tenido verdadera humildad cristiana el tal prelado, á quien Dios tenga en su gloria, se habria mandado arrojar en el osario de los pobres y no se habria sepultado bajo el suntuoso pavimento de la catedral, para que los poblanos le tributaran una especie de adoracion, y hubiera un pedante que fijara una lápida de mármol junto al sepulcro, diciendo con letras de bronce: «ese que está allí es el gran obispo Vazquez, que despues de haber sido tan sabio, tan santo y tan poderoso, ha dado la mas asombrosa prueba de humildad metiéndose en ese agujero sin decir quién es.» ¡Vaya una humildad!

Y lo peor es que los poblanos mas sensatos le llevan á uno estirándole de la levita, diciéndole al llegar al sepulcro: «póngase vd. de rodillas, que aquí se halla enterrado un santo mas humilde que Job.»

Pues señor, ó entendemos poco de humildad cristiana, ó semejante ostentacion del obispo Vazquez no es mas que una farsa ridícula.

Mas que todo esto nos agradaron las pinturas que adornan las paredes de la iglesia y que nos parecieron de las mejores de la escuela mexicana.

El palacio del obispo es un edificio soberbio de construccion antigua, pero que por su solidez, la rica madera de sus techos y la profusion de sus habitaciones vastas y cómodas, merece ser reputado como uno de los mejores de Puebla.

En arquitectura nada tiene de particular, pero con todo, esa mansion episcopal está muy lejos de parecerse al comun de todos los edificios de los frailes, que tienen algo de sombrío y de ceñudo que inspira temor. Allí no: los patios están llenos de luz, el aire circula por todas partes, las columnas son esbeltas, los corredores ámplios, y el obispo Colina, que indudablemente es un hombre de buen gusto, ha decorado las paredes con magníficos grabados representando vistas de monumentos y de paisajes de Roma: ha colocado hermosos naranjos en grandes arriates de madera junto á las barandillas del corredor: ha mandado pintar bonitos frescos en el extremo de las galerías, que causan ilusion, y ha cultivado el jardin del segundo patio con esmero singular. Hay en el jardin lindas fuentes, y en medio, el seco tronco de un árbol gigantesco aparece cubierto

Digitized by Google

de trepadoras de varias especies, que coronan aquel esqueleto respetable con cien guirnaldas de brillantes colores.

Además, ha amueblado los departamentos que él habita, con un lujo que, si no revela al humilde pastor de Cristo, sí anuncia al hombre de buen gusto y al prelado amable é ilustrado.

En un pasillo tuvimos la satisfaccion de saludar á nuestro patron San Ignacio de Loyola, que segun la inscripcion que tiene debajo es el mas parecido al original.

En otro departamento vimos tambien como catorce cuadros representando á las Sibilas, que son dignos de llamar la atencion. Ignoramos si todos ellos fueron traidos de Europa por el obispo Vazquez, que era un gran aficionado á pinturas, ó por el prelado actual.

El comedor del obispo sí tiene pintados unos frescos dignos de figurar en la peor de las pulquerías de México, y parecen obra del último de los pintores de ollita de aquella ciudad.

A propósito de frescos, hay en los aposentos del obispo uno que representa el exterior de una cárcel por cuyas rejas se asoman los prisioneros: en la pared del lado hay otro representando un sepulcro. Pues bien, nos contaron que cuando Maximiliano pasó por Puebla fué alojado allí, y él, que era de espíritu impresionable, luego que vió los tales frescos que no parecian de buen agüero, se sintió mal y ordenó que le mudasen á otro aposento. ¡Qué lejos estaria sin embargo de creer que el agüero se realizaria!

Hay tambien en una de las salas del obispado una magnífica galería de retratos al óleo de los obispos de Puebla, desde Fr. Julian Garcés hasta el obispo Colina. Algunas de estas cabezas son dignas de estudio, y nos fijamos especialmente en la del fundador de Puebla, notable por su dulzura y que revela desde luego á uno de aquellos hombres apostólicos que vinieron á predicar el Evangelio en los tiempos de la conquista; pues es de advertirse que fué el primer obispo de Nueva España, y que tomó posesion de su obispado de Tlaxcala en 1527, habiendo fundado á Puebla tres años despues, bautizándola con el nombre de Puebla de los Angeles á causa del famoso sueño en que cuenta la tradicion que vió el buen prelado echar las medidas de la ciudad á dos individuos de la corte del cielo. Despues nos llamó la atencion el semblante densamente pálido y triste del obispo Palafox, pero que revela en sus ojos negros como el azabache, una inteligencia y una energía, de que en efecto dió grandes pruebas durante su vida.

En seguida nos fijamos en la figura del obispo Legazpi y Velasco, natural de México, de la familia de los condes de Santiago, por su extraordinaria semejanza con los Cervantes, descendientes de aquella casa, que aun existen en México. Despues, pasando una breve revista á todos aquellos prelados, buenos mozos ó feos, ceñudos ó bonachones, nos detuvimos delante de una figura adamada, fina, pizpireta y que revela en los ojos, en la sonrisa y en todos los rasgos del semblante, al currutaco de principios de este siglo, que tenia algo del *Don Dieguito* de Gorostiza y algo de la picaresca mundanidad del cortesano de Saint-Cloud, con los resabios del *increible* del Directorio. Era el obispo D. Antonio Joaquin Perez, tan célebre en nuestros anales históricos y que tanta influencia tuvo en los acontecimientos de la Independencia.

Diputado á cortes por la Nueva España, uno de los famosos *Persas*, despues regente en México y amigo de Iturbide, este prelado consiguió su mitra á fuerza de intrigas, y perteneció mas bien al siglo que á la Iglesia.

Sigue el retrato del obispo Vazquez, ya anciano, pero que fué un guapo mozo en su juventud y que mereció por su figura y sus modales ser enviado á Roma con una mision diplomática. A este obispo le debe Puebla un gran progreso en el gusto artístico.

Despues se ve la figura del obispo Becerra, en cuyo semblante se retratan la estupidez y la terquedad; luego la del obispo Labastida, cuya cara es marcadamente sensual y epicúrea, y al último la del obispo actual D. Rafael Colina, que tiene una fisonomía distinguida y simpática.

Hemos hecho estas apreciaciones á la ligera, sin pretender que se crean buenas, pero convencidos de que no se necesita el ojo de Lavater para que le ocurran á todo el mundo.

Nos dicen que en la catedral hay una galería de retratos mejor que esta. Tuvimos el sentimiento de no verla, así como el de no visitar todos los salones del colegio Carolino, que encierran muy bellas cosas.

La biblioteca antigua de catedral, hoy aumentada considerablemente con la librería del obispo Vazquez, es un inmenso salon que está junto al obispado, y cuyas paredes se hallan enteramente cubiertas por tres órdenes de estantes de libros, que pueden examinarse convenientemente, pues hay dos pisos de madera, colocados al efecto y á los que se sube por pequeñas escaleras.

En los breves instantes que tuvimos para examinarlos, notamos que no hay todavía un órden en la division respectiva de materias; pero el bibliotecario actual, Sr. Ayala, apreciable y laborioso jóven artesano, muy dado al estudio, trabaja incesantemente por llevar á cabo un arreglo metódico, que es obra de muchos meses.

La mayor parte de las obras son de teología, cánones é historia eclesiástica; hay algunos filósofos del siglo pasado; grandes colecciones enciclopédicas, dos ejemplares de las obras de Humboldt y Bompland; otros dos magníficos del Quijote, algunos clásicos españoles; un ejemplar de la famosa gramática egipcia de Champollion; una coleccion curiosísima y de un tamaño extraordinario de cartas geográficas antiguas, con su texto español; un Lexicon caldaico, talmúdico y arábigo; pocas obras de his-

Digitized by Google

toria antigua de México, una obra preciosísima sobre tipos, trages y costumbres de todas las naciones del mundo, que contiene muchos tomos y numerosas estampas iluminadas, siendo las relativas á México tan elegantes como las de Lord Kinsborough; una coleccion de las obras de los Santos Padres, y centenares de pergaminos con obras místicas de poca utilidad.

Esta biblioteca no recibe ninguna de las obras que se han publicado en México de diez años á esta parte, y apenas le llega uno que otro periódico político. Por tal razon las bibliotecas nacionales, inclusive la de México, no pueden ofrecer al curioso ni regulares colecciones de obras mexicanas.

En la noche del 18 una compañía mexicana dió la ópera *Norma* en el teatro Principal. Este es feo, no tanto como el nuestro del mismo nombre: está decorado de modo que presenta por el papel que cubre los palcos, el aspecto de un sucio camison de percal. Como sirve tambien para los juegos de gallos, el piso esa noche estaba confortablemente húmedo, pues era el suelo desnudo.

En cuanto á la concurrencia, fué toda mexicana con pocas excepciones de Puebla.

Norma fué cantada, no precisamente para aumentar la gloria de Bellini. Las decoraciones eran raquíticas; las encinas seculares se parecian á los arbolillos del jardin de la plaza de Puebla, las sacerdotisas eran cinco, inclusive las que no cantaban: los sacerdotes y guerreros sumaban por junto unos diez.

Manuelita Pineda hizo esfuerzos por sacar voz de su endeble garganta; la Santos nos mostró sus lindos ojos y bonitos piés; el apreciable Grau que fué llamado de México para hacer el papel de Polion, sacó en los brazos desnudos unos vistosos manguitos de pelo natural, y se dió en los momentos de afliccion, que fueron muchos, mas de cincuenta palmadas.

En fin, aquella fué una Norma de aldea. Fuera de México preferimos ver las compañías de circo.

Ya que mencionamos el barbilampiño jardincito de la plaza, diremos que tiene porvenir, tanto como lo tiene nuestro jardin de San Juan de Dios. El dia 17 se colocó en el centro de él la primera piedra para el monumento del inmortal Zaragoza, con la solemnidad de costumbre.

En los dias 18 y 19 la pobre gente de México que se quedó pasó las horas visitando iglesias, oyendo historias de milagros y asistiendo en la noche á la plaza en donde las músicas militares tocaban escogidas piezas, siendo una de ellas el *Cancan* del circo de Chiarini.

Los convidados menos ansiosos de diversion se volvian á México viniendo como arenques en los wagones. Tal era la priesa que manifestaban por regresar.

El 20 en la noche hubo un nuevo baile ofrecido por el gobernador de Puebla: en este sí casi la totalidad de señoras era de Puebla. No parece sino que esperaban que nuestras lindas mexicanas se vinieran á su tierra para darse ellas á luz.

Hé aquí la respuesta victoriosa que debe darse á los que aseguran por ahí que las señoras de Puebla no asistieron al primer baile por antipatía á los liberales. En la noche del 20 asistieron tambien el Presidente con todos sus ministros, el general Escobedo, muchísimos empleados del gobierno y la flor y nata del *jacobinismo* que queria á toda costa conocer á las poblanas. Todos los *ogros* del partido liberal vienen muy prendados del amable carácter, de la exquisita deferencia y de la tierna confianza con que se les trató por las hermosas hijas de la ciudad de los Angeles.

Terminadas las fiestas que Puebla habia preparado para solemnizar la inauguracion del ferrocarril, el Presidente y demas convidados regresaron á México, visitando á su paso la ciudad de Tlaxcala y llegando á Buenavista á las cinco de la tarde del 21 entre el estruendo de las salvas de artillería, los *¡vivas!* de la multitud y los repiques á vuelo de las campanas.

De esta manera se ha inaugurado en la República el primer tramo de via férrea que une dos grandes centros de poblacion. El hecho no habria tenido grande importancia en cualquiera otra nacion que como los Estados-Unidos, la Inglaterra ó la Francia, se hallan cruzadas ya por caminos de hierro en todas direcciones, y así lo observa con entera justicia el *Trait d' Union;* pero en México el acontecimiento ha sido del mas alto interes, por ser el primero de su especie, y porque él abre á nuestros pueblos nuevos horizontes de esperanza y de felicidad.

Puebla, que á pesar de ser, como lo hemos dicho, un gran centro de poblacion, y de estar rodeada de numerosos pueblos que reciben de ella la sávia de su vida material, por ser el foco de sus relaciones agrícolas, comerciales é industriales, recibia gran utilidad en servir de punto de tránsito al antiguo camino de Veracruz á México. Estableciéndose el ferrocarril por el camino que está trazado, Puebla iba á quedar en el aislamiento é iban á ser incalculables los perjuicios que esto le acarrearia. Pero con el ramal que acaba de inaugurarse todo queda remediado, y Puebla seguirá siendo, no solo la ciudad mas bella de Oriente, sino un pueblo cada dia mas adelantado y libre merced á la sangre civilizadora que le trasmitirá todos los dias, por la grande arteria del ferrocarril, la capital de la República.

La Empresa del camino de hierro ha merecido bien de los poblanos, y mas agradecidos quedarán todavía al escuchar las palabras pronunciadas por el Sr. Escandon en el banquete del 17: «Para seguir adelante — dijo — la Empresa, cuenta, sobre todo, con el apoyo que hasta hoy le ha otorgado el Supremo Gobierno Nacional, y por el cual me es altamente grato tributarle en este momento en su nombre el respetuoso homenaje de su sincera gratitud. Con ese apoyo, con el favor de la opinion, acaso no dé por

Digitized by Google

concluidos sus trabajos con tender sus barras desde la ciudad de México hasta las playas veracruzanas. Tal vez proporcione á los habitantes del Sur de este Estado, los beneficios de una via férrea que toque al Mescala.»

Estamos seguros de que tan lisonjera promesa va á llevar la alegría y la esperanza hasta los pueblos remotos del Estado de Guerrero, tan rico en elementos, pero tan atrasado hasta aquí por la falta de vias de comunicacion.

Hemos concluido nuestra larguísima crónica. En ella, clasificándonos en una de las especies en que dividia Sterne á los viajeros, que es la de *viajeros sentimentales*, hemos querido referir nuestras impresiones sin mas interes que el de entretener un rato á los que no hayan ido á Puebla durante las famosas *fiestas de Setiembre*.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

México, Setiembre de 1869.

MAZEPPA.

(CONTINUA.)

XIV

Torné luego á la vida. Mas ¿dó estaba?
Helado, entorpecido, recobraba
Su imperio ella en mi sér
A cada pulsacion; y convulsivo
Dolor vino á mi sangre el curso activo
Suspenso á devolver.

A mi oido rumor débil llegando,
Mi corazon en movimiento blando
Estremecióse ya.
Ví; pero no con claridad entera,
Sino confusamente, cual si viera
Al través de un cristal.

Parecióme á cortísima distancia
De ondas bravas oir la resonancia,
Y logré el cielo ver
De estrellas tachonado.—¡No es un sueño!—
Va por hirviente rio con empeño
Nadando mi corcel.

Se aleja el ancha indómita corriente
En unduloso giro cual serpiente,
Y della en la mitad,
Con el onda que el paso nos acota
Luchamos, silenciosa orilla ignota
Anhelando ganar.

El agua hizo cesar mi parasismo:
Dió á mis inertes miembros su bautismo
Pasajero vigor:
Rómpela del caballo el ancho encuentro,
Y á la orilla avanzamos desde el centro
Con mas y mas ardor.

La tocamos, al fin, tras larga liza
Con la corriente; y fué resbaladiza,
Y el puerto de salud
No pude avalorar, que atrás y enfrente
Hallé solo terror, sombra imponente
Sin un rayo de luz.

De la noche ó el dia cuántas horas
De mi dolor y angustias punzadoras
La suspension duró,
No lo sabré decir; casi ignoraba
Si el aliento que apenas conservaba
Era vital ó nó.

XV

El agua de crines y piel goteando,
Sin fuerza las piernas y trémulas ya,
Cual humo sus flancos vapor exhalando,
El bruto la orilla no logra encumbrar.

Consíguelo al cabo: los tristes reflejos
De opacas estrellas dejáronme ver
Llanura extendida muy lejos, muy lejos,
Sin término acaso, de horrible aridez.

Semeja al abismo sin fondo ni orilla
Que en sueños miramos. Y luego surgió
Y en manchas blanquizcas y céspedes brilla
La luna á mi diestra con tibio fulgor.

Mas nada en la inmensa llanura desierta
Que anuncie la huella del hombre advertí:
De rústica exigua cabaña la puerta,
Las móviles luces de antorchas no ví.

Tampoco, mi anhelo burlando engañoso,
Brilló un fuego fátuo: calmara tal vez
Mi angustia, á mi mente recuerdo dichoso
De hogares humanos trayendo siquier!

J. M. ROA BÁRCENA.

(*Continuará.*)

LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA.

¡Un siervo mas!—de orgullo el alma llena
Clamó Luzbel,—mi brazo omnipotente
Va á imprimir á esta niña delincuente
La culpa de sus padres, y su pena.

Todo con mi contacto se envenena,
¡Oh qué placer! Yo volaré impaciente,
Y mi yugo pondré sobre su frente,
Y en sus piés y en sus manos mi cadena.

Dijo, pero calmaron sus enojos
Junto á la niña que á manchar venia,
Y cayó de rodillas á sus ojos;

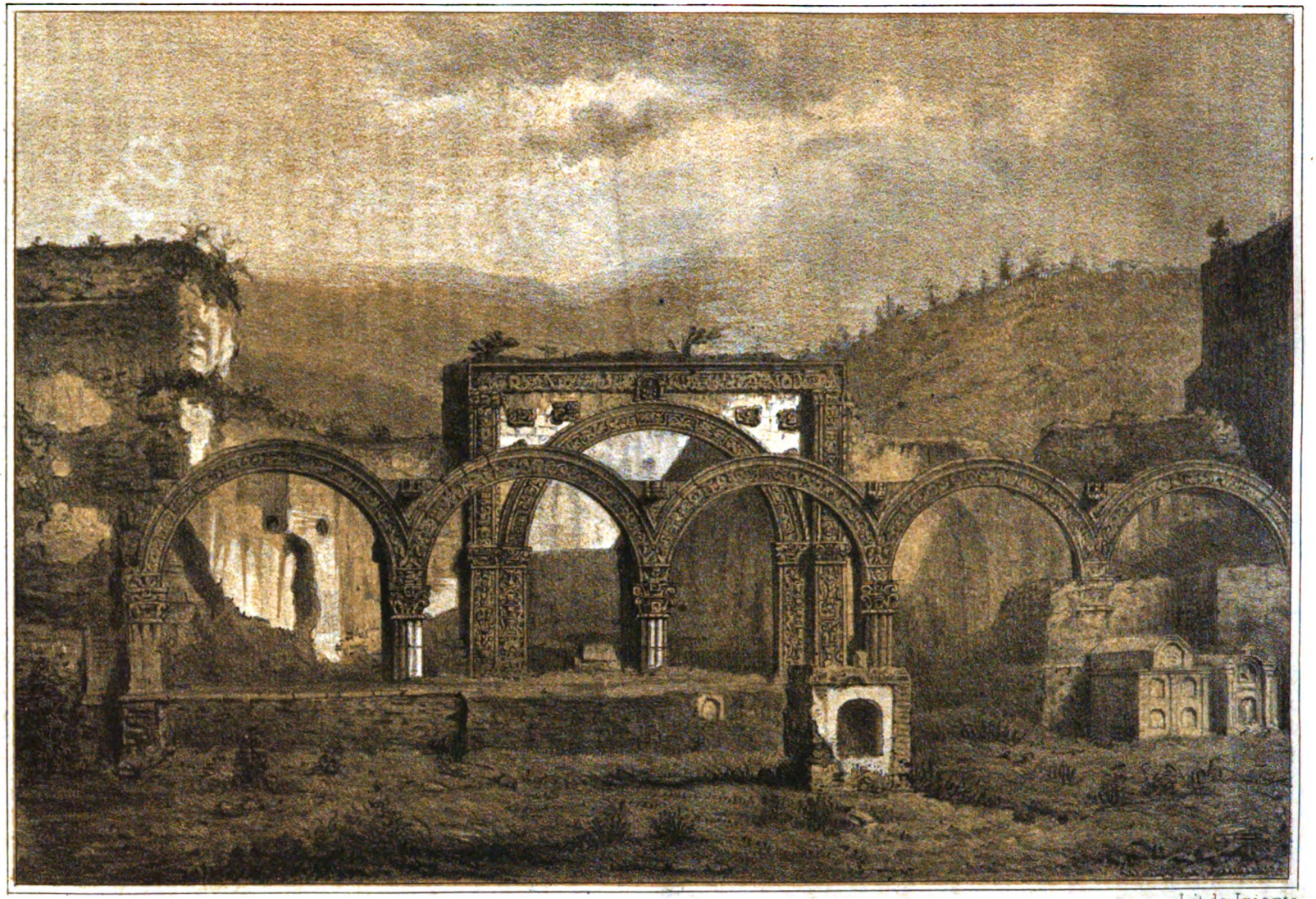
Y al escuchar el nombre de MARIA,
Temblando y arrastrándose de hinojos,
Huyó al infierno, y tiembla todavía.

RAMON VALLE.

San Juan de los Lagos, Diciembre 8 de 1864.

Digitized by Google

Digitized by Google



Lit.de Iriarte.

RUINAS DE TLALMANALCO

Digitized by Google

RUINAS DE TLALMANALCO.

Tlalmanalco, pueblo cabecera de municipalidad, del partido de Chalco, en el Estado de México, está situado á la falda de la Sierra Nevada, á dos leguas al E. de Chalco; antiguamente era cabecera de alcaldía mayor, y contaba un buen convento de religiosos franciscanos, y un hospital de bethlemitas, fundado por el Lic. D. Miguel del Moral. El temperamento es frio, el terreno feraz, el aspecto hermoso; los habitantes se ocupan en la agricultura.

De las ruinas que dan motivo á este artículo y la estampa representa, no he encontrado noticia alguna, no obstante haberme dirigido á personas inteligentes. Importantes como lo son, su memoria se habia perdido; eran tal vez conocidas de algunos curiosos, pero en manera alguna del público. Quien primero llamó la atencion acerca de ellas, fué el distinguido jóven Mr. Julio Laverrière, miembro de una de las comisiones encargadas de explorar el Valle de México: en su muy importante trabajo acerca del Popocatepetl, se encuentran los párrafos siguientes:

«A legua y media de Chalco se presenta una costa que pasa cerca de la hermosa fábrica de Miraflores, establecimiento de hilados de algodon, perteneciente á los Sres. Martinez del Rio, en cuya consolidacion se han empleado grandes caudales, inteligencia y perseverancia, y que ocupa varios centenares de operarios indígenas, entre quienes hay muchos que han adquirido mucha habilidad. A mayor elevacion, y semejante á una ciudad fortificada, se ve Tlalmanalco con su iglesia moderna muy insignificante, y flanqueada por ruinas muy notables. Estas son los restos de un convento de franciscanos, cuya construccion principió poco despues de la conquista. Por razones que no he podido averiguar, este monumento no se elevó mas que al alto de los primeros arcos, y así se quedó, lo cual es de deplorarse por el arte arquitectónico, pues puede juzgarse de lo que hubiera sido el monumento, por lo poco que de él se ve.»

«Figúrese unos tres arcos de bóveda de cosa de ocho metros de altura, separados uno de otro por macizos cubiertos de multitud de arabescos, de figurines y de follaje en relieve. La cantería, de un hermoso color oscuro, parece haber sido amoldada en moldes hechos á voluntad, y retocada despues con cincel, segun la mucha limpieza que se advierte en los contornos, sin que se note ningun recargo del mal gusto. Los adornos están distribuidos con aquella ciencia particular propia del renacimiento, que no sacrificaba las líneas mayores á favor de los pormenores, y que no obstante daba, por decirlo así, un valor especial á cada piedra. Los arcos no tienen esa forma aplastada, ni esas proporciones desagraciadas que á menudo se notan en los pórticos de los conventos en México. Hállanse de una figura larga, y rodeados de cordones salientes de una elegante cinceladura.»

«Lamento el no poder dar una descripcion mas exacta de esta muestra preciosa de arquitectura americana. Mi deseo hubiera sido poder sacar un dibujo de ella; pero entre nosotros ninguno se halló capaz de reproducir correctamente unas bellezas tan grandes, representando la fantasía morisca, grabada en las majestuosas proporciones del arte del renacimiento. Si lo poco que digo de esto, invitare á los artistas á visitarlo, mi objeto se habrá llenado. Por lo que hace al templo, no es mas que un monton de piedras embadurnado de amarillo, que al lado de aquellas ruinas tan brillantes, no obstante las injurias de siglos, hacia una figura muy lastimosa con el color rechinante del blanqueado de cal, que nos deslumbraba con su reflejo, de tal manera, que nos quitó el deseo de visitarla.»

Antes de pasar adelante se hace preciso advertir que el original de la relacion del Sr. Laverrière está escrito en frances, una traduccion de la cual, que no me parece muy cuidada, se publicó en el Boletin de Geografía y Estadística, de donde he copiado los párrafos antecedentes. Continuemos.

Por desgracia, lo que acaba de leerse es lo único que encuentro acerca de las ruinas, habiendo registrado en balde los libros que pudieran contener algunas noticias relativas; por otra parte, yo no he tenido oportunidad de visitar á Tlalmanalco, no conozco de vista inmediata el monumento, y lo que diga está únicamente fundado en lo que presenta á los ojos la estampa que se publica, y en los informes que el Sr. Laverrière tuvo la bondad de proporcionarme.

Lo que existe de las ruinas no suministra suficiente luz para juzgar del objeto que iba á tener el edificio; podria apropiarse á un templo; pudiera tambien pertenecer á un patio, como el que se encuentra siempre en los claustros de los religiosos: esto segundo parece lo mas verosímil, atendida la portada que al frente se presenta. Si se considera con atencion, se descubre de luego á luego que el edificio no pasó de la altura que ahora presenta; lo prueba, que en toda su extension el muro sigue en una misma línea horizontal; que hay colocadas el mismo número de hiladas de sillares, y que las caras superiores de las piedras no llevan señal alguna de la argamasa, ni rastro de haber perdido su labor: si el tiempo ú otra causa hubiera derribado la construccion, indicios quedarian, y la línea superior no guardaria su regularidad.

Lo verdaderamente exquisito de esta muestra arquitectónica, es el estilo. Los haces de columnillas, la disposicion de las labores, traen una reminiscencia del arte morisco, y no sé qué del gótico; el pensamiento de necesidad era español, y venia acompañado de los recuerdos de la Alhambra de Granada y de la catedral de Burgos. La parte ornamental lleva el carácter del gusto mexicano, rico, complicado, caprichoso, fantástico, medio simbólico. El arquitecto, pues, venia del antiguo mundo; del nuevo eran los obreros que ejecutaban, y la obra sacaba el sello

Digitized by Google

de la mezcla de ambas civilizaciones. Unica muestra de su especie, pues nada se le parece de lo que aun subsiste del siglo XVI entre nosotros.

Los templos construidos en esa época tienen el doble aspecto de casas de oracion y de fortalezas. Paredes fuertes, reforzadas por gruesos estribos, sobre la bóveda un parapeto con almenas para servir á los ballesteros, y garitones con troneras para los arcabuceros; la torre, completamente separada como en Tlaxcala, ó en un ángulo como en Tepeaca, en Tula y otros, con la entrada interior, haciendo oficio de caballero alto; el atrio delante con parapeto, almenas y aun fortines encubiertos, bajo el título de capillas; en el interior, los muros desnudos, severo el aspecto de la construccion. En los claustros que junto á los templos se ponian, los arcos son pequeños, los tránsitos angostos y sombríos, las piezas chicas; pero todo fuerte, macizo, sin adornos de ninguna clase: parecian parte de un castillo habitado, como era verdad, por ascéticos castellanos. Nada de esto se mira en los restos de Tlalmanalco; en ellos hay gusto, elegancia, valentía; el arquitecto no tenia las aprehensiones de un levantamiento de los naturales, y en amor del arte dejaba libre su ingenio para producir una obra primorosa.

Si el cariño por las cosas de mi país no me ciega, creo que nuestros artistas deberian estudiar estas ruinas. Es un error, es un grave error decir que la antigua civilizacion azteca no ha dejado para nuestros dias cosa notable, digna de la atencion de la ciencia. Consúltense los dibujos que poseemos de las ruinas esparcidas en Yucatan, de las del Palenque, de Mitla, de los otros monumentos mexicanos, y dígase con imparcialidad si no son obras sorprendentes: chocan al ignorante las fantásticas figuras simbólicas, y desdeña lo demas, sin tener en cuenta la novedad y la hermosura que en el resto de la ornamentacion se encuentra. A nuestra Academia Nacional de San Cárlos toca la tarea de hacer este estudio. Así tal vez obtendremos, en arquitectura, un estilo nuevo, hermoso, que podamos decir pertenece á México.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

MAZEPPA.

(CONCLUYE.)

XVI

Seguimos marchando; mas lento
Del bruto es ya el paso:
Su furia y vigor turbulento
Están en su ocaso.

Camina doblado y sin brío,
Arrástrase, en suma:
Temblando despues, cual de frio,
Vierte escasa espuma.

La fuerza que un niño atesora
Regídole habria.
¡Su calma impotente de ahora
De qué me servia?

Atado me hallaba; y me viera,
Sin fuerzas, inerme
En contra del hado aunque fuera
Posible moverme.

De cuerdas la red que sujeto
Mantiéneme, intenta
Mi cuerpo romper; más la aprieto,
Y más me atormenta.

La horrible carrera termina.
¿Qué objeto aquí traje?
La mente ni ve ni adivina
El fin de este viaje.

Las rayas de luz del espacio
Anuncian el dia;
Mas ¡cómo tardó! ¡Cuán despacio
La luz se extendia!

Del hórrida sombra nocturna
Los lindes ya salva;
Mas velan su faz taciturna
Las nieblas del alba.

¡Con qué lentitud el Oriente
De rojo se tiñe;
Y el sol, asomando su frente,
De fuego le ciñe;

Y estrella y lucero destrona
Y, en noble osadía
Subiendo al zenit, se corona
Monarca del dia!

XVII

Álzase al cabo el sol. La niebla espesa
Que del silvestre llano la extension
Envuelve en sus encajes ó atraviesa,
Rota en borras, deshace su fulgor.

Mas ¿de qué, á la sazon, me serviria
El llano, el bosque, el rio recorrer?
De hombre ó bruto, labor ó travesía
Huella ó débil vestigio no se ve.

Rica en vegetacion vasta llanura,
El aire mismo en ella mudo está:
El insecto no zumba; en la espesura
No alza su canto el ave matinal.

Jadeando y cercano á su agonía,
Largo espacio el caballo recorrió:
De fatiga y dolor se estremecia,
Palpitábale recio el corazon.

Deteniéndose un punto en su camino,
Oir me pareció, dentro tal vez
De un bosque donde abunda el negro pino,
El sonoro relincho de un corcel.

¿Es el viento que silba entre los troncos?
No; del espeso bosque ved salir
Gárrula turba de caballos broncos
Que galopando vienen hácia mí!

Gritar quise y no pude. Ellos se lanzan
Con movimiento rápido, veloz;
Se encabritan, revuélvense y avanzan
Erguidos y braceando con ardor.

Digitized by Google

¿Quién los hace salir de los pinares?
¿La rienda á cada cual maneja quién?
Vienen en multitud, á centenares,
Y ni un solo ginete dejan ver!

Crines y cola al céfiro tendidas,
Aspirándole abierta la nariz;
Humo echando sus bocas nunca heridas
Del filo de opresor freno servil;

Flancos en que ni el látigo crujiente
Ni la espuela dejaron su señal;
Voladora pezuña reluciente
Que el hierro protector calzó jamás;

En inmenso tropel, libre, salvaje,
Vienen de tempestad con el fragor,
Unos de otros en pos, cual oleaje
Del irritado mar en la extension.

Vienen á festejar nuestra llegada,
Y á su vista se anima mi corcel,
Sigue un punto su marcha desmayada,
Lanza débil relincho, y cae despues.

Queda allí boqueando y extendido
Y sus ojos la muerte vidria ya:
Su jornada larguísima ha rendido,
Su jornada primer y última al par!

Adelántanse mas sus compañeros
A mirarle de cerca, muerto al fin;
Y amarrado á su espalda en lazos fieros
Teñidos en mi sangre, hállanme á mí.

Detiénense y espántanse; olfatean
El aire, galopando acá y allá;
Se acercan y se van; caracolean
Y admirados se vuelven á acercar.

Mas luego, dando repentino salto,
De otro caballo en pos, de negra piel
Sin una sola mancha, erguido y alto,
Que el gefe de la tribu acaso es,

Vierten espuma, lanzan resoplidos,
Relinchan y se apartan con temor,
Y, al aspecto del hombre, estremecidos
Huyen al bosque al fin, como turbion.

Déjanme allí desesperado y preso
Sobre el inerte rígido animal,
A quien no me fué dable de mi peso,
Ni en vida ni ya muerto, libertar.

Tendido sobre el muerto el moribundo,
Mútuamente ligados ¡ay! los dos,
A la intemperie yo, lejos del mundo,
No creí me alumbrara un nuevo sol.

Y encadenado así desde la aurora
Hasta la noche lóbrega quedé,
Con vida para ver, hora tras hora,
En su ocaso mi dia postrimer.

En la completa certidumbre dura
Que nos induce á resignarnos ya
A lo que en nuestros tiempos de ventura
Juzgamos el peor y último mal.

Destino inevitable, verdadera
Felicidad, celeste y rico dón,
Si su arribo á nosotros acelera,
Su precio no por ello es ¡ay! menor.

Temémosle, no obstante, y nuestro paso
Dél apartamos, cual si fuera red
En que la astucia y la prudencia acaso
Vigilantes lograran no caer.

Desdichados, á veces le quisimos
Acercar al herido corazon,
Y hasta en delirio ciego le exijimos
En nuestra mano al hierro matador.

Y es siempre medicina aborrecida
Más que la mas penosa enfermedad,
Y al mirarle llegar, la bienvenida,
Aunque sea infeliz, nadie le da.

Y ¡extraño y singular! los que en orgías
Viven, llegar la muerte en calma ven,
Con mas resignacion que quien sus dias
Ha consumido en negro padecer.

Y será porque el hombre que ha gozado
De cuanto la existencia le brindó
En placeres, ni siente su pasado
Ni abriga ya esperanza ni temor.

Y, salvo el porvenir—que acaso mira,
No de sus propias obras á la luz,
Sino segun sus nervios—cuando espira
Nada le causa pena ó inquietud.

En tanto que quien mísero ha vivido
De sus males aguarda siempre el fin;
Ver su tormento largo convertido
En alba de placer nueva y feliz.

Y cuando deberia el sér que llora
Del sepulcro la paz apetecer,
Es para él la muerte robadora
Del árbol de la dicha de su eden.

En su ilusion, el dia de mañana
Su desdichada suerte iba á trocar,
Disipando su sol cual niebla vana
Dolores y pobreza y hondo afan.

De la série de años que veia,
De sus lágrimas turbias al través,
Acercarse brillantes, ese dia
Principio felicísimo iba á ser.

Gloria, salud, riqueza triunfadora,
El poder que aniquila ó da el perdon,
Debió traerle la siguiente aurora,
Y ¿bañará su tumba en su fulgor?

XVIII

Ocultábase el sol, y yo seguia
Ligado á mi corcel frígido y tieso,
Que la arcilla de entrambos se mezclara
Muy en breve en aquel lugar, creyendo.

Necesitaban ya mis turbios ojos
Que los cerrara de la muerte el dedo;
De librarme esperanza no cabia;
Llevé mi postrimer mirada al cielo,

Y entre él y yo, sobre la luz que tiñe
El horizonte, un horroroso cuervo
Ví destacarse, que impaciente aguarda
Su hambre para saciar, que yo esté muerto.

Digitized by Google

Volaba y se posaba en tierra un punto,
Y tornaba á volar, y en cada vuelo
Se me acercaba más, y ante el dudoso
Brillo crepuscular, sus alas veo

Desplegadas batir en torno el aire,
Y una vez tan cercano á mí le tengo,
Que le hubiese palpado si guardara
En mi brazo vigor para extenderlo.

Mas el débil rasguño de mi diestra
En la arenosa superficie, el quedo
Són de mi voz que el árida garganta
Arrojar no me deja, huir le hicieron.

Ignoro lo demas. Entre las densas
Sombras de mi vital último sueño,
Algo brilló como una estrella hermosa
Que mi atencion llamó desde muy lejos.

Ví sus rayos venir y retirarse,
Y ruda convulsion al mismo tiempo
El recobro causóme del sentido
Que en nueva suspension perdí de nuevo.

Volvió segunda vez, á médias solo,
Y desmayado y corto fué mi aliento,
Y al corazon se me agolpó la sangre
Quedando en él cuajada como hielo.

Me estremecí de angustia, abrí los labios,
Chispa ardiente cruzó por mi cerebro;
Conmovíme otra vez, dando un suspiro,
Y más ya no sentí, ni más recuerdo!

XIX

¡Despierto! ¿Dónde estoy? ¿Es rostro humano
El que en este momento á mí se inclina?
¿Hay techo sobre mí? ¿Lecho es villano
Aqueste en que mi cuerpo se reclina?
¿Hállome en pobre alcoba, ó sueño vano
Mis sentidos perturba y alucina?
¿Reales son, ó de la fiebre antojos
Los que velando estánme dulces ojos?

Su brillo al encontrar, cerré los mios
En duda y temeroso de que fuera
Vision de mis pasados desvaríos,
Disipable ilusion, grata quimera.
Cual palma que da sombra en los estíos,
Alta, esbelta y de larga cabellera,
Allí una jóven de belleza extraña
Se apoya en la pared de la cabaña.

Compasiva fijó de cuando en cuando
Sobre mí la mirada indagadora
De sus silvestres ojos, chispeando,
Negros cual la silvestre zarza-mora.
Yo á la jóven de nuevo contemplando,
Que no es falsa vision advierto ahora
Con placer sin igual; que me conservo
Vivo y exento del festin del cuervo.

Y al ver luego la tártara doncella
Que los pesados ojos yo entreabria,
Sonrióse, y queriendo hablar con ella
Sin lograrlo, por señas me decia,
Acercándose á mí graciosa y bella,
Que de hablar no era tiempo todavía;
Silencio, en suma, á mi impaciencia impone
Cuando el dedo en sus rojos labios pone.

Y en la mia tambien puso su mano,
Y mi rugado cabezal suaviza,
Y á la puerta del muro mas lejano,
De puntillas andando, se desliza;
Y ábrela sin ruido, y en liviano
Muy quedo tono habló que mi alma hechiza;
Voz musical de un alma tierna augurio,
De oculto manantial blando murmurio.

Mas la gente á quien habla, aun duerme, y antes
De salir, me dice ella en nuevo sino
Que no abrigue temor; breves instantes
En el retrete pasará vecino,
En seguida volviendo. Sus amantes
Ojos dan luz y mágia de contino
Al mímico discurso.—Aunque entendiólo
Mi mente, yo sentí quedarme solo.

XX

Con la madre y la hermana vuelve.—Opaco
Dejo el resto del cuadro. ¿A qué os fatigo?
Mis aventuras últimas no digo
Desde que halléme huésped del cosaco.

Del desierto y de vida sin destellos,
Compasivos alzáronme aquel dia;
Volvieron la salud á quien debia
Pocos años despues reinar sobre ellos!

Así, el malvado que extremó su encono,
En el bruto lanzándome á la muerte
Desnudo, atado, ensangrentado, inerte,
Al lanzarme á morir me alzaba al trono!

¿Quién de su porvenir previó los fallos?
No hay que abatirse, pues: el otomana
Ribera del Borístenes mañana
Salvos verá pacer nuestros caballos.

Con gratitud y gozo mas sinceros,
Traspuesta su corriente, os lo confio,
Saludado no habré nunca otro rio:
Creedme, y buenas noches, compañeros!»—

Del roble al pié ya listo el lecho hojoso,
Blando lo estima cuando en él se tiende
El hétman: do la noche le sorprende,
Sin curarse de mas, busca el reposo.

Hállale, y si extrañais que en frase parca
No dióle el rey las gracias cuando el sello
Puso á su historia, él no se admira de ello,
Que un hora de dormir lleva el monarca.

J. M. Roa Bárcena.

Digitized by Google

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

III

El comandante Enrique Flores.

Debo cesar aquí en el fastidioso relato histórico que me he visto obligado á hacer, primero por esa inclinacion que tenemos los que hemos servido en el ejército, á hablar de movimientos, maniobras y campañas, y ademas para establecer los hechos, fijar los lugares y marcar la época precisa de los acontecimientos.

Ahora comienzo mi novela, que por cierto no va á ser una novela militar, quiero decir, un libro de guerra con episodios de combates, etc., sino una historia de sentimiento, historia íntima, ni yo puedo hacer otra cosa, pues carezco de imaginacion para urdir tramas y para preparar golpes teatrales. Lo que voy á referir es verdadero; si no fuera así, no lo conservaria tan fresco, por desgracia, en el libro fiel de mi memoria.

El coronel del cuerpo de que acabo de hablar era un guapísimo oficial: llamémosle X..... los nombres no hacen al caso, y prefiero cambiarlos, porque tendria que nombrar á personas que viven aún, lo cual seria, por lo menos, mortificante para mí.

Mandaba uno de los escuadrones otro oficial, el comandante Enrique Flores, jóven perteneciente á una familia de magnífica posicion, gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas, y que á las prendas de que acabo de hablar agregaba una no menos valiosa, y era la de ser absolutamente simpático. Era de esos hombres cuyos ojos parecen ejercer desde luego en la persona en quien se fijan un dominio irresistible y grato.

Tal vez por esto el comandante Flores era idolatrado por sus soldados, muy querido de sus compañeros y el favorito de su gefe, porque el coronel no tenia otra voluntad que la de Enrique. De modo que era el árbitro en su cuerpo, y los generales á cuyas órdenes habia militado, conociendo la influencia que ejercia sobre su gefe y su prestigio entre la tropa, no perdian ocasion de halagarle, de colmarle de atenciones y de hacerle entrever un próximo y honroso ascenso.

Como era la época en que se franqueaban los escalones de los mas altos empleos mas fácilmente que nunca, susurrábase que el coronel seria ascendido á general, y que entonces Flores quedaria con el mando de su cuerpo, quizás con el carácter que aquel tenia.

Ademas, y esto es de suponerse, Flores era peligroso para las mujeres, era irresistible, y mil relatos de aventuras galantes y que revelaban su increible fortuna en asuntos de amor, circulaban de boca en boca en el ejército.

Flores, por otra parte, no perdia oportunidad de hacer uso de sus relevantes prendas, y aunque el ejército, en aquel tiempo, no hacia mas que marchar en opuestas direcciones y cruzar rápidamente por las ciudades; el comandante, sin descuidar su sdeberes, encontraba momentos á propósito para galantear á las mas hermosas jóvenes de los lugares que tocaba, no siendo nada difícil para él concluir una conquista en breves dias y á veces en horas.

El hecho es que no salia de una ciudad un poco importante, sin llevar consigo dulces y gratos recuerdos de ella, ni dejaban de verter lágrimas por él, los ojos mas hermosos de una poblacion.

Ya se sabia; tan luego como se tocaba la botasilla para prepararse á salir, tan luego como se oian los toques de marcha, mientras que los demas pasábamos indiferentes por los pueblos y las ciudades y solo nos ocupábamos en hacer nuestras maletas y comprar provisiones, Enrique despues de dar las órdenes necesarias á sus capitanes, siempre tenia que escribir un pequeño billete de despedida, siempre se apartaba un momento de la columna para galopar en uno de sus soberbios caballos en direccion de la casa de sus amadas de un dia, para estrecharles la mano y recibir, en cambio de tiernas miradas, un pañuelo húmedo de lágrimas, un rizo de cabellos, un retrato ó una sortija.

¡Qué dicha de hombre!

No: y debo confesar á vdes. que Flores era seductor: su fisonomía era tan varonil, como bella, tenia grandes ojos azules, grandes bigotes rubios, era hercúleo, bien formado, y tenia fama de valiente.

Tocaba el piano con habilidad y buen gusto, era elegante por instinto, todo lo que él se ponia le caia maravillosamente, de modo que era el *dandy* por excelencia del ejército.

Gastador, garboso, alegre, burlon, altivo y aun algo vanidoso, tenia justamente todas las cualidades y todos los defectos que aman las mujeres y que son eficaces para cautivarlas.

Por eso las muchachas mas guapas de Querétaro primero, y despues de Guadalajara, se morian por bailar con él, gustaban de apoyarse en su brazo y saboreaban con delicia su conversacion chispeante de gracia, salpicada de agudezas ingeniosas y sobre todo galante.

Enrique era el tipo completo del *lion* parisiense en su mas elegante expresion, y se desprendia de él, si me es permitida esta figura, ese delicado perfume de distincion que caracteriza á las gentes de buen tono.

Todavía mas: Flores era jugador, y por una excepcion de la conocida regla, ganaba mucho. No parecia sino que un genio tutelar velaba por este jóven y le abria siempre risueño las puertas del santuario del amor, del placer y de la fortuna. Era seguro que cuando nosotros estábamos en quiebra, Flores tenia en su bolsillo algunos centenares de onzas de oro y ricas joyas que valian un tesoro en aquellos tiempos.

Digitized by Google

Flores no esquivaba jamás la ocasion de prestar un servicio, y sus amigos le adoraban por su generosidad.

Me he detenido en la descripcion del carácter del primero de mis personajes, porque tengo en ello mi idea, deseo que vdes. le conozcan perfectamente y comprendan de antemano la razon de varios sucesos que tengo de narrar.

Tal era el comandante Enrique Flores.

IV

El comandante Fernando Valle.

Habia tambien en el mismo cuerpo y mandando el segundo escuadron, un jóven comandante que se llamaba Fernando Valle.

Era justamente lo contrario de Flores, el reverso del simpático y amable carácter que acabo de pintar á largas pinceladas.

Valle era un muchacho de veinticinco años como Flores, pero de cuerpo raquítico y endeble, moreno, pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino de ese color pálido y enfermizo que revela ó una enfermedad crónica ó costumbres desordenadas.

Tenia ojos pardos y regulares, nariz un poco aguileña, bigote pequeño y negro, cabellos lacios, oscuros y cortos, manos flacas y trémulas. Su boca regular tenia á veces un pliegue que daba á su semblante un aire de altivez desdeñosa que ofendia, que hacia mal.

Taciturno, siempre sumido en profundas cavilaciones, distraido, metódico, sumiso con sus superiores, aunque traicionaba su aparente humildad el pliegue altanero de sus labios, severo y rigoroso con sus inferiores, económico, laborioso, reservado, frio, este jóven tenia aspecto repugnante, y en efecto era antipático para todo el mundo.

Sus gefes le soportaban, y se veian obligados á tenerle consideracion porque mas de una vez en la campaña de Puebla, primera que habia hecho en su vida, habia dado pruebas de un valor temerario, de un arrojo que parecia inspirado por un ardiente deseo de elevarse pronto ó de acabar, sucumbiendo, con algun dolor secreto que torturaba su corazon.

Hubiérase dicho que desafiando á la muerte habia querido humillar á sus gefes que combatian con la prudencia del valor reposado y experto.

En el ejército era un advenedizo, porque habia aparecido como soldado raso en las filas el año de 1862, ascendiendo luego á cabo por su aplicacion, despues á sargento en las Cumbres de Acultzingo, á subteniente (servia entonces en un cuerpo de infantería), luego á teniente despues del 5 de Mayo, y por último á capitan.

Como tal habia tomado parte en la defensa de la plaza de Puebla en 1863, sirviendo entonces en el batallon mixto de Querétaro, á las órdenes del valiente y malogrado Herrera y Cairo.

No cayó prisionero, sino que pudo evadirse de la ciudad y se presentó al gobierno en México, que le ascendió á comandante y le destinó á servir en el cuerpo de caballería en que se hallaba actualmente.

Aplicado con asiduidad á esta para él nueva arma, habia aprovechado tanto su tiempo, que se le citaba como al oficial mas inteligente y mas capaz, por lo cual y por su carácter frio y reservado, sus compañeros le profesaban un odio reconcentrado y mortal.

—Evidentemente este muchacho escondia un proyecto siniestro, estaba inspirado por una ambicion colosal, andaba su camino, y quién sabe..... él queria subir, y aparentaba servir á la República, como un medio de llegar á su objeto.

No era, pues, un patriota, sino un ambicioso, un malvado encubierto.

Esto se decian los oficiales en voz alta, esto se decia el coronel, esto se decia el mismo Flores, y mas de una vez Valle tuvo que sufrir los sangrientos sarcasmos de todos, y los devoró en silencio y palideciendo de rabia.

—El no es cobarde, el sufre nuestros insultos y evita toda pendencia; luego abriga una mira particular á cuya realizacion sacrifica hasta su amor propio.

Esto añadian en coro los oficiales.

Además, Valle ni pedia un servicio á nadie ni lo hacia. Guardaba su poco dinero, gastábale con parsimonia y evitaba toda ocasion de comprometerse á pagar en un convite la comida y el vino de sus compañeros, por lo cual regularmente comia aparte ó en diferente fonda, siempre solitario y siempre económico.

Esta sobriedad calculada, su falta de buen humor, su aversion á los vicios á que es inclinada la juventud militar, le daban un aire de gazmoñería que no podia menos de atraerle la enemistad de las gentes.

Así cuando algun oficial, porque todos los demas se amaban fraternalmente, estaba enfermo ó metido en algun apuro, todo el mundo volaba á su socorro, se le prodigaban los cuidados mas solícitos, se velaba á la cabecera de su cama, se le facilitaba dinero, se le asistia, en fin, como en familia.

Pero cuando Valle, que tenia, á pesar de su aparente raquitismo, una salud robusta, solia estar achacoso, ó herido, como acababa de sucederle á consecuencia de una escaramuza, nadie le hacia el menor caso, se le trataba como á un perro, y el orgulloso comandante tenia que preparar sus hilas con una sola mano y que tomar sus tisanas y beber agua en su jarro con infinitos trabajos, porque rehusaba hasta los servicios de un viejo soldado que le servia, quien por otra parte le queria poco.

Francamente, hasta nosotros los médicos, hombres de caridad y que no consultamos nuestras simpatías para ser útiles á los que sufren, hasta nosotros, digo, repugnábamos acercarnos á él, porque sentiamos una invencible antipatía viendo á ese pequeño ofi-

Digitized by Google

cial con su mirada ceñuda, su color pálido é impuro y su boca despreciativa.

—La tisana que me recetó vd., doctor, no me ha hecho provecho alguno, me dijo un dia en Querétaro cuando estaba atacado de fiebre á consecuencia de la herida.

—Díjome estas palabras con tal desden, con tal acento, que en un arranque de cólera le repliqué:

—Pues si no le hace á vd. provecho, arrójela.

El me miró fijamente con sus ojos hundidos, y temblando por la calentura, se levantó, tomó su jarro de agua fria, bebió hasta hartarse y se volvió del lado de la pared.

Indignado yo de tamaña insolencia, salí refunfuñando.

—¡Qué me importa que te lleve el diablo, oficialillo grosero!

Creí que se pondria peor y avisé á alguno de mis compañeros para que fuese á asistirle; él me manifestó que le seria desagradable, y no fué á verle.

Al dia siguiente salimos de Querétaro.

—Una camilla para el comandante herido! pidió en el patio del hospital el gefe del Cuerpo-Médico, viendo que nadie se habia acordado de Valle.

Pero los soldados estaban demasiado atareados con su equipo, nosotros ocupados en nuestros aprestos de viaje, los soldados de ambulancia se encogian de hombros, y el comandante quedó abandonado.

Ibamos acordándonos de él, ya en la columna de camino y en marcha, cuando le vimos á la cabeza de su escuadron, sereno, callado, cejijunto y llevando el brazo envuelto y colgado del cuello.

—Realmente hay algo de misterioso en la fuerza de espíritu de este flaco, nos dijimos.

—¿Será un héroe futuro?

—Bah! tiene mas aspecto de traidor que de héroe; él medita algo, no hay duda, se me contestó.

Y así continuamos hasta que él sanó sin necesitar de mas asistencia de facultativo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(Continuará.)

COMPOSICION

Leida en el Gran Teatro Nacional la noche del 15 de Setiembre.

15 DE SETIEMBRE DE 1869.

¡Noche en que el sol brilló, tiniebla densa
De improviso alumbrada por el dia!....
Sombras de muerte en espiral inmensa
Miedosas dispersándose en el éter,
Cuando de Hidalgo la temblante mano,
Con el blanco fulgor de la bandera
Izada sobre bárbaras injurias,
De nuestros lindes arrancó altanera
El infame negror de tres centurias.

Horizonte bañado por la argente
Luz que irradiaban sus nevadas canas....
Condensacion de estrellas en la frente
De aquel que aun hoy desde su pobre tumba
Infiltra su fulgor en nuestra historia,
Como el sol tras el cíngulo de ocaso
Envía de las nubes en el paso
Sus caricias de gloria.

¡Santa tres veces seas,
Antorcha por un ángel encendida
En el mundo auroral de las ideas!
¡Paréntesis de vida
Grabado con fulgores misteriosos
En la frente de un muerto! Del pasado
El llanto viste, al porvenir miraste
Que de la sangre fecundaba el riego,
Y entre aquellas dos noches colocaste
Un eslabon de fuego.

Horrores de otra edad, tiempo fantasma,
Cuya mortaja aun ensombrece el suelo
En el limbo flotando del olvido,
Como negro diamante confundido
Entre los broches de ópalo del cielo:
Yo quisiera evocaros hoy que ardido
Del pueblo el corazon alegre late
Para darle la fé que enciende auroras
Tras la impura borrasca del combate:
Aquí mostrar el colosal espectro
De Hernan Cortés, á quien la historia adula,
El pié hundido en la sangre de Cholula,
Y reflejando en la mirada fiera
Del mundo azteca la implacable hoguera.

Al crímen hecho hombre,
Hecho virey sentando aquí sus tiendas,
Campos de sangre donde quier, y en ellos
Fabricando haceldamas-encomiendas;
Girones del cadáver de la patria
En banquete triunfal al clero dados,
Cúmulos de ignorancia, horrible bruma
Cubriendo á un pueblo de su vida reo,
Sin redencion, sin luz, sin horizontes,
Enclavado en la cima de sus montes,
Sublime Prometeo
En quien de España la gigante maza
Trituraba el cerebro de una raza.

¿Y comprendeis ahora cómo al cabo
De tanto padecer, de tanta mengua,
Fué un poderoso grito de venganza,
El primordial sonido de la lengua
Cuando fué libre? Comprendeis ahora
Cómo tanto pesar y tanto ultraje,
Tanto estertor ahogado entre rencores,
Trocó en un grito de dolor salvaje
El *fiat-lux* de Dolores?

¡Mártires de la patria
Que con la sangre ¡oh Dios! de vuestras venas
Engendrásteis al pueblo mexicano
Educado en el juego soberano
De romper tronos y quebrar cadenas!
Hijos queridos del leon «Derecho,»
Mas tremendo que el leon de las Españas
A quienes dieron gigantesco lecho
Las rocas de granito en las montañas;
A cuyo pié palpitan los torrentes,
Y las águilas cantan en la hora
En que besa las tumbas insurgentes
Con su sonrisa de mujer la aurora;
Venid y contemplad: un pueblo os llama
Que un dia al defender vuestra memoria
A la tormenta demandó su rayo,
Y arrancó del reloj de vuestra gloria
Una fecha inmortal: Cinco de Mayo.

Digitized by Google

¡Oh! patria, perfumero en cuyo borde
El ámbar duerme en nítidos olanes;
Cáliz de índicos bálsamos cerrado
Por el puro cristal de los volcanes;
Fuente rica de aromas
Adonde encuentran manantial profundo
Las ideas, enjambre de palomas
Que vaga por los ámbitos del mundo:
Muchas veces tu altar desierto has visto;
El pálido querub de la agonía
Ha batido sus alas, la sombría
Faz reflejando en tu mirar de Cristo;
De súbito, al perderse tu esperanza,
Un astro brilla blanco de ilusiones,
Ojo de Dios que se abre en lontananza
Sobre el Getsemaní de las naciones.

Por eso aunque la mano envenenada
De la desgracia parta tus manjares,
Aunque el frio quebrante de tus hijos
Los tiernos cuerpos, y la muerte impía
Se siente desolada en tus hogares,
Y tu jóven esposa ni un harapo
Pueda encontrar para cubrir su seno;
Aunque los rayos del Señor te hieran,
Suda y trabaja; el premio vendrá un dia
Porque es el porvenir de los que esperan.

Y en hoy que Dios presente en tus recuerdos,
Eucarística forma de la gloria,
Marca de nuevo en tu cuadrante inmenso
La noche mas grandiosa de tu historia:
Arrodíllate ante él ¡oh patria! y ruega
Por tus hermanos, por la triste Cuba,
Esa pluma de oro que perdido
Trajo el condór hasta el celeste nido
Del golfo mexicano: por la tierra
De las ricas Españas
Que sienten ya saltar en sus entrañas
Al Mesías del pueblo, al prometido,
Al sol de la república: por todos
Los que sufren, por todos los que lloran,
Francia, Italia, Polonia, por los griegos
Del Paraguay, que en la feroz pelea
Buscan la muerte por la fé que adoran.

Y cuando la mañana rojos fuegos
Encienda en Occidente hasta tus puertas,
Traerá el destino en ademan triunfante
Del gran Apocalipsis del progreso
A la bestia rampante;
Dióle el Señor el silbo de las águilas
Que anidan en tus cumbres; á su lado
Sus alas de vapor estremeciendo
Se lanzará al futuro, á lo ignorado:
Allí del porvenir en los destellos
El íris de la paz ceñirá altivo
El ébano gentil de tus cabellos;
Allí hallarás la libertad bendita,
Oleo que lleva un ángel peregrino
Para ungir la cabezá de los pueblos
Que marchan del Señor por el camino.

JUSTO SIERRA.

CONVENTO DE LA MERCED.

(CONTINUA.)

Dueños del terreno, los religiosos comenzaron inmediatamente la construccion de su iglesia, cuya primera piedra fué puesta el 8 de Setiembre de 1602 por el conde de Monterey en persona. Es la que sirve hoy de capilla al Tercer Orden. Los gastos de la construccion fueron cubiertos con los productos de dos minas que los frailes se pusieron á explotar; la una, que estaba abandonada, era conocida con el nombre de Zacualpan; la otra era una cantera de tezontle llamada de la Piedra y situada en las montañas de Santa Marta, grupo volcánico aislado que se encuentra al Sudeste de la ciudad entre los lagos de Chalco y de Texcoco.

Hasta entonces los establecimientos, ya bien numerosos, del Orden de la Merced, habian dependido de la provincia de Guatemala; pero un breve del Papa Pablo V, fechado el 7 de Diciembre de 1615, apoyado en una real cédula de 15 de Junio de 1616, concedió al general del Orden la facultad de separarlos y constituirlos en provincia independiente. Esta separacion tuvo lugar en su esencia por medio de la patente de 11 de Junio de 1617, nombrando provincial al P. Fr. Benito Martinez, y de hecho, en 16 de Mayo de 1620, dia en que se verificó la primera ceremonia capitular. En 1626 se fundó el convento de Belen, destinado para los novicios, en un lugar encantador al Oeste de la ciudad, conocido con el nombre de Merced de las huertas.

La iglesia primitiva del convento de México, convertida en el establecimiento principal de la Nueva-España, antes de mucho no estuvo ya en relacion con el esplendor exigido por el culto. Resolvióse, pues, la edificacion de una nueva iglesia, y los maestros arquitectos consultados acerca de los gastos probables de la construccion, despues de haber convenido en su plan, pidieron 100,000 pesos, que el P. Fr. Juan de Herrera tuvo la idea de procurarse ofreciendo el patronato de la obra á 100 personas, quienes debian dar cada una 1,000 pesos, pagaderos en misas numerosas, ejercicios espirituales y otros varios privilegios. La lista de la suscricion á cuya cabeza se hallaba el nombre del virey marqués de Cerralvo, se cubrió prontamente, y en consecuencia los cimientos fueron puestos en 1630. El 21 de Marzo de 1634 se puso la primera piedra de la portada, segun lo indica la fecha grabada entre las dos columnas de la izquierda. Por desgracia los trabajos comenzados con vigor se aflojaron prontamente, ya sea á causa de la inexactitud del cálculo que habia fijado los gastos en 100,000 pesos, cuando llegaron á 150,000 pesos, ó ya por la indolencia con que los patronos inscritos verificaban el entero de su suscricion. Aumentóse la lista de suscritores y se recurrió á la peticion de limosnas, y gracias á estos auxilios, la iglesia estaba en estado de abrirse el 30 de Agosto de 1654, en presencia del arzobispo metropolitano D. Francisco Manso y Zúñiga

Digitized by Google

y del virey duque de Alburquerque. Pero no fué sino hasta el 18 de Enero de 1682 cuando tuvo lugar la consagracion definitiva, como lo prueba la siguiente inscripcion que se lee en el tercer pilar á la derecha de la gran nave: «Consagró esta santa iglesia el Illmo. y reverendísimo maestro D. Fr. Juan Durán, del real Orden de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos, Dom. 18 de Enero de 1682 años, habiéndose dedicado el 30 de Agosto de 1654.» Por este tiempo el campanario, comenzado por Fr. Francisco Jara, estaba muy poco avanzado. No se llegó á acabar, ni sus campanas á sonar sino hasta el 16 de Abril de 1695, con motivo de la elevacion del mencionado religioso á la dignidad de provincial.

Es probable que en esta fecha los patios y viviendas de un antiguo *meson* que formaban parte de las adquisiciones primitivas, hubiesen servido de claustro provisional, porque no se encuentra mencion alguna del magnífico claustro actual sino hasta 1702. En su crónica, y con fecha 20 de Setiembre del año indicado, dice Robles: «Otorgaron escritura de patronato de la iglesia de la Merced al provincial Fr. Baltasar de Alcocer, y el definitorio al conde de Miravalles D. Alonso de Avalos, con algunas capitulaciones, y el dicho conde les entregó este dia 12,000 pesos en reales *para la obra del claustro de dicho convento*, y despues ha de dar otras cantidades.»

El 12 de Diciembre de 1703 se celebró la dedicacion; pero la falta de recursos retardó sin duda su conclusion, porque el barandal de fierro, de un trabajo en verdad muy mediano, no fué puesto sino hasta 1713, como ha tenido cuidado de recordarlo el buen herrero, quien grabó la fecha del modo siguiente: «Acabóse esta rejería á 5 de Setiembre, año de 1713, siendo provincial el M. R. P. M Fr. Baltasar de Alcocer y Lariñana: Bartolomé fecit.» Por último, una inscripcion colocada al ras del pavimento nos dice que el claustro no quedó terminado sino hasta 1785: «En 12 de Setiembre de 1785 años se finalizó la reedificacion de este claustro á expensas (la mayor parte) de los señores de la ilustre archicofradía.»

Instituida en 1218, bajo D. Jaime de Aragon, por San Pedro Nolasco, nacido en San Papout, en el Languedoc, la Orden de la Merced, fué en un principio compuesta de religiosos que tenian un carácter militar, como lo demuestran sus títulos y su piadoso trage. Usaban calzon con ataderos y hebillas, el perpunte y la ropa á la española, y sobre el pecho un escudo con una cruz blanca en su parte superior y tres barras de oro sobre fondo rojo en la parte inferior. La cruz blanca representa que el Orden fué fundado en la diócesis de Barcelona, las barras de oro perpetúan el recuerdo de la milagrosa salvacion de un rey de Aragon que, perseguido por los moros, apoyó su mano ensangrentada contra las murallas en el momento de salvar un foso peligroso, y dejó allí la impresion de tres dedos. Hoy los religiosos continúan usando el escudo, pero el trage ha tomado un carácter enteramente monástico desde la reforma verificada por San Ramon Nonato.

La Merced era un convento rico en libros y en pinturas de varios maestros célebres; pero convertido repetidas veces en cuartel, estas riquezas han sido maltratadas y en gran parte destruidas por la soldadesca desenfrenada. Hacer el mal por el mal, es una distraccion estúpida y bárbara que se creia perdida con la desaparicion de los vándalos y de los godos; pero parece que esas razas han encontrado en el siglo XIX descendientes dignos de ellas. Casi todas las obras de la biblioteca están truncas. Cuatro grandes telas de Juan Correa, colocadas en el gran vestíbulo del primer piso, están acribilladas á bayonetazos; los ojos de los personajes son los que, sobre todo, han servido de blanco á esos valientes guerreros. La mayor parte de los demas cuadros ha sido desgarrada é innoblemente manchada.

A pesar de esta lamentable destruccion, se encuentran aún restos interesantes por mas de un título. El cuadro mas curioso y el mas maltratado tambien, es el que se puede ver hácia la derecha de la puerta de la capilla del Tercer Orden. Representa el bautismo de ese mismo Maxicatzin, de quien ya hemos hablado mas arriba, aunque otros dicen que es de un rey de Texcoco, por Fr. Bartolomé de Olmedo. La firma del cuadro es esta: *Nicolans Rodriguez Xuares clericus presbyter fecit.* Es una obra que se recomienda por grandes cualidades de composicion y por un colorido muy sólido y perfectamente en armonía con el asunto. En el centro, arrodillado sobre las gradas del bautisterio, el noble indio recibe las aguas santas. Su fisonomía, arrobada y expresiva, tiene impresa la humildad cristiana unida á una dignidad severa; revela una fé robusta. El tipo es de una gran nobleza, y se comprende que caracteriza á la raza indígena. Esta figura forma un contraste interesante con la cabeza europea de Olmedo, sobre la cual el pintor ha concentrado la luz, los contornos un poco afeminados, el tinte blanco del sacerdote, que aunque un poco falsos bajo el punto de vista de la realidad, le idealizan comunicándole un no sé qué de místico. Un lego teniendo los santos óleos, colocado detrás del bautisterio y visto de frente, completa el grupo principal. A la derecha, Cortés, cubierto de su armadura, parece servir de padrino al neófito, sobre cuya espalda apoya su mano. Sea casualidad, sea por cualquier otro motivo, el pintor descuidó al conquistador, á quien da un ademan y una figura bastante tristes. En el fondo están agrupados varios castellanos é índígenas, de los cuales uno tiene el quitasol de plumas de los antiguos aztecas; hácia la izquierda, dos soldados subidos sobre unos postes suenan el clarin y el tambor, como para anunciar *urbi et orbi*, la buena nueva.

Un poco al centro, un escribano sentado frente á una mesa escribe el protocolo de la ceremonia; por

Digitized by Google

último, en la parte delantera del tapete que cubre la mesa, el pintor ha trazado estos versos:

Apláudate este orbe entero,
Grande Fray Bartolomé,
Porque para el sol de fé
Le serviste de lucero.
De haber sido tú el primero
De este orbe conquistador,
Nadie borra el esplendor,
Y aunque otros despues vinieron,
Ellos apóstoles fueron,
Pero tú el precursor.

Es de sentirse que esta tela, que cae á girones y á la cual nada protege contra las injurias del tiempo y de los hombres, no sea confiada á los cuidados de un pintor inteligente encargado de restaurarla, porque es, no tan solo importante en nuestro concepto como obra de arte, sino de sumo interes como página histórica.

En el claustro abundan las telas. Las de D. Ignacio Rodriguez de Ayala (1807) son medianas á pesar de sus dimensiones, y las que están formadas por D. José Joaquin Esquivel (1797) no están á la altura de la reputacion de este maestro. Citaremos sin embargo como dignos de atencion, el éxtasis de San Pedro Pascual, por Manuel de Arellano (1720); el curso de teología de Fr. Gerónimo Perez, por Tomás Benitez (1730), y la muerte de San Pedro Nolasco, por Diego Vazquez (1771).

Ademas de las telas lastimadas de Juan Correa, que se hallan en el gran vestíbulo del primer piso, deberemos mencionar un descendimiento de la cruz y una última cena, de Cabrera, en donde se encuentran todas las cualidades del colorido de este fecundo artista. La frescura de los tonos y la delicadeza de las medias tintas están tan bien conservadas, que se podia decir que esos cuadros salian apenas del taller del artista.

En los corredores y galerías se encuentran una multitud de pinturas representando los mártires y los santos de la Orden. Casi todos parecen producto del mismo pincel. El arte no parece haber sido la preocupacion dominante del artista, quien con un adorable candor ha completado, por medio de leyendas é incripciones, lo que el arte podia dejar que desear. Sin embargo, ha sabido bosquejar sencillamente escenas en que el drama se mezcla con lo grotesco. Cada vez que encuentra la ocasion, prodiga la sangre sobre sus tintas grises, casi borradas; abre hondas heridas sobre los cuerpos de las víctimas, de las cuales unas muestran melancólicamente sus lenguas cortadas, otras indican con sus brazos mutilados, sus manos ó sus piés, que yacen por tierra: coloca de nuevo las cabezas cortadas sobre los cadáveres aterradores, á los que galvaniza con un postrer aliento de vida, para dar al mártir el tiempo de lanzar un suspiro supremo hácia Dios que le llama. Al lado de estos asuntos fúnebres se ven otros que hacen sonreir por la manera con que el artista expresa su idea; así, pues, se ve á Miguel de Orenes, acompañado de un gran diablo que le hace un gesto horrible por detrás y le grita en los oidos: «Este es el que tanto nos atormenta,» de lo cual el pobre religioso parece exasperado, pues su aire expresa un malestar del mas gracioso efecto. El milagro de Antonio de San Pedro, quien se arranca una enorme muela para hacer brotar del alveolo un chorro que va á apagar la sed de un compañero del religioso, quien recibe la sangre sobre sus labios desecados, puede colocarse en la misma categoría. Empero la produccion mas original en este género es ciertamente la que se encuentra encima de la entrada del coro. Es un bosquejo grosero, obra de algun devoto pintor de paredes. Figúrese el lector un paisaje con una capilla hácia la derecha; en el centro va un carro cargado de libros tirado por un chivo, sobre cuyos lomos se encabrita el señor Satanás, quien azota á su cabalgadura con toda la fuerza de su brazo, con una serpiente á guisa de látigo; por detrás se percibe un diablillo que hace mover una de las ruedas y lleva tambien en la mano su correspondiente serpiente. El convoy parece dirigirse hácia la capilla, sin que pueda uno explicarse el por qué, puesto que, si fueran libros santos, hubiera sido mas natural que el diablo se apoderase de ellos para destruirlos, y por consiguiente que él y su paje se alejasen á toda prisa del lugar en donde debieron haber cometido el robo. La leyenda del cuadro no ilustra mucho á los que buscan la explicacion de esta escena singular. La primera estrofa, y son seis por todas, dice así:

Esa que ves biblioteca,
Del coro el diablo la saca
Cargado de desperdicios
Y de mal dichas palabras....

Luego sin transicion alguna el poeta interpela al lector y le dice hasta brutalmente, que es muy triste ser condenado por no haber orado lo bastante, pero que es mas triste aún ir al fuego eterno á pesar de las oraciones, de lo cual concluye sesudamente que es preciso dirigirse á Dios pesando bien las palabras, y que no es permitido tratar á tan alta majestad como se trataria á un cualquiera. Nosotros lo creemos así sin trabajo, pero nos parece que estas sencilleces pueden compararse á las que están esculpidas sobre la puerta de San Márcos, en Venecia.

No terminaremos estas líneas sin tributar nuestro sincero y respetuoso agradecimiento al R. P. provincial, Fr. Severo Cruz Manjarrez, cuya bondad para ayudarnos en nuestras investigaciones, será para nosotros un recuerdo que jamás se borrará del pecho.

JULIO LAVERRIÈRE.

México, 1860.

(Continuará.)

Digitized by Google

EL HOMBRE....!

AL SEÑOR D. IGNACIO M. ALTAMIRANO.

HOMENAJE.

....Où va l'homme sur terre?
V. Hugo.

*

Allá vá.... como un átomo perdido
Que se alza, que se mece,
Que luce y que despues desvanecido
Se pierde entre lo negro y desparece.
Allá vá.... en su mirada
Quién sabe qué fulgura de profundo,
De grande y de terrible.....
Allá vá, sin destino y vagabundo
Tocando con su frente lo invisible,
Con sus plantas el mundo.....
¿De dónde vino?.....
Preguntadlo al cáos
Que dió forma á los séres
De su potente voz al «levantáos;»
Decídselo á la nada,
Que ella tal vez sabrá cuál fué la cuna
De ese arcángel vestido con harapos
A que llamamos hombre.....
Que ella tal vez sabrá de dónde vino
Ese titan pigmeo
Tan grande y tan mezquino.....
¿Del lodo? puede ser, pero su frente
Está demasiado alta para el lodo....
¿Del cielo? puede ser, pero la tumba
Donde concluye todo
No dista de sus plantas mas que un paso;
Y si fuera del cielo, deberia
Ya que tiene un ocaso
Tener tambien su oriente como el dia.
Aborto incomprensible de la nada
Que lo lanzó, destello de su abismo,
Esperad, esperad á que las sombras
Entre sus negros pliegues os cobijen.
Que allí tal vez escrito entre esos pliegues
Encontrareis su orígen....
Esperad el momento en que se os abra
Negro y aterrador ante los ojos,
Ese libro de sangre donde labra
La triste muerte en caractéres rojos
De sus calladas víctimas el nombre,
Y allí vereis acaso la palabra
Que os ayude á saber quién es el hombre.

*

Y entretanto.... allá vá....
Solo.... en el mundo
Que tiembla con su peso de gusano
Y que al mirarle s'estremece y duda....
Sobre la tierra inmensa,
Que le siente su rey y que le inciensa,
Que le siente su dios y le saluda.
Allá vá.... soberano cuya frente
Circunda por diadema el infinito;
Monarca cuyo trono omnipotente
Es el trono de mármol y granito
Tallado por los buitres en la roca;
Y que marcha y que marcha dominando
Lo mismo en lo que ve y en lo que toca,
Desnudo y mendigando
Un pedazo de pan para su boca.

*

Polluelo d'ese cóndor de lo oscuro
Que se llama el misterio,
Y que sin alas y sin luz se lanza
Por el supremo espacio de la idea
En pos de una esperanza....
Polluelo que adormido entre la noche
Sueña ver una estrella
Y enamorado d'ella y atrevido
Se escapa de su nido
Creyéndose capaz para ir hasta ella;
Quién sabe anoche en su delirio blando
Qué luz ó qué ilusion distinguiria,
En medio de esas nubes caprichosas
Que pueblan al soñar, la fantasía;
Quién sabe lo que en su alma
Durante la embriaguez germinaria;
Pero capullo que despierta rosa
Con los halagos de la brisa amante,
El, creciendo de formas en el sueño
Durmió pequeño y despertó gigante.
«Y el universo es mio»
Clamó al sentirse poderoso y fuerte,
Y agitando su cráneo en el vacío
Sin escuchar la ruda carcajada
Que como eco á su voz daba la muerte,
«Adelante»—se dijo—el mundo es poco
Para encerrar mi espíritu.... hasta el cielo!»
Y sin mirar siquiera por donde iba,
Se lanzó despeñado como un loco
Con la mirada arriba.... siempre arriba.

*

Sonámbulo que duerme y deja el lecho
Al supremo mandato
De yo no sé qué voz grande y divina
Que alzándose en su pecho
Le sorprende y le grita poderosa:
«Levántate y camina»....
Pisando aquí una espina y una rosa,
Y mas allá una rosa y una espina;
El hombre con un ciclo de esperanzas
Germinando en monton en su cerebro,
Sigue á tientas y á oscuras por la senda
Desde antes á sus pasos señalada,
Soñando.... y en los ojos una venda
Que con sus pliegues lóbregos y espesos
Le impide que comprenda
Su marcha entre sepulcros y entre huesos.

*

Y allá vá.... pobre niño que aun suspira
Como en los dulces tiempos de la infancia....
Mas dejadle seguir, y será el hombre
Que haga nacer la vida del osario;
El apóstol sin nombre,
Que Dios admire y que mortal asombre
Lo mismo en el Tabor que en el Calvario.
Dejadle caminar, dejad que siga
El vuelo de su genio por los mares,

Digitized by Google

Y mañana ese niño
Será el anciano pálido y fecundo,
Que moderno criador haga que brote
Del seno de las olas otro mundo.

*

Allá vá.... con un tronco por apoyo
Y un giron miserable por abrigo,
Valiente y ambicioso y soberano,
Bajo su mismo harapo de gitano
Y su corteza sucia de mendigo....
¿Qué busca? ni aun él sabe
Lo que busca en su loco devaneo....
Ni aun él acierta á definir ese algo
Que le hace encontrar siempre su deseo;
Pero titán del sueño que en la sombra
Forja un espacio y á escalarlo sube,
El, mientras pisa en el inmundo cieno
Se duerme con el pié sobre una nube.

*

Soñar.... esa es la vida, ese es el puente
Que entre la cuna y el sepulcro média,
El papel miserable del viviente
De la existencia vil en la comedia....
Soñar! un cielo en que revueltos vagan
Hermosos y magníficos vapores,
La esperanza, la dicha,
La gloria y el placer y los amores....
Ondinas que se tienden por el aire
Al despuntar la vida, allá á lo lejos,
Y que con ella crecen y con ella
Mueren entre los últimos reflejos....

*

Y, hermoso cisne que en el limpio lago
Agitando las olas con su pluma,
Ve brotar de su juego al dulce halago
Mil copos blancos de rizada espuma,
Y arroja un canto dolorido y vago
Al mirarlos perderse entre la bruma;
El hombre en su tristeza,
Al ver rodar sus blancas ilusiones
Sin colores, sin luz y sin belleza,
De la noche que empieza,
Por yo no sé qué lóbregas regiones;
Suspirando y en lágrimas deshecho
Ante la triste realidad que asoma,
Arranca un ¡ay! terrible de su pecho,
Y luego al dar un paso se desploma.

*

Atleta del dolor de nuevo emprende
La lucha formidable
Con ese gladiador de las tinieblas
Que se llama el destino....
Y cantando y sonriendo
Para insultar la palpitante pena
Que le destroza el corazon mezquino,
Lanza un grito feroz y entra á la lucha....
Pero vencido al fin rueda en l'arena,
Que su alma es poca y su amargura es mucha.

*

Y entonces.... cuando hambriento de placeres
Soñándolos su presa,
Se mira débil y abatido y solo
Sobre el oscuro borde de la huesa,
Recuerda el dios á quien por darle culto
El, se fingiera omnipotente y bueno,
Pero al sentir dentro del alma oculto
Del pesar y el dolor todo el veneno,
En su miseria misma
Lo ve pequeño, pobre....
Y cogiendo del cieno en que se arrastra
Miserable reptil con su congoja,
Burlándose de su ídolo, á la frente
Con un supremo insulto se lo arroja.

*

Despues.... el aire de la muerte zumba
Con su bramar inquieto....
El átomo vacila y.... se derrumba....
La tierra.... es una tumba....
El hombre, un esqueleto.

*

Todo acabó.... la noche de la nada
Confundiendo en sus pliegues
Todo eso grande que la mente forma
Y que en el cráneo encierra,
Solo dejó al pasar como en recuerdo
Un pedazo de tierra....
Y allí.... qué hay mas allá....?
Qué encuentra el hombre
Tras de ese velo negro que separa
La luz de las tinieblas....?
Es en la tumba acaso donde toca
Mirando cara á cara,
Esa ilusion que en su carrera loca
Convertida en vapor se le escapara?
Es allí donde encuentra los perfumes
Y las notas dulcísimas y suaves
Que no pudieron darle en sus encantos
Las flores ni las aves....?
O luminoso punto que camina
Partiendo de la nada,
Por un círculo estrecho, y que termina
Su existencia mezquina
Allí donde ha empezado la jornada,
Concluye en el sepulcro
Que sus despojos últimos recibe?
¿Es allí donde muere para siempre?
¿Es allí para siempre donde vive?
¡Quién sabe!.... nuestra mente
No alcanza á descifrar esos arcanos
Escritos entre huesos y mortajas
Por yo no sé qué fétidos gusanos....
Remueve y busca en el inmundo hueco
Donde ha visto rodar un sér inerme,
Y sin hallar á sus preguntas eco,
Solo ve un cráneo seco
Que entre sus antros asquerosos duerme.

*

Y entre tanto.... allá vá....
Luz tenebrosa
Cuyo destino y cuyo ser esconde
La impenetrable niebla del abismo....
Allá vá.... tropezando y caminando
Sin comprender adónde,
Sin comprenderse él mismo....!

MANUEL ACUÑA.

Setiembre de 1869.

Digitized by Google

JUANA LA LOCA

Y

WALLENSTEIN, DUQUE DE FRIEDLAND.

¿Nugæ? — ¡nequaquam!
O. H.

¡Pobre Juana! ¡pobre mujer sacrificada á la política! ¿quién no deberia sentirse tentado á adherirse á la opinion de los autores que nos aseguran que la historia no es mas que un registro de crímenes? ¡Pero no! la misma Juana nos impide acceder á una proposicion tan absoluta. Yo veo que la mano de Dios, la mano de la justicia eterna, se hace ver tambien en esta página de la historia; veo que la verdad al fin ha triunfado; que el crímen recibe por castigo la reprobacion universal (aunque algunas veces tardía), y que la inocencia vindicada amonesta al género humano á no desviarse del camino de la justicia, de la honradez, de la piedad y de la verdad. Si la historia nos da lecciones de esta clase, debemos considerarla mas bien como el *compendio del hombre* con sus pasiones, sus virtudes, sus trabajos, sus rivalidades y sus locas ambiciones; entonces es la gran maestra que nos demuestra practicamente lo que es bueno y malo en el individuo como en las naciones, el gran juez que juzgará tambien *nuestras* obras, que están en estrecha conexion con el movimiento de todo el género humano; nos castigará ó nos premiará en una página de su gran libro, y mostrará este libro á las generaciones futuras, aun á las mas lejanas, para que aprendan á preferir en sus acciones la rigorosa justicia, á las ventajas del momento. *Juana* en adelante ya no será la *Loca*, sino como dice bien el Sr. Sierra, la *Mártir*; su entristecido rostro se serenará leyendo las páginas de *nuestro siglo*, y los *reyes católicos* bajarán un escalon en la estimacion que se les tenia en los tres siglos pasados.

Estas reflexiones me ha inspirado el interesante artículo del Sr. D. Justo Sierra, en el núm. 35 de este periódico, por el cual vemos que la desgraciada princesa pasó 49 años de horrorosa prision por consideraciones políticas, y bajo *pretexto* de locura, condenada por su propio padre.

Schiller dice:

> Das schrecklichste der Schrecken
> Das ist der Mensch in seinem Wahn.

No conocia estos hechos terribles; su lectura me hace recordar otro episodio histórico, para cuya aclaracion se han necesitado dos siglos; pido permiso á mis lectores para referirlo.

Los historiadores nos han contado durante dos siglos lo siguiente: *

« *Waldstein* ó *Wallenstein* nació gentilhombre en los confines de la Bohemia y de la Moravia; fué educado en clase de paje del marqués de Burgo. En 1617 se hallaba en Francia, con el rhingrave, simple *caballo-ligero* en su compañía compuesta de doscientos señores: luego estuvo en Hungría con el grado de *corneta* del conde de la Tour, despues de *capitan de infantería*, y desde últimos de 1618 mandó un regimiento de infantería y caballería al servicio de los Estados de Moravia, á los cuales abandonó por haberse sublevado contra el emperador, y fué al encuentro de Su Majestad Imperial con el dinero que habia recibido de ellos por un *reloj*, que el emperador les devolvió temeroso de irritarlos; lo que no les impidió sublevarse y confiscar todos los bienes que poseia en Moravia. »

« El emperador le dió en 1621 el *mando de dos regimientos* de caballería que habia levantado á su costa; y despues de la batalla de Praga el conde de *Bouquoy* le dejó *gobernador* de aquella ciudad: levantó tres regimientos nuevos y obligó á contribuir á todo el país, del que sacó mucho dinero..... Mas tarde hizo una leva de quince mil hombres á sus expensas, para auxiliar á *Tilly* contra el rey de Dinamarca; luego con sus tropas tomó el obispado de Magdeburgo y el de Halberstadt. Esto le valió ser nombrado *general del ejército* del emperador, y fué su segundo, *Colalto*, mariscal de campo, bajo sus órdenes, el cual le abandonó bien pronto por cierta disputa que hubo entre ellos, y retirándose á la corte del emperador, le hizo todos los malos oficios que pudo mientras permaneció en el ejército. »

« Luego que Colalto se separó de él, derrotó á Mansfeld en el puente de *Dessau*, lo que le dió gran reputacion. Un año despues pasó el Elba contra el rey de Dinamarca, y conquistó todo el Mecklinburgo, Holstein, Jutland, y fué creado *generalísimo de mar y tierra*. Posteriormente le invistió el emperador, en 1629, con el Mecklinburgo, que vale 400,000 rixdalers (pesos) de renta, y ademas otros 400,000 rixdalers que sacaba de las contribuciones del país, creándole *duque de Friedland*. »

« Elevado á una fortuna tan colosal, se comportaba con la magnificencia propia de su dignidad, y con una modestia y sencillez que cuadraban perfectamente con su nacimiento. Tenia á su alrededor doce barones del imperio como gentiles hombres de su cámara; entre sus oficiales superiores tenia un gran escudero, un gran maestre y un gran mariscal. Tenia mil doscientos guardias uniformados, sesenta alabarderos, doscientas lanzas, doscientos pistoleros, doscientos carabineros, doscientos mosqueteros y doscientos cróatas mandados por *Piccolomini*, treinta y seis carrozas y ciento veinte carros; en fin, su corte ordinaria era de seis mil caballos, y su dinero en efectivo ascendia á muchos millones de rixdalers. »

« Ademas, era hombre de buen sentido, escuchaba á todos con calma, estaba dotado de un juicio sano, no era malvado, era muy económico y valiente; por lo demas, vestia con sencillez y siempre de un mismo modo; era liberal hasta dejárselo de sobra, hasta el punto de haber distribuido en regalos mas de 10 millones, lo que le hacia muy querido de los suyos,

* Historia de Alemania de Le Bas.—*Memorias de Richelieu.*

Digitized by Google

aunque extremadamente rígido. En toda su fortuna no tuvo jamas otra adversidad que la de 1630, cuando el emperador, instigado por los celos de los electores, le quitó el generalato; pero quedó tan bien sentado en su reputacion é importancia, que su amo le volvió á llamar con mucha mas gloria y bajo condiciones muy extraordinarias que creia indispensables. Tuvo el mérito de reponer los negocios desesperados de su amo, y recibir por recompensa la *muerte* de parte de este mismo.»

Su muerte, segun Schiller, Pfister y otros historiadores, se cuenta así:

Habiéndose convencido la corte de Viena de la traicion de *Wallenstein*, y temiendo atacarle *abiertamente* en medio de su ejército, resolvió el emperador Ferdinando II mandarle asesinar, empleando para seducir á algunos de sus generales á su ministro *Questemberg*, que debia procurar con astucia dispersar el ejército, 1633.—Hubo una junta secreta en la cual todos los oficiales superiores de Wallenstein, reconociendo las maniobras malignas de Questemberg y queriendo impedir la caida de su querido gefe, resolvieron no abandonarle, prometiendo sin embargo ser fieles al emperador, y rogaron á Wallenstein que no dejase el mando, como habia manifestado quererlo hacer. Pero los generales *Gallas*, *Altringer*, y *Piccolomini* (todos elevados y colmados de beneficios por Wallenstein), ya se habian dejado cohechar. El dia 18 de Febrero de 1634 fué declarado Wallenstein públicamente, en Viena, *traidor al Imperio*, por saberse su alianza secreta con los suecos, enemigos del Imperio y de la religion católica. *Buttler* (irlandés) *Gordon* (escocés) y *Lesley* (irlandés) eran los gefes de la conspiracion. En la noche del dia 25 de Febrero entraron á su aposento con 24 dragones (todos irlandeses, con excepcion de dos escoceses y un español), el capitan *Deveroux* le atravesó con una partesana, y sin proferir una palabra, el duque de Friedland cayó muerto á los piés de su asesino.

En toda la Bohemia se hicieron luego numerosas ejecuciones, y los asesinos recibieron en recompensa los bienes confiscados del duque y de sus amigos. Su mujer é hija desaparecen de la historia despues de haber vegetado en la miseria. *Lesley* y *Buttler* fueron creados *condes* y *Piccolomini* elevado al rango de *príncipe*. *Deveroux* recibió los bienes confiscados de *Terzky*, cuñado de Wallenstein.

Nadie se levantó ni en *Eger* ni en el Imperio para vengar la muerte del traidor. El emperador mandó leer 3,000 misas por las almas de los ejecutados.

Ferdinando prometió la publicacion de documentos, cartas y confesiones, que corroboraran la culpa de Wallenstein; se interrogaba, se amenazaba, se apresaba y se atormentaba á sus íntimos amigos, todo en vano. Circulaba un sordo rumor de su inocencia en toda la Europa; se publicaron folletos y canciones, en que se atacaba al partido de la corte, llamándoles asesinos; la corte mandó recoger, refutar y destruir estos papeles. En los países extranjeros hubo hombres de Estado mas francos é imparciales que en Alemania: los Suecos, con los que Wallenstein (como se pretendió) habia concertado la traicion, confiesan en sus historias que nunca se habian fiado de sus proposiciones, considerándole siempre como enemigo suyo y fiel servidor del emperador y de su causa; *Richelieu*, que le conocia personalmente, sostuvo desde el principio que era inocente pero sacrificado por el partido jesuítico de la corte de Viena, compuesto de italianos y españoles, los que engañaban al emperador con falsos informes, y se oponian á la paz, porque vivian de la guerra como antes los *condottieri*.

¿Será el emperador Ferdinando inocente de este asesinato? la historia no le declarará limpio; su inocencia es á lo menos dudosa, pues sabemos que por las instigaciones y calumnias de su confidente *Caretto* habia firmado una *patente* ú órden *el 14 de Enero*, por la cual se nombró á *Gallas* general en gefe, mandándole apoderarse de Wallenstein *vivo ó muerto*, y sin embargo, el emperador continuó aún *durante veinte dias* su correspondencia confidencial y amistosa *con su querido duque de Friedland*, prodigándole alabanzas por la disciplina de su ejército y comunicándole noticias secretas de las intenciones del enemigo. Vemos, pues, que Wallenstein estaba condenado antes de habérsele oido ó probado su culpa por algun hecho incontestable. Cuando este al fin á mediados de Febrero supo lo que se tramaba contra él, procuró, aunque demasiado tarde, poner su persona en seguridad. Escribió una carta al emperador, protestando de su fidelidad, repitiendo su deseo de dejar el mando é ir en persona á Viena, para justificarse de las calumnias y confundir á sus acusadores. Estaba en cama, enfermo de la gota. La carta fué interceptada por Piccolomini; era ya tarde, y murió.

El emperador mandó un manifiesto á todas las cortes de Europa, comunicándoles el *negro complot* de Wallenstein y su muerte.

Parece que los miembros de la familia imperial y sus sucesores conocian en parte la verdad, pero no se atrevian á publicarla. Nos cuenta *Pfister* en su historia de Alemania lo siguiente: «En los importantes *anales fernandinos* del conde de *Khevenhiller* y en casi todos los libros de historia durante doscientos años se presenta á Wallenstein como traidor y rebelde, y su castigo como justo y bien merecido. Hay pocos ejemplos de que la mentira se haya conservado tanto tiempo en los anales del género humano.»

Cuando el emperador *Leopoldo I* entró á Praga, treinta y nueve años despues de la muerte de Wallenstein, le hizo notar uno de sus ministros el *palacio del rebelde*, contestándole Leopoldo: «¿Sabes tú de cierto que Wallenstein fué traidor y rebelde?»

Cuando *Federico el grande* en una conversacion con *José II* pidió á este la confirmacion de la culpa de Wallenstein rehusó el emperador explicarse,

Digitized by Google

respondiendo solo que no podia ni debia acusar á sus antecesores.

A *Leopoldo II* enseñaron los cortesanos el lugar en *Eger*, donde habia muerto el *traidor*, pero recibieron una reconvencion severa en estas palabras: «vuestra condenacion es precipitada; todavía no está decidido que Wallenstein fué traidor, debemos aguardar hasta que la historia aclare este punto.

Y la historia lo ha aclarado. El emperador *Francisco II*, justo para con los vivos y los muertos, mandó abrir la entrada á los archivos de su familia—habian pasado cerca de 200 años. *Federico Foester* registró los archivos de Viena y los de la familia de *Arnheim*, publicó toda la correspondencia secreta de Wallenstein y de Ferdinando; muchas circunstancias, imputadas á él como crímenes, aparecen bajo un punto de vista diferente, el duque queda rehabilitado y se prueba su inocencia.

Esta aclaracion nos inspira compasion hácia Wallenstein y horror á los perpetradores del asesinato. Le mató el emperador porque le habia elevado *demasiado alto* para ser súbdito; el temor dictó la sentencia.

Los documentos demuestran que Wallenstein era mas grande político y general de lo que sus contemporáneos creyeron. Si hubiera vivido algun tiempo mas, la guerra de los 30 años habria acabado á la mitad de su duracion. *Friedland* consideró que la paz era de absoluta necesidad, y como el partido fanático de la corte se oponia con terquedad, quiso preparar por tratados y convenios secretos la posibilidad de efectuarla. Estos pasos humanitarios y de profunda política sirvieron á su destruccion.

Si examinamos ahora las consecuencias de esta muerte, crecerá la importancia del nombre de Wallenstein, y nuestro sentimiento aumentará en proporcion de la influencia que ejerció esta muerte sobre la historia posterior de la Europa y aun de la América—algunos ganaron y otros perdieron con ella, y será diverso el juicio de los católicos y de los protestantes en sus apreciaciones.

Despues de la muerte de *Gustavo Adolfo*, y de *Wallenstein*, no hubo ningun general de bastante influencia y talento para dirigir la política de Alemania. La guerra continuó otros 15 años hasta el aniquilamiento de la prosperidad, del poder y hasta la desmoralizacion completa de la Alemanía; los príncipes todos trabajaban con egoismo para su propio engrandecimiento sacrificando á la patria; la Prusia se elevó de la nada hasta que llegó á ser una monarquía terrrible para el imperio; la Francia se aprovechó aun mas de la desunion y debilidad de la Alemania, arrebatándole la Alsacia y la Lorena; la religion protestante era considerada desde entonces como potencia igual á la católica.

Si echamos una ojeada aun á los tiempos posteriores, parece probable que Napoleon I no hubiera domado el imperio Aleman si lo hubiera encontrado unido; no conoceriamos Tilsitt ni la Berezina; no hubiera tenido lugar la efímera conquista de España y en su consecuencia la emancipacion de las colonias españolas, ni la humillacion ulterior del Austria en *Sadowa*, ni seria México lo que es ahora con su reforma y su *Renacimiento* literario.

El curso de la historia, fué grandemente modificado con la muerte de Wallenstein. Algunas naciones ganaron con ella, pero el Austria recibió *finalmente* su castigo, bajando del rango de primer potencia al de segunda. El *cisma* religioso (habiendo perdido el catolicismo su mayor defensor) fué irremediable; los jesuitas que principalmente trabajaron para la caida del duque de Friedland, fueron expulsados de todos los países, y el mismo Papa ha perdido su poder temporal. La justificacion de Wallenstein ha venido, aunque tarde, pero el crímen de su asesinato ha producido y continúa produciendo su fruto.

OLOARDO HASSEY.

SUEÑOS DE AMOR.

LIBRO DEL ALMA.

Soñé perdida entre la selva oscura
Una pobre cabaña, dueño mio,
Y sombra le prestaban y frescura
Arboles altos de follaje umbrío.

Allí estábamos ambos; de mañana
Blanco el vestido y destrenzado el pelo,
Antes que el Alba apareciese ufana,
Te miraba á su borde el arroyuelo.

Y las flores al ver de tus mejillas
El virginal carmin que las colora,
Dulces trinos enviábante sencillas
Y contentas cantaban: Es la Aurora....

Deslizando su luz entre las ramas
El sol buscaba tu mirada ardiente,
Y eran sombra los rayos de sus llamas
Si alzabas tú la candorosa frente....

Reclinada en mi seno tu cabeza
¡Cuán bella estabas, adorada mia,
Viendo ocultarse al sol con su grandeza,
Diciendo adios al moribundo dia!....

Las flores á tu paso, de sus hojas
El broche abrian con risueño alarde,
Y murmuraban trémulas y rojas:
Allí pasa la brisa de la tarde....

Los ángeles bajaban desde el cielo
Vertiendo paz, perfumes y armonía,
Y yo extasiado en mi amoroso anhelo
Un misterioso vértigo sentia....

Era la noche clara y silenciosa
De esas noches purísimas y bellas,
Que tienen la sonrisa de una hermosa
Y en que antorchas de amor son las estrellas.

Yo estrechaba tu mano, hurí querida;
Tu mirada era el sol de mi fortuna,
Y envidiando la dicha de mi vida
Su luz nos daba la naciente luna....

SANTIAGO SIERRA.

Digitized by Google

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

AGOSTO.

18

1548.—Real cédula en que se previno el establecimiento de una renta para sostener el colegio de San Juan de Letran.

1691.—"Se cerró el cimborrio de San Agustin á las tres de la tarde; hubo repique general en los conventos y hospitales, asistencia de religiosos y procesion del santo."

1755.—"La mañana del 18, de órden de S. E., se publicó bando en las partes acostumbradas, haciendo saber cómo estaba resuelto y mandado, que el correo mayor de este reino pusiese casas de correo en las ciudades de Querétaro, Celaya, Guanajuato, S. Miguel el Grande, Valladolid, Zacatecas, Guadalajara, Durango y Chihuahua, para que de estas y de los lugares circunvecinos, fuese y viniese correo ordinario á esta ciudad en la misma conformidad que viene el de Veracruz, Guatemala, Oajaca y Puebla, cuya práctica principiaria á mediados del próximo mes de Setiembre."

1786.—"El 18 de Agosto de 86, se publicó bando para que cesara la manda forzosa en los testamentos, á favor del beato Gregorio López."

1813.—Los patriotas de Tejas, á las órdenes de D. José Alvarez de Toledo, son derrotados completamente por el gefe español Arredondo, en el paraje llamado el Atascoso.

1855.—Se pronuncian por el plan de Ayutla en Veracruz y Ulúa, en Córdoba, Tampico y Chiapas.

1856.—Por decreto de esta fecha se manda establecer en Oajaca una oficina de ensaye de oro y plata.

19

1562.—Los oficiales reales toman posesion del palacio, cuya finca pertenecia á los descendientes de Hernan Cortés.

1756.—"La mañana del 19, de órden de S. E. se echó bando en las partes acostumbradas prohibiendo las armas cortas, bajo la pena, á los españoles, de seis años de presidio, y á los de color quebrado, doscientos azotes y un obraje, cuyas penas se practicarian irremisiblemente."

1785.—"Se estrenó en palacio el magnífico salon de besamanos, con una colgadura de damasco carmesí, con galon, flecos y borlas de oro, un retrato del rey muy especial, y diez docenas de sillas de madera fina; 24 forradas en terciopelo, con galon de oro, y las demas en damasco carmesí; 14 espejos muy especiales, 16 pantallas iguales á los espejos, tres candiles de cristal y una alfombra muy buena, todo para celebrar los dias del virey; ademas, un cielo raso y las cuatro ventanas del salon con vidrieras de vara en cuadro, todo con gran primor."

1811.—El patriota D. José María Morelos pone sitio á Acapulco.

1847.—En este dia y el siguiente tuvieron lugar las memorables batallas de Padierna.

1853.—Ley estableciendo la escuela de Agricultura.

1855.—Se pronuncian en Querétaro y Toluca por el plan de Ayutla, cometiendo algunos desórdenes en la segunda poblacion.

1867.—Fué recibido oficialmente el ministro de los Estados-Unidos, D. Márcos Otterbourg.

20

1506.—Falleció en Valladolid (España) Cristóbal Colon, descubridor de la América, de sesenta y cuatro años de edad.

1682.—"Este dia y los cuatro antecedentes, se ha visto á las cinco de la mañana un cometa que sale hácia el Norte."

1847.—Bombardeo y toma de Churubusco.

1855.—"El presidente interino invita á los gefes de la revolucion para la pronta organizacion del gobierno, y expide la convocatoria para el primer congreso."

1859.—"Falleció en Paris el Lic. D. Juan B. Cevallos, que ejerció el poder ejecutivo como presidente que era de la corte de justicia, cuando se retiró el general Arista y disolvió entonces el congreso general."

1860.—Desde Querétaro dirige Gonzalez Ortega una circular á los ministros extranjeros, diciéndoles tener órdenes de tomar la capital, y que no puede responder de los daños ocasionados á sus nacionales."

21

1769.—Reales cédulas, convocando el cuarto concilio mexicano.

1782.—"El 21 de Agosto de 1782 en México, se echó el bando del comercio libre de harinas y que no se embargasen mulas ni por cuenta del rey."

1824.—"El congreso mexicano da al mundo un ejemplo memorable de justicia, reconociendo solemnemente la independencia de las provincias de Guatemala.

1855.—Se pronuncia Guanajuato por el plan de Ayutla, poniéndose á la cabeza del movimiento el licenciado D. Manuel Doblado.

—D. Santiago Vidaurri publica un decreto contra el ejército mexicano.

1858.—Circular del ministerio de la Guerra sobre procedimientos en causas de conspiracion.

22

1527.—Presenta Alonso de Estrada una real provision fechada en Valladolid, por la cual se le autorizaba para que gobernase la Nueva España.

1682.—Se observó un cometa hácia el Oriente de esta capital.

1700.—Falleció en el hospital del Amor de Dios, de que era capellan, el Lic. D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, natural de México, y uno de los primeros ornamentos de la literatura nacional.

1741.—Falleció en México el trigésimonoveno virey D. Pedro de Castro y Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Gracia Real.

1822.—"Se fundó en México la Compañía Lancasteriana, y en consecuencia se estableció inmediatamente la primera escuela de enseñanza mútua, capaz de contener trescientos niños, en el *salon que fué del secreto de la extinguida Inquisicion.*

1855.—Ocupacion de Guadalajara por las tropas de D. Ignacio Comonfort.

1860.—Fué recibido oficialmente el embajador de España D. Joaquin Pacheco.

23

1677.—"Murió D. Andrés Carbajal, fundador del colegio de San Andrés, de la Compañía de Jesus de esta ciudad, y grandísimo limosnero; se juzga que dió mas de dos millones para obras pías."

1691.—"El dia 23 de este mes, como á las nueve de la mañana, hubo un eclipse total de sol; aparecieron las estrellas, cantaron los gallos y el aspecto lúgubre que presentó la naturaleza fué como de media noche."

1096.—A la una de este dia se sintió en México un fuerte temblor de tierra.

1779.—Tomó posesion del gobierno de México el cuadragésimosétimo virey D. Martin de Mayorga.

24

1703.—"En 24, dia de San Bartolomé Apóstol, por la tarde, reventó la compuerta de Chapultepec y anegó todas las huertas y la iglesia de San Diego, arrabal de esta ciudad, de suerte que no se pudo decir misa en ella, y se celebraba arriba."

1766.—Cesó en el gobierno de la Nueva España el cuadragésimocuarto virey D. Joaquin de Monserrat, marqués de Cruillas.

1787.—Por bula de Pio VI, cesó la institucion de religiosos antoninos ó padres de San Antonio Abad.

1821.—Batalla de Atzcapozalco.

—Tratados de Córdoba celebrados entre D. Agustin Iturbide y D. Juan O-Donojú. Segun Bustamante, antes de que extendiesen los artículos, abrió Iturbide la sesion con las siguientes palabras: "Supuesta la buena fé y armonía con que obramos en este negocio, supongo que será muy fácil cosa que *desatemos el nudo sin romperlo.*"

1846.—Se publicaron los estatutos de la Sociedad de Agricultura del Estado de México.

1853.—En la noche de este dia cayó una *manga* de agua cerca del pueblo de Mixcoac, causando la muerte á varias personas y destruyendo algunas sementeras.

IGNACIO CORNEJO.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Marasmo público.—Espectáculos.—El circo y los hermanos Bell.—El Teatro Nacional.—El bajo-cómico Ruiz.—La compañía Gaztambide en Puebla.—La Srita. Gomez.—Las fiestas de Toluca.—La Sociedad Filomática.—La *Ilustracion Potosina*.—Partida de Ipandro Acalco (Monseñor Montes de Oca) á Roma.

México, Octubre 9 de 1869.

Al bullicio y á la alegría de Setiembre han sucedido el desfallecimiento, el marasmo de Octubre. La sociedad bosteza, el tedio nos consume, y no sabemos ni qué hacer, ni adónde volver los ojos.

Nos fastidiamos espantosamente, y mientras un acontecimiento ruidoso ó un espectáculo extraordinario, *irritante*, no vengan á conmover nuestros nervios y á despertar nuestra alma aletargada, no podremos sacudir este sudario espeso y negro que hoy pesa sobre nuestros recuerdos y nuestras esperanzas.

Hay tal tristeza en todo lo que pensamos, tal vejez en todo lo que sentimos, que podria decirse que el otoño de la duda y del hastío se ha anticipado en nuestro corazon, y que á su aliento desecante y mortífero se arrancan las hojas del árbol de nuestra fé y caen en..... la nada!

¿Estamos gastados? Pregunta es esta á que no podria contestarse sino con un estudio fisiológico de la sociedad mexicana; estudio que por otra parte seria muy difícil de hacer y que provocaria mil protestas.

¿Nos falta fé religiosa?..... Pero hoy hasta *los antiguos creyentes* inclinan la cabeza al peso del desaliento.

¿Acaso la moral?..... ¡la moral!

¡Ah Francia! ¿el *virus* de tu civilizacion y de tu viejo refinamiento nos ha envenenado?

¿Qué diablos nos pasa, pues, que casi nos ha convertido en *momias* ambulantes?

Pero ¡estamos locos! otros cronistas nos pegan su manía de *sentimentalizar*. En resúmen, bien puede ser que el marasmo, el tedio, el malestar no sean mas que efectos del *estado de la atmósfera*, como dice el cabo Peralta. Ademas, hay que buscar en causas materiales el orígen de este desmayo pasajero. La miseria que devora á México como un cáncer creciente, la falta de distracciones nuevas, el cansancio despues de esa especie de sacudimiento galvánico que produjeron las fiestas de Puebla, y cierto decaimiento que sufren los espíritus al fin de cada estacion, hé aquí tal vez lo que causa el malestar que sentimos y lo que nos ha hecho tomar con mano fatigada nuestra aburrida pluma, para escribir las anteriores líneas pertenecientes al tiempo del *romanticismo*.

Ea, pues, fuera fastidio y hablemos de todo lo que no sea lúgubre y estúpido.

En cuanto á espectáculos, no hay nada en boga sino el Circo.

¡La loca humanidad comprende tarde!

Este verso que hizo un pobre jóven que se echó al canal allá en Madrid hace muchos años, hoy ha sido resucitado por el viejo Perez Aguiar, ex-empresario de la compañía de acróbatas que trabaja en Chiarini y representante del malaventurado D. José Albisu, de la Habana.

¡La loca humanidad comprende tarde,

nos decia este excelente Sr. Perez Aguiar el otro dia! Vea vd., amigo mio, y admírese de lo que pasa. Por espacio de cuatro meses estuve yo dando funciones de circo como empresario. Ahora bien; la compañía exhibia como ahora *asombrosos saltos mortales, difíciles equilibrios, el prodigioso paso Léotard, el indescribible aereovolante, hermosas y provocativas bailarinas, divertidísimos clowns, niños que se quiebran, contorsionistas que se vuelven de goma, hombres que se vuelven pájaros, caballos que se vuelven hombres, como el Hiram*, y en todos los estilos conocidos é inventados por mí, como *el estilo frances, estilo inglés, estilo italiano, estilo ruso, estilo tártaro, estilo japonés, estilo griego, estilo azteca, estilo hotentote, estilo sublime, estilo aéreo, estilo incomprensible, etc.*, ya se acuerda vd. de mis carteles y de mis programas, todo lo hacian entonces como ahora. Y ya vd. recordará..... el circo vacío..... vacío hasta arruinarme, hasta quebrar, hasta perder toda esperanza.

Y ahora..... despues de que se estuvieron dando iguales funciones durante cuatro meses, ahora el público mexicano ha caido en la cuenta de que esto era notable y se precipita y se agolpa y no cabe en el circo, y aplaude y se enloquece y delira, y derrama una cascada de pesetas en las cajas de la administracion. Pero ¡ay! yo no soy ya el empresario, pasé los tiempos tristes, los sufrí, me arruiné y dejé la empresa. Los Bell la tomaron, y hélos aquí que traian metido en sus maletas al demonio de la fortuna. Esos hombres enriquecen, su circo está de moda, piruetas que en mis dias hacian bostezar á mis solitarios concurrentes, hoy provocan salvas de aplausos, y entusiasmo, y embriaguez y frenesí. Eso se llama estar de suerte..... mientras que yo lamento todos los rigores de la fatalidad.

La loca humanidad comprende tarde!

El buen anciano nos decia esto poco mas ó menos, no estamos enteramente seguros; pero semejante reflexion aumentaba sin duda las dolencias que le aquejan.

—Querido amigo, le replicamos: en efecto, tiene vd. mala estrella. Vd. no contaba con la volubilidad del público. Yo tambien me he asombrado del entusiasmo y extrañeza que causan hoy funciones que ya teniamos estereotipadas en la imaginacion. Pero hay varias razones que es preciso tener en cuenta para justificar la popularidad actual del circo. En primer lugar, la llegada de los Bell que son admirables á caballo, la belleza y habilidad de la señora Bell, que es hoy la favorita de pollos, gallos y pericos; los juegos de salon que divierten mas que

Digitized by Google

los equilibrios, en que uno sufre palpitaciones y calosfrios, la llegada de los señores diputados al nuevo congreso, los cuales, como vienen de Belchite, encuentran todo asombroso, y aun hay algunos de ellos que creen en el diablo; todo esto, amigo Perez, es causa de la variacion singular que vd. nota. No pretendo, en verdad, consolarle con mis razones, pero sí convencerle de que la versatilidad del público tiene sus fundamentos.

En cambio, el teatro Nacional, donde trabaja la compañía de zarzuela de Moreno, está un poco triston y abandonado, y apenas soportará un abono. Verdad es que el bajo cómico Ruiz, que tantas simpatías tiene en el público mexicano, ha venido á reforzar á la conocida *tropa* que trabaja en Iturbide; verdad es que Ruiz se ha hecho aplaudir furiosamente en el *Juramento*, y que ha hecho llorar de risa al auditorio en *La Colegiala*; verdad es que este artista es un verdadero actor, un hombre inteligente y muy simpático, pero ni así se logra llenar el patio, como en otros tiempos. Parece que el público se cansa de zarzuela, y quiere otra cosa, aunque sea mas mala, con tal de que sea nueva.

A propósito: en la *Colegiala*, la amable Adela Serra, que por hoy, como actriz, no tiene superior en México, procuró desempeñar el papel de la muchacha traviesa y picarona, con esmero; pero su voz como cantante no la ayuda; ya se lo hemos dicho otra vez, para que dejando los gorgoritos para otras gargantas menos raquíticas que la suya, se dedique exclusivamente al arte dramático, en el que tiene un porvenir brillante. Así es que siempre queda en la Colegiala inferior á la pequeña Matilde Montañes, y tal era la voz que corria en todo el patio. Verdad es que logró arrancar un aplauso estruendoso, pero fué merced á que invocó el espíritu del *can-can*, de excitante y retozona memoria. Entonces, el público, que escuchaba á Adela en silencio, pareciéndole contemplar en la escena la imágen de la Montañes, tan pronto como oyó tocar á la orquesta la galopa de los *Dioses del Olimpo*, sintió que sus nervios se agitaban, vió en las tablas aparecer algo como la alegre sombra de la Gomez, con sus ojos de azabache, su boca sensual y sus movimientos voluptuosos: y una corriente eléctrica pareció sacudir el teatro, y un aplauso estruendoso se hizo oir en el salon.

Era el espíritu de la Gomez evocado por Adela, eran las armonías irritantes de Offembach, era el *can-can* que cubrió con sus alas tutelares la frente púdica de la pobre Serrita.

Pero este recurso nos recordó el de los malos poetas, que para hacer aplaudir sus detestables coplas, apelan á la patria y adulan á la multitud.

La verdad es que el *can-can* de Adela nos pareció profundamente triste, casi doloroso.

—Está visto, no llama Dios á la Serra por el camino del *can-can*, nos dijo un amigo que estaba á nuestro lado.

En efecto, la Serra es una jóven melancólica, *espiritual*, apta para los tipos púdicos y sentimentales, no puede trasformarse en bailarina, ni caracterizar ese baile en el que tiene tanto *chic* la Amalia Gomez, la robusta, la risueña, la atrevida, la de formas *ad hoc*, y cuyos ojos, boca, cuello, cintura y brazos forman un conjunto que da vida á la danza de Mabille.

Y ya que de la Gomez hablamos, alegraos, que ya podeis consolaros con algo mas que su sombra; alegres polluelos, la Gomez está aquí, con nosotros, en nuestro seno: bailando *can-can* precisamente escapóse del lado del maestro Gaztambide y voló en *alas del vapor* á su querida México que le ha erigido un altar y que la recibe con beso de ternura.

La historia de esta fuga es romanesca en alto grado, y aumenta los encantos de la Gomez, porque se ha portado como una heroina de novela.

Parece que en la compañía Gaztambide no reinó precisamente la mas perfecta armonía durante su permanencia en Puebla. Parece que el *Maestro Gaztambide* y el tenor Carratalá hicieron, no sabemos si para zarzuela ó para ópera, una música que no se distinguió precisamente por su ternura.

La Srita. Gomez, que tambien tuvo motivos de disgusto, cantó los «Dioses del Olimpo,» bailó su *can-can*, y al tercer dia, y tomando todas las precauciones de una prisionera que emprende la fuga, metióse callandito en un wagon una mañanita, como á las seis, y algunas horas despues estaba en México, todavía con grandes precauciones y reserva, temiendo que la mano del maestro se hubiera extendido para atraparla todo lo largo del hilo del telégrafo.

No fué así; pero la pobrecita se escondió en un rincon en esta selva de piedra que se llama México, á la que llegó dos dias despues un vástago de la curia *Angelo-Politana*, con toda la tiesura y majestad con que pinta Quevedo á sus alguaciles, armado de un exhorto para prender á la fugitiva, y echando rayos por boca y narices.

La pobrecita Amalia tembló al saber esto y contentóse con hacer en su escondite una mueca *cancanera*.

Despues buscóse un abogado para perseguir á la víctima; pero no sabemos cómo, todo el negocio se arregló sin necesidad de que interviniera la diosa *Themis*, y la interesante Elena ha salido á pasearse en las calles de Troya, y no hay esperanzas de que vuelva al lado de Menelao.

Parece que la veremos todavía en las tablas del Nacional.

Una sociedad de jóvenes, presidida por el distinguido ingeniero y astrónomo D. Francisco Diaz Covarrubias, se instaló el domingo pasado en el colegio de Minería, tomando el nombre de Sociedad Filomática.

Digitized by Google

Sentimos infinito no haber concurrido á esta instalacion que fué solemne, y en que, segun se nos afirma, se pronunciaron hermosos discursos y se recitaron bellas composiciones poéticas, entre las que merece especial mencion una de Alfredo Torroella.

Sentimos tanto mas nuestra falta, cuanto que se nos hizo el honor de nombrarnos por aclamacion *socio de número*.

Hemos recibido el correspondiente diploma, y nos es grato consignar aquí las muestras de nuestro agradecimiento al señor presidente y socios por la distincion que se han servido dispensarnos.—Procuraremos ser dignos de merecerla, y ayudaremos á los jóvenes socios en su loable empresa con todo nuestro empeño.

El movimiento literario continúa haciéndose sentir en los Estados. San Luis Potosí tiene ya su periódico de literatura, y un periódico muy bonito y que honraria á cualquier país.

Redáctanle en primer lugar nuestro queridísimo amigo y hermano José T. de Cuellar, uno de los fundadores de las *Veladas literarias* en México, y uno de los que han contribuido mas eficazmente á desarrollar el amor á las bellas letras en la época actual, y á quien debemos en todas nuestras tareas y empresas la mas entusiasta cooperacion.

Facundo no podia, estando lejos del círculo de sus amigos y colegas, permanecer mas tiempo inactivo ó reducido al papel de colaborador ó de escritor político: apóstol de la literatura, debia continuar su propaganda en aquellas regiones y dejar una huella brillante de su paso en la hermosa ciudad de San Luis, que nos es querida, particularmente porque todas las publicaciones literarias de México cuentan allí con mayor número de suscritores que en otras partes; lo que prueba que San Luis es tierra buena para que fecunde la semilla de las letras.

Damos, pues, el parabien á Cuellar por su pensamiento feliz, y le prometemos ayudarle con el mismo empeño con que él nos ha ayudado siempre en todas nuestras publicaciones.

La *Ilustracion Potosina* está redactada como lo hemos dicho, en primer lugar por Cuellar, quien tiene por compañero á un jóven de México, dotado de un talento claro y de una instruccion poco comun, el Sr. D. José M. Flores Verdad, nieto del ilustre patriota del mismo nombre que fué uno de los iniciadores de nuestra independencia, y que pereció víctima de su amor á la libertad.

Un artista, que ha comenzado por dibujar una lindísima carátula para la *Ilustracion*, el Sr. Don José María Villasana, es el encargado de ilustrar el periódico que, no lo dudamos, llamará la atencion de todos los estudiosos y honrará la literatura mexicana.

El *Renacimiento* saluda á su nuevo colega.

Nuestro colaborador y amigo el doctor D. Ignacio Montes de Oca, tan conocido como helenista y literato, á quien debemos la bella traduccion de los Idilios de Bion de Smirna, así como otras muchas piezas literarias, ha partido el juéves para Veracruz, en donde se embarcará con direccion á Italia. Lleva por objeto asistir al Concilio ecuménico, en su calidad de protonotario apostólico. Sabido es el afecto que el Papa Pio IX profesa á nuestro jóven compatriota, y el cariño que este tiene, no solo al anciano Pontífice, sino á esa hermosa Italia en que ha pasado tantos años de su vida. Así es que marcha alegre y lleno de impaciencia, solo llevando la pena de dejar á la patria y á la familia.

Le fuimos á dejar á la estacion de Buenavista, y le vimos partir con sentimiento. Es un amigo, un colaborador, un ornamento de la literatura mexicana.

En el presente número publicamos su último trabajo que ha tenido la bondad de dedicar á nuestro excelente amigo el Sr. D. José Sebastian Segura, y á nosotros.

Es un Idilio de Moscho de Siracusa, discípulo de Bion, y la mas célebre de sus composiciones, el *Canto fúnebre en la muerte de Bion*.

Nuestros lectores nos agradecerán el obsequio y le saborearán á su gusto.

Nosotros le guardaremos como un tierno recuerdo de amistad, deseando al distinguido literato un viaje feliz y una pronta vuelta.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

CANTO FÚNEBRE DE BION.

IDILIO DE MOSCHO DE SIRACUSA

TRADUCIDO

Por Ignacio Acuña.

Señores Don Ignacio M. Altamirano y Don José Sebastian Segura.

Amigos mios: La benévola acogida con que honrásteis mi version métrica de los Idilios de Bion de Esmirna me sugirió la idea, ó mejor dicho, me confirmó en el propósito, de traducir en verso castellano á los otros dos bucólicos griegos. Las multiplicadas ocupaciones y viajes casi continuos me han privado de la tranquilidad y reposo que se requieren para semejante empresa; así es que apenas he podido delinear los principales cuadros de Moscho de Siracusa, sin acabar mas que uno solo, y aun este no me ha sido posible retocarlo. Es el que hoy os ofrezco, y en el cual presenta el discípulo á su maestro espirando víctima del veneno y llorado por los dioses, por los hombres y por toda la naturaleza. El original es inimitable; mi copia no puede menos que ser pobrísima. Sea como fuere, á vosotros la

Digitized by Google

dedico, y por vuestro medio á la juventud estudiosa de México y á los amantes de la literatura griega. Aceptadla como prueba de la estimacion de vuestro amigo

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON.
(ENTRE LOS ARCADES)
IPANDRO ACAICO.

México, Octubre 6 de 1869.

Undosos rios, plácidas colinas,
Llorad la muerte de mi dulce amigo;
Llorad, Dóricas fuentes cristalinas,
Al amable Bion llorad conmigo.
Selvas espesas, árboles robustos,
Doloridos gemid; gemid, arbustos;
Y vuestros tristes cálices ¡oh flores!
Exhalen, en señal de amargo duelo,
Suavísimos olores.
Cándidas rosas, frescas amapolas,
En púrpura teñid vuestras corolas.
¡Jacinto! Los cruentos caracteres
Que en tus hojas grabaste en negro dia,
Proclamen hoy que de amargura mueres;
Y el *¡ay!* que conmemora tu agonía
Mil veces en tus pétalos escribe:
¡El preclaro poeta ya no vive!

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Canoros ruiseñores,
Que entre el follaje de la selva umbría
Con lúgubre armonía
Llorais de Filomena los amores,
A las límpidas ondas de Aretusa
Decid: Yace Bion cadáver yerto,
Y la Dórica Musa
Y el canto pastoril con él han muerto.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Cisnes del Estrimon! En las riberas
De vuestro ameno rio, enviad al viento
Mil notas lastimeras,
Y con el triste acento
Con que Bion en tiempos mas felices
Cantó por vuestros labios melodiosos,
Junto á sus claras linfas
Himnos funéreos entonad llorosas,
Y á las Eagrias y Bistonias ninfas
Decid, lanzando lúgubre gemido:
¡Ay! El Dórico Orfeo ha perecido.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Aquel pastor de inspiracion divina
Que las delicias fuera del ganado,
No canta ya, de solitaria encina
Bajo la verde sombra recostado;
Mas de Pluton en la morada oscura,
Entona con tristura
Un cántico infernal junto al Leteo.
Ya no resuenan plácidos, como antes,
Los montes y collados;
Con los mugientes toros van errantes
Las vacas por los prados,
Y gimen, y se quejan,
Y el pasto olvidan y la yerba dejan.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Tu subitánea muerte
Lamenta el mismo Apolo: el Fauno hirsuto,
Por tí ¡oh Bion! amargo lloro vierte
Y visten los Priapos negro luto.
Los Panes doloridos
Con fúnebres gemidos
Tus armoniosos cánticos reclaman;
Y en vez de frescas aguas, en las fuentes
De la floresta, lágrimas ardientes
Las afligidas Náyades derraman.
Entre las breñas ásperas oculta,
Silenciosa sepulta
Eco sus profundísimos pesares,
Y sumergida se halla en hondo duelo,
Que remedar no puede tus cantares.
Sus frutos esparcieron por el suelo
Los árboles doquier en tu agonía;
Las flores marchitábanse; y la leche
De las tristes ovejas no fluia.
La miel en los panales,
En la cera se heló; que fuera agravio
Otra libar, ya secos los raudales
Que destilaban de tu dulce labio.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

De la playa del mar sobre la arena
El piadoso delfin no gime tanto;
Ni tanto filomena
Entre las rocas lastimera trina;
Jamás la golondrina
Sobre los montes moduló su canto
Con voz tan lastimera; ni Alciona
De Céis por la muerte
Cantilenas tan lúgubres entona;
Ni en el cerúleo mar la voz suave
Eleva tanto Cérilo doliente,
Ni de Memnon el ave,
En los remotos valles del Oriente,
Al hijo de la Aurora,
Sobre su tumba revolando llora;
Cual hoy en su amargura,
Con diferentes voces y cantares
¡Dulce Bion! tu muerte prematura
Lamentan en la tierra y en los mares.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Los ruiseñores todos
Y golondrinas dóciles, que un dia
Tu hermoso canto deleitar solia
Y á imitar enseñabas de mil modos
La voz humana y tu armonioso acento,
Antes que de tus cánticos se olviden,
En la selva en dos grupos se dividen
Para entonar el fúnebre lamento.
Triste desde una rama
El primer coro clama;
Y de la rama opuesta
El otro coro lúgubre contesta;
Y entrambos con unísono gemido

Digitized by Google

Replican: «¡Oh palomas! sin consuelo
Unid vuestro clamor á nuestro duelo.»

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Oh nunca bien llorado
Pastor enamorado!
¿Quién habrá ya que cante
Con tu dulce zampoña en adelante?
A tu sonora caña
¿Quién llevará sus labios? ¿Quién tamaña
Osadía tendrá, cuando el aliento
De tu sabrosa perfumada boca
Respira aún el músico instrumento;
Cuando Eco todavía
Dentro la caña, lastimera evoca
De tu apagada voz la melodía?
Tu incomparable flauta
A Pan mi mano vacilante lleva;
Mas por temor quizá de no igualarte
En el difícil arte,
A tocarla tal vez ni Pan se atreva
Y de sus labios trémulo la aparte.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

La hermosa Galatea
Inconsolable gime;
¡Ay! ¡Cuál en otro tiempo
La deleitaba tu cantar sublime!
En la orilla del mar, hora tras hora,
Junto á tí reclinada muellemente,
La ninfa seductora
De tus labios estábase pendiente.
Tu cantar incesante
No era al de Polifemo semejante.
Los rústicos amores
Del Cíclope procaz dábanle enojos;
A tí ¡oh Bion! calmando sus furores
Miraba desde el mar con tiernos ojos.
El piélago ha olvidado;
En la desierta arena ahora se sienta,
Y el huérfano ganado
Que tuyo fué, tristísima apacienta.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Dulce poeta! De las Musas bellas
Contigo han muerto los divinos dones.
De cándidas doncellas
Huyeron los hechizos virginales;
Ya no arderán los tiernos corazones
De jóvenes gallardos; á raudales
Amargo lloro los Amores vierten
En derredor de tu funérea losa,
Y la Ciprina Diosa
En esta hora fatal muy mas te ama,
Y mas pregona su dolor profundo,
Que sobre el mismo Adónis moribundo.
¡Oh rio entre los rios clamoroso!
Nuevo dolor te oprime, nueva pena
De tus desdichas la medida llena,
¡Oh Meles caudaloso!
Muerte cruel te arrebató primero
A tu divino Homero,
Vate fascinador, labio elocuente
De la diva Calíope; y la fama,
Que lloraste con lúgubre corriente
A tu hijo gloriosísimo proclama,
Y al entrar en el piélago inclemente,
Con la solemne voz de tus pesares,
La inmensidad llenaste de los mares.
Mas hoy otro hijo lloras
Y nuevo luto á contristarte viene:
Entrambos fueron gratos á las almas
Fuentes inspiradoras;
Aquel bebió las aguas de Hipocrene;
Este apagó su sed en Aretusa:
Aquel, la hermosa Helena y los Atridas,
Sublime celebró, y el grande Aquiles;
Este ignoró las guerras fratricidas,
Solo entonó canciones pastoriles,
Y al fragor de las armas siempre extraño
Cantando apacentaba su rebaño;
Y ya sus caras vacas ordeñaba,
Ya flautas y zampoñas fabricaba;
Del campo celebraba los placeres,
Y los tiernos amores
Cantaba de los cándidos pastores,
Siempre á Cupido grato y á Citéres.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

No hay ínclita ciudad que no te llore;
No hay ¡oh Bion! un pueblo ni una villa
Que tu temprana muerte no deplore.
Que á Hesíodo muy mas, Ascra te siente,
Y la Beocia gente
Por tí mas que por Píndaro suspira.
Menos lloró la pérdida de Alceo
La amurallada Lesbos; y la lira
De su afamado vate,
Menos que tu zampoña extraña Ceo.
De Arquíloco en la muerte no se abate
Tanto cual hoy, la montañosa Paros,
Y á su Safo querida,
Por lamentarte, Mitilene olvida.
Cuantos pastores, á las Musas caros,
Saben cantar, su dulce poesía
Consagran á tu lúgubre memoria.
Sicélides, de Samos honra y gloria
Entona tierno flébil elegía.
De la Cidonia en medio á los poetas,
Sus sólitos concentos
Trueca el alegre Lícida en lamentos,
Y del viejo Filetas
Llora por tí la dolorida Musa
Al márgen del Halentes cristalino.
Tambien en Siracusa
Te lamenta Teócrito divino;
Y yo, cuitado, en tanto,
Te ofrezco un funeral, Ausonio canto;
Yo, no del todo extraño á la armonía
De los metros bucólicos, que diestro,
¡Oh llorado maestro!
A tus alumnos enseñaste un dia.
De la Dórica Musa y de sus dones
Gloriosos herederos nos hiciste;
Tus ricas posesiones
A otros legaste en codiciada herencia;
A mí de tus cantares la cadencia.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Digitized by Google

¡Triste de mí! Cuando en el seco huerto
El apio verdeclaro se marchita;
Cuando las malvas lánguidas perecen
Y el encrespado hinojo cae muerto,
Renacen al otro año y reflorecen.
Mas ¡ay! cuando una vez nos precipita
En la tumba la muerte inexorable,
A nosotros, los grandes, vigorosos,
Sabios varones, sueño imperturbable,
Largo, infinito, eterno,
De la tierra en los senos tenebrosos
Fuerza nos es dormir: y mientras yace
Tu cadáver ¡Bion! en honda fosa,
Mudo y sin notas, á las Parcas place
Que cante sin cesar la rana odiosa....
¡Canta, rudo animal! Sin miedo canta
De que te turbe la palabra mia.
¿A quién zelos darás? ¿A quién no hastía
El graznido sin fin de tu garganta?

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Llega el veneno á tu canora boca,
Y en el cáliz ¡Bion! bebes la muerte.
¿Cómo tu labio toca
Y en dulcísima miel no se convierte?
¿Quién de tus bellos cantos
Insensible á los mágicos encantos,
Quién de tu grata pastoril zampoña
Sordo á la voz divina,
Mortífera ponzoña
Con alevosa mano te propina?

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

A todos ¡oh dolor! sin esperanza
La merecida pena nos alcanza.
Yo, desdichado, en el comun quebranto
Al duelo universal uno mi llanto
Y tu muerte deploro. ¡Oh! si pudiera
Cual Orfeo y Ulises elocuente,
Y que ambos antes, Hércules valiente,
Al infierno bajar, yo descendiera
Con alma fuerte y con veloces plantas
Al reino de Pluton, á ver si cantas
En el Orco tambien, y qué canciones.
A la real Doncella
Que triste impera en la region umbría
Canta una siciliana melodía
Y un himno pastoril; que tambien ella
La zampoña tañer alegre supo,
Y el Dórico cantar la deleitaba
Cuando la suerte plácida le cupo
De vivir libre en el Trinacrio suelo,
Del rojo Mongibelo
Mirando siempre la encendida lava.
No sin la recompensa merecida
Tu canto quedará. Si el Tracio Orfeo,
Desde la negra márgen del Leteo
A Eurídice volver pudo á la vida,
Con la dulce influencia
De su mágica lira armoniosa,
Hécate poderosa
Del canto cederá á la omnipotencia,
Y olvidando otra vez su injusta saña,
Te volverá de nuevo á tu montaña,
¡Lamentado Bion! Y si yo mismo
Templar supiera el músico instrumento,
¡Cuál entonara en el oscuro abismo,
Ante Pluton, armónico concento,
Hasta traerte, á fuerza de canciones,
De nuestra dulce vida á las regiones!

NOTAS.

Moscho de Siracusa, gramático y poeta bucólico, vivió hácia los años de 250 antes de Jesucristo. De sus idilios restan cuatro atribuidos unánimemente á él; dos que muchos han considerado de Teócrito, y dos que muchos creen de Bion, y nosotros hemos incluido en las obras de este último. Como se ve por el anterior idilio, fué contemporáneo de Bion y de Teócrito; sus poesías son inferiores á las de estos, aunque escribe con elegancia y viveza. Su nombre deberia escribirse *Mosco* en castellano; pero casi todos los escritores españoles han conservado la *h*, y hemos creido conveniente acomodarnos á la ortografía general.

Línea 10.—He puesto *amapolas* en vez de *anémona*, siguiendo la costumbre de algunos traductores españoles, por ser flor mucho mas conocida. Por la misma razon, en la línea 249 he traducido ἀνήθου por *hinojo*, aunque no es precisamente el mismo.

Línea 12.—Jacinto, hijo de Piero y de Clio, fué muerto violentamente por Zéfiro. De su sangre brotó la flor que lleva su nombre, y el AI que se observa en sus hojas es el grito de Apolo, afligido por su muerte. Tambien Ayax Telamon, despues de su suicidio, fué cambiado en la misma flor, quedando grabadas en sus pétalos las dos primeras letras del nombre del héroe.

Línea 19.—Uno de los muchos nombres de Sicilia fue *Trinacria*, y sus habitantes se llamaron trinacrios. Este retornelo en que se invita á las Musas de la isla habitada por Bion y sus alumnos á prorumpir en llanto por el gran bucólico, es graciosísimo en el original.

Línea 22.—Filomena, perseguida de muerte por su padre, por causa de sus amores con Tereo, para escapar al furor de aquel, rogó á los Dioses la convirtieran en pájaro, y fué trasformada en ruiseñor.

Línea 23.—Aretusa, ninfa amada de Alfeo, fué trasformada por Diana en una célebre fuente de Sicilia.

Línea 25.—El dialecto Dórico fué usado de preferencia por los bucólicos griegos. Por eso se habla tanto en este idilio de la *Musa Dórica*, del *cantar Dórico*, de las *fuentes Dóricas*, etc.

Línea 29.—El Estrimon era un rio de Tracia en que abundaban los cisnes.

Línea 37.—El Eagro era tambien rio de Tracia, y los Traces se llamaban tambien Bistonios. En esas regiones fué donde Orfeo, despues de la pérdida de su esposa Eurídice, recibió muerte cruel á manos de las Bacantes.

Línea 54.—Este hermoso pasaje ha sido imitado por Virgilio en la Egloga V.

Líneas 58 y siguientes.—Los Faunos ó Sátiros, los Priapos y los Panes, eran divinidades campestres protectoras de los pastores; las Náyades eran ninfas que reinaban sobre las fuentes, rios y manantiales de agua dulce.

Línea 83.—Alude probablemente al delfin que sacó á la playa el cadáver del poeta Hesíodo, cruelmente asesinado y arrojado al mar.

Línea 88.—Alciona ó Alcinoa, esposa de Céis, se afligió tanto con la muerte de este, acaecida en un naufragio, que se arrojó al mar; los Dioses por compasion la trasformaron en el pájaro conocido con el nombre de *Alcion* ó *Martin pescador*. Cérilo fué tambien trasformado en un pájaro marino, que muchos confunden con el alcion.

Línea 93.—Memnon, rey de Abidos, fué muerto por Aquiles delante de Troya. Sus cenizas fueron cambiadas en pájaros llamados *Memnonides*.

Línea 116.—Es graciosísima esta invitacion á las palomas, animal consagrado á Vénus, á quien Bion babia dedicado varias de sus composiciones.

Línea 136.—Esta hipérbole fué imitada por Virgilio en la Egloga IV.

Línea 140.—Los amores de Polifemo y Galátea eran tema favorito de los poetas bucólicos. Aquí parece que se hace alusion á algun idilio de Bion que se ha perdido.

Línea 160 y siguientes.—He atenuado algunas expresiones un sí es no es ofensivas al decoro.

Línea 175.—El Meles, hoy *rio de Esmirna*, fué padre de Homero, por lo cual este se llamó tambien *Melesigenes*.

Digitized by Google

Línea 214.—Ceo ó Ceos, una de las Cícladas, fué patria de Simonides.

Líneas 219 y siguientes.—No he tenido presente otra edicion griega fuera de la de Lóndres de 1728. En ella faltan los once versos siguientes, que he traducido de la version latina de Zamagna. Se cree que fueron añadidos por Marco Musuro de Candía, para llenar la laguna que nos dejó la pérdida de los versos originales.

Línea 233.—Ausonia era uno de los nombres de Italia.

Línea 245.—Este pasaje fué imitado por Horacio, l. 4, oda 7.

Línea 259.—Algunos han tachado de pueril este concepto. A mí me parece uno de esos lamentos muy naturales cuando nos hallamos afligidos por la pérdida de una persona ilustre y querida.

Línea 291.—Proserpina, llamada tambien Hécate, era una ninfa siciliana que fué robada por Pluton y constituida reina del Infierno. Los griegos continuaron llamándola: Κόρη (en Dórico Κώρα) *la Doncella* por antonomasia.

Línea 297.—He preferido el nombre moderno de *Mongibelo* al de *Etna*, por parecerme mas sonoro en castellano.

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

V

Llegada á Guadalajara.

Por lo demas, excusado es decir que el pobre comandante ni tenia aventuras de amor, ni aunque las tuviera serian del carácter de las de Flores.

Era profundamente antipático para las mujeres, y él, que lo conocia, no las frecuentaba.

Siempre vestido con su uniforme cuidadosamente aseado, pero sin lujo, cuando asistia á algun baile, que era pocas veces y obligado por el coronel, se mantenia en un rincon y se retiraba á poco tiempo.

Así pues, ni una triste cualidad tenia mi comandante. Era un pobre diablo bien seco, bien fastidioso, bien repulsivo.

Pero al dia siguiente de aquel en que llegamos á Guadalajara, le vimos trasformarse, lo que nos hizo pensar mucho.

En la mañana se peinó, se vistió esmeradamente y salió del cuartel, dirigiéndose á una de las casas centrales.

En la tarde volvió muy contento, trayendo en la mano un pequeño ramillete de eliotropos.

Alguno le dijo chanceándose:

—Parece que viene vd. contento, comandante; cosa rara! trae vd. flores, cosa mas rara todavía. ¿Qué milagro es este?

—¡Oh, es una cosa muy sencilla, respondió, hace tanto tiempo que no veo uno solo de mis deudos que me alegro de encontrar uno aquí!

—Hola! ¿tiene vd. aquí un deudo?

—Sí.

—¿Es uno, ó una?

—Una.... es una prima mia, contestó sonriendo y haciéndose comunicativo por la vez primera.

—Linda eh, comandante?

—Sí, es guapa, muy guapa.

A estas palabras Enrique Flores se acercó al grupo que se habia formado en torno de Valle.

—Y bien, compañero, ¿conque tiene vd. primas guapas? pues vea vd., yo creia que no tenia vd. parientes en este mundo.

—Si los tengo, respondió Valle, tengo muchos, mas de los que vd. cree, y en posicion que vd. no sospecha: solo que yo los detesto á casi todos.

—Es claro: vd. detesta á todo el mundo: pero vamos á ver, ¿aborrece vd. tambien á la primita?

—No: á esa no, ni tengo motivo, ahora la conozco, y á primera vista creo que es buena criatura.

—A primera vista, pícaro: ¡eso quiere decir que es bella! Caballeros, hé aquí el prodigio, Valle enamorado, Valle el taciturno, Valle el huraño, Valle el enemigo de las pasiones, Valle el que se reia con desden de nuestras debilidades, hélo aquí que se humaniza, que se hace accesible, que se apasiona.... ¡Mal negocio, compañero, mal negocio! va vd. á hacer mas locuras que nosotros, porque los empedernidos como vd., cuando resbalan, no paran hasta el abismo.

Valle recibió esta andanada que el burlon comandante le dirigió con su volubilidad y buen humor de costumbre, y se encogió de hombros.

—Conoceremos á la primita, por supuesto, añadió Flores: esto es si vd. no lo lleva á mal, sino se vuelve vd. un Otelo, porque tambien es otra gracia de los taciturnos y de los castos; cuando se enamoran se hacen celosos como unos árabes.

—No hay inconveniente, replicó Valle. Vd. la conocerá si ella lo permite, que sí lo permitirá. Es una jóven amable y admirablemente educada, y que tendrá mucho placer en conocer á mis camaradas.

—Muy bien, concluyó Flores, vd. señalará el dia de nuestra presentacion, y que sea pronto, porque es preciso comenzar á hacer conocimientos en esta ciudad que es un búcaro de rosas, que es un nido de ángeles.

Y dando un golpecito con familiaridad en el hombro de Valle, se retiró, haciendo nosotros lo mismo, no sin decir cada uno con malignidad:

—¡Pobre primita con Enrique!

Ahora bien: faltábame decir á vdes. que el comandante no parecia querer á nadie en el cuerpo mas que á Enrique. Sea que el carácter simpático de Flores hubiera ejercido su influencia de siempre en el ánimo de Valle, sea que este por miras secundarias tuviese necesidad de aparentarla, el hecho es que manifestaba frecuentemente una sincera afeccion hácia el comandante.

Le hablaba algunas veces sobre asuntos menos serios que los del servicio militar, le ayudaba en los trabajos de su escuadron, particularmente á llevar su papelera, lo que hacia con facilidad y acierto: y algunas veces se propasó hasta regalarle alguna botella de exquisito vino, ó un ramillete para que obsequiase á sus queridas.

Flores, en cambio, le reñia por su carácter reservado, le encargaba comisiones enfadosas, manifestándole de este modo su predileccion, y aun solia pedirle consejo en asuntos del servicio.

Digitized by Google

Así, pues, se habia entablado entre ambos jóvenes, si no una amistad, al menos una relacion que no era la del ódio.

Esto explica la amabilidad con que Valle prometió á Enrique llevarle á casa de su prima.

VI

Guadalajara de lejos.

Hallábase Guadalajara en aquellos dias llena de animacion.

Apropósito, me parece conveniente hacer á vdes. la descripcion de esta hermosa ciudad que tal vez no conozcan.

Guadalajara, que á justo título puede llamarse la reina de Occidente, es sin duda alguna la primera ciudad del interior, pues si bien Leon tiene una poblacion mas numerosa, y Guanajuato la tiene casi igual, la circunstancia de ser la primera de estas dos ciudades muy pobre y escasa de monumentos, y de estar la segunda situada en un terreno áspero y sinuoso aunque rico en metales, hace que Guadalajara por su belleza, por su situacion topográfica, por su antigua importancia en tiempo de los Vireyes y que no ha disminuido en tiempo de la República, sea considerada superior, no solo á las ciudades que he mencionado sino á todas las de la República.

La antigua capital de la Nueva Galicia, que contaba en el año de 1738 mas de ochenta mil habitantes, segun afirma Mota Padilla cronista de todos los pueblos de Occidente, ateniéndose á los padrones de su tiempo, razon por la cual me parece extraño que el célebre Baron de Humboldt no le haya concedido mas que diez y nueve mil, parece conservar una poblacion igual á la que tenia en el siglo pasado, aunque segun los datos estadísticos recientes se afirme que disminuye.

Esto, y el hecho de ser el centro agrícola y comercial de los Estados Occidentales, así como el haber representado siempre un papel importantísimo en nuestras guerras civiles, dan á Guadalajara un interés que no puede menos de inspirar la curiosidad mas grande á los viajeros mexicanos que la ven por primera vez.

Yo particularmente sentia un placer inmenso en ir acercándome instante por instante á la bella ciudad que habia oido nombrar á menudo como la tierra de los hombres valientes y las mujeres hermosas, y esto me compensaba en parte de la contrariedad que sufria por verme alejado del círculo de los sucesos militares.

Guadalajara está separada del centro de la República por una faja de desierto que comienza en Lagos, y que con la única interrupcion de Tepatitlan, pequeño oasis famoso por la belleza de las *huríes* que le habitan, concluye á las puertas de la gran ciudad: de modo que esta se muestra al viajero que la divisa á lo lejos, mas orgullosa en su soledad, semejante á una mujer que dotada de una hermosura régia se separa del grupo que forman bellezas vulgares, para ostentarse con toda la majestad de sus soberbios encantos.

Por el lado de las poblaciones centrales de México, Guadalajara está defendida naturalmente por el caudaloso rio de Santiago, que nacido en la gran mesa del Anahuac, y despues de formar el lago de Chapala, va á desembocar en el mar Pacífico.

Por el Occidente se alza gigantesca y grandiosa una cadena de montañas cuyos picos azules se destacan del fondo de un cielo sereno y radiante.

Es la cadena de la Sierra Madre que atraviesa serpenteando el Estado de Jalisco, y cuyos ramales toman los nombres de *Sierra de Mascota*, *Sierra de Alica*, y más al Norte el de *Sierra del Nayarit*, yendo despues á formar las inmensas moles auríferas de Durango, hasta salir de la República para tomar en la América del Norte el nombre de *Montañas Pedregosas* (*Rocky mountains.*)

En el centro de este valle, trazado por el gran rio y por la gigantesca cordillera, se halla asentada Guadalajara.

Magnífico es el aspecto que presenta al que la ve llegando por el lado del Oriente, y despues de trasponer las últimas colinas que bordan la ribera del Santiago por el paso de Tololotlan.

La vista no puede menos de quedar encantada al ver brotar de la llanura como una vision mágica, á la bella capital de Jalisco, con sus soberbias y blancas torres y cúpulas, y sus elegantes edificios que brillan entre el fondo verde oscuro de sus dilatados jardines.

Todavía mas que Puebla, Guadalajara parece una ciudad oriental, pues rodeada como está de una llanura estéril y solitaria, encierra en seno todas esas bellezas que traen á la memoria la imágen de las antiguas ciudades del desierto, tantas veces descritas en las poéticas leyendas de la Biblia.

Efectivamente, la llanura que rodea á la ciudad, da un aspecto extraño al paisaje, que no se observa al aproximarse á ninguna de las otras ciudades de la República.

En las mañanas del estío, ó en los dias del otoño y del invierno, como en los que llegué por primera vez á Guadalajara, aquel valle es triste y severo; el cielo se presenta radioso y uniforme, pero el sol abrasa y parece derramar sobre la tierra sedienta torrentes de fuego.

La brisa es tibia y seca; y el suelo, pedregoso ó tapizado con una espesa alfombra de esa arena menuda y bermeja que los antiguos indios llamaron con el nombre genérico de *Xalli* de donde se deriva Jalisco, se asemeja á la rambla de un inmenso lago disecado, ó al relleno cráter de un volcán extinguido hace millares de siglos.

Esto, como he dicho, en los tiempos calurosos: pero en la estacion de aguas todo allí cambia de aspecto.

El cielo aparece siempre entoldado de nubes sombrías y tempestuosas; la cordillera no se distingue en el horizonte oscuro; la ciudad se envuelve en un

Digitized by Google

manto de lluvia; silba el viento de la tempestad en la llanura desierta; se estremece el espacio á cada instante con el estallido del rayo, y el valle todo aparece magníficamente ceñido con una corona de tormentas.

En pocos lugares de la República puede contemplarse el grandioso espectáculo que en Guadalajara, que pudiera llamarse la hija predilecta del trueno y de la tempestad.

Parece tambien que este cielo y esta atmósfera influyen en el alma de los hijos de la ciudad, pues hay algo de tempestuoso en sus sentimientos; y en sus amores, en sus odios y en sus venganzas se observa siempre la fuerza irresistible de los elementos desencadenados.

Pero volviendo al camino de Guadalajara observaré que no se advierte al aproximarse á ella ese movimiento, esa animacion que anuncian la proximidad de una ciudad populosa.

Ni carros, ni caminantes, ni rebaños se divisan en aquellas cercanías.

Apenas atraviesa veloz uno que otro ginete por aquellos senderos arenosos y tristes. El silencio rodea por todas partes á la mas alegre y bulliciosa de las ciudades de Occidente.

Así avanzando, y cuando se camina absorto contemplando á lo lejos aquel cuadro de desolacion, repentinamente una oleada de brisa fresca y balsámica anuncia al viajero que ha llegado por fin al suspirado oasis de Jalisco.

Casi sin apercibirse de ello toca uno en ese pueblecillo delicioso que se llama San Pedro, por el cual se entra á Guadalajara como por una portada de verdura y de flores.

San Pedro es un lugar de recreo con lindas casas de campo y bien cultivados jardines. Desde que se entra en sus callecitas alegres y risueñas, se comprende que el paraíso va á compensar á uno del fastidio del desierto.

Sobre las cercas, cubiertas con millares de parietarias, se asoman la oscura copa del nogal, el zapote de hojas brillantes, la magnolia con sus grandes y blancas flores, y el naranjo con sus pomas de oro.

Los árboles de diversas zonas se mezclan allí en admirable consorcio. El plátano confunde á veces sus anchos abanicos con los ramajes del albaricoque, y el chirimoyo se cubre de flores á la sombra de la higuera. El granado se cobija bajo las ramas del olivo, y el limonero y el manzano parecen alargarse mútuamente sus aromáticos frutos.

Se comprende al ver esto el por qué se ha dado á Jalisco el nombre de la Andalucía de México, y por qué el buen Mota Padilla, hijo cariñoso de Guadalajara, haya dicho, al hablar de ella: *que está situada en país alegre, abastecido y regalado.*

No menos entusiasta que Mota Padilla, yo tambien me he difundido, señores, de una manera que parecerá fastidiosa á quien no estime aquella tierra, á la que me siento unido por la dulce cadena de los recuerdos.

Perdonad mi aficion á describir, y no la juzgueis tan censurable mientras que ella sirva para dar á conocer las bellezas de la patria, tan ignoradas todavía.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(*Continuará.*)

A*****

I

A tu amoroso corazon prendidas,
Estás del corazon cándidas flores,
Lleva, mi dulce bien, pues recogidas
Han sido en el verjel de tus amores.
Riégalas ¡ay! pues si tu amor les quitas
Antes de anochecer caerán marchitas.

II

LAS FLORES.

Dadme aire, dadme aroma, las flores me envanecen;
Parece que alimentan las flores mi existir.
¡Oh, cuánto les envidio lo pronto que fenecen!
¡Morir jóven y amando, será un dulce morir!
Para matar un lirio, un rayo del sol basta;
Tambien sé que una lágrima mi bien puede matar;
¿Mas qué importa á la rosa morir si muere casta?
¡Dichosa ella que muere en su primer pesar!
Hojillas miserables, los vientos en su enojo
¡Ay, cuánto las ultrajan antes de sucumbir!
Así, hojilla que lucha del mal contra el enojo,
El hombre, compra cara la dicha de morir.
Mas dadme, dadme flores; su aroma me adormece!
Dejadme entre sus cálices en la ilusion vivir.
¡Oh! cuánto envidie al lirio lo pronto que fenece....!
¡Morir jóven y amando, será un dulce morir....!

III

¿DUERMES?

¿Y duermes cuando pura la noche está y hermosa?
¿No ves que huye la luna? ¿Así huyes tú de mí?
Fué en vano que rindieras una alma desdeñosa,
¿Y duermes, alma mia? Conmigo sueñas, dí?
¿Se agitan los secretos en tu alma enamorada,
Que abrasan con su fuego el alma de los dos?
Secretos que atesora tu boca nacarada,
Y que tan solo se oyen, muy quedo, acá entre nos.
¿Mandaste ya tu acento entre la brisa fria
Que viene cariñosa mis flores á besar?
¡Ay! no; que es de la noche la vaga melodía!
Aun no llega tu aliento mis llantos á secar.
Conserva, sí, por siempre tu doloroso imperio
Sobre esta alma que quiere con su dolor vivir;
Deja que te ame y sufra, mi mal será un misterio,
Que es dulce tal tormento aunque él me haga morir.
Ven, ¡ay! que yo te sienta sentada en mis rodillas
Temblar como en su tallo el cándido jazmin;
Despiértate, que pronto caerán ya las cabrillas
Y llega con la aurora de nuestra dicha el fin....

IV

AMOR.

Esto que el alma encierra cual nuestra edad fogosa,
Si á hablarte me atreviera ¿cómo explicarlo yo?
Es un espejo donde se ve tu faz hermosa,
Re trato palpitante que mi pasion formó.

Digitized by Google

Y creo que eres tú misma, así te veo en la ausencia;
Tambien de noche, y ¡cómo! ¿tú velas sin cesar?
¡Ay! el placer que á mi alma le das con tu presencia,
La flor de mi existencia muy pronto ha de agostar!
De amor un ángel mismo, hablábales de amores
Tal vez á nuestras madres, y de una alma formó
Dos séres que se hallaron llorando entre las flores:
Mitad de esa alma tienes y la otra tengo yo.
¡Ay, deja que aprisione mi suerte con tu suerte,
Que en calma yo te adore y tú tan solo á mí!
Si tal placer y dicha están tras de la muerte,
Morir pronto quisiera; pero contigo ¡ay, sí!

V

SIEMPRE JUNTOS.

De la blanca paloma de los bosques
Es un pichon el compañero fiel,
Y si le veis que sin sosiego vuela,
Es que va en pos de su adorado bien.
Ni tiene mas encanto y mas amores
Que el blando nido en que su dicha ve,
Al que calienta con sus blancas alas
Y al que da sombra el inmortal laurel.
Dejad que unidos y de amor palpiten
Dos corazones que inflamó el placer;
Un hilo de oro es su inocente vida
Que une en secreto su dichoso sér.
Atraviesan el mundo entre delicias,
Sin saber que el dolor llega despues;
Mas no les desateis, dejadles juntos;
¡Ay! separados, morirán tal vez!
Una poca de sombra es cuanto anhelan,
Un poco de aire en que volar tambien,
Y un poco de agua en la risueña fuente
Para calmar su devorante sed.
Solos los dos entre la tierra y cielo,
Basta á su afan un nido en el verjel,
Donde entre aromas y al rumor del aura
Oculten su ventura y su placer.
Cuando no veais al declinar la tarde
Cruzar ansioso al compañero fiel,
A esa tierna mitad de la paloma
Que entre los bosques revolar se ve,
¡Ah! no penseis que de los dos alguno
Haya inconstante traicionado cruel,
Que ellos se amaron con amor del alma,
Y el alma puede amar solo una vez!
Seguid cuidosos sus ligeras alas
Allá en el bosque que formó su eden,
Y su nido buscad ¡dulce sepulcro!
Hoy silencioso y tan alegre ayer....
Y sobre él mirareis cuatro alas mústias
Sobre dos corazones que á la vez
Tibios aun laten.... mas sus almas fueron,
¿Sabeis adónde? ¡al celestial eden!

VI

¡DIME QUE NO!

Me agobia el tiempo cuando no te miro.
¡Cuánto su amarga lentitud me aqueja!
Siento que el alma lánguida me deja,
Y lloro, y sufro, y desfallezco ¡ay, sí!
Creo que tu voz despierta mis recuerdos;
Tiemblo, te escucho y mi ansiedad acrece,
Y es un eco del viento que estremece
Mi alma que dice: «¡Oh Dios, hazla venir!»
Cuando en tu imágen mis sentidos fijo,
No sé si el susto ó el placer me mata;
Pero el viento tu sombra desbarata
Y escápase tu nombre al corazon;
Mas si llegas ¡ay Dios! cuando te veo
Respiro salvo, y á tus brazos vuelo;
¿Y sabes dónde vamos? hasta el cielo:
Porque es un cielo el que me da tu amor.

Mas, ¿por qué lloras? como hiel amarga,
En tu labio y mi labio que se unieron,
Tu lágrima cayó, y otras cayeron....
¡Tu mano entre mis manos se agitó!
¿Verdad que eres mi hermana, vida mia,
Y yo la sombra de tu cuerpo hermoso?
¡Oh crudo pensamiento y doloroso!
¡Yo tu hermano!... jamas!... ¡Dime que no!

VII

Si en estos versos tus divinos ojos
Hallan la frase que escribí temblando,
Recógela del fuego y los abrojos
Adonde el corazon vive llorando....
¡Ay! no te cause mi cariño enojos;
Mi amor secreto guardaré penando:
¡Oh amor del alma hermoso y peregrino
Riega en mi noche tu esplendor divino!

LUIS GONZAGA.

La Alhóndiga de Granaditas.

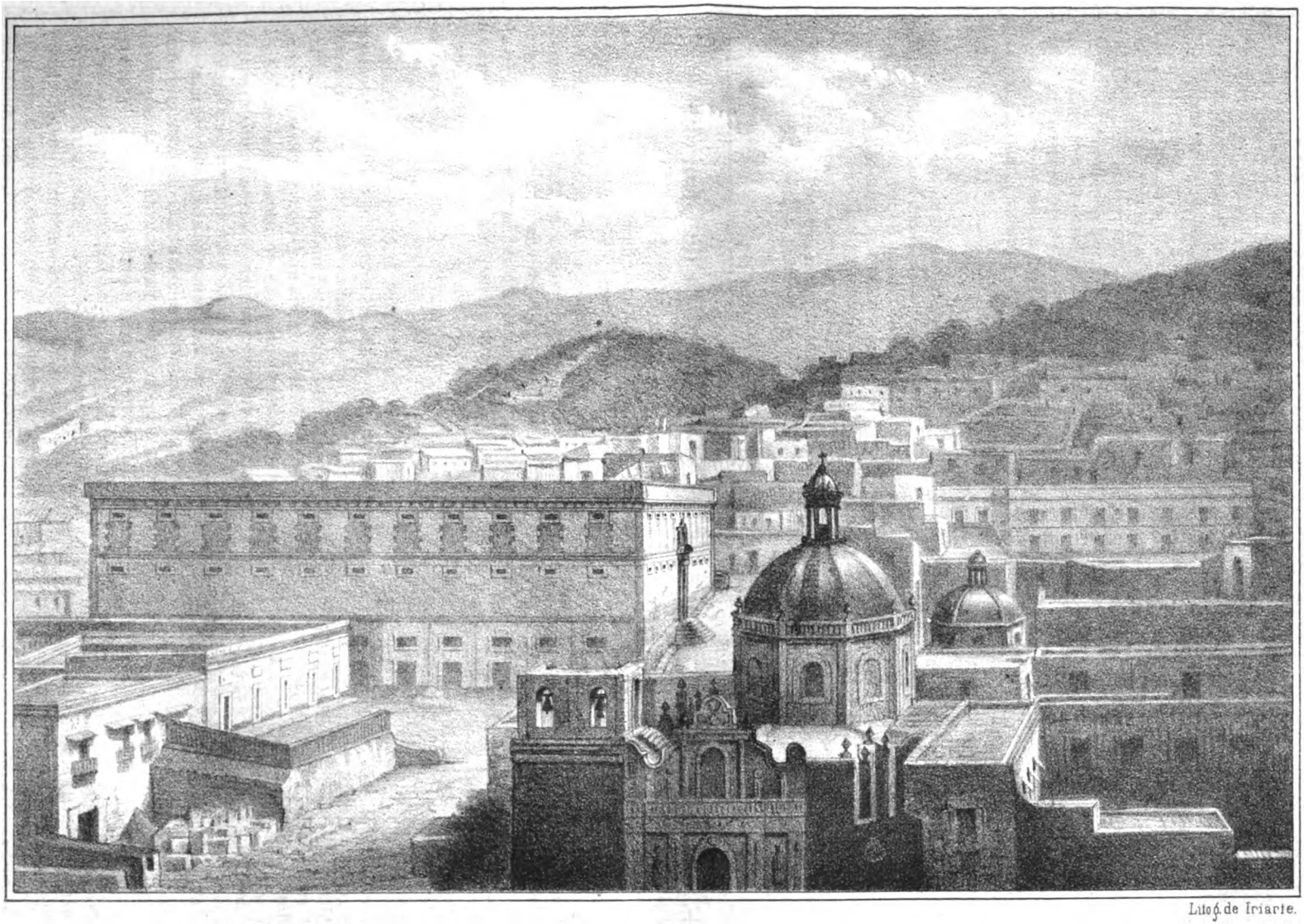
(GUANAJUATO.)

El año 1783 fué un año aciago para la Nueva España. A consecuencia de recias heladas caidas fuera de sazon y cuando los sembrados no pudieron resistirlas, quedaron perdidas las cosechas; escasearon los mantenimientos en una gran region; la gente infeliz tuvo que sustentarse hasta con objetos mal sanos, y sobreviniendo la peste causó grave estrago en la multitud. El año 1783 es conocido en nuestra historia con el nombre funesto de *el año de la hambre.*

El recuerdo de estos amargos padecimientos, y la necesidad de poner coto á la codicia de los comerciantes que señalaban un precio excesivo á los granos, hizo concebir algunos años despues, al intendente de la provincia de Guanajuato D. José Antonio Riaño, el proyecto de formar una alhóndiga que pudiera contener maiz y harina suficientes para el consumo de la ciudad en un año, ya para la gente infeliz, ya para las innumerables caballerías empleadas en las labores de las minas. La idea encontró buena acogida en el ayuntamiento de Guanajuato; se formaron el plano y presupuesto de la obra; se pidieron al superior las licencias necesarias, y lograda la autorizacion para gastar la cantidad de 218,306 pesos, se arbitró un fondo que principalmente se compuso del producto de dos reales por carga, que debia pagar cada una de maíz que fuera introducida en la ciudad.

Escogido el terreno para la construccion, que fué en la cuesta llamada entonces de Valdés, en cabil-

Digitized by Google



Litog.de Iriarte.

VISTA DE LA ALHONDIGA DE GRANADITAS EN GUANAJUATO

Digitized by Google

Digitized by Google

do de 1º de Agosto de 1797 se nombraron por comisionados para entender en aquella á D. Julian de Larin y D. Salvador Rétigui: en los años siguientes Larin continuó hasta finalizada la obra, acompañado por un regidor escogido por el ayuntamiento. Segun consta en una cuenta manuscrita que tengo á la vista, los primeros gastos se hicieron en Diciembre de 1797, para la compra de algunas casas que se demolieron á fin de dejar limpio el terreno: á medida que fué necesario se adquirieron otras nuevas fincas durante los años de 1798 y 1799, importando todas, conforme al avalúo del maestro de ciudad José Alejandro Villaseñor, la suma de 25,843 pesos, tres reales, dos octavos. Los trabajos materiales tuvieron principio el 2 de Enero de 1798, continuando con pequeñas interrupciones hasta el 20 de Febrero de 1801; se prosiguieron de 13 de Marzo á 3 de Setiembre de 1803; y por último, se les puso de nuevo mano el 11 de Marzo de 1805 hasta quedar concluido el edificio el 23 de Setiembre de 1809. El importe total de las rayas semanarias subió á 192,428 pesos, 5 reales, 1 octavo; añadiéndole el valor de las casas compradas, dará como costo final de la Alhóndiga de Granaditas, la cifra de 218,263 pesos, 0 reales, 3 octavos, que no llegó á la cantidad que el gobierno permitió invertir en la obra.

D. Lúcas Alaman, en su—*Historia de México desd e los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*—tom. I, presenta una vista y el plano de la alhóndiga de que vamos tratando, con las siguientes noticias, á la página 411:—«Escogió para levantar este edificio un sitio á la entrada de la ciudad, en la loma en que termina hácia el Poniente el cerro del Cuarto, que es el punto donde se juntan el rio que atraviesa la poblacion y el que baja de las minas, que por el nombre de una de ellas se llama de Cata. Riaño en esta construccion quiso manifestar no solo su próbido cuidado para el abastecimiento de la capital de la provincia que gobernaba, sino tambien sus conocimientos y buen gusto en la arquitectura. Es la alhóndiga un cuadrilongo cuyo costado mayor tiene ochenta varas de longitud: en el exterior no tiene mas adorno que las ventanas practicadas en lo alto de cada troje, lo que le da un aire de castillo ó casa fuerte, y lo corona un cornisamento dórico, en que se hallan mezclados con buen efecto los dos colores verdoso y rojizo de las dos clases de piedra de las hermosas canteras de Guanajuato. En el interior hay un pórtico de dos altos en el espacioso patio: el inferior con columnas y ornato toscano, y el superior dórico, con balaustres de piedra en los intercolumnios. Dos magníficas escaleras comunican el piso alto con el bajo, y en uno y en otro hay dispuestas trojes independientes unas de otras, techadas con buenas y sólidas bóvedas de piedra labrada. Tiene este edificio al Oriente una puerta adornada con dos columnas y entablamento toscano, que le da entrada por la cuesta de Mendizábal, que forma el declive de la loma y se extiende hasta la calle de Belen, teniendo á la derecha, al subir, el convento de este nombre, y á la izquierda la hacienda de Dolores, situada en el confluente de los dos rios. Al Sur y Poniente de la Alhóndiga corre una calle estrecha que la separa de la misma hacienda de Dolores, y en el ángulo del Nordeste viene á terminar la cuesta que conduce al rio de Cata, en la plazuela que se forma en el frente del Norte, donde está la entrada principal adornada como la del Oriente, en la que tambien desemboca, frente al ángulo Nordeste, la calle que se llama de los Pocitos y la subida de los Mandamientos, que es el camino para las minas. El edificio tiene en el exterior dos altos por el lado del Norte y parte de los de Oriente y Poniente, y en el resto de estos y en el lienzo del Sur tres, requiriéndolo así el descenso del terreno: este piso mas bajo no tiene comunicacion con el interior, y en el exterior no hay mas que las puertas de las trojes que lo forman.»

Terminada la Alhóndiga de Granaditas, que así se llamó desde un principio, y no fué nombre que se le impusiera despues, fué uno de los edificios principales de Guanajuato, así por el objeto á que estaba destinado, como por lo fuerte y bello de la construccion. Sin embargo, esta casa no saca de semejantes prendas el ser muy conocida en nuestra historia; su conocimiento se hizo popular desde el primer año de la guerra de independencia, porque en ella tuvieron lugar horribles acontecimientos que lastiman el alma, y allí se logró la primera victoria por el ejército de los insurgentes. No entra en mi plan narrar detenidamente aquellos hechos; pretendo solo decir lo que al edificio corresponde, y aun así necesito dar algunos breves apuntes.

D. Miguel Hidalgo y Costilla, ayudado de Allende y de Aldama, habia comenzado la gloriosa revolucion el 16 de Setiembre 1810, en el pueblo de Dolores. Al anochecer del mismo dia entraban en San Miguel el Grande donde se les reunia el regimiento de la Reina; en Atotonilco encontraron la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe que sirvió de bandera á los insurrectos, y pasando por Chamacuero, entraron en Celaya el 21 del mismo Setiembre. El siguiente dia 22 los cincuenta mil hombres de que se componia el ejército nombraron á Hidalgo capitan general, y teniente general á Allende, tomándose allí mismo la resolucion de marchar sobre Guanajuato que estaba con poca defensa, dejando para mas tarde acometer á Querétaro que ya contaba con buena guarnicion.

El intendente Riaño tuvo noticia de lo ocurrido en Dolores desde el dia 18, y adivinando que seria atacado reunió los elementos que pudo para resistir. Consistian estos en el batallon provincial de Guanajuato, con unas trescientas plazas; en una compañía de paisanos armados, de poco mas de cien hombres, casi en la totalidad españoles; y en las dos compañías del regimiento del Príncipe, correspondientes á Irapuato y á Silao, con unos setenta dragones mal

Digitized by Google

armados y peor montados. Riaño pensó primero en disputar la ciudad entera, para lo cual construyó en las calles algunas fortificaciones pasajeras; pero mudando en seguida de intento le pareció preferible abandonar la poblacion y hacerse fuerte en la alhóndiga. En efecto, en la noche del 24, siempre de Setiembre, se encerró allí con la pequeña guarnicion, llevando los archivos y los fondos públicos, que consistian en 309 barras de plata de las cajas reales, ciento sesenta mil pesos del mismo metal y treinta y dos mil en onzas de oro; treinta y tres mil pesos de los propios de la ciudad, y treinta y ocho mil de las arcas de provincia; veinte mil de minería y de depósitos; catorce mil de tabacos y poco mas de mil del fondo de correos, formando en todo un total de mas de 620,000 pesos; ademas, existian en la alhóndiga cinco mil fanegas de maiz, no obstante lo cual fueron todavía acopiados gran cantidad de harinas y de otros mantenimientos, teniendo cuidado de encerrar veinticuatro mujeres que debian ocuparse en preparar tortillas. En los dias siguientes vinieron á aumentar el número de los habitadores del edificio algunos españoles y criollos pacíficos con sus familias, trayendo sus caudales y alhajas; de manera, que, se calcula que la alhóndiga contenia de quinientas á seiscientas personas hombres ó mujeres, y unos tres millones en valores, así moneda como objetos preciosos.

El viernes 28 se presentaron en la trinchera de Belen D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo, intimando la rendicion de la plaza de parte de Hidalgo: eran poco antes de las nueve de la mañana; la proposicion fué rechazada. Cerca de las doce, la poca fuerza reglada y la muchedumbre confusa y desarmada que componian el ejército de Hidalgo, vinieron á embestir el edificio. Los soldados de Celaya ocuparon las alturas y las casas cercanas á Granaditas, de donde rompieron un fuego nutrido y certero; la chusma trepó á los cerros del Cuarto y de San Miguel, que dominan completamente el edificio, y «comenzó una descarga de piedras á mano y con hondas tan continua, que excedia al mas «espeso granizo, y para tener provistos á los combatientes, enjambres de indios y de la gente de Guanajuato unida con ellos, subian sin cesar del rio de «Cata las piedras rodadas que cubren el fondo de aquel «torrente: tal fué el número de piedras lanzadas en «el corto rato que duró el ataque, que el piso de la «azotea de la alhóndiga estaba levantado cosa de una «cuarta sobre su ordinario nivel.» Muerto el intendente de un balazo, arrollada la caballería que estaba fuera, desalojados los defensores de la azotea, la guarnicion comenzó á flaquear, y se introdujo en ella el desaliento y el desórden. En tanto, la muchedumbre formando una masa compacta se presentó por todas las avenidas; apiñados los hombres, encajonados entre los muros de las calles, empujados los de adelante por los que atrás venian, una vez dado el primer impulso era imposible parar ni retroceder, no quedando otro arbitrio que avanzar: las balas de los contrarios derribaban á muchos, los claros que se causaban quedaban llenos inmediatamente, y los que caian eran estrujados y machucados por los piés de sus propios amigos. Esa avalancha de gente rodó, por decirlo así, de alto á bajo de las cuestas, hasta chocar contra las paredes de la alhóndiga; allí recibió una lluvia de los proyectiles improvisados por los defensores, y consistian en los frascos de fierro que sirven para conducir el azogue, trasformados en granadas de mano, que causaron notables pérdidas en los asaltantes; los heridos y los muertos desaparecieron cubiertos por los vivos, como traga y encubre el agua los cuerpos graves que en ella se arrojan. Los mas cercanos á la puerta de entrada le arrimaron una porcion de rajas de ocote y les pusieron fuego; ardieron pronto, y consumida la puerta, los combatientes se encontraron cara á cara. Impelida siempre la multitud por el impulso de los que atrás venian, atravesó por entre las llamas espirantes y por sobre las ardientes brasas; recibida por una descarga de fusilería á quema ropa, pasó tambien sobre los cadáveres de los suyos, y se precipitó como un torrente desbordado en el patio de la alhóndiga.

Eran las cinco de la tarde; la batalla habia terminado, y solo se prolongó algunos instantes por medio de resistencias personales. Entonces comenzaron la matanza y el saqueo. Perseguidos los soldados del patio á las escaleras, de las escaleras á los corredores y á los pisos altos; quedaban muertos donde quiera que eran alcanzados, sin poder atajar su desgracia con pedir cuartel; rotas las puertas de las diferentes cuadras en que los fugitivos y los inermes creyeron encontrar asilo, la multitud frenética penetraba dando la muerte á cuantos encontraba, sin ser parte á contenerla ni lágrimas, ni ayes, ni súplicas, ni ruegos; de rodillas pedian la vida, y en la humilde postura recibian el golpe mortal: así quedaron tendidos por el suelo doscientos soldados y ciento cinco españoles. Para pocos no sonó la hora fatal, y estos, magullados, heridos, sangrientos, desnudos y atados con cuerdas fueron conducidos á la cárcel pública. Saciada la sed de sangre, se presentó la rapacidad con sus malos instintos; cada quien arremetió contra lo que tenia delante, apoderándose de lo mas valioso; quedaron rotos los muebles, destrozados los cofres, abiertas las sacas que contenian los comestibles para buscarles si dentro tenian escondido algun tesoro, y todo quedó arrasado, presentando en abandono aquello que la codicia no encontraba bueno en aquellos momentos, las semillas que se arrancan con sudor á la tierra y sirven de sustento al hombre. El robo no se consumó sin nuevos crímenes; los merodeadores se combatieron para arrancarse el botin, mezclando su sangre y sus cadáveres con los de sus víctimas, pagando muchos bien cara la tan fácil y malamente adquirida riqueza. Cerró la noche, y de improviso cundió la voz de que el fuego consumia las trojes y estando próximo á comunicarse con el repuesto de pólvora, iba á

Digitized by Google

saltar el castillo; los medrosos indios huyeron despavoridos, sin inquirir si lo que se decia era verdad; la voz no tenia fundamento alguno; nacia de una estratagema inventada por quienes no habian tomado su parte del despojo y que se precipitaron al interior como buitres hambrientos al ver salir huyendo á los incautos merodeadores.

Cuando se acudió á poner término á semejante escándalo, el aspecto de la alhóndiga partia de pena el corazon. Los trastos rotos y esparcidos, las semillas desparramadas bajo las cuales desaparecian á medias algunos desnudos cadáveres, en pisos y paredes manchas y charcos de sangre, varones y mujeres y aun niños caidos aquí y acullá en diversas posturas y sin ningun vestido, y por todas partes y cruzándose en todas direcciones la huella del pié humano, marcada con lodo y con sangre para denunciar la presencia del hombre. Tamaños crímenes, sin embargo, no fueron exclusivamente obra de los indios del ejército de Hidalgo, pues estos en aquellos tiempos eran pusilánimes y aun buenos, arrojándose á cometer las malas acciones que proceden de ignorancia y de groseria; la mayor parte debe ponerse á cuenta de la plebe perversa de Guanajuato, en la que estaban reunidas las malas cualidades de una educacion descuidada é imperfecta, y que tenia formado el carácter con las malas prendas con que se marcan las diversas que le dieron orígen: la plebe de Guanajuato consumó la matanza, y en gran parte aprovechó el saqueo, llegando á convencer á los indios de que las onzas de oro eran medallas de metal, que les compraban á dos y á tres reales como inútiles.

Tal fué, en compendio, el primer choque habido entre las tropas insurgentes y las realistas, la primera sangre vertida en la lucha de diez años, que no fué la única en aquel edificio, como vamos á decir.

Hidalgo salió con su ejército de Guanajuato en los dias 8 al 10 de Octubre, tomó á Valladolid, ocupó sin resistencia á Toluca, ganó la batalla de las Cruces el 29 del mismo Octubre, se retiró de las goteras de México para quedar derrotado en Aculco el 7 de Noviembre, y fué á encerrarse en Valladolid (Morelia): Allende entró en Guanajuato el 13 del mismo Noviembre, dedicándose á poner la ciudad en estado de defensa, seguro como estaba de que próximamente seria atacado por Calleja. Este, despues de recoger los despojos de Aculco, se dirigió á Querétaro; salió de allí el 15 de Noviembre, rindió jornadas en Apaseo, Celaya, la hacienda del Molino, Salamanca, Irapuato, Burras, y en la tarde del 23 acampó en el rancho de Molineros, á cuatro leguas de Guanajuato.

El 24 de Noviembre de 1810, tomando para sí Calleja una parte de su ejército y dando el resto al coronel conde de la Cadena, emprendió el ataque de la ciudad; ambas fuerzas allanaron sucesivamente las dificultades que se les opusieron, hasta colocarse la primera en la mina de Valenciana y la segunda en la altura de las Carreras y cerro de San Miguel, donde pasaron la noche al vivac. A la sazon se encontraban encerrados en la alhóndiga 247 personas, españoles ó mexicanos, reputados enemigos de la revolucion, recogidos por los insurgentes en diversas partes y puestos allí presos bajo la custodia de una guardia de patriotas al mando de D. Mariano Liceaga: aquellos infelices tenian los pequeños haberes que se les habian dejado, fuera de lo cual contenia el edificio un depósito de víveres y algunos efectos del ejército. A las tres y media de la tarde, la plebe de Guanajuato, con el recuerdo de lo acontecido dos meses antes, incitada por algunos malvados, creyendo en la impunidad supuesto que la plaza iba á caer en poder de los realistas, siguiendo sus depravados instintos de robo y de asesinato, determinó marchar á Granaditas para exterminar á los prisioneros. Reunida en poco tiempo en número considerable, se dirigió en tropel al edificio; en balde la guardia se opuso al criminal intento, pues fué dispersada con heridas y muertes: ocurrieron al tumulto el cura y varios eclesiásticos, mas sus exhortaciones y sus ruegos fueron desatendidos, teniendo ellos que huir para evitar una desgracia cierta. La multitud penetró semejante á canes rabiosos, dió una muerte cruel á cuantos cayeron en sus manos, é insultando y dejando sin ropas los cadáveres, puso á sacomano cuanto se le presentó, huyendo en seguida á ocultar su tremenda maldad. Por milagro pudieron escapar unas treinta personas, que fueron á refugiarse en el inmediato convento de Belen.

Este crímen imperdonable no quedó sin castigo y sin venganza, aunque el castigo traspasó los límites de la justicia, y la venganza fué llevada hasta rayar en ferocidad. En la madrugada del 25 que Calleja pasó junto á la Alhóndiga, hizo penetrar algunos dragones, que volvieron con seis ó siete hombres que allí encontraron y la noticia de estar todo consumado: sin otra averiguacion, el gefe realista hizo matar en el acto á aquellos infelices, y penetró al degüello en la ciudad. No es mi ánimo relatar lo que Calleja mandó ejecutar en Guanajuato, y para decir lo que á Granaditas atañe, copiaré en parte la relacion de un testigo presencial:—«Me encontraba yo en Marfil, dice, la mañana del 26, cuando recibí órden de presentarme con mi compañía al mayor general. Este gefe puso bajo de mi custodia y responsabilidad sesenta ó mas prisioneros (no hago memoria del número), personas escogidas y notables, previniéndome que los condujese á Granaditas y los entregase al coronel D. Manuel Flon, conde de la Cadena, y segundo por su representacion en el ejército.

«Granaditas tiene dos puertas de entrada: la principal cae á una plazuela, y la otra está en un costado del edificio: aquella se hallaba abierta, la otra tapiada con adobes: yo formé mi tropa en la plazuela, y entré al funesto edificio, limpio ya de los cadáveres de los asesinados, pero no de la sangre y de los horrores, vestigios de la reciente matanza: el patio es cuadrado ó cuadrilongo, y está circuido

Digitized by Google

de arcos que forman cuatro corredores; en el fondo de estos hay piezas aisladas: cuando entré al pavoroso patio se paseaba por uno de sus costados el conde de la Cadena, única persona que habia en todo aquel recinto. Este gefe tendria sesenta años; su estatura era la ordinaria, su trage sencillo y descuidado: una vasta casaca cubria sus anchas y abovedadas espaldas, y en sus bolsas ocultaba ambas manos: su cara sañuda y esquiva, una piel hosca y rugosa; sus ojos hundidos, penetrantes y fieros; un mirar altivo y desdeñoso; sus cejas canosas, largas y pobladas, daban á su fisonomía un aspecto imponente y grave..... y tal era el hombre á quien dí cuenta de mi comision. Su respuesta, á poco mas ó menos, fué la siguiente..... «Haga vd. desmontar seis dragones y un cabo para que custodien la puerta..... Distribúyanse los presos en esos cuartos..... Consérvese el resto de la tropa montada, y vd. aguarde mis órdenes.

«Así se hizo, y á pocos momentos entró el capitan D. Manuel Diaz Solórzano, ayudante mayor del cuerpo de Frontera de Rio Verde, con uno ó dos eclesiásticos: poco despues ocupó el patio una compañía de infantería, y comenzó la escena que consigno en la historia.

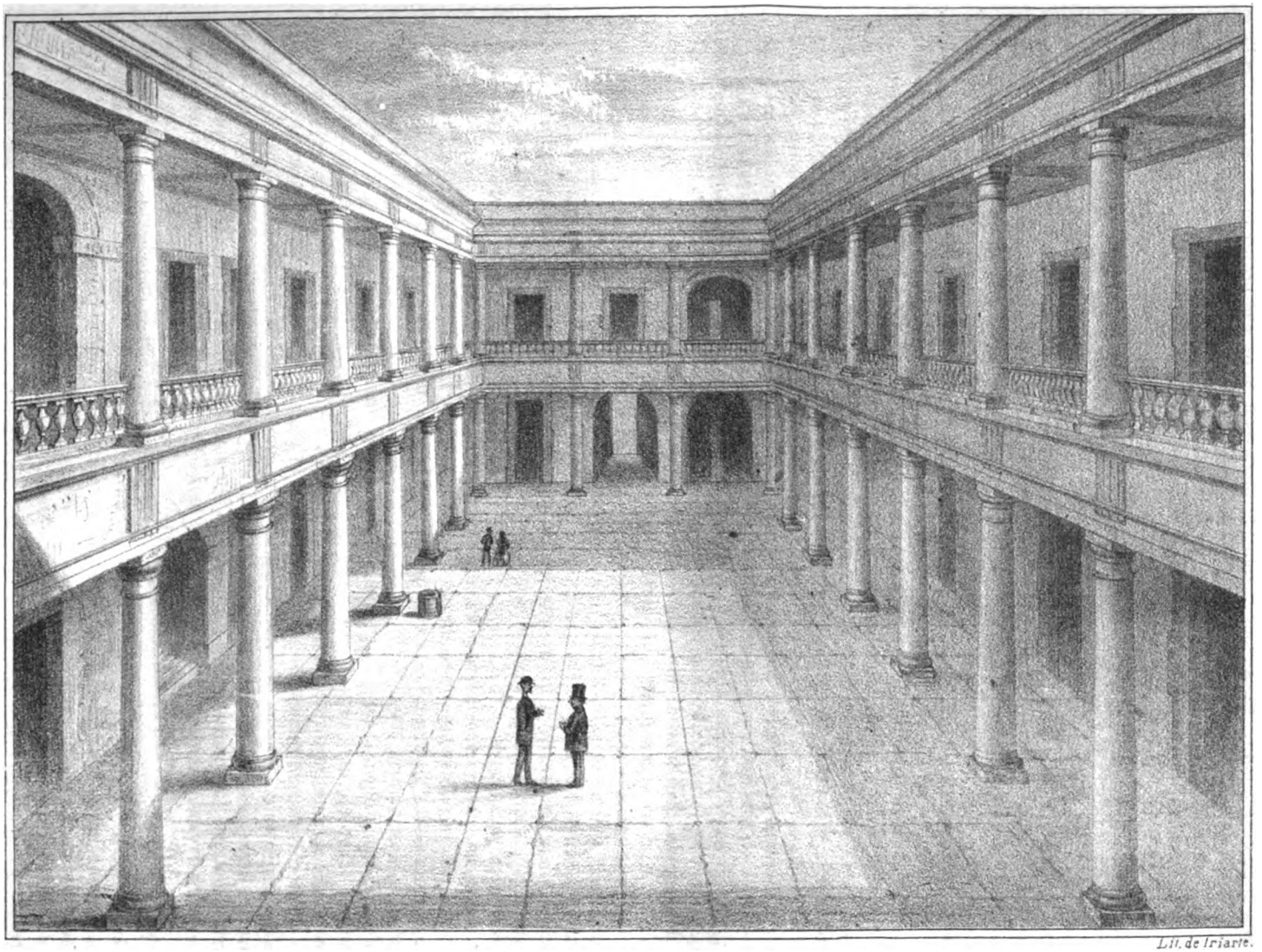
«El oficial Solórzano sacaba uno ó dos presos á la vez de los cuartos en que estaban reclusos: les hacia en la puerta ó en el corredor algunas ligeras preguntas, y sin mas formalidades los enviaba á una pieza desocupada. Allí, uno de los sacerdotes los confesaba, y en el acto eran conducidos, vendados los ojos con sus mismos pañuelos, al pasadizo que remataba en la puerta tapiada. Cuatro soldados se destacaban de la fila y fusilaban al sentenciado, volviendo inmediatamente á incorporarse á la tropa, que á pié firme permanecia en el centro del patio, y á cargar sus armas.

«A poco tiempo de esta carnicería quedó el patio inundado de sangre, regado de sesos y sembrado de pedazos de cráneos de las víctimas, hasta el extremo de ser preciso desembarazar el sitio de los cruentos escombros, sin cuya diligencia no podia ya pisarse el pavimento. Para ejecutar esta operacion se trajeron de la calle algunos hombres, y con sus mismas manos echaron la sangre y las entrañas despedazadas de los fusilados en grandes bateas, hasta desembarazar el lugar de aquellos estorbos para seguir la horrible matanza. Se hacia tan sin escrúpulo, que uno de los presos, habiendo dicho donde se encontraba alguna plata labrada, fué enviado con custodia á traerla: dos jóvenes de la casa vinieron con los soldados para dar alguna explicacion ó hacer valer algun derecho, y sin mas averiguacion fueron en el momento fusilados. Ese dia sufrieron el mismo género de muerte, D. José Antonio Gomez, nombrado intendente por Hidalgo; D. Rafael Dávalos, catedrático de matemáticas y director de la fundicion de cañones; D. José Ordoñez, teniente veterano del Príncipe; D. Mariano Ricocochea, administrador de tabacos de Zamora; y D. Rafael Venegas, quienes habian obtenido algunos títulos en el ejército patriota.

«El dia 27, habiendo sido sorteados 18 individuos del pueblo, se les ahorcó en la plaza á la entrada de la noche. Era esta muy oscura, y la ciudad toda se hallaba en el mas pavoroso silencio, y como la plaza está en lo mas profundo del estrecho valle en que se halla situada, rodeada como en anfiteatro por toda la poblacion, desde toda ella se descubria el fúnebre resplandor de las teas de ocote que alumbraban la terrible escena, y se oian las exhortaciones de los eclesiásticos que auxiliaban á las víctimas, y los lamentos de estas implorando misericordia. Muchos años han trascurrido desde entonces, y nunca se ha podido debilitar en mi espíritu la profunda impresion que en él hizo aquella noche de horror. En la tarde del dia 28 fueron ejecutados en la horca, colocada frente á la puerta principal de la Alhóndiga, D. Casimiro Chovell, administador de la mina de Valenciana y coronel del regimiento de infantería levantado en ella; D. Ramon Favie, teniente coronel; y el mayor del mismo cuerpo, D. Ignacio Ayala, cuñado de Chovell, con otros cinco individuos. El Ayuntamiento, en su vindicacion dirigida al virey Venegas, hace notar que ninguna de las tres personas notables ejecutadas en este dia, ni de las cinco que lo fueron el dia 26, era nacida en Guanajuato, para prueba de que ninguno de los vecinos distinguidos de aquella ciudad tomó parte en la revolucion. El 29 por la tarde, cuando habian sido ya ahorcados dos de los cuatro individuos que estaban condenados á sufrir aquella pena en el mismo lugar, un repique general de campanas anunció la publicacion del indulto, con lo que no fueron ejecutados los otros dos. El pueblo, angustiado con tan continuas ejecuciones, salió entonces lleno de regocijo de los puntos en que se habia ocultado, y se dirigió en tropel á la plaza, presentándose enfrente de las casas reales, en donde estaba alojado Calleja, el cual se presentó en el balcon é hizo un discurso, encareciendo la indulgencia con que habia hecho extensivas á aquella poblacion las gracias concedidas por el virey, sin embargo de haberse perpetrado en ella tan atroces crímenes, que la habian hecho merecedora de los mas severos castigos: el pueblo prorumpió en aclamaciones al rey y al mismo general. No obstante, despues de la publicacion del indulto fueron todavía ahorcados el 5 de Diciembre en Granaditas cinco individuos mas, presos de antemano, culpables de otros crímenes, y que se creyó lo eran tambien de los asesinatos de los presos españoles, siendo en todo cincuenta y seis los que fueron fusilados ó ahorcados en estas diversas ejecuciones »

Hasta aquí la cita. De los hechos que acabo de indicar, el primero se consumó por los insurgentes en el ardor de un combate, el segundo por el populacho, el tercero por el ejército realista despues de obtenida la victoria; aquel fué obra de la barbárie, ese de instintos feroces y estúpidos, este de crueldad y de sed de sangre; el primero y el último tie-

Digitized by Google



INTERIOR DE LA ALHONDIGA DE GRANADITAS EN GUANAJUATO

Digitized by Google

Digitized by Google

nen explicacion, pues nacieron, el uno del encono largo tiempo reprimido, manifestándose en toda su ceguedad en el momento de estallar, y el otro de la ira de verse provocado y ofendido; el hecho intermedio no admite disculpa; sus autores no pueden ni aun pedir que se les atenúe el cargo, porque es uno de esos borrones que manchan la historia y dan la medida de la degradacion á que algunas veces llegan los individuos de la especie humana; pero los tres acontecimientos fueron el preludio de lo que iba á ser la emprendida guerra por algun tiempo, y resumieron lo que debia esperarse de una lucha sin cuartel, en que por ambas partes se desconocian los principios mas sagrados del derecho de gentes.

La Alhóndiga de Granaditas presenta aún en los muros del Este y del Norte la huella de los proyectiles lanzados contra ella en 1810, que se han conservado como un recuerdo vivo del asalto y se mantienen todavía en memoria de los que entonces combatieron.

Al año siguiente, 1811, los cuatro ángulos superiores del edificio sustentaban una escarpia cada uno, con las cabezas de los mártires de la patria Hidalgo, Allende, Aldama y Jimenez; la intemperie las injuriaba y consumia, y su vista ponia en el corazon miedo y tristeza al considerar el trágico fin de aquellos caudillos que pasearon la tierra como triunfadores, dejando á poco la existencia en un patíbulo. Consumada la independencia aquellos restos fueron trasladados á México, si bien quedaron las escarpias en el mismo lugar, donde permanecen conservadas si no he sido mal informado.

En los tiempos siguientes el edificio sirvió en diversas ocasiones, ya de alhóndiga, ya de cuartel, ya de fábrica de tabacos, ya en fin como de punto fuerte en nuestras revueltas, pues no en balde el pueblo lo conoce bajo el título sonoro *del castillo*. Cuando Maximiliano visitó á Guanajuato el 19 de Setiembre de 1864, dispuso que la Alhóndiga fuera destinada para cárcel pública, teniendo en cuenta para ello lo muy mal alojados que los presos estaban en el antiguo local colocado en la parte baja del palacio del gobierno. Púsose en efecto mano á la obra, y conforme á las noticias que voy á copiar, el año 1866 guardaba la prision la forma siguente:

«En los bajos de las piezas que miran al E. se encuentran departamentos decentes para la Corte Marcial, juzgados 1º y 2º de letras, juzgados de paz, y una pieza separada para las oficinas de cada uno. En el interior de la puerta principal del frente hay un enrejado nuevo de fierro, que sirve de locutorio á los presos. Los juzgados se comunican con el patio por medio de ventanas con gruesas rejas, á fin de que se examinen los reos por los jueces sin necesidad de salir fuera de las prisiones.»

«La parte que da al N., y en la puerta principal, está la guardia que custodia la prison: á la izquierda hay una pieza destinada al alcaide, el que sin necesidad de entrar con frecuencia al interior de la cárcel, vigila á los presos por una ventana; siguiendo despues otra pieza para el padre capellan.

«En el interior de las cuatro partes del edificio hay departamentos destinados á

Detenidos.
Procesados por delitos leves.
Id. id. graves.
Sentenciados por id. leves.
Id. id. graves.
Jóvenes que no lleguen á 15 años.
Incomunicados.

«Una pieza sirve de capilla, la que cuenta con paramentos y vasos sagrados costeados por el municipio.»

«Se encuentra en la portalería del interior bancas y mesas que tienen para la enseñanza primaria que se da á los presos, por la tarde, con lo cual se logra moralizarlos.

«Hay en el patio un aljibe cómodo, una gran pila para baño, y lavaderos.

«En los bajos de la parte que mira al S., se está construyendo la cárcel de mujeres, separada enteramente de la de los hombres.

«Por último, se están planteando talleres de distintos oficios para los presos.»

Hoy sirve todavía de prision.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

EN LAS PLAYAS DEL PACIFICO.

A mi querido amigo

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

¡Qué dulces se deslizan las horas pasajeras
A la movible sombra de bosques de palmeras,
Templado por las brisas el tropical calor!
Esta es la tierra fértil, por el Señor bendita,
Del mar acariciada, del sol la favorita,
Bordada por do quiera con eternal verdor.

Encantan la mirada los altos cocoteros,
La plácida frescura de verdes limoneros,
Las aguas que reflejan un sol primaveral;
Las nubes que en el cielo vagan en copos leves,
La luz de las montañas y el brillo de las nieves
Que adornan con su plata la cima del volcan.

Bajo el calor se siente la vida duplicada;
Si no hay quien la divida, se siente muy pesada;
Amor, solo amor pide el pecho, al palpitar.
Aquí el perfume grato, la vida de natura,
Las palmas con su sombra, el agua que murmura,
El aura, el tibio ambiente, convida todo á amar.

¡Qué bien aquí se vive! Feliz quien la mirada
Gozara en este sitio, de la mujer amada,
Sintiendo de sus labios el húmedo calor!
¡Qué bien aquí pudiera gozar de sus amores
Bajo los verdes ramos, sobre las frescas flores,
Las aguas arrullando el sueño de los dos!

Sintieran en sus venas correr la sangre hirviente,
Y palpitar con fuerza el corazon ardiente,
Gozando en sus amores celeste beatitud....

Digitized by Google

O bien, bajo la sombra de bosques escondidos,
Gozaran dulce abrazo los dos medio dormidos,
Por el calor llevados á muelle laxitud.

Despues, en la alta noche, sintieran la frescura
Que al respirar dormida, derrama la natura,
Las manos enlazadas y en grato bienestar.
Uno por otro entonces amante suspirando
La selva recorrieran, su frente acariciando
Las brisas que han mojado sus alas en la mar.

¡Qué bien aquí se vive! ¡Qué bien aquí se amara!
En grato parasismo la vida se pasara,
La tierra dando flores, el alma dando amor.
Aquí el amor del alma, ser debe mas ardiente,
Aquí mas emociones el pecho amante siente;
Bajo este sol de fuego se debe amar mejor.

Bajo el calor se siente la vida duplicada;
Si no hay quien la divida, es carga muy pesada;
Amor, solo amor pide el pecho al palpitar,
Aquí el perfume grato, la vida de natura,
Las palmas con su sombra, el agua que murmura
El aura, el tibio ambiente, con vida todo á amar.

RAMON VALLE.

Cuyutlan, Julio 1861.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

AGOSTO.

25

1756.—"Esta mañana, de las nueve y media á 57 minutos para la una, se experimentó un eclipse de sol, que aunque los pronósticos habian anunciado seria total no se verificó sino en parte." .....

1766.—Tomó posesion del gobierno de México el cuadragésimoquinto virey D. Cárlos Francisco de Croix, marqués de Croix.

1782.—"El 25 de Agosto de 1782 en México, en la real Academia (siendo dias de la princesa de Asturias), fué el dia que pasó el señor virey con toda la oficialidad y nobleza de México, á dar los premios á los profesores de la pintura, y fué el primer dia que se dieron desde que se puso dicha Academia, siendo su director D. Gerónimo Gil."

1855.—"Invita el general D. Martin Carrera á los gefes pronunciados para una conferencia en el pueblo de Dolores el 16 de Setiembre."

1858.—Pronunciamiento en Tampico desconociendo al gobierno establecido en México.

1860.—"Bando del gobierno del Distrito, imponiendo tarifas á los víveres por su carestía y escasez. Otro poniendo tarifa al pan."

26

1679.—"Sábado 26, tembló la tierra tres veces á las siete de la mañana."

1683.—Se supo en esta capital que la armadilla de Barlovento apresó seis buques enemigos, y en ellos venian noventa esclavos.

1822.—D. Agustin Iturbide, atacando la soberanía nacional, pone en arresto á varios diputados creyéndolos autores de una conspiracion que se dijo se fraguaba contra él.

1855.—"D. Antonio Haro y Tamariz, gefe de los pronunciados de San Luis, y D. Juan José de la Garza, á las órdenes del Sr. Vidaurri, de los de Monterey, celebran un convenio en San Luis Potosí, con el que termina la guerra entre ambos gefes."

1867.—"Llega á Veracruz en la fragata "Elisabeth," el almirante Tegethoff, y pregunta por telégrafo si le seria entregado el cadáver de Maximiliano: se le contesta que venga en persona á pedirlo."

27

1687.—"Miércoles 27, sobre tarde, tomó posesion Francisco de Vera del oficio de balanzario y ensayador de la caja real; fué su padrino D. Antonio Deza." Este empleo, segun dijimos el 7 de este mes, se remató en diez mil pesos.

1785.—Cayó una helada tan fuerte que hizo se perdiesen con generalidad las sementeras de maíz, causando una escasez tan grande de esta semilla, que se llamó el año del hambre.

1846.—Se hizo cargo del ministerio de justicia D. José Ramon Pacheco.

1857.—"Se pronuncian en Colima el general Ponce de Leon y D. J. M. Mendoza. quedando muerto el gobernador, general D. Manuel Alvarez."

1858.—Ocupacion de Aguascalientes por las fuerzas del coronel Patron.

28

1541.—El virey D. Antonio de Mendoza pone la primera piedra en la primitiva iglesia de San Agustin.

1640.—Toma posesion del gobierno de México el décimoséstimo virey D. Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, marqués de Villena y duque de Escalona, grande de España.

1846.—Se hacen cargo de los ministerios de Relaciones, Hacienda y Guerra los Sres. D. Manuel Crescencio Rejon, D. Valentin Gomez Farías y D. Juan N. Almonte.

1855.—El general D. Ignacio Comonfort desconoce al gobierno establecido en México.

1858.—"Se ahoga en una zanja del Paseo Nuevo el Lic. Camarillo, que conducia á la Sra. René Masson, por un terreno inundado por la lluvia. La señora se salvó, causando esto bastante sensacion en México."

29

1672.—"En 29, el señor arzobispo bendijo la primera piedra de la iglesia de San Cosme, que fabrica el capitan Domingo de Cantabrana."

1701.—"Este dia, en la arzobispal, se abrieron los remisoriales para compulsar los papeles tocantes al venerable siervo de Dios, Gregorio López."

1781.—D. Fernando Mangino, propuso al virey D. Martin Mayorga, la creacion de una Academia de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura.

1796.—Hubo en México ocho ajusticiados, tres eran personas de distincion; para marchar al patíbulo salieron en mulas enlutadas, y ellos tambien vestidos de negro; el mayor de la plaza y el teniente de la Acordada fueron los que les pusieron las mascadas, no tocándolos el verdugo para nada.

1816.—Se consagró el templo de Loreto, tal como hoy existe; fué costeado por el conde Bassoco y construido bajo la direccion de D. Manuel Tolsa y D. Agustin Paz.

1835.—Se hizo cargo del ministerio de Hacienda D. Manuel Diez de Bonilla.

30

1674.—"Lunes 30, ahorcaron un español, un mulato, un mestizo y un indio, por salteadores en el camino de Cuernavaca."

1689.—En este dia se supo en México que el 27 habia llegado á Veracruz el aviso de España que salió el 1º de Julio.

1811.—"El Lic. D. Antonio Ignacio Cataño, José Mariano Ayala, Antonio Rodriguez Dongo, Félix Pineda y José Mariano Gonzalez, acusados de ser los principales autores de una conspiracion contra el virey de México Venegas, son ejecutado en la capital."

1867.—"Muere en Chihuahua el general D. Angel Trias, gefe del partido liberal en aquel Estado."

31

1695.—A la una de este dia se sintió en México un temblor de tierra.

1724.—Falleció de viruelas el rey Luis I, hijo de Felipe V.

1843.—En este dia quedaron derribadas todas las paredes del Parian.

1857.—De órden del gobernador de Puebla D. Cástulo Ala triste, fué desterrado el gobernador de la mitra por haberse negado á sepultar el cadáver del Lic. D. Paulino Perez, que juró la constitucion de 1857.

1859.—"Reglamentos sobre el ministerio público, que ejerce el procurador general de la Nacion, y sobre juzgados de hacienda."

1860.—Ley del gobierno establecido en Veracruz, sobre papel sellado para bonos de Compañías y conocimientos de mercancías, etc.

1865.—Fuertes aguaceros en esta capital, que ocasionaron la inundacion de muchas calles.

IGNACIO CORNEJO.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Apertura de dos escuelas de niños por la Sociedad de Beneficencia.—Los Miserables de México.—Una visita á la Candelaria de los Patos.—*La Sociedad Católica.*—Las Conferencias.—*La Sociedad Médica Pedro Escobedo.*—Primer aniversario de la proclamacion de la independencia cubana.—*La Sociedad artístico-industrial.*

México, Octubre 16 de 1869.

Debemos comenzar hoy nuestra crónica refiriendo á nuestros lectores un hecho digno de consideracion por su trascendencia moral, y porque él demuestra los esfuerzos que se hacen dia á dia en México para propagar la enseñanza.

La Sociedad de Beneficencia, fundada en 1846 por el benemérito Vidal Alcocer, y que se ha mantenido hasta aquí fiel al espíritu de su fundador, y venciendo todos los obstáculos que el egoismo de las clases ricas, la miseria y el fanatismo han puesto en su camino, siempre perseverante, siempre emprendedora, procura llevar la luz de la enseñanza y de la moral á todos los antros en que se esconde la parte mas infeliz de las clases menesterosas.

Esta sociedad, á la que nos honramos mucho de pertenecer, no busca, segun las ideas de su filantrópico fundador, el centro brillante de la capital para establecer sus planteles de enseñanza.

No busca tampoco el ruido ni la publicidad para hacer ostentacion de sus trabajos, cumpliendo con su mision de amparar y educar á la niñez desvalida; ella solo se consagra á procurar el bien de las clases desheredadas de la sociedad; pero esto lo hace sordamente, con evangélica modestia y sin que sus humildes fiestas tengan eco en otra parte, mas que en el corazon del pueblo desgraciado.

Apenas nosotros, y eso porque creemos honrar á nuestro país, revelando los progresos que hace cada dia la civilizacion en las clases proletarias, descorremos de vez en cuando, ante el público, el velo que encubre los trabajos de nuestra Asociacion, en los que, sea dicho en justicia, tenemos muy pequeña parte.

A la Junta directiva, y especialmente al secretario D. José M. Zayas, digno heredero de las virtudes de Alcocer y que no descansa un momento en su benéfica tarea, se debe todo lo bueno que ha podido llevarse á cabo en estos últimos años.

Hablemos ya de la apertura de las dos escuelas citadas.

En uno de los barrios mas apartados del centro, en el extremo oriental de México, allí, donde se aglomera la poblacion mas infeliz y mas abandonada; allí, donde la ignorancia tiene un foco amenazador, y en donde puede decirse que la barbárie se presenta mas espantosa, precisamente por hallarse mas próxima al refinamiento y al lujo, la Sociedad de Beneficencia ha ido á establecer dos misiones, que sin duda alguna tendrán los mas felices resultados en el porvenir.

En una de las viviendas de una gran casa de vecindad situada en el puente de la Soledad de Santa Cruz, abrió una escuela para niñas, el domingo 10 del presente, siendo padrino el estimabilísimo señor Don Ignacio Trigueros. La solemnidad fué conmovedora en alto grado.

El niño D. Angel Urosa, uno de los alumnos mas adelantados del asilo de huérfanos de San Gregorio, pronunció un bello discurso. El secretario Sr. Zayas y el Sr. Trigueros, pronunciaron otros que hicieron verter lágrimas al auditorio. Estos dos señores apenas podian hablar á causa de su emocion. Por la pequeñez de nuestras columnas sentimos no reproducir aquí estas piezas llenas de sentimiento y de filantropía; pero deseando que las conozca el público, las hemos enviado al *Siglo XIX.*

Una pequeña niña, perteneciente á las escuelas de beneficencia, tambien dirigió al concurso ternísimas palabras, y otras veinte compañeritas suyas entonaron himnos á la Providencia, en señal de gratitud por los nuevos beneficios que se dignaba dispensar á la niñez desgraciada.

La respetable y virtuosa madre del Sr. D. Ignacio Mariscal, nuestro representante hoy en los Estados-Unidos, y una señorita hermana suya, asistieron á esta fiesta de la infancia, y firmaron el acta de inauguracion respectiva. Es de advertir, que tanto la escuela de niñas como la que se abrió en seguida para niños, están dedicadas al honrado ciudadano que, siendo ministro de Justicia del señor Juarez, concedió hace algunos meses á la Sociedad de Beneficencia una subvencion de quinientos pesos mensuales, sin la cual hubiera perecido de miseria.

Acto continuo, los mismos concurrentes se trasladaron á la vivienda de otra casa de vecindad, situada en el callejon del Marquesote núm. 5, donde se inauguró el mencionado establecimiento para niños, cuyo acto tuvimos nosotros el inmerecido honor de apadrinar.

¡Ah! cómo deseábamos ver allí esa mañana á tantas personas opulentas como encierra México, á tantas damas cubiertas de ricas joyas, y á cuya belleza no falta mas que el brillo de la caridad! Habrian tenido ocasion de practicar la mas hermosa de las virtudes cristianas, alargando una mano generosa á centenares de niños infelices que, cubiertos de harapos y presentando en sus rostros inocentes todas las señales del hambre y del sufrimiento, se aglomeraban en aquellos pequeños recintos, demandando el pan de la instruccion y de la moral, ya que su negra suerte les niega el alimento y el bienestar. Nada hay que entristezca mas á los hombres de corazon que la presencia de la niñez hambrienta y desnuda. Nosotros, que acabábamos de atravesar el centro brillante de México, donde todo era alegría y lujo, donde encontrábamos á cada paso grupos de niños de ambos sexos, bellos como ángeles, y ataviados con todos los adornos que puede proporcionar la riqueza al amor paternal, sentimos oprimírsenos el corazon al encontrarnos de repente con

Digitized by Google

esos pequeños desvalidos, en cuyos rostros macilentos la miseria ha destruido los rasgos de la belleza, y el hambre ha borrado los colores de la infancia.

Sentimos honda pena, lo confesamos: vertimos muchas lágrimas, no nos da vergüenza decirlo, aunque se burlen de nosotros los egoistas y los malvados; y nuestro pesar se aumentó al considerar nuestra impotencia para mejorar la condicion material de tantos infelices. Se necesita ser rico para hacer el bien, y los pobres no pueden tributar á la beneficencia otro homenaje que el estéril de sus deseos y de sus simpatías.

Este espectáculo nos recuerda otro mas triste aún, porque no está alumbrado ni siquiera con los pálidos rayos de la esperanza.

El miércoles, guiados por un noble y caritativo amigo nuestro, hicimos una visita á uno de los barrios mas espantosos de la ciudad. Vimos de cerca á los que legítimamente pueden llamarse los Miserables de México.

Está situado al extremo S. E. de la opulenta poblacion, y colinda ya con esos pantanos infectos cuyas plantas palustres, meciéndose tristemente á impulsos de las brisas del valle, nos causaron una sensacion de tedio difícil de expresar. Aquel aspecto de desolacion nos trajo á la memoria las tristes palabras que los historiadores atribuyen á los embajadores de Huitzilihuitl, segundo rey de México, cuando fueron á pedir á la hija del señor de Atzcapozalco para casarla con su soberano. *Ten lástima*, dijeron al orgulloso Tezozomoc, *de aquel tu siervo el rey de México, metido entre espadañas y carrizales espesos.*

De lástima, en efecto, son dignos los infelices que viven en aquellos lugares cenagosos, aspirando los miasmas mortales que inficionan allí el aire, y mezclándose entre los reptiles, que por asquerosos que sean, les sirven casi siempre de alimento.

Cuentan las antiguas tradiciones que los desgraciados aztecas que se vieron obligados por el odio de los pueblos del valle á refugiarse en las lagunas, no tuvieron otro recurso para alimentarse que el que les ofrecian la miserable pesca de las ciénegas, los reptiles y los mas inmundos productos del lago.

Pues bien; los miserables de entonces tienen aún herederos, que obligados, ya no por el odio sino por la indiferencia de la gran ciudad, se arrastran á sus orillas llevando una existencia, que abrevian, por fortuna, el aire mal sano, el hambre y la intemperie.

Un escritor amigo nuestro decia, con razon, hace pocos dias, que el *centro dorado* de México ignora que está rodeado por un cinturon de miseria y de fango. Efectivamente, causa horror y tristeza semejante consideracion.

Nosotros no hemos podido visitar mas que una parte muy pequeña de ese círculo de infelicidad, pero por él nos formamos idea de lo restante.

Del otro lado del canal que pone en comunicacion los dos lagos y atraviesa la ciudad, está el barrio de la *Candelaria de los patos*, la *plazuela de la Alamedita*, los *Baños de Coconepa* y otros rincones en que parecen esconderse la miseria mas abyecta, la ignorancia mas vergonzosa, el pauperismo en estado de salvajez.

Desde que se atraviesa el puente de la Soledad de Santa Cruz y se pierde uno en aquel laberinto de callejuelas sucias é infectas, todo anuncia que se ha entrado en la region de la fiebre y del hambre. Las grandes casas de vecindad son antiguas y destartaladas: en sus numerosas, estrechas y oscuras viviendas, yacen hacinadas generaciones enteras de miserables, las calles no solo son desaseadas sino inmundas, la atmósfera es asfixiante, los grandes hoyancos que hay en aquellos empedrados del tiempo de los vireyes, están llenos de una agua cenagosa y negra que exhala miasmas mortíferos, y en suma, por allí circulan centenares de hombres, mujeres y niños envueltos en harapos, y en cuyos semblantes enflaquecidos se revelan, con sus mas lastimosos caracteres, la necesidad y la agonía.

Pero al llegar á las calles contiguas á la plazuela de la Alamedita, á Coconepa, á Candelaria, el horror se aumenta, porque el aspecto de casas, calles y gentes, llega al último extremo á que pueden alcanzar la miseria y la enfermedad.

Casi todas las casas son de vecindad y contienen centenares de pequeños cuartos, cuyo precio de alquiler por mes, varia desde cuatro reales hasta dos pesos.

Muchos de estos cuartos no tienen sino seis piés cuadrados, y en ellos parece imposible que se aloje una familia de seis ú ocho personas. Son verdaderos ataúdes en que el pobre sepulta su agonía, esperando la muerte.

Allí duermen ancianos, madres y niños, sobre un tinglado viejo y negro por entre cuyas aberturas brota el fango de la laguna.

Visitamos muchas de estas mazmorras en que extinguen la condena del destino los desheredados de la sociedad.

En la mayor parte de semejantes viviendas encontramos á cada familia agrupada silenciosamente en derredor de un brasero apagado y vacío. A vecse veíamos al padre con la mano en la mejilla, consi derando aquel cuadro de su hogar con honda desesperacion. A veces la madre consolaba llorando á los hijos desnudos y hambrientos, otras los pequeños párias yacian rendidos de debilidad en viejas y sucias esteras, reclinando sus cabecitas enfermas en montones de asquerosos guiñapos.

No vimos, con todo, en aquel infierno, un rostro feroz en el que pudiéramos traducir el odio de los hambrientos contra los dichosos de la tierra. Tal vez á causa de nuestra penosa preocupacion, solo percibimos en las miradas la mas humilde resignacion, y en las palabras el dolor y la conformidad con la suerte. Aun encontramos á un niño de diez años raquítico y agonizante por la fiebre, que nos repetia

Digitized by Google

desde su pobre pedazo de estera una relacion cristiana sobre la existencia de Dios, seguramente aprendida entre los sufrimientos del desamparo, como un consuelo y como una esperanza. Tampoco encontramos allí la sentina de los vicios y crímenes que amenazan á la sociedad, no: solo vimos padres de familia rodeados de hijos, artesanos honrados sin trabajo, madres que caminan una legua para ganar un jornal pequeñísimo y que vuelven á su tugurio á partir sus tortillas con sus tiernos hijos.

Hay allí cerca entre los basureros y la inmundicia, pequeños prados en que crecen los insustanciales *quelites* con exuberancia. Estos *quelites* cocidos en agua simple, forman, con algunas tortillas, el alimento diario de esas tribus hambrientas.

Hemos contemplado cuadros desgarradores. Un zapatero tullido que mantiene á sus seis hijos y á su mujer difícilmente, aunque su trabajo no le produce lo bastante para vestirlos. Un peon de albañil, que teniendo hace un año los piés hinchados, apenas puede trabajar dos horas diarias, y con esto y con limosnas que pide da de comer á su mujer y á cuatro hijos, de los cuales los mas pequeños son gemelos; una mujer enferma de flujo que hacia ocho dias que estaba abandonada en su petate sin tener con qué curarse, y que nos dijo que estaba esperando con paciencia la muerte que no tardaria; y ancianas que hacian con trapos viejos cojines para planchar ó gallitos de carrizo para los muchachos, y en fin, á niñitos tísicos y moribundos que tendidos en el suelo y mirando fijamente con ojos tristes al cielo, esperan sin quejarse la vuelta de la pobre madre que se ausenta para vender sus miserables artefactos.

En esto no hay exageracion, antes nos quedamos cortos. La respetable persona que nos acompañó, es testigo de que callamos muchas miserias y corremos el velo sobre multitud de cuadros mas dolorosos todavía.

Pues bien: hasta esta region de miseria y de muerte parece que no llega el cuidado de la edilidad mexicana; al menos, el desaseo, la infeccion, la mendicidad no son ciertamente indicios que revelen que la autoridad del municipio fija allí una que otra vez su paternal mirada.

Hasta allí tampoco llega el lujoso carruaje del sabio médico que cumpliendo con su ministerio de caridad, vaya á llevar á los que mueren en el abandono, el auxilio salvador de la ciencia. Hasta allí no llega tampoco el ángel de la caridad bajo la forma de una dama tan bella como generosa. Parece que este ángel de la caridad no gusta de manchar sus alas de seda en aquellos lugares pantanosos y horribles, y se limita á volar donde le vean los curiosos del centro de la ciudad; parece que gusta mas de aliviar á los miserables de levita y de crinolina que saben convertirse despues en trompetas de la fama. Bueno y santo es esto; pero aquellas gentes no solo sienten las amarguras de estar privadas de una exigencia de lujo, sino las torturas de estar privadas de alimentos.

Hasta allí no llega tampoco el sacerdote llevando los consuelos de la fé y los socorros de la caridad. Ya se sabe que el sacerdote frecuenta los lugares donde recibe limosna, no donde es necesario darla.

Quizás estas palabras provoquen numerosas protestas. Hoy están de moda las protestas contra la verdad. Sea en buen hora, las escucharemos complacidos; pero la única respuesta que daremos á los que las hagan, será invitarlos á ir con nosotros á ese lugar que acabamos de describir, y en el que segun los informes tomados, la filantropía no se ha aparecido jamás en los últimos tiempos. Una que otra persona, como la que nos sirvió de guia, suele llevar, impulsada por sus sentimientos generosos aunque aislados, algunos recursos.

Pero la miseria que allí reina reclama los cuidados constantes de la autoridad y de la beneficencia. El socorro aislado y casual no alivia sino durante un dia. Aquel miembro paralítico de la ciudad de México necesita curarse, necesita participar de la savia vigorosa que circula en el centro y que no llega á comunicarle vida. Aquello se muere, aquello deshonra á la capital de la República.

Nadie piensa en el bienestar de cuatro ó cinco mil moribundos que se arrastran allí, cuya condicion moral es la que puede concebirse, conocida su situacion física. De ahí tienen que salir el vicio como un miasma; el crímen, como una venganza contra la indiferencia social. Y ¿qué hace la autoridad? La autoridad se conforma con tener su policía. A bien que el patíbulo vendrá á corregir el mal que no quiso evitar la indolencia. Si uno de estos desgraciados roba ó mata, cae sobre él la mano pesada de la sociedad, mano que no le alargó un pan, ni un silabario, ni extendió hasta él una punta del manto tutelar de la educacion que encubre á las clases mas felices. Los tormentos del presidio ó el aspecto amenazador de la pena de muerte, hé ahí todo lo que sabe poner la sociedad ante los ojos de los que tienen hambre é ignorancia para hacerles amar la virtud. ¡Reflexion espantosa y que hace helar la sangre en las venas de los que saben todavía amar al pueblo!

Cuando estábamos en medio de aquellos pantanos, cuando penetrábamos en las tinieblas de aquellas *oubliettes* en que parecen condenados á un abandono eterno tantos centenares de infelices, ¡oh! ¡cómo nos acordamos de las *sociedades caritativas* que se han organizado en México con el objeto de aliviar la suerte de los proletarios!

Nos acordamos de las *Conferencias de señoras* y pensábamos que Vicente de Paul, su bendito patron, si hubiera vivido aquí, ya habria recorrido estas regiones y habria llevado á ellas los consuelos de su ardiente caridad.

Ya parece que se nos responde: que las *Conferencias de señoras* tienen muchos pobres á quienes socorrer en el centro de la ciudad. Es cierto: pero la caridad debe ser como Dios, estar en todas partes y saberlo todo. ¡Ojalá que un socio de las *Con-*

Digitized by Google

ferencias, sin tener en cuenta nuestras opiniones políticas y religiosas y juntándose con nosotros, como Cristo con los samaritanos, nos tomase por guía en sus excursiones piadosas; nosotros le conduciríamos á lugares en que podria ejercer su mision.

Nos acordamos allí tambien de los médicos de México. Un pascito de una hora por aquellos arrabales daria mas satisfaccion á cualquiera de nuestros doctores que la curacion ruidosa de alguna vieja opulenta ó de un magnate destruido por los placeres.

Tambien á esto se nos podrá responder que para eso hay hospitales.

Es cierto; pero ni todos los pobres pueden ir á esas casas, ni todos los pobres caben en ellas. Es preciso buscarlos como hacia Juan de Dios para conducirlos á mejor morada ó asistirlos allí, si lo primero no es posible.

Indicaremos, por ahora, á la *Sociedad Pedro Escobedo*, sociedad compuesta de jóvenes y filantrópicos médicos, recien establecida, que seria muy honroso para ella disponer que uno de sus miembros, ó dos ó tres, recorrieran diariamente todos los barrios miserables de México para llevar á ellos los auxilios de la ciencia y salvar á los infelices que perecen víctimas del abandono.

Nos acordamos igualmente de la *Sociedad católica* que cuenta, segun sabemos, con bastantes fondos, seguramente consagrados al bien de la humanidad y á la propagacion de las ideas del cristianismo. Pues bien; en esos barrios las pobres gentes carecen de las nociones de la moral cristiana, y apenas saben hacer la señal de la cruz. ¡Cuán honroso seria para la *Sociedad católica* convertirse en misionera, no de las clases acomodadas, sino de las clases infelices é ignorantes!

La *Sociedad católica* debe considerar que en México, mas que los San Bernardo, los Bossuet, los Lacordaire, los Madrid, misioneros de las suntuosas catedrales, apóstoles de la aristocracia y predicadores de las grandes fiestas de tabla, nos hacen falta los Casas, los Gante, los Valencia, los Motolinia, esto es, apóstoles de las masas incultas, verdaderos discípulos de Jesus que nutran con la palabra santa el alma de los miserables y de los ignorantes.

Naturalmente nos acordamos tambien del Ayuntamiento, y reflexionamos que si bien es útil y bello plantear árboles y hacer jardines en la *Avenida de los hombres ilustres*, para decorar así las mas hermosas calles de la capital, seria necesario, indispensable á la higiene, plantar tambien mas árboles del lado de Oriente para purificar aquella atmósfera deletérea, que mantiene allí el foco de las fiebres que azotan de vez en cuando los barrios elegantes de la ciudad. Y sobre todo es necesario el aseo, allí no hay aseo absolutamente, y todo lo que dijéramos sobre esto seria pálido comparándolo con la realidad. Estamos seguros de que si un munícipe viajara por aquellos barrios, saldria de ellos con un malestar de estómago indecible.

Y esto no es mas que una parte del círculo negro que rodea á México. Los demás suburbios, como Santa Ana, como Santa María, como San Pablo, están lo mismo. Nosotros rogamos á todos, á economistas, á ediles, á médicos, á sociedades, á escritores, que piensen en la mejora, en la salvacion siquiera de aquellos desheradados de la suerte.

No se diga despues de las sociedades caritativas de México, que se convierten en lo que se convirtió la Casa de caridad de *Master Richard Watts* de que habla el lindo cuento de Dickens intitulado: *Los siete viajeros pobres.* (*The seven poor travellers*).

Terminaremos, no sin ofrecer que volveremos á hablar de esto, por mas que en la Crónica de la semana sea impropio, y por mas que nos expongamos á las mas acres censuras de parte de los que se burlan de la desgracia y de la moral.

Volveremos ahora la vista hácia cuadros mas agradables. Algunos patriotas cubanos emigrados se reunieron el domingo 10 del presente en un salon del antiguo convento de Santa Inés, para celebrar el primer aniversario del grito de independencia dado en el ingenio de Demajagua por el insigne Cárlos Manuel Céspedes. Los entusiastas republicanos, luchando como están con todas las dificultades de la miseria y de la emigracion, quisieron solemnizar lo mejor posible el grandioso acontecimiento, del que probablemente resultará la emancipacion de su hermosa patria. Reuniéronse entusiastas y llenos de fé, en una modesta sala que adornaron con flores, banderas, y luces. Todo era pobre y humilde, pero todo tenia el brillo que da la luz del patriotismo, la solemnidad imponente que produce la fé y la animacion singular que resulta del entusiasmo por la libertad. Esta reunion nos recordó las *ágapas* de los cristianos de los primeros tiempos, celebradas en el oscuro recinto de las catacumbas romanas, bajo la presion de las persecuciones, pero á la luz de la fé que hacia entrever á los creyentes la victoria del porvenir.

El acto fué conmovedor. Nuestro amigo Pedro Santacilia pronunció algunas palabras de la mayor importancia, y dió á conocer una comunicacion del caudillo de la independencia cubana, escrita, pocos dias despues de su levantamiento. El jóven abogado cubano, Andrés C. Vazquez, leyó un sentido discurso, lo mismo que los señores Ramirez y Villalobos; el jóven bardo de Cuba, Alfredo Torroella, recitó una de sus magníficas odas, la mas grandiosa quizás, porque era la de la patria; nuestro Justo Sierra, que representaba á la juventud mexicana, recitó otra. La digna y virtuosa señora del Presidente Juarez, cuyo corazon está nutrido con todos los sufrimientos por la libertad, honró con su presencia aquel acto. Cuando una matrona como esta, que lleva un nombre ilustre, una vida sin mancha, y la autoridad que dan los padecimientos por la patria, asiste á una reunion semejante, ella lleva

Digitized by Google

Digitized by Google

BARON DE HUMBOLDT

Digitized by Google

consigo todas las sonrisas del buen agüero y es, por decirlo así, la sacerdotisa del patriotismo.

Tal vez nuestros hermanos de Cuba no tengan necesidad de celebrar, el año entrante, su aniversario en una ágapa tan modesta como la que ha tenido lugar en el viejo monasterio de Santa Inés, sino en la bella Cuba, á la luz de su sol de fuego, y viendo mecerse orgullosos sus patrios pabellones al impulso de las brisas del Atlántico. ¡Ojalá!

El lúnes, la Sociedad Artístico-industrial celebró el primer aniversario de su instalacion, en la gran sala de la ex-Universidad, que estaba espléndidamente decorada é iluminada. Todos los discursos y poesías que allí se pronunciaron fueron notables, ¡cosa rara! no hubo nada vulgar, ni trivial en ellos. Nos llamaron la atencion, sobre todo, la erudita improvisacion de Don Crescencio Ortega y la poesía de Torroella, improvisada tambien en pocos minutos.

Las sociedades de artesanos acabarán por destruir la miseria y el aislamiento, plagas que pesan sobre las clases trabajadoras.

El miércoles se hará una funcion magnífica de circo y zarzuela en el teatro Nacional, á beneficio del digno Sr. Perez Aguiar, representante de Don José Albisu.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

POESIA

LEIDA EN LA SOLEMNIDAD DEL 14 DE SETIEMBRE.

A HUMBOLDT.

¿Y me habrás de escuchar? Cuando tu nombre
Es el himno infinito con que el siglo
La inmensidad de sus victorias canta?
Cuando la luz de tu saber profundo
Fecundando la humana inteligencia,
Hizo vibrar el corazon del mundo
En la gigante lira de la ciencia?

¿Y por qué nó? Sin detener su vuelo
El águila caudal, lanzar al suelo
Puede los rayos de su vista ardiente;
Puede, al ceñirse el esplendor del cielo,
Iluminar las nieblas con su frente.

El universo palpitó en tu cuna;
Tendiste ufano la vivaz mirada,
Y al pié de tu ambicion, encadenada
Teniendo á la fortuna,
«Universo,» clamaste, «tú eres mio;
Rasga el velo fatal de tus arcanos;
Estremézcanse abismos y montañas,
Rujan los Oceanos,
Yo vengo con el hacha del progreso
El sólio á derribar de la ignorancia;
Y al tremolar mi pabellon de guerra,
¡Retiembla en torno, tierra!
¡Creacion!.... de rodillas!»

En vano el antro del pasado cierra
Los misterios ignotos de la historia
Bajo el negro sudario del olvido,
Tú, coloso atrevido,
Lo desgarras soberbio, omnipotente,
Y en tu mirada de leon inquieta,
Y en tu sombra esplendente,
Fulguran, encendidas en la Gloria,
Las estrellas de tu alma de poeta.

Una revelacion hubo en tu mente:
Iluminóla Dios con tu entusiasmo,
Y viste en el embrion de las edades
La encarnacion de un porvenir inmenso;
Allí la nebulosa se mecia
Como el humo bendito del incienso
Que el caos te rendia....
Y súbito un relámpago de sangre,
Un látigo de llamas,
Sobre el profundo báratro se cierne....
Lluvia de fuego, y de betun y azufre,
Truenos, rayos, incendio por do quiera,
Y gigantes oleadas de humo oscuro
Girando en torno de la roja esfera.....
El huracan violento
Entre rugidos brota, y va empañando
Con su ronco alentar el firmamento;
Y como el cóndor que hasta el éter sube,
Se eleva amenazante; luego cae
Cual desbordado rio
Sobre la tierra en ruda catarata,
Donde su rostro de dragon retrata
El sol, dejando el horizonte umbrío.

Luego, el silencio sepulcral que anuncia
De la tormenta el ímpetu furioso,
Otra vez los clamores y el estruendo,
Diluvia el agua en torbellino horrendo,
Y del preñado seno de las sombras
Dispáranse los rayos á millares;
Los hervorosos mares,
Leones terribles cuya piel de olas
Se arruga y pierde en la confusa bruma,
Se encrespan hasta el cielo, sacudiendo
Su melena flamígera de espuma.
Rompe del mundo el seno, la corriente
De lava, de granito incandescente,
Disformes monstruos por do quier se miran....
Nacen las plantas, los helechos brotan
Y se pueblan los riscos empinados,
Y en los lindes al Ponto señalados
Sus furias rugen y la playa azotan.

Despues, himno de paz y ventura
Que la vida en su Aurora al cielo canta,
Y al disiparse la tiniebla impura
La frente el hombre hasta el Señor levanta.
Y tu espíritu, lleno de armonías,
Flotando en esa creacion suprema,
Hasta el zenit llegó de nuestros dias
Como el último canto del poema.

No tan grande se alzara el de Florencia
Astrónomo sin par, cuando de hinojos
Cayó del fanatismo á la violencia,
Como tú, descubriendo en lo ignorado
La infancia de los astros; de tus ojos
Nada velarse puede,
Desde el humilde líquen de la cumbre
Del Tunguraga trémulo, á la mina
Donde el escita sórdido se inclina
Del sol huyendo la serena lumbre;

Digitized by Google

La Flora universal, abriendo el seno
De rico néctar y fragancia lleno,
Con hojas de esmeralda
Y botones de rosa
Brindó á tus sienes inmortal guirnalda;
Cintilaron las lámparas del cielo
De tu imperioso acento al eco solo,
Y marcando la ley del magnetismo,
Tu estandarte clavaste sobre el polo
Que del espacio gira en el abismo.

Nada hay que al genio en su carrera asombre;
Analiza la piedra, el mar, el hombre,
La secular encina
Que sobre el bosque con desden se eleva,
Y en las letras gloriosas de su nombre
A todo un mundo su palabra lleva.

¡Oh! digno pedestal eran los Andes
Y del Thibet la vasta cordillera
Para tu audacia de titan; subias
Y de tu pié las huellas se estampaban
En los hielos eternos. ¿Qué sentias
En la mansion del águila altanera,
Envuelto de las nubes en el manto,
Mirando estremecerse la llanura
En horrible temblor? Y ¿qué pensabas
Cuando erguido en las cimas, destacabas
En la celeste altura
Tu colosal figura?

¡Porvenir de la ciencia! El te veia;
Y el rayo dominado,
El vapor á tu carro encadenado,
Los secretos del cielo descubiertos,
El Progreso, la luz que es tu corona,
El himno son con que á su gloria augusta
Alabanzas de amor el mundo entona.

Tú, patria idolatrada, madre mia,
Amor de mis amores,
Que recuestas, radiante como el dia,
Tu indiana frente en tropicales flores;
Tú, en cuyos ojos de zafir se enciende
El Porvenir que tu ambicion alcanza,
Bajo el dosel de estrellas que se extiende
Cual diadema de fuego en lontananza,
Tributale tambien, alma belleza,
Tus recuerdos de amor á su memoria,
Y díle que la fé de tu grandeza,
Nació con los laureles de tu gloria;
Que has jurado avanzar, que las naciones
Al sonoro rumor de tus cantares,
Flameando verán tus pabellones
Del templo del Progreso en los altares;
Que la ciencia de hoy mas será el santuario
Que de los odios sellará el abismo;
Todo un pueblo será su sacerdote,
Su incienso el patriotismo,
Y de noble destino en la esperanza,
El holocausto harás de tus recuerdos
Sobre el Arca sagrada de la Alianza.

¡Progreso es redencion! y ya la estrella
Que trocará tu duelo en alegrías,
En tu horizonte mágico destella
Sobre la inmensa cuna del Mesías.

SANTIAGO SIERRA.

México, Setiembre 14 de 1869.

LOS POETAS.

A I. M. ALTAMIRANO.

(CONCLUYE.)

La obra capital de Miguel de Cervantes marca para nosotros el punto culminante de la literatura española en el gran siglo. Epoca única en la historia de las letras castellanas, que debia empezar en Garcilaso y acabar en D. Luis de Góngora y D. Francisco de Quevedo.

Cervantes, en aquella época en que todo protestaba, protestó tambien; Lutero acababa de romper las cadenas de la conciencia humana; Cervantes vistió á su caballero de todas armas, y lanza en ristre le arrojó sobre los muros que encarcelaban al sentido comun, y mas feliz que su héroe en la famosa aventura de los molinos, los muros cayeron, no como los de Jericó, al son de las terribles trompetas de Israel, sino al alegre sonido de una carcajada inmensa. La séria protesta del agustino debia hacer derramar torrentes de sangre, debia ocasionar batallas que quizá, mirando el fondo de las cosas, han tenido su terrible apéndice en Sadowa. Cervantes hizo, frente á todo aquel cúmulo de barbaridades que se llamaban historias de los caballeros andantes, lo que dos siglos despues debia hacer Voltaire frente al catolicismo: reir.

Su inmenso libro hizo popular en el mundo la majestad del idioma castellano, que desde entonces viste, como una rica presea, el nombre glorioso de Cervantes; la idea que se propuso desarrollar y que en gran parte permanece envuelta en un misterio cuya clave es el inencontrable Buscapié, no podia encerrarse entre Gibraltar y los Pirineos, sino que invadiendo todas las regiones batió por todas partes al enemigo que, nacido en la tienda guerrera de los godos, y despues de llenar una mision sublime durante la edad media, habia llegado hasta la cuna de Cervantes como un espectro inútil, solo bueno para trastornar mas y mas la inteligencia humana. El grande escritor echó sobre la espalda de la andante caballería la túnica de los locos y la sacó á la vergüenza con este letrero al cuello: «El de la triste figura;» y una risada universal se unió á la suya: la humanidad se habia salvado. Miguel de Cervantes la habia curado de enajenacion mental.

El 23 de Abril de 1616 murió el autor de *Don Quijote*, en el mismo instante que William Shakespeare entregaba el alma, que como dice A. Dumas, ha sido la que ha creado mas despues de Dios.

Cervantes y Shakespeare no tienen precedente en la historia del pensamiento humano. Fueron dos individualidades poderosas, iguales, porque su frente se pierde en la atmósfera infinita en donde no hay mas que una grandeza: la de Dios; *en la region de los iguales*, como ha dicho el Maestro en ese su bosquejo á lo Miguel Angel consagrado al poeta británico.

Digitized by Google

El autor del *Quijote* habia estudiado el cerebro de la humanidad; el autor de *Hamlet* su corazon. El uno era un sabio, el otro un ignorante. Hé aquí la ventaja del inglés. Sus composiciones abrazan todas las épocas, hasta las que jamás han existido. Shakespeare solo conocia á Plutarco. Esquilo, Sófocles, Eurípides, eran nombres solo para él; tal vez ni eso. Hay ocasiones en que la ciencia es una traba. La ciencia tiene en los cuatro vientos cardinales las columnas de Hércules: *nec plus ultra.* El dramaturgo inglés nunca conoció ese lema; por eso su imaginacion se desbordó inmensa, sin límites; aquel hombre era el mar.

Plagado de anacronismos, ¿qué le importaba nuestra historia á ese forjador de gigantes? La historia era un metal que empleaba en la fundicion de sus colosos. Tanto mejor si el metal se perdia en el horno ardiendo. El poeta destruia la historia de la humanidad para rehacer la historia del hombre. Obra divina.

W. Shakespeare era el grande por la imaginacion, el soberano por la pasion, el único. Aquel genio lo evocaba todo. No habia leido en los libros, pero leia en su alma, el libro infalible. No necesitaba de los demas. No hay dolor, no hay alegría, no hay infamia, ni delirio, ni vértigo, ni ternura, que no haya acudido en torno de su vara mágica, como los genios á la voz del padre de Miranda. ¿Quién le habia revelado todo eso? Nadie; Dios. Su cerebro era un Sinaí.

Leed sus obras.

Antes de Cervantes, habia habido un astro de primera magnitud, Camoens, el Homero de la gloria portuguesa, el tierno amador de la misteriosa Doña Violante, el malaventurado autor de las Lusiadas; despues de Shakespeare hay una pléyade. Don Pedro Calderon de la Barca, Corneille, Ruiz de Alarcon, Molière; despues nada, despues la noche. En el fondo de aquella noche se bosquejaba un *rictus* satánico. Aquello fué Voltaire.

Vino en seguida la gestacion del siglo XIX; el mundo viejo moria, el mundo actual nacia. Era la mentira, eternamente cierta, del fénix renaciendo de sus cenizas.

Durante aquella trasformacion, el mundo habia cambiado de frente. Como esos viajeros que al pasar la línea ecuatorial, viniendo del Sur, se encuentran de improviso bajo las magníficas constelaciones del hemisferio boreal, así la viajera humanidad, despues de pasar por ese ecuador de sangre que se llamó la revolucion francesa, entonó un himno por la voz de todos los nuevos bardos, ante el espléndido cielo que se desarrollaba á sus ojos.

Otra vez hablaremos de esos admirables cantores que abrieron la época presente, desde Quintana y Goëthe hasta Lamartine, el que necesitaba morir; hasta Víctor Hugo, el que necesita vivir.

Amor y lágrimas: hé aquí las palabras que el autor de las *Meditaciones* hizo grabar en un anillo cuyo engaste estaba formado de una partícula del muro que aprisionó al Tasso en Ferrara; porque estas palabras resumen la historia de casi todos los grandes poetas.

Amor y lágrimas, es decir, la mujer.

La mujer es en la creacion el elemento inspirador por excelencia. En toda vírgen hay un poeta, en toda madre hay un ángel.

La mujer, que cada vez va tomando una parte mayor en el goce y en el sufrimiento de los hombres, estaba destinada á iluminar con la incomparable luz de sus ojos, la via dolorosa de esos cantores peregrinos, que siempre serán trovadores, y siempre vagarán por los campos de la imaginacion con la lira al hombro y el cayado entre las manos.

No sé cuál será el sentimiento interior de los poetas en la plenitud y en la decadencia de su vida; pero el poeta jóven solo ve en las rosas y en los astros, flores del mundo y flores del cielo, un color, un aroma, una luz: la mujer amada. Petrarca oirá en las soledades de Vaucluse el nombre de Laura confundido con todos los perfumes, con todos los murmullos, con todas las cantilenas; el Dante encontrará á su Beatriz en el cielo, pura como sus sueños, bella como sus ángeles, ideal como su esperanza:

Amor ch'a nullo amato amar perdona....

El cristianismo es el verdadero creador de la mujer; el cristianismo sentó su imágen al lado de Dios, y le dijo: «Héte aquí, mujer; tú la que quebrantarás la cabeza del mal; tú, el ideal eterno, yo te consagro, bendíceme: te llamas María.»

Y la mujer desde entonces entró á la vida con una auréola divina formada por todos los gérmenes de la poesía cristiana.

Así elevada, ya no podia separarse de nuestros destinos. Desde entonces el nombre de una mujer seria el primer vagido de la lira; el recuerdo de una pasion debia mezclarse con el último suspiro del poeta. Si quereis un ejemplo, ahí lo teneis en el incomparable cantor de Elvira, que llegado á los límites de la vida humana, estrechaba contra su corazon, aun despues de muerto, el Crucifijo que su amada le habia legado al morir, sesenta años hacia.

La poesía dulce y santa, la poesía del alma habia crecido en Nazareth en el corazon de Aquel que debia decir á Magdalena: «Mujer, Dios te perdona, porque has amado mucho.»

Aquellas palabras que rescataban á Eva en nombre del amor, son la fuente de la poesía espiritual. Desde entonces el himno de los sentidos estaba condenado á ser fugitivo y perecedero, como el cuerpo cuyos goces interpretaba.

El Evangelio es la nulificacion de todos los Anacreontes pasados, presentes y futuros.

Feliz el poeta que no encuentra un vaso de lágrimas en el corazon de la mujer; feliz el poeta para quien la mujer es el prisma al través del cual adora á la naturaleza y á Dios, cuya lira no vibró jamás al soplo impuro de los deseos; para quien hay una

Digitized by Google

mision mas alta que cantar los placeres, y es la de elevar la inteligencia y el corazon de los hombres hácia lo eternamente bello y lo eternamente santo; feliz el que en el camino de la vida ha encontrado su ángel y ha merecido por epitafio la última nota de esa estrofa de felicidad que tanto se parece á una lágrima, el *Lago:*

Que le vent qui gémit, le roseau qui soupire,
Que les parfums légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu'on entend, l'on voit ou l'on respire,
Tout dise: Ils ont aimé!

JUSTO SIERRA.

A DIOS.

Á LA SEÑORA DOÑA MARÍA MAGDALENA MONTERO DE ESPINOSA.

Tout annonce d'un Dieu l'éternelle existence.
On ne peut le comprendre, on ne peut l'ignorer.
La voix de l'univers annonce sa puissance
Et la voix de nos cœurs dit qu'il faut l'adorer.
VOLTAIRE.

¡Qué grande te siento! Deslumbra mis ojos
La luz que en mil rayos circunda tu faz,
Y caigo á tus plantas postrado de hinojos
Si quiere tu idea mi mente abrazar.

En vano me esfuerzo buscando tu Nombre,
Tu Nombre y tu Esencia se esconden de mí;
El hombre es muy grande. Tiene alma.... y el hombre
Es vil polvo, es nada delante de tí.

¿Quién eres? ¿En dónde tu Espíritu habita?
¿Quién puede decirme á do te hallaré?
De mí te separa distancia infinita,
Y siento entretanto que llenas mi sér.

Do quiera te busco, do quiera te anhelo,
Y te hallo do quiera sin verte jamás;
Tú llenas el mundo, los astros y el cielo,
Y todo el espacio, y aún mas allá.

Al hombre, que á todas tus obras excedo,
¿Por qué le criaste, si no es para tí?
¿Por qué pues entonces mirarte no puede?
¿Por qué si le llamas le alejas así?

Te busco do quiera sin tregua y sin calma,
Oir pretendiendo tu Nombre ó tu voz;
Te encuentro en el mundo, te siento en mi alma,
Te escucho en el trueno, te miro en el sol.

Si el viento los cerros mas altos azota,
Y dobla la palma, y quiebra el pinar;
Si miedo infundiendo, la mar se alborota,
Tu Mano es quien mueve al viento y al mar.

Si el rayo desgarra de nubes el velo
En ellas dejando fugaz esplendor,
Tu Mano es quien tiende su luz por el cielo,
Y bajas con la otra al rayo veloz.

La Atlántida un tiempo del mar levantaste,
Y montes soberbios alzaron su sien;
Despues en tu ira la Mano apartaste,
La tierra y los montes dejando caer.

Si acaso turbando las horas serenas
De lava torrentes arroja el volcan,
Su fuerza intimidas, su lava refrenas,
Y allá en su impotencia se le oye agitar.

Si tiembla la tierra y el mundo vacila,
Cual ébrio que siente su fuerza perder,
Tu Mano detiene la tierra que oscila,
Y el monte en su base descansa otra vez.

Quizás esperando que no la refrenes
Sus alas agita veloz tempestad,
Mas si es que te place, sus alas detienes
Y tu arco en las nubes anuncia la paz.

Se lanza terrible la negra tormenta
El valle y los montes hiriendo á la vez,
Volando y rompiendo su furia acrecienta....
Lo quieres, y quieta se queda á tus piés.

Si el mar se embravece, sus olas en vano
Cual montes que avanzan pretende elevar,
Las aguas nivelas tendiendo la mano,
Y vuelve á su lecho dormida la mar.

En todo lo grande y en toda belleza
Se siente tu mano, se ve tu poder,
Los mares me enseñan cuánta es tu grandeza
Las flores me dicen cuán bueno has de ser.

Asciendo á los astros, y subo arrobado,
Millares de estrellas dejando detrás;
El límite toco del mundo creado:
¿Qué existe en seguida? Tú estás mas allá.

Despues al abismo desciendo, profundo,
Dejando á mi paso mil globos de luz;
Acábase todo, conclúyese el mundo,
Despues ¿qué se encuentra? Tambien estás Tú.

Si todo lo llenas, ¿por qué si te anhelo
Te encuentro do quiera sin verte jamás?
¿Por qué, pues, el mundo, los astros y el cielo
Diciendo que existes, me ocultan tu faz?

¿Por qué inteligencia prestastes al hombre?
¿Por qué le creaste si no es para tí?
¿Por qué no te mira ni sabe tu nombre?
¿Por qué si le llamas le alejas así?

Te encuentra mi vista do quier que la extiendo,
Y todo me oculta tu nombre y tu ser.
No puedo ignorarte, mas no te comprendo;
Se agobian mis fuerzas y caigo á tus piés.

RAMON VALLE.

La Presa, 1868.

UNA VISION.

SONETO.

Con majestad augusta y soberana,
Tras las altas montañas de Occidente,
Ocultaba ya el sol su roja frente
Entre nubes magníficas de grana.

Llegó la noche al fin, la noche insana
Con su silencio lúgubre, imponente;
Era el instante aquel que tristemente
Señala á la oracion ronca campana.

Allá á lo lejos vacilante estrella
Se miraba brillar, astro perdido
En esa bóveda azulada y bella;

Yo mis ojos bajé, triste, abatido,
Y ante mí ví cruzar como centella....
Un raton escapado de su nido.

C. A.

Digitized by Google

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

VII

Guadalajara de cerca.

Por una calzada de hermosos fresnos se atraviesa en un instante la pequeña distancia que hay de San Pedro á Guadalajara.

Desde que se penetra en sus primeras calles hay algo que simpatiza profundamente: se ve algo semejante á la sonrisa de una familia hospitalaria: se diria que una mujer amable y buena, le abre á uno los brazos y le estrecha contra su corazon.

Yo conozco muchas ciudades de la República, caballeros, y puedo asegurar á vdes. que al atravesar por primera vez el dintel de algunas de ellas, he sentido algo que me repelia, se me ha oprimido el corazon como al penetrar en una ciudad enemiga ó en una cárcel.

En cada habitante que he encontrado en las calles me ha parecido ver un pícaro: cada casa me ha mirado con ceño, y la poblacion entera se me ha figurado que me hacia una mueca de odio y de insulto. Y aunque parezca singular, puedo añadir tambien que en cada una de estas poblaciones *chocantes* he tenido siempre jaqueca durante el tiempo que he permanecido en ellas, el cual he procurado abreviar para no morirme de tedio, deseando al alejarme, lo confieso, lo mismo que aquellos dos discípulos de Jesus al pasar por una ciudad que les cerraba sus puertas, esto es: lloviera fuego del cielo para que las consumiera como á la antigua Sodoma.

Tengo esta debilidad, así como tengo la contraria, á saber: la de apasionarme de los lugares que á primera vista me son simpáticos.

Guadalajara lo fué.

En cada habitante que se detenia á ver pasar nuestra columna, creí ver un íntimo amigo, y ganas tuve mas de una vez de apearme del caballo para ir á abrazar á la primera vieja que se asomaba á su ventana para sonreirnos con benevolencia, ó á la muchacha del pueblo que fijaba en nosotros sus negros ojos con mil promesas de tierna confianza.

En Jalisco hay, como en todos los Estados de la República, *provincialismo:* pero no es ese provincialismo celoso y estúpido que cierra al extraño las puertas, y que le ve como un animal feroz ó como al *gafo* de la Edad Media; sino ese sentimiento apasionado hácia todo lo que pertenece á la tierra natal y que sin ser exclusivista procura embellecer lo propio á los ojos del extraño.

Así es que en Guadalajara, apenas llega un mexicano cuando veinte personas le rodean afectuosamente, le invitan á pasar á la casa, le brindan con la mas franca hospitalidad, le procuran relaciones, y le inician, por decirlo así, en todas las intimidades de aquella sociedad.

Se procura hacer deliciosa la mansion del viajero, se desea que encuentre el placer en todas partes, y se logra por fin que lleve de Guadalajara los recuerdos mas alegres y duraderos.

Se conocerá la diferencia que hay, por ejemplo, entre el carácter de Guadalajara y el carácter de Puebla en lo siguiente:

En Puebla invitan al forastero á visitar las iglesias: en Guadalajara á visitar los establecimientos de beneficencia: en Puebla, despues de infinitas pruebas parecidas á las que se exigen del profano antes de entrar en la masonería, los amigos, como una gran muestra de confianza, le ofrecen agua bendita y rezan con él un *via-crucis;* en Guadalajara á los diez minutos de haber sido presentado le ofrecen un banquete y apuran en su compañía la copa de la amistad.

En otras partes las mujeres apenas asoman las narices por sus balcones para ver pasar al viajero, y se apresuran á esconderse para no ser examinadas de cerca.

En Guadalajara las mujeres se presentan francas y risueñas, comprendiendo muy bien que no es preciso ser mojigatas para ser virtuosas.

Decia yo que el provincialismo en Guadalajara consiste en querer aparecer bien á los ojos del extraño, y por este sentimiento, que es el orígen de todo patriotismo, no es raro oir encomiar en sus tertulias el valor de sus guerreros, el acierto de sus gobernantes, el talento de sus escritores y la belleza de sus mujeres.

Y á fé que tienen razon.

Jalisco es la tierra de Prisciliano Sanchez, de López Cotilla, de Otero, de Herrera y Cairo, de Cruz Aedo, y de Epitacio Jesus de los Rios; y bajo aquel cielo de fuego se ha templado la lira de esa Isabel Prieto, que nacida en España, se ha desarrollado desde su niñez bajo la influencia de nuestro sol y nos pertenece por entero como nuestro Alarcon pertenece á España.

El carácter de los jaliscienses es demasiado conocido para que tenga yo necesidad de detenerme en encomiarle.

En cuanto á las mujeres, en mi concepto, no solo son hermosas sino divinas, y tienen ademas de sus encantos físicos, que el cielo les otorgó con mano pródiga, una cualidad que no es comun, que va siendo mas rara de dia en dia, que va á desaparecer del mundo si Dios no lo remedia:

El corazon, amigos mios, el corazon; lo que se llama hoy corazon; ¿entienden vdes.? No la entraña que yo, médico, no me atreveré á negar á ninguna mujer de la tierra, sino esa facultad que, como el verdadero talento, es un privilegio, y consiste en saber amar bien y cumplidamente, con ternura, con lealtad, sin interés, sin miras bastardas, sino en virtud de un sentimiento tan exaltado como puro.

Este culto del amor ya solo existe en algunos puntos del globo: él ha sido hasta aquí la religion del

Digitized by Google

género humano, pero desgraciadamente va sustituyéndose con la horrible idolatría del becerro de oro que se halla extendida por toda la tierra, que gana prosélitos á cada momento, y que parece estar cobijada bajo las alas poderosas de la civilizacion.

¡Blasfemia! diria cualquiera que me oyese hablar así. En efecto, blasfemia me parece tambien á mí, cuando me pongo á reflexionar en que la civilizacion es la propaganda de todo lo bello y de todo lo bueno, y no puede de ningun modo reputarse tal, esa infame codicia que mata las mas santas aspiraciones del alma.

Yo creo que esta especie de ateismo que se burla de los sentimientos, y que no hace caso sino del estúpido goce material, no es mas que el retroceso que toma una nueva forma, y que se envuelve y se mezcla entre las galas del progreso para emponzoñarlo y destruirle, como un insecto que logra esconderse en el cáliz de una flor pomposa y perfumada para roerla y secarla.

Sea como fuere, nosotros advertimos, y esto es muy perceptible, que á medida que nuestro pueblo va contagiándose con las costumbres extranjeras, el culto del sentimiento disminuye, la adoracion del interés aumenta, y los grandes rasgos del corazon, que en otro tiempo eran frecuentes, hoy parecen prodigiosos cuando los vemos una que otra vez.

Cuando el mundo está así, la poesía es imposible, la novela es difícil, y solo hay lugar para los cuentos de *cocottes* que hoy hacen la reputacion de los escritores franceses, ó para las sangrientas sátiras que no por disfrazarse con la elegancia moderna son menos terribles en la boca de los *Juvenal* del siglo XIX.

Leandro y Hero, Romeo y Julieta, Isabel Segura y Diego Marsilla, hoy serian dos tipos increibles.

Por eso amo á Guadalajara: allí todavía el amor tiene un santuario y adoradores fieles: allí se sabe amar; allí la civilizacion ha entrado, pero sin sus falaces arreos de codicia y de egoismo.

Algunas excepciones habrá, pero la mayoría de las mujeres permanece fiel á las leyes del corazon.

Y esto que digo de Guadalajara, debe considerarse dicho de todo el Estado de Jalisco.

Sí señores; aquella es una tierra en que la naturaleza se ostenta pródiga en las bellezas físicas y en las bellezas morales.

A veces han pasado sobre ella los huracanes de la guerra dejándola asolada, ó ha corroido sus entrañas el crímen. Pero la savia poderosa de su vida se ha sobrepuesto á estas crísis pasajeras, y Jalisco se ha alzado de su abatimiento mas lozano, mas pomposo, mas bello que nunca.

Su pueblo será grande cuando sus hijos, olvidando sus rencillas domésticas, comprendan que es en la union donde encontrarán el secreto para hacer que vuelva su país á su preponderancia anterior; porque vdes. no ignoran, y nadie ignora en México, lo que ha pesado Jalisco en los destinos de la patria.

VIII

La Prima.

He disertado, tal vez con gran pesar de vdes., pero creí necesarias las observaciones que acabo de hacer para que sea conocido el teatro en que van á representar mis personajes.

Ahora vuelvo á mi novela, que hace tiempo que la escena está sola y que no hago mas que poner decoraciones.

He dicho que Guadalajara, cuando llegamos, estaba llena de animacion y de ruido. Habia en ella no ese aspecto sombrío y severo de una plaza que está próxima á defenderse, sino la alegría aturdidora de una ciudad que, no teniendo duda acerca de la suerte que le espera, quiere al menos ahogar en la fiesta sus inquietudes y su desesperacion.

Mañana caeria en las garras del extranjero, y la familia liberal jalisciense que lo sabia, procuraba gozar los últimos instantes, y darse, en medio de la locura del festin, los últimos *adioses*.

Eran las últimas alegrías del hogar.

De modo que si Guadalajara ocultaba en su seno todas las palpitaciones de la zozobra y el temor, hacia esfuerzos para disimularlas con su semblante risueño, con sus gritos de entusiasmo y con su indolente amor al placer.

El general Arteaga, gobernador entonces de Jalisco, habia reunido en la ciudad numerosas tropas que disciplinaba con empeño, esperando, como era de suponerse, que bien pronto tendria que hacer frente á las legiones invasoras.

Nuestra llegada aumentó la animacion: éramos mexicanos y jóvenes, es decir, gente alegre, bulliciosa y amante de divertirse hasta en vísperas de morir.

Nuestros oficiales eran todos bien educados, elegantes y amables. Nuestro cuerpo de caballería, y digo nuestro, porque ya me consideraba perteneciente á él, era en este particular privilegiado.

El coronel era el tipo mas acabado del *gentleman*. Habia querido que sus oficiales fuesen semejantes á él, y habia logrado reunir en su cuerpo una pléyade verdaderamente escogida de *dandys*.

El único con quien estaba descontento era Valle, y eso no porque careciera de modales finos, sino porque, como lo he dicho, no era comunicativo ni galante, ni gustaba de la francachela. Parecia *el mal pariente* de aquella familia militar; y como su conducta, su observancia rigorosa de las leyes del ejército, y su exactitud, eran un reproche constante para el coronel, que solia relajar la disciplina, este deseaba con toda su alma desembarazarse de tan incómodo subalterno.

He dicho antes que Valle prometió á su amigo Flores llevarle á casa de su prima.

El Don Juan, á quien pareció seductora la promesa, deseoso como estaba de conocer á las beldades de Jalisco, para quienes esperaba ser tan simpático como siempre, no perdió oportunidad de recordar á

Digitized by Google

Valle su oferta; y al dia siguiente, despues de terminadas las ocupaciones militares del cuartel, los dos jóvenes se dirigieron á la plaza principal á practicar un reconocimiento, presumiendo, como era natural, que allí habria bellezas que contemplar y amigos que les sirvieran de *cicerones*.

Era domingo, y la mañana estaba hermosísima; pero en la plaza, cuyo cuadro está embellecido con una hilera de naranjos, no encontraron nada de particular, pues la reunion mas notable se hallaba en el atrio de la Catedral, en la que se celebraba la misa de doce.

Este atrio se halla limitado por una soberbia y magnífica reja de hierro.

Nuestros oficiales llamando la atencion por su elegante uniforme, y particularmente Flores por su gallardo continente, atravesaron la puerta de la reja y penetraron al interior del templo, cuya magnificencia omito describir para no parecer fastidioso. Solo diré á vdes. que los jaliscienses se enorgullecen de poseer tan suntuoso edificio, obra del arquitecto Martin Casillas, *el maestro mas insigne que habia en aquellos tiempos*, segun ellos dicen.

Cuando los oficiales entraron, la misa estaba concluyéndose, y mientras que Valle, mas artista y mas observador, examinaba la fábrica del templo, la forma y riqueza de los altares, y se fijaba con curiosidad en los sombreros viejos de los obispos difuntos, que están pendientes de un hilo arriba de cada uno de los altares, y acerca de los cuales se cuentan muchas candorosas tradiciones que el jóven recordaba sonriendo, Flores, mas inclinado á contemplar las bellezas humanas que las bellezas arquitectónicas y las antigüedades, recorria con admiracion los diversos grupos de encantadoras hijas de Guadalajara, que llenaban las naves de la Catedral y en derredor del altar en que se celebraba el Oficio Divino.

—Hombre, Valle, deje vd. de contemplar santos como un bobo, y mire los primores que hay aquí. Canario! que muchachas tan deliciosas tiene Guadalajara.

Valle miró y quedó asombrado. En efecto, habia allí un centenar de mujeres hermosas, hermosísimas, como las sueñan los poetas, como las pintan los enamorados.

Las naves resplandecian mas que con el fulgor de los blandones y con los rayos de luz que penetraban por las ventanas, con el brillo de tantos ojos negros que parecian encendidos no por el tibio fuego de la piedad, sino por la hoguera abrasadora del amor y del deseo.

La misa habia concluido: los oficiales vinieron á situarse en la puerta principal, y allí pasaron revista á todas las bellezas que acababan de ver en conjunto y de priesa.

Todas ellas se fijaban en los dos jóvenes, y con especialidad en Flores, que estaba soberbio de belleza, de elegancia, y que tenia en su semblante y en su apostura ese no sé qué poderoso é irresistible que atrae infaliblemente las miradas y el corazon de las mujeres.

De repente se acercaron á ellos dos jóvenes gallardas y majestuosas como dos reinas. Una de ellas tenia cubierto el semblante con un espeso velo. La otra era hermosa como un ángel.

Rubia, de grandes ojos azules, de tez blanca y sonrosada, y alta y esbelta como un junco, esta jóven era una aparicion celestial.

Valle, al verla, se ruborizó cuanto era posible en su semblante pálido. Ella le dirigió una mirada y le saludó sonriendo ligeramente; pero al fijarse despues en Flores se detuvo un instante lo mismo que su compañera, como fascinada por la mirada audaz del bello seductor que estaba acostumbrado á imponer, desde el primer instante, sobre las mujeres que veia, el despotismo de su influencia terrible.

Despues de esta detencion momentánea las dos damas salieron del templo con cierta precipitacion, atravesando el atrio entre una doble hilera de *lionés* de Guadalajara que se inclinaron respetuosamente para saludarlas. En este momento Valle murmuró al oido de Enrique estas dos palabras:

—¡Mi prima!

Enrique sonrió y se contentó con decir entre dientes:

—¡Deliciosa!

La rubia, al través de las rejas del atrio aun volvió una vez el semblante, y sin hacer caso de los pisaverdes cuyos ojos la seguian, dirigió una última mirada al gallardo compañero de su primo.

—Entiendo, dijo Flores á este, que tendrá vd. el buen gusto de seguir á su linda prima, y yo creo que es de mi deber acompañarle.

—Bueno, contestó Valle un poco contrariado: no sé si se dirigirá á su casa y si podrá recibirnos á esta hora; pero vamos, y ello dirá.

—Querido, replicó Enrique, estoy seguro de que una mujer linda y de buen sentido tendrá mucho placer en recibir á cualquier hora á dos muchachos de México como nosotros.

Diciendo esto siguieron á las encantadoras criaturas, que atravesando la plaza y algunas calles y encontrando en su camino miradas de amor y saludos cariñosos, se dirigieron á la calle del Cármen, deteniéndose á la entrada de una casita linda y alegre como una jaula de canarios.

Allí, despues de volver todavía el rostro para cerciorarse de si eran seguidas, viendo á los oficiales que venian en pos de ellas á pasos rápidos, haciendo sonar en las baldosas sus acicates de oro, entraron y se dirigieron inmediatamente á la sala de recibir.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(*Continuará.*)

Digitized by Google

A UNA VIOLETA.

Flor querida, flor graciosa,
Que te inclinas misteriosa
Hasta el suelo;
Dulce emblema de tristeza,
Alza altiva tu belleza,
Mira al cielo.

Y esa lágrima amorosa
Que en tu cáliz, temblorosa,
Ha brotado,
Al resbalar á la tierra
Dará el aroma que encierra
Perfumado.

Yo oigo unas voces perdidas
Entre el apacible ambiente,
Murmurando
Suspiros, quejas sentidas,
Y amores que el alma siente
Delirando.

No sé, flor, qué simpatía,
Qué amor, qué dulce locura
Por tí siento;
¡Oh flor de melancolía!
Yo nombraré á tu hermosura:
Pensamiento.

Porque yo creo, violeta,
Que eres la flor del poeta
Preferida,
Y que hay en tí un sentimiento
Que hoy exhalabas al viento,
Dolorida.

Sí, yo en tu cáliz violado
Miro un amor desgraciado
Que es tu muerte,
Y ese llanto en que te mojas,
A marchitar va tus hojas....
¡Dura suerte!

Mas oye, flor inocente:
Olvida ese bien perdido,
Que en el mundo,
Cuando amor nuestra alma siente,
Siempre es mal correspondido,
Si es profundo.

Deja esa pena sombría,
Alza tu cáliz marchito
Por el duelo;
Y al brillar un nuevo dia,
Será tu llanto bendito
Por el cielo.

SOLEDAD MANERO DE FERRER.

EL MONTE PINCIO

EN ROMA.

Mi adorable amiga.—No hace sino veinticuatro horas que he llegado á Roma, despues de haber dejado las deliciosas orillas del Arno; de ese soberbio rio que rueda cantando entre los besos y los perfumes de las flores, como celebrando la gloria y la libertad de la Italia.

A proporcion que los trenes, crugiendo sobre sus vías y envueltos en el humo de la chimenea, se acercaban á la campaña romana, una sensacion indefinible de tristeza se apoderaba de mi alma, creciendo á medida que la verdura y la feracidad del terreno iban disminuyendo.

Entre las deliciosas florestas de la Toscana y las áridas llanuras de los Estados pontificios se siente, por decirlo así, la diferencia que média entre la alegría y la tristeza, entre la libertad y la esclavitud.

Eran las últimas horas de la tarde: el sol ya opaco y en occidente, prolongaba sobre la llanura las sombras de los árboles, y comenzaban á divisarse en lontananza los alrededores de la Ciudad Eterna.

Despues de haber visto en el mediodía de la Francia y en los melancólicos y pintorescos valles de la Suiza, grupos felices de pastores cantar alegres en el trabajo de sus campos, en las tristes llanadas de Roma, los ojos veian sin poder contener una lágrima, cuadrillas de séres infelices agobiados por el trabajo y el cansancio, temblar bajo la amenaza constante de la vara del capataz. Cientos de niñas frescas y bellas, obligadas por la miseria, se ven allí palidecer y marchitarse bajo la terrible influencia de *l'aria cattiva*, por un jornal miserable. Si alguna de ellas rendida á la fatiga y á la sed, suspende por un momento su trabajo, la mano cruel del verdugo la maltrata; creyéndose felices aquellas á quienes la enfermedad y la muerte libran de la miseria y del martirio.....

Por doquiera las ruinas, la abyeccion, el abatimiento, la pobreza y la desgracia! Hé aquí el primer espectáculo que contemplaron mis ojos al acercarme á la antigua ciudad de los Césares, donde hoy levanta su trono de oro y de púrpura el sucesor de Pedro, el Vicario ceñido con la triple corona.....

La noche habia tendido ya su negra cabellera sobre la ciudad; por sus estrechas y sucias calles malamente iluminadas, se sentia un aire húmedo y frio como el de un cementerio, y de trecho en trecho sus ennegrecidos y colosales edificios se alzaban silenciosos é imponentes como gigantescos sarcófagos; un silencio profundo reinaba por todos los ámbitos de la ciudad, solo turbado alguna vez por el místico sonido de una campana retirada, que vibraba como un gemido entre las brisas nocturnas. Tal fué mi primera sensacion al entrar á Roma la noche

Digitized by Google

de mi llegada. Hoy ha sido el primer dia que he visto la luz bajo su cielo.

Pero no quiero haceros participar, mi encantadora amiga, de la melancólica tristeza que domina mi corazon, tristeza que tal vez le hace feliz; más que á vos sin duda os causaria pena.

Os hablaré de mi primer paseo en esta misma tarde, paseo risueño y delicioso; quiero hablaros del *Monte Pincio*, que es en Roma lo que las *Delicias* en Sevilla, la *Fuente Castellana* en Madrid, el *Bosque de Bolonia* en Paris, y lo que algunos de los sombríos *Parques* de ese Lóndres, triste y sombrío, pero al cual alegra vuestra adorable presencia.

En esta tarde el Sr. F** á quien habia yo entregado en la misma mañana vuestra carta de introduccion, me trató con una finura y bondad bien raras en los ricos banqueros de su categoría. Este señor, digo, llegó al hotel en mi busca, me hizo montar en su carruaje, y bien pronto nos encontramos en la *Piazza del Popolo*, donde hizo parar el coche para que yo pudiese examinarla y gozar desde allí la hermosa vista del *Monte Pincio* que teniamos á nuestro frente.

Al centro de la magnífica plaza decorada con todo el buen gusto del arte clásico, se mira el obelisco de granito rojo que, sin contar la base, se eleva á mas de ochenta y cinco piés de altura, y que procedente de tiempos anteriores á la conquista del Egipto por Cambises, fué de Heliópolis trasportado á Roma por órden de Augusto, dueño ya de Egipto, colocándolo en el *circo Massimo*. Mas tarde Sixto V hizo elevar el precioso monólito oriental en el lugar que hoy ocupa.

A nuestra izquierda se veía la Puerta, que lleva el mismo nombre de la plaza, preciosamente decorada por Bernini, descubriéndose tambien el hermoso templo de *Santa María del Popolo*, cerca del lugar donde en otra época fué enterrado el terrible Neron, en la tumba de los Domicianos, á cuya familia pertenecia.

Las ocho fuentes que decoran esta plaza, brotan ricamente alimentadas por el acueducto de la *Vergine*, sus puros y ricos raudales que caen con sonoro y melancólico ruido sobre sus estanques.

Frente á nosotros se levantaba el *Monte Pincio* (Collis Hortorum), hoy uno de los paseos mas raros y preciosos que se conocen.

El monte está dividido en cuatro terraplenes, á los que se asciende por cómodas y anchas rampas que conducen hasta la mesa en que termina la propia colina, haciéndose este delicioso paseo en coche, á caballo ó á pié, y de cualquiera manera con comodidad.

Sobre el primer terraplen se ve una estátua colosal de Roma, elevarse majestuosamente; luego, pasando entre dos columnas de granito egipcio, se ven en sus nichos tres estátuas de mármol, de las cuales la del centro, que representa á Hygia y que se dice datar de la época de los antiguos romanos, es notable por su extremada belleza. Las otras dos que la acompañan, muy inferiores en mérito, representan los génios de la Paz y de las Bellas Artes.

En el segundo tramo se ven de pié las estátuas de cuatro esclavos tristes y agobiados: á su frente un gran bajorelieve representa á la Victoria rodeada de arneses y armas antiguas, coronando á dos génios que están á su lado. Esta obra es de *Stocchi*, y me pareció bella.

La *loggia* que se ve en el tercer terraplen, es un hermoso pórtico compuesto de cuatro columnas de granito oriental, al que se llega por dos escaleras de dos tramos, y sobre este se ve el último terrado que se halla sobre la cúspide de la hermosa colina, toda cubierta de bosquecillos verdes, frescos y olorosos; de prados tapizados de grama y de ramilletes de flores que perfuman constantemente las brisas. Muchas fuentes surtidas por la *acqua Felice* saltan entre la verdura refrescando el ambiente, y multitud de pedestales levantados á la orilla de las bellas y sombrías calzadas, sostienen los bustos de los hombres mas ilustres de Italia.

En la cima de la colina, en medio de aquella vegetacion, del perfume de las flores y de la frescura de las fuentes, el ambiente que se respira es puro y delicioso. Una música situada en la glorieta del obelisco de Aureliano, hacia en esta tarde repetir dulcemente sus sonidos por los ecos de la colina, y multitud de carrozas, pertenecientes pocas de ellas á la aristocracia romana, y la mayor parte á los *touristes*, rodaban entre la verdura y los aromas, mostrando perezosamente tendidos sobre sus muelles cojines, los cuerpos y los encantadores rostros de mil bellezas frescas, animadas y seductoras.

Entre aquella multitud, fácilmente podrian distinguirse, ya á la blanca y severa hija de Albion, con sus prolongados rizos cayendo desde sus sienes hasta su cuello; ya á las bellezas de la tierra de los autócratas y de los rengifos, sorprendidas de haberse despojado de sus finísimas pieles; ya las redondas caras de las miopes vírgenes de la Germania, con sus cabellos rojos, y por fin á las desenvueltas y despreocupadas hijas del Sena, llevando por todas partes la elegancia y la coquetería, la voluptuosidad y el desencanto.

Este conjunto es hermoso, y el viajero que contempla sobre el *Monte Pincio* y al fulgor del bello cielo de Italia un cuadro tan animado y delicioso, se cree por un momento en alguno de los elegantes paseos de los países meridionales de Europa, donde viven la ilustracion, la civilizacion, y esa sombra que llaman libertad los pueblos que viven bajo la despótica opresion de las coronas de sus reyes.

Mas ya sobre lo alto de la colina, tended la vista sobre el magnífico panorama que se extiende á vuestros ojos, y quedareis embebidos en una contemplacion dulcísima á la vista de tan hermoso espectáculo. La austera y vetusta ciudad se extiende á vuestros piés ceñida por su fuerte muralla; de Norte á Sur y sobre la ribera derecha del Tíber, se levantan el Vaticano y el Janículo sosteniendo la

Digitized by Google

soberbia pesadumbre de la Basílica, el magnífico palacio de los papas, con sus veinte patios, sus ocho grandes escaleras, sus galerías y sus jardines, y por fin el tesoro inapreciable de los sublimes cuadros de Rafael, de Miguel Angel, del Dominiquino, y otra multitud de maestros. El Quirinal, el Viminal, el Palatino y demas colinas, se elevan coronados por sus célebres edificios, destacándose entre ellos las hermosas cúpulas de sus cien templos magníficos, ya por su venerable antigüedad ó ya por la esplendidez con que los ha exornado el lujo de los pontífices romanos, alimentado por el sentimiento religioso, y mas aún por el fanatismo de los pueblos sujetos á su dominio.

Cuando desde la cima del *Pincio* se contempla, al crepúsculo de la tarde, la ciudad de las siete colinas, la imaginacion nos trasporta por un momento á los grandes siglos de la preponderancia del pueblo rey. Entonces nuestra mente exaltada se fija en el soberbio Foro, donde cree escuchar la voz de trueno de Ciceron, del Padre de la patria; despues, sobre el sagrado Capitolio ocupado por los próceres y senadores romanos; mira luego una multitud inmensa agitarse frenética en las anchas gradas del Coliseo, gozando con los rugidos de las fieras y los desgarradores lamentos de las víctimas que nadan en su sangre, tendiendo al fin la mirada sobre la Sagrada via, por la que atraviesan envueltos en la púrpura y coronados con el laurel de la victoria, los Rómulos y los Numas, los Coriolanos y los Augustos. ¡Cuánta magnificencia y cuánta gloria!...

Pero involuntariamente los ojos se dirigen á la soberbia tumba de Adriano, al castillo de *San Angelo*, y entonces la mirada atónita se fija sobre un pabellon extraño clavado sobre sus almenas.....

La bandera francesa sostiene en Roma la infalibilidad del Papa.... Al poder y la grandeza romana han seguido la esclavitud, la degradacion y la miseria.

Ya casi entre la sombra, al retirarnos á nuestra habitacion y al cruzar por la *Piazza Navona*, un carruaje paró cerca de la hermosísima fuente que decora esta plaza, y una de las obras notables del Bernini. De aquel carruaje sencillo y modesto bajó una mujer de alta y esbelta figura, en cuyo aire y continente se veian aún el orgullo y la mirada altiva de los hijos de los reyes, de los creyentes del derecho divino. Su rostro, si no de una notable hermosura, no carecia de belleza; pero una palidez siniestra cubria su frente y en sus ojos cercados por una sombra oscura brillaba una mirada inquieta y vaga..... La mujer se acercó á la fuente de la cual tomó un poco del *acqua vergine*, retirándose luego lenta y silenciosa.

Aquella mujer era la princesa Carlota; la infortunada archiduquesa de Austria que, habiendo llegado al Vaticano en busca de los consuelos de la caridad y de la religion, salió de él triste, desolada y perdida la luz divina de la razon, que tal vez no recobrará ya nunca.....

L. G. O.

Roma, 1866.

ROMANCE.

Acércate, noche pura,
Con tus divinos encantos,
Que quiero ver en tus sombras
Al ángel bello á quien amo.

Quiero soñar placentera,
Y entre rumores extraños,
Al perder una ilusion,
Olvidar mi bien pasado.

Quiero al brillo de la luna
Y á la orilla de algun lago,
Ver las aguas cristalinas
Que riegan los verdes campos;

Y escuchar cómo perturban
Del mundo el silencio santo,
Las hojas mústias y secas
Que el aura lleva á su paso;

Y entre el murmullo del bosque
Y del arroyo plateado,
Mirar entreabrir las rosas
Sus botones perfumados;

Sentir perderse en las brumas
Los ecos del viento manso,
Y adormirme en dulce sueño,
Mil ilusiones forjando.

Y al despertar, confundida
Por los acordes de un canto,
Escuchar en el silencio
Que acaricia mi regazo,

Los misteriosos arrullos
Que entona mi amante bardo,
Al suspirar en sus cuerdas
Los delirios que ha soñado.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

A ELLA.

(Traduccion del tarasco.)

Te dejas ver cuando del sol poniente
Se desata la luz en rayos rojos;
Son rasgados y lánguidos tus ojos
Y es airoso y gentil tu continente.

Su color dió la rosa complaciente
Para pintar tus formas, sus despojos
Te dió la nieve, y le causaste enojos
Con la pureza de tu blanca frente.

Al cimbrador bejuco de las cañas
Excedes de tu talle en donosura,
Tu color sobrepuja en la frescura

Al de la tierna *flor de las montañas.* *
¡Oh! si yo poseyese tu mirada,
De mí estuvieras, niña, enamorada.

EDUARDO RUIZ.

Morelia: 1869.

* Esta flor es conocida con el nombre de *alas de ángel.*

Digitized by Google

CURIOSIDADES BIBLIOGRAFICAS.

ARTICULO TERCERO.

Menos conocida y mas curiosa, sin embargo, que la obra antes mencionada del cronista Gonzalez Dávila, era sin duda otra, que registrada con el núm. 4092 en la *Biblioteca Colombina*, tenia por título el que copiamos en seguida, y decia de esta manera:

SUMA DE GEOGRAFÍA QUE TRATA DE TODAS LAS PARTES Y PROVINCIAS DEL MUNDO, EN ESPECIAL DE LAS INDIAS; Y TRATA LARGAMENTE DEL ARTE DEL MAREAR, JUNTAMENTE CON LA ESFERA EN ROMANCE: CON EL REJIMIENTO DEL SOL Y DEL NORTE: NUEVAMENTE HECHA.—CON PRIVILEGIO REAL.

El privilegio habia sido otorgado en Zaragoza el 5 de Setiembre de 1518; y se imprimió la obra «en la nobilísima y muy leal ciudad de Sevilla por Jacobo Cromberger, aleman, en el año de la encarnacion de Nuestro Señor de 1519.»

Tenia el ejemplar á que venimos refiriéndonos la particularidad notable de haber pertenecido á Don Fernando Colon: el cual, de su puño y letra, habia escrito al fin de la obra los renglones siguientes:

«Martin Fernandez de Enciso. Suma de geografia en español.»

«Este libro costó en Medina del Campo 76 marcos, á 22 de Noviembre de 1520.»

Era Fernandez de Enciso—«alguacil mayor de la tierra firme de las Indias ocidentales llamada Castilla del oro»—y fué testigo ocular en muchas ocasionos hasta de los milagros que refiere, si hemos de dar crédito á lo que él mismo nos dice en alguna parte de su curiosa publicacion.

Hablando de Santo Domingo, mas generalmente conocido en el siglo XVI con el nombre de la *Española*, dice nuestro buen alguacil lo que á continuacion copiamos:

«Esta isla está poblada de rpianos (cristianos); cógese en ella mucho oro: vienen cada vn año á Castilla de esta isla 400000 castellanos y mas, de lo que se coge en ella..... es tierra de muchas carnes y mucho pescado fresco: los ganados multiplican mucho porque no ay animal ninguno que mal les haga en toda ella.....la yerva está en todo tiempo verde que nunca se seca: los arvoles están contino en verdura con su foja como acá por mayo y por junio..... comen (los naturales de aquel pais) pan de raires que llaman cazavi (hoy se llama *casabe*:) ay otras rayces como nabos que se llaman ajes (hoy *ñames*) y batatas (*boniatos ó camotes*), pero las batatas son mejores: ay eredades dellas como acá de mieses: ay vna fruta que se llama piñas que son de la fechura de piñas sino que son mayores: los arvoles que las crian son como cañas ó cepas de lirio y flor de lises: quando están sazonadas buelven amarillas como cera: su olor es tanto y tan suave que estando vna en vna sala huele en toda la casa: es de maravilloso sabor aunque tira un poco a agro..... ay otra fruta de arvoles que se llama Mamei, que es grande y de color parda: tiene dentro tres cueros: la carne della es como la del durazno tirante en colorado».....

Habla en seguida de los usos y de las costumbres de los aborígenes de la isla, y dice:

«Vsan las mugeres vnas á que llaman naguas de manera que les toma desde la cinta fasta a las rodillas, y las que son vírgenes andan como nacen y luego que una mujer.....»—Lo que sigue no es para copiado en las páginas de esta publicacion.

Continúa nuestro autor diciendo cuáles eran los usos entre los primitivos haitianos, y añade:

«Cuando algun señor dellos muere a que llaman cacique hacian vn hoyo grande adonde lo ponian y ponianle dentro assentado: y ponianle que comiesse y que bebiesse y cubrian el hoyo con maderos y con tierra y dexaban una boca por do pudiesse entrar un hombre..... venian sus mujeres, y las que lo querian mucho entravanse dentro con el y metian de comer: y desque aquellas entravan cobrian la boca con maderos y tierra: y dexabanlos dentro todos y decian que aquellas lo yvan a acompañar al otro mundo.....»

Refiriéndose á Cuba, dice:

«Es buena isla: ay en ella mucho de comer de lo de aquella tierra y muchas aves y palomas y ansares y perdices y muchos papagayos: la tierra es algo aspera y montuosa y cogese en ella mucho oro.»

Entre las muchas anécdotas curiosas que ha conservado en su libro el buen Fernandez de Enciso, no podemos menos que copiar la que damos en seguida y que merece, por mas de una circunstancia, una mencion especial.

Despues de manifestar que un marinero habia introducido ya la religion cristiana en alguna de las tribus salvajes de la isla Española, manifestando que los indios conservaban con veneracion la imágen de la vírgen, etc., dice nuestro alguacil que.....«vino por allí vna nao en que venia vn clerigo y dixoles una salve cantada, y baptizó muchos dellos: y ellos tenianle puesto en la casa á la figura de Santa María, de comer y de bever, porque anssí lo acostumbraban poner al Cemi (ídolo de los indios) y porque Santa María nunca comia, maravillavanse y decian, que su Cemí comia de lo que le ponian: y el clérigo les dixo que Santa María no comia y que los clérigos lo comian por ella: y tomó de lo que le tenian puesto á Santa María para que comiesse y llevoselo y comió dello, y los indios se quexaron dello y lo quisieron matar.....»—El autor añade:—«Yo lo ví de vista porque venia en la misma nao, y el clérigo era natural de San Lúcas de Barrameda.»

Divididos como estaban ya los indios y en abierta hostilidad unos contra otros, porque unos creyéndose cristianos veneraban la imágen de la vírgen, mientras que otros seguian adorando los ídolos de sus padres; habia entre las tribus guerras sangrientas en las que naturalmente tomaban parte sus respectivas divinidades; y ya se deja comprender, sin necesidad de que nosotros lo digamos, que siempre

Digitized by Google

llevarian la mejor parte en el combate los afortunados partidarios de la vírgen de Galilea.

En efecto, cuenta nuestro entendido cronista, que la vírgen María, *vestida toda de blanco y muy fermosa* solia aparecerse en lo mas reñido de la pelea *con un palo en la mano*, y desbarataba como por encanto á los adoradores del Cemí; de lo cual resultaba como observa oportunamente el verídico alguacil, que muchos de aquellos idólatras se convertian á la verdadera religion, convencidos sin duda, por la elocuencia del palo, de lo bien que les iria en el cambio de sus creencias.

Otros muchos milagros á cual mas curioso, refiere el buen Fernandez de Enciso, que con gusto dariamos á conocer, si no temiésemos dar demasiada extension á este artículo, que acaso parezca ya muy largo á nuestros lectores.

P. S.

A MÉRIDA.

¡Por qué te abandoné? ¿Por qué obstinado
Adios dije á tu cielo de zafiro?
¿Por qué al dejarte mi postrer suspiro
Perdí toda mi paz?....
Arrebatado
Por el destino que al dolor me lanza,
Vencido lloro, aunque la fé no pierdo;
Mas como me atormenta tu recuerdo,
No puedo acariciar una esperanza.

¿Y no mas te veré? ¿Ya para siempre
Borrados ¡ay! á mi anhelante vista
Tu verde prado y tu campiña amena,
No aliviarán la destructora pena
Que rasga cruel mi corazon de artista?

¿Adónde voy entonces yo que busco
Amor en la mujer; yo que he soñado
Un falso paraíso
Que mientras mas buscándolo me ofusco
—Crédulo ó indeciso—
Se há tal vez para siempre evaporado?

¡Bien lo comprendo ya! Cuando la nave
Me arrebató fugaz, cuando en el alma
Por el amor herida,
Sentí de tu recuerdo las congojas,
Cuando te dije adios.... cayó sin hojas
La última flor del árbol de mi vida.

Yo, Mérida, te amé.... ¿Cómo no amarte
Si hospitalaria acoges mis hermanos;
Si por tí de los bárbaros tiranos
Burlando la satánica violencia,
Al adorar la santa independencia,
Se trasforman en hombres.... ¡son cubanos!

Yo á tí llegué cuando por vez primera
Temblaba aún sobre mi jóven frente
El beso de la amarga despedida
Que mi madre me dió! cuando el ambiente
De las flores mas puras de mi vida
Sentí que por mi mal se evaporaba,
Mientras de mi dolor cabe la herida
Leal consuelo tu mano derramaba.

Y para menos aumentar mi pena,
Del verde monte en la espinosa falda
Me diste palmas de murmullo suave
Donde gorjeaba sin cesar el ave....
Y me distes el alto cocotero
Que en globos de esmeralda
Licor refrigerante me ofrecia,
Y al peso del racimo se doblaba....
¡Todo, Mérida hermosa, recordaba
Los verdes campos de la patria mia!

¿Dó tus hijas están? ¿dónde sus rostros
De rosa y de jazmin? ¡Ay! sus miradas
Por siempre evaporadas,
Me negarán su luz resplandeciente;
Ya no veré cuando la tarde acaba,
La estrella del amor que iluminaba
El limpio cielo de su blanca frente.

¡Yo amé bajo tu cielo! era tan bella
La vírgen que mis sueños visitaba!
Púrpura el labio, nácar el semblante....
Rios de luz su pupila derramaba....
Mas yo temí que, trovador errante,
Diera al olvido mis canciones ella....
Y quién sabe si necio me engañaba!

¡Obstinacion! Obstinacion maldita,
Avidez de una gloria evaporada
Que impele á la razon alucinada
Y á un abismo fatal la precipita.
.....
.....
.....

¡Tierra de libres! patria de valientes!
No olvides nunca al vate desgraciado,
Al que cantó tus fuentes,
Limpios espejos de tu verde prado;
Al que pintó la lumbre postrimera
Del rojo sol en tus floridos valles,
Y tremoló por tus hermosas calles,
Ebrio de fé, tu nacional bandera.

¡Mérida hermosa, adios! si el cielo ordena
Que lejos de mi patria se doblegue
Mi frente atormentada....
Tú mi tumba serás! ¡que solo riegue
Mi sepultura helada
Con flores de dolor tu pueblo fuerte,
Raza de libres para el bien nacida;
Que si un aplauso me ofreció en la vida,
Sabrá con llanto deplorar mi muerte!

ALFREDO TORROELLA.

Veracruz.—1869.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

La Revista universal y el Sr. Lic. Ezeta. — *El Trait d' Union* y los moralistas. — *La Sociedad Católica* y la literatura. — Espectáculos. — El circo Chiarini. — El teatro Nacional. — El *Almanaque de la bohemia.*

México, Octubre 23 de 1869.

El Sr. Lic. Ezeta, persona muy digna, en verdad, de respeto, por su ilustracion y experiencia, ha publicado en el núm. 683 de *La Revista Universal*, perteneciente al miércoles 13 del presente mes, un largo artículo en que despues de calificar con suma indulgencia y con su bondad característica nuestros pobres escritos, cree justo rectificar algunas de las aseveraciones asentadas en nuestra crónica de las fiestas de Puebla.

Profundamente agradecidos por la benevolencia con que el respetable escritor nos ha tratado, vamos á responderle, no sin asegurar de antemano, que siempre que los escritores cuyas ideas no sean semejantes á las nuestras, se dignen atacarnos tan noblemente como lo ha hecho el Sr. Ezeta, contestaremos gustosos, y si tienen razon confesaremos nuestros errores y retiraremos con franqueza apreciaciones que hayamos hecho con injusticia.

En el terreno de la cortesía y de la decencia siempre nos encontrarán nuestros adversarios. Cuando los ataques son dirigidos en un estilo inconveniente ó indigno de una prensa ilustrada, tenemos por regla invariable de conducta encogernos de hombros con desprecio, dejando al público sensato la mision de hacernos justicia.

Entremos, pues, en la cuestion.

El Sr. Lic. D. Luis de Ezeta, que por ser hijo de Puebla se muestra interesado en favor de esta ciudad, encuentra en la verdad de nuestra crónica dos lunares que nos excita á quitar, en obsequio de nuestra justificacion y buena fé, de las cuales no duda.

Tiene razon el Sr. Ezeta; nuestra buena fé no es dudosa, y cometeremos en nuestros humildes escritos errores por falta de conocimiento, por informes inexactos y aun por extravío involuntario de la razon; pero nunca por malignidad ni por miras bastardas. Afortunadamente nuestra sinceridad es y ha sido siempre proverbial, circunstancia que nos ha valido la estimacion de los escritores de todos los partidos.

El primer lunar que señala el Sr. Ezeta en nuestra crónica, consiste en la apreciacion que hicimos de la humildad del señor obispo Vazquez, y dice que este prelado mandó que sepultaran su cadáver al pié del altar de San José, y que un amigo suyo, el Sr. Corral, fué quien dispuso que se colocase esa elegante lápida de bronce, á presencia de la cual inventamos la *orgullosa humildad* del obispo.

Que hubo humildad verdadera de parte del señor Vazquez, puesto que quiso privar á su cadáver de la honra de ser colocado en el panteon destinado para los señores obispos, el cual está bajo el *soberbio ciprés construido con exquisitos mármoles y bronces.*

Ignorábamos el hecho que refiere el Sr. Ezeta sobre el encargo hecho por el obispo Vazquez á su amigo Corral; pero él nada nos dice de nuevo que sea bastante para hacernos cambiar de opinion.

De las aseveraciones mismas del Sr. Ezeta deducimos que el obispo mandó grabar las palabras *fieles, rogad por un pecador*, sobre su sepultura que debia estar al pié del altar de Señor San José, y que el Sr. Corral, *obligado, ayudado ó comprometido por los muchísimos apreciadores del Sr. Vazquez*, solamente hizo poner la elegante lápida de bronce.

El Sr. Ezeta habrá comprendido que nosotros no hicimos consistir la *orgullosa humildad* en que la lápida fuera de bronce, sino en el hecho de mandar colocar la sepultura en la catedral misma, en el suelo, y haciendo ostentacion con las palabras antedichas, de un acto de humildad que iba á producir una especie de culto.

Nosotros supimos además, en Puebla, que con excepcion de un obispo, ninguno de los demas que han fallecido allí está sepultado en el panteon que se halla bajo el soberbio ciprés construido con exquisitos mármoles y bronces; de modo que el rasgo del Sr. Vazquez mandando sepultar su cadáver fuera de la suntuosa cripta, no es el único, ni el menos modesto, puesto que es el ostensible.

Ahora, viniendo á la cuestion de si el obispo tenia ó no que ser digno, y de si fué un acto de verdadera humildad el mandar sepultarse en el suelo, expondremos francamente nuestra opinion.

Tal vez á causa de nuestras ideas democráticas tenemos que quedar siempre distantes del modo de pensar del Sr. Ezeta.

Para nosotros, un obispo es un hombre, como otro cualquiera, y que no tiene derecho á distinguirse de la multitud por solo su carácter episcopal, sino por sus virtudes, sus servicios ó sus talentos, únicos timbres de nobleza que nosotros respetamos.

Ademas, no creemos en las virtudes relativas, sino en las absolutas: mas claro: tratándose de la humildad, no creemos en la que tenga pretensiones de tal con relacion á la posicion ó á la grandeza, sino en la absoluta, esto es, en la que aisladamente tenga los caractéres propios.

No tenemos tiempo ni espacio, si nó, hariamos una disertacion sobre la humildad cristiana, pues la materia se presta á ello, y tanto mas cuanto que el mismo Cristo nos ha dejado los mas sublimes ejemplos. Era un Dios, y murió en el patíbulo, entre ladrones, despues de haber vivido constantemente mezclado entre la gente miserable, entre la gente perdida, sin pretensiones de *dignidad*, ni de categoría, y al contrario, reprobando siempre las falsas virtudes y la pueril vanidad de los fariseos. Para Él, las preeminencias del rango eran un absurdo.

El Sr. Ezeta, que conoce la historia eclesiástica y los cánones mejor que nosotros, convendrá en que

Digitized by Google

las insignias, el lujo de los prelados, el palacio, la distincion de los vestidos y el privilegio de ser sepultados tales ó cuales personajes de la Iglesia en las catedrales, etc., etc., son de institucion puramente mundana, y algo mas, han sido una imitacion del paganismo.

Así, pues, el hecho de mandarse sepultar en *el suelo*, en vez de ocupar un nicho del lujoso panteon destinado á los obispos, será un acto de mayor ó menor desprendimiento, en concepto de los católicos, pero un acto de humildad..... no lo creemos, francamente, como no creeriamos que era una muestra de templanza tomar mezcal de Tequila en la mesa en vez de tomar un viejo *cognac* de cinco pesos botella.

La templanza consiste en tomar agua.

A propósito, recordamos ahora que el ilustre, el virtuoso Prisciliano Sanchez, gobernador constitucional de Jalisco, mandó que sepultaran su cadáver, no en un nicho mas ó menos rico del panteon de Belen, sino en la fosa comun de los pobres, y así se hizo.

Hé ahí un gobernador demócrata, que podia dar lecciones de humildad cristiana á los obispos. En Guadalajara le refieren á uno con elogio este rasgo del eminente ciudadano, porque ciertamente los hechos de tal naturaleza, y de que es autor un personaje encumbrado, tienen que hacerse célebres; pero al menos el de Sanchez no ha dado lugar á la idotría, como el de Vazquez. El uno sepultado al pié de los altares..... el otro en el osario comun.

Que compare el Sr. Ezeta, y despues de comparar tambien la posicion y las virtudes del príncipe de la Iglesia con el alto rango político y las excelsas prendas del magistrado republicano, que en nada ceden á aquellas, que confiese que Prisciliano Sanchez pudo decir tambien: *que el gobernante debió ser digno*, y sin embargo no lo dijo, no quiso decirlo, porque cuando se trata de ser humilde no se hace caso de la dignidad.

Por tal razon, insistimos en que la pretendida humildad del obispo Vazquez no fué una *humildad cristiana*.

Por lo demas, reconocemos con el Sr. Ezeta que ese prelado fué un hombre de talento, dotado de una instruccion poco comun, artista por organizacion, amable, que mereció del gobierno de su patria ser honrado con una mision diplomática que desempeñó en Roma satisfactoriamente, logrando que el Papa, *motu propio* (como dice Zavala), *no por consideraciones á los Estados soberanos que reclamaban; no por ningun tratado entre el Papa y la República mexicana; no por concordatos cuya palabra es una heregía para los ultramontanos, sino por compasion y atendiendo únicamente al bien de los fieles, Su Santidad viniese en acordar las bulas para los obispados de Puebla, en el mismo Sr. Vazquez; de Michoacan, en el Sr. Portugal, etc.*

De modo que sirvió el digno prelado á su país sacando el mejor provecho posible, y para sacarlo hasta creyó conveniente dar muestras no sabemos si de humildad, ó de dignidad, ó de alguna otra cosa, pasando por todas las humillaciones á que quiso sujetarle la orgullosa corte de Roma, pues sabido es, y así lo refiere Zavala, que «*el Sr. D. Francisco* (son las palabras de este historiador) no fué recibido jamás por Su Santidad en audiencia pública, y solo veia al cardenal Bernetti como por *contrabando.*»—Zavala.—Revoluciones de Nueva España.—Cap. IX.

Esta conducta fué muy apreciada, segun dice el Sr. Ezeta. Debe tenerse en consideracion que en aquellos benditos tiempos en que se proclamaba todavía la *religion católica* como religion de Estado, y la única con exclusion de las demás, se reputaba como gran dicha la de que el Papa nos concediera cualquiera cosa, aunque fuera sujetándonos á mil humillaciones y haciendo recibir á nuestros representantes, *como por contrabando.* Arrancarle cualquiera mitra con las lágrimas en los ojos y puestos de rodillas en actitud suplicante, hé aquí lo que se llamaba en esa época desempeñar bien su mision y representar dignamente á un país libre y soberano. Obtener una bula ó una bendicion del sucesor de Pedro, hé ahí una cosa que hacia felices á los políticos que, segun la expresion de Ramirez, habian borrado del código de 24 la palabra *tolerancia de cultos, con un tizon mal apagado, de las hogueras inquisitoriales.*

Pero ahora, nos hallamos en otros tiempos muy diversos de aquellos, y juzgamos con un criterio diferente. Ahora podemos decir, sin temor de parecer ingratos, que las grandes cosas que consiguió el Sr. Vazquez, no valian la pena, y que hubiera sido mejor para su reputacion diplomática, no haber degradado en las antesalas del Vaticano, nuestro carácter independiente, y arrastrado á los piés del papa el orgulloso pabellon nacional.

Hechas estas salvedades, no tenemos inconveniente en conceder que el Sr. Vazquez sirvió á su patria, y solo señalaríamos en su conducta un lunar para nosotros muy grande, y es: el de haber recibido procesionalmente y bajo de palio al general Scott, gefe del ejército invasor americano en 1847, cuando entró á Puebla. Podia el prelado haber tambien establecido otra distincion á más de la de *obispo* y *hombre*, es decir la de *obispo* y *mexicano* y haberse quedado en su casa, llorando las desgracias de su país.

En cuanto al Sr. obispo Colina y al suntuoso menaje que hallamos en su palacio de Puebla, nada tenemos que decir, sino que escribimos segun los informes que nos dieron en Puebla. Nos dijeron que los muebles que vimos eran del prelado, si no todos, la mayor parte de ellos, lo mismo que los grabados y pinturas que adornaban las paredes, y los magníficos naranjos que habia en los corredores, y añadieron que en los departamentos que se destinaban á los ministros de guerra y hacienda, se habia alojado en otro tiempo á Maximiliano. Pero si esto no

Digitized by Google

es verdad, si el Sr. Colina tuvo que recibir algunos socorros pecuniarios del papa para venir á Puebla, si es pobre, y si el haberse amueblado el palacio episcopal en Setiembre, fué con objeto de recibir á los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, retiramos nuestra apreciacion sobre el Sr. Colina y con tanto mas gusto, cuanto que no tuvimos la mas ligera intencion de ofenderle.

El Sr. Ezeta concluye explicando la causa que que tuvieron las familias en Puebla para no haber concurrido al baile de la empresa del Ferrocarril. Segun él, semejante muestra de desagrado no era dirigida, como otros piensan y como la *Revista Universal* aseguró, á tales ó cuales personajes del partido liberal, sino á los Sres. Escandon, Barron y demás que componen la compañía empresaria.

Sea enhorabuena, y solo haremos notar que en el segundo baile, á que tambien concurrieron dichos señores, las familias poblanas se mostraron menos resentidas, y aun se dice que fueron sumamente amables. Eso revela que no son rencorosas, de lo cual nos alegramos mucho.

Ya verá por lo dicho anteriormente el Sr. Ezeta, que no tenemos inconveniente alguno en rectificar los conceptos de nuestra crónica que merecen ser rectificados, así como nos concederá con su buen juicio, que nos fundamos en razones al insistir en alguna opinion que juzgamos defendible. Que esté seguro el repetable escritor, de nuestra buena fé y de la deferencia y docilidad con que siempre escucharemos sus observaciones.

Llega su vez ahora al *Trait d' Union*. El colega frances hablando de la llegada de la señora Gomez, artista de la compañía del maestro Gaztambide, hace algunas alusiones á los escritores enemigos del *cancan* y á los que declaman contra la Francia con motivo de este baile. Despues nos cita como uno de ellos. Traduciremos el párrafo respectivo:

«Esta noticia (la de la llegada de la Gomez) pone en liza á los aficionados al cancan y excita las lamentaciones de ciertos moralistas que ven un signo de decadencia en el favor de que goza desde hace algun tiempo en México el baile que ha hecho célebre Rigolboche.»

«Es Paris, dicen con este motivo los cronistas que se precian de moralistas, es Paris, esta moderna Babilonia, la que ha traido entre nosotros estos brincos desenfrenados, esta exhibicion de pantorrillas mas ó menos postizas, estas contorsiones lascivas y provocadoras con que se alimentan los ojos de la multitud entusiasta. Haremos notar desde luego que no son ni parisienses, ni francesas las que han atraido á la multitud al teatro Nacional ó al circo de Chiarini. La mayor parte de las bailarinas cuyos desbarros coreográficos ha aplaudido el público en México este año, eran españolas, y muchas mexicanas han procurado rivalizar con ellas.

«Es necesario convenir, ademas, en que estas declamaciones contra la capital de la Francia son injustas en el fondo, y tal cual vez ridículas. Es una manía de moda en este momento, y en la cual ha caido aun el mismo Sr. Altamirano, escritor menos inclinado sin embargo, que muchos de sus compatriotas á rendir culto al mal gusto y á la exageracion.

«Ah Francia! grita en su última crónica del *Renacimiento*, el *virus* de tu civilizacion y de tu viejo refinamiento nos ha envenenado!

«Respondiendo de una manera mas especial á los cronistas de que hemos hecho mencion arriba, les diremos:

«Sí: el vicio tiene sus altares en Paris, pero la virtud posee allí tambien los suyos. El mal abunda en ese lugar, pero en ninguna parte los gérmenes sagrados del bien producen mas ricas cosechas. Cada ciudad grande tiene sus sentinas impuras. «Paris, decís vosotros, derrama su fango en el mundo: pero tambien derrama las simientes de la civilizacion y del progreso. Si la corrupcion desborda por un lado, se desprende por el otro un soplo vivificador que da un alto testimonio del triunfo del espíritu sobre la materia.»

«Tomais á esta gran capital sus extravagancias y sus vicios: ¡por qué no le tomais tambien todo lo bueno que encierra! Imitadla en todo, aun de lejos y habrá para vosotros progreso y no decadencia.

«Tomad por modelos á sus apóstoles, á sus sabios, á sus artistas, á sus industriales, á sus hábiles trabajadores, y no os limiteis á traer á México los saltos peligrosos de Léotard ó el *chalut* de los concurrentes de Mabille.

«Y por otra parte, ¿se ha visto jamás en Paris á las reinas del cancan profanar la escena del teatro frances ó de la ópera? Las mujeres que pertenecen á la sociedad que se respeta, las jóvenes educadas en los principios de honestidad y de pudor, ¿se han encontrado jamás frente á frente de las bacantes que ejecutaban sus zarabandas descabelladas? No, sin duda. Semejantes espectáculos se encuentran solamente en las reuniones de *contrabando* en que los viejos libertinos estragados van á buscar emociones. El teatro Nacional de México es menos severo que los teatros de Paris.»

Esto dice el *Trait d' Union*, y en nuestro concepto, el castigo suficiente para los amantes de los espectáculos poco honestos y de mal gusto importados de Francia, seria la lectura de estos párrafos á que han dado lugar los que creen que la *singerie* que ostentan en su aficion á lo malo que nos llega de Paris, es la civilizacion.

Con la leal franqueza que nos caracteriza, respondemos á nuestro colega frances que tiene sobrada razon y que sus palabras están llenas de sensatez y de verdad. Hemos sido ligeros en el modo de expresar nuestro sentimiento, y hemos cometido una injusticia por no haber excogitado nuestras palabras. Debimos decir: *¡Ah, Francia! el virus de tu corrupcion y de tus extravíos nos ha envenenado!*

Porque en efecto, así es: la palabra civilizacion es demasiado santa para jugar con ella.

Digitized by Google

No: la civilizacion, ya venga de Francia, de Inglaterra, de España, de Turquía, es siempre buena, útil y grande. El progreso no tiene nacionalidad, es el soplo de Dios.

Por otra parte, debemos mucho, en el terreno de la ciencia y de la moral, á la Francia, para acusarla. Le debemos á Voltaire, á Rousseau y á los filósofos del siglo pasado; le debemos las fecundas ideas santificadas en la Semana Magna de la revolucion; le debemos á Víctor Hugo, y aunque no le debiéramos mas que esto, es bastante para consagrarle nuestra gratitud.

Verdad es tambien que nos han llegado hasta aquí la infeccion de sus vicios, el veneno de las producciones corruptoras, hijas de su decadencia moral, y sobre todo los terribles males que ha procurado desencadenar contra nosotros la mano de *Napoleon el chico:* pero bien pensado, no merece la Francia científica, la Francia pensadora, la Francia republicana y progresista que la acusemos. Tambien ella sufre con todas estas plagas, tambien ella desea sacudir el yugo de su tiranuelo y curarse las pústulas que corroen su cuerpo vigoroso.

Así pues, nosotros declaramos que no hemos querido ofender á la Francia de los Hugo, de los Favre, de los Pelletan y de los Havin, á la Francia pensadora y progresista que acabará por sacudir el letargo de falsa gloria que la adormece, y por llevar á cabo la obra que se mutiló en 48.

Por lo demas, el cancan, la Sra. Gomez, los aficionados á las danzas lúbricas, los saltos de Léotard y demás importaciones de la decadencia europea, nos tienen sin cuidado alguno, y lo que nos alarma es el escepticismo de la juventud, es el amor desenfrenado al lujo, es el desfallecimiento moral; es la enfermedad de raquitismo que notamos en los hechos y en las ideas del círculo que debia ponerse al frente de un movimiento regenerador y saludable.

Si esta enfermedad proviene del furor de imitar, no lo queremos decir ya y descansamos.

La *Sociedad Católica* tambien ha querido *mojar su sopita*, como se dice vulgarmente, en el plato del *Renacimiento*. Este colega, suspendiendo por un momento las importantísimas cuestiones sobre *el centavo de Nuestra Señora de Guadalupe* y sobre el *Concilio ecuménico*, se ha servido consagrarnos su atencion y se ha puesto á darnos consejos sobre literatura, encargando á los directores del *Renacimiento* «que trabajemos en union de todos los amantes del buen gusto y del perfecto estilo literario, en fundar una escuela que dé lustre al país y honre á sus ingenios.»

Agradecemos la buena intencion, y en muestra de cortesía devolvemos á nuestro colega con usura las recomendaciones, pues tambien las necesita; aunque por diversos motivos que los que tuvo para hacer las suyas.

La Sociedad Católica puede estar segura, y esto sin que se ofenda su modestia, de que las piezas que publica no guardan *precisamente* una absoluta semejanza con las obras de Cervantes, de Jovellanos ó de Quintana.

Califica al Sr. Acuña por su poesía *El hombre*, de ateo. No creemos que tenga razon; verdad es que la poesía del Sr. Acuña no es un salmo de David, ni un himno de Sartorio; pero ¿todo ha de ser poesía católica?

El Sr. Acuña es un poeta jóven, muy jóven, nacido en esta época de indagacion, de duda, de desencanto, es hijo legítimo del siglo XIX, racionalista, osado y deseoso de penetrar en el camino de lo desconocido y de franquear los senderos tenebrosos del análisis filosófico, sin llevar en la mano la antorcha de la tradicion.

El Sr. Acuña pertenece al grupo de pensadores, que ha nacido de la escuela de Goëthe y de Byron, y con el mismo derecho que estos grandes poetas han tenido para interrogar al Destino en sus poemas de *Fausto* y de *Manfredo*, él, pequeño como es, tambien se cree autorizado para formular sus dudas y para sujetar al análisis los misterios de la vida humana. ¿Es esto indigno de la poesía? No: la poesía filosofa como filosofan la Medicina, la Geología y la Astronomía. El Sr. Acuña, por otra parte, no niega; interroga, discute y concluye dudando. No somos nosotros de los que creen que el escepticismo sea ateismo. Es ir muy lejos calificar tan duramente la propension natural que tiene el entendimiento humano á analizarlo todo y á no conformarse con las decisiones de la autoridad. El Sr. Acuña no es un partidario de la autoridad, y quiere pensar con su cabeza y creer con su conciencia. ¿Debemos rechazar su composicion? De ninguna manera. El *Renacimiento* es un periódico literario y recibe todo sin meterse á examinar las opiniones. Así, pues, recibe la poesía escéptica del Sr. Acuña con la misma mano que las poesías bíblicas, y con el mismo gusto insertará una composicion en que se elogie á San Ignacio, como otra en que se elogie al marqués de Pombal y á Clemente XIV, lo mismo un poema sobre el éxtasis de San Pablo, como otro sobre el éxtasis de Mahomet. Todo es literatura. La controversia política y religiosa es ajena de nuestra publicacion.

En cuanto al Sr. Sierra, la *Sociedad Católica* le califica de *gongorista*. No creimos que los señores de la *Sociedad* fuesen tan enemigos del gongorismo. Son teólogos, y ¿qué cosa es la teología sino el gongorismo de la idea cristiana?

¿De cuándo acá los partidarios del ascetismo, esto es, los mas fecundos inventores de las figuras mas extraordinarias é inconcebibles, hallan extraño el que una imaginacion exaltada y poética encuentre en los arrebatos de su inspiracion figuras y comparaciones, que despues de todo no son tan incomprensibles como las que ha dado á luz el culteranismo de la exaltacion religiosa? Hace tiempo que las críticas solo atacan la forma. Que dejen los escritores esa region de golondrinas y que se remonten á las altas esferas del pensamiento. Allí los es-

Digitized by Google

peran los censurados, allí pueden arrojar la gramática y el Hermosilla y discutir con los principios de la filosofía.

Ni el Sr. Sierra, ni ninguno de los pobres bohemios de su círculo, tienen la pretension ni el deseo de entrar alguna vez en la Academia de la lengua, lo diremos de una vez, para ahorrar el empeño de enseñarnos el castellano; quieren ser propagandistas de ideas, y atentos á su propósito, desdeñan las reglas de los pedagogos, no con altanería, sino con la resignacion de no llamarse nunca literatos. ¿Fundar una escuela que dé lustre al país y honre á sus ingenios? Esa mision la dejan á los señores de la *Sociedad Católica* de muy buena gana, y sin envidiarles tamaña felicidad.

El Sr. Sierra y sus amigos quieren, como los jóvenes escritores de la América del Sur, tener libertad para expresar sus ideas, como mas les convenga. ¿Que no saben el castellano? ¿Qué les importa en una época en que, como dice Ramirez, los Castelar y otros escritores españoles maltratan á porfia la hermosa lengua de Cervantes? No al de hablistas, sino al de pensadores, es el título á que aspiran.

Pero con todo esto, y no creyendo á la *Sociedad Católica* enteramente á salvo de toda censura con respecto al estilo de su prosa y verso, el *Renacimiento* no dejará de dirigirle las palabras del Evangelio :*Quid autem vides festûcam in oculo fratris tui, trabem autem, quæ in oculo tuo non consideras?*

No obstante, estamos agradecidos á la *Sociedad* por la manera cortés y amable con que nos critica, y por eso le contestamos, no sin reconocer las prendas que distinguen á sus ilustrados redactores.

Espectáculos.—El circo Chiarini sigue de moda. El arte plástico está de enhorabuena. El buen E. Buislay se devana los sesos inventando la manera de dar mil vueltas á sus cinco bailarinas, que suele anunciar multiplicadas por cinco.

La zarzuela como siempre.

El Almanaque de la bohemia será una recopilacion *gongorina* de ocurrencias festivas, nacidas bajo el pobre desvan de los desheredados de la Academia española. Tendrá muchos grabados y muchas cosas curiosas. Compradlo, lectores, y aunque os veais en peligro de corromper vuestro idioma, pasareis un rato agradable, como en la zarzuela.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

IDILIO.

Con esta misma fecha escribe Moya
Un idilio á Clorinda. ¿La conoces?
La de la carretela,
La conocida aquella de Cantoya,
La hermana de Manuela.

Sea Clorinda; Moya así lo quiso,
Aunque se llame Petra ó Sinforosa,
Que la misma me pega.
Pues como iba diciendo, Moya le hizo
Un idilio «*En la vega.*»

Ya sabrás dónde vive Moya; tiene
Un cuarto en el hotel, de á cuatro reales,
Y el pobre el mes pasado,
Como á la hacienda pública se aviene,
Dejó el frac empeñado.

Era de ver á Moya convidando
A Clorinda al potrero de las cabras
Donde su amor se apoya;
Cuando si bien lo vamos aclarando
¿Qué cabras cuida Moya?

La habla del requeson, y de la fruta
Sabrosa y dulce del cercado ajeno;
Que lo ajeno es y ha sido
Antes de Garcilaso, sin disputa,
Lo mas apetecido.

Que mal pudiera hablar de fruta propia,
Nuevo pastor de frac y oficinista;
Pero siempre ostentoso,
Puesto que en mente tiene su tesoro,
Se muestra dadivoso.

Por de contado acababa el tal idilio
Invitando á Clorinda, á que á la sombra
Descanse de un ocote:
No siendo en esto menos que Virgilio,
Ni en descansar es zote.

Quiere ademas unir ambos rebaños:
El de Clorinda, que jamás lo tuvo,
Y el de Moya, que chilla
Por tener diariamente hace dos años
Si quiera una costilla.

Despues insiste Moya, que no es lerdo,
Aunque no sea pastor, en que le teja
Clorinda una guirnalda
Y luego (el loco por la pena es cuerdo)
Dormitar en su falda.

Así acaba el idilio, y aun se atreve
El pastor á ponerle fecha y todo
Que su verdad apoya.
«Setiembre diez y seis—Sesenta y nueve»
Y está firmado—«Moya.»

FACUNDO.

San Luis Potosí, Setiembre 16 de 1869.

Digitized by Google

LOS SEGADORES.

(Idilio de Teócrito.)

MILON. Infeliz segador, ¿qué te atormenta?
Dí, ¿cuál es tu cuidado?
¿Abrir derecho un surco
No sabes cuál solias?
Cortando el rubio trigo hora no puedes
Alcanzar al vecino,
Y en el corte atrasado
Te dejan los pastores el postrero,
Cual cuitado cordero
A quien hiere en la planta duro espino.
Dí, ¿qué harás en la siesta
Si estás ya fatigado,
Cuando solo el trabajo ha comenzado?

BATILO. ¡Oh Milon! caro amigo, infatigable
Segador de estos campos, cuerpo duro
Como la dura piedra,
¿Acaso no has llorado tristemente
Jamás á un bien ausente?

MILON. Jamás, ¿acaso tienen
Tiempo para cuidados
Los hombres al trabajo dedicados?

BATILO. ¿No alejó de tu lecho
Amor el sueño nunca?

MILON. Plegue á los dioses que jamás lo aleje,
Pues sé que peligroso
Es probar al lebrel manjar sabroso.

BATILO. ¡Ay! yo por once veces
He visto el sol, amando.

MILON. Se conoce que bebes abundante
El dulce vino ardiente,
Mientras yo el agua de la dulce fuente.

BATILO. Así el campo que siembro ante mi puerta,
Inculto solo da yerba mezquina.

MILON. ¿Mas, cuál es la belleza campesina
Que causa tu tormento?

BATILO. Es la hija de Menalco, que en un dia
Miré encantar, con el divino acento
De su dulce rabel y su armonía,
A todos los pastores de Hipocente.

MILON. Castigar sabe el cielo: tú has hallado
Al fin lo que buscabas hace tiempo:
Y mitad de tu lecho,
Una cigarra ocupará en la noche.

BATILO. ¡Oh, te burlas! pues sabe
Que Pluto no es el solo
Dios ciego, que el Amor lo es igualmente,
Y no hables vanamente.

MILON. No lo haré; mas apila
Tus haces y en concierto
Entona una cancion en alabanza
De tu linda pastora, y tu labranza
Menos penosa te será; ya en antes
Era dulce tu voz.

BATILO. «Piérides bellas,
Cantad conmigo á la gentil pastora
De rostro soberano;
Todo lo que tocais, ¡oh sacras Musas!
Se embellece al tocarlo vuestra mano.
¡Oh mi dulce Bombyca! los pastores
Magra y Sirena oscura te llamaron,
Quemada por el sol; solo yo digo
Que eres blanca y tan rubia
Cual rubia espiga de dorado trigo.
Oscura es la violeta y los jacintos
Que letras muestran en sus hojas gualdas,
Y no obstante, esas flores
Se escogen en coronas y guirnaldas.
Busca el musgo la cabra, y á ella fiero
El lobo carnicero,
Y la grulla al que siembra, y yo tan solo
Busco á Bombyca, y á Bombyca quiero.
¡Oh, si yo poseyera
De Creso el gran tesoro,
A Vénus ofreciera
Nuestras estátuas de oro;
En tu mano pusiera
La dulce flauta, la encendida rosa,
O el fruto que ama Vénus. Yo tendria
Rico manto, y calzado
Con hermoso coturno. ¡Oh mi adorada
Bombyca! la blancura
Ostentan del marfil tus piés hermosos;
Tu voz de fruto blando es la dulzura;
Mas explicar no puedo con mis cantos
Lo oculto y mas feliz de tus encantos.»

MILON. ¿Cómo por tanto tiempo
Nos dejaste ignorar tales canciones?
¡Cuán bien escoges la armonía y los sones!
¿De qué me sirve á mí crecida barba?
A tu vez este canto
Del divino Lytierza escucha agora:
«¡Oh diosa de los granos,
Bella Céres, protege
Nuestras cosechas, y fecunda amiga
Los anchos campos de flexible espiga!
Segadores, las haces
Atad, y el pasajero
No os diga: «Negligentes
No ganais el dinero.»
Que las espigas vuestras siempre vean
Al Norte ó al Poniente,
Y entonces las vereis crecer en granos.
Vosotros que trillais, huid el sueño;
Que en la mitad del dia,
Es hora en que el mas seco
Grano mejor se aparta de la paja.
El hombre que trabaja
Comience cuando alígera la alondra
Se despierte, y acabe si el querido
Arbol busca volando y dulce nido;
Reposando durante
Los calores de Febo devorante.
Cuán dichosa la rana
Que del agua no cuida, pues le abunda,
Y bebe de ella si le da la gana.
El nunca avaro mayoral, lentejas
Haga siempre cocer, y de contino
Sus dedos no lastime,
Por dividir un grano de comino.»
Mira, dulce Batilo, el verdadero
Canto de los felices segadores,
Que entonan trabajando en los calores.
Mas tu amor cuidadoso
En la mañana cuenta, si en su lecho
Tu madre se despierta del reposo.

L. G. O.

Digitized by Google

Digitized by Google

Litog.de Iriarte.

EL TZARÁRACUA

Digitized by Google

URUAPAN.

Vista general.—Su fundacion é historia.—Habitantes.—Industria y productos.—El Cupatitzio.—La Tzaráracua.

En la falda oriental del gigantesco pico de Tancítaro reposa la ciudad de Uruapan, en medio de dilatados bosques de árboles frutales y regada por cristalinas fuentes que la fertilizan con sus aguas y la arrullan con su murmurio.

Su situacion no puede ser mas ventajosa. Al Norte se extiende la grande sierra de Paracho, tan rica en madera como en feraces campos de maiz; al Sur los valles de la tierra caliente envian á la ciudad, como á un depósito mercantil, los valiosos frutos de la caña de azúcar y las abundantes cosechas del arroz y del añil.

Colocada la poblacion en esa línea en que se confunden los dos climas, no es extraño ver en Uruapan el mango, el mamey y los papayos, creciendo al lado del cedro, del durazno y del cerezo, y cultivados en las mismas sementeras el café y la caña de azúcar juntamente con el trigo y la cebada.

La poblacion fué fundada en 1540 por el venerable padre franciscano fray Juan de San Miguel, el mismo á quien se debe el establecimiento del primitivo colegio de San Nicolás, fundado con el nombre de *San Miguel* en el pueblo de Guayangareo, hoy Morelia.

Fray Juan escogió el sitio para la nueva poblacion, y la circunstancia de haberla edificado en un suave y accidentado declive de la sierra, le da un aspecto alegre y pintoresco. El mismo trazó sus calles que están tiradas á cordel, é hizo que vinieran á establecerse á ella los indígenas que vagaban por los bosques, huyendo de la cruel conducta de los conquistadores. Aclimató en las huertas los árboles frutales que produce la zona tórrida y los que crecen en la templada, aprovechando para su riego los numerosos manantiales que brotan en la parte alta del lugar.

Todavía se conserva grata la memoria del fundador entre los indígenas de Uruapan. Hay un retrato suyo en la sacristía de la Parroquia, y en el frontispicio de un pequeño templo llamado «El Santo Sepulcro,» se ve una estatua erigida al recuerdo de este bienhechor. En una de las numerosas guerras de que ha sido teatro la ciudad, una bala rompió un brazo de la estatua, é inmediatamente los indígenas mandaron restaurarla.

Uruapan ha sufrido varios incendios; dos en la primera guerra de independencia, uno en la revolucion de Ayutla y el último en la lucha que acaba de pasar. Estos desastres y los saqueos que fueron su consecuencia, no han entibiado el espíritu público de los habitantes que trabajan incesantemente por embellecer su ciudad. De tres años á esta parte han puesto lunetas y embanquetado la plaza llamada de *los Mártires*, por haber sido fusilados allí los CC. José María Arteaga, Cárlos Salazar, Jesus Diaz, Trinidad Villagomez y Juan Gonzalez, de órden del gefe imperialista D. Ramon Mendez.

La ciudad está dividida en ocho barrios y tiene una poblacion de seis mil vecinos, de los cuales mil quinientos pertenecen á la raza primitiva. Es cabecera de un Distrito de cuarenta y dos mil habitantes y asiento de una prefectura, un juzgado de letras, una administracion de rentas, otra de correos, un juzgado del registro civil, un ayuntamiento y tres alcaldes. El gobierno mantiene dos escuelas para niños de ambos sexos, y hay otras dos particulares servidas todas por profesores. Cada barrio tiene ademas una ó dos, á cargo de personas no tituladas. Ultimamente, el prefecto C. Jesus Rodriguez ha fundado otra de adultos, á la que concurren ciento cincuenta artesanos, agricultores y arrieros. Está dirigida por el mismo funcionario y el preceptor D. Ramon Medina, y son notables los adelantos de los alumnos.

Los habitantes son dedicados al trabajo y al estudio, debiendo hacerse especial mencion de los artesanos, y entre estos de los plateros, cuyas obras, acabadas con exquisito gusto, son generalmente apreciadas y solicitadas en el país.

La industria que puede llamarse propia de Uruapan es la pintura de *jícaras* y *bateas*, tan conocida ya en todas partes y cuyo barniz es inmejorable. Esta sustancia es la grasa de un insecto que los naturales llaman *aje* y que ha sido descrito científicamente bajo el nombre de *Cœcus axin*. En mi concepto, es el celebrado *barniz viejo* tan apreciado, y solo puede comparársele el que vemos en las cajas, costureros y otros utensilios chinos. El gobierno debia procurar el estudio y propagacion del gusano que lo produce y que es cada dia mas escaso.

Algunos creen que esta industria fué trasmitida á los indígenas por el obispo D. Vasco de Quiroga que enseñó á los pueblos de su diócesis los oficios que hasta hoy ejercen exclusivamente en cada localidad, ligándolos así por las necesidades del comercio; pero tengo para mí que el ilustre prelado no hizo mas que sustituir á los antiguos colores vegetales, que emplean todavía algunas veces, los minerales que hoy usan con mejor éxito. No es de creerse, ademas, que apenas llegado el obispo á Michoacan en los primeros dias de la conquista, descubriese las propiedades de aquel insecto.

Comienza á desarrollarse con buen resultado el ramo de la cria del gusano de seda. Hay para ello un pequeño establecimiento y se han hecho grandes plantíos de morera. Si como es de esperarse de la laboriosidad de aquellos vecinos, no desatienden esta industria, la seda será pronto para Uruapan otra fuente mas de riqueza.

Los productos de la tierra son, como he indicado antes, de una variedad infinita. En prueba de ello pongo en seguida una lista de los que recuerdo en

Digitized by Google

este momento, advirtiendo que todos ellos se dan con abundancia: Mamey, ciruela, mango, papaya, anona, chirimoya, naranja, limon, lima, cidra, toronja, piña, zapotes negro y blanco, aguacate, guajiniquil, plátanos de diez diversas especies, peron, peras, manzanas, duraznos, albaricoques, almendras, cereza, chayote, olivos, granadas corderinas y las llamadas de china, fresones, fresas, camotes, pepinos, patatas, jícamas y todas las legumbres conocidas en el país; caña de azúcar, trigo, cebada, alfalfa, linaza, frijol y maiz.

Pero hoy el ramo especial de la agricultura es el de las plantaciones de café, á cuyo cultivo se dedica con esmero y constancia una gran parte de los habitantes, cosechando su magnífico grano que es conocido en casi toda la República y que comienza á exportarse por el Manzanillo.

Los bosques que circundan la poblacion producen abundantes maderas de diversas clases, hallándose á muy poca distancia hácia el Sur, las finas, como zangalica, tampinceran, caoba, rosa, etc., etc.

Riquísima es Uruapan en flores, tanto indígenas como las que aclimataron aquí los europeos. Entre aquellas hay una variada coleccion de parásitas que conservan aún sus poéticos nombres tarascos perfectamente adoptados, y otra no menos abundante de enredaderas, la mayor parte silvestres, que serian el ornato en los jardines de las grandes ciudades, si fueran conocidas de los que se consagran á la jardinería.

Habitan en las vecinas selvas, el jilguero, el cenzontle, el *cuitlacoche*, el tordo, el turpial, el vaquero de grande cola, la primavera que solo canta, pero dulcísimamente, en la estacion de su nombre, las tórtolas, el *coa* ó pabellon mexicano de bellísimos colores, el colibrí en todas sus especies, el pito real, el carpintero, el faisan y el madrugador; los pavos silvestres, las codornices y las demas aves que son comunes á todos los climas. En sus bosques se caza el güinduri, precioso cuadrúpedo cuya piel es manchada como la del tigre, pero con pintas negras y blancas.

Los rios carecen de pesca, pero abundan en nutrias de dos distintas clases.

Multitud de manantiales brotan dentro y fuera de la ciudad; pero el mas caudaloso es el simpático rio de Cupatitzio, que nace, ó mas bien dicho, que salta en un pintoresco sitio á orillas de Uruapan, hácia el Oeste. Su cauce es muy accidentado y corre en un declive harto pendiente, de manera que á pequeños intervalos forma vistosas y agradables cascadas. Corre entre márgenes cubiertas de flores; sus cristalinas aguas, chocando sin cesar en las rocas, forman copos de blanca ó nacarada espuma, y las gotas que de ella se desprenden son magníficos cambiantes; altos y frondosos árboles, entre los que descuellan las zirandas de oscura copa, le forman una sombría bóveda. De uno y otro lado se extienden verdi-negros cafetales que á veces se ostentan llenos de azahares y á veces muestran su abundante fruto carminado.

Al Sur de Uruapan, como á dos leguas de distancia, pasando el camino por los dos bellos pueblecitos de Jicalan y Jucutacato, está la célebre catarata llamada *Tzaráracua*, voz tarasca que significa *cedazo*.

Este hermoso prodigio de la naturaleza es visitado frecuentemente por los viajeros; y cada año, durante la época del invierno, las familias de la ciudad improvisan alegres caravanas y pasan deliciosos dias de campo en aquel sitio, regresando en la tarde coronadas las jóvenes con guirnaldas de silvestres flores.

Forman esta cascada el rio Cupatitzio, el de Santa Bárbara y el de los Conejos, juntamente con todos los arroyos que les son tributarios; y desde este punto el caudal toma el nombre de rio del Marqués, que es el mas rico confluente del grande de Mescala ó las Balsas.

La *Tzaráracua* tiene la forma de un inmenso anfiteatro, formado por elevadas y caprichosas rocas graníticas. La vegetacion es exuberante. Alrededor se extienden bosques vírgenes, en donde se mezclan árboles de la zona templada con los bellos tropicales. Sus ramas están agobiadas por el peso del heno, y sus troncos cubiertos de los primorosos ramos de las parásitas. La tierra está tapizada de césped, destacándose los flexibles tallos del lirio y de la púdica *flor de las montañas*, *la tierna carne de doncella*. Los delgados troncos de la flor del paraíso se miran estrechamente ligados por las lianas de apacibles flores y aromas delicados. Hácia el Norte está el salto principal, y al despeñarse el agua de una altura de cuarenta metros, levanta altísimas columnas de vapor. Es una nube de menudas perlas que se deshace en gotas diamantinas. Por las grietas de las encumbradas rocas y en todo el costado que se halla al frente del espectador, surgen mil y mil finísimos hilos de blanca argentería que bajan besando las algas á confundirse con el rio, y que, heridos por el sol, ofrecen á la vista encantada el soberbio espectáculo del íris, cambiando á cada instante de situacion y de colores. En todo el recinto no se ve un espacio, por pequeño que sea, de agua cristalina; el salto principal se desprende blanquísimo como el alud de las montañas cubiertas de nieve, el pequeño lago que se ensancha á los piés de la catarata está hirviente, espumoso, inquieto, y en constante lucha sus olas agitadas. El misterioso ruido que allí se escucha es como la voz del Dios del Apocalipsis, severa, imponente y majestuosa.

El golpe general de vista en la *Tzaráracua*, es agradable y simpático. El corazon goza contemplándolo, y al separarse de él le queda un recuerdo invariable de grata melancolía.

Digitized by Google

Hay en frente de la catarata una grande roca cuadrada, en donde al lado de nombres vulgares se leen los ilustres de Humboldt, Antomarchi, Ocampo, Degollado y otros de personajes que hoy figuran en puestos elevados. Tenemos que consignar, sin embargo, el hecho de que el nombre del célebre viajero está casi borrado por haber puesto encima el suyo un arriero, *de cuyo nombre no quiero acordarme.*

En las sinuosidades de este terreno, y muy inmediata á la cascada está oculta una amplia gruta, en donde es fama que habitó algunos dias el inmortal Morelos en uno de los reveses de su fortuna.

EDUARDO RUIZ.

Uruapan, Setiembre 10 de 1869.

ROMANCE.

Cuando engalanan los campos
Las flores de primavera
Y entre las palmas gentiles
Vagan las auras ligeras;
Cuando canta el avecilla
En la mañana risueña,
Y en las aguas de los lagos
El viento apacible juega;
Y cuando miro extasiada
De natura la belleza,
Hallo un triste pensamiento
Que del placer me despierta.
Cuando á la orilla del mar
Una ave marina llega,
Y al acabarse la tarde
Otra vez su vuelo eleva;
Si al despedirse suspira,
Despues de tarde tan bella,
Huye el placer, y destroza
Mi corazon la tristeza.
Cuando mi patria querida
Ricos salones ostenta,
Donde al compás de la danza
Se cruzan sílfides bellas,
Cuando al percibir el eco
Que hasta mí cansado llega
Las veo respirando amores,
Encantadoras, risueñas;
Entonces, de nuevo, triste
Inclino yo mi cabeza,
Porque mis pasados dias
Y placeres me recuerdan.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

1868.

LA VOZ DEL CIELO.

Corila, la que doncella
gozó por linda y por bella
de la hermosura el imperio,
dirige hoy triste su huella
al dintel del cementerio.

Perdida la dulce calma
que ayer gozaba inocente,
llorando va amargamente
con el dolor en el alma
y la vergüenza en la frente.
Amó ¡ay de ella! por su daño
desde un año al otro año
á álguien que amor le mintió,
y él, ingrato, con engaño
la sedujo y la olvidó.
Y corto este daño fuera
y hasta olvidarse pudiera
del amante mal-diciente,
si ella madre no se viera
de un huerfanito inocente.
Corila quiso morir,
que no es grato el existir
á quien vive sin honor;
mas Dios le exigió vivir
para el hijo de su amor.
Mas tarde, vió resignada
pasar en hora menguada
al hijo que amaba, inerte,
desde su cuna dorada
á los brazos de la muerte.
Va por eso en el misterio
de la noche al cementerio,
y ante la losa callada
vierte llanto desolada,
de la muerte en el imperio.
Y tan grande es su dolor,
y tal de sus desaciertos
clama el crüel torcedor
que de su eterno sopor
despertar hace á los muertos.
Entonces de tras la losa
donde su hijo reposa
oye la madre infelice
dulce, pura, melodiosa
una voz que así le dice:
« Pobre madre, que intranquila
velas sin paz y sin sueño,
anegada tu pupila
en el llanto que aniquila
aquel tu mirar risueño.
« Pues no cesan de amargarte
las penas el corazon,
desciendo por alentarte,
por verte, por consolarte
y darte resignacion.
« De la mansion bendecida,
de los que dejan la vida,
sin que el pesar me taladre,
que hijos de quien es querida
tampoco están sin su madre.

Digitized by Google

«No te acabe ese sufrir
que te aqueja en tu delirio;
que á Dios place recibir
á los que saben ceñir
la corona del martirio.
«Soy tu hijo; aquel que un dia
á la gloria alzó su vuelo;
y Dios por darte consuelo,
á que te hable me envia
con los acentos del cielo.
«Al darle quejas á Dios
porque de tí me apartára
permitióme que mirára
cuántas penas á los dos
mi existencia acarreára.
«Y con el alma afligida
tendí mi mirada y ví
que fuera, Madre querida,
cada instante de mi vida
un sonrojo para tí.
«Que ¿cómo sufrieras ver
al hijo tuyo la palma
del martirio merecer,
si á nuestras madres el alma
les mata tanto querer?
«¿Cuál hombre es que se merece
ser feliz siempre y dichoso,
si por decreto angustioso,
el que es humilde padece
y padece el poderoso?
«No llores, madre, por mí,
pues si la vida perdí,
hoy en la gloria yo sé
de qué males me libré
cuando temprano morí.
«Y pues quien muere, jamás
volver á este mundo ansía,
y en el cielo me tendrás
sin perderme nunca mas,
¡hasta el cielo, Madre mia!

.....

«Y luego, cuando despiertes
de mis palabras en pos,
cesa en el llanto que viertes,
que á las almas que son fuertes
les abre su cielo Dios!»

ENRIQUE DE OLAVARRÍA.

A. * * *

Niña de los ojos negros,
De los cabellos de seda,
De los labios perfumados
Y de la frente hechicera,
Si tan dulce es tu mirada,
¿Por qué á mí solo la niegas?
Si reune tantos encantos,
¿Por qué, pues, de mí la alejas?
Si á todos dulces placeres
Das á disfrutar con ella,
¿Por qué á mí solo su brillo
Desden y frialdad revela?
Niña de los labios rojos
De sonrisa placentera,
Que un nido forman tus labios
En donde el amor se alberga;
Nacar, del clavel sonrojos
De la camelia vergüenza,
Cuyo perfume divino
Humilla á la madreselva:
Dime, por qué tu sonrisa
Que auroras de dicha enseña,
No me embriaga con su encanto
Ni da un consuelo á mi pena?
¿Por qué una dulce palabra
O una tierna cantilena,
Deleitando mis oidos
Dejas que el aire conmueva?
¿Por qué si á todo galante
Muestras tu boca entreabierta,
Cuando yo voy á mirarla,
Por qué tirana la cierras?
Ya no pido una palabra
Que pronuncies zalamera
Ni tampoco una caricia
Que en dicha eterna me envuelva,
Ni un beso que conmoviendo
Toda mi existencia entera
Tueste mi alma con el fuego
Que de entre tus labios beba.
Tampoco pido un suspiro
Que de tu pecho saliera,
Pues son fragmentos del alma
Que el aire infame se lleva
Sin permitir á los labios
Que lo toquen tan siquiera:
Solo pido tu sonrisa
Que engalanada de perlas
Asome por los corales
En que inclemente la encierras.

MANUEL G. PRIETO.

México, Abril de 1869.

¡MADRE MIA!

Madre, del hogar Señora
i fuente de nuestra vida,
la que de nosotros cuida,
la que por nosotros llora:
Tengo herida
el alma que vive de glorias i fé....
si en torno á mi lecho no rezas ahora,
madre, la mi madre, ¿cuando te veré?

***

¿No te acuerdas madre mia,
de aquella edad placentera,
en que tu mano solia
jugar con mi cabellera?
¡Qué diria
quien viese cana la que blonda fué!...
Si al alma sorprende vejez que no espera,
madre, la mi madre, ¿cuándo te veré?

***

¿Amar la patria es delito?
¿No es de los héroes anhelo?
¿Está del hombre maldito
mártir que bendice el cielo?
¡Qué infinito
es culto tan noble que intacto guardé!
Si es lei que con honra no vuelva á mi suelo
madre, la mi madre, ¿cuándo te veré?

ALFREDO TORROELLA.

México: 1869.

Digitized by Google

ANTIGÜEDADES.

RUINAS DE TLALMANALCO.

«En el número 40 del *Renacimiento* correspondiente al dia 2 del corriente, se lee lo que sigue:

«De las ruinas que dan motivo á este artículo y la estampa representa, no he encontrado noticia alguna, no obstante haberme dirigido á personas inteligentes. Importantes como lo son, su memoria se habia perdido; eran tal vez conocidas de algunos curiosos, pero en manera alguna del público. Quien primero llamó la atencion acerca de ellas, fué el distinguido jóven Mr. de Laverrière, miembro de una de las comisiones encargadas de explorar el valle de México.»

El que esto escribe, publicó en el *Calendario Franciscano* para el año de 1859, con el título de *Ruinas hermosas*, este pequeño artículo: «La comision exploradora del valle de México ha encontrado una huella de los religiosos Franciscanos en el casi arruinado pueblo de Tlalmanalco, y describe así sus hermosas ruinas: «Estas son los restos de un convento de franciscanos, cuya construccion principió poco despues de la conquista. Por razones que no he podido averiguar, este monumento no se elevó, mas que al alto de sus primeros arcos, y así se quedó, lo cual es de deplorarse por el arte arquitectónico, pues puede juzgarse de lo que hubiera sido el monumento, por lo poco que de él se ve.»

«Figúrese unos tres arcos de bóveda de cosa de ocho metros de altura, separados uno de otro por macizas cubiertas de multitud de arabescos, de figurines y de follaje en relieve. La cantería, de un hermoso color oscuro, parece haber sido amoldada en moldes hechos á voluntad, y retocada despues con cincel, segun la mucha limpieza que se advierte en los contornos, sin que se note ningun recargo de mal gusto. Los adornos están distribuidos con aquella ciencia particular propia del renacimiento, que no sacrificaba las líneas mayores á favor de los pormenores, y que no obstante dabá, por decirlo así, un valor especial á cada piedra. Los arcos no tienen esa forma aplastada, ni esas proporciones desagraciadas que á menudo se notan en los pórticos de los conventos de México. Hállanse de una figura larga, y rodeados de cordones salientes de una elegante cinceladura.

«Lamento el no poder dar una descripcion mas exacta de esta muestra preciosa de arquitectura americana. Mi deseo hubiera sido poder sacar un dibujo de ella: pero entre nosotros ninguno se halló capaz de reproducir correctamente unas bellezas tan grandes, representando la fantasía morisca, grabada en las majestuosas proporciones del arte del renacimiento. Si lo poco que digo de esto, invitara á los artistas á visitarlo, mi objeto se habrá llenado.»

Hasta aquí tomamos de la comision, agregando: Tal vez la publicacion del primer Calendario Franciscano llamó la atencion de algun individuo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y esta sociedad ha recomendado al supremo gobierno la conservacion del acueducto de Zempoala, salvando así este soberbio monumento de la destruccion. Ojalá y de la misma manera se procure la conservacion de esta primorosa obra del antiguo convento de Tlalmanalco. Cuando el que esto escribe visitó ese lugar hace catorce años (1844), le causó bastante sentimiento ver cubiertos de maleza aquellos finísimos relieves.

En lo que creemos que se ha equivocado el autor de la relacion, es en dar el nombre de iglesia nueva á la que actualmente sirve, pues su construccion está en perfecta armonía con el resto del edificio, que mas bien parece una fortaleza con los pequeños fortines que tiene en los ángulos de la que era huerta, y del cementerio y las vistas de su macizo campanario: lo mas probable es creer, que lo que se encuentra en ruinas lo dejarian los frailes cuando secularizaron las parroquias que tenian á su cargo, siendo esta una de ellas.

Esto escribimos en 1858 en el referido *Calendario*. Mas hoy que el Sr. D. Manuel Orozco y Berra trata el mismo asunto en las columnas del *Renacimiento*, nos perdonará que rectifiquemos el juicio que ha formado sobre el orígen y destino de ese incompleto pero hermosísimo monumento arquitectónico.

El convento de franciscanos de Tlalmanalco, tal como existe hoy, con su templo que sirve de parroquia y casa cural, fué construido en los años de 1525 á 1530. Bajo el punto de vista histórico, trae á la memoria un recuerdo tan interesante como sus ruinas; y quizá estas sirvan para marcar el sepulcro del Apóstol de México, Fr. Martin de Valencia, fundador de la provincia del Santo Evangelio, y gefe conductor de los doce primeros misioneros franciscanos que plantearon el catolicismo y la civilizacion en nuestro suelo. El pavimento del templo de Tlalmanalco, es el sepulcro ignorado de ese venerable sacerdote.

El edificio, como todos los de su clase, consta de un terreno cercado de bardas por sus cuatro frentes, en cuyos ángulos existian en 1844 los restos de fortines octógonos, sin disfraz de capillas, sino construidos militarmente. Uno de ellos tenia en esa época, escrito sobre la muralla con brochazos de almagre: «Fortin de San Cárlos ó San Fernando,» no lo recordamos con exactitud: en el centro de la cortina que mira al Poniente, forman la entrada tres arcos.

El templo, muy semejante al de Santa María la Redonda de esta capital, ocupa el centro del cuadro; está dedicado á San Luis obispo; su puerta principal al Poniente, y el altar mayor al Oriente. Al costado del Sur el convento y el campanario, cuyos ángulos cortan los vientos cardinales. Al Norte están colocadas las majestuosas ruinas, casi al nivel

Digitized by Google

de la espalda del templo y dando frente al Oriente. Sobre el objeto de su construccion, aunque no hay noticia escrita, se puede inferir sin violencia. En casi todos los conventos de franciscanos se construia una capilla para los ejercicios de la *Tercera Orden*, ó bien para alguna imágen de la Vírgen María, y que en algunos lleva el nombre de capilla real, como la de Cholula, famosa por sus nueve naves y los trescientos cincuenta clavos de diferentes figuras de que están tachonadas sus puertas; la de Texcoco y otras que no recordamos. La carencia del Tercer Orden ó de la capilla real en el átrio del convento de Tlalmanalco, dan la casi evidencia de que á alguno de esos dos objetos se dedicaba esa construccion, ya sea por el lujo que en ella se advierte, ó bien por distinguirse entre los relieves el escudo ó insignia de la Tercera Orden, que se forma de una cruz griega con otras cuatro cruces pequeñas entre los radios de la grande.

Esta opinion la hemos formado observando que los habitantes de las grandes poblaciones de aquella época, competian por uniformar esa clase de edificios, desplegando una generosidad de que dan testimonio todas nuestras ciudades y pueblos. El convento y parroquia de Tlalmanalco antes de la secularizacion, tenia á su cargo la administracion espiritual de diez y seis pueblos y diez ocho haciendas, que servian diez religiosos. Tal vez la riqueza proverbial de los habitantes de la en otros tiempos provincia de Chalco, famosa por los frutos de su agricultura, contribuyó á comenzar ese edificio, que es una verdadera desgracia que no se concluyera.

Para terminar, debemos repetir las palabras del Sr. Orozco y Berra, á quien con gusto dedicamos este pequeñísimo trabajo. «Si el cariño por las cosas de mi país no me ciega, creo que nuestros artistas deberian estudiar estas ruinas.»

A. M. M.

Revista Universal.

¡¡¡INSPIRACION!!!

AL SR. DON MANUEL PEREDO.

—¿Y qué?.....

VICTOR HUGO.

Me encargaron endechas para un álbum,
Y me puse á escribir:
Y á fuer de poeta gemebundo y triste,
¿Qué pudiera decir?
Voy á pintarle á vd. exactamente
De mi composicion
El tema y aun los rasgos principales:
Escuche vd., lector.

La niña se llamaba Guadalupe,
Y yo escribí ¡*A Lconor!*
Era prosáico el nombre; y en mis versos
Decir ¡*Lupe!* ¡Qué horror!
«¿Cómo pides arrullos (empezaba)
Al mísero cantor,
Si solo llanto, y lágrimas, y pena
Mi vida acibaró?»

.....

Aquí la hice un relato de los diablos,
Capaz de conmover.
Me comparé al mochuelo, á la tarántula,
Al cardo y al maguey;
Que abrigaba en mi pecho cierta víbora
¡Grande! ¡de cascabel!

Y que triste y errante peregrino
Iba por un erial
Tan escabroso ¡ay Dios! que parecia
Camino nacional.
Despues de esta pintura, le contaba
Al lindo querubin,
A Guadalupe, la del álbum rojo,
Que esperaba morir;
Por la razon sencilla aunque terrible
De que nací infeliz:
Iba la prueba al canto, y en diez versos
Puse diez ¡*ay de mí!*

Y le conté que Lesbia idolatrada
Por fin me la pegó;
Y que Tisbe se fué una mañanita
Con un tambor mayor....
Mas no vaya usté á creer, lector amigo,
Que en mi composicion
Desembozada la verdad estaba,
¡Dios me libre, lector!
Hubiera sido muy prosáico y feo
Decir sin ton ni son
Que aquel rival que acibaró mis dias
Era un triste tambor.

«¿Qué te puedo yo dar,» (seguí diciendo)
«¿Qué te puedo ofrecer?»
(Cuando efectivamente no tenia
Mas que tinta y papel.)
¡Versos no mas! que al fin los versos poco
O nada costarán,
(Y haciendo versos á la vez trabajo
Por la posteridad.)
Y versos vomitaba que era un gusto;
Porque la inspiracion
Brotaba como caño en tiempo de aguas....
¿Lo creerá vd., lector?

Se me olvidaba un hecho esencialísimo:
Lector, perdone vd.:
Cuando le hablé de ciertas calabazas,
Por respeto al pudor
Tuve que usar de puntos suspensivos,
Y le planté un millon.
¿Vé vd. que bueno es el nacer poeta?
Convenga vd., lector,
En que despues de todo, hemos perdido
El tiempo, vd. y yo.

FACUNDO.

San Luis Potosí, Setiembre 11 de 1869.

Digitized by Google

ARINDA.

FANTASIA NOCTURNA.

Era de noche: las estrellas centelleaban en la azul esfera, y en la superficie de los lagos la luna brillaba esplendorosa.

El céfiro agitaba los arbustos que crecian á la orilla de un pacífico mar, las ondas besaban dulcemente las rocas de la playa, y el pescador cantaba á lo lejos sentidas barcarolas de ignota melodía. ¡Cuánta belleza, cuánta dulzura y poesía en aquella plácida ribera se anidaban! .....

Una voz sentida, pura y armoniosa, turbó el silencio majestuoso de la noche.

La voz era de mujer, y mujer hermosa como las huríes de Mahoma, y vestida de blanco como las vírgenes de Osian.

Negra era su cabellera como sus ojos bellos: esbelta su cintura como la palma del arábigo desierto; amorosa como la tórtola, tímida como la gacela.

Y cantaba, pero sus ojos vertian lágrimas; cantaba un romance de amores para distraer su espera, porque aquella niña esperaba á su amado, un gallardo pescador de aquellos mares, hechicero fantasma de su cándido sueño.

El pescador no venia, y Arinda esperaba y cantaba llorando.

—Ven, decia con su leve canto, eco de una celeste melodía; ven, mi alma te espera desde la aurora hasta el ocaso: la noche me abruma, la brisa me hiela, el mar me asusta..... ven, ven á darme la luz que necesito, luz que solo destellan tus ardientes ojos, luz que alumbra el camino de mi vida, el vacío de mi corazon; sin ella nada veo, todo es sombras: ven..... ven á refrescar mis áridas sienes con tu amoroso aliento, mas dulce para mí que todos los perfumes de Oriente, mas suaves que la rosa de Bengala. Ven; la soledad me mata, la luna me parece lámpara sepulcral; las estrellas, fúnebres cirios que velan el sueño de la humanidad; la tierra inmensa, sepulcro del mundo..... ¡qué horror! Ven, amado mio, ven: me estremezco, tengo miedo, me ahogo..... ven..... luz, aire!..... luz que solo en tus ojos hallo, aire que solo encuentro en tu suspiro de amor: ven.

Arinda calló, porque otra voz mas grave respondió á la suya, y un hermoso bardo de los mares cantaba con emocion, al compás de los remos.

—Ya voy, blanca paloma de la montaña, ya voy: tu voz me atrajo desde el fondo del mar, y llego á tí presuroso, luchando con sus olas atrevido. Ya voy, divina sirena de mi alma, ya voy; ¿cómo podria detenerme al escuchar tu voz angélica que me llama?..... No llores, Arinda mia, ya voy; yo tampoco veo lejos de tí; eterna noche me circunda, privado de la luz de tu mirada; sin tí tampoco alienta mi pecho, porque tú eres el aire que respira, y sin aire no se puede vivir: ya voy. Todo es en torno mio oscuro, lúgubre y helado, y sin embargo, yo amo lo oscuro, lo oscuro de tus magníficos ojos negros; ellos son mi noche, mi dia, mi esperanza, mi porvenir, mi todo: ya voy, enjuga tus lágrimas, y anime tus dulces labios la sonrisa: tu pescador se acerca: mira!

Arinda murmuró: ¡Ven! en un grito de inmenso gozo.

La barca tocó la orilla; Arinda saltó en ella, sentándose al lado de su amante; sus manos se estrecharon, miráronse sus ojos, y nada mas que sus ojos vieron.....

La barca se alejó lentamente sobre blancas espumas; la luna brillaba radiosa sobre el ondulante mar, la brisa suspiraba entre las hojas de una cimbradora acacia, y entre ellas un melancólico ruiseñor trinando dulcemente, enviaba á los dichosos amantes un envidioso adios de despedida que hasta ellos llegaba conmoviéndoles gratamente.

Y todo era muy bello, todo estaba en silencio, en el augusto silencio de la dormida creacion.

CONSTANZA VEREA.

EL DESTIERRO DEL DANTE.

Al pié del gran palacio Copparelo,
El bardo Florentino,
El gran cantor divino
Sus tristes ojos levantaba al cielo;
Y las gotas amargas de su llanto
Enjugaba con la orla de su manto.

Era una noche azul y trasparente,
La brisa cariñosa
Pasaba deliciosa
Haciendo murmurar la mansa fuente,
Y alumbraba la luz de blanca luna
Al que fué de Beatriz la ilustre cuna;

Detrás de aquellos muros, contemplaba
El Dante desgraciado,
El semblante adorado
De la jóven que un tiempo idolatraba;
Y era no mas su loca fantasía;
Porque aquella mujer ¡ya no existia!

Cada recuerdo, cual punzante espina
Su pecho desgarraba,
Y triste recordaba
De su Beatriz la imágen peregrina,
Envuelta en sedas ó en flotantes galas,
Pronta á ceñirse de un querub las alas:

Ya en el baile cual sílfide ligera
Corriendo voluptuosa,
Cual bella mariposa
Vuela fugaz por la gentil pradera,
Aspirando el aroma de las flores,
Que son su luz, su vida y sus amores.

Digitized by Google

Y él, arrobado en su pasion ardiente,
Con su lira cantando,
O de placer temblando
Si ella miraba su inspirada frente;
Que él la alzó hasta los cielos con su canto,
Y ella en cambio anegó su vida en llanto.

El recuerdo de Bardi afortunado,
Esposo preferido
De su ídolo querido,
Vivia en las memorias del pasado;
Y una nube sombría de amargos celos,
Tenaz venia con sus antiguos duelos.

Se hundió la luna entre las pardas nubes,
Y el Dante, en su tristura,
Dijo con amargura:
¡Oh sombra audaz que hasta los cielos subes!
¡Imágen misteriosa de la gloria,
Que se encuentra hasta el cielo de la historia!

Yo adoré dos amores con vehemencia;
Los dos me han traicionado,
Y al salir desterrado,
El alma dejo entera aquí en Florencia.
¡Oh patria! ¡Oh Beatriz! mis dos amores!
¡Tan solo me ofreceis fúnebres flores!

Yo, libertad, empuño la bandera;
Tú eres mi luz, mi encanto;
Tú has sido mi amor santo,
Desde que ví tu gloria verdadera:
¡Ven á ostentar aquí tus puras galas,
Y cubre mi sepulcro con tus alas!

Dijo, y subió el embozo hasta la cara;
Y en tanto que salia
De la nube sombría
La luna con su luz fulgente y clara,
El Dante del palacio se alejaba
Y un adios á su patria murmuraba!

SOLEDAD MANERO DE FERRER.

Veracruz, Julio 28 de 1868.

LA UNION EN EL SEPULCRO.

ENSAYO LITERARIO

Por María del Cármen Cortés.

I

Era una hermosa mañana de primavera. Dos ginetes recorrian la calzada del camino de Veracruz á Jalapa, al galope de sus corceles, impacientes por descubrir la ciudad de las flores.

El primero de los viajeros era un jóven de veintisiete años, gallardo y bien formado; el segundo, un hombre como de cincuenta, que precedia á aquel en calidad de criado. Alberto era el jóven y Juan el anciano que le acompañaba.

Alberto, admirador de la naturaleza, sonreia á las flores como un niño, escuchando apasionado el canto de los jilgueros de la selva. Tenia en Jalapa una madre á quien amaba con ternura, de la que hacia tres años se hallaba ausente; y al aproximarse á la ciudad, su rostro irradiaba de alegría: quizá otras ideas acariciaban su mente juvenil, y ansiaba llegar al hogar doméstico, como el pájaro errante al limpio nido, oculto entre las ramas del pensil.

Alberto, impaciente, blandió su látigo, hincando las espuelas en los ijares de su negro corcel, que continuó galopando con mas brío.

Trascurridas dos horas de constante carrera, al trepar una pequeña eminencia presentóse á su vista el «Eden escondido», como le llamó Humboldt.

Un beso de los céfiros pasó acariciando los cabellos del jóven, y el ambiente, impregnado de los aromas del azahar, fué el suspiro con que Jalapa recibió á su nuevo huésped.

La mañana era pura y sonrosada. El sol de Abril doraba las faldas de las montañas, y la ciudad despertaba envuelta en su blanca sábana de azucenas y jazmines: el velo de la noche se recogia como un cortinaje, formando un ángulo azul en los confines.

Los mil variados paisajes que se presentan á la vista despues de algun tiempo de ver los monótonos campos de la tierra caliente, sorprenden al viajero: su caserío agrupado en anfiteatro, aparece ya en las colinas, ya en las hondonadas que forma la sinuosidad del terreno, semejando un *bouquet*, cuya blancura se destaca sobre el verde tapiz esmaltado de mirtos y violetas; las enredaderas silvestres crecen aquí exuberantes, y los árboles frutales que forman sus huertos, sirven de techumbres á las mil fuentes de agua pura que convidan á beber en sus linfas. El sol imparte sus destellos sobre esta tierra, dándole vida, á la vez que animacion, á ese cuadro de bellísimos colores formado por la sonrisa del Creador!

Alberto detuvo su caballo para contemplar tan bella perspectiva; su alma de poeta sintióse inspirada; su imaginacion ardia y su corazon palpitaba de emocion.

Distrájole de su contemplacion el criado Juan que habia logrado alcanzarle, pues su cabalgadura daba marcadas muestras de fatiga.

—Señor—le dijo— parecia vd. impaciente por llegar; y ahora se detiene vd. aquí, cuando nos falta tan poco para ver á la señora.

—¡Ah! Juan—repuso Alberto—déjame contemplar este magnífico panorama, este cielo esplendente, este conjunto de poesía y encanto!

—Pues yo—insistió Juan—no veo mas que casas sobre casas; algunas entre el monte, las cuestas y los cerros, y nada mas de bonito como vd. dice, señor.

—¡Calla!—interrumpió Alberto.—Este es el Oásis del Anáhuac, la ciudad de las flores, el rico verjel de aromas, el manantial de inspiracion, el ensueño del poeta.

—Pero, señor—objetó Juan—nunca habia yo oido hablar á vd. así, ni cuando estuvimos en México el año pasado: y mire vd.; México sí es bonito. ¡Cuántos palacios, cuántos coches, paseos, jardines y diversiones!

—Sí;—contestó Alberto, arrebatado por su en-

Digitized by Google

tusiasmo—pero no son los grandes edificios, ni los artísticos jardines lo que venimos á admirar aquí, sino la naturaleza en todo su esplendor, el magnífico cuadro de la creacion; esta tierra de bendicion que de improviso se presenta á nuestros ojos, como la realizacion de un sueño, como una ilusion de amor; este dulcísimo clima, este ambiente suave, esta atmósfera de luz, esta armonía del vago murmurar. Mira allí en conjunto la ciudad, como púdica vírgen, cubierta con su manto de azahares; mírala reclinada en la falda del Macuiltepec, ornada de festones de floripondios y de aloés que caen sobre su frente, como la corona de una vírgen; mira sus pintorescos jardines, graciosamente agrupados, sus risueñas praderas cubiertas de verdes nueces, y mira, en fin, esos volcanes magníficos del Orizava y del Cofre, que cual gigantes se destacan en el horizonte y parecen velar el sueño de la niña dormida, contemplando absortos su belleza!

—¡Cuál niña dormida!—interrumpió Juan, no comprendiendo la alusion de Alberto.—¿Dirá vd. de la señorita Luisa, de quien alguna vez me habló vd. en Veracruz?

Alberto no pudo menos de sonreirse; pero al mismo tiempo un suspiro se escapó de su pecho.

¡Pobre Luisa!—exclamó despues de un momento de silencio.—Mira, Juan—repuso—¿ves aquella casita rodeada de árboles que está en la direccion de mi mano?

—Sí, señor; ¿la que esta pintada de azul y blanco y tiene tres rejas verdes?

—Precisamente—dijo Alberto.—En esa casa vivia Luisa cuando la ví la última vez al lado de su buena madre.

Y dando un latigazo á su caballo se internó en la ciudad, atravesando sus tortuosas calles.

De pronto, al pasar por una casita pintada de azul y blanco, oyó la exclamacion de una voz dulce, que le hizo volver la cabeza: solo pudo distinguir, al través del cristal de una ventana, el rostro pálido de una jóven que en aquel momento descorria una cortina sobre la vidriera .....

Pocos instantes despues, Alberto estrechaba entre sus brazos á su anciana madre.

(Continuará.)

A MI HERMANA LUPE.

(En su cumpleaños.)

Hermosa niña, encantadora y pura,
Que vives olvidada del tormento,
Quiera el cielo que nunca la amargura
Marchite tu ilusion y tu contento.

Eres bella cual es la mariposa,
Hermana de las flores del pensil;
Mas pura que el perfume de la rosa
Que nace en las mañanas del Abril.

Yo quisiera pulsar mi pobre lira
Y cantarte olvidando mis pesares;
Quisiera que al dolor que mi alma inspira
En gozo convirtieran mis cantares.

Vive feliz en tu risueña aurora
De alegre juventud y de esperanza,
Mientras en el dolor que me devora
Veo mi dicha perderse en lontananza.

Hoy que cumples, hermana, diez abriles,
Respirando inocencia y alegría,
Bésame con tus labios infantiles,
Y calma así la desventura mia.

La virtud resplandece en tu mirada,
Vives soñando sin sentir el duelo,
Y cruzas por el mundo, descuidada,
Sonriendo con los ángeles del cielo.

Sigue, hermana, tu senda deliciosa,
Y nuestra madre que ha sufrido tanto,
Al mirar tu sonrisa candorosa
Consuelo encuentre á su copioso llanto.

Solo puedo ofrecerte mis canciones;
¿Qué pudiera anhelar hoy para tí?
Que el cielo te prodigue bendiciones
Y un suspiro consagres para mí.

MANUELA L. VERNA.

Marzo 21 de 1867.

A LA LUNA.

Tú, compañera del triste,
Que en el alto cielo brillas,
Sin que blancas nubecillas
Opaquen tu suave luz:
Solo tú siempre me miras
Vagando donde los muertos
En sus sepulcros desiertos
Llevan por marca una cruz.

Una vez, luna querida,
Te ví en las noches de Enero,
Y tú, mi canto primero
Supiste tierna inspirar,
Cuando tu luz bienhechorra
Bañaba entonces mi frente,
Y era una niña inocente,
¡Feliz! sin saber llorar.

Mientras la brisa apacible
Suspiraba entre las flores,
Ajena de los dolores
Te ví, extasiada, lucir,
Luna, y entonces al verte
Feliz mi vida cantaba
Y tu hermosa luz bañaba
Mi enlutado porvenir.

Al brillar los bellos dias
De esa dicha pasajera,
La dulce ilusion primera
Halagó mi juventud.
¡Ella voló! y suspirando
En el mundo fementido,
Lloré el tiempo ya perdido
De inocencia y de quietud.

Digitized by Google

Perdí mis plácidos sueños,
Y lamenté mis dolores,
Que es un desierto sin flores
Sin esperanzas vivir;
Y sigo siempre cruzando
Mar inmenso y proceloso....
¿Seré el náufrago afanoso
Que va á la playa á morir?

¡Ay triste! sola vagando
De mi vida en el desierto,
Ya suspiro por un muerto,
Ya un placer que no volvió,
Y solo tú, luna, alumbras
Con luz suave y argentina
A quien, triste peregrina,
Ha perdido cuanto amó.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

(Revista de Mérida.)

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

SETIEMBRE.

Este mes tomó su nombre de *September*, sétimo del año Romúleo.

1

1684.—Se supo en esta ciudad que Lorencillo estaba en Cabo Corrientes con 12 *buques* y 4000 *hombres*, esperando refuerzo para tomar la flota.

1753.—Cédula de Cárlos III, aprobando la fundacion y constituciones del colegio de San Ignacio, llamado tambien de las Vizcainas.

1754.—A las dos de la mañana de este dia se sintió en México un fuerte temblor de tierra; repitió á las cuatro de la tarde, menos fuerte y por último, se hizo sentir á las once de la noche con muy poca fuerza. En la misma fecha se sintió en Acapulco, y maltrató bastante las casas del citado puerto.

1790.—Entró en Puebla el obispo de aquella diócesis D. Salvador Bienpica y Sotomayor.

1812.—Sale de Tepustepec la fuerza del coronel Polo con direccion al pueblo de Jerécuaro, que en compañía del comandante Rayon ocupó, haciendo noventa prisioneros á los realistas y tomándoles ochenta fusiles.

1817.—Los realistas asaltan el fuerte de Cóporo, y son rechazados.

1825.—Se sanciona la constitucion del Estado de Durango.

1850.—Por decreto de esta fecha se concede á la escuela de Medicina de esta capital, una parte del edificio de San Hipólito.

1867.—Llegó á México el almirante Tegethoff con objeto de trasladar á Europa el cadáver de Maximiliano.

2

1802.—Publicaron en México la paz entre España é Inglaterra, que habia sido firmada por aquellas potencias el 27 de Marzo.

1834.—Fué nombrado ministro de hacienda D. Joaquin Lebrija.

1856.—"Muerte de D. Luis de la Rosa, presidente de la Suprema Corte de Justicia, diputado al congreso, director del colegio de Minería y ministro de relaciones esteriores." Este señor fué muy dedicado á la botánica y escribió una memoria muy detallada sobre el cultivo del maíz en México.

1859.—Entre la una y las dos de la mañana se vió, hácia el Norte de esta ciudad, una hermosa aurora boreal, siendo la segunda que se ha observado en México.

1862.—"Disposiciones de la prefectura de México para socorrer á los que hubiesen sufrido por la inundacion."

"Circular, pidiendo plantas y animales para el jardin botánico y zoológico de Chapultepec."

3

1653.—Para celebrar el dia del cumpleaños del virey hubo toros y una máscara de negros y mulatos representando individuos de varias naciones con magníficos trages y armados de punta en blanco; la cuadrilla que representó á los españoles llevaba hábitos de Santiago, Calatrava, Alcántara, etc.

1667.—A las cinco de la tarde de este dia hubo en México un fuerte temblor de tierra.

1681.—"Miércoles 3 ahorcaron á un mulato que mató á un hombre por casarse con su mujer."

1698.—A las cuatro de la mañana tembló en México, derribándose una casa en el portal de Tejada, que mató á dos personas.

1793.—"El dia 3 de Setiembre se colocó en la esquina de Catedral que mira al Empedradillo, y donde se iba á poner una cruz, la piedra antigua del sacrificio de los indios mexicanos."

1828.—Desórdenes en Jalapa por haber elegido la legislatura á D. Manuel Gomez Pedraza para presidente constitucional.

1855.—"Las fuerzas del general Mejía atacan á Querétaro, deponen al gobernador Berduzco, y colocan en su lugar á D. Francisco de P. Mesa."

1857.—"Proyecto de constitucion del Estado de Tamaulipas."

1860.—Llegó á esta capital la division de Oriente al mando de D. Manuel Robles Pezuela.

1865.—Fué arrastrado por una avenida, cerca de Mixcoac, el carruaje que conducia al arzobispo de México D. Pelagio A. Labastida.

1867.—Primera conferencia entre el almirante Tegethoff y el ministro de relaciones Lerdo; acompañaron al almirante los Sres. Riva Palacio (M.) y Martinez de la Torre.

4

1687.—"Juéves 4 se cerró el último arco de la iglesia de hospital de Jesus Nazareno."

1787.—A las dos de la tarde de este dia hubo en México un fuerte temblor de tierra. A la misma hora llovió mucho.

1790.—Se celebraron en Monterey unas magníficas honras en memoria del obispo de aquella diócesis, Dr. D. Rafael José Verjer.

1858—"Derrota de Trejo y Delgado en Amecameca por Azpeitia."

5

1660.—Habiendo concluido el gobierno del virey D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque, se despidió este dia del acuerdo, saliendo de palacio acompañado de los tribunales, etc., hasta Santa Ana.

1687.—"El dia 5 se supo que los piratas habian saltado en tierra en la costa de Tehuantepec: el virey llamó á junta."

1692.—Aparece una horrible peste, atribuida á la prohibicion del pulque.

1701.—"Lúnes 5 fué el señor arzobispo á las nueve á notificar á los religiosos de San Agustin una cédula para que se quiten los mantos y sombreros, que traigan mangas largas y bordones."

1789.—Se publicó un bando por el "cual se llama á edictos y pregones á un D. Francisco Silvestre por el homicidio que ejecutó en la persona de D. Gabriel de Aspiro la noche del 27 de Julio de 1786. Se ofrecia por el bando gratificar con 500 pesos al que lo presentase vivo, y 300 al que muerto."

1828.—El congreso de Veracruz declara haber lugar á la formacion de causa al vice-gobernador; Santa-Anna lo suspende, nombrando para que lo sustituyese al comandante general.

1853.—"A las seis de la tarde de este dia cayó un rayo en la plazuela de San Juan de Dios, echó abajo una cornisa de la fachada del hospital y mató á dos niños de muy corta edad que salian de la escuela."

1865.—A las seis de la tarde se observó hácia el S. E. de esta capital uno de los mas imponentes meteoros, llamados *mangas de agua*, tardando diez minutos para desaparecer.

(*Continuará.*)

Digitized by Google

Digitized by Google

Lit. de Iriarte.

GRAN FABRICA DE SEDAS
de A. Labat y E. Francoz

Digitized by Google

FABRICA DE SEDAS

DE LABAT Y FRANCOZ.

En la semana pasada, un amigo mio vino á mi casa y me invitó á acompañarle.

—Voy á conducirte á un templo, me dijo.

—¿A un templo á mí? ¿Hay alguna gran fiesta religiosa?

—Es un templo del trabajo, me respondió; vas á ver mujeres consagradas á Dios y depositando al pié de sus altares, no la ofrenda de su oracion, sino la ofrenda de su virtud.

—Vamos, le dije apresurándome á salir. Llegamos á la hermosa calle de Santa Isabel, una de las que formarán la *Avenida Humboldt*, y por una puerta modesta penetramos en un pasadizo alumbrado por el sol, y luego por otra mas humilde entramos á la antigua nave de la iglesia que habia pertenecido al convento de monjas de Santa Isabel.

Allí nos detuvimos, como deslumbrados. En otro tiempo habiamos venido á esta misma capilla, mas bien por curiosidad que por devocion. Reinaba siempre en ella el silencio pavoroso del monasterio, apenas interrumpido á veces por las armonías melancólicas del órgano, en el que traducia alguna religiosa su tristeza y su tedio, ó por la voz doliente y enronquecida de alguna otra que elevaba sus cantos al Señor, en medio de la soledad del medio dia.

Aquello nos habia inspirado tristeza, y mil ideas lúgubres venian á apoderarse de nosotros, haciéndonos desfallecer en el camino de la vida.

Pero hoy!..... en vez del silencio, el alegre ruido de la maquinaria; en vez de las voces melancólicas y dolientes, las voces frescas y juveniles de cien niñas consagradas á útiles tareas; en vez del himno sagrado de la oracion, el himno sagrado del trabajo.

Laborare est orare.

Tenia razon mi amigo, aquello era un templo, y descubrí mi cabeza al entrar en él, con igual respeto que la descubria en otros tiempos, cuando esas paredes, hoy cubiertas con los aparatos de la fábrica, estaban adornadas con los altares dorados, las imágenes de los santos y los blandones.

La fábrica de sedas de los Sres. Labat y Francoz se abrió á principios de este año. Es mexicana, y de preferencia se da ocupacion en ella á hijos del país.

Se emplean noventa y cinco mujeres y veinte hombres en el trabajo, escogiendo siempre á las personas que tienen familia, pero sobre todo á las mujeres jóvenes y de mejor presencia, pues ha entrado en las miras filantrópicas de la empresa, el alejar á séres tan débiles y tan interesantes, de los peligros á que los expone la desesperacion de la miseria, en una ciudad populosa y en una época de tan deplorable escasez como la actual.

Además, la empresa tiene allí colocadas, en calidad de aprendizas, á veinticinco muchachas de siete á ocho años, que forman, por decirlo así, su educacion y preparan su porvenir.

El sueldo de las obreras es de tres á cuatro reales diarios, segun el mérito del trabajo que se les encomienda. Algunas ganan mas de un peso.

Muchas de ellas viven con sus familias en el edificio mismo, ocupando la parte que servia de habitacion á las antiguas monjas; siendo de advertir que unas veintisiete mantienen con su trabajo á sus ancianos padres.

Se elaboran semanariamente de 300 á 400 libras de seda, que entra en bruto y sale ya de la fábrica para usarse por el consumidor, haciéndose allí todas las operaciones para el objeto, que constan de siete diferentes manipuleos para hilarla y torcerla, una para cocerla y limpiarla, diversas para teñirla, secarla y abrillantarla y tres para enmadejarla, dándole el peso y forma que se usan en el comercio.

Lo que se gasta en rayas semanariamente pasa de mil pesos.

La mayor parte de los tintes que se emplean son naturales del país, pero se da cualquiera que se pide, por raro que sea, pues se tiene un surtido de colores europeos, de lo mas variado, y además, el Sr. Francoz, con su habilidad en la química, encuentra, sin titubear, la combinacion de cualquier tinte que se desee.

Es digna, muy digna de proteccion por parte de las autoridades esta industria naciente, pues además de proporcionar alimento y bienestar á una multitud de familias, ofrece para el porvenir un beneficio inmenso para el país.

Hoy todavía se halla en la infancia, pero aun así se ha conseguido ya que la seda sea superior á la europea, para coser, bordar, tejer (pié y trama), para la fábrica de galones y todo el ramo de pasamanería y aun el de peluquería, como para castañas, rizos de las señoras, pues sobrepuja en belleza al pelo muerto, siendo de advertir que tal aplicacion es enteramente nueva, aun en Europa. Deben incluirse entre las clases de seda mencionadas las flojas, iguales á las de China, *la seda-pelo*, *la seda torzal*, *bordados*, *tondo*, *organzin*, *melcochas* y otras poco usadas aún en México.

Se han hecho venir los telares á la Jacquart, para hacer un ensayo de tejidos como los de Lyon, con la esperanza de que, en breve, nuestras manufacturas igualen á las de aquella ciudad.

¿Qué se necesita para lograrlo? Se cuenta ya por los fabricantes con la base fundamental, la superioridad de la clase de la seda hilada, torcida y teñida; con operarios que, lo mismo que se han adiestrado en poco tiempo en los trabajos mencionados, comprenderán con mayor facilidad los nuevos del tejido, tanto mas, cuanto que se tejen ya en el país bandas, rebozos, paños, casimires, sarapes, con igual primor que en Europa.

Hay que observar que en ninguna de las fábricas europeas se han reunido hasta hoy, como en la

Digitized by Google

de los Sres. Labat y Francoz, todos los ramos de hiladura, torcedura, tintura, etc., etc., sino que hay fábricas especiales que se limitan á hilar unas, otras á torcer, otras á teñir y aun otras á enmadejar; observacion que hace mas digna de consideracion y proteccion á la citada fábrica mexicana, por el inmenso trabajo que han tenido los empresarios que vencer y las contrariedades que han superado para reunir todo en un mismo edificio, dividiendo los trabajos y adiestrando para ellos á los operarios.

Necesítase, pues, y los escritores amantes del progreso deben elevar su voz para pedirlo, que el Supremo Gobierno proteja este benéfico plantel, no gravándolo con las contribuciones, eximiendo la seda nacional de los derechos que hoy se cobran, pues segun he tenido informes, mientras que en algunos Estados se han cobrado fuertes derechos sobre ella, se ha impuesto allí mismo un insignificante derecho municipal á la seda extranjera.

Verdaderamente es absurdo esto. Enhorabuena que no se graven con crecidos impuestos los artículos que vengan de Europa; pero protéjase al mismo tiempo de preferencia la industria nacional, único medio de hacer á nuestro país próspero y pacífico.

Por lo demas, los Sres. Labat y Francoz están animados del mas ardiente deseo de que prospere la nueva industria, y cuentan con la energía suficiente para impulsarla cada dia mas, así como se muestran agradecidos por la brillante acogida que justamente han merecido sus trabajos.

Ahora han ampliado sus relaciones con Oajaca y Michoacán, impulsando de este modo el desarrollo de la cria del gusano y del plantío de moreras, lo cual es otro beneficio mas, porque numerosos pueblos, miserables hasta aquí, encontrarán en estos nuevos trabajos el alivio de sus desgracias y el orígen de su engrandecimiento futuro.

A este propósito, no puedo menos de manifestar aquí un deseo, á fin de que sea atendido en el Estado de Guerrero, hoy que ha entrado en una via de regeneracion y de progreso.

Hay poblaciones, como la capital y sus vecinas, que por la dulzura del clima de los valles en que están situadas, podrian emprender el plantío de moreras, que no es enteramente nuevo allí, pues aun existen numerosos árboles que atestiguan que en otros tiempos se pensó en cultivarlos en grande escala.

Despues las frecuentes guerras desde la independencia acá, han hecho olvidar tan importante proyecto, que habria salvado á toda aquella region, digna de mejor suerte, de la pobreza en que yace.

Hoy que el gobierno de ese Estado se muestra empeñoso en hacerlo adelantar y prosperar, como lo prueban, entre otras cosas, la creacion de numerosas escuelas de instruccion primaria y la fundacion de un instituto científico, no dudo que acogerá este pensamiento con entusiasmo, interesándose en su realizacion, como hizo el de Michoacán. Así logrará dotar á los pueblos con un nuevo elemento de riqueza y de bienestar, y dejará una huella honrosa de su administracion, la única huella verdaderamente honrosa que un gobernante puede dejar en la memoria de un pueblo; á saber: el amor al trabajo, la ilustracion y los ejemplos de virtud.

Volviendo á la fábrica de los Sres. Labat y Francoz, confieso que por muchos dias me duró la impresion gratísima y consoladora que me causó su vista. Todo es en esa casa honradez y progreso, todo respira serenidad, contento, esperanza.

Los que desfallecen ante la miseria pública, los que ven anublado el horizonte de la patria, los que maldicen á la humanidad por estar acostumbrados solamente á ver los cuadros que presenta la ociosidad, por estar acostumbrados á contemplar los oscuros abismos del vicio, debian venir á las casas en que el trabajo, el santo trabajo, anima con su aliento las mejillas frescas de la jóven obrera, y da á sus ojos el sereno brillo de la felicidad.

En el alma de esas gentes ocupadas, como en un cielo azul y limpio, no deben cruzar jamás las impuras nubes del vicio y de la desesperacion. En esos corazones, como en una tierra vírgen y fecunda, seguramente florecen lozanos, el dulce amor filial, que santifica como una bendicion del cielo, el casto y ardiente cariño al amante, que alimenta el noble orgullo, la fé religiosa que sonríe con las promesas de la dicha, y la esperanza que alumbra como un sol el campo de la existencia.

En esos semblantes no se advierte la enfermiza y repugnante palidez que imprime el ocio en sus víctimas, pobres y ricas; no se advierte la sombra que refleja en la frente de los perezosos, el tedio de su inutilidad. La blanca corona de la virtud ciñe aquellas brillantes cabelleras, y la sonrisa de la inocencia embellece mas aquellos labios. ¡Y considerar que estas pobres vírgenes, salvadas al pié del ara santa del trabajo, pudieran haber estado condenadas á servir de criminal cortejo á la *miseria, proveedora* del vicio!

Porque, ciertamente, el ocio, el abominable ocio es el orígen de la mayor parte de las desgracias humanas.

The Devil always finds work for the idle, dice el proverbio inglés. *El demonio encuentra siempre trabajo para los ociosos;* pero este trabajo es el vicio devorador, es el crímen que abre él mismo el camino del cadalso y cava el sepulcro antes de tiempo.

Un corazon patriota no puede menos de bendecir á los hombres benéficos que fundan establecimientos iguales á este para salvar á los infelices proletarios. Hé ahí lo que se necesita para redimir á los condenados del infierno del hambre. No la limosna, que muchas veces prostituye, sino el trabajo que siempre salva, el trabajo que es una cisterna de aguas regeneradoras y santas.

Haced adorar á Dios con el culto del trabajo, ¡oh vosotros los que podeis, los ricos, los filántro-

Digitized by Google

pos, los que deseais comprar con obras de caridad vuestra entrada en el reino de los cielos!

¡Trabajar es orar!

Que ese sea vuestro lema y la profesion de fé de vuestra filantropía.

Jamás el pecho del que ama verdaderamente á su país se dilata con tanto gozo y con tan noble orgullo, como cuando se encuentra en presencia de los monumentos del trabajo y de la ilustracion.

Una escuela de niños, un campo fértil en que las sementeras ondulan al viento como un mar de esmeralda, el rugido del vapor, en el camino, en el mar ó en la ciudad, el ruido monótono pero alegre de una rueda motriz, el rudo son del martillo ó el blando murmullo de la conversacion de los obreros consagrados á su trabajo..... hé ahí lo que conmueve al hombre de corazon.

Entonces se cree, se espera y se dirige una mirada al cielo con los ojos henchidos de lágrimas y con el corazon suspirando de felicidad. Entonces se concluye con el himno mas armonioso para la Providencia, que es el himno silencioso de la gratitud y de la esperanza.

Hé ahí lo que sentimos mirando aquel santuario del trabajo y de la virtud, admirando á aquel grupo encantador de obreras, nido de buenas y amables esposas, de tiernas y excelentes madres de familia—joyas brillantes de su patria y de la humanidad.

Francamente no podia haberse dado al antiguo convento de Santa Isabel mas noble destino que el que ahora tiene, y solo es de sentirse que los demas conventos no hayan sido dedicados á igual objeto, sino que hayan algunos enriquecido á sórdidos especuladores que no han sabido hacer compatible su fortuna con el bien de los infelices.

Cuando salimos de la fábrica de sedas, consagramos un voto de gratitud, tanto al apreciable Sr. Labat, que con rara modestia nos habia hablado de sus esfuerzos por plantear aquella empresa, como al jóven y hábil Sr. Francoz, que con laboriosidad y empeño dirige los trabajos.

Que el gobierno los proteja, que la sociedad los bendiga, pues pocas veces se ha merecido tan justamente la gratitud pública, como la han merecido ellos con sus sacrificios y su perseverancia.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

PENSAMIENTOS FILOSOFICOS.

Figuraos, si podeis, las mas densas tinieblas, el silencio mas profundo, la noche eterna de la nada, y tendreis una idea exacta de lo que habria no existiendo una causa primera.

Suponed que en el seno de este caos sin nombre, resuena una sola palabra; podeis asegurar que existe Dios, porque la palabra es el signo de la vida racional, y la fuente de toda vida es Dios.

Hé aquí cómo aun diciendo «Dios no existe», damos un testimonio brillante de su existencia.

Leed siquiera una página de ese magnífico libro que se llama «La naturaleza.» Si en esa página no encontrais el nombre de su autor, callad, porque vuestra desgracia no tiene tamaño; si le encontrais, escribidlo en el fondo de vuestro corazon, y honradle con el ejercicio de todas las virtudes.

Los filósofos distinguen la verdad real y formal, la verdad lógica y la moral; y no han faltado escritores que hablen de la *verdad religiosa*, de la *verdad social*, de la *verdad política*, etc., etc.

¡Pobre inteligencia humana! cree ensanchar el estrecho círculo en que se agita, llamando con nombres pomposos esos trozos de la verdad soberana que apenas entrevé. ¿No seria cosa rara empeñarse en poner un nombre propio á cada una de las gotas de agua que componen el Océano?

La verdad es el ser, la vida la luz; el error, el no ser; la muerte, el caos.

¿Por qué el hombre amando naturalmente el ser, la vida y la luz en todos sentidos, se inclina casi siempre, y en todos los órdenes, al no ser, á la muerte y las tinieblas?

A esta pregunta el buen sentido calla, la filosofía enloquece, y solo la religion católica da una respuesta maravillosa.

El mas grande problema que se podria proponer á la inteligencia humana, el problema filósofo por excelencia, deberá en mi concepto plantearse de esta manera.

¿Cómo de la unidad deriva la multiplicidad, y cómo la multiplicidad vuelve al seno de la unidad?

La resolucion de este problema seria la explicacion del universo, la última palabra de la ciencia, la luz que para siempre disipara las densas tinieblas de nuestra inteligencia; mas no es dado al hombre llegar hasta allá..... Que trabaje, y que espere.

El mundo material se gobierna por las leyes de atraccion y repulsion; el mundo moral solo se gobierna por la ley de atraccion. Dios se ama á sí mismo y ama á sus criaturas, las criaturas amando á Dios se aman á sí propias y entre sí: hé aquí el órden.

La ley de repulsion en el órden moral no existe: esta ley, ¿qué otra cosa seria mas que el odio? pero el odio es el alejamiento del órden, es el sepulcro frio y tenebroso á que desciende el ser moral cuando ha roto los lazos que le unian á la creacion.

Pero se me dirá: ¿no es lícito odiar el mal? ¿no se tiene que odiar por fuerza, á medida que se ame el bien?

El mal, responderia yo, no es mas que la ausencia del bien; una pura negacion; y el odio no puede recaer sobre puras negaciones.

JOSÉ DE JESUS JIMENEZ.

Digitized by Google

A ELDA.

Ven como el aura fugitiva pasa
Rizando, bella niña, tus cabellos;
Ven como nube de flotante gasa
Que dora hermoso el sol con sus destellos.

Ven como el eco seductor y blando
Que entre las sombras de la noche suena,
Cual rayo de la luna que brillando
El triste corazon de encanto llena.

Como el perfume de la flor divina,
Como el canto del ave enamorada;
No vengas cual mujer, no te imagina
El corazon así; ¡nunca! mi amada.

Cuando vengas á mí, rico tesoro,
Que una mirada mundanal no vea
El fuego del amor con que te adoro;
Misterio eterno para el mundo sea.

No vengas cual mujer; así te adoran
Los que en el mundo tu belleza admiran:
Te admiran nada mas, y nunca lloran,
Ni á tu recuerdo, como yo, suspiran.

No sienten ellos calcinar su frente,
En la alta noche y en el claro dia,
La idea de tu amor, el fuego hirviente
Del amor sin igual del alma mia.

No vengas cual mujer: ven como sombra
Que aparece en las sombras del delirio,
Hermosa, angelical; así te nombra
Mi pobre corazon en su martirio.

Tu sombra, sí, mi bien, tu dulce acento,
Tu mirada de luz, cuyos fulgores
Disipan en mi triste pensamiento
La noche de mis negros sinsabores.

Tu sombra nada mas, tu sombra amada,
Vaporosa y gentil, la de mis sueños:
No vengas cual mujer; una mirada
Del mundo disipara mis ensueños.

Y es triste despertar de un sueño de oro,
Y ver tan solo realidad impía;
Así, ¡oh beldad que con delirio adoro!
Ven cual las hadas de la noche umbría.

Tengo un amor tan puro como el cielo,
Aquí en mi triste corazon guardado;
Guardado para tí, mi solo anhelo,
¿Lo quieres disfrutar? ven á mi lado.

Tendrás de mi alma las fragantes flores,
Y las notas mas dulces de mi lira;
Pues tú eres la vision de los amores
Por quien mi pecho sin cesar suspira.

FRANCISCO SOSA.

MAR Y ESTRELLAS.

¿Qué dicen esas olas que en voces misteriosas
Repiten incesantes su lúgubre rumor?
¿Qué dicen las estrellas que brillan temblorosas
Trayendo mil recuerdos de dicha al corazon?

A veces me figuro que juntos mar y cielo,
Son un inmenso espacio de fúlgido zafir,
Cuya mitad vacila como flotante velo,
Cuando sus blancas ondas en grupos veo venir.

Son de la vida imágen las aguas bullidoras
Que corren y se agitan en revoltoso afan,
Sus quejas tristemente formando aterradoras,
Cuando se mezcla entre ellas la voz del huracan.

Apenas á lo lejos mi débil vista alcanza
De las perdidas naves una espirante luz,
Que trémula aparece cual brilla la esperanza,
Y en las plateadas olas esconde el mar azul!

Tan pronto negras ondas como tranquila calma
Contemplo con asombro en el hirviente mar;
Así como en la vida sucédense en el alma
Despues de los placeres las horas de pesar.

Oigo una voz sentida que el vendaval murmura
Diciendo: «todo es sueño, mentira es el amor,
Engaño los placeres, mentira la hermosura,
Y solo es verdadero el fuego del dolor.»

Y veo en mi memoria los siglos que pasaron,
Ya pálidas cenizas de la honda eternidad:
¿Dó se hallan los guerreros que lauros conquistaron?
¿En dónde las mujeres de mágica beldad?

«¡Ay! murmuran las olas con eco dolorido,
¡Jamás vuelven los años que el tiempo arrebató;
Sus héroes, sus hermosas están en el olvido;
No vienen á la vida, no vuelven nunca....no!»

¡Oh Dios! el alma mia contempla tu grandeza;
La mar y las estrellas me dicen que eres Dios;
Yo tu bondad adoro é inclino la cabeza:
Mi voluntad te llevas de tu poder en pos.

Yo, la débil criatura de barro vil formada,
¿Qué haré para mostrarte, Señor, mi admiracion?
Tu faz en mar y estrellas contemplo retratada,
Y entusiasmado late mi ardiente corazon.

No quiero ya la vida, la vida está en el cielo:
Señor, dame las alas de blanco serafin,
Para que vuele mi alma del miserable suelo
A traspasar los límites del celestial confin.

SOLEDAD MANERO.

Veracruz, Marzo 8 de 1864.

Digitized by Google

LA FIESTA DE LOS MUERTOS.

Las ráfagas primeras del invierno que alfombran al bosque de hojas amarillas i que se ciernen como una amenaza sobre el derruido techo del infeliz, que medio desnudo apenas tiene unos andrajos con que rechazar la cólera del frio: las ráfagas de invierno que borran de nuestros oidos el himno entonado por las brisas primaverales en las húmedas noches de Junio, traen algo mas sombrío que todo eso: la fiesta de los muertos.

Convenia á esa lúgubre solemnidad el gélido gemido del viento Norte, el cielo encapotado, velados los rayos del sol i el trage sombrío de la naturaleza en esta época del año. El mes de Noviembre es la transicion del otoño al invierno: en él debe visitarse ese cosmos legítimo de la humanidad, puente sobre dos abismos, plástico mediador entre la luz i la sombra: el cementerio.

Un rayo de luz estival, una mariposa dormida sobre una pasionaria, la brisa errante que viene desde la playa á beber la gota del rocío que rueda sobre las hojas, todo eso seria exótico en la fiesta de los muertos.

La poesía del amor no pertenece á los sepulcros: una cruz i una lápida son los trofeos únicos de la tumba.

* * *

¡La fiesta de los muertos! que así se ha dado en llamar á la fiesta de los vivos, es tradicional para todos los pueblos: el salvaje oceánico danza al son de su quena en un dia señalado, sobre la tumba de sus abuelos.

Los pueblos civilizados no danzan. En el Père Lachaise de Paris, en el Greenwood de New-York, no se oye en dia semejante otra música que la salmodia lúgubre de los sacerdotes.

Pero allí como aquí, i como en todas las grandes ciudades, hai algo deslumbrador, como el baile, que invade las avenidas de los cementerios: el lujo.

Sepulcros olvidados durante todo el año son engalanados con riquísimas coronas, regadas por el llanto del que garantiza con su presencia la propiedad del fúnebre adorno: lluvias incesantes han minado durante el verano las piedras mortuorias, desvaneciendo las inscripciones, agrietando los mausoleos: no importa; el dia de difuntos las flores lo cubrirán todo, i aquellas piedras ennegrecidas reflejarán la luz de los blandones: al chirrido de la cigarra sucederán las lágrimas i oraciones de la familia arrodillada sobre pérsicas alfombras.

¡Pobres muertos! son nuestros vecinos mas próximos, i solo los visitamos una vez al año.

* * *

Todavía mas: esa juventud indolente de todos los países, escéptica sin saber por qué lo es, incrédula como ignorante; esa juventud que para cada fiesta tiene un trage, traduce de un modo distinto á nosotros el aniversario de la muerte.

El cementerio para ellos es un salon de baile; ¿qué importa la música? Están en un intermedio: la solemnidad del dia se reduce á un bazar de trages luctuosos.

Es necesario saber si la belleza de la jóven ataviada con los colores deslumbrantes del teatro, pierde ó gana bajo el negro velo del dia de difuntos.

Preguntadles si creen en el mas allá, i se encogerán de hombros.

Habladles de la brevedad de la vida, i os echarán una bocanada de humo al rostro.

Esa juventud que da á todo lo solemne un carácter frívolo, es responsable del criminal sarcasmo que debe agitar los manes de los que fueron, cuando al borde mismo de sus tumbas se cambian palabras de amor i miradas de voluptuosidad.

En el llanto de la madre, en el sollozo del hijo puede creerse; pero no en la presencia de los que convierten el cementerio en un templo de la moda.

Las puertas del Camposanto están cerradas para los que no saben llorar.

* * *

Allá en el humilde cementerio de nuestra patria, hemos visto la mano descarnada del positivismo numerar los sepulcros. El cálculo aritmético despues de inficionar la vida, trasponia sus umbrales i llegaba mas frio que la misma muerte á profanar los sepulcros.

Solo los pobres i los patriotas duermen confundidos en la fosa comun; aquellos bajo una cruz, estos, cuando mas, bajo una lágrima.

Los déspotas de Cuba han fundido en el cementerio dos ideas santificadas por el dolor:

El cadalso i el hospital.

* * *

Permitidme ahora un amargo paréntesis; perdonad á la imaginacion del proscrito que en dia tan memorable vuele un instante á su patria. Se habla de la muerte, i los que tienen padres se estremecen.

El espíritu necesita caer como una bendicion sobre el hogar, besar las canas venerables del padre, i acariciar la faz surcada por el dolor, de una madre jóven que reza á los piés del Crucificado por la vida de su primer hijo, errante como la tribu de Judea.

En vano será que llamemos á la puerta, nadie puede abrirnos; la sala está decorada como el dia en que besamos por última vez la frente augusta de nuestros progenitores: nuestro lecho permanece vacío, la Madre de Dios baña con la luz de su pupila celestial la alcoba de nuestra madre. Es la misma imágen que saludamos con nuestro primer lamento. El viejo alano, atado á la verja del jardin, duerme tranquilamente: no ha caido ni un tronco de la arboleda; las mismas flores bordan los canteros, i las golondrinas han vuelto á fabricar su nido en las paredes del que fué nuestro gabinete.

Digitized by Google

Yo me acuerdo que todas las noches regaba migajas de pan en el jardin para que á la alborada siguiente se las llevasen á sus hijuelos. Así que, apenas me asomaba á la puerta, me rendian gracias en infinitos gorjeos.

Hoi, si algo buscan entre las calles de lirios, hallarán solo las huellas de mis lágrimas. Vacío está mi hogar: es que mis padres han ido á orar al cementerio por mis abuelos.

Ruegan arrodillados sobre un modesto sepulcro, mis hermanos los acompañan, detrás rezan los esclavos. Allí veo al viejo africano, lejos, como yo, de su patria: le reconozco; es el amigo de mi infancia; llevó en brazos á nuestra madre, él nos vió nacer mas tarde; sus canas deben sernos benditas. Niño fué arrancado de su patria, creció en nuestro hogar; no conoció otros padres que los que duermen bajo la losa que él riega con su llanto espontáneo. Yo solo falto en el cuadro conmovedor de mi familia.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Será que tú me hayas cerrado para siempre el cementerio de mi patria?

***

Nunca creí en la perpetuidad del espíritu sobre la tierra: sin embargo, viendo quebrarse un rayo de luna en las paredes del cementerio, saltar los fuegos fátuos — últimas chispas del alcázar del pensamiento — oyendo en mística arrobacion el canto lúgubre del sepulturero que apaga los blandones moribundos, algo como una voz de de ultra-tumba ha resonado en mis oidos, refugiándose, congeladora, en el fondo del corazon.

Alcé entonces la mirada al cielo; las nubes se desvanecian: miré la tierra; las flores de aquella mañana se deshojaban..... la lágrima que surcaba mi semblante iba á caer sobre el polvo amasándose con la tierra sagrada, sudario de los que fueron. Cruzaban las ideas por mi cerebro con la velocidad de la serpiente pirotécnica..... todo corria desbordadamente á la confusion, á la nada.

Era que todo iba á reproducirse; las flores de las tumbas así lo aseguraban. Por la grieta del roto cenotafio brotaba una campanilla que abria su corola al pasajero como pidiéndole una lágrima; su búcaro era un cráneo, su vida venia de la muerte.

¡De las cenizas brotaban flores, de las flores se desprendia el oxígeno, elemento conservador de los que todavía respiran!.....

***

Siempre he creido que las flores son el símbolo mas exacto del espíritu. Una azucena sobre la tumba de André Chénier seria una lágrima; sobre el sepulcro de los Borghia, una maldicion.

El poeta de la juventud, Alfredo de Musset, cuya desgraciada vida le hizo temer que la tierra del cementerio, como la de la existencia, fuese estéril para él, pidió á sus amigos que sembrasen un sauce junto á su tumba.

Aquel árbol recuerda á los que rien, que bajo aquella losa hai encerrada una historia de lágrimas.

***

Nunca es mas solemne la noche que en la augusta soledad del cementerio.

La luna es el sol de los que ya no respiran; tiene la luz clorótica de la mirada del agonizante.

Dejemos en paz á los muertos. — La vida nos reclama. — A nosotros la luz, á ellos la sombra.

Dicen que de noche los espíritus bajan á la tierra i conversan con sus cuerpos. No interrumpamos ese coloquio de la fosa con el cielo, del gusano con el ángel.

¡Dormid, los que fuísteis! antes de que vuelvan las ráfagas de invierno, ¡cuántos de nosotros vendremos á dormir en vuestro lecho eternamente húmedo!

El reloj de la vida no cesa de andar. Su máquina es la eternidad.

Vivamos, pues. Mañana bajaremos á las tinieblas del sepulcro con nuestras ilusiones evaporadas i el corazon roido por la víbora de la duda.

ALFREDO TORROELLA.

México: 1869.

LA FLOR PERDIDA.

Quince años no tenia
La dulce amada mia,
Cuando al cruzar un prado
De flores esmaltado,
Cortó una blanca rosa
Tan pura como hermosa.
Entre su boca bella
La puso dulcemente,
Y fué á la clara fuente
Para mirarse en ella.
En la corriente undosa
Vió que se retrataba
Aquella blanca rosa,
Y cándida y sencilla
Creyó mi pastorcilla
Que allí otra rosa estaba.

Lanzó un suspiro al verla,
Y ansiosa por cogerla
Tendió la blanca mano;
Pero ¡ay! tendióla en vano.
En tanto de su boca
La rosa idolatrada,
Cayendo en una roca
Se resbaló á la fuente,
Y al soplo del ambiente,
Marchita y deshojada,
Fué al punto arrebatada
Por la veloz corriente.

¡Cuántas hermosas niñas
Que cruzan las campiñas,
Siguiendo la hermosura,
De imágen engañosa,
Pierden la blanca rosa
De la inocencia pura!

JOSÉ ROSAS.

Leon, Diciembre 1868.

Digitized by Google

LEYENDA DE UN MUERTO.

Á LA SEÑORITA V. H....

Hé aquí una hoja de su cartera..... yo la he conservado amarillenta y próxima á convertirse en polvo como esas hojas anémicas con que los viejos fresnos lloran la pérdida del calor, y que á merced de los nortes de otoño ruedan por las praderas formando movibles tapices á las veredas del campo.

EN EL DIA DE LOS MUERTOS.

Las flores del cementerio,
Las de las corolas pálidas,
Que una vez el tallo doblan
Y que jamás se levantan;
Las flores en que el rocío
Sus perlas convierte en lágrimas,
Que del mármol de las tumbas
Creciendo á la sombra helada
Viven muy tristes, muy tristes,
Y mueren blancas, muy blancas;
Las rosas del cementerio
Que miel no tienen ni ámbar,
Las que desprecian las niñas,
Y que nunca la mañana
Refrescó con su abanico
De bermellon y de nácar;
En cuyos pliegues retozan
Las brisas embalsamadas,
Uniendo al olor del bosque
Perfumes de las montañas,
Y al arpegio del jilguero
La cancion de las calandrias....
Esas son las flores mias,
Como yo, desheredadas,
Que lloran como yo, y tienen
Como yo la frente pálida:
Cuando á su tallo sin vida
Se acerca mi mano helada,
No se estremecen.... ¡Dios mio!
¿Será una tumba mi alma?
.....

Al pié de este melancólico romance hay un nombre: Stela. Luego unos signos extraños, despues en un renglon de pauta musical algunas notas esparcidas—interpretacion armónica de un sollozo—y al pié de la hoja estas frases:

«Su corona nupcial es de rosas pálidas; pobre Stela obligada á hacer sus ramilletes en el cementerio. Esta noche es la de la boda»..... El amigo que me comunicó la leyenda que voy á contaros y que me regaló la hoja de la cartera, habia puesto al fin: *Requiem æternam dona ei Domine, lux perpetua luceat ei.*—R. I. P.—San Fernando, números.....y.....

*

Alfredo era un soñador de veinte años; no habia nacido para estudiar, y su padre le obligó á ello; los muros del colegio oprimieron su corazon infantil y se lo dejaron enfermo para siempre. Cuando su pobre madre, una santa, fué por consejo de los médicos á sacarle del colegio, se encontró con un niño muy pálido que tenia mucho frio, unos ojos llenos de fiebre y con esa atonía especial de los que acostumbran mucho ver al cielo.

La pobre madre lloró al ver á su hijo; Alfredo lloró, primero, porque su madre lloraba, y luego porque su corazon enfermo parecia tener una válvula para las lágrimas, y apenas se sentia henchido de ellas, aquella válvula se abria y el niño lloraba, y los constantes dolores que sentia en el pecho se calmaban un tanto.

Era una naturaleza viciada, era una ave pasajera que se habia equivocado de rumbo viniendo á la tierra. Desde pequeño le habia faltado el sol y el corazon de su madre, ese otro sol.

¡Pobre Alfredo! Nosotros, sus compañeros de colegio, nos sentíamos tentados cuando le veíamos dormir, de rodear su lecho con cuatro cirios.

No hay cosa mas triste que un jóven sin salud; es el mes de Mayo sin golondrinas.

Alfredo al salir del colegio fué al primer templo que encontró al paso y se arrodilló: Dios mio, yo sé que voy á morir, pero concédeme antes un amor para que tenga seguridad de ir al cielo.

Poco mas ó menos todos hemos hecho esta plegaria, en los años de fé de la adolescencia sobre los cuales no se proyecta mas que la dulce y piadosa sombra de nuestra madre, como la sombra del viejo campanario que repicó en nuestro bautismo, nos acompaña algunos instantes por el sendero que nos aleja de nuestro país natal.

Alfredo buscó un año. Su madre no cesaba de animarle á emprender un viaje á Europa, viaje en el que la buena señora debia hacerle compañía. Alfredo rehusaba. Creia que el ángel de sus sueños, ese sér que en sus delirios de poeta llamaba Stela, debia ser hija del suelo mexicano, formada con el azul purísimo de nuestro firmamento, dorada por un rayo del sol de nuestras primaveras, perfumada por las suaves y ténues exhalaciones de las florestas indianas. El ángel que habia hecho un nido del corazon de Alfredo, no tenia rostro, no tenia cuerpo, era un celaje bañado de rosa y tras el cual se dibujaba vagamente un perfil ideal, como se dibujan bajo la sábana de lino, las formas indecisas y poéticas de una impúber.

Una ocasion el jóven dió un grito en su lecho; en su almohada habia una lágrima que no era la suya, las coberturas estaban delicadísimamente plegadas como si en ellas hubiese reposado un niño.

Alfredo fué á esconder la cabeza en el seno de su madre; en seguida corrió hácia el jardin y se sintió narcotizado por los vivaces aromas de las plantas. Cuando los sueños hubieron arrojado de su cabeza á esa jóven que nunca envejece, pero que siempre tiene aires de ancianidad y que se llama la razon, entonces escuchó en pleno paraíso fantástico, un *ven* sonoro y claro como si hubiera salido de una garganta de oro.

Digitized by Google

El soñador, incorporándose, marchó en línea recta al lugar de donde la voz habia salido. Pronto llegó á una pobre habitacion; allí encontró á Stela, allí vivió algun tiempo.

Stela era una niña como Alfredo la soñaba. Era una ráfaga color de rosa entre los pétalos de una azucena. Su nombre, su alma y su figura eran hijos del cielo.

Era una perla caida de la guirnalda poética de las hadas, en una noche en que la aurora las sorprendió en el seno de las flores. Stela de lejos era un espectro, de cerca un perfume. ¿Cómo Alfredo habia encontrado á Stela? Lo ignoramos. ¿Stela existia, ha existido alguna vez? Lo ignoramos. Y sin embargo, estamos convencidos de haberla visto, no sabemos en dónde. Los Sres. Cruces y Campa aseguran haberla retratado. Pero con todo eso nos preguntamos: ¿este ángel, ha bajado á la tierra?

Nosotros la hemos conocido, pero puede muy bien ser que la hayamos soñado. Conocemos su retrato, pero ese retrato parece sacado del cuadro de un artista de inmensa inspiracion.

Era divina en la real expresion de la palabra. Bella y luminosa como la imaginacion, que solo puede concebir tipos materiales, se puede representar una alma. Alfredo la habia bautizado en su corazon con el nombre de *Stella*, estrella; y en efecto, parecia una gota de luz derramada sobre el mundo desde uno de esos vasos de diamante que llamamos astros.

Era color de rosa. Sus ojos parecian negros, pero sus miradas tenian reflejos de oro. Cuando sus pupilas se levantaban hácia el cielo, y la punta de las pestañas se confundia con el arco admirable de sus cejas, no sé qué llamarada sombría se encendia en aquel lugar, que hacia estremecer de delicia, pero que enfermaba el corazon. El óvalo de su rostro parecia un sueño de Winterhalter; bajo su nariz griega y pura descogia su broche de jacinto una boca celeste, que de cuando en cuando se entreabria como para dejar escapar una nota del alma, ó para aspirar los frios aromas de un ramillete de tuberosas.

Cuando yo la ví llevaba un vestido color de violeta, la flor de los poetas y de las vírgenes, y una pelliza negra sobre los hombros.

¿Pero la habré visto realmente, ó será una alucinacion mia? ¿Seria una vision producida por las tintas de nácar del crepúsculo de la tarde?

Alfredo y Stela vivieron juntos mucho tiempo; Stela en el corazon de su amante, como una esperanza de poeta; no podremos decir si el jóven estuvo presente alguna vez en el pensamiento de la niña; ya hemos dicho que este ángel probablemente se quedó en el cielo.

Una ocasion llegó Alfredo al altar, en donde su estrella le esperaba. Decimos el altar, porque para el pobre poeta la vista de Stela era una comunion; sentia como el creyente que se aproxima á la mesa eucarística, que con las miradas de su ideal, entraba en su interior no sé qué maná del cielo. Alfredo, decíamos, llegó al tabernáculo de su pasion. Su amada se acercó al marco de oro de su cuadro y le dijo adios con una voz sonora y dulce, como la música que debe oirse mas allá de la tumba.

Stela partió. Cuando hubo llegado á la region de los espíritus, dejó caer sobre su amante abandonado una mirada que Alfredo vió en forma de estrella encendida en el espacio.

Esa misma noche oyó Alfredo junto á su lecho esta palabra: *ven*, y habia sobre su almohada una lágrima. El jóven acercó sus labios á aquella lágrima, y vió que estaba detenida entre las pestañas de su ideal.

Stela no estaba allí sin embargo; vivia en el espacio, y de noche parecia un lucero y de dia estaba blanca, muy blanca, y triste como las flores del cementerio. El jóven tendia su mano para tocarla y no podia, y sin embargo, algunas veces sentia sobre su frente el roce de su cabellera, que habia conservado suelta desde la última vez que la habia visto.

Entonces, el pobre desesperado murmuró estos versos, recogidos de sus labios por un hermano suyo:

Piedad por los recuerdos alegres de tu vida,
Por la ilusion primera de tu alma celestial,
Por la paloma blanca que cuando estás dormida
Baja del cielo y mece tu sueño virginal.....

Piedad por tus quince años, piedad porque eres bella,
Y tengo, niña, henchido de muerte el corazon,
Porque será mi vida sin tu mirar de estrella,
Espectro coronado con flores de panteon.

Tu vista necesito, yo quiero que me ames,
Que mi alma agonizante al beso del amor,
Con tu mirada negra dentro del pecho inflames
Y arda como el incienso quemado ante el Señor.

Yo para tí quisiera, ¡oh perla de mis sueños!
De mi aspirar gigante el inmortal laurel,
Cielos de gloria, mundos fantásticos, risueños,
Dioramas de ventura á mi ambicion pequeños....
Sin tí, como un cobarde llorando moriré....

Pero Stela seguia cruzando como un silfo por entre las cortinas del lecho de Alfredo. Cuando este estaba solo, el techo de la habitacion desparecia, y un cielo lleno de oleadas de oro inundaba de luz la estancia. Allí, en medio de aquel esplendor, aparecia la imágen de Stela, como una vírgen de Murillo, por entre las parvadas de ángeles que pueblan el firmamento.

Una ocasion, hace un año, la blanca Stela descendió sola y melancólica, por entre un cielo brumoso y frio. Sobre la frente tenia una corona nupcial de camelias blancas.

—Esta noche serás mi esposo, murmuró al oido de Alfredo.

Este pidió su cartera, escribió unos versos, quiso interpretar con la música el acento de Stela, y luego llamó á su madre.

La santa mujer voló llena de alegría al lecho de su hijo. Hacia mas de un mes que una mañana habia salido muy agitado al jardin, en busca de la mujer que habia llorado sobre su almohada.

Digitized by Google

Del jardin le condujeron con una especie de letargo, que solo habia sido interrumpido por el delirio. El rostro de Alfredo indicó á su madre que la razon habia vuelto á aparecer en aquel cerebro enfermo.

Cuando Alfredo habló de Stela á su madre, y esta le hubo convencido de que aquella solo era una vision de su alma durante la fiebre, Alfredo se puso á llorar. Su madre lloró tambien.

De repente, dos lágrimas se detuvieron como congeladas sobre las mejillas de Alfredo.

—Pobrecillo, murmuró su madre; se ha dormido.

Alfredo se habia dormido para siempre.

* * *

Era el dia de muertos del año pasado. Una llovizna fria y menuda caia de los negros nubarrones que entoldaban el horizonte. Si alguna vez las nubes fueron crespones y los astros cirios, era en aquella noche, en que parecia que el cielo festejaba tambien sus muertos. Quién sabe de qué ojos caian aquellas estrellas que parecian lágrimas; quién sabe sobre qué tumba negra del espacio estaban prendidas esas constelaciones como coronas de inmortales.

Varios amigos y yo entramos en San Fernando. La gente se habia retirado, y algunos sacristanes quitaban á toda prisa á las tumbas sus vestidos de lujo, dejándolas en la desnudez mas espantosa. Aquello nos parecia la mañana siguiente de un baile de carnaval, en que ellos y ellas van á dejar los dominós ajados y las caretas despedazadas, sobre el mostrador de los alquiladores.

El dia de muertos es el dia en que los difuntos se ponen caretas, y en que en lugar de dominós azules, se les colocan sambenitos negros.

El dia de los muertos es el carnaval de los responsos y de las lágrimas.

Entramos al cementerio para colocar nuestra losa sobre el sepulcro de Alfredo. En el nicho contiguo se acababa de colocar otra lápida, en la que solo habia un nombre: *Stela;* sobre esa lápida colgaba el velo y la corona de las desposadas.

¡Luego Stela habia vivido! Quién sabe!

Acaso si yo os contara la realidad de esta leyenda fantástica obtendria algunas lágrimas, porque es muy dolorosa, porque es muy triste.....

Quizá algun dia.....

JUSTO SIERRA.

AL SALTO DE BARRIO NUEVO.

(RECUERDOS DE ORIZAVA.)

Al pié de dos montañas colosales
Arroyo trasparente
Remueve sus cristales,
Y entre riscos y juncos y zarzales
Con estrépito lanza su coriente.

Coronado de eterna primavera
Se agita sin descanso
Y baña la pradera,
Retratando á su paso, por doquiera,
Ramos y flores en su espejo manso.

Interrumpe su curso de repente,
Cortada en dura peña
Hondisíma pendiente,
Y convertido desde allí en torrente
Sobre un lecho de rocas se despeña.

Un íris forma de belleza suma
Cuando su mole agita,
Cayendo entre la bruma,
Cuando sus ondas de hervidora espuma
En multitud confusa precipita.

¡Catarata gentil! qué brilladora
Se ostenta y qué hechicera,
Si el rojo sol la dora,
Al esparcir su ardiente cabellera
Tras los albores de la fresca aurora!

Crece la flor en su escarpada orilla
Luciendo sus colores;
En tanto la avecilla
Canta infeliz con expresion sencilla,
Querellando sus rústicos amores.

Allí el pastor respira blando aroma
De flores peregrinas,
Y al par de la paloma,
Cuando la luna por la tarde asoma,
Van á apagar su sed las golondrinas.

¡Cuánta dulzura al corazon envía
Tan bello panorama!
Su soledad umbría
Pensamientos de noble poesía
Presta á la mente, que en ardor inflama!

¡Arroyo encantador! un breve instante,
Breve y feliz, mis ojos te miraron;
Y al conmover mi seno palpitante,
¡Cuánto mis ojos de placer gozaron!

Contemplaba en tu curso misterioso
Las fases mil de la existencia humana,
Que así es nuestro camino tortüoso
En esta vida mísera y liviana.

A veces, como el agua de las fuentes
Corres claro, sonoro y apacible;
Y miro retratado en tus corrientes
El azul de mi cielo bonancible.

Otras, turbio, el espíritu no alegras,
Acrecentando sus tristezas hondas;
Que miro en tí mis esperanzas negras,
Tan negras como el fondo de tus ondas!

Así cual ves que tus espumas nacen
En torno de las rocas escabrosas,
Y luego ves tambien que se deshacen
A impulsos de las brisas rumorosas;

Así mis dichas y mis glorias sumas
Ví nacer en revuelto torbellino,
Y perderse tambien, cual tus espumas,
Al rigor implacable del destino.

Digitized by Google

Tú, al suspirar, besando la ribera,
Recoges flores que pasando tocas:
Las amas en tu rápida carrera....
¡Y se quedan marchitas en las rocas!

Yo al suspirar soñando en los amores
Cogí rosas de efímeros placeres,
Y quedaron marchitas ¡pobres flores!
En el seno de amor de las mujeres.

Yo camino....y tú sigues murmurando,
Y un término tendrás igual al mio.....
Un sepulcro en el mar te está esperando;
A mí me aguarda otro sepulcro frio!

José Peon Contreras.

ROMANCE.

Ayer del mar á la orilla
Pasé la tarde serena
Sintiendo el beso del aura
Que la ola rizando juega.

Y así, aspirando el perfume
Del lirio de la ribera,
Al manso rumor del agua
Se adormecieron mis penas.

Mas, ya el sol al ocultarse,
Al ver la primera estrella,
Cuando ya el ave cantaba
De su amor la última queja.

Una ola entre blanca espuma
Miré con placer envuelta,
Que dulce al tocar la orilla
Dejó una concha en la arena.

Era una concha cerrada
De incomparable belleza,
Y entre su seno precioso
Guardaba nácar y perlas.

¡Salve, concha de los marse,
Con tus encantos risueña!
Le dije, y en mi alegría
Soñé con afan poseerla.

Y fuíme entonces al punto
Adonde estaba, ligera,
Con el afan del amante
Que hácia su adorada vuela.

Pero al llegar, ¡oh desgracia!
No encontré ya ni su huella,
Que las ondas inconstantes
Tocaron la húmeda arena....

De entonces vivo buscando
Del mar esa concha bella
Que siempre burla el afan
Del que ambiciona cogerla.

Así del placer la sombra
Halaga al mortal que sueña,
Como del mar á la orilla
La concha de ricas perlas.

Gertrudis Tenorio Zavala.

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

IX.

La presentacion.

Los dos jóvenes atravesaron alegremente los umbrales de la linda casita, luego un pequeño patio que parecia una gruta de verdura y de flores con un risueño surtidor de mármol y bajo una cortina de enredaderas penetraron en el corredor y se detuvieron en la puerta de la antesala.

Ya los esperaban. La hermosa rubia se adelantó hácia ellos y les dijo con la mas dulce de las voces humanas.

—Pasen ustedes.

Y los introdujo en el pequeño y fresco salon, en donde se hallaban reclinadas en un sofá una señora de cuarenta años y la jóven que antes se cubria el rostro con un velo, y que mostraba ahora el mas lindo semblante que hubiera podido soñar un poeta musulman.

Era blanca, de ojos y cabellos negros y labios de mirto.

Los jóvenes quedaron deslumbrados.

—Querida tia, dijo Valle á la señora mayor, tengo la honra de presentar á vd. á mi buen amigo Enrique Flores, comandante como yo en el ejército.

Flores se inclinó graciosamente y murmuró las palabras de cortesía sacramentales.

Despues Valle le presentó á su prima Isabel que se ruborizó notablemente al encontrarse frente á frente del hermoso oficial.

—Ahora, como compensacion, dijo la señora, por el gusto que nos ha dado vd. presentándonos á su amigo, le presentaré á mi vez á la mejor amiga de Isabel y una de las señoritas mas distinguidas de Guadalajara. Querida Clemencia, mi sobrino Valle y su amigo.

Los dos se inclinaron respetuosamente.

Valle sintió al encontrarse con la mirada de Clemencia, que se le oprimia el corazon. Evidentemente en los ojos negros y lánguidos de aquella hermosura terrible habia algo mas que el brillo y la languidez. Habia un agüero, quién sabe si feliz ó desgraciado; y sea que tengamos todos una sibila en el alma que nos hace presentir la influencia que ejercerá en nuestro destino la persona á quien vemos por primera vez, ó sea que Valle, poco acostumbrado á acercarse á las mujeres bellas, se encontrase turbado y confuso, el hecho es que se estremeció visiblemente y que tuvo una sensacion de miedo y de dolor.

—¿Se pone vd. malo, hijo mio? preguntó la señora con interes á su sobrino.

—No, tia, no tengo nada.

—Está vd. muy pálido.

—Fernando tiene una apariencia enfermiza, dijo Flores; pero con ese cuerpo delicado que vdes. ven, disfruta de una salud robusta. Fué herido hace po-

Digitized by Google

co; pero eso pasó ya, quizá le ponga de este modo la agitacion del momento, el clima nuevo para nosotros, ó mas bien la timidez de su carácter, porque Valle es tímido de una manera rara.

—¿Tímido? replicó la señora; pues será una excepcion de su familia. Su padre y primo mio y sus hermanos no pecan por encogimiento. Al contrario, son la personificacion de la alegría y la franqueza. ¿Y por qué razon, añadió preguntando á Valle, se ha dado la circunstancia de que cuando he estado en México y aun en Veracruz no he visto á vd. jamás en su casa? Siempre me decian que estaba vd. ausente.

—Señora, desde muy pequeño, contestó Valle, me alejé del lado de mi familia para estudiar; despues entré á servir en el ejército; apenas conozco á mis hermanos, y por muy poco tiempo he permanecido bajo el techo paterno.

—¡Qué triste es eso! Pero ni aun en las reuniones íntimas, en aquellas en que no hay costumbre de que falten los hijos, como por ejemplo, en los dias del papá ó de la mamá, he visto á vd. en su compañía. Y los otros hermanos habian venido unos desde Veracruz y otros desde el extranjero á ocupar su puesto en el banquete de la familia. Solo vd. faltaba siempre.

—Estaba yo enfermo unas veces, otras llegaba algunos dias despues por motivos independientes de mi voluntad; pero no habia otra causa .....

Esta conversacion hacia mal á Valle, y era perceptible que deseaba no se continuase. La señora lo comprendió así y se volvió para hablar con Flores.

El galante oficial, que primero habia observado rápidamente y á fuer de hombre conocedor á las dos bellas jóvenes, pasaba de una á otra alternativamente los ojos, como en un estudio comparativo, y habia acabado por comprender que las dos rivalizaban en hermosura y encantos.

La una era blanca y rubia, como una inglesa. La otra morena y pálida como una española. Los ojos azules de Isabel inspiraban una afeccion pura y tierna. Los ojos negros de Clemencia hacian estremecer de deleite.

La boca encarnada de la primera sonreía, con una sonrisa de ángel. La boca sensual de la segunda tenia la sonrisa de las huríes, sonrisa en que se adivinan el desmayo y la sed.

El cuello de alabastro de la rubia se inclinaba, como el de una vírgen orando. El cuello de la morena se erguia, como el de una reina.

Eran bellezas incomparables, y Flores sin decidirse por ninguna de ellas, hizo lo que en semejantes casos tenia de costumbre, se dejó arrastrar por la mano del destino. Dejó á la suerte la eleccion, y como se habia de empezar por algo, se acercó á Isabel y entabló con ella una de esas conversaciones frívolas de primera visita, sobre la poblacion, el clima, la catedral, las señoras, la casa y las flores, y todo lo que presta un elemento para formar diálogo. Isabel se sentia turbada y feliz, Enrique la encantaba; aquel carácter ligero, agradable, risueño, aquellas palabras llenas de chispa y de agudeza le parecian sonar por primera vez en sus oidos y tenian todos los encantos de la novedad.

Por otra parte, hemos dicho que Flores era hermoso é Isabel era de esas mujeres para quienes la forma es todo. Su pobre primo no podia sostener una comparacion física con el jóven y gallardo rubio.

Clemencia se parecia mucho en esto á su amiga. Adoraba la forma, creia que ella era la revelacion clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral, y en sus amigas y amigos examinaba primero el tipo y concedia despues el afecto.

Y esto no da derecho á suponer que las dos jóvenes careciesen de talento y de criterio, no: la naturaleza habia sido pródiga con ellas en dones físicos é intelectuales. Clemencia pasaba por tener una de las inteligencias mas elevadas del bello sexo de Guadalajara. Isabel era citada por su talento.

Ambas estaban dotadas del sentimiento mas exquisito. Eran mujeres de corazon.

Pero juzgaban, como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, y eso en virtud de su organizacion especial. Aman lo bello y lo buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad, solo las viejas escogen primero lo útil y lo anteponen á lo bello. Las jóvenes creen que en lo bello se encierra siempre lo bueno, y á fé que muchas veces tienen razon.

Así, pues, Clemencia, desde que llegaron los oficiales, por una inclinacion irresistible no cesó de dirigir frecuentes miradas para examinar á Flores que á su vez la hacia sentir el poder de sus ojos audaces é imperiosos.

El triste Valle continuó su conversacion con la tia y le habló de plantas y árboles frutales. Era algo botánico, y como estaba poco habituado á las conversaciones de sociedad, procuraba mezclar siempre sus pequeños conocimientos para no quedarse callado.

No por eso dejó de observar la impresion que su amigo habia causado en las dos hermosas muchachas, y mas de una vez se quedó distraido y contrariado.

¿Comenzaba á amar? Puede ser, y en ese caso, la pura, la virginal Isabel, la que inspiraba amores castos y buenos, debia ser el ídolo de su corazon. El necesitaba un ángel, y su prima era un ángel que encerraba en su alma todos los consuelos, todas las esperanzas que podian cambiar el aspecto de su vida solitaria y triste.

Pero la rubia sonreía á Flores de una manera insinuante, era una esclava que se rendia sin combatir á su futuro señor.

Un momento despues y con los cumplimientos de estilo, los jóvenes salieron de aquella casa, Valle taciturno, Flores alegre, decidor y risueño.

(Continuará.)

Digitized by Google

BABILONIA.

Magnífica hasta el cielo
Te alzabas imponente
Tú, gloria de los reinos,
Espléndida ciudad;
Delicia de Semíramis,
Orgullo de Nabuco,
De Oriente predilecta,
De Nínive rival.

El Eufrates bañaba
Tus mágicos pensiles,
Formando de tu suelo
Magnífico un edén;
De inpenetrables muros
Y fuertes defendida
Tranquila reposabas,
Confiando en tu poder.

Felice te adormias,
Gozando mil placeres
Rodeada por do quiera
De gloria y esplendor;
Altiva en tu grandeza
Al mundo contemplabas,
Rindiendo del destino
La furia y el rencor.

Mas ay! que llegó un dia
Tristísimo de duelo,
De lágrimas, de luto,
De horrible maldicion,
En que tu régia pompa,
Tu altivo poderío
Trocóse para siempre
En cruel desolacion.

Del hijo de Cambises
El indomable ejército,
Hasta tus fuertes muros
Resuelto penetró:
Holló tu vírgen suelo
Del invasor la planta,
Corrió la sangre á mares
Y tu poder cayó.

Soberbia ciudad de oro,
Orgullo de la tierra,
Cayó sobre tu suelo
De Dios la maldicion;
Las santas profecías
Tu ruina predijeron,
Y desde entonce, ay triste!
Tu ruina comenzó.

Tus torres y palacios
Cayeron á la tierra,
De Belo el templo hermoso
Que gloria tuya fué;
Tus altas atalayas,
Tus ídolos queridos,
¡Ay! todo por el suelo
Rodó con tu poder.

En vano el Macedonio
Tu antiguo poderío,
Tu pompa y tu grandeza
Te quiso devolver:
La muerte prematura
Del vencedor de Persia,
Altiva Babilonia,
Tu muerte fué tambien.

Pasaron ¡ay! los siglos,
Pasaron las edades,
Y nadie mas tu imperio
Osó restablecer;
Estaba decretado
Que ruina solo fueses:
Cumplióse la sentencia....
Y todo ruina fué!

Ahora ni vestigios
Existen de tu gloria,
Pues todos son escombros,
Silencio y soledad;
Ningun mortal habita
Tu desolado suelo,
A fieras y reptiles
Tan solo abrigo das.

Ni el hijo del desierto
En tí su tienda planta,
Pues huye amedrentado
De espanto y de pavor;
Desamparada y sola
Entre despojos yaces,
Y el mundo te contempla
Con triste compasion.

¡Hermosa ciudad de oro,
Orgullo de la tierra,
Cayó sobre tu suelo
De Dios la maldicion!
Trocóse tu grandeza
Y tu esplendor primero,
En soledad, escombros,
Silencio y destruccion.

RITA CETINA GUTIERREZ.

EL VELO DE ELISA.

SONETO.

De mi Elisa la faz resplandeciente
Cubre burlando mi amoroso anhelo,
Gasa importuna de color de duelo,
Bajando en ondas de su hermosa frente;

Mas brillar su belleza dulcemente
Yo contemplo al través del negro velo,
Como el hermoso sol se vé en el cielo
Al través de una nube trasparente.

Y así tambien, aunque fingiendo enojos,
Airada oculta de la vista mia
La dulce risa de sus labios rojos;

Aunque mi ardiente amor esquiva impía,
Cual de un velo al través mira en sus ojos
Brillar hermosa la esperanza mia.

JOSÉ ROSAS.

Digitized by Google

LA UNION EN EL SEPULCRO.

ENSAYO LITERARIO

Por María del Cármen Cortés.

(CONCLUYE.)

II

La tarde derramaba sus velos de trasparente gualda sobre las cumbres de Occidente; los últimos rayos del sol reflejaban sobre las flores de un pequeño jardin esmeradamente cultivado y rodeado de macetas, que contenian las mas exquisitas plantas. Una fuente en el centro, circuida de una arquería de bejuco, murmuraba suavemente; allí enlazábanse la campanilla con el jazmin blanco, la madreselva con la mosqueta y la palmilla con la rosa trepadora, formando en conjunto una pequeña gruta que tapizaba la violeta rellena y la esmaltada trinitaria.

Algunas jaulas de madera colgaban de la pared, y el canto del clarin de la selva resonaba armonioso. El zenzontle elevaba sus variados trinos; el turpial y la alondra mezclaban dulces acentos con los sentidos ayes de la tórtola enjaulada. El colibrí libaba el cáliz del mirto, y la pintada mariposa volaba fugaz de la rosa á la clavellina, de la lila al tulipan; y todas las flores exhalaban sus ricos perfumes.

Una jóven sentada en el ángulo de la puerta, distraida y melancólica, se ocupaba en formar un bouquet de violetas y pensamientos. Era Luisa. Sus hermosos ojos azules se fijaban á veces en el cielo, mirando el último rayo de luz que se extinguia. Era una criatura de diez y ocho años, esbelta y graciosa: su rostro tenia la palidez del nardo, sus labios el color del coral, y su boca el perfume de la rosa; sus rizos de oro caian en bello desórden por su cuello de cisne, mientras sus blancas manos se perdian entre la menuda yerba en que escogia los pensamientos y las violetas. Su vestido se componia de una sencilla bata de lino blanco, que recogia un cinturon azul celeste; oprimia su garganta una cinta del mismo color, cayendo por la espalda hasta la falda de su traje.

La jóven concluyó de formar su *bouquet*, y aspirando el dulce aroma que se desprendia de él, reclinó sobre una mano su poética cabeza; los vagos acentos que se oian en su torno, el perfume de las flores, el misterioso silencio que la rodeaba despertaban en su corazon sensible esos sentimientos puros á que el alma se entrega para vagar en alas de la imaginacion. ¡Melancólicos sueños llenos de dulzura y de santa poesía! Entonces el alma se eleva sobre lo material, remonta su vuelo á lo infinito, y duerme esos sueños de amor y de esperanza en éxtasis purísimos. Luisa tenia una alma ardiente; su volcánica imaginacion le presentaba ideas halagadoras y gozaba meditando.

Repentinamente se levantó, y atravesando un pequeño corredor adornado de flores y de jaulas de canarios, penetró en un saloncito decorado con gusto y sencillez. Púsose al piano y sus torneados dedos recorrieron con maestría las ebúrneas teclas, haciéndolas gemir armoniosamente, á la vez que su dulce acento resonó acorde en todo el ámbito. Era una patética melodía, uno de esos sueños divinos de Rossini que el ángel de la noche, sin duda, le inspiró mientras dormia; uno de esos arrullos que adormecen el corazon; una de esas emociones que pasan excitando todas las fibras de nuestra alma.

La de Luisa parecia exhalarse en aquellas notas: el piano era un eco fiel de sus sentimientos.

Una lágrima ardiente se deslizó por su pálida mejilla, brillante y pura, como en la púdica azucena la trémula gota de rocío.

Dos golpes resonaron en aquel instante en la vidriera de la calle. Luisa se estremeció: su corazon palpitaba con rapidez, y se encontró indecisa. Dejáronse oir nuevamente otros dos golpes, y entonces Luisa, como obedeciendo á una fuerza sobrenatural, se levantó, abrió su ventana y se encontró frente á frente de Alberto, que la contempló en silencio.

«El amor se siente y no se define,» ha dicho un autor. Pero la luna que reflejaba sus pálidos fulgores en el cristal de la ventana; el apacible murmurar del viento; el ambiente impregnado de las esencias de las flores, el silencio de la noche y el suspiro de Alberto, todo hablaba á Luisa de ese amor, de ese sentimiento que abrigaba el alma virginal de Luisa.

¡Cuán dulce, cuán consolador es para el corazon sensible el saber que es amado! ¡Cuán bella es la vida del alma, cuando esa antorcha divina la alumbra con su luz celestial!

Luisa no se habia equivocado: Alberto la amaba con esa ternura, con ese fuego con que es capaz de amar un hombre de corazon.

Excusado seria referir la conversacion de los dos amantes en aquella noche de felicidad, despues de tres años de ausencia.

Los tristes sufrimientos de ese tiempo habian desaparecido con solo una mirada: el alma de Luisa se habia reanimado. De la misma manera que la flor nace y crece mustia en lo umbrío de la enramada, sin aire y sin luz, así la naturaleza de su vida se habia ya marchitado bajo la presion de su destino; pero la mirada de Alberto fué para ella como el rayo de luz para la flor que muere; su voz fué el aura suave que la reanimó, y su amor el néctar puro que la vivificó. Sí: tambien Luisa amaba con la misma ternura; tambien ella experimentaba por Alberto esa ternura sublime que es emanacion de Dios.

Continuaron mirándose diariamente, y el sentimiento puro de sus almas, lejos de extinguirse, se aumentaba de dia en dia.

Pero ¡ah! los goces de la vida duran lo que los sueños que forja la imaginacion!

La felicidad es un transeunte alado que no se detiene jamas, y las perlas que se desprenden de su

Digitized by Google

manto se convierten en amargas lágrimas para los mortales.

Alberto y Luisa habian mirado la felicidad aparecer sonriente, habíales prodigado sus caricias, y aun se detenia cerniendo sus blancas alas para ser admirada. Pero ¡ay si tiende el raudo vuelo á la region etérea!

Pocos dias despues se separaron sus amantes corazones.

Negocios de suma importancia llevaron á Alberto á México, y la pobre Luisa volvió á sufrir los rigores de la ausencia; su alma lloró por sus amores viudos.

III

En Noviembre de 1866 se instaló en Jalapa la Asociacion de caridad de señoras, bajo el patrocinio de San Vicente de Paul. Fueron seis las fundadoras, pero tan luego como se despertó el celo caritativo del bello sexo, tan luego como resonó el llamamiento que se le hizo para el socorro de la humanidad doliente, llegaron como por encanto multitud de familias á las puertas del salon de sesiones, implorando el auxilio de la Sociedad. Desde entonces, la mayor parte de las señoras jalapeñas se unió para contribuir, ya con su propio trabajo, ya con recursos pecuniarios, al alivio del indigente. ¡Cuántas lágrimas se enjugaron y cuántos consuelos se prodigaron!

Muy dulce debe ser para una alma caritativa, guiada por un instinto santo, adelantarse con paso firme á descorrer el oscuro velo de la miseria, abrir de improviso la puerta del que sufre, y aparecer ante él como el ángel consolador! Entonces, alejándose las sombras del desamparo, repelidas por la luz vivificante de la caridad, imparte esta sus benéficos destellos, como el sol naciente con su hienhechora luz disipa las sombras de la noche.

Era el mes de Diciembre de 186..... La tarde estaba húmeda; espesa niebla se extendia por las colinas, envolviendo la ciudad con un velo ceniciento.

Las plantas y las flores hallábanse adormecidas, por decirlo así; las aves enmudecian, y las fuentes murmuraban con monótono sonido.

Una mujer enlutada recorria presurosa la llanura del Dique, cuya alfombra de verde césped estaba humedecida con la menuda é incesante lluvia que caia; y cubriendo su rostro con un abrigo, adelantábase hasta la encrucijada de una casita pintorescamente situada á la derecha del camino: llamó á la puerta varias veces sin que nadie respondiera. Entonces, empujándola suavemente, se abrió paso á un saloncito completamente desmantelado. Un lecho y una mesa de madera ordinaria eran todo el ajuar de aquella pieza.

En ese pobre lecho, cubierto con una sobrecama blanca, estremecíase de frio una mujer jóven y hermosa, en cuyo pálido semblante se marcaban las huellas del dolor; de sus grandes ojos azules, que á veces elevaba al cielo, desprendíanse gruesas lágrimas: su rizada cabellera caia en desórden sobre la única almohada en que reclinaba su lánguida cabeza, y sus labios balbuceaban una oracion.

La mujer enlutada contemplaba absorta el bello rostro de la jóven: largo rato permanecieron ambas en muda contemplacion; pero al fin, rompiendo el silencio, la visita misteriosa dijo á la jóven estrechando una de sus manos:

—Hija mia, ¿en qué puedo ser á vd. útil? ¿Qué debo hacer para aliviar sus dolores?

—¿Quién es vd., señora, que se digna venir á consolarme?

—Soy Carolina G.; pertenezco á una Asociacion de caridad, y habiendo tenido noticia de la situacion de vd., he venido, cumpliendo mi comision, á informarme de ella para dar cuenta á la Sociedad y aliviar su estado.

—¡Cuán buena es vd., señora! cuán compasiva y cariñosa! ¿Es posible, Dios mio, que halle en el mundo séres que se interesen por mí?

—Vamos, hija mia; cumplo con un grato deber al llenar esta mision; pero deseo saber la causa de su abandono, para impartirle los socorros que necesite y estén en nuestra mano. ¿Por qué se encuentra vd. sola?

—¡Ah! señora: ni por un momento quiero ocultar á vd. el orígen de mis infortunios, obligada como estoy por su solicitud. Mas como para ello tengo que referir á vd. una historia dolorosa, permítame vd. que evoque mis recuerdos.

Luisa, pues era ella, dejó caer la cabeza entre sus manos.

Reinó en seguida un profundo silencio, que Carolina no osó interrumpir. Luisa, la hermosa jóven de cabellos rubios, la habitante del hermoso verjel, que se deleitaba con las dulces armonías que arrancaba de su piano; Luisa, la amada de Alberto, hallábase en la miseria!

Sus pájaros, sus flores, la tierna madre á quien tanto amaba, todo habia desaparecido, y para siempre: ahora se encontraba trasportada á aquel lugar abandonado, como la flor marchita arrastrada muy lejos por los embates del aquilon.

—¡Ah, señora! No puede vd. figurarse lo que he sufrido desde la muerte de mi buena madre!—exclamó Luisa dando principio á su historia.—Huérfana de padre, desde muy niña, mi tierna madre se dedicó á mi educacion, y viviamos en esta ciudad cómodamente y bien relacionadas en la sociedad. Yo era feliz, señora, porque á mas del cariño santo de mi madre, hacíame dichosa el amor puro que profesaba á un jóven. Tenia yo catorce años cuando le ví la vez primera; poco despues declaróme su afecto, al que no pude ser indiferente, pues tambien le amaba. Alberto tuvo que partir de esta ciudad; pero los tres años que duró su ausencia, no bastaron para debilitar nuestro cariño. Cuando volvió pidió mi mano, y mi buena madre tuvo á bien aplazar mi

Digitized by Google

enlace para despues de un año, porque Alberto tenia que hacer un viaje á México. Desde entonces principiaron mis desdichas: mi madre enfermó de pulmonía, y quince dias despues espiraba en mis brazos. ¡Para qué pintar á vd. lo que sufrí con tan terrible cuanto irreparable pérdida!..... Un tio mio—continuó la jóven—llegó de México cuando estaba sumergida en el dolor, á realizar las fincas de su hermano, mi difunto padre, de quien era albacea, y de cuyas rentas subsistiamos; en seguida regresó á la capital, dejándome en situacion tan triste, que me obligó á vender mis muebles, mis alhajas, y hasta el piano que tanto amaba. Un dia me arrojaron de la casa que habitaba, por no tener con que pagar la renta, y la caridad de una señora pobre me proporcionó este asilo. Quise trabajar; mas mis fuerzas se habian agotado por el sufrimiento. No he sabido mas de Alberto desde su partida..... ¡Tal vez se haya olvidado de mí, ó acaso ha muerto!

—Se equivoca vd., Luisa—dijo Carolina—Alberto vive; mas hace seis meses que se halla en el lecho del dolor.

—¡Enfermo, Dios mio! enfermo!.....—repetia Luisa en el colmo de su dolor.

—Sí, Luisa, pero cálmese vd., es preciso implorar la gracia del Eterno para que nos envie sus auxilios.....

Carolina, enternecida, besó muchas veces la frente de Luisa, y se despidió ofreciéndola volver al dia siguiente.

IV

La noche estaba serena; el cielo puro y tachonado de estrellas; la luna recorria el firmamento, derramando su luz pálida y melancólica sobre la tierra; las flores abrian sus corolas llenas de aroma, cuyas delicadas emanaciones vagaban en alas de la brisa.

Los rayos de la luna, reflejando en la vidriera del balcon de una modesta casa, apenas podian traslucir sus ténues fulgores en una alcoba, compitiendo su luz con la de una lámpara que cubierta con un velador rosado, daba á la pieza una claridad misteriosa al par que triste.

Un jóven yacia postrado en el lecho del dolor, casi sin aliento: su pálida frente, sus descarnadas mejillas y su luenga barba, daban á su semblante una expresion cadavérica; solo sus ojos negros brillaban como el último destello de su alma, próxima á exhalarse.

Una anciana permanecia de pié, á su cabecera, estrechando contra su corazon una de las manos de Alberto, que era el enfermo; aquella anciana era su buena madre.

A una respetuosa distancia, un hombre de humilde clase contemplaba al paciente en muda actitud, aunque dos gruesas lágrimas que de sus ojos se desprendian, expresaban aun mas elocuentemente su dolor; era Juan, el sirviente de Alberto.

Misterioso silencio reinaba en aquel lugar; la muerte parecia cerner sus alas sobre el lecho del enfermo, que en aquellos instantes gozaba de un sueño tranquilo.

Su tierna madre habíale prodigado todos los auxilios, así fisicos como morales, que estaban á su alcance, y sin duda por esto era que esa virtuosa mujer, resignada, esperaba de pié el último suspiro de su hijo.

Era la media noche. La luna descendia al Occidente: blancas nubes bordaban la bóveda celeste, velando la tierra con su manto sombrío. Alberto despertó, y sus negros ojos se fijaron en la señora que le acompañaba.

Alberto habia sufrido siete meses una enfermedad cruel, terrible, cuyas complicaciones se aumentaban de dia en dia, sin que la ciencia hubiese llegado á descubrir la verdadera causa de su mal; mas á pesar de sus agudos sufrimientos fisicos, y de la terrible lucha moral que habia sostenido, su inteligencia estaba despejada; su corazon ardiente no se habia marchitado.

—Madre mia—dijo—¿aun estás aquí? Yo no quiero que sufras tanto: ¿no estoy mejor?

—Sí, hijo mio—dijo la madre suspirando—estás mejor; pero el único consuelo que tengo es estar á tu lado.

—Pronto estaré bueno; ya verás, madre mia: pronto recorreré los bellos alrededores de esta poética ciudad que me encanta. Veré á mi Luisa, que amo tanto, y de quien no he sabido desde mi enfermedad. ¿Qué será de ella? preguntó Alberto con voz débil.

—Te he dicho que desde hace ocho dias ha estado viniendo una señora anciana, de su parte, ha informarse de tu salud, y que manifiesta un vivo interes por saber de tí; ella está bien.

—¡Gracias, Dios mio, gracias!—murmuró Alberto.—Que sea ella dichosa..... ¿Estoy muy grave? —repuso despues de una ligera pausa. La madre nada respondió.

—¡Oh! sí, sí, bien lo comprendo; yo no quiero morir: aun soy jóven, y un lisonjero porvenir se presenta á mis ojos..... ¡Madre mia, yo no puedo abandonarte! Luisa..... Luisa: no puedo irme sin tí.

Tiernas lágrimas desprendiéronse de sus ojos; una convulsion horrible agitó sus miembros, y como si esta última conmocion agotara sus fuerzas, cayó casi inanimado sobre su almohada.

La señora, haciendo un esfuerzo supremo, tomó un crucifijo que colocó en la mano de Alberto, y que él estrechó con mano crispada contra su corazon.

—¡Valor, hijo mio!—decia la madre consternada hasta lo íntimo de su alma.—Dios te ayudará en el gran camino de la eternidad. El te espera en su seno. El te prepara el premio de tus buenas obras, y yo te bendigo, hijo virtuoso de mi alma!

—Adios, madre mia..... Adios..... Luisa—murmuró Alberto con voz apagada, como despidiéndose de los dos séres que mas amaba en el mundo.

Digitized by Google

Al pronunciar la última palabra, arrojó una bocanada de sangre, y quedó exánime en el lecho.

La vida de Alberto se habia extinguido, como el último rayo del sol que se pierde en el ocaso; con su último suspiro habia volado una alma virtuosa y tierna.

Juan, que hasta entonces habia permanecido en silenciosa actitud, se acercó al lecho, y besando la frente de Alberto con el cariño de un padre, lloró como un niño sobre el cadáver.

Pocas horas despues se hallaba este encerrado en una caja forrada de terciopelo negro, para ser conducido á su último asilo.

La muerte habia esparcido un negro velo á su rededor, y los numerosos amigos de Alberto rodeaban el féretro lamentando su pérdida.

En uno de los ángulos de la pieza mortuoria se hallaba sentada melancólicamente, pálida y llorosa como la imágen del dolor, la desconsolada madre de Alberto.

V

Era la hora del crepúsculo vespertino. Un fúnebre cortejo de mas de doscientas personas se internaba en la avenida que conduce al cementerio de la ciudad, siguiendo al féretro en que era llevado Alberto á su última morada.

Apenas hacia un año que un jóven alegre y lleno de vida penetraba en la hermosa Jalapa, admirando su vegetacion y aspirando su ambiente perfumado, y ahora buscaba un sepulcro entre sus flores, una sombra bajo el sauce y el aloé.

Los restos mortales de Alberto fueron depositados en un rico mausoleo: de uno y otro lado destacábanse tristes y majestuosos dos cipreses que le daban sombra, y una enredadera de madreselva extendia sus espesas ramas en rededor de aquel.

Al despedirse el cortejo, el cadáver de Alberto quedó abandonado entre los muertos; mas no solo; una mujer enlutada, cuyo trage revelaba la miseria, se adelantó con paso vacilante y pausado por la debilidad, hasta el mausoleo; prosternóse, y oró largo rato.

Las lágrimas se habian detenido en sus párpados, ni una sola se rodó por sus mejillas; mas su alma estaba henchida de dolor, su corazon estaba despedazado. ¡Hay dolores que en su intensidad los ahoga el sufrimiento!

Luisa, que habia continuado recibiendo los auxilios de la Asociacion de Caridad, no habia sufrido los rigores de la miseria; pero su alma habia perdido la energía, y se debilitaba como la hoja sin sávia, que gira, desprendida de su rama, á merced de los vientos.

Todos los dias y á cada instante enviaba á su anciana criada á informarse de Alberto, esperando su vuelta con ansiedad suma; la respuesta era la misma, y con ella Luisa perdia cada vez mas la esperanza al par que las fuerzas.

Hay golpes terribles que presiente el corazon.

Aquella mañana, cuando la mensajera se acercó para informar á la jóven del fatal suceso, no pudo hablar; y Luisa, comprendiéndolo todo, hizo un esfuerzo supremo, y como concentrando toda su energía, vistióse de luto, y partió en seguida al cementerio, donde la hallamos.

Comprendiendo que su debilidad no le permitiria llegar hasta aquel lugar, viése obligada á detenerse á cada instante para tomar aliento y no caer desfallecida de dolor y de fatiga.

Delante de ella habia pasado el fúnebre cortejo; á la vista de tan terrible perspectiva, habíase privado de conocimiento.

Repuesta de su primera emocion, y haciendo un esfuerzo sobrenatural, habia continuado su camino hasta llegar á arrodillarse ante la tumba de su amado, en cuya losa reclinó su frente.

¡Pobre Luisa! su corazon vertia las últimas gotas sangrientas de su dolor, y apuraba con la resignacion de una santa, el cáliz de amargura que el cielo la ofrecia para probar su virtud.

Débiles sollozos se escapaban á veces de su pecho, cual los tiernos lamentos que exhala la torcaz huérfana y viuda en el umbrío ramaje de la selva.

Al anunciar la oracion la campana de catedral, repercutiendo su ronca voz por entre la arboleda y los túmulos del cementerio, Luisa se agitó como el jazmin blanco al contacto de la lluvia; el sepulturero, que con su manojo de llaves en la mano se acercaba á ella, la contempló largo rato, y mirando que no se movia, levantó su cabeza, que cayó inanimada; tocó su frente, que estaba yerta y con la palidez de la azucena.

El sepulturero se estremeció, y partió al mismo instante á dar noticia de lo ocurrido á la autoridad respectiva.

La noticia de aquella muerte repentina, circulando por todas partes, llegó á oidos de la madre de Alberto.

La señora comprendió que Luisa habia sucumbido á su dolor, y quiso que los restos de ambos jóvenes amantes reposaran en una misma tumba.

Poco tiempo despues, una mata de violeta elevaba sus tallos en rededor de aquella tumba, y la madreselva y la violeta uníanse en fraternal abrazo, como sin duda lo estarian las almas de Alberto y Luisa allá en el cielo.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El Otoño en México.—Todos Santos.—El dia de muertos.—Los cementerios de México.—Los Angeles.—Santa Paula.—San Fernando.—El campo Florido.—El cementerio de los franceses en la Piedad.—El cementerio de los protestantes en San Cosme.—El zócalo.

México, Noviembre 6 de 1869.

Pocas veces hemos tenido en México un otoño tan triste como el de este año. Las lluvias han seguido mas abundantes todavía en el mes de Octubre que en los anteriores de la estacion de aguas; las noches han sido mas lóbregas, las tardes mas húmedas, las mañanas mas nebulosas.

Brumas y aguaceros, hé aquí lo que nos trajo el otoño en sus primeros dias, y apenas hay gente que no se haya fastidiado con la obstinacion del mal tiempo. Decididamente ha habido alguna irregularidad allá arriba.

Pero nada hay mas bello que el otoño en este valle en que la madre naturaleza ha derramado cariñosa todos sus dones. Si alguna vez, acometidos de un sentimentalismo impertinente, nos ha causado tedio la entrada de la estacion, esto debe atribuirse á motivos extraordinarios que nos afectaban muy particularmente en aquellos tiempos; pero el otoño no puede producir, en todo caso, mas que una melancolía dulce y serena.

Es la melancolía de la meditacion, porque entonces todo convida á meditar. Es la época de las magníficas puestas del sol, en que parece que el ocaso se incendia, y el cielo cubre su techo azul con una espléndida cortina de topacio. Es la época en que los árboles van despojándose de sus mantos de verdura y coronando su añosa cabeza con una capucha de frondas amarillentas que brillan á los rayos del sol como lentejuelas de oro.

El viento tibio y manso viene á mecerlos de tiempo en tiempo, y á su impulso, las hojas sin savia se desprenden y ruedan tristemente en medio de los bosques y alfombran el suelo, para que el invierno tienda despues sobre ellas su regio manto de nieve.

En los collados y en las llanuras, las galas de la primavera han desaparecido, y en su lugar se ostentan humildes los pálidos encantos de la flora otoñal, como aparecen efímeros los colores en el rostro de una vírgen moribunda. Es la última coquetería de la naturaleza.

Las golondrinas, mensajeras de los dias ardientes y de las brisas balsámicas, compañeras de las nubes fecundas, y precursoras de la vida vegetal, sienten en el fondo de su nido el perfume de las plantas caducas, sacuden sus alas á los primeros rayos del sol de otoño, contemplan el aspecto de la naturaleza fatigada y próxima á reposar en la tumba del invierno, y dando ejemplo á sus hijuelos, se alejan en busca de otro cielo, de otro aire y de otra luz.

Con las golondrinas se van los últimos recuerdos de la primavera y del estío.

El otoño tiene, sin embargo, en su carácter especial, tantos atractivos como la jóven primavera y como el ardiente estío. Tiene la serenidad y la melancolía, y como el alma, siente desde luego la influencia que la naturaleza ejerce en todos los séres; en el otoño, no es el sentimiento del deseo y del placer el que se apodera de nosotros, sino el de una languidez grata, que comienza por ablandar el ánimo y acaba por hacerle pensar y meditar.

Es vulgarísima la observacion de que al ver los árboles despojados, las hojas marchitas que ruedan en el suelo, la pradera desnuda y el cielo sin una nube de oro y de grana, se piensa luego en las ilusiones perdidas, en las esperanzas que han muerto, en el año que pasa, en la juventud que se va. Pero semejante observacion es exacta, y por mas que se haya repetido en todas las lenguas del mundo, no puede cambiarse, como no puede cambiarse la impresion que se siente al ver el cielo azul y limpio, al divisar un campo hermoso, al contemplar el mar. Es la naturaleza la que nos habla, en todas estas ocasiones, su santo y eterno lenguaje.

Así, pues, ya sea que se pierda uno en los pardos senderos del bosque, en una tarde de Noviembre, al tiempo que el sol se pone y cuando las brisas juegan con las hojas secas, y cuando se escuchan en la soledad esos vagos y misteriosos rumores que parecen los suspiros de la naturaleza cansada; ya sea que se siente uno en las riberas de un lago, cuya quieta superficie apenas rizan los vientos del otoño; ya sea que se contemple el valle, en cuyos campos ondulan las mieses maduras; ó ya, en fin, se vuelva la vista hácia la ciudad populosa y turbulenta en donde, en el otoño, tambien la muerte hace caer del árbol de la humanidad mayor número de hojas marchitas; el alma se encierra en una especie de recogimiento religioso, y se levanta en ella algo como una voz que repite sin cesar el solemne *memento homo;* pero no como una lúgubre amenaza, sino mas bien como un recuerdo consolador que viene á decirnos: «Resignaos, humanos, á las leyes de la naturaleza; teneis que observarlas, porque ellas alcanzan á todos los séres creados: vuestra vida tiene que seguir el curso de las estaciones; y felices si lograis envolveros en el sudario de ese invierno que se llama el sepulcro, despues de haber dejado en las eras de la humanidad el útil producto de vuestro año de trabajo. Felices si lograis decir, como el árbol, como el campo, como la flor, como la nube: He contribuido con mi óbolo á la obra divina de la reproduccion universal.»

Y luego las hojas sin savia se despiden del árbol sin mas objeto que el de abonar la tierra—servicio póstumo que prestan á la vida de lo que vegeta, y en el cual coinciden con los hombres que descienden al sepulcro.

Pero la hoja desempeñó un papel mas importante, cuando viva, en la historia de la vegetacion: como el hombre, con su destino superior ha pensado, y su pensamiento ha contribuido á la marcha de la hu-

Digitized by Google

manidad. ¡El encadenamiento de los séres! ¡La ley eterna ejerciendo su dominio sobre todo lo que existe!

Y como si el cristianismo hubiese querido asociar á la contemplacion de los despojos vegetales la de los despojos humanos, escogió con acierto esta época del año para celebrar la fiesta de los muertos, para ir á pensar sobre lo fugaz de la vida, en esos bosques mas terribles y mas imponentes que se llaman:—los cementerios.

Como la *conmemoracion de los difuntos* está unida á la fiesta de Todos Santos, diremos dos palabras sobre esta. Sabido es que el celo fanático de los primeros emperadores convertidos al cristianismo que mas que el furor de los bárbaros del Norte, fué causa de que se destruyesen los mas soberbios monumentos de la magnificencia pagana, perdonó el *Panteon* que Agripa hizo edificar en honor de Augusto despues de la batalla de *Actium*. En él se tributaba adoracion á todos los dioses antiguos, de modo que aquel templo llegó á ser el mas perfecto ideal del politeismo romano.

El Papa Bonifacio IV convirtió en iglesia cristiana el edificio, é hizo trasladar á él los huesos de los mártires cristianos que yacian sepultados en las catacumbas. Con este motivo se estableció desde entonces una especie de culto á todos aquellos mártires desconocidos; pero mas de un siglo despues fué cuando Gregorio III instituyó en Roma la fiesta, y por último, Gregorio IV la hizo extensiva á la iglesia católica en 837. Luis, llamado el *Débonaire*, rey de Francia, fijó la celebracion para el 1º de Noviembre, y todas las iglesias de Occidente se conformaron en esto con las de Francia.

Así, pues, la fiesta de Todos Santos es una de las mas antiguas en la iglesia católica.

En México ha sido particularmente celebrada, y poseyendo como poseian las iglesias numerosas reliquias, la multitud se ocupaba en visitarlas, la tarde del 1º de Noviembre. Muchas de estas reliquias pertenecian á las extinguidas comunidades religiosas, y costaron, segun sabemos, considerables sumas que fueron remitidas á Roma. Hoy algunas de ellas se trasladaron á los templos que aun existen.

La fiesta de los muertos fué establecida en 998 por Odilon, abad de Cluny, quien la prescribió para los monasterios de su órden, no habiéndose hecho extensiva á toda la cristiandad sino mas tarde.

La fiesta de los muertos conmueve á todas las almas, cualesquiera que sean sus ereencias religiosas, porque de todos modos, aunque no se crea en la eficacia del sufragio de los vivos y se niegue el Purgatorio, ella trae á la memoria el recuerdo de los séres queridos que no existen.

Verdad es que para aquellos que saben amar, no es necesario que venga el dia 2 de Noviembre con u fúnebre clamoreo de campanas y con su ropaje de duelo para que piensen en los que han muerto; pero tambien es cierto, que siendo tan tierna memoria la constante preocupacion del dia, hay mayor fijeza en el recuerdo.

Para los que no profesan el culto del sentimiento, la *fiesta de los muertos* es como cualquiera *fiesta de los vivos*, un motivo de lucimiento y de distraccion, y en esta parte nuestra querida México no se distingue de Paris, ni de Madrid, ni de ninguna parte.

La visita á los cementerios es un paseo.

El trage negro es el objeto de los afanes femeniles. El tocado, los adornos de luto, preocupan la mente de las *lionas* un poco mas que la memoria de los difuntos. Es preciso ir á rezar en la tumba del padre, de la madre ó del amigo; pero es mas preciso que nadie pueda poner tacha en la elegancia de las telas y del corte, ni en la gracia del peinado y de las joyas.

Nosotros oimos en una casa, una conversacion por este estilo.

—Tio, dijo una hermosa rubia, vestida con la mayor elegancia, dirigiéndose á un anciano respetable y severo; voy con mis hermanos á llorar á la tumba de papá.

—Este dia, hija mia, le respondió el tio frunciendo las cejas, no se ha hecho para llorar, sino para pasear y divertirse. Guarda tus lágrimas para el resto del año. Delante de la gente no se llora, no se puede llorar, ó si se hace es hipócritamente; el verdadero dolor busca la soledad; y tiempo has tenido para ir á tributar á la memoria de tu padre ese justo homenaje. Si le recuerdas hoy, enciérrate y llora.

La niña se puso triste: queria, con el pretexto de la tumba, pasear como todos.

Verdaderamente la fiesta de los muertos, que no tiene de lúgubre mas que el color negro de los vestidos y el tañido fastidioso de las campanas, es una de las grandes mentiras de la hipocresía social. Es una comedia de plañideras antiguas, que no consolaria á los que han muerto si se levantaran de sus tumbas, que no causa ilusion á los que se han de morir.

Haciendo estas frias reflexiones, nos dirigimos á visitar los cementerios de México. Los abiertos hoy para el público son el de Santa Paula, el de los Angeles, el de San Fernando y del Campo-Florido, para los nacionales, el de la Piedad para los franceses, y el de San Cosme para los protestantes de diversas sectas.

El de Santa Paula es el cementerio del pueblo, pero es espantoso por su incuria y su tristeza. Las paredes están ennegrecidas y llenas de grietas, el pavimento de los corredores cenagoso é inundado, en el ancho espacio que ocupan los sepulcros de los pobres, no hay sino algunos árboles tísicos y descuidados, muy pocas flores, cruces que se desbaratan, sepulturas que se entreabren..... el horror!

Y sobre todo, ¡qué epitafios! qué necedades! Es para faltar al respeto á las cenizas allí encerradas! ¡Qué no haya una inspeccion para esas inscripcio-

Digitized by Google

nes mortuorias, que ponen en ridículo nuestra cultura y nuestro buen sentido!

El cementerio de los Angeles es severo, pero con una severidad desagradable. Las horrorosas paredes llenas de nichos, tambien sucias y viejas. La costra de cal y de pintura se cae á pedazos. En medio hay una enorme cruz sobre un pedestal, sin el menor gusto. Bien podia quitarse esa gran cruz, tan fea y tan lúgubre, y sustituirla con otra mas pequeña, sobre una colinita sembrada de flores.

En las cornisas de los corredores se cuelgan yerbas amarillas y secas, y las urnas funerarias que á guisa de almenas coronan aquellas cornisas, tambien contienen cada una ramilletes de *zacate tostado*. ¿No habrá por ahí un sacristan que, sacudiendo un poco la natural indolencia que caracteriza á estos parásitos del altar, siembre en tales urnas un puñado de semillas de flores? ¿Por qué no se ha de embellecer la morada de los muertos? ¿Por qué no se ha de procurar cubrir el espantoso aspecto del sepulcro con las galas de la naturaleza? ¿Por qué estas tradiciones de incuria, de desaseo y de mal gusto que nos dejó el tiempo colonial, no han de ir desapareciendo poco á poco?

En los Angeles hay algunos monumentos dignos de atencion. El primero de ellos, en nuestro concepto, por su elegante sencillez, por su majestad clásica y por el sentimiento que ha determinado su construccion, es un túmulo de piedra gris y mármol blanco que aparece rodeado de algunas teas de bronce invertidas, unidas entre sí por cadenas de hierro. Sobre el sarcófago hay una hermosísima estatua de mármol color de perla, representando á una niña en actitud de orar, elevando los ojos al cielo y enclavijando las manos, con las señales del dolor y de la piedad. Es una estatua de la *Plegaria*, y tan preciosa, que ninguno de los cementerios de México muestra otra igual.

En uno de los lados de ese monumento hay solamente dos lápidas de mármol blanco que no tienen mas que iniciales realzadas. Una de estas lápidas tiene las siguientes: *L. R., 4 de Julio de 1858.*

¡Ay! esa tumba encierra los restos venerables y queridos, muy queridos para nosotros, de un hombre ilustre por su honradez, su talento y su caridad—del hombre á quien debemos inmensos beneficios, y á cuya recuerdo nuestra pluma calla de dolor como nuestra alma.

¡El Sr. D. Luis Rovalo!

Honra de los españoles en México, protector de la juventud, ese hombre pertenecia á la familia harto escasa hoy de los Lorenzana, y de los Chavarría. El dinero en sus manos fué un elemento de beneficencia. Los ricos como él son una imágen de la Providencia, y Dios cuida de llevarlos á su seno porque no son sino sus ministros en la tierra.

Aquel sepulcro es un altar para nosotros.

Apenas tuvimos calma despues de contemplarlo, para dirigir una mirada al pequeño templo de mármol blanco elevado á la Sra. Echeverría, que se hizo en Paris, y que se está viniendo abajo á gran priesa.

Nos fijamos de paso en un humilde sepulcro con cubierta de madera barnizada, medio oculto en un rincon y donde está sepultado un rico, que segun parece se halla casi olvidado por sus hijos. Ellos viven en México y el sepulcro no tenia flores, ni velas, ni coronas. No creemos que sea esto por filosofía, como podria decirse.

En uno de los vidrios vimos el retrato de un jóven y gallardo oficial, rodeado de coronas de siempreviva y ramilletes de violetas. Era el retrato del jóven Bucheli, muerto el año pasado. Al pié de él oraba una jóven vestida de luto, y en cuya fisonomía interesante se notaba la mas profunda afliccion.

De otro de los nichos, colocado á la mayor altura y perteneciente á un personaje aristocrático muerto en el extranjero, bajaban dos listones negros cuyos extremos se enlazaban á dos enormes cirios puestos en el suelo. Estos listones no tenian mas objeto que el de indicar al público que los cirios aquellos pertenecian al sepulcro de arriba y no á ninguno de los mas humildes de abajo. ¡Qué vanidad y qué mal gusto! ¿Por qué los ricos traen hasta la tumba de los suyos estas pretensiones mezquinas de su posicion?

Salimos de los Angeles.

En San Fernando está el cementerio elegante, el cementerio de moda, el cementerio adonde todo el mundo quiere sepultar á sus deudos, como si fuera *ser menos* enterrarse en otra parte.

Y por tal motivo se ha logrado hacer de San Fernando, que está situado en un barrio populoso de la ciudad, un pozo de infeccion cuyas trascendencias llegará la vez en que sean fatales á México.

En San Fernando solo hay mayor lujo que en los otros mexicanos; pero es igual el sistema de *gavetas*, igual la aridez, igual el mal gusto, el mismo aspecto lúgubre y feo que el clero de México daba á todos los panteones que estaban á su cargo, y que eran una imitacion servil de las catacumbas romanas.

¡Catacumbas al aire libre!

No se consultaban para establecer los cementerios la higiene, ni el ejemplo de los pueblos mas civilizados. Se violaban todas las leyes de policía, que han reprobado universalmente la costumbre de sepultar los cadáveres dentro de las poblaciones. Desde el precepto *nec in urbe sepelito* de las XII Tablas hasta los bandos de nuestro tiempo, todos han prohibido esto y con razon. Pero sabido es que hace algunos años, antes de la Reforma, los frailes, las monjas y las personas de distincion se enterraban en las iglesias, al pié de los altares, ó en panteones que estaban adheridos á cada convento. Y los sacristanes, gente por lo regular holgazana y sin principios de moral, hacian, como con todas las cosas de iglesia, un comercio infame, enterrando ocultamente los cadáveres de niños debajo del piso de los templos, mediante alguna cantidad de dinero.

Digitized by Google

A estos entierros que todavía están en uso, contra toda ley, y de que hay ejemplos diarios que recomendamos á la policía, se llama en México *entierros de capote*.

Así, pues, nada extraño es que la poblacion de México haya sido tan malsana, cuando á sus otras condiciones de insalubridad agregaba la de encerrar en su seno tan espantosos depósitos.

Despues, cuando se han echado abajo los conventos, cuando se ha edificado sobre las iglesias, y se han quitado los pavimentos, se ha descubierto, con horror, que el concurso de fieles que asistia á los templos, es decir, *todo México*, dia por dia iba á sentarse y arrodillarse sobre una capa de podredumbre y de gusanos. Habia, por millares, cadáveres enterrados furtivamente.

Y todavía los templos que existen no pueden lisonjearse de hallarse mas limpios, si se exceptúan el de la catedral y algun otro. De modo que puede decirse, que allí donde se recibe la salud del alma, se recibe tambien el tifo.

Volvamos á San Fernando.

Supongamos que un dia de tantos, hay un temblor y las paredes que contienen los nichos se caen. Calcúlese qué cascada de cadáveres caerá sobre aquel barrio infeliz, ¡y qué trabajo no costará remediar ese mal!

Supongamos que las paredes no se caen, sino que se cuartean. Pues bien: por cada grieta de las que se abran, saldrá una emanacion mortífera que no será bastante á neutralizar todo el jardincito de la plazuela, ni aun la arboleda del Tívoli del Eliseo.

Supongamos que México, que cada dia va poblándose por su parte occidental, llega á dejar en su centro, como sucederá, á San Fernando..... Tendremos en el corazon de una ciudad culta un *Montfaucon*, un volcan de peste, el ángel exterminador, como una amenaza perpetua. Creemos que es ya tiempo por lo menos de cerrar el panteon de San Fernando, y de establecer otro panteon municipal muy lejos de México, como el de los franceses, y plantar, como se pensaba en Paris hace algunos años, *bosques sagrados* donde cada uno plante sus árboles junto á las tumbas de sus muertos.

Este es un pensamiento que debia preocupar á nuestros ediles, de preferencia.

Por lo demás, en San Fernando se hallan sepultados los personajes mas notables en la política y en la fortuna. Un *cicerone* que tuviese que enseñar á un extranjero esos sepulcros, necesitaria referir la historia de nuestras últimas guerras, casi entera. Allí, en esos mármoles, hay páginas blancas y negras, glorias ó crímenes, cráneos que encerraron grandes y fecundos pensamientes, ó de los cuales salieron males para la patria. ¡Paz á los muertos, pero justicia á la virtud y á la maldad! Respétense las tumbas por los débiles mortales, pero que la historia escriba con su buril de fuego su implacable sentencia sobre cada lápida. El sudario del olvido solo cubre los sepulcros de los pequeños y de los oscuros.

Apenas se atraviesa la puerta del cementerio cuando se descubre el poético sepulcro de la señorita Escalante, la desposada *herida por la muerte al pié del altar*, y llorada tanto tiempo y con tanta fidelidad por Lafragua. Todo el mundo conoce la pirámide despedazada, el sauce lloron plantado allí por el amante afligido, y el famoso dístico, uno de los mejores que se conocen.

Más al fondo, dos elegantes monumentos de mármol blanco: el uno tiene en su remate un hermoso busto, y en el sarcófago solo una fecha: ¡5 DE MAYO!

¿Hay necesidad de decir mas?.

La patria ha decorado este monumento con sus águilas soberbias, sus cañones y sus laureles; los colores nacionales ondean allí enlazados á las guirnaldas, el cielo azul de México sonríe sobre él, y el pueblo riega con lágrimas de orgullo y de entusiasmo la tierra en que reposa.

El sepulcro es modesto, pero la gloria aumenta sus proporciones. Hay algo como el genio ceñúdo del despotismo, que cree uno ver humillado al pié del monumento del soldado de la República.

Al lado opuesto se halla el otro sepulcro, Este sí tiene un nombre: «*Ignacio Comonfort*», la fecha en que fué sacrificado, y su busto en bajo-rèlieve. Las hijas del infortunado caudillo de Ayutla han hecho trasladar sus cenizas á México, y las han depositado en esta tumba que su piedad filial ha embellecido.

En medio de estos dos hay otro sepulcro de piedra oscura, sencillo, cuadrado, como una arca enorme. Es el del general imperialista D. Tomás Mejía, uno de los tres ajusticiados del *Cerro de las Campanas*.

Mas allá pueden contemplarse los nichos que encierran los restos de los generales republicanos Arteaga y Salazar, fusilados en Uruapam por el imperio.

En una especie de arco abierto en una de las paredes, las inscripciones dicen que allí reposan las cenizas de D. Miguel Lerdo de Tejada, el autor de la Reforma, de D. Melchor Ocampo y D. Santos Degollado, dos patriarcas de la libertad mexicana sacrificados en 1861, y de D. Tomás O'Horan, general imperialista, juzgado y ejecutado en 1867.

Por ahí está tambien el nicho que contiene el cadáver del jóven general republicano Leandro Valle, sacrificado tambien en 1861 como Ocampo y Degollado, y por las mismas manos.

En otro patio hay otro sepulcro sencillo y cuadrado, de piedra color de rosa, rodeado de una verja de hierro, y que no tiene en una de sus caras mas que dos M M de bronce. Es la tumba del general imperialista Miramon, compañero de Mejía y de Maximiliano en la causa y en la muerte.

Este monumento estaba adornado el 2 de Noviembre con algunas coronas y ramilletes; y en una cruz que estaba encima, notamos que habia dos cin-

Digitized by Google

tas con inscripciones impresas. La una de ellas decia: *Ante esta tumba cesan los odios.* ¿Para qué poner estas palabras que no eran necesarias, ni tenian objeto? ¿Acaso nosotros no sabemos, que sobre este sepulcro, *la Piedad ha extendido sus alas benéficas, y que los nobles corazones no hacen la guerra á los muertos*, como dijo Byron?

La otra inscripcion decia: «*México, llama á tus hijos ausentes, llámalos.*»

¿Queria decir esta inscripcion que se concediese una amnistía completa?

¿Por qué los deudos del general Miramon se empeñan, no en orar por su alma, el dia 2 de Noviembre, sino en pretender que el que reposa en el silencio de la tumba, tome parte en las agitaciones de la vida política? Ya en los dos años que han trascurrido despues de su muerte, hemos notado sobre la tumba del infortunado jóven estas manifestaciones de sus parientes.

Nos parece esto una profanacion, y aunque se diga que semejantes palabras de concordia se suponen bien en los labios de un muerto, creemos que en tal suposicion hay algo de teatral, y que debe dejarse á la poesía; pero que nunca está bien en presencia de la triste realidad de la muerte.

Hay en San Fernando varios monumentos notables por su arquitectura y su buen gusto; pero en cambio, ¡cuántos epitafios macarrónicos! ¡cuántas alabanzas que recuerdan los epitafios portugueses! ¡qué de panegíricos impertinentes, y que solo un dolor vanidoso é indiscreto pudo haber inspirado! No parece sino que los muertos se han enterrado allí para lucirse y no para convertirse en polvo!

Al ver muchos de ellos, recordamos aquellos versos que el poeta inglés escribió sobre la tumba de un perro de Terranova, hablando de los elogios que se tributan al rico ó al poderoso.

..... upon the tomb is seen,
Not what he was, but what he should have been.

..... se ve sobre la tumba no lo que él fué, sino lo que debió haber sido.

¡Qué manía tan fastidiosa la de cargar de inscripciones las losas mortuorias! Solo sirven ciertos epitafios para dar á los visitadores la mas triste idea del talento de los deudos que los ponen, al mismo tiempo que para hacer sonreir á los menos respetuosos que son en mayor número.

—*¡Generoso!* semejante usurero que me chupó la sangre! dice uno viendo la inscripcion pomposa de un viejo rico que prestaba al diez por ciento mensual.

—*¿Fiel esposa*, esa? ¡Y aun se cuentan las anécdotas galantes con que embelleció su vida!

—*¡Buen padre*, y lo primero que enseñó á su hijo fué á echar albures!

—*¡Modelo de amigos!* ¡Ya lo creo, como que denunciaba á la policía todo lo que escuchaba en las casas de los que le llamaban hermano!

—*¡Soldado valiente!*..... corrió toda su vida!

—*¿Que voló al seno de Dios* ese pícaro? Si hay infierno, en él debe estar, de seguro.

—*Su inconsolable esposa le consagra este monumento*, y á los tres meses.....

Tales son los comentarios que se escuchan el dia 2 de Noviembre, no hay que hacerse ilusiones; al maledicencia y á veces la justicia implacable de los que sobreviven, llevan á los cementerios su cruel sarcasmo y su látigo terrible.

¿Por qué no se suprimen los epitafios, estúpida herencia de la ignorancia antigua? Basta el nombre para señalar á los dolientes el lugar en que descansa en paz un ser querido. A los demas nada les importa, ni se va á tomar lecciones de virtud á los cementerios.

En otros nichos suelen ponerse retratos al óleo, representando á una jóven con toda la pompa de sus encantos y de su belleza, con magnífico trage y ricas joyas y todos aquellos arreos que la hicieron brillar en el mundo. Esto es para decir:

—¡Qué linda era la que está aquí enterrada! y con qué gusto se vestia y cuánta riqueza llevaba en el cuerpo!

Entonces se nos venia á la memoria el verso de Beattie, otro poeta inglés:

Ah fool to exult in a glory so vain!

Si se hubiera abierto aquel nicho y se nos hubiese descubierto aquella cabeza, tan encantadora en el retrato, habriamos tenido que exclamar: *¡pah!* como Hamlet, apartando la vista con repugnancia.

La manía de los retratos es peor que la de las inscripciones: ¡una vanidad ridícula!

Por fin, echando una última mirada á todos aquellos sepulcros de magnates, de guerreros, de millonarios, de mujeres hermosas, de viejas opulentas, de magistrados y de nobles..... no pudimos menos de detenernos junto á la reja de la puerta para murmurar en voz baja..... otro verso de Gray, un tercer poeta inglés, en la famosa elegía *En un cementerio de aldea.*

The boast of heraldry, the pomp of power,
And all that beauty, all that vealth, e'er gave,
Await alike th'inevitable hour,
Thepaths of glory lead but to the grave.

La ostentacion de los blasones, la pompa del poder y todo lo que la belleza y la riqueza dieron jamas, aguardan igualmente la hora inevitable: los caminos de la gloria no conducen sino á la tumba. Lo cual es una verdad un poco pero-grullana; pero que siempre se repite uno para consolarse estóicamente en su oscuridad y en su pobreza.

Y haciendo semejantes reflexiones y todavía recordando versos ingleses, pues ese dia no sabiamos por qué razon se nos venia á la memoria toda la poca poesía inglesa que conocemos, nos dirigimos al cementerio del Campo-Florido, que es el reverso de San Fernando, es decir, descendimos desde las alturas del lujo hasta los abismos de la miseria.

Digitized by Google

El Campo-Florido es un potrero horripilante; pudiendo ser un bosque muy salubre y muy hermoso.

Despues, por una calzada bellísima de grandes árboles (la calzada de la Piedad), nos dirigimos al Cementerio de los Franceses.

La mañana del 2 de Noviembre estaba hermosísima; verdaderamente era el primer dia de buen tiempo que disfrutábamos. Por la irregularidad atmosférica que ha habido en este año, sucedió que los chubascos y las noches húmedas y oscuras se sucedieran sin interrupcion en todo el mes de Octubre y hasta la noche del 1º de Noviembre. Pero el dia 2, por una transicion súbita y fuerte, el mal tiempo cesó y la mañana apareció radiante, el cielo limpio y sereno, y un vientecillo fresco, como el del invierno, vino á agitar la copa de los árboles.

Era la belleza del otoño con el cielo y el aire de invierno.

Llegamos al cementerio frances, despues de haber encontrado numerosos carruajes que volvian de la fúnebre ceremonia, que, segun noticias, estuvo solemne y patética.

Este cementerio tiene un aspecto diferente. Aquí la muerte no se presenta á los ojos con esa horrible faz que tiene en los cementerios mexicanos. Aquí desde la puerta se encuentra uno flores, verdura, aire puro. El cementerio es amplio y está sembrado todo él de árboles que nada tienen de lúgubre. Aquí no hay pestilentes gavetas, sino que los cadáveres están sepultados en el suelo y cubiertos por una espesa alfombra de musgo y de flores de mil especies. Sobre monumentos sencillos de piedra gris ó blanca, pero artísticamente labrados y construidos, no halla uno mas que los nombres y la fecha del fallecimiento, como debe ser.

Pero por las columnitas ó las pirámides trepan formando vistosas y agradables cortinas las parietarias, y una hilera espesa de coposos y frescos *tröenos* forman un fondo oscuro, del que se destacan las tumbas, que podrian llamarse risueñas.

Sí, allí la muerte sonríe; y ¿por qué no se ha de procurar embellecer el semblante torvo de la muerte? ¿por qué, á ejemplo de los griegos, no se ha de poner la idea de lo bello sobre la idea de lo espantoso? Llamemos tambien *Caron* al barquero del *Infierno*, y *Euménides* á las Furias. Cubramos los huesos de nuestros deudos con violetas, rosas blancas y nardos, y mezclemos nuestras lágrimas al aroma que vierten las flores sobre la losa de los sepulcros. Que el incienso de la vida se tribute en las aras de la muerte, y que el amor embellezca los caminos de la esperanza. En un panteon como los otros se piensa en la destruccion perpetua y en los tormentos del infierno. En un panteon como este se cree en la reproduccion de lo que muere, se piensa en la inmortalidad del alma con alegría.

Hasta se consuelan los deudos que lloran la pérdida de un ser adorado, pensando que en la fragancia de la flor que ha nacido al borde de su tumba, aspiran como un soplo de aquella vida que les hace falta, de aquella alma que los amó: así como en el dulce murmullo de la brisa errante entre los árboles que cubren con su sombra el lugar sagrado, ó en el imperceptible de la pequeña planta que crece, parécenos escuchar un suspiro de aquel pecho amado, ó una palabra de consuelo de aquellos labios acostumbrados á repetir que nos amaban!

Hay todas estas santas supersticiones en derredor de la tumba y quizás, no supersticiones, ¡qué sabemos!..... ¿creeis en el *alma de las cosas?* ¿os atreveis á negarla? ¿osareis burlaros de esos misterios de lo invisible y de lo desconocido?

Como quiera que sea, es preciso cubrir con una capa de vegetacion las mansiones de la muerte. Es preciso hacer de la tumba una fuente de nueva vida, una cuna de hermosos séres á quienes amar.

¡Nacen entre los cráneos tantas rosas
Con el rico perfume de la vida!

Es preciso bordar nuestra vía-Apia con monumentos que nos recuerden que tenemos que encumbrar los caminos de la gloria y aguardar entre flores, no el amenazador *Dies iræ*, sino los himnos de la esperanza y las promesas de la recompensa divina. En el cementerio frances casi todos los sepulcros son hermosos y gratos á la vista. Hay uno grande que sobresale entre las plantas del jardin y que contiene una pequeña capilla. Es el elevado á las víctimas de un incendio. Los de los niños y las vírgenes son bellísimos.

Entre estos últimos el de María Froment, pobre víctima de una pasion desgraciada, nos atrajo especialmente. La habiamos visto desde pequeñita, y ¿quién que haya sido fiel concurrente al teatro desde hace diez y ocho años no la conoció? Corazon puro, alma de otra época, esa niña merecia vivir y ser amada y feliz. Allí descansa bajo un bosquecillo de blancas rosas, que una madre cariñosa y unos hermanos desolados vienen á regar frecuentes veces.

Aquel lugar de descanso que se han escogido los franceses lejos de la patria, nos hizo pensar en lo amargo que será morir en tierra extraña y considerar que los huesos de uno no van á reposar en la misma pradera que cubre los de sus padres y hermanos.

El sol se ponia: una gran puerta de hierro giraba sobre sus goznes y nos daba entrada á un bosque majestuoso.

Era el cementerio de los protestantes. Allí grandes y añosos árboles, silencio profundo, la majestad de las tumbas. Allí todo era grave y solemne. Desde el primer momento todo inspira respeto y se camina en el primer sendero, meditando y con la frente sombría y el alma llena de una dulce tristeza.

Estos hombres de la raza del Norte son los hombres del dolor callado y severo, de la reflexion juiciosa y del pensamiento elevado y grande.

Digitized by Google

Desdeñan la *coquetería* de la tumba, pero tampoco gustan de darle un aspecto lúgubre y perjudicial al alma y al cuerpo. Ellos meditan en las mansiones de la muerte y desean encontrarse con ella á solas, en el silencio del bosque sagrado, para evocar allí á Dios, como testigo de su conversacion con los que no existen.

Los sepulcros son severos y sencillos, verdaderas tumbas de puritano; generalmente un túmulo de piedra oscura sin adornos, un enrejado de hierro, entre este y el sepulcro pocas flores y muchas plantas de las que crecen á la sombra. El líquen microscópico que cubre esos sepulcros, les da un aspecto venerable y monumental.

Fuera de las tumbas, no hay musgo, las hojas secas de los árboles alfombran el suelo. Estos árboles son fresnos, chopos, cipreses y pinos, cuyas raíces ennegrecidas parecen enlazar con cariño las piedras sepulcrales.

Los rayos del sol poniente bañaban con su luz pálida las sombrías cubiertas de los monumentos, penetrando entre los oscuros ramajes del bosque. Era una perspectiva hermosamente grave y patética.

No habia cirios en las tumbas. Ya se comprende. Los protestantes han suprimido en su Biblia el libro de los Macabeos, y no creen que los muertos necesitan otra cosa que las lágrimas y los recuerdos de los que los amaron. De allí salimos fortalecidos.

A las seis de la tarde se sigue en los cementerios mexicanos una operacion repugnante. El despojo de los sepulcros, es decir, se desclavan los retratos, se quitan las coronas, se arrojan los ramilletes, se apagan los cirios, se recogen las lágrimas que la cera ha regado en las losas, se hace el escamoteo de los pequeños adornos y se rien los sacristanes y juegan, blasfeman, precisamente como los sepultureros de Hamlet. Es, en fin, la última escena del *carnaval de los muertos. Vanitas vanitatum.*

Despues de esta larga plática sobre los cementerios, mal podia hablaros de diversiones. Hay veces en que no se puede ser cronista de todo. Perdonad que no seamos como el huérfano que se puso trage de duelo para visitar la tumba de su padre, y se cambió todo despues para ir al zócalo en la noche.

¿Queréis saber del zócalo, de esta diversion insípida que pusieron de moda las jóvenes que hoy son jamonas respetables? Pues os lo diré en dos palabras. El buen gusto ha soplado sobre la tienda de lona. No ha habido concurrencia. Cuatro familias solitarias y enfermas de misantropía han dado vueltas por espacio de dos horas, y se han eclipsado despues. La empresa manda tocar todas los noches á las once, *La caida de las hojas* de Lamotte, para expresar la caida de sus esperanzas.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

QUIERO SOÑAR.

Quiero volver á las serenas horas
Que en la infancia gozaba venturosa,
Quiero gozar en un tranquilo sueño
La edad dichosa;

Alzar palacios de menuda arena
Entre las frescas y variadas flores,
Oyendo la voz dulce con que trinan
Los ruiseñores;

Correr tras la voluble mariposa,
Cortar las flores que mojó el rocío,
Y ver rizar las vaporosas ondas
De manso rio.

Contemplar la caida de la tarde
Oyendo del pastor el triste acento,
Y el dulce ruido que en las hojas forma
La voz del viento.

Y ver despues en la serena noche
A la apacible luna sobre el cielo,
Cómo le forman caprichosas nubes
Flotante velo.

Y así gozando en seductores sueños
El corazon olvidará sus penas,
Y una por una correrán las horas
De dicha llenas.

¿Qué vale de los reyes la grandeza,
Si se compara con la paz del alma
Que goza el niño en su inocente vida
Llena de calma?

Exenta de pasiones su alma pura,
No sufre del amor el fuego ardiente
Que en otra edad despues deja marchita
Su casta frente.

Para él la primavera brota flores
Y ostenta sus hechizos y sus galas,
Y la esperanza presta á sus ensueños
Sus blancas alas.

No cuenta con dolor sus dias perdidos
Porque pasaron con tranquilo encanto,
Sin empañar sus ojos infantiles
Con triste llanto.

Saluda al porvenir con dulce risa;
Tierna inocencia en su mirada asoma,
Porque en su pecho el corazon abriga
De una paloma.

Angel de la niñez, cierra mis ojos,
Calma el dolor del corazon que llora,
Para soñar hasta que pura brille
La blanca aurora.

SOLEDAD MANERO.

1864.

Digitized by Google

LOS ORBILETAS

Ó

LOS TRES ARTISTAS MAS INGENIOSOS DEL SIGLO PASADO.

Enseñad con la sonrisa en la boca, y con el corazon lleno de amor y compasion, á este género humano eternamente enfermo.
O. HASSKY.

ORBIS, el mundo.
LETE, el olvido.

Los héroes del *coleadero*, los vencedores de la arena, mantuvieron como siempre alta y firme la gloria de su escudo, lo que no ha sorprendido á nadie.
EL MONITOR REPUBLICANO DEL 17 DE OCTUBRE DE 1869.

Francisco Orbileta, fabricante de pitos y flautas en Barcelona, tuvo tres hijos. Era hombre trabajador, sóbrio, de espíritu inclinado á la reflexion en tanto grado, que solia despues del trabajo del dia entregarse á meditaciones prolongadas sobre la posibilidad de encontrar la piedra filosofal, ó el arte de convertir fierro en oro. Vivia pobre y contento; el mayor consuelo de su vida consistia en verse padre de tres hijos, á quienes se habia trasmitido su talento investigador en mas alto grado. Se llamaban Luis, Tomás y Teodoro.

Luis, el mayor, desde su infancia manifestó lo que debia ser mas tarde: un *ingenio extraordinario*, ó mejor dicho, la maravilla del siglo, admirado de todo el continente de Europa. A la edad de siete años habia ya descompuesto seis relojes, por la curiosidad de ver y comprender el movimiento de la maquinaria. Su padre, ignorando el gran talento encubierto bajo esta curiosidad dañina, le castigaba, y al fin, cansado de las travesuras de su hijo, le colocó de aprendiz en casa de un fabricante de máquinas. La casualidad ó la providencia habia inspirado al padre esta resolucion. Luis Orbileta, en los tres años que estuvo en casa del maestro, desarrolló su talento para la mecánica de un modo tan extraordinario y precoz, que causó la admiracion, primeramente de su maestro, y despues la de gran parte de la culta Europa.

Juan Tola, el maquinista, tenia en su recámara un lobo preparado y relleno de paja, que conservaba como reliquia sagrada de su familia, porque á la edad de 18 años lo habia matado en los Pirineos. A nuestro Luis le vino un pensamiento estrambótico, que luego ejecutó. En las horas del descanso inventó y puso resortes en el interior del lobo, de modo que estirándose una cuerda, el animal abria el hocico, torcia los ojos y daba un aullido horrible como si quisiera devorar á alguno. Un domingo, cuando el maestro maquinista tuvo una tertulia de vecinos y vecinas en su casa, hizo prueba nuestro Luis de su maquinaria. Tres señoras cayeron desmayadas, una criatura de pecho tuvo convulsiones del espanto, y el maestro se escapó de su casa, gritando que el espíritu malo habia entrado allí. Cuando todo se aclaró, se convirtió el espanto general en admiracion, en risa y en alabanzas.

Un éxito tan feliz animó á Luis, y en el espacio de cinco años combinó, empleando toda su sagacidad, un autómata tal, como el mundo no ha visto otro igual desde entonces. Era un cajon cuadrado, delante del cual estaba sentado un figuron, representando á una jóven hermosa, meditabunda y melancólica. El interior del cajon estaba lleno de mil ruedas y resortes. Luis en presencia de muchos hombres distinguidos en mecánica y música, dió llave á este reloj complicado, y hé aquí que la niña enderezó la cabeza, sus facciones cambiaron, una serenidad celestial se pintó en su rostro, el cajon con un estallido se abrió, salieron tres parejas de bailadores, se vieron las teclas de un piano y la señora tocó el wals del carnaval de Venecia con una precision y delicada expresion, como la que admiramos en nuestro gran violinista Delgado.

Desde este dia fué asegurada la celebridad de Luis Orbileta. Viajó de ciudad en ciudad, de país en país, recibiendo las entusiastas alabanzas ó mejor dicho los laureles de sus contemporáneos.

Tomás Orbileta, hermano de Luis, manifestó temprano otro género de talento; era de una constitucion delicada, algo raquítica, pero con un pulso tan seguro y la vista tan penetrante, que cualquier observador fino hubiera podido adivinar su futura celebridad. Su padre le habia regalado un arco, semejante á aquellos que usan todavía los indios bárbaros; pero ¡cual fué su admiracion, cuando despues de uno ó dos meses presenció el hecho casi increible, de que su hijo tocaba al blanco á distancia de 25 pasos con una precision nunca desmentida, nunca bastante admirada por todos los testigos convocados por el padre.

Este fué, sin embargo, solo el primer paso en el desarrollo del talento sutil de Tomás. Le vino un pensamiento enteramente nuevo. Para tirar necesito yo de arco y flechas, dijo para sí, ¿no pudiera yo ejecutar lo mismo con solo la mano? Al talento y á la perseverancia nada es imposible. Tomás compró un cuartillo de garbanzos, clavó una aguja fina de coser en un tablon, y poniéndose primero á corta distancia, tiró los garbanzos (como los artilleros tiran las bombas), para que cayendo sobre la punta de la aguja, quedasen allí clavados. El problema era dificilísimo; solo un talento grande y una perseverancia increible han podido resolverlo. El calculó el arco, la fuerza impulsora, la resistencia del aire, la fuerza centrífuga y centrípeta, la resistencia del pellejo del garbanzo, y el desvío por la atraccion del sol. Despues de ejercitarse diez años sin interrupcion, consiguó nuestro Tomás clavar sus garbanzos (que él llamaba sus *misiles*) á la distancia de veinte pasos.

Aunque este hecho de habilidad sorprendió á todo el mundo, le fué reservada á Tomás Orbileta otra hazaña maestra, que puede en verdad llamarse *heróica ó nunca igualada*. Habiendo él visto un dia, que una bala de fusil tirada en ángulo recto contra un vidrio, lo atraviesa sin romperlo, resolvió ejecutar lo mismo por medio de la destreza. Hé aquí un problema nuevo, muy difícil, pero al fin resuelto satisfactoriamente por medio de otros diez años de ejercicio diario y de una perseverancia sobrehumana; lo

Digitized by Google

consiguió y todavía atestiguan muchos vidrios en Barcelona, Madrid y Paris, la presencia del gran artista aragonés. Desde entonces estuvo viajando Tomás; recorrió toda la Europa, y aun los hombres mas incrédulos tuvieron que dar homenaje á su talento privilegiado. Lo cierto es que nadie hasta ahora le ha sobrepasado, ni siquiera igualado.

Nos falta que hablar de *Teodoro*, el hijo menor de Orbileta. En él admiraremos al poeta y escritor como lo eria la naturaleza, enseñándonos en este ejemplo extraordinario, que vale mas el *don divino* del talento sin educacion, que el fastidioso y largo estudio sin talento. Desde la edad de ocho años componia Teodoro versos; su fama se extendió pronto sobre todo el reino de Aragon. No hubo casamiento ni bautismo, ni fiesta política, sin que Teodoro Orbileta hubiese dejado de contribuir á su esplendor con una poesía erótica, épica ó con un *discurso*. Aun los editores de los periódicos políticos y literarios requerian su gran talento. Es verdad que para él era un juego lo que para otros literatos hubiera sido un quebrantamiento de cabeza; hubo dias en que compuso ocho grandes poemas y cinco discursos. De preferencia mencionaré una de sus poesías en honor de un viejo gobernador que celebró el quincuagésimo aniversario de su casamiento. Teodoro recibió el honroso encargo de componer unos cuantos versos para celebrar este dia:—su poema fué una maravilla, una composicion que muchos grandes poetas no hubieran podido acabar en años. Allí está el maestro como lo cria Dios! La poesía consistia solo en cincuenta renglones, pero cada renglon contenia cincuenta letras, cada letra del nombre del gobernador se habia repetido cincuenta veces, y haciéndose la suma de todas las letras del poema, se sacaba con exactitud aritmética la suma de las edades de todos los miembros de la familia del gobernador en *años, meses y dias*. Al reconocerse este hecho, fué general la admiracion, y todos los ciudadanos de Aragon manifestaron una sola opinion: que desde que existen literatura y poetas, no ha habido ningun poeta mayor que Teodoro Orbileta.

Hé concluido. Me callaré algunos minutos para dar á mis jóvenes filomáticos, el tiempo de abandonarse á la entusiasta admiracion que les debe haber causado la lectura de esta corta biografía de *los tres artistas mas ingeniosos* del siglo pasado, y tambien para que decidan cuál de los tres merece la preferencia ó la *palma*. Despues les pediré permiso de añadir algunas reflexiones impertinentes.—Aquí la pausa.—

El mundo es ingrato—la historia es ingrata—los contemporáneos y sus antecesores son ingratos: lo probaré. Nosotros sabemos quién inventó la sencillísima cosa llamada bomba pneumática; sabemos quién inventó este juguete del pararayo, sabemos quién inventó el modo tan simple de hilar y tejer hilitos con máquinas. ¿Acaso uno de estos inventores podria ponerse en parangon, en cuanto á ingenio, habilidad y perseverancia con los tres Orbiletas? —y sin embargo no he visto mencionar á estos grandísimos artistas en ninguna enciclopedia, en ningun diario literario. Cuál será la causa de tanta injusticia histórica?

Un sábio cano me respondió á esta acusacion: la historia es justa, nunca ingrata; ella olvida lo *fútil*, pero premia lo útil. Si Luis Orbileta se hubiera dedicado, en lugar de hacer autómatas, á la construccion de máquinas útiles; si su hermano en lugar de tirar garbanzos, se hubiera dedicado al estudio de la cirujía ó física, y al fin si Teodoro se hubiera preguntado despues de haber escrito un poema ó un discurso, ¿cuál será la influencia benéfica, ó la utilidad de este trabajo?—entonces admiraríamos y mencionaríamos con alabanzas á estos tres artistas; ahora son olvidados y acaso ridiculizados como algunos de nuestros jóvenes aristocráticos, que pretenden conseguir gloria *coleando*, inventando bailes ó vistiendo con extravagancia.

El hombre á quien Dios ha dado talento, ó mas propiamente dicho, la luz de una inteligencia superior, lo debe emplear para esclarecer é instruir á sus hermanos, para descubrir las leyes de la creacion, con lo que se crian recursos nuevos, mentales y corporales en provecho del género humano; si no lo hace, seria mejor que no hubiese vivido, pues su talento mismo es capaz de engañarnos y extraviarnos. El hombre que ha nacido poeta, debe emplear su talento entusiasmándonos para ayudar al progreso general, á purificar los sentimientos del alma, á fortalecer las ideas humanitarias y morales, ensalzando lo eternamente justo y bueno; si no lo hace, si ensalza y diviniza el mal y lo inmoral, si miente con imágenes falsas, si nos aparta del ideal de lo bueno y justo, mejor seria que no hubiese vivido, porque su talento envenena, engaña y corrompe.

¿Y los ricos?—Jesucristo no los apreciaba mucho, comparándolos con camellos que en vano tratarian de pasar por el ojo de una aguja. Pero la riqueza puede ser *honrosa, santa, aun divina:* cuando se ejerce, por ejemplo, en aliviar esas miserias de nuestros arrabales, descritas con colores muy vivos por el Sr. D. I. Altamirano (en el núm. 42 del Renacimiento), ó cuando se emplea como lo hicieron los *Medici* en Florencia, ó cuando se presta á grandes empresas nacionales que honran el género humano, ó cuando protege á los jóvenes de talento reconocido pero pobres ó.....ó.....

Hé aquí el camino á la verdadera gloria, á aquella gloria que los siglos presentes y los mas remotos reconocen y proponen á la veneracion é imitacion.

No son ningun *bien absoluto* el talento, ni la instruccion, ni la riqueza, sino en cuanto á que sirven para el bien de la humanidad; en caso contrario, pueden llegar á ser una maldicion, cuando estas poderosas palancas se emplean para el mal. Generalmente son cosas casi indiferentes, en caso que estos dones del cielo se ocupan en futilidades, aunque fuesen ingeniosas, como lo hicieron nuestros tres grandes artistas, los Orbiletas: sus trabajos y su

Digitized by Google

distincion excitarán la risa y la compasion, y conseguirán el *olvido* de la posteridad, pero nunca la gloria y la inmortalidad.

OLOARDO HASSEY.

APÓSTROFE A MI DESTINO.

Sigue, sigue, suerte horrenda,
tú iracunda, yo sumiso,
girones hecha mi venda,
cenizas mi paraíso.
Perdí mis fuentes de plata
bordadas de cocoteros,
mis bosques de limoneros
i mis nubes de escarlata.

Me robaste mis placeres,
mi esperanza evaporaste.....
¿no es lei que á tu encono baste
tanto dolor? ¿qué mas quieres?
¿No tuve yo un sentimiento,
mezcla de amor y congoja,
i no lo arrojaste al viento
como flor que se deshoja?

¿No derramaste el hastío
en mi espíritu á raudales?
¿No borraste el nombre mio
de unos labios virginales?
¿No diste llanto á mis ojos,
á mis horizontes nieblas,
á mis caminos abrojos
i á mi corazon tinieblas?

¿No me arrancaron tus manos
de los brazos de mi madre,
del hogar de mis hermanos,
del regazo de mi padre?
¡Cuántas veces, apagado
has tu sed, negro destino,
con la sangre que he regado
en las piedras del camino!

Mis horizontes nublabas,
mis creencias destruías,
i por mi risa llorabas
i por mi llanto reías.
Sácia en mi profunda herida
tu satánico deseo;
seremos así en la vida,
tú buitre, yo Prometeo.

Que si agudo es el arpon
forjado á martirizar,
¡es mas grande el corazon
donde lo quieres clavar!

ALFREDO TORROELLA.

México: 1869.

UNA NOCHE.

¡Cuán bella está la noche! ¡cuán bella es esta hora!
¡Cuán grato es el silencio que reina por do quier,
Cuando abatida el alma, sobre el pasado llora
Y evoca las memorias dulcísimas de ayer!
La noche está tranquila, murmura blando el viento,
Cual queja misteriosa, con tímido rumor;
Y baña las paredes antiguas del convento,
De la apacible luna el tibio resplandor.
Se escucha, allá á lo lejos, la voz de una campana
Mezclarse, en vagas notas, del céfiro al gemir;
Contemplo tristemente, sentada á mi ventana,
Las nubes que atraviesan un cielo de zafir.
Así los sueños pasan de nuestra edad primera,
Graciosos, fugitivos, cual mágica vision;
Así los arrebata la brisa pasajera,
Y ni recuerdos dejan despues al corazon.
No sé qué vaga sombra de triste desaliento
Extiende á los objetos su velo funeral;
No sé; mas de esta noche purísima no siento
Llenar, cual siempre, el alma la influencia celestial.
Allá en el limpio cielo la blanca estrella brilla
Que me causara siempre tan dulce sensacion....
Y siento aquí una gota de llanto en mi mejilla,
Y siento que, oprimido, palpita el corazon.
Será que, recordando el tiempo que no existe,
Fatal presentimiento me oprime á mi pesar;
Acaso es una idea desoladora y triste,
Que en lo íntimo del alma se viene á deslizar.
Si nada hay en el mundo estable y duradero,
Si todo es en la tierra relámpago fugaz;
Si no hay un sentimiento tan puro y verdadero
Do el tiempo no coloque su triste huella audaz;
¿Por qué se apega siempre el alma en su delirio,
De tan fugaz afecto al deleznable bien?
¿Por qué, si ha de causarle angustias y martirio,
Soñarlo en su locura de dicha bello Eden?
¿Por qué, si todo pasa, vivir de un sentimiento?
¿Hacer de esa ternura la luz del corazon?
¿Por qué, si al fin un dia ha de llevarse el viento
Recuerdos, esperanzas, afectos, ilusion?
Si la inclemente mano del inflexible olvido,
Estampa, por do quiera, su sello destructor;
Si olvida sus dolores el corazon herido,
Si olvida el alma ardiente sus goces y su amor;
¿Por qué gozar, si pasa la dicha como un sueño?
¿Por qué llorar, si agota el llanto su raudal?
¿Por qué anhelar ansiosos un porvenir risueño,
Si todo es pasajero, si nada es inmortal?
Llevada, sin embargo, de arranque irresistible,
De afectos eternales en busca el alma va:
¡Quién sabe! Si en el mundo hallarlos no es posible,
Acaso los encuentre, por dicha, mas allá.
Consolador, sereno y dulce pensamiento,
Que llena el alma toda con su divina luz,
Y aparta la honda sombra de amargo desaliento,
Como la luna rompe de nubes el capuz.
Que si en el triste mundo á realizar no alcanza
El alma dolorida, su noble aspiracion,
Si alumbra su camino la luz de esa esperanza
Ella le da consuelo, valor, resignacion.

ISABEL A. PRIETO DE LANDÁZURI.

Guadalajara, Octubre 16 de 1869.

Digitized by Google

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

X

Las dos amigas.

—Clemencia, ¿qué te parece mi buen sobrino? preguntó la señora á la hermosa morena.

—Me parece un jóven instruido y bueno, algo encogido.

—Fernando debe estar enfermo, añadió Isabel con cierta compasion, su palidez no es natural, y ademas, ¿no has notado, mamá? sus manos tiemblan.

—Será nervioso, observó Clemencia.

—Es un muchacho raro, volvió á decir la tia, y en su vida debe ocultarse algun misterio. Hemos estado en México y en Veracruz, hemos visitado con frecuencia su casa; jamás le hemos visto. Al preguntar por él, pues sabiamos que á mas de los tres hijos de mi primo que allí vimos, habia otro, siempre se nos contestó que estaba ausente; pero yo observaba cierto desagrado al hablar de él, lo que por otra parte se hacia de una manera breve y seca. Su familia, rica y de carácter alegre, daba fiestas á menudo, ya en sus salones de México, ya en sus haciendas del Estado de Veracruz, pero jamás parecia extrañar en ellos la falta de un hijo, jamás sus hermanas, que son muy lindas, le consagraban un recuerdo, jamás los amigos de la casa le nombraban; habia hasta cierto cuidado en evitar las conversaciones que pudieran recaer sobre su ausencia. En fin, yo supongo que este pobre jóven debe haber causado á sus padres, hace tiempo, algun profundo disgusto ó ha cometido alguna gravísima falta, y que á consecuencia de eso ha incurrido en el desagrado de la familia y ha sido arrojado del hogar paterno. Tanto mas probable es mi suposicion, cuanto que su familia pertenece á un partido mortalmente enemigo de este, en cuyas filas anda sirviendo mi sobrino. Verdaderamente estoy admirada de ver á Fernando con el uniforme liberal, cuando su padre es uno de los mas notables conservadores y ha prestado servicios á su partido, de gran consideracion, lo cual ha hecho que se le vea en él con mucho respeto.

Esto no puede explicarse sino existiendo una profunda division entre el padre y el hijo, pues de otro modo, creo que mi primo habria preferido matar á su hijo antes que verle de oficial en el ejército republicano.

Pero como vdes. supondrán, cualquiera que sea el orígen de semejante division entre Fernando y su padre, no puede uno tener buena idea del hijo, y da en que sospechar acerca de su conducta.

—Mamá, dijo la dulce Isabel, yo le confieso á vd. que veo en mi primo algo que me causa antipatía; y por Dios que mis ojos nunca me engañan, y que todo aquello que me choca á primera vista resulta malo.

—Bien puede ser, replicó la señora; pero entretanto que averiguamos todo lo que hay en el asunto, tenemos que tratar á Fernando como á un pariente nuestro y que ocultarle nuestras sospechas, que bien podrian carecer de fundamento.

—Tal vez le condenan vdes. demasiado pronto, objetó Clemencia con aire de lástima. Yo no le veo nada repulsivo como Isabel. No es agraciado, no es simpático, y además su encogimiento, que no parece ser propio de un mexicano, le perjudica mucho. Es muy serio, tal vez su carácter se haya agriado con alguna enfermedad, porque en efecto está muy pálido, muy delgado, y ahora nos lo pareció mas, porque le comparábamos con su amigo que está brillante de salud y de frescura.

¡Oh! en cuanto á ese, dijo Isabel, ruborizándose ligeramente, ¡qué simpático es! ¡qué guapo!

—¿Te agrada, Isabel? preguntó Clemencia con una imperceptible malicia.

—Sí, tiene mucha gracia, es muy fino.

—Es un jóven distinguido, y no hay duda qué pertenece á una buena familia, observó la señora.

—No hay muchos oficiales así, dijo Clemencia; este es un modelo de elegancia y de caballerosidad, ¿viste qué ojos tiene, Isabel?

—Y ¡qué bien habla!

—Y ¡con qué garbo lleva su uniforme!

—Mi pobre primo Fernando, la primera vez que nos hizo una visita nos habló de la atmósfera de Jalisco, de los árboles y del lago de Chapala. Ya tú comprenderás, Clemencia, que esto seria muy bueno, pero que no era oportuno, ni tenia chiste. Mi primo será un observador, pero no es nada divertido ni galante; creo que nunca ha estado en sociedad, pues tartamudea y se avergüenza, y se queda callado como un campesino. Flores es diferente, ya lo has visto.

Clemencia se puso pensativa, y despues dirigió á su amiga una mirada escrutadora y profunda.

Isabel, casi avergonzada de haber dicho tanto, y poniéndose roja como la grana, al sentir la mirada maliciosa de su amiga, repuso luego, como para chancearse:

—¿Y tú, querida, has encontrado bien á mi primo? ¿Te has enamorado de él?

—Sí; encantador es tu primo, por vida mia.

Isabel sintió algo como un leve dolor de corazon, al oir hablar así á su amiga. Comprendió que el gallardo Enrique habia causado una impresion grata en el ánimo de Clemencia, lo mismo que en el suyo, y tal vez presintió que iba á tener una rival, y rival temible, pues Clemencia, por sus encantos y por su talento, era mas peligrosa que ella para los hombres.

Pero ¿qué pasaba? Isabel estaba enamorada ya y tan pronto? No tal; pero sucedia entonces lo que sucede siempre que dos beldades se encuentran por primera vez con un hombre superior. Se establece

Digitized by Google

entre ellas una rivalidad momentánea, cada una procura atraer la atencion de aquel amante en ciernes, y cada una teme verse pospuesta á su antagonista.

Isabel y Clemencia eran dos bastante lindas mujeres para que carecieran de adoradores. Los tenian en gran número en Guadalajara, y estaban acostumbradas á dominar como reinas, alternativamente ó juntas, en todas partes.

Así, pues, no era el deseo de ser amadas por el primer venido, el que las hacia disputarse en aquel instante la preferencia del hermoso oficial, sino el amor propio innato en el corazon de la mujer, y mayor en el corazon de la mujer bella, que quiere conquistar siempre, vencer siempre y uncir un esclavo mas al carro de sus triunfos.

Ademas, ya he dicho cuáles eran las ventajas físicas y sociales de Enrique, y será fácil comprender cuán superior le hallaron las lindas jóvenes á todos los rendidos amantes que hasta allí las habian rodeado.

Ser amadas tambien de aquel gallardo y brillante jóven de México, ¡qué placer y qué orgullo!

Clemencia estaba invitada á almorzar en casa de Isabel. Pusiéronse á la mesa y almorzaron alegremente; pero cualquiera habria podido notar en el semblante y en la conversacion de las hermosas, que una preocupacion oculta las agitaba y las ponia á ratos, pensativas.

Iban á ser rivales, ó mas bien dicho, ya lo eran.

XI

Los dos amigos.

—¿Por qué viene vd. tan callado, Valle? ¿ha dejado vd. el alma en esa casa? preguntó Flores á su amigo, despues de haber andado algun rato.

—No tal.

—Sí: conmigo, fuera reservas: vd. está enamorado, hijo mio, ó algo le sucede de extraordinario, porque ha tenido vd. singularidades que no pueden engañar á ojos tan expertos como los mios.

—Ya vd. me conoce, soy tímido delante de las mujeres, y esto es lo que me ha sucedido hoy. Ayer ha pasado lo mismo. Sabia yo que esta familia, vivia en Guadalajara; que ella habia estado en México y que habia tenido intimidad con la familia de mi padre á causa de su parentesco. Pero yo no la conocia: pregunté por ella al llegar; me dieron razon y me presenté en su casa. Me recibió mi tia muy bien; pero pasados diez minutos de mi visita no sabia ya de qué hablar, y mi permanencia allí fué un suplicio. Como vd. ve, mi prima es bella; su vista me causó una impresion dificil de definir: deseaba alejarme de ella, y lo sentia al mismo tiempo. No sé cuántas barbaridades dije, y era que me preocupaba su belleza, esa belleza inocente y encantadora.

—Eso se llama amor, chico. ¿Ha estado vd. enamorado alguna vez?

—Nunca: le confieso á vd. que cuando era estudiante vivia entregado á los libros, visitaba pocas casas, y en ellas, aunque solia encontrar muchachas hermosas, casi siempre las vi enamoradas de otros, y esto naturalmente me hacia alejar de ellas, así como á ellas interesarse muy poco en agradarme. Además, yo conozco que no soy simpático para las mujeres, no tengo esas dotes brillantes que vd. posee en alto grado para cautivar el corazon femenil; mi carácter es sombrío y taciturno: ya vd. comprenderá que hay motivo para que mi juventud se haya deslizado solitaria y triste. Le pareceré á vd. ridículo, pero la verdad es que mi corazon está vírgen de todo amor.

—¡Hombre! ridículo, no; pero raro, sí, muy raro: ¡un corazon vírgen á los veinticinco años! ¡en este tiempo en que ya á los doce se tiene novia, y muchas veces querida! convengo en que no haya vd. amado, esta palabra ahora es convencional; pero habrá vd. tenido una querida: ¿quién no tiene hoy, apenas llegada la pubertad, una triste querida?.....

—Tampoco; me hubiera sido eso dificil sin amar. Las pasiones de los sentidos no han sido hechas para mí. Como desde niño he carecido del dulce placer de sentirme amado, y como he atesorado en el alma un inmenso caudal de cariño tan ardiente como puro, he deseado con avidez amar; pero hubiera creido profanar mis sentimientos entregándome á las pasiones banales y que gastan la organizacion corrompiendo casi siempre el alma.

—¡Canario, y qué singular filósofo es vd.! Fernando, vd. no pertenece á esta época. Es vd. un casto soñador, un poeta quizá; pero de todos modos un hombre al agua. ¿Ha leido vd. novelas?

—Pocas.

—¿Ha frecuentado vd. á los poetas?

—Algo; pero le diré á vd.: antes, muy antes de que me aficionara á ese género de lectura, pensaba y sentia lo mismo. Las ideas que tengo no me vienen de los libros, sino de las impresiones que he recibido desde mi infancia. He sufrido, y el mundo, que pudo haber sido para mí un Eden, fué un infierno desde los primeros pasos. ¡Feliz quien como vd. solo ha pisado rosas en su camino!

—Como habíamos hablado pocas veces de este modo, le confieso á vd. que no le habia observado esta particular disposicion al romanticismo, que ahora le noto, y de que le habria curado radicalmente, como de una enfermedad odiosa. ¿Quién diablos le ha puesto á vd. hollin en el cerebro? ¿Quién le ha dicho á vd. que este hermoso y querido mundo es un infierno? Solo los tontos creen ya en el valle de lágrimas; y quéjese á su mal gusto aquel que quiera recibir la vida como un cáliz amargo. ¿Pues qué, vd. toma todas las cosas á lo serio?

—¿Y cómo no tomarlas así, cuando no se me presentan risueñas?

—El talento consiste, amigo mio, en cambiarles la cara. Yo nunca he sido romántico.

—Pero vd. siempre habrá sido feliz.

—Feliz absolutamente, no; necesitaba yo muchas,

Digitized by Google

muchísimas cosas para ser feliz. Mi ambicion es insaciable, mis sentidos exigentes, hasta lo imposible.

—¿Sus sentidos? ¿pero vd. no tiene corazon?

—Querido, ¿cree vd. en el corazon?

—¡Cómo si creo! demasiado, y ahora mas todavía.

—Arránqueselo vd. en la primera oportunidad, Fernando; créame vd., es una entraña que maldita la falta que nos hace, y que debe acarrear infinitas contrariedades. De mí sé decir que nunca le he tenido, si no es en la acepcion física de la palabra, y me he reido alegremente de aquellos que decian ser desgraciados por un exceso de sentimiento. Eso está bueno para urdir cuentos; el corazon es como el diablo, solo existe en las leyendas.

—Pero ¡qué horrores está vd. diciendo! apenas me atrevo á creer que habla vd. con formalidad.

—Pues no lo dude vd., amigo mio, y le aseguro bajo mi palabra de honor, que no soy de aquellos que por haber sufrido algun quebranto terrible en sus esperanzas ó en sus pasiones, se hacen los interesantes diciendo que ha muerto su corazon, que no tienen en el pecho mas que cenizas, con otras mil necedades tan ridículas como impertinentes. No: si alguno puede dar gracias á la fortuna por sus coqueterías y sus lisonjas, soy yo, que sin fatuidad he apurado desde muy temprano los goces, y he hecho de mi vida una especie de orgía de buen tono. No es mi ánimo hacer á vd. mi biografía, pero no dejará vd. de creerme si le digo que hasta aquí la suerte no me ha contrariado nunca, y que apenas le he pedido algo cuando se ha dado prisa en alargármelo con buen modo. Nací rico y lo soy aún, no millonario, esto vendrá despues; pero lo suficiente para haber tomado asiento, durante algunos meses, en el banquete que el placer ofrece en Europa á los sibaritas del siglo XIX. Aun me quedan, como es de suponerse, mil goces por saborear; pero esto, lejos de ser una contrariedad, es un incentivo para seguir mi camino; es una esperanza que me sonríe llamándome; es una garantía de que no tendré un porvenir fastidioso. ¿Qué me habria quedado para mis cuarenta años, si hubiese agotado todas las delicias en la juventud. Volví al país, y por algun tiempo no tuve otra ocupacion que galantear; el galanteo es un entretenimiento interino, y bueno cuando es provechoso. Yo no soy platónico, y con perdon de vd. creo que el platonismo es manjar de tontos. En este tiempo en que se vive tan presto, sacrificar los mejores dias á los goces de lo que vdes. llaman *alma*, es pasar una hermosa mañana de primavera estudiando geografía en un gabinete; es pasar una hermosa noche de estío traduciendo el *Arte de amar*. Así, pues, en cuanto á mujeres.....

—¡Ah, sí! en cuanto á mujeres, demasiado sé cuán afortunado ha sido vd.

—He hecho llorar algunos hermosos ojos aquí en mi inculta patria, donde todavía se usan el color natural y las lágrimas sinceras; pero reflexione vd. en que hubiera sido peor para mí, que yo hubiera sido el que hubiese lamentado *el rigor de las desdichas*. Con las mujeres no hay remedio; ó tiene uno que engañar ó que ser engañado. ¿Preferiria vd. ser lo último?

—Pero cuando el corazon se interesa?.....

—Amigo mio, no olvide vd. que le he dicho que yo no tengo esa desventaja. Si yo hubiese poseido un ápice de ese sentimentalismo anticuado, el libro de mis aventuras estaria en blanco como el de vd.

Habria dado con la primera Dálila de las que andan por ahí, y á esta hora, tonsurado y miserable, habria compuesto algunas endechas llenas de dolor, pero no habria arrancado de la ingrata ni una sola de esas lágrimas que tantas veces han regado mis manos y mi cuello.

—Pero, Enrique, por Dios, no todas son Dálilas!

—Todas, Fernando, todas; no lo son por maldad, lo son por naturaleza, inocentemente, sin saber lo que hacen, tal vez sin quererlo; pero el hecho es que aun amando acaban con las fuerzas de un hombre, lo enervan y lo entregan á los furores del destino desarmado, impotente, y el amor no debe ser mas que el embellecimiento del camino de la ambicion.

—Me espanta vd..... yo creia que el amor era uno de los grandes objetos de la existencia; yo creia que la mujer amada era el apoyo poderoso para el viaje de la vida; yo creia que sus ojos comunicaban luz al alma, que su sonrisa endulzaba el trabajo, que el fuego de su corazon era una sávia vivificante que impedia desfallecer.

—¡Poesía! ¡poesía! Deje vd. de creer en eso, y mire vd. que le estoy hablando, como no le hablaria á nadie, porque es peligroso revelar las opiniones íntimas de uno, como le es peligroso á un espadachin descubrir el cuerpo á los ojos de un contrario hábil. Esto le probará á vd. que le quiero.

—Pero dígame vd., Flores, con semejantes ideas cuyo orígen no me es desconocido ya, ¿cómo es que sirve vd. en el ejército y en un tiempo como este, en que la República anda de capa caida?

Flores sonrió y se turbó un poco ante la mirada fija de Valle.

—Precisamente por eso vengo aquí. ¿Vd. tiene fé en el triunfo de la independencia?

—Tengo gran fé, una fé incontrastable.

—Y vd. ¿cree que no morirá en la lucha?

—Eso no lo sé: nada difícil es que muera; pero moriré con la conciencia de que tarde ó temprano triunfará la República.

—Pues bien; yo tambien tengo fé, y hay algo que me dice que sobreviviré á la lucha. Vd. comprenderá que vamos á quedar muy pocos, vd. va á verlo, y de esos pocos me propongo ser uno. El camino, de este modo se hace mas corto, y yo llegaré á mi fin.

—De modo que el patriotismo entra muy poco en los propósitos de vd.

—El patriotismo tiene sus móviles de diferente especie; para unos es cuestion de temperamento, para otros es la simple gloria, ese otro platonismo de los tontos; para mí es la ambicion. Yo quiero subir.

Digitized by Google

—¿Y todo para hundirse despues en los goces?

—Es claro; en todos las goces del orgullo, del poder, de la riqueza, del amor, de la gloria. Todos juntos se saborean cuando está uno colocado muy arriba de sus semejantes. De otro modo, se tendrá uno de ellos ó dos, pero no todos, y mi ambicion los busca todos. Si me hubiese hecho banquero, soplándome el viento de la fortuna habria llegado á ser millonario; pero tendria quizás que inclinarme delante del hombre de armas ó del gobernante. Si hubiese proseguido mi carrera de galanteos, habria llegado á poseer acaso á todas las mujeres que hubiera deseado; pero en primer lugar habrian acabado por hastiarme, y luego, un D. Juan..... ¿qué es un simple D. Juan? Un reyezuelo de salon, una potencia de retrete que se eclipsa delante de un guerrero afortunado, delante de un millonario bestia, y aun muchas veces delante de un hombre de talento, que es mucho decir. Un D. Juan tiene que ocultar en el misterio la satisfaccion de su dicha, y cuando la hace pública, se limita á recibir incienso de una pequeña corte de aduladores vulgares, que son al gran libertino lo que los lebreles son al cazador, es decir, que solo lamen la mano para obtener los restos de la presa.

¡Eso es fastidioso....! yo quiero algo mas que semejantes goces mezquinos..... Pero, chico, nos engolfamos en una conversacion estrafalaria, y noto que estoy impertinentemente comunicativo: dejemos esto, ya curaré á vd. del platonismo que le está secando; hablemos de la primita, que fué lo primero que se ofreció á mi imaginacion cuando comenzamos á charlar. ¿Sabe vd. que es una lindísima criatura? Una conquista que valdria la corona mural?

Fernando palideció.

—Sí, es linda, murmuró secamente.

—¿Piensa vd. hacerle el amor?

—No: he observado que vd. le simpatiza, que yo le repugno. Ya ve vd. que es mal principio para mí. Trabajaria sin esperanza; y *quien no espera vencer ya está vencido.* Vd. tiene el campo.

—Pero, vamos, ¿vd. la ama?

—No lo sé, y aun no me doy cuenta de la verdad de lo que pasa en mi alma. He dicho á vd. que la impresion que me causó desde que la vi, es extraña: hoy que la vi hablar tan amablemente con vd., sentí una especie de odio; pero querria siempre estar mirándola.

—¡Pobre Fernando! es vd. demasiado sincero. Pues bien, eso es amor; vd. la ama, y ha sentido celos. Yo he recogido demasiadas flores en el campo del mundo, para querer arrebatarle á vd. esa pequeña rosa. Vd. puede lanzarse; hable, enamórela, y pronto, porque no tardarán en tocar á botasilla, y vea vd. que no nos quedan en perspectiva mas que algunas flores silvestres, cuyo aroma no será precisamente una delicia para nuestro olfato de cortesanos.

Valle se sentia mal al oir hablar de este modo al libertino. Habia levantado en su corazon un altar á Isabel, y veia tratar á su ídolo, como Flores trataba siempre á las víctimas de su lubricidad.

—Estoy resuelto: no le diré nada, contestó; esa jóven no merece que dos militares como nosotros, la hagan objeto de una distraccion pasajera.

—¿Por qué? ¿por que es prima de vd? Pues hombre, las primas de uno.....

—No diga vd. mas, Enrique, por su vida; me causa pena que vd. no vea en una mujer tan angelical mas que un objeto de cruel diversion y de innoble placer.

—¡Platónico!.... Vd. se curará. Pero, resueltamente, la rubia es bellísima: difícilmente, á no estar vd. á su lado, me resignaria yo á no decirle nada. Así es que vd. ó yo; escoja. Con vd. estará garantizada; conmigo, no me atreveré á decir que la seduciria, fuera hacer á vd. una ofensa; pero es seguro que llegaria á amarme. Líbrela vd. de mí. Yo me consagraré á la deliciosa morena; esa me seduce, es una sultana, en cuyos ojos negros beberé fuego. Vamos, decídase vd.

Fernando pensó que su amigo hablaba sinceramente; á pesar de su libertinaje, comprendió que su prima estaba perdida si la dejaba en poder de Flores, que ya la habia hecho sentir la funesta influencia de su mirada irresistible; comprendió que la única defensa para ella consistia en su amor, amor que por otra parte parecia haber avasallado su corazon tan rápida como imperiosamente. Además, recordó la sensacion dolorosa que experimentó al aproximarse á Clemencia, cuyos ojos negros le habian causado movimientos nerviosos, présagos de algun mal terrible. Dejar á esta beldad poderosa y fatal en lucha con Enrique, no era una villanía, porque iban á encontrarse dos potencias igualmente fuertes, y despues de todo, si alguna desgracia acontecia, ¿no valia mas que recayera sobre la altiva morena, sobre la *liona* aristocrática y soberbia, mas bien que sobre la débil vírgen que no parecia contar con fuerzas suficientes para luchar sin morir?

—Está bien, dijo Fernando resueltamente, me consagro á mi prima. Haga vd. la guerra á la hermosa de ojos negros.

—Arreglado. Ahora, pensemos en la maniobra; volveremos á la casa de la prima de vd., porque es preciso que me introduzca en la casa de Clemencia, pues no debo esperar encontrar á esta siempre en otra casa que la suya. Una vez logrado, vd. se quedará frente á su enemigo y yo frente al mio, y veremos quién domina la posicion primero.

Con tal resolucion, despues de haber paseado por varias calles solitarias, entraron en el cuartel, dirigiéndose Enrique al alojamiento del coronel y Fernando á su aposento, en donde se sentó pensativo y ceñudo.

(Continuará.)

Digitized by Google

REVISTA TEATRAL.

Mas de un año ha que se estrenó en el teatro Iturbide la zarzuela titulada *El Jóven Telémaco;* repitiéronla posteriormente las compañías de Albisu y de Gaztambide, y no hace muchas noches que la vimos todavía en la escena del teatro Nacional, acogida por el público, poco mas ó menos que como en sus anteriores representaciones. Prescindiendo de la ejecucion, y aun de la música, y ateniéndonos solo á la obra del poeta, pocas veces he visto tan dividida como en este caso la opinion de los espectadores: unos, y son los menos, la celebran como excelente en su género; censúranla como detestable los otros, y deséchanla como insulsa los mas, para quienes el *Jóven Telémaco* no ofrece interés en ningun sentido. Difícil es decidir cuál de las tres diversas opiniones tiene de su parte á la razon y á la justicia; quizá las tres, quizá ninguna. Sea como fuere, y estribando en mi concepto tal divergencia en la índole particular de la composicion, bueno será examinar la composicion misma y el género á que pertenece.

El asunto del *Jóven Telémaco* es la relacion compendiada de las aventuras del hijo de Ulises, conforme al plan del libro que escribió Fenelon, pero presentadas esas aventuras por el lado ridículo; este género de composicion dramática se llama *parodia*, y á él pertenece, pues, la obra que vamos examinando.

El orígen de la *parodia* es tan antiguo como el de la *caricatura;* ya en tiempo de Aristóteles figuraban Hegemon de Thasos, que en Aténas habia parodiado, entre otras obras célebres, los primeros cantos de la Odysséa, y el pintor Pauson, famoso caricaturista del siglo de Pericles. Uno y otro explotaron la natural tendencia que el hombre tiene á la burla, pero con diferente resultado en cuanto á lo trascendental del fin propuesto. Así, la caricatura, exagerando los rasgos físicos y morales de los contemporáneos, y especialmente de los gobernantes y poderosos, entregaba al desprecio y al aborrecimiento del pueblo los vicios y crímenes de sus dominadores; insultaba al fuerte para aliviar y reanimar el corazon del débil; era la reproduccion gráfica de la cólera, del menosprecio y de la venganza del oprimido; por eso la caricatura ha sido desde entonces en manos de las minorías una arma tan terrible, que los tiranos en diversas épocas han puesto en juego contra ella todos los medios represivos. Fuera de la esfera política, la caricatura tenia y tiene un grande alcance, castigando al egoista, al avaro, al viejo libertino, mostrando las bajezas del cortesano, pintando la necedad del rico, y estigmatizando con un rasgo de su lápiz el culto del becerro de oro. Esto es lo que hace inmortal á la caricatura, y convierte sus producciones en datos históricos, que los futuros Tácitos habrán de consultar juntamente con los retratos oficiales. El célebre naturalista Cuvier decia, que en su concepto esa especie de dibujos eran un espectáculo mas instructivo que muchas de nuestras comedias modernas.

Pero la *parodia* estuvo y está muy lejos de abarcar un campo tan extenso, no proponiéndose ningun fin provechoso ni trascendental; limítase á remedar grotescamente, como el mico, los modales de la gente principal, pero sin intencion filosófica, sin que con sus esfuerzos laboriosos y dignos de mejor empleo, se proponga otro objeto que el de hacer reir: terminada queda pues, su tarea, al apagarse la última carcajada del auditorio.

Ya se deja entender que aquí no me refiero sino á la mera parodia, á la que solo se propone desfigurar y hacer vulgar todo lo que es grande, noble, bueno y delicado; cuando queda restringida en estos límites, no tiene otro mérito que el de tributar indirectamente un homenaje al genio, por cuanto solo son parodiables las obras dignas de eterno renombre; los grandes poetas, los eminentes actores, son los únicos cuyos trabajos están expuestos á la parodia; la parodia es el sello de la celebridad. En este caso, cuando la esencia de la parodia es puramente lo burlesco, ya se comprende por qué no tiene vida propia, por qué no pasa á la posteridad si no es adhiriéndose como un parásito á las obras á quienes profanó con su remedo; y así se explica el menosprecio y aun la aversion con que la han mirado los grandes talentos en diversas épocas. Aristóteles dice que «Hegemon de Thasos, inventor de parodias, y Nichochares, autor de la *Deliada*, desfiguran á los hombres y los *degradan.*» Gœthe considera el gusto por la parodia «como un síntoma de decadencia y de degradacion para un pueblo.» Voltaire asienta, que «el gusto depravado en las artes consiste en preferir lo burlesco á lo noble.»

Pero cuando la parodia no se limita á ser el auxiliar de lo *real* en la eterna lucha con lo *ideal;* cuando empuña el látigo de la sátira, y suave como Horacio, ó corrosiva como Juvenal, persigue el vicio, y lo presenta desnudo y ridículo á la ignominia pública, entonces la parodia es digna de estimacion, si bien el mérito no es ya exclusivamente suyo sino del género cuyas armas emplea; entonces llena su doble objeto, haciendo reir al imponer saludable castigo.

Aplicando las anteriores reflexiones al *Jóven Telémaco*, podemos asegurar desde luego que es una pieza aceptable en todos sentidos, por la intencion moral y la *vis cómica*, que su autor el Sr. Blasco supo mezclar hábilmente en su remedo de la obra de Fenelon. En lo que tiene de mera parodia, acertó el poeta á tomar el contraste de las principales situaciones, para producir esa marcha paralela de dos cosas opuestas, que es en lo que consiste el arte de hacer reir; las frases mas notables del original, las que están mejor grabadas en la memoria del público, aparecen en boca de los personajes, interpoladas con sandeces y vulgaridades que sobrevienen tan súbitamente como se necesita para producir hilaridad. Los caractéres todos están puestos completamente en ridículo: así, el valiente, el piadoso, el ideal Telémaco, tipo de la belleza varonil griega, resulta en la parodia un pollo nécio, maricon y casquivano; Mentor, el anciano venerable, personifica-

Digitized by Google

cion de la sabiduría, es un viejo regañon y sandio, con todas las maneras de un maestro de escuela de aldea; la espiritual y apasionada Eucharis es una mozuela mas que liviana; Calipso, antojadiza, con sus ribetes de algo peor; Vénus, descocada como una manola, y ordinaria como una tomatera; y Ulises, aquel héroe idealizado por el divino Homero, queda reducido á la condicion de un vejete de entremés. No pudo el poeta proponerse con tales aberraciones otro fin que el de hacer reir, y lo consigue á despecho de Voltaire, de Gœthe, de Aristóteles, y de cuantos filósofos y estéticos se han ocupado de la materia; pero á fé que en esto quedaria su efímero triunfo, si no se hubiese amparado de la sátira para procurar á la obra mas legítimo aplauso.

La insulsez de ciertos periódicos, cuya gacetilla se llena con noticias tan sandias como las que en el *Jóven Telémaco* leen las ninfas; los alambicados y sutiles conceptos de los filósofos alemanes Fichte y Kant, y ciertos usos sociales, á los que el poeta da de paso tal cual dentellada, le prestan materia para una sátira llena de oportunidad y chiste; en el órden moral ataca el envilecimiento en que nuestra época va hundiendo aquel afecto, que debia ser el mas puro y desinteresado; la prostitucion del amor está perfectamente pintada en aquella frase en que Cupido explica el por qué aparece sin venda: «un libertino, dice, me llevó á una orgía, y me descubrió los ojos, y vi cosas muy bonitas.» «Antes entraba yo por el corazon, dice en otro lugar, pero ya ahora entro por la cabeza.» Los matrimonios por cálculo están perfectamente satirizados, en aquella relacion que el mismo Cupido hace de las diversas bodas que se llevaron á cabo mediante su influjo, y en las cuales no hubo otro móvil sino el interes; y por fin, con exigir siempre dinero en retribucion de sus servicios, está hábilmente caracterizado el espíritu de sórdida avaricia que domina hoy en el sentimiento mismo, y en las alianzas que son su término; toda esa parte de la obra es una pintura fiel del *amor-negocio*.

Tales son las bellezas del *Jóven Telémaco;* una parte del auditorio, conociendo bien los originales en Homero y en Fenelon, apreció la habilidad del contraste, y celebró la produccion del poeta español, pero dándole mayor importancia literaria de la que en sí tiene; otra parte no alcanzó á gozarlas, por no estar quizá bastantemente enterada del asunto, y calificó de detestable la obra, sin reflexionar que la culpa no era del poeta: no puede apreciarse el mérito de una caricatura si no se conoce al original; finalmente, los que buscan en toda pieza teatral una accion interesante y bien desarrollada, tampoco gozaron con la parodia, que mal pudiera dar lo que no tiene, y cuyo atractivo consiste en otra cosa que no es el interes dramático. Por eso dije al principio, que cada una de esas tres diversas opiniones tenia fundamento en un sentido y no lo tenia en otro.

Sea como fuere, el *Jóven Telémaco* es una obra aceptable; yo, sin embargo, no desearia que nuestros ingenios siguiesen esa senda, tan frecuentada ya por los proveedores de los *Bufos madrileños*.

MANUEL PEREDO.

México, Noviembre 4 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

SETIEMBRE.

6

1702.—"Miércoles 6, por la tarde, se cayó de la cornisa de la torre del Sagrario de la catedral un indio mozo, jugando con otro, y se mató, sin poder alcanzar el óleo."

1724.—El rey Felipe V vuelve á encargarse del gobierno por haber muerto su hijo Luis I.

1820.—Decreto de Fernando VII, sancionando la determinacion de las cortes que declaraba suprimida la compañía de Jesus en la monarquía española.

1868.—Se inauguró la sociedad mexicana de Historia Natural. Esta asociacion, la única en su género que hemos tenido en el país, fué fundada por diez individuos amantes al estudio de la naturaleza, cuyos nombres debe conservar la historia, y son los siguientes: Alfonso Herrera, Gumesindo Mendoza, Antonio del Castillo, Manuel Villada, José Joaquin Arriaga, Francisco Cordero y Hoyos, Antonio Peñafiel, Manuel Rio de la Loza, Manuel Urbina y Jesus Sanchez.

1869.—Fué nombrado gobernador del distrito de México D. Francisco A. Velez. Publicó una proclama.

7

1585.—Llegaron al puerto de San Juan de Ulúa los religiosos carmelitas.

1653.—"Sábado 7 de Setiembre, profesó la señora duquesa de Alburquerque, vireina de esta Nueva-España, en la órden tercera, en la capilla de los terceros del convento de San Francisco de esta ciudad; dióle la profesion el comisario general: fué en público, á las nueve de la mañana."

1684.—En la mañana de este dia bendijo el arzobispo la iglesia de Santa Teresa la antigua.

1849.—Falleció en esta capital el general D. Mariano Paredes, que desempeñó la presidencia de la República en 1846.

1857.—"Se concede privilegio á la compañía de la Luisiana de Tehuantepec para abrir la comunicacion interoceánica por el istmo de este nombre."

8

1602.—Se puso la primera piedra en la capilla del tercer órden de la Merced. Esta capilla, así como parte de la iglesia grande, han desaparecido.

1665.—Llegaron á Veracruz las religiosas capuchinas.

1755.—A la mañana de este dia se estrenó en la iglesia de Regina de esta ciudad un magnífico altar dorado á la moderna, (segun las palabras del cronista) y su costo pasó de diez y seis mil pesos.

1848.—Memorable batalla del Molino del Rey, entre las fuerzas norteamericanas y las mexicanas.

1857.—"Leyes orgánicas del ejército y marina de la República."

9

1530.—Bula del papa Clemente VII para la fundacion de la catedral de México.

1572.—En este dia llegaron á Veracruz los jesuitas que vinieron á fundar en la entonces Nueva-España.

1660.—A las cuatro de la tarde de este dia llegó á Chapultepec el vigésimo tercero virey D. Juan de Leiva y de la Cerda, marqués de Leiva y de Ladrada, conde de Baños.

1692.—"Mártes 9 bendijo la iglesia y convento del Hospicio de San Nicolás el Sr. arzobispo Seijas."

En este dia se probó un cañon de artillería pedrero en la plazuela del Marqués, y reventó é hirió á tres hombres.

1781.—"Se estrenó en México la media naranja de la tercera órden de San Francisco."

"En el mismo dia pusieron en la puerta del Sagrario á un hombre á la vergüenza, con un papel en el pecho, por haber comulgado dos veces en un dia."

1852.—"Se pronuncia en la Piedad, contra el gobierno de Michoacan, D. Francisco Bahamonde."

IGNACIO CORNEJO.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Espectáculos.—Los pequeños teatros y las tandas.—La zarzuela y el circo. — Publicaciones.— *Los insurgentes*, de Mateos.— *Los Dolores del Pueblo*, de Riva Palacio.—*Recuerdos de la vida de Bohemia*, por Malda.—*Memorias de Satanás*, por Alegría.—*El Pecado del Siglo*, por Cuellar.— *La Ilustracion.—El Anáhuac y la Sociedad Netzahualcoyotl.— La Sociedad Católica.*—Revistas de Manuel Payno en el *Siglo XIX.*

México, Noviembre 13 de 1869.

Ha llegado la época de lo que puede llamarse en México *pequeños espectáculos*. Desde el dia 1º de Noviembre, cada año, se abren algunos teatros extraordinarios, donde compañías dramáticas improvisadas y mezcladas á veces con otras de acróbatas, dan funciones todas las noches, por tandas, es decir por secciones: lo cual trae la doble ventaja para el público de tener un rato corto de distraccion y de pagar muy poco por la entrada.

Esta costumbre comenzó á establecerse hace algunos años con los teatrillos de títeres, donde el célebre payaso Soledad Aycardo (D. Chole) y otros, hacian contemplar á la gente los prodigios de su ingenio. Los títeres de D. Chole, sobre todo, disfrutaban de una merecida reputacion que será inolvidable en México durante mucho tiempo. Los pequeños dramas que ejecutaban los muñecos, las escenas populares que reproducian con una fidelidad admirable los cuadros de la vida mexicana, los agudos chistes de los actores liliputienses, las aventuras galantes del *Negrito*, que como se sabe, es el Don Juan de los títeres, así como el cínico atrevimiento y las criminales propensiones de *Juan panadero*, hacian las delicias no solo de los niños y de las niñeras, sino principalmente de los pollos, pollas, y de no poca gente de edad provecta y respetable para quien *cada noche se aparejaba buena* con los títeres, como para el ventero del Quijote.

Pero poco á poco, los espectáculos fueron cambiando, los *jacalones* se convirtieron en verdaderos teatros con palcos, lunetas, escenario, orquesta y actores que si eran pequeños en el arte, no lo eran en el tamaño; y solo les quedó el nombre tradicional de *títeres* que hasta ahora se les da sin razon alguna.

Así es, que todo el mundo que concurre hoy al Teatro Principal ó al de América, situado en el local del antiguo Seminario, no dice que va al teatro sino á los títeres, ó al *títere*, segun el lenguaje de los pollos.

Las piezas que allí se representan son pequeñas y regularmente en un acto: á veces se hacen tambien zarzuelitas, como *El Niño:* se canta la *Paloma*, se bailan danzas ó jaleos, y en fin, se procura amenizar la funcion lo mejor posible.

Comunmente los pollos, que entonces adquieren el renombre de *cócoras*, se dividen en partidos, declarándose uno de ellos por alguna de las actricillas y el otro por la que queda, y se muestran tan entusiastas, tan furiosos, tan intolerantes en su pasion, que suelen abandonarse á las vias de hecho, lo mismo que los *Verdes* y *Azules* de Constantinopla. Pero semejante guerra civil no tiene nunca consecuencias, y siempre sucede que los enemigos adentro del salon, se reconcilian despues de la batalla, al salir al vestíbulo.

Ahora tenemos el viejo Teatro Principal convertido en teatro de títeres. A tanto ha llegado su mala suerte y tan poco así ha sido respetable su ancianidad. Sin embargo, la concurrencia que no se obtuvo con la compañía dramática los años pasados, ha acudido en masa con los títeres. El salon está lleno todas las noches, y el auditorio es brillante; de modo que el Principal está hoy de moda, aunque con el poco lisonjero apellido de *Los títeres del Principal.*

Ya hemos dicho que estos títeres, no son tales títeres sino actores mas ó menos conocidos, pero que no aspiran precisamente á la gloria artística.

Hay allí dos jóvenes actrices que son hoy las favoritas del público, como lo fueron el año pasado en Chiarini la *Pioquinta* y la *Chole*, á saber: la Florinda Camps, jóven y bonita cubana que vino en la malograda compañía de Bufos habaneros, y la Pautret, jóven rubia que hizo su *début* el año pasado en el teatro de América, situado en el antiguo Seminario.

Cada una tiene sus admiradores y apologistas, cada una sale siempre á las tablas en medio de los aplausos de los suyos y del silbido de los enemigos, cada una tiene su especialidad y sus piezas favoritas que repite á instancias de sus admiradores, quienes la prodigan elogios enfáticos y solemnes, á pesar de las protestas de los contrarios que desaprueban apasionadamente todo lo que hace y lo que dice.

Es una cosa divertida y que excita la curiosidad del público.

La zarzuela, por tal razon, se halla desatendida. Cada funcion del Nacional es un velorio, y el silencio y la soñolencia reinan en él, á pesar de los esfuerzos de los artistas que allí trabajan. El gran teatro no quiere y no podria entrar en la moda de las tandas, única tabla de salvacion que le quedaria; pero si tal sucediese se perderia *todo, hasta el honor.*

No así el circo. La compañía Bell ha establecido tambien en Chiarini las tandas, y de ese modo se va manteniendo así así, no logrando con todo igualarse en utilidades al Principal, donde los *Florindos* y los *Pautrets* han establecido el Olimpo de la moda, y adonde por ahora se puede pasar revista á todas las bellezas de la hermosa México y á todas las *lionas* de nuestro pequeño *gran mundo.*

El teatro de América tambien está concurrido, aunque en grado inferior.

En estos dias el movimiento literario continúa con la mayor actividad. Juan Mateos, que concluyó su novela *Sacerdote y Caudillo*, de la cual sacó envidiables utilidades, ha comenzado á publicar *Los Insurgentes*, en cuyo cuadro veremos aparecer las inmortales figuras históricas del gran Morelos, *el*

Digitized by Google

hombre mas extraordinario que habia producido la revolucion de Nueva-España, como dice Alaman, el valeroso Galeana, *brazo derecho de Morelos*, como le llamaba este héroe, el insigne general Guerrero, el modelo de constancia y de abnegacion, y el ilustre general Bravo, el dechado de nobleza y de generosidad. Junto á tan prominentes personajes veremos aparecer á los generales Leonardo Bravo y Nicolás Catalan, Matamoros y Mina, Victoria y Terán, hasta Iturbide, el infortunado general que por sentarse en un trono encontró el cadalso de Padilla.

Las novelas de Mateos, cualesquiera que sean los defectos que les eche en cara la crítica, tienen el mérito de popularizar los acontecimientos de nuestra historia nacional, que de otro modo permanecerian desconocidos á los ojos de la multitud, supuesto que los anales puramente históricos no son fáciles de adquirir por los pobres, ni agrada su lectura por carecer del encanto que la narracion novelesca sabe darles.

Vicente Riva Palacio, infatigable en sus trabajos literarios y mas filosófico en sus planes cada dia, al mismo tiempo que ayuda á Manuel Payno á redactar *El libro rojo*, publicacion bellísima y esencialmente histórica por su fondo, aunque romanesca por su estilo, va á publicar los *Dolores del pueblo*, que el activo editor, Villegas, se propone imprimir con igual esmero que las anteriores novelas, y que probablemente será una continuacion de *Los piratas del Golfo*. Así, pues, estos dos autores, Riva Palacio y Mateos, recorren la historia del país en encontradas direcciones. El primero sube desde *Monja, casada, vírgen y mártir*, y el otro baja desde *El cerro de las campanas*. Creemos que despues estos incansables novelistas sacarán provecho de los tiempos que les quedan desde la conquista hasta la época de que trata la *Monja y casada*.

Un jóven amigo nuestro y asistente á nuestras *Veladas literarias*, de suculenta recordacion, el Sr. Malda, está publicando su primer novela *Recuerdos de la vida de Bohemia*. El título nos simpatiza, como debe simpatizar á todos los que han sido pobres, á todos los que han sufrido y siguen sufriendo, á todos los que han encontrado en la desventura una fuente de inspiracion, á todos aquellos á quienes la Fortuna, casual protectora de los niños ricos, ha negado en la juventud la dicha de tener prendedores de brillantes, sacos de terciopelo, botines bordados y corbatas abigarradas, la cual dicha, sin embargo, no constituye de por sí ni un mérito ni una falta, sino simplemente un adorno del cuerpo.

En este sentido tomamos nosotros el título de *bohemios*, equivalente á *pobres*; y como hemos oido frecuentes veces aplicárselo ellos mismos, á Ignacio Ramirez, á Guillermo Prieto (que fué quien nos enseñó á llamarnos así), á Florencio del Castillo, á Manuel Payno, á Joaquin Alcalde y aun á Vicente Riva Palacio, todos los cuales no han encontrado en sus recuerdos juveniles motivo para ostentar el orgullo de los *jóvenes millonarios;* como ha sucedido esto, pues, nos creemos en el deber de llamarnos *bohemios* tambien, y nos simpatiza todo lo que se relaciona con esa vida de trabajos y de vicisitudes de la que no hemos salido todavía.

Por eso la obra del Sr. Malda nos será singularmente querida.

Otra novela singular se anuncia, á saber: *El Libro de Satands*, de que es autor un Sr. Alegría. Aun no hemos visto la primera entrega; pero nos parece que será fantástica en sumo grado la obra.

Nuestro querido amigo José T. de Cuellar, hoy residente en San Luis Potosí, está concluyendo una novela, que sabemos por informes de los que la conocen, que es interesantísima y que llevará por título *El pecado del siglo, memorias de la época de Revillagigedo, 1789*. Tenemos impaciencia por conocerla, y no dudamos que obtendrá la buena acogida que merece el nombre del autor, bien conocido en la literatura mexicana.

Se anuncia un nuevo periódico literario, consagrado á las señoritas, que saldrá de las prensas del Sr. Cumplido y que tendrá por título *La ilustracion*. Ignoramos quiénes sean sus redactores; pero nos alegramos de su próxima aparicion, porque efectivamente hace falta un periódico exclusivamente dedicado al recreo é instruccion del bello sexo.

El *Anáhuac* se ha suspendido con gran sentimiento nuestro, por motivos independientes de la voluntad de sus redactores, *bohemios* como nosotros. Así es que ellos que forman la Sociedad *Netzahualcoyotl* ingresan como colaboradores al *Renacimiento*, cuyas columnas hace tiempo que estaban á su disposicion.

La Sociedad Católica, en su último número, ha publicado un largo y magnífico artículo en que responde á algunas de las ideas emitidas en dos crónicas nuestras. Hemos leido con atencion y con placer este artículo, y le hemos creido desde luego escrito por una pluma distinguida. El estilo elegante y fluido, la caballerosidad en las frases y los nobles sentimientos que campean en todo él, nos hacen ver en semejante pieza, no un ataque desagradable, sino una respuesta útil para nosotros y de la que sacaremos provecho. Podemos asegurar á los señores de la *Sociedad* que estamos conformes con la mayor parte de sus ideas, que modificaremos en lo sucesivo nuestras opiniones sobre determinados puntos que

Digitized by Google

Digitized by Google

Lit. de H. Iriarte

CASCADA DE RINCON GRANDE

Digitized by Google

ellos aclaran, y en cuanto á aquello que nos parece contestable, lo trataremos en otro periódico que será probablemente *El Siglo XIX*, en el que publicaremos dentro de poco una contestacion larga y razonada.

Por hoy protestamos á los señores de la *Sociedad Católica* nuestro agradecimiento por las calificaciones honrosas que hacen de nuestros trabajos, y por la manera decente aunque vigorosa con que combaten.

Da gusto disputar con antagonistas que no están animados de las rastreras pasiones de la envidia ni del odio solapado.

Concluiremos recomendando las «Revistas» que ha comenzado á publicar semanariamente en el *Siglo* su actual redactor y amigo nuestro, el distinguido literato D. Manuel Payno. Lo que sale de una pluma tan autorizada llama siempre la atencion.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

RELLIGIO.

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

La noche se acercaba austera y bella,
Y en su manto de sombras se envolvia;
—«¿Tú ídolo eres tú mismo?» Herman decia;
«Díme ¿cuál es tu biblia, cuál tu fé?
Si no son tus canciones, solamente,
Vanos copos de espuma platëada,
Y tu estrofa un tizon, que de la nada
En las cenizas humear se ve;

Si no eres alma, que en el negro abismo
Perdida se halla de la duda impía,
¿Dónde está tu copon, tu eucaristía?
¿Do está de tu creencia el manantial?»
Yo guardaba silencio; él continuaba:
—«Pensador, que la luz do quiera llevas,
¿Por qué en los templos tu oracion no elevas...?»
Estábamos del bosque en el umbral.

—«Sé orar» le contesté.—«¿Pero en qué templo?»
Herman me preguntó; «¿qué celebrante
Tu corazon contempla palpitante?
¿En dónde está tu altar?
¿Ante qué confesor tu alma presentas?»
—«La iglesia es ese limpio firmamento,»
Dije, «y el sacerdote....» En el momento
Ví el cielo blanquëar.

Hostia enorme, la luna al horizonte
Majestuosa y serena se elevaba;
El pino, el cedro, el sáuz, todo temblaba,
Y el águila y el lobo y el alcion.
—«Mira» dije mostrando el astro de oro,
«Sobre la tierra oscura, refulgente,
Celebra el mismo Dios.... Baja la frente....
¡Hé ahí la elevacion!»

ISABEL A. PRIETO DE LANDÁZURI.

Guadalajara, Enero 28 de 1869.

EL VALLE DE ORIZAVA.

(FRAGMENTOS HUMORISTICOS.)

A mi distinguido amigo el señor Don Ignacio Manuel Altamirano.

1866.

I

Cascada de Rincon-Grande.

Orizava es nebulosa en la mayor parte del año. Le falta un Ossian que la cante y celebre, ataviada en sus sombras y nieblas; pero tiene tambien sus dias espléndidos y de fiesta.

Como algunas caprichosas beldades, tan pronto se envuelve en las gasas misteriosas que se desprenden de los picos de las montañas que rodean su magnífico valle, como se muestra risueña y tentadora, haciendo gala, á la luz de un sol tropical, de sus gracias ocultas y seductoras.

Así la veo en esta deliciosa mañana de primavera, en que me encamino, por la centésima vez, en direccion á la *Cascada de Rincon-Grande*.

El cielo está puro y diáfano como el que cubre á las poblaciones de la mesa central, situadas á mayor elevacion del suelo en que están Jalapa y Orizava, llamado la *region de las nieblas*.

Rincon-Grande es una pequeña posesion de ganadería comprendida en el Municipio de Orizava, hácia la parte sureste de la ciudad.

El nombre que lleva cuadra perfectamente con su situacion y los demas accidentes topográficos que le caracterizan. Es, en efecto, un *rincon*, formado por los ramales de la sierra de Zongolica, que vienen á terminar al valle, y limitado por el curso de los rios que se desprenden impetuosamente de los montes vecinos, para correr hasta la mar, cruzando inmensas distancias.

En Rincon-Grande el terreno baja considerablemente. De esto proviene que la ciudad se vea colocada en el intermedio de una pintoresca elevacion que, á la simple vista, parece que comienza desde las azuladas faldas del *Pico de Orizava*, para venir á terminar en Rincon-Grande.

Apenas se interna uno en este paraje, cuando oye á lo lejos el estruendo que causan las aguas de los rios de *Orizava*, *Blanco* y *Tlilapan*, ó *San Juan del Rio*, al reunir sus corrientes.

A un lado está la confluencia de los dos primeros rios, y al frente la caida del tercero, que se precipita en las aguas del Orizava y Rio-Blanco, y, ya reunidos, forman la Cascada de Rincon-Grande.....

En los llanos de esta finca rural aun hay vestigios de las antiguas poblaciones que existieron en el valle. Consisten en algunos montecillos artificiales, en que abundan antigüedades arqueológicas de un escaso mérito.

Digitized by Google

Desde la cima de uno de ellos, que tiene la forma perfecta de un cerro truncado, contemplo el valle.

Si j'étais roi!.....

Si fuese yo pintor, *¡qué asunto tan magnífico!* como diria Hugo–Fóscolo; tendria para lucirse mi pincel!

Como quien ve las magnificencias de una fiesta soberbiamente sibarítica, y tiene la resignacion bastante para gustar de ella á una respetable distancia, por no serle dado hacer otra cosa, así gozo, con felicidad y sin envidia, al contemplar el panorama grandioso que presenta la ciudad oculta entre sus naranjos y platanares, siempre verdes y siempre sonantes.

El Citlaltepetl, ó la *Montaña de la luz*, resplandece con todo el brillo fantástico que le ha dado la leyenda nacional, el dia que se celebraron en su cima las exequias del gran profeta *Quetzalcoatl*.

A la derecha está el hermoso llano de *Escamela*, con su pirámide eterna, que lleva el mismo nombre, y sus pintorescos horizontes. En este lugar acamparon los ejércitos de Moctezuma I, en su paso á la conquista de la República de *Cotaxtla*.

En ese mismo sitio hacen otro tanto los franceses ahora.

¿Conseguirán lo que desea el que los envia?.....

El cerro del Borrego, que parece un monton de tierra roja, parece salir del centro de la ciudad.

El célebre Morelos supo aprovechar su posicion, cuando intentó debilitar al gobierno vireinal, arrebatándole uno de sus recursos en el producto de los tabacos de estos distritos cosecheros, con solo hacerse dueño de Orizava.

El no sé si infortunado ó bienaventurado Zaragoza, quiso hacer otro tanto. Una fatalidad hizo abortar su plan de campaña.

Napoleon el grande, sin Dessaix en Marengo, habria tenido por fin único la degollacion, como tuvo el martirio en Santa Elena, por la ausencia de Grouchy en Waterloo.

El *Borrego* guarda el recuerdo de una leccion, en la derrota casual, que engendró casualmente tambien la accion impremeditada de un oscuro oficial frances.

Si el general Ortega conserva el Borrego, el problema político que en América ha planteado Francia, no habria pasado de una mera intentona especulativa.....

El que se interna en los terrenos de Rincon–Grande, encuentra, á poco andar, precipicios inmensos, formados por las corrientes de los rios, y semiocultos por arboledas seculares.

El agua corre aquí en el fondo de abismos.

El camino que guia á la cascada está formado naturalmente, y solo los muy prácticos en el terreno dan con él sin mucho trabajo.

Está construido en el lomo de un creston, que se desprende del último planío de Rincon–Grande y baja ágriamente hasta las playas del Rio–Blanco, sombreado por gigantescos álamos y adornado de una variedad inmensa de parásitas.

La vegetacion es frondosa y exuberante, como lo es la de los terrenos húmedos y pantanosos, bañados continuamente por las evaporaciones de las corrientes de agua.

A poco andar el caminante, alentado por la umbría solitaria del bosque, menudea sus pasos, y aspirando fatigado el saludable ambiente, recibe luego la caricia restauradora de una lluvia ténue, vaporosa, que se levanta de las aguas, reflejando los matizados colores del íris.

La pendiente que del llano conduce á la cascada termina en una playa cómoda, adornada descuidadamente de plantas y flores silvestres.

La imaginacion puede colocar aquí la mansion de las Náyades.

Al acabar de descender, está uno al frente de la cascada.

Parece la caida de un rio de leche que arrastra diamantes (pues así brillan las gotas de agua que se desprenden del cauce), á una altura de cinco ó seis metros, entre el elegante follaje de colosales álamos, sonoros cañaverales y lirios perfumados, que se mecen blandamente, espejeándose en el cristal de las aguas, antes de que estas se precipiten al abismo.

Mas de treinta metros de extension mide la cascada.

No hay aquí mas ruido que el que produce la naturaleza, pura y salvaje. Nada ha hecho la mano del hombre: todo se diferencia esencialmente del bullicio mundanal que anda allá por la ciudad.

Me agrada este lugar, mientras mas le frecuento.

Pasar un dia en sitios á este semejante, como que restaura el ánimo abatido, desesperanzado, para volver al siguiente con alguna decision á las vulgaridades que, á decir verdad, forman el todo de la *vida social*.

Si descansar es gozar, en Rincon–Grande se goza.

Dígolo por mí.

Me extasío mirando y contemplando las bellezas nativas que guarda este rinconcito en que estoy.

Nada me perturba; la majestad de la naturaleza vela las miserias, las oculta en su regazo. En medio del aislamiento me creo nacer á nueva vida.

Si aquí hay tristeza, es la que se encuentra en la *Soledad*, dulce y apacible, y cuyos encantos no ponderó bastantemente el blando Zinmermann en su obra para mí inmortal.

Digitized by Google

Como decia yo antes: la mano del hombre nada ha hecho aquí, y esto está bueno ó debe estarlo por lo menos.

Si hubiera sucedido lo contrario, acaso estaria pésimo. A menudo, el hombre mata lo que toca.

Yo creo, juzgando por mí, que el hombre, sea el que fuere, tiene el don de errar.—¡Y no lo cree así!

—

Hablemos de la cascada.

Una bóveda de eterna verdura—el invierno mas riguroso, en Orizava, nada perjudica á la vegetacion—preserva al que en ella se cobija, así de los rayos solares como de la lluvia.

Hay aquí voces indefinibles y seductoras que hablan solamente á ciertos corazones.

Como el temeroso apóstol en el Tabor, quisiera levantar aquí mi tienda: *bonum est nos hic esse; si vis faciamus hic tria tabernacula, etc.*

Pero no es posible.—Volvamos á la ciudad, pues se acerca el fin del dia.....

Comienza á caer la tarde, y en el bosque zumban ya los insectos.

A lo lejos se deja oir el mugido de los ganados de las vaquerías vecinas, que repite el eco de las montañas.

Al encontrarse uno en la plataforma de los llanos de Rincon-Grande, despues de subir el camino andado para llegar á la cascada, el valle de Orizava presenta un espectáculo muy distinto del que ví en la mañana; pero no por eso es menos encantador.

El sol va ocultándose tras de las serranías del Ingenio, Tenango y el Carrizal, y sus rayos postrimeros iluminan enérgicamente todos los perfiles de la ciudad, que dan al Suroeste: el resto anda envuelto en sombras.

La brillante punta del Orizava, parece reflejar las llamas de un incendio; en el espacio corren nubes rojizas, precursoras del *Sur*, que

> « Blando el cabello, armada la cintura,
> Sus ojos como llamas de topacio,
> Volando deja ver en el espacio
> Los pliegues de su roja vestidura. » *

Estas líneas guardarán para mí un nuevo recuerdo grato, de los muchos que conservo de la *Cascada de Rincon-Grande.*

JOAQUIN ARRONIZ. (HIJO.)

(Apuntes de algunas excursiones en el valle de Orizava.)

* Pesado.—*Sitios y escenas de Orizava y Córdoba.* Soneto XXI.

AMOR Y DUDA.

—Dime: ¿por qué, Laura mia.
Exhalas triste suspiro,
Si en este bello retiro
La vida solo es amor?
¿Por qué lloras si te adoro,
Tierna, inocente paloma,
Si te dan sombra y aroma
El verde campo y la flor?

—¿No has visto, Enrique adorado,
Un roble que en su ventura
Al sentir el aura pura
Por sus hojas resbalar,
Descubre que entre sus ramas
Un ave guarda su nido,
Y junto á su amor querido
Se la escucha suspirar?

¿Por qué suspira si vive
El árbol de sus amores
Y tiene un nido de flores
En el roble encantador?
¿Por qué suspira infelice,
Por qué tristemente llora,
Si mañana con la aurora
Cantará su dulce amor?

¿Ay infeliz! porque teme
Que al lucir el claro dia
Le quede de su alegría
Solo un recuerdo de ayer;
Porque teme que su amante,
No cual ora enamorado,
Alce el vuelo enajenado
A buscar otro placer.

Yo no temo que la muerte
Me arranque cruel de tus brazos,
Y que destroce los lazos
Que dulces me unen á tí,
Porque, al menos, al dejarte
Mil suspiros daré al viento,
Y al sentir mi último aliento
Llorarás triste por mí.

Pero sí temo que un dia
De mí vivas olvidado,
Y vea solo en el pasado
Marchita una pobre flor;
Y por eso en mis ensueños,
Al gozar de tu ternura,
Fuera mi triste ventura
Que se apagara mi amor.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

1866.

Digitized by Google

GRANADA.

(Introduccion á la leyenda árabe LA TUMBA DE LA NAZARENA)

DEDICADA

A MI EXCELENTE AMIGO EL JOVEN POETA

Don Enrique de Olavarría y Ferrari.

Venid, seguidme á la fragosa cumbre
Del *Suspiro del Moro*,
Tras la que el sol, muriendo en Occidente,
Con medias tintas de carmin y de oro
Reflejos lanza de su roja lumbre,
Atomos de la luz Omnipotente!....

....Venid.... ¿Mirais al frente
Una oriental ciudad?.... Vedla, ¡es Granada!
La mansion de la paz y la alegría;
Del Andaluz la joya mas valiosa,
Entre rudos peñascos engarzada,
Festiva y bulliciosa
Cuando alumbra la luz del claro dia,
En lánguido sopor y mas hermosa
En el misterio de la noche umbría.

Vedla cuán voluptuosa
Sus encantos revela,
Cuando Lucina, la nocturna diosa,
Que en el *Darro* y *Xenil* ténue riela,
Cubierta con blanquísimos cendales
Que las nubes le forman, triste vela
Por los pobres mortales,
E inunda de misterio y poesía,
Mandando melancólicos raudales
De blanca y trasparente argentería,
A esa preciosa perla
Tirada en el Edén de Andalucía.....

Venid, venid á verla:
Aquí mejor ambiente se respira....
Ved su vega feraz y dilatada
Y su sierra gigántica de *Elvira*....

¡Ved descollar allá *Sierra Nevada*
Escalando la atmósfera serena
Con su diadema de eternales nieves!
Mirad *Sierra Morena*
De tradiciones y de encantos llena,
Con sus sitios selváticos, bravíos,
Por do pasan formando mil cascadas
Las abundosas aguas de los rios,
Yendo á regar la alfombra de colores
Que le forman las flores
A las tendidas fértiles praderas,
Donde se miran bosques de avellanos,
Y *chumbos* y manzanos
Y sonoras gigantes datileras....

Mirad surgir los leves,
Majestosos, erguidos alminares,
Acueductos, mezquitas y palacios
Que de los sóbrios hijos de la Arabia
A reemplazar vinieron los aduares.

Mirad la Alhambra en la *colina roja*,
Esa obra de los genios,
Y el Albaicin en la que está frontera....
Ved el *Generalife*,
Ese jardin florífero y fecundo
Sin rival en el mundo,
Do del *Deleite* la mansion impera,
Con escondidas solitarias grutas,
Y artificiales fuentes
Que entre las juncias y la hiedra filtran
Sus aguas trasparentes,
Regando los risueños bosquecillos
De cedros, de granados y jazmines,
Y blancos olmos de ovaladas frondas
Donde anidan los tiernos colorines.

Regadas por do quiera
Por las azules ondas,
Vereis en él innúmeras las flores,
Exhalando al ambiente sus olores:
Las lilas, los silvestres *jaramagos*,
El tulipan de mágicos colores,
La rosa reina, el lirio de los lagos
De matiz tan vistoso y tan distinto,
La diminuta y pálida mosqueta,
La tímida violeta,
La blanca adelfa y el azul jacinto....

Mirareis el *Ciprés de la Sultana*
Bajo el cual gozó tanto,
Y, á impulso de su amor casto y profundo,
Adivinó en el mundo
Un nunca conocido dulce encanto,
Y donde presa de la cruda suerte,
Zoraida la infeliz derramó llanto
De *Aben-Hamet* por la temprana muerte....

Por allí discurriendo, á la memoria
Os traerán esa doliente historia,
Con elocuencia, las sencillas aves
Que en trinos cadenciosos y süaves
Querellan en el bosque sus amores,
Al despuntar la luz de la mañana
Y al ocultar el sol sus resplandores.

Y mirareis pequeñas
Cascadas bullidoras,
Y fuera, en la llanura,
Las aguas de los rios serpeando,
Las solitarias palmas cimbradoras
Sus luengas cabelleras agitando,
Extensas sementeras, tamarindos,
Naranjos, limoneros, y á millares,
Entre *cármenes* lindos,
Inmensos y floridos olivares;
Y tras las cumbres de encrespados montes,
Dilatados y azules horizontes....
Y cuanto Dios en su bondad la diera
A esa joya magnífica y preciada
Para que asombro de las gentes fuera
Aun mas allá de los rugientes mares....

¡Salve, bella Granada!
Sultana del pensil de los amores,
Indolente y lasciva, reclinada
Sobre tu lecho de pintadas flores!

Digitized by Google

¡Salve! Yo te saludo, sacro templo
Del saber y la gloria!
Yo adoro tu belleza peregrina,
Y absorto te contemplo,
Porque eres fiel trasunto
De la mansion de *Hiram* que se destina
Al que obró el bien en el mezquino suelo;
¡Porque eres un giron del alto cielo
Desprendido por Dios, para mostrarnos
Su Majestad divina!!....

¡Salve! salve mil veces! ¡Oh Granada!
Yo, pobre vate errante,
Vagabundo cantor de la belleza,
Nacido en otro Eden de tí distante,
Eden que rivaliza
Contigo en la hermosura y la riqueza,
Si á la indiana deidad le canto amores,
Porque ella con amor meció mi cuna,
Admiro como debo
De la bellá extranjera los primores,
Y aquí en mi corazon su imágen llevo.

Eden perdido del errante moro,
Recibe mis loores;
Porque fuiste infeliz tambien te adoro....
¡Cuánto, cuánto deploro
Tus pasados terribles sinsabores!....
¿Qué fué de tu grandeza?
¿Qué de tu poderío?
Solo te queda tu florido manto
Que ha regado el rocío de tu llanto,
Como hoy le riega el abundante mio.
.....
.....

Quiera el cielo y feliz siempre te veas:
Quiera el cielo no seas
La presa del horrible despotismo
Como mi pobre patria,
Ni vierta su mortífero veneno
El inmundo reptil del fanatismo
Cebándose en la sangre de tu seno!....

Yo á tí dirijo de entusiasmo lleno
Mi atónita mirada,
Sin acertar á describir tu encanto!....
¡Salve, bella Granada!
Tu magia sin igual, tu hechizo es tanto,
Tan sincera tu fé, tal tu grandeza,
Que queriendo elevar gigante canto
Me ciega el resplandor de tu belleza....
A mi pesar se dobla mi rodilla,
Reverente descubro mi cabeza....
Por el asombro te contemplo mudo....
Por tí olvido mi cántiga sencilla,
Y guardando silencio te saludo.

ESTÉBAN GONZALEZ VERÁSTEGUI.

Granada, 22 de Mayo de 1861.

LA AZUCENA.

Solitaria en un valle ameno y delicioso, y en una alfombra de menudo césped, nació una flor cuyo aroma embalsamaba las auras que la mecian en su tallo. Las aves, poetas inimitables de la naturaleza, cantaban á su lado sus amores, y sus trinos deliciosos velaban el sueño de sus ilusiones. La flor no amaba, porque pura é inocente cual los ángeles, llevaba en su cáliz un corazon dormido aun para los placeres y el amor. El sol alumbraba en las mañanas sus pintadas hojas, y sus rayos parecian decirla entusiasmados: «ama, florecilla; la vida sin el amor es la noche eterna, es el olvido de todos y la muerte sin un destello de esperanza: los que no aman no tienen corazon y borran todos los recuerdos.» La flor escuchaba con asombro esas palabras, y aterrada plegaba su corola teñida de rubor. La luna esparcia por la noche sus argentados reflejos en su hermosura, y entre el rumor del mundo que dormia, murmuraba placentera: « duerme, florecilla, la noche es el bálsamo de consuelo para todos; los que aman buscan su soledad para pensar en sus amores, y los que lloran derraman lágrimas en su silenciosa oscuridad para ocultarlas al mundo; la esperanza acaba cuando llega el dolor, y la ilusion que ha sonreido muere entre el desengaño; los que aman siembran espinas en lugar de flores.» El eco repetia entre las ramas de la flor esas voces, y ella se complacia en escucharlas. Abria su corola y recogia entre sus hojas el beso de la noche: el rocío. Las perlas que se depositaban en su cáliz eran lágrimas que derramaban los ángeles sus hermanos, por su ausencia dilatada..... Así pasaron sus mejores dias, y tranquila, cifraba toda su ventura en ese retiro misterioso. Las aves, obstinadas en conseguir su amor, lloraban sus desdenes, y sus gorjeos despertaban en el corazon de la flor la armonía de lo sublime: sus lamentos eran esas notas de dolor que se arrancan á la lira del Creador: el alma. La flor siempre temerosa y desconfiada, escuchaba aquel canto de ternura, y el suspiro que salia de su corola, arrullado entre un himno de pureza, volaba á la mansion de sus hermanos. La duda y el temor se apoderaron de su alma, y triste é impaciente, esperaba la noche para verter su llanto y consolar sus penas. Las sombras envolvian en su manto lóbrego esas gotas del rocío de su alma, y la noche guardaba en su azul purísimo esos diamantes que reflejaban en su brillo á las estrellas.....

Una mañana, cuando el sol despuntaba en el Oriente, entre la melodía incomprensible de la naturaleza, las aves agrupadas en torno de la flor, elevaban sus dulces concentos, emanaciones del alma, y sus arpegios llenos de ternura y sentimiento, parecian el adios postrero de la tarde al terminar el dia; reflejo último de luz en el pedestal grandioso de las tinieblas. Las auras suspiraban tristemente, y el valle, velado por un tinte melancólico, retra-

Digitized by Google

taba la magnificencia de aquel cuadro sombrío que iluminaba con el fuego encendido de sus rayos, el sol que con todo su regio esplendor formaba una auréola en la frente de aquella flor pura que oscilaba marchita en su flexible y delicado tallo: parecia que ese astro majestuoso contemplaba absorto aquella pureza y aquella escena terrible de dolor. El césped, que se extendia á las plantas de la flor marchita como una alfombra inmensa de esmeraldas, dibujaba una lágrima, y se inclinaba al peso de su dolor, exhalando inconsolables los ayes mas solemnes de amargura.....

***

La azucena habia muerto entre el himno de amor que elevaban al cielo las aves de aquel valle. La historia de la flor fué escrita en la primera página del libro de su corazon que se abria al amor, y que la inocencia resguardó con su pureza. Cuando la azucena, ya enamorada, alzó altares al cariño en el fondo de su alma, la «Inocencia,» ángel hermano suyo, la apartó de ese camino y la condujo hasta su templo. La azucena inspiró sentidos cantos á la lira sublime de las aves, que lloran su muerte, y simboliza desde entonces «La Inocencia.»

ANTONIO F. PORTILLA.

Veracruz, Agosto 25 de 1869.

INVOCACION.

(Traducida libremente de Lamartine.)

¡Oh tú que apareciste
Del mundo en el desierto,
Angel del cielo hermoso
En esta triste playa peregrino!
¡Oh, tú, que haces brillar ante mi vista
El rayo del amor esplendoroso!
Dime de dónde vienes;
Quiero saber tu nombre, tu destino,
Si aquí en la tierra tu morada tienes
O eres un soplo del amor divino!
¿Vas á volver al cielo?
¿O acaso en este suelo
De amarga proscripcion cárcel penosa,
Triste lugar de lágrimas y duelo
Vas á seguir tu senda dolorosa?....
¡Ah! pues cualquiera que tu nombre sea,
Tu patria y tu mision; hija dichosa
De la celeste esfera,
O errante pasajera
Nacida entre el dolor del mundo impío,
Permite amante que en mi vida entera,
Yo te ofrezca mi amor y el culto mio.
Si debes como yo morir un dia,
Sé mi apoyo en la tierra, sé mi guía;
Y déjame piadosa que en mi anhelo
Siga tu imágen bella
Y el polvo bese de tu leve huella.
Mas si distante de la vista mia
Desplegando tus alas presurosa,
Hermana de los ángeles te elevas
Y al cielo vas á ver á tus hermanos,
Despues de amarme un dia
En este oscuro suelo,
De mí te acuerda en tu divino cielo.

JOSÉ ROSAS.

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

XII

Amor.

Isabel, en cuya alma no se habia eclipsado un momento la imágen del gallardo mexicano, apenas estuvo sola, se puso á pensar con toda libertad en aquella aparicion que venía á derramar una nueva luz sobre su porvenir.

En las organizaciones dulces y tímidas como la de Isabel, el amor comienza así, apoderándose rápidamente y con mas fuerza, á medida que es mas débil el espíritu que domina.

La jóven comenzó á decirse todas esas palabras que, sin salir de los labios, causan rubor á las niñas y las hacen recelar las miradas y los oidos extraños, como si el fondo de su pensamiento y de su corazon pudiese ser visto, y como si el acento de su voz íntima pudiese ser escuchado.

—¡Qué interesante es! ¡cuánta elegancia en su trage y en sus actitudes! ¡qué delicadeza en sus maneras! ¡qué valor se descubre en su carácter! ¡qué talento en sus palabras! Pero sobre todo sus ojos tienen algo que subyuga, que atrae, que penetra hasta el corazon.

Y luego Isabel pasaba revista en su memoria á sus adoradores antiguos, los comparaba con Enrique, y aun haciendo todos los esfuerzos posibles por ennoblecerlos, por poetizarlos, por exagerar sus cualidades brillantes, los encontraba inferiores, los encontraba prosáicos, por mas que evocaba en su favor toda la antigüedad del afecto, todo el orgullo del *patriotismo*.

No, no habia nadie igual á su nuevo amigo.

—Pero este hombre, añadia, no puede, no debe tener el corazon libre; es preciso, es seguro que ame á otra, que haya dejado en México á la querida de su alma, porque con tales cualidades, seria absurdo suponer que no hubiese habido, no digo una mujer, sino cien mujeres que le amasen.

Y este pensamiento le hacia mal.

—Y ¿qué me importa, despues de todo, que tenga amores y que le adoren en México ó en cualquiera otra parte? ¿Acaso yo puedo amarle, acaso él no es una ave de paso que durará aquí el tiempo que tarden los franceses en venir? ¿Acaso sabemos quién es? ¡Qué loca soy en estar pensando en esto!

Y procurando distraerse y hacerse ruido, se sentaba al piano y ensayaba una melodía; pero la música ejercia luego en su espíritu su natural influencia; latia su corazon, y la imágen del bello oficial venia á interponerse entre sus ojos y el papel de música extendido sobre el atril.

Digitized by Google

Entonces se interrumpia, quedábase meditabunda otra vez, y recordaba á Clemencia.

Le parecia que su amiga habia hablado de Enrique con mas interes del que es natural respecto de una persona á quien se ve por vez primera. La habia visto dirigir á Flores frecuentes miradas, y aun estaba segura de que habia quedado *impresionada* fuertemente. Y era de suponerse; Clemencia era una mujer de imaginacion exaltada y ardiente, amaba tambien lo bello; ¿cómo no habia de haber encontrado digno de atencion á aquel jóven tan privilegiado? Pero Clemencia era orgullosa y dominadora, sabia disimular sus inclinaciones, y no queria por nada de este mundo cometer la debilidad de indicar con una sola mirada, con una sola palabra, el afecto de su corazon.

Así es, que no habia motivo para temer una rivalidad ..... por lo pronto, pues aunque Clemencia era acusada de coqueta hacia algun tiempo, y gustaba de avasallar á todo el mundo, no lograria en este caso nada interponiéndose, como se interponia, el amor de una amiga tan querida: sobre todo, Enrique iba á estar enamorado dentro de poco tiempo, y eso bastaba.

Tales eran las ideas que en tumulto se levantaban en el alma de Isabel.

Y cuando el pensamiento de su antagonismo con Clemencia le preocupaba mas fuertemente, cuando suponia que su amiga, atropellando todas las consideraciones habia de acometer la empresa de subyugar á Enrique, Isabel se levantaba apresuradamente, se ponia frente á uno de los grandes espejos que adornaban su salon, veia retratada en él su imágen y sonreia con aire de triunfo. Era bella, no con la belleza de su amiga, sino con una belleza mas pura, mas poética, mas ideal.

—Enrique no puede enamorarse sino de una mujer que hable á su alma, pensaba.

Pero inmediatamente, y cándida é inexperta como era, sentia que en las miradas de Enrique y en su sonrisa habia algo que no era enteramente puro, algo semejante al deseo, algo que parecia abrasar, y la niña recordaba que sus mejillas se habian encendido, y sus labios habian temblado, y palpitado su corazon al sentir la influencia de esos ojos azules que parecian despedir llamas sobre todo aquello en que se fijaban.

Entonces un misterioso terror se apoderaba de ella, y habia alguna voz íntima que le decia que aquel hombre era peligroso para su virtud y para su reposo, ó bien que Clemencia, la mujer de las miradas de fuego, era la que debia cautivar la naturaleza sensual del jóven mexicano.

Tan diversos pensamientos estuvieron atormentando á la bella rubia, durante algunas horas, hasta que la llegada de algunos amigos, jóvenes de Guadalajara que tenian costumbre de hacerle la corte, vino á distraerla de su penosa agitacion.

Pero en lugar de que la vista y la conversacion de sus antiguos adoradores pudieran consolarla y aun hacerle olvidar sus preocupaciones anteriores, solo sirvieron para darles mas fuerza.

Isabel, que permanecia obstinadamente callada ó que apenas se dignaba mezclar en la conversacion algunas palabras sin sentido, habia estado observando fijamente y como pensativa, á los jóvenes, los habia comparado con aquella imágen que tenia tan presente en la memoria, y concluia con hacer un pequeño movimiento de impaciencia que cualquiera que hubiese leido en su alma, habria traducido de este modo:

—Ninguno es como él.

Y en efecto, no podian comparársele bajo ningun punto de vista.

Los pobres muchachos se despidieron sin comprender el por qué de aquella taciturnidad y preocupacion que habian notado en la bella rubia, por lo regular, tan risueña tan franca y comunicativa.

Vino la noche, y con ella el insomnio de la mujer enamorada, y el tropel de profundas meditaciones y de vehementes sentimientos.

Nuevas reflexiones la asaltaron en las horas de reposo, otra vez vino la imágen de Clemencia á aparecérsele con todo el brillo de una hermosura irresistible y con la actitud y la sonrisa del triunfo, y todo esto, unido al violento deseo de que fuera de dia y de volver á ver al bello oficial, la hizo pasar en una verdadera tortura las primeras horas de aquella noche malhadada.

Habia llegado para Clemencia el fatal instante de amar. Los afectos que antes abrigaba en su alma y que habian apoderádose de ella, lenta y tibiamente desaparecieron para dar lugar solo á ese amor imperioso que habia venido como la tempestad y que habia herido como el rayo.

Todavía no era una pasion, pero sin duda alguna podia llegar á serlo; é Isabel lo comprendia en el vago temor que sentia al pensar en Enrique, y que la obligaba á rezar para buscar apoyo en Dios, contra ese sentimiento que parecia dominar su corazon de una manera tan desconocida como inesperada.

Al dia siguiente, Isabel estaba tan pálida, tan pensativa, demostraba tal agitacion y tal malestar, que su madre, alarmada, no pudo menos de preguntarle la causa de aquella novedad que era tan perceptible. Isabel pretextó un fuerte dolor de cabeza, y procuró ocultar á los ojos de todos sus sensaciones, fingiendo una alegria que á medida que era mas extraordinaria parecia menos natural.

Vistióse con esmero, y aun podria decirse con coquetería. Sentóse al piano; pero cambiando á menudo papeles y no concluyendo ninguna pieza que comenzaba, mas bien parecia agitada por una impaciencia febril, que inspirada por el númen de la melodía. Jugaba con las teclas, improvisaba, mezclaba las armonías tristes de los maestros italianos con las notas profundas de la música alemana ó con las alegres y ligeras de los maestros franceses. En fin, pensaba tocando y traducia en el piano sus pensamientos desordenados y confusos, y se volvia fre-

Digitized by Google

cuentemente hácia la puerta, como si esperase la aparicion que evocaba en lo íntimo de su alma.

Así pasaron como siglos las horas de la mañana. Pero llegó la tarde; Isabel pensó salir á dar un paseo para distraerse; pero temiendo que su primo y su amigo no la encontrasen en casa, en caso de venir, prefirió quedarse sufriendo aquellos dulces tormentos de la expectativa y de la soledad.

No se engañó: dieron las cuatro, y la voz armoniosa de Enrique sonó en los corredores. El corazon de Isabel palpitó apresurado, y cubierto de rubor el semblante, la jóven miró á la puerta por donde en efecto aparecieron los dos oficiales.

(Continuará.)

UN RECUERDO

A la querida memoria de mi respetable padre el Sr. D. Ignacio Gil.

Cuando en mis largas horas de tristeza,
El libro recorriendo de mi historia,
Viene tu nombre dulce á mi memoria,
A mis ojos se agolpa con presteza
De ternura filial intenso llanto,
En mi pecho se anudan los suspiros,
Y entonces ¡ay! con lastimosos giros
Expreso mi cruelísimo quebranto.

En medio á la ilusion de mi deseo,
Remontándome á tiempos mas dichosos
Y á lugares tambien mas venturosos,
Tu voz escucho y tu figura veo.
Me parece tocar tu noble frente
Con mis labios, y loca desvarío:
Los brazos tiendo al aire inútilmente,
Y exclamo con placer: «¡oh padre mio!»

Me miro cuando niña tierna y pura
Recibiendo tus plácidas caricias,
Disfrutando de nuevo las delicias
Que me brindó tu paternal ternura.
Vuelvo á mis juegos infantiles, torno
A correr tras la leve mariposa
Que reposaba en la modesta rosa,
De nuestro huerto delicioso adorno.

Y vuelvo á aquellas noches misteriosas
En que yo reclinada en tu regazo,
Mi cabeza posando allí en tu brazo
Y al són de tus canciones deliciosas,
Al sueño me entregaba dulcemente
Descuidada, tranquila y sin dolores,
En mis juegos soñando y en mis flores,
Y en tu afecto sencillo é inocente.

Me contemplo sentada en tus rodillas
Acariciando tu cabello cano
Y tu rugada frente con mi mano,
Mis palabras diciéndote sencillas.
Te miro sonreïr con alegría,
O bien con un secreto desconsuelo,
Tus tiernos ojos levantar al cielo
Y exclamar con dolor: «¡pobre hija mia!»

¡Ay! es que entonces previsor, profundo,
Las sombras del futuro penetrando,
Desde entonces estabas contemplando
Lo que sufrir tenia sobre el mundo.
Y es, que inspirado por el Sér divino
Que te alumbraba con su eterna ciencia,
De mi frágil y mísera existencia
Tú conociste entonces el destino.

Yo entonces, en mis juegos arrobada,
Tu exclamacion terrible no entendia;
Porque era una sublime profecía
Que he mirado despues realizada.
¡Pobre! dijiste bien, pues solo abrojos
Para mí tuvo la egoísta tierra;
Solo dolor mi corazon encierra,
Y lágrimas tan solo hay en mis ojos.

Por eso tus consejos diariamente
Me dabas bondadoso: ellos han sido
Mi escudo salvador, cuando he sentido
Rugir la tempestad sobre mi frente;
Ellos, cual faro en los revueltos mares,
Me guiaron con luz apetecible;
Si oírlos hoy de tí fuera posible,
No sufriera tan bárbaros pesares.

Pero ya que envidiosa cuanto impía
Te me robó la muerte, padre amado,
Tu nombre invoca el labio apesarado
Como un apoyo en la desgracia mia.
Y entonces ¡ay! desde el excelso cielo
A do por tus virtudes ascendiste,
Al verme sola sobre el mundo triste,
Me das intenso y bienhechor consuelo.

Tu nombre invoco, sí, que agradecida
No olvido de tu amor la pura llama;
Por eso siempre con fervor te aclama
Quien tanto, padre, te debió en la vida.
Tu sombra tutelar por donde quiera
Me sigue y me proteje cariñosa,
Ella me trae felicidad copiosa,
Ella desarma mi desgracia fiera.

¿Qué darte mas podrá tu tierna hija
Si no es de gratitud el sentimiento?
Tú á sentir me enseñaste, pues te siento,
Porque es mi pena sin igual, prolija.
Yo quisiera tener mil corazones
Para amarte con ellos cual mereces,
Y demostrarte cien, y cien mas veces
Mis inmensas y grandes afecciones.

Llorar, por tí llorar es mi delicia,
Pues yo bien sé que acoges con ternura
El llanto que verter la desventura
Me hace por tí: que con bondad propicia
Yo sé que desde el cielo por mí velas,
Y que en las noches, á mi triste lecho
Bajas amable, oprímesme en tu pecho,
Y en sueños, generoso, me consuelas.

Digitized by Google

Siempre, siempre hazlo así, padre adorado,
Y en tu amparo fiada y engreída,
Menos amarga me será la vida
Que mi destino cruel ha acibarado.
Y cuando venga la deseada muerte
A cobijarme con su dulce abrigo,
Llévame ¡oh padre! llévame contigo
Para entonces allí jamás perderte.

LUISA GIL.

Octubre de 1869.

PENSAMIENTOS FILOSOFICOS.

Por poco que observemos los fenómenos interiores y analicemos las facultades de nuestra alma; por poco, en una palabra, que estudiemos al hombre, encontraremos que hay en él ideas que no ha podido adquirir por los sentidos, como la de inmensidad, eternidad, perfeccion, infinito.....

¿Qué podremos inferir de aquí? Cada uno inferirá lo que mas cuadre á sus opiniones ó á las doctrinas de su escuela; en cuanto á mí, solo diré que este hecho constante, universal é indisputable, me parece un fundamento bastante sólido para asegurar que en la cabeza del hombre ha caido alguna chispa de luz, desprendida de lo mas alto de los cielos.

Hay hombres que atraviesan el árido desierto de la vida, cabizbajos y murmurando blasfemias: tales hombres inspiran á la vez tristeza y espanto.

En medio de su delirio, en el agotamiento de sus fuerzas, en la angustia y el horror de la duda, dicen que la fé es contraria á la razon.

¿Contraria? y ¿por qué?

La razon es el fondo mismo de nuestra naturaleza inteligente, y la fé es la creencia en el órden sobrenatural, creencia que si no supiera nuestra naturaleza inteligente, seria una palabra sin sentido. Luego la fé supone la razon en vez de serle contraria.

Pero dejémosles proseguir su camino poseidos de una rabia sombría; ya no oyen ni ven, el infierno los llama en secreto, y ellos marchan silenciosamente al festin de los réprobos.

El entendimiento humano necesita ver algunos objetos á media luz para conocer otros con claridad; si desvía su vista de los primeros, desparecen del todo los segundos. No hay medio, en nuestra condicion actual, entre las sombras del misterio y las tinieblas espesas de la nada.

En muy pocas horas podemos ver la luz rosada de la aurora, el sol ardiente del medio dia, y el crepúsculo tristísimo de la tarde.

La aurora es hermosa, pero no ilumina los objetos.

El sol en el meridiano arroja viva luz sobre la tierra, pero fatiga, y causa desmayo y tedio.

El crepúsculo, en medio de su languidez y de sus sombras, tiene alguna cosa que conmueve gratamente el corazon.

El Señor de los tiempos ha querido que cada dia fuese el reflejo de la vida humana; y al través de las sombras primeras de la noche, nos hace entrever una luz apacible y purísima, que inspira sueños de felicidad cumplida ó aviva los dolores del corazon.

La creacion es la inmensa cadena de los séres, que sale de los labios del Altísimo y termina en las secretas profundidades que no nos es dado penetrar. El hombre está colocado en el centro de esa cadena, y por mas esfuerzos que haga no se desprenderá, porque no puede destruir la obra del Omnipotente.

Negará el órden sobrenatural, queriendo desprender así su razon de la razon superior; pero inmediatamente dará nuevo testimonio de ese órden, cayendo en las tinieblas de la supersticion.

Querrá apartar su corazon del órden superior, negando la moral; pero la confesará á su pesar, amando en seguida la inmundicia, los vanos fantasmas y las sombras que sin cesar aparecerán y desaparecerán ante su vista extraviada.

Podrá, en fin, negar todo, haciendo un esfuerzo supremo para romper esa cadena, cuyo primer eslabon se esconde en el seno de la eternidad; pero todo lo testificará de una manera terrible, con los rugidos de la desesperacion y las convulsiones de una agonía dolorosa, que durará lo que dure su vida.

Hay mas de una analogía entre la fé y la abnegacion. La fé supone el sacrificio del *yo* en el órden intelectual. La abnegacion supone el sacrificio del *yo* en el órden moral.

La fé es el lazo que une el entendimiento humano al entendimiento divino, al paso que la abnegacion une la voluntad humana á la divina voluntad.

La fé, por último, salva el entendimiento de la duda absoluta, que es su muerte; y la abnegacion salva la voluntad de la completa depravacion, que es su sepulcro.

¡Oh, hombre! dime, ¿cómo siendo un átomo reflejan en tí su luz todos los soles? Dime: ¿cómo siendo una sombra te circunda lo infinito?

Las almas elevadas tocan, por decirlo así, los límites de lo contingente, y presienten con mas viveza lo absoluto y necesario: de aquí viene esa mayor aptitud que tienen para el sacrificio. De manera que podria decirse que el sacrificio es la medida de las almas grandes.

Los retóricos han definido lo sublime de una manera vulgar; entre ellos, Longino ha tenido un pensamiento feliz, pero expresado por medio de una

Digitized by Google

metáfora demasiado impropia. «Lo sublime, dijo, es el sonido de una alma grande.»

Sin embargo de que lo sublime se siente mas bien que se explica, entiendo que, reuniendo sus caracteres y estudiando detenidamente su naturaleza, podria definirse:

«Es el grito que exhala una alma al ser herida por un rayo de lo infinito.»

Un hombre vulgar se conoce desde luego por un egoismo mezquino y repugnante; y un hombre bien formado, por el amor al deber; pero un hombre superior no se puede conocer á primera vista, es preciso verle en situaciones críticas, en momentos de angustia y desesperacion: si, entonces, el bien de sus semejantes es su única guia, creed que ha recibido del cielo ese instinto del sacrificio que eleva á la humanidad á una altura inconmensurable.

Los que hablan de los extravíos de la razon no entienden de seguro lo que dicen.

La razon no puede extraviarse, porque no puede marchar, es inactiva; el entendimiento puede extraviarse, porque él es quien percibe, juzga y raciocina.

La razon es el conjunto de las leyes fundamentales de nuestro espíritu, es el fondo mismo de nuestra naturaleza inteligente, al paso que el entendimiento no es mas que la facultad de conocer; digamos mejor, la vista del alma. Esta, pues, puede ser ofuscada por mil causas, pero las leyes del espíritu subsistirán eternamente.

Expresaré mi pensamiento en una sola frase:

La razon no puede extraviarse, porque es la lámpara encendida por la mano de Dios en el santuario de la conciencia; el entendimiento puede avivar su luz dándole mas pábulo, ó amortiguarla arrojando sobre ella soplos inmundos, pero nunca conseguirá extinguirla: hé aquí por qué sostengo que al entendimiento, y no á la razon, debe culparse de nuestros errores.

José de Jesus Jimenez.

ANTES DE MORIR.*

SONETO.

Un viaje voy á hacer, esposa mia,
Por órden imperiosa del destino;
Que me sigas no quiero en el camino,
Porque no llevo luz, norte ni guia.
Tú solamente fuiste la alegría
De este pobre y errante peregrino,
Porque tú hiciste, con tu amor divino
Tornarse en existencia su agonía.
Es hora de llorar.... mas no lloremos;
Un lazo eterno, misterioso, existe
Que unidos nos mantiene aunque no estemos.
A la amargura, como yo, resiste;
No llores, no; que al fin nos uniremos
En la posada silenciosa y triste.

Juan Valle.

* Este soneto inédito del eminente y malogrado Juan Valle, fué compuesto por él algunas horas antes de morir.

LAS TINIEBLAS.

(Traduccion de Byron.)

DEDICADA Á LA BOHEMIA LITERARIA.

Soñé.... no fué un sueño. El sol rutilante
Habíase extinguido allá en las alturas,
Y en giro indecible confuso y errante
Luceros y estrellas vagaban á oscuras.

La tierra flotaba cubierta de hielo
Cual ciego que ignora do tiende la mano;
La sombra reinaba, reinaba en el cielo,
Cubria los montes, pesaba en el llano.

La luna apagada vagaba en la altura,
Se iba, y oscura la aurora venia;
Oscura pasaba é íbase oscura,
Tornó en la mañana, mas no trajo al dia.

Los hombres temblaban inquietos, turbados
Y al cielo de bronce las manos alzaban;
De amor, de pasiones, de todo olvidados
La luz solamente, la luz imploraban.

Y nadie su muda plegaria egoista
Ni acá ni en la altura piadoso escuchaba;
Y luz deseando que diérales vista,
Palacios y chozas al fuego entregaba.

Rodeando sus casas, que todas ardian,
Los hombres giraban al pié de la hoguera,
Y ansiosos entre ellos la vista tendian
Por verle á lo menos la vez postrimera.

Tambien á las selvas que el tiempo eterniza
Por ver un instante pegáronles fuego;
Mas todos los troncos se hicieron ceniza
Y todo á tinieblas tornábase luego.

De un tronco la flama, que ya se apagaba,
Lanzaba temblando relámpagos rojos;
La faz de los hombres así iluminaba,
Pero ellos al verse, cerraron los ojos.

Sus rostros, no de hombres, de espectros errantes
De miedo y congoja se hallaban pintados:
Lloraban, gemian, ó bien anhelantes
Cebando la hoguera se hallaban sentados.

Un solo, terrible, tenaz pensamiento
Llenaba de todos la mente y el alma;
Morir sin remedio, morir al momento,
Sin lucha, sin gloria, inertes, con calma.

De sangre los campos se hallaban cubiertos,
Cadáveres negros los montes cubrian,
Y sobre los vivos, y sobre los muertos
Los cuervos graznando las alas tendian.

El hambre cebaba sus uñas de acero
En todas las presas que olvida la muerte.
La fieras, y el hombre que se ha hecho mas fiero
Disputan las presas que ofrece la suerte.

Un perro tan solo tendido en la arena
Cuidaba un cadáver allá en el desierto,
Mas la hambre lo acosa, la sed lo envenena
Y muere lamiendo las manos del muerto.

No corren los rios, los vientos no agitan
Las olas del Ponto, del monte las nieblas,
De nada las sombras al fin necesitan,
El mundo, el espacio, ya todo es tinieblas.

Ramon Valle.

México, Setiembre 14 de 1869.

Digitized by Google

REVISTA TEATRAL.

Con saber que mi amigo el bueno del organista, á quien conocen ya mis lectores, especialmente los del *Siglo XIX*, con saber que estuvo á mi lado en el teatro la noche en que se representaron los *Diamantes de la corona*, ya es lo bastante para suponer que esta mi revista será materia de sabroso entretenimiento, y quién sabe si aun de útil enseñanza. Acabada que fué la funcion, é instalados mi amigo y yo en el hueco de una ventana de la Concordia, él sopeando con reposada fruicion una taza de chocolate, yo de codos sobre el mármol de la mesita con intencion de solo escucharle, comenzó mi amigo á eso de la tercera sopa sus comentarios sobre la zarzuela, más como quien piensa en voz alta, que como quien narra dialogando; dijo así aquel buen viejo:

«¡Barbieri! Barbieri es uno de los maestros españoles mas afamados; con Arrieta y con Gaztambide ha sostenido por largo tiempo en España la gloria de su música local; gracias á la revolucion, sus nombres y sus obras han venido hasta nosotros como balas perdidas, no sin causar graves contusiones y aun fracturas al buen gusto melodramático. ¿Creerá vd. que en una casa en donde me hallaba yo de visita noches pasadas, la señora y sus niñas interrumpieron un trozo de Lucía, y por cierto muy bien tocado en el piano, con esta blasfemia: «no, eso no; mejor algo de las últimas zarzuelas;» lo creerá vd?..... Pues señor, este Barbieri sabe; yo he tenido en mis manos un *Tratado de armonía* que escribió, allá, hace años, y no me formé sino muy buen concepto del maestro; despues he oido sus operetas, y continúo respetando sus conocimientos en contra-punto, y la profunda inteligencia con que trata el instrumental, en lo que generalmente pone sus cinco sentidos. No diré otro tanto sobre este particular acerca de Gaztambide, quien siempre tiende á salirse de los límites prescritos por el arte.

Y vea vd., la zarzuela esta de los *Diamantes de la corona*, como obra musical, es de las menos importantes de Barbieri: analicemos. Abre la escena un coro de bandoleros, harto vulgar y sin intencion; yo creo que el maestro, al dar la primera plumada dijo: «¡bah! al cabo, para empezar lo mismo da H que R.» Aparece en seguida el tenor cantando una ¿cavatina? no; ¿romanza? tampoco; en fin, llamémosla *pieza;* la orquesta anuncia una *tempestad;* el viento y el rayo andan por allá adentro enfurecidos, pero mansamente, y el tenor comienza sus *recitativi* del *ritornello*. El tal *ritornello* no puede negar la pinta: la medida zandunguera se percibe flotando á la ventura, y concluye cuando menos lo desea el oido; el *andante* que viene despues, ó sea el cuerpo de la..... llamémosle romanza, es bonito, pero mal hecho. Comienza su *proposta* con escaso interes; ataca su *risposta* sobre la dominante con oportunidad, y con un motivo tan gracioso, que en el público se difunde entonces un murmullo halagüeño, signo seguro de aprobacion; pero al pasar de estos compases á la conclusion de tan preciosa melodía, *volaverunt*, el autor se va á Tébas, y entretiene su canto vagamente, rematando con una *fermata* sin mas objeto que reclamar un aplauso; las frases de esa *fermata* no solo son vulgares de suyo, sino que ya fastidian, como que son la cadencia peculiar de los clarinetistas, es decir: *fa, sol, la, sol, do, si, mi* (de tres cuartos de hora), *re, do*. Yo no exijo que se invente otra cadencia, que eso seria pedir imposibles: las cadencias armónicas no son ni pueden ser mas que tres, y todas las demas que se hagan nó serán sino modificaciones hechas ya por los antepasados; pero nada de irracional tiene el pedir que se emplee lo menos usado; déjese ya en paz á la susodicha cadencia, porque á cualquier melodía que con ella se remate, habrá de sucederle lo que á aquella mujer de que habla Horacio, la cual *formosa superne*, hermosa por arriba, *desinit in piscem*, acaba en cola de pescado.

Viene en seguida la balada; en el primer tiempo es bonita, aunque por demas triste; en el segundo, coreado por los bandidos, es enérgica. En lo general me persuade poco, con todo y los aplausos que otras veces ha arrancado; ni son las palmadas y bravos las que suponen siempre mérito en las obras, ni de ello debe pagarse el autor cuando él mismo no está satisfecho de haber llenado las exigencias de la estética. ¿Qué es una *balada?* la *balada* ó *ballata* es la forma de cancion mas antigua entre los italianos; hay quien asegure que no es sino la primitiva oda griega. Pero, en fin, venga de donde viniere, lo cierto es que *balada* significa *cancion bailable*. Los griegos acostumbraban cantar sus odas é himnos delante de los dioses, y acomodando el canto al movimiento rítmico de la danza; dividían sus cantos en tres tiempos, llamados *estrofa, antiestrofa* y *épodo*, concluidos los cuales, hacian su *da capo*, repitiendo á discrecion. Las *ballate* italianas tambien se dividian en tres tiempos llamados *épodo, mutazione* y *volta:* los clásicos italianos Dante y Petrarca, y en nuestro siglo Chiabrera, tienen escritas composiciones poéticas de ese género; recuerdo ahora la *Resurrezione di Cristo*, balada de Lorenzo de Médicis. Los ingleses tienen tambien sus *ballad*, que no son sino odas con estrofas, las cuales muchas veces sirven de introduccion al baile. Las canciones del *Vaudeville* frances pueden considerarse como baladas. Pues toda esta erudicion viene á probar, que la *balada* ó *ballata* bien hecha ha de ser una cancion bailable, compuesta de tres tiempos, y cuyo colorido ha de participar del *grave*, del *religioso* y del *saltellante*, como que originariamente estaba destinada esa forma de cancion para entonarse delante de los dioses. ¿La *balada* de Barbieri cumple con esos preceptos? Ni á su compás se baila, sino que se bebe (en cuyo caso mas bien

Digitized by Google

se pone un *brindis*), ni tiene tres tiempos musicales sino dos, y por fin, carece absolutamente de colorido. La balada en cuestion no es otra cosa, en mi concepto, sino una bonita cancion véneto-española, de armonizacion sencilla y clara, bien continuada é impregnada de un sentimiento romántico, el cual se debe á la melodía del oboe. Esta pieza me llamó la atencion; pero quizá por no haber en ella gritos de esos que duran media hora, no gustó al público.

Viene luego el terceto; ¿por qué le llamarán así? ¿será porque hay en juego tres personas? Si tal es la regla, admitamos el diecinueveto, y aun el treintaiuneto. Pero no es esa la regla, no; voy á decirle á vd. cuál es, que de algo le ha de servir. Compónese la música de los tres elementos llamados *melodía*, *armonía* y *medida*. De la melodía y de la medida no hay para qué hablar; de la armonía sí, porque en ella está el *quid*. La armonía, pues, se compone de varias *partes*, y *parte* se llama técnicamente á la serie de sonidos que se suceden en línea recta; la armonía usada en la música libre no excede generalmente de cuatro *partes*, duplicadas á discrecion en la distribucion general. Cuando gira solo una *parte* en toda una pieza, dáse á esta el nombre de *melodía*, y á su forma el de cavatina, aria, romanza, etc. Cuando giran dos *partes reales* se dice dúo, duetto, ó duettino; cuando tres, terceto, cuando cuatro, cuarteto, etc. Finalmente, cuando en número indeterminado se duplican diversas partes, toma la pieza el nombre de *coro*.

De aquí se deduce, que solo abusivamente puede llamarse dúo á una melodía, por solo el hecho de que la cantan dos personas, como así mismo no es bien que se llame terceto á una pieza cantada por tres personas, cuando solo giran dos *partes reales*. Tal sucede con el pretendido terceto de los *Diamantes:* cuando canta uno de los artistas, callan los otros dos; y cuando cantan los tres, entonces el soprano y el tenor ejecutan al unísono *una parte*, mientras el bajo les hace un contrapunto, copia muy aproximada del terceto de *Trovador* en el primer acto. No es, pues, terceto. Por lo que toca al carácter de esa pieza, no acertó Barbieri á declararlo con su música; verdad es que la culpa no es del todo suya, por cuanto á que sobre una situacion falsa no se puede escribir sino falsa música. Un tenor *noble*, que llega á la caverna en medio de una tempestad, de la cual ni el poeta, ni Barbieri, ni el público, ni el mismo Grau se volvieron á acordar; un bandido hombre de bien; una jóven bella, casta y pura; que capitanea monederos falsos: tales son los personajes que tercetean. El galan, noble y todo, se enamora de aquella mala pécora (que tal se le representa); ella, reina y todo, no se desdeña de coquetear con quien no es su igual; el bandido, feroz y todo, hace el bufon: de semejante desquiciamiento de caracteres resulta un *pasticcio* digno de zarzuela; el mismo maestro de capilla del paraíso celestial, no hubiera logrado sacar partido de semejante situacion. Cuando en el andante, el bandido mete groseramente su cara entre las de la dama y el galan, cantuneando: « el chocolate se enfriará, » grosería de que ni el uno ni la otra se muestran ofendidos, resulta una bufonada completamente fuera de lugar.

Dos coros terminan este acto: el primero, en el cual el bandido bufon y hombre de bien vuelve agitado con la noticia de que las tropas llegan, recuerda el famoso terceto de *Ballo in maschera* antes del coro de la risa. Desaparecen los bandidos, y la escena queda por un momento sola; entonces hay un trozo instrumental que llena aquel hueco, y que no merecia figurar en zarzuela, tan digno así es de una ópera, y ópera séria; los trinos de las flautas, alternando con las escalas cromáticas de los clarinetes, oboes y fagotes, son de un efecto á cuya apreciacion no pueden alcanzar los oidos profanos. Poco dura el trozo, ó mas bien á mí me lo pareció, tan bello así es; espira al llegar la tropa anunciada. Los soldados cantan un segundo coro, pero su canto nada tiene de aire militar, á lo que contribuye en gran parte la letra; aquella frase «*como chinches morirán,*» es absolutamente impropia de una situacion tan séria. Concluye definitivamente el acto con una *marcha*, bastante buena por cierto, como que su efecto estaba encomendado á los instrumentos, y ya he dicho que Barbieri sabe escribir instrumentales.

Concluyamos nosotros tambien nuestra charla, al menos por hoy; que ya la emprendí con los *Diamantes de la corona*, y he de seguir analizando los otros dos actos, en los que no escasean bellezas. Quédese esto así, y mañana nos veremos; que yo digerí ya el chocolate, mientras estas gentes del café no digieren el planton que les llevamos dado.»

Y así era la verdad, que ya los mozos apagaban el gas con los plumeros, y el encargado de la casa iba y venia como quien algo busca; mi amigo y yo comprendimos que lo que buscaba era la manera de echarnos bonitamente á la calle; abandonamos, pues, aquel sitio, separéme de mi buen organista, no sin apalabrarnos para la conclusion de lo comenzado, la cual conclusion verán mis lectores, si gustan, en mi próxima revista.

MANUEL PEREDO.

Noviembre 10 de 1869.

INCONSTANCIA.

(CATULO.)

Que jamás á otro amará,
Me jura mi bella ninfa,
Aun cuando el rey del Olimpo
Su amor y favores pida.
Jura; mas los juramentos
De mujer á quien se estima,
Los escribe sobre el aura
O en las ondas fugitivas.

L. G. O.

Digitized by Google

AL GORRION DE LESBIA.

(CATULO.)

Hermoso pajarillo,
Delicia de mi Lesbia,
Su dulce compañero
Cuando contigo juega.
Tú, á quien su seno guarda
Entre sus pomas tiernas,
Y con su blanco dedo
De tu furor se befa
Y tu mordida ardiente
Provoca si se esfuerza
Por acallar el triste
Fastidio de mi ausencia;
Pueda yo á tales juegos
Mezclarme sin tristeza,
Para calmar la llama
Que me devora y quema,
Y consolar del alma
Las angustiosas penas.
Pues me seria mas dulce
Aquesto, que lo fuera
Para Atalante rápida
La conquistada y bella
Manzana de oro que hizo
Hasta su planta trémula,
Bajar la blanca túnica
Que á su cintura bella,
Virginidad ciñóle
Y amor le desciñera.

L. G. O.

LLORANDO LA MUERTE DEL GORRION DE LESBIA.

(CATULO)

Llorad, dulces amores,
Llorad, amables gracias,
Llorad, los que sensibles
Tengais y tiernas almas.
Ha muerto el pajarillo
Encanto de mi amada,
Aquel gorrion hermoso
Que Lesbia idolatraba,
Aun mas que de sus ojos
La deslumbrante llama.
¡Era él tan cariñoso
Cuando á ella acariciaba!
Cual un niño conoce
La madre que le halaga,
Así él reconocia
A Lesbia mi adorada.
Su virginal regazo
Jamas abandonaba,
Y ya de un lado al otro
Alígero saltaba,
O en su feliz gorjeo
Y en sus cadencias blandas,
A cada instante á Lesbia
Con su trinar llamaba.
Mas ora triste sigue
La senda, horrible, opaca,
De donde nunca vuelven
Los que una vez la pasan.
¡Oh! sed siempre malditas
Tinieblas execrandas,
Que devorais funestas
Las prendas ¡ay! mas caras;
¡Era tan bella el ave
Que me robásteis bárbaras!
¡Oh angustia dolorosa!
¡Oh mi ave desgraciada!
Por tí los lindos ojos
Que son la luz de mi alma,
Están rojos y llenos
De inconsolables lágrimas.

L. G. O.

LIBRO DE LOS RECUERDOS.

A JOSÉ ROSAS.

EPISTOLA 3ª

Préstame tu laud por un instante
Tu laud tan sentido, amigo mio,
Porque un recuerdo lúgubre y sombrío
Me repite aquí dentro que lo cante.
Tiene su flébil voz melancolía
Como la estrella que de tarde asoma;
Voz triste como arrullo de paloma
Cuando comienza á declinar el dia.
De mi pasado quejumbroso acento
Que viene á retumbar en mi presente,
Tan lastimero como el ¡ay! doliente
Que alza en un panteon, lánguido el viento.
José, para esta parte de mi historia
Tu laud melancólico ambiciono,
Templado de las quejas en el tono,
Pues mil quejas me arranca esta memoria.
¡Recuerdo de dolor que no se olvida
Y que me hace por siempre desgraciado!
¡De lágrimas amargas empapado!
¡Ay! recuerdo el mas triste de mi vida!
Era la infancia: la entreabierta rosa
Del mundanal jardin de la existencia;
La hora matutina: la Inocencia
De la mano llevábame amorosa.
Era ese tiempo á la afliccion extraño,
En que arrullados por la paz divina,
No sospechamos en la flor la espina,
Ni en la sonrisa el traicionero engaño.
Me causaba placer por la mañana
Ver cómo al paso de la aurora hermosa
El firmamento su color de rosa
Iba subiendo hasta encendida grana.
Ver me agradaba declinar el dia,
Quebrarse sus reflejos en la fuente,
La luna que asomaba en el Oriente,
Y el sol que en el ocaso se moria.
Me agradaba mirar la primavera
Venir alegre derramando aromas
Con su alado cortejo de palomas
Y su amable sonrisa placentera.
Me agradaba mirar en el estío
Las doradas espigas y las viñas,
Y al pastor, que cruzando las campiñas
Iba llevando su ganado al rio.
Me producia un plácido contento
Los cerros contemplar de sol bañados,
Y seguir en los aires azulados
De las nubes el vario movimiento.
Con ansiedad y con pupila avara
Incansable en mi afan todo veia,
Porque una voz secreta me decia
Que todo á contemplar me apresurara.

Digitized by Google

Habia visto apenas cuatro veces
Vestirse y desnudarse á la natura,
Cuando el dolor, su cáliz de amargura
Ya me hizo apurar hasta las heces.
El cielo azul de mi niñez serena
Encapotóse con nublado horrendo;
Vertí la primer lágrima, sintiendo
El aguijon de la primera pena.
No sé, amigo, por qué con vista airada
Dios contempló mis dulces alegrías,
Y como apaga el sol todos los dias
Apagó de mis ojos la mirada.
Pues poco á poco de mi vista huyendo
De los objetos fué la muchedumbre;
Que en rápido crepúsculo la lumbre
De mis pupilas ¡ay! se fué extinguiendo.
Redoblando mi angustia y mis enojos
Me acuerdo, amigo, de pesar transido,
Que cierta noche me quedé dormido
Y ya no amaneció para mis ojos.
Bañando en vano de esplendor la esfera
La aurora sonriéndose asomaba.....
Hasta el insecto de su luz gozaba;
Mas siempre para mí de noche era.
En vano Abril radiante de hermosura
Sus sonrisas de amor me dirigia,
Porque yo disfrutarlas no podia
Entre las sombras de la noche oscura.
En vano la gentil naturaleza
Estaciones cambiaba diligente,
¡Ay! porque para mí perpetuamente
Reinaba la estacion de la tristeza.
Mi madre al abrazarme se reia
Porque yo no supiera que penaba,
Mi madre con amor me contemplaba....
Pero yo contemplarla no podia.
Cuando yo reposaba, de repente
Turbar solia mi quietud dichosa
De mi madre una lágrima ardorosa
Caida de sus ojos en mi frente.
Un destello de luz buscaba en vano,
Y por los sitios que feliz un dia
En pos de mariposas recorria,
Despues me conducian de la mano.
¡Fatal destino el mio! sobre abrojos
Dí mis primeros pasos en el mundo
Harto temprano; con dolor profundo
Sentí cerrarse para el sol mis ojos!
Es amargo un adios, y adios postrero
Dar á la luz, pues con la luz del dia
Nos falta para siempre la alegría,
Se hace el dolor del alma compañero.
Si la paloma cariñosa y tierna,
Cuando el sol en ocaso desparece
Diciendo adios al dia se entristece,
Por mas que no es su despedida eterna.
¿Cómo no sufrirá quien triste llora,
Que llora con inútil amargura,
Estando sumergido en noche oscura,
Sin esperanza de mirar la aurora?
Huérfano de placer, falto de calma,
Miro, José, desesperado y triste,
Que con gozo del mal, lóbrega existe
Noche en mi derredor, noche en mi alma.

JUAN VALLE.

Guanajuato, 17 de Enero de 1862.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

SETIEMBRE.

10

1684.—Dedicacion de la iglesia de Santa Teresa la antigua.

1692.—"Miércoles 10 se dedicó la iglesia y convento del Hospicio de San Nicolás, con tres retablos, sacristía y lámparas; asistió el señor arzobispo."

1694.—"Viérnes 10, á las once del dia, mató un mulato á traicion á D. Ignacio del Aguila, junto á la casa de Moneda, y á la tarde lo prendió el alguacil mayor de corte Fonseca, su amo, y teniendo mas de diez y ocho años, juraron testigos falsos que no tenia ni aun catorce, y con doscientos azotes mal dados salió libre."

1815.—Cédula en que se previene el restablecimiento de los jesuitas.

1853.—"A la una de la tarde de este dia se desplomó el corredor de palacio que conducia del ministerio de guerra al local donde estaba la Suprema Corte. Este horrible accidente causó la muerte de seis trabajadores, quedando lastimadas varias personas."

1865.—Por decreto de esta fecha se restablece la administracion del papel sellado en el Valle de México.

11

1756.—Se estrenó el nuevo templo de capuchinas de esta ciudad.

1829.—La expedicion española al mando del general Barradas se rinde al ejército mexicano.

1853.—Falleció en Tacubaya, de una congestion cerebral, D. José María Tornel y Mendivil, siendo ministro de la guerra y director del colegio de Minería.

1856.—Pronunciamiento en Iguala, acaudillado por D. Diego Castrejon, desconociendo al gobierno de México y proclamando religion y fueros.

1857.—"Ley que prohibe la reunion de dos ó mas empleos en un mismo individuo, ni aun á título de comision, escogiendo los empleados que se hallen en el caso, el destino que quisieren: se exceptúan los empleados de instruccion pública."

1858.—Desocupa Vidaurri la ciudad de San Luis Potosí, ocupándola al dia siguiente Miramon.

1867.—"El gobierno remueve del de Guanajuato al general Leon Guzman, por haberse opuesto al cumplimiento de la ley de convocatoria."

12

1621.—Comenzó el gobierno del décimo cuarto virey D, Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves y conde de Priego.

1688.—Se publicó edicto en catedral, quitando veinticinco fiestas al año.

1720.—Se puso la primera piedra en la iglesia de Corpus Christi de esta ciudad.

1781.—"El dia 12 de Setiembre de 1781, en México, se estrenó la acequia de Nuestra Señora de Guadalupe, y fueron en un barco que iba por delante muchos señores regidores con el corregidor D. Francisco Crespo...."

1790.—"Hubo un auto de fé en Santo Domingo, por la inquisicion, pero secreto, de un reo llamado José Joaquin Muñoz Delgado. Desde que el santo oficio se puso no se habia visto hombre mas malo."

1844.—Se hizo cargo del gobierno de México el general D. José Joaquin Herrera.

1857.—Decreto fundando en México una academia de ciencias.

Por decreto de esta fecha quedó extinguida la Universidad de México.

1860.—"Decreto de Berriozábal en cumplimiento de las órdenes de Degollado, reprimiendo las estorsiones de las guerrillas constitucionalistas."

IGNACIO CORNEJO.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

México, Noviembre 20 de 1869.

Hoy se nos permitirá á nosotros, cronistas de diversiones y espectáculos, que entretenemos habitualmente á los lectores con narraciones poco tristes, que consagremos las columnas que debia ocupar nuestra revista semanaria, á consignar un hecho doloroso que nos tiene desde hace tres dias en el mayor abatimiento.

¡La muerte del coronel Juan Doria! Este jóven era para nosotros mas que un amigo de colegio, un compañero en los trabajos y en los peligros, era un hermano, y su pérdida, que ha llenado de duelo á la patria, ha sido un golpe terrible para nosotros.

Así, pues, en nada podemos pensar ahora mas que en esto, y aun nos callaríamos, porque el público nada tiene que ver con nuestros dolores íntimos, si no fuera porque Doria, aparte de la circunstancia de ser nuestro amigo privado, era un gran ciudadano, cuyas virtudes bien merecen la consideracion de la posteridad.

El jóven representante del pueblo, cuyos eminentes servicios á la República en sus dias de peligro, son harto conocidos para que fuera necesario recordarlos aquí, despues de haber desempeñado con satisfaccion universal el gobierno interino del Estado de Hidalgo, y de haber marchado á Querétaro en desempeño de una comision conciliadora é importante, volvió de esta última ciudad á México, ya gravemente postrado por la enfermedad que estaba sufriendo algun tiempo hacia, una aneurisma en el corazon.

Estaba condenado á muerte de una manera irremisible, y él, sabiéndolo, se consagraba todavía á su país, tomando parte en todas las obras generosas y grandes, como la creacion de un Estado y el arreglo pacífico de otro. Y comprendiendo que cada dia que pasaba le acercaba al sepulcro, veia acercarse su fin, con la serenidad de la conciencia pura y con el valor de una alma estóica, haciendo el prodigioso esfuerzo que se necesita para no desfallecer en una lucha en que sabia que iba á quedar vencido, para no perder su temple varonil en presencia de este mundo que se le presentaba risueño por todas partes, y alumbrado por el sol de la juventud.

Antes de cumplir treinta años, amado por los pueblos y por numerosos amigos, idolatrado por sus padres y deudos, tenido en muy alta estimacion por el gobierno que le brindaba con encumbrados puestos, aplaudido por la nacion como un héroe, respetado ¡cosa rara en esta época! por la calumnia y el odio de los partidos, que de conformidad le tributaban mil elogios, próximo á unirse á la escogida de su corazon..... Doria no respiraba sino felicidad en todas partes. El cielo de su vida estaba luminoso y sereno. El porvenir era suyo, y ¡qué gran porvenir!

De repente una nube negra vino á oscurecer todo este cuadro de dicha y de esperanza. Era la muerte.

La muerte en medio de la juventud, la noche cuando el sol brillaba en el zenit, el último adios, á la vista de la tierra de promision.

La desesperacion que esto causará debe ser suprema, infinita, inconcebible, y si llena de terror á los que la consideran de lejos, á los que la sienten debe aniquilarlos. Cuando en el ardor de la batalla se recibe una herida mortal frente al enemigo, y se cae envuelto entre el humo y oyendo en derredor los gritos de guerra, el rugido de los cañones, el relincho de los corceles y el ruido de los sables.... la muerte no debe sentirse, porque el valor guerrero da fuerzas desconocidas, y la gloria recibe al moribundo en los brazos y le consuela con su sonrisa y con su amor.

Cuando se sube al cadalso en defensa de los principios políticos, el condenado á muerte se trasforma en mártir, la fé sostiene y alienta, se ve á la posteridad entre los fulgores de esa hora suprema, ofreciendo las palmas del triunfo y el incienso de su adoracion, y entonces puede morirse con la sonrisa en los labios y con la conviccion de que el sacrificio de la vida es el mas grande servicio que se hace á la causa que se defiende.

Pero encontrarse frente á frente de ese suplicio que el Destino levanta en medio del viaje de la vida; sentirse herido de muerte y no poder evitar los golpes; creerse fuerte, robusto, valeroso, pero inerme para vencer en una lucha desconocida y tenebrosa y agonizar lentamente, esperando dia por dia y minuto por minuto la llegada de ese gladiador invisible que descargará el último golpe..... esto debe ser espantoso, y el alma que resiste serena á tan rudo tormento, debe quedar superior á todo heroismo.

Para el jóven que muere, como Doria, se reproduce el martirio de Tántalo con todos sus horrores y su eternidad, porque la falta de esperanza convierte en siglos los minutos de la agonía.

Doria apuró este cáliz de infinita amargura hasta las heces, y por fin, el mártes 16 de este mes, á las diez y media de la mañana, espiró despues de una agonía física muy dolorosa, porque la aneurisma acabó por obstruir el canal de la respiracion, y la asfixia se produjo causando al paciente espantosas torturas.

Murió rodeado de sus amigos y en brazos de su hermano el doctor Doria, cuya entereza, en medio del dolor que le causaba una pérdida tan sensible, ha sido digna del valor de que dió tantas pruebas el que acaba de morir.

El 17 á las nueve de la mañana se sepultó el cadáver en el panteon de San Fernando. Una numerosísima comitiva, en la que se veia á los ministros de Estado, á una gran comision del congreso general, de que Doria era miembro, á los funcionarios militares y á todos los amigos del jóven patriota, le habia acompañado desde la casa del señor ministro

Digitized by Google

de Justicia D. Manuel Saavedra, donde murió, hasta el cementerio. Un batallon hizo los honores, y una larga hilera de carruajes seguia despues.

La comitiva llegó á San Fernando, y allí, delante del ataud, el doctor D. José Peon Contreras recitó una bella poesía llena de sentimiento y de ternura.

En seguida, nosotros pronunciamos un pequeño discurso que insertamos al fin de este artículo, y luego Guillermo Prieto, con las lágrimas en los ojos, recitó una magnifica composicion que conmovió profundamente al auditorio.

Despues la comitiva se dispersó silenciosa y triste. Un amigo que se pierde, es una parte del corazon que muere.

Las palabras que dijimos en el acto de inhumarse los restos del coronel Doria, fueron las siguientes:

«Señores:

«Hemos venido á este triste lugar en cumplimiento de un deber tan sagrado como doloroso. Venimos á dejar á su última morada los restos de aquel que fué para nosotros un hermano, para todos un amigo querido, el mejor de los amigos.

Y hemos venido con el corazon transido de pena, sí: yo veo en derredor de este sepulcro abierto y junto á este ataud bendito, agrupados á hombres de corazon, á hombres acostumbrados á desafiar el peligro de los combates y á sonreir en presencia de la muerte, á hombres que han luchado serenos con la adversidad, que no han desfallecido en presencia del cadalso y que han mirado de hito en hito al destino, sin doblegarse, sin temblar, y que sin embargo, en este momento inclinan la frente sombríos y pareciendo ocultar su mirada varonil como para reprimir una lágrima.

Es, señores, que la desgracia que lamentamos es de aquellas que dejan una huella profunda en el alma, es de aquellas que hacen apartar los labios del cáliz de la vida con un dolor que en vano busca lenitivo y esperanza.

Es, señores, que la pérdida irreparable que lloramos, deja un vacío en nuestro corazon, que no se llenará nunca.

Y es, por último, porque lo inesperado, lo raro de esta muerte no nos ha permitido prepararnos con la fuerza de la resignacion.

¡Morir!..... es el destino de la humanidad: esto lo sabemos desde que sentimos el soplo de la existencia, desde que comprendemos lo deleznable y mezquino de la materia, desde que se nos revela en nuestras esperanzas, en nuestros goces y en nuestros sufrimientos, que somos criaturas y no creadores, que no comprendemos los misterios de la vida y de la muerte, y sentimos la falta de ese espíritu todopoderoso cuya fuerza consiste en la perpetuidad y en la ciencia y en la bondad infinitas.

Así, la muerte, es decir, el fin del hombre no puede sorprendernos; cada paso que damos en el camino de la vida nos hace avanzar hácia ella, y sentimos su proximidad y la aguardamos siempre sumisos.

Pero en ese fin, la naturaleza ha establecido una regla comun que ha encomendado cumplir al tiempo. La vejez se anticipa á cubrir el mundo á nuestros ojos con la mortaja de la resignacion, y llega un dia en que el anciano se tiende sobre la losa de la tumba, esperando la muerte, como á una amiga deseada, y diciendo adios á sus hijos, á sus deudos y á sus amigos que le ven dormir el sueño del eterno descanso, con sentimiento, pero sin sorpresa.

Pero hallarse en medio del camino de la vida; ver que en derredor nuestro todo sonrie con los encantos de la primavera, como reflejando la alegría de nuestra juventud; sentir que la sangre bulle poderosa en nuestras venas y el pensamiento arde en nuestra alma, como una hoguera acabada de encender; entregarnos en brazos de la esperanza para atravesar el sendero florido del mundo que se extiende por donde quiera á nuestros ojos encantador y risueño, y escuchar las dulces promesas del amor, que nos abre las puertas del paraiso, y de repente sentir que la tierra falta á nuestros piés, que la realidad halagadora huye como una vision mentida, que la sangre juvenil se hiela en nuestras venas y se detiene paralizada en nuestro corazon, que un velo negro cubre nuestros ojos y que oimos los golpes de la azada que cava la fosa pronta á recibirnos..... Esto es horrible, es monstruoso, es cruel..... esto no es la muerte, es la tortura, es el suplicio.

Morir jóven, es sufrir doblemente la sensacion infinita, indecible, del náufrago que perece á la vista de la playa, del incauto viajero que se hunde en los abismos de arena, divisando la verde pradera y el blanco caserío que parecen llamarle con una voz de inmensa ternura.

En la muerte del jóven..... la filosofía, la religion, la fuerza de voluntad son impotentes para consolarnos; vemos allí algo que viola las leyes eternas de la naturaleza, algo que deja incompleta la obra de Dios!

Y en vano viene la ciencia y explica con su razonamiento justo y preciso esta irregularidad; en vano nos dice que en las leyes naturales mismas es donde debemos buscar la causa de esta solucion de continuidad de la vida, que nos sorprende. Nosotros no analizamos nunca el fenómeno, no vemos sino al peregrino que desfallece en la mitad de la jornada y que contaba con fuerzas para llegar hasta el fin, no hacemos más que repetir obstinadamente estas palabras de una lógica incontrastable.....

¿Por qué no ha podido llegar á la vejez?

Este cúmulo de reflexiones dolorosas, es el que pesa en nuestra frente y oprime nuestro corazon en estos momentos.

¡Juan Doria muerto en la flor de su vida! El gallardo jóven que ayer no mas veia cercano el horizonte luminoso de la dicha, y en cuya frente de héroe irradiaba la corona inmortal de la gloria!

Juan Doria, el hombre público de las grandes

Digitized by Google

esperanzas, el hombre á quien acariciaban las dulces promesas de la felicidad íntima!

El fuerte, el valeroso, el gran corazon por la bravura y por la bondad, el afortunado jóven en quien se reunieron, por un privilegio de la suerte falaz, los mas ricos dones del cuerpo y del espíritu, la hermosa figura, la elevada inteligencia, el valor personal, la dulzura de carácter, el juicio del sabio y la firmeza del varon fuerte, la virtud en su mas noble y lata significacion..... todo lo que puede hacer de un hombre el dechado de sus semejantes.

Le conocísteis demasiado, señores, para que me detenga en este momento en que la emocion me aturde, á hablaros de su vida y de sus servicios á la patria.

Vosotros sabeis, como yo, que Doria, tan luego como tuvo fuerzas para blandir una espada, la esgrimió en favor de la independencia y de la libertad; tan luego como pudo poner su inteligencia al servicio de sus principios, fué un apóstol del pueblo.

Vosotros sabeis que el jóven caudillo de la frontera arrastraba en pos de sí á los mas bravos soldados, y que los guiaba al través del humo de los combates, enarbolando con mano robusta la bandera de los libres.

Vosotros sabeis que Doria fué el héroe del 27 de Abril de 1867 en Querétaro. Allí puso el sello á su fama. A la cabeza de trescientos campeones se precipitó sobre una masa numerosa de enemigos, y sable en mano y sin contar el número, y en medio de un diluvio de balas que vomitaban sobre su pequeño grupo las baterías enemigas, dejando un reguero de cadáveres á su paso, hizo retroceder espantado al enemigo orgulloso, reconquistó la línea perdida, y pudo recobrar el paladion de la victoria que habia sido arrebatado de nuestros campamentos.

Despues la nacion le abrió los brazos, como lo merecia, la gratitud pública le ofreció laureles, los pueblos le nombraron su protector y su padre.

¡Un padre de treinta años!

¡Oh! ¿por qué se extinguió tan repentinamente esa existencia, delicia de la patria?

Doria tenia una salud y unas robustez engañosas. Debia palidecer y marchitarse como esas plantás del trópico que, llenas de pompa y lozanía, en un instante se inclinan sobre su tallo y se secan, roidas por un insecto devorador, que se habia abrigado en su seno juvenil.

Doria llevaba en su seno la muerte.

Pocos dias bastaron: la juventud, la dicha, la esperanza, todo desapareció como por encanto.

¡Qué temible es la felicidad! Doria era demasiado feliz, la suerte le habia acariciado bastante para que dejara de venir la desgracia á asirle con su garra de buitre. La desgracia tiene envidia de la dicha, y la sigue de cerca para arrebatarle á sus protegidos.

En un momento hemos perdido al que estrechábamos ayer lleno de vida. Esta desventura nos ha herido como el rayo, nos tiene atónitos, y en nuestro dolor no sabemos si regar con lágrimas de desesperacion ó de esperanza este sepulcro que aguarda sus restos.

De esperanza, sí, que sea de esperanza; al borde de la tumba es donde debemos ver las puertas de un mundo mejor; al morir un sér querido es cuando debemos creer en la inmortalidad del alma, como en el dogma del corazon.

¡Cómo habia de extinguirse para siempre ese espíritu grande y puro que inspiró tan heróicas acciones y que fué fecundo en hermosos pensamientos! El puñado de polvo que se recibió de la tierra, que vuelva á ella bajo el peso de la losa sepulcral; pero el alma, ese destello de la Divinidad, que torne al infinito para confundirse en el seno de Aquel que es y será siempre.

¡Adios, oh amigo nuestro, oh querido amigo nuestro, nuestro hermano en los trabajos, en los peligros y en las esperanzas! Te amamos cuando vivo, te veneraremos al través de los misterios de la muerte. Una tumba encerrará tus restos mortales; pero tu espíritu inmortal y grande, encontrará un santuario eterno en el alma de tus amigos. Vivirás en nuestros recuerdos, te animará nuestro cariño, te honrarán nuestras acciones, ajustadas al modelo que nos legaste como una herencia santa.

Descansa en paz en esta tierra bendita de la patria, en esta tierra que tú ayudaste á libertar con tu valor y tu talento. ¡Feliz tú que has muerto bendecido por todos y respetado aun por la maledicencia y la calumnia. La sombra del árbol de la paz y de la libertad cobija tus restos, y el cielo azul y radiante de México acaricia con sus reflejos tu modesto sepulcro y tus coronas de soldado, de patriota, de amigo bueno y de padre del pueblo.

¡Adios, inmortal: la nacion te llora, la humanidad se honra con tu nombre!

Cuerpo..... descansa en paz..... alma, cada uno de nosotros te lleva en la urna de su corazon!

La Sociedad Escobedo, cada dia mas laboriosa y mas útil, se ha propuesto tener un órgano de publicidad, no tanto para extender la noticia de sus trabajos, como para propagar entre las masas los conocimientos útiles y llevar los consejos de la ciencia hasta los rincones del humilde y del menesteroso.

Este órgano es un periódico semanario que lleva por título *El Observador Médico*, y que consta de diez y seis páginas en 4º mayor, de excelente impresion.

Felicitamos á la *Sociedad Escobedo* por tan feliz pensamiento, y recomendamos al público tan útil publicacion, que todo el mundo debiera tener en su casa, como que los asuntos de que trata son de interes vital.

El laborioso y distinguido literato José Rivera y Rio ha comenzado ya á publicar su nueva novela *Esqueletos Sociales*, cuya primera entrega he-

Digitized by Google

mos recibido ya. Está muy bien impresa, y hemos notado que tiene un papel magnífico, extranjero, que no es comun ver en las publicaciones mexicanas.

El domingo próximo tendrá lugar la funcion de beneficio del estudioso actor D. Manuel Estrada. Va á estar muy amena, y tendrá la novedad de que se pone en escena por primera vez la pieza de Juan A. Mateos, titulada *La Intervencion amistosa*. El público hará bien en asistir, protegiendo de ese modo á los artistas del país.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EN LA MUERTE DE JUAN C. DORIA.

SONETO.

Aunque presiento que al dejar la vida
Dejaste el padecer que iba contigo,
Siento al mirar tu losa, pobre amigo,
Temblar de horror el alma entristecida.

Tu noble juventud lloran perdida
La amistad y la patria que un abrigo
Hallaron en tu seno, do enemigo
Rayo estalló con fulminante herida.

¡Pobre amigo infeliz! corta tu historia,
Cada una de sus páginas encierra
Un timbre hermoso de grandeza y gloria.

Tembló el traidor si te miró en la guerra;
Y ora el bueno y el libre, á tu memoria
Con llanto mojan tu sagrada tierra.

L. G. O.

Noviembre 17 de 1869.

AQUILES ENTREGANDO A BRISEIDA.

(TOMADO DE LA «ILIADA.»)

De Troya al frente Agamenon de Atreo
Y al pié de su muralla portentosa,
«Id, dice á sus heraldos, y á la hermosa
Cautiva traed, del hijo de Peleo.»

La órden injusta y bárbaro deseo
Aquíles acató: triste y llorosa
Parte luego Briseida, y la penosa
Mirada aun torna al desolado Aqueo.

Este á la madre airado se convierte,
Y al pedirle venganza á sus pesares,
Tambien su mengua y deshonor le advierte.

Y huyendo de su ejército, á millares
Lágrimas tristes sollozando vierte,
Sentado orillas de los crespos mares.

L. G. O.

1860.

VICTOR HUGO.

.....Et unluscujusque opus quale sit, ignis probabit.
PAUL. 1ª *ad Cor. vers.* 13.

No pretendemos hacer una biografía, que tendria que ser incompleta y que casi todos nuestros lectores conocen en sus principales rasgos por lo menos; ni un estudio especial sobre el papel que Víctor Hugo ha desempeñado en medio de la literatura contemporánea, porque semejante tarea, ademas de exigir fuerzas de que carecemos, no traduciria mas que una de las fases de esa personalidad llamada á figurar más entre la literatura de los siglos por venir que en la del presente; ni mucho menos hacer una crítica de sus obras, porque ni para ello nacimos, ni creemos que la crítica, no digo la que estamos acostumbrados á despreciar, sino la verdaderamente sábia y elevada, pueda soportar entre sus finas y laboriosas manos, el metro de bronce con que puede medirse ese gigante de cien codos, que pasa sus escasos ratos de ocio jugando con sus hijos los niños pobres de Guernesey.

Para hacer, pues, lo primero, nos falta material indispensable; para lo segundo nos falta aliento, y nos sobra cariño y admiracion para pretender lo último.

Nuestro escrito no será sino un epítome de las impresiones que la vida y las obras de ese hombre han producido en nuestro corazon, donde hay quizá la pobre semilla de un poeta, y en nuestra inteligencia, en donde existe tal vez el gérmen humilde de un pensador.

Esta *negativa*, como diria un fotógrafo, es lo que vamos á ofrecer á los lectores de *El Renacimiento*, y nuestra labor seria feliz, si al través de estos renglones pudiese vislumbrarse como un planeta en la indecisa coloracion del crepúsculo, esa figura cuya frente pierde sus perfiles en la luz de las múltiples auréolas que la rodean, hasta tomar el tinte misterioso de lo que está mas allá del hombre, en el dominio augusto del infinito; esa figura que como la de todos los precursores del sol tienen detrás de sí la aurora, y por eso la humanidad que la ve de frente, la ve llena de sombra; esa personalidad, en fin, triste y severa, herida en el corazon por la desgracia; pero siempre en pié sobre una roca del turbulento Océano, el último amigo de todos los grandes desheredados de la historia.

Cuando casi en el fin de nuestra infancia acertó á caer en nuestras manos el primer libro de Hugo que hayamos leido (Bug-Jargal), lo primero que se nos ocurrió fué investigar quién era aquel escritor cuyo nombre habia sonado frecuentemente en nuestros oidos, que escribia cuentos tan interesantes, y de quien los otros escritores decian que era un gran poeta, mágica palabra que provocaba vagas y deliciosas aspiraciones en nuestra alma infantil.

Confesaremos un pecado de nuestra primera edad.

Digitized by Google

Victor Hugo

Digitized by Google

Digitized by Google

Un poco de imaginacion y una completa ignorancia de la historia, habian acabado por hacernos grandes partidarios del actual emperador de los franceses. Su nombre resonaba en nuestros oidos de una manera particular, era el mismo que el del héroe prodigioso cuya leyenda habia reemplazado hacia medio siglo en los dos continentes, á todas las consejas de brujos y encantamientos que nos solazaron en la niñez. Aunque á la verdad, el actual Napoleon tenia una cara horrible y en nada semejante á aquella popular figura de su tio, cuyos ojos eran los mas profundos y cuya sonrisa era la mas encantadora que hubiera visto en rostro humano Mad. de Staël, llamada por Pelletan, *el único hombre* de aquella tropa de chambelanes, que formaba desde Arkangel hasta Cádiz la corte del vencedor de Friedland.

El vengador de Waterloo, el que se preparaba entonces á derrotar á un descendiente del pérfido Alejandro, era para mí una gran cosa.

Pregunté quién era Víctor Hugo. Supe su historia, y yo, que siempre tuve el feliz instinto de abandonar la lectura de una batalla para escuchar un verso, sentí horror por aquel señor de los enormes mostachos engomados, y empecé á querer mucho al hombre que habia salvado la vida de uno de sus semejantes con una sola cuarteta.

Víctor Hugo, me dijeron, es el primer poeta de la Francia moderna: empezó cantando á los reyes de derecho divino, porque era hijo de una santa mujer, de una vendeana; entonces M. de Chateaubriand le llamaba *un niño sublime;* luego, revolviendo su cabeza de leon hundida en el regazo maternal, aquella cabeza, hecha para erguirse en todas las inmensidades, sintió correr á sus piés la sangre de sus hermanos, husmeó los montones de cadáveres sobre los que habia restaurado la santa alianza un trono imposible, y balbució un nombre inmenso, con el cual se habia de identificar por mucho, por demasiado tiempo por desgracia: Napoleon.

Toujours lui, lui partout!—ou brûlante ou glacée
Son image sans cesse ébranle ma pensée.
Il verse à mon esprit le souffle créateur.
Je tremble, et dans ma bouche abondent les paroles
Quand son nom gigantesque, entouré d'auréoles,
Se dresse dans mon vers de toute sa hauteur.

Aquel jóven apasionado de todo lo grande, se habia encontrado con la imágen de Napoleon en su marcha hácia la revolucion francesa; realidad del pasado, cuyos reflejos formarán siempre el miraje del porvenir.

En el libro tercero del quinto tomo de los *Miserables* está pintada de una manera admirable entre aquellas admirables páginas, la transformacion del poeta, de realista en bonapartista.

Pero llegó un dia en que Víctor Hugo, á fuerza de examinar aquel coloso, llegó á los piés y encontró el barro. Ya no era tiempo.

En vano incrustó su lira en el mármol de la tribuna y arrancó de ella palpitaciones febriles y tremendas; en vano hizo crecer la antorcha de su genio sacudiéndola en medio de todos los huracanes; en vano aquella inteligencia inmensamente trágica, estalló de improviso en una carcajada de desprecio que hizo bambolear el poder: el semidios reia; pero antes habia cantado. Ya no era tiempo.

¿Qué habia, pues, sucedido?

Una cosa muy sencilla. Hacia veinticinco años que la literatura francesa, acaudillada por Hugo, habia restaurado pieza por pieza el trono derribado en Waterloo.

Víctor Hugo se habia obscurecido con el brillo de ese parto de los tiempos que supo poner en la espalda lacerada de la patria, la púrpura de la gloria, para presentarla al mundo montada á la grupa de su caballo blanco.

Mientras la victoria bordó con su fulgor solar aquel manto de reina, la Francia aplaudió; pero cuando la clámide roja quedó hecha girones desde Moskow hasta el Beresina, desde el Beresina hasta Leipzig, desde Leipzig hasta Paris; cuando despues de una corta intermitencia, la compañera de César quedó desnuda y espirante bajo los cascos de los escuadrones de Blücher, entonces todo el mundo se apercibió de que aquella infeliz, hecha á la fuerza manceba del héroe de Brumario, no era otra que la revolucion francesa.

Entonces fué un grito de venganza general y de odio para aquellos reyes que habian pasado sobre tanta sangre francesa, y de conmiseracion por aquel hombre que flotaba en los crepúsculos vespertinos del Occidente, como una sombra inmensa inclinada sobre los horizontes de la Europa, para medirla entera con su sombría mirada de águila.

Un dia aquella fantasma tomó un tinte negro y á poco se desvaneció en el espacio. El eco fúnebre de un doble llegó hasta los oidos de la Francia, que creyendo llorar á su antiguo amo, lloraba la opresion estúpida de los Borbones.

Tal situacion era dramática, aquel recuerdo era eminentemente poético. Por eso la lira de la jóven generacion se uniformó en un diapason único: el emperador y los poetas se dedicaron á convertir en un himno la historia de Napoleon. Aquello era vengar á Waterloo, es cierto; pero era tambien santificar el 18 de Brumario.

Si despues de ese concierto magnífico en alabanza del muerto de Santa Helena, era posible la revolucion de 1830, tambien era segura la llegada de un 2 de Diciembre. Consecuencia fatal y no prevista.

Dijimos todos los poetas, y debiamos haber exceptuado uno solo, Alfonso de Lamartine; honor á él, gloria á su nombre, mensajero por tanto tiempo de celestes armonías; que Dios bendiga su retiro de Saint-Point, del que ya nunca tornará á salir.

Cuando al grande ejército, muerto alrededor de Cambrone, sucedió el ejército sublime y vengador de la inteligencia, la Francia presentaba uno de esos espectáculos que rara vez se repiten en los siglos.

Digitized by Google

Aquella eflorescencia tenia por gérmenes inmediatos una gran cosa y tres grandes hombres.

La gran cosa era la renovacion radical hecha en la Francia decrépita por la revolucion francesa, renovacion un momento desequilibrada por la espada de Napoleon, y que entonces reaparecia trayendo en su manto antiguo la libertad nueva.

Los grandes hombres se llamaban Voltaire, es decir, la burla; Byron, es decir, el dolor, y William Shakespeare, el pensamiento, el mas moderno de los tres.

Aquellos tres granos simples produjeron una floresta. Voltaire abandonó un dia su pluma oxidada por la hiel, y tomó la lira jónica, el instrumento de los fáciles cantares; entonces se llamó Beranger: Byron engendró con su escepticismo sensual y voluptuoso á Alfredo de Musset, el de las suaves y perfumadas canciones, el de la lira cincelada como una joya antigua y de la inspiracion profundamente artística y juvenil: las composiciones de Musset son acordes arrancados al arpa durante un banquete, mientras se opera la fusion divina de nuestras miradas y de las miradas de una mujer, mientras marchitamos con las ardientes emanaciones de nuestra sien calenturienta, una guirnalda de flores escogidas, y sin despegar nunca los labios del borde de una taza de oro en donde se consume el líquido caro á todos los dioses, y dulce á todos los poetas.

Alguna vez aquellos ojos se empañaron con una lágrima, aquellos labios se crisparon como á impulsos de una sensacion dolorosa. ¡Quién sabe cuantos secretos de dolor y de amargura encerraba ese corazon! Desgraciadamente en el fondo de cada goce hay una gota de acíbar, y el placer quema y mata. Musset, al arrojarse en los brazos de la voluptuosidad, podia repetir, pero con una terrible verdad, lo que decia jugando, á Julia, en una de sus mas deliciosas composiciones:

Ouvre ta robe, Déjanire,
Que je monte sur mon bûcher.

¡Duerma en paz!

La melancolía soñadora del Childe-Harold, sus arranques sublimes, sus apóstrofes magníficos á lo desconocido, hicieron profunda impresion en el alma de un jóven que de la playa al valle y del valle á la montaña, pisaba los melodiosos senderos de Italia, buscando una nota perdida entre aquellos enjambres de notas, que correspondiese á la lira de su alma.

Este se llamaba Lamartine.

El otro, el tercero, Víctor Hugo, habia empuñado la trompa de bronce, y cuando la Francia queria sentirse arrebatada como Ganimedes por esa su jóven águila, entregaba el alma á aquellos sonidos misteriosos arrancados á las cimas, á las simas, á la nube, á la tempestad, á las estrellas, al sol, á la flor, al rugido de los mares, al zumbido de la luciérnaga, ese fuego alado que recama de pedrería las tardes del estío.

Los otros venian de otros.

Este venia de él mismo.

Si algun nombre podia escribirse sin temblar en la fé de bautismo de aquel gigante, era el de Shakespeare, ese hijo póstumo de Esquilo.

JUSTO SIERRA.

(Continuará.)

A CARMELITA EN PARIS.

Cancion que tan dulce brotas
Del pecho de un infeliz,
¿Por qué con lánguidas notas,
Por qué con las alas rotas
Quieres volar á Paris?

Si en otro tiempo te plugo
De los dueños de la lira
El noble cántico, mira
Desterrado á Víctor Hugo,
Muerto al trovador de Elvira!

¿A qué cruzar solitaria
El Atlántico, ave fiel?....
¿Qué hará de una Pasionaria
La tempestad literaria
De la moderna Babel?....

Mas el cielo es buen testigo
Que es distinta tu mision;
Tu vas á buscar abrigo
En un corazon amigo
Centro de otro corazon.

Los recuerdos del hogar
Que la proscripcion aprecia,
Tú te encargas de llevar
Sobre las olas del mar
Hasta la antigua Lutecia.

Eres tú la golondrina
Que revolando ligera
Comunica á la ruina
Que hácia la tierra se inclina,
Nuevas de la Primavera.

Eres la amistad que llora,
Eres del país distante
Dulce voz consoladora,
Y para el viajero errante
Llegarás en buena hora.

Vuela, pues, lánzate ufana
Al viento, pobre cancion....
Cuando pases por la Habana
Dile á la gente africana
Que llegó su redencion....

Eso solo, y la distancia
Cruza en alas del amor,
Haz en Tours ligera estancia,
Y llega con el vapor
A la capital de Francia.

Allí en las estrechas calles
Do la multitud se apiña,
Es preciso que me halles
A una simpática niña,
Encanto de nuestros valles.

Digitized by Google

La inocencia y devocion
En sus facciones impresas,
Un poco de inspiracion,
Marcarán la distincion
Del vulgo de las francesas.

Quizás al verte sonria
Su labio color de rosa;
Mas no olvides, cancion mia,
Que toda alma generosa
Padece melancolía.

Háblala tan dulcemente
Como trina el ruiseñor,
Como murmura la fuente,
Del mundo, si está de humor,
Del cielo, si está doliente.

Díla que su imágen bella
Que allá detrás de los mares
Será mexicana estrella,
Encanta nuestros hogares
Cuando pensamos en ella.

Que sintiendo sus dolores
Y con su placer gozando,
Aunque con rústicas flores,
Aquí le estamos formando
Tranquilo nido de amores.

Díla, si eleva la mente
En las alas de la fé,
Que tras el cielo esplendente
Solo la bondad se vé,
Solo la bondad se siente....

En fin, si tu voz alcanza
A dominar el murmullo
Que Paris al cielo lanza,
Déjale allá una esperanza,
Pídele un recuerdo suyo!

J. Echaiz.

Setiembre 4 de 1869.

EL ZENZONTLE, EL LEON, EL BURRO Y LA ZORRA.

FÁBULA.

«Soy el bardo del Valle delicioso»
el zenzontle decia,
en un himno sentido y armonioso;
«Yo soy el poderoso
rey de la selva umbría,»
dijo el Leon rugiendo
con imponente estruendo;
y un Burro, que pasando,
al noble bruto y al cantor oía
en destemplado tono rebuznaba:
«Soy el Burro de Antonio» repetia.
Oyó una zorra el rebuznar prolijo,
y al jumento le dijo:
«Si tan poco talento te dió el cielo;
si de la gracia tú no eres modelo,
¿por qué siempre tu lengua fatigando
nos estás los oidos destrozando?
«Rebuznar, dijo el Burro, es mi consuelo,
así hacerme notable yo discurro,
y prosiguió diciendo: soy el Burro....»
La fábula, lector, parece historia,
pues hay muchos autores
que siendo detestables escritores,
en rebuznar, sin fin, cifran su gloria.

José Rosas.

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

XIII

Celos.

Fernando notó con algun asombro la impresion que causaba en su prima la llegada de él y de su amigo, pues no parecia sino que la hermosa jóven era una tímida niña de doce años, no acostumbrada aún al trato social.

Se hallaba turbada visiblemente.

Alargó su mano pequeña y fina, primero á Valle y despues á Flores; pero se conmovió al sentir la blanda presion de los dedos de este, sus labios se agitaron procurando balbutir algunas palabras de saludo, se desprendió mas ruborizada todavía, y salió ligeramente del salon, diciendo á los oficiales:

—Voy á avisar á mamá: tomen vdes. asiento.

—¿Serán aprehensiones mias, dijo Fernando, ó Isabel se ha puesto encendida, y luego pálida, al vernos llegar. ¿Ha notado vd?

—Es natural, respondió Enrique, no está vd. en México: las provincianas son siempre tímidas.

—Pero ayer no observé yo esta emocion.

—No pondría vd. cuidado seguramente. Pero, chico, vd. es quien está ahora notablemente pálido y conmovido; parece vd. un delincuente delante de su juez.

A esta sazon llegó la señora con Isabel. La primera cambió con los jóvenes los cumplimientos de costumbre, despues de lo cual, Enrique, fiel á su promesa de no hacer la corte á la prima y de proporcionar á Valle la oportunidad de consagrarse enteramente á ella, entabló con la señora una conversacion interesante, como lo sabia hacer el galante oficial, muy acostumbrado al trato de las mujeres de toda edad, cuyo gusto y propensiones adivinaba luego para poder lisonjearlas con mas seguridad.

Mariana, así se llamaba la señora, que sea dicho de paso rayaba en los cuarenta años y que era mujer distinguida y de una educacion superior, conservando todavía una belleza fresca y notable, pareció encantarse con Enrique. Las numerosas relaciones de este en México, le permitian informar á Mariana que habia vivido allí algun tiempo y que conocia perfectamente el mejor círculo, acerca de las novedades ocurridas durante aquellos últimos años en todas las familias.

Enrique hacia la descripcion del estado de la sociedad mexicana en aquella época de guerra, retrataba con habilidad sin igual á las hermosuras en boga, referia la historia de los matrimonios recientes y de los amores célebres; pero todo esto con tal tino, con tal donaire, con un tacto tan exquisito, que

Digitized by Google

Mariana acabó por creer que aquel jóven era adorable.

La señora reia frecuentemente, demostrando el mayor placer al escuchar los dichos agudos, los epígramas delicados, las observaciones picantes que salian á cada momento de los labios de Enrique, y aun se volvia para decir á su hija, llamándole la atencion.

—Pero ¿oyes esto, Isabel?

Y entonces la jóven dejaba de escuchar la pobre conversacion de Fernando para oir á Flores, que acababa por interesar á ambas vivamente en su relato.

Entretanto Fernando murmuraba algunas frases tímidas para entretener á su prima que no estaba atenta sino á Enrique, á quien miraba por largos intervalos sin poner cuidado en sus palabras.

Enrique le parecia mas hermoso, mas interesante que el dia anterior.

Ni siquiera reparaba en que su primo Valle parecia mas tonto, más pálido y mas sombrío. Y como este notó que Isabel apenas le respondia en monosílabos y apartaba de él sus miradas para fijarlas en el gallardo militar, acabó por quedar en silencio, disimulando con un aire de distraccion el sentimiento que comenzaba á punzar su corazon como un puñal.

Tenia celos ya. Era seguro que Isabel amaba á su amigo, ó por lo menos se sentia dispuesta á amarle.

De repente se detuvo un carruaje en la puerta.

—¡Es Clemencia! dijeron la señora é Isabel, y se levantaron para recibirla.

En efecto, la hermosísima morena apareció en la puerta, abrazó y besó á sus amigas; y alargó risueña una mano enguantada y aristocrática á los dos oficiales.

—Me alegro mucho de ver á vdes. por aquí, les dijo; hemos hablado tan poco ayer, que me permitirán vdes. en mi calidad de provinciana, que espere tener noticia minuciosa de mis amigas de México, y de muchas cosas que á los que vivimos tan lejos nos interesan sobremanera.

—El Sr. Flores, dijo Mariana, acaba de referirme cosas de aquella capital, que me han encantado. No hay talento como el suyo para conversar, y nadie puede informarte mejor.....conoce á todo el mundo.

Enrique saludó agradecido á la señora, y volviéndose á Clemencia,

—Seré muy dichoso, señorita, le dijo, si puedo dar á vd. razon de sus relaciones en México. En efecto, conozco á todo el mundo allí, y posco todo ese caudal de noticias íntimas que ni pueden encontrarse en los periódicos, ni contenerse en las cartas, y que solo se conservan en la memoria de los iniciados como yo en ciertos círculos.

Generalizóse entonces la conversacion; Enrique desplegó toda la riqueza de sus facultades, como conversador y como hombre de mundo y de educacion distinguida, hizo conocer, sin ostentacion, lo numeroso y distinguido de sus relaciones sociales; era el amigo de las mujeres mas bellas de México, de los hombres mas elegantes y aristocráticos, y si á esto se agrega que habia viajado mucho y que estaba dotado de ese talento especial de los que han frecuentado mucho los círculos distinguidos y que sin ser profundo en nada, deslumbra á primera vista, se comprenderá muy bien que Enrique cautivó á su bello auditorio. Isabel le escuchaba con arrobamiento. Clemencia fijaba en él sus lánguidos ojos negros, bañándole con sus miradas ardientes y voluptuosas.

Mariana reia alegremente.

Fernando estaba olvidado: triste destino de los humildes, de los taciturnos y de los huraños.

—Me han hablado, dijo Clemencia, del talento de vd. en el piano, y aseguran los que me han informado y que conocen á vd. muy bien, que no tienen labios con que elogiarle. Segun eso, es vd. un militar como se ven pocos en nuestros dias, porque los artistas no se encuentran regularmente en el ejército. Ya se ve; vd. no es soldado de profesion, sino que ha tomado la espada para defender á su patria; ¿no es esto?

—Es verdad, señorita, no soy soldado de profesion, y en esta parte me declaro profano delante de Fernando. El sí que es soldado, y tan soldado, que ha comenzado su carrera cargando el fusil. No se ruborice vd., ¡vaya! eso no deshonra; ha sido sirviendo á la patria, y nada importa la clase cuando desde ella se ha sabido vd. elevar.

—Ah! yo no me ruborizo por eso, murmuró Fernando.

—¿Soldado raso? preguntó Mariana; es extraño. ¿Querria vd. explicarme por qué ha sido esto? No es lo comun que los jóvenes del nacimiento de vd. sienten plaza de soldados rasos.

—Señora.....balbutió Valle notablemente conmovido.

—Pero Mariana, no sea vd. indiscreta, se apresuró á decir Clemencia, estas cosas no se preguntan.....volvamos á lo del piano, que se nos olvida .....Ha de saber vd., Flores, que Isabel es una verdadera artista, conoce la música admirablemente, y en el piano es de una fuerza que se sorprenderá de encontrar en estas regiones apartadas.....

—¡Clemencia! interrumpió Isabel llena de rubor.....

—Hija mia, es la verdad: ¿para qué ocultarla? Tú lo niegas siempre, y es natural, porque antes que todo eres modesta; pero tus amigas tenemos orgullo en tu talento, y lo hemos de alabar debidamente.

—¡Oh qué fortuna, Isabel, qué fortuna! dijo con entusiasmo Enrique; este es un hallazgo, un tesoro..... es la dicha que nos sonrie en el camino del sacrificio.

—Clemencia, observó llena de vergüenza Isabel, tú tendrás la culpa de que el señor vaya á encontrarme espantosamente torpe..... ¿por qué eres así?

Digitized by Google

—Pero es la verdad, caballero, es la verdad, y vd. va á convencerse de ella..... Yo toco tambien; pero Isabel queda muy superior á mí. Y para que vd. pueda comparar, voy á sentarme al piano, despues tocará ella, y por último, esperamos que vd. nos confundirá á las dos; pero seremos las primeras en ofrecer flores al vencedor.

Y diciendo y haciendo, la encantadora morena se levantó de su asiento, y cimbrándose como un junco, se dirigió al piano. Enrique la acompañó, y á indicacion de ella, buscó en un aparador de madera de rosa el papel de música que deseaba, y permaneció de pié junto á ella, devorándola con los ojos.

Clemencia preferia todo aquello que estaba en armonía con su carácter, y en música desdeñaba lo puramente melancólico y tierno, así como se impacientaba con las elevadas é intrincadas combinaciones de la escuela clásica.

Ella necesitaba música enérgica para traducir los sentimientos de su alma ardiente y poderosa. Necesitaba el desórden, la inspiracion robusta y atrevida, el delirio en la armonía.

Verdi era el maestro favorito de Clemencia. El piano expresaba los arrebatos furiosos de la pasion bajo aquellas manos de diosa.

Enrique estaba subyugado, y se sentia, á su pesar, preso entre las mallas terribles con que parecia rodearle la magia irresistible de aquella mujer.

—Esto, es inexplicable, se decia interiormente: ¡yo dominado! Pues esto no debe ser.

Fernando por su parte estaba en el colmo de la desesperacion. Habia notado en el hermoso semblante de Isabel las contracciones del dolor y de los célos. Cada vez que Clemencia se volvia hácia Enrique con su mirada de fuego y con su sonrisa de sirena, un ligero temblor agitaba el cuerpo de la angelical rubia, que unas veces apretaba convulsivamente el brazo del sillon en que se apoyaba, y otras parecia reprimir penosamente las lágrimas que los celos hacian asomar á sus ojos.

De modo que para Valle no era ya dudoso que Isabel amaba á Enrique. Esto le hacia reclinarse en su sillon, como desfallecido por el tormento. Jamás habia sentido en su corazon la cruel punzada de los celos, aquel dolor le habia sido desconocido enteramente, y se preguntaba si no seria mas cuerdo para él, que habia pensado sacrificarse por la patria, retirarse de aquella casa, no volver á ver á su prima y refugiarse en sus deberes de soldado, para escapar de los peligros de una pasion que acababa con sus fuerzas.

El era allí un condenado. Aquellas dos mujeres, tan hermosas como el mas hermoso ideal que él hubiera soñado en sus delirios de jóven, estaban pendientes de Enrique, de aquel siempre afortunado galan que no tenia mas que mirar para vencer; aquellas dos mujeres, tan adorables por su inteligencia y por su corazon, no tenian miradas mas que para el bello oficial, no tenian sonrisas sino para agradarle, no tenian elogios sino para envanecerle, no tenian lágrimas de fuego sino para sufrir celos por su amor.

Y en tanto á él, al pobre oficial, tan desgraciado desde su juventud, tan triste y pobre, y cuyo corazon acababa de abrirse despues de tantos años de sufrimientos, para pedir amor, amor, no como una recompensa, sino como un consuelo, á él, digo, ni una mirada, ni una palabra, ni un recuerdo. ¡Cosa extraña! estando allí presente, estaba tan olvidado como si se hallase en la mas profunda de las grutas del mundo.

Entonces, apartando sus ojos de aquel cuadro que presenciaba en el salon, los fijó en una de las ventanas por donde se veia el sol, que al ponerse doraba las cúpulas lejanas y las copas de los árboles, y vió el cielo azul y limpio del invierno, y no escuchando ya nada de la música ni de la alegre conversacion que se tenia en su derredor, pensó dolorosamente que toda aquella luz, que toda aquella serenidad del cielo nada valian sin el amor, que es sol del alma, sin la esperanza, que es el cielo de la vida, y entonces vió horrible todo ese mundo que se revelaba á sus ojos por el estrecho espacio de una ventana, y..... una lágrima, que no fué bastante fuerte para reprimir, salió de sus ojos como una gota de fuego y corrió silenciosamente por su mejilla.

Apresuróse á enjugarla con la mano, y volviendo el rostro, á pesar de que nadie se hubiera apercibido de ella, y tornó con el alma al salon.

Enrique, embriagado, felicitaba á Clemencia por su talento, le decia mil cosas encantadoras, y la conducia sonriendo á su asiento.

—No sea vd. lisonjero, Enrique, porque no le creeré á vd. Lo que yo toco, lo tocan mil medianías; eso no vale nada..... ahora va vd. á oir cosa mejor..... Isabel, vete al piano.

Isabel, ya repuesta y con semblante risueño y ruboroso, acompañada tambien de Flores, obedeció á su amiga y fué á buscar en el aparador un libro ricamente encuadernado.

(Continuará.)

UN OFICIAL AUSTRIACO

DE LA EXPEDICION INTERVENCIONISTA

DEJÓ Á UNA BARBILINDA, ENTRE OTROS MUCHOS, EL SIGUIENTE ENSAYO POÉTICO.

SONETA.

Me poy Maguía, lo quieguc así el destina;
Bero te deco el corazon amante,
Y cuanto lloge de tu amog distante
En la mitá de mi arrida camina,
Bensará tu atorato peregrina
En este fierro, baborroso instante,
Teniendo en los mis ocos delirrante
Tu rostro yugo, paga mi dipina.
No olvites, no, camás, tus gurramentos,
Por que yo te amarré tras de las marres
Y tuyos han de ser mis bensamientos,
Y tuyos mia recuegdas y pesarres:
No te olvites, por Tios, de mis tormentos,
De tu pof bre amator y sus cantarres.

F.

Digitized by Google

LA LITERATURA NACIONAL

Por José T. de Cuellar.

La literatura es la expresion del estado de la civilizacion de un pueblo, ha dicho el célebre escritor español D. Mariano José de Larra, y esta verdad se pone de manifiesto en la historia de la literatura en México. La literatura es, no solo el termómetro de la civilizacion, sino el reflejo de la historia de los pueblos. Es como la voz inmortal de las grandes catástrofes y de las trasformaciones seculares, es el acento expresivo de los sacudimientos y de las revoluciones, que resuena desde los siglos mas remotos hasta la mas remota posteridad.

Las letras en el rico, floreciente y libre imperio azteca, recibieron en el siglo XV el tremendo golpe que habia de ahogar para siempre, en la noche del olvido, los cantos de nuestros ascendientes.

La mas sangrienta de las revoluciones, la mas estruendosa y memorable trasformacion, la conquista, borró con todo el poder de una nacion guerrera los geroglíficos mexicanos, y la tea de los soldados de Cortés lanzó al espacio en espirales de humo el inestimable tesoro de la literatura primitiva.

La raza invasora edificó sobre cenizas, destrozando en su avance cuanto pudiera revelar la vida del pueblo conquistado; y no contentos los conquistadores con la tala de los monumentos, con borrar las costumbres y las tradiciones, se atrevieron á arrancar el buril de las manos de la historia, para lanzar al olvido toda traza de valimiento de los vencidos.

La literatura española venia á implantarse con las nuevas costumbres de la raza mixta, y la nueva aurora de la vida intelectual de México tenia por sol al siglo XVII de España, en el que reinaba la hinchazon, la puerilidad y la perversion del gusto.

Y si en España, donde el poeta bebia inspiracion en las fuentes vírgenes de la tradicion, de las glorias y de los recuerdos, teniendo auditorio propio y propias glorias, se contagiaban los mas esclarecidos ingenios con la gangrena del mal gusto y la decadencia de las letras, ¿qué sucederia en México, en donde el poeta no tenia mision que llenar, ni glorias que cantar, entre los vagos recuerdos de las generaciones que se perdian y la nueva forma de la sociedad naciente, restos de una raza que se envilecia, y parte de una raza dominadora que subyugaba, imponiendo con el poder del vencedor, la fé, las costumbres, el idioma y las trabas del pensamiento?

Así pasaron los siglos XVII y XVIII, sin mas asomos de literatura que coplas insustanciales de asuntos frívolos, alabanzas de carácter puramente místico, casi la única senda abierta al pensamiento, controversias en los colegios sobre asuntos de muy poca importancia, y en las que no escaseaban desahogos vergonzosos y ridículos.

El estudio de las bellas letras era considerado todavía en el siglo pasado, como un juego de ingenio, como un pasatiempo despreciable y de ninguna utilidad. No se concebia al poeta sino como al hombre que sabe hacer reir, como al saltimbanqui que sabe hacer suertes; de manera que era ajeno de toda gravedad é incompatible hasta con la posicion social, entretenerse en cosas de literatura, bagatela propia de estudiantes y de ingenios frívolos.

No por esto faltaban talentos que, bajo la influencia de época mejor, hubieran sobresalido á un grado eminente, pues aparecieron Arreola en Guanajuato, Muñoz de Molina, admirable improvisador que podia hablar tan de corrido en verso como en prosa, y por último Sor Juana Inés de la Cruz, monja del convento de San Gerónimo.

Las obras de esta fecunda poetisa son un testimonio de la implantacion de la literatura española con todos sus vicios, hinchazon y gongorismo, si bien es preciso reconocer las dotes de un ingenio superior y extraordinario en esta monja que llegó al mas alto grado de erudicion y cultura en su época.

Al siglo XVIII pertenece nuestro gran Ruiz de Alarcon; pero es bien sabido que floreció en España, donde la envidia y la bajeza amargaron tanto los dias de este ingenio mexicano, nacido en Tasco, hoy invocado universalmente como cimiento y lumbrera del teatro español.

Florecieron tambien el padre Alzate, Amable, Velazquez, Clavijero, Ganancia, Mendoza, Gama y otros varios; pero ya en esta época el movimiento intelectual, ensanchando su esfera de accion, y elevándose mas, se lanzaba en busca de lo desconocido, investigaba, estudiaba, recopilaba los apuntes de la historia y daba un paso en el terreno de las ciencias.

A las décimas glosadas, al *villancico, al estribillo, á la loa y á la jácara* sucedian las traducciones de la Iliada de Homero por el P. Alegre, y de la Eneida de Virgilio por Larrañaga.

Aunque la restauracion de las letras se verificaba en España á mediados del siglo XVIII, con Iriarte y Moratin, y ya el soplo de la reforma difundiera la luz de las ideas nuevas, y el empuje de la gran revolucion abriera un ancho campo á la literatura moderna; aunque ya la Inglaterra y la Alemania abrazaban ansiosas la libertad del pensamiento; España, que seguia siempre de lejos el espíritu reformista, no podia romper los diques, ni de la tiranía religiosa, ni de la tiranía política; y el progreso intelectual, en reducido campo, satisfacia su anhelo en la esfera de la imaginacion y la poesía, sin penetrar en el terreno vedado de la verdad razonada y la filosofía. De aquí la multitud de poetas del parnaso español y el cortísimo número de los prosistas y escritores filósofos, con excepcion, se entiende, del gran Cervantes, de Solís y de Mariana.

De manera que la España del siglo XVIII no podia trasmitir á sus colonias el movimiento literario de Europa; y los escritores mexicanos de

Digitized by Google

principios de este siglo, si bien con dotes y con ingenio, eran presa del marasmo de la colonia, ya no solo por la maliciosa lentitud que procuraban los dominadores oponer al desarrollo intelectual, sino por la dificultad de comunicacion directa con las naciones que iban á la vanguardia del progreso humano.

Todavía en la tercera década de este siglo, el poeta era considerado como un ente extraño y ridículo, sobre el que caia el escarnio de lo que en México se llamaba nobleza y aristocracia. El carácter distintivo que los aventureros enriquecidos dieron á nuestra sociedad, era el de una riqueza ostentosa y de mal gusto; riqueza oligárquica, cuyos blasones eran la vajilla de plata maciza; y el nombre de poeta sonaba como sinónimo de pobre y sucio en aquellos altos círculos.

La poesía, reducida en un corto límite, vergonzante y humilde aparecia detrás del anónimo; y los poetas mismos no osaban levantar el vuelo, sino que, en lo general, ensayaban su ingenio en asuntos triviales, en piezas fugitivas y como dando á sus tareas solo el carácter de mero pasatiempo; y no obstante, sobresalian entonces D. Francisco Tagle como émulo de Fray Luis de Leon y de Rioja, aparecian composiciones sin firma de D. Juan Lacunza, de Barquera y de Bustamante; y Lizardi escribia bajó el seudónimo de «El pensador mexicano,» seudónimo que en esta época pareceria pretensioso y pedante, pero que en los tiempos á que nos referimos no dejaba de ser la expresion del estado de las letras en México, si se atiende á que Lizardi, con el valor de Larra y la intencion de Cervantes, en medio de la rudeza de su estilo, puso el primero el dedo en las llagas sociales con sus escritos, en los que sobrevivirá la intencion filosófica, á despecho del estilo que condena el buen gusto.

El título de la primera reunion literaria dará tambien idea de lo lejos que estaban los poetas de espaciarse en los campos vastísimos de la inspiracion y del progreso intelectual. Predominando el género bucólico, y circunscrita la poesía, influenciada ya hacia mucho tiempo en España por la poesía italiana y por los musulmanes, se llamó la primera academia la *Arcadia mexicana;* y Fr. Manuel Navarrete, Ochoa y D. Francisco Ortega tienen en sus obras marcada la índole de la literatura nacional: Navarrete escribia hasta diez y seis odas á las flores de Clorila y once á la pollita de Clori, otras tantas á la música de Celia: sobre un mismo asunto escribia *Juguetillo 1º*, *Juguetillo 2º*, etc., ó á *Clori y Silvio comiendo duraznos*, ó *Endechas al canarito de Celia.*

Como una muestra de los resabios del mal gusto, se lee al frente de las obras de Navarrete, impresas en Paris, con el título de *Prólogo ingenuo*, una décima tabernaria y asquerosa.

Pero Ortega, saliendo ya del círculo mezquino de sus contemporáneos, se elevaba á otros asuntos y abria la senda de los estudios serios, de las obras clásicas, ya en la paráfrasis, en los asuntos sacros, ya en la epopeya, al primer soplo de libertad y de las glorias nacionales, ó ya, en fin, traduciendo á Lamartine.

En las poesías de Ortega empezaba á sentirse el ensanche de la poesía nacional, y en una coleccion publicada por Ojeda en 1839, hay exquisita variedad en los asuntos, figurando entre ellos la crítica, que en todas las épocas de decadencia literaria ha sido la precursora del buen gusto y del renacimiento. El P. Ochoa fué inimitable en el epígrama.

Las altas dotes literarias de D. Francisco Tagle le hacian digno de presidir el movimiento y el progreso de las letras; pero aun no estaba generalizada la idea de la importancia de su desarrollo; y el mismo poeta se resiente de ello, en el desaliño de algunas de sus composiciones ligeras.

Goroztiza, en mas fecundo terreno, floreció en el teatro y dejó imperecederos monumentos de su genio en *El amigo íntimo*, en la comedia *Contigo pan y cebolla* y en otras cuyo apogeo vió el teatro español.

La literatura, vegetando apenas á la sombra de la calma bochornosa de la Colonia, enmudeció repentinamente en 1810. La revolucion gloriosa que habia de cambiar la faz de México, sofocó con sus detonaciones y su sangre los nacientes impulsos de las bellas letras, durante once años. El destino preparaba desde entonces, al desarrollo intelectual, el vasto campo de la emancipacion y de las libertades públicas.

El viento que arrojaba de nuestras playas al último de los vireyes, y disipaba las nubes vespertinas del régimen colonial, llevando hasta la historia el humo del combate, abria á las musas mexicanas los anchos horizontes de la poesía, y ofrecia por la primera vez á los vates oprimidos por tres siglos, la trompa épica para cantar las glorias de la patria.

Pero no habia de ser esta todavía la época de desarrollo de nuestra literatura. Conmovida profundamente la sociedad por la revolucion, en 1821 México aun no entraba de lleno en el goce de todas las ventajas conquistadas con la independencia: la política comenzó á llenarlo todo y á sembrar divisiones, odios y controversias: los mismos héroes de la patria veian empañarse el brillo de su gloria al influjo de la política; y la lucha de las ideas viejas con la luz de la revolucion salvadora, engendraba el malestar en las sociedades.

Era necesario que México acabara de disipar las sombras del coloso dominador, interpuestas entre la nacion jóven y la ilustracion europea; era preciso el libre curso de las ideas regeneradoras, la circulacion de libros, la expansion libre de los colonos, la apreciacion justa del bien conquistado, y destruir definitivamente las trascendentales consecuencias de la dominacion, enseñoreada por tres siglos.

Como síntomas precursores de la trasformacion, aparecieron los periódicos *El Observador* y *La Minerva*, en los que se leian las producciones de Tagle y del esclarecido ingenio José María Heredia.

Digitized by Google

Escribian entonces Ortega, Lacunza D. José Mª, Fernando Calderon, Olaguíbel, Carpio, Pesado y Couto; y ya en 1829 la literatura nacional comenzaba á vivir en una esfera mas amplia y de porvenir.

Aparecia tambien D. Andrés Quintana Roo guiando á la juventud estudiosa por el buen sendero, dándole á conocer á Martinez de la Rosa en su arte poética, que fué en México la primera obra de este género, que precedia al buen gusto.

El arte poética era acogida con entusiasmo por Prieto, por Payno, por Manuel Tosiat Ferrer y por Rodriguez Galvan, y se fundó la Academia de San Juan de Letran, en 1836. En esta útil institucion florecieron, ademas de los arriba enunciados, Alcaraz, Arango y Escandon, Casimiro Collado, Navarro, Lafragua, Esteva, Franco, Castillo Lanzas, Escalante, Esteva y Ulíbarri, Lozano, los Orozco y Berra, Segura y otros muchos.

En la década que terminaba en 1850, la Academia de San Juan de Letran cosechaba sus mas ópimos frutos; brillaban D. Fernando Calderon y Rodriguez Galvan, y vió México por primera vez las ediciones de semanarios de literatura como el Mosaico, el Liceo mexicano, y especialmente el Museo, que es una preciosa coleccion de producciones literarias y que revelaba desde entonces el porvenir de la literatura nacional.

En 1851 se fundaba el Liceo Hidalgo, reanimando el espíritu de asociacion literaria, y aparecian D. Francisco Granados Maldonado, D. José Sebastian y D. Vicente Segura, los hermanos D. Fernando y D. Manuel Orozco y Berra, D. Francisco Gonzalez Bocanegra, D. Márcos Arroniz, D. Luis G. Ortiz, D. Florencio M. del Castillo, D. Francisco Zarco, y otros varios, á cuyo lado tuvimos el gusto de dar nuestros primeros pasos en la senda literaria.

Podemos señalar otra década hasta 1860, en la cual se preparaba el movimiento y surgian empresas literarias en mas grande escala.

Aparecian editores como D. Juan R. Navarro, D. C. de las Cagigas y D. A. Boix, que hacian jugar las prensas mecánicas y circulaban con una profusion, nueva entonces, multitud de publicaciones, ya en forma de semanarios de literatura ó ya como bibliotecas que abrazaban un conjunto de materias. Tales eran la Semana de las Señoritas, la Civilizacion, y las bibliotecas nacional y extranjera, la Biblioteca Universal y la Económica de D. Vicente García Torres. De la antigua y constante imprenta de Cumplido salia la Ilustracion Mexicana, acogida con general aceptacion y que forma hoy una obra preciosa de cinco volúmenes.

De la misma manera que en 1810, la literatura nacional enmudeció con la guerra extranjera, y durante los cuatro años del imperio, á excepcion de algunos enérgicos desahogos patrióticos, lanzados por la noble indignacion de los vencidos, la prensa nacional no volvió á reproducir casi nada digno ó notable.

Pero con la restauracion de las libertades vino el renacimiento de las letras, abriendo una nueva era de verdadero progreso intelectual, y por la primera vez en la República se nota el sorprendente movimiento literario que agita hoy á todos los hombres de letras. La prensa en México presenta hoy un aspecto de vida y de animacion muy notable; y bastará á nuestro propósito indicar solo algunas de las muchas publicaciones que han visto la luz en la nueva era política.

Sin mencionar el extraordinario número de periódicos políticos, en mucho superior al de cualquiera otra época, contamos entre otras publicaciones literarias, con el «Semanario Ilustrado», «La vida de México», «El Renacimiento», «Las violetas» (de Veracruz), «El Anahuac», periódico que publica la sociedad literaria de Netzahualcoyotl; las novelas de D. Vicente Riva Palacio, tituladas: «Monja, casada, vírgen y mártir», «Calvario y Tabor», «Los Piratas del Golfo», «Las emparedadas», y «Martin Garatuza».—Las de D. Juan A. Mateos: «El Cerro de las Campanas», «Sacerdote y Caudillo», «El sol de Mayo», y «Los Insurgentes».—Las de Rivera y Rio: «Los dramas de Nueva-York», y «El hambre y el Oro».—Las de Enrique Olavarría: «El Tálamo y la Horca» y «Venganza y Remordimiento».—La de Justo Sierra: «El Angel del Porvenir».—«Una Rosa y un Harapo», por José Mª Ramirez.—«La Zahorí» por D. Nicolás Pizarro, y el «Libro Rojo» de los Sres. Payno y Riva Palacio. Se han publicado en edicion separada las revistas políticas del Sr. D. José Mª Iglesias, las revistas literarias del Sr. D. Ignacio Altamirano, la obra del Sr. D. Juan de D. Arias, «Reseña histórica del ejército del Norte, durante la intervencion extranjera», «El Memorandum» de los defensores de Maximiliano, los «Ensayos políticos» del Sr. Elizaga, «Reseña sobre la campaña de Puebla» por D. Pantaleon Tovar, «Historia de la intervencion y el imperio» por Mr. Lefebre, una obra del Sr. Payno, titulada: «Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervencion», las «Memorias sobre la independencia de México» por el Lic. D. Anastasio Zerecero, «La historia de Jalapa», «Ensayo de un estudio comparativo entre México y los Estados-Unidos» por D. José Diaz Covarrubias, «Apuntes para un sistema militar para la República» por D. Manuel Balbontin, «Nuevos métodos astronómicos» por D. Francisco Diaz Covarrubias, «Lecciones de economía política» por D. Manuel Payno, «Memorias de Maximiliano y de los príncipes de Salm Salm», «Querétaro», memorias de un oficial frances, «Compendio de la gramática española» por D. Nicolás Pizarro, una «Biblioteca universal» de D. Mariano Villanueva, un catecismo bíblico y un instructor de los niños por el mismo Sr. Pizarro, «Cartilla del sistema métrico decimal» escrita por D. Manuel Ruiz Dávila, «Lecciones de Geografia» por D. José Mª Baranda y «Geografia Universal» por García y Cubas.

Se han publicado, sobre todo, algunas obras de

Digitized by Google

gran mérito literario y científico, que merecen un lugar preferente en la bibliografía actual. Tales son los trabajos del Sr. D. Francisco Pimentel y los del Sr. D. Manuel Orozco y Berra, cuyo nombre es honra de México, pues de una de sus obras se han hecho dos traducciones en Alemania.

Se han publicado tambien las poesías de Rivera y Rio, las de Casimiro Collado, las de Emilio Rey y otras muchas obras originales, que renunciamos á enumerar por no hacer demasiado largos estos apuntes, que no han tenido otro objeto que dejar consignadas en las páginas de este semanario, la primera época verdaderamente floreciente de las letras en México.

¡Ojalá que esta fuente de vida y de prosperidad de la patria no sea jamás cegada por la destructora y aborrecida mano de la guerra civil!

(*La Ilustracion Potosina.*)

A MI AMADO PADRE
EL Sr. D. PEDRO P. CORTÉS.

Padre, quiero cantar: en mi alma ardiente
Siento la inspiracion con fuego santo;
Siento sus alas agitar mi mente,
Oigo su acento murmurar un canto....
No lo puedo imitar: el alma siente
Pero el labio se plega y calla, en tanto
Que una lágrima surca mis mejillas,
Y caigo ante el Eterno de rodillas!

Quiero de tu país natal hablarte,
Del mar hirviente y de su oleaje inmenso;
Un recuerdo filial quiero mandarte
Entre las bramas del ambiente denso;
Yo que pude un instante abandonarte,
Tendiendo el vuelo en el espacio extenso,
Quiero enviarte mi canto, padre mio,
Desde la orilla del Oceano umbrío.

¡Allí está! Terrífico y sublime
Su trueno aterrador lanzando airado,
Como un leon que entre cadenas gime
Y ruge sin cesar desesperado.
¡Nunca el Dios inmortal sus grillos lime,
Que se agite furioso encadenado,
Y solo á la mirada omnipotente
Calme sus iras el oleaje hirviente!

Ya se desata el huracan violento:
Ya le provoca con su voz tonante,
Y en su inmenso, terrible movimiento,
En lucha sin igual se ve incesante;
Levántanse mil olas con el viento,
Enfurecidas chocan, y al instante
Entre espuma blanquísima se alejan,
Y horrísono fragor tan solo dejan.

Álzanse nuevamente poderosas
Moles gigantes que en furor se agitan,
Y suben hasta el cielo estrepitosas
Do las manos de Dios las debilitan;
Ya surcan las corrientes presurosas,
En tremendo estertor se precipitan
Y en torbellino rápido y sombrío
Se agita el mar, aterrador, bravío.

¡Oh! No puedo imitar su voz potente,
Su rugido feroz y su bravura.....
Inclino al verlo con fervor mi frente;
Arrobada contemplo su hermosura!
Se aleja ya el turbion; alza en Oriente
Un rayo de purísima ternura
La luna melancólica y serena
Que amante calma de la mar la pena.

A su mirada plácida y hermosa
Torna tranquilo á reposar en calma.
¡Cuán grato es ver la luna majestuosa
Darle paz á la mar y encanto al alma!
Ríe naturaleza perezosa,
Sacude el agua la gigante palma,
Baña la luna con su luz los mares
Y entona el marinero sus cantares.

Despide entonce el arenal ardiente
El fuego de su aliento caluroso,
Y envuelto viene en el pesado ambiente
El último suspiro doloroso
Que exhala el mar al contemplar, doliente,
De la luna el mirar puro, amoroso:
Acaso manda su sentido acento
En dulce trova que arrebata el viento.

¡Cuánto me place ¡oh padre! contemplarla
Ya en apacible calma, ya bravía,
Extasiada en silencio así admirarla,
Sentir arder mi loca fantasía,
Arrodillarme ante su anchura, y darla
A que lleve hasta Dios la oracion mia;
Que El solo es inmortal, El solo santo!
Ante tu obra, Señor, ¿qué vale un canto?

No es aquí exuberante la natura
Ni el prado viste de amaranto y grana,
Ni se escucha la brisa que murmura
Entre el espeso bosque, en la mañana;
Pero en cambio, de plácida verdura,
En cambio de la flor pura y lozana,
Envuelve á la ciudad cual rico velo
De estrellas esmaltado, el puro cielo.

Aquí á la orilla de la playa ardiente
Donde me trajo plácido el destino,
Una amiga encontré buena y clemente
Que albergue dióme al fin de mi camino;
Una familia entera que en mi frente,
Entre aromas de bálsamo divino,
Puso la flor de la amistad preciosa,
Mas pura que el perfume de la rosa.

Oí tambien dulcísima y querida
La voz de mis hermanos; y su acento,
Grato como la música perdida
Entre las alas de apacible viento,
Hizo olvidar el llanto que en la vida
El alma vierte en su fatal tormento;
Recordé conmovida mis hogares
Al armónico son de sus cantares.

Digitized by Google

Grato es para quien cruza por el mundo
Sin padre y sin hogar, sin esperanza,
Cual pájaro perdido y vagabundo,
Una luz contemplar en lontananza;
Y que al vagar, lanzando un ¡ay! profundo,
Porque triste y sin fé ya nada alcanza,
Escuchar una voz suave, armoniosa,
Que sincera nos habla cariñosa.

La voz del ruiseñor es, padre mio,
La del zenzontle huérfano y doliente,
Que se alza grata en el ramaje umbrío
En las palmeras de la arena ardiente.
Te envié su eco en el turbion bravío,
Y tu alma noble, al escucharlo, siente
De eterna gratitud bálsamo santo
Cual pobre premio de tan dulce canto.

Tambien mi corazon se regocija,
Y en mis ojos el llanto se escondia;
De gratitud tambien guardaré fija
Una memoria en la memoria mia.
¿Qué valgo yo? ¿quién es tu pobre hija
Para pedirla un canto, una armonía?
¡Pobre ave sola del pensil huida
Sin cantares, sin goces en la vida!

Pero es dulce escuchar amigo acento,
Aquí donde extranjera me creia,
Aquí do ruje con furor el viento,
Do nada el pobre corazon tenia;
Tuve hermanos y amigos y contento,
Tuve hospitalidad, tuve armonía;
Por eso en trova de mi canto rudo
¡Heróica Veracruz, yo te saludo!

María del Cármen Cortés.

Veracruz, Octubre 13 de 869.

REVISTA TEATRAL.

Continuando mi amigo el organista su comenzado análisis de los *Diamantes de la corona*, dijo de esta manera:

«Tras un pequeño preludio, se da principio al segundo acto de esta zarzuela, con un coro algo menos monótono que el de los monederos al comenzar el primer acto, pero siempre de mala calidad. Y á propósito, he notado que en lo general andan escasas de buenos coros las zarzuelas; creo haber encontrado la causa, y es la siguiente: un compositor no puede utilizar buenas ideas para coros, considerando que no habrán de salir bien interpretados. Advierto á vd. que aquí no me refiero sino á los coristas europeos, que con los nuestros andan las cosas de diferente manera: los coristas mexicanos conocen bien el solfeo, saben leer la música, y tienen el instinto de lo bello en materia de canto; les falta algo para profesores, pero les sobra mucho para coristas. No sucede lo mismo en Europa; allí se utiliza en los teatros de diferentes categorías á todo aquel que sabe, sea poco, sea mucho; pero en lo general, y á no ser en los primeros teatros, se admira uno de que aquellos coristas acierten siquiera á articular una palabra; tan escasos así están de meollo. Yo le aseguro á vd. que en Europa cualquiera de nuestros coristas figuraria dignamente como *partichino* en los teatros de tercer órden, y como parte principal en los de cuarto; pero en México, en donde no pueden llamarse profesores, y no habiendo mas teatro que el Nacional, el cual no tiene categoría determinada, puesto que indistintamente da abrigo al cantante célebre, y al mísero cancanero, aquí nuestros coristas tienen que ser siempre coristas, por mas que este empleo sea muy inferior para sus talentos. Así, pues, si Barbieri en sus coros de los *Diamantes* se muestra monótono, seguramente que no es porque le falta manera de enlazar las melodías en buen contrapunto, sino porque ya la experiencia le aconsejó sin duda el escribir cosa sencilla y fácil, en obsequio de la mejor ejecucion.

¿Qué diré á vd. del *bolero?* aquí sí que no hay *pero* que poner. Barbieri está en su elemento; ese bolero es gracioso, característico, vivaz, y hasta el fin mantiene su interes musical; anunciado entre el tenor y el soprano, se desarrolla por fin entre los dos sopranos, pero de tal manera, que le viene de molde aquella frase usual de los italianos en casos semejantes: *fú fatto d'un sol getto.* Si toda la música de esta opereta anfibia, ó sea zarzuela, fuese el resultado de una inspiracion tan feliz como lo es el bolero, habria que gritar á voz en cuello: ¡viva Barbieri!

Pero antes de tan interesante pieza, viene un concertante, cuyas primeras *frases* llamaron mucho mi atencion. Sugirióme su *andamento* la creencia de que preludiaba un *cánon*, por mas que no fuera muy del caso colocar en zarzuela una pieza de tan clásica forma, usada solo en composiciones religiosas, y tal cual vez en melodramas bíblicos. Pero á los diez y seis ó veinte compases me desengañé: la pieza prometia mas de lo que al cabo hubo de dar; mucho lo sentí, porque de veras deseaba yo encontrar en la música de Barbieri algo que estuviese á la altura en que en mi estimacion le tengo colocado. Por lo demás, el *andante* es agradable al oido vulgar; el inteligente tiene mayores exigencias, busca la razon de la cosa, y no se contenta con apariencias: el oido inteligente analiza, y en su análisis penetra hasta la mente del autor, extrañando no pocas veces con asombro, la falta de *condotta* en obras de maestros por mil títulos recomendables.—Ha hecho vd. un gesto al oir esta palabra italiana, y comprendo que es porque no la entiende; voy á explicársela.

Condotta, segun Lichtenthal, es el arte de conducir en una pieza de música el *motivo* hasta su fin, sin abusar de él, y encadenando sus modulaciones de tal modo, que no se extiendan ni á mas ni á menos. La *condotta* de una idea principal puede dividirse en simple y en artificial; la primera no es sino la repeticion de la cantinela en diversos tonos, y sin modificacion ninguna; en la segunda, la idea dominante se presenta bajo diferentes aspectos, modificando su sentimiento. Un compositor que sepa sa-

Digitized by Google

car partido de su *motivo* principal ó sea *tema*, lo presenta desde luego con sencillez, lo abandona un instante, para volverlo á tomar con alguna variacion en sus accesorios; nuevamente se aparta de él, mientras en la orquesta se entabla una lucha entre los diversos instrumentos, los cuales, presentando simultáneamente trozos formados con los elementos del *motivo*, tienen el mismo ritmo, se ocupan del objeto principal durante su ausencia, y hacen desear vivamente su retorno. Si las modulaciones aventuradas, ó los *andamentos* estrechos, molestan el oido, una transicion feliz da nuevo encanto á la melodía que les sucede. Fijo siempre en la imaginacion el *tema* ausente, se le hace volver por fin, pero ya pomposamente adornado: un bajo figurado y elegante, ricos acompañamientos, florido contrapunto, el delicioso sonido de los instrumentos empleado con prudencia, el movimiento *stretto*, todo esto aumenta el interes y contribuye al satisfactorio desenlace de la peroracion musical. Una *condotta* semejante, ofrece una *unidad* sorprendente en medio de la mayor variedad; por eso la *condotta* es una de las primeras necesidades en toda composicion musical. En el concertante de que veniamos hablando, no hay *condotta* ni simple, ni artificial, porque el autor no sigue ni cultiva ningun motivo; carece, pues, ese concertante de verdadera *condotta* musical; bonito, pero radicalmente defectuoso, el público lo acepta, pero el crítico no puede celebrarlo. La falta de *condotta*, por ligera que sea la pieza, supone en el autor ignorancia ó descuido: no es ignorante Barbieri, y ya he dicho que reconozco gustoso, y estimo en alto grado su talento; créolo mas bien descuidado, y es este un pecadillo de que otros maestros célebres han debido acusarse. Pacini escribió cerca de cien óperas, y nunca se cuidó de corregirlas; para mí es esta una impiedad y falta de amor á los partos propios, cuando el oro mismo, y el diamante, han menester para brillar un prolijo y esmerado pulimento; y así se ve, que un pensamiento bello, presentado bajo diversas apariencias, y manejado con buena *condotta*, basta para construir un trozo de concierto respetable y de estudio.

Si el maestro Barbieri llega á tener noticia de estos mis juicios, no debe tomarlos á mal; yo no atribuyo á él solo esta falta de *condotta*, que es un defecto de raza, digámoslo así, defecto inherente al género. Arrieta en sus viajes por Italia aprovechó mucho en cuanto á dar colorido á sus situaciones, y en observar la *condotta;* destácanse por eso sus obras entre las de sus compatriotas, y puede asegurarse que están mejor concluidas que las de Barbieri y Gaztambide.

Por lo que toca á la *stretta* del concertante, diré á vd. que cuando una *stretta* carece de combinacion entre sus diferentes partes, ya es mala; pero si camina al unísono, como sucede con la de que me ocupo, entonces no tiene perdon de Dios.

Pasado el bolero, viene un *duetto*, el cual, prescindiendo de su estilo español, tiene el defecto de imitar la escuela italiana de fines del siglo pasado y principios del presente; mas claro, cuida de lo bello y se olvida de lo filosófico: el soprano y el tenor se están prestando mutuamente la melodía para cantarla cada cual á su vez, como si dos personas expresasen de una manera idéntica un sentimiento, por mas que sea uno mismo el que las domine; el cambio mútuo y alternado de una misma melodía no es estético.

Viene despues otro duo, el de los primos; comienza con un acompañamiento muy original, sostenido por la flauta y el clarinete, de muy buen efecto, sobre todo despues de haber oido tanta vulgaridad. Sin embargo, las risas de los cantantes contrastan de una manera singular con los sonidos lúgubres de los fagotes y contrabajos, produciendo un conjunto nada filosófico; verdad es que la situacion no puede ser mas triste, como que ambos primos van á casarse no solo sin amor, sino enamorado cada cual de diferente sujeto, y entonces sí convengo en que aquellos lastimeros instrumentos describan tamaño sinsabor; pero en tal caso suprímase la risa, que es por demas inoportuna. El tal duo concluye dándose prima y prime tales gritos, que no parece que el sitio aquel sea un palacio, ni personajes nobles los que así se conducen; esto es inverosímil y ajeno de la dignidad de ambos caractéres teatrales, por mas que la vida real nos presente ejemplos de ello, como sucede actualmente en el teatro Principal, en donde oimos todas las noches gritos destemplados, en lugar respetable, y dados por personas decentes; pero el arte no copia jamás á la naturaleza en su lado feo, antes la embellece y eleva.

Da fin al segundo acto otro concertante final, digno de mejor suerte. En esta pieza es muy notable un contra-punto en escalas ascendentes y descendentes, sostenidas con buen efecto por los contrabajos y fagotes en el *andante*. Con mejor ejecucion vocal, esta bien calculada pieza me habria gustado mucho mas; pero ya vió vd.: ¡los Sres. Poyo y Ruiz, tan buenos actores como infelices cantantes, tuvieron á su cargo los principales *intentos!* Sea como fuere, la pieza mereció toda mi aprobacion; y aun cuando la *stretta* no corresponde, no por eso deja de tener mérito el todo.

En el tercer acto solo hay tres piezas musicales: un quinteto sin coro, una aria, y un trozo marcial. Paso en silencio el quinteto, porque no lo entendí; la aria sí llegué á comprenderla. Pertenece al género sentimental, está bien hecha, fué regularmente interpretada por la señora Serra, y la artista y la pieza alcanzaron espontáneo aplauso. El trozo marcial es una conclusion de las que suelen llamarse de *bolazo*, por lo cual no es digno de mencion.

La capitana de monederos falsos en el momento de subir al trono, dice entre dientes, como si no quisiera que el público oyese tal embuste: *Solo son falsos los diamantes de mi corona.* Perdóneme S. M., pero en la obra, y ahora me refiero al poeta, todo es falso, desde la accion hasta los caractéres: pocas

Digitized by Google

veces he visto la historia tan desfigurada como lo fué este pasaje de la de Portugal en manos de Mr. Scribe, quien para eso se pintaba solo. Valiente chasco se llevaron los que creyeron que habian aprendido entre quintillas y corcheas, algo del reinado de Doña María I. Esta buena señora ni por mal pensamiento intentó sacrificar al bien público sus joyas, que allá en Lisboa se están con la misma buena ley y los mismos quilates que siempre tuvieron. Ni se casó al subir al trono con un guapo marqués vasallo suyo, sino que ya lo estaba con su tio el infante D. Pedro, hermano del difunto rey José, el cual infante nada tenia de guapo ni de galan, ni aun de persona útil para nada, puesto que á la sazon (1777) contaba ya su merced unos sesenta años muy bien cumplidos; y si no era para ver comedias y oir músicas, no le daba Dios al buen señor licencia para otra cosa. El ministro que gobernaba el Portugal cuando el advenimiento de Doña María, no era aquel sandio conde de Campo Mayor, sino el gran Sebastian Carbalho, marqués de Pombal, aquel hombre extraordinario, á cuyo vasto talento político, análogo al de Richelieu, debió el reino tantas y tan importantes reformas. La buena Doña María, que segun el poeta debió ser una reina modelo, comenzó haciendo sendos disparates; restableció todos los antiguos abusos, y por fin, fué tan pobre de espíritu, que entre el fanatismo y la supersticion le sorbieron el seso, y estuvo demente muchos años hasta morir. En la comedia de costumbres, basta observar la *verosimilitud;* pero en el drama histórico es indispensable respetar la *verdad* en acontecimientos y en caractéres, sin lo cual no se logra mas que imbuir en errores á los que no tienen otro medio de instruirse que el teatro. Sobrado perjuicio hace ya al buen gusto la zarzuela con su música, para que venga ademas con su verso á enseñar mentiras, que sin recelo acoge el ignorante.

Si mi voz fuese bastante autorizada, si yo supiese que mis consejos no habian de caer como semilla en peña, yo diria al comun de los espectadores: «no tomeis á lo serio las lecciones de historia que se os dan en el teatro, sobre todo si el maestro es Mr. Scribe, ni aun la mayor parte de las lecciones de moral, sea quien fuere el que las inculque; porque á unas y á otras sí les sucede verdaderamente lo que á los diamantes de Dª María en las diestras manos de Rebolledo.» Y luego, volviéndome á los jóvenes compositores que florecen en México, les diria: «no sigais, por Dios, la escuela española, dejad á los Barbieri y Gaztambide con su *manera* y con su *gusto*, bueno para ellos, malísimo para los que han saboreado otra clase de música. No apliqueis al arte el proverbio vulgar de que «sobre gustos no hay nada escrito,» porque si este principio es exacto respecto de los *gustos*, no lo es respecto del *gusto*. Si sois pianistas, estudiad como á excelentes modelos las obras de Chopin, Liszt, Prudent, Godefroid y Schuloff; si os dedicais á la composicion del cuarteto, los de Haydn, Mozart, Haëndel y Schumman; si al instrumental, seguid la sencillez de Weber, leed con amor sus partituras, y las de Gluck, y Beethoven, analizad las obras clásicas de Palestrina, Marcello y Pergolese, como tambien las de Bach, Leo y Durante; imitad hasta donde podais al gran Meyerbeer, sin dejar por eso de enriqueceros en las melodías sencillas de Paisiello; y si desesperando de emprender algo en nuestro postradísimo teatro os dedicais al género de *Cámera*, tomad ideas en las obras de Onslon, Hummel, Spohr y Mendhelsson. De otra manera no avanzareis un paso en el camino glorioso del arte, acerca de cuya belleza no solo se ha escrito mucho y bien, sino que en Europa diariamente se dan lecciones públicas de *Estética musical*, con cuya enseñanza se cultiva el *buen gusto*. Lecciones de este ramo se establecieron en el Conservatorio mexicano, pero han tenido que suspenderse..... por falta de discípulos.»

Aquí calló el bueno del organista, entre avergonzado y pesaroso; yo no creí oportuno continuar la conversacion, y me separé de él agradecido á su instructiva plática; al despedirse puso en mis manos un precioso libro italiano sobre *Lo bello en el arte*, que conforme á sus deseos extractaré en mis siguientes artículos, para provecho de aquellos que en nuestro país aman todavía el arte legítimo y conservan las buenas tradiciones, á pesar de tantos elementos disolventes como en estos últimos tiempos han venido á entorpecer y á malear el *buen gusto*, que ya entre nosotros se iba arraigando antes de la inmigracion de la zarzuela.

M. PEREDO.

Noviembre 16 de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

SETIEMBRE.

13

1598.—En este dia falleció el rey de España é Indias, Felipe II.

1648.—Llegó la flota á Veracruz; entre los pasajeros que traia, vino D. Gerónimo de Bañuelos, nombrado corregidor de México.

1667.—A las dos de la mañana de este dia, se sintio en México un temblor de tierra bastante fuerte.

1691.—"Juéves 13, se armaron los panaderos á no querer amasar; y no se hallaba una torta en todo México."

1788.—"El dia 13 de Setiembre de 1788, tomó posesion en México de director general del tribunal de minería, D. Fausto Elhuyar, el cual vino de España conduciendo la expedicion de los alemanes mineros. En este mismo dia se estrenó en el real palacio, la sala en que se colocó el tribunal de minería, que era la misma en que estaba la real sala del crímen."

1813.—Se instaló en Chilpantzingo el congreso mexicano.

1867—Ley sobre el papel sellado, reduciendo los sellos á cuatro clases; de actuaciones, libranzas, cuentas y recibos, y de contribucion federal.

14

1526.—"El Ayuntamiento de México concede á pedimento de Juan de Paredes y de Rodrigo Rangel, que se establezca un meson en Cholula."

1790.—"El dia 14 de Setiembre de 1790, rebajando el suelo de la plaza principal de México, se encontró un ídolo de la gentilidad, cuya figura era una piedra muy labrada con una calavera en las espaldas, y por delante otra; con cuatro manos en el resto del cuerpo, pero sin piés ni cabeza."

1813.—Se hizo cargo del virreinato de México, el quincuagésimo noveno virey D. Francisco Javier Venegas.

1858.—Se descubrió en esta capital una conspiracion en la calle de la Pila Seca, casa de Nuestra Señora del Refugio.

IGNACIO CORNEJO.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Mr. Seward. — Fiestas en su honor. — Las revistas literarias.

México, Noviembre 27 de 1869.

El ilustre hombre de Estado americano que tan célebre se ha hecho en la gran República y en todo el mundo, durante los últimos años, y á quien vemos con gusto entre nosotros, desde que puso el pié en el puerto de Manzanillo ha sido el objeto de una ovacion continua, que él, estamos seguros, no olvidará nunca.

En Colima, en Guadalajara, en Guanajuato, en Querétaro se le ha hecho una recepcion oficial, espléndida, se le han dado banquetes; y gobernadores, escritores, magistrados y hombres notables en todos sentidos, han acudido en masa á ofrecerle los homenajes de la hospitalidad y de la simpatía.

En nuestra hermosa México era justo que superáramos en las demostraciones. Ya sus compatriotas residentes aquí, figurando en primer lugar el ministro de los Estados-Unidos Mr. Nelsson, le han obsequiado con un banquete que tuvo lugar en el hotel San Cárlos, y al que asistieron el Presidente de la República, los Ministros de Estado y algunos mexicanos distinguidos.

El miércoles, el Sr. Juarez le obsequió con un dia de campo en el bellísimo bosque de Chapultepec, al que asistieron solo los amigos privados del Presidente y sus familias, pues esta fué una manifestacion enteramente personal.

Hoy tendrá lugar un gran banquete de cuatrocientos cubiertos en Palacio, segun los anuncios.

De estas dos reuniones hablaremos extensamente en nuestra revista próxima, pues hemos tenido el honor de ser invitados á ambas.

Parece que despues se dará un gran baile en el teatro nacional. Así, pues, el distinguido y respetable viajero comprenderá cuántas son las simpatías que su grande y civilizada patria inspira á nuestro pueblo, y cuánta es la estimacion con que se ve aquí á los varones insignes que sirviendo allá al progreso, coadyuvan poderosamente á la libertad del continente americano y á la marcha de la humanidad entera.

Hace poco, éramos nosotros los únicos que cultivábamos en México el género inocente de Revistas de la semana.

Hoy tenemos el placer de anunciar que se publican varias crónicas.

Ademas de las dos muy bonitas que salieron en el *Anáhuac*, de grata memoria, y que revelaron buenas dotes en su jóven autor el Sr. Cuenca, para este género entretenido y ameno y que no es tan fácil, al menos para nosotros, como algunos lo piensan, hay que contar la que publica el *Siglo XIX* cada domingo, de la cual ya hemos hecho una indicacion, apreciándola justamente, pues que la escribe la elegante y erudita pluma del Sr. Payno, á quien los números tenian, si no enteramente retirado del terreno de la literatura, al menos retraido, con gran pesar de los amantes de lo bueno y de lo bello.

La *Sociedad Católica* publica otra cada quince dias, y es notable por su estilo y por las apreciaciones que hace, que aunque á veces no estén en conformidad con nuestras pobres ideas, no por eso dejan de ser dignas de aprecio y de atencion.

El elegante y muy instruido escritor Gustavo Gosdawa de Gostkowski hace saborear con delicia á los lectores del *Monitor*, cada ocho dias, sus lindísimas *Humoradas dominicales*, que se recomiendan por mas de un motivo.

Desde que este escritor daba interes con su talento á la gacetilla del *Trait d'Union*, y despues cuando redactó en compañía nuestra *La vida de México* (que tan poco duró) bajo el seudónimo de *Nemo*, pudimos apreciar lo que valia.

La elegancia verdaderamente ática de su estilo, que á veces pierde algo en la traduccion, pues que Gostkowski escribe siempre en francés, el colorido fresco y gracioso de sus imágenes, la flexibilidad que da á sus palabras, y sobre todo eso que en Grecia se llamaba *sal ática*, y que en Francia se llama *esprit gaulois*, y que es lo que distingue todo lo que escribe ese literato, hacen de sus *Humoradas Dominicales* verdaderas joyas.

Nosotros, lo confesamos con sinceridad, nos acostamos la noche del sábado, aligerando las preocupaciones que pesan en nuestra alma algunas veces, con la risueña esperanza de apurar, sorbo á sorbo, esa perfumada bebida que nos trae el *Monitor* del domingo, bajo la forma de tres ó cuatro columnas de papel impreso.

Ora sea que Gostkowski penetre en el seno de lo que aquí se llama *la alta sociedad*, ora que dirija una ojeada á nuestros paseos, ó que alce sus lentes hácia la escena de nuestros espectáculos, ó que pase revista á la prensa, ó que se levante en alas de su espíritu libre á las regiones de la filosofía, siempre le vemos volverse hácia nosotros con su ojo *railleur*, para referirnos sus impresiones y sorprendernos con sus ideas.

Inteligencia verdaderamente independiente y nutrida con el jugo de la literatura mas refinada, sus apreciaciones no son vulgares, y se le encontrará singular á veces, pero siempre brillante.

Cuando acabamos de leer sus artículos, ¿para qué lo hemos de ocultar? nos parecen pálidos y tristes los humildes nuestros, y podemos medir la distancia que hay de la educacion literaria que se recibe en las naciones mas cultas de Europa, y la que se recibe en México incompleta é interrumpida por las agitaciones de la vida política.

Así, pues, cumplimos un deber de conciencia recomendando á nuestros lectores que donde quiera que vean esta firma polaca, lean lo que autoriza, pues pasarán un rato agradabilísimo.

Digitized by Google

Como un obsequio á los suscritores de la *Constitucion*, periódico que ha sustituido al antiguo *Globo*, se reparte cada ocho dias una *Revista literaria*, cuyos artículos firma en su mayor parte D. Roberto A. Esteva. Hasta ahora no hemos logrado ver un solo número.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

EN EL DIA DEL CASAMIENTO

DE MI SOBRINA

Sara Pesado y Segura con el Sr. D. Juan A. Landa.

¡Señor! Señor! al cielo
Mis ruegos se levantan este dia;
De mi laúd el velo
Triste que le cubria
Rasga, y torna el dolor en alegría.

Tú sabes que hartas veces
He bebido la copa de amargura
Hasta apurar las heces;
Mas hoy tu lumbre pura
Brille, Señor, tras la tormenta oscura.

La inspiracion que anima
A mi marchito corazon, descienda;
Mis esfuerzos sublima,
Y dando al númen rienda,
Al casto amor consagraré mi ofrenda.

Tú que el cielo extendiste
Cual magnífico manto de zafiro,
Y luego hacer naciste
La luz que hermosa miro,
Y los soles que en ella hacen su giro;

La tierra tambien crias,
Los valles y los montes eminentes,
Y las selvas umbrías,
Las flores y las fuentes,
Y pueblas todo el mundo de vivientes.

Y la hora señalada
Llega, Señor, de tu alta Omnipotencia;
Del polvo de la nada
Forma al hombre tu ciencia,
Y le infundes un soplo de tu esencia.

Y al punto de rodillas
Adórate sumiso y reverente;
Canta tus maravillas,
Te ensalza, y de repente
Adormécele el sueño blandamente.

Y tú de bondad lleno,
Hagámosle, dijiste, compañera
Al hombre, que no es bueno
Que solo, en su carrera
Por el mundo, la vida pase entera.

Y en tanto que en el lecho
De regaladas flores se dormia,
Tu mano de su pecho
El corazon que ardia,
En dos mitades diestra dividia.

Y formas de una de ellas
A la mujer que vence en hermosura
Al sol, luna y estrellas,
Y la inocencia pura
En su semblante angelical fulgura.

Alaba ella tu nombre
Bañados en candor sus labios rojos;
Despierta el primer hombre,
Y atónito los ojos
Clava en Eva, mas libre de sonrojos.

De gozo en sus excesos,
«Es carne de mi carne, Adan exclama,
Y hueso de mis huesos,
Es llama de la llama
Que alumbra mis potencias y me inflama.»

«Por ella el hijo al padre
Dejará, siendo estéril el gemido
De cariñosa madre;
Y quedará el marido
Con lazo eterno á su mujer unido.»

Y tú, Señor, bendices
Los primeros esposos, soberano;
Y cual nadie felices,
Contigo mano á mano,
Conversan á la sombra del manzano.

¡Ay! que en tu breve ausencia
A ellos Satán seduce, y es perdida
La cándida inocencia;
Y muéstrase en seguida
La muerte con espada enfurecida.

Y recorren la tierra
Los crímenes, y tórnanse en abrojos
Los frutos que ella encierra;
Y desde entonces rojos
Lagos de sangre ven los tristes ojos.

Y hermanos contra hermanos
Levántanse y derriban tus altares,
Y erígense en tiranos;
¡Ay! por mis patrios lares
Víctimas sacrifican á millares.

Mas calle el labio mio;
No en el festin nupcial se oiga el sollozo
De mi dolor sombrío:
Vuelva, Señor, el gozo
A mi alma en este dia de alborozo.

Y que la esposa nueva,
Recibiendo de tí las bendiciones,
Mas venturosa que Eva
Disfrute de los dones
Que viertes en los limpios corazones.

La dicha y el consuelo
De su gallardo esposo siempre sea,
Y del pudor el velo
Que en su alba frente ondea,
Como en la Sara de Abraham se vea.

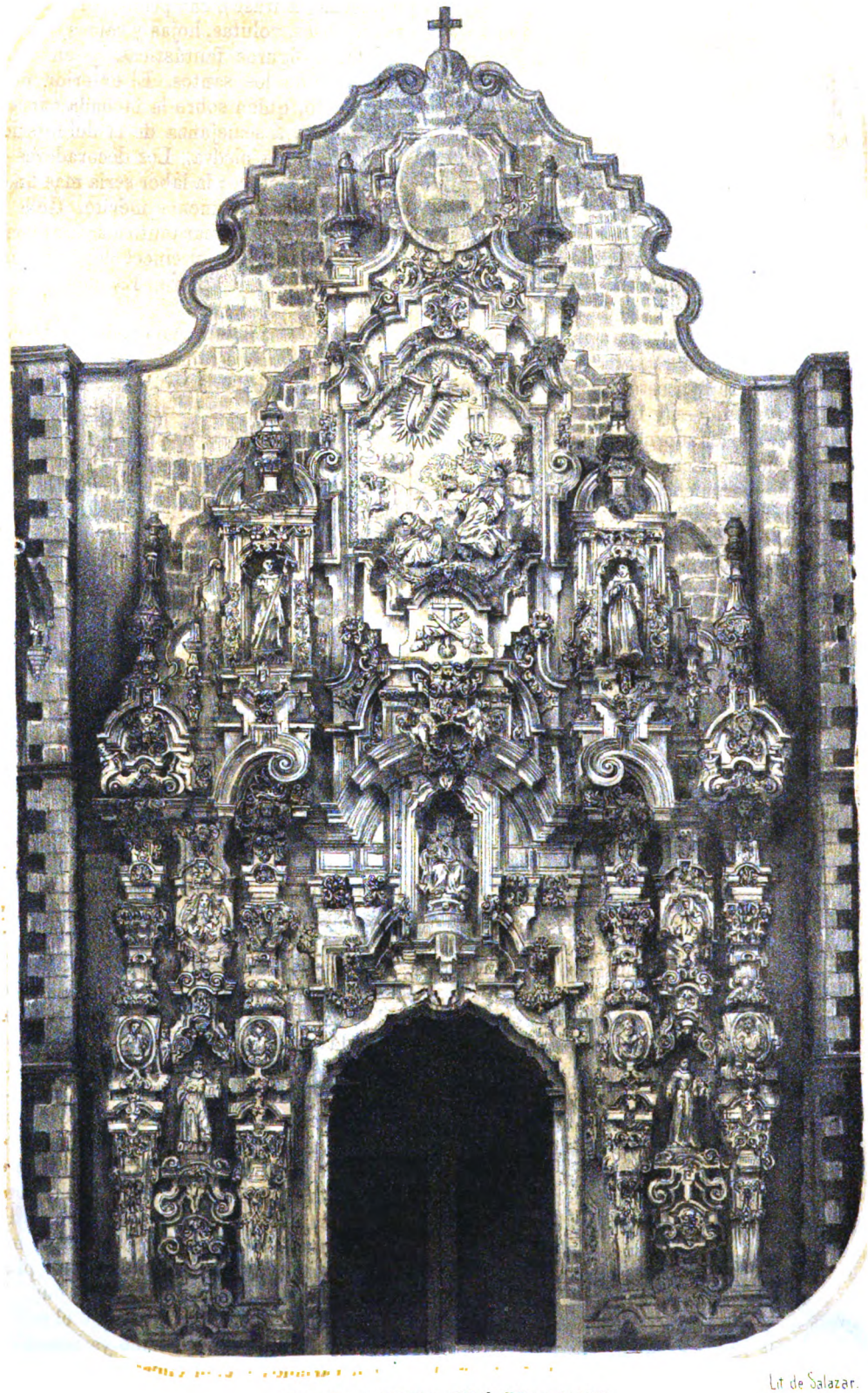
¡Oh esposos! las desgracias
No turben vuestros dulces regocijos;
Vivid llenos de gracias,
En Dios los ojos fijos,
Y los hijos gozad de vuestros hijos.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

México, Noviembre 23 de 1863.

Digitized by Google

Digitized by Google



Lit de Salazar.

PUERTA LATERAL DE S. FRANCISCO.

Digitized by Google

PUERTA LATERAL DE SAN FRANCISCO.

Para que no se engañen los lectores que no son mexicanos, debemos decirles que en San Francisco, ademas de la iglesia principal habia otras varias capillas, fabricadas en el patio del templo. Se entraba al patio por dos puertas; la una al N. en la calle de San Francisco, la otra al O. en la de San Juan de Letran. La iglesia principal no estaba aislada; su entrada miraba al O., y por la banda del N. tenia añadidas dos capillas, una de las cuales se llamaba de Nuestra Señora de Balvanera. La puerta representada por la estampa es la de esta capilla, mira al N.; no es exterior, sino que se descubre de dentro del patio; se tiene frente á frente al tomar el atrio por la entrada de la calle de San Francisco.

La pared de la capilla está construida de tezontli, piedra porosa, ligera y fuerte, producto de los volcanes del Valle; los adornos de la puerta, de cantería, especie de arenisca, dócil para trabajarse.

No hay que buscar en la construccion de la obra que nos ocupa las reglas arquitectónicas, ni querer juzgar de ella aplicándole rigurosamente las reglas de Vitruvio ó de Vignolas; esto seria engañarse, perder el verdadero punto de vista: el juicio ha de hacerse por la impresion que se recibe, por el gusto que resulta de comtemplar el conjunto: se ha de sentir, no se ha de raciocinar; el corazon y no la cabeza debe ser el juez en este caso. Llamadle como querais, ignorancia ó imaginacion, lo cierto es que nuestros artistas en todos géneros, tan separados del resto de la humanidad como lo estaba la colonia, carecian de enseñanza práctica, les faltaban los modelos, y entregados á sus propias fuerzas, tenian que gastar los recursos de su propio caudal. No eran del todo originales, supuesto que seguian, aunque de muy lejos, el impulso de los conocimientos españoles, y consultaban los pocos libros que podian haber á las manos; pero como carecian de un gusto depurado, y estaban dotados del instinto de lo bello, se echaban de buena gana por el camino de lo ideal, produciendo á veces obras extravagantes, y á veces sublimes y hermosas. Posible es que nuestros arquitectos de entonces hubieran reconocido en el Partenon el tipo de la perfeccion para un edificio; lo que dudo es, que siendo el rumbo que habian adoptado, sus formas severas y desnudas les hubieran complacido, y no aspiraran á cubrirlas con los dibujos caprichosos que cautivaban su atencion. Por eso creo que el estilo churrigueresco tuvo tanta boga en la colonia.

Con pocas excepciones, puede asegurarse que en los dos siglos pasados no se hicieron obras arquitectónicas de importancia, si no fueron las iglesias: aquí fué donde lucieron su ingenio nuestros arquitectos; principalmente por ellas debe juzgárseles. En la generalidad buscaban mas la solidez que la elegancia. El interior, sencillo y casi destituido de adorno, lo dejaban para que el entallador lo cubriera de inmensos altares de madera dorada, en que sobre una andamiada de columnas y tímpanos (permítaseme la frase), campeaban profusamente cornisas y frisos, volutas, hojas y ramas, frutos, ángeles, serafines, figuras fantásticas, y en los nichos las imágenes de los santos. El exterior pertenecia al arquitecto, quien sobre la fachada hacia su obra de decoracion, á semejanza de la del interior, usando para ella de la piedra. Los decoradores de hoy recurririan al estuco; la labor seria mas fina, pero menos duradera y de menor mérito. Relieves de cantería, que deben llamar tanto mas la atencion, cuanto que no los produjo el cincel del estatuario, sino el humilde pico del cantero. La puerta de San Francisco es de esta clase.

Una obra semejante no puede ser descrita, es preciso mirarla, y la estampa es una perfecta semejanza del original. Sin embargo, diremos algunas palabras. Comenzando por la parte superior, el escudo contenia las armas españolas, mandadas borrar de todos los edificios públicos, despues de la independencia. El bajorelieve principal representa la impresion de las llagas á San Francisco, en el monte Alberne. Se ve la montaña con algunos árboles, y una iglesia en la cumbre: el santo, asombrado y atónito, está como suspendido en el aire, en la posicion de un hombre que se derriba á impulso de los sentimientos que le agobian; Fray Leon, su compañero, vuelve el rostro á la tierra, como que no era llamado á participar del prodigio: en la parte de arriba, sostenido en el espacio, aparece el Señor enclavado en la Cruz, en forma de querubin, con una ráfaga de luz en derredor: el cuadro no carece de mérito, pareciéndome lo mejor la figura del San Francisco. Debajo se encuentra la insignia de la Orden franciscana, dos brazos en forma de aspa, el uno desnudo, el otro con el hábito, teniendo en medio la cruz descansando sobre el mundo. La imágen de nuestra Señora de Balvanera ocupa el nicho de sobre la entrada; y en la tarja inferior estuvieron las armas de los riojanos que mandaron construir la capilla. Siguiendo por el compartimiento á la izquierda del espectador, en el nicho de arriba, está la estatua de San Diego de Alcalá: en el medallon inferior, en relieve de medio cuerpo, Santa Clara; en los medallones pequeños de las pilastras, los seis primeros apóstoles, comenzando por San Pedro, pues es de notar que estas pilastras tienen tres faces, y en cada una de ellas hay un apóstol: finalmente, San Buenaventura ocupa el último nicho de este lado. El derecho comienza en el nicho superior con la estatua de San Pascual Bailon: Santa Rosa de Viterbo ocupa el medallon; los otros seis apóstoles las caras de las pilastras, y el último nicho San Antonio de Padua, á cuya estatua falta la cabeza del niño, que el santo tiene en la mano. Los intervalos, como ya hemos dicho, los llenan variados y caprichosos adornos, en general de buen gusto: el conjunto hace buena impresion, y si la obra no puede ser mirada como tipo de las de su

Digitized by Google

clase, es al menos una de las bellezas con que México se enriquece.

La Santa Providencia tenga en su seno á nuestros pobres artistas, ya que vivieron hambrientos, y mordidos por la envidia murieron olvidados.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

A LOS SEÑORES REDACTORES DEL "RENACIMIENTO."

En la *Revista Universal* del dia 11 de Noviembre me proponen los señores redactores una *cuestion científica* bajo el título de *Curiosidades filológicas*. Si despues de haber examinado dicho artículo *gracioso* y mi contestacion *sério-jocosa*, creyeren los señores redactores del *Renacimiento* conveniente insertar esta disertacion en su apreciado periódico, obligarán á su obediente servidor

OLOARDO HASSEY.

Dice la *Revista Universal:*

CURIOSIDADES FILOLÓGICAS.

«El distinguido helenista D. Oloardo Hassey nos hizo una vez la honra de dirigirnos una pregunta sobre la palabra *gemónias*. A ella contestamos, y segun parece, el Sr. Hassey, que ya antes era de nuestra opinion, quedó satisfecho. Apoyándonos en esos recuerdos y en ese precedente por él asentado, nos tomamos hoy la libertad de preguntarle si tiene noticia de que el nombre *Blas* se deriva del tudesco y no del griego, como lo haria suponer la circunstancia de que San Blas fué obispo de *Sebasto*, en Armenia, patria de los Sebastianes, que desde entonces se tienen por amigos de los Blases. Como lo que pasa en México apoya esa tradicion, hácia ella nos inclinamos; pero *un amigo* nuestro nos ha hecho notar que *blasen*, en aleman, quiere decir soplar, producir viento; que se dice, por ejemplo, *die Flöte blasen* (tocar la flauta), y que *Blasius*, que es nombre latin de Blas, pudiera muy bien venir de *Blaser*, «soplador ó productor de viento.» El equilibrio que existe entre las dos suposiciones, la de la *tradicion* confirmada y la de la *evidencia* perfecta, ha dado orígen á la pregunta que hacemos.»

CONTESTACION.

ETIMOLOGIA DE LOS BASILIOS, BLASIOS Y BLASES.

Es permitido reirse del mundo entero sin ofender á nadie.
O. Hassey.

En el núm. 708 de su apreciable periódico me honran los señores redactores de la *Revista Universal*, proponiéndome les explique la etimología del nombre *Blas*. Cuando hombres serios y pensadores proponen una cuestion de interés científico, se entiende que no hay en ella alusiones personales, sino como dicen los franceses, *des grandes pensées*, y no *des arrières pensées:* así, es justo que procure coadyuvar á resolver el problema.

Con agradecimiento me acordaré siempre, que los señores redactores de la *Revista Universal* tuvieron la bondadosa condescendencia de libertarme del miedo que me habian causado las *gemmonías* de Castelar, *esos mónstruos que devoran al género humano cegado*, y me someto á pagar ahora aquella deuda con *usura*, pues mucho mas grave me parece el problema presente que aquel, siendo los *Blasios ó Blases*, á primera vista, simplemente nombres inofensivos: ahora, tratándose de su etimología, siento agitarse mi cerebro de un modo extraordinario, acordándome que el emperador romano *Valens*, por una causa parecida, mandó matar á todos los hombres de su imperio, cuyos nombres empezaban con las letras *teot:* entonces murieron todos los Teodoros, los Teodosios, los Teófilos, los Teódotos y miles de otros *teots*. Sin embargo, considerando que los Blases que yo conozco son buenos, inocentes, y algunos de ellos distinguidos, me calmo, persuadiéndome que no hay ahora tanto peligro como en tiempo de Valens.

La gratitud, además, no me permite callarme; y aunque ya he tratado sobre *Onomatología* en un artículo del *Renacimiento*, me atrevo á añadir aquí algunas cortas observaciones, que tocan directamente á los Blases.

Blas?—qué quiere decir *Blas?*—de dónde vienen los Blases?—cuál es su orígen? son alemanes ó griegos?—hé aquí la cuestion.

Un fino amigo de vdes. ha procurado ayudarles en esta investigacion con su *buena voluntad* y su *instruccion filológica*, recomendándoles con gracia la raiz alemana *blasen*, soplar, y demostrando que *Blas* significa *soplador ó productor de viento*. Por solo el hecho de tal recomendacion, me parece sospechosa su amistad y su instruccion; á lo menos será un amigo peligroso; le creo capaz al tal amigo de conducir á vdes. á algun palacio de las *hadas*, sobre cuya puerta hay la inscripcion: *noli me tangere*, y donde vdes. al entrar correrian seguramente peligro: baste decirles, que su amigo oficioso les ha inducido en un error, ó como dirian los alemanes: *Sie sind auf den Holzweg gerathen.*

Con la firmísima fé con que creo que en el otro mundo nos serán perdonados nuestros pecados etimológicos, aseguro que este nombre de Blas es griego, puro griego, purísimo griego, aunque algo corrompido, perteneciendo á la categoría de los Pepes, las Panchos y los Chuchos. Los griegos, antes de conocer el sistema de la *igualdad democrática*, creian que *basileus ó rey*, era el nombre mas venerable que existia en su hermosa lengua, y de él formaron adjetivos hermosísimos, como son: el realista, el imperialista, el purpúreo, el magnánimo, la poderosa cabeza, el protector del pueblo, etc.

Del adjetivo βασιλικος se deriva nuestro *Blas*, y que es simplemente una corrupcion de *Basilio* el realista ó imperialista; y como los Blases realistas siem-

Digitized by Google

pre fueron muy queridos de sus amigos, era natural que de Basilio formaran el diminutivo de cariño, Basilito, ó por *metátesis* Blasito, y finalmente por economía de tiempo decian *Blas*.

En el artículo del *Renacimiento* antes mencionado, he demostrado que antiguamente los nombres se daban á las personas como convenia á sus cualidades sociales, corporales ó espirituales; en nuestros dias damos ciegamente en el bautismo nombres que en su mayor parte no convienen á las personas que los llevan, llamándose, por ejemplo: Porfirio (vestido de púrpura) á un mendigo, Nicolás (vencedor del pueblo) á un criado, ó Plácido (el suavecito) á un duro herrero. Esta es una ligereza generalmente *ridícula*, pero *muy grave* en sus consecuencias en nuestros tiempos, cuando todo el sistema político debe estar en perfecta armonía, hasta las rueditas mas pequeñas, hasta los tornillitos que ligan los diminutos miembros de esta máquina complicada, llamada *gobierno republicano*.

Es de admirarse en verdad, que el Czar de Rusia permita vivir en sus dominios á hombres que se llaman *Eleuterio* ó *Fileuterio* (amantes á la libertad); pero no es menos digno de admiracion que en una *república verdadera* como la nuestra, se permita usar nombres que recuerden el despotismo. En Rusia tales nombres recuerdan al pueblo la *Libertad*, *Igualdad*, y *Fraternidad;* en las repúblicas le recuerdan los abusos de la *Monarquía*. Esto no debia permitirse, pues á un individuo llamado *Realista*, *Imperialista*, *Todopoderoso*, *Vencedor del pueblo* etc., le podria venir el antojo de renovar los tiempos del absolutismo.

Así, Señor Don Basilio, Señor Don Porfirio, etc., ó te bautizas de nuevo y tomas un nombre republicano, ó no te quejes si algunos indiscretos, por una cosa tan involuntaria desconfian de tus principios democráticos.

Los muy ilustrados señores redactores me piden una explicacion del nombre *Blas;* esto prueba que algunas veces hay gran dificultad en conocer el significado de los nombres mas comunes: en verdad, pocos de mis lectores podrian decirme lo que significan Eduardo, Tomás, Adolfo, Alonso, Eustaquio, Ezequiel, Joaquin, Luis etc.

Para corregir este defecto nacional, creo que es de necesidad, y *yo propongo*, que el gobierno extienda la Reforma, hasta este punto tanto tiempo descuidado, *ordenando* que se permita sola y únicamente usar *tres nombres* en toda la República, los nombres *Onocéfalo*, *Cinocéfalo*, y *Teocéfalo*, (dejando existir por ahora los *apellidos*, para que pueda extenderse y ampliarse mas tarde esta ley saludable de la reforma); que los jóvenes *hasta la edad de la pubertad* (período de su desarrollo) no tengan *nombre ninguno*, y que en lugar de la confirmacion eclesiástica se sellaran en la frente todos los jóvenes de 15 años (edad en que ya manifiestan lo que serán mas tarde), imprimiéndoles sin misericordia con un fierro caliente en la frente, á los unos la letra O (onocéfalo ó cabeza de burro), á otros la letra C (cinocéfalo ó cabeza de zorra astuta), y á los demas, como por ejemplo, á todos los señores redactores de periódicos, la letra T (teocéfalos ó cabezas divinas, bienhechoras del género humano). ¡Cuán fácil será entonces el gobierno de la nacion, el arreglo del comercio y el trato social! La única dificultad que *palpo* en esta mi proposicion (suplicando á vdes. señores redactores, me ayuden en este punto importantísimo), es la cuestion de determinar y fijar ¿cuál será la *autoridad* mas á propósito para sellar con discernimiento y justicia? pues podria bien acontecer que los mismos Basilios ó Nicolases, elegidos por la nacion soberana para imprimir los sellos, mandasen sellarnos á nosotros con una O mayúscula á causa de la pregunta y respuesta á que se refiere este artículo. Para evitar una cosa tan desagradable é injusta, suplico á los señores redactores retiren su pregunta, y yo retiraré mi contestacion, declarándose luego oficialmente que ambas cuestiones, discusiones y escritos filológicos, *nunca han existido*, ni *acaecido* ni *ocurrido*.

Oloardo Hassey.

A URUAPAN.

(FRAGMENTO.)

¡Tú eres, Uruápan! con tenaz empeño
Cual Colon en su mundo, en tí he pensado;
Tú eres Uruápan, sí; mi jardin-sueño,
Mi campestre ciudad, mi Eden hallado.

Tú eres, pues; con armónica dulzura
Al par lo dicen al oido mio
Tu zéfiro sutil, cuando murmura,
Y cuando corre tu sereno rio.

Cuando en mi ardiente juventud primera
En el amor ansioso deliraba,
Y soñaba una vírgen hechicera,
Junta con tus hechizos la soñaba.

Tus lindas flores por tapiz tenia,
Por digno cuadro tus paisajes bellos;
Y tu apacible zéfiro mecia
A la par de tus rosas, sus cabellos.

Tú eres, Uruápan, la mansion riente,
La poblada y magnífica floresta,
Donde parece que perpetuamente
Vestida la natura está de fiesta.

Al respirar los plácidos aromas
De tu corona de fragantes flores,
Con mas amor arrullan las palomas,
Cantan con mas placer los ruiseñores.

Tus cristalinas gotas de rocío,
Tus mariposas ricas y brillantes,
Te prestan mas espléndido atavío
Que á una reina sus perlas y diamantes.

Se sienten emociones voluptuosas,
Tus lindas rosas al abrir su seno,
Que en el olor lascivo de las rosas
Puso el amor su celestial veneno.

Digitized by Google

En el árido Enero como en Mayo
Haces de flores delicioso alarde,
Eres graciosa de la aurora al rayo,
Eres sublime al declinar la tarde.

El genio de la dulce poesía
En tí meció su afortunada cuna,
Estás resplandeciente á medio dia,
Melancólica al rayo de la luna.

Mezcla el viento del sol á los fulgores
Los matices, sin fin, de tu follaje,
Cual mezclaba otro tiempo mil colores
Al mecer de tus hijos el plumaje.

Cuando la luz en Occidente espira,
Y la noche desplégase halagüeña,
Suspiras con amor, como suspira
Dormida vírgen que en amores sueña.

En tu sol, en tu luna, en tu reposo
Y en todo tu sublime panorama
Hay algo que en idioma misterioso
Al corazon repite: «siente y ama.»

Al contemplar, Uruápan, tu belleza
Tan cándida y risueña, se diria
Que la viva y gentil naturaleza
En la infancia se encuentra todavía.

Este lugar balsámico y florido
En que la pena con la duda calla,
Está muy cerca del Eden perdido.
¡Dios menos invisible aquí se halla!

En frente de la gran naturaleza
Digno sonido á mi laúd no viene.
¿Quién pudiera cantar á la belleza
Que por cantor al *Cupatitzio* tiene?....

JUAN VALLE.

Uruápan, Marzo 9 de 1864.

COLON.

(BALADA ALEMANA.)

«¿Qué traes, Fernando? La palidez de tu semblante me anuncia nuevas siniestras.» —«Ah! Vanos son todos mis esfuerzos para contener á la tripulacion. Si no divisa pronto el continente, estad seguro de que vais á ser víctima de su furor: desanimada y llamándose á engaño, clama pidiendo la sangre del gefe, de quien se supone burlada.»

No bien ha acabado Fernando de decir estas palabras, cuando la multitud irritada entra tumultuosamente en la cámara del *Almirante*. La rabia y la desesperacion estaban retratadas en sus ojos hundidos y en sus rostros escuálidos por el hambre. «¡Traidor! le dicen, ¿en dónde está la fortuna que nos has prometido?

«No nos das siquiera pan: pues bien, danos sangre. —¡Sangre! —repite la marinería amotinada.» —El almirante opone con inperturbable serenidad su valor á la rabia de los sublevados. —«Si sangre es lo que tanto anhelais, saciáos con la mia, les dice, y vivid. Pero os pido que antes de verterla me dejeis ver salir una sola vez el sol sobre el horizonte.

«Si mañana no vemos con el alba una playa libertadora, consiento en que me sacrifiqueis. Continuemos hasta entonces nuestra empresa, y confiemos en Dios.» La majestad del héroe impone á los revoltosos, y se retiran, quedando todavía salva su vida.

—«Pues bien, hasta mañana; pero si los primeros albores del dia no nos ponen á la vista una ribera, haz cuenta de que has visto al sol por última vez.» Se firma este terrible pacto, y la aurora inmediata debe decidir de la suerte de un grande hombre.

El sol se pone, y huye el dia; las proas de los navíos hienden las olas con un sonido lúgubre; las estrellas parecen silenciosamente clavadas en el firmamento; pero por ninguna parte se descubre el menor rayo de esperanza; por ninguna parte, en aquel inmenso desierto, halla un punto en que descansar la vista.

El sueño, consuelo de tantos males, huye lejos de Colon, quien con el corazon oprimido, y mirando sin pestañear hácia el Occidente, procura penetrar las tinieblas. «Vuela, vuela, nave mia, y no muera yo sin saludar primero la tierra que Dios prometió á mis esperanzas.

«Y tú, Dios omnipotente, echa una mirada compasiva á los míseros que me rodean, y no les dejes caer desconsolados sobre este inmenso sepulcro! Así exclamaba el héroe conmovido, cuando se sienten pasos apresurados. «¿Eres tú, Fernando? qué es lo que me anuncia esa palidez?»

—«¡Ay, Colon! eres perdido: el crepúsculo raya en el Oriente.» —«Tranquilízate, amigo; toda luz la envía Dios, su diestra se extiende de polo á polo, y si es preciso, ella me allanará el camino de la muerte.» —«Adios, Colon, adios; ya están aquí esos furiosos, ya se acercan!»

No bien ha dicho, cuando la turba irritada se precipita en la cámara del almirante. «Sé lo que quereis, les dice; pronto estoy, y la mar no perderá su presa. Solo os pido que continueis el rumbo, porque no está lejos lo que se busca. Dios perdone su ceguedad!»

Brillan los aceros amenazadores, y un clamor asesino y brutal resuena en el navío: el héroe se prepara con serenidad á la suerte que le aguarda. Viólanse todos los vínculos de respeto; agarran á Colon y le arrastran para precipitarle..... Tierra!.... . resuena en este momento en lo alto del navío..... Tierra, Tierra!

Una faja de color de púrpura, extendida en el horizonte, hiere la vista de todos; era la playa consoladora que doraban los primeros rayos del sol, la playa adivinada por el genio. Toda la tripulacion, muda de asombro y de arrepentimiento, se arroja á los piés del héroe y adora á Dios.

Digitized by Google

RECUERDO DE GUADAIRA.

Cogiendo conchas estaba
Orillas del Guadaïra,
Y oyendo cantar sus ondas
Sobre la arenosa orilla,
Cuando de amapolas frescas
Cercada la frente linda,
Pasó una hermosa zagala
Que así cantando decia:
«Pues melancólico y triste
Abandonas las *Delicias* *
Por las tristes soledades
Del sonoro Guadaïra,
Bien hayas tú que cogiendo
Conchas en la fresca orilla,
Con escuchar te diviertes
A las ondas fugitivas.
Perlas el Bétis produce,
Manzanares piedras finas,
Diamantes el Guadiana
Y el Tajo turquesas lindas.
Pero guarte de las flores
Frescas, olientes y erguidas
Que brota exhalando aromas
Guadalquivir á su orilla.
Conchas coge, de estas aguas
En las márgenes sombrías;
Pero no toques las flores
Del Guadalquivir divinas,
Pues aunque hermosas, y nunca
Fueron ni ingratas ni esquivas,
Su aroma deja en el alma
Mil recuerdos como espinas,
Y su amor como un veneno
Siembra memorias tan vivas,
Que ni el tiempo las maltrata
Ni la ausencia las marchita.
Huye del Guadalquivir
Y las flores de su orilla,
Y sigue cogiendo conchas
Orillas del Guadaïra.»
—Dijo la niña, y cantando
Tomó la frondosa vía,
Y á poco llegó á perderse
En la arboleda vecina.
En tanto ya el sol lanzaba
Su mirada triste y tibia
Sobre la Giralda esbelta
De la morisca Sevilla.
Y al cruzar yo entre el perfume
De las frondosas *Delicias*
Sobre su ráuda carroza
Sembrando amores y risas,
Ví á una vírgen sevillana
Tan fresca y graciosa y linda,
Que al resplandor de sus ojos
Sentí acabarse mi vida.
Sentí un placer y una pena,
Una agitacion tan viva,
Un no sé qué tan hermoso,
Tan dulce melancolía,
Que de entonces ¡ay de mí!
Aquella imágen divina,
Mal las bellezas del Arno
De mi alma borrar ansían.
No sé qué vaga tristeza
Me acosa desde aquel dia,
Que al cruzar los Pirineos
Dejando á la Iberia amiga,
Me ausentaba oyendo siempre
La dulce voz argentina
De la inocente pastora
Que así cantando decia:
«Huye del Guadalquivir
Y las flores de su orilla,
Y sigue cogiendo conchas
Orillas del Guadaïra.»

L. G. O.

Florencia, 1866.

* Delicioso paseo de Sevilla, á la orilla del Guadalquivir.

HILDA.

BALADA.

Presta atencion por un instante, mi cariñosa amiga, á las palabras que salen de mis labios, y abre tu corazon á las emociones que quiero hacerte experimentar.

Hilda era una hermosa jóven nacida en la ribera del Aar, en el condado de Apsbourg; sus cabellos eran rubios, sus ojos azules como el cielo, su rostro copiaba las tintas de la azucena y de la rosa, su aspecto humilde y candoroso mostraba la inocencia de su corazon.

Hilda amaba con la pureza y el entusiasmo del primer amor, á Guillermo, militar de seductores ojos, airoso talle y marcial continente.

Guillermo era la envidia de todos los jóvenes del condado que habian tenido la suerte de mirar una sola vez á la hermosura de Hilda, y hasta el mismo señor de Apsbourg habia codiciado el amor de la jóven.

Guillermo la habia contemplado, y su vista habia encendido la llama del amor en su pecho. Se atrevió á confiarle su pasion con las palabras del sentimiento, y la jóven la acogió cariñosa para premiarla con su amor.

Un ángel habia unido sus almas con sempiterno lazo; sus dos corazones eran uno solo. Hilda no vivia sin Guillermo, y el enamorado mancebo no vivia sin Hilda.

Su tierna madre habia comprendido los sentimientos que abrigaban y protegia su amor. Guillermo habia logrado la simpatía de la madre de Hilda.

Hilda era feliz; pero un dia que atravesaba un frondoso bosque, acompañada de su leal perro, oyó un ¡ay! doloroso que salia de una calle de arbustos contigua. Los ayes se repitieron redoblándose su intensidad.

Un sentimiento de compasion la arrastra hácia el lugar de donde salian los lastimeros quejidos. El deseo de proteger á un sér desgraciado se apodera de su corazon, y llega hasta el pié de un copudo nogal:

Tendido sobre el mullido césped, y todo ensan-

Digitized by Google

grentado, encuentra á un peregrino de tostado semblante y como de unos treinta años de existencia.

—¿Qué os pasa?—le pregunta—¿quién ha esgrimido contra vos el puñal homicida?..... Mas vuestra sangre corre; dejad que la restañe.

—Bien venida seais, hermosa jóven, dice con apagada voz el peregrino; bien venida, mi providencia y mi consuelo. Unos bandidos que al sentir vuestros pasos se han fugado, hundieron en mi pecho su puñal; pero vuestra vista y vuestro cuidado me devolverán la salud y la vida.

—Venid, venid: ya he restañado la sangre de vuestra herida y la he cubierto con mi cendal; haced un esfuerzo, apoyaos, y os conduciré á mi morada, no lejana de estos parajes; allí hallareis un lecho en donde descansar.

El peregrino se levanta ayudado por Hilda, apóyase en su brazo y en el fuerte bordon, y con pausado andar se encamina al modesto albergue de la inocente jóven.

Los aullidos del perro anuncian á la madre la llegada de su hija; sale á su encuentro, escucha de sus labios cuanto le ha sucedido, se duele de la desgracia del herido viajero, y ofreciéndole nuevamente su vivienda, le conducen á una estancia retirada donde hay un lecho limpio y cómodo. Instanle á que le ocupe, y despues de aplicar á su herida eficaces remedios, se retiran dejándole en deliciosa quietud.

La noche habia tendido su oscuro manto, y los habitantes del condado de Apsbourg comenzaban á cerrar las puertas de sus hogares. Hilda y su madre desean reposar.

Dejan cerca del peregrino á un pobre expósito que habian recogido por caridad, y se dirigen al lugar de su lecho.

Hilda penetra en su morada, entorna las hojas de la puerta, se recuesta en su lecho y se queda dormida. El leal perro está tendido á los piés de su ama.

Es ya la media noche. Hilda despierta; ha sentido crujir los goznes de la puerta de su estancia. Un temblor repentino se apodera de sus miembros.

En sus ensueños ha visto al peregrino abandonar el lecho, dirigirse con lento paso al suyo, y al despertar, el ruido que percibe renueva sus recelos.

Lucha entre el temor y la ansiedad, vence esta, entreabre sus ojos, y lo primero que descubre es el semblante del peregrino.

Quiere gritar, pero la voz espira en sus labios. Poco tiempo despues escucha una voz sorda.

—No temas, Hilda hermosa, ni te asuste mi presencia en este sitio y á estas horas. Yo no debo engañarte por mas tiempo: ni soy un peregrino, ni es mi sangre la que has visto correr. Cuanto ha pasado, solo ha sido un ardid. Mírame, Hilda, reconóceme; el altivo señor está á los piés de su vasallo.

Hilda vuelve á entreabrir los ojos y reconoce en él al señor del condado de Apsbourg..... Quiere hablar, y de nuevo espira la voz entre sus labios.

No hacia mucho que al encontrarla en la ribera del Aar, le habia mostrado su pasion y ella le habia pagado con el desprecio. Entonces juró vengarse, y su venganza debia ser terrible. Hilda se estremeció.

—Ah! no te mueven—prosiguió el peregrino—no te mueven mis súplicas! ¡sigues dispuesta á despreciar mi amor! Pues bien, teme mi enojo. Si he cubierto mi cuerpo con estos miserables vestidos, si he trocado mi poderío de señor feudal por la humildad de un peregrino, ha sido por lograr esta ocasion. Estás en mi dominio, y tú misma vas á dictar tu sentencia..... ¿Me amas?

Hilda cobra aliento y valor.—No, no, le dice, sois un cobarde y un vil: antes de amaros consiento perecer; yo misma me daré la muerte.

—¿No accedes? Bien está: yo no quiero rogarte; mas escucha, tampoco amarás á Guillermo. Guillermo ha sido preso por mis buenos vasallos, y se halla en mi poder, no muy lejos de aquí. Con solo que yo acerque á mis labios esta bocina, tu amante dejará de existir: conque, decídete. Amame y vivirá; si te resistes, morirá y serás mia.

El corazon de Hilda se oprime nuevamente, quiere hablar y no puede; desea levantarse del lecho y una fuerza superior la sujeta. Su pecho late con violencia..... su respiracion se acorta..... Lanza un suspiro que se ahoga en sus labios, y cae desmayada. Su desmayo aumenta su hermosura; el encanto de su rostro es irresistible.

Hilda vuelve en sí, respira, y su respiracion se encuentra con la del peregrino; quiere mover sus brazos, y los siente sujetos..... pugna por desasirse..... lucha..... se revuelve..... siente que imprimen un ósculo en su frente..... da un grito y..... se despierta.

Era la siesta; Hilda habia reclinado la cabeza en el regazo de su madre y habia soñado. Tiende la vista, y contempla no lejos á su amante; lleva los índices á sus ojos, todavía asustada con el recuerdo de su pesadilla, y pregunta á su madre:

—Decid; ¿no he traido á un peregrino cubierto de heridas y todo ensangrentado?

—No, Hilda, no te has separado de mí.

—¿Decis que no? Entonces, quién hablaba con sorda voz?

—Nadie; tú lo has soñado. Guillermo y yo callábamos por no turbar tu sueño.

—¿Y quién sujetaba mis manos, quién ha besado mi frente?.....

—Yo, yo he sido: te agitaba al parecer una triste pesadilla; tu rostro se coloreaba repentinamente, y te besé.

—¡Ah, respiro, madre mia! ¡Qué horrible sueño me ha turbado!

Hilda se tranquilizó; su madre besó de nuevo sus mejillas, y comenzaron con Guillermo una plática alegre, unidos por el lazo feliz de la simpatía.

Poco tiempo despues, en una tarde del otoño, al volver Hilda á su morada fué presa por unos enmas-

Digitized by Google

carados que la condujeron con el mayor sigilo hasta uno de los salones del castillo de Apsbourg.

El señor del castillo le habia ofrecido su amor y ella lo habia rechazado; el señor del castillo juró vengarse, y ya habia empezado su venganza.

Un instante despues entró en la estancia donde estaba la jóven, la instó y ella rehusó. Entonces oyó el sonido de una bocina y recordó su sueño.

—¿Adónde está Guillermo?—exclama con terror.

—Mírale, mírale, responde el conde haciéndola asomarse á una ventana. Guillermo estaba pendiente de una horca. Hilda retrocede horrorizada.

Entonces siente que una fuerza brutal la sujeta..... Lucha heróicamente..... siente el fuego de un beso..... grita..... y ¡ay! no era aquel el beso de su adorada madre.

Por fin Hilda, haciendo un poderoso esfuerzo, logra evadirse de aquella fuerza brutal, y corriendo hácia el torrente que se despeña entre las rocas, se lanzó en sus aguas, sepultando allí su honor ileso.

S. J. Nombela.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

A mi querido amigo Don José Rosas.

Ya se van.....

Durante la primavera salieron de las yemas como salen las jóvenes de la infancia, lozanas, llenas de vida, de vigor y de belleza; extendieron sus tejidos al influjo benéfico de la luz y del calor, bebieron la vida, y empezaron el incesante trabajo de la absorcion y de la respiracion.

Pero ya se van.

Presentaron sus frentes de esmeralda á los rayos del sol naciente, y se engalanaron con el polvo de oro de la alborada.

Así presenta la juventud su fantasía al sol del mundo, y se engalana con las ilusiones y con los sueños.

Pero ya se van.

Los últimos reflejos del sol poniente las visten con el sudario amarillo de los muertos.

Y porque ya se van, las brisas no se han atrevido en muchos dias á turbar su meditacion en los calores del estío.

Las hojas meditan al medio dia, como los hombres meditamos en el estío de la vida; comenzamos á pensar en el invierno.

Las hojas palidecen como nosotros; hay un color que nos es comun, porque la muerte no tiene mas que un sudario para todos.

Pobres hojas que se van.

¿Adónde irán?

Ya sienten débil el peciolo que las sujeta al tronco, y ese peciolo es el valor, y la fuerza, y la vida, y la esperanza.

El hombre tiene su peciolo que le sostiene, y cuando le sentimos debilitarse, pensamos en las hojas que se van. ¡Pobres hojas!

Las brisas perfumadas de ayer, son, en el otoño de hoy, ráfagas funestas. ¡Sobre que vienen á romper nuestro peciolo!

¿Quién podrá detener esas ráfagas de muerte?

Ayer podian venir, luchábamos con ellas; ¡pero hoy! ¡hoy que somos débiles!

Esas ráfagas son el aliento del infinito que nos lleva en su paso, que nos arranca; y nosotros vamos.

¿Qué hemos de hacer sin el peciolo, hojas y hombres?

Ir; todos vamos.

El sol que nos vió nacer, ya no nos quiere.

Eterna lumbrera que calienta sus generaciones, hasta la completa sequedad.

El calor primaveral de ayer nos dió sávia, oxígeno y amor.

Vivimos, amamos y gozamos, y el imperturbable sol nos encuentra hoy cansados y nos condena por inútiles, se empeña en abrasarnos; y hojas y hombres nos inclinamos hácia la tierra deletreando: *¡Otoño!*

Ya es hora. Acabemos.

El viento que nos arrancaba armonías y susurros voluptuosos, no saca hoy de nuestros labios mas que un adios amargo.

Nos vamos.

Cada dia de tregua trae su noche negra de donde se levanta el himno de lo desconocido.

Todos los caminantes *hacen noche* para llegar.

Esta es una peregrinacion de pequeñas jornadas.

En la noche nos preguntamos todos.—¿Y mañana?

En la noche crecen los vegetales.

En la noche de otoño nos acordamos de que crecíamos.

Las hojas tiemblan en la mañana al ver salir el sol; porque ese sol inexorable va á disecar hasta la última de sus células, para decirles despues:—Vete.

Nosotros cerramos la ventana para no ver caer las hojas sino lo mas tarde posible, por mas que la noche nos hable con la habitual elocuencia de su silencio y de sus sombras.

A pesar de todo, las hojas ya se van una por una, pálidas y yertas, se desprenden al fin cansadas, ya no pueden mas, no tienen fuerzas, y ya van rodando á merced del viento, hasta perderse.....

Símbolo eterno de todo lo que se pierde, de todo lo que muere, de todo lo que se hunde .....

¡Pobres hojas! ¡adios!

¡Quién sabe cuántas horas mas, y os seguiremos!.....

¿Adónde vais vosotras? ¿A morir para siempre?

Las hojas, revoloteando por el polvo, se rieron de nosotros y nos gritaron:

—No hay muerte.

—¿Adónde vais?

—A buscar el extraño consorcio de la destruccion para engendrar la vida.

—¡Cómo!

Digitized by Google

—Nos uniremos á un jugo cualquiera, y bajo la superficie de la tierra formaremos un elemento de vida, para aparecer en otra forma. ¡Adios!

—¿Y yo?

Las hojas no contestaban. Estaban quietas.

Entonces sentimos en nosotros la fé de la resurreccion; y Dios, ya no las hojas, respondió á nuestro *yo* con la esplendorosa intuicion de lo infinito.

JOSE T. DE CUELLAR.

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

XIV

Revelacion.

Era una coleccion de melodías alemanas.

Isabel eligió una muy á propósito para interpretar el estado de su corazon.

Era una de esas piezas en que la ternura y la melancolía están unidas á las mas difíciles combinaciones de la ciencia musical.

Enrique estaba conmovido y admirado. Isabel realmente era una artista, y una artista que habria brillado en el salon mas aristocrático de Europa.

La bella jóven no aumentaba el encanto de su música con las ardientes miradas ni las sonrisas de amor, como Clemencia. Atenta á la melodía, tenia fijos los ojos en algo invisible, y hubiérase dicho que su alma vagaba en los abismos de la meditacion.

Pero despues de algunos momentos las dificultades de la ejecucion la volvieron al mundo real, y entonces un torrente de poderosas armonías salió del seno del piano, al contacto de aquellas manos de rosa, en las que nadie hubiera sospechado una agilidad y una fuerza tales como las que se necesitaban para desencadenar aquel huracán de notas.

Enrique se entusiasmaba gradualmente y manifestaba de mil modos su admiracion. Isabel, tocando, se habia trasformado de niña tímida y dulce que era, en un ángel seductor é irresistible. Sus hermosos ojos azules y oscuros, brillaban con el fuego de la inspiracion, su boca se entreabria con una leve sonrisa, su rizada y espesa cabellera blonda parecia agitada, y el esfuerzo hacia palpitar su seno cuidadosamente cubierto, pero que Enrique devoraba con deleite.

El jóven no pudo mas, y en uno de los momentos en que las notas se apagaban lánguidamente, se inclinó hácia la bella artista, como para hacerle alguna indicacion, y murmuró en sus oidos estas palabras:

—Despues de esto, caer de rodillas y adorar á vd.

Isabel se turbó, se puso encendida, sus manos temblaron y la pieza se interrumpió bruscamente.

—¿Que te pasa, querida? le gritó Clemencia desde su asiento.

—Nada; contestó Isabel: escuchaba una observacion de Flores, que me ha obligado á interrumpirme.

—¿Acaso he ofendido á vd., Isabel, con mi indicacion humilde? preguntó Enrique inclinándose de nuevo.

—¿Ofenderme? ¡Dios mio! ¿por qué? Es una galantería de vd., que no acepto sino como una expresion de bondad.

—Como la expresion de mi alma...Isabel; estoy subyugado.....

—Déjeme vd. concluir...¿qué dirán?

La jóven concluyó la melodía, pero podia notarse que se hallaba agitada y que no habia ya aplomo en sus manos. Sobre todo, Fernando comprendió esto perfectamente.

Enrique la condujo á su asiento, al que llegó casi desfallecida.

—Esa música te fatiga mucho, Isabel; me da pena verte agitada así.....observó la señora.

—Esa música, dijo solemnemente Enrique, hace que esta encantadora niña tenga un lugar en los grandes santuarios del arte. La señorita tenia razon.....cuando se toca así, bien se puede ceñir la corona de artista. Esa frente de ángel está llamada á brillar con la luz de la gloria

—¡Caballero! interrumpió Isabel, me hace vd. mal, porque eso es demasiado.

—Isabel, yo no lisonjeo; en cuestiones de artes no tengo ese defecto, soy franco, y creo que entonces es cuando la franqueza demuestra cariño. Necesito anticipar á vd. que yo no puedo superar á Isabel. Quedo inferior á ella por muchos grados.

—Eso no es posible; Clemencia, mira á lo que me has expuesto con tus alabanzas; Flores casi se burla de mí.

—Pero ¡gran Dios! ¡burlarme yo!..... entonces vd. no conoce todavía su mérito, no sabe vd. á qué altura ha llegado, ó la excesiva modestia de vd. hace atribuir á burla lo que no es sino el grito de la admiracion sincera. Sobre todo, Isabel, ¿vd. me cree capaz de tamaña falsía?

—No, de ninguna manera; pero ¿qué quiere vd? soy provinciana, he carecido de buena escuela, y por mas grande que haya sido mi aplicacion, no puedo creer, no digo que sea artista, pero ni siquiera que esté exenta de enormes defectos. Y cuando oigo á una persona como vd., que está acostumbrada en Europa y en México á escuchar tanto bueno, que conoce vd. tan bien la música y que se expresa de esa manera, supongo que desea vd. estimularme, y nada mas!

—Pues deseche vd. esa opinion; yo hablo la verdad, y cualquiera que como yo conozca algo el arte, dirá lo mismo. Ahí tiene vd. á Fernando; él no es músico, pero tiene un gran talento, y aun le supongo una exquisita sensibilidad, su voto quizás no le parecerá á vd. sospechoso como el mio; pregúnteselo vd.....

Digitized by Google

Fernando estaba profundamente distraido, pero al oirse nombrar comprendió que se le pedia su voto.

—Yo soy profano enteramente en música, dijo, pero sé sentir y admirar, y si se ha de juzgar por lo que he sentido, estas dos señoritas conocen el secreto de conmover el corazon.

—Hé aquí una bella manera de eludir un fallo enteramente justo, dijo Clemencia sonriendo: vd. no habla con sinceridad, Valle, tal vez por temor de ofenderme; pero ¿no me ha oido vd. antes juzgarme á mí misma? Ni por un momento pretenderia yo competir con Isabel. Ella es la artista, y vd. lo conoce, lo ha sentido perfectamente, porque mientras ella tocaba, yo estaba observando á vd., y comprendí que se hallaba trasportado á otros mundos. Solo los artistas producen esos efectos, solo los artistas conmueven tan profundamente, solo los artistas hacen llorar; porque vd. ha llorado.

—¿Yo? preguntó Fernando ruborizándose.

—Vd. me perdonará esta indiscrecion; pero yo he visto á vd. volver el rostro para ocultar una lágrima que inmediatamente se ha apresurado vd. á enjugar.

—¿Ha llorado? preguntaron Mariana é Isabel con cierto interes.

—Lo que yo tocaba, tal vez le recordaria á vd. á alguna amiga de México. No hay como la música para avivar los recuerdos.

—Pero si no es eso, replicó Fernando, yo no tengo nada que recordar.....

—Le confieso á vd. Valle, le dijo á media voz Clemencia, que tengo gran curiosidad de conocer la vida de vd. En ella debe esconderse algun misterio del corazon, que debe ser interesante, y que seguramente es la causa de esa tristeza profunda que manifiesta vd. en todo.

—Señorita, mi pobre vida carece de sueños que puedan excitar el menor interes, nada hay en ella de bueno, ni de malo..... nada; sufrimientos vulgares con los que no se puede hacer una historia....

—Vd. ha amado..... indudablemente.

—No; nunca.

—Bien; ya hablaremos de eso, y añadió volviéndose con vivacidad á Flores que hablaba con Isabel; ahora le llega á vd. su turno..... deseamos oir á vd.

—Señoritas, ¡qué contrariedad para mí! respondió el oficial, consultando su magnífico reloj de oro; son las seis, á las seis y media tenemos una junta de honor de grande interes, y ni Fernando ni yo podemos faltar: ¿no es verdad, Fernando?

—Así es, contestó este levantándose.

—De modo, dijo Isabel, que nos priva vd. del placer de oirle hoy.

—Este placer seria poco; repito á vdes. que habiéndolas oido, me confieso mil veces inferior; pero de todos modos, mañana tendré el honor de hacer conocer á vdes. mis decantados talentos en la música; mañana soy de vdes. toda la tarde y la noche.

—Muy bien, dijo Clemencia; y siendo así, con permiso de mis amigas tendremos la *soirée* mañana en casa. Mis amigas me acompañarán, yo presentaré á vd. á mi familia y á otras personas, y nos distraeremos..... Fernando; supongo que vd. acompañará á su amigo, ¿no es verdad? Allí hablaremos de eso.

—Arreglado; mañana no faltaremos.

Los dos jóvenes se despidieron. Pudo notarse que entre Isabel y Flores existia ya esa dulce inteligencia del amor comprendido, que es como el preliminar de la confianza, mientras que para Fernando la rubia no tenia mas que una mirada llena de urbanidad, pero fria.

Clemencia, al contrario, se despidió de Enrique, con la mas amable, pero con la mas indiferente de las sonrisas, y manifestándole una alegre confianza, que es como la moneda corriente de las coquetas; pero al dar la mano á Fernando que se la tomaba con el mayor respeto, se la apretó ligeramente y le bañó con una mirada tan ardiente, tan lánguida, tan terrible, que el jóven á su pesar se sintió turbado, y su corazon palpitó, como el dia en que la vió por primera vez.

Clemencia, además, le dijo dulcemente estas palabras que parecian prometerle un mundo de ternura:—Hasta mañana, Fernando!

Cuando este y Enrique se encontraron en la calle, el alegre libertino dijo á su amigo, que caminaba siempre taciturno:

—Nos habiamos equivocado, chico, nos habiamos equivocado redondamente, y tanto á vd. como á mí nos habia engañado el corazon; cosa nada rara por cierto, al menos en mí, puesto que yo nunca entiendo el lenguaje del mio, si es que lo tiene. Creí que pudiera serme indiferente la hermosa prima de vd., creí que vd. se haria amar de ella á fuerza de talento y de pasion, creí que Clemencia, la de los ojos negros, estaba mas lejos de vd. que de mí, porque estas naturalezas enérgicas y magníficas me pertenecen de derecho; todo esto creia yo; pero hé aquí que nos hemos equivocado. Me parece que amo á Isabel, al menos que me inspira algun cariño; me parece que ella me ama todavía mas, me parece que vd. nunca llegaria por este motivo á abrirse una puerta en ese corazon de ángel, y por último, me parece que la sultana se insinúa con vd. de una manera que no deja lugar á la duda.

—¿Cree vd.?

—Es claro: las mujeres como ella no esperan, se adelantan; no se conceden, permiten..... eso está muy conforme con su naturaleza de reinas. Son como los soberanos en los países monárquicos; ellos dicen la primera palabra, ellos interrogan, y les pareceria rebajarse si por acaso se vieran obligados á responder. Vd. no conoce á las mujeres en sus diferentes fases. Las hay que mueren de amor, pero que no son capaces de revelar con una palabra, con una mirada, la pasion que las devora: á esta clase pertenece Isabel. A estas es preciso responderles, adivinarlas, leer en el libro de su semblante y abrir su corazon con la llave de la primer palabra. En-

Digitized by Google

tonces sabe uno cuánta pasion se encierra en esos volcanes que, como decia D. Pedro Calderon del *Mongibelo, ostentan nieve y esconden fuego.*

Pero hay mujeres tambien cuyo carácter impetuoso no les permite disimular la mas ligera afeccion. Apenas les inspira simpatía una persona cuando se apresuran á revelársela, hasta con exageracion; apenas les antipatiza otra, cuando le manifiestan odio. Se diria que su temperamento dominador no admite oposicion, y que desean hacer saber lo que sienten, á la persona amada ó aborrecida, como un mandato y no como una revelacion, como un precepto para no ser contrariadas. A esta clase pertenece Clemencia.

Desde luego ha insinuado á vd. su predileccion, como una órden para que se la ame. Cuidado con desobedecerla; seria capaz de aborrecer á vd.

—Pero es el caso que yo no puedo amarla.

—¡Oh! sí podrá vd., Fernando, sí podrá vd. A una mujer tan hermosa como esta, lo difícil, lo imposible seria no amarla. Es demasiado encantadora para que el corazon de vd. pueda permanecer indiferente.

—Pero vd. no sabe que la que me inspira no sé si amor, pero sí un ardiente cariño, es Isabel?

—Sí, lo sé; pero en primer lugar, vd. no se habia fijado aún en Clemencia; la atencion de vd. se habia detenido en su prima. Luego sucede, como está vd. mirando, que Isabel no puede amar á vd., porque yo soy el afortunado mortal que he logrado inspirarle simpatía, y á vd. le consta que sin pretenderlo, sin procurarlo..... estos son los caprichos de la fatalidad. Pues bien; vd. comprende ya que Isabel no está al alcance de su mano. Como hombre sensato, y sobre todo, como hombre de mundo, es preciso abandonar el antiguo propósito, hoy que aun es tiempo, porque la verdad es, que lo que vd. siente no es todavía amor; en tres dias no puede haber amor, y si le hay, porque en efecto, las mil y un novelas que leemos nos presentan frecuentes casos de estas pasiones súbitas, es fácil de olvidar. Lo que se olvida con trabajo, lo que cuesta sendos dolores, lo que despedaza el corazon, es perder al objeto amado durante mucho tiempo. Así es que vd. olvidará á Isabel, y tanto menos le costará á vd. este sacrificio, cuanto que la bella, la divina morena, esa mujer que haria feliz á un D. Juan, le abre á vd. los brazos y le sonríe con todas las promesas de un amor ardiente y embriagador. ¡Cuán dichoso va vd. á ser, Fernando! Vd., naturaleza casta, soñadora y triste, encontrándose de repente á las puertas de un paraíso oriental, guiado por una hurí que devora á vd. con la mirada de sus ojos negros, que le embriaga con su aliento de rosa, que le va á matar con sus caricias de fuego! Vamos, hombre, ¿se creerá vd. desdichado con esta perspectiva?

—Pero Isabel.....

—Isabel no ama á vd., hé ahí la cuestion. ¿Iria vd. á alimentarse de desdenes? ¿Querria vd. apurar las tristes voluptuosidades del amante despreciado? Eso seria una insensatez. Isabel es mia, no sé si lo sienta ó me alegre de ello, porque me habia hecho ya la ilusion de ser feliz por unos dias, embriagándome en el mar de deleites que promete el amor de esa reina de Jalisco, de esa flor de la Andalucía de México. Voy á tener que luchar con el carácter sentimental, melancólico, lleno de timidez de esta especie de inglesa naturalizada en Guadalajara. Pero le confesaré á vd. que esta tarde me he sentido tocado, y aun me pregunto: ¿seré capaz de amar? Pues bien, sí; yo creo que amaré á Isabel, y de ese modo mi nuevo amor será mi talisman en la guerra, será mi esperanza, será la palabra sagrada que escriba en una bandera que sigo por orgullo, pero sin esperanza..... tendré un ángel bueno en este lugar á que nos ha traido y en que nos mantendrá la guerra.

De manera que, hijo mio, tenemos que hacer un cambio de posicion. Yo amaré á Isabel, y vd. tomará el camino que le abre ya el carácter impetuoso de una mujer irresistible. ¿Se acepta?

—Enrique, dijo Fernando con profunda tristeza y suspirando, veo que no tiene remedio, mi prima prefiere á vd. Seria yo un insensato si me atravesara. No creo que Clemencia abrigue simpatía por mí, á pesar de sus palabras y de la opinion de vd. Pero sí me alejaré de la que no me ama, y frecuentaré á aquella á quien no me siento capaz de amar, pero que siquiera no me verá con disgusto á su lado.

—¡Pícaro! vd. va á ser el mas dichoso de los hombres. En cuanto á mí, ya me figuro que voy á pasar la mayor parte de los pocos dias que nos restan en Guadalajara, oyendo y tocando melodías alemanas, y viajando en alas del alma de una vírgen por los espacios nebulosos de un mundo ideal. ¡Lo ideal! Dios libre á vd. de esta monomanía.... . Clemencia al menos no tiene alas, y ella curará á vd. de sus propensiones infantiles y poéticas. Esa mujer es Cleopatra y no Julieta.

—Pues bien, sea, y que los augurios que sentí dentro de mí al ver á esa mujer tan linda, se realicen.....no la amaré; ¡pero la estudiaré!

Los jóvenes llegaron á su cuartel y se ocuparon despues en los asuntos de su junta de honor. Fernando estaba preocupado; realmente aquella última mirada de Clemencia, aquel *hasta mañana, Fernando*, no podian borrarse de su memoria. Decirle á él *Fernando* con tal confianza, ¿era una insinuacion? Por lo menos era una indicacion de que era preferido, de que no era antipático.

Por la primera vez se veia tratado bien por una mujer. Por la primera vez se habia fijado una mirada ardiente y amorosa en sus ojos, y por la primera vez tambien, una mujer hermosa le habia hecho con interés esa pregunta que siempre agrada al hombre cuando la dirigen unos labios de granada: *¿Ha amado vd. alguna vez?*

Esa noche, despues de la junta y de la cena, mas alegre que de costumbre, Fernando se acostó en su catre de campaña, mas contento que nunca, y des

Digitized by Google

pues de estar pensando un momento, se durmió y soñó con la sultana de Guadalajara, la de los ojos y cabellos de azabache, de boca rosada y de dientes de perlas.....

La dulce jóven de blondos cabellos y de ojos azules se habia eclipsado en su imaginacion.

Así en la juventud y en los dulces tiempos en que se despiertan en el corazon los primeros amores, en esas auroras del alma en que comienza á iluminarse para nosotros el cielo de la esperanza, las imágenes se suceden á las imágenes, con la misma facilidad con que las nubecillas atraviesan el espacio en una mañana de primavera.

XV

Un salon de Guadalajara.

Trasladémonos ahora, de noche, á una casa aristocrática de Guadalajara, situada en la calle mas lujosa y mas céntrica de aquella ciudad, la calle de San Francisco. Allá, como en México, la iglesia del seráfico fraile presidia al barrio mas encopetado y rico de la poblacion.

En esta calle viven las familias opulentas, las que reinan por su lujo y por su gusto.

Atravesaremos la gran puerta de una casa vasta y elegante, en cuyo patio, enlosado con grandes y bruñidas piedras, se ostentan en enormes cajas de madera pintada y en grandes jarrones de porcelana, gallardos bananos, frescos y coposos naranjos, y limoneros verdes y cargados de frutos, á pesar de la estacion; porque en Guadalajara, inútil es decir que no se conoce el invierno, y que no se tiene idea de una de estas noches que pasamos en México en Diciembre y Enero, tiritando, y en las cuales, por mas hermosas que sean, *la luna, pálida de ira, humedece el aire y va derramando reumatismos por donde quiera*, como dice Shakespeare.

No: en Guadalajara, en los meses del invierno, las plantas y los árboles no pierden su ropaje de verdura, ni las flores palidecen, ni las heladas brisas vienen á depositar sus lágrimas de nieve en los cristales de las ventanas.

Se siente menos calor, eso es todo, y los árboles se renuevan, segun las leyes de la vegetacion; pero la hoja seca cae impulsada por el renuevo que inmediatamente asoma su boton de esmeralda en el húmedo tronco.

Así, pues, los naranjos, los limoneros y las magnolias del patio, que estaba perfectamente iluminado, se ostentan con toda la frescura y lozanía de la primavera.

Una fuente graciosa de mármol, decorada con una estátua, se levanta en medio, y alzándose apenas dos piés del suelo, salpica con sus húmedas lluvias una espesa guirnalda de violetas y de verbenas que se extiende en derredor de la blanca piedra, perfumando el ambiente.

Aquello no es un jardin; pero es lo bastante para dar al patio un aspecto risueño, alegre y elegante.

Se sube al piso superior por una escalera ancha, con una balaustrada moderna, y cuyos remates y pasamanos de bronce son de un gusto irreprochable.

Cuatro corredores anchos y tambien cubiertos con tersas losas de un color ligeramente rojo, se presentan á la vista al acabar de subir la escalera, y forman un cuadro perfecto en el piso principal. El techo de estos corredores, cuyo cielo raso está pintado con mucho arte, se halla sostenido por columnas de piedra ligeras, aéreas y elegantes que aparecen adornadas con hermosas enredaderas. Y en los barandales de hierro y al pié de ellos, se encuentran dos hileras de macetas de porcelana, llenas de plantas exquisitas, camelias bellísimas, rosales, mosquetas, eliótropos, malva-rosas, tulipanes y otras flores tan gratas á la vista como al olfato. Y jaulas con *centzontlis*, con jilgueros, con clarines, con canarios, entre las cortinas que forman la flor de la cera y la ipómea azul, y hermosos tibores del Japon conteniendo alguna planta mas exquisita todavía, y peceras de cristal y surtidores de alabastro, y pequeñas estátuas de bronce representando personajes mitológicos, y grandes grupos en bajorelieve en las paredes, todo esto aparece á la luz del gas encerrado en fuentes de cristal en aquella casa, revelando tanto la opulencia como el gusto.

Los corredores son jardines en miniatura. Uno de aquellos corredores conduce al salon, al que se entra despues de atravesar una amplia y magnífica antesala amueblada lujosamente.

El salon es una pieza en que se respira desde luego ese perfume que no da el dinero sino el buen gusto, es decir, el talento.

¿Conocen vdes., en México, salones de familias opulentas? Pero no esos en que una fortuna insolente ha procurado aglomerar sin discernimiento, sin gracia, muebles sobre muebles, cuadros sobre cuadros, lámparas, columnas, consolas, jarrones, clavos dorados, tapetes, mesitas chinas, muñecos ridículos, etc., etc., formando todo aquello el aspecto de un *bazar de muebles*, el caos á que solo da órden la inteligencia, y en cuyo centro se encuentra uno tan mal, tan á disgusto, tan deseoso de maldecir, como en la trastienda de una casa de abarrotes, como en la bodega de un judío usurero, esperando, en fin, por momentos, ver aparecer á *Mr. Jourdain, el Bourgeois gentilhomme de Molière* haciéndose el personaje de *qualité* y preguntándole á uno qué le parecen sus muebles.

No: yo hablo de esos salones elegantes por su buen gusto.

Pues bien; como el mas elegante de esos, es el que vemos en Guadalajara. De seguro pertenece, dice uno al verle, á una familia muy rica, pero que tiene talento. A ese salon, que es el de la familia de Clemencia R*** se dirigieron los dos jóvenes oficiales, la noche siguiente al dia en que habian estado en casa de Isabel.

Digitized by Google

—Me parece que vamos á pasar una tarde y una noche deliciosas, dijo Flores á su amigo. Aquí hay aristocracia, chico; aquí no es la modestia graciosa de la casa de Isabel, sino la opulencia de dinero, juntamente con el buen tono. Ya lo ve vd., este es el palacio de su reina. Imagine vd. de su carácter por todo esto.

—Casi me arrepiento de venir, respondió Valle; yo no estoy acostumbrado á estas reuniones ni á este lujo.

—¿Vd?..... Pero hombre, ¡vd., nacido en una casa tan opulenta como esta!

—¿Y qué importa? ¿Acaso la conozco? ¿acaso me he criado en ella? Entonces, vd. no sabe que desde mi infancia soy hijo de la miseria? Yo creo que me ruborizaria aun delante de mi madre si la viera en su salon de México.

Enrique y Valle penetraron en el salon, en donde su llegada causó un silencio de algunos segundos. Se les esperaba, y hallábase reunida allí una sociedad selecta y distinguida. Habia una docena de bellísimas jóvenes, otros tantos caballeros, y la familia toda de Clemencia esperaba á los oficiales con cierta ansiedad. Por supuesto Mariana é Isabel eran de la compañía.

La encantadora morena presentó los dos amigos á su papá, anciano respetable y vigoroso todavía, un personaje notable, no solo por su fortuna y talento, sino todavía mas por la cualidad rara de ser un buen patricio y de odiar por consiguiente la dominacion francesa, que pronto iba á extenderse hasta aquellas regiones.

La madre de Clemencia era una matrona, bella todavía como Mariana, y amable hasta el extremo. Clemencia era la hija única de aquella familia afortunada.

Despues los oficiales fueron presentados á todas las bellas señoritas de la reunion, y que pertenecian á las mas distinguidas familias de Guadalajara.

Enrique fué acogido con las marcadas pruebas de simpatía que su gallarda presencia y la finura de sus modales le procuraban siempre; pero Fernando fué recibido como es recibido el ayudante despues de su general, como es recibido el pobre despues del rico, ó como era recibido antiguamente el paje despues del príncipe, con urbanidad, pero friamente. Al verle las hermosas que aun sonreian siguiendo con la mirada al apuesto comandante, se ponian sérias y apenas se dignaban otorgarle una inclinacion de cabeza protectora. Isabel misma le saludó con cierta frialdad, acabando de dirigir á Enrique algunas palabras de tierna confianza.

El jóven se habria desmoralizado, si Clemencia con su franqueza característica no se hubiera dirigido á él, y poniendo uno mano entre las del pobre oficial, no le hubiese dicho:

—Esperaba á vd. con impaciencia, Fernando; desde las dos de la tarde los minutos me parecian siglos; en cambio, de hoy en adelante las horas me van á parecer segundos; vamos á platicar mucho, ¿no es verdad? Dejaremos á los artistas lucir sus habilidades en el piano, y nosotros hablaremos de los asuntos del corazon. Vamos á ser amigos, no lo dude vd.

La conversacion se animó luego, Enrique llegó á ser el centro de ella, y las bellas estaban pendientes de sus labios, como le sucedia siempre.

Pero el piano, un soberbio piano de Pleyel aguardaba, y despues de un rato de amena conversacion en que Enrique supo ganarse la confianza, la simpatía de sus oyentes hermosas y de sus oyentes graves, á instancia de Clemencia fué á tocar.

Para él era indiferente cualquiera música, la ejecutaba por difícil que fuese; pero él preguntó á sus amigas Clemencia é Isabel, y ambas le señalaron una magnífica pieza alemana sobre temas de *Sonámbula*.

Enrique alcanzó un triunfo completo.

Era artista en toda la extension de la palabra, y el piano obedecia á sus dedos como un ser inteligente.

Aquí, aun se recuerda á este hermoso jóven, como á uno de los mejores ejecutistas mexicanos, y en Paris obtuvo no pocos triunfos en los salones. Pudo haber llegado á ser un gran artista; pero demasiado rico para contentarse con estos laureles que solo halagan la ambicion del pobre, pronto abandonó al arte para dedicarse á los placeres del amor y á los trabajos de la política.

Todo el mundo convino, sin embargo, esa noche, en que era apenas superior á Isabel; y el mismo Flores volvió á confesarse inferior á la blonda hija de Guadalajara, quien decia él, le aventajaba en expresion, en sentimiento, y sobre todo en edad; pues era seguro que cuando llegara á la que él tenia, Isabel no tendria rival.

Fué ella, acompañada de Enrique, á mostrar los prodigios de su habilidad, despues ocuparon aquel asiento otras señoritas, de nuevo Flores arrebató con su asombrosa ejecucion, varias amigas de Clemencia cantaron en seguida, mientras que esta, enseñando sus *albums* á Fernando para tener pretexto de de hablar con él, procuraba en vano arrancarle los secretos de su vida. Valle se encerraba en una reserva que no era posible romper; pero desfallecia al sentir aquella mirada magnética que tanta influencia tenia en su ánimo, y sentia palpitar su corazon á cada palabra que le dirigia con su acento de sirena aquella mujer encantadora.

Clemencia empleaba todo género de seducciones para fascinar y vencer aquella naturaleza demasiado débil para luchar con ella. Fernando se sentia subyugado.

Clemencia conocia á fondo el arte de mirar y de sonreir, sus ojos sabian languidecer como fatigados por la pasion, y mirando así, trastornaban el alma del pobre jóven; su boca, sobre todo, tenia ese no sé qué irresistible que solo las coquetas de buen tono saben usar, la sonrisa de Eva, infantil y cariñosa, el temblor de labios, como si la emocion los agitara, y luego, aquellos labios rojos y sensuales, aquellos dientes de una blancura deslumbrante,

Digitized by Google

aquellos suspiros que parecian arrancados á un pecho próximo á estallar, aquel acento turbado y á veces cortado y brusco..... todo aquello era nuevo, era sorprendente para Fernando, que no conocia á la mujer sino de lejos, y que no estaba en guardia contra las armas mortales de una sirena del gran mundo.

—Se conoce que vd. ha sufrido mucho, Fernando, decia Clemencia al oficial, inclinándose para enseñarle los versos de un album junto á una mesa apartada del centro de la reunion; yo tambien he sufrido, y se lo digo á vd. para darle un aleccion de franqueza.

—¿Vd. sufrir, señorita?..... Vd. tan bella, tan rica, tan jóven.....

—¡La belleza!... el dinero!.... la juventud! ¿Cree vd. que todo eso dé la felicidad? ¿y el corazon?

—¿Ha tenido vd. desengaños, han sido ingratos con vd.?

—Ah! no!..... yo no he amado nunca, me han cortejado mucho; pero han sido tan frívolos, tan necios todos mis adoradores.... que viviendo en medio de ellos, he vivido en el desierto..... Se me acusa de coqueta, aquí en Guadalajara, donde la maledicencia es el pan cuotidiano; pero no encontrará vd. á nadie que pueda asegurar que ha obtenido de mí ninguna prueba de afecto... mi corazon ha permanecido siendo de nieve.

—¡Qué feliz es vd. señorita!

—Fernando, no me diga vd. *señorita*, dígame vd. Clemencia: ¿qué, en México tardan tanto los amigos en llamar á uno por su nombre? Esto de *señorita* me parece que está bueno para tratar á una compañera de viaje ..... ¿me volverá vd. á decir *señorita?*

—¡Oh, no!..... es demasiada dicha la de tener el permiso de dar á vd. su hermoso nombre, para que yo no me apresure á disfrutarla.

—No; dicha no es precisamente; pero me será grato oirme llamar así por vd..... hay tantos estúpidos que me tratan con familiaridad, que me parece una compensacion, que vd. use de un privilegio que yo le otorgo con gusto; y es la primera vez que yo le otorgo..... si señor, los demás se lo han tomado ellos mismos.

—¡Clemencia, me enloquece vd!

—¿Por qué? dijo la jóven, levantando dulcemente sus ojos negros y ardientes, hasta fijarlos en los de Fernando, que temblaba de emocion..... ¿Le hago á vd. mal?

Fernando iba á responder tal vez una necedad, cuando el padre de Clemencia invitó á todos á tomar el té, que se hallaba servido en una pieza inmediata.

—Se sienta vd. junto á mí, Fernando, si es vd. tan amable.

—Tan feliz, puede vd. decir, Clemencia.

Y Valle ofreció á la hermosa sultana su brazo, en que ella se apoyó con dejadez y confianza.

(Continuará.)

LA ROSA BLANCA.

A LA SRA. Dª M. U. DE C.

Allí marchita por la lluvia yace,
Pálida por el viento arrebatado,
Plega su broche macilento, ajado,
Sin néctar ni color.

Sobre el sepulcro solitario y frio
Baja su cáliz que el turbion azota,
Y no lleva de esencia ni una gota
La desgraciada flor.

Erguida ayer, bellísima y lozana,
Mustia y sin néctar deshojada ahora,
Flor que besara con amor la aurora,
La marchitó el turbion.

Flor que ostentaba entre las puras flores
Gallardía, donaire y gentileza,
Hoy se oculta llorosa en la maleza,
Herido el corazon.

Flor que el jardin embelleciera un dia
Y aroma daba á la mosqueta, al nardo,
Busca hoy las sombras del ambiente pardo,
Doliente al suspirar.

Triste y sin aura y sin la luz del dia,
Melancólica, lánguida, escondida,
Mira extinguirse su penosa vida
En luto y en pesar.

Siempre buscando solitario asilo,
Reclina su corola delicada
Sobre el sauce lloron de la enramada,
Sufriendo su dolor.

No oye en su torno el murmurar del viento
Ni el plácido gemir del arroyuelo,
Ni el canto apasionado de consuelo
Del tierno ruiseñor.

Solo el gemir del ábrego resuena,
El murmurar de la torcaz doliente;
Levanta al cielo su nevada frente
Y calma su afliccion.

Sin color, sin esencia, sin aroma,
Sin belleza en la vida, sin encanto,
Vierte su triste y desolado llanto
Sin goce ni ilusion.

Tú eres la rosa blanca embalsamada
Que ayer lozana desunió su broche,
Tú á quien besará el aura de la noche
De niña tierna en su florido abril;
Tu aquella rosa de sin par belleza
Que el mundo con amor le sonreía,
Tú quien vertiera amor y poesía,
En tu feliz, encantador pensil.

Tú eres, María hermosa, la flor blanca
Que ajó la lluvia y el turbion airado,
Tuyo es el corazon despedazado
Que triste late y sin ventura ya.
Tú, sí, la flor sin el matiz ni aroma,
Sin la ilusion de la alma descreida,
Tú quien viajando en la penosa vida
Cual hoja seca sin destino va.

Digitized by Google

Tú quien vertiera lágrimas ardientes
Sobre la tumba del amado esposo,
Y tú quien delirante y sin reposo
Huiste sola hasta en revuelto mar.
Levanta ya tu rostro macilento,
Ora al Eterno con fervor, María,
Alza tu frente pálida y sombría,
Y pídele que calme tu pesar.

MARIA DEL CARMEN CORTES.

Veracruz, Octubre de 1869.

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

SETIEMBRE.

15

1502.—Ocupa el trono de México Moctezuzoma Xocoyotzin, segun Sigüenza y Góngora.

1686—Desembarcó en Veracruz el virey D. Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova.

1702.—"Viérnes 15, prendieron á un clérigo y unos mulatos que tenian fundada una junta á modo de religion, hácia el convento de Regina; y decian misa y predicaban sermones de las festividades, y para ello tenian ornamentos, un misal, púlpito y otros instrumentos para el ministerio."

1808.—En la noche de este dia fué depuesto el virey D. José Iturrigaray, haciéndose cargo del gobierno D. Pedro Garibay.

1810.—D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de Dolores, proclama la independencia de México.

1857.—"Renuncia todo el ministerio y quedan solo los oficiales mayores, pues que al dia siguiente comenzaba á regir la constitucion, y cesaba el gobierno dictatorial á que debia su existencia."

16

1635.—Comenzó el gobierno del décimosexto virey D. Lope Diaz de Armendaris, marqués de Cadereita.

1660.—Hizo su entrada pública en esta capital, el vigésimotercero virey D. Juan de Leiva y de la Cerda, marqués de Leiva y de Ladrada, conde de Baños.

1689.—"Viérnes 16, empezaron los oidores á prender y embargar á los franceses poniéndolos en la cárcel."

1785.—"El dia 16 de Setiembre de 1784, en el real palacio, se empezó á hacer gobierno con estampilla, por hallarse el señor virey malo y no poder firmar; hacia el gobierno el señor secretario D. Francisco Fernández de Córdova."

1817.—Los realistas atacan el fuerte de los Remedios, y son rechazados.

1828.—Se abrió en Puebla el museo de antigüedades.

1855.—"Se reunen en Lagos los Sres. Comonfort, Doblado y Haro y Tamariz, y queda adoptado definitivamente el plan de Ayutla como base única, adhiriéndose á él el ejército, y sucesivamente todas las poblaciones de la República que no lo habian hecho."

1860.—"Cayó un fuerte aguacero y granizada, que ocasionó varias desgracias en la Alameda, por no poder salir la concurrencia sino precipitadamente."

17

1665.—Falleció en Madrid el rey de España é Indias, Felipe IV.

1752.—"Se colocó en la coronilla del cimborrio de esta santa iglesia catedral, una hermosísima cruz de fierro de mas de tres varas, con su veleta grabada en uno y otro lado, la oracion del *Sanctus Deus*, y en medio de ella un óvalo de á cuarta, en que se puso por un lado una bellísima cera de *Agnus* con su vidriera, y en otro lado una lámina en que se esculpió á Señora Santa Prisca, abogada de los rayos. La espiga de dicha cruz es de dos varas y todo su peso de catorce arrobas; clavóse en una hermosa peana de piedra de cantería."

1856.—Por decreto de esta fecha fué suprimido el convento San Francisco, declarando nacionales sus bienes.

18

1679.—"Este dia hubo, despues de acuerdo, exámen de armas en el patio de palacio de la pila, con palenque: asistió S. E. y real audiencia, y se llevó la gala Felipe Gonsalez: hubo mucho concurso."

1789.—Sacaron de la Acordada para ajusticiar dos homicidas; el uno fué un indio otomite, y el otro Joaquin Quintana, músico de catedral y monacillo que habia sido del Sagrario, el cual, en 14 de Febrero de 1784, mató á palos en una accesoria de San Ildefonso á un hombre...."

1857.—"Una circular del gobierno de los Estados-Unidos, previene á las autoridades federales, impidan una expedicion pirática de que tenia noticia, contra México, Nicaragua y Costa Rica."

19

1677.—Se dedicó la iglesia de la Santísima en esta capital.

1695.—Cayó una fuerte helada en el valle de Toluca, que hizo perder todas las sementeras, y que subiera el precio de las semillas, especialmente el maíz.

1785.—"Pasó el señor virey con toda su familia, á visitar la casa de moneda, y vieron primores: estuvieron desde las nueve de la mañana hasta las dos y media de la tarde. Era superintendente de la casa D. Fernando Mangino."

1786.—"El dia 19 de este mes, en México, en el real palacio, se empezó una música desde la una del dia hasta las tres de la tarde, mientras comia el señor virey, para divertirlo porque estaba muy malo."

20

1656.—Se publicó bando en esta ciudad para que todos los habitantes adornaran las fachadas de sus casas, en celebracion de la bula que confirmaba el patronato de la vírgen de Guadalupe. Hablando de este bando un cronista de la época, dice: "para esta publicacion salieron de las casas del ayuntamiento sus 22 clarineros y timbaleros, vestidos de paño de grana, con sus guarniciones de plata, á caballo, con gualdrapas del mismo paño; seguian todos los ministros de vara, etc.; pasearon toda la ciudad publicándolo y fijándolo impreso en las esquinas."

1719.—Se sintió en México un temblor de tierra.

1829.—Comenzó á gobernar el virey D. Juan Ruiz de Apodaca, recibiendo el mando de D. Félix María Calleja.

1856.—Fuerte huracán que se experimentó desde el dia 17, en el puerte de la Paz (Baja California,) causando muchos estragos en la citada poblacion.

21

1551.—Real cédula del emperador Cárlos V, erigiendo la Universidad de México, dándole los estatutos, privilegios y preeminencias que á la de Salamanca.

1629.—Comenzó la mayor inundacion que ha sufrido México, pues segun el padre Cavo, el agua subió en las calles á la respetable altura de dos varas, y causó la muerte á treinta mil indios.

1681.—Se sintió en esta ciudad un temblor de tierra á las dos y media de la tarde.

1701.—Se puso la primera piedra del templo de Santa Teresa la Nueva.

1810.—Entraron á Celaya los insurgentes al mando de D. Miguel Hidalgo.

1844.—Prestó juramento, tomando posesion del gobierno como presidente de la República, D. Valentin Canalizo.

22

1580—A las diez de la mañana se observó en esta capital un eclipse de sol.

1784.—Sacaron de la Acordada siete reos para ejecutarlos, cuatro con horca y tres con garrote.

1821.—Fué nombrado ministro de relaciones D. Juan Guzman.

1841.—Se hizo cargo de la presidencia de la República, prestando el juramento de estilo, D. Javier Echeverría.

1865.—"Fué plagiado D. Julian Castilla, español, dueño de la panadería de la 3ª calle de San Juan, y conducido á la casa núm. 18½ del Niño Perdido, donde á la mañana siguiente lo asesinaron, despues de haber firmado una órden de entrega de 8000 pesos, y haciéndole sufrir horriblemente."

IGNACIO CORNEJO.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Mr. Seward y su comitiva.—Obsequios.—Funcion en Chiarini.—El banquete de Chapultepec.—El banquete de Palacio.—Los brindis.—El baile. Funciones de teatro.—La Revista del Sr. Zamacois.—El introductor de las revistas.—El viejo organista.—Títeres.

México, Diciembre 4 de 1869.

El hombre de moda hoy en México es Mr. Seward. Todo el mundo habla de él y de los obsequios que se le han hecho, y todos tienen curiosidad de conocerle, lo cual es muy fácil, porque el ilustre viajero recorre diariamente nuestra capital, visitando los monumentos públicos, los establecimientos industriales y los pintorescos alrededores de la ciudad.

Mr. Seward es un venerable anciano de setenta y cuatro años, de constitucion poco robusta aparentemente, pero que bien observada manifiesta un gran vigor todavía. Su andar es seguro, sus movimientos fáciles, y á pesar del gesto grave que caracteriza la fisonomía de todo norteamericano, se nota en su semblante la vivacidad de la juventud. Su conversacion es amena, fluida é instructiva. Manifiesta en todo conocer á fondo nuestra historia y nuestro carácter; hay profundidad en sus juicios sobre los acontecimientos, bondad en sus apreciaciones sobre los hombres; pero sobre todo, rectitud de principios y una energía varonil é incontrastable en sus opiniones republicanas. Se conoce desde luego al estadista que ha dirigido por tanto tiempo los negocios políticos de su país, que ha defendido con teson los intereses de la América, que ha sido uno de los sostenedores de la guerra mas grande que ha conmovido al Nuevo-Continente, y que ha impuesto á la Europa con su actitud y sus resoluciones. El espíritu de este anciano es la personificacion del espíritu de ese pueblo norteamericano, firme, positivo, progresista, poderoso. Vienen con frecuencia á México viajeros europeos, cuyos juicios frívolos y desacertados sobre nuestras cosas y sobre la América en general, da grima oir. ¡Cuán difícil es encontrar entre todos esos un hombre que piense como el gran baron de Humboldt, y que examine nuestro pueblo con esa profundidad de miras y con esa despreocupacion que han inmortalizado los estudios del sabio aleman!

Pero Mr. Seward, que ha viajado tanto, que conoce muy bien los pueblos europeos, que ha podido comparar los diversos caractéres de ellos y que ha estado siempre consagrado á los intereses americanos, juzga de muy diverso modo que las *grullas sabias* que nos envía el Viejo-Mundo de cuando en cuando, y que han contribuido en gran manera con sus patrañas á extraviar la opinion de aquellos pueblos sobre nosotros. Mr. Seward, antes que todo, es americano y liberal, y profesa como un dogma la doctrina de James Monroe.

Le acompañan algunos personajes distinguidos. Mr. Fitch, su amigo de la niñez, su hijo Federico que ha sido su compañero en los trabajos de gabinete, así como en el grave peligro que les hizo correr la mano alevosa de los asesinos que sacrificaron al ilustre Lincoln; y por último, Mr. Alberto Evans, un notable escritor y periodista, altamente simpático é instruido, que se propone escribir un libro sobre México, tan luego como llegue á los Estados-Unidos.

Los obsequios al anciano ex-ministro han abundado en estos dias.

La compañía franco-americana que trabaja en el circo Chiarini le dedicó una de sus funciones, que estuvo concurridísima, y en la que los Bell y Buislay se esmeraron en sus trabajos.

Al entrar Mr. Seward al edificio, que se hallaba espléndidamente iluminado, el público, no solo del patio, sino tambien de las galerías, le saludó con un aplauso universal que duró algunos minutos.

En esta funcion ocurrió un incidente desagradable. El payaso, sucesor de Rodriguez, que no era simpático á la concurrencia desde que ingresó á la compañía, se presentó esta noche vestido de frac negro, con la cara pintada y teniendo en las manos la bandera nacional. La música comenzó á tocar la marcha Zaragoza y el payaso á recitar unos versos detestables, en honor del héroe, versos que, al principio, por elogiarse en ellos al ilustre vencedor de los franceses, fueron aplaudidos estruendosamente; pero que tan luego como se comprendió que eran tan malos, tan disparatados, tan estúpidos, provocaron un *cecco* general y gritos de *fuera*, que obligaron al payaso á retirarse del circo.

Este incidente pareció disgustar, no por el motivo que alega el *Trait d'Union*, de ser injuriosos los versos á los franceses, sino porque era una indignidad, una profanacion, la ocurrencia de traer á la arena del circo la bandera nacional y el nombre venerando del héroe del 5 de Mayo, que no debe pronunciarse jamás sino con respeto, y que no debe andar en la boca de los payasos, sonando en coplas ridículas. Hay nombres y asuntos que no deben tocarse sino en momentos solemnes, y que no están bien en boca de los bufones.

Tal es el nombre de Zaragoza y tal es el asunto del 5 de Mayo.

Es de lamentarse, además, que bailarinas y payasos abusen de la marcha de Zaragoza y del himno nacional, para sus piruetas y sus coplas. Es verdad que estas piezas son muy populares; pero su popularidad no debe convertirse en ridículo.

Por lo demás, desde que sufrimos los horrores de la inícua y pirática invasion francesa, y desde que merced á los esfuerzos del patriotismo logramos libertarnos de ella y del imperio que vino á fundar, hemos adquirido el derecho de maldecir á los invasores en todas partes, en todos tiempos y de todas las maneras. Muy apreciables pueden ser los franceses residentes en México; pero su presencia no puede ser un inconveniente, y ellos lo comprenderán bien para aborrecer y maldecir á los invasores, á Napoleon el chico, y para enaltecer la gloria

Digitized by Google

del inmortal Zaragoza, que supo derrotarlos y humillarlos el 5 de Mayo, en Puebla. El odio que el pueblo tiene á los que vinieron á devastar su territorio y á asesinar mexicanos, es una consecuencia natural que á nadie puede sorprender y de que nadie tiene el derecho de quejarse.

Lo único censurable seria, que se insultara á los franceses pacíficos y trabajadores que residen entre nosotros, porque estos no tienen la culpa de la injusticia de su gobierno; pero es notorio tambien que el pueblo, con un admirable buen sentido, jamás ha incurrido en esta falta, y los franceses pacíficos no tienen una sola queja sobre el particular.

Así, pues, en esta parte el payaso de Chiarini estuvo en su derecho, porque era mexicano, y el *Trait d' Union* no debe extrañar un desahogo semejante, como ningun frances extraña los desahogos del pueblo español contra los franceses el 2 de Mayo, y siempre que se habla de ellos.

Que no era necesario ni oportuno que allí se sacara semejante asunto, sí es cierto. El payaso pudo muy bien improvisar otra clase de coplas en honor de Mr. Seward, ó en honor de la América, ó con cualquier objeto diverso, y habria quedado mejor. Es preciso convenir, sin embargo, en que el pobre payaso fué torpe, muy torpe; pero creyó no hacer una cosa impertinente. Ademas, le aconsejamos que nunca se ponga frac ni guantes blancos; el payaso debe vestir siempre sus ropas tradicionales.

Estéban Buislay, uno de los acróbatas empresarios de Chiarini, en un remitido que envía al *Trait d' Union*, dice: que si hubiera estado presente cuando el payaso cantaba sus coplas en honor de Zaragoza, habria mandado á la orquesta tocar la *Marsellesa* para cubrir la voz del *poeta-clown*.

Tampoco esto hubiera sido oportuno ni conveniente. La *Marsellesa* es un himno que nos simpatiza, porque es republicano y porque está prohibido en Francia; pero si el público hubiera notado que se tocaba tan solo para acallar las *malísimas* coplas que el payaso recitaba en honor de Zaragoza y para *dar una satisfaccion á los franceses disgustados*, es seguro que habria hecho callar á la orquesta y que se habria producido una reaccion en favor del impertinente payaso.

Preciso es que los extranjeros que dan espectáculos, ya sea de teatro ó de circo, no provoquen nunca estas cuestiones en que puede interesarse el orgullo nacional, porque siempre se expondrán á un desaire. Su obligacion es complacer al pueblo en cuyo suelo están, y tributarle los respetos debidos al que ofrece hospitalidad.

Hemos creido deber poner estos renglones, porque el tono que adoptó el *Trait d' Union* para hablar de este asunto, no fué el mas á propósito para no lastimar el carácter mexicano.

El miércoles de la semana pasada, el Presidente de la República invitó á Mr. Seward á pasar un dia de campo en el hermosísimo bosque de Chapultepec.

Esta manifestacion era enteramente privada, y en agradecimiento de las consideraciones personales y afectuosas que el ministro americano prodigó á la familia del Sr. Juarez en los Estados-Unidos.

Así, pues, á esta reunion solo fueron invitados los ministros de Estado, sus familias, la del Sr. Seward y su comitiva, y algunos amigos privados.

La apreciable familia del Sr. Juarez hizo los honores con esa exquisita finura, amabilidad y sencillez que le son características, y que les atraen el cariño y el respeto de cuantos la tratan.

Mr. Seward parecia contentísimo en aquel bosque magnífico, y admiró por largo tiempo, desde las alturas del castillo, el panorama encantador que presentaba el valle de Mexico por todas partes.

Todo el mundo conoce el histórico y soberbio bosque de Chapultepec, tan célebre en nuestros anales antiguos y modernos; se sabe tambien que Maximiliano, con el objeto de hacer de él su mansion favorita, hizo reposiciones al edificio, y le decoró con muy buen gusto. Así es que para una reunion como la del miércoles, Chapultepec es un lugar sin rival en los alrededores de México; y Mr. Seward aseguró que conocia muy pocos sitios en el mundo, que pudieran sostener una comparacion razonable con nuestro célebre bosque.

El banquete fué suntuoso y exquisito. Lo sirvió Omarini.

Reinaron en él la cordialidad y la alegría, y su carácter íntimo desterró de él esa reserva que aun en el mayor entusiasmo se nota en los banquetes oficiales.

El Sr. Juarez pronunció el primer brindis, manifestando su agradecimiento al hombre que durante la lucha con Francia en México, y en los momentos en que la suerte nos era adversa, habia sabido tratar con una distincion y un afecto extraordinarios á la familia del que luchaba aquí en la desgracia, defendiendo la independencia nacional.

Mr. Seward contestó largamente, manifestando su profunda simpatía hácia el digno Presidente de la República mexicana, hácia uno de los hijos beneméritos de la América, á quien debian tanto la libertad y el progreso. Dijo que los respetos y consideraciones que tuvo la fortuna de tributar á la virtuosa y amable familia del Presidente, no eran sino el cumplimiento de un deber sagrado para todos los que estimaban los servicios de los patriotas americanos, y que se complacia en ver que hoy, despues de sus sufrimientos del destierro, disfrutaban ya de la calma, y de la dicha á que sus virtudes la habian hecho acreedora. Despues habló de la República, del porvenir de la América, y dijo, «que desde niño se habia enseñado á creer que la libertad era el único sistema que podia regir en el Nuevo-Continente, y que habia confirmado en el curso de su vida aquella creencia.» Dijo, en fin, mu-

Digitized by Google

chas y muy buenas cosas que no recordamos, pero que provocaron el entusiasmo de la reunion.

Brindaron tambien los señores Saavedra, Romero, Balcárcel, Arias, Contreras Elizalde y otros, y concluido el banquete, la concurrencia pasó á los salones, donde al són de una magnífica orquesta se bailó un poco, hasta que al anochecer los convidados se retiraron á México.

El sábado último tuvo lugar en el Palacio nacional el gran banquete de 400 cubiertos en honor de Mr. Seward. El inmenso salon de embajadores fué el señalado para el efecto, y el aspecto que presentaba esa noche, era soberbio. Las paredes decoradas con los retratos de los héroes mexicanos, entre los cuales se veia el del padre de los Estados-Unidos; centenares de candelabros alumbraban el salon, entre los que son de contarse los magníficos de plata que estaban colocados en las mesas.

Una orquesta muy buena, dirigida por el maestro Melesio Morales, ejecutaba piezas escogidas. El público conoce ya, por haberlos reproducido los periódicos, los brindis pronunciados en esa noche solemne.

Los pronunciaron el Presidente de la República, los ministros de Relaciones, de Gobernacion, el vicepresidente del Congreso, el magistrado Lafragua, el diputado Rojo en nombre del Distrito federal, y otros muchos. Nuestro amigo Santacilia dijo cuatro palabras; pero que por su significacion reproducimos, y que fueron acogidas con nutridos aplausos por mexicanos y norteamericanos. Hélas aquí:

Señores: Se ha brindado ya invocando la memoria veneranda de Washington, que representa en la historia del progreso democrático el gran principio de la emancipacion colonial.

Se ha brindado tambien invocando el nombre imperecedero de Lincoln, que representa en la historia de la humanidad y del cristianismo el gran principio de la abolicion de la esclavitud.

Yo vengo á invocar otro recuerdo, proponiendo un brindis de gratitud á la memoria de otro hombre que tambien representa un gran principio en la historia gloriosa de nuestros pueblos americanos.

Hablo, señores, del eminente estadista, del profundo político, del genio previsor que ha tenido la envidiable fortuna de dar su nombre á esa gran doctrina salvadora del Nuevo Mundo, y que será en lo sucesivo el verdadero lazo de fraternidad que unirá unas con otras, hasta formar una sola familia, las diferentes nacionalidades republicanas del hemisferio occidental.

Brindo, señores, á la memoria de James Monroe; y brindo, ademas, porque tenga una completa realizacion práctica el gran principio proclamado por aquel estadista; porque la América sea para los americanos, y porque jamás se mezcle la política europea en los asuntos, sean cuales fueren, que acá se ventilen en nuestro mundo republicano.

El ministro de los Estados-Unidos, Mr. Nelson, respondió al brindis del Sr. Juarez por el Presidente de la República de los Estados-Unidos del Norte, brindando tambien por el Presidente de la República Mexicana y por la paz y prosperidad de nuestra patria. El discurso del Sr. Nelson fué largo y muy aplaudido.

Mr. Seward brindó varias veces, y en todas ellas se manifestó elocuente y buen amigo de México.

El Sr. Evans, el escritor americano, brindó tambien en nombre de la prensa de su patria, por nuestro progreso y felicidad.

El jóven poeta D. Justo Sierra recitó unos magníficos versos, de los mejores que le haya inspirado su númen ardiente y pindárico. Estos versos provocaron una salva de aplausos entusiastas.

Nosotros tambien dijimos algo en honor de Mr. Seward.

El encargado de negocios de la Confederacion de la Alemania del Norte brindó respondiendo al Sr. Iglesias, ministro de Justicia, que lo habia hecho por la Prusia, haciendo votos por la felicidad de México. El pequeño pero entusiasta discurso del representante aleman, fué tambien muy aplaudido.

El banquete se concluyó á las dos de la mañana, y Mr. Seward se retiró conmovido por aquella manifestacion.

Se prepara un gran baile, en obsequio tambien del ilustre viajero, que tendrá lugar el juéves de la semana entrante en el palacio nacional. Segun los preparativos será espléndido, y se ha invitado ya á las familias mas distinguidas de la capital.

Tambien se preparan algunas funciones de teatro, líricas y dramáticas, en obsequio de Mr. Seward. En fin, él llevará de México un recuerdo agradable.

El Sr. Zamacois ha publicado una revista en el *Monitor* del domingo, en la que tenemos que rectificar algunas aseveraciones, no sin pedir por ello perdon al apreciable escritor español con cuya amistad nos honramos.

Dice que hoy todo el mundo escribe revistas, y que nadie se acuerda del que las introdujo en México, que fué el Sr. Mobellan, otro escritor español amigo nuestro, y á quien apreciamos muchísimo.

En primer lugar, no sabemos *los revisteros* qué es lo que deberia hacerse para recordar el nombre del inventor de las revistas, pues pedir en cada una de las que escribiésemos, un sufragio por su alma, no nos parece que seria conveniente; pero no encontramos otra manera de tenerle presente á los ojos de nuestros lectores.

En segundo lugar, el Sr. Zamacois sufre una equivocacion al asegurar que el Sr. Mobellan haya sido el introductor de las revistas en México, y si tiene buena memoria, convendrá con nosotros.

Hace mucho tiempo que se escriben revistas de todo género en México; pero en la última época, el que comenzó á escribir revistas locales, es decir, crónicas de todo lo acontecido en la ciudad de México, fué nuestro amigo Luis G. Ortiz, que publicó por espacio de varios meses y todos los domingos, una revista en el «folletin del *Siglo XIX*», que era leida con avidez y de la que se conservan no pocas

Digitized by Google

colecciones que, los que gustamos de lo bueno, guardamos como joyas. Esto era en el segundo semestre de 1867, y á poco de entrar el ejército republicano en México.

Luego otro amigo nuestro, José T. de Cuellar, publicó en el «*Correo de México*» en 1867, varias revistas de la semana, que por pocas que fuesen, valen mucho por su gracia, por su estilo y por la exactitud de sus observaciones morales.

Nosotros escribimos tambien por ese tiempo, enese mismo periódico, una revista de la semana en 1867.

Despues fué cuando el Sr. Mobellan en 1868, comenzó á escribir sus lindas revistas que se publicaban en el «*Monitor*»; pero sin que se crea que pretendemos rebajar para nada el mérito de ese distinguido literato, cuyas producciones leemos siempre con placer, el Sr. Zamacois convendrá en que no fué el primero que escribió aquí revistas, pues tal primacía pertenece de derecho á Luis G. Ortiz.

Por lo demás, aun no sabemos si este género literario sea tal, que merezca la pena de disputarse su invencion. Nosotros le cultivamos á mas no poder, y porque no nos ocurre nada diferente.

El Sr. Zamacois promete contestar al Sr. Peredo sus críticas musicales sobre las zarzuelas. Estamos ansiosos de ver esto. Por ahora, nosotros que conocemos al *viejo organista* que se asocia á Peredo para las críticas, podemos asegurar que es muy dificil hallar en México quien le supera en conocimientos musicales; pero sí podrá ser que yerre en sus juicios, y entonces convencido, como sea, confesará su error.

Los títeres siguen atrayendo concurrencia.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

A MR. WILIAN H. SEWARD.

Dos pueblos en la tierra se levantan,
Tu pueblo y nuestro pueblo, poderosos;
Los dos tan pintorescos y grandiosos,
Que con su rica esplendidez encantan.

El pabellon de libertad levantan
Intrépidos los dos, los dos gloriosos;
Los dos se independieron victoriosos,
Y sus triunfos espléndidos hoy cantan.

Nunca sangrienta y bárbara pelea
Las dos Naciones con dolor desuna:
De la discordia la terrible tea

Apague con tu soplo la fortuna,
Y tu venida á nuestra patria sea
El fraternal abrazo que las una.

J. BLENGIO.

ESTALAGMITA

EN LA CAVERNA DE SAN CAYETANO—GUADALCAZAR.

A poca distancia de la ciudad de Guadalcázar y sobre las sinuosidades de la Sierra se observa el hundimiento de una cima. El viajero que investiga el orígen de este cataclismo, se asoma al borde de la gran abertura y divisa, como sobre la linternilla de un cimborrio, una vasta profundidad abovedada.

Los escombros del hundimiento forman una rampa de una inclinacion rápida, pero que permite el acceso al fondo de la caverna. Ni la naturaleza ni los hombres de Guadalcázar han franqueado la puerta de aquel augusto palacio, construyendo una entrada fácil: el curioso tiene que descender atado á una cuerda. Nosotros así descendimos desde el borde hasta tocar la rampa.

Lo primero que se presenta á la vista del viajero sorprendido, es la magnífica estalagmita que representa nuestro dibujo. Es como el ciprés de aquel templo majestuoso, construido en muchos siglos por muchos millones de gotas de agua.

Hé aquí la maravilla: aquellos obreros incesantes, las gotas de agua, fueron al principio esas burbujas de que se componen las nubes: cayeron sobre la montaña, y las que sobrevivieron á la evaporacion se sumergieron en la tierra, penetraron al través de las partículas aglomeradas, y pasando por los intersticios, las que no morian absorbidas y aprovechadas por la vegetacion, seguian caminando hasta una region calcárea; despues encontraban una grieta por donde se deslizaban, tocando una superficie dura é impermeable. La gota, así rodando, llegaba al extremo de un precipicio; á sus piés estaba un abismo negro lleno de aire insalubre; la gota se detenia espantada, vacilante, medrosa, y á la vista del abismo palidecia, tomando las tintas del ópalo; iba perdiendo su diafanidad, pasaba á blanquecina, despues era turbia, despues blanca, inmóbil, dura, estaba petrificada, era ya parte integrante de una estalactita; la gota de agua se perpetúa así por todos los siglos.

Estos obreros—gotas, perforaban como ejércitos la bóveda misteriosa de la caverna ignorada, sabe Dios cuántos siglos, por los hombres; y cavando, llegando, deslizándose y sobreponiéndose, se petrificaban unas despues de otras y edificaban cada cien años una nueva formacion, una nueva aguja, un nuevo chorreon de piedra, un giron blanco mas, colgado de la bóveda.

Pero las gotas desprendidas, las gotas que se derrumbaban, las que no habian podido congelarse atravesaban el espacio negro y caian sobre el pavimento de aquel templo sombrío, perforando en su caida y señalando mil años despues el lugar de la primera gota, con la primera piedra del monumento que descubrimos, de esa estalagmita colosal que fué en su orígen una gota de agua.

Digitized by Google

Lit. de Iriarte.

Estalagmita en la Caverna de S. Cayetano_Guadalcázar.
(Tomada de un dibujo del Sr. D.J.T de Cuellar)

Digitized by Google

Digitized by Google

Nosotros hemos presenciado en la caverna de Cacahuamilpa, en el distrito de Tasco, la formación de las estalactitas, que juzgamos ser mas rápida que la de las estalagmitas, porque las gotas de agua vienen saturadas de carbonatos, al grado de palparse en pocos instantes su solidificacion.

Las gotas menos saturadas se desprenden por su propio peso antes de adherirse, y caen y se estrellan á una gran distancia, de manera que, mientras las estalactitas se forman por volúmenes superpuestos de la capacidad de una gota, las estalagmitas se forman por capas delgadas ó por los resíduos de un lavado continuo, y en consecuencia necesitan multiplicar el tiempo de su formacion.

Tal es el monumento grandioso que nos ocupamos de describir, con sus altas agujas, á manera de torres, y con esa forma caprichosa que el trabajo microscópico é incesante, de miles de años, ha formado en las entrañas de la tierra.

Las gotas, en su calidad de arquitectos, tal vez edificaron durante muchos siglos bajo la bóveda, para que nadie viera su obra concluida, porque superponiéndose siempre llegaron á faltar á las leyes del equilibrio, y su monumento se les vino abajo. Tan infalibles son así las leyes de gravedad y de equilibrio.

Tal vez esas formaciones, aglomeradas por tantos millones de obreros, determinaron un dia el hundimiento de la bóveda; y la luz, precipitándose ansiosa detrás del derrumbe y en busca de lo desconocido, invadió aquel recinto solitario y descubrió en su fondo el monumento de las tinieblas, aquel tabernáculo de la naturaleza, en donde no se encierra el arca del Testamento, pero que guarda, perdurables como su mole inmensa, estas palabras: *Dios está en todas partes.*

JOSE T. DE CUELLAR.

FELIPE II.

SONETO.

A mi muy apreciable amigo el Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

Sin fuerzas yace el brazo que robusto
Rigió de las Españas los destinos;
Mustios están los lauros peregrinos
Que sombra dieron á su rostro adusto.

Al ver Felipe, trémulo de susto,
Cerrados de la vida los caminos,
Recuerda los oráculos divinos
Al heredero de su trono augusto.

Alza á los cielos las convulsas manos,
Y de un cirio á los pálidos fulgores
Descubre el pecho lleno de gusanos.

«¡Hijo!» exclama entre angustias y dolores,
«Tras de la pompa y los placeres vanos
Mueren tambien del mundo los señores.»

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

México, Noviembre 30 de 1869.

UNA AGUILA PRESA.

En una antigua atalaya
De arruinada fortaleza,
Una águila con fiereza
La vista alzó en su prision;
Y al contemplar de los cielos
La divina trasparencia,
Sintió correr con vehemencia
La sangre en el corazon.

Agitó altiva sus alas,
Ciega quiso alzar el vuelo,
Mas le detuvo en el suelo
Dura cadena los piés:
Una mirada de fuego
Lanzó el águila altanera,
Y sintió correr ligera
Una lágrima despues.

«¿Quién cortó tu hermoso vuelo,
«Reina audaz?»
«¿Quién arrastró por el suelo
A la que libre naciera
Para volar por la esfera?»
«¿Quién de tanto fué capaz?»

«Hoy el hado
Te condena
La cadena
A soportar,
Y en tus horas
De tormento,
Solo el viento
Oirás silbar;»

«Y vendrán á tu memoria
Con dolor,
Horas de perdida gloria,
Cuando en la fértil pradera,
A tu hermosa compañera
Le cantabas tierno amor.»

«Llora y cuenta
Una á una
De la luna
Al resplandor,
Esas lágrimas
Guardadas,
Impregnadas
En dolor.»

Así habló la voz divina
De una vision
Dulce, pura, peregrina,
De blanco trage cubierta,
Que en el dintel de la puerta
Asomó de la prision.

Pero luego,
Sonriendo,
Fué corriendo
A desatar,
A la pobre
Prisionera,
Que ligera
Cruzó el mar.

Puebla, 1883. SOLEDAD MANERO.

Digitized by Google

VICTOR HUGO.

(CONTINUA.)

El autor de Macbeth y el autor de Hernani son idénticos en esta gran cualidad del genio: lo ilimitado. Nadie ha alcanzado como ellos á sorprender en los misterios del corazon humano, no sé qué fondo eterno de tragedia y de pasion que nunca se agota para ellos, y que por todos los poros de sus obras se revela súbitamente iluminado por fulgores sobrehumanos, y brotando en raudales hirvientes de sus cerebros, esos crisoles en donde hasta el barro se convierte en oro.

Los dos están acostumbrados á ver en estos dos abismos: el abismo-profundidad y el abismo-altura; la inteligencia de ambos es nictálope. El uno es el mar, Hugo lo ha dicho; el otro es el sol. En uno hay el desbordamiento de la vida, en el otro la concentracion de la luz. ¿Por qué, pues, tanta sombra en ellos? Es porque sin luz no habria sombra; mientras la luz es mas abundante, la sombra resalta mas. Y luego, aplicad al genio el axioma de Young, enunciado técnicamente por Fresnel: La luz agregada á la luz puede producir oscuridad. Por eso un ilustre poeta me decia poco tiempo hace: «Hay capítulos de Víctor Hugo que se parecen á la noche; muchas ideas, muchas estrellas, y detrás el fondo negro de lo desconocido.»

A mí me causan grande risa todos esos apóstoles de la oficina del fiel-contraste en literatura, que quieren aplicar sus medidas pequeñitas á lo que ha nacido con esta condicion esencial: la libertad. Genio, quiere decir libre. ¿Y lo bello? direis vosotros los temerosos de buena fé. Lo bello, preguntad á los misteriosos autores de la Biblia, preguntad á Homero, preguntad á Shakespeare. Ellos os dirian que la cualidad nativa del genio es presentar lo bello bajo todas sus fases. Lo bello, lo que es realmente tal, no es invencion del hombre, es una revelacion del genio. ¿Qué seria la pintura sin el pincel divino de Rafael; qué la escultura sin el milagroso buril de Miguel Angel; qué la música sin la inspiracion de Rossini? Ellos son los que han humanizado el ideal, y esta encarnacion, digámoslo así, del pensamiento, es el punto de comparacion para juzgar de lo bello en este mundo. «Hé ahí, pues, los modelos; hé ahí lo que debeis eternamente imitar,» dice la crítica. No, mil veces no. Esos hombres que parece que condensan en sí mismos la grandeza de las generaciones, son como gigantescos arcos triunfales colocados en las etapas de la civilizacion, no para que nos estemos contemplándolos en éxtasis perpetuo, ó hagamos una série de copias en miniatura, imitando con barro modelos de granito, sino para que el genio guíe por debajo de ellos á la humanidad, á quien Dios hace marchar continuamente. Esos arcos de triunfo están todos á lo largo de la via, ninguno al fin de ella. La meta del estadio está en lo desconocido. Esa meta no se percibe desde la tierra.

Los genios son como las abejas; ellos van á libar las flores de un mundo ideal, y vuelven aquí abajo para formar ese panal que se va depositando en el seno de los siglos. Cada vez que una abeja brota, todos vosotros os asustais y gritais: escándalo, anatema; nuestro rico panal será destruido; pero pasa el tiempo, ese gran oculista, y las miopías se curan y los críticos de hoy se burlan de los que ayer comparaban á Dante con Estacio, á Corneille con Claudiano y á Shakespeare con Góngora.

Todo en este mundo está sujeto á la ley del progreso; el hombre es uno de los corolarios del teorema: Adelante. Pero si en la ciencia es odiosa la opresion, en literatura los principios escolásticos son risibles. La literatura es la expresion pura del pensamiento, y el pensamiento y la regla son dos ideas contrarias.

Hubo una época en Francia, cuando todo resucitaba lleno de una vida nueva y distinta de la que hasta allí se habia manifestado, en que se reconoció que todos los grandes maestros en literatura habian hecho mucho grande, pero no todo lo grande; y la jóven generacion, para quien la revolucion francesa habia abierto el *Sancta Sanctorum* de las ideas, se levantó, acaso sin mucho respeto para los muertos, pero con una ansia invencible de respirar en otros horizontes.

Por supuesto que toda esa gente que nace de espaldas al porvenir, y en donde la crítica recluta sus mejores soldados, clamaron á los dioses y cubrieron sus cabezas de ceniza. Esto no era nada para aquellos atletas de veinte años. Los gritos de la vejez solo servian para hacer resaltar el himno de la juventud. La lucha fué obstinada y tremenda: hoy, de todo aquello solo quedan inmensas reputaciones cimentadas, y grandes ideas fecundas; el nombre de los críticos yace en el olvido, el de los otros está todos los dias en los labios de treinta ó cuarenta millones de europeos y americanos.

Aquel mar ascendente en que cada idea era una ola y cada imágen un relámpago, tubo un nombre: el romanticismo. Sobre ese océano marchaba Víctor Hugo, como el Jesus de la leyenda evangélica por sobre las olas del Tiberiades.

El autor de Marion Delorme tiene la inteligencia mas trágica del siglo. En esta línea particularmente cabe su filiacion Shakespeariana. Tiene Hugo en sus obras esta cualidad, cualidad admirable sobre el autor inglés: el estilo; y Shakespeare tiene sobre él esta ventaja: la ignorancia.

La ignorancia suele servir; acaso no ha servido mas que una vez, á los hombres extraordinarios. Shakespeare es el genio mas espontáneo que haya habido, y esta espontaneidad hubiera disminuido en mucho con una gran sabiduría. Este es un hecho que nosotros solo registramos. Víctor Hugo lo sabe todo: su cerebro es uno de los que han llegado á contener mayor cantidad de instruccion en nuestros tiempos. Víctor Hugo sabe que para ser apóstol es preciso saber mucho en estos tiempos en que la cien-

Digitized by Google

cia está al alcance de todo el mundo, y con esa voluntad inflexible, que es uno de los caracteres dominantes de su alma, ha sabido acumular en torno suyo grandes tesoros de sabiduría, en donde templa sus armas para la lucha titánica que hace cerca de medio siglo viene sosteniendo.

Un dia era el año de 1830; el 26 de Febrero tuvo lugar la primera representacion de Hernani. Este gran drama marcó una nueva faz del autor de las Odas y Baladas, hijas de su amor filial é impregnadas de un candoroso monarquismo.

Hernani, dice Julio Janin, es un drama muy bello; pero no, por Corneille, no era eso el *Cid*. Esto escribia el espiritual folletinista del «Diario de los debates», allá por los años de cuarenta y tantos. ¡Ah! ¡cómo ha cambiado su opinion! en el momento en que escribimos estas líneas recordamos haber leido, hace dos años, el folletin de *Los Debates*, en que daba cuenta de la *reprise* de Hernani en Paris. Qué página tan elocuente; qué estilo el de ese crítico que parece que hace con su pluma incrustaciones de perlas; con cuánta tristeza vuelve la vista hácia aquel desterrado sombrío á quien la calumnia ha hecho un pedestal gigantesco, y con cuánta ternura, con cuánta admiracion envia al través del mar sus saludos de hermano hácia aquel contemplador del infinito, que con una mano sobre su corazon y otra en la mano de la humanidad, espera tranquilo la hora de la resurreccion de los pueblos.

Hernani fué un desafio á la escuela clásica; desde Voltaire, tentados estabamos de decir, desde Racine, la musa del teatro frances no habia arrancado de su seno trágico, tan vehementes, tan sublimes acentos; pero la tragedia nueva no llevaba el coturno antiguo, iba con el pié desnudo; las tragedias clásicas eran bajorelieves en mármol, Hernani y las que le siguieron fueron grupos de carne y hueso. El secreto del romanticismo era el estudio, no de Sóphocles, no de Corneille, sino del hombre. La famosa pintura del quinto acto de Fedra nos admira; el sonido de la trompa de Ruy Gomez de Silva, nos estremece. Hé aquí toda la diferencia.....

Vino despues *Marion*, la divina *Marion Delorme*..... Julio Janin, citaremos aun á este príncipe de la crítica, dice á propósito de ese drama:..... ¡es la rehabilitacion de la cortesana!

Y bien.....

¿Acaso se pretende hacer del teatro el eterno panegirista de Lucrecia, que en lugar de encontrar un puñal á la media noche, lo encontró al dia siguiente? Enseñad en hora buena la admiracion por la virtud heróica, levantadle altares; yo me arrodillaré ante ellos; pero no cerreis las puertas á lo que es mas humano, á lo que es mas doloroso, al crímen que se arrepiente. ¡Rehabilitar á la cortesana....! ¿y por qué no? ¿La historia de aquende el calvario, es otra cosa que la rehabilitacion de la mujer sumida en todas las miserias, vegetando en todas las corrupciones? Si el teatro es una cátedra, enseñad desde ella á esas infelices hijas del insomnio y del placer engangrenado: á esa procesion de autómatas, en la cual, cosa horrible, no se llora nunca; enseñadles que el vicio es inícuo, pero mostranles en el cieno la primera grada de la redenciod. Tomadlas de la mano, provocad sus lágrimas, las lágrimas lo borran todo; decidles que si hay en su pecho un destello de amor, ese destello puede convertirse en una auréola, y esa prostituta en Magdalena; y cuando al través de vuestros dramas, en donde la pasion hace las veces de apóstol, podais hacer llegar al oido de esas miserables á quienes asfixia el desprecio, las santas palabras del Nazareno: «mujer, yo te perdono, porque has amado mucho», dormid en paz, habreis hecho una buena accion.

Desde entonces, añade el crítico, las tendencias todas de la obra literaria de Víctor Hugo, se han dirigido á ensalsar lo feo. ¡Oh reproche eternamente repetido, y eternamente injusto y necio!

Nadie ha emprendido, á nuestro entender, la belleza, tal como el creador de estos tipos inmortales: Esmeralda, Coseta, Deruchette y Dea. Y su ideal es tan puro, tan noble, tan celestial que no se ha contentado con presentar sus reflejos al través del prisma de su imaginacion en esos cuatro angeles, sino que lo ha hecho brillar como una auréola de bendicion sobre dos cabezas sublimes, Cuasimodo y Gwynplaine.

JUSTO SIERRA.

EN UNA PROFESION.

SONETO.

(Traduccion del italiano.)

Huye Célida al claustro, y en su frente
Su alma y su celo sacrosanto ardia,
Y la luz de los cielos dulcemente
Tranquila de sus párpados caia.

Vencido amor, en tanto, é impotente
Sus armas rotas con dolor veia;
Sobre la trenza virginal, doliente
Tambien la hollada libertad gemia.

El placer seductor fingiendo aprecio
Néctar la brinda en que venenos vierte,
Tirándole la veste de gran precio:

Sonríe indignada la belleza fuerte,
Cierra la sacra puerta, y con desprecio
La llave arroja en manos de la muerte.

L. G. ORTIZ.

1866.

Digitized by Google

EN LA TUMBA DE ALEJANDRO.

SONETO.

(Traduccion del italiano.)

¡Abridme aquesa tumba! Cómo encierra
Tan sagrada memoria el mármol mudo!
¡Oh del extinto rayo de la guerra,
Ceniza sin corona, te saludo!

Confundida mi vista aquí se aterra,
Que conocer al vencedor no pudo.
¡Ay y cuán poca y miserable tierra
Tiene Asia en pago á su tormento rudo!

Hoy al soberbio rey que peso humano
No agoviara jamás, las negras parcas
Soterran en olvido hondo, profundo:

Cualquier su polvo cogerá en la mano,
Y alzando el brazo exclamará: «¡Monarcas,
Hé aquí en un puño al vencedor del mundo!»

L. G. Ortiz.

1866.

EL BESO.

(Imitacion de Zappi.)

SONETO.

Allá en la edad en que el rizado armiño
Del cuello de mi cabra no alcanzaba,
Amaba á Elisa yo, y en mi cariño
Deidad y no mujer la contemplaba.

Con acento sincero y sin aliño
Una noche mi amor le revelaba,
Y ella dándome un beso murmuraba:
«No sabes qué es amor, eres muy niño....»

Ella por otro al fin suspira amante,
Y yo estoy en la edad de la agonía
En que al alma el amor hiere incesante.

Hoy ella esquiva la ternura mia;
Ella olvidó mi amor en un instante;
Yo recuerdo aquel beso todavía.

José Rosas.

Leon, 1868.

MI AMBICION.

SONETO.

No aspiro ya al poder, gérmen de horrores
Que ha llenado de lágrimas el suelo;
Ni fausto, ni oro, ni renombre anhelo,
Que es sombra de placer entre dolores.

A mí me bastan, niña, tus amores;
Tu risa en mi inquietud grato consuelo;
Mi humilde choza que bendice el cielo,
Y mi zampoña rústica y mis flores.

Más que el áureo esplendor de régio trono,
Amo yo tu mirada placentera
Y los pálidos lirios de mi huerto.

Tu amor, tu dulce amor solo ambiciono,
Que el cielo sin tu amor desierto fuera,
Y un cielo con tu amor es el desierto.

Jose Rosas.

PALMA.

BALADA.

I

Palma es tu nombre,—recuerdo vago
de la floresta—donde nací;
de aquellas palmas—que junto al lago
altas i verdes—crecen allí.

Tu nombre tiene—para mi oido
todo el encanto—del patrio amor.
Torcaz que gime—sobre su nido,
silvestre aroma—de indiana flor.

Feliz la niña—de amor bañada
que da al proscrito—consolacion;
fulgor de estrellas—es su mirada,
altar de fuego—su corazon.

Salve al recuerdo—de las riberas
donde corria—mi alegre edad;
de las montañas,—de las praderas
que en sangre tiñe—la libertad.

II

Sobre las aguas—del mar profundo
que amor cantando—muere á sus piés,
está la vírgen—del nuevo mundo,
Cuba se llama,—¡mi patria es!

Allí la palma—se alza gigante
junto al caimito,—junto al mamey,
i abre sus hojas—la brisa errante
como el penacho—del siboney.

Adios un dia—le dije al monte;
de oscura suerte—marchaba en pos,
i las palmeras—del horizonte
se columpiaban—diciendo adios.

¡Fatal momento!—desesperado
sufrí del prócer—la voluntad:
yo me alejaba—i allá en el prado
vibraba el grito—de libertad.

III

Santo recuerdo—que da la vida,
celeste aroma—de eterna flor,
canto de infancia—que no se olvida,
amor de patria,—bendito amor.

¿Quién no te busca?—¿quién no te adora,
i quién su sangre—no te ofreció?
Sufriendo esclavo—¿quién no te llora?
Viviendo libre—¿quién te ofendió?

Angel de amores,—si el que te nombra
tras de su llanto—ve una ilusion,
Sé la palmera—que da su sombra
en los desiertos—del corazon.

Mas... ¡no! maldito—quien pide amores,
quien sueña dulce—felicidad,
mientras sus prados,—mientras sus flores
en sangre tiñe—la libertad.

Alfredo Torroella.

Digitized by Google

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

XVI

Frente á frente.

Casual ó intencionalmente, Clemencia tomó asiento frente á Isabel que estaba acompañada de Enrique.

Isabel se hallaba en el colmo de la felicidad. Algo habia pasado entre la bella rubia y el galante oficial, alguna palabra habia acabado por fin de romper los diques de la reserva, pues que los dos jóvenes parecian entenderse ya perfectamente, y reinaba entre ellos la mas dulce confianza.

Para Clemencia esto era claro como la luz, y á la primer ojeada conoció que su amiga habia ya obtenido el triunfo sobre ella.

Para Fernando tampoco hubo duda; pero preocupado como estaba con las palabras de Clemencia, y sintiendo en su corazon arder una nueva llama, mas poderosa todavía que la que se habia extinguido, apenas prestó atencion á lo que pasaba á su frente.

—Enrique tenia razon, decia para sí; era fácil olvidar; héme aquí enamorado ya de Clemencia. Yo siento que el poder de esta nueva pasion es mas fuerte, y que comienza subyugando todo mi ser: no es el amor dulce que me inspiraba mi prima, sino un amor irresistible, grande, que me anonada, que me encadena!.....

Y como Clemencia procuraba acabar de encender la hoguera con sus miradas, con sus sonrisas y con esas mil coqueterías que una mujer hermosa puede poner en juego en semejante ocasion, Fernando estaba perdido. Una vez que este la sirvió vino, ella se apresuró á detenerle para que no llenase su copa, y puso su mano sobre la del oficial, apretándola ligeramente.

—No tanto, Valle, no tanto, le dijo: hoy perderia yo la cabeza fácilmente.

—¿Se siente vd. mal?

—Al contrario..... pero la dicha pone la cabeza débil.

—Y vd. opina como Clemencia, Isabel? preguntó Flores.

—Ah, sí! enteramente.

—¿Y siente vd. tambien la cabeza débil?

—Muy débil.

Enrique pagó esta respuesta con la mas ardiente de sus miradas; pero Fernando palideció de una manera espantosa. Acababa de observar que Clemencia habia dirigido á su amiga una mirada de celos, rápida como el pensamiento, y terrible como el rayo.

Pero apenas tuvo el tiempo de fijarse en esto, porque Clemencia se volvió hácia él y le preguntó sonriendo cariñosamente.

—Ha visto vd. al entrar mis flores, Fernando?

—Sí, Clemencia, de paso; y he notado que son exquisitas.

—Tengo camelias admirables, mis violetas son preciosas; pero sobre todo, tengo algunas flores raras que quiero mucho. Frente á la puerta de una de mis piezas, hay una planta en un tibor del Japon, que yo cuido con esmero y que florece de tarde en tarde. Hoy en la mañana se ha abierto una flor hermosísima, roja y perfumada, que no tiene igual, y que deseo que vd. vea.

—Con mucho gusto.

Y que yo ofreceré á vd., para que la conserve en recuerdo mio.... y para que no olvide vd. la noche en que nos ha honrado visitándonos por primera vez.

—Señorita, respondió Fernando con cierta sequedad, es una prueba de distincion que no merezco y que me haria muy dichoso; pero flor tan querida de vd. debe quedar en la planta, cuyo cultivo tantos afanes le cuesta, ó debe ser ofrecida á la persona que vd. ame, y que tal vez no la ha comprendido é ignora cuánta ternura, cuánta pasion abriga el corazon de vd..... Yo me contentaré con algunas violetas, estas flores nacen y viven en un lugar que está en analogía con el que ocupo regularmente en el afecto de las personas que me conocen: y créame vd.; ya será bastante dicha para mí.

—Pero qué es eso, Fernando? replicó la hermosa jóven con un acento de dulce reconvencion; ¿qué quieren decir todas esas palabras que parecen dictadas por un sentimiento injusto? ¿Que debo ofrecer esa flor á la persona que no me ha comprendido y que ignora cuánta pasion abrigo por ella? ¿Quién es esa persona, dígame vd.? Si hubiere álguien á quien yo amara, y se mostrara desdeñoso ó no me comprendiera; y vea vd. que yo olvido las preocupaciones vulgares y soy franca, por eso me acusan; si hubiera álguien así, repito, le aborreceria á los pocos instantes de haber pensado en él. ¿Que ocupa vd. un lugar semejante al en que viven las violetas, es decir, un rincon humilde, en el afecto de los que le conocen? Esto le habrá pasado á vd. en otra parte; pero en esta casa es preciso que sea vd. ingrato para que lo crea así. Mire vd., Fernando, si no aceptase vd. esa flor que le he ofrecido, delante de vd. arrancaré la planta, porque me seria inútil y me recordaria una amarga repulsa.

Clemencia dijo todo esto en voz baja; pero con tal vehemencia, con tal pasion, con voz tan turbada y tan dolorosamente tierna, que Fernando volvió á creer que era amado, y no se acordó ya de la mirada celosa que la jóven habia dirigido á Isabel.

Esta y Enrique, que se hallaban tan próximos, escucharon todo.

Clemencia se hallaba agitada de una manera febril, y ponia un cuidado exquisito en no ver á los que estaban á su frente.

Trajeron el *champagne;* pero Clemencia, pretextando que no queria tomar ese vino y que preferia respirar aire fresco y enseñar á Fernando, que era muy instruido en botánica, sus flores, le suplicó que la acompañase.

Fernando lo hizo y se dejó conducir como un niño.

Digitized by Google

XVII

La Flor.

Salieron á uno de los corredores. Las lámparas de cristal apagado derramaban una luz suave sobre aquel encantado lugar. El perfume de las magnolias, de las violetas y del azahar del patio, y el de los eliótropos y de las madreselvas del corredor, embalsamaban la atmósfera completamente. Aquello era un jardin encantado, un paraíso.

Clemencia condujo á Fernando hasta donde estaba un soberbio tibor japonés, sobre un pedestal de mármol rojizo, frente á una puerta abierta y que dejaba ver al través de sus ricas cortinas una pieza elegantísima, é iluminada tambien suavemente por una lámpara azul.

—Aquí está mi planta querida, es una tuberosa de la mas rara especie..... vea vd. qué hermosa es y qué rico aroma tiene. Aunque el invierno aquí no es nada rigoroso como vd. lo conoce, cuesta siempre trabajo conservar esta planta, que vive mejor en la primavera: por eso la estimo mas hoy. No encontraria vd. en todo Guadalajara un ejemplar igual. Y vea vd., esta flor se abre en la mañana, pero todavía mas en la noche, y está mas perfumada.

—En efecto, es divina esta flor.

—Pues bien; va vd. á guardarla.

—¿Qué va vd. á hacer, Clemencia?

—A cortarla; ¿no he dicho á vd. que iba á ofrecérsela?

—Pero vea vd. que es una lástima, niña.

—¿La rechaza vd. de nuevo? ¡Arranco la planta!

—¡Oh, no!..... pero ¿cómo agradecer? .....

—¿Cómo? guardando esta flor, junto al corazon de vd., como una reliquia y como un talisman; la da el cariño, y la honrará el valor; guárdela vd., Fernando.....

Y Clemencia la ofreció con las mejillas llenas de rubor, á Valle, que la tomó temblando, la llevó á sus labios y la colocó en un ojal de su levita.

Clemencia se quitó un pequeño alfiler de oro, y clavó con él la tuberosa que no podia afirmarse en el ojal. Sus bellas manos temblaban tambien, y como la levita estaba naturalmente abrochada al estilo militar, sintieron perfectamente los fuertes latidos del corazon de Fernando, que parecia próximo á estallar.

El jóven perdia la cabeza. Sentia junto á su rostro los cabellos sedosos y perfumados de Clemencia: devoraba con sus ojos aquel cuello blanco y hermoso que no distaba de sus labios sino algunas pulgadas; oia tambien los latidos apresurados de aquel corazon virginal y ardiente, que se confundian con los del suyo. Las manos de aquella mujer encantadora oprimian su seno, su aliento le abrasaba!.....

Esto le parecia un sueño, y estaba próximo á desfallecer.

Los labios se abrieron para pronunciar yo no sé qué palabras atrevidas y locas..... pero apenas pudieron murmurar agitados y trémulos:

—¡Clemencia, piedad!

Clemencia fijó en él sus ojos negros y abrasadores, y ocultando en seguida el semblante volvió á tomar el brazo del jóven y le obligó á dar algunos pasos.

—Tal vez sin pensar en ello, le dijo, he hecho romper á vd. un voto ó he profanado un recuerdo querido. Tal vez el pecho de vd. es un altar sagrado en el que solo alguna ausente tiene el derecho de poner flores..... ¡soy una loca!

E inclinó la frente con tristeza.

—No, Clemencia, no..... yo juro.....

—Pero he preguntado á vd. en vano su secreto; vd. no me ha creido quizás bastante digna de saberlo.

—Mi secreto es, Clemencia, que he sido siempre infeliz; que jamás un ser piadoso se ha dignado bajar hasta mí los ojos; que he cruzado la vida siempre triste, solitario y desdeñado; que sintiendo una alma fogosa y tierna, jamás he creido que nadie pudiese aceptar mi amor, y que vd. es el primer ángel que aparece en mi camino tenebroso y maldito; que las palabras de vd. han penetrado en mi corazon y han hecho nacer en él un sentimiento desconocido, dulce, poderoso, que ha crecido en minutos y que me abrasa. Que desconfiado, como todo infeliz, he creido que me hacia vd. el juguete de un extraño capricho; que al ver á Enrique frente á nosotros esta noche, á Enrique, con quien no puedo compararme, que es tan hermoso, tan seductor, tan espiritual, he sentido..... celos, ¿para qué lo he de ocultar? y que he querido huir de esta casa donde sufria yo tanto. Ahora mismo esto me parece un sueño. Hé ahí mi secreto.

Clemencia se estremeció al oir nombrar á Enrique; pero disimulando su emocion, replicó:

—¡Qué niño es vd., Fernando! ¿Y pudo vd. creer que yo fuese una coqueta sin corazon que quisiera hacer de la alma noble, desgraciada y generosa de vd., el juguete de un capricho indigno? ¿Qué me importan la hermosura, la gallardía y la seduccion del amigo de vd.? ¿Cree vd. que yo soy de las que prefieren eso á las dotes del alma? Desde la primera vez en que vi á vd. en casa de Isabel, establecí perfectamente la diferencia que hay entre vd., hombre de corazon y de talento, y Flores, que me parece un galan de oficio, sin alma, y cuyo espíritu ligero y alegre, va revelando una vida gastada en los galanteos y los placeres. No me juzgue vd. mal, Fernando, ni crea vd. que soy la *coqueta* casquivana á quien calumnian en Guadalajara. Soy franca, desdeño las reservas de mi sexo, tengo una educacion especial, una independencia de carácter que me permite reirme del *qué dirán* y hacer siempre lo que me inspira el corazon. Hace tres dias que conozco á vd., y esto me basta..... Pero ahí viene Flores: Fernando, mañana estará marchita esa flor, pero yo la haré revivir con la savia del cariño.....

Digitized by Google

Enrique se acercó entre envidioso y alegre.

—Clemencia, ¿nos quiere vd. privar de su presencia en el salon? Se va á bailar; ¿podré contar con alguna pieza?

Clemencia afectó mirar á Fernando, como interrogándole.

—Comprendo, dijo Enrique, queria vd. preferir á mi pobre Fernando; pero debo anticipar que este no baila nunca.

—¿Es posible, Valle? ¿vd. no baila?

—En efecto, Clemencia, no sé bailar..... y anuncio á vd. que Enrique es un walsador terrible.

—Pero Isabel?

—Me ha dado ya la primera contradanza, despues se tocará un wals..... ella misma le tocará, me lo ha prometido, es un wals de Strauss ¡un delicioso wals de Strauss!

—Bien, cuente vd. con él.

—Gracias, hermosa niña. Pero, chico, dijo volviéndose á Fernando, ¿qué flor es esa tan linda que tienes en el ojal?

—Es la que le ofrecí..... la mas querida de mis flores, la que yo cuido como á una favorita.....

—¡Dichoso Fernando! ¿Y para mí Clemencia, no ha quedado otra por ahí?

—Era la única, Flores, la única que se habia entreabierto esta mañana y que acabó de abrirse esta noche.

—¡Qué desgraciado soy siempre.... . yo no sé cómo Fernando me echa en cara mi felicidad.

—Pero esa no es la felicidad, dijo Clemencia; la felicidad consiste para vd. en otra cosa.....

—Es verdad, la felicidad consiste en ver á vd. ¿Qué flor es mas roja, ni mas perfumada que esos labios.... que envidiaria una vírgen del Ticiano? ..... Y Enrique hablando así se fué llevando á la jóven y á Valle al salon, donde ya resonaban las armonías poderosas del piano y se empezaba el baile.

XVIII

Clemencia.

Se bailó un poco.

A las doce de la noche la reunion se disolvió. Los oficiales se fueron tambien; como siempre, Enrique alegre, Fernando taciturno. El coche de Clemencia condujo á su casa á Mariana y á Isabel.

Aquella dijo á la rubia al darle el beso y el abrazo de despedida:

—¿Eres muy feliz, Isabel?

—Creo que sí, Clemencia; estoy desvanecida de felicidad.

—Pues bien, linda mia, que el ángel del amor te cubra con sus alas, que sueñes hoy con el cielo.

Y luego, entrándose á sus piezas, despues de besar á sus padres, que la habian creido muy contenta esa noche, dijo cayendo en un sillon, con un despecho mal comprimido:

—¡Isabel vencerme! ¡Haber preferido á Isabel! ¿Es, pues, mas bella que yo?

Y luego, quedándose pensativa, añadió con remordimiento:

—¡Pobre Fernando! He hecho mal en jugar así con su corazon! Si hubiera visto en el fondo del mio, ¿qué hubiera dicho?..... no habia necesidad de este engaño..... mañana yo le diré que no tome á lo serio..... ¡y la flor! ¡y tantas palabras! ¿Qué he hecho, Dios mio? ¿qué he hecho?.....

Y luego comenzó á desnudarse y á despeinarse con ayuda de una jóven camarista; envolvióse despues en un rico peinador blanco, que dejaba adivinar toda la riqueza y perfeccion de sus formas, dignas de una estátua griega; descalzáronle sus pequeños y elegantes botines de raso blanco, metió sus lindos piés en unas pantuflas de seda roja, despidió á su criada, cubrió con una veladora mas oscura su lámpara azul, y arrodillándose en el mullido tapete que habia á los piés de su lecho aristocrático, y dejando caer su joyante cabellera negra sobre sus espaldas y cuello, se reclinó con dolor, apoyando la frente en sus dos manos, vertiendo lágrimas, y diciendo en voz baja y entrecortada por los sollozos:

—Enrique, Enrique, ¡yo te amo!

Despues de un momento se levantó erguida, sonrió con orgullo y.....

—El me amará tambien, ¡oh! me amará mucho, lo prometo, dijo, y se metió en la cama.

Aun estuvo agitada por algunos minutos; pero el amor á esa edad no causa largos insomnios; la hermosa jóven murmuró algunas palabras incoherentes y se durmió suspirando.

(*Continuará.*)

A LOLA

Tiene Lola una boca delicada
Mas fresca que el boton de la amapola;
Tiene unos dientes tan divinos Lola,
Que igualan á la perla nacarada.

Hay tal fuego en su límpida mirada,
Que con mirar, mil víctimas inmola;
Reina de la hermosura es ella sola
Y criatura por Dios privilegiada.

El alma en dulces ilusiones arde
Al irradiar de su fulgente brillo,
Y yo, poeta, ante su faz, cobarde,

La lira altiva sin pesar humillo....
Mas para mí murió desde una tarde
En que la ví escupir por el colmillo.

FACUNDO.

Digitized by Google

PRIMAVERALES.

Flor de los trópicos que en todas partes
Por donde vago te miro ideal;
Que de mis trovas te lleve el eco,
El perfumado soplo vernal.

Fresco está el campo con el rocío
Que entre la grama depositó,
La aurora nácar que hace un instante
Tras los volcanes apareció.

Bello está el cielo con sus rebaños
De blancas nubes que sin afan,
Por el levante se ven dispersas
Y muellemente marchando van.

Si te encontraras aquí á mi lado
Gozosa vieras amanecer,
E ígneos raudales de luces de oro
Sobre los prados al sol verter;

El panorama contemplarias,
Que ante mis ojos tendido está:
Casitas grises entre manzanos
Donde la rampa termina ya;

Sitios amenos siempre feraces,
En que al ganado se oye mugir;
Lomas agrestes, húmedos llanos
Do mil riachuelos se ven bullir.

Con las almenas que lo coronan,
Como si fuese mansion feudal,
Se alza un molino pardo y gracioso
Sobre una alfombra de cebadal.

Y mas distante,—urna de aromas,—
Enhiesto vieras un senador
Todo cubierto de enredaderas,
Y madreselvas de suave olor.

Verias posarse, nervioso y rápido,
Ya sobre el mirto, ya en el clavel,
Al chupa-rosa tornasolado
Que alegre liba su vírgen miel.

Te guarecieras del sol de estío
Bajo la sombra de este peral,
Cual se guarecen bajo los fresnos
La filomena con el zorzal.

La flor miraras de los fresales
Como tu frente blanca y gentil,
Y aspirarías como yo aspiro
El fuerte aroma del toronjil.

Y en misteriosos arrobamientos,
Junto á un arroyo murmurador,
Te acariciara, besando ardiente
Tu boca tibia, cáliz de amor.

RAFAEL REBOLLAR.

Molino de la Barranca, 1869.

DELIRIO DEL TASSO EN LA PRISION.

Vivir para sufrir, es de un cobarde
La torpe y vil accion;
Quiero apagar el vivo fuego que arde
Aquí en el corazon.

No tengo fé, la vida es un tormento
Que deprime mi ser,
Las tristes horas de la noche cuento
Sin calma ni placer.

Yo que adoré con mi pasion gigante,
Con mi alma colosal,
Y que aun siento en mi pecho palpitante
Su imágen celestial:

¿Cómo acabar esta locura horrible,
Este inmenso dolor,
Este pesar de un corazon sensible
Que el mundo nombra amor?

No comprendió la ingrata mi ternura:
¡Era menos que yo!
Pero aun amo su pálida hermosura
Vivo rayo del sol.

Flores que bordais el suelo,
Eter que el viento colora,
La nueva luz de la aurora
Mi sepulcro alumbrará.
Y allá en el zafir distante
Que cielo el mundo le nombra,
Vagaré como una sombra
Sin ventura ni pesar.

Vuelve, razon.... mi frente esta quemada.
Una gota de hiel siento brotar
Entre mis ojos que abrasados arden;
¡Ay!.... ¿quién sensible á mi dolor será?
.....
.....
Dijo, y bajando el lívido semblante
La tierra con sus lágrimas mojó,
Y el latir se miraba palpitante
De su triste y ardiente corazon.

SOLEDAD MANERO DE FERRER.

Veracruz, Noviembre 7 de 1869.

LA MUERTE DE JUAN DORIA.

Justísimo es morir cuando á las puertas
Se llega ya, de merecida gloria;
Tristísimo es morir cuando la historia
Ofrece al fin sus páginas abiertas.

Tristísimo es mirar las manos, yertas,
Que dieron á la patria la victoria;
Tristísimo es pasar á la memoria,
Cuando las ilusiones no están muertas.

Pero es bello tambien dejar la vida
Una imágen legando á los cinceles;
Bellísima es tambien la despedida,

Cuando es llorada por amigos fieles:
Siempre será la tumba bien venida
Cuando es solo una tumba de laureles.

J. BLENGIO.

Digitized by Google

REVISTA TEATRAL.

Ha llegado el Teatro en México á un grado tal de postracion, que muy bien puede contársele por muerto; ya daba señales inequívocas de su próximo fin, cuando el público abandonó á Valero por seguir á Villalonga. Hoy no tenemos espectáculos dramáticos dignos de este nombre, ni actores, ni poetas; el público, sucesivamente idólatra del acrobatismo y de la zarzuela, acude anhelante, y conquista á empellones y porrazos un sitio cualquiera, para ver sainetes que de puro gastados ya no tienen gracia, representados por actores á quienes sucede ni mas ni menos otro tanto; nuestro público hoy no tiene que envidiar al de Roma en los tiempos de Horacio, cuando en medio de la pieza los espectadores pedian osos ó pugilato, y acogian con atronadoras palmadas á un actor antes de que hubiese abierto los labios, solo porque llevaba puesto un vistoso manto de Tarento. ¿Quién resucitará á ese muerto, quién galvanizará siquiera á ese cadáver? Toca á nuestros poetas y á nuestros actores emprender y llevar á cabo tan difícil como útil intento; ellos son los llamados á procurar el renacimiento del arte, y de ellos únicamente depende que nuestro público vuelva á aficionarse á lo bello, y adquiera esa facilidad para percibirlo y sentirlo que constituye el *buen gusto*, y que solo se logra por medio de la exclusiva y constante contemplacion de obras legítimamente bellas, y dignamente interpretadas.

Pero si poetas y actores dotados de talento, y capaces por lo mismo de llenar su delicada mision, desalentados ó negligentes no procuran que sus obras y sus trabajos tiendan á producir los fines del arte, sobre destruir para siempre toda esperanza, hácense merecedores de severa censura. Las medianías y las nulidades son indignas no ya de correccion y estímulo, pero ni aun de mencion siquiera: ¿quién cultivará ni pedirá flores á las infecundas arenas del desierto? Pero los legítimos sacerdotes del culto de lo bello, los poetas y los actores, cuya alma susceptible de verdadera inspiracion se siente capaz de comprender y de trasmitir el encanto de la belleza, esos sí que merecen justa reprension cuando entorpecen indolentes la benéfica influencia de sus talentos.

Por eso al analizar yo ahora la última comedia del Sr. Mateos, titulada *La intervencion amistosa*, quizá parezca sobrado severo al enumerar los defectos de que adolece; emprendo, sin embargo, tan enojosa tarea, porque aquel poeta es ciertamente uno de los llamados á dar lustre á nuestra escena. Fácil versificador, fecundo para crear, el Sr. Mateos conoce y puede manejar con destreza los recursos teatrales; él es quizá, entre los poetas mexicanos de nuestra época, quien mejor sabria explotar la comedia de costumbres y elevarla al grado en que la colocó nuestro Gorostiza, si quisiese meditar algo mas el plan de sus fábulas, desarrollándolo con mas lógica, y dando, por último, á sus producciones aquella lima y pulimento tan recomendados por Horacio. Descúbrese en las obras dramáticas del Sr. Mateos el gérmen del buen poeta cómico; nótase en ellas espontaneidad, gracia y disposicion feliz para crear caractéres; pero al mismo tiempo se advierte con pesar que sus tipos quedan en el estado de boceto, y que suelta el vuelo á su fantasía sin cuidar de que se mantenga en la atmósfera de lo verosímil. Ejemplo y prueba de todo esto es su última comedia *La intervencion amistosa*, estrenada el domingo 21 á beneficio del galan jóven D. Manuel Estrada.

Hé aquí la accion: dos señoritas, bellas y ricas, han quedado huérfanas; un Don Martin les administra sus bienes; una tia les sirve de respeto, haciendo las veces de gefe de la familia. Un abogado novicio, y un *presupuestívoro*, amantes correspondidos de las niñas, visitan la casa cuando les place, y en calidad de novios oficiales; la tia, como es de suponerse, asiste siempre á las entrevistas, pero sin que su presencia impida mas que aquello que de por sí es peligroso: los cuchicheos, las ternezas, un apreton de manos, llevan el *visto bueno* de la tia, todo lo demas cae en contrabando. Pero los novios quieren ser contrabandistas, y resuelven la abolicion del resguardo aduanal; arman un pronunciamiento, desconocen á la tia, la relegan á su alcoba, y entregan el gobierno á Don Martin. Este revela desde sus primeros actos una tiranía autocrática: obliga al empleado á que se case inmediatamente, subsanando la falta de recursos con suplirlos él y mantenerle en la propia casa; al abogado solo le permite una visita bisemanal, que durará un cuarto de hora, y eso en presencia suya; acceden todos, y desde aquel momento Don Martin interviene hasta en los pormenores de la cocina. Cansados de aquel yugo, los rebeldes arman una segunda sublevacion, destronan al tutor, y restauran á la tia devolviéndole el pleno goce de sus antiguas funciones.

En toda obra dramática lo primero es la verosimilitud, porque sin ella no hay interes, y sin interes no hay placer; en la obra del Sr. Mateos todo es inverosímil, desde el pensamiento hasta las situaciones. La intervencion amistosa es perjudicial: falso; toda intervencion es mala: falso; toda intervencion degenera en tiranía: falso tambien; por mas vueltas que se le den á la moraleja, resulta falsa en un sentido absoluto, en el único en que debe tomarse, por cuanto á que en el teatro no se han de presentar como norma las excepciones sino las reglas generales.

Inverosímil es asimismo la accion desde que se inicia: ni en México, ni en ninguna parte, los que visitan una casa se amotinan contra el gefe de ella, ni le injurian, ni le obligan á que no ejerza su legítima autoridad; el gefe, en esta casa, era simplemente una tia, pero que hacia las veces de una ma-

Digitized by Google

dre, contra la cual los extraños no podian atreverse sin incurrir, cuando menos, en la nota de groseros, por mas que estuviesen apoyados por una de las jóvenes. Una señora que se siente humillada hasta el punto que lo fué la Dª Antonia, no permanece un instante mas en aquella casa; esto es lo verosímil, esto es lo que sucederia en México y en cualquiera parte.

El motivo de la rebelion es tambien inverosímil, y ademas inconsecuente. Julian, el empleado, explica de este modo su disgusto: «nuestro afan con nada lidia, no hay una contrariedad,» mientras poco antes ha dicho que le molesta la pertinaz vigilancia de la tia. ¿Era el exceso, ó la falta de libertad lo que motivaba la rebelion? Si se sujetaron al dominio de D. Martin para que los refrenase, cosa inverosímil, ¿por qué despues se lamentaban del yugo?

Los actos del tutor son igualmente inverosímiles: nadie obliga á otro á que se vista de mamarracho, ni exige que los miembros de una familia, emancipados ya por el matrimonio, aprendan de memoria como chicos de escuela un capítulo del año cristiano, ni un hombre formal como D. Martin interviene en si se ha de comer carnero ó yerbas; el autor trata de paliar estas extravagancias del personaje, con que todo habia sido broma por parte del tutor; pero queda en pié la inverosimilitud de que aquellas personas se sometiesen á caprichos tan inconducentes.

Ninguno de los personajes es simpático; desagrada verlos humillados hasta la abyeccion, y desagrada mas al considerar el móvil que los induce: codiciosos ellos, antojadizas ellas, ninguno se hace amar del espectador, ninguno por consiguiente le interesa. Presentar solo el espectáculo de lo feo, sin que haya un objeto bello que excite el sentimiento y que anime el cuadro por el contraste, es de todo punto contrario á las leyes estéticas; por eso aun á los mismos caracteres odiosos ó meramente desagradables, se procura adornarles con alguna cualidad simpática; nótese que los modelos del teatro cómico español moderno, Breton y Gorostiza, en todas sus comedias cuidan siempre de introducir al lado de los personajes ridículos ó viciosos, un carácter noble y bello bajo algun punto de vista.

Descuidado anduvo tambien en la forma el Sr. Mateos: no faltan en su obra versos duros, conceptos equívocos, expresiones sobradovulgares, tal cual diálogo inútil; causando estos lunares tanto mayor pesar, cuanto que habrian desaparecido con solo que el poeta hubiera dedicádose un momento á revisar su trabajo.

Por lo demas, en la *Intervencion amistosa* hay el gérmen de una obra de mérito; no faltan chistes oportunos, situaciones verdaderamente cómicas, finales bien preparados, y que serian de mucho efecto, á tener el conjunto aquella armonía y enlace que son indispensables á toda obra artística si ha de producir el sentimiento de lo bello.

Si el Sr. Mateos fuese una nulidad literaria, yo no habria emprendido el análisis de su obra, análisis que en tal caso no conduciria á ningun resultado útil; pero como estoy convencido de que ese poeta tiene las dotes necesarias para reanimar é impulsar nuestra literatura dramática, he sido severo al juzgarle, con la esperanza de que estimulado por los humildes consejos mios, y por los de otras personas mas que yo competentes, mire con mas amor sus obras, y ayudando á su ingenio con el arte, trabaje por el porvenir de nuestro teatro, y dé á luz en lo sucesivo producciones en las que la crítica no halle sino motivos de merecida alabanza.

MANUEL PEREDO.

Noviembre 25 de 1869.

EL CHOCOLATE.

SONETO.

(Imitacion del italiano.)

A mi muy apreciable amigo el Sr. D. José María de la Bandera.

Verdes hojas ostente á la redonda
El árbol que te nutre y hermosea
Indica nuez, y que defensa sea
Del rico fruto tu corteza blonda.

Por el mar de las perlas surque la onda
La nave hispana á quien la brisa orea,
Y al traerte á la márgen europea
De las iras del piélago te esconda.

Para gozo y encanto de la vida,
Del nuevo mundo ven salva y segura
A Italia, que te aprecia sin medida.

Emula del licor que el labio àpura
De Vénus la gentil, grata bebida
Más que otra serás tú de la hermosura.

JOSE SEBASTIAN SEGURA.

México, Noviembre 30 de 1869.

GRACIAS DE LAS HEMBRAS.

Buscar el trato de la gente nécia,
Mas hermosas juzgarse que la aurora,
Con los hombres reñir á toda hora,
Y hablar de Roma por hablar de Grecia;

Apreciar al que menos las aprecia,
Sin motivo llorar con el que llora,
Despreciar al que tierno las adora,
Y adorar al que altivo las desprecia;

Poner siempre á los feos un apodo;
Contrariar los mas sabios pareceres;
Escoger lo peor, errar en todo;

Dar tormentos con nombre de placeres
Y sembrar ilusiones en el lodo,
Estas las gracias son de las mujeres.

José Rosas.

Digitized by Google

A SAN JUAN DE ULUA.

¡Oh, ven, inspiracion! con fuerte aliento
Sopla esta frente que el pesar inclina,
Y cantaré con poderoso acento
La idea de dolor que me domina.

Yo no hablo á los que gozan en la vida
De constante placer, de amor, de gloria;
Yo canto á los que lloran ya perdida
La flor de la ilusion en la memoria.

Esos comprenderán mi voz quejosa,
Y si arrancarles un suspiro puedo,
Ese un triunfo será, página hermosa
Que guardaré para cantar sin miedo.

¡Mirad! del sol no llega aquí la lumbre,
¡Galeras espantosas de la muerte!
Donde vive en eterna pesadumdre
Llorando el hombre su infelice suerte.

¡Oh! si contar pudieran estos muros
Las quejas de los séres que han guardado!
Mas en silencio están, están oscuros;
Del antiguo dolor nada ha quedado:

No hay luz, no hay vida, la existencia acaba,
Entre un hastío cruel, grande y profundo,
El llanto quema como ardiente lava;
Se llora aquí, porque se llora al mundo.

Ese conjunto de ilusiones bellas,
De amor, de gloria, de fragantes flores,
El cielo y sus magníficas estrellas,
De una mujer los mágicos amores.

El ruido lento de la atroz cadena,
Del preso sigue el vacilante paso,
Y si á gemir el crímen le condena,
Agotará el dolor en negro vaso.

Señora Libertad, con triste anhelo
Los años contará, las tristes horas;
Aquí no ve la luz del hondo cielo;
¡Sombras, sombras no mas aterradoras!

¡Libertad, Libertad, ángel divino!
Cierra de esta prision las negras puertas
Y haz que el hombre te siga en tu camino
De grandes glorias, de venturas ciertas.

SOLEDAD MANERO DE FERRER.

Veracruz, Junio 22 de 1869.

RECUERDO Y ESPERANZA.

¡Oh música querida!
Ven ¡ay! con dulce encanto
A hacer correr mi llanto,
Mis penas á calmar,
Que al percibir tus suaves
Y mágicos sonidos,
Muy dulce es por queridos
Recuerdos suspirar.

Te escucho en las riberas
Do brotan blancos lirios,
Do ahogo mis delirios,
Mis sueños y mi amor,
Recuerdo que en la vida
Visiones vaporosas,
Halagan engañosas
Y dejan el dolor.

¿Qué fué del mundo bello,
De la ilusion querida
Que allá en mi edad florida
Tan mágica yo ví,
Y de las dulces horas
Que en voluptuosa danza
Feliz con mi esperanza
Tu influencia yo sentí?

Muy presto se pasaron
Mis dias de ventura;
De entonces con tristura
Te escucho resonar,
Porque en mi hermosa vida
Ví un mundo imaginario,
Y un velo funerario
Hirióme al despertar.

Pues ya en lugar de palmas,
Do fuentes y de flores,
De encinos sombreadores,
Que encantan el vivir,
Ví alzarse en un instante
Un mar ¡ay! proceloso,
Inmenso y misterioso,
Do tengo que morir.

Mas quiero que en mis ansias
¡Oh música querida!
Tú puedas de mi vida
Las penas comprender;
Que así cuando á mí lleguen
Tus suaves armonías,
Acaso de otros dias
Me vuelvas el placer.

GETRUDIS TENORIO ZAVALA.

1867.

Digitized by Google

EFEMÉRIDES MEXICANAS.

SETIEMBRE.

23

1673.—A las nueve de la noche se sintió en esta capital un temblor de tierra.

1681.—"Esse dia hurtaron á las tres de la tarde la lámpara de plata del hospital de Jesus Nazareno."

1771.—Comenzó á gobernar el virey D. Antonio María de Bucareli y Ursua, bailío de la órden de San Juan.

1790.—"En México en el convento de la Merced, un padre del mismo convento, sacerdote y nativo de Veracruz, llamado Fr. Jacinto Miranda, mató al padre comendador Fr. Gregorio Cortés; y le dió de puñaladas al padre vicario Fr. José Alcalá."

1842.—Acuerdo del Ayuntamiento de esta capital, determinando la construccion del mercado de Iturbide.

24

1690.—"Domingo 24, se leyeron tres edictos de la inquisicion, prohibiendo los escapularios, oratorios, libros de la monja de Agreda, y cruces; leyólo en la catedral el escribano Vergara."

1808.—Con esta fecha dirige la audiencia de México, una relacion al rey de España, sobre la prision del virey Iturrigaray. Este curioso documento que fué firmado por los oidores, el regente y los fiscales, comenzaba así: "Membrete."—*La real audiencia de México instruye á vuestra majestad, de las graves ocurrencias de la noche del 15 del corriente, en que quedó separado del mando el virey Don José Iturrigaray, y entró en su lugar el mariscal de campo, Don Pedro Garibay.*

1810.—"El obispo de Michoacan Abad y Queipo, publica un edicto declarando excomulgados á Hidalgo, Allende y demas caudillos de la independencia.

1860.—"El ministro Ruiz, de Veracruz, expide una circular á los gobernadores, dándoles parte de la sentencia pronunciada en el negocio de la barca española "Concepcion," que se declaró buena presa."

25

1584.—Tomó posesion del gobierno de México el sexto virey Dr. D. Pedro Moya de Contreras, arzobispo y visitador.

1692.—"El nuevo corregidor D. Teobaldo Garraez, echó á todos los del baratillo de él, azotó á uno."

1755.—Se publicó bando en que se daba á conocer como juez para la extirpacion de bebidas prohibidas á D. José de Velasco Altamirano y Padilla, capitan de alabarderos. Las bebidas prohibidas eran: aguardiente de caña, mistelas, mescal, tepache, charape y toda clase de pulques.

1782.—En este dia sacaron de la cárcel de México á doce hombres, que recibieron doscientos azotes por ladrones cuatreros.

1785.—El 25 de Setiembre de 1785, en el *hornillo*, fué el primer ensayo de toros á que asistió el virey.

1858.—Fueron ejecutados en esta ciudad los autores de los asesinatos cometidos en San Vicente y Chiconcuac.

26

1668.—"En 26 fueron aceptados y admitidos por toda la Universidad de México, los estatutos hechos por el Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, el año de 45, y aprobados por S. M. el de 49, á 1º de Mayo."

1677.—"Jueves 26, sacaron á azotar á un chino estudiante, hijo de Pablo el barbero de la compañía, y apedrearon los estudiantes á los alguaciles en la calle de Santa Clara y en la de la Acequia; encontró con el Santísimo y lo metieron en una casa, y abrieron la puerta algunos eclesiásticos y le sacaron y metieron debajo del palio y lo entraron en San Agustin."

1700.—Auto de fé en Santo Domingo, en que salieron D. Juan Félix de Luna, y Nicolasa Arias, alias la Chita; el primero por alumbrador y embustero fué condenado á seis meses de destierro, y la segunda por casada dos veces, á cien azotes y dos años de servicio en el hospital de Querétaro.

1788.—"El dia 26 de Setiembre de 1788 en México, estandose armando la plaza de toros en la plazuela de las Vizcainas, y casi ya en su mitad, llegó órden del señor virey, D. M. Antonio Flores, para que se suspendiese en aquel sitio, y se pasó á tomar medida en la de San Pablo."

1821.—Entró á México el sexagésimosegundo y último virey D. Juan O'Donojú.

1857.—"Asalto al puerto de San Blas por 60 ladrones: la policía llegó fuera de tiempo."

27

1780.—Nació en San Felipe el Grande, el Dr. D. Manuel Posada y Garduño, que fué arzobispo de México.

1783.—Nació en Valladolid (hoy Morelia) D. Agustin de Iturbide.

1790—"En México en los corredores de palacio, el soldado alabardero D. José Mendieta encontró un tompeate que metió al cuerpo de guardia; allí lo registraron y hallaron en él una calavera y un memorial para el señor virey en que le participaban de un hombre que se hallaba en un cuarto enterrado y metido en un zepo con riesgo de la vida, y que en cierto paraje estaban enterrados tres cadáveres que habian sido asesinados."

1821.—Entrada del ejército trigarante á esta capital.

1856.—"El gobierno del Distrito de México, expide un bando muy severo contra los juegos prohibidos."

1867.—Llegó al puerto de Veracruz Mr. Plumb, agente diplomático de los Estados-Unidos.

28

1572.—Entraron á México los religiosos de la Compañía de Jesus.

1667.—Falleció en Tacubaya, á consecuencia de un golpe, el Lic. D. Cristóbal de Calancha y Valenzuela, visitador de las cajas reales de México y del tribunal de cuentas.

1668.—"Viernes 28, dieron garrote en la cárcel á Tomás de Mendoza, de edad de veinte años, por salteador, y despues lo sacaron y pusieron en la horca."

1681.—"Domingo 28, hubo auto en Santo Domingo de un mestizo del Callao, Juan Blanco, alias el Boquete, casado en el Realejo segunda vez; le dieron doscientos azotes."

1797.—Fueron castigados con doscientos azotes, cinco reos, por varios delitos.

1810.—Las fuerzas insurgentes al mando de D. Miguel Hidalgo, ocupan la ciudad de Guanajuato.

1821.—Se firmó en México la acta de independencia que puso fin al dominio español en estas regiones.

1845.—Se abrió el "Gimnasio Mexicano" en el Olivar del Conde.

1865.—"Inundacion de Colima, causando varios estragos."

29

1692.—"Se dedicó el claustro de Santo Domingo, con procesion y sermon."

1777.—Dedicacion de la iglesia de San Bernardo.

1785.—"Se estrenó en palacio la antesala que estaba vestida de varios colores en celebridad del niño D. Miguel Galvez hijo del virey: hubo besamanos y á la tarde toros de ensayos, y á la noche comedia, cuyo título fué *El inocente culpado.*

1858.—"Derrota Miramon á Vidaurri en Ahualulco, pierde este toda su artillería que eran treinta piezas, ciento treinta carros, y demás trenes, que eran considerables; cuatrocientos muertos y ciento setenta heridos y prisioneros."

1867.—"Unos ladrones penetran en la sucursal del monte de piedad, situada en la calle de San Andrés, y hacen un robo cuantioso."

30

1662.—Hizo auto especial el tribunal del santo oficio, en que hubo siete personas, dos españoles, un chino, una mulata y tres negros; todos por *hechiceros.*

1765.—Nació en Morelia D. José María Morelos y Pavon. Este hombre, salido de una humilde cuna, llegó á ser temido de los realistas y á formarse una reputacion militar, y un nombre, que como dice uno de sus biógrafos, México nunca olvidará.

1852.—"La legislatura de Veracruz y el gobierno de Guanajuato, protestan contra el decreto de libertad de imprenta."

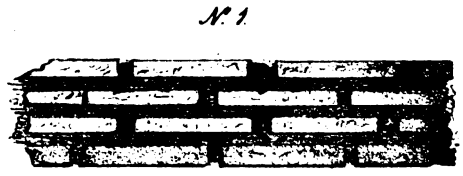
1855.—El general D. Juan Alvarez á la cabeza de sus fuerzas llega á Cuernavaca, de donde pasó á México.

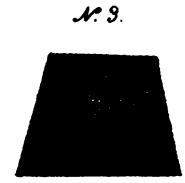
1865.—En el centésimo aniversario del natalicio de Morelos, se inauguró en la plazuela de Guardiola, un monumento dedicado á perpetuar su memoria. Actualmente se halla el monumento en la plazuela de San Juan de Dios.

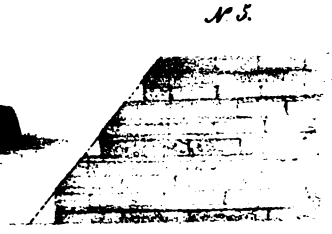
IGNACIO CORNEJO.

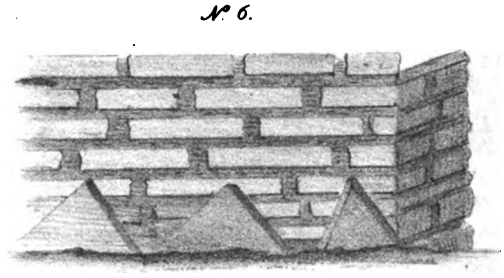
Digitized by Google

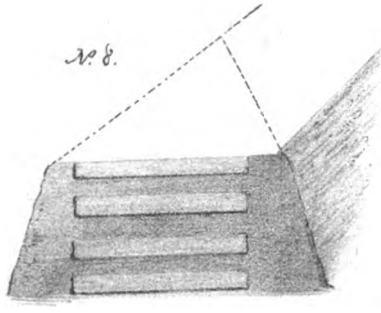
Digitized by Google

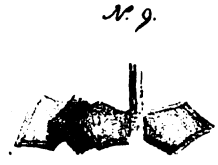


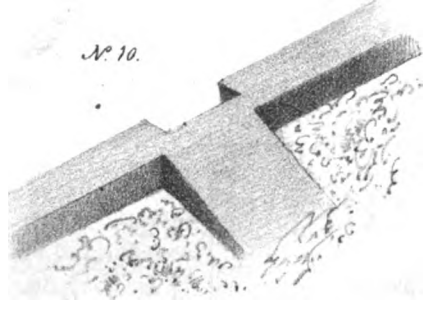












Lit.de Iriarte

(Ruinas de la Quemada.)

Digitized by Google

LAS RUINAS DE LA QUEMADA.[1]

(Manuscrito inédito.)

Traducido para el Renacimiento por Manuel Orozco y Berra.

Comision científica de México.—San Luis Potosí, Junio 22 de 1866.—Señor y querido coronel: El particular interés que vd. manifiesta porque sean reconocidas las ruinas llamadas de la *Quemada*, cercanas á Zacatecas, me ha hecho emprender á ellas una corta excursion á fines del mes anterior, como dije á vd. en mi última carta.

En esta voy á dar á vd. cuenta de las impresiones, tal vez algo superficiales, que en aquel sitio recibí durante una visita de pocos dias.

El dia 24 de Mayo salí de Zacatecas, siguiendo un camino que separándose á poco de las alturas y de las ondulaciones que forman la masa metalífera de aquel rico mineral, atraviesa un valle extenso situado al Oeste, y que corre en direccion N. al S. Este valle se comunica por el Norte con las llanuras salinas de las inmediaciones del Fresnillo, con el valle de Rio Grande, y con aquel valle prolongado, límite de las mesas, que sigue los contrafuertes de la Sierra en su direccion N. O., y en la que se encuentran huellas diversas de las antiguas inmigraciones, como en Chalchihuites y Chapoltepec.

Así, pues, seguia yo el mismo itinerario recorrido por las antiguas tribus al dirigirse hácia el Sur; el valle no tenia ningun atractivo para fundar en él un establecimiento fijo, porque es en extremo árido, carece de agua y no ofrece suficiente seguridad: al Oeste está dominado por las montañas de Jerez, habitadas entonces por los salvajes cascanes, y al E. se encuentra la serranía de Zacatecas con las rudas tribus del mismo nombre, que quedaban por vecinos inmediatos.

Si se ha de creer á los historiadores de la conquista, los españoles tuvieron mucha dificultad para domeñar á aquellas tribus, y todavía hoy, segun dicen los comandantes franceses, no es fácil tener á raya á sus descendientes. Las tribus inmigrantes avanzaron al Sur, hácia un sitio en que el valle se estrecha dejando un paso de algunos centenares de metros de ancho, llamado el Puerto, en donde andando el tiempo fué construida una presa, cuyas aguas permiten ahora hacer en grande el cultivo de la hacienda de Malpaso. Despues de aquella garganta se ensancha el valle, con un descenso hácia el Sur, que se hace mas sensible mas allá de una línea de colinas que lo atraviesan en toda su longitud; de lo alto de estas colinas se domina una llanura ligeramente inclinada, de 10 kilómetros de largo por uno de ancho, limitada por todas partes por un cinturon de montañas, de las cuales las mas altas, que son las que se encuentran al E., forman la sierra de las Palomas: un rio que sigue las sinuosidades de los contrafuertes le trae en todas las estaciones un abundante tributo, y formado el suelo de esa tierra profunda, ligera, silisosa y calcárea de las mesas mexicanas, ofrece para el cultivo superficies considerables.

Esta comarca privilegiada, defendida al N. por algunas colinas, de las cuales la mas alta, el *cerro de los Edificios*, presenta las ruinas de que me ocupo; este fértil valle, repito, fué escogido por las antiguas tribus para hacer un descanso en sus dilatadas peregrinaciones. A vuelo de pájaro, la distancia de Zacatecas al cerro de los edificios es de 44 kilómetros, siguiendo la direccion 55° M., 6 con mas exactitud S. 28°30′ M. sobre el meridiano verdadero. La mayor parte de aquel valle pertenece hoy á la hacienda de la Quemada, fundada hácia el fin del siglo XVI en favor de una comunidad de Querétaro, con cargo de enviar misioneros á los indios zacatecas, y que en efecto estableció mas tarde un convento en la ciudad de Zacatecas: despues de la expulsion de los religiosos españoles, la hacienda pasó á poder del clero mexicano, quien hace unos treinta años la vendió al general Franco, comandante general de la repetida Zacatecas, estando actualmente administrada con grande esmero por su hijo D. Juan Franco, quien, junto con los comunes cultivos del maiz y del maguey ha introducido los del trigo y de la viña.

El plano de C. de Berghes, cuya copia tuvo vd. la bondad de remitirme y que ya está grabado, es reduccion del plano original levantado en 1833 por órden del general Franco, y que ahora existe en poder del propietario de la hacienda: hubiera sido muy conveniente copiar ese precioso documento, mas me faltaron á la vez tiempo y medios; siempre habrá modo de reparar esta falta, supuesta la suma bondad del Sr. Franco. El plano es tanto mas importante, cuanto que contiene la indicacion de multitud de construcciones secundarias derramadas por el valle, y que ya están casi borradas por los surcos del arado.

En cuanto á las ruinas que coronan el cerro de los Edificios, se mantienen casi en el mismo estado en que el tiempo las dejó, gracias al cuidado que tiene el Sr. Franco en no permitir que se hagan excavaciones y conservando en ellas un guarda constante. Ellas forman la parte capital de los vestigios que aun se advierten en el valle; su estado permite estudiarlas fácilmente, reconocer su aplicacion, y por medio de un exámen general reconstruir la antigua ciudad, que con sus edificios y sus sembrados cubria el fondo del valle.

DIARIO DEL RECONOCIMIENTO DE LAS RUINAS.

25 de Mayo.—El croquis núm. 1, tomado á 2 kilómetros al S. O., da una idea del aspecto de la montaña; se distinguen hácia el Sur los terrados que por gradas ocupan el declive, cubiertas por cons-

1 Aunque no estamos conformes con todas las apreciaciones que de las ruinas hace el autor, publicamos sin comentarios este artículo, dejando para mas tarde tocar esta misma materia.— *RR.*

Digitized by Google

trucciones regulares, cuyos pormenores constan en el plano de conjunto, levantado por mí y que servirá luego para la descripcion.

Voy á detenerme un momento en el relieve y en la naturaleza geológica del terreno. El cerro de los Edificios, lo mismo que las otras colinas que lo rodean, y como las alturas que dominan el valle al E. y al O., pertenecen á la formacion geológica que corona la gran mesa de México desde el lago de Chapala hasta el rio del Norte; este piso está formado de tobas feldespáticas sedimentosas, que por via de metamorfismo pasan frecuentemente á pórfidos de contextura variada. La roca que forma el cerro se encuentra en capas delgadas, es granulosa y está muy poco cristalizada; ha sido levantada siguiendo la orientacion N. O., de donde resulta que en el lado occidental presenta un corte vertical de uno á 20 metros de altura, y hácia el E. pendientes irregulares que siguen el plano de inclinacion. La roca está dispuesta por pisos irregulares poco adherentes; se pueden tomar fácilmente lozas de 4 á 6 metros de espesor y de las dimensiones que se quiera, de una sola pieza, sonoras y que se dejan labrar con toda comodidad por medio de golpes sobre las caras exteriores, de manera que se les puede dar la forma que se apetezca. Estos materiales sirvieron en la construccion de los monumentos que se alzan sobre la misma montaña: los antiguos se guardaron muy bien de emplear la roca que se encuentra en la parte superior, pasada al estado de amigdaloida á consecuencia del levantamiento, y muchos de los trozos de esta clase se encuentran sobre la pendiente oriental entre los muros de revestimiento.

El cerro de los Edificios está colocado á un kilómetro al N. N. E. de la hacienda de la Quemada. Me dirigí á él, siguiendo una calzada antigua que comienza en una pequeña colina tubular, *la Mesita*, y termina al pié de las ruinas en una construccion destruida, que fué un tronco de pirámide cuadrangular; desde este punto, otra calzada mas ancha, y levantada algunos decímetros sobre el resto del terreno, del mismo modo que la anterior, se eleva dulcemente por la falda austral de la montaña, hasta llegar á una pequeña altura flanqueada por dos trozos piramidales arruinados.

De allí es preciso trepar por un plano inclinado algo movedizo, de 4 á 5 metros de altura, por en medio de las piedras y de los nopales, sin que sea fácil darse cuenta de que se huella una escalera antigua, y se llega á una plataforma bastante extensa, aunque desfigurada por algunos muros de construccion reciente, que sirven para dividir los *potreros*, y que es indispensable suprimir inmediatamente con el pensamiento. A la derecha, sobre la parte austral de la plataforma, un monumento notable atrae de luego á luego la atencion; es un patio rectangular de 60 metros de ancho por 74 de largo, limitado al S. y al O. por muros rectilíneos de piedra seca levantándose en talud; por el N. se baja por medio de tres escalones que se extienden á lo largo de aquel lado. En cuanto al cuarto lado, el del E., parece que sirvió de peristilo á un monumento macizo. Una columna todavía en pié, la base de la que se encontraba en la extremidad boreal, y otra ú otras dos derribadas sobre el suelo, permiten completar la série de ocho columnas, tal vez nueve, que formaban la columnata exterior del templo; digo templo, porque cualquiera que fuera el destino de aquel monumento, esta palabra es la mas acomodada para expresar la impresion que produce, supuesto que mide en el exterior 30 metros sobre 39; once columnas todavía en pié, están dispuestas en forma rectangular, midiendo la figura en los ejes 15 metros por 26: el diámetro de las columnas es de 1,80 metros, son cilíndricas, sin base ni capitel, y se alzan de una sola pieza á 1,30 metros.

La fila de columnas opuesta á la entrada, cuenta una columna mas, es decir, cinco en lugar de cuatro, y esto, que pudiera hacer mal efecto en el plano, no choca en manera alguna al espectador que entrando á aquel recinto se coloca en el eje de entrada, en el lugar en que falta la simetría de la décima prima columna, porque descubre desde allí las columnas de la segunda fila, espaciadas sobre el mismo ángulo visual. Los muros, de la misma altura que las columnas, tienen un espesor de 2,^{m}70, y no presentan mas de una sola entrada de diez metros de extension.

La construccion de aquel monumento da una idea cumplida de las obras que tiene cercanas; se compone de piedras planas, de espesor medio de cinco centímetros, con el rostro labrado en línea recta por medio del golpeo, colocadas en hiladas regulares, como lo indica la figura número 1, unidas por capas de lodo mezclado con zacate ó heno de 0^{m}03 de grueso; este mortero natural ha tomado una consistencia muy dura por medio de la desecacion. Los muros debieron ser cubiertos por un revocado de la misma especie, segun lo prueba otra de las construcciones, aunque en el templo no queda vestigio alguno: la lluvia ha dado por resultado quitar no solo la parte exterior, sino aun corroer el mortero hasta tres y cuatro centímetros de profundidad, dejando descubiertos los cantos de las piedras. En la construccion de las columnas se guardó la misma disposicion, aunque teniendo cuidado de dar á las losas que forman el rostro exterior, un corte concéntrico al eje (Véase núm. 2). Es indudable que debian tener alguna especie de revocado, y muy probablemente pintadas con los colores vivos con que las poblaciones mexicanas de todas las épocas han acostumbrado revestir sus monumentos.

Al N. del templo se extiende una gran via horizontal de 180 metros de largo, en cuyo eje se levanta un tronco de pirámide cuadrada, de 16 metros por lado en la base y una altura de 14 metros, altura que debia ser mayor, porque si se calculan los materiales caidos de arriba al pié de las cuatro caras, se llegan á completar 16 metros, tamaño que

Digitized by Google

Litog. de Iriarte.

RUINAS DE LA QUEMADA

Digitized by Google

Digitized by Google

primitivamente debia tener aquel trozo. Es macizo, conforme se deja ver en una excavacion reciente que un desconocido practicó en busca de un tesoro, y se compone de un núcleo central en forma de pilar, mas grande en la parte inferior que en la superior, sobre el cual descansan las cuatro faces de la pirámide, igualmente mayores en lo bajo que en lo alto. Este modo de construccion se halla repetido en las masas piramidales de Teotihuacán. Por lo que se sabe de las costumbres religiosas de los antiguos mexicanos, es muy probable, atendiendo á la forma del monumento, á que no presenta resto alguno de escalera, y mas aún por su posicion, que estaba destinado á sustentar la imágen de alguna divinidad, la estátua de madera de un dios.

Los terrenos colocados al O. de la via, dispuestos en explanadas y con muchas divisiones que es imposible precisar por los nopales y los mezquites que allí crecen, con el templo y con la misma via debian formar parte de un conjunto destinado para las fiestas religiosas; la área total mide una superficie de 30,000 metros cuadrados, capaz de contener á lo menos 60,000 espectadores.

Los edificios que ocupan el declive mas sensible de la montaña hácia el N. de la explanada, parece que tuvieron destino diverso, pues no parece que estaban dispuestos para recibir una gran concurrencia, á juzgar por la estrechez de los pasos que con ellas comunican.

Se compone la primera habitacion de un patio cuadrado ó plataforma horizontal, hecho de terrado, sostenido por muros construidos en talud; su parte média es 0,^{m}80 mas alto que la parte exterior, y forma un cuadrado de 22 metros por lado, especie de patio exterior en cuyo centro se alza una pequeña construccion piramidal de tres metros de largo en la base. El costado N. lo ocupa una pirámide truncada, de 12 metros de cara y 6 de altura, que termina en una plataforma de 6 metros, á la cual conduce una escalera empinada de 4 metros de ancho, y ocupa la medianía de la faz austral. Los otros tres lados del tránsito por aquel patio interior tienen 7,^{m}75 de ancho, dividido en dos partes, la una de 2,^{m}75 formando un pasadizo interior, la otra de 5 metros que compone el tránsito exterior, levantado 0,^{m}20 sobre el primero; en el suelo de esta galería se encuentran restos de muros de 4,^{m}50 de espesor, y á lo largo del parapeto las bases de pequeños pilares cuadrados, á distancia la una de la otra de 1,^{m}50. El conjunto debia ser una galería cubierta, dividida en diversos compartimientos y cuyo aspecto debia de ser muy gracioso.

Al O. se ve una serie de pequeños cuartos, con comunicaciones entre sí, que servian de habitacion; mientras al E., y en comunicacion menos inmediata con el exterior, se distinguen otras piezas de construccion mas rústica aún, que parecen haber sido destinadas á las gentes de servicio. Se completa la habitacion con otros dos terrados sin construcciones; el uno se extiende al Sur, mas bajo, y el otro, que es mucho mas pequeño, hácia lo alto, con cuatro metros de diferencia sobre el terrado principal.

Existe una comunicacion directa con la parte inferior de la montaña, entre las rocas y detrás de las piezas del O.; es un plano inclinado que fué tal vez una escalera: una pequeña mesa piramidal domina aquella salida, como con el intento de defenderla. Debe notarse que todas las salidas, todos los pasos están provistos de un pequeño monumento de esta clase, especie de atalaya que pudiera contener un vijía. Su construccion es de la misma clase que la del templo, segun expliqué mas arriba; piedras labradas y mortero de lodo para las piezas mayores, piedra seca para los taludes de los terrados y para los muros de simple division.

La segunda habitacion se halla en un terrado horizontal, establecido sobre taludes de 10 á 12 metros de alto sobre la primera, y da una idea mas perfecta aún de lo que debia ser una morada aristocrática en aquella época remota. Consta tambien de un patio interior, rodeado por una galería de 0,^{m}80 de altura, comunicada por medio de escaleras colocadas por tres de los lados: ocupa el centro un pequeño monumento cuadrado (V. número 4), muy destruido ya á causa de una excavacion antigua, no obstante lo cual puede medirse todavía el tamaño de una de las caras que quedó intacta. Un trozo piramidal, terminado en plataforma, ocupa el lado boreal del patio; es muy semejante al que indiqué existia en el piso inferior, y como guarda mejor estado de conservacion, puede, por consecuencia, ser mejor estudiado. Mide de altura 5,^{m}20, 14 metros en la base y seis por lado en la plataforma; se sube por una escalera de 13 escalones, cada uno de los cuales tiene de alto 0.^{m}40, siguiendo el talud del trozo con una inclinacion de 56° sobre el horizonte; la mampostería es maciza, presentando, como la gran pirámide sagrada, un núcleo central contra el cual se apoyan las caras exteriores.

En la pirámide de la primera habitacion desapareció el núcleo interior, á causa de una antigua excavacion que la desfiguró mucho, pues cubrió con los escombros las faces exteriores. Los taludes de la pirámide están formados por gradas rebajadas siguiendo la inclinacion general (V. núm. 5). La litografía que vd. me envió, que creo es la publicada en el periódico intitulado el *Museo mexicano*, representa el patio de esta segunda habitacion tomada por el lado del Sur.

Al O. del repetido patio las construcciones parecen ser habitaciones particulares, mientras que las del E., compuestas de un cercado de 26 metros de largo y 24 de ancho, y otros dos muy pequeños, pertenecian á las gentes de la servidumbre; los terrados de mediana extension, apoyados hacia el N. sobre el declive de la montaña, ocupan hácia el Sur todo el frente de la habitacion. Sobre un nivel mayor se descubren algunas construcciones anexas; la primera es un tronco piramidal de taludes muy fuertes, al que se trepa por una grande escalera labrada

Digitized by Google

sobre el declive de la montaña; la pendiente de la escalera del trozo permite á duras penas llegar á la plataforma, de 7 metros de ancho, y que se une, hácia el N. y al mismo nivel, con un terraplen de la montaña. En este lado se ve un cuarto cuadrado casi lleno de tierra. Sobre estas últimas construcciones no existe mas de la cresta rocallosa del cerro, sin huella alguna del trabajo del hombre.

Se extienden al O. tres grandes terrados, paralelamente, aunque á diversos pisos; el del nivel inferior contiene dos trozos piramidales y algunas divisiones de diversas piezas; el segundo servia para algunos usos industriales, pues se encuentran hornos para alfarería, ocres y tierras cocidas; en fin, el tercero parece no ser otra cosa que una vía de comunicacion entre las partes austral y boreal de la montaña.

Antes de describir las obras que aquí se encuentran, voy á insistir sobre algunas de las particularidades presentadas por la segunda habitacion. Al principio me resistí á creer en la existencia de la escalera figurada en el plano sobre el medio del talud Sur, porque esta escalera aparece hoy como derrumbe del talud; pero un exámen atento me ha convencido de que aun existen allí algunos escalones. ¡Mas qué escalones!; miden $0^m 40$ de altura y forman una rampa inclinada de 60°, lo mismo que el talud, produciendo vértigo pasar por allí. Esta escalera hacia indispensable pasar por la primera habitacion, á menos de no seguir el plano inclinado de que antes hablé, que era una vía de comunicacion igualmente peligrosa; por mi parte, no encontrando cómodo el paso, busqué otro, y es el que puede vd. distinguir en el plano.

Al dejar la explanada sagrada, se trepa por un pasadizo estrechado entre la primera habitacion y las piezas destinadas á los sirvientes, despues se sigue un sendero construido al pié del talud austral de la segunda habitacion, y luego una rampa conduce á lo alto de un terrado, con dos entradas, la una por el corral y la otra por una escalera interior.

Ya dije que los muros, en un principio, habian sido cubiertos con algun revocado; examinando la base de las paredes que separan el patio interior del corral, noté algunas piedras fijadas verticalmente á lo largo del muro (V. núm 6), con la superficie paralela á la de este, y separadas por pequeñas distancias, que con el espesor de las losas representan el grueso que debia tener el material que estaban destinadas á recibir: esto se usa todavía. En otro lugar de la misma habitacion tuve la dicha de hallar un fragmento del revocado que figura entre los objetos remitidos á vd.

¿Pero de qué manera estaban techadas las habiciones? me inclino á creer que mas bien estaban cubiertas con tejados que con techos. La última cámara al Norte, de las que he designado bajo el nombre de construcciones para la servidumbre de la primera habitacion, deja ver sus paredes rematando en ángulo (V. núm 7), lo que indica que llevaba un tejado de dos aguas, establecido sobre la armadura mas sencilla.

Examinando atentamente el trozo de pirámide que se encuentra en la parte mas levantada de la segunda habitacion, descubrí que debia de estar cubierta. Se notan distintamente, á lo largo del lado oriental, piedras planas fijas oblícuamente, siguiendo un plano inclinado de 45°, destinadas á sostener la base de un talud, que debia ser el techo, cualquiera que fuera el material de que se componia (V. núm. 8). Con esto quedó abierto el campo de las suposiciones, y por la semejanza del empleo que allí tenian las losas, con las que sostenian el revestimiento mural de que hablé, me hicieron sospechar que las cubiertas debian estar formadas de una materia particular. En efecto, mis indagaciones fueron coronadas por un éxito feliz, pues me encontré algunos restos de madera carbonizada, que provenian probablemente de las armaduras, y numerosos fragmentos del revocado, que á primera vista me parecieron de madera endurecida y mineralizada, segun el aspecto presentado por aquella materia. Puede vd. examinar los pedazos que le remito, y con ello darse cuenta verdadera de la construccion de aquellos ingeniosos techos.

Hé aquí la manera con que debian proceder en la construccion: sobre un armazon muy ligero se colocaban varas de madera en la forma que se queria dar al techo; sobre ellas se extendian los tallos del zacate, disponiendo las fibras paralelas entre sí, é inclinadas en direccion de la mayor pendiente, quedando fijas y unidas por medio de lodo diluido, probablemente escogido de una manera particular, semejante al que constituye el mortero de los muros, y que tiene la propiedad de endurecerse mucho al secar: formada esta primera capa, se aumentaba el espesor del techo con otras capas sucesivas de fibras vegetales fijas sobre un cimento, llegando á formar una cubierta de una sola pieza, resistente y ligera, sin que hubiera inconveniente en que se puliera la parte esterior, á fin de hacerla mas fuerte contra el agua y pintarla con los colores propios para dar realce al monumento. Vd. pensará que este género de construccion recuerda el del castor, y muy bien pudiera ser que ese inteligente animal haya servido de ejemplo á aquellas tribus, que venian del N., es decir, de las regiones en que aquel vive en mayor número.

Las plataformas, pues, que coronan los trozos principales, están cubiertas, y quien dice cubiertas dice habitadas; en efecto, estudiando las ruinas de Teotihuacán no puede menos de reconocerse, que los troncos piramidales de la Quemada eran la habitacion del señor, del gefe de la familia. La forma escogida para esa habitacion privilegiada, no solo tenia un significado simbólico, una idea moral para honrar la personalidad del gefe y ponerle al abrigo de las sorpresas y de la insubordinacion de sus gentes, sino que tambien tenia un objeto práctico. Para indicar á vd. este objeto, sin que parezca un supuesto ridículo, recordaré aquel comisionado que man-

Digitized by Google

dado por órden del gobernador de Zacatecas en 1830 para reconocer las ruinas, se contentó con contemplarlas desde una legua de distancia, *por miedo de las víboras que abundan en este pueblo.* Pues bien; el temor á la serpiente lo llevaban todavía mas lejos los antiguos mexicanos. La serpiente era el símbolo de la muerte, y era un símbolo sagrado; no se podia destruirla, y era por lo mismo necesario guardarse de su contacto.

Y se ponian todos los medios para lograrlo. He visto en Teotihuacán que la mayor parte de los trozos de pirámide están rodeados de un cordon labrado, símbolo de aquel terrible enemigo. Hasta el dia se conserva en el sombrero moderno la imágen de aquel reptil, enrollada sobre la copa.

Ya se comprenderá ahora la utilidad de la escalera de 56° con escalones de 0,^{m}40 de alto. En medio de habitaciones defendidas de este modo, el tronco piramidal era el lugar seguro por excelencia. Así se explican tambien todos aquellos puestos piramidales colocados en todas las salidas; de este modo quedaban exentos de preocupacion los guardianes, los vijías, los vigilantes.

Sin embargo, hay otra especie de monumentos piramidales que no quedan bien explicados con esta teoría, y son los que ocupan el centro de los patios, que en lugar de ser macizos como los otros, cubren, por el contrario, una cavidad formada en el suelo, de mucho mayor volúmen que el exterior del monumento. Indicaré mas tarde el destino de las obras, en el estudio comparativo que pienso formar hasta la época actual, y solo me contentaré con anunciar que en la que se halla en el patio de la segunda habitacion, encontré la prueba material de que aquellas construcciones, arruinadas despues de un gran número de siglos, solo fueron habitadas ocho años.

La parte N. de la montaña presenta un aspecto diverso; era la ciudadela. En la cumbre, ceñida por una muralla, se encuentran los restos de una habitacion con las pirámides acostumbradas; los muros se juntan hácia el S., de manera que abarcan la cresta de la montaña hasta una entrada defendida por bastiones de piedra seca; al O. tres de estos bastiones se levantan por pisos el uno sobre el otro (V. núm. 9). Bajando hácia el S. por la misma cresta se llega á una habitacion menor que las que ya he descrito, y sin dependencias ningunas; está cerrando el paso, siendo por lo mismo la llave de la ciudadela. La parte mas curiosa, como sistema de defensa, es el segundo recinto colocado al E. del primero. Calculando por la robustez del muro que da frente al N., por aquí era por donde se temia mas un ataque; está perfectamente construido de piedra seca, con 4,^{m}50 de espesor, y 4 á 8 metros de altura, segun las irregularidades del terreno (V. número 10). Un plano que arranca del suelo permitia cubrirlo de defensores en un instante: corresponde á la subida una seccion rectangular de la muralla, que debia encubrir una escalera de salida. La parte del muro que se encuentra en lo mas bajo del terreno, está defendida por un pequeño edificio precedido de una galería, á la que se subia por escaleras hoy casi invisibles: aquello no podia ser mas de un puesto militar.

Para terminar la descripcion sumaria de esta curiosa montaña, indicaré los terrados superspuestos por pisos y los vestigios de construcciones que se hallan al pié por el lado Oeste. El terreno que por este lado se extiende hácia el S. O. está encerrado por un atrincheramiento de tierra, que aseguraba la defensa de aquella parte mas vulnerable de la montaña en que se encuentran el templo y las explanadas.

Abajo de los terrados que antes mencioné, y al pié de la llave de la ciudadela, se encuentran grabadas sobre la roca cinco serpientes, en hueco y con bastante buen dibujo, distinguiéndose, aunque débilmente, otras dos que me parecen ser una mala imitacion posterior. Es la única escultura, si se le puede dar este nombre, que se vea en las ruinas.

Se hallan muy pocos tiestos de barro, uno que otro metate de los destinados á moler el maiz, y algunas hachas; de estas es muy curiosa una que me regaló el Sr. Franco, así como un sello: en suma, hay menos objetos antiguos en la Quemada que en ninguna otra de las ruinas de su especie. Busqué en vano la obsidiana labrada; pero recordando que en cierto lugar de Teotihuacán las hormigas tienen predileccion por los fragmentos de aquel producto, registré los hormigueros y vi algunos pequeños trozos.

Si de lo alto de la montaña se echa una mirada sobre la llanura, se distinguen en todas direcciones, y principalmente hácia el S., muchas calzadas rectas partiendo de este punto. Estas calzadas están bien expresadas en el plano de Berghes, y si son exactas las indicaciones que pone de las ruinas diseminadas en los contornos y en la interseccion de los caminos, debemos convenir en la existencia de una gran ciudad, formada por grupos dispersos de habitaciones en medio de sementeras de maiz, de maguey y de nopales. La montaña era el acrópolis y la sede administrativa de aquel gran establecimiento agrícola.

EDM. GUILLEMIN.

San Luis, 27 de Junio de 1866.

AL AMOR.

SONETO.

¿Y es este, ingrato amor, el dulce abrigo
Que tú engañoso me ofreciste un dia?....
¡Ay! la tristeza pálida y sombría
Desde que oí tu voz, vive conmigo.

Amor, injusto dios, pérfido amigo,
Yo no quiero sufrir, quiero alegría:
¿Es acaso tu dicha esta agonía?
Si esta es tu gloria, amor, yo la maldigo.

¡Ah! pero no, piedad; en vano lanza
Tristes quejas mi labio; el bien que anhelo
Nunca entre risas y placer se alcanza:

Bendito ¡oh tierno amor! tu amargo duelo,
Que á mi oido suspira la esperanza
Que nunca sin dolor se llega al cielo.

JOSÉ ROSAS.

Digitized by Google

MEDELLIN.

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE P. ASPE.

Las rosas me brindan aquí sus olores,
Sus cantos de amores allá un colibrí,
La palma gigante su sombra y su aroma,
La tierna paloma sus quejas allí.

Del sol los dorados destellos ardientes
Alumbran lucientes el albo jazmin,
Las conchas marinas allí tambien moran,
Con gusto decoran el bello jardin.

La voz del Jamapa resuena armoniosa
Cantando amorosa con suave vaiven;
Y besan las faldas de verdes colinas
Las puras ondinas que cruzan tambien.

Perfuman sus flores las tibias riberas
Do están las palmeras y el alto abedul;
Do pasan las brisas con dulces rumores
Cruzando entre albores teñidos de azul.

¡Qué hermoso es el bosque de techo sombrío
Que adorna del rio la orilla al crecer!
¡Qué hermoso es el canto que elevan sus aves!
¡Qué trinos tan suaves se escuchan do quier!

Al ver la corriente que grata murmura,
La rica verdura que nace á sus piés;
Las aves, las flores, la fértil arena,
El alma sin pena se inspira á la vez.

El canto que exhala mi pecho temblando,
Lo trajo cruzando la brisa hasta mí;
Y allá entre la sombra de hermosos manglares
Oí los cantares que nunca aprendí.

Pues tienen en ellos las auras sus nidos,
Y allí adormecidos los vientos están,
Las brisas ligeras, los céfiros y aves
Orquestas suaves do quiera nos dan.

Aquí es tan hermosa tambien la natura!
Tan dulce murmura tambien la Creacion,
De verde follaje se viste do quiera
La fértil ribera do habita el alcion.

Esencias de rosas nos dan sus olores,
Son bellas las flores de cada jardin:
¡Me place este suelo! Se inspira mi mente,
Por eso riente canté á Medellin.

MARÍA DEL CÁRMEN CORTÉS.

Veracruz, Noviembre de 1869.

LA CONFESION.

Era en un claustro sombrío,
Por triste luna alumbrado,
Do estaba un hombre embozado
A los piés de un confesor;
En su actitud reverente
Y en su inclinada cabeza,
Revelaba la tristeza
De una santa contricion.

«Hijo, contadme las penas
Que han surcado vuestra frente,
Y creed que el cielo clemente
Calmará vuestro hondo afan.
«¿Quién en el mar de la vida
No lucha con la tormenta?
¿Quién feliz las horas cuenta
Conque los años se van?»

«Apenas la primavera
La tierra viste de flores,
Cuando el sol con sus rigores
Sus tallos viene á doblar;
«Así el amor, hijo mio,
Del hombre en la edad primera
La ventura lisonjera
Acaba con el pesar.

«Que solo en Dios halla el alma
A sus pesares consuelo,
Con la esperanza del cielo
Que endulza tanto sufrir.»
«Padre, una mujer querida
Fué la luz de mi existencia,
La amé con tanta vehemencia
Cuanta es posible sentir,

«Ella me amó, mas la ausencia
Que me apartó de sus brazos,
Rompió nuestros dulces lazos,
Y cuando á verla volví,
«La encontré herida en el alma
Por el mas injusto celo....
¡Padre! solo sabe el cielo
Lo que por ella sufrí.

«Yo rogué.... todo fué en vano,
Aun veo su blanco velo,
¡Ay! era un ángel del cielo
A quien no puedo olvidar!....
«Quizá por una venganza
Sacrificó su hermosura,
Y el amor de su alma pura
Ante el ara del altar....

«¡Cuántas veces del convento
En la iglesia solitaria,
En misteriosa plegaria
Su argentina voz oí!
«Y en las tristes armonías
De música melodiosa,
Al vibrar su voz hermosa,
Tal vez oraba por mí!»

Calló la voz del angustiado amante,
Y el fraile la cabeza levantó;
Fijó sobre él los ojos un instante
Y oró despues con místico fervor.
«Si en algo, dijo, á Cristo has ofendido,
Recibe de mis labios el perdon»....
Levantó su capucha, y conmovido
En las sombras del claustro se perdió.

SOLEDAD MANERO DE FERRER.

Digitized by Google

EL ALBUM.

Hoy que una moda generalizada de una manera asombrosa, hace á cada momento desear saber el orígen del album, nada es mas á propósito que darlo á conocer y emitir al mismo tiempo algunas ideas sobre la utilidad que se puede reportar con su uso; necesidad tanto mas imperiosa en cuanto que habiéndosele consagrado casi exclusivamente al sexo hermoso, debe procurarse que sea útil y digno de él.

Toma su orígen el álbum, de los romanos, entre los cuales se llamaba así una tabla que, barnizada de albayalde, servia para escribir en ella los nombres y hechos de los mártires; la cual era colocada en los templos, y venia á ser lo que Tertuliano llama *fastos*. Estas tablas, por estar en blanco, se decian escritas *in album*.

Cuando se escribian en ellas los nombres de los santos, se llamaban *album divorum*. Sirvieron tambien para que los pontífices anotasen los sucesos particulares de cada año, y entonces constituian ó formaban los *anales máximos*.

Mas tarde sirvieron las tablas blancas para poner los nombres de los Senadores, y se denominaban: *album senatorum*, ó Album de los Senadores, y los de los Decuriones y Jueces, *album decurionum*, *album judicum*, y hasta cada Pretor en su provincia llegó á tener album, que era el *album pretoris*.

Una vez dada esa importancia al album, la ley declaró, para que la facilidad de borrar unos nombres y poner otros, no alentase á los mal intencionados, que esta falsificacion era un crímen de primera clase.

Convertidos los *albums* en libros en Alemania, hace ya mucho tiempo, comenzaron á tener un destino parecido al que tienen en el dia.

A principios del siglo actual, de este siglo de tan decantadas glorias, pasó de Alemamia á Francia la moda de los *albums;* de Francia pasó á España, su imitadora, y llegó por último hasta nosotros.

En su principio, los hombres distinguidos en las artes, las ciencias y las letras, tuvieron un *album* en que reunir, lo mismo que las mujeres que se elevaban sobre la esfera comun, el tributo de la gloria y la admiracion á que se habian hecho acreedores por su genio artístico ó literario; pero despues varió de tal modo la costumbre, ó por mejor decir, la moda, que los *albums* se convirtieron en una prenda comun y de todo aquel que alcanzase ser obsequiado con alguno ó tuviese recursos para poseerlo.

Una verdadera invasion fué entonces la de los *albums* en las ciudades europeas, y la pesadilla de los poetas y escritores no fué otra que tener que obsequiar los deseos de las damas hermosas, de las feas, y aun muchas ocasiones de mujeres cuyos años han marchitado las flores de la hermosura, dejando las indelebles huellas de su paso. ¡Verdadera tortura para muchos que tenian que gastar mas horas de las que hubieran querido, en llenar las páginas de los albums de personas las mas veces desconocidas!

De aquí vino, por consiguiente, la profusion en los albums de escritos inconducentes, que fueron causa en España de que el inmortal crítico Fray Gerundio publicase en su Teatro social un curioso artículo ridiculizando aquellos excesos, y deplorando su situacion y la de todos los que tuviesen que satisfacer las exigencias de los que poseen un *album*.

No hablaré aquí de cómo no hubo sér viviente que no quisiese poseer un *album*, y de cómo tampoco hubo mal hilvanador de versos y renglones que no dejase inscrito su nombre en aquellos libros. ¡Cuántos despropósitos, cuántas ridículas rapsodias!.....

Sin embargo de todo esto, como no hay nada en el mundo de que no pueda sacarse ventaja ó provecho para el hombre, convertido el *album* en un libro de recuerdos, sirve hoy para recogerlos, para depositar allí las flores del cariño y de la amistad, y tambien las útiles lecciones de la experiencia, las leales insinuaciones de un buen amigo, ó cuando menos la deliciosa lectura de las producciones de los escritores poetas, ligados por los vínculos de la amistad ó del parentesco, á los que lo poseen; siendo de notarse que hoy parece quedar destinado únicamente á la mujer.

Ya en otro lugar he dicho que no es el *album*, como han llegado á imaginar muchos, un libro que se coloca en las manos del escritor ó del poeta para recoger en él incienso y flores; porque si esto fuese, no habria una sola mujer que tuviese tan poca modestia que reclamase aquel tributo.

Así, este libro que la moda ha hecho una necesidad de las hermosas, puede muy bien prestarles gran utilidad y hacer tengan donde recoger los recuerdos y los consejos mas útiles, mezclados con las hermosas flores que merece ese sexo encantador en cuyas manos está la ventura ó la infelicidad del hombre. Y puesto que esta es una verdad fuera de toda duda, no debe olvidarse nunca que la mujer es lo que el hombre quiere que sea, y por consiguiente, este no debe formar su corazon sino para la virtud.

FRANCISCO SOSA.

Mérida.—1869.

EL SILFO.

(IMITACION.)

«Cándida niña que habitas
Esas torres colosales,
A mis ojos tus cristales
Alumbra, que aquí estoy yo.
Ábreme! llegó la noche,
Sus sombras me causan miedo,
Estaré quedo, muy quedo:
Los muertos me dan pavor!

Digitized by Google

«No soy peregrino errante
Que cuenta remotos viajes,
Ni paladin que á tus pajes
Con su trompa espantará:
No traigo ferrada lanza
Ni una vara milagrosa,
Ni barba luenga y canosa;
Mas pido hospitalidad.

«Mi aliento que agita apenas
Los musgos leves y secos,
Flébil arranca á los ecos
Un murmullo seductor.
Que soy un hijo del aire
Que ni á tocarme se atreve,
Porque es mi cuerpo tan leve
Como un suspiro de amor.

«Me crió la primavera
Con su aroma y con sus flores,
Y me dió vida y colores
Una aurora al despuntar.
Soy de los hogares huéspede
En las noches del invierno,
Y habito en el cáliz tierno
De un capullo, en un rosal.

«Dos amantes esta tarde,
Cuando las luces morian,
Tan dichosos se decian
En voz baja su pasion,
Y su llama eterna y pura
Con tanta fé se juraban,
Y tan tiernos suspiraban
Y era tan dulce su voz,

«Que me arrimé por oirlos,
Tan cerca, que al darse un beso
Mi ála se interpuso, y preso
Entre sus labios me ví.
Y la luz huyó primero
Que libertarme pudiera;
Abre, niña, tu vidriera
Y ten compasion de mí.

«Para volar á la rosa
Que me da asilo, es muy tarde;
Ay! no hagas que en vano aguarde,
Ya mi rosa se plegó.
Acoge á un hijo del dia
Entre la sombra extraviado,
Yo reposaré á tu lado
Hasta que despunte el sol.

«En tu lecho corto espacio
Ocuparé; tengo miedo;
Yo estaré quedo, muy quedo,
Mientras tú duermas feliz.
Mis hermanos se ausentaron
Cuando las luces murieron,
Y los lirios les abrieron
Su seno para dormir.

«Mas yo, ¿do iré si en ocaso
Ya el sol veló sus fulgores,
Y no hay ni luces ni flores
En el cielo ni el verjel?
Oye, niña, tengo miedo
Porque la idea me asombra
De que me envuelva la sombra
Como una traidora red;

«Y entre mil negras fantasmas
Y entre mil espectros blancos,
Ver salir de los barrancos
Los demonios en tropel.
Que es la hora en que los muertos
Con pié débil, silencioso,
Bailan al rayo dudoso
De la luna que los ve.

«Y otros alzando su losa
Con brazo pálido y seco,
Al huracán forman eco
Con ayes que hacen temblar.
Bien pronto enanos mostrosos,
Negros de polvo y ceniza,
Cual turba que se desliza
De fuego en un rojo mar,

«Verás, y la salamandra
Unirse á la fresca ondina,
Y ténue llama azulina
Sobre las aguas lucir.
Ay! si para divertirse
De su tristeza nocturna,
Un muerto en su negra urna
Me encerrara! O sonreir

«Viera en su enlutada torre
A un mágico que mi vuelo
Cortara por ver mi duelo
Y mi angustia y mi afliccion!
Ábreme, pues, tu ventana,
No soy, niña, tu enemigo;
Si tu me niegas tu abrigo
¿Adónde, adónde iré yo?

«Abre; mis ojos son bellos,
Y mis palabras de amores
Como la miel de las flores,
Como un secreto de amor.
¡Soy tan hermoso! si vieras
Mis alas leves y bellas!
Ay! las rosas todas ellas
Se disputan con pasion,

«Cuando ven mi blanca frente
Al ir espirando el dia,
Mi aliento que es ambrosía,
Mi cuerpo que es todo luz.
Yo te daré un dulce sueño
Que te revele una gloria,
Una dulcísima historia
En que la amante seas tú.

«¡Qué frio! la sombra me hiela.
En vano lloro, inhumana!
¿Por qué no abres tu ventana?
Más no te puedo ofrecer,
Sino gotas de rocío
O flores de primavera;
Mas no; tú quieres que muera,
Y me verás perecer.

«Si quieres que te dé en cambio
La varilla de una hada,
O la corona argentada
De un ángel, responde, ¿dí?
Yo embelleceré tus noches
Sin que llorando despiertes,
Con mil delirios celestes,
Con sueños de amor sin fin.

Digitized by Google

« Ay! en vano tus cristales
Empaña mi tibio aliento.
¿Crees que finge mi tormento
Un amante engañador?
Mas no temas, soy tan tímido
Que cualquier ruido me asombra,
Si mi cuerpo hiciera sombra,
Ella me diera terror. »

Lloró el Silfo.—De pronto, enfrente de la torre,
Cual mística plegaria un ¡ay! triste se oyó.
Será el canto perdido de una ave solitaria,
Tal vez algun espíritu que por allí pasó.
Mas luego blanca dama, en la ventana gótica
Y entre la sombra oscura aparecer se vió;
Se abrieron poco á poco sin ruido los cristales:
Mas yo no sé si al Silfo la castellana abrió.

L. G. Ortiz.

LAS ILUSIONES.

Flores del alma nacidas,
Con un suspiro entreabiertas,
De amargas gotas cubiertas,
Que nuestras lágrimas son.
Ilusiones seductoras
Con sus mentidas quimeras,
Esperanzas lisonjeras,
Delirios del corazon.
Como el azul de los cielos,
Como el color de las rosas,
Cual las nubes vaporosas,
Tan bellas como el amor:
Una lágrima, un suspiro,
Un recuerdo, una flor bella,
La luna ó pálida estrella
Que lanzan triste fulgor,
Nos vuelven á la memoria
Esa que ilusion se nombra,
Sol del alma, ó triste sombra,
Si ya en el pasado va.
Con la ilusion alcanzamos
Lo que hasta el cielo se eleva,
Y en pos nuestra alma se lleva
Donde el mismo Dios está.

Aguila altiva
Que en raudo vuelo,
Cruzas del cielo
El hondo azul:
Flor que algun ángel
Dejó en la tierra,
En tí se encierra
Divina luz.

Por tí las horas
Corren serenas,
Porque las penas
Sabes calmar:
¡Oh! si cambiaras
Tu lumbre pura,
Y tu hermosura
En realidad.....

Perderias tu mágico embeleso,
Ya no fueras entonces ilusion;
Te apaga el fuego de un ardiente beso
Porque tu eres la flor del corazon.

Veracruz, Diciembre 2 de 1869. Soledad Manero de Ferrer.

A....

Errante por las zarzas de un árido camino
Se mira un peregrino vagar con afliccion,
Y envuelto por las brumas de un cielo nebuloso,
Perdido y sin reposo se postra en su dolor.

Sus voces de infortunio se elevan á la altura,
En vano en su amargura buscando va una luz;
Los ayes lastimeros que exhala en su quebranto
Recogen en su manto las nieblas del azul.

La noche le sorprende vagando en el desierto,
Rendido y casi muerto se tiende á descansar;
Su abrigo son del cielo las lóbregas neblinas,
Su lecho son espinas, su antorcha oscuridad.

El sueño le abandona luchando con la suerte,
En brazos de la muerte le arrastra ya la sed;
Despierto y anhelante con rostro acongojado,
Espera resignado la aurora aparecer.

La noche lentamente prosigue su carrera;
Las sombras en la esfera se acercan al zenit;
La calma que disfrutan los astros en su cuna
Turbando está importuna la voz del infeliz.

Las horas que perdidas miraba en lontananza,
Sus rayos de esperanza reflejan en su faz,
Y el pobre peregrino la vista alzando al cielo,
La imágen del consuelo cercana siente ya.

El alba derramando sus tibios resplandores,
En nubes de colores hundió á la lobreguez,
Y alegre el caminante, del sol á los reflejos
Marchando, allá á lo lejos se vió desparecer.

.....

Yo soy el peregrino; las sombras mis temores;
La luz de mis amores buscando voy en tí;
Alumbra con tus rayos la noche de mi alma,
Y vuélveme la calma despues de mi sufrir.

Espinas voy pisando por árido desierto,
Mi paso vaga incierto, perdido en el dolor,
La aurora de mi dicha sonriendo en lontananza
Sus luces de esperanza derrama en mi pasion.

Tus ojos son mi cielo; si sombras aparecen
En él, se desvanecen mi amor y juventud;
Disipe los celajes de mi alma enamorada
La luz de tu mirada, dejando un cielo azul.

Antonio F. Portilla.

Veracruz, Noviembre 25 de 1869.

Digitized by Google

LA ERUPCION DEL VOLCÁN DE TUXTLA.

EN 1793.

El *Correo de Sotavento* ha publicado la siguente descripcion:

Señores redactores del *Correo de Sotavento*.—Veracruz, Octubre 18 de 1869.

Muy estimados amigos.—De la erupcion del volcan de Tuxtla, ocurrida el año de 1793, no quedaba mas que una imperfecta tradicion; pero una feliz casualidad acaba de poner en mis manos el manuscrito autógrafo del célebre Mozino, que en aquella época, practicó por órden del gobierno vireinal, el reconocimienio del referido volcan.

Creyendo que generalmente se verá con interés la descripcion que aquel sabio hizo casi en los dias mismos de la erupcion, me he tomado el trabajo de sacar la copia que tengo el gusto de remitirles, para que, si les parece que en efecto es de importancia, engalanen con ella las columnas de su periódico, y obsequien á los lectores del *Correo*, que deben estimar tal obsequio, porque les proporciona tener el conocimiento de que carecen de aquel casi olvidado acontecimiento.

Es muy casual la circunstancia de que al cabo de setenta y seis años se dé á luz pública, en un periódico de la misma costa donde está situado el volcán, las observaciones que de él hizo el ilustre botánico, que conquistó por su ciencia una admiracion casi universal, y un nombre de gloria para México, su patria.

Me repito como siempre de vdes., señores redactores, su mas afecto amigo y servidor.—*José C. García.*

DESCRIPCION DEL VOLCAN DE TUXTLA.

POR JOSE MOZIÑO.

Me parece que debo suponer como una cosa que no admite controversia, el que la formacion primitiva de esta serranía de Tuxtla, ha sido enteramente volcánica. La irregularidad de los cerros, tanto por sus ángulos entrantes y salientes, como por la confusion de materiales de que se componen, acredita bastante esta verdad. No se ven por todas partes mas que vestigios de las grandes erupciones que hubo en los siglos mas remotos.

La misma villa de Tuxtla, los pueblos de San Andrés y Catemaco, fueron tal vez cráteres de otros volcanes antiguos, ó á lo menos su suelo no está cubierto mas que de lavas. Los lechos por donde corren los arroyos, á mas de estar llenos de frecuentes cataratas, se componen en la mayor parte de una extension enorme de peñascos requemados, cuya magnitud y firmeza en el encaje, hacen increible que hayan sido arrastrados de las avenidas, por copiosas que estas fuesen. Los pozos indican en las tierras bajas el mismo desórden que se advierte en las montañas. Un agregado confuso de tierra, arcilla, arena y escorias he sacado hasta la profundidad de veinte varas; todo el resto del circuito es un mal país.

Los enlaces de esta sierra con la de Orizava, Cofre de Perote y Jalapa, son bien conocidos, y no lo son menos los que tiene con la de Acayúcan, Tabasco y montes que están al Norte y al Nordeste de Oaxaca, de donde pueden originarse los continuos terremotos á que está expuesta aquella ciudad. A cada uno de los muchos y recios que le atribularon sobremanera en fines de Marzo y principios de Abril de 1787, precedia siempre un ruido subterráneo, que allí era conocido con el nombre de retumbo, y atribuian las gentes á un golpe extraordinario de las olas del mar contra la Costa, como si este pudiera oirse á mas de cincuenta leguas de distancia, aun cuando no hubiera de por medio las montañas elevadísimas que circulan todo el contorno. El estrépito se percibia del Este al Nordeste, circunstancia que no debe olvidarse por la conexion que tiene con nuestro asunto.

En el siglo pasado, segun informes que he recibido de algunos ancianos de esta vecindad, vomitó llamas y arenas el monte de San Martin, que se halla situado al Norte del pueblo de San Andrés, á poco mas de dos leguas de distancia: aseguran haberse esto verificado un dia 15 de Octubre, sin que haya quedado memoria del año, ni otro testimonio que el recuerdo que hace el comandante de estas tropas, vecino antiguo y de mucha veracidad, de haber leido una escritura jurídica sobre tierras, en que por incidencia se habla de una fiesta jurada con motivo de aquel suceso, á la gloriosa vírgen española Santa Teresa de Jesus.

He solicitado en el archivo de la Parroquia algun documento sobre este particular, y ninguno ha podido encontrarse. En el dia, ni una misa rezada se dice en obsequio de la insigne reformadora de los Carmelitas, no obstante que los indios observan desde tiempo inmemorial, la costumbre de tocar á la puerta de la iglesia, la víspera y el dia, sus tambores y clarines.

La misma negligencia que tuvieron los antepasados, me ha estorbado averiguar por qué causa, ó en qué fecha se dió á una imágen de la Santísima, vírgen que se venera aquí con mucho culto, la adoracion de Señora del Volcán. Todo lo que sé por una tradicion impresa, es que la explosion de que vengo hablando duró muy poco; que las materias arrojadizas no pasaron de tres leguas en contorno, ni quedó otro vestigio que un poco de humo, que veian no solo con descuido, sino con desprecio, todos los habitantes de la comarca, y aun este lleva mas de cincuenta años de haberse disipado enteramente.

El dia 2 de Marzo del presente año—1793—á las cuatro de la tarde, se oyeron en estos pueblos, hácia el referido cerro, unos grandes truenos que, sin embargo de ser subterráneos, creyó todo el vecin-

Digitized by Google

dario fuesen efecto de una recia tempestad, cosa á que habian experimentado muy expuesta la mencionada serranía. Una espesa nublazon cubria la cima de los montes, de modo que parecia aproximarse uno de los mayores aguaceros. A las seis se dejó ver en Tuxtla por el Nordeste, y aquí por el Nordoeste de la montaña, una gran columna de fuego de cuyo centro se disparaban con estruendo muchísimas centellas que culebreaban en diversas direcciones, é intimidaron de tal suerte á los vivientes, que todos acudian en tropel á los templos á implorar la divina misericordia, persuadidos de que era inevitable la ruina total de este territorio, cuando no la general del universo. Los ministros del Santuario esforzaron entonces su celo, no menos contristados que los pueblos infelices. No se veia por todas partes mas que penitencias, ni se oian mas que predicacion, golpes de pecho y gemidos.

Dos dias seguidos duró esta melancólica escena, sin mas novedad que un estremecimiento de tierra, la segunda noche por espacio de seis horas, y una lluvia de arena de muy poca consideracion, porque el viento favorable del Sur, que soplaba á la sazon, se llevó consigo la parte mayor á los montes de Tecolapa, camino del marqués, y mar inmediato.

La noche del 3 al 4 del propio mes, creyeron el gobernador interino, el pagador del Real fuerte de San Cárlos de Perote, y cuantas personas habia dentro de aquel castillo, que se estaba disparando sin cesar toda la artillería de Veracruz, y con la misma fecha participaron al Exmo. Sr. virey de este reino tan inopinada novedad. El mismo estruendo de explosion de artillería se percibió en Tezuitlan y Jalacingo, distantes el uno seis y el otro ocho leguas al Norte de Perote.

Los habitantes de Papantla y Misantla en la costa de Tampico, se alarmaron á la misma hora, creyendo que los enemigos con quienes tenemos actualmente guerra, estuviesen bloqueando la plaza de Veracruz. Mas de cuatrocientos cañonazos habian oido en aquella noche, y esta casualidad les proporcionó la ocasion de acreditar los nobles sentimientos de fidelidad y amor al soberano y á la patria, á cuarenta y ocho rancheros de la Joya, en jurisdiccion de Jalapa, que se presentaron al subdelegado de esta villa, dispuestos á sacrificar su vida en el combate.

El mismo cañoneo hizo sospechar alguna invasion en las costas de Tabasco, que dista mas de cien leguas al Sur de este volcán, de que están retirados mas de cuarenta los pueblos que he citado en la de Tampico.

En San Andrés Chalchicomula, que está mas de treinta y cinco leguas al Oeste, creyeron, en consecuencia de igual ruido subterráneo, que iba á reventar el volcán de Orizava, y temieron quedar sepultados en sus escombros.

El propio mar no estuvo libre de este estruendo que á bordo del bergantin «Volador» percibió su capitan D. Ignacio de Olañeta, como consta del oficio en que dió parte á su excelencia; de donde se ve claramente, que los diversos socavones que ministran los materiales con que hace sus erupciones este mongibelo, se extienden á muchos centenares de leguas.

Pasados los dos dias primeros quedó todo en serenidad. Los horizontes despejados solo dejaban ver una pequeña humareda en el cerro de San Martin, de que se formaban allí mismo algunas nubes acompañadas de remisos truenos, sin seguirse lluvia alguna. Al cabo de quince dias todo se habia disipado perfectamente.

El 22 de Mayo, á las siete de la mañana, soplando el viento por el Norte, fué la segunda erupcion. La elevacion del fuego mucho mayor que la primera, mas frecuente el relampagueo, mas desecha la nublazon y mas copiosa la lluvia de arena. El sol se oscureció tanto, mas de quince leguas en contorno, que á las doce del dia fué indispensable valerse de las luces artificiales. Las aves quedaron aturdidas con tan inesperada noche, en el sitio que les cogió, que con las manos se cazaron los faisanes en algunas rancherías. Los vecinos me aseguran que jamás han experimentado noche mas tenebrosa que aquel medio dia.

Se renovó la confusion como en la primera vez; las procesiones, la penitencia, la predicacion. A no haber limpiado oportunamente los tejados y azoteas, se hubieran hundido seguramente los edificios, por el disforme peso de la arena que cargó sobre ellos; y si no hubiera estado al concluirse la cosecha de algodon por este tiempo, el pobre vecindario, que no cuenta con otro giro útil, hubiera experimentado pérdidas sumamente destructivas, porque el viento contrario trajo los materiales del volcán y arruinó todos los vegetales.

El dia 23 llegaron hasta Oajaca las nubes que la arena habia formado, y el 24 yo mismo vi la lluvia, que parecia de ceniza, y pude consolar á algunos que habia consternado un caso tan extraordinario, asegurándoles no podia ser otra cosa que una de las erupciones de este volcán, de que ya tenia noticia. Casi por el mismo tiempo hubo igual lluvia á cinco leguas de Izúcar, y en la provincia de Tabasco, por no constar ahora la de Tchuacán, Orizava, Córdoba, etc., etc., de modo que calculando la extension por mar y tierra, sobre que se desgajó este aguacero, puede asegurarse que las arenas del volcán de Tuxtla han cubierto sobre nuestro globo una superficie de mas de once mil leguas cuadradas.

Otros dos dias no mas duró esta furia, á que sucedió la serenidad como en el principio, arrojando el volcan diariamente humo, y de cuando en cuando algunas llamas.

El 28 de Junio fué mayor la erupcion, á las seis de la mañana. El viento del Sur arrebató para la mar, montes de Tecolapa y camino del Marqués, la copiosa arena que estaba vomitando la montaña.

Digitized by Google

Se desfiguró tánto el camino, que el correo semanario tuvo que volverse con su balija á Tuxtla. La arboleda pereció, no obstante que componia grandes y deliciosas emboscadas que hacian un sombrío extenso en el distrito, de diez leguas. Troncos quemados son las tristes reliquias que dejó el fuego en los tres dias que duró la tormenta, á que sucedió en los mismos términos que antes, la deseada calma.

No se disfrutó de esta mas que hasta el 26 de Agosto, en cuya noche, precediendo grandes aguaceros y frecuentes rayos, se encendió de nuevo, y continuó arrojando impetuosamente sus materiales, hasta no sé qué dia del mes de Octubre, porque la continua nublazon, lluvias y huracanes del Norte, nos quitaron de la vista, por mas treinta dias, los montes vecinos.

Desde principios de Setiembre que venia yo navegando para esta costa, en la mar misma sentí la lluvia de arena que no dejé de experimentar en los dias que continué mi navegacion por los rios que desaguan en la barra de Alvarado, y de entonces acá, apenas ha habido dia en que no haya caido en mayor ó menor cantidad.

El rio de Tuxtla tenia varias honduras en que solia haber algun pescado. Sus aguas eran cristalinas, ahora son turbias, y todo el lecho quedó lleno de enormes bancos de arena. La que se haya desleido y se tome en la bebida, puede haber ocasionado las muchas disenterias que observé con síntomas de malignidad en esta villa, y las porfiadas toses no reconocen, segun mi dictámen, otro orígen que la infeccion de la atmósfera con algunas materias que no extraño tengan una índole arsenical. Por otra parte, han sacado utilidad los tuxtecos de tanta lluvia de arena. Su piso barrancoso se componia, ó de fango ó de arcilla resbalosa, mezclado lo cual con estos resecos materiales, permite andar sin las caidas que anteriormente eran irremediables.

El 23 de Setiembre me aproximé al volcán, en obedecimiento de la superior órden de Su Excelencia, que con fecha 13 del mismo mes me comunicó el director del real jardin y expedicion botánica, D. Martin de Sesé; y en sus inmediaciones advertí que la arena habia subido mas de tres varas castellanas en una circunferencia de cerca de tres leguas de diámetro, cuya cantidad, aun calculada por lo mas bajo (pues en algunas partes era la elevacion de cinco á seis varas), produce cincuenta y siete millones, ochocientos setenta y cinco piés cúbicos.

Era espantoso el ruido de truenos que sin cesar percibiamos al pié de la montaña. Muchos rayos parecia que se estaban disparando en la cumbre, y todo el terreno se estremecia tan frecuentemente, que ni en Oaxaca ni en México he experimentado iguales temblores de tierra. La misma arena nos habia nublado el sol, y el viento que se habia mantenido toda la mañana por el Sur, nos acabó de proporcionar las circunstancias mas favorables para emprender la subida.

En efecto, perdiendo frecuentemente terreno, por desleznarse la arena, hubimos de conseguirlo despues de dos horas de afanes, que me pusieron á punto casi de sofocarme, como acaso hubiera sucedido, á no estar prevenido un criado de la expedicion con un frasco de álcali volátil para socorrerme.

La columna de fuego que salia del cráter en este dia, tenia un diámetro de mas de cuarenta varas, y una elevacion que parecia, contando con el humo, de mas de ciento.

El que se figure un chorro de fuego, perfectamente semejante al de los cohetes y del tamaño que llevo referido, se formará la mas perfecta idea del que se presentó á mis ojos. Entre él se elevaban muchísimas piedras de diversa magnitud, tan encendidas todas, como el hierro en la fragua del herrero. Las mayores caian casi perpendicularmente sobre la misma boca que las vomitaba, y las menores, á la circunferencia, con particularidad hácia el Norte.

El estruendo con que se hacian tan continuas explosiones, ya no me pareció allí semejante al de los rayos: heria el oido del mismo modo que el que producen las olas del mar, que agitadas por un fuerte vendabal, van á azotarse contra las rocas.

Un hedor á azufre, muy intenso, comenzaba á percibirse casi desde la mitad del cerro. El piso estaba bastante caliente, y por diversas partes se veian salir muchos vapores; todos ellos eran perfectamente blancos. En el humo de la grande hoguera habia tal variedad de colores, que no soy capaz de expresarlos, por no hallar nombres adecuados con que darlos á conocer; y aun á los pintores mas diestros les seria tambien imposible copiarlos exactamente al natural. Esto daba el espectáculo mas horrible, y algunos de los que me acompañaban se precipitaron ciegamente por los arenales, diciendo que habian visto el mismo infierno.

Al borde extremo de la meseta, inmediatamente al cráter, el termómetro de Reaumur, suspendido en el aire, estaba á los diez y seis grados, y en otro de igual graduacion, tocando al suelo, ascendia el mercurio á los sesenta y ocho. Hácia la parte interior, á dos varas de distancia del fuego, pasaba de los setenta, suspendido en el aire, y llegaba á los setenta y cuatro puesto en el suelo.

En este sitio, que es perfectamente al Este de la chimenea, dejé enterrada una botella con una inscripcion latina en que expreso el dia y hora que estuve allí, y los sugetos y nombres del alcalde mayor D. Manuel de Escobar y mi compañero D. Julian del Villar, que habian ido conmigo.

Se recogieron varias piedras, en casi todas las cuales encuentro una suma uniformidad.

En la crestonería superior hubo probablemente una minería de cobre en matriz silícea; las piedras que han rodado conservan todavía la pinta, de lo cual, y de no haber encontrado vitrificacion alguna en todo el distrito, infiero que no han sufrido la accion del fuego estas sustancias, y tengo por seguro

Digitized by Google

que no formaban mas que un manto muy superficial.

En las que dispara el volcan, el hierro es el metal que mas se distingue. Todos los manchones blancos á que apliqué repetidas veces la lengua, me parecieron producto de una sal marina.—No falta algun ocre, ni deja de abundar el azufre.—El gas azótico creo que es comun en todos los volcanes.

Los minerales no pueden conocerse bien sin una análisis química, y aquí mas que en otra parte son insuficientes los sistemas de varios mineralogistas que caracterizan los géneros y especies de este reino por la diversidad de sus figuras. Las recias frotaciones despuntan necesariamente los ángulos, y salta á los ojos que ese es el orígen del polvo negro que se ha esparcido por tantas leguas, cuya naturaleza es idéntica á la de las piedras que yo mismo he remolido.

Me faltaban unos barómetros para conocer la elevacion de la montaña sobre el nivel del mar; mas el celo y actividad con que su excelencia quiere llevar hasta el fin las observaciones útiles al público y los progresos de las ciencias y artes, me proveyó de dos con que poder hacer un segundo viaje.

Mas de un mes tuve que diferirlo, obligado por los tempestuosos temporales que ha habido en todo el Octubre pasado y mas de la mitad de este. Traté en este tiempo de construir una máquina eléctrica, que no salió de lo peor, y de què (contando con los auxilios que me frecuentaba el alcalde mayor) se remediasen las sumas incomodidades del camino con una estacada, tanto por padecer menos en aquellas molestas subidas y penosos arenales, como para defender los instrumentos de un golpe.

El 21 del corriente, que fué el primer dia sereno que se presentó, resolví concluir mi encargo, y con un numeroso acompañamiento llegué á la cumbre del volcán á la una de la tarde, llevando conmigo, para que lo dibujase, al dibujante de la expedicion D. Antonio Echeverría, que no habia podido acompañarme en el primer viaje, por estar accidentado.

Habia dejado al pié de la sierra uno de los barómetros con su termómetro anexo, que no obstante haber sido el que llegó casi inservible de Veracruz, pudo aquí componerse y utilizarse medianamente. El otro, que era muy bueno, se entregó al gobernador indio, para que bajo de su custodia lo condujese hasta arriba uno de los naturales, en la misma situacion que yo lo habia dado.

Pero fuese porque variasen esta improvisamente, ó porque en la áspera pendiente (que con motivo de tan grandes lluvias se habia puesto mas barrancosa que antes) tropezase el que lo llevaba, lo cierto es que, al momento de hacer uso de él, tuve el desconsuelo de ver quebrado el tubo por su parte superior. Hice sobre la marcha subir el que habia quedado en la falda, y por su medio, aunque imperfectísimamente, averigüé que la mayor altura del cerro de San Martin es de quinientas varas escasas sobre el nivel del mar.

No fué mas afortunada que el barómetro la máquina eléctrica. Llegó despegada, y á riesgo de romperse el vaso que tenia puesto en lugar de la botella de Leidem.

Todo lo encontré muy desfigurado respecto al que habia visto la vez primera. Al pié de la montaña no se percibia ruido alguno, y en su cumbre no habia otro que el semejante á un rio caudaloso que se precipita á quince ó veinte varas de profundidad.

En el sitio en que quedó la inscripcion habia subido mas de ocho piés la arena, y el fuego se habia disminuido más de dos tercias partes, tanto por lo respectivo al diámetro de la columna, como por su elevacion.

Con esto tuve la felicidad de ver una gran parte del fondo de aquella horrible chimenea, que no tiene treinta varas de profundidad perpendicular. Por entre innumerables grietas sale un vapor parecido á la neblina, que se eleva muy poco de la tierra y la conserva llena de humedad. Por la banda del Norte sale con mayor abundancia, y subsisten allí las piedras ardiendo, tan convertidas en ascuas como las que se disparan en las erupciones impetuosas de la fragua que está al Nordeste. La peñasquería que se ve por el Norte amenaza el hundimiento, por estar ya desplomada, ser en ella mas recios los temblores y tener á su pié un incendio que, aunque no tan voraz como al principio, no deja con todo de ir haciendo sus excavaciones.

Conjeturo que la boca que arde actualmente con fuerza, presente dentro de pocos dias, ó algunos meses, una vista semejante á la de la otra que parece estar próxima á apagarse; de donde infiero que sin embargo de todos los indicios que acreditan la desmesurada extension que por conductos subterráneos tiene la mina volcánica hasta por debajo del fondo del mar, esto no hace, como vulgarmente se imagina, unas excavaciones de mucha capacidad, sino por el contrario, de pequeño calibre, y mas propias, por consiguiente, para comprimir los vapores enrarecidos, cuya violencia es bien conocida de los fisicos, por superior incomparablemente á la de la pólvora, y cuya suma total hace la fuerza con que se llevan consigo las masas enormes que he visto dispararse.

En el borde interior de la hornilla que está al Nordeste, á menos de una vara del mismo fuego, dejé enterrada otra botella con una inscripcion poco diversa de la anterior. Apenas podiamos mantenernos Villar, el criado, Calderon y yo, en este arriesgado sitio. El humo nos envolvia algunas veces y nos robaba de la vista de nuestros espectadores. Lo peor era que se nos quemaban los piés, no obstante que al asentar el uno levantábamos el otro con suma velocidad: tostados sacamos los zapatos, y al descender del pequeño cerrito que por todas partes está humeando, sentiamos hasta las pantorrillas

Digitized by Google

un vapor poco menos que de agua hirviendo, que no dejó de escaldarlas completamente. La sal de tártaro, antes de media hora habia sufrido su deliqüencia.

Lejos de las hornillas, y hácia el borde extremo de la serranía en que quedó la mayor parte de los que me acompañaban, era tan intenso el frio que todos tiritaban, aun los que pudieron cubrirse sobre sus vestidos con una especie de camisas de bayeta, muy usuales en estos países. El viento soplaba por el Este, y el mercurio en el termómetro de Reaumur bajó á los catorce grados.

Estaban despejados los horizontes, y se veian con claridad, no solo la reventazon de la mar, sino los innumerables bajos que la arena ha producido en su fondo. Regulo que el cráter del volcán no dista por línea recta tres cuartos de legua de la playa. Tres horas y media gasté en mis observaciones, y bajé de la montaña á poco mas de las cuatro de la tarde.

Como la gente vulgar ve siempre como efecto sobrenatural de la indignacion divina, todos los fenómenos extraordinarios de la naturaleza, no es extraño que estos vivientes estuviesen sobrecogidos de un terror pánico que los impelia á abandonar su antigua patria y aun sus posesiones. Algunos de hecho lo ejecutaron así, bien que fueron despues restituidos á ellas, por el celoso magistrado que los gobierna. Se persuadieron de que yo venia á apagar el volcán, y no dejaban de verme como una especie de deidad capaz al fuego con soberanía, ó vencer á lo menos su voracidad con la industria.

Esto los conmovió para acompañarme en mi primer viaje. Les leia yo en el semblante el susto interior que amilanaba su espíritu, especialmente cuando oian los horrorosos bramidos del volcán; pero su misma barbárie me dió energía para animarlos. Creian que á mi lado eran inmortales, y jamás me desampararon, sirviéndome mucho esta preocupacion suya, pues sin ella tal vez no hubiera subido á la serranía, porque me hubieran dejado solo, sin tener quien me diese la mano á tiempo que la fatiga me habia acabado el aliento. Ellos con sus cuerpos formaron un pasamanos con que hube últimamente de superar las dificultades que de otro modo eran invencibles para un hombre que viene convaleciendo de una fiebre que le asaltó en Veracruz.

Ya próximos á la hoguera, vi los continuos conjuros que hacian los indios con algunos crucifijos que improvisamente fueron sacando del seno en que los llevaban ocultos. Dimos todos gracias al Altísimo por el beneficio de habernos dejado llegar á aquel sitio.

La botella con la inscripcion fué para ellos una nueva especie de misterio; creyeron algunos que iba á servir de dique para contener en lo sucesivo el ímpetu de llamas; otros llegaron á sospechar que fuese un correo mágico, por cuyo medio diese yo cuenta á S. M. del estado de consternacion en que se hallaban sus pueblos.

Desde el dia siguiente me comenzaron á hacer repetidas consultas sobre el peligro con que este enemigo los amenazaba, y muchos me confesaron la resolucion que tenian de retirarse á los países mas lejanos, aun con pérdida de todos sus bienes.

Pude contener las emigraciones que meditaban, haciéndoles reflexionar que no hay lugar de asilo contra la ira de Dios provocada por nuestras culpas, ni arbitrio para escapar de sus efectos, mas que el sincero arrepentimiento con que conmovemos su misericordia: que el volcán es un efecto puramente natural, que en cierto modo podia imitarse artificialmente: que no eran solo estos pueblos los que habian tenido motivo de espantarse por esta causa, pues en otras partes habian sido efectivos los grandes estragos que habian ocasionado los volcanes: que la corriente de este se dirigia hácia la mar, y estaban defendidos los pueblos de su furia, por la muralla de cerros encadenados que la naturaleza misma ha puesto de por medio: que á sus sembrados no se seguiria daño alguno, por el declive del terreno en que los hacen, de donde pueden las frecuentes lluvias barrer la arena que recelaban sofocase las plantas recien nacidas; que no tenian, en una palabra, otra incomodidad que temer, que el que se ensuciase frecuentemente la ropa en los tendederos y el almidon de yuca que trabajan, mientras estuviesen cayendo estas escorias pulverizadas: que el volcán, últimamente, ha de apagarse, y que acaso no pasarian muchos meses sin que esto se verifique. Todo lo cual puntualmente es el dictámen que me he formado.

La experiencia les ha hecho ver que no son antojadizos mis lisonjeros pronósticos. Han levantado una buena cosecha de maiz, que están vendiendo á precios baratísimos, pues dan cien mazorcas por medio real: pinta grandemente la de frijol, y los algodones se hallan en un estado inmejorable.

José Moziño.

San Andrés Tuxtla, y Noviembre 27 de 1793.

A ELISA.

SONETO.

¿En dónde, en dónde estás? Por qué no miro
Cual otro tiempo tu semblante hermoso?
¿Y por qué si te llamo cariñoso
No responde tu acento á mi suspiro?

¡Ay! me olvidaste, Elisa. En vano aspiro
A estrecharte en mis brazos amoroso;
En vano por doquier te busco ansioso,
Y en vano ardiente por tu amor deliro.

¿En dónde, Elisa, están mis alegrías?
¿Dónde está tu ternura? ¿Qué se hicieron
Tus dulces risas y las glorias mias?

¡Ay! Si tan bellos para el alma fueron
Aquellos de mi amor felices dias,
Por qué tan presto para siempre huyeron?

José Rosas.

Digitized by Google

ADIOS!

Á MÉXICO.

Adios, ciudad hechicera,
Bello albergue de las gracias;
La de mujeres gentiles,
La de brisas perfumadas;
Nido de amor delicioso
Engastado entre montañas
Que blancas nieves coronan
Y que viste la esmeralda:
Tú de la América, vírgen
Por el mundo codiciada;
La de los lagos azules
Que rizan suaves las auras.
La que esconde entre sus peñas
Ricos veneros de plata,
La de tiernos trovadores
Cuyos cantares embriagan:
Adios! de tu limpio cielo
Que la tormenta no empaña,
No gozaré cual solia
Ni veré la lumbre grata.
Ya no de tus hijas bellas
Las seductoras miradas
Encenderán en mi pecho
De amor intenso la llama.
No miraré su sonrisa
Tan dulce que llega al alma,
Ni escucharé el armonioso
Concento de sus palabras;
Para siempre mi memoria,
Por donde quiera que vaya
Recordará tus pensiles
Y tus beldades galanas:
Que quien pudo verte un dia
Y disfrutó de tus auras,
No sentirá del olvido
Sobre su frente las alas.
Jamás olvidar pudiera
El grandioso panorama
De tus valles y colinas,
De tus lagos y tus casas.
La Alameda! donde altivos
Mil encinos se levantan
Y forman ricos doseles
Entretejiendo sus ramas;
Donde cruzan, cual visiones
Que en su delirio vé el alma,
Beldades mas peregrinas
Que las ninfas y las driadas;
La de fuentes que murmuran,
De bellas aves que cantan,
La Alameda encantadora
Do gratas horas pasaba....
Chapultepec! el grandioso
Lindo bosque que engalana
El que fuera en otro tiempo
De Moctezuma el alcázar;
Cuyos troncos seculares
No sienten, no, cómo pasan
Sin cesar generaciones
Que al sepulcro triste avanzan....
Santa Anita! la que flores
Le prodiga á la sultana
Gentil, de América, y tiene
Tantos primores y gracias.
Tacubaya! la de quintas
Que los reyes envidiaran;
Teatro de mil historias
En sus breves *temporadas*....
Esas horas placenteras
Que en tales cielos se pasan,
¡Pudiera la mente nunca
A olvido cruel relegarlas?
Jamás! jamás! al dejarte
Siento correr una lágrima
Sobre mi ardiente mejilla,
¡Lágrima que brota el alma!
Adios, ciudad hechicera,
Bello albergue de las gracias,
La de mujeres gentiles,
La de brisas perfumadas.

FRANCISCO SOSA

México, Diciembre 7 de 1868.

EL SITIO DONDE AMÉ.

SONETO.

(Imitacion del Italiano.)

El monte, el valle, la arboleda umbría,
El florido verjel, la mansa fuente,
El lago inmóbil y saúz doliente
Do el ave canta al declinar el dia;

Mi pasada ventura y mi alegría
Me recuerdan ahora tristemente,
Y aquel divino amor, tierno y ardiente
Que hoy solo existe en la memoria mia.

Aquí de Elisa el nombre está grabado;
Y aquí hermosa, radiante y placentera,
Trasformaba mi duelo en bienandanza.

Pero ¡ay! aquí tambien fuí desgraciado;
Aquí la contemplé la vez postrera,
Y aquí perdí mi dicha y mi esperanza.

JOSE ROSAS.

REVISTA TEATRAL.

«Se salió vd. al fin con la suya,» me dijo el bueno de mi organista despues de haber leido la contra-crítica del Sr. Zamacois. «Ya me tiene vd. enredado en polémicas, que no sé si rematarán en canto palinódico por mi parte; ya no soy *yo* sino la mitad de vd., ya formamos *pareja* indisoluble como los gemelos de Siam. No le perdono el que me haya sacado de entre los registros y los tubos de mi órgano, en que tan á mi gusto se escondia mi personalidad, para exhibirme con pelos y señales, exponiéndome á lo que Dios sabe; por el pronto ya recibí en mitad de la calva un coscorron con una fábula de Iriarte, que me tuvo una buena pieza sin sentido, tan derecha así me vino. Mas ya que la cosa no tiene remedio, y vd. ha dado en la florecita de contar al público cuanto solemos charlar, bueno será escribir al Sr. Zamacois, cuando no sea mas que para decirle que tiene razon y media. Ya arreglaremos eso, en leyendo el prometido artículo segundo, que á bien que los curiosos nada pierden con aguardar, teniendo como tienen para entrete-

Digitized by Google

nerse, tantos y tantos combates singulares, ya de osos, ya de gallos, en el palenque periodístico.»

Viniendo ahora á los acontecimientos teatrales de la semana, sin contar con las tandas, ó sea *el títere*, como han dado en llamarles, tenemos en primer lugar la representacion de *Crispino*, ópera bufa de Ricci cantada en el teatro Nacional en obsequio de Mr. Seward, por la compañía mexicana. Dícese que la obra fué aprendida y ensayada en pocos dias, precipitacion peligrosa que no siempre suele ser coronada de buen éxito; regular lo tuvo el *Crispino*, y ya esto es demasiado para quien conozca las inmensas dificultades del arte; bueno seria, con todo, que nuestros cantantes anduviesen algo mas desconfiados de sí mismos, no olvidando que las mas felices disposiciones se hacen estériles sin el estudio. Disculpables son en esta vez, por cuanto no tenian libertad para elegir en su repertorio una ópera concienzudamente sabida, faltándoles como les faltaba un primer tenor; hubieron, pues, de decidirse por el *Crispino*, en que el tenor no es ni de mediana importancia. El bajo sí que la tiene, y aquí es justo hacer mencion honorífica del Sr. Loza, quien desempeñó bastante bien la parte del protagonista, especialmente como actor; él sostuvo el interés, y á él se debió en gran parte que la ópera gustase. Sin estar muy bien de voz la Sra. Gomez, á causa quizá de la influencia catarral reinante, hizo una Anetta graciosa y simpática. Los otros dos bajos no secundaron mal al primero en el terceto. Para final se cantó por la prima-donna una polka nueva titulada *Elisa*, composicion del maestro mexicano D. M. Meneses. Bonita es por cierto la tal pieza, y revela en el jóven compositor fantasía vivaz y buen gusto: hay en la tercera parte de dicha polka una frase tan elegante, que ella deberia ser el *motivo* principal de la pieza, segun mi organista, quien de veras sintió que el maestro no hubiera aprovechado mejor ese *motivo*, con lo que la polka hubiera ganado mucho mas en mérito y belleza.

A la siguiente noche tuvo lugar en el mismo teatro la funcion á beneficio de Anita Cejudo. De las tres piezas representadas, la primera es harto mala; la última, sin valer gran cosa, ha sido ya muy repetida; la segunda sí que tiene mérito, y gustó con sobrada razon. Intitúlase *Así son todas*, y está traducida del frances y arreglada al teatro español por el distinguido actor D. M. Catalina. En una accion sencillísima, sostenida realmente por solo dos personajes, desarrolla el autor este pensamiento filosófico: «para las mujeres en general, la exterioridad es el todo» En efecto, dos damas de opuestos caractéres, malagueña la una, portuguesa la otra, locuaz y arrebatada aquella, gravedosa y flemática esta, aman á un guapo conde, prometido esposo de la lusitana, ex-amante de la española. Dispútanse ambas el galan, aun con las armas, y apuestan á quién de las dos hará mayores sacrificios por conquistarle. Pero hé aquí que tan profundo amor no resiste á la prueba: es el caso que el conde, sabedor de la contienda, se les presenta súbitamente, y finge que al entrar ha tropezado, cayendo entre las dos en una posicion poco académica; las enamoradas damas sueltan la carcajada, y se burlan sin reserva del malaventurado galan, el cual les declara que aquello ha sido una estratagema, que ninguna de las dos le ama, puesto que á ninguna causó interes y sí risa aquel accidente, y concluye noticiándolas que va á dar su mano y su corazon á una jóven modesta y buena que la víspera se habia compadecido de él y prestádole socorro en una aventura semejante, aunque verdadera.

La contraposicion de caractéres, perfectamente dibujados y sostenidos, la hábil manera con que va conducida la accion, el interés vivo y creciente, la vis cómica de buena ley, el desenlace inesperado, las alusiones picantes y oportunas, la animacion del diálogo, todo esto hace de aquella pieza un primoroso juguete literario, que encanta como un capítulo de Alfonso Karr, y que finaliza con gran pesar del auditorio. Felices estuvieron en el desempeño Anita, que caracterizó á la malagueña, y Concha Mendez á la portuguesa; ambas dieron colorido á los caractéres, y estoy seguro de que sacarán mayor partido de esos papeles cuando con menos premura y mas ensayos repitan la obra.

Los amantes del arte dramático están de enhorabuena: Eduardo Gonzalez comienza sus trabajos el domingo 12 en el teatro Nacional, dirigiendo una compañía cuyas partes principales son de lo mejor que tenemos hoy en materia de artistas. Pilar Belaval, la elegante dama que así se distingue en el drama moderno como en la comedia de costumbres; María de J. Servin, á quien tan perfectamente cuadran los caractéres dulces y tiernos; María Mayora, que con tanta naturalidad interpreta las criaditas y las *graciosas*; Rosario Muñoz, nuestra excelente y á veces inimitable característica; Morales, nuestro antiguo amigo, en quien van reunidos el talento y la modestia; Muñoz, aquel Muñocito que supo conquistar el cariño del público desde su estreno en la compañía de Carolina Civili, y cuyo talento le prepara un porvenir brillante en la escena; estos y otros artistas mas ó menos conocidos, como la Sra. Ramirez cuya belleza previene en su favor, y el galan jóven Sr. Alonso, de quien he oido hacer elogios, componen la compañía á cuyo frente está el inteligente actor y director incansable Eduardo Gonzalez, de grato recuerdo para el público mexicano. El repertorio es nuevo y selecto, así en el género serio como en el cómico: los precios de abono tan bajos, que igualan con muy corta diferencia á los de las tandas. Si á pesar de tales ventajas y atractivos, el público da en escasear su proteccion al único espectáculo digno de su cultura, ya puede perderse la esperanza de que renazca en México el buen gusto.

MANUEL PEREDO.

Diciembre 8 de 1869.

Digitized by Google

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El gran baile del Teatro Nacional.—La reina de la danza.—La compañía de Gonzalez.—*El pecado del siglo* por José T. Cuellar.—*Julia* por Martinez de Castro.—*La Revista del año de 1869.*

México, Diciembre 18 de 1869.

Despues de las revistas que á propósito del magnífico baile que se dió en el gran Teatro Nacional en honor de Mr. Seward, se han publicado en diversos periódicos de México, seria inoportuno y aun atrevido de nuestra parte publicar otra de nuestra pobre pluma.

Se ha hablado ya del lujo y buen gusto con que fueron decorados el vestíbulo y el salon del soberbio edificio, como que tal trabajo se encargó á Manuel López Meoqui, cuya habilidad y excelente gusto son harto conocidos en México para que necesiten mas elogios.

Se ha dicho ya que la concurrencia fué numerosísima y escogida. Nosotros agregaremos, que á pesar de los augurios de algunas personas exacerbadas por el recibimiento hecho al eminente republicano de los Estados-Unidos, en la concurrencia notamos á personas de todos los colores políticos, y á centenares pudimos contar á las que pueden llamarse aristócratas no solo por su opulencia sino por sus antiguos títulos de nobleza y por su elevada posicion social.

En cuanto á señoras, pocas veces México ha visto á tantas y tan hermosas reunidas en sus salones. Verdaderamente se deslumbraba uno; y si hay álguien que por haber estado en las régias reuniones de los monarcas en Paris, en Londres, en Viena ó en Madrid, mueva los labios con desden, nosotros, pobres mexicanos que no hemos tenido semejante dicha, declaramos no necesitarla, contentándonos con haber visto á tantas hermosas hijas de México, á tantas mujeres divinas como encerró en su dorado seno el Gran Teatro en el baile dado á Mr. Seward.

Los hipocondriacos, enemigos de todo lo que pasa bajo el sistema de la República, han visto con positivo pesar que lo mas granado, que lo mas distinguido de la capital haya concurrido á esa gran fiesta; pero así pasó, y no es culpa nuestra si las lindas mexicanas no han hecho maldito el caso de las execraciones y de los anatemas lanzados anticipadamente por los que no quisieran que hubiese ni alegría, ni expansion, ni música siquiera, rigiendo las ideas liberales.

El baile fué espléndido. Muy pocas familias del círculo mas distinguido faltaron, y eso por circunstancias especiales, por cuidados íntimos ó por estar de duelo, ninguna por animadversion al gobierno nacional ni al ilustre huésped, que cogido entre ojos por unos cuantos partidarios de la monarquía, es festejado y recibido como conviene á la proverbial hospitalidad mexicana, por todas las clases de la sociedad.

Como lo hemos dicho, ya el baron de Gostkowski y Alfredo Torroella han hecho una descripcion minuciosa del baile en sus respectivas revistas, que hemos creido conveniente reproducir, para que los lectores del RENACIMIENTO las puedan saborear.

Nosotros solo consagramos aquí unas cuantas palabras, que desearíamos que fueran esencia de rosas, ó incienso de Arabia, para presentarlas como un homenaje á los piés de la *diosa de la danza habanera.*

¿Sabeis quién es esta diosa, de quien habla tambien Gostkowski, y que ha dejado hondos recuerdos en un centenar de admiradores?

Pues es una jóven veracruzana de diez y seis á diez y ocho años, mas bien pequeñita que alta, muy linda, de ojos negros, vivaces y ardientes, de boca encarnada y risueña, que deja ver dos hileras de dientes deslumbrantes por su blancura, de talle esbelto y cimbrador y de piés de hada.

Cuando nosotros comenzamos á observarla, bailaba con ella Manuel Rincon, el poeta y diputado, que por ser tambien un famoso danzador, hacia lucir á la pequeña diosa todos sus encantos en el delicioso baile.

Habia entonces en medio del salon un gran grupo de muchachos expertos, peregrinos un poco fatigados en el viaje de la vida, y que componian, por decirlo así, un *jury* muy exigente. Para ellos la belleza comun, la belleza de la forma no tenia atractivos. ¡Han recorrido tanto el mundo! ¡Han visto ya en Europa y América tantos ejemplares de hermosura plástica con que la naturaleza ha embellecido á la humanidad y el génio á las artes, que sus ojos no se detienen ya en todo, sino con una especie de tedio y desfallecimiento!

Pero esa noche uno de ellos, un jóven muy conocido por su gusto artístico y por su reputacion de hombre de mundo, nos llamó y llamó á todos para que contemplásemos un tesoro que acababa de descubrir.

Era la diosa.

—Vean vdes., nos dijo, esa danza, y digan si han visto en su vida algo mejor.

En efecto, en el cuerpo de esa hechicera jóven se agitaba sin duda algun dios desconocido, el genio ardiente de la danza africana, danza de fuego que hace hervir la sangre en las venas, palpitar el corazon, languidecer los ojos y dibujarse en la boca una sonrisa indefinible.

Y nosotros estábamos ahí, extáticos, palpitantes, mudos, contemplando á la linda deidad vestida de azul, que inclinaba la frente sobre el hombro de su compañero, y que apenas movia su joyante y negra cascada de rizos que caia sobre sus hombros, redondos y blancos como los de una Vénus antigua: aquel cuerpo parecia conmoverse á las cadencias de la música y al son del *huiro*, mas bien que por una especie de temblor acompasado que por su movimiento académico.

Y luego, como Manuel Rincon parecia trasportado á las regiones ardientes de Veracruz, se separaba un momento del comun de los mortales, y la

Digitized by Google

pareja hacia un rodeo singular, que en el país de la danza se llama el *cangrejito*.

¡Oh *cangrejito* delicioso, bendito seas, y que los siglos venideros te divinicen, como divinizamos hoy las danzas griegas de los funerales de Adónis.

La pequeña diosa conoció, y ¿cómo no conocerlo una deidad? que nosotros éramos sus adoradores, y se dignaba dirigirnos de cuando en cuando una mirada incendiaria y una sonrisa de ángel, inclinándose luego para someterse á la influencia del *huiro* y de la música de Delgado, que esa noche estrenó algunas danzas que habia compuesto para embriagar á la concurrencia de México.

Tal fué el baile para nosotros. Se reasumió todo lo que hubo de magnífico en él, en la danza de la hermosa y jóven hija de Veracruz, que para ser enteramente justos debemos decir que tuvo una rival, si no á su altura, sí muy próxima, en su hermana D..... una rubia que tambien se atrajo las miradas del jurado aquel de que hemos hecho mencion.

La compañía de Eduardo Gonzalez trabaja ya en el teatro Nacional, y ha dado ya cuatro funciones que nos han dejado complacidos. ¡Por fin es el arte dramático que vuelve á ocupar la escena usurpada por tanto tiempo por la innoble zarzuela y por los títeres!

Allí hemos vuelto á ver á Pilar Belaval, que hace llorar al público cuando quiere; á María Mayora que le hace reir; á nuestra querida María Servin, la dama jóven, tan guapa, tan modesta y tan buena; á nuestro Morales, el distinguido artista mexicano; al pequeño Muñoz, tan notable en el género cómico, y sobre todo á Rosario Muñoz, nuestra primera característica mexicana, y á Eduardo Gonzalez, el estudioso actor, el buen caballero y el noble amigo.

Estamos contentos, y solo deseamos que el público no deje morir con su abandono á los que trabajan por restaurar el buen gusto en esta ciudad de México, famosa por su cultura y su rango.

Por fin nuestro amigo José T. de Cuellar, retirado desde hace tiempo á San Luis Potosí, pero que no descansa en sus tareas literarias, pues dirige hoy con éxito la *Ilustracion Potosina*, se ha decidido á publicar su primera novela. Se titula *El Pecado del siglo*, y comenzará á salir desde el 1º del próximo Enero. Como nosotros saboreamos todo lo que sale de esa pluma distinguida, no vacilamos en asegurar á nuestros lectores que la novela será interesante, y que harán bien en leerla.

Con esta entrega del *Renacimiento* se repartirán los anuncios respectivos.

A esa primera obra seguirá otra coleccion de hermosas anécdotas históricas, titulada: *Cuentos del vivac.*

Otro amigo nuestro, el modesto jóven Martinez de Castro, ha concluido su novela *Julia*, de la cual salió una parte en la *Iberia*, y seguirá publicándose por entregas. El público sabe ya lo que es esta linda composicion, y no dudamos que acogerá con gusto nuestra noticia.

Unos humildes ingenios de esta corte han compuesto un juguete teatral muy usado en Madrid, pero que será nuevo en México, á saber: *una revista del año de 1869*. Conocemos á los autores; y para que no se nos acuse mas de *Sociedad de elogios mútuos*, nos contentamos con decir al público: *vé y juzga*.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

BAILE DEL 9 DE DICIEMBRE
EN EL
GRAN TEATRO NACIONAL.

¿Nunca despues de un baile, rodeado de amigos, habeis saludado el primer rayo del nuevo dia á través de los cristales de un café, empañados por el rocío de la noche?

¿No es esa la hora de los recuerdos, el momento de las recopilaciones; no es el corazon en aquellos instantes un búcaro rebosando sonrisas y miradas? Entonces, cuando el crepúsculo matinal colora apenas las cúpulas de las ciudad, cuando parece que el trabajo y la fiesta entablan una lucha en el espacio, cuando el alma arrastrada por una agradable inercia, oye todavía las notas de la orquesta, el crujido de las sedas, el chisporroteo de las bujías, ¡cuántas ilusiones despiertan á los ojos de la adolescencia! ¡cuántas entran á embalsamar nuevamente su corazon! Aquel, despues de apurar un *punch*, promete que se casará con X., este confirma su aserto de que los ojos de C. son mas rasgados que los de E.; otro lamenta que Z. gaste su caudal en coloretes; el de mas allá truena contra una respetable matrona que con medio siglo sobre la espalda da mas de cincuenta vueltas por minuto. Allí hay mas Quintilianos que Anacreontes y mas Anacreontes que Tíbulos.

En situacion análoga nos hallábamos tres amigos á los primeros albores de la mañana del viérnes, y como ninguno de los tres era viejo, y aunque lo fuese no lo habria confesado, rendimos culto al recuerdo que como un sueño se desvanecia flotando sobre nuestra imaginacion calenturienta, como esas blancas nubes que en el cielo del mar se evaporan sobre la línea azul del horizonte.

Uno de nosotros, por cierto el mas grueso, lanzaba hondos suspiros á cada sorbo del humeante café que apuraba con la sed de la desesperacion.

—¿Qué tienes, J.? le preguntó E. ¿Has apuntado otra víctima en tu catálogo infinitesimal?

—He borrado; mejor dicho, se ha borrado la última.

—Explícate.

—¿Me veis tomando café, sano á lo que creo,

Digitized by Google

contento á lo que parece? Pues bien; esta pócima no es un desayuno, es una receta higiénica; estoy enfermo: acabo de engullirme la mejor calabaza que pudo cosechar labradora mexicana. Y bajando taciturno la cabeza, pidió al mozo otra taza de café.

—Pues yo, dijo E., he sido mas feliz: hablé, me escucharon; pedí, me dieron una cita. Y sacando su cartera empezó á escribir unos versos.

Siempre fué la ajena felicidad tormento para la propia desdicha; así que, á las irradiantes palabras del venturoso E. siguió el mas profundo silencio en aquel triunvirato trasnochado.

El desgraciado J. fué el primero en interrumpirlo.

—Y tú que dices, bardo errante? exclamó dirigiéndose á mí, que hasta entonces habia sido mero espectador de la escena.

—Digo, le respondí, que llevo en la cabzea un volcán de ilusiones y en el alma un mundo de sentimientos: digo que todas las fibras de mi corazon, dormidas hace un año, despertaron esta noche al resplandor de tantas miradas angélicas que llevo guardadas en el ánfora de mi alma. Si vosotros supiérais qué dulce es el goce de la desgracia! ¡qué santa es la religion del recuerdo! Yo no podré olvidar nunca el último baile á que asistí en mi patria.....!

—Pues entonces, gritó E., á tí te toca la crónica del baile. J. nos ensartaria una sátira contra el cultivo de las calabazas. Yo disertaria sobre la influencia de una danza en la peticion de una cita. Tú, que ocupas una situacion imparcial, porque ni sacaste ni perdiste novia, eres el elegido por la justicia para cronista de esta fiesta. Si así lo haces, Dios te lo premie, y si no, te lo demande.

En vano fué excusarme: quieras que no, me hicieron empeñar palabra, y héteme aquí, por desgracia vuestra, lectores mios, borroneando cuartillas y destrozando las leyes estéticas á roso y velloso, ni mas ni menos que las zorras de Sanson en las mieses de los filisteos.

Aliéntame la esperanza de que sereis, como siempre, indulgentes conmigo: si mi crónica os hace bostezar, no renegueis de mí. Justo Sierra y Olavarría son responsables de este *croniquicidio*.

***

No es tan fácil como parece escribir una crónica en México; cierto es que los elementos sobran, pero están circunscritamente aprovechados por esos dos excelentes revisteros que se llaman Altamirano y Gostkowski.

Las dos fases de toda crónica social hallan en esos dignos escritores, intérpretes inimitables. Altamirano, cuyo verdadero equivalente es *el hombre que enseña*, satura todas sus revistas con ese sabor ático, que heredado por el dórico Xenefonte, pasó intacto á la literatura de Lutecia, y hoy empieza á aclimatarse en España en las plumas de Blasco, Campoamor y Palacios.

Altamirano, si se nos permite la frase, *afiligrana* su trabajo: no entrega una frase al cajista que no haya sido perfectamente modelada por su pluma, que es un verdadero buril; por eso sus crónicas respiran buen gusto, por eso goza en México la fama que Leon Gozlan en Paris.

Gostkowski, el *hombre que divierte llorando*, es un legítimo hijo de Balzac; él se burla de las miserias de la vida; pero moja su pluma en lágrimas: hace reir con el llanto, y esto es un triunfo en literatura.

Si yo tuviera que escribir revistas con frecuencia, quizás y sin quizás adoptaria el género del baron.

Los que han bebido en el mismo cáliz, son trasparentes los unos á los otros.

Queda, pues, probado que entro á desempeñar mi cargo con la plena conviccion de que tendré que usurpar el estilo á los dos literatos que acabo de citar.

Supla á mi insuficiencia mi franqueza.

***

Habeis leido en esos libros que derraman el aroma de las violetas de los Alpes, cuyas páginas fueron escritas por Mery en el castillo de una góndola ó en el pescante de una diligencia, las espléndidas fotografías de la vida italiana? ¿Recordais el carnaval de Roma? ¿Verdad que la calle de Vergara retrataba fielmente, en la noche del juéves, la tradicional calle del Corso de la Ciudad Santa?

Aquellos farolillos venecianos que parecian prendidos en los broches aéreos del espacio, oscilando al impulso de las auras vespertinas, no llevaron nuestra imaginacion á esa tierra, cuna del arte, cuyo límpido cielo parece copia del vuestro? Sí; porque jamás espectáculo de mayor irradiacion hirió nuestra vista: el peristilo del teatro centelleaba de luz roja y violada; y si dabais un paso mas, ¡qué magnífica sorpresa os aguardaba! Aquello era la Arcadia con sus bancos de césped, con sus fuentes ocultas en el follaje, con su ambiente de aromas, que apenas sostenia en sus leves alas el perfume de las flores, y las notas de una orquesta cuyo eco lánguido venia á refugiarse en el boscaje de las acacias. Pero estábamos en México: sobre aquel jardin soñado por Luis G. Ortiz en una de sus mayores exigencias eróticas, ondulaban orgullosos los pabellones nacionales; ellos eran la patria viendo desfilar regocijada á todos sus hijos que, olvidando sus desavenencias políticas, iban á jurársе fraternidad aquella noche, ante el representante de la primera nacion de las Américas.

***

Entramos en el salon del baile: es completamente imposible daros siquiera un boceto de su espléndido golpe de vista: las séries de palcos aparecian como los balcones de Venecia engalanados en la fiesta de San Márcos, habíanse adornado con cortinas de finísimo tul, blancas y verdes, en el vértice de cuyos ángulos pendia una mas pequeña de co-

Digitized by Google

lor rojo, y á manera de broche romano: las lindas ocupantes de los palcos, al dejarse ver, merced á la trasparencia del tul, donde irradiaban las luces de mas de tres mil bujías, eran verdaderos arcángeles, bañados en el íris de sus colores nacionales.

La planta baja del teatro, el salon de baile, sintetizaba el buen gusto que siempre ha sido característico de la sociedad mexicana. La comision de adornos, queriendo corroborar el justo título de querubines que gozan las hijas de este paraíso, les dió por alfombra un cielo de perlas bordado de rutilantes estrellas.

A la entrada del salon dos grandes espejos simétricamente colocados retrataban el torbellino juvenil agitado por la excelente orquesta, donde se destacaba artística y simpática la interesante figura del autor de Ildegonda.

Nuestro querido amigo Benjamin Bolaños, apenas entramos al salon, nos preguntó:

—¿Ha visto vd. á la Locura?

Lo inesperado de la pregunta hizo que permaneciéramos mudos.

—Búsquela vd., continuó él.

—Pues si vd. la ve, le dije, me confieso ciego.

—Engánchese vd. á mi brazo, me respondió llevándome frente á frente de uno de los espejos de la entrada.

Mi amigo tenia razon; allí estaba la locura, pero esa locura juvenil que solo infunde temor á los papás cautelosos: la orquesta tocaba entonces un magnífico wals á dos tiempos, aquello era una danza fantástica evocada por Ossian en las montañas de Erin: torrentes de luz caían sobre aquel maelstron de parajes, que las leyes ópticas aprisionaban en la luna de un espejo para herir con mas fuerza la imaginacion.

Continuamos despues nuestro paseo: desde la embocadura del escenario ya no se distinguian las paredes; los espejos de Venecia suplian al tapiz, levantándose de trecho en trecho erguidas columnatas coronadas por balsámicos ramilletes: el número de candelabros esparcido en todo el salon, el guarismo de los quinqués, seria incalculable. Una vez en el foro, instintivamente alzamos nuestra vista; pero quedó clavada en el palco presidencial.

Allí habia dos grandes figuras: Benito Juarez y William Seward.

Los cubanos somos admiradores del segundo, pero adoradores del primero; allá en nuestro país no se habla de Juarez sino con santo respeto; diríase que los hijos de Cuba se identificaban con los hijos de México al hablar del presidente de Anahuac.

Juarez tiene que ser mas simpático que Seward para nosotros: en nuestro país más que en ningun otro punto domina el exclusivismo tropical: allí el raro descendiente que queda de la raza aborígene, muestra altivo su faz tostada y alza la frente esclamando orgulloso: Yo soy *sibonei*.

Y Juarez es el tipo perfecto de esa raza. William Seward con su finísima tez blanca y sus cabellos de plata santificados por el amor á la libertad, tiene aun en su fisonomía el acento característico de los albioneses, su mirada revela toda su inteligencia, es escudriñadora como su pensamiento; su frente inmaculada como la religion de que es ferviente sacerdote. Es el apóstol de la buena causa, auxiliado por la grandeza del talento.

Juarez tiene fisonomía mas franca, cabellera rígida como el temple de su espíritu, mirada severa, pero mas dispuesta al perdon que al castigo; su frente es morena, pero diáfana: jamás el sol de la libertad atravesó con sus rayos cristal mas límpido: y en las arrugas que la surcan pudieran leerse la historia de su amor á la patria, de su amor á la familia. Juarez es tambien el apóstol de la buena causa, auxiliado por la grandeza del alma.

Al lado de ambos quedaba un asiento vacío. ¡Quizá algun dia no lo esté! Tal vez pueda en breve el pueblo mexicano saludar allí mismo á la trinidad republicana de la América Septentrional.

***

A poco menos de medio baile sirvióse la cena, tan profusa como delicada. Nosotros, sin embargo, no podemos dar fé de ello; cuando llegamos á la mesa apenas encontramos algunas botellas vacías, alguna osamenta de pavo..... Por allí habia pasado el Attila de la *gourmandise*.

***

Cuando mas palpitada nuestro corazon embriagado por aquella atmósfera de felicidad, un sentimiento de profundo dolor vino á sumergirnos en nuestra habitual melancolía.

La orquesta preludiaba una danza, nuestro baile patrio, ese baile voluptuoso que hemos aprendido desde niños oyendo crujir las pencas del palmar al beso de las brisas de la playa, sorprendiendo al africano que canta ese dulce *areito* al *chapear* las cañas del *ingenio*. ¡Oh danza cubana, bendita seas! al melancólico son de tus notas nuestra madre nos dormió cuando niños; despues la prometida de nuestro corazon nos juró amor, lánguida de pasion al beber tu seductora melodía! ¡Oh recuerdo de la patria perdida, bendito seas!

Y una lágrima candente como una gota de lava rodó por nuestras mejillas.

Nuestro excelente amigo, mejor nuestro hermano Francisco Alegre, haciéndonos dar un paseo por los corredores, distrajo con su carácter decidor nuestro legítimo pesar.

***

Y ahora llegamos á lo mas delicado de nuestra empresa: siguiendo una costumbre vulgar, que siempre hemos criticado, es indispensable hacer una letanía de nombres y otra letanía de trages, usurpando así sus derechos á María del Pilar Inés de Marco ó á la baronesa de Wilson.

A trueque, pues, de merecer un reproche de nuestras lectoras, renunciamos á ese trabajo.

Digitized by Google

Por que si esta pobre revista fuera susceptible de modificacion, ¿la recibiria acaso con decir nosotros que Virginia justifica su nombre con el candor de su mirada, que Soledad es régiamente elegante y habla el italiano con toda la *dolcessa* de una florentina, que María es cándida como una azucena, Beatriz espléndida como una magnolia, Josefa angélica como la Fornarina, que Irene vestia de lila, Rosa de *draperie* azul, Guadalupe de falda roja con encaje de *chantilly*, Mariana de *bullones* verdes, etc. etc.? No: confieso que ese encargo es superior á mis fuerzas; y confieso, bajo mi palabra de cubano, que no vi una cara fea, ó como diria Gioberti, negativamente bella: se entiende que hablo femenilmente: confieso además que las mexicanas tienen un pié abreviatura, émulo del de mis compatriotas; y confieso por último que me arrebata y fascina ese suave color, copia exacta del de las fresas que empiezan á madurar; no hablo por supuesto de las que rinden culto á la pintura escenógrafa.

Agregar que la *toilette* estaba á la altura de la belleza, seria inutil; añadir que la elegancia mexicana tocó esa noche á su apogeo, seria pleonástico.

***

A las seis y media saliamos del Nacional para ir al café donde el paciente lector nos ha encontrado al principio de esta crónica.

Perdon si os hemos dado gato por liebre: yo me he confesado inepto al emprender mi obra, y el fallo público siempre es mas severo con el osado que con el temeroso.

Adios, pues, y al cielo plegue que pueda otra vez saludar, como la noche del juéves, las inmensas bellezas que guarda en su seno esta concha volcánica que se llama Tenoxtitlan, legítima Georgia del continente americano.

ALFREDO TORROELLA.

LIDIA.

EN EL BAILE DE****

En medio de aquel cielo de luz y de armonía,
En medio de aquel cielo de aromas y fulgor,
Aquella frente pálida espléndida vertia
Sus mágicos torrentes de encantos y de amor.

Su negra cabellera temblando con los besos
Que daban en su espalda los rizos al caer,
Cual chorros de azabache llevaba entre ella presos
Los pálidos jazmines que el alba vió nacer.

En sus dormidos ojos donde la luz divina
Refleja de los astros y el párpado veló,
Cual ciervo moribundo en fuente cristalina
La luz de su mirada mi corazon bebió!

Dulce cual la memoria de la niñez perdida,
Triste como el recuerdo de la primer pasion,
En su divina boca vagaba entristecida
La tétrica sonrisa del noble corazon.

Cuando el rumor armónico que en ondas sonorosas
Llenando los espacios la orquesta derramó,
Ella cual blanca garza por ondas espumosas
Esbelta en las alfombras fugaz se deslizó.

Su lánguida cabeza doliente se inclinaba
Con aire melancólico, con dulce languidez;
Mientras su seno cándido nervioso se agitaba
Bajo el crespon que vela su blanda morbidez.

Su falda vaporosa mas blanca que el armiño,
Desparramando aromas entre las auras va,
Dejando ver á veces su lindo pié de niño....
¡Ay, cuánto, y cuánto encanto la gasa esconderá!

Cuando ligera cruza, relámpago celeste
Sus lindos ojos lanzan bañando al corazon,
Y si al pasar nos roza la seda de su veste,
El cuerpo desfallece de susto y de emocion.

En tanto que embriagado con su divino aliento
Llevándola en sus brazos dichoso algun rival,
Como á un ángel que cruza dormido por el viento
La mira, acariciando su cuerpo angelical....

Y yo, de pié y cruzados los brazos sobre el seno,
Matar en vano quise del triste corazon
Los férvidos latidos que de emociones lleno
Mi pecho lastimaban en cada vibracion.

Y ella pasaba, acaso, sin recordar que un dia
En un infierno hermoso de amor y de placer
Pasamos una vida que rápida corria
Y en cuya horrible llama aun hoy me siento arder.

Deleites y caricias, palabras de ternura,
Los besos de la fiebre, deliquio embriagador,
Secaron ¡oh mi Lidia! las fuentes de dulzura
En que saciamos juntos la sed de nuestro amor.

Del néctar, extinguida al fin la última gota,
Cansada ya, arrojaste la copa con desden,
Y hoy solo en tus recuerdos como un fantasma flota
La imágen deliciosa de un hombre y de un eden.

En medio hoy de tu fausto, llorosa tu mirada
En vano en los diamantes y el oro buscará
Algo que tu alma anhela y nunca en tu morada
Ni en sus brillantes muros tu alma encontrará.

Digitized by Google

Suspirarás sintiendo un lúgubre vacío
Que no llena el tesoro que miras á tus piés;
Un beso de cariño y amor, dulce bien mio,
No compra nunca el oro que por doquiera ves.

Ven, ¡ay! Cual otros dias en el ardiente fuego
Que calcinó mi pecho, que consumió tu sér,
Cual rudo torbellino tras el destino ciego
Lancémonos gozando sus filtros á beber.

Aun siento que tus ojos con su terrible llama
Incendian las cenizas que guarda el corazon,
Que se estremece al verte sintiendo que aun te ama,
Esclavo miserable de su tenaz pasion.

Que así en remotos mares y en mas remoto cielo,
Cuando lejos, muy lejos estaba yo de tí,
Como apartada estrella tras funerario velo
Los rayos de tus ojos sobre mi faz sentí.

Si tal es mi destino y tal tu negra suerte,
¿Qué nos importa el mundo, si el mundo es nuestro amor?
¡Qué importa que el deleite nos dé temprana muerte;
La muerte es solo un sueño, un sueño halagador!

¿Buscas mi mano? Siento que trémula se agita....
Rompamos la barrera que média entre los dos.
Si está ya nuestra suerte por el destino escrita,
No la aguardemos, vamos de su tormento en pos.

Dejemos nuestra vida correr como en un dia,
En un infierno hermoso de amor y de placer;
En el delirio ardiente que el alma consumia
Y en cuya horrible llama aun hoy me siento arder.

HEBERTO.

Diciembre 10 de 1869.

VICTOR HUGO.

(CONTINUA.)

Yo no creo en la fealdad absoluta, como no creo en el mal absoluto, dos cosas que se confunden. El ideal de lo feo en los tiempos pasados se llamaba Satanás. Este nombre era una especie de espada de Damocles colgada sobre la conciencia humana. De ahí esa especie de constante opresion en el aparato respiratorio de la humanidad; apenas se abria para ella un horizonte nuevo, apenas vislumbraba entre los intersticios de un cielo implacablemente pálido como el de los crepúsculos polares, un vago destello que le hablaba de libertad y de progreso, se levantaban como un enjambre de espectros negros, allá el papado, acá la monarquía; allá la hoguera de Savonarola, acá el patíbulo de Lanuza; allá el pontífice ambicioso sucediendo al César, acá el monarca ávido sucediendo al Burgrave.

La edad média es la verdadera cuna del diablo. Satanás es el hijo del sufrimiento y del miedo. De entonces viene esa protesta de la mujer que busca una aliada en la naturaleza contra aquel cúmulo de padecimientos, y que se hace *bruja*. De entonces vienen esas pinturas cargadas de demonios, y en donde los ángeles parecen cadáveres; esas iglesias góticas cargadas de animales monstruosos y llenas por dentro de misteriosas sombras y de sepulcros lúgubres y tristes. Llegó un momento en que el viejo fantasma de la Grecia, espantado en Bizancio por las bombardas de Mahomet, se refugió en Occidente; los Papas se enamoraron del Olimpo y los dioses volvieron. Leon X, ese Médicis á quien despertó Lutero de sus sueños de artista, habria de buen grado hecho grabar sobre el friso de la basílica de San Pedro: *Jovi Optimo Maximo*. Entonces aparecieron las Madonas de Rafael, y el ideal de lo bello tornó á ascender en la conciencia humana; pero era el ideal griego, no el ideal cristiano; era el ideal de los sentidos, no la vision sublime del alma.

El siglo XIX, esencialmente ecléctico, ha rehabilitado el elemento espiritual en el arte, sin disminuir en nada el tipo material del Renacimiento. Esto ya era un gran paso. Pero faltaba algo que hacer. Habia una sentenciada á muerte en todos los siglos; en la edad média, porque era la imágen del diablo; en el Renacimiento, porque era hijo de aquella Grecia que perdonó á Frinea sus impiedades en gracia de sus formas divinas: esta anatematizada era la fealdad física.

Hubo quien comprendiera que aquella era la mas horrible de todas las injusticias, porque en ella como que se complicaba la mano de Dios; parecia que la naturaleza era cómplice de un crímen. Y sin embargo, en el fondo de aquel cerebro podia arder un pensamiento, en el fondo de aquel corazon podia anidarse una pasion; y si dentro de aquella corteza satánica se encerraba una grande alma; si el monstruo por el cuerpo era un ángel por el espíritu, ¿quién podia tomar la medida de los sufrimientos de ese ente desgraciado, en choque constante con una sociedad que huia ó que reia de él?

Hubo quien la tomara. Leed *Nuestra Señora de Paris;* leed *El rey se divierte;* leed *El hombre que rie*. Nos reservamos hablar de la tercera de estas obras en un análisis especial que aquí ó en otra parte verá la luz pública; en este trabajo solo diremos brevemente lo que de las otras dos pensamos.

Sobre la primera página de *Los trabajadores de la mar*, en Febrero de 1866 escribia Víctor Hugo estas palabras:

«La religion, la sociedad, la naturaleza, hé aquí las tres luchas del hombre. Esas tres luchas son al mismo tiempo sus tres necesidades. Preciso es que crea, de ahí el templo: preciso es que cree, de ahí la ciudad: preciso es que viva, de ahí el arado y el navío. Pero estas tres soluciones contienen tres guerras. La misteriosa dificultad de la vida nace de

Digitized by Google

esa trinidad. El hombre tropieza con el obstáculo bajo la forma supersticion, bajo la forma preocupacion, bajo la forma elemento. Un triple ananké (fatalidad) pesa sobre nosotros; el ananké de los dogmas, el ananké de las leyes, el ananké de las cosas. En *Nuestra Señora de Paris* el autor ha denunciado el primero; en *Los Miserables* ha señalado el segundo; en este libro indica el tercero»

«A estas tres fatalidades que envuelven al hombre se mezcla la fatalidad interior, el ananké supremo, el corazon humano.»

Nuestra Señora de Paris comienza al espirar la edad média. Constantinopla habia caido hacia treinta años en poder de los turcos. La Biblia latina llevaba tambien treinta años de haber salido de los talleres de Guttemberg y de Faust, y el rey Luis XI hundia al pié del cadalso de St. Pol y de Jacques d'Armagnac las columnas mas sólidas del feudalismo frances.

Sin embargo, en tal momento, y como para agregar al cuadro sombrío de esa edad la luz siniestra de un incendio inmenso, la inquisicion se cebaba sobre los relapsos de una manera espantosa. La satánica invencion del predicador de la cruzada contra los albigenses aun tenia derecho de ciudadanía en Francia, y si nunca llegó á recibir allí la organizacion que en ese mismo año de 1482 le daban en España los reyes Fernando é Isabel, su papel era bastante importante para que en esa novela terrible se vea por todas partes su mano negra armada de un cadáver en cruz.

La erudicion, el retrato de las costumbres del pueblo y de la corte, los golpes de vista por sobre aquella aglomeracion de oscuridades, son admirables en ese libro; pero su parte filosófica se encierra en este gérmen inagotable de todos los grandes dramas de la humanidad: el amor imposible. De las ramas de ese árbol plantado en el infierno, cuelgan dos frutos de maldicion: Claudio, Frollo y Cuasimodo; un sacerdote y un mónstruo.

El ananké supremo es el corazon; nosotros agregamos: la redencion es el amor. Claudio Frollo en su celda de Nuestra Señora, hablando con Maese Charmolue, vió de repente que una mosca que buscaba alegremente un rayo del sol primaveral, se enredó en una gran tela de araña. El asqueroso animal, que ocupaba el centro de la tela, se lanzó de improviso sobre su víctima y la atrapó con dos de sus horribles antenas.

Maese Charmolue extendió el brazo para salvar la mosca.

—Dejadla, Maese, dejad obrar á la fatalidad, gritó el archidiácono.

—Maese, hubiéramos dicho nosotros, salvadla, dejad obrar vuestra bondad.

Sobre ese calvario, el corazon humano, está esa redencion, el amor.

Si alguna cosa concluyó al pié de la cruz, fué el *fatum* que reinaba en el mundo antiguo; esto es lo que no ha comprendido la edad-média flotando entre Aristóteles y Tertuliano: la libertad es esencialmente cristiana. El Evangelio es la mano del hijo del pueblo arrancando á la humanidad de las antenas de hierro del destino.

Hay algo superior á ese encadenamiento de sucesos que nos arroja por una vía implacable; ese algo superior es la libertad humana.

La libertad que apenas se abria paso por ese tremendo crepúsculo de la historia que se llama la edad-média. Cuatro siglos habian de pasar antes de que la palabra Ananké, escrita por un discípulo de Hermes, llegara á ser reemplazada por la palabra Amor, escrita por los discípulos de Cristo.

La fatalidad que perseguia á Claudio Frollo era la fatalidad humana; no venia del Evangelio el celibato de los clérigos, venia de Roma.

Por el otro lado estaba Cuasimodo.

Cuasimodo era la deformidad sublime.

La pintura de aquella fealdad en el libro de que hablamos, es verdaderamente un gran rasgo de inspiracion.

El poeta presenta un tipo en ese mónstruo. Cuasimodo es el parto de la edad-média, que se habia pasado muchos siglos pensando en el diablo, de aquí el hijo horrible y semejante á las visiones de la madre.

El poeta lo presenta y luego lo hace sufrir, y luego lo hace morir. Allí si no hay redencion posible en este mundo, ¿quién podia amar á aquel vestiglo? diréis nosotros.

Otra vez veremos cómo el autor ha resuelto este problema en su última obra.

La abnegacion sublime de Cuasimodo se cambia en una auréola. El sacristan de Nuestra Señora será eternamente horrible y eternamente simpático. Esa ha sido una grande obra de caridad.

¿Y quién se atreverá á reprochársela al poeta?

Aquello es maravillosamente feo; qué complacencia en aglomerar sobre esa cabeza infernal todas las repulsiones; ¡qué friamente calculada está aquella fealdad fantástica!

Sí, es cierto todo eso; pero pensad que ese no es un hombre, es la fealdad misma. Víctor Hugo no la ensalza, pero le busca el alma, y si sorprende en ella una belleza interior, ilumina con sus poéticos rayos las facciones de aquel mónstruo, y entonces todos nos compadecemos; todos habriamos querido una gota de felicidad para el heróico defensor de Esmeralda, y puesto que la fealdad existe sobre el mundo, bendecimos al poeta que la rehabilita en nombre de la belleza eterna, la belleza del alma; y bendecimos al novelista que amarra á la picota en la plaza pública al infeliz Cuasimodo, y cuando este sofocado por los insultos de la multitud, consumido por la sed, con los músculos hinchados y la lengua casi fuera de los labios de fuego, el desgraciado pide de beber, y el poeta hace subir por las escaleras del cadalso á un ángel que en medio de la multitud estupefacta presenta su cantarilla de agua á aquel moribundo, hemos sentido bajo aquellas fra-

Digitized by Google

ses palpitantes de emocion, latir la mas bella de las ideas cristianas, la redencion de todos los oprimidos, y la lágrima que rueda en ese instante por las mejillas del lector, equivale á la palma de mártir dada por los siglos al miserable sacristan de Nuestra Señora, y al pedestal de cariño y admiracion levantado por todos los buenos corazones al autor de uno de los libros mas bellos que se han escrito en este mundo.

Hablemos ahora de *El Rey se divierte:* nadie lo ha explicado mejor que su autor mismo, respondiendo al reproche de inmoralidad que se hacia al drama. Hé aquí lo que el autor escribia en Noviembre de 1832:

«La pieza es inmoral? Vdes. creen? Es por el fondo. Hélo aquí: Triboulet es deforme, Triboulet está enfermo, Triboulet es el bufon de la corte; triple miseria que le hace malvado. Triboulet odia al rey porque es el rey, odia á los nobles porque son los nobles, y á los hombres porque no tienen una joroba sobre la espalda..... Deprava al rey, le corrompe, le embrutece. Le suelta al través de todas las familias de gentiles-hombres, mostrándole sin cesar con el dedo la mujer por seducir, la hermana por robar, la hija por deshonrar..... Un dia, en medio de una fiesta, en el momento mismo en que Triboulet impele al rey á robarse á la mujer de M. de Cossé, M. de St. Vallier penetra hasta el rey y le reprocha el deshonor de Diana de Poitiers. Triboulet se burla é insulta á aquel padre á quien el rey ha arrebatado. El padre levanta el brazo y maldice á Triboulet. De aquí viene toda la pieza. El verdadero argumento del drama es la maldicion de M. de St. Vallier. Sobre quién ha caido esta maldicion? Sobre Triboulet, loco del rey? No. Sobre Triboulet que es hombre, que es padre, que tiene un corazon y que tiene una hija.»

El autor continúa resumiendo en algunas líneas el terrible drama que nuestros lectores conocen. Víctor Hugo, y este es uno de los secretos de su grandeza, tiene una muy alta idea de su mision de poeta; por eso cuando en ella se ve atacado se defiende con tanta elocuencia, porque siente que al defenderse él, defiende á la poesía moderna, á la poesía que ha hecho una de sus condiciones de vida la libertad, que ha nacido del progreso, que marcha hácia el porvenir. La poesía encerrada en una jaula en donde habia capiteles griegos y torres góticas y verde césped y sonora fuente y pájaros canoros y bellas ingratas, se extasiaba repitiendo en notas mas ó menos cadenciosas lo que ya desde Eurípides, Anacreonte, Píndaro y Homero, sabia el mundo de memoria. Polimnia se habia cambiado en la ninfa Eco; pero en el trastorno general del fin del siglo, mientras las ciencias y las artes, convertidas en águilas se lanzaban al cielo, ella se habia quedado en su jaula. En Francia y en España solo los cantos á la libertad y á la guerra se habian escapado de sus doradas prisiones; esos atrevidos viajeros del infinito se llamaban en Francia la Marsellesa, y en España las divinas odas de Quintana. Por lo demás, en ambas naciones se saboreaban los fastidiosos versos de Delille, y en España los melífluos y empalagosos versos de Melendez.

De repente un muchacho que venia de Italia se lanzó por una ventana del templo cristiano, y cantando á su Elvira huyó por los espacios; otro cuyas alas eran tan grandes que la jaula no podia contenerle se lanzó fuera de ella, y pronto una parvada de ruiseñores en libertad impregnó de armonías todos los horizontes de la Europa.

Esto se llama el romanticismo, es decir, la emancipacion.

El Rey se divierte, es una de las obras que llevan impresa mas hondamente la marca característica de la época. Las mismas grandes pasiones, el elemento trágico presentado de nuevo bajo uno de sus mas terríficos aspectos, los mismos gritos del alma, é idéntico estremecimiento del estro poético.

En este drama hay tambien un tipo de excecrable fealdad. Pero bajo la fea corteza hay tambien un corazon malvado. El autor, por eso, castiga en el padre al bufon. Y el castigo es tremendo.

En el fondo de las otras obras del autor domina la fatalidad. ¡En el de este drama, su mismo autor lo ha dicho, se ve la Providencia!

JUSTO SIERRA.

A MERCEDES.

Desplega, ángel de amores,
Tus vaporosas alas,
Y tus hermosas galas
Esparce por doquier.
Del néctar de tus labios
Perfúmese la brisa,
Tu virginal sonrisa
Aleje el padecer.

El iris irradiante
De tus divinos ojos
Alumbre los abrojos
Que encuentres en redor.
Gentil y vaporosa,
Esbelta cual la palma,
Cruzando en dulce calma
No sientas el dolor.

¡Qué bello es el instante
En que á la vida entramos!
¡Cuán puro contemplamos
Su encanto celestial!

Digitized by Google

Entramos sonriendo
Con gozo sobrehumano,
Y un ángel de la mano
Nos toma en el umbral.

¡Qué gratos ensueños poblando la mente
Arrullan al alma con grata ilusion!
Tocamos las flores que cubren la frente,
Sentimos la vida, sentimos ardiente
Latir sin pesares, con fé el corazon.

Pero ¡ah! ¿qué es la vida? desierto sendero;
No mas á la entrada las flores están;
Su esencia buscamos con gozo sincero,
Pero esos jardines que vimos primero,
Marchitos, sin flores, los ojos verán.

Tambien, niña bella, tambien yo cruzando
La senda florida do pones los piés,
Sedienta de dichas me fuí yo internando,
Lo grande, lo bueno, sin tino buscando,
Y halléme entre brumas rodeada despues!

Huyendo espantada, volviendo el camino,
Lanzaba mis ecos de acerbo dolor;
Y en playas desiertas me tiende el destino
Su mano potente, que sigo sin tino,
Vagando á la orilla del mar bramador.

Montañas gigantes las olas alzaban:
Mis cantos se ahogaron, mi voz no se oyó;
Mis tristes lamentos al cielo llegaban,
Las ondas del agua mi faz azotaban,
Mi dicha de jóven por fin se perdió.

En vano he buscado los bellos pensiles
Do el ángel de guarda miré sonreir;
En vano he deseado mirar los abriles
Que flores lozanas brindábanme á miles
Y músicas suaves y luz de zafir.

No vuelven; se alejan por siempre en la vida:
Por eso, detente.... no avances, Merced;
Que el agua que hoy baña la senda florida,
Amarga se torna, y ya descreida
El alma sin fuerzas sucumbe de sed!

María del Cármen Cortés.

HUMORADAS DOMINICALES.

México, Diciembre 10 de 1869.

Son las cinco de la mañana, y salgo del baile ofrecido por el gobierno á Mr. Seward. Por eso comprendereis, amigo lector, que un hombre que ha visto durante siete ú ocho horas, saltar, ya sobre un pié, ya sobre otro á sus semejantes, debe tener el ánimo ligeramente trastornado.

El baile, á pesar de ser una cosa muy agradable, no deja de tener su originalidad, y considerándole con sangre fria, produce una sonrisa en los labios mas serios. El baile reduce (¿acaso no es eso un bien?) las grandes personalidades de este mundo á proporciones mas humanas. El rey David, por ejemplo, ha perdido para mí una gran suma de su prestigio, desde el dia en que bailó un frenético *can-can* alrededor del arca y en compañía de la hermosa señorita Michol, que no era su esposa legítima. Ese gran poeta-rey, que ha escrito estrofas tan bellas, tenia dos debilidades que no eran igualmente inofensivas: el baile; y una amistad demasiado expresiva con las esposas de sus íntimos: ¿quién podria afirmar que esa segunda debilidad no era consecuencia de la primera? ¿Quién podria decir que no fué el resultado de un baile, el que hizo célebre á Urías entre los maridos predestinados y le puso en la misma senda que Menelao ó el sire de Franboisy.

Pero ¿dónde diablos tengo la cabeza? Se trata del baile y no de los infortunios conyugales del marido de la bella Elena. Y bien, el baile como baile, ha sido espléndido; tres mil velas, sin contar las lámparas, derramaban torrentes de luz sobre un número igual de personas de ambos sexos. Aquí abro un paréntesis, porque cronista fiel, debo confesar que las tres mil velas no se limitaban á derramar torrentes de luz, sino que tambien dejaban correr largos arroyos de estearina sobre las espaldas de los concurrentes, dibujándose sobre las casacas negras, por ejemplo, arabescos tan caprichosos como desagradables.

El adorno de la sala era muy hermoso y hace mucho honor á su principal ordenador el Sr. López Meoqui. El palacio se habia despojado, en provecho del teatro, de sus mejores bronces y de sus mármoles mas notables; se notaban, sobre todo, los espléndidos candelabros japoneses legados por el imperio á la república. Esos candelabros son, para mí, circunstancias atenuantes en favor del régimen imperial.

Muy seguro estoy que mi leal adversario D. Niceto de Zamacois no ha podido reconocerse en esa ola de gasa, en esas cascadas de rizos, en esa nube de polvo de arroz. ¿Quién podria detallar una *toilette* en medio de ese flujo y reflujo permanente de polizones y de colas de seis varas de largo? Era para causar vértigos. Un amigo mio, á quien el amor á la estadística no abandona ni en un baile, ha calculado que los rizos, las castañas, las trenzas, etc., etc., que decoraban las cabezas de la mas be-

Digitized by Google

lla parte de la humanidad, podrian formar el cargamento de un wagon del camino de fierro de México á Puebla! Si compadezco á los maridos, felicito por ello á los peluqueros.

Se notaban, sin embargo, algunos tipos en medio de esa turba condenada á la diversion. En primer término citaré una niña vestida á la griega (época de la decadencia). Llevaba, en efecto, una túnica blanca que se detenia en el tobillo, y una banda color de rosa que principiaba en la espalda. Su peinado, en fin, recordaba á la *Lucía* (escena de la locura); todo eso formaba un conjunto original si no hermoso. Venia despues una gruesa mamá con con bata de *piqué* blanco y vueltas rojas; cuando bailaba, el piso temblaba y gemia de un modo tan inquietante, que á cada rato era de temerse un cambio de vista no anunciado en el programa. Dos jóvenes veracruzanas, vestidas de azul y peinadas á la Norma, han seducido con su modo de bailar la habanera, á todos los Poliones que se encontraban en el baile (y eran numerosos): al ver esa *morbidez* en sus caderas, he comprendido muchos de los misterios que encierra una habanera ..... (*Honni soit qui mal y pense.*)

El aspecto de la cena antes del primer asalto era soberbio; pero despues de él, qué espectáculo! ¡Cuánta ruina, gran Dios! Los pasteles presentando sus costados abiertos, parecian baluartes batidos en brecha: las galantinas hacian el efecto de bastiones minados por la zapa, y las piezas montadas que pocos momentos antes se erguian orgullosamente en la mesa, simulaban la torre de San Agustin en Puebla. Para aumentar mas la analogía de mi comparacion, las largas manchas de vino rojo sobre los manteles, semejaban charcos de sangre sobre un vasto campo de nieve. Los víveres faltaron al fin, muchos no tuvieron para llenarse mas que un esqueleto de pavo ó un detritus de jaletina. Si lo sólido andaba escaso, peor era con lo líquido. No se puede, no obstante, hacer un reproche á los organizadores de la fiesta, pues no exagero asegurando que eran mas de 3,000 personas las que quisieron convencerse del mérito culinario de la dinastía de los Omarini.

En la cena fuí uno de los favorecidos entre los favorecidos. La jóven que tenia el honor de acompañar á la mesa, era esa deliciosa niña que bien conoceis. Verdadero tipo Luis XV y retrato fiel de esa primorosa marquesa de Fontanges que ha dado su nombre á uno de los mas lindos y originales tocados. Mi hechicera marquesita tiene una hermana, y entre las dos, los encantos de las tres gracias y el talento de las nueve musas se dan una cita perenne.

A las cinco de la mañana algunos intrépidos valsaban todavía, pisando un suelo sembrado de despojos de vestidos y de flores marchitas. La aurora entreabriendo con sus dedos de rosa las doradas puertas del Oriente, hizo retirar los últimos supervivientes de esta fiesta internacional que dejaba largos y gratos recuerdos.

G. Gostkowski.

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

XIX

El porvenir.

Por su parte Fernando se pasó gran parte de la noche pensando en los incidentes que acababan de ocurrirle y que parecian influir definitivamente en su destino.

El nuevo amor ocupaba de una manera absoluta su corazon, y habia sucedido al jóven lo que siempre sucede á los que no han amado ni han sido correspondidos nunca: que aquella mujer que se habia mostrado mas cariñosa con él y que casi le habia confesado su predileccion, era la que él preferia ahora, la que él adoraba, la que encerraba para él toda su esperanza y toda su felicidad. No hacia sino pocas horas que le habia revelado el estado de su alma, y ya le parecia que habian trascurrido años de pasion y de ternura. Los amantes no miden la vida del alma por el tiempo.

El amor á Clemencia habia llegado á su plenitud en el corazon de Fernando.

Ahora, apenas acabado de salir del aturdimiento que le habian producido las emociones que habia experimentado esa noche, se puso á pensar en el porvenir de ese amor tan repentino como poderoso: El amaba á Clemencia, y era correspondido segun lo daban á entender las ardientes palabras de la jóven. Pero él era soldado en el ejército de la República, los franceses se dirigian á Guadalajara, y era mas que probable que nuestras tropas iban á dejar esta ciudad para ocupar posesiones ventajosas del otro lado de las *Barrancas*. Así, pues, él tendria que salir de Guadalajara dentro de algunos dias, y entonces ¿qué iba á ser de Clemencia? ¿Se quedaria en la ciudad y entre los franceses? Este pensamiento desesperaba á Fernando que conociendo ya perfectamente el carácter de la jóven, y sabiendo que era reputada como una de las mujeres mas hermosas y distinguidas de Guadalajara, temia, y con razon, que á los pocos dias de ocupar el ejército invasor aquella ciudad, ya Clemencia tuviese un nuevo capricho y olvidara completamente al oscuro oficial mexicano.

Y esto era tanto mas seguro, cuanto que él, Valle, no contaba para hacerse amar de la *Sultana* como la llamaba Enrique, con ninguna ventaja, ni con las físicas de que tan pródigamente estaba adornado su amigo, ni con las que dan una intimidad de mucho tiempo, el atractivo de la fortuna ó el prestigio de la victoria.

Todo lo tenia en contra. Si se sentia con alguna superioridad moral; si poseia las grandes dotes del corazon, estas dotes no se habian manifestado

Digitized by Google

todavía, y permanecian desconocidas á los ojos de la mujer amada, que bien podia dudar de ellas. La situacion de los oficiales de la República no era tal que pudiesen envanecerse de ella. Desde el heróico sitio de Puebla, en el que como he dicho habia tomado parte Fernando haciendo prodigios de valor, nuestras tropas no hacian mas que retroceder, y los enemigos avanzaban por donde quiera. Verdad es que la adversidad es un atractivo para las almas generosas; pero ni ella era tan grande todavía para que un soldado republicano pudiese aspirar al título de mártir, que tanto interes dá al partidario desgraciado, ni era de suponerse que puesta frente á frente la situacion de Fernando con la victoriosa de cualquier oficial frances, aquella pareciera mas fascinadora para el alma de una mujer que parecia idólatra de la gloria, como la de Clemencia.

Así, pues, los pensamientos que se levantaban en tumulto en el espíritu del jóven oficial, le aterraban, y un sentimiento de desesperacion se apoderaba luego de él.

Ni se atrevia á suponer siquiera por un momento que Clemencia saldria de Guadalajara á la llegada de los franceses. Era demasiado rico su padre y tenia bastantes intereses en aquella ciudad para que pudiera razonablemente esperarse que los abandonara á merced de los invasores, y aunque se hallaba reputado como patriota, esa reputacion no era tal que le obligase á aceptar los peligros de la campaña y las consecuencias inevitables de los reveses.

Era necesario ser muy patriota, excesivamente patriota para abandonar las comodidades de una vida opulenta y lanzarse en union de la familia á esa vida azarosa y llena de privaciones, que era la única que se presentaba en perspectiva á los ojos de los buenos mexicanos.

Decididamente el padre de Clemencia no saldria de Guadalajara, y habia que resignarse á la idea de dejarla en esta ciudad; y como en tal caso habia que renunciar á la esperanza de ser amado, Fernando, aunque con una amargura indecible, se resignó á perder todo aquel mundo de felicidad que no habia hecho mas que entrever esa misma noche, en un momento de embriaguez y de esperanza.

Y Fernando á cada uno de estos pensamientos mortales sentia desfallecer su corazon, porque comprendia tambien que su amor crecia por instantes, y que lo que antes no habia sido mas que una ilusion pasajera, se habia convertido ya en una pasion ardiente é inmensa.

No habia remedio para él. Se hallaba colocado entre sus deberes de patriota y de soldado y entre sus esperanzas de amante. ¡Primeras esperanzas que habian iluminado el oscuro cielo de su vida y que era necesario sacrificar! Porque el austero jóven no vacilaba un momento en preferir la patria á su amor y en consagrarse todo entero á la defensa de su país.

Si habia algo que le consolara en medio de este caos de desesperacion en que sus pensamientos le arrojaban, era la remota posibilidad de que Clemencia, por un rasgo de su carácter romanesco, permaneciese fiel á su amor durante la guerra que iba á seguirse. ¡Qué encantos tendria entonces para él la terrible lucha que iba á emprenderse! Además de la gloria del soldado, la gloria del amante, la idea de que hubiese una alma que pensase en él, que sufriese en sus adversidades, que se regocijase en sus triunfos, que suspirase por su vuelta, que odiase á sus enemigos, que conservara escondido, pero ardiente, el culto de la libertad, por el que él iba á combatir.

Esto era la dicha, esto era la reproduccion de aquellos amores de los tiempos caballerescos en que mientras el guerrero luchaba por su patria y por su fé, su amada le animaba á lo lejos con sus palabras de amor, y le guardaba una fidelidad que era el premio de sus penas y de su valor.

La bandera de la patria tendria entonces para él un símbolo mas que idolatrar: el de su amor.

Fernando no quiso renunciar á este último y dulce pensamiento, y ya muy avanzada la noche se recostó en su cama de campaña, no sin besar primero y repetidas veces la hermosa flor que Clemencia le habia dado, y que iba á ser de allí en adelante un talisman sagrado que no se apartaria jamás de su corazon.

¡Si el pobre oficial hubiera podido escuchar las últimas palabras de Clemencia esa noche, cuánto no habria sufrido, y cuán espantosa no le habria parecido la vida, y cuán aborrecible ese mundo en que suele matarse á un hombre con una sonrisa pérfida!

XX

Confidencias.

Tres dias despues Isabel vino á casa de Clemencia y se precipitó sonriendo en los brazos de su amiga, á quien halló pensativa y triste.

—¡Qué feliz soy, hermana mia, qué feliz soy! le dijo.

—Lo veo en tu semblante, Isabel, lo creo..... ¡Conque te aman!.....

—Y amo como una loca, como nunca he amado, como nunca pensé que podria amarse.

—Vamos, dí, ¿qué ha pasado? Enrique te ha dicho.....

—Que me adora, que no ama á nadie mas que á mí; que no ha dejado á nadie en México, y que la guerra no será un obstáculo para que yo sea su esposa.

—¿Tan pronto así va?.....

—Y ¿qué menos pronto podria ir? ¿Pues acaso no se ama uno para eso, para no separarse jamás?

—Pero, niña, ¿es que se conoce uno hoy, para casarse pasado mañana? ¿Ese caballero cree que se da una palabra de matrimonio como se dice una galantería?

—Pero, Clemencia, tú me entristeces; si me ha

Digitized by Google

declarado su amor antes de ayer, te parece monstruoso que me hable de union eterna cuando se ha convencido de que le amo tambien? ¿Qué tiene eso de particular? mas bien dicho, ¿por qué no habia de ser así?

—No digo yo que sea monstruoso, pero me parece el caballero Flores demasiado calavera para aventurar una promesa tan pronto, con intencion de cumplirla. Eso, si no es una suma vulgaridad, seria una cosa muy rara. Hay hombres, como él, que emplean esa palabra con todos sus galanteos, y esos decididamente son libertinos vulgares, muy vulgares. Si Enrique la usa por costumbre, es preciso convenir en que no es tan superior como yo le habia creido. Si no es así, es preciso que esté muy enamorado, y entonces hay que creerle; pero te lo repito, es extraordinario, es prodigioso.

—Clemencia, me haces mal con tus palabras; ¿por qué estás tan cruel hoy?

—No, niña, no quiero hacerte mal, quiero precaverte; estás enamorada, tienes una confianza ciega, y yo te digo: Isabel, no creas tan fácilmente.... nada engaña mas que el corazon enamorado..... por eso es preciso dejar que hable un poquito la cabeza. Tú eres una niña inocente y buena, nunca has amado, no conoces á los hombres, y menos á los hombres como Enrique. Si tú das entero crédito á sus promesas, corres el peligro de comprometer demasiado el corazon en un juego terrible: despues te moririas al primer desengaño, y esa alma tan feliz hoy y tan tranquila, se convertiria en un instante en un infierno de tormentos..... Ama, hija mia, porque esa es la dicha, y sobre todo, porque no amar no depende de tí; pero piensa un poco y no concedas tu amor sino con muchas reservas: más tarde irán desapareciendo, pero será despues de que te hayas convencido de la sinceridad con que te aman. ¿Conoces acaso á Flores? ¿Sabes tú si no es lo que te figuras, un hombre caballeroso y leal, sino un seductor afortunado que sabe hacer la comedia del amor perfectamente? Si fuese Valle, te diria yo: Querida mia, no tengas miedo; hé ahí la sinceridad, se le conoce en su mirada y en su modo de hablar. Los hombres encogidos como él, cuando se deciden á declararse, tiemblan, sus ojos se llenan de lágrimas, tartamudean algunas palabras torpes.... pero puede creérseles..... toda esa timidez revela la pureza de un sentimiento que no saben fingir..... Pero los hombres como Enrique, son abismos en los que es difícil adivinar lo que hay.

Isabel palidecia y lloraba.

—Calla, Clemencia! ¿no ves que me estás matando? ¡Y yo que creia encontrar en tus palabras animacion y esperanza; yo que creia que ibas á gozarte en mi dicha, que tu corazon iba á responder con sus palpitaciones cariñosas, al mio que se siente enfermo de amor..... te encuentro así, cruel, amarga y llena de sospechas! ¿Es que me aborreces ya? ¿Es que no quieres que yo le ame?

—¿Querer yo eso, Isabel mia? Y ¿por qué lo habia yo de querer? Mi amistad no merece tales reproches; eres mas que mi amiga de la infancia, mi hermana: perdona si con decirte eso te he hecho sufrir; pero, mira, yo conozco mas el mundo, siquiera porque menos enclaustrada que tú, he tratado con mas frecuencia á los hombres. Bien sabes que he adquirido fama de coqueta, y bien sabes tambien que con injusticia. Es que he juzgado prudente no confiarme. El corazon no debe darse sino como precio de un amor probado mil veces. El que resiste á estas pruebas y sale airoso en ellas, ese es el merecedor de nuestro cariño. Pero amar en tan breves instantes, es jugar la vida. Yo no he derramado todavía una lágrima arrancada por el desengaño. Pero tengo miedo de derramarla; me parece que con ella perderia la mitad de la fuerza con que hoy me siento: me parece que con la primera lágrima de dolor se derrama la sávia de diez años de existencia.

Por lo demás, ama á Enrique; pero ni le creas todo lo que te dice, ni le digas todo lo que sientes. Serás su esposa; pero siquiera aguarda á saber quién es, de dónde viene y qué ha hecho. Los *mexicanos* nos juzgan á las provincianas mas candorosas de lo que somos, y educados en una sociedad menos franca que la nuestra, abusan de su destreza para engañar, seguros de sus triunfos fáciles. Te repito que si se tratara de Valle no seria ni tan severa para juzgarle ni tan suspicaz para creerle.

—Y á propósito de mi primo, él está enamorado de tí locamente, ¿no es esto?

—Así parece. Ayer ha venido, hoy tambien, me devora con sus miradas; hay algo de delirio en esa pobre alma, y te aseguro que no ha amado jamás como hoy.

—¿Y tú le quieres?

—Te parecerá raro; pero creo que sí. Sin las ventajas de Enrique, tiene en cambio un noble corazon que se revela en todas sus acciones, una inteligencia admirable y una inocencia de niño. Le dí una flor antes de anoche, ya lo sabes: pues bien; la guarda junto al corazon, la adora, y la besa con locura. Hoy le dí mi retrato y le puse una dedicatoria que le ha trastornado. ¿Lo crees? Se ha atrevido á besarme una mano; no pude incomodarme por esta libertad; ¡me ama tanto!..... y yo le voy queriendo tambien..... ¿Y por qué no habia de hacerme feliz el amor de un alma tan generosa y tan elevada?

—Clemencia, estás enamorada!

—No seria difícil, ya me conoces, soy original en mis ideas. No he amado nunca, porque no he encontrado jamás el alma á la altura de las cualidades físicas, y seria triste para mí amar una bella estátua: ¿pues no hay ya bastante belleza con la de la mujer? Yo busco en el escogido de mi corazon, la fuerza, la energía, la inteligencia y la elevacion de sentimientos: todo eso he creido entrever en Fernando. Hasta hoy, no sé enteramente si es mi ideal, porque menos confiada que tú, no acepto tan fácilmente á un desconocido. Creo en su talento, porque eso se revela desde el primer instante; pero aun no conoz-

Digitized by Google

co ni su valor personal ni la generosidad de sus acciones. Así es que me reservo. Mira; no le amo aún; pero si cualquier suceso me hiciese conocer de una manera indudable las grandes dotes que le supongo, le amaria con toda mi alma, le adoraria y procuraria hacerle dichoso con toda la pasion de que una mujer es capaz.

Nada habria en el mundo que me detuviera para ser suya; ni la fortuna ni la gloria tendrian para él mas tesoros que los que podrian ofrecerle mi amor ardiente y mi ternura inmensa. ¡Feliz el hombre á quien yo ame, Isabel, porque le amaré como no se acostumbra amar hoy, como es difícil que se ame en el mundo! ¿Y ya me ves tan altiva, tan desdeñosa, tan exigente? pues te aseguro que seria yo una mujer humilde, una pobre esclava que estaria pendiente de sus ojos para complacerle, y una leona para disputar su amor..... la muerte misma me pareceria dulce recibida de su mano.

—¡Clemencia!.... nunca te he oido hablar así... me encantas y me causas terror!

—Oh! te causo terror porque tú eres dulce y tímida, porque tu amor es una lágrima de ángel... mi amor seria una llama devoradora, un volcán. Pero tranquilízate..... no amo todavía así á tu primo. Más tarde le amaré quizás..... pero falta mucho para eso. Seria preciso que un grande rasgo del corazon, una cosa extraordinaria me hiciese admirarle, y entonces no habia necesidad de mas, le amaria. Yo soy de esas mujeres en quienes el amor entra por las puertas de la admiracion. Me parece difícil que llegase á apasionarme de un hombre sin admirarle primero; desdeño lo vulgar, y me siento capaz de amar toda mi vida á un mártir que hubiera perecido en un cadalso, y de convertir su memoria en un culto perpetuo; así como me parece imposible querer á algun pequeño hombre á quien la fortuna elevase sin merecerlo á la cumbre del poder, ó á otro á quien la suerte caprichosa hubiese dotado de riquezas, ó al triste mortal que no contara mas que con el atractivo vulgar de una hermosura de Adónis, solo buena para decorar mi jardin ó para ocupar un lugar en mi aparador de juguetes.

—Pues bien, Clemencia, justamente se acerca la ocasion en que podrás experimentar el alma de Fernando..... la guerra que va á seguirse tal vez le dará oportunidades de darte á conocer su valor y su temple.

—Bien pensado: no es el valor vulgar el que me fascinaria..... valientes hay muchos, en nuestro país sobran, y desde el soldado raso hasta el general hay para admirar á todos... Si Fernando no fuera mas que un oficial atrevido, poco habria adelantado en mi corazon. Pero tú sabes que hay acciones que sobrepasan la esfera de lo comun; yo no sé precisamente lo que quiero, no acierto á expresarte mi pensamiento..... se me figura que un proscrito perseguido por todo el mundo, un mártir, un hombre que subiera al cadalso por su fé y por su causa, abandonado de todos, hasta del cielo..... ese seria el hombre á quien yo amase..... y me hago la ilusion de arrebatarle de las gradas del cadalso, de ser yo su libertadora y de llevármele conmigo para hacerle sentir el cielo, despues de haber pisado los umbrales del infierno. ¡Qué quieres!.....soy así..... hay mucho de singular en mis deseos y en mis ideas.

—Sí, verdaderamente, y me espantas.....un condenado á muerte!.....á nadie le ocurriria, te lo juro ..... apuesto á que te has enamorado de algun héroe de novela.

—Leo pocas, ya lo sabes, y las que he leido no tienen condenados á muerte. Es una idea mia nada mas.

—De suerte que mi pobre primo tendria que hacerse coger prisionero por los franceses y conducir á Guadalajara y fusilar en la plaza para que tú le amases despues.

—Puede ser que no lo lograra simplemente con eso, Isabel. Yo te digo que no sé lo que quiero precisamente; pero quiero la desgracia, y la desgracia emanada de un grande rasgo del corazon.

—Amor imposible entonces.

Muy difícil de todos modos, querida mia, dijo Clemencia suspirando y quedándose un momento pensativa.

(Continuará.)

LA CABALGATA DEL LEON.

FREILEGRATH.

El leon es el monarca del árido desierto;
Cuando su imperio quiere violento recorrer,
Desciende á las lagunas do vienen las gacelas
Y bajan las girafas para apagar su sed.
Se esconde entre los juncos, y el verde sicomoro
Parece estremecerse, su majestad al ver.

De noche, cuando brilla la luz en la cabaña
Del mísero hotentote, cuando los cafres van
Errantes por las selvas, y el monte y la llanura
Confúndense cubiertos por densa oscuridad,
Y sobre el verde césped reposan los antílopes
Y junto á los arroyos el niú tranquilo está;

Entonce la girafa saliendo majestuosa
Del árido desierto, jadeante de calor,
Se acerca á las lagunas, refresca allí su lengua
Que en medio á su carrera la resecara el sol;
Sedienta se arrodilla buscando con el cuello
El agua menos turbia que apura sin temor.

Agítanse las cañas que ocultan á la fiera,
De la girafa al cuello violenta salta ya....
¡Corcel mas asombroso! ¿Se vé quizá un monarca

Digitized by Google

Que tenga en sus establos caballo tan real,
Que tenga una mantilla que pueda compararse
A aquella en que ginete la augusta fiera va?

Le clava entre la nuca los dientes afilados,
La corva garra aferra al flanco del corcel,
Se mira sobre el lomo flotante la melena
Del rey, y la girafa gimiendo echa á correr.
Mirad allí adunados el paso del camello
Y del leopardo altivo la dibujada piel.

Mirad cómo sus plantas apenas van rozando
La yerba que los astros iluminando están.
De sangre gotas negras su esbelto cuello surcan,
Parece van sus ojos de la órbita á saltar.
Y en medio del silencio del páramo infinito
Se apagan los latidos del mísero animal.

Así como la nube que condujera un tiempo
Atravesando Yemen al pueblo de Israel;
Cual vaporoso espectro nacido en las tinieblas
Que en medio del desierto se ve negro cerner,
De polvo un torbellino del mar de arena sube
Que vuela y que se agita tenaz tras el corcel.

Y el buitre codicioso volando va tras ellos,
Les sígue la pantera rugiendo con furor,
La hiena abominable que ni las sacras tumbas
En gula inalterable su garra respetó,
Siguiendo va su huella porque sudor y sangre
El rey é su caballo dejando van en pos.

Contemplan admirados en su viviente trono
Al rey de los desiertos, despedazando está
Los regios almohadones en que su cuerpo apoya.
Le tiene su caballo violento que llevar
Hasta caer exhausto. ¡En vano encabritarse!
De nada sus esfuerzos contra él le servirán.

En el desierto cae rendida y extenuada;
Se escucha roncamente gimiendo á la infeliz,
Y entonce, aunque cubierta de sangre, arena y lodo,
Le sirve á su monarca de matinal festin.
Madagascar al fondo se mira iluminado.
Su imperio en una noche recorre el leon así.

R. DE ZAYAS ENRIQUEZ.

Medellin, Febrero 1869.

LAS OBRAS DE CATEDRAL.

Causan verdaderamente compasion las que se están ejecutando en dicho templo. Enverjados de hierro raquíticos que se ven tanto mas ruines cuanto mayor es la grandiosidad del templo; los elegantes arcos de las capillas embadurnados de cal, encubriendo con esa máscara ridícula el bello color apastillado de la cantera y quitándole el severo aspecto que corresponde á un templo de la majestad del nuestro. Mas en cambio, el entarimado sucio que cubre su suelo, seguirá en lo sucesivo contrastando con la buena obra material del edificio; el coro con sus adefesios, continuará interceptando la vista de la nave principal: no se procurará que los discípulos de la Academia de bellas artes restauren la pintura de Jimeno, destruida en partes, que cubre la hermosa cúpula. La catedral, á no ser que se quiera convertirla en otro San Pedro de Roma, teniendo para ello los elementos necesarios, cosa que dudamos, de poco necesita: limpieza y hacer desaparecer los defectos capitales que, á fuer de hombres que tenemos la gloria de vivir en el siglo XIX, aunque no de inteligentes, hemos indicado. Los templos, así como los teatros, revelan el grado de civilizacion de un pueblo; de ahí viene que los viajeros visiten ante todo esos monumentos, y nosotros como mexicanos deseamos no se nos juzgue mal. Procuremos no desperdiciar los pocos elementos con que contamos para *las mejoras materiales*. Si se escuchan nuestras indicaciones por quien corresponde, mucho placer recibiremos por ello; de lo contrario, habremos cumplido como amantes del buen nombre de nuestra patria, haciendo las observaciones que nos dicta el entusiasmo por lo bello, y ellas serán siempre una protesta contra los insultos que se prodigan á las bellas artes con las obras que se están ejecutando en la Catedral y el Sagrario.

A CUBA.

Tierra de amores esclavizada,
Indica vírgen que el blanco pié
Del mar bañase l'agua argentada,
Coral llevando, perla y carey.

Lánguida vagas por tus palmares
Rota la triste frente espectral,
Tintos en sangre viendo tus mares
Que en sangre tiñen tu pié al bañar.

Si hoy te encadenan, y los dolores
Su garra te hunden sin suspirar,
Libre mañana verás las flores
Y entre tus palmas el sol brotar.

L'ave que á extraños sitios se interna,
Si la esperanza nunca perdió,
Cuando le quedan plumas que cierna,
Vuelve á la tierra donde nació.

Digitized by Google

¡Cuba, gaviota del mar bravío
Que en otro tiempo quiso tragar
La gente ibera con su navío
Antes que verte sacrificar!
¡Tender sus aguas de espuma llenas
Sobre tu vírgen tierra vernal,
Antes que el ruido de tus cadenas
Tener con tumbos que sofocar!
¡Cuba, gaviota del océano
Que los derechos del hombre amó,
Y de este mundo privó al tirano
Mientras la ciencia no se lo dió!
Tú que del cuello l'argolla arrancas
Y plumas pides para volar,
Cuba, aun te quedan blancas, muy blancas
Remeras grandes que desplegar.
Rompe la nube de horror sombría
Que no te deja ni respirar,
Rómpela y álzate! Dios te sonria,
Y dé á tus hijos la libertad.
Que oír rugiente látigo rudo
Sobre el esclavo pulmon caer,
Y, encadenado y el labio mudo,
Ver del esclavo sangre correr;
Amar del ave libre las alas,
Querer los mundos libre cruzar,
Y ver cadalsos, grillos y balas
Para quien ama la libertad.
¡Cuba!.... ¡la muerte, si no está escrito
Que tus cadenas puedas romper!
Vida infelice la del proscrito,
La del esclavo siempre ha de ser.
Viejos soldados los de la España
Tu águila ardiente no abatirán;
Si la fortuna tu sol empaña,
Cuba, los mares te sorberán.
Y erguida el ave de nuestra enseña
Traerá á mi patria tu pabellon,
Que embravecido sobre una peña
Del mar vomite negro turbion.
¡Ay! y suspiras, y de tus ojos
Empaña el llanto la claridad;
Tiemblas, y muerdes tus labios rojos
Que en sangre suya tintos están!....
Lánzate al campo de los combates,
Clava en la tierra tu pabellon,
No retrocedas, y sus embates
Paga al contrario con destruccion.
Lánzate, y ruda, terrible carga
Den tus soldados al combatir,
Y al estampido de la descarga,
Si no dominas, muérete allí!
Sangre y entrañas despedazadas,
Gemidos tantos, tanto estertor,
Son las tormentas desenfrenadas
Que un sol te anuncia de redencion.
Lidia sin tregua con los tiranos,
Rompe la negra dominacion;
¿Qué harán los cielos americanos
Sin la cubana constelacion?
Lidia y sé grande; si los dolores
Hoy te devoran sin suspirar,
Libre mañana verás tus flores
Y entre tus palmas el sol brotar.

AGUSTIN F. CUENCA.

México, Diciembre 6 de 1869.

REVISTA TEATRAL.

Mi amigo el organista me ha enviado ya la prometida epístola contestando á los dos artículos con que el Sr. Zamacois se sirvió favorecerle (y á mí por concomitancia), sobre la crítica de una zarzuela de Barbieri. Mas como en dichos artículos hubo de hacer el Sr. Zamacois á mi amigo algunas preguntas, y el buen viejo se precia de complaciente, tan prolijo anduvo en el responder y tan largamente plumeó, que no es posible dar cabida á su escrito en las dos páginas que *El Renacimiento* pone á nuestra disposicion. La amabilidad de los redactores de la *Opinion Nacional* vino á sacarnos de apuros, ofreciéndonos para el efecto las columnas de su diario, en las cuales verán un dia de estos la carta del organista, aquellos lectores á quienes haya interesado la polémica.

Ha comenzado ya sus trabajos en el teatro Nacional la compañía que dirige Eduardo Gonzalez, con tan buen éxito, que de las dos funciones habidas hasta el dia en que esto escribo, ha quedado el público justamente halagado y satisfecho.

Eligióse para la inauguracion de la temporada el drama de costumbres titulado *Virtud y libertinaje*, que en cuatro actos y en prosa escribió el poeta español D. José M. Diaz. Considerada la obra en sus detalles, merece una calificacion honrosa; buena combinacion en el plan, habilidad en el trazar, desenvolver y contrastar los caractéres, oportunidad en las situaciones, profundos y morales pensamientos, elegante y correcto lenguaje, tales son las bellezas de la obra, y á ellas debe el que la primera impresion sea grata al espectador, como que le interesa y conmueve; pero cuando terminada la representacion entra el ánimo en la reminiscencia de lo que ha visto, que es como una especie de análisis ligero, echa de ver que algo falta, que algo quedó vago y sin explicacion: quién dice que la accion peca de sencilla, quién que de lánguida; este halla violento el desenlace, aquel sobrado largos los razonamientos; todos, por fin, notan tal cual vacío que al pronto no aciertan á explicarse. Un exámen mas detenido aclara las dudas.

Una obra dramática viene á ser una peroracion en la cual se intenta probar la verdad de un pensamiento, de una máxima filosófica ó moral que le sirve de tema; si los hechos van en el drama encadenados lógicamente, de tal manera que al final resalte espontánea y clara la sentencia propuesta, ó sea la *moraleja* como suele llamársele, el ánimo queda persuadido y satisfecho, con tal que además se le haya conducido á la conclusion por un sendero halagüeño y florido. Si se pregunta cuál es el tema de *Virtud y libertinaje*, dificúltase la respuesta, por cuanto no le tiene; y no es ciertamente porque en la obra falten pensamientos profundos, útiles, de alta moralidad; abundan por el contrario, y á cada paso, pero diseminados, sin íntimo enlace, sin con-

Digitized by Google

vergencia á un centro comun; hay la variedad, pero falta la unidad, la unidad que instintivamente solicita el espíritu humano. El pensamiento dominante de este drama es tan vago como su título: *Virtud y libertinaje*. La obra, sin embargo, está muy lejos de ser mediana; la obra merece justamente llamarse buena, y ese vacío que el público le nota y que depende solo de la falta de unidad sintética, proviene, en mi concepto, de que el autor buscó antes el interes llamado *personal*, es decir, el que inspiran de por sí los personajes, que el de *accion*, esto es, el que excita la marcha de los acontecimientos. Tomó de la sociedad contemporánea diversos caractéres, virtuosos los unos, perversos en distinto grado los otros: Leoncia, la mujer de la clase média, ilustrada, humilde, generosa, tierna, capaz de llegar hasta el heroismo; Enrique, el Tenorio moderno; D. Cristóbal, el Tartuffe de nuestros dias; Protasio, el egoista y sensual solteron; Alvaro, el escritor inteligente, el cumplido caballero; pone á todos ellos en juego, los contrasta, y les hace pensar y obrar conforme á sus respectivos caractéres. De aquí resulta una exhibicion de tipos sociales, en los que se nota verdad y colorido; los buenos y los malos quedan perfectamente en relieve; unos y otros vierten á cada paso conceptos profundos, útiles, oportunos; allí hay abundante y sana doctrina sobre política, sobre caridad, sobre el duelo, sobre el honor, sobre el matrimonio; pero falta, como dije antes, un pensamiento dominante, una máxima clara que se deduzca necesariamente de toda la accion.

La accion misma es sencillísima: Leoncia y Enrique se aman apasionadamente, y están en vísperas de casarse; pero Enrique habia seducido poco tiempo antes á Elvira, doncella candorosa, hermana de Alvaro el periodista, y ahijada de Leoncia; una casualidad hace que esta sepa lo ocurrido, y obliga á Enrique á una reparacion casándole con su víctima, y dando ella misma su mano á Alvaro que la amaba. Este desenlace no á todos los espectadores satisfizo, á unos por violento, á otros por trillado; en cuanto á mí, creo que ni una ni otra opinion tienen fundamento de una manera absoluta. Repugna á aquellos, el que Enrique accediese con tanta docilidad al casamiento con Elvira, no obstante la pasion que Leoncia le inspiraba: es que Leoncia le decide á ese paso advirtiéndole que ya Elvira es madre; hasta aquí, el autor no ha hecho nada inverosímil ni absurdo; pero puso en las palabras de Leoncia tan extremada delicadeza, que el concepto resulta sutil, y no fácilmente comprensible para el espectador: yo al menos no me enteré bien del caso sino despues de haberlo leido en la obra impresa. Los que tachan de trillado el desenlace, es porque acaso quisieran haber visto ejercerse mas severamente la justicia dramática; pero es el caso que no era posible otro desenlace, si habia de quedar reparada la honra de Elvira y llevada á su colmo la belleza del carácter de Leoncia; yo tambien hubiera deseado ver castigado á Enrique de una manera mas dura que con la pérdida de la mujer que amaba, es decir, de Leoncia, porque á Elvira no la aborrecia, y además, tenia ya la bendicion del cielo, que no otra cosa son los hijos, segun cuentan quienes los han logrado.

No falta quien crea que la accion del drama languidece de vez en cuando; y es la verdad, que á ratos los personajes son harto sentenciosos y prolijos en el razonar; pero á vuelta de esos y otros lunares, la obra es una de las mas agradables que en nuestra escena se han representado, así por el interes que excitan los personajes, como por la elegancia del estilo, y aun por la estructura dramática.

Las bellezas de la obra quedaron ventajosamente realzadas en la ejecucion. La Sra. Belaval caracterizó á Leoncia de una manera satisfactoria; la simpática figura de esa elegante dama, su digno porte, su insinuante voz, y sobre todo su talento artístico, embellecieron con creces la creacion del poeta. El personaje de Elvira, sin ser de lo mas importante, fué bien interpretado por la Srita. Servin. Los Sres. Gonzalez, Morales y Muñoz estuvieron irreprochables en toda la obra. En el final del segundo acto los Sres. Gonzalez y Morales, y en el final del tercero la Sra. Belaval y el Sr. Gonzalez, estuvieron sublimes, sin que haya en esto exageracion; sabido es que la escena muda es lo mas difícil del arte. El Sr. Gomez supo sacar buen partido del personaje del mogigato D. Cristóbal, que por cierto es uno de los mejor dibujados en la obra. El público, menos numeroso de lo que se hubiera deseado, se mostró justo apreciador del mérito, y aplaudió, y llamó á la escena á los actores, retirándose complacido de un espectáculo que le es mas provechoso y ameno que las insulsas tandas.

A tener mas espacio, haria yo ahora de buena gana el análisis de la obra que se representó en la segunda funcion, y fué un drama de Larra, titulado: *Estudio del natural*, cuya accion se reduce á pintar las funestas consecuencias del juego, aunque no con tan terrible pincel como el que se empleó en *Treinta años ó la vida de un jugador;* limítome á consignar que en esa obra alcanzaron un nuevo triunfo, acaso mas espléndido, los actores de la compañía del Nacional, especialmente el Sr. Gonzalez, quien arrebató verdaderamente en la mayor parte de las escenas, desde la mitad del segundo acto en adelante. La Sra. Belaval y el Sr. Morales tuvieron rasgos muy artísticos, siendo de notarse bajo este respecto la escena final del tercer acto en union del inteligente director. En la pieza *Suma y sigue*, con que se dió término al espectáculo, los honores de la ejecucion correspondieron al simpático Sr. Muñoz, quien fué saludado con general aplauso al presentarse; en el desempeño de esa graciosa obra fué muy bien secundado por las Sras. Mayora y Servin, y el Sr. Neto.

Tiene la compañía en estudio obras de positivo mérito; bien haria el público en estimular con su asistencia á unos artistas, á quienes no falta ni talento ni dedicacion.

MANUEL PEREDO.

Digitized by Google

DESPEDIDA.

Nuestra despedida.—El Renacimiento.—Publicaciones literarias.—El Sr. Zarco.—«Clemencia.»—Nuestros trabajos en 1870.—A nuestros lectores.

Con este número del Renacimiento nos despedimos de nuestros lectores. Nuestro periódico concluye con el año de 69, porque nuevos proyectos literarios nos impiden continuarle.

El objeto á que aspiramos al fundar el Renacimiento, que fué el de impulsar el progreso de la bella literatura en México, se halla completamente realizado, el movimiento literario que se nota por todas partes es verdaderamente inaudito, y al desaparecer nuestro periódico, los que hemos escrito en él, llevamos la satisfaccion, que no querrá negarnos la justicia pública, de haber contribuido empeñosamente á favorecer ese movimiento, por cuantos medios nos han sido posibles, luchando con las dificultades que en nuestro país todavía son grandes para que una empresa literaria tenga éxito, y no perdonando sacrificios, que en nuestra humilde posicion fueron de alguna cuantía.

Despues de la aparicion del Renacimiento, y quizá animados por su ejemplo, algunos jóvenes idólatras tambien de la bella literatura han comenzado á publicar en varios Estados de la República algunos periódicos semanarios que han tenido la mejor acogida y que honran con sus producciones las letras mexicanas. Tales son *Las Violetas* de Veracruz, *La Revista de Mérida*, *La Ilustracion Potosina*, *El Album literario*, de Leon; y en México, *La Ilustracion*, semanario consagrado á las señoritas.

Todas estas publicaciones son una prueba del entusiasmo que anima á la juventud y del progreso cada vez mas importante de los estudios literarios en nuestro país.

El primero de los periódicos mencionados ha sido especialmente notable, porque ha estado redactado en su mayor parte por señoras, y porque ha hecho brillar en nuestro firmamento esa nueva constelacion compuesta de las distinguidas poetisas Soledad Manero de Ferrer, Gertrudis Tenorio Zavala, María del Cármen Cortés, Manuela L. Verna, Constanza Verea y Luisa Gil, cuyas bellas producciones nos hemos apresurado á reproducir en las columnas del Renacimiento. El segundo ha llamado la atencion por sus artículos históricos, debidos á la erudita pluma del anticuario yucateco Crescencio Carrillo, y porque tambien nos ha hecho saborear las composiciones de la poetisa Rita Cetina. El tercero, dirigido por José T. de Cuellar, no necesita de mas recomendacion. El cuarto que redacta el tan conocido y brillante poeta José Rosas, tambien dará á luz las composiciones de la distinguida poetisa Esther Tapia y de otra señorita; y el último es demasiado conocido del público mexicano para que nos sea preciso hacer su justo encomio.

Así, pues, la bella literatura cuenta ya con bastantes órganos, y el Renacimiento puede desaparecer, en el concepto de que deja quienes lleven á cabo ventajosamente el pensamiento que inspiró su fundacion.

El año de 69 ha concluido para nosotros de una manera desgraciada, por la muerte del eminente literato D. Francisco Zarco, patriarca de una generacion literaria que ha sido uno de los ornamentos de la República, y escritor cuya falta nunca deploraremos bastante. El Sr. Zarco no era redactor del Renacimiento, pues sus enfermedades apenas le dejaban el tiempo necesario para consagrarse á las urgentes tareas de la política; pero era uno de los mas empeñosos amigos con quienes contábamos, y para nosotros, en particular, un consejero y un maestro, cuya crítica sana fué siempre nuestra guia.

Para honrar su memoria acompañamos en este último número su retrato, á reserva de publicar su biografía que estamos escribiendo, en la *corona fúnebre* que preparamos y saldrá á luz dentro de pocos dias.

Hoy nuestros lectores verán que casi toda la entrega del Renacimiento está llena con los últimos capítulos de nuestra novelita *Clemencia*, pues los editores quisieron que no quedara trunca para nuestros suscritores. Los Sres. Diaz de Leon y White han hecho aparte una bellísima edicion en 8vo. menor, de esta obrita, en magnífico papel frances y con exacto arreglo á algunas ediciones elegantes de las novelas de Arsenio Houssaye hechas en Paris en casa de Michel Levy. El número de ejemplares de esta edicion es muy corto. La belleza de la forma tipográfica hará que se disimule el poco mérito de nuestro trabajo.

En 1870 es casi seguro que dirigiremos una nueva publicacion que tendrá un carácter literario y filosófico. Abrazaremos entonces mayor esfera en nuestros estudios, muchos de los cuales están preparados ya por plumas distinguidas y brillantes que no habian tomado parte con nosotros en el Renacimiento. Damos aviso anticipado á nuestros suscritores, y contamos con su proteccion para nuestra nueva empresa.

Al terminar las tareas actuales, cumple á nuestro deber el mostrar la mas sincera gratitud á nuestros lectores por su proteccion decidida, que nos ha permitido sostenernos un año completo; á los periódicos de México y de los Estados por su benévola acogida, y á nuestros colaboradores por su generosa ayuda, que tan estimables ha hecho las columnas de este periódico.

En nombre de la redaccion damos tambien las gracias á los actuales editores del Renacimiento, los Sres. Diaz Leon y White, por sus esfuerzos para mantener este órgano de la literatura mexicana, cuya existencia no pueden prolongar por motivos inde-

Digitized by Google

pendientes de su voluntad; y por último, en particular, como encargados de la redaccion en gefe, protestamos el mayor reconocimiento á nuestros compañeros de redaccion, porque con demasiada bondad y sin vacilar un momento, á la menor indicacion, permitieron asociar su distinguido nombre al oscuro nuestro, procurando el progreso de las bellas letras mexicanas.

Decimos adios á nuestros lectores con sentimiento. Nos habiamos acostumbrado á platicar con ellos cada semana, á referirles nuestras impresiones personales y á enorgullecernos con sus muestras de aprobacion. No hemos dejado algunas veces de servir de blanco á los tiros de la crítica apasionada y de la envidia; pero esto, lejos de llenarnos de amargura, nos proporcionó la satisfaccion de recibir de todas partes las mas lisonjeras pruebas de benevolencia y de cariño. Consignamos con gusto en el último número del RENACIMIENTO estos motivos de gratitud, y al despedirnos de nuestros lectores les deseamos un feliz año.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

VICTOR HUGO.

(CONCLUSION.)

El teatro, durante la representacion de los dramas de Hugo, era un inmenso campo de batalla en donde la victoria, mucho tiempo indecisa, quedaba casi siempre en manos de la juventud.

Y mientras el drama, saliendo de aquel cerebro de bronce como un rio de lava, se precipitaba sobre los obstáculos y los fundia, siguiendo en medio de la admiracion de la Europa su curso tempestuoso, el hombre de las terribles escenas, cuyo ceño olímpico producia al contraerse con la obsesion de la musa, relámpagos y estrellas, el poeta, el hijo de la lira, recorria los bosques y las montañas, cantaba al mar y á la naturaleza toda, las mas bellas estrofas de que puede enorgullecerse el genio humano, salvaba por una deliciosa cuarteta la vida de un hombre, y reia ó lloraba de modo que hacia reir ó llorar á toda la Francia. Sus dramas eran fantásticas reminiscencias de España, en donde el poeta habia pasado algunos meses de su adolescencia. En aquella tierra legendaria, en donde la civilizacion gótica y la civilizacion morisca se habian confundido casi, á fuerza de hacerse la guerra, debia atraer muy particularmente esa imaginacion, que colocada en la frontera de la poesía del Norte, austera y melancólica, y de la poesía meridional, melodiosa y trágica, lo ha reflejado todo; nieves perpetuas y castillos sombríos, la bruja que se esconde en el bosque de pinos y el águila que cuelga su nido de la roca abrupta en la montaña, el viento que silba por entre los rombos de plomo viudos de sus vidrios en las casas feudales, y por entre los cuales pasa gimiendo la bruma de las noches de invierno, poblada de fantasmas y de sudarios flotantes; las pálidas estrellas del Norte, su sol velado *que parece una luna*, ha dicho el poeta, todo eso lo ha cantado Víctor Hugo; ha hecho mas, se ha remontado á los tiempos en que el dominio de las razas frias, digámoslo así, era aún general en la Europa, y la intuicion de la edad-média ha sido tan poderosa en aquella alma, que un mundo entero olvidado ya, resucitando á la evocacion del poeta, volvió á la luz con sus ogivas y sus monstruos, y sus filigranas y sus encajes de piedra, lanzándose hácia el cielo con la majestad de las selvas germánicas entre las cuales domina el cono gigantesco del pino, como la flecha gótica domina la vieja catedral, perdiéndose frágil y soberbia en el cielo, en cuyo azul parece proyectarse indefinidamente; hizo más aun, resucitó no solo al monumento sino al pueblo que lo habia concebido, y lo resucitó con sus mismas pasiones, con sus amores y sus odios, sus preocupaciones y su sabiduría, hija de Flamel, sus vagas aspiraciones y sus crueldades gigantescas, y aquel golpe de vara mágica produjo tan rudo sacudimiento en nuestra época, que muchos de aquellos colosos de piedra, sentenciados á muerte en Europa, en bien de la orientacion de las ciudades, han permanecido en pié porque el poeta con su voz de trueno gritaba: *sacrilegio.*

Esta es una faz de aquella imaginacion altísima, la que ve al Norte; otra hay que mira á la region amada del sol y que no es por cierto la menos bella.

Allí aparece España, el país de los ojos negros y de los piés de hada, el país de la andaluza y de la Alhambra, una maravilla de Dios y otra del hombre, el país de los sueños y de los rosarios, de los gitanos y de las mandolinas, de las mantillas y de los azahares, de los balcones calados y de las escalas de seda, el país de la capa y de la espada, del honor (Hernani) y de la pasion (Ruy-Blas), el país de la tertulia y del abanico, de los cármenes y de los romances, del Manzanares y de Cervantes, del Guadalquivir y de Murillo. Una tierra de poesía y de bendicion. Víctor Hugo no se contentó con españolizar su masa; hizo más; junto á los recuerdos moriscos de que está sembrado el suelo natal de Garcilaso se puso á soñar, á soñar en el Oriente. Ya conoceis ese maravilloso minarete arábigo desde el cual el cantor sublime estudia toda la pasion, todo el color, toda la pedrería del Oriente; se llama *las Orientales:* en medio de aquella region de la fábula el poeta hizo resucitar á dos muertas, la Biblia y la Grecia, dos deidades, las dos madres del mundo moderno; de la una habia nacido Jesus, de la otra Aténas.

Si el pensamiento de ese libro pudiera tomar una forma material, se convertiria en un joyero de nácar lleno de perlas y de rubís.

Estas dos facetas del prisma que ha reflejado mejor los rayos de la poesía, no estaban separadas por una arista inflexible; al contrario, se confunden constantemente al menor hervor de la inspiracion.—Es-

Digitized by Google

meralda es una piedra preciosa arrojada en el fango de la Edad-Media, llena de las reverberaciones del sol del Mediodía. — Carlos V, una de esas grandezas batalladoras, que asesinó á su madre en Tordecillas y asesinó á la España en Villalar, es en el drama de Hugo un sueño aleman cruzando por entre los limoneros; la poesía intitulada *Noviembre* en las Orientales es otra prueba de esta mezcla constante de rayos poéticos dentro del crisol intelectual del maestro; no os asusteis por tal confusion; en ese crisol pueden fundirse todos los elementos y de él saldrán barras de oro puro.

El poeta *que lo sabe todo y lo canta todo*, segun la expresion de Méry, por los mágicos caminos de su fantasía nos ha llevado á todas las regiones de este mundo, y por su intuicion maravillosa del *mas allá*, ha hecho de la humanidad un Ganimedes, y arrebatados por sus garras de águila, hemos tocado los límites de lo desconocido. La lira de Víctor Hugo es inmensa, sobre ella corren todas las zonas; sus cuerdas, en donde nunca se pone el Sol, están tendidas desde los piés del Hekla hasta el Himalaya, desde *Han de Islandia* hasta los *Pozos de la India*.

Aquel revolucionario omnipotente vivia entretanto feliz. Rodeado de la mas encantadora de todas las familias, adorando á su mujer y á sus hijos con una de esas pasiones celestes que solo resienten los hombres de nobles instintos y de conciencia honrada, simple y tranquilo en la intimidad del hogar, prefiriendo á los rayos del Sol que tanto amaba, la sonrisa de un niño, viviendo entre murmullos y gorjeos y aromas, aspirando con toda la fuerza de su virilidad y de su salud las oleadas de armonía y de perfume que se disputaban por enviarle perennemente los niños, los pájaros y las flores, tres gracias que nadie debajo del sol ha cantado como él, algunas veces aquel inmortal, tan dulce entre los brazos de sus hijos que le rodeaban como una guirnalda de rosas cantantes, que le cubrian de besos y de caricias en cambio de versos y de cuentos, aquel leon terrible en la lucha, que habia sido el Lutero de la nueva Iglesia literaria en cuyo friso podia escribirse como en el decálogo de la República, Libertad, Igualdad, Fraternidad (frase sagrada detrás de la cual se alínea toda la Historia, ante la cual se alumbra todo el Porvenir), el hombre de la lucha y sobre todo del triunfo, sentia de repente una vaga tristeza. ¿Por qué seré tan feliz, Dios mio? murmuraba en todas sus plegarias aquel iluminado.

El Océano le guardaba en sus profundidades un *ananké*. Leopoldina Hugo era un ángel, era la hija de todos los poetas, de todos los artistas, de todos los jóvenes soñadores de la Europa. Todos la habian cantado, bendecido y acariciado. El mundo presentia que los mejores versos del gran poeta se los deberia á la preciosa niña, y el mundo se los agradecia de antemano. Las poesías y las flores habian caido como una cascada de primavera sobre la cuna augusta de Leopoldina; todas las hadas se habian reunido en el hogar del poeta cuando nació su primera hija, todas le dejaron un don sobre sus pañales blancos, pero ninguna le dijo: cuídate del mar. Un dia—ya la niña era mujer, y era esposa de ese heróico Carlos Vacquerie, que no quiso abandonarla en su tumba inmensa, y mezcló su agonía y su muerte con la agonía y con la muerte de su celestial esposa—el cielo estaba terso y limpio, y como el cielo el mar de las costas normandas. El puerto del Havre estaba de fiesta; el rey Luis Felipe recibia en su castillo de Eu á la reina Victoria; nuestros dos desposados tomaron una barca para volver por mar á su casa, y en el camino una bocanada de viento hizo zozobrar el frágil esquife.

Hé aquí todo el drama. Leopoldina no pudo soltar la embarcacion, á la que se habia colgado con sus dos manecitas. Su marido, que era un excelente nadador, no quiso abandonarla, la abrazó dulcemente en el fondo del mar, y los dos espiraron.

El Océano seguia silencioso; el primero que tuvo conocimiento del suceso fué Alfonso Karr, que estaba muy cerca de allí, y que ha consagrado á esta tragedia la página mas bella que haya salido de su pluma original y triste.

Así murió la primera hija del poeta. Ese ángel al partir cerró para siempre la puerta de oro de la alegría en aquella casa feliz. Solo quedó abierta la puerta de hierro por donde debian venir en lo de adelante muchas horas negras, muchas tristezas, muchas lágrimas.

Hay un libro en donde está sellado el dolor del poeta. Este libro es un prodigio de poesía y de llanto. Bajo las estrofas palpitantes se siente una agonía constante. ¡Oh! cuán pocas veces ha sido dado á la humanidad contemplar este espectáculo: un poeta que llora á su hija. Desde entonces esta triste palabra: *sombra*, hace parte de todos los versos de V. Hugo. El dolor supremo del padre se desbordó en armonías no presentidas dentro de aquel pecho de titan, y de ahí vino esa Biblia del dolor paternal, que se llama las *Contemplaciones*. El recuerdo de la pobre niña muerta tiene un altar en cada palabra, es el libro de las lágrimas. Un poeta nuestro amigo, nunca lee sin llorar una de aquellas inmortales estrofas:

Oh! je fus comme fou dans le premier moment,
Hélas! et je pleurai trois jours amèrement.
Vous tous à qui Dieu prit votre chère espérance,
Pères, mères dont l'âme a souffert ma souffrance,
Tout ce que j'éprouvais, l'avez-vous éprouvé?
Je voulais me briser le front sur le pavé;
Puis je me révoltais, et par moments, terrible,
Je fixais mes regards sur cette chose horrible,
Et je n'y croyais pas et je m'écriais: Non!
—Est-ce que Dieu permet de ces malheurs sans nom
Qui font que dans le cœur le désespoir se lève?
Il me semblait que tout n'était qu'un affreux rêve
Qu'elle ne pouvait pas m'avoir ainsi quitté,
Que je l'entendais rire en la chambre à côté,
Que c'était impossible enfin qu'elle fût morte,
Et que j'allais la voir entrer par cette porte!
. . . . . .

Digitized by Google

Las *Contemplaciones* son para nosotros sagradas. Lo que con ellas hemos sentido, lo que con ellas hemos pensado, no lo podemos decir ahora; acaso algun dia. Algunas veces ha venido á nuestra mente la idea de traducir varias de aquellas composiciones. Nunca hemos podido. Para traducirlas se necesitaria ser un gran poeta y tener un hijo; acaso se necesita tambien ser madre, porque solo ellas han podido comprender todo lo que hay de terrible y de santo en los vértigos del dolor. Y así es que quien mejor ha traducido á Víctor Hugo en la lengua española, es Isabel Prieto, un poeta delicioso por el talento, un poeta inmortal por el corazon y una madre incomparable. Mucho tenemos que agradecer á nuestra ilustre amiga por sus magníficas versiones.

Leopoldina era muy bella; *¡Ah, cielos!* dice Julio Janin, *era una de esas castas y conmovedoras bellezas, de una gracia y de una pureza angélicas. Cuando andaba se le hacia paso, por admiracion y por respeto.* Una vez desparecido ese rayo de sol, la frente del poeta se bañó de tinieblas; el poeta de la vida concluyó para dar lugar al cantor, al redentor con la palabra, de todas las esclavitudes. Pensó mucho el semi-dios sobre la tumba de Villequier que contenia los dos cuerpos adorados. Allí comprendió que el mejor lenitivo que podia encontrar para su sufrimiento era el de consagrarse exclusivamente al sufrimiento de los demas, que la caridad ha sido siempre el bálsamo de nuestras propias heridas.

Víctor Hugo compréndió la caridad de una manera inmensa. Hasta entonces solo habia socorrido á los pobres; entonces comprendió que era tambien preciso socorrer á los pueblos, esos sublimes indigentes. La levadura democrática entró definitivamente en la gigantesca composicion de aquella alma.

Desde ese instante comenzó en el hombre una revolucion inmensa, el poeta se hizo profeta (*vates*), el pensador se hizo republicano.

Cayó Luis Felipe, la transicion hecha rey, segun una expresion de *Los Miserables*, y Víctor Hugo, cuya palabra generosa habia resonado con tanta elocuencia en la cámara de los pares en favor de la familia Bonaparte, se presentó ante el sufragio universal para representar al pueblo. El pueblo le envió á la asamblea. Allí se reveló el tribuno.

La cabeza asquerosa de la reaccion, ese otro *ananké* que aun aguarda en el mundo un aplastamiento definitivo, apareció en el seno de la Representacion Nacional. Víctor Hugo no la aplastó, pero sí la mostró al mundo en toda su asquerosa fealdad. La lucha trabada con las viejas ideas y con las torpes aspiraciones, fué inmensa. El corto espacio de que podemos disponer, así como la marcha necesariamente literaria de este estudio, nos impide examinar esos bosquejos de elocuencia volcánica en que el lirismo de Tirteo se hermanaba con el sarcasmo de Juvenal, para herir, para matar ya que no en el dominio de los hechos, sí en la conciencia humana, aquel motin de pretorianos que amenazaba entronizarse en Francia, y que se entronizó por fin en un dia de borrachera. Víctor Hugo luchó sin tregua hasta el último momento, y cuando todo estaba perdido, excepto la honra, el gran poeta abandonó el suelo de Paris empapado de sangre y tomó el camino del destierro. Diez y ocho años hace.....

Nuestro propósito de completar un estudio sobre el hombre de que hablamos y sobre su influencia en el destino de la literatura universal, no puede concluir en esta publicacion, por circunstancias independientes de nuestra voluntad.

En otra parte verá la luz pública un trabajo que titularemos *La labor del proscrito*, y que servirá de complemento á este artículo. Víctor Hugo necesita estudiarse con mucha atencion en el destierro. Su figura ha ascendido, pero envuelta en una nube, como Jesus en las cristofanías evangélicas. Sin embargo, su accion se hace sentir cada vez mas poderosa sobre la tierra. Los libros inmortales de Hugo nacieron en su patria, los libros divinos vienen del destierro. Acaso en esa su isla solitaria le guarda el cielo una tumba. Nosotros ó nuestros hijos la regaremos con lágrimas, la arrullaremos con nuestros himnos; entonces la voz mezquina de la crítica se apagará, y la envidia seguirá formando un contraste negro á la mas espléndida figura de nuestro siglo.

¡Maestro! recorre con tus miradas, que saben ser tan buenas para los pequeños, estos humildes renglones dedicados al poeta que se hizo apóstol, al apóstol que se hizo profeta, al profeta convertido en mártir. Desde tu hogar en cuyos cimientos duerme como un terrible guardian de tu grandeza el Océano, recibe á la humilde golondrina americana, que para poder cruzar los espacios busca tu sonrisa de soñador, tu bendicion de anciano!

1869.

JUSTO SIERRA.

ENSUEÑOS DE FELICIDAD.

A INÉS.

No voleis ¡oh dulces horas
De dulcísimo consuelo!
Halagadme seductoras,
Ya que sois las precursoras
De la ventura que anhelo.

¡No voleis! con lentitud
Id pasando, por favor;
Pues, sin amarga inquietud,
Al compás de mi laud
Quiero cantar á mi amor.

¡No voleis! por vez primera
Lleno de placer estoy;
Y á la verdad, no quisiera
Que un «mañana» destruyera
Mis gratos sueños de «hoy.»

Digitized by Google

La felicidad ya veo
De mi ilusion al través:
Si el alma de INES poseo,
Nada en el mundo deseo;
Me basta el alma de INES.

¡INES! tu adorado nombre
Constantemente bendigo;
Y esto, hermosa, no te asombre,
Que no nació ingrato el hombre
A quien dió tu amor abrigo.

Siempre desgraciado fuí:
Mil congojas una á una
Por todas partes sufrí;
Pero ¡INES! al fin por tí
Me sonrie la fortuna.

Y al mirarme tan dichoso
Con tu cariño y tu fé,
Trovas te canto amoroso,
Sin aspirar afanoso
A otras glorias que busqué.

Entre pesar y amargura
Iban corriendo mis años;
Mas ¿qué importa? tu ternura
Dará eterna sepultura
A mis tristes desengaños.

Oscuridad y pobreza
Por títulos te ofrecí;
Que nunca ostenté grandeza,
Ni heredé limpia nobleza
Cuando entre harapos nací.

¡Pobreza y oscuridad!
¡Oh maldita condicion,
Que escarnece sin piedad
Esa inícua sociedad
De gentes sin corazon!

La dama de ilustre cuna
Busca rico caballero;
—¿Y habrá fuerza que les una?
—¡Y bien!—¿La de la fortuna?
—No; la fuerza del dinero.

El poderoso, insolente,
Osa al mendigo abatir;
Y no mira, indiferente,
Que, si el magnate no siente,
El pobre sabe sentir.

Elévanse mil villanos,
Adulando con afan,
Y, ya en la cumbre, ¡tiranos!
No ven que son sus hermanos
Los que á sus plantas están.

Hacernos iguales quiso
A todos un Dios eterno;
Mas en la tierra es preciso
Que uno encuentre el paraiso,
Mientras otro halla el infierno.

Empero, ¿hasta dónde voy?
Las injusticias del mundo,
¿Qué me interesan, si estoy
Lleno de placer profundo
Con mis ensueños de hoy?

Gocemos, pues, que á gozar
Tu casto amor me convida;
Si mañana he de llorar,
Tú sabrás, compadecida,
Mis lágrimas enjugar.

V. MORENO.

Tacámbaro, 14 de Noviembre de 1856.

CUENTOS DE INVIERNO.

POR IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CLEMENCIA.

(CONTINUA.)

XXI

El amor de Enrique.

Quince dias despues de la conversacion que acabo de referir, Clemencia recibió un billete en que Isabel le suplicaba que pasase á verla inmediatamente, pues estaba enferma.

Clemencia se dirigió presurosa á la casa de su amiga, á quien encontró en un estado lamentable. La hermosa rubia tenia impresas en el semblante las huellas del mas terrible sufrimiento. Los bellos colores habian desaparecido de sus mejillas, su rostro estaba enflaquecido y sus ojos azules parecian apagados por las lágrimas.

Luego que Isabel vió á Clemencia se levantó y se arrojó en sus brazos sollozando con amargura.

—¿Pero qué es esto, Isabel? preguntó Clemencia besando á su amiga; ¿qué te pasa? ¿por qué te veo así? ¿estás enferma?

—Sí, del alma; Clemencia me estoy muriendo, y te llamo porque en mi desesperacion necesito confiarte mis pesares, necesito que los alivies .....

—Y bien, hija mia, dime ¿qué ha sucedido? Hace una semana que no te veo, te creia feliz, muy feliz puesto que me olvidabas..... y encontrarte así me sorprende: siéntate y habla.....

—Me alegro de que hayas venido ahora; mi madre está ausente y podré decirte todo. Enrique....

—Ah, ya me lo esperaba yo. Enrique....

—Enrique no me ama ni me ha amado nunca; ese hombre no tiene corazon, y tenias razon sobrada para aconsejarme que no confiara en sus palabras. ¿Sabes lo que ese libertino queria? Queria mi deshonor, queria mi vergüenza.

—¡Cómo! ¿es posible? ¿se ha atrevido á insultarte el infame?

—Comenzó, como te dije, por hablarme de amor con el lenguaje de la sinceridad: dos semanas, ¿comprendes? dos semanas de un trato constante habian acabado por hacerme perder la poca reserva que habia tenido para él. Verle era una necesidad para mí, necesidad tanto mas irresistible cuanto que mi

Digitized by Google

pasion ha llegado al extremo. Estoy loca, no pienso sino en él, no hablo sino de él, no querria vivir sino para él; pero antes que mi felicidad estaba mi honra, mi honra, que Dios me da bastantes fuerzas para conservar intacta y para defender aun á costa de la paz del alma, porque yo no te ocultaré, he jurado no volver á hablarle; pero le amaré toda mi vida: es un libertino, es un malvado, pero me es imposible borrar su imágen de mi corazon, me es imposible aborrecerle y despreciarle como merece.

—Pero bien, interrumpió Clemencia cada vez mas asombrada de lo que oía; ¿qué te ha dicho, qué te ha hecho?

—Ya desde hace seis ú ocho dias sus palabras eran para mí sospechosas; habia perdido su voz ese acento de respetuoso cariño que habia hecho tanta impresion en mi alma, sin por eso alarmar mi delicadeza. Sus miradas no eran las del esposo, sino las del seductor mundano y atrevido que se detiene en examinar á su víctima antes de sacrificarla. Sus ojos me hacian mal y me obligaban á apartar de ellos los mios, llena de turbacion. Tenia miedo de hallarme á solas con él. Mi madre, confiada como yo en el carácter caballeroso de este hombre, no recelaba de su parte ninguna intencion depravada, ni la recela aún, porque nada he querido confiarle; me moriria de vergüenza si tuviera que decírselo. Me hablaba de pruebas de amor, de preocupaciones sociales, de que la pasion no conocia límites ni reservas, de que él amaria toda su vida á la mujer que se sacrificase por él, tanto mas, cuanto mayor fuera su sacrificio. Ya tú verás por todas estas frases que iba encaminándose á su objeto. Nada le respondia yo á esto, y escuchaba temblando semejantes expresiones sin parecer hacerles caso; ó bien le hablaba de nuestro matrimonio y de nuestro porvenir. Pero ayer vino y me halló sola, como otras veces, le ví desde luego pensativo y triste, preguntéle qué tenia y me respondió que Uraga con los restos de su ejército derrotado en Morelia habia llegado ya á Jalisco, que el ejército frances se habia puesto en marcha para Guadalajara y que sus avanzadas llegaban ya á Leon; que el general Arteaga iba á salir de aquí dentro de dos ó tres dias, y que naturalmente tendria que irse con él. Que nuestro matrimonio, por todas esas razones no podria realizarse tal vez nunca, y que estaba resuelto á morir antes que perderme; que me suplicaba, que me pedia de rodillas que huyese con él, ó si no me resolvia á abandonar á mi madre, que queria llevar la última, la mas grande prueba de mi amor para marchar tranquilo y no desesperarse pensando en que yo pudiera olvidarle por otro; que de esa manera seria yo su esposa ante Dios, aunque las necias fórmulas del mundo faltasen á nuestra union. ¡Ay, Clemencia! tú comprenderás mi sorpresa y mi dolor. Quedé muda y temí morir. El, Enrique, el hombre á quien en tan pocos dias he podido amar con frenesí porque creia que me amaba con tanta ternura como pureza, porque juzgué que en él se reunian todas las cualidades del amante, del esposo y del caballero, él hacerme semejante proposicion! ¡él creerme una de esas muchachas sin pudor que se entregan al primer oficial que las seduce; él confundirme con esas desdichadas criaturas que abandonan la casa paterna y con ella la honra, y siguen á sus amantes en el ejército, siendo el ludibrio de todo el mundo! ¡Dios mio!

La pobre jóven escondia el semblante entre sus manos enflaquecidas, y gemia con desesperacion.

—¿Y luego? preguntó con ansiedad Clemencia, á quien aquel relato habia puesto en la mayor agitacion.

—Y luego ese hombre esperó sonriendo mi respuesta; creia haberme convencido; pensaba que mi silencio, que mi rubor primero, que mi palidez en seguida, que el temblor de mis labios, que la palpitacion de mi pecho eran señales de que el amor me vencia..... me enlazó con sus brazos y me miró de una manera singular.

—¿Y bien, Isabel? me preguntó.

—Y bien, caballero, le respondí levantándome violentamente y desasiéndome de aquellos brazos atrevidos..... á esa ofensa que vd. acaba de inferirme, á mí que le amaba porque no le conocia..... no puedo dar á vd. mas contestacion que señalarle la puerta de esta casa para que salga inmediatamente.

—Pero Isabel, dijo él asombrado.

—Caballero, salga vd. por piedad, salga vd!

—Isabel, va vd. á desmayarse, le ruego que me escuche, que me perdone.....

—Déjeme vd. morirme..... vd. salga, Flores; cada instante que vd. permanece aquí, me ultraja.... Yo estaba próxima á desfallecer, aquello era superior á mis pobres fuerzas. Por fin Enrique salió con la cólera retratada en el semblante. Era un libertino humillado, y no un amante que ha cometido un error.

Esta es la historia. Yo me adelanté, vacilante de pesar y de vergüenza, hasta un sillon, y allí permanecí sin saber qué era de mí, ahogada por los sollozos, trastornada, muda, sintiendo que dos lágrimas, como dos gotas de fuego, calcinaban mis ojos. ¡Clemencia, Clemencia, esto es horrible, no ames nunca, si has de sufrir así!

Pasaron algunas horas: mi madre me encontró abatida, llorosa y pálida, y me preguntó qué tenia. No sé qué le respondí; pero calenturienta, delirante, me arrojé en mi lecho, y allí dí rienda suelta al llanto que estaba rompiendo mi corazon. No dormí anoche, esto lo debes suponer; no salgo aún de mi aturdimiento, me pesa la vida, no puedo arrancarme del alma este amor, y sin embargo es preciso sofocarlo; el objeto que lo inspira es indigno de él..... ¡mi honra antes que mi dicha, antes que mi vida! ese es hoy el grito de mi conciencia. ¡Hermana mia! ¡hermana mia, dame valor!

Clemencia lloraba tambien, acariciando en su seno el semblante de su infeliz amiga.

Despues de algunos momentos, repuso:

Digitized by Google

—Has hecho bien, Isabel mia, has sido digna de tí. Una jóven como tú, virtuosa y altiva, debe sacrificar primero su vida que consentir en recibir tamaña ofensa. Ese hombre no es un caballero, y como te lo decia, es un libertino gastado en los galanteos y en los placeres. No dependió de tí dejar de amarle, eso no depende nunca de nuestro corazon. La fatalidad se mezcla en todo esto; pero ya que has resistido tan noblemente á esa prueba penosa, ten valor y no temas; esas tempestades pasan. Es tu primer amor, y por eso, pobre niña, sufres tan violentamente; pero la lucha no será mortal, tú olvidarás.....

—Temo mucho que no sea así, Clemencia; amo á Enrique cada momento mas, y despreciando su conducta no me es posible despreciarle á él..... esto es lo que me pasa..!.... ignoro si es una locura, pero lo que siento es extraordinario. ¡Y se irá de Guadalajara, y me parece que voy á morir!

Isabel apenas tuvo tiempo de sofocar sus sollozos, porque Mariana entró en ese momento.

—Clemencia, dijo al ver á la amiga de su hija; el amor de ese hombre funesto está matando á Isabel..... se marcha, y mi hija no puede resistir su ausencia.....

—¡Oh! veremos, Mariana, replicó Clemencia; el amor de vd. y el mio la consolarán.

Y sentándose las dos junto á la bella rubia, que desfallecia, se pusieron á acariciarla, llorando tambien amargamente.

XXII

Otro poco de historia.

En efecto, como Enrique habia dicho á Isabel, los sucesos militares tomaban un giro desgraciado. El general Uraga, con el ejército del centro, habia atacado valientemente la plaza de Morelia, ocupada ya por tropas mexicanas al mando del tristemente célebre D. Leonardo Márquez. Y á pesar de la bravura de las tropas republicanas, el enemigo triunfó y rechazó á los asaltantes. La estrella de la patria se eclipsaba por entonces, y habian llegado los tiempos de la adversidad.

Este ataque á Morelia ocurrió á fines de Noviembre de 1863.

Uraga, dejando una division de tropas en el Estado de Michoacán, se dirigió con el resto del ejército al Sur de Jalisco y llegó á Zapotlán, donde estableció su cuartel general á fines de Diciembre.

Una vez desembarazado el enemigo de estas tropas que habian estado ocupando los Estados centrales, alejado tambien el general Doblado que habia marchado con su division á Zacatecas, dejando solo en el famoso cerro de San Gregorio, del Estado de Guanajuato, al valiente jóven coronel José Rincon Gallardo, patriota que pertenece á una familia aristocrática (del antiguo marqués de Guadalupe), y que sin embargo, enarbolaba con entusiasmo el pabellon de la República; una vez libre, repito, de estas gruesas masas de tropas nuestras, el enemigo pensó en hacer avanzar sus legiones á los Estados lejanos, y una division al mando del general Bazaine, compuesta de tropas francesas y mexicanas que habian abrazado su causa, se dirigió á Guadalajara, adonde se propuso llegar á principios de Enero de 1864.

El general Uraga juzgó inútil resistir en la capital del Occidente, y meditó un plan de defensa que consistia en fortificar las *Barrancas*, es decir, en establecer una línea en el Sur de Jalisco apoyándose en las poblaciones importantes de los distritos que lindan con la Costa, y en el pequeño Estado de Colima, importante por sus recursos y por su puerto de Manzanillo.

A este fin ordenó al general Arteaga (el mártir de Uruapam), gobernador entonces y comandante de Jalisco, que evacuara á Guadalajara en los últimos dias de Diciembre, y que se retirara, con el objeto de incorporarse al ejército del centro que ya tomaba posiciones en la línea referida.

Arteaga así lo hizo, sacando sus pertrechos de Guadalajara en los últimos dias de Diciembre, y saliendo él mismo con sus tropas en los primeros dias de Enero de 1864, despues de haberse dirigido el infortunado general Ghilardi con un pequeño grupo de patriotas, á Aguascalientes, en donde encontró á pocos dias una muerte tan desgraciada como heróica en union del patriota Chavez.

El gobernador de Jalisco se estableció primero en Sayula, dejando todavía algunas fuerzas de observacion tendidas hasta Zacoalco y aun hasta Santa Ana, á pocas leguas de Guadalajara.

Bazaine, con su ejército de franceses y afrancesados, ocupó sin combatir esta última ciudad el dia 5 de Enero de 1864.

XXIII

La última Navidad.

Conocidos estos sucesos, vuelvo á tomar el hilo de mi narracion, por lo cual retrocederé hasta los últimos dias de Diciembre de 1863, época en que todo el mundo en Guadalajara hacia ya sus aprestos, ora para salir tambien de la ciudad con el gobernador republicano, ora para recibir á los invasores.

Muy pocas familias se anticiparon á las tropas republicanas en la salida de Guadalajara para el Sur de Jalisco. Las mas lo hicieron despues, por una especie de pánico que se apoderó de ellas al sentir la aproximacion de los franceses; aunque justo es decir que la mayor parte de las referidas familias era compuesta de liberales y buenos patriotas que preferian las vicisitudes de la peregrinacion, y aun el destierro, á vivir entre los enemigos de México. Muchas de estas familias partieron para California; y para las mas acomodadas, efectivamente era San Francisco el mejor punto que podian elegir en aquel tiempo de borrasca y de adversidad.

Digitized by Google

Las tropas de Arteaga tenian ya sus disposiciones tomadas en virtud de las órdenes superiores; pero permanecieron en la plaza hasta los primeros dias de Enero, como he dicho.

Enrique Flores y todos los gefes y oficiales del cuerpo á que pertenecia, incluso el coronel é incluso tambien Fernando Valle, cuya tristeza aumentaba cada dia, así como su amor á Clemencia, decidieron pasar lo mas ruidosamente posible aquellos últimos dias de su permanencia en Guadalajara.

La Navidad estaba próxima, mejor dicho, era al dia siguiente. ¿Cómo no pasar con alegría esa fiesta de la intimidad, esa fiesta del corazon, en union de las personas queridas que iban á quedarse bien pronto abandonadas tal vez para no volverse á ver nunca.

Despues de la Navidad estaban la guerra, la montaña, las privaciones, la derrota, tal vez la muerte. Era, pues, necesario libar el último cáliz de placer hasta la postrera gota; era preciso celebrar el último banquete de la familia, con entusiasmo, con delirio.

Clemencia dijo á Flores, á Valle y á sus compañeros:

—La Navidad se celebrará aquí en casa; haremos un gran baile, tendremos una agradable cena, nos alegraremos por última vez con los nuestros, y despues, que vengan los franceses y nos degüellen.

Los oficiales se pusieron locos de contento.

La noche del 24 llegó; noche hermosísima en nuestra patria como en todo el mundo cristiano, y en que hasta los desgraciados y los malos se alegran y ríen.

Ya conocen vdes. la casa de Clemencia. Pues bien; la noche del 24 era un palacio de hadas. Se iluminaron el patio y los corredores, se pusieron por todas partes gigantescos ramilletes de flores y ramas de árboles cubiertas de heno y de escarcha. Se dió, en fin, á la casa el aspecto tradicional de las fiestas de Noche-Buena.

El invierno con sus galas de nieve, con sus pinos y sus musgos (lo cual es una exageracion en Guadalajara, donde casi no hay invierno) contribuyó á embellecer aquella mansion opulenta en que iban á tener lugar las alegrías íntimas dentro de pocas horas.

En el salon se habia colocado ese *pretty German toy*, como le llama Cárlos Dickens, ese árbol de Navidad, precioso capricho no introducido todavía en México, y que es el objeto de la ansiedad de la infancia, de la alegría de la juventud y de la meditacion de la vejez, en esos países del Norte donde aun se mantiene vivo con el calor del hogar el amor de la familia.

Habia sido un capricho de Clemencia poner ese árbol, en cuyas frescas ramas habia colocado algunas de sus mas queridas alhajas, pañuelos, y pequeños juguetes que habian de repartirse entre sus afortunados amigos, con entero arreglo al estilo aleman: solo que aquí en vez de niños eran valientes oficiales republicanos los que iban á obtener esos preciosos obsequios, como una muestra de eterno recuerdo.

A la media noche debia hacerse este reparto, como es costumbre. Además, Clemencia, prosiguiendo sus imitaciones del extranjero, habia dispuesto que inmediatamente despues de despojado el árbol de sus adornos, el primer wals que se bailase fuese como el wals de media noche en el último dia del año, el baile de los amantes, es decir, en el que debian escoger los hombres á sus preferidas, y estas á los dueños de su alma. Tal vez no todos los amigos tenian allí á las amadas de su corazon, pero Clemencia en todo esto tenia una mira enteramente personal suya, y poco se cuidaba de los demás.

Isabel habia sido convidada, como era de suponerse; pero la pobre niña aun sufria los tormentos del desengaño, cada vez mas amargo á medida que pasaba el tiempo.

Por fin el salon se llenó. Era bastante ámplio para dejar un gran espacio donde estaba colocada la mesa en que se hallaba metido el árbol que aparecia deslumbrador con sus pequeñas y perfumadas bujías y con sus brillantes juguetes y alhajas.

Este espacio quedaba libre; en el resto del salon se comenzó á bailar.

Enrique dió la señal llevando por compañera á Clemencia.

Ya desde este momento Fernando notó ciertas inteligencias entre su pérfido amigo y la hermosa jóven, inteligencias que habian comenzado en las visitas que en los últimos dias habia hecho Enrique á la coqueta, seguramente nuevo objeto de su galantería, despues de la repulsa de Isabel, repulsa de que Valle no tenia conocimiento, pues tambien hacia tiempo que habia dejado de visitar á su prima. El pobre jóven se colocó en un rincon, y desde allí procuró observarlo todo, palpitándole el corazon de dolor y de miedo, porque ya le daba miedo pensar que Clemencia se enamorase tambien de Flores.

Esto se explica: Fernando estaba entregado ciegamente á su amor á Clemencia, y no habia para él medio entre ser amado de ella ó morir.

El baile siguió alegre.

El reloj dió las doce de la noche, y todo el mundo vino á agruparse en derredor del árbol de Navidad.

Comenzóse la rifa... cada uno sacó su número, y Clemencia fué distribuyendo la alhaja ó el juguete que correspondia á aquel número.

Llegó su turno á Fernando.

Sacó el número 13, número fatal entre los fatales. Clemencia bajó de una rama del árbol un lindo pañuelo de batista que tenia este número.

—Valle, dijo la jóven alargando el pañuelo á Fernando, Isabel y yo hemos bordado juntas este pañuelo... por esto debe serle á vd. doblemente querido.

—Le guardaré como una reliquia sagrada, respondió Fernando.

Digitized by Google

—Y cuando reciba vd. alguna herida, empápele vd. en sangre generosa, esa será la mejor manera de honrarle.

—Yo lo prometo, murmuró Fernando palideciendo. Acababa de sentir ese extraño temor que la vista de Clemencia le habia causado la primera vez que la vió.

—Despues de distribuidas las alhajas, los concurrentes, formando grupos para examinar el objeto que les habia tocado en suerte, se fueron dirigiendo á la pieza en que estaba puesta la mesa para la cena.

Fernando, pensativo y lleno de funestos presentimientos, en vez de seguir á los demás se colocó junto á una puerta del salon que daba al corredor, y casi se puso á cubierto con una gran cortina.

De repente dos personas pasaron junto á la puerta, por el lado de afuera, caminando lentamente.

Eran Clemencia y Enrique.

—Será una alhaja querida, decia Enrique; pero hubiera yo preferido el pañuelo bordado por tí. ¡Qué fortuna de chico; la otra vez una flor, ahora un pañuelo.

—¿Y tengo yo la culpa, Enrique? Pero no seas niño.... toma y consuélate—tu árbol de Navidad es mi mano, y ella te alarga esto: ¿estás contento?

—¡Ah! ¡qué dicha! y sonaron dos besos apagados que Enrique daba al objeto que le alargó Clemencia.

—Retrato y cabello que pediste.... ahora, enójate.

Los jóvenes se alejaron.

Fernando cayó desplomado sobre una silla. Lo que acababa de escuchar era cuanto podia sucederle de imprevisto, de horroroso, de terrible.

Poco despues le fué preciso salir al corredor; se ahogaba..... estaba loco. Si alguna vez hizo propósitos insensatos, fué entonces. Su pecho era un volcán, su cerebro ardia, y no le venian á la boca mas que blasfemias. Se acordó de que traia guardada y cuidadosamente envuelta la flor que Clemencia le habia dado algunos dias antes. Sacóla del pecho y la arrojó con cólera sobre el mismo jarron japonés en que estaba la planta que la habia producido.

—Conservarla, dijo, seria adorar la burla.

Pero su ausencia habia sido notada en la cena, y Clemencia, acompañada de Enrique, vino luego á buscarle.

—Fernando, ¿no viene vd. á cenar? le dijo la jóven.

—No, mil gracias; me siento un poco mal; prefiero estar aquí, respondió Valle secamente.

—Hombre, ¿se está vd. haciendo el romántico en una noche como esta?

—Amigo Flores, conténtese vd. con ser dichoso y déjeme en paz, replicó Valle sin poder contenerse.

—Amigo Valle, dice vd. eso con un acento tan trágico que me causa terror, y sobre todo, á esta señorita: ¡se diria que está vd. rabioso!

—Rabioso no es la palabra: indignado, sí, como un hombre sincero que descubre una perfidia .....

—¿Perfidia de quién?

—Hombre, me interroga vd. mucho, y á su vez se pone vd. trágico, lo cual me da tambien terror, y sobre todo á esta señorita.

—Vamos, vd. se ha vuelto loco, Fernando: por fortuna yo desprecio á vd. lo bastante para hacerle caso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Clemencia muy agitada al notar el ademán de Valle, que próximo á estallar, pudo sin embargo dominarse y se contentó con sonreir, mirando á Enrique con un gesto de supremo desden.

—Señorita, no tema vd., añadió; este caballero y yo nos conocemos hace tiempo y sabe que soy respetuoso en ciertos lugares..... en otros ya es diferente, tiempo nos queda..... en cuanto á vd., le pido mil perdones por mi descortesía hoy, y por mi candidez antes. Pido á vd. el permiso para retirarme...

—Pero, señor Valle, van á notar que se ausenta vd. así de una manera singular..... se dirá .....

—Nada..... yo ruego á vd. manifieste á su papá que me retiro porque estoy un poco enfermo. Ya me conocen y no lo extrañarán.

Y luego, volviéndose del lado de Flores, le cogió un brazo y le dijo sordamente:

—¡Mañana!

—Sí, mañana, respondió este llevándose á Clemencia, que habia perdido enteramente su aire altivo y que parecia trémula de emocion.

—Por Dios, y ¿qué va á suceder?

—Va á suceder que le mataré, Clemencia; hace tiempo que me fastidia este personaje de Byron, y ahora con mas justicia. ¿Se creia con derecho quizás á tu amor? Habia tomado la compasion y la amabilidad por cariño. Pues es modesto el jóven.

—Enrique, prométeme que no le harás nada.

—Oh! en cuanto á eso, yo estoy acostumbrado, amor mio, á hacer tragar las amenazas á quien me las dirige. Pero no temas, no es mi espada la que él verá enfrente, sino mi látigo.

Clemencia, generosa por carácter, se sintió mal al escuchar esta fanfarronada, que traspasaba los límites de lo verosímil.

—¡Oh, no! dicen que es muy valiente Fernando.

—A pesar de eso, sentirá mi látigo.

—Adios alegría de Navidad! murmuró Clemencia enjugándose sus lágrimas; ya no voy á tener gusto en toda la noche, y vale mas que esto se acabe pronto.

Pero ¿por qué, mi vida? dijo Enrique inclinándose á besar los perfumados cabellos de Clemencia .....te preocupas mucho con las palabras de un imbécil. Vas á ver si te quito la pena. Bailaremos el primer wals, ¿no es esto lo convenido?

—Sí, pero se acabará todo despues.

Entraron. La cena se concluyó alegre, pero la frente de Clemencia permaneció nublada y triste.

Tocóse el wals consabido; Enrique hizo prodigios

Digitized by Google

de galantería y de imaginacion para distraer á Clemencia; pero esta sonreia tristemente, ocultaba bajo su larga y sedosa pestaña alguna lágrima que asomaba á sus radiantes ojos negros, y en un descanso dijo á Enrique mirándole fijamente con los ojos entrecerrados y llenos de pasion:

—¿Me amas, Enrique?

—Más que á mi vida.....

—Pues no hagas caso á Valle..... ¡desgraciado! él me quiere tambien.....

—Esa es una razon de mas.....

—Esa es una razon para tenerle piedad..... quizás yo tengo la culpa de que esté enamorado así y celoso.

—Tú le quieres algo, Clemencia.

—Que le quiero?.....Si yo no amo mas que á tí, á tí no mas, y desde el primer momento, y tu amor me ha costado lágrimas y sufrimientos atroces..... te amo, te amaré siempre.

La ardiente jóven decia estas palabras con ese aparente disimulo con que hablan siempre en un baile los enamorados, que no parece sino que platican de música, de los candiles y de los vestidos. Pero la voz de la jóven era tanto mas enérgica cuanto mas apagada, llena de ternura y de resolucion.

Y sus dedos oprimian convulsivamente el brazo de Enrique, y los latidos de su corazon parecian ahogar sus palabras.

Estaba apasionada frenéticamente.

El baile se concluyó pronto; Clemencia no estaba contenta ya. ¿Temia por Enrique? ¿temia por Fernando? Quién sabe! lo probable es que temia por cualquiera de los dos, pues bien sabia que ella era la causa de lo que iba á suceder.

Así es que otra vez, al recogerse en aquella aristocrática y deliciosa estancia que ya conocemos, en la noche del *té*, volvió á repetir pensativa y llena de remordimientos las mismas palabras:

—¿Qué he hecho, Dios mio? ¿qué he hecho?

XXIV

El desafio.

Al dia siguiente muy temprano Fernando vino á despertarme.

—Doctor, me dijo, vengo á inferir á vd. una molestia. Tengo que arreglar un asunto de honor con el comandante Flores, que me ha insultado anoche. No he creido conveniente encargar el arreglo de este negocio á ninguno de mis capitanes, y suplico á vd. que me sirva de testigo. Entre vd. y yo no han mediado relaciones de amistad; pero creo que no rehusará vd. prestarme este servicio de caballeros.

—No tengo inconveniente, le respondí; estoy á la disposicion de vd.

Contóme entonces el lance de la noche anterior, y me dió sus instrucciones. Queria batirse el mismo dia, y escogia como arma la espada. Era un duelo á muerte.

Fuí á ver á Flores, recibióme con arrogancia, designó como su testigo á un amigo suyo de Guadalajara, á quien citó para una hora despues.

—No habrá dificultad ninguna, me dijo; dentro de tres horas Valle estará complacido.

Me despedí inmediatamente y fuí á dar aviso á Fernando del pronto arreglo de aquel negocio; pero aun estaba hablando con él cuando un ayudante vino á llamarle de parte del coronel, y con urgencia. Encontró á su gefe indignado.

—Sé que ha desafiado vd. á muerte al comandante Flores, por yo no sé qué palabras que dijo á vd. anoche en el baile.

—El se lo ha dicho á vd., mi coronel?

—El me lo ha dicho.

—Pues bien, es cierto; me ha ofendido gravemente, y yo he creido conveniente reparar este agravio retándole; seria yo un hombre despreciable si no lo hiciese así.

—Y ¿vd. no sabe que nuestras leyes militares prohiben bajo severísimas penas el duelo? ¿Vd. no sabe que va á hacerse reo de un delito grave, y que yo estoy resuelto á imponer á vd. un castigo terrible si insiste en su propósito? Caballero, yo no permito en mi cuerpo, ni menos en estas circunstancias, semejantes lances de espadachines; yo haré fusilar, conforme á Ordenanza, al que intente siquiera, estando, como estamos, frente al enemigo, promover duelos por cualquier motivo. ¿Es vd. valiente? ¿Está vd. ofendido? Pues tiempo hay para probar su valor combatiendo por su patria, y para lavar su ofensa, procurando en el primer combate portarse mejor que la persona que insultó á vd. Un militar no se pertenece, su vida es de la patria, y arriesgarla en otra cosa que en su defensa, es traicionar á sus banderas. ¡Habriamos de dar el escándalo de un desafio delante de los franceses! Batallas son las que debe vd. desear, y no lances de honor; matando ó muriendo vd., quedaria deshonrado en un desafio personal. El comandante Flores ha probado su temple de alma en los combates, no necesita dar nuevas pruebas de ello, y en cuanto á la ofensa que haya podido inferir á vd., él le invitará, llegado el caso, á avanzar sobre el enemigo, y entonces el que se quede atrás será el que tenga que confesarse vencido. Así deben hacerse los desafios en tiempo de guerra, y no exponiendo á la vergüenza á su cuerpo y á los gefes con reyertas personales, estériles para la causa que defendemos y criminales á los ojos de la sociedad. He ordenado á Flores que no acepte el reto de vd., y si tanto él como vd. intentan llevarle á cabo, á pesar de mis órdenes, el general tendrá conocimiento de ello, y yo ofrezco á vdes. que los haré fusilar. Así es que vd. prescinde de su propósito, retira vd. toda indicacion, y dentro de pocos dias yo proporcionaré á vdes. una liza mas noble y mas honrosa; y como es preciso castigar á vd. por este conato de infraccion del Código militar, vd. permanecerá arrestado

Digitized by Google

hasta que salgamos de Guadalajara, que será bien pronto.

—Está muy bien, mi coronel, contestó Valle, comprendiendo que su gefe tenia razon en todo; pero indignándose interiormente de que Enrique hubiera corrido á denunciar al coronel aquella ocurrencia.

El razonamiento del gefe era enteramente justo; pero la cólera hervia aún en el pecho del jóven ofendido, y aquel desprecio lanzado por su enemigo delante de Clemencia, le manchaba el rostro como un bofeton ó un latigazo. Algo hubiera dado por no pertenecer al ejército ó por hallarse lejos de la guerra y frente á frente de un rival tan soberbio como insolente.

El duelo no se llevó á cabo, y Valle se desesperaba pensando que Clemencia supondria que él se habria resignado á sufrir en silencio la atroz injuria que habia recibido en presencia de ella.

—Doctor, me dijo, llorando de desesperacion, no me queda mas recurso que el suicidio.

—El suicidio seria peor, amigo mio, le respondí, y me asombro de que vd., regularmente tan juicioso, no pueda dominar ahora ese sentimiento de cólera pueril. Realmente el coronel tiene razon; un desafio cuando los franceses van á llegar, seria inexcusable. La espada de vd. no debe cruzarse sino con la de los enemigos de la patria. En el primer combate vd. se cubrirá de gloria ó morirá, y de una ú otra manera quedará bien puesto á los ojos de su rival y á los de esa señorita, que seria la primera en censurar á vd. una querella personal en los momentos mismos en que el enemigo se presenta frente á nosotros. ¡Qué duelo, ni qué suicidio! El combate mañana, y olvidemos hoy esas miserias de salon que solo pueden afectar á quien llevando una vida ociosa no tiene otro campo mas hermoso en que demostrar el temple de una alma altiva y honrada.

Logré por fin convencer á Valle, que se resignó á callar y sufrir, con la esperanza de hacerse matar en el primer encuentro. Entretanto permaneció arrestado y no volvió á ver á nadie en Guadalajara, encerrado como estaba en su alojamiento, en donde pasó todavía unos seis dias de tormento y de impaciencia.

Por fin se dió la órden de marcha, y el cuerpo salió de Guadalajara con direccion á Sayula. Esto sucedió el dia 2 de Enero de 1864. El dia 1º, y cuando se hacian los aprestos de marcha, el coronel del cuerpo, en nombre del general Arteaga, puso en manos de Enrique Flores el despacho de teniente coronel, que el general en gefe del ejército acababa de enviarle, por recomendaciones de buenos amigos que el simpático comandante tenia en el cuartel general.

XXV

El carruaje.

Era el 5 de Enero de 1864, y ya avanzada la noche, que estaba fria y nebulosa.

Un carruaje tirado por seis mulas caminaba con toda la ligereza posible con direccion al pueblo de Zacoalco, distante todavía como unas cuatro leguas.

En pos de él seguian un caballero y seis ú ocho criados, uno conduciendo tiros de refresco y otros algunas mulas cargadas de petacas y colchones.

Evidentemente en el coche debia ir una familia principal.

Ya he dicho que ese mismo dia 5 ocuparon los franceses mandados por el general Bazaine, á Guadalajara. Arteaga la habia evacüado el 3 con sus tropas.

A la aproximacion de las fuerzas invasoras, varias familias, no pudiendo soportar la idea de recibir á los enemigos de la patria, se apresuraron á salir y tomaron todas ellas el camino de Zapotlán para dirigirse á Colima, punto que estaba enteramente á cubierto, por entonces, por la línea de defensa que habia establecido el general Uraga en las Barrancas.

El camino de Guadalajara á Sayula, por tal motivo habia estado frecuentado por los emigrantes desde el dia 3, pero ya el 5 lo estuvo solo por algunos rezagados que habian salido de la ciudad pocas horas antes de que llegaran á ella las columnas francesas.

A este número pertenecia probablemente la familia que venia en el carruaje, pues todo indicaba que habia hecho una jornada larga y penosa. Las mulas parecian fatigadas, el coche maltratado y los mozos caminaban cabizbajos y taciturnos, señal del fastidio que les habia producido una caminata poco comun.

De repente y en un recodo del camino el carruaje se detuvo, como por un obstáculo, las mulas desfallecian, pero el conductor les aplicó latigazos tan vigorosos que los pobres animales hicieron un esfuerzo supremo, y partieron con tanta fuerza que el carruaje, despues de haber dado un gran salto, volcó, cayendo sobre uno de sus costados.

Las personas que iban en él dieron un grito espantoso, al que respondió otro del caballero que venia detrás y que se apeó en el acto del magnífico caballo que montaba, y corrió adonde el carruaje yacia arrojado y en el peligro de ser arrastrado por las mulas, que sin ser contenidas mas que por el postillon, se espantaban y querian continuar su carrera.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!..... gritaba el caballero, lleno de angustia.

—No hay cuidado, papá, nada nos ha sucedido, gritó una voz ligeramente alterada por el susto.

—¡Clemencia! ¡hija mia! ¿y tu mamá, y tus amigas?

Ya comprenderán vdes. que las familias que iban allí eran las de Clemencia é Isabel.

Digitized by Google

Por fortuna, tanto estas jóvenes como las señoras no tuvieron novedad, y si no fué un desmayo que sufrió Isabel, á causa del terror, no tuvieron que lamentar sino pequeñas contusiones.

Por lo demás el carruaje tenia hecha pedazos completamente una de sus ruedas, que detenida en un hoyo, obstáculo que detuvo el carruaje momentos antes, se habia roto, al tirar las mulas, apuradas por los latigazos del cochero.

Un instante despues y con el auxilio de los criados las jóvenes fueron trasportadas á orillas del camino, Isabel volvió en sí en los brazos de Mariana que no perdia su presencia de espíritu, el carruaje fué levantado, y solo afligió á la familia la dificultad de su situacion.

En efecto, era imposible continuar el camino, inutilizado como estaba el carruaje. El cochero manifestó la imposibilidad de componer la rueda rota, y los mozos añadieron lo que el caballero sabia: que no habia cerca ningun pueblecito, ninguna hacienda adonde refugiarse esa noche, ó de donde traer un carruaje nuevo. Zacoalco estaba todavía á cuatro leguas, y era improbable que allí pudiese conseguirse un coche. Era, pues, preciso pedirlo á Sayula, adonde el general Arteaga habia llegado, ó resignarse á hacer la caminata en los caballos de los mozos, mientras que estos seguian á pié.

Pero las señoras se juzgaron incapaces de montar á caballo, y además los golpes que habian recibido, aunque pequeños relativamente, les hacian sufrir bastante para que pudiesen caminar á caballo por espacio de cuatro leguas. ¿Qué hacer entonces?

—Si me hubieses escuchado, Clemencia, decia el caballero con vivas muestras de pesar, nos habriamos quedado en Santa Ana, habriamos tenido un buen alojamiento, y nos habriamos ahorrado esta desgracia.

—Es muy cierto, papá, respondió la jóven; pero la consideracion de que los franceses podian seguirnos y de que tal vez nos íbamos á ver envueltos en mayores dificultades, estando los republicanos cerca, me hacia impacientarme. Prefiero, á no ser por los trabajos que hago pasar á vdes., todo esto á quedarme cerca de Guadalajara.

—De veras que admiro tu patriotismo, hija mia; no te juzgaba capaz de tamaña exaltacion.

—Papá, replicó la niña, á vd. debo todas mis ideas y el odio que tengo á los enemigos de México.

—Algo se mezcla el amor en tu patriotismo, segun presumo; pero no lo tengo á mal, y solo siento que no podamos salir de este atolladero.

—Señor, dijo uno de los mozos, si quiere su merced echaré á correr á Zacoalco, y puede ser que encuentre otro coche, ó por lo menos un carpintero que en un momento componga la rueda. Estaré allá á las dos de la mañana, y aquí de vuelta poco antes de amanecer y podremos continuar.

—Bien, vete, dijo el caballero; mira que tú eres nuestra esperanza.

—Pierda cuidado mi amo, contestó el mozo metiendo espuelas á su caballo y alejándose con direccion á Zacoalco.

Entretanto, los criados improvisaron allí una especie de tienda, y con auxilio de las hachas que llevaban á prevencion armaron los catres de camino para las señoras, que se recostaron en ellos y durmieron, mientras que el padre de Clemencia y sus servidores permanecieron en vela perfectamente armados y dispuestos á defenderse, pues no era nada difícil que por aquel camino entonces desierto y abandonado de toda especie de tropas, cruzasen algunas bandas de las que siguen por lo regular á un ejército en retirada, ó de las que se aprovechan de una situacion como aquella para desbalijar á los transeuntes.

Dejemos al respetable y patriota comerciante sentado en una petaca, con una mano en la mejilla y la otra en un soberbio rifle de seis tiros, y sigamos al postillon que corre á escape por el camino de Zacoalco.

XXVI

Bien por mal.

A dos leguas de este pueblo el mozo escuchó el ruido sordo de una tropa de caballería que se acercaba.

Poco despues fué mas distinto el ruido, y á él se mezclaba el que hacen al chocarse los sables. No habia duda, era una tropa la que venia. La noche estaba oscura y corria un viento glacial y molestísimo.

De repente el postillon se vió obligado á detenerse en su carrera; le habian dado el *¡quién vive!* y una patrulla que venia á la vanguardia de la tropa habia hecho alto cerca de él.

—*¡Libertad!* respondió resueltamente el mozo.

—*¿Qué gente?*

— *¡Paisano!*

—*¡Alto ahí!* le gritó un sargento, y se avanzó á su encuetro.

—*¿Correo?* le preguntó.

—No, señor; soy el mozo de una familia que se ha quedado atrás porque el coche en que venia se rompió, y voy á Zacoalco á ver si consigo otro.

Llévele este hombre al gefe, dijo el sargento, para que lo reconozca y le pregunte.

El soldado obedeció y se llevó al mozo hasta encontrar al gefe que venia á la cabeza de su columna.

Componíase esta de doscientos carabineros, y tan luego como el gefe advirtió que su descubierta habia hecho alto y que se avanzaban hácia él dos hombres mandó hacer alto tambien á la columna y se adelantó para saber qué era aquello.

—Mi comandante, dijo el soldado, el sargento me manda que presente yo á vd. este hombre que acabamos de encontrar y que venia á galope.

—¿Quien es vd. amigo? preguntó el comandante alzando un poco su capuchon para examinarle?

Digitized by Google

—Señor, respondió el criado, soy un postillon y me adelanto á Zacoalco para buscar un carruaje ó un carpintero, porque el coche en que venia mi amo el señor R..... de Guadalajara se ha hecho pedazos á cuatro leguas de aquí, y allí está toda la familia parada en el camino.

—¡El señor R!..... preguntó con interes el comandante.

—Sí, señor, él mismo con su señora, su niña y otras dos señoritas que le acompañan, y además los criados de la casa con los equipajes.

—¿Salieron vdes. hoy de Guadalajara.

—Sí, gefe, salimos hoy temprano, porque los franceses debian llegar en la mañana y mi amo no quiso aguardarlos.

—De modo que los franceces están hoy en Guadalajara.

—De seguro, mi gefe: en Santa Ana, donde nos detuvimos un rato, supimos eso de cierto por un mozo de la hacienda que trajo la noticia. Se estaban acuartelando cuando él salió.

—Bueno; y ¿dice vd. que la familia del señor R... se quedó en el camino?

—Sí, señor; y figúrese vd. con la noche tan fria y el camino tan desamparado, allí están las señoras maltradas por el golpe del carruaje que se rompió y volcó. Mi amo queria quedarse en Santa Ana, pero la niña no quiso y tuvo el capricho de llegar hoy á Zacoalco: ¡estaba tan inquieta y tan impaciente la pobrecita, y suceder esto!

—¡Ah, no ha podido resistir la ausencia de Enrique! dijo el comandante en voz muy baja.

El comandante era Fernando Valle que regresaba con su escuadron, de órden del cuartel general, á situarse en la hacienda de Santa Ana, en observacion del enemigo.

Despues de meditar un breve instante añadió para sí:—¡Pérfida!.....¡cuánto le ama y cuánto mal me ha hecho! ..... En fin! volvamos bien por mal!

Y luego, llamando á uno de sus capitanes, le dijo:

—Capitan, necesito volver urgentemente á Zacoalco con este correo que trae despachos importantes de Guadalajara; vd. queda mandando la columna que hará alto aquí, mande vd. echar pié á tierra y que se estén los soldados brida en mano, hasta mi vuelta que no tardará dos horas. Yo me voy solo con el correo.

—Muy bien, mi comandante.

—Venga vd., dijo Valle al mozo, y sígame á todo galope.

Pasaron á un costado de la columna, donde dió el comandante todavía algunas órdenes brevísimas á dos ó tres oficiales, y se alejaron despues rápidamente los dos ginetes con direccion á Zacoalco.

Media hora despues penetraban en el pueblo y se detenian en la plaza.

—Aguárdeme vd. aquí, dijo Valle al mozo, y se dirigió á una casa en cuyo zaguan tocó repetidas veces. Abriéronle por fin, entró, se apeó y fué á tocar de nuevo en una puerta interior.

—Capitan, capitan, ábrame vd., soy yo, Valle.

La persona interpelada se levantó apresuradamente y vino á abrir.

—Fernando, ¿qué se ofrece? ¿qué hay? ¿pues no se habia vd. marchado á las diez?

—Es verdad; pero he tenido necesidad de volver, y sobre ello, mi viejo capitan, ruego á vd. mucho que me guarde el secreto; es una pequeña contravencion á las órdenes que he recibido. Marchaba con mi columna para la hacienda de Santa Ana, cuando á dos leguas de aquí me encontré al mozo de una familia de Guadalajara que quiero mucho, el cual me dijo que el carruaje en que aquella venia se volcó en el camino, y que habia quedado detenida por eso; que él venia á este pueblo á conseguir otro carruaje, si era posible, ó á llevar un carpintero. Vd. comprenderá que ni uno ni otro son fáciles de obtener aquí. Entonces me acordé de que vd. habia traido un coche porque sus enfermedades no le permiten caminar á caballo; pero pensé que si no venia yo en persona á pedírsele á vd. no le daria, y tiene vd. razon, mi viejo capitan, vd. le necesita mucho; pero por nuestra amistad, por lo que vd. mas quiera, le suplico que me le preste para auxiliar á esa familia á quien debo muchos favores.....

—¡Hum! Fernando! la cosa es peliaguda.... vd. sabe que no puedo moverme; y ¿cómo continúo hasta Sayula desde aquí?

—¡Oh! no hay cuidado, vd. prestará el carruaje hasta Sayula, pues de otro modo la familia siempre tendria que detenerse aquí. Pero llegará mañana á ese pueblo y regresará el carruaje á Zacoalco pasado mañana para que vd. continúe su camino. Ya vd. ve que lo que le pido es un dia de fastidio en este pueblo; pero no olvidaré tamaño sacrificio.

—Bien, muchacho, bien, tome vd. el carruaje: ¡que diablo! no faltaba mas que yo negara un tan pequeño servicio á quien debo la vida y tantos ...

—Vamos, no siga vd., mi capitan, recuerde vd. que he sido su soldado y que....

—Y que hoy es vd. mi gefe, bien merecido, hijo mio; valientes como vd. no se encuentran por todas partes....

—Calle vd., mi capitan, calle y reciba mi agradecimiento....

—Ya sabe vd. que han entrado los franceses á Guadalajara?

—Acabo de saberlo por el mismo criado; pero vd. ¿cómo lo supo?....

—Ha pasado por aquí un extraordinario que llegó momentos despues de que vd. salió, ese hombre avisó al alcalde que nos lo dijo á nosotros. Segun eso va vd. á tener pelotera, porque yo no dudo que ellos destaquen alguna fuerza con direccion á este camino.

—No será tan pronto, mi capitan, y si sucede me alegraré muchísimo, ya tengo deseos por mil razones de encontrarme con ellos.

—Vaya vd. con Dios, muchacho, llévese el carruaje; apuesto á que en esa familia viene alguna

Digitized by Google

linda por cuyos bigotes anda vd. corriendo á estas horas.

—Algo hay de eso, contestó el comandante, montando á caballo y diciendo adios al viejo capitan.

Este llamó al dueño del carruaje, le advirtió que tenia la obligacion de volver de Sayula á cumplir su contrato, y que se arreglara en cuanto á la gratificacion por su viaje extraordinario, con el comandante.

El carruaje se dispuso y salió del meson con tres tiros de mulas.

—Amigo mio, dijo Valle al del carruaje, va vd. á traer una familia que está á cuatro leguas de aquí, y sin detenerse en este pueblo, porque le manifestará vd. que le es urgente estar de vuelta pasado mañana de Sayula, para conducir al capitan con quien tiene vd. compromiso; la llevará vd. hasta esa poblacion, en la que le será fácil conseguir otro coche, de los muchos que se fueron con el general. Ahora, vd. no recibirá de esa familia gratificacion ninguna; aquí tiene vd. tres onzas y este reloj de oro que vale tres veces mas, y que conservará vd. en mi nombre.

—Es bastante, gefe, y sobrado, y yo le doy á vd. un millon de gracias.

—Partamos, pues.

El carruaje partió á escape.

Pero al llegar á la salida del pueblo Valle comenzó á sentir que su pobre caballo no podia mas y que estaba próximo á caerse.

—Sea por Dios, dijo bajándose, mi pobre, mi único caballo, mi compañero de trabajos..... se muere, no hay duda.....! y era natural..... veinte leguas de camino, pocos descansos, tres dias de fatigas... y una carrera de dos leguas en media hora, es lo suficiente para que el pobrecillo sucumba, no hay remedio.

No bien acababa de decir esto cuando el infeliz caballo cayó muerto.

Valle gritó al postillon, que se detuvo.

—Grita al cochero que haga alto.

El carruaje se detuvo tambien.

—Mira, muchacho, continuó Valle, mi caballo ha reventado y no tengo otro, el tuyo está todavía muy bien y me parece muy fuerte.

—Ah, señor, es muy bueno, es de los de mi amo.

—Pues bien, te lo compro.

—Señor.... es de él.....

—Bien, dile que se lo vendiste al oficial que proporcionó el coche, no lo llevará á mal.

—Costó doscientos pesos, señor....

—Arreglado: te doy diez onzas, y no mas porque no tengo; pero te daria una mano por un caballo en este momento.

—Está bueno, señor, vale que el amo no se enojará, porque él tambien hubiera dado una hacienda por un carruaje, hace dos horas.

El postillon recibió sus diez onzas, que contó minuciosamente, quitó la silla á su caballo, la metió en el carruaje, en seguida se metió el mismo; Valle quitó su montura militar del caballo muerto, del que se despidió con una lágrima, ensilló el caballo que acababa de comprar y se puso á la portezuela del coche que volvió á partir. Una hora despues, llegaron adonde estaba la columna; allí Valle despidió al postillon, advirtiéndole que el carruaje era de un amigo suyo y que no recibiria paga alguna, porque la familia del Sr. R.... era una familia querida para él, por lo cual estaba advertido el conductor del carruaje de no recibir un maravedí. El postillon le dió las gracias en nombre de su amo, y partió en el coche con toda celeridad.

Fernando mandó montar á caballo y continuó lentamente su camino, con la frente oculta bajo su capucha y en el mayor silencio. Si hubiese habido luz para examinar su semblante, se habria espantado cualquiera al notar la expresion de profunda tristeza que nublaba sus ojos y que daba á su sonrisa un aire de desesperacion concentrada.

XXVII

Alter tulit honores.

—No la veré, no podré verla... murmuró al cabo de un instante, y mas vale. Que crea que es Enrique, y será mejor.

Despues, volviéndose hácia un muchacho que le acompañaba montado en una jaquita, tan flaca como ligera, le dijo:

—Oye, guia, ¿no hay un camino que corte de aquí directamente para la hacienda de Santa Ana?

—Para la hacienda no, señor; pero yo conozco una vereda que va á dar al pueblo de Santa Anita, y como está tan cerca de la hacienda, es lo mismo.

—Pues bien, toma la vereda: ¿es buena para la caballería?

—Un poco pedregosa; pero muy poco, es un pedazo malo, lo demás es como aquí.

—Bien: adelante.

El guia fué á guiar al sargento, gefe de la descubierta, y la columna comenzó á desfilar por la vereda. Dejémosla seguir para Santa Anita y volvamos al lugar donde quedó la familia.

Comenzaba á rayar la aurora cuando el padre de Clemencia creyó escuchar el ruido de un carruaje: le pareció demasiada fortuna para ser creible; pero un momento despues un mozo destacado por aquel lado del camino vino corriendo á decirle que en efecto era un carruaje el que se acercaba, tirado por seis mulas.

El Sr. R..... despertó á la familia alborozado.

—Dios nos protege, hijas mias; hé ahí un coche que viene de Zacoalco.

Las señoras se levantaron contentas.

El carruaje llegó y se detuvo. El postillon se apeó.

—¡Ah, señor! ¡qué fortuna tan grande! Antes de llegar al pueblo encontré una caballería. El que la manda es un jóven, segun pude ver, y luego que le dije que era su merced el que estaba aquí detenido

Digitized by Google

con su familia por la rotura del coche, se sorprendió mucho, se afligió como si fuera alguna cosa de su merced, y dejó á un oficial encargado de la tropa y se fué conmigo al pueblo. Allí entró á una casa y salió con este carruaje que dice que es de un amigo suyo, que le suplica á su merced que lo lleve no mas hasta Sayula para que de allí se vuelva á conducir á ese amigo suyo, y que no pague nada al conductor, porque tiene órden de no recibir ni un ochavo.

El caballero al oir esto se quedó perplejo. Pero Clemencia, con su viveza de costumbre, dijo conmovida:

—Papá..... ese oficial es Flores..... estoy segura; ¿quién más que él es capaz de ese rasgo de galantería?

Isabel frunció las cejas al oir esto.

—Es muy posible que sea él, concluyó el anciano. ¿Qué señas tiene, muchacho?

—Señor, no le ví bien: tenia cubierta la cabeza con un capuchon que le tapaba parte de la cara; pero es un jóven, me pareció alto, y monta muy bien á caballo.

—Es él..... no hay duda, papá, volvió á decir Clemencia.

—Conoce vd. al oficial que envía el carruaje? preguntó el padre de Clemencia al conductor.

—No señor, contestó este secamente; es la primera vez que le veo ahora.

—Pero ¿no oyó vd. si se llama Flores?

—Me parece que sí, señor.

—¡Oh noble corazon! dijo la madre de Clemencia, miéntras que Isabel palidecia y reprimia una lágrima.

—Y ¿vamos á encontrarle? preguntó Clemencia al postillon.

—Seguramente, porque viene para acá.

—¡Dios mio! murmuró en voz baja la jóven; y ¿adónde va cuando yo salgo precisamente por estar cerca de él? Y luego añadió en voz alta:

—¿Cree vd., papá, que vayan las tropas liberales á atacar á Guadalajara?

—Seria un desatino abandonar una plaza para atacarla despues á los tres dias! Esto creo yo que se hace cuando se cuenta con otros elementos.

—Pero entonces adónde marcha esa caballería?

—Irá á observar al enemigo: ¿pues no sabes que el general Uraga ha dispuesto defender las Barrancas y establecer allí una línea formidable de defensa?

Clemencia se entristeció profundamente.

Pero los mozos habian acabado de arreglar el carruaje y de colocar las cargas en las mulas. La familia se colocó en los asientos y el coche empezó á andar.

—Allá va una tropa de caballería, gritó un mozo que iba delante, señalando en efecto una larga hilera de ginetes que desfilaba á lo lejos por un costado del camino y que se veia muy bien con la luz cada vez mas clara del dia. Empezaba á amanecer.

Las señoras se asomaron á la portezuela.

—¡Ingrato! dijo para sí Clemencia; ¿y por qué no ha querido verme? ¡Ah, temeria por su corazon! Y la rubia á su vez pensaba que tal vez adivinando ó sabiendo que ella venia tambien, no habia querido verla para no sufrir con su presencia.

Y las dos jóvenes se ocultaron una de otra y de las señoras, para no dejar ver sus ojos llenos de lágrimas, y luego volvieron á asomarse á la portezuela hasta que la columna se perdió á lo lejos entre las sombras del lomerío.

XXVIII

Prision y regalos.

Entretanto ocurrian en Zapotlán, donde Uraga habia situado su cuartel general, los siguientes cambios:

El coronel del cuerpo de caballería á que pertenecian Flores y Valle habia sido ascendido á general y recibido el mando de una brigada. Enrique, como lo dije hace poco, habia recibido su despacho de teniente coronel desde antes de salir de Guadalajara, y en calidad de tal se quedó con el mando de su cuerpo. El general en gefe tenia afecto á este oficial por las recomendaciones que hacian de él frecuentemente, tanto el antiguo coronel como otros muchos amigos que el jóven tenia en el cuartel general.

Convenia para los nuevos planes que el gefe del ejército del centro acababa de formar, que algunas fuerzas de caballería se avanzaran hasta las cercanías de Guadalajara, con el objeto de observar los movimientos del enemigo. En caso de avanzar este hácia la nueva línea de defensa, tales fuerzas debian replegarse y unirse al grueso del ejército liberal.

Flores habia pedido al general que su cuerpo fuese uno de los avanzados. Se le concedió y se le ordenó asimismo que marchara á situarse con él en puntos cercanos á la expresada ciudad. Enrique con tal objeto marchó llevando el resto del cuerpo, pues ya sabemos que uno de los escuadrones habia avanzado hasta Santa Ana con Fernando Valle á su cabeza. Este jóven ignoraba hasta el dia 6 las novedades ocurridas en su cuerpo; pero las supo el dia 8, algunas horas antes de que llegara á la hacienda de Santa Ana el teniente coronel Flores con el otro escuadron.

Fernando, al tener conocimiento de que su mortal enemigo venia á ser ahora su gefe, tuvo un momento de desesperacion, y le ocurrió pedir desde luego su pase á otro cuerpo; pero la circunstancia de hallarse frente al enemigo le detuvo, y no halló mas medio que el de resignarse por lo pronto á su suerte.

Enrique llegó, y Fernando con la mayor amargura se vió obligado á presentarse á su gefe y á ponerse á sus órdenes, dándole parte de las novedades ocurridas.

En el momento se le mandó permanecer en la hacienda con cincuenta caballos, miéntras que Flores

Digitized by Google

marchó al pueblo de Santa Anita con el resto del cuerpo.

Una vez allí, Enrique que tenia cerca de Valle oficiales que espiaban todos los movimientos de este y que le dieron cuenta de ellos, supo: que Valle habia encontrado en la noche del 5 á dos leguas de Zacoalco á un correo de Guadalajara, que habia habia hablado con él en secreto, y que habia abandonado un rato la columna para irse con él hasta el pueblo, volviendo despues con un carruaje.

Todo esto era para Enrique un misterio, pero aunque estaba íntimamente convencido de que Fernando no abrigaba intencion ninguna de traicionar, no quiso perder la ocasion de sacar ventaja de tamaña ocurrencia.

Fernando estorbaba para la realizacion de los planes que Enrique estaba concibiendo desde hacia algunos dias, y en los que trabajaba con actividad como lo sabremos despues. La presencia de Fernando en el cuerpo era un obstáculo insuperable, presentábase la ocasion de hacerle desaparecer, y Enrique dió gracias á su fortuna por haberle puesto á punto de concluir su obra.

El extraordinario que llevaba á Zapotlán la comunicacion de Flores, partió, y dos dias despues llegaba á Santa Anita la órden del cuartel general para prender al comandante Valle y remitirle con una buena escolta á Zapotlán.

Eran las seis de la mañana, y el oficial encargado por Flores de ejecutar la órden superior, llegó á la hacienda de Santa Ana y no encontró á Valle ni á sus cincuenta ginetes, pero supo que el jóven comandante habia salido al oscurecer el dia anterior de la hacienda, con direccion á Guadalajara.

El oficial se quedó contrariado, é iba á avisar á su gefe lo que ocurria, cuando divisó á lo lejos una polvareda, y un momento despues vió aparecer á los cincuenta caballos, que con su gefe á la cabeza regresaban á Santa Ana.

Adelantóse el oficial al encuentro de Valle, y le dijo:

—Comandante, buscaba á vd., y me sorprendí de no hallarle en la hacienda.

—¡Oh, capitan! respondió Valle con aire sombrío. Avancé un poco mas adelante esta noche: y me alegro mucho de ello: ¿qué se ofrece?

—Este pliego de parte del coronel, dijo alargándole una comunicacion cerrada y sellada.

Fernando abrió el pliego, y apenas comenzaba su lectura se puso pálido, frunció las cejas y no pudo contener un movimiento de indignacion, al que sucedió una sonrisa de desprecio.

—Comprendo, dijo con altivez; á tiempo viene esta órden. En fin, obedezco. ¡Capitan! dijo á uno de sus oficiales, queda vd. á las órdenes del señor, y yo marcho en este momento.

Diez minutos despues, y habiendo arreglado su pequeño equipaje, Valle salió en direccion á Zapotlán, conducido por una escolta de veinte hombres al mando de un teniente.

Valle caminaba taciturno; pero de cuando en cuando se dibujaba en su semblante una sonrisa de triunfo.

—Es la primera vez, llegó á decirse en voz baja, que la casualidad me favorece. Era justo; hasta ahora no habia sido todo mas que un continuo llover desgracias sobre mí.

Habian andado seis leguas cuando encontraron á dos criados conduciendo dos magníficos caballos cubiertos con dos vistosas camisas de lana, y una mula que traia una pequeña caja.

Uno de los mozos se detuvo y preguntó al teniente:

—Señor oficial, ¿me hace vd. favor de decirme si está en la hacienda de Santa Ana el señor coronel Flores?

—En el pueblo de Santa Anita, muchacho.

—¿Son para él esos caballos?

—Sí, señor, replicó el mozo; se los llevo de regalo de parte del señor R..... lo mismo que esa petaquita.

—¿Dónde está el señor R.....? preguntó Fernando.

—El me despachó de Zapotlán, pero siguió su camino hasta Colima con la familia; de modo que allá debe estar ahora.

Los dos grupos se alejaron uno de otro, y el de los mozos del señor R..... llegó á la una á Santa Anita, donde estaba el teniente coronel Flores.

Este recibió la carta que le mandaba el padre de Clemencia, y manifestó la mas grande sorpresa al concluir su lectura.

La carta decia poco mas ó menos así:

«Querido amigo mio: Estoy altamente reconocido á la generosidad de vd., y solo me permitirá acusarle por no haber seguido por el mismo camino que nosotros traíamos, y en el que el encuentro con vd. nos hubiera sido sumamente grato, y nos habria proporcionado la ocasion de darle las gracias personalmente por todo lo que hizo esa noche.

«Fué vd. una providencia para nosotros. Aun tengo que acusarle otra vez por haber permitido que mi criado cometiese una falta que nunca le perdonaré. El caballo de vd. cayó muerto en Zacoalco á consecuencia de haberle hecho correr por prestarnos un servicio. ¿Cómo pudo vd. suponer que yo aprobaria la compra de mi caballo que el mozo imbécil no discurrió regalarle?

«Yo no supe esta ocurrencia penosa para mí, sino hasta llegar á Zacoalco, pues mi preocupacion me impidió observar que el criado llegaba en el carruaje, sin el caballo que antes montaba. Despues quise cerciorarme de que era á vd. á quien debiamos tantos favores, aunque lo presumiamos y Clemencia lo tenia por seguro; pero una vez sabido en este pueblo por el general que habia despachado á vd., lo cierto, y además el punto en que podia encontrarse, me decidí á escribirle enviándole además de las diez onzas que mi criado recibió indebidamente, dos de mis mejores caballos, y una mula que lleva para vd.

Digitized by Google

un pequeño botiquin que Clemencia habia preparado para nosotros, y un precioso escritorio de campaña que era del padre de Isabel, que esta niña manda á vd. como una muestra de gratitud.

«Nosotros vamos á Colima. De allí escribiremos á vd. frecuentemente; vd. haga lo mismo, etc. etc.»

Enrique comprendió desde luego toda la historia del correo misterioso que hizo volver á Fernando á Zacoalco, y temió, por lo mismo, que su acusacion cayese en falso, lo que no podia menos de suceder si se aclaraban los hechos. Pero contentóse por lo pronto con responder al Sr. R..... una carta muy lacónica, dándole las gracias, y diciéndole que mas tarde le explicaria todo lo que habia de oscuro en su conducta. Despues de lo cual abrió la petaca en la cual encontró el botiquin y el lindo escritorio, que era un verdadero dije, con cuanto habia menester un gefe en campaña para el despacho de su correspondencia. Al abrir el primero de estos muebles Enrique encontró un billete que se apresuró á abrir. Era de Clemencia, y en él habia puesto la enamorada jóven las siguientes palabras:

«Enrique mio: ¿por qué no has querido hablarnos en el camino? He salido de Guadalajara, á pesar de tus instancias para que me quedase. No comprendo todavía por qué te empeñabas en dejarme con tus enemigos. Yo no podia vivir sin tí, y he salido adonde siquiera pueda tener noticias tuyas mas frecuentes. Te mando mi botiquin, y la pobre Isabel te envia el escritorio de su padre que ella guardaba como reliquia, pero que desea que uses para que te acuerdes de ella.

«Yo pienso en tí continuamente y te amo mas que nunca.

«CLEMENCIA.»

Todo esto fué un motivo de temor y de contrariedad para Enrique, que veia bien claro la equivocacion, y que consideraba cuánto bajaria en el concepto de aquella familia, y especialmente de aquella mujer tan apasionada y tan original, en el momento en que se explicase el *qui pro quo*, momento que no veia muy lejano.

Desde luego no dudaba que Fernando fuese el autor de aquella accion, que estaba tan en conformidad con su carácter; y como á sus propios ojos Valle aparecia tanto mas generoso esa vez cuanto mas desprecios habia recibido de Clemencia en Guadalajara, temia que esta jóven concibiese por su desdeñado rival una especie de admiracion que pudiera convertirse en simpatía.

—Sin embargo, dijo para sí, la fortuna es mi madre, y la desgracia sigue á ese muchacho como una sombra.

XXIX

El traidor.

Fernando llegó á Zapotlán de noche, y el primero que le vió fué su antiguo coronel.

—Mal negocio para vd., amigo mio; ha sido vd. un loco, el general en gefe está indignado contra vd., y Dios le saque con bien de la entrevista que va á tener.

Pronto llegó Valle al cuartel general y fué anunciado al gefe del ejército del Centro, que despachaba en su oficina con su secretario.

—Que éntre! dijo con voz seca, y levantando la cabeza con aspecto irritado:

—¿Usted es el comandante Valle? preguntó, al entrar el jóven.

—Sí, mi general; ayer he sido reducido á prision y recibí órden de presentarme á vd.: ignoro qué causa ha habido para esto.

—¿Ignora vd., eh? ¿no le acusa á vd. su conciencia de nada?

—De nada, mi general.

—Usted está traicionando, comandante, vd. es un mal mexicano. La noche en que vd. salió de Zacoalco con su columna, se encontró un correo que venia de Guadalajara, habló con vd., y entonces vd. abandonó su tropa y se fué con él á Zacoalco á leer sus pliegos y á contestarlos, despues de lo cual se volvió vd. de nuevo en su compañía, le despachó vd. por delante, y en vez de seguir el camino recto tomó uno de través para dirigirse, no á la hacienda de Santa Ana, sino al pueblo de Santa Anita, contraviniendo á las órdenes que se le habian dado. Y era porque una partida enemiga estaba en la hacienda y vd. necesitaba que no la viese su tropa. De modo que vd. está espiando nuestros movimientos y dando cuenta de ellos á los franceses?..... Y ¿sabe vd. lo que su conducta merece? ¿Sabe vd. que yo deseo dar un ejemplar terrible en el ejército, que quite las ganas á los cobardes ó á los traidores de deshonrar nuestras banderas? ¿Lo sabe vd., desgraciado?

—Mi general, en el informe que han dado á vd. de lo que hice en la noche del 5, han agregado un hecho enteramente falso, y desnaturalizado los otros. No habia tal fuerza enemiga en la hacienda de Santa Ana, y apelo á los dueños de ella, que allí están y pueden declarar. Además, el hombre que yo encontré no era correo, sino un mozo del Sr. R..... de Guadalajara, que venia á Zacoalco en busca de un carruaje, pues el que traia ese caballero se habia hecho pedazos en el camino. Yo tengo motivos de gratitud hácia esa familia y quise sacarla del apuro. El capitan X..... que debe estar aquí ahora, habia llegado á Zacoalco en la tarde con un coche; me acordé de esto, pero como desconfié de que con un simple recado el capitan prestara su carruaje, abandoné la columna dos horas, y vine al pueblo á pedir al capitan este favor que me concedió al fin. Volví con el carruaje, despaché al mozo por delante, como era natural, y si tomé un camino de través para no encontrar á la familia, fué porque no queria hacer conocido de ella mi servicio, y porque deseaba excusar sus manifestaciones de agradecimiento. Hé ahí mi conducta explicada; en cuanto á la falta que cometí abandonando mi escuadron por dos

Digitized by Google

horas, es cierta, y merezco castigo. Tambien es cierta la contravencion á las órdenes que acababa de recibir, dirigiéndome á la hacienda de Santa Ana; pero no hice mas que pasar por el pueblo de Santa Anita, y con una hora de retardo estuve en mi punto.

El general parecia reflexionar con esta explicacion dada por Fernando con un acento de verdad.

—De modo, volvió á preguntar, que ese carruaje que se facilitó al Sr. R... fué vd. quien le consiguió, y no el teniente coronel Flores?

—Yo, señor, y no él, puesto que segun informa á vd. él mismo, yo encontré al mozo la noche del dia 5 y regresé á Zacoalco y volví á despacharle con el carruaje.

—Y ¿quien ha dicho á vd. que sea su gefe quien me informa?

—Lo adivino, señor; él me odia...

—¿Pero cómo no vió á vd. el Sr. R....

—Recuerde vd. señor que se le ha informado que tomé un camino de través para evitar su encuentro, y esa es la razon de por qué no me vió y de por qué seguramente ignora que yo fuí quien le envió el coche.

—Puede que tenga razon, dijo el general á su secretario en voz baja; aquí hay una equivocacion seguramente. El Sr. R... no nos dijo que hubiese visto á Flores?

—No, señor, dijo que habia tomado un camino de costado para no encontrarle, recuerde vd.

—Pues es verdad, y el informe coincide perfectamente, y solo omite lo del carruaje.

—Entonces Flores pecó de ligero en acusar á este muchacho... ¿Recuerda vd. qué dia nos dijo el Sr. R... que se habia roto su carruaje?

—El 5 señor, y ese dia, nos dijo que habia salido de Guadalajara, un poco antes de que los franceses entraran.

—¿Que dia salió Flores de Sayula para Santa Ana?

El secretario consultó algunos papeles, y respondió:

—Salió el 5 en la tarde, señor, y no marchó directamente para Santa Ana, sino que antes fué á desempeñar la comision que se le confió; en la tarde del 7 regresó segun el parte del general Arteaga, en el acto volvió á salir, y el 8 llegó á Santa Ana, segun su comunicacion que ha venido con el informe respecto de este comandante.

—De modo que él no pudo ser quien consiguió el coche para el Sr. R.... en Zacoalco en la noche del 5?

—No, señor, porque estaba muy lejos de ese pueblo.

—Ni pudo encontrar en el camino al Sr. R.....

—Yo creo que no, porque este señor parece que llegó á Sayula el dia 6 en la noche, y continuó su camino, llegando aquí el 7; así es que no pudieron encontrarse, porque el coronel no estaba en el camino en esos dos dias.

—Qué dia salió vd. para Santa Ana? preguntó el general á Fernando.

—El 5 en la mañana, señor, llegué á Zacoalco, dí un pienso á la caballada y continué mi marcha á las siete de la noche para la hacienda, adonde llegué el 6, como parece que se le informa á vd.

El general volvió á consultar la comunicacion de Flores.

No habia duda, estaba explicada la conducta del comandante acusado.

Solo faltaba indagar si habia habido fuerzas enemigas en Santa Ana, como parecia asegurarse, y preguntar al capitan X..... si habia prestado el carruaje.

—Bien, dijo el general, mañana pondremos completamente en claro la conducta de vd., que segun sé, no ha inspirado á sus gefes, desde hace tiempo, mucha confianza que digamos. Y de todos modos, vd. será castigado por andar consiguiendo coches para las familias, con perjuicio de sus deberes..... ya veremos mañana..... vaya vd. á su prision.....

—Mi general, dijo Fernando resueltamente, esperaba concluir la explicacion de mi conducta esta noche, para dar á vd. otro informe; pero ese, apoyado en pruebas..... . El traidor no soy yo, sino el que vd. va á conocer en este momento. Desde la llegada del gefe de mi cuerpo quedé en Santa Ana con cincuenta soldados, y él, como vd. lo sabrá, permanece en el pueblo de Santa Anita. Pues bien; antes de anoche me avancé unas cuatro leguas mas cerca de Guadalajara, y allí hice alto. Tenia yo noticia de que la noche anterior se habia visto venir hasta allí una partida de caballería enemiga. A las doce de la noche, ocultando mi fuerza perfectamente tras de una pequeña colina, me avancé hácia el camino, seguido solo de un asistente de mi confianza, y como á unos cien pasos me detuve al pié de una arboleda, lugar en que se me habia dicho por un viajero que habia estado la partida enemiga en la madrugada del dia anterior.

Una hora despues, como á la una y media, vi que se acercaba un ginete que iba con direccion á Guadalajara. Al llegar frente á nosotros le salimos al encuentro y le detuvimos. El se aterrorizó, y preguntándole quién era, nos confesó despues de mucha resistencia que era correo del teniente coronel Flores, que iba á Guadalajara á entregar al general enemigo M.... un pliego que llevaba oculto. Era un sargento de mi cuerpo, de los favoritos del teniente coronel, y tan luego como me conoció por la voz, me confesó que habia ido ya dos veces á la plaza enemiga. Recogí el pliego, y pensando qué haria para ocultar á todos aquella presa y evitar que el teniente coronel tuviera conocimiento de que estaba denunciado, discurrí llamar inmediatamente á otro de mis asistentes, hombre de confianza, y le previne, lo mismo que al que habia estado conmigo, que maniatando al sargento—correo perfectamente y montando uno de mis muchachos á la grupa de su caballo, marchasen sin pérdida de tiempo para Sayula.

Digitized by Google

Me prometia llegar á la hacienda, escribir al general Arteaga para hacerle saber aquel incidente, y acompañarle el pliego consabido para conocimiento de él y de vd. Aun no podia leer el pliego, pero me presumia lo que encerraba. De todos modos, hice partir á los soldados antes de que hubiese luz, y les advertí que en el camino los alcanzaria un correo mio, que les daria las órdenes que habian de ejecutar.

Despues, como á las cuatro de la mañana, me uní á mi fuerza y regresé con ella á Santa Ana, donde encontré, con gran sorpresa mia al oficial que me intimó la órden de prision y que designó la escolta que me ha conducido hasta aquí. En Zacoalco alcancé á mis dos soldados y al sargento preso, y mientras descansamos hice decirles con mi criado que se adelantasen hasta este pueblo, adonde han llegado hoy antes que nosotros, auxiliados por los jueces de Acordada, á quienes han dicho que era un correo del enemigo que se remitia al cuartel general.

—El correo está allí, señor, y el pliego es este.

—Veamos, veamos, dijo el general que habia escuchado con atencion el relato de Valle, y dando muestras de una impaciencia extraordinaria.

Abrió el pliego, que era pequeño, muy lleno de dobleces, de modo que formaba un volúmen reducidísimo. Le leyó con suma atencion, así como otros dos papelitos que estaban adjuntos, y los pasó en seguida á su secretario, volviendo á leerlos con él.

—¿Qué le parece á vd.? dijo al secretario con voz sorda y trémula de cólera; ¡mis órdenes! ¡mis instrucciones reservadas! ¿esperaba vd. esto de ese famoso recomendado, de este imbécil de general X.....? ¡Una traicion en toda forma! De modo que estábamos vendidos enteramente.

—Lo estamos aún, señor, replicó el secretario, mientras ese hombre esté allí. Ha sido una fortuna semejante revelacion. Es preciso arreglar este negocio pronto..... esta misma noche.

—Ya lo creo que esta misma noche. ¡Hola! ¡un ayudante!

Se presentó un ayudante en el acto, el cual recibió órdenes en voz baja y salió apresuradamente.

—¿Pero esta es la firma de ese pícaro?

—Su firma y su letra, señor general; aquí están sus comunicaciones todas.

—¡Y le hemos ascendido! ¡si tengo yo una confianza!

—Comandante, dijo luego dirigiéndose á Valle, ha hecho vd. un servicio á la causa de la República con esto, y no tema vd. por sus faltas anteriores. Demasiado grave es lo que hace su indigno gefe para que hagamos alto en las irregularidades de la conducta de vd. Ha hecho bien en manejarse con tal reserva. Está vd. libre; llame vd. á sus soldados y tráigame al sargento.

Un instante despues Fernando apareció con los tres.

—Aquí están, mi general.

—Acércate, sargento: ¿por qué vienes preso?

—Mi general, aquí mi comandante le dirá á vd.; me encontró en el camino de Guadalajara ....

—¿Quién te mandaba? ¿á qué ibas?

—Señor, mi teniente coronel Flores me ha enviado dos veces á Guadalajara á llevar comunicaciones al general M....., y llevaba yo antenoche otro pliego cuando mi comandante me hizo prisionero.

—¿Es este el pliego que llevabas?

—Sí, mi general, ese es, le llevaba yo cerrado y pegado con lacre.

—Bien; ¿tú conoces al general M.....?

—Sí, señor, he servido con él en tiempo de los mochos, y por eso me escogió mi teniente coronel. Yo le suplicaba que no me mandara adonde estaban los franceses; pero él me dijo que eran asuntos del gobierno nuestro, y que además me recomendaba el secreto porque no convenia que ninguno lo supiera; y me dió dinero y me prometió hacerme oficial dentro de pocos dias.

—¿Y el general M.... mandaba tambien pliegos?

—Sí, señor, yo se los llevé á mi teniente coronel, y la noche antes de que me aprendieran vino el mismo general á hablar con mi gefe; yo acompañé á este con otros veinte hombres.

—Y ¿no oíste qué decian?

—No, mi general, nos quedamos lejos; pero yo advertí que los que venian con el general M..... eran franceses, porque los oí hablar y tenian una lengua diferente de la nuestra.

—Está bien, retírate bribon, y prepárate, porque te voy á fusilar por traidor.

—Mi general, dijo el desgraciado sargento afligido..... yo no tengo culpa, señor; mi gefe me mandaba y yo obedecia..... tengo familia, señor.....

—Bien; vete, vete. Que ese sargento permanezca incomunicado, dijo el general á un ayudante.

El sargento salió.

—¿Qué tal es este sargento, comandante?

—Es bueno, mi general, cumplido y subordinado. Estoy seguro de que ha dicho á vd. la verdad. Es uno de los que quiere mas el teniente coronel; pero el pobre tal vez no cree faltar á sus deberes obedeciendo.

—Bueno; retírese vd., y silencio por ahora.

—Pierda vd. cuidado, mi general.

El cuartel-maestre entró.

—Vea vd. lo que pasa, dijo el general alargando el pliego de Flores al cuartel-maestre.

—¡Infame! dijo este.

—¿Están listos los cuerpos?

—Sí, señor.

—Pues en marcha ahora mismo. Que estén mañana en Sayula y pasado mañana en Santa Ana. Es preciso que ese bribon no conozca que sabemos su traicion, y luego que esté todo arreglado, ya sabe vd., con una buena escolta y caminando dia y noche, acá. Nos importa averiguarlo todo y saber á qué atenernos. Esta es una cadena que tiene es-

Digitized by Google

labones mas gruesos de lo que aparecen. Ese cuerpo de caballería no me inspira ya confianza, está minado desde Guadalajara. Así es que por compañías, y bien vigiladas, que se dirija tambien para acá. Esta noche que quede arrestado el general X..... pues me parece algo complicado en el negocio.

—Está bien, señor; ¿no tiene vd. nada mas que ordenar?

—Nada mas por ahora.

—Con permiso de vd.

—A trabajar nosotros, dijo el general á su secretario.

Y un momento despues los dos estaban inclinados sobre la mesa, mientras que los ayudantes dormian sentados y envueltos en sus capas en la pieza inmediata, y los centinelas se paseaban á lo largo de los corredores.

En la plaza de Zapotlán habia ese movimiento que se nota cuando va á salir una fuerza. Dos cuerpos de caballería se formaban en columnas, y poco despues desfilaban silenciosamente, dirigiéndose por el camino de Sayula. Un general iba á su cabeza, y llevaba las instrucciones mas detalladas sobre las órdenes que iba á ejecutar.

Entretanto, allá en la hacienda de Santa Anita el teniente coronel Enrique Flores, que habia recibido una nueva comunicacion de Guadalajara, no sabia cómo explicarse que su sargento no hubiese vuelto aún, ni que le dijesen nada acerca del pliego que habia enviado con aquel emisario, cuyo pliego era el mas interesante quizá de todos, por contener las instrucciones reservadas que el cuartel general habia circulado á todos los gefes de la línea avanzada.

¿Habria traicion en esto? ¿Pero en que consistía? Por lo demas, tenia conocimiento ya de que Fernando la noche en que habia enviado el sargento á Guadalajara, habia estado avanzado hasta cuatro leguas mas allá de Santa Ana; pero ninguno le decia mas, y estaba tranquilo por ese lado. Sin embargo, la tardanza del sargento le tenia inquieto y agitado por diferentes pensamientos; habia mandado tocar *¡á caballo!* varias veces, y otras tantas habia dado contraórden. No sabia por qué; pero sentia crecer su odio á Fernando cada vez mas, y esperaba con impaciencia saber noticias del cuartel general.

XXX

Proceso y sentencia.

El dia 19 de Diciembre, al anochecer, un cuerpo de caballería llegaba á la ciudad de Colima, custodiando á tres ó cuatro oficiales prisioneros.

Llegó á la plaza, pasó lista y se acuarteló despues. El gefe, que era un general, pasó á la casa del gobernador y comandante militar, habló con él largamente, le entregó comunicaciones del cuartel general del ejército del centro, al cual estaba subordinado el expresado gobernador; despues de lo cual el citado gefe volvió al cuartel, se informó de si los presos estaban incomunicados, dió varias órdenes y se retiró á su alojamiento.

Al dia siguiente se tuvo noticia de que uno de los presos era un coronel acusado de *traicion á la patria.* Ya se comprenderá que ese coronel era Enrique Flores. El general en gefe habia querido que este delincuente fuera procesado en Colima y no en Zapotlán. Para esto habia tenido sus razones. Presumia que Flores obraba de acuerdo con algunos gefes mas caracterizados del ejército, segun se deducia de sus propias comunicaciones, y para dar mayor independencia al fiscal y á los jueces, habia querido que este juicio se siguiese en una plaza, que sin estar lejos del cuartel general, estuviese enteramente separada del ejército.

En efecto, en Colima, entonces, adonde yo estaba hacia unos quince dias, pues mis enfermedades iban en aumento, habia una brigada mixta á las órdenes del gobernador del Estado, que se tenia como de reserva por aquel tiempo.

Colima, como la ciudad mas importante de las que poseia aún el ejército republicano, y cercana á Zapotlán, donde el general en gefe habia fijado su residencia, estaba entonces llena de oficiales, tenia una maestranza en actividad y servia, en fin, de almacen del ejército. Además, estaba llena de emigrados de Guadalajara, que, sea por repugnancia ó por falta de recursos, no habian querido embarcarse para San Francisco. Habia, pues, gran animacion en esta linda y coqueta ciudad, tan pintoresca por su fertilidad y su situacion, y tan alegre por el carácter de sus habitantes.

Como el general estaba impaciente por descubrir todos los secretos de la conspiracion que sospechaba, y como, por otra parte, la famosa ley de 25 de Enero de 1862 no permitia demoras, un fiscal militar que habia comenzado desde Zapotlán la causa del teniente coronel Flores, la continuó en Colima al dia siguiente de llegar el preso, y la continuó con una actividad febril.

Dos dias despues la causa se hallaba en estado de verse en consejo. El reo no habia querido reconocer sus comunicaciones desde Zapotlán, y negó obstinadamente haber mantenido relaciones con el enemigo, atribuyendo al odio del comandante Valle todo cuanto se probaba en su contra. No reconoció tampoco los papeles que se le encontraron en sus maletas y en el lindo escritorio que conocemos, y que eran comunicaciones del enemigo, en las que se le ofrecia la banda de general y otras cosas, á nombre de Bazaine y de la Regencia.

Pero estaba enteramente convicto. Ni hubiera podido ser de otro modo, denunciado como estaba por el sargento aprehendido por Valle y por varios oficiales de su cuerpo, á quienes habia logrado seducir.

El fiscal pidió á la comandancia la reunion del consejo: esta la dispuso, previa consulta de asesor,

Digitized by Google

y en la tarde misma el tribunal militar estuvo reunido. Flores se defendió cuanto pudo, aunque esperaba salvarse, no por alegatos, que ningunos tenia, sino por recomendaciones é influjos con que contaba cerca del cuartel general.

Así es que á las diez de la noche el consejo le condenó á ser fusilado. La comandancia aprobó la sentencia al otro dia, y se ordenó la ejecucion para la mañana siguiente.

Debo advertir que con la fuerza que habia llegado custodiando á Flores habia venido tambien un escuadron de su cuerpo, mandado por Valle. Este jóven no podia ocultar su disgusto, por venir al lugar en que suponia que iba á ser ejecutado su enemigo.

Su conciencia no le acusaba, es verdad, de haber hecho mal en presentar las pruebas de la traicion de Flores. Se habia defendido, y en tal caso, ni él era quien le llevaba á la muerte, ni era tampoco para un oficial republicano, motivo de pesar el que se castigase ejemplarmente la traicion á la Patria en aquellos momentos de lucha y de prueba.

Pero con todo, Fernando, generoso por organizacion, deploraba aquella circunstancia, pensaba en el pesar profundo que la muerte del gallardo jóven iba á causar en el alma de la mujer que él amaba, pesar que iba á llevar hasta el delirio la pasion de Clemencia, y esto solo bastaba para que le fuera repugnante semejante, muerte y mas repugnante aún la consideracion de que él estaba allí expuesto al odio justo ó injusto de la enamorada jóven y de su familia.

Habia mas todavía: Enrique, que como sabemos era adorado de sus soldados que estaban dispuestos á seguirle no solo á las filas enemigas, sino que le hubieran acompañado hasta en el bandidaje de camino real, murmuraban en voz alta de la conducta del comandante que no contaba aún en su mismo escuadron sino con muy pocos defensores.

Esta malevolencia, estas consideraciones llenaban de tedio á Fernando, y deseaba que se concluyera pronto aquel horrible asunto, para pedir que se le emplease en otro cuerpo inmediatamente.

Para colmo de fastidio el comandante militar de de la plaza, cuando se confirmó la sentencia de Flores, y que se dispuso que este entrara en capilla, como se acostumbra decir, llamó á Fernando y le dijo:

—Comandante, el general en gefe del ejército acaba de prevenirme que las compañías del escuadron de vd. queden refundidas en los cuerpos de caballería de mi brigada, pues tiene motivos para sospechar que estén minadas por las sugestiones de su antiguo coronel, y es conveniente que los soldados queden perfectamente vigilados y en la impotencia de hacer traicion. Hoy mismo dispongo esto en la órden general de la plaza. Pero como vd. es un buen gefe á quien el cuartel general quiere distinguir, tambien dispone que quede vd. mandando uno de los escuadrones del cuerpo que ha venido custodiando al reo. He comunicado al general que lo manda, tal disposicion, de modo que en este momento va vd. á ponerse á sus órdenes, y probablemente le dirá á vd. que se haga cargo de la custodia del reo que va á ser ejecutado mañana.

Mi general, dijo Valle con disgusto, yo suplico á vd. que...

—Comandante, es vd. soldado y debe saber que no se replica.....

—Obedezco, señor.

En efecto, Valle recibió el mando del escuadron y la órden de custodiar al reo en la capilla.

Su mal humor fué indecible. Casi se le obligaba á vengarse de su enemigo. En realidad, las razones que habia para confiarle tan triste mision, eran las de suponerse que él, á causa de sus resentimientos, seria el que vigilase con mas rigor al reo. Este contaba con numerosos amigos, tanto en su antiguo cuerpo como en el que le habia custodiado, y se temia cualquiera maquinacion de su parte.

Colima entera estaba conmovida.

Los numerosos emigrados de Guadalajara, en su mayor parte amigos de Flores, y excitados por la familia de Clemencia, que estaba desesperada, hacian esfuerzos inauditos para obtener que se suspendiera la ejecucion, mientras que se corria á Zapotlán á ver al general en gefe.

No perdonaban medio alguno, acudieron al comandante de la plaza desde que se supo la sentencia del consejo, hicieron representaciones, empeñaron á los personajes principales de la poblacion cerca del comandante, prometieron gruesas cantidades en cambio de la vida del jóven, y no descansaron un momento.

Pero todo fué inútil. El cuartel general estaba demasiado interesado en aquel castigo, para que se suspendiese.

Por último, Clemencia, apasionada hasta la locura, y enérgica por naturaleza, apeló al mayor extremo. Obligó á su padre á marchar en una silla de posta á Zapotlán para obtener el indulto, ó al menos la suspension de la muerte de Flores, y el viejo comerciante partió resuelto á ofrecer al general en gefe del ejército la mitad de su fortuna, para cumplir los deseos de su hija. El veia que si no lo hacia de esta manera, la impetuosa jóven, exaltada por su pasion y por la desgracia de su amante, era capaz de darse la muerte. Corrió el señor R.....con tal celeridad, que antes de las seis de la tarde llegaba al cuartel general.

XXXI

En la capilla.

Clemencia estaba loca de dolor. La noticia de la prision de Flores, que no supo sino hasta que llegó este jóven custodiado á Colima, fué para ella un rayo.

Ignoraba la causa, pero no tardó en saberla, y se

Digitized by Google

resistió á creer obstinadamente en la verdad de semejante acusacion. El exaltado patriotismo de Clemencia le hacia considerar á su amante como víctima de una atroz calumnia, pues conocia perfectamente el carácter de Enrique y sabia que preferiria morir antes que traicionar á sus banderas y hacer causa comun con los enemigos de su patria.

No: Enrique no podia ser traidor, no podia degradar su noble carácter republicano, no podia abandonar la defensa de la nacion invadida injustamente, no podia perder su heróica posicion para aceptar el yugo frances. Semejante idea la irritaba, y la sola consideracion de lo que sufriria el orgulloso jóven acusado de tamaño crímen, le causaba terror y desesperacion.

Quiso ver á su amante para escuchar de sus labios la verdad; pero Enrique estaba incomunicado rigorosamente, y ni aun se permitió entregarle una carta de la jóven, ni los ruegos del padre de Clemencia fueron bastantes para vencer la resistencia de los oficiales encargados de custodiar al reo.

En tal situacion la familia hizo buscar á los criados del coronel; pero ellos estaban tambien vigilados y arrestados, y no se pudo hablarles tampoco. La desesperacion de la hermosa jóven fué indecible.

Pero todavía tuvo creces cuando supo, á no dudarlo, que la causa de la prision de Enrique habia sido una acusacion de Valle.

Entonces Clemencia comprendió todo. Su amor era la causa de la desgracia de Flores. Este y Fernando eran rivales; el primero habia sido preferido, y el segundo, apasionado como parecia estar, y furioso de celos, habia maquinado para perderle. No habia duda alguna, Fernando era el infame calumniador de Flores, y lo que ignoraba Clemencia era cómo el odioso comandante habia urdido una acusacion que pudo tener tan buen éxito.

Con este pensamiento fijo, Fernando se le aparecia ahora en todo lo espantoso de su carácter miserable y vil.

Recordaba que aquel jóven, aparentemente humilde, devoraba en silencio los desaires que se le hacian, mirando con ojo torvo los triunfos de Enrique, cuya superioridad le humillaba. Poníase á considerar que Valle era de esos hombres en cuya palidez puede leerse la historia de todas las malas pasiones. Indudablemente, el que teniendo igual posicion militar que su rival, ve todos los dias que este se atrae todas las miradas y simpatías y la predileccion de sus gefes, así como comprende la superioridad real de sus cualidades, no puede menos de enfermarse de envidia, si no es que tenga una alma muy elevada y excepcional.

Valle no daba un paso en union de Flores, que no recibiese un desprecio, no trataba á una mujer que no tuviese luego mil preferencias por el otro, no lograba superar á su antagonista ni siquiera en el amor de sus soldados, ni siquiera en la estimacion de sus compañeros. Era la antipatía personificada junto á la simpatía de que tan digno representante era Enrique, el caballeroso, el *lion*, el artista y el hijo mimado de la fortuna. Ademas, era natural que aquel odio sordo y concentrado, que aquella envidia villana y cobarde hubiesen llegado hasta el extremo, con motivo de lo que habia pasado últimamente en Guadalajara.

Clemencia, por un juego de coqueta que le habia parecido insignificante respecto de Fernando, aunque habia tenido por objeto vencer la indiferencia de Enrique, habia demostrado demasiado cariño al primero, lo cual habia hecho que el pobre diablo se enamorase de ella. Despues, cuando Enrique comprendió al fin lo que aquella comedia femenil indicaba y cayó en sus brazos lleno de amor, era seguro que el engañado comandante habia sufrido violentamente, puesto que habia dado muestras de su irritacion en el baile de Navidad, y que habia querido batirse al dia siguiente, y como la venganza que deseaba no habia podido realizarse, habia acabado por envilecerse el alma de Fernando hasta el grado de hacerle cometer una accion infame y espantosa. Habia calumniado á Enrique, y con su calumnia le llevaba al cadalso.

Todo esto pensó Clemencia, y su cólera contra Fernando no conoció límites. La impetuosa jóven habria querido matar al acusador de su amante si hubiera podido, y deseaba su presencia para manifestarle el mas hondo de sus desprecios.

Isabel por su parte, que ya conocia la pasion de su amiga por su antiguo amante, comenzó, como era natural, por tener unos celos que la mataban; pero acabó por callarse y sufrir con esa resignacion de las almas débiles que no pueden luchar.

Reflexionaba, además, que Enrique estaba perdido para ella, puesto que no la amaba; y esto, la resolucion que habia formado de no quererle y el cariño profundo que tenia á su amiga, acabaron por hacer que no viera en Clemencia una rival dichosa, sino una hermana á cuya felicidad era preciso sacrificarse.

Pero cuando supo la terrible noticia; cuando vió á Clemencia llena de angustia; cuando comprendió todo lo horrible de la situacion de Enrique, hubo una especie de sobrexcitacion en su alma, el fuego mal apagado volvió á encenderse, y sin pensar entonces en que no era amada, sin dar cabida en su pecho á la pasion de los celos, sin abrigar ningun mal sentimiento, sufrió como Clemencia, y como ella estuvo dispuesta á sacrificar hasta la vida por salvar la del hombre á quien tanto amaba.

De modo que Enrique contaba con la proteccion de esos dos ángeles. Solo que Isabel se contentaba con llorar y rezar, y Clemencia trabajaba con energía. La una invocaba al cielo llena de esperanza; la otra, sin desesperar de la proteccion divina, contaba con su fortuna, con su belleza y con el prestigio de su padre.

Cuando Clemencia supo que el fallo del consejo de guerra se habia fundado en pruebas muy patentes de la traicion de Enrique, desfalleció. ¡Su aman-

Digitized by Google

te traidor! Eso hubiera querido decir que él la habia engañado vilmente.

—No lo dude vd., Clemencia, le decia una persona. Le han presentado comunicaciones del enemigo dirigidas á él, ofreciéndole el empleo de general y otros puestos elevados, y comunicaciones tambien suyas en que daba cuenta de las operaciones del ejército y prometia pasarse con su cuerpo á las filas francesas. El ha negado todo esto, pero está convicto enteramente, pues las instrucciones reservadas del general en gefe que se le habian comunicado á él solo en su línea, eran trascritas al enemigo para su conocimiento.

Estas aseveraciones arrojaron la duda en el alma de Clemencia; pero apenas acababa de escucharlas y reflexionaba sobre ellas, cuando recibió una carta de Enrique, y su padre recibió otra. En ellas les protestaba su inocencia, aseguraba que Fernando, deseando vengarse de él, habia urdido esa infame calumnia en su contra con una habilidad infernal, de modo que las pruebas presentadas le condenaban aparentemente, y por último, rogaba al Sr. R..... que le salvase á toda costa, y á Clemencia la conjuraba por su amor á apurar todos sus recursos por librarle del cadalso. Ofrecia su fortuna y la de su familia en cambio de su vida, y en fin, se mostraba tan angustiado, tan aterrado, y parecia hablar con tal sinceridad, que la familia de Clemencia y la de Isabel se consternaron y decidieron apelar á todos los medios para salvarle.

Entonces fué cuando Clemencia rogó de rodillas á su padre que marchara á ver al general en gefe, á fin de obtener el perdon de Enrique.

Despues de partir el anciano, Clemencia invitó, rogó á todos sus amigos que obtuvieran del comandante de la plaza la suspension del cumplimiento de la sentencia, siquiera por un dia mas, y conmovió á todo Colima con sus esfuerzos y su afliccion.

Y pálida, convulsa de dolor, trastornada, pero sostenida aún por su indomable energía, despues de poner en accion cuanto estaba de su parte para salvar al jóven, de recorrer varias calles y de obligar á cien personas á acercarse al gefe del Estado, acompañada de su madre y de Isabel se dirigió á la prision en que Enrique estaba esperando su última hora. Suplicó á la guardia que le permitiera ver á su amante, se avisó al comandante Valle que allí mandaba, como lo he dicho, y este otorgó el permiso de buena voluntad y con el corazon oprimido, porque preveia la escena que iba á pasar y sentia de antemano las maldiciones que iban á pesar sobre él.

Clemencia penetró en la prision con sus compañeras y se precipitó en los brazos de su desgraciado amante. Isabel encontró bastante energía en su naturaleza delicada para no sucumbir en aquella lucha terrible, pero cayó de rodillas y no hizo mas que sollozar.

Aquella entrevista fué dolorosísima, y no la describiré.

Al cabo de una hora se separaron.

—Clemencia, dijo Enrique oprimiendo contra su corazon á su amada; no olvides mi súplica. Necesito un veneno, yo no quiero salir á la expectacion pública y morir en un cadalso afrentoso. Esta idea me hace perder la cabeza. Traeme un veneno; pero traémele tú, porque difícilmente llegaria á mis manos si le enviases con otra persona. Por nuestro amor, no lo olvides.

—Te lo prometo, volveré esta noche; pero no pierdas la esperanza, mi padre obtendrá tu indulto.... espera, respondió la jóven anegada en llanto.

Salieron, y antes de atravesar la puerta, Clemencia, reponiéndose, enjugando sus ojos y recobrando su continente altivo y enérgico, dijo á sus compañeras:

—Me falta cumplir un deseo; vengan vdes.

Despues pidió á un oficial que avisase al comandante Valle que deseaba hablarle.

Valle, sorprendido de aquella peticion, salió de su aposento y vino á encontrar á la hermosa jóven, á quien saludó descubriéndose respetuosamente.

—Escuche vd., señor Valle, dijo Clemencia con una expresion de desprecio supremo: comenzó vd. por serme indiferente, despues me fué vd. fastidioso; pero nunca creí que llegase vd. á hacerse tan vilmente despreciable, como hoy le considero.

—¡Clemencia! interrumpió el jóven, sintiendo correr hielo por sus venas al escuchar aquellas palabras.

—¡Oh! no me trate vd. con familiaridad, señor, que nada tengo yo de comun con un calumniador miserable, que se venga cobardemente de su enemigo llevándole al cadalso.

—Pero, señora, ¿ha venido vd. á insultarme de este modo?

—No, señor: he venido á jurar á los piés de ese hombre que va á morir, pero á quien adoro con locura, que le amo, que le amo con toda mi alma, que no morirá para mí, y que no tardaré en seguirle. ¡Oh! vd. no sabe de lo que es capaz una mujer de mi temple cuando está apasionada!... vd. que se atrevió á esperar de mí otra cosa que una mirada de indiferencia, al verle á él preferido creyó que haciéndole asesinar podria extinguir su amor en mi corazon. Vd. se ha engañado; mártir, le amo mas, mi amor es causa de su muerte; pero me quedo en la tierra unos cuantos dias para vengarle. Le pareceré á vd. una loca; pero ya me conocerá vd. mejor.

—¡Clemencia! dijeron á una voz la señora é Isabel, espantadas de la violencia de la jóven.

—Oh! perdónenme vdes.... estoy extraviada..... este hombre cruel ha amargado para siempre mi vida, ha despedazado mi corazon.... ha perdido mi alma.

Clemencia no lloraba. Su pecho se levantaba fuertemente, y ella parecia hacer esfuerzos supremos para no gritar y caer desfallecida.

La señora la tomó en sus brazos, y dirigiéndose á Fernando, le dijo:

Digitized by Google

—Aléjese vd., señor, y perdónela, como nosotros perdonamos á vd. Amaba, y la ha matado vd. acusando á Enrique.

—Y á mí tambien me ha matado vd., Fernando, murmuró sollozando Isabel, porque yo le amo tambien como ella...

Fernando estaba próximo á desplomarse, y se apoyó en la pared, desvanecido.

Las señoras se alejaron lentamente, porque Clemencia é Isabel vacilaban. Llegaron por fin á la puerta y subieron con pena á su carruaje, que partió rápidamente.

XXXII

Antes de la ejecucion.

A las once de la noche Colima estaba en un profundo silencio, solo interrumpido de rato en rato por el grito de los centinelas de la plaza y de los cuarteles, y por los gritos melancólicos de los guardas nocturnos.

Enrique velaba en su capilla, abatido y lleno de terror. Tenia la fiebre que acomete á los reos de muerte cuando no tienen la fortuna de contar con un corazon templado y una alma estoica.

Aquel jóven y brillante calavera habia sido soldado mas bien por vanidad que por organizacion, y aunque no se contaba de él ningun rasgo de valor, si no habia avergonzado al ejército en algunas batallas á que habia asistido, era porque siempre habia procurado, con maña, esquivar los peligros mas serios, sin por eso dar lugar á que se creyese que los huía.

Pero Enrique Flores no era de esos hombres que sonrien al ver acercarse la muerte. Gastado por los placeres de una vida sibarítica, no tenia en compensacion esa fuerza de acero que no se destruye jamás en el espíritu de los valientes, y que no se subordina nunca á los nervios.

Sin creencias de ninguna especie, carecia tambien de la energía que da la fé, que da la justicia de una causa, que da el amor á la gloria. El no habia tenido mas que ambicion, y la ambicion solo sirve para sostener la audacia en los caminos de la fortuna; pero cuando está sola no sirve de nada en los negros momentos de la adversidad, y mucho menos en presencia de la muerte.

Enrique estaba desfallecido. Su corazon estaba próximo á estallar, como el de un niño ó el de una mujer. No habia allí el aliento de un hombre.

Tambien es verdad que la conviccion que tenia Enrique de ser culpable, y la consideracion de que ante todo el mundo su delincuencia estaba probada, era bastante para quitarle su vigor. Además, un hombre que ha hecho en el mundo numerosas víctimas y que no ha vivido sino para gozar, no llevando en su memoria ese tesoro de consuelo de las buenas acciones que vale tanto como la gloria, no ve acercarse el fin de sus dias sin estremecerse y sin abatirse.

Enrique, pues, tenia miedo, y oia el ruido del péndulo que anunciaba constantemente la marcha del tiempo, sintiendo que su golpe acompasado se repetia con indecible tormento en su corazon. Tenia los cabellos erizados y los ojos fuera de las órbitas. Mil visiones mentidas anunciaban que su cerebro era presa del delirio. Ora veia abrirse la tierra y ofrecerle el escondite seguro de un subterráneo, ora se abria la pared y daba paso á un genio bienhechor que le conducia afuera, ora el techo se levantaba para dejarle salir, y sentia que convertido en ave huía, hendiendo los aires, lejos de aquella ciudad maldita.

—Es preciso que esto acabe con un veneno, dijo lleno de amargura... y ¡Clemencia que no viene! ¡Quiere, pues, verme fusilar en la plaza pública! De repente contuvo su respiracion, se apretó con ambas manos las sienes para apagar sus latidos y quedó atento. Acababa de oir los pasos de alguno que se acercaba. Era un oficial, porque los acicates producian un sonido diferente de los del soldado en las baldosas.

El centinela de vista que estaba junto á la puerta entrecerrada de la prision hizo chocar la culata de su carabina contra el suelo en señal de respeto, y la puerta se abrió.

Era Fernando Valle.

Enrique se levantó azorado.

—¿Qué desea vd. aquí, Fernando? preguntó tartamudeando.

—Chit!..... dijo Valle; hablemos en voz baja y escúcheme vd. Cierro la puerta para que estemos mejor.

—¿Viene vd. á asesinarme?

Fernando sonrió con desprecio.

—Vengo á salvar á vd.

—¡A salvarme! cómo!

—Escúcheme: Si vd. no hubiese traicionado, es seguro que yo no habria tenido motivo para acusarle; de modo que la traicion de vd. es la verdadera causa de que se halle así, próximo á ser ejecutado.

Enrique sintió que un sudor glacial inundaba su frente.

—Pero, en fin, continuó Fernando, yo le acusé, y la causa indirecta de su condenacion soy yo. Tengo remordimientos por esto, y la muerte de vd. emponzoñaria con su recuerdo mi vida entera. Quiero ahorrarme esta pena; y además, hay una mujer que moriria si fusilasen á vd. Quiero que viva y que sea feliz; ella ama á vd. y á su amor deberá vd. su salvacion. Hé aquí lo que vengo á proponerle. Vd. se vestirá en este momento mi uniforme, se ceñirá mi espada y mis pistolas; he dicho que voy á salir á ver al general, con el objeto de que nadie extrañe verle á vd. atravesar la puerta. Se echará vd. el capuchon sobre la cabeza y nadie podrá reconocerle. Se dirigirá vd. á la casa de Clemencia, que mi asistente que irá con vd. le señalará, y allí encontrará vd. de seguro caballos para escaparse. Todavía mas;

Digitized by Google

aconsejo á vd. que no tome el camino de Tonila para Zapotlán, porque vd. supondrá que correria peligro, sino el del paso del Naranjo, y de allí, con guias seguros que le dará su amada, puede vd. dirigirse á Guadalajara por caminos extraviados, y Dios ayude á vd.....

Enrique quedó estupefacto..... no podia creer aquello.

—¿Pero esto no es un lazo, Fernando?

—¿Lazo para qué? respondió sonriendo tristemente Valle; ¿para matarle? no tendria yo sino dejar que pasara la noche, y á las siete de la mañana estaria vd. fusilado. Además, cuando un hombre como yo habla á vd. así, no engaña. Yo puedo ser desgraciado, pero no desleal.

—Pero vd. ¿qué hará?

—Eso no es cuenta de vd., caballero; yo sabré arreglarme.

—Es que podrian fusilar á vd. en mi lugar.

—Puede ser; pero tambien puede ser que no. Sobre todo, recuerde vd. que una mujer le ama, y que moriria si vd. muriese.

—¡Oh, Fernando, vd. tiene un gran corazon; permítame vd. que le abrace y que le dé gracias de rodillas; es vd. mi salvador!

—Omita vd. eso, señor, y vístase pronto, que los instantes corren y cualquiera cosa podria impedir....

Fernando se quitó su trage militar, es decir, su levita y su sobretodo, su kepí, su bufanda, se arrancó sus acicates de oro, se desciñó su espada y sus pistolas, y Enrique fué poniéndose todo hasta quedar perfectamente disfrazado. Fernando se envolvió en la capa de Enrique y se puso de espaldas á la luz que ardia en la mesa.

Luego que Enrique estuvo listo, Fernando le hizo señas de que saliese ya. Enrique, disimulando su temblor, se dirigió hácia la puerta y

—¡Adios! dijo á Valle.

—¡Adios! respondió este sin volver la cara. El centinela volvió á chocar la culata de su carabina contra el suelo, el ruido de los pasos y de los acicates se alejó, luego se oyeron los pasos de otra persoca, rechinó la puerta grande del edificio y todo quedó en silencio.

Fernando respiró como si algun enorme peso acabase de quitársele del corazon, despues de lo cual apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y murmuró con voz ronca.

—¡No creia yo que habia de morir así!

XXXIII

Desengaño.

Clemencia é Isabel no dormian esa noche; la segunda parecia haber agotado sus lágrimas, y permanecia de rodillas en el retrete de Clemencia, al pié de un Crucifijo de marfil y de una Vírgen Dolorosa. La primera, con el cabello en desórden y medio envuelta en un manton negro, consultaba á cada momento el péndulo y abria con frecuencia la ventana como si aguardase á cada instante un correo.

Su pobre madre, con los ojos inflamados de llorar, rezaba á ratos, y en otros hablaba con Mariana que sufria horriblemente de la cabeza y que veia con angustia á su pobre hija que tenia el aspecto de una moribunda.

Acababan de dar las doce de la noche, y Clemencia rompia un pañuelo de batista entre sus manos con impaciencia febril, cuando llamaron fuertemente á la puerta de la casa.

Un criado velaba, y fué á preguntar quién era.

—Abre, abre pronto, dijo una voz afuera.

El criado corrió los cerrojos y abrió.

Era una casa baja, como lo son generalmente en Colima. Oyéronse pasos en el corredor y ruido de acicates.

—¡Un oficial! ¿Será enviado de Enrique? dijo Clemencia levantándose apresuradamente.

Llamaron á la puerta de la sala, todas las señoras corrieron allá, y abrieron.

Un militar se precipitó adentro con aire azorado. Echóse abajo el capuchon que cubria su semblante.

Era Enrique.

Isabel cayó desvanecida, las señoras temblaban, Clemencia, con los ojos fijos en su amante, quedóse pasmada y no pudo hablar.

—Soy yo, Clemencia; ¿estamos solos?

Clemencia hizo señas afirmativamente sin poder articular palabra.

—No hay que espantarse, amor mio, seré breve: hé aquí lo que ha pasado; pero antes de todo, ¿hay un criado de confianza en la casa?

—Sí hay, respondió por fin Clemencia repuesta de su emocion.

—Pues que me ensille un caballo, pronto, y si hay otro, que me le prepare para llevarlo de mano; es preciso que yo huya ahora mismo.

La señora salió á dar las órdenes luego y volvió.

—Hé aquí lo que ha pasado: Fernando ha sido mi salvador!

—¡Fernando! dijeron á una voz las cuatro señoras.

—Sí, Fernando, que tiene una grande alma, una alma inmensa, el alma que se necesita para morir en lugar de un enemigo.

Clemencia sintió que le faltaban las fuerzas.

Enrique contó brevemente lo que acababa de pasas en la prision, refiriendo palabra por palabra lo que le habia dicho Fernando.

El asombro de las señoras crecia á cada instante.

Enrique añadió:

—Yo no conozco el camino del Naranjo, y me perderia; necesito primero disfrazarme con trage de paisano, y luego llevar un guía que, despues de atravesar el paso, me dirija á Guadalajara.

—¿A Guadalajara? preguntó Clemencia.

—Sí, Clemencia, á Guadalajara, yo no estaré seguro sino allí.

Digitized by Google

—Pero allí están los franceses.

—Precisamente por eso. Este no es momento de ocultar la verdad ya. Sepan vdes. que en efecto los pliegos que cogió Valle eran mios. Yo estaba en comunicaciones con aquella plaza, y ahí se me brinda con una banda de general. Debí pasarme con todo mi cuerpo y con algunos otros, pero desgraciadamente me retardé y fuí descubierto.

—¿Luego vd. traicionaba? preguntó Clemencia interrumpiéndole con violencia.

—Traicionar no es la palabra, vida mia; en política estos cambios no son nuevos, y el rencor de los partidos los bautiza con nombres espantosos. Pero el tiempo vuela, y es preciso salvarme; señora, ¿tendria vd. la bondad de darme un trage y de arreglar lo de los caballos?

—Sí, señor, todo.

Sacáronle un trage completo, que Enrique se vistió con una prontitud maravillosa. Luego el criado, ya dispuesto tambien, avisó que los caballos esperaban.

Enrique abrazó de priesa á las señoras y á Isabel, que apenas tuvo fuerzas para moverse; pero al llegar á Clemencia, á quien alargaba los brazos con ternura, la jóven, ergiéndose con una altivez que iluminó su semblante con el brillo de una hermosura divina, alargó una mano para rechazarle.

—Vaya vd. con Dios, señor Flores, le dijo, vaya vd. con Dios, y que él le salve.

—Pero, Clemencia, ¿qué es esto? ¿me rechaza vd.? ¡Dios mio! ¿por qué?

—Quisiera morirme esta noche, caballero, mejor que saber todo esto. Aléjese vd.: todo lo comprendo.

—¿De modo que no podré esperar ver á vd. pronto en Guadalajara?

—No me verá vd. nunca, señor, nunca.

—Señor, huya vd., dijo la madre de Clemencia empujando á Enrique.

Este salió vacilando como un ébrio, montó á caballo seguido del criado, atravesó el zaguan y se alejó al paso por la calle, y momentos despues se oyó el galope de los caballos que acabó por perderse en el silencio de la noche.

Las cuatro señoras habian quedado mudas y cabizbajas. Clemencia no pudo mas, y cayó desplomada en una silla.

—¿Es que le amas todavía? le preguntó tímidamente Isabel.

—Es que le desprecio con toda mi alma. Aquí no hay mas que un hombre de corazon, y es el que va á morir, respondió Clemencia, convulsa y próxima á desmayarse.

—¡Qué horrible es todo esto! dijo despues de un instante Mariana.

—¡Qué horrible es, dijo Clemencia con una indignacion que le volvió toda su energía, haber amado á semejante miserable, haber corrido por Colima, como una loca, suplicando y llorando, y haber expuesto los dias y la dignidad de un padre anciano para salvar á un hombre que ha acabado por aceptar el sacrificio de la vida de otro, y por confesar con vanidad que es un traidor. De modo que ese infeliz Fernando no era un calumniador, de modo que le hemos ultrajado injustamente, de modo que habrá tenido un infierno en el corazon, y que va á morir asesinado con nuestra crueldad....!

Y Clemencia, que hasta allí habia contenido sus lágrimas, rompió á llorar; pero con tanta violencia que las señoras se acercaron á ella y la estrecharon entre sus brazos.

Isabel lloraba tambien silenciosamente.

—Esto es verdaderamente para morirse, madre mia, continuó Clemencia bañada en llanto. El desengaño ha sido terrible; pero él no me destroza el corazon, como la idea de que soy yo la que va á matar á ese noble jóven. Antes creí que era yo tambien la causa de que Enrique fuese calumniado por su rival celoso; pero ya veo que no fué así: su crímen le condenaba. A Fernando, sí, yo soy quien le mata.

Despues de estas palabras ya no hubo mas que silencio, sollozos y abatimiento de Clemencia, que mesaba en su dolor sus hermosos cabellos negros, que devoraba sus lágrimas y que daba las señales de la mas frenética desesperacion.

XXXIV

Sacrificio inútil.

Amanecia cuando se oyó el galope de un caballo en la calle, y á poco llamaron de nuevo en el zaguan.

Era un correo del padre de Clemencia, que apenas pudo hablar de fatiga.

—He corrido como nunca, dijo; aquí está una carta.

El Sr. R... decia á su hija:

«He cedido la mitad de mi fortuna en favor del ejército, pero Enrique ha sido indultado: ¡que trabajo costó! adjunto la órden para el comandante; que se lleve luego: ¡ojalá que sea tiempo!»

Clemencia enseñó la carta á su madre moviendo la cabeza con amargura, y arrojó en una mesa la órden del cuartel-general.

—Que se ha de llevar ese pliego, me dijo el señor.

—Es inútil, contestó Clemencia; vete.

—El llegará aquí á las ocho, añadió el correo.

—Bien: vete.

Como á las diez llegó el carruaje del Sr. R... y él se bajó fatigado y entró lleno de ansiedad.

—¿Llegó á tiempo? preguntó; ¿se salvó?

Clemencia se arrojó llorando en los brazos de su padre.

—¡Como! ¡cielos! ¿Fué tarde?

—Ah, no, padre mio, ¡fué inútil!

El Sr. R... un momento despues supo todo lo acontecido, y fué indecible lo que pasó en su alma.

Aquella fué una escena atroz. En los corazones se sucedian diversos sentimientos, la tristeza, el arrepentimiento, el dolor, pero sobre todo el tedio, el

Digitized by Google

el tedio que produce el esfuerzo inútil y el sacrificio tributado á la maldad.

—Y aun hay mas, dijo despues de un momento el padre de Clemencia. He sabido en el cuartel general muchas cosas que me han causado una pena profunda. El hombre generoso que nos proporcionó el carruaje en el camino de Zacoalco, no fué ese infame, sino este pobre Fernando á quien tanto mal hemos hecho. Me lo dijo el general en gefe, pues que precisamente por eso Enrique le acusó, suponiendo que el postillon era un correo de Guadalajara, y además allí en Zapotlan tomé otro carruaje por la inutilidad en que estaba el mio, á causa del viaje, y el conductor, que es el que viene conmigo y á quien reconocí, me dijo: que el jóven oficial le dió aquella noche tres onzas de oro y un reloj que no habia examinado; pero que despues registrándole encontró el nombre de su dueño, que era «*Fernando Valle,*» y me le enseñó y le he visto yo, no me cabe duda. Así es que á su nobleza de conducta debe agregarse que no quiso que supiéramos que él era nuestro protector. De modo que yo regalé al otro mis caballos, y le tributamos nuestra necia gratitud, y ese infeliz mató su caballo, se quedó pobre, y va ahora tal vez á morir sin llevar de nosotros ni una muestra de reconocimiento.

El dolor de aquellas desgraciadas señoras aumentó con este relato, como era natural, y Clemencia no sabia qué hacer. Estaba aturdida.

—Pero, en fin, exclamó el Sr. R ..... con resolucion, hé sacrificado por ese villano la mitad de mi fortuna, aun me queda la otra para ofrecerla por este muchacho tan valiente, tan patriota y tan noble. Solo que ¿cómo hacerlo? Me es imposible volver á Zapotlán. Escribiremos; vdes. se quedarán pobres, hijas mias, pero no tendrán un remordimiento.

—Trabajaré, padre mio, como una obrera, con tal de salvar á Valle. Su vida será mi herencia.

XXXV

El salvador.

—¿Saben vdes. lo que pasa? dijo entrando uno de los amigos de la familia.

—Ya lo sabemos, dijo el Sr. R..... ahora, ¿qué sucederá con ese oficial?

—Que le fusilan sin remedio; el comandante está furioso, vdes. comprenderán su cólera. Al amanecer, ese pobre jóven que estaba encerrado en la prision del coronel Flores hizo llamar con gran sorpresa de todos á su general, y le dijo simplemente que él habia hecho escapar al reo.

—Y ¿sabe vd. lo que ha hecho, desgraciado? le preguntó el general.

—Sí; ponerme en su lugar, dicen que respondió con serenidad el oficial. Estoy listo, y cuanto mas pronto mejor. El comandante, sin embargo, acababa de despachar un extraordinario á Zapotlán.

—Le he encontrado, interrumpió el padre de Clemencia.

—Pues bien, aguarda la contestacion el gefe, y creo que esto acabará pronto . . . . . .

. . . . . .

A las nueve de la noche, el extraordinario volvió.

El general en gefe, indignado hasta el extremo, contestó luego dando órden de que al dia siguiente en la mañana ejecutaran al comandante Valle, sin mas fórmulas.

Con esta comunicacion venia otra para el Sr. R..... que decia:

«Este cuartel general releva al Sr. R.... de todas sus ofertas y compromisos con el erario, pues queda satisfecho con castigar al criminal que dejó escapar al ex-teniente coronel D. Enrique Flores.»

Así pues, para colmo de dolor, la familia del Sr. R..... volvia á recobrar la mitad de su fortuna comprometida para salvar á Flores, á costa de la vida del infeliz Fernando Valle.

El Sr. R ..... escribió al general en gefe, ofreciéndole todo su capital por la vida del desdichado jóven; pero era preciso obtener una suspension de la órden, de ejecutarse á la mañana siguiente, y el comandante se negó á concederla.

XXXVI

La Fatalidad.

Eran las diez de la noche y Valle me hizo llamar. Costó trabajo que me permitieran verle, pues lo sucedido con Flores hacia desconfiados á los gefes; pero lo conseguí al fin, y fuí al calabozo del prisionero.

Apenas me vió cuando vino á abrazarme.

—Doctor, me dijo: perdone vd. la molestia de un moribundo; tengo que pedir á vd. otro favor, y me parece que será el último.

Yo no pude responderle, lloraba y se me anudaba la garganta. Aquella desgracia me habia conmovido. El crímen de aquel jóven era la mas sublime generosidad.

—Hombre, continuó, agradezco á vd. esa prueba de afecto, que es la única que habré recibido, pero que vale para mí un mundo. No se aflija vd. por mí, le aseguro que creo una fortuna que me fusilen. Estoy fastidiado de sufrir, la vida me causa tedio, la fatalidad me persigue, y me ha vencido, como era de esperarse. Me agrada que cese una lucha en que desde niño he llevado la peor parte. Voy á contar á vd. algo de mi vida en cuatro palabras, vd. indagará lo demás, y cuando se acuerde de mí procure vd. añadir el estudio de lo que me ha pasado á los demás que haga, procurando descifrar esto que en la tierra llamamos *la mala suerte.* Yo no sé si en buena filosofía estará admitida la influencia de la Fatalidad, yo ignoro esas cosas; pero el hecho es que sin haber hecho nada que me hubiese acarreado el castigo del cielo, que sintiéndo-

Digitized by Google

me con una alma inclinada á todo lo noble y bueno, he sido muy infeliz y he visto cernerse siempre la tempestad de la desgracia sobre mi humilde cabaña, al mismo tiempo que he visto brillar el cielo con todas sus pompas sobre el palacio del malvado, que se levantaba frente á mí, insolente en medio de su fortuna.

Creo que es la primera vez que uso el estilo figurado, y pido á vd. perdon por él, en gracia de que no volveré á usarle mas.

No hay misterios en mi vida, como todo el mundo ha sospechado, no sé por qué. Soy hijo de una familia rica de Veracruz, avecindada hoy en México; pero el hogar paterno me negó desde niño su proteccion y sus goces, á causa de mis ideas y no de mi conducta.

Mi padre es un hombre honrado, pero muy austero en la observancia de sus principios religiosos y políticos. Es enemigo de las ideas liberales. Mi madre es un ángel de bondad, pero sumisa á la voluntad de mi padre, le obedece ciegamente.

Tengo tres hermanos y tres hermanas. Vd. conocerá á los unos y á las otras, y quedará vd. contento. No piensan como yo los primeros; pero valen mucho, y son un modelo de belleza y de virtud las segundas.

Desde muy pequeño vine á educarme á un colegio de México, mientras que dos de mis hermanos se educaban en Europa y otro mas pequeño permanecia en casa. Yo conocia de religion las prácticas del culto y las ideas de mi tierna madre; y de política habia yo oido á mi padre anatematizar los principios progresistas.

Pero á los tres años de estudiar me encontré un amigo, ¡ay, el único cariño profundo de mi vida solitaria! Era un muchacho pobre, pero de un talento luminoso y de un corazon de leon. El no jugaba, no paseaba, no tenia visitas; en vez de distraerse, pensaba; cuando todos hablaban con sus novias él hablaba con los muertos, como decia Zenon, estudiaba de una manera asombrosa. Así es que el jóven era un sabio, en la época en que todos son regularmente ignorantes.

Pues bien; este amigo me inspiró las ideas liberales, que abracé con delirio. Mi tutor, hombre que opinaba como mi padre, se espantó de este giro que tomaban mis aspiraciones, y me prohibió la amistad de aquel hermano mio. Yo me negué á separarme de él. Primer motivo de disgusto para mi familia. ¿Qué quiere vd.? Cuando uno sacrifica un sentimiento noble como el de la amistad, á las preocupaciones, no merece tener amigos. Yo fuí leal.

Despues me retardé en ir á Veracruz á las vacaciones. Era que la madre de mi amigo se moria, y él estaba solo. Aquella señora pobre que vivia en una casa miserable, carecia de todo, y su hijo sufria espantosamente al verla llena de privaciones. Yo vendí lo que tenia y le ayudé á asistirla; habia sido para mí una madre, me adoraba..... me quedé, pues, unos dias de Diciembre para acompañarla hasta que murió. Llegué tarde á mi casa, atribuyéronlo á despego mio hácia la familia, y mi padre me trató con severidad. Yo fuí á expiar mi falta á la casa, y los goces de la distraccion y del cariño me fueron negados. Mi adorada madre lloraba é imploraba el fin de mi castigo. Por fin lo obtuvo, pero no volví al colegio. Me dedicaron á aprender un oficio y estuve en una armería un año. Vd. ve que soy debil, los trabajos del armero me fatigaban, y por otra parte, deseaba yo estudiar, tenia sed de saber, y sabia yo con envidia, con noble envidia, que uno de mis hermanos se recibia de ingeniero en Paris y que otro estudiaba medicina en Alemania. Me dirá vd. que por qué eran tan severos conmigo en mi casa y por qué era yo el hijo despreciado? Yo no lo sé. No habia ninguna de esas razones dolorosas que suelen en una familia condenar á un hijo al papel de víctima. No; jamás los celos habian emponzoñado mi hogar; y por otra parte, mi semejanza con mi padre, lejos de hacerme odioso, parece que me hacia acreedor, al menos, á la igualdad en el afecto.

Así, de armero, yo procuraba ganar la ternura paternal. Me acuerdo de una famosa espada que hice para ofrecerla á mi padre en su cumpleaños. ¡Cómo trabajé en forjarla y en cincelarla!

Llegó el dia, y entre los regalos enviados por mis hermanos de Europa y ofrecidos por mis hermanas, creí que mi espada y mis otros dijes de herrería me alcanzarian una sonrisa, un abrazo y el perdon de mis faltas. No fué así: el carácter de mi padre para mí se ennublecia cada dia mas; apenas vió mis regalos y los arrojó con desden en un rincon. Yo derramé lágrimas en silencio, y no me consolé sino cuando mi madre, á hurtadillas, vino á hacerme una caricia y me dirigió algunas palabras de ternura.

Algunos amigos de mi padre le hicieron reflexionar que era demasiado severo con un muchacho tan endeble y tan enfermizo como yo, y á mocion suya me envió á una casa española de Veracruz para dedicarme al comercio.

Pero el comercio me fastidiaba, estaba yo consumiéndome de tristeza. En esa época llegó el gobierno liberal é hizo de Veracruz su baluarte. A poco el ejército reaccionario vino á poner sitio á la plaza. ¿Qué quiere vd., doctor, el fastidio que me causaba el comercio, las ideas liberales que me entusiasmaban, los toques de guerra que me hacian hervir la sangre, el peligro que me seducia, todo influyó, en mí, y despues de escribir una carta muy respetuosa á mi padre, en que le pedia perdon por seguir otros principios que los suyos, me alisté como soldado raso, y desde entonces pertenezco al ejército. Quise comenzar mi carrera desde esa clase. Ascendí á sargento, y luego, cuando triunfamos y fuí á México, he visto frecuentemente á mis hermanos en su carruaje pasar junto á mí, dirigiéndome una sonrisa de lástima.

Intenté una vez ver á mi padre y á mi madre

Digitized by Google

para arrodillarme delante de ellos é implorar su perdon y su gracia, y escribí con tal objeto; pero recibí la órden de no presentarme jamás en casa. Por eso he vivido apartado de mi familia, sin verla ni aun en momentos en que me moria del pecho. Esperé la muerte solitario, mi buen amigo habia muerto tambien de tifo, y yo no tuve mas asistencia que la del hospital militar. Entonces pedí mi licencia, se me concedió y viví trabajando como armero de dia, y estudiando de noche; pero vino la guerra extranjera y volví á presentarme de soldado raso. Por eso muchos creen que he comenzado á servir hace dos años. Concurrí al 5 de Mayo, despues al sitio de Puebla, á las órdenes del general Herrera y Cairo, que hoy está por el interior, y he ganado mis ascensos merced al deseo que he tenido de distinguirme en las armas.

Hé ahí mi historia, historia de dolor, de miseria y de resignacion; jamás me he sublevado contra la dureza de mi suerte, jamás he manchado mi vida con una accion innoble. He sido liberal, hé ahí mi crímen para mi familia, hé ahí el título de gloria para mí. Mi padre sabrá que he sido un soldado oscuro en el ejército republicano, pero jamás un criminal. Conservo su nombre puro, y aun el motivo que me lleva al cadalso es un motivo de que se enorgulleceria cualquiera. He faltado á las leyes militares, pero no á las de la humanidad! Quizás hago un mal á la patria, pero para mí ahorro lágrimas y evito la desventura á un corazon que ama con delirio.

En cuanto al estado de mi corazon, confieso á vd. que nunca he amado antes de llegar á Guadalajara, porque francamente no he sido simpático á las mujeres; y alguna vez que me he inclinado á alguna, pronto su desvío me ha hecho comprender que la molestaba, y tímido por carácter pero altivo en el fondo, me sentia humillado y me retiraba pronto.

En Guadalajara tuve mi primera pasion.

Vd. lo sabe tal vez; esa jóven tan hermosa y rica, que ha estado ayer loca de dolor por Flores, fué la que yo amé. Ella fué la causa; me veia de una manera que me engañé; creí que podria llegar á quererme, quizás por una originalidad de su carácter, ó quizás porque adivinara que yo tenia un corazon sensible y bueno. Pero fué un error mio, que no conocí sino cuando ya estaba perdido y ciegamente enamorado. Y aun lo estoy, doctor; crea vd. que hacia tiempo que no experimentaba un dolor tan amargo como el que sentí ayer al oirla dirigirme, en su justo sentimiento, palabras que aun me despedazan el corazon.

Deseo que me haga vd. un favor. He escrito esa carta para mi padre. Tenga vd. la bondad de enviársela para que sepa que su pobre hijo ha dejado de existir. Hoy me han traido un libro para leer. Eran los cuentos de Hoffmann. He leido dos; y como un desgraciado busca siempre en lo que lee los pensamientos que están en consonancia con sus penas y sus propias ideas, he copiado en ese papel esos dos; guarde vd. ese papel en su cartera, y cuando le vea, recuérdeme. Me es grato pensar que vd. me recordará. La memoria de una alma compasiva es la mas santa de las tumbas.

Ahora, adios, doctor. Ah! acepte vd. tambien mi caballo como un obsequio humilde; le compré en doce onzas á un criado del Sr. R....., el padre de esa jóven, de esa mujer á quien muero amando. No tengo mas que dejar, pues he dado mis armas á Flores anoche.

Ahora deseo recogerme un instante; tengo que rogar á Dios que me perdone mis faltas, y que fortalecerme con la idea de que en la otra vida no sufriré como aquí.

No ocultaré á vd. que estoy triste; la tristeza es la sombra de la muerte cercana: ¿por qué me habia de escapar de esa ley de la naturaleza? Además, amigo mio, no hubiera yo querido morir así. Yo soñaba con la gloria; yo anhelaba derramar todavía mas mi pobre sangre en los altares de la patria; yo me hacia la ilusion de sucumbir con la muerte de los valientes, á la sombra de mi bandera republicana.

Al decir esto, dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Fernando y sus labios se agitaron un momento en un temblor convulsivo; pero él se apresuró á enjugarse los ojos, y añadió sonriendo:

Pero ¿qué hemos de hacer? «Puesto que es ya tarde para volver al pasado, pidamos á Dios para nosotros la paciencia y el reposo.» Mañana dormiré para siempre. Adios, amigo mio.

Yo sofocaba mis gemidos. Le estreché en mis brazos y le dije tartamudeando:

Vd. merecia vivir y ser grande.

XXXVII

Bajo las palmas.

Al dia siguiente, al dar las siete de la mañana, una columna de doscientos caballos escoltaba un carruaje que se dirigia hácia ese rumbo pintoresco y hermosísimo de Colima, que se llama la Albarradita, lugar lleno de extensas huertas donde la exuberante vegetacion de la tierra-caliente se muestra con todos sus encantos. Millares de palmeras elevan sus gigantescos penachos sobre las cercas cubiertas con inmensas cortinas de verdura y de flores, y los naranjos, los limoneros, los zapotes dan sombra á los cafetos inclinando sobre las flores de nieve ó los rojos frutos de estos arbustos, sus ramajes recamados de oro.

A esa hora las aves cantaban regocijadas entre los árboles, corria una brisa tibia y cargada con los aromas del azahar y de la magnolia El cielo estaba azul y limpio, y apenas algunas nubecillas como vellones trasparentes se alejaban para perderse del lado del mar. El volcán elevaba hasta el cielo su

Digitized by Google

punta de nieve en que parecian romperse chispeando los rayos del sol naciente.

La naturaleza toda parecia elevar un himno á Dios, solemne y dulce.

Y en medio de esta alegría del cielo y de la tierra, debajo de este manto infinito de záfiro y de luz, atravesaba aquel cortejo militar silencioso y terrible.

Allí iba un reo de muerte que iba á mezclar sus últimos suspiros á los cantos de fiesta con que la naturaleza saluda al Criador al aparecer el nuevo dia.

La columna atravesó todo lo largo de la hilera de cármenes de la Albarradita, y cerca de un grupo de palmeras que se alzaban solitarias sobre un prado gracioso, y en que el invierno no habia podido tostar el manto de la primavera, el cortejo hizo alto. Allí estaba el cuadro de infantería formado, y un gentío inmenso aguardaba. El carruaje se detuvo afuera del cuadro, abrióse la portezuela, y Fernando bajó tranquilo, y con paso seguro y firme avanzó entre una doble hilera de soldados, conducido por un oficial.

Llevaba abrochada su levita militar, puestas sus botas fuertes, y su kepí inclinado graciosamente hasta los ojos.

Al tiempo de entrar en el cuadro, otro carruaje llegaba á galope por el lado opuesto, y de él se apeaban apresuradamente tres señoras vestidas de negro cubiertas con largos velos, y un caballero de edad.

Eran Clemencia, su pobre madre que no queria abandonarla, Isabel y el Sr. R..... que no teniendo mas voluntad que la de su hija, se dejaba arrastrar, y entonces lo hacia con toda su voluntad. La apasionada hija de Jalisco, cuyos sentimientos se desbordaban luego de su corazon y no podian permanecer disimulados un momento, habia procurado inútilmente penetrar en la prision de Fernando para pedirle perdon de rodillas y asegurarle que le admiraba hoy, y quizás le amaba ya tanto como el dia anterior le habia ultrajado y aborrecido. Entonces determinó hacerlo á la hora de la ejecucion: ¿qué importaba esto á aquella jóven que desafiaba á la sociedad con tanto valor, y que estaba acostumbrada á imponer su voluntad como una ley?

Dirian que era una loca; y bien, sí, tenia esa sublime locura del corazon cuyas extravagancias, la la admiracion popular convierte en leyendas, eterniza en cantos y adora en el santuario de su alma. ¿Acaso Clemencia era la primera mujer que se abrazaba al cadalso de un ser querido? Desde el Gólgota, desde antes, ha habido mujeres santas que han perfumado con sus lágrimas el pié del patíbulo en que han espirado los mártires.

Así, pues, Clemencia se precipitó entre la multitud, impetuosa, palpitante y pugnando por penetrar en el cuadro. Pero el gentío era inmenso y estaba tan compacto, que á no ser una columna, nadie podia atravesarle.

La pobre jóven, seguida de sus acompañantes y arrastrando á Isabel que iba casi desfallecida, rogaba, empujaba, prometia oro, gritaba llorando que la dejasen pasar, que era de la familia del reo, que queria hablarle por última vez, que queria verle.

En vano: la muchedumbre, tal vez por compasion le cerraba el paso. Y el cuadro se conmovia, y se escuchaba una voz seca é imperiosa ordenar un movimiento; ¡gran Dios! Fernando iba á morir y Clemencia ni le veria siquiera.

De repente reinó un silencio mortal.

—Por piedad, gritó Clemencia, paso, yo necesito verle... por el amor de Dios... lo suplico.

La muchedumbre asombrada y triste abrió paso, pero aun quedaba que atravesar la fila de soldados.

Clemencia iba á suplicar á un granadero que la dejara pasar, cuando quedó clavada en el suelo, y muda de horror y de dolor.

Estaba frente á frente de Fernando, aunque á lo lejos. El jóven estaba hermoso, heróicamente hermoso. No habia querido vendarse, se habia quitado su kepí que habia puesto á un lado en el suelo, y pálido, pero con la mirada serena y con una ligera y triste sonrisa, elevando los ojos al cielo, esperaba la muerte.

Los cinco fusileros estaban á dos pasos de él y le apuntaban. Las palmeras, á cuya sombra se hallaba, estaban quietas, como pendientes de aquella escena terrible.

Clemencia quiso gritar para atraer siquiera sobre ella la última mirada de Fernando; pero no pudo, la sangre se heló en sus venas, su garganta estaba seca, era el momento terrible... se oyó una descarga, se levantó una ligera humareda que fué á perderse en los anchos abanicos de las palmas, y todo concluyó.

Fernando habia caido muerto con el cráneo hecho pedazos y atravesado el corazon.

Clemencia habia caido tambien desplomada.

—Levanten á esta señora que se ha desmayado, mujeres, gritó el soldado á cuya espalda habia estado Clemencia.

Un grupo de mujeres del pueblo levantó á la jóven, y luego su padre la tomó en brazos y la condujo al carruaje adonde Isabel estaba escondida ya y llena de terror con la madre de su amiga.

Los fusileros se retiraron llorando: ¡era tan valiente aquel jóven oficial!

La tropa se volvió á la ciudad y la gente se dispersó. Solo el carruaje de Clemencia permaneció allí todavía. Unos soldados quedaron junto al cadáver para recogerle; pero esperaban la camilla, y pasó media hora.

De repente Clemencia bajó otra vez de su carruaje, pero su padre la retuvo con fuerza, y ella, abatida y débil, sucumbió y volvió á entrar en el coche, donde la recibieron desmayada su madre y amiga.

El Sr. R..... llegó junto al cadáver, y pidiendo permiso sacó de su carterita unas tijeras y cortó un mechon de cabellos de Fernando, que guardó

Digitized by Google

cuidadosamente, despues de lo cual volvió al carruaje que partió despues para la ciudad.

Clemencia volvió de su nuevo desmayo, en su casa, y ya recuperada y mas tranquila,

—Padre mio, dijo: ¿dónde está eso?

—Aquí, hija querida, aquí; pero por Dios que no nos hagas sufrir.

Y le alargó los cabellos que habia cortado.

—¡Ah! dijo Clemencia tomándolos con delirio y besándolos repetidas veces. A tí era á quien deberia haber amado, dijo, y cayó sobre sus almohadas deshecha en llanto.

La familia del Sr. R.... recogió despues el cadáver y le dió sepultura, con la adoracion que se debe á un mártir.

EPÍLOGO:

Algunos meses despues estábamos derrotados y perdidos. Todo el mundo habia defeccionado ó huía. Los franceses eran dueños de Jalisco y de Colima.

Yo vine á Michoacán, como pude; pero despues, las enfermedades que me tenian agonizante, me obligaron á venirme á encerrar á México, á mi pesar.

Al dia siguiente de mi llegada era la fiesta de Corpus, y yo sin creer que hacia mal pasé á la casa de la familia de Fernando y entregué al portero la carta que habia traido guardada, encargando que la subiera en el acto.

¡Ah! amigos mios, eso fué atroz. Era el cumpleaños del padre de mi pobre amigo. Se llamaba Manuel.

Estaba la familia en el banquete, que habia concluido, y era la hora de los brindis. Las hermanas de Fernando con numerosas amigas suyas estaban en el balcon viendo desfilar la columna, pues habia habido gran parada y se hallaban muy divertidas.

Yo me detuve en el zaguan para ver pasar tambien aquella tropa para mí aborrecida. Llegaba frente á nosotros un cuerpo de caballería, y á su frente venia un gallardo coronel que caracoleaba en un soberbio caballo, y veia al balcon con ese aire de Don Juan que acostumbran usar los militares buenos mozos.

Era Enrique Flores, el miserable autor de la muerte de Fernando. Al pasar debajo de los balcones saludó graciosamente, y se quedó mirando un instante á las hermosas. Estas le devolvieron su saludo con una deliciosa coquetería. Pero no bien acabaron de saludar cuando se metieron espantadas.

Era que el viejo aristócrata habia tomado la carta, y al leerla habia dado un gran grito de dolor.

—¿Qué es eso? preguntó la señora.

—¡Han matado á Fernando! pudo apenas gritar el anciano, y se quedó clavado en su silla.

La señora leyó la carta tambien, y se desmayó: las hermanas de Fernando llegaron, y un momento despues, en aquella casa que antes resonaba con las alegrías del festin, no se oian mas que sollozos y gritos de desesperacion.

En cuanto á Clemencia, la hermosa, la coqueta, la *sultana*, la mujer de las grandes pasiones, pudieron vdes. conocerla el año pasado. Era hermana de la Caridad en la Casa Central; allí la visité; pero ¡cuán mudada estaba! Hermosa todavía, pero con una palidez de muerta.

—Poco me falta que sufrir, doctor, me dijo; esto se va acabando.

Y mostrándome un pequeño relicario oculto debajo de su hábito:

—Hé aquí lo que me queda, me dijo: un hábito que me consagra á los que sufren, y esto que me consagra á la muerte... ¿sabe vd.? son sus cabellos... espero que él me habrá perdonado desde el cielo.

Y los ojos de la infeliz jóven se llenaron de lágrimas.

Algunos meses hace que partió para Francia.

FIN.

NOTA.

El menor de los defectos de esta pobre novelita, es que para cuento parece demasiado larga. Pero no hay que tomar formalmente la ficcion de que el doctor relate esto en una noche. Es un artificio literario, como otro cualquiera, pues necesitaba yo que el doctor narrara, como testigo de los hechos, y no creí que debia tener en cuenta el tamaño de la narracion. Además, á pesar de mi pequeñez me amparan, para hacer perdonable lo *largo del cuento*, los ejemplos de Víctor Hugo en *Bug-Jargal*, de Dickens en varios de sus *Cuentos de Navidad*, de Erkmann-Chatrian en sus *Cuentos populares*, de Enrique Zschokke en sus *Cuentos Suizos*, y de Hoffmann en muchos de los suyos. En lo que sí no tengo amparo es en lo demás, y no me queda mas recurso que apelar á la bondad de los lectores del RENACIMIENTO.

EL AUTOR.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE GENERAL

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO DEL RENACIMIENTO.

ARTICULOS EN PROSA.

CORTÉS, María del Cármen.

La union en el sepulcro. Ensayo literario. Págs. 126 y... 141

VEREA, Constanza.

Árinda. Fantasía nocturna..... 125

ALDANA, Ramon.

¡Funesto error! Leyenda tradicional..... 45

ALTAMIRANO, Ignacio M.

INTRODUCCION.

CRÓNICAS DE LA SEMANA.

Setiembre 4 de 1869.—Las fiestas de Setiembre.—El Ferrocarril.—Espectáculos.—*El Libro Rojo.*—*El Filopolita.*—El Sr. Zarco y el *Siglo XIX*..... 5

Setiembre 11.—Espectáculos.—El teatro Nacional.—El teatro de Hidalgo.—La Belaval.—Iturbide.—Preparativos para las fiestas de Setiembre.—El maestro Morales, director de las orquestas en Puebla.—*La Revista* de Mérida.—*El Anáhuac.*—*El Libro Rojo.*—Llegada de la poetisa Isabel Prieto.—Pedro Landázuri.—José María Vigil..... 17

Setiembre 18.—Concierto en el Conservatorio de música.—El Club aleman.—Sesion solemne de la Sociedad de Geografía y Estadística, en honor del baron de Humboldt.—El discurso del Sr. Barreda; del Sr. López Monroy; del Sr. Bustamante y Chico; del Sr. Ramirez.—Poesía de Santiago Sierra.—*La Ilustracion Potosina.*. 33

LAS FIESTAS DE SETIEMBRE EN MÉXICO Y PUEBLA:

I. En México.—Aniversario del nacimiento del Baron de Humboldt.—Discursos de los Sres. Barreda, López Monroy, Bustamante y Ramirez.—Poesía de Sierra.—La noche del 15.—Justo Sierra y Alfredo Torroella.—Un Sr. Blanco.—Apertura de las cámaras.—Discurso de Guillermo Prieto en la Alameda..... 49

II. En el camino.—La Estacion de Buenavista.—Partida del Presidente de la República para Puebla.—El wagon de honor.—Llegada á Apam.—Llegada á Santa Ana Chiautempan.—El gobernador Lira y Ortega.—El cura de Santa Ana.—La Guardia nacional de Tlaxcala.—Panzacola.—Llegada á Puebla.—El chubasco.—La felicitacion.—Los alojamientos.—Nuestra Providencia en Puebla.—El palacio episcopal y el Sr. canónigo Martiarena.—La bohemia literaria..... 52

III. El Baile.—El teatro de Guerrero.—Las señoras de México.—Los jóvenes de México.—Las señoras de Puebla.—Causas probables de su ausencia.—La orquesta.—«La Locomotiva.» de Melesio Morales.—El *Buffet*..... 56

IV. El banquete.—El antiguo Colegio de la Compañía, hoy Colegio del Estado.—El salon de recibo.—El salon de refectorio.—La comida.—Los brindis..... 59

V. Algo mas, y regreso.—El banquete del general Aiatorre.—Las Ruinas.—La Catedral.—El palacio del obispo.—La Biblioteca.—El jardin de la plaza.—El teatro Principal.—Norma.—El segundo baile.—Regreso á México.—Recepcion del Presidente.—Conclusion..... 61

Octubre 9.—Marasmo público.—Espectáculos.—El circo y los hermanos Bell.—El teatro Nacional.—El bajo-cómico Ruiz.—La compañía Gaztambide en Puebla.—La Srita. Gomez.—Las fiestas de Toluca.—La Sociedad Filomática.—La *Ilustracion Potosina.*—Partida de Ipandro Acalco (Monseñor Montes de Oca) á Roma..... 81

Octubre 16.—Apertura de dos escuelas de niños por la Sociedad de Beneficencia.—Los Miserables de México.—Una visita á la Candelaria de los Patos.—*La Sociedad Católica.*—Las Conferencias.—*La Sociedad Médica Pedro Escobedo.*—Primer aniversario de la proclamacion de la independencia cubana.—*La Sociedad artístico-industrial*..... 97

Octubre 23.—*La Revista universal* y el Sr. licenciado Ezeta.—*El Trait d' Union* y los moralistas.—*La Sociedad Católica* y la literatura.—Espectáculos.—El circo Chiarini.—El teatro Nacional.—El *Almanaque de la bohemia*..... 113

Noviembre 6.—El Otoño en México.—Todos Santos.—El dia de muertos.—Los cementerios de México.—Los Angeles.—Santa Paula.—San Fernando.—El Campo Florido.—El cementerio de los franceses en la Piedad.—El cementerio de los protestantes en S. Cosme.—El zócalo..... 145

Noviembre 13.—Espectáculos.—Los pequeños teatros y las tandas.—La zarzuela y el circo.—Publicaciones.—*Los insurgentes*, de Mateos.—*Los Dolores del Pueblo*, de Riva Palacio.—*Recuerdos de la vida de Bohemia*, por Malda.—*Memorias de Satanás*, por Alegría.—*El Pecado del siglo*, por Cuellar.—*La Ilustracion.*—*El Anáhuac y la Sociedad Netzahualcoyotl.*—*La Sociedad Católica.*—Revistas de Manuel Payno en el *Siglo XIX*..... 161

Noviembre 20...... 177

Noviembre 27.—Mr. Seward.—Fiestas en su honor.—Las Revistas literarias..... 193

Diciembre 4.—Mr. Seward y su comitiva.—Obsequios.—Funcion en Chiarini.—El banquete de Chapultepec.—El banquete de Palacio.—Los brindis.—El baile.—Funciones de teatro.—La Revista del Sr. Zamacois.—El introductor de las revistas.—El viejo organista.—Títeres..... 209

Diciembre 18.—El gran baile del teatro Nacional.—La reina de la danza.—La compañía de Gonzalez.—*El Pecado del siglo*, por José T. Cuellar.—*Julia*, por Martinez de Castro.—*La Revista del año de 1869*..... 241

DESPEDIDA.—Nuestra despedida.—*El Renacimiento.*—Publicaciones literarias.—El Sr. Zarco.—Clemencia.—Nuestros trabajos en 1870.—A nuestros lectores..... 257

Cuentos de invierno. Clemencia. Págs. 39, 69, 87, 105, 138, 155, 168, 183, 202, 217, 250 y..... 261

Fábrica de sedas de Labat y Francoz..... 129

Anónimo,

Pensamientos..... 10

Colon, balada alemana..... 198

Las obras de Catedral..... 254

ARRONIZ, Joaquin (hijo.)

El valle de Orizava. Fragmentos humorísticos..... 163

CHAVERO, Alfredo.

Ensayo arqueológico. Descripcion de un monumento azteca..... 20

CORNEJO, Ignacio.

Efemérides. Páginas 32, 47, 80, 96, 128, 160, 176, 192, 208 y..... 224

CUELLAR, José T. de

La literatura nacional..... 186

La caida de las hojas..... 201

Estalagmita en la caverna de S. Cayetano.—Guadalcázar. 212

GOSTKOWSKI, G.

Humoradas dominicales..... 249

GUILLEMIN, Edmundo.

Las ruinas de la Quemada. Manuscrito inédito, traducido para *El Renacimiento* por Manuel Orozco y Berra.... 225

HASSEY, Olcardo.

Juana la loca, y Wallenstein, duque de Friedland..... 77

Los Orbiletas, ó los tres artistas mas ingeniosos del siglo pasado..... 152

A los Sres. redactores de *El Renacimiento.*—Curiosidades filológicas.—Contestacion..... 196

JIMENEZ, José de Jesus.

Pensamientos filosóficos. Págs. 131 y..... 171

Digitized by Google

LAVERRIÈRE, Julio.
Convento de la Merced. Págs. 34 y 72

M. A. M.
Antigüedades. Ruinas de Tlalmanalco..... 123

MOZIÑO, José.
La erupcion del volcan de Tuxtla en 1793. 234

NOMBELA, S. J.
Hilda. Balada..... 199

OROZCO Y BERRA, Manuel.
Ruinas de Tlalmanalco 65
La Alhóndiga de Granaditas..... 90
Puerta lateral de San Francisco..... 195

ORTIZ, Luis G.
El monte Pincio, en Roma..... 108

PEREDO, Manuel.
Revistas teatrales. Págs. 15, 159, 173, 190, 221, 239, y... 255

PORTILLA, Antonio F.
Trinitarias 29
La Azucena 167

RUIZ, Eduardo.
Uruapan 119

SANTACILIA, Pedro.
Curiosidades bibliográficas. Artículo I..... 13
Artículo II..... 30
Artículo III..... 111

SIERRA, Justo.
Los poetas. Págs. 12, 42 y 102
Leyenda de un muerto..... 135
Víctor Hugo. Págs. 180, 214, 246 y 258

SOSA, Francisco.
El Album 231

TORROELLA, Alfredo.
El tiempo..... 27
La fiesta de los muertos 133
Baile del 9 de Diciembre en el gran teatro Nacional.... 242

POESIAS.

BERNA, Manuela L.
A mi hermana Lupe el dia de su santo..... 24
A mi hermana Lupe en su cumpleaños 127

CETINA GUTIERREZ, Rita.
Babilonia..... 140

CORTÉS, María del Cármen.
A mi amado padre el Sr. D. Pedro P. Cortés..... 189
La Rosa blanca..... 207
Medellin 230
A Mercedes 248

GIL, Luisa.
Un recuerdo.—A la querida memoria de mi respetable padre el Sr. D. Ignacio Gil 170

MANERO DE FERRER, Soledad.
Vistas del mar 31
A una violeta..... 108
El destierro del Dante..... 125
Mar y estrellas..... 132
Quiero soñar 151
Una águila presa 213
Delirio del Tasso en la prision..... 220
A San Juan de Ulúa 223
La confesion 230
Las ilusiones..... 233

PRIETO DE LANDÁZURI, Isabel A.
Una noche 154
Religio. Traduccion de Víctor Hugo..... 163

TENORIO ZAVALA, Gertrudis.
Romance 110
Romance 121
A la luna 127
Romance 138
Amor y duda 165
Recuerdo y esperanza 223

A. C.
Una vision. Soneto..... 104

ACUÑA Manuel.
¡El hombre! 75

B. J. M.
A*** Traduccion de Byron 33

BLENGIO, J.
A Mr. William H. Seward..... 212
En la muerte de Juan Doria. Soneto 220

CUENCA, Agustin F.
A Cuba 254

ECHAIZ, J.
A Carmelita en Paris 182

FACUNDO, (José T. Cuellar.)
Idilio 117
¡¡¡Inspiracion!!! 124
Un oficial austriaco de la expedicion intervencionista á una barbilinda. Soneto 185
A Lola. Soneto 219

FERRER, Manuel A.
A Itumela 11

GONZALEZ VERÁSTEGUI, Estéban.
El suicida y la Providencia. Fábula..... 14
La tertulia de los animales. Fábula..... 29
Granada.—Introduccion á la leyenda árabe "*La tumba de la Nazarena.*" 166

HEBERTO.
Lidia. En el baile de*** 245

LEPORELLO.
A la luna. Soneto..... 20

M. J. J. del.
Su triunfo..... 13
Confianza en Dios..... 35
Su nombre 46

MONROY, José.
Imitacion de lord Byron 7
El huérfano 11

MONTESDEOCA y OBREGON, Ignacio.
Canto fúnebre de Bion. Idilio de Moscho de Siracusa... 83

MONTIEL, Julian.
En el vigésimo segundo aniversario de la batalla de Churubusco..... 16

MORENO, V.
Ensueños de felicidad.—A Inés..... 260

OLAVARRIA, Enrique de.
La voz del cielo..... 121

ORTIZ, Luis G.
A Luz Llave 28
A*** 89
Los segadores 118
Inconstancia.—Al gorrion de Lesbia.—Llorando la muerte del gorrion de Lesbia. Págs. 174 y..... 175
En la muerte de Juan C. Doria. Soneto..... 180
Aquiles entregando á Briseida. Soneto 180
Recuerdo de Guadaira..... 199
En una profesion. Soneto 215
En la tumba de Alejandro. Soneto..... 216
El Silfo (Imitacion.)..... 231

Digitized by Google

PEON CONTRERAS, José.
Al salto de Barrio Nuevo. —Recuerdos de Orizava..... 137

PORTILLA, Antonio F.
A*** 233

PRIETO, Manuel G.
A*** 122

REBOLLAR, Rafael.
Primaverales..... 220

ROA BÁRCENA, J. M.
Mazeppa. Introduccion 7
Mazeppa. Traduccion de lord Byron. Págs. 25, 36, 64 y... 66

ROSAS, José.
La flor perdida..... 134
El velo de Elisa. Soneto 140
Invocacion. Traducida libremente de Lamartine..... 168
El zenzontle, el leon, el burro y la zorra. Fábula..... 183
El beso. Soneto. (Imitacion de Zappi.)..... 216
Mi ambicion. Soneto..... id.
Gracias de las hembras..... 222
Al amor. Soneto..... 229
A Elisa. Soneto..... 238
El sitio donde amé. Soneto. (Imitacion del italiano.)... 239

RUIZ, Eduardo.
A ella. Traduccion del Tarasco..... 110

SEGURA, José Sebastian.
En el dia del casamiento de mi sobrina Sara Pesado y Segura con el Sr. D. Juan A. Landa..... 194
Felipe II. Soneto..... 213
El chocolate. Soneto. (Imitacion del italiano.)..... 222

SIERRA, Justo.
Composicion leida en el gran teatro Nacional la noche del 15 de Setiembre de 1869..... 71

SIERRA, Santiago.
Plegaria. Libro del alma..... 31
Sueños de amor. Libro del alma..... 79
Poesía leida en la solemnidad del 14 de Setiembre.—A Humboldt..... 101

SOSA, Francisco.
Epístola 41
A Elda 132
Adios! A México 239

TORROELLA, Alfredo.
Apóstrofe al sol 11
La mujer. Ofrenda al bello sexo mexicano..... 43
A Mérida..... 112
¡Madre mia! 122
Apóstrofe á mi destino 154
PALMA. Balada 216

VALLE, Juan.
Antes de morir. Soneto..... 172
Libro de los recuerdos. 175
A Uruapam. Fragmento 197

VALLE, Ramon.
La Inmaculada Concepcion de María..... 64
En las playas del Pacífico..... 95
A Dios 104
Las tinieblas. (Traduccion de Byron.)..... 172

ZAYAS, Enrique R. de.
La cabalgata del leon..... 253

COLOCACION DE ESTAMPAS.

Portada.
Monumento azteca..... 20
Claustro de la Merced..... 34
Proyecto de Estacion del ferrocarril de México á Puebla..... 49
Ruinas de Tlalmanalco..... 65
Vista de la Alhóndiga de Granaditas..... 90
Interior de la Alhóndiga..... 94
Baron de Humboldt..... 101
La Tzarácuara..... 119
Fábrica de sedas..... 129
Cascada de Rincon Grande..... 163
Víctor Hugo..... 180
Puerta lateral de San Francisco..... 195
Estalagmita en la Caverna de San Cayetano..... 212
Ruinas de la Quemada..... 225
Id. id. (vista)..... 225

Digitized by Google

Digitized by Google

BIOGRAFÍA Y CRÍTICA

DE LOS

PRINCIPALES POETAS MEXICANOS

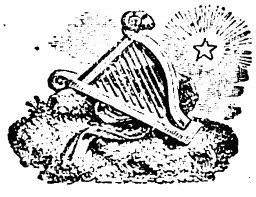
POR

FRANCISCO PIMENTEL

MIEMBRO
DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS Y LITERARIAS DE EUROPA Y DE LOS ESTADOS-UNIDOS
DE AMÉRICA.

Cuando cejen de su encono los naturales de la América española, y no varíen cada mes de gobernantes y de gobierno, y no malgasten su actividad en desastrosas lides, asombrará la valiente voz de sus bardos.

Ferrer del Rio.



MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON Y SANTIAGO WHITE,
SEGUNDA DE LA MONTERILLA NUM. 12.

1869

Digitized by Google

OBRAS DEL MISMO AUTOR DE ESTE LIBRO.

Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México.—Obra premiada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. 2 vol.

Memoria sobre la raza indígena de México, en cuatro partes:—1ª Los indios en la antigüedad.—2ª La conquista; predicacion del Evangelio.—3ª Las leyes de Indias.—4ª Situacion actual de los indios.

La Economía Política aplicada á la propiedad territorial en México, en ocho capítulos.—Primero. De la apropiacion legítima del terreno.—Segundo. Justos títulos con que poseen los propietarios mexicanos.—Tercero. De la subdivision de las propiedades rústicas.—Cuarto. De los diferentes sistemas de cultivar la tierra.—Quinto. De los jornaleros.—Sexto. De la colonizacion.—Sétimo. De los Bancos agrícolas.—Octavo. Contribucion que deben pagar las fincas rústicas.

Se venden en la librería de Morales, portal de Agustinos núm. 3.

Digitized by Google

Digitized by Google

Francisco Manl Sanchez de Tagle

Digitized by Google

INTRODUCCION

I

OBJETO É IMPORTANCIA DE LAS BELLAS ARTES, PRINCIPALMENTE DE LA POESIA.

Entre las diversas definiciones que se han dado de las bellas artes, la que se considera hoy como verdadera, y la que nosotros adoptamos, es la siguiente: «El arte es la representacion sensible del bello ideal.»

Por el contrario, nada tan erróneo ni de peores consecuencias, como el antiguo principio: «El arte es la imitacion de la naturaleza.»

¿Qué es imitar? Ejecutar una cosa á semejanza de otra; así es que la simple imitacion lleva consigo la idea de degeneracion, y en consecuencia, de imperfeccion, de debilidad: la imitacion supone original y copia, y entre la copia y el original hay, por lo menos, la misma diferencia que entre la ejecucion y la idea.

Y supuesto que la copia es necesariamente inferior al original, ¿qué interes ó qué placer tendria el hombre en afanarse para producir objetos que tan solo revelarian su impotencia?

Si la imitacion es el objeto del arte, ¿por qué nos engaña el lenguaje, signo de las ideas de la humanidad? *Poeta* significa *creador*, no *imitador*. Pero *crear* quiere decir *sacar de la nada*, y esto no es dado sino á Dios. ¿En qué sentido, pues, ó de qué manera podrá suponerse que el poeta es creador? Vamos á explicarlo.

Los objetos que se presentan á nuestra vista en órden inferior, son los séres *inorgánicos*, por mas que llamen nuestra atencion bajo diversos aspectos. Aun los astros con toda su grandiosidad, aun el mar inmenso, carecen de inteligencia, sensibilidad, movimiento voluntario y organizacion. El poeta contempla esos objetos como simple efecto de un Sér superior, y si quiere admirarlos en sí mismos, tiene que comunicarles imaginariamente las propiedades que les faltan; tiene que *personificarlos*. Entonces el mar se *embravece*, el viento *ruge*, el sol *ha visto* nacer, crecer y perecer á las naciones, la luna es la *dulce tercera* de los amantes.

Los vegetales pertenecen á los séres organizados, y presentan caractéres de belleza que nos encantan, que despiertan en nosotros sentimientos dulces. ¡Una flor! ¿Quién no experimenta cierta emocion agradable á solo este nombre? ¿quién no admira la viveza de sus colores, lo suave de su perfume, la simétrica disposicion de sus partes? Pero la flor está arraigada en el suelo, inmóvil y muda; no tiene conciencia de sí misma. Entonces el poeta coloca esa flor en el seno de su querida, y la hace sentir lo que él siente; el poeta guarda una de sus hojas marchitas en el relicario de sus propios recuerdos, y la hace el símbolo de sus desengaños; el poeta le da lenguaje, y segun su color y sus formas, indica la esperanza ó el temor, el cariño ó los celos.

El animal irracional es superior á la planta porque tiene sensibilidad, movimiento espontáneo é instinto; pero carece de razon y de lenguaje. El poeta suple tambien lo que al animal falta, y asocia á sus sentimientos aquellos séres irracionales que mas le simpatizan por sus formas ó sus costumbres. Anacreonte se vale de una paloma para enviar una carta amorosa; Catulo idealiza el pajarillo de Lesbia; Francisco de la Torre toma á la tórtola como objeto de una cancion tierna y melancólica. Los fabulistas, sobre todo, personifican á los brutos estudiando sus costumbres, observando sus instintos, y

Digitized by Google

se valen de ellos para darnos lecciones de moral y aun de literatura.

El hombre se presenta como rey de lo creado, es el sér mas perfecto del mundo terrenal, criatura erguida que eleva su frente al cielo, dotada de razon y de lenguaje, que tiene conciencia de sí misma. Pero la perfeccion humana es puramente relativa á los demas séres, y el poeta concibe una perfeccion superior todavía. ¿Quién detendrá su imaginacion? Ella produce tipos de belleza física y moral que no se encuentran en la naturaleza.

Y lo mismo que decimos de la poesía puede aplicarse á las demas bellas artes. La naturaleza nos presenta grutas y cavernas; el arquitecto palacios y templos. El sonido del mar es sublime, el del humilde arroyuelo, dulce, el del aura, melancólico; pero las leyes de la acústica no se armonizaron nunca sino bajo la inspiracion de Bellini y de Donizetti. ¿Dónde hemos visto hombres como el Apolo conservado en Belvedere, ó *Madonas* como las de Rafael?

Pero el arte no solo se apodera de la esencia de los objetos, sino aun de sus mas ligeras modificaciones; modificaciones vagas ó fugitivas en la naturaleza que el arte determina y eterniza: una lágrima cae y se evapora instantáneamente, un suspiro se pierde en la inmensidad del espacio; pero el artista recoge esa lágrima y la hace mas duradera que el bronce, detiene el eco de ese suspiro y le hace resonar mientras duran sus obras.

El arte, pues, no copia servilmente la naturaleza, sino que la trasforma, la perfecciona, la idealiza.

El artista concibe una idea, idea que nace dentro de él mismo; entonces toma las formas del mundo exterior, las mas puras y perfectas, las embellece, reviste su pensamiento con esas formas, y en este sentido *crea*, porque produce un sér nuevo y hace sensible el bello ideal, es decir, armoniza la idea con la forma. Tal es el procedimiento del verdadero artista.

La teoría de la imitacion, tomada literalmente, es tan errónea, que mas bien debe atribuirse su desarrollo á la mala inteligencia ó al abuso de los escritores, que al dictámen de los autores de *arte poético;* y en comprobacion de esto (encerrándonos en los límites que nos corresponden) citarémos á Aristóteles, á Batteux y á Martinez de la Rosa: al primero, porque despues de Platon, se supone que es el autor del principio de imitacion, y á los segundos por ser de los últimos que han explicado la misma teoría, y de los mas conocidos en México.

Aristóteles da por orígen á la poesía la tendencia *á la imitacion;* pero modifica ese principio cuando dice que la pintura debe representar «*no lo que es, sino lo que debe ser;*» que la tragedia es la «*imitacion de lo mejor;*» que la poesía «*es mas instructiva que la historia.*» Esta última expresion, sobre todo, es profunda, y bastaria para probar que Aristóteles entrevió el verdadero objeto del arte.

Batteux, que siguió las huellas de Aristóteles, expone la siguiente doctrina: «Si las artes son imitadoras de la naturaleza, su imitacion debe ser sábia é ilustrada, que no la copie servilmente, sino que escogiendo los objetos y los rasgos, los presente con toda la perfeccion de que son susceptibles; en una palabra, una imitacion en la cual se vea la naturaleza, no como ella es, sino *como puede ser y la puede concebir el expositor.*» Estas palabras expresan en sustancia lo mismo que han dicho Schelling, Hegel, Ancillon y otros sabios alemanes, en sus obras filosóficas sobre las bellas artes.

Martinez de la Rosa, en su *Poética*, dice refiriéndose á la naturaleza:

> Su *fiel imitacion* continuo sea
> Vuestro estudio y solaz, sin que del arte
> El duro anhelo ni el afan se vea.

Pero inmediatamente agrega:

> Desdeñando sacar una *vil copia*
> Con baja esclavitud, libre campea
> El *genio creador;* compara, elige,
> Forma de mil objetos una idea;
> Formando á su placer *su propia hechura*,
> Emulo de natura,
> La iguala, *la corrige*, *la hermosea.*

Nos hemos detenido en hablar sobre el verdadero objeto del arte, en primer lugar, por las aplicaciones que tendrémos que hacer en la presente obra; en segundo lugar, porque todo principio falso debe ser rechazado por los escritores mientras no desaparezca completamente, cosa que desgraciadamente no ha sucedido con la teoría de la imitacion, conduciendo á dos funestos resultados: la inmoralidad en unos, y el prosaismo en otros.

Si la *imitacion fiel* debe ser el objeto del arte, es claro que con tal de que no haya infidelidad en la copia, lo mismo es presentar lo bueno que lo malo, lo bello que lo feo, la virtud que el vicio, lo agradable que lo repugnante. ¡Qué absurdo!

Pero ese absurdo ha sido adoptado al pié de la letra, y se ha olvidado, ante todas cosas, que el mal no solamente no es bello (y en consecuencia antiartístico), sino que es repugnante, asqueroso, horrible. «El mal, en sí mismo, dice un eminente filósofo, está despojado de verdadero interes, porque de lo falso no puede resultar mas que falsedad; el mal solo produce la desgracia, mientras que el arte debe presentar á nuestra vista el órden y la armonía. Los grandes artistas, los grandes poetas de la antigüedad, no nos presentan nunca el espectáculo de la maldad pura y de la perversidad.» (Hegel. *Estética.*)

Efectivamente, la literatura del mal es moderna, y tiene su principal asiento en la civilizada Francia, desde donde envia sus depravados ministros hasta las sencillas regiones de la América; pero es tiempo de que le demos el alto, como lo ha hecho en Alemania el sublime estoicismo de Fichte, la moral austera de Hegel y la virtud cristiana de Schlegel;

Digitized by Google

en Italia la sabiduría católica de Cantú, y en la misma Francia los verdaderos sabios, los verdaderos artistas.

Ya hemos citado á Hegel, y su *Estética* es el desenvolvimiento de la doctrina contra la literatura del mal; Schlegel participa de sus mismas ideas, y respecto á Fichte, basta hojear su obra *Destino del sábio*, para ver que al arte y á la ciencia da un fin puramente moral.

Cantú califica á Süe de «arsénico de la sociedad y de la moral;» á Víctor Hugo le considera como «la realizacion de la teoría de *lo feo*,» y en una palabra, opina que «la novela francesa es una sempiterna charlatana que se revuelca en el fango social y en la bajeza de sentimientos y expresiones.»

De los autores franceses que han impugnado á sus mismos compatriotas, solo dos citaremos.

Girardin, en su *Curso de literatura dramática*, se expresa así: «La leccion que resultaba de la tragedia antigua, era la de que bastaba una pasion para perder el alma; pero la leccion que presenta el drama moderno, es que una buena cualidad basta para excusar muchos vicios.» Sin embargo, el lector incauto que quiera conocer mejor el veneno moral y la fealdad artística que encierra una gran parte de la literatura moderna, lea la excelente obra de Poitou intitulada *De la novela y del drama contemporáneos*, obra premiada por el Instituto de Ciencias de Paris.

Otro inconveniente que resulta de la imitacion servil, aunque menos peligroso que el mencionado, es el prosaismo, la trivialidad, porque si todo se ha de copiar, el artista descenderá á las cosas mas insulsas, á los dichos mas vulgares y á las escenas mas innobles, lo cual es contrario al objeto del arte, que tiende á elevarnos del mundo real, á sacarnos de la prosa de la vida, de la esfera comun, y aunque las formas del arte deben ser claras y sencillas, ha de ser envolviendo un pensamiento elevado. Para observar lo vulgar y lo comun, no hay necesidad de abrir un libro, de contemplar una pintura, de admirar una estatua; basta entrar á una taberna ó salir á la plaza pública.

Por estas razones Bacon, aunque no conocia el verdadero objeto del arte, dice hablando de la novela: «Los objetos del mundo real no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente: buscamos alguna cosa que ensanche mas el corazon; apetecemos hechos mas heróicos y brillantes, acaecimientos mas variados y maravillosos, un órden de cosas mas espléndido, una distribucion mas general y justa de recompensas y castigos que lo que estamos viendo; y no hallando estas cosas en las historias verdaderas, recurrimos á las ficticias.»

Tan cierto es todo lo que llevamos dicho, que diariamente podemos hacer una observacion, tomada de la pintura: aun el simple retratista *hace favor* á sus originales; ya quita la mancha del rostro, ya disminuye el lunar que afea la mejilla, ya da mas expresion á la mirada; en fin, en cuanto le es posible, sin alterar la semejanza, corrige la naturaleza.

Los escritores debian constantemente seguir el ejemplo del pintor; pero desgraciadamente no siempre lo hacen así, sobre todo los autores dramáticos y los novelistas, aun los de primera nota.

Nadie negará, por ejemplo, las excelentes cualidades que recomiendan las novelas de Fernan Caballero; pero en ocasiones, y con motivo de pintar las costumbres populares de España, suele incurrir en la trivialidad. Sin embargo, tal defecto, al lado de las buenas prendas de que están adornadas las producciones de ese autor, hacen que aquel desaparezca, y de tal modo, que no dudamos recomendar sus obras á nuestros lectores, como un manantial de agradable entretenimiento y como una leccion de moral práctica, en lo general hablando. Se ha dicho, y con razon, que *la prensa debe ser el correctivo de la prensa*, y nada mas á propósito para neutralizar el pésimo efecto de la literatura románticofrancesa que las novelas del autor mencionado, porque aquella literatura tiene como tipo lo feo, como fondo lo inmoral, y como forma lo ampuloso, lo oscuro, lo exagerado, es decir, el *gongorismo contemporáneo*, mientras que las novelas de Fernan Caballero no pierden enteramente de vista el bello ideal, su esencia es la moralidad, y su forma sencillamente clásica: en las novelas de Caballero hay caractéres verdaderos, descripciones maestras, escenas que comunican al espíritu una dulce calma, una perfecta tranquilidad, la sonrisa en las lágrimas; en fin, se percibe cierto aroma de honradez y virtud.

Pero de la misma manera que la mala aplicacion del principio refutado produce las consecuencias que hemos visto, así tambien la teoría del *bello ideal* mal comprendida, puede acarrear pésimos resultados, á saber: el desprecio de la naturaleza (y con ese desprecio la pérdida del principio de inspiracion), la libertad desenfrenada, la vaguedad é indeterminacion.

El verdadero artista no imita servilmente la naturaleza, pero sí busca en ella sus inspiraciones. No solo conoce todo lo que tiene de bello, sino que lo admira; pero sin ocultársele que esa belleza es relativa, que mas allá de lo sensible existe lo bello absoluto, es decir, el sér necesario, único que podemos concebir sin contradiccion alguna, sin oposicion y sin desacuerdo, aquel sér cuyas facultades todas están en perfecta armonía. Dios es el orígen de lo bello, como lo es del bien y de la verdad: la belleza del mundo es como un reflejo de la belleza divina, y bajo este concepto el artista contempla aquella extasiado, se encuentra muy lejos de desechar sus inspiraciones, y lo único que hace es procurar acercarse al principio mismo de lo bello.

El arte, pues, no copia, pero tampoco falsifica; mejora, purifica, glorifica, por decirlo así, lo que cae bajo el dominio de los sentidos.

Lo ideal, en contraposicion de lo real, está caracterizado por el elemento de libertad; idea que, exagerada, ha hecho incurrir á algunos en la licen-

Digitized by Google

cia absoluta, en el desenfreno literario, en la infraccion de todo principio, olvidando enteramente aquella sentencia «*Le génie est la plus haute conformité aux règles.*»

Ahora bien; para convencernos de que el arte tiene principios fijos, no hay mas sino observar que es un producto del ingenio humano, y que se dirige á los sentidos, á la imaginacion y á la razon. Para demostrar, pues, que el arte no tiene principios ni reglas, era necesario demostrar que el espíritu humano carece de ellas, lo cual no pueden hacer ni los escépticos, porque el escepticismo, más que sistema, es una locura; locura que se confiesa á sí misma en los momentos de lucidez, porque no hay escéptico que llegado el caso no distinga lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo bello de lo feo. Conocido es el lance de Pirron y el perro que le atacó para morderle.

Dos son las causas que han contribuido al escepticismo en literatura: el hecho de que el hombre es *libre*, y el haberse encontrado reglas arbitrarias en los mejores maestros, como Aristóteles y Horacio. Pero de que el hombre sea libre en la manifestacion de sus facultades, no se infiere que estas carezcan totalmente de ley, y de la existencia del empirismo no se deduce la imposibilidad de principios fundados. Cabalmente en nuestra época el ingenio aleman ha estudiado y desenvuelto los elevados principios del arte, fundando la ciencia llamada *Estética ó Filosofía de las bellas artes*, nacida con Baumgarten y perfeccionada sucesivamente hasta Hegel; de manera que en el dia está demostrado que los principios de lo bello son una ciencia racional y no una coleccion empírica.

En cuanto á la parte técnica, cada arte observa las reglas que corresponden á sus medios de manifestacion: la arquitectura acude á la geometría, la pintura á la óptica, la música á la acústica, la poesía á las leyes del lenguaje; y suponer que el lenguaje no tiene leyes determinadas, es confesar que se ignora aun la significacion de *signo*, es desconocer absolutamente la relacion entre la ideología y la gramática.

Por último, lo ideal puede degenerar en lo vago, en lo indeterminado, y este es el carácter dominante de las composiciones literarias de nuestra época que llevan el nombre de *sentimentales*, y que se distinguen por su falta de originalidad y de fondo, por su carencia de un fin marcado: ligereza, vaguedad, aspiraciones pueriles, sentimientos comunes, ideas triviales, esto es lo que se encuentra frecuentemente en las producciones de la literatura actual. Se ha olvidado que el arte, así como la naturaleza, presenta individuos bien determinados, y con esta diferencia, «marcando lo general por medio de lo individual:» la cólera en Aquiles, el amor maternal en Hécuba, la ambicion en Macbeth. La teoría de lo ideal no conduce á la abstraccion fria; el poeta pinta lo infinito del amor, del orgullo, del odio reconcentrado en un individuo.

Al llegar á esta parte de nuestro escrito comprendemos que algunos, sintiendo la vocacion de artista, exclamarán: ¡Entonces el arte es imposible! El arte no es imposible, pero sí muy difícil. La prueba de que no es imposible, la tenemos en que existió un Homero, un Mozart, un Rafael; su dificultad se demuestra con la observacion de que entre tanto poeta, entre tanto músico y entre tanto pintor, es muy raro el que merezca ponerse al lado de aquellos grandes hombres. Y la dificultad del arte fácilmente se comprende si se reflexiona que debe verificar el enlace de lo natural con lo ideal, de la sencillez con la nobleza, del ingenio que crea con el gusto que conserva.

Lo cierto es que el abuso del arte, su degeneracion ó mala inteligencia, han ocasionado declamaciones en contra suya, en diversas épocas, especialmente respecto de la poesía.

Platon desterró á los poetas de su *República;* Ciceron confirma el dicho de Platon, y supone que la poesía solo es propia para corromper las costumbres; San Agustin consideraba la lectura de los poetas profanos como un camino de perdicion: *Væ tibi flumen moris humani!* exclamaba.

En el siglo pasado se hizo una guerra á la poesía por otro estilo. Montesquieu en sus *Cartas persas* la trata de enemiga de la razon; Buffon y otros de sus coetáneos no llegaron al grado de Montesquieu, pero sostuvieron que la mejor poesía es inferior á la prosa, y Duclos, cuando calificaba de buena alguna composicion poética, decia: «*Cela est beau comme de la prose.*»

Esto lo que prueba es, que los últimos autores tenian pervertido el gusto, y que los primeros confundian el abuso con el uso.

Efectivamente, Platon mismo en otro pasaje modifica sus aserciones, diciendo: «Se deben conservar las poesías que no ofendan á las buenas costumbres.» Ciceron en su oracion *por Arquias*, hizo un magnífico elogio de la poesía; y á San Agustin pueden oponerse San Basilio, San Gregorio Nazianceno y otros padres de la Iglesia que cultivaron las letras profanas, siendo constante su enseñanza en las escuelas fundadas por el cristianismo.

En nuestra época ha habido una reaccion favorable á las bellas artes, y aun exagerada en algunos autores. Schelling, por ejemplo, en su *Idealismo trascendental*, sostiene que la excelencia del arte llega al extremo de ser la mas perfecta expresion de la verdad, y que la filosofía debe refundirse en la poesía y en el mito. Esto es una exageracion manifiesta; pero no cabe duda en que las bellas artes tienen mas importancia de la que generalmente se les concede; que la superior á todas es la poesía, y que esta, lo mismo que las demas, ejercen una benéfica influencia en la civilizacion, en la moral y en la felicidad humana.

La sola indicacion que antes hicimos de que la poesía tiene por instrumento la palabra, nos conduce á comprender fácilmente que es la primera de

Digitized by Google

FRANCISCO ZARCO

Digitized by Google

Digitized by Google

las bellas artes, porque la palabra es el medio mas poderoso de que puede disponer el hombre.

Colócase, pues, la *Arquitectura* en el órden inferior, entre otras razones, porque no presenta sino ideas vagas é indeterminadas, y porque su objeto es recibir en su seno, por decirlo así, á las demas bellas artes, decorarse con estatuas y pinturas, honrarse con bibliotecas, limitar las ondulaciones del sonido.

La *Escultura* tiene el rango inmediato, despues de la *Arquitectura;* pero le es superior la *Pintura*, porque esta añade á la forma las ilusiones todas de la perspectiva, el color, la luz y las sombras, pudiendo de esta manera reproducir mejor, no solo la naturaleza física, sino aun los afectos del alma.

La *Música* sobrepasa á la *Pintura*, porque excita sentimientos mas profundos, mas vivos, y esto por medio de un fenómeno que solo percibe el oido, que se escapa á los demas sentidos, y que por lo mismo aparece mas misterioso, mas espiritual. Sin embargo, la *Poesía* resume á las demas bellas artes y las excede, porque solo ella es capaz de expresar todas las ideas y todos los sentimientos, desde las concepciones mas elevadas hasta las emociones mas ligeras.

Y es que la poesía, segun lo hemos repetido, se sirve del medio mas poderoso que tiene el hombre, *la palabra*, el mas vasto, el mas extenso, el que presta mayores recursos. Por medio de la palabra, la *Epopeya*, con sus géneros secundarios, describe los objetos todos y los presenta á la imaginacion, así como la *poesía lírica* expresa cuantos sentimientos pueden conmover el alma; y hé aquí todo lo que hay en el hombre y fuera de él, *lo subjetivo* y *lo objetivo*. Por medio de una feliz armonía, el drama contiene ambos elementos, representa acciones y excita sentimientos; así es que solo la poesía, por sí misma, puede producir una accion en todas sus faces hasta su desenlace completo.

La poesía es, pues, el arte universal, el arte por excelencia, y su dominio no tiene límites: desde la gota de agua que brilla en una modesta flor, hasta la inmensidad de los mares; desde la nubecilla que disuelve la brisa, hasta la horrenda tempestad; el amor y el odio; la alegría y el dolor; la vida y la muerte; todo lo que encierra el universo.

Indicando ahora los buenos efectos de la poesía, lo mismo que de las demas bellas artes, salta á la vista su influjo en la civilizacion. *Emollit mores*, decian los antiguos, y la historia convierte en axioma esa sentencia: compárese la Grecia y el Africa, la Europa y la Oceanía.

El influjo del arte en la moral es igualmente tan manifiesto, que mas bien hay que contener la exageracion á este respecto, la cual proviene de haberse confundido *lo bueno y lo bello*. Todo lo bueno es bello, no tiene duda; pero no todo lo bello es bueno, puede ser indiferente. La virtud es bella; pero una flor no es buena. Lo bello encierra en sí la idea de *libertad*, y lo bueno es un *deber*. Tengo obligacion de educar á mis hijos; pero soy libre en admirar el espectáculo de la naturaleza, en ser músico ó poeta. El error de los que han dado al arte un fin moral, consiste en que han confundido el *objeto* con el *efecto*.

El objeto propio del arte no es la moralidad; pero supuesto que lo bueno es bello, fácilmente se comprende su influjo en las costumbres, cuando puede hacer *amable* la virtud, presentándola, no por el lado austero del deber, sino por el agradable de la belleza. Un predicador con la ley de Dios en la mano nos ordena la caridad; un poeta nos descubre lo bello, lo sublime de esa jóven que dejó las comodidades del hogar doméstico para cuidar huérfanos desvalidos y aliviar al enfermo pobre y abandonado. El predicador nos persuade; el poeta nos conmueve: los dos por distinto camino pueden conseguir el mismo objeto, inclinarnos al bien.

Lamartine dice que *Rafael* «no amaba la virtud porque fuese *santa*, la amaba especialmente porque era *bella*.» Esto no es verdadero si se toma rigorosamente como principio moral; pero ¿no hay almas que *sienten* mas que *piensan?* ¿no habrá quien se dirija á Dios con mas fervor ante un cuadro de Murillo que ante un mamarracho? El sistema del célebre Chateaubriand ha consistido cabalmente en presentar la religion cristiana por el lado de la belleza, poniendo el sentimiento antes que todo. Chateaubriand aspira á buscar los dogmas en la sensibilidad y á rechazar el materialismo con el argumento de Diógenes: «Yo no he cedido á la influencia de grandes luces superiores; mi conviccion ha nacido del corazon: lloré y he creido.»

De todas maneras, y para conservar el influjo saludable del arte en las costumbres, no olvidemos la observacion hecha anteriormente, «*que el mal no es bello.*» La literatura del crímen debe rechazarse definitivamente como anti-artística y como inmoral.

Del verdadero objeto del arte se desprende tambien naturalmente su influjo en la felicidad terrestre.

¿Qué es la felicidad? La concebimos, pero no la encontramos. La verdadera felicidad consistiria en el acuerdo armonioso de todas nuestras facultades y necesidades. ¿Y dónde encontrarémos al hombre que tenga todos los medios de cubrir sus necesidades físicas sin temor de perderlos? ¿al hombre de talento sin error, sensible sin dolor, satisfecho moralmente, y sin ver abierta la tumba para los séres queridos ó para sí mismo? ¡Qué pocos tienen siquiera la dicha de poner en armonía su corazon y su cabeza!

Pero ya que no encontramos la felicidad en la vida, la buscamos en *lo ideal*, en el arte; la imaginacion suple á la realidad, y de alguna manera ponemos en equilibrio nuestras facultades, nos acercamos á lo infinito por medio de lo finito.

Pero el arte es entonces una ilusion, se nos dirá. Aunque así fuera, ¿qué es generalmente nuestra imperfecta felicidad, sino una ilusion? Amor, for-

Digitized by Google

tuna, gloria, hé aquí las tres palabras con cuya realizacion nos engaña el porvenir: el amor suele convertirse en la infidelidad, el fastidio ó una tumba; la fortuna en miseria; la gloria en el desprecio ó el cadalso. Sin embargo, la esperanza no nos abandona nunca, la ilusion no nos deja: el amante sigue soñando con los besos de su querida, el codicioso no desespera de encontrar una especulacion tan productiva como sus deseos, el sabio y el artista se consuelan con que la posteridad les hará justicia. ¿No hay, por lo menos, algo de ilusorio en todo esto?

Pues bien, el arte no es una perfecta realidad, ni tampoco una ilusion pura; es como una fluctuacion entre la ficcion y la verdad, y hé aquí su prerogativa, elevarnos del mundo real sin inducirnos á la falsedad y al engaño.

Tales son las ventajas del arte, tales sus consuelos, tales sus fundamentos. Multitud de sistemas se han sucedido unos á otros, multitud de libros se han escrito y se han olvidado; pero la memoria del artista verdadero existe y existirá eternamente. Homero fué admirado por Aristóteles lo mismo que por Martinez de la Rosa; las estatuas griegas fueron hace siglos, y son ahora, el modelo de la belleza plástica; los cuadros de Rafael se conservan en los palacios del buen gusto, y se conservarán hasta que un ignorado cataclismo trasforme la sustancia terrestre.

II

UTILIDAD DE LA CRITICA.

OBSERVACIONES SOBRE ESTE LIBRO.

Demostrada la importancia de la poesía, se infiere relativamente la del objeto de esta obra, supuesto que tiene el de examinar las producciones de los principales poetas mexicanos.

Sin embargo, nos parece necesario añadir algunas reflexiones acerca de la utilidad de *la crítica*, porque esta, como todas las cosas humanas, ha sufrido contradicciones; por haber personas que no comprenden su verdadero objeto, y para fundar nuestras propias conclusiones.

Vulgarmente se entiende por *crítica* la murmuracion, la burla; así es que un libro de crítica previene mal á aquellos lectores que desean ver alabadas las obras ajenas. Sin embargo, no es ese el verdadero significado de la palabra *crítica*, y hé aquí cómo la define García de la Huerta en su *Diccionario de sinónimos:* «La *crítica* es un exámen imparcial en que se elogia lo bueno y se reprende lo malo, exponiendo la razon en que se funda.» Una breve explicacion de estas palabras nos hará comprender fácilmente la utilidad de la *crítica*, es decir, de la *sana crítica*, no de su abuso. Entre la crítica bien ó mal aplicada, hay la misma diferencia que entre Aristóteles y Zoilo.

La crítica es *un exámen*. El exámen supone que la crítica no considera las cosas ligeramente, no se deja llevar de las primeras impresiones, sino que estudia, analiza, compara, consulta, medita; en una palabra, practica todo aquello que es necesario para formar un juicio concienzudo y escrupuloso.

Es *imparcial*. La crítica, cuando lo considera justo, censura á los amigos y aplaude á los enemigos; no está dominada por el mezquino espíritu de secta, partido ó provincialismo; juzga á *la humanidad* en este ó en aquel individuo, haciendo abstraccion de las circunstancias particulares que pudieran apartarla de la verdad. La crítica no conoce el capricho, ni las afecciones personales, ni menos la envidia, sino que con la ley del arte en la mano absuelve ó condena inflexiblemente.

La crítica *elogia lo bueno y reprende lo malo*. Esto explica perfectamente que la crítica no es sinónimo de sátira ó burla; de manera que si en una obra todo lo que se encuentra es bueno, la crítica no hace mas que elogiar; no pronunciará una sola palabra de reprension.

La crítica *expone la razon en que se funda*, es decir, no se contenta con estampar decisiones dogmáticas, sino que funda sus juicios. No dice simplemente, esto es bueno, aquello es malo, sino que explica el por qué, á no ser que se trate de ideas intermedias que se suponen conocidas del lector, y á quien se ofenderia explicándolas. Se censura, por ejemplo, un solecismo: basta generalmente señalarle para que el crítico se dé por satisfecho, suponiendo que el lector conoce la gramática. Esto servirá de explicacion respecto á nuestra obra, pues no siendo elemental, nos es lícito omitir, ó simplemente indicar, ciertos puntos que se dan por sabidos.

De todas maneras, al exponer la crítica los fundamentos en que apoya sus decisiones, resulta que da una *leccion práctica* de la materia á que se refiere, presenta una aplicacion *determinada* de las reglas generales.

Tratándose de escritores, que es nuestro objeto, es fácil observar que el que aspire á tal rango, debe conocer bien la lógica, la gramática, el arte de hablar en prosa ó verso, la estética, la historia de las

Digitized by Google

principales literaturas, y poseer ademas los conocimientos especiales del ramo á que se dedica.

Pero ni la lógica, ni la gramática, ni ninguno de los ramos mencionados se enseñan si no es separadamente, y sus principios ó reglas se explican en lo general. La crítica literaria *resume* todos los conocimientos generales y especiales del escritor, y los *aplica* á un objeto *determinado*, dando una leccion *práctica* de literatura; así es que nosotros, al examinar los poetas mexicanos, vamos á dar una leccion práctica de literatura nacional. Y tan necesaria es la regla junta con la aplicacion, que los autores de retórica, poética, etc., se ven obligados, muchas veces, á presentar ejemplos determinados, sacados de las diversas literaturas.

La crítica, en cada ramo, es, pues, un resúmen y una aplicacion de todas las materias que á ese ramo corresponden, verificando la antigua sentencia: «*Omnia probate: quod bonum est tenete.*» Examinadlo todo, y quedaos con lo que merece ser admitido.» De esta manera la crítica literaria, apartando lo malo, corrige y evita el mal ejemplo; reservando lo bueno, aprueba y señala lo que es digno de imitarse.

Supuesto todo lo dicho, y bajo el concepto de que la crítica *debe* ser imparcial, diremos que, sin embargo, *puede* alguna vez ser indulgente, cuando se trata de estimular á los escritores vivos.

El amor á la gloria es una pasion fuerte, de esas pasiones que suelen absorber la existencia; así es que vemos literatos y artistas indiferentes á todo lo demas, reconcentrados en el estudio, abandonando sus negocios y hasta el cuidado de su salud. Los hombres poseidos de esa pasion, no esperan otra recompensa generalmente sino el aprecio de los sabios, y nada, pues, mas á propósito que la burla para matar la inteligencia, para detener al ingenio en su carrera, para convertir á un personaje extraordinario en un hombre vulgar. La crítica *pública* debe, pues, ser muy discreta con los escritores vivos, si no se quiere que en lugar de la perfeccion se obtenga, acaso, la mas estúpida indiferencia y la carencia total de literatura. En nuestro concepto, y tratándose de escritores vivos, la crítica deberia ser puramente confidencial y amistosa, se entiende respecto de la belleza literaria, porque si se trata de la moral, de los principios sociales, de la esencia de las cosas, entonces toda severidad es permitida y toda impugnacion útil.

Sin embargo, en la práctica vemos precisamente lo contrario de lo que hemos dicho: se ensalza con exageracion á los muertos y se procura deprimir á los vivos. La explicacion de este fenómeno es muy sencilla. Cuando un hombre es relegado al cementerio, su competencia personal ya no se teme, la envidia no cavila con su futuro engrandecimiento. Por el contrario, el orgullo nacional se apodera del nombre del difunto para engrandecerse á sí mismo, comprende que todos los ciudadanos participan en alguna manera de la gloria de un nombre ilustre.

Esto mismo sucede, en realidad, con los escritores vivos, pues honran á su patria como los muertos; pero parece que el amor propio de los demas se ofende confesando que un hombre tiene talento é instruccion. Fácilmente se dice que una persona es rica, porque la riqueza no supone mérito personal de ninguna clase, ni belleza, ni virtud, ni talento; con mas facilidad se manifiesta que un individuo es bien formado, porque las dotes físicas son frágiles y de poco aprecio; aun la virtud no cuesta mucho trabajo concederla, porque depende de la voluntad.

Empero, el talento «es un don de Dios,» como dice San Agustin, no se trasmite por herencia, ni se gana en una lotería, ni se consigue con una especulacion feliz: la instruccion depende mas de la voluntad, y aunque sin talento es arma de poco alcance, solo se consigue á fuerza de años y de perseverancia. Por estas razones, cuesta trabajo conceder á los demas lo que tiene tanto valor, lo que es imposible ó muy difícil de conseguir.

En el crítico indulgente, en el hombre que ensalza el talento de los demas, hay, pues, un corazon noble, una alma elevada, un carácter sin mezcla de envidia ú otras pasiones mezquinas; pero tambien la alabanza es generalmente indicio del propio mérito, porque el que se siente intelectualmente fuerte no teme la competencia de los otros. Mas respecto de los escritores muertos, no encontramos motivo fundado para que se tuerza nunca la vara de la justicia, porque habiendo producido todo lo que tienen que producir, no hay miedo de cortar su carrera; y señalar libremente sus defectos es, por el contrario, la mejor leccion que puede darse á la posteridad.

En resúmen, nuestra opinion sobre la crítica es, que *debe* ser enteramente imparcial, pero que *puede* ser indulgente con los escritores vivos á fin de estimularlos.

Indicada la utilidad de la crítica, réstanos decir únicamente algunas palabras acerca de la oportunidad del presente libro, fundada en el interes actual que el mundo civilizado manifiesta por los estudios sobre América, y en que carecemos absolutamente de una historia de nuestra literatura.

En Europa se han fundado varias sociedades científicas con el fin de estudiar todo lo relativo á América, y tambien hay periódicos con el mismo objeto. Aun se considera entre los sabios del antiguo y del nuevo mundo como un ramo particular el de los estudios sobre América, designado con el nombre de *Americanismo*, así como se llaman *indianólogos* los que se dedican al estudio de las lenguas americanas.

En medio de este movimiento literario, mengua seria que los mexicanos permaneciésemos indiferentes, y mucho mas cuando nuestro objeto debe ser no solo descubrir cosas nuevas, sino manifestar los errores en que generalmente incurren los extranjeros respecto de nosotros, juzgándonos con superficialidad y ligereza.

Digitized by Google

Entre las obras que hacen falta, respecto á nuestro país, una de ellas es evidentemente la *Historia de la literatura mexicana*, historia que no existe todavía, que nos propusimos escribir minuciosamente, y de cuya empresa retrocedimos ante la imposibilidad de conseguir todos los documentos necesarios.

Algunos extranjeros en diversas épocas, y principalmente durante la expedicion francesa, se han extraido una cantidad increible de documentos, y nosotros recordamos perfectamente que hace cosa de diez años se estableció en México un agente de los Estados-Unidos que compraba cuanto se le vendia, relativo á nuestro país, sin pararse en precio. En el dia siguen las extracciones, aunque en menor escala; pero es tal la escasez de algunas obras, que hay quien ofrezca cien pesos por un ejemplar de la Bibliografia de Beristain, y no se encuentra.

Por otra parte, las dos bibliotecas de particulares mas copiosas que teniamos sobre México, las de los señores Don Fernando Ramirez y Don José María Andrade, han sido trasladadas á Europa: respecto á la de Andrade, hemos sabido últimamente, con el mayor sentimiento, que el Emperador de Austria la vendió á algunos especuladores, quienes dispersarán indudablemente aquel tesoro bibliográfico y literario.

Por último, en estos momentos tampoco es posible consultar las obras que formaron las bibliotecas de los conventos, de la Universidad y de la Catedral, porque se han reunido en un solo punto para formar una gran biblioteca nacional, que será de grande importancia cuando se abra; pero como todavía esto no se verifica, carecemos de ella entretanto.

Reducidos, pues, á lo poco que tenemos, y á lo que algunos amigos pueden proporcionarnos, nos hemos visto en la necesidad de limitar nuestro trabajo, reduciéndonos á elegir los escritores que nos parecen mas notables entre aquellos cuyas obras se han reunido y publicado; de manera que no es dificil haya otros dignos de figurar en primera línea, pero cuyas producciones yacen olvidadas en los archivos, ó diseminadas en los periódicos.

Estas explicaciones satisfacerán al lector respecto á lo que falte en nuestra obra; pero tambien es de temer que algunos crean que *algo sobra*, como por ejemplo, el padre Sartorio, que no parece digno de considerarse como poeta de primer órden, atendiendo á su prosaismo é incorreccion. Diremos, pues, que una de nuestras reglas para elegir ha sido la de buscar representantes de las diversas escuelas, verdaderos *tipos*, y en este sentido figura Sartorio como representante del prosaismo, así como Sor Juana del gongorismo, Navarrete de la poesía filosófica, Rodriguez Galvan del romanticismo, etc.

Por lo que toca á las dificultades intrínsecas de nuestra obra, cualquiera las comprenderá si reflexiona que es preciso tener presente desde los principios mas elevados de la estética hasta las reglas mas comunes de la gramática: sirva esta observacion para obtener la indulgencia de los sabios.

Respecto de otros dos puntos, nos queda que decir algo.

Se notará acaso por algunas personas que Alarcon no figura en esta obra, siendo mexicano, y tan afamado por sus piezas dramáticas. Observaremos, pues, en primer lugar, que Alarcon está ya incluido en la literatura española, y ademas, que es tanto lo dicho acerca de él, que nada nuevo podriamos añadir con provecho del arte.

El otro punto de que nos restaba hablar es sobre el título del presente libro, el cual comenzó á publicarse en el periódico *La Constitucion social*, bajo el nombre de «Biografía y crítica de los principales escritores mexicanos, desde el siglo XVI hasta nuestros dias.» Despues hemos creido conveniente dividirle en dos partes, una que trata de los poetas y otra de los prosistas, lo cual explica el título de la parte primera, que es la que ahora ve la luz pública.

En *La Constitucion social* se publicaron los artículos correspondientes á Sor Juana y Sartorio, y una parte del de Navarrete: el aprecio con que han sido vistos nos ha estimulado á hacerles algunas adiciones y á escribir la presente introduccion, deseosos de que nuestro trabajo sea mas digno de la aprobacion de los hombres ilustrados.

Digitized by Google

Digitized by Google

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Copia del retrato al óleo que existia en el Convento de S.ª Gerónimo de esta Ciudad.

Lit. V. Debray.

Digitized by Google

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

I

BIOGRAFÍA.

Que el hombre está dotado de libre albedrío, es una de aquellas verdades contra las cuales en vano se quiere argüir, porque es *un hecho*, y los hechos están fuera de discusion. Sin embargo, no puede negarse que cada individuo tiene su carácter particular, tendencias propias que le arrastran en diverso sentido que á los demas, y de esto será una prueba la vida de la poetisa Sor Juana Inés de la Cruz. El amor al estudio era su pasion ingénita, y esa pasion fué el móvil de sus esfuerzos contra todos los obstáculos que se le oponian; obstáculos provenidos de la condicion de su sexo, de las costumbres de su familia, de la ignorancia que la rodeaba y de la piedad mal entendida de su época y de su país.

Sor Juana Inés de la Cruz nació el dia 12 de Noviembre de 1651 en San Miguel Nepantla, lugar situado entre los volcanes de México y Atlixco, á doce leguas de la capital.

Sus padres, de una fortuna mediana que consistia en una propiedad rústica, fueron D. Pedro Manuel de Asbajé, noble vizcaino, y Dª Isabel Ramirez, mexicana, aunque de ascendencia española.

No habia cumplido tres años Juana Inés, cuando acompañando á la escuela por afecto y travesura á su hermana mayor, y viendo que le daban leccion, sintió vivamente el deseo de leer, y engañando á la maestra le dijo que su madre ordenaba la enseñase. Comenzaron las lecciones, como de chanza; pero el caso fué que en tan breve tiempo aprendió, que ya sabia leer cuando su madre tuvo noticia de ello.

Una circunstancia curiosa dió á conocer, desde esa época, lo que nuestra poetisa apreciaba las dotes intelectuales, y fué que se abstenia de comer queso, porque oyó decir que hacia rudo el entendimiento. No es, pues, extraño que con tales inclinaciones, á los seis ó siete años supiese escribir y todas las labores propias de su sexo, dando á los ocho años la primera muestra de su sutil ingenio, pues compuso una loa en honor del Santísimo Sacramento, animada por la oferta que se le hizo de un libro, para ella la mas preciosa alhaja.

Y como oyese contar entonces que habia en México Universidad y escuelas donde se estudiaban las ciencias, rogó á su madre, con repetidas instancias, que la vistiese de hombre y la mandase á estudiar allá, proposicion candorosa que no pudo ser admitida; pero ella se desquitó leyendo diversos libros que tenia su abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones á estorbárselo.

A eso de los ocho ó nueve años la enviaron sus padres á México, donde todos se admiraban de los conocimientos de aquella tierna niña, notables en su edad, y sin embargo escasos para sus deseos: así es que se dedicó con empeño al estudio del latin, recibiendo solo cosa de veinte lecciones de un bachiller Olivas; pero por sí misma se perfeccionó tanto, que llegó á leer y escribir correctamente aquel idioma.

Es preciso oir de la misma poetisa las siguientes palabras, para comprender bien los alientos que la animaban:—«Desde que me rayó la primera luz de la razon, dice, fué tan vehemente y poderosa la inclinacion á las letras, que ni ajenas reprensiones, que he tenido muchas, ni propias reflejas, que he hecho no pocas, han bastado á que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí..... Y creo tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del

Digitized by Google

cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome la ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabia tal ó cual cosa que habia propuesto aprender en tanto que crecia, me lo habia de volver á cortar en pena de la rudeza. Sucedia así, que él crecia y yo no sabia lo propuesto, porque el pelo crecia aprisa y yo aprendia despacio, y con efecto lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecia razon que estuviese adornada de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era mas apetecible adorno.»

Algunos biógrafos de Sor Juana aseguran que su fama creció de tal manera, que llegó á oidos del virey, marqués de Mancera, quien la hizo conducir á su palacio; pero otros dicen que fué colocada allí por su propia familia. Lo cierto es que fué nombrada dama de honor de la vireina, y que vivió al lado de esta noble señora, la cual le cobró tal aficion, que no podia vivir sin ella, prodigándole las mayores pruebas de cariño y confianza.

Esta fué la época de mas actividad en la vida de Sor Juana, la época en que brilló en el gran mundo; y debe haber herido vivamente su imaginacion el cambio que experimentó al separarse de una familia rígida y recogida para entrar á la corte de un magnate cuya autoridad estaba entonces bien constituida; á una corte de estrecho círculo, es cierto, pero donde reinaban las costumbres galantes (y algunos añaden que algo licenciosas) del reinado de Felipe IV. Juana Inés era de notable hermosura y discrecion, poseia un raro ingenio y una instruccion poco comun; fué, pues, no solo celebrada, sino admirada, adorada de todos, y un círculo de galanes se agrupó en derredor suyo, proponiéndole varios casamientos ventajosos.

Empero, el mundo era muy reducido teatro para satisfacer aquella alma elevada, y no encontrando en torno suyo nada que pudiera satisfacerla, alzó los ojos al cielo, los fijó en el Sér Perfecto, único que podia comprender aquel corazon ardiente, y pensó encerrarse en un claustro.

La literatura romántica de nuestros dias nos ha pintado los sentimientos de una mujer que acaso, en el fondo, pudieran explicar los de Juana Inés: hablo de la *Lelia* de Jorge Sand, de ese tipo de sentimentalismo, de esa mujer que sentia arder en su corazon un amor inmenso; pero no encontrando en el mundo real objeto digno, se refugió en un convento, no obstante sus creencias antireligiosas. El padre Calleja, principal biógrafo de Sor Juana, dice: «Desde edad tan floreciente se dedicó á servir á Dios en una clausura religiosa, sin haber amagado jamas su pensamiento á dar oidos á las licencias del matrimonio, quizá persuadida la americana fénix que era imposible este lazo *en quien no podia hallar par en el mundo.*»

Solo una explicacion de esta especie puede admitirse para conciliar la entrada en el claustro de nuestra poetisa con los sentimientos amorosos que se encuentran en algunas de sus poesías; contraste que ha hecho apuntar suposiciones infundadas á algunos biógrafos, suposiciones que reducen á Sor Juana á proporciones vulgares, á heroina de novela erótica.

Cabalmente cierta repugnancia que experimentó Juana Inés para entrar al convento, lo que confirma es la verdadera pasion que la dominaba, acaso la única mundana que agitó su ánimo, y fué el amor á la ciencia, de que tantas pruebas hemos visto hasta aquí. En efecto, ella misma en su *Carta á Filotea*, dice: «Entréme religiosa porque aunque conocia que tenia el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) repugnantes á mi genio; con todo, *para la total negacion que tenia al matrimonio*, era lo menos desproporcionado y lo mas decente que podia elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvacion, á cuyo primer respeto, como el mas importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no tener ocupacion alguna obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.»

Sin embargo, consultando Juana Inés sus vacilaciones con personas doctas, al fin se decidió á abrazar el estado religioso cuando se hallaba en la flor de su juventud, pues apenas contaba entonces diez y siete años. Primero tomó el hábito de carmelita descalza en el convento de San José de México, hoy Santa Teresa la Antigua; pero habiendo perjudicado su salud la severidad de la regla, entró en el convento de San Gerónimo, donde hizo su profesion.

Veintisiete años vivió Sor Juana en el claustro, reuniendo á la estrecha observancia de la vida monástica el cultivo de las ciencias y de la literatura, procurando vencer cuantas dificultades se le presentaban, una de ellas la de no tener mas maestro ni compañeros que sus libros. «Ya se ve, decia ella, cuán duro es estudiar en aquellos caractéres sin alma, careciendo de la voz viva y explicacion del maestro..... es sumo trabajo no solo carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo solo por maestro un libro mudo y por condiscípulo un tintero insensible.»

El lector puede figurarse cuántas contradicciones experimentaria Sor Juana en la vida de comunidad, de esas que aunque pequeñas molestan mas que las grandes, porque estas nos postran completamente y aquellas nos irritan. Ya interrumpia su lectura algun canto en una celda vecina; ya dos criadas que habian reñido entraban á constituirla juez de su pendencia; ya una amiga venia á visitarla y quitarle el tiempo con insulsas conversaciones. Pero Sor Juana todo lo sufrió con resignacion y dulzura, no solo por cumplir con sus deberes religiosos, sino porque naturalmente era de buena índole; siendo notorio entre sus compañeras que jamas se la vió enojada, nunca quejosa ni impaciente.

Digitized by Google

Como toda persona de facultades vastas, Sor Juana no se contentaba con poseer determinados conocimientos, sino que aspiraba á saberlo todo, y, en efecto, logró abarcar conocimientos poco comunes en filosofía, retórica, literatura, física, matemáticas é historia. Ademas, se dedicó con empeño á la música, en la que fué muy diestra; y todavía en medio de sus estudios y ocupaciones, le quedaba lugar para recibir de visita multitud de personas que solicitaban su trato, y para sostener correspondencia epistolar con diversos individuos.

Queriendo conciliar sus estudios con los deberes religiosos, á lo que se dedicó principalmente fué á la Teología, y aun los demas ramos los consideraba como auxiliares de esa ciencia: la lógica, para conocer los métodos con que está escrita la Santa Escritura; la retórica para entender sus figuras, tropos y locuciones; la historia para apreciar debidamente los hechos y las costumbres de sus personajes, y así respectivamente todo lo demas.

No obstante esto, es decir, no obstante que sus estudios los dirigia al perfeccionamiento de su estado, una prelada muy santa y muy cándida (segun las propias expresiones de Sor Juana) creyó que el estudio podia ser cosa peligrosa, y le mandó que no estudiase, lo cual obedeció durante tres meses en cuanto á no tomar libro; pero sus reflexiones la arrastraban á la contemplacion de todo lo que veia, aun lo mas insignificante. No solo levantaba sus pensamientos á las obras mas sublimes de la naturaleza, sino que descendia á hacer observaciones acerca de los manjares cuando guisaba, y aun á cosas tan fútiles, al parecer, como la manera de bailar un trompo; y de tal manera ardia la imaginacion de aquella mujer extraordinaria, que aun dormida hacia versos, cosa que ella misma cuenta con tal acento de verdad, que no puede menos de créersela.

Otra ocasion, á causa de una enfermedad de estómago, le prohibieron los médicos que estudiase; pero ella los convenció pronto de que era mayor el mal que le resultaba de sus profundas meditaciones, y así le concedieron que leyese.

Empero, dos años antes de morir, hubo una circunstancia que al fin venció las inclinaciones de la poetisa, concurriendo probablemente á ello el tener mas de cuarenta años, edad en que acaso su ánimo se encontraba ya fatigado de tantas contradicciones.

El acontecimiento á que nos referimos fué, que Sor Juana recibió una carta del obispo de Puebla, D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, con el nombre de Sor Filotea, en cuya carta el autor alaba el opúsculo que escribió nuestra monja impugnando un sermon del padre Vieyra; pero concluye exhortándola á que deje las letras profanas, y se dedique únicamente á la religion.

En esta carta recuerda el obispo que Santa Teresa, el Nazianceno y otros santos escribieron versos; pero observa que desearia ver á Sor Juana «imitándolos, así como en el metro, tambien en la eleccion de los asuntos.» Y mas adelante agrega: «Mucho tiempo ha gastado usted en el estudio de los filósofos y poetas; ya será razon que se perfeccionen los empleos y se mejoren los libros.»

Contestó Sor Juana esta carta con otra mas extensa, la cual es el documento mas precioso que nos queda para su biografía, pues relata con sencilla verdad la mayor parte de los acontecimientos de su vida. Hemos aprovechado ese escrito para formar estos renglones, dejando á un lado lo que no está de conformidad con él en las biografías que se han publicado de la poetisa.

La contestacion de Sor Juana tuvo por objeto disculparse de su dedicacion á las letras, fundándose pincipalmente en la inclinacion invencible que desde niña sintió al estudio. Manifiesta tambien que no se habia dedicado, como deseara, á los asuntos sagrados, porque desconfiaba de quedar bien en materia tan delicada, y por miedo á la Inquisicion. Cita con erudicion notable la multitud de mujeres que con buen éxito se dedicaron á las ciencias y artes, y tambien hace mencion de los santos padres y autores graves que han aconsejado la educacion elevada de la mujer, haciendo palpables las ventajas que de ello resultan á la sociedad. En fin, se defiende, con mucho acierto, de las contradicciones que sufria por hacer versos, manifestando que no encontraba el daño que pudieran causar, y citando con la misma erudicion que antes, los santos y personas virtuosas que los compusieron ó aprobaron. Pero lo que demuestra el carácter elevado y digno de Sor Juana es que defiende sin embozo, y á pesar de las preocupaciones de la época, su libertad de pensar y el derecho de expresar sus ideas, cuando habla de la impugnacion que hizo al Padre Vieyra, manifestando que su entendimiento era tan libre como el de aquel eclesiástico, pues ambos tenian un mismo orígen.

Sin embargo de todo esto, Sor Juana cedió: manda vender, para los pobres, cuatro mil volúmenes de que se componia su biblioteca, así como sus mapas, instrumentos científicos y de música y diversos objetos que poseia, la mayor parte regalos de sus admiradores; hace una confesion general de sus culpas; escribe con su propia sangre dos protestas de fé, y no deja en su celda mas que algunos libros ascéticos, cilicios y disciplinas. Es propio de las imaginaciones fogosas tomarlo todo con exageracion, y temiendo acaso Sor Juana haber cometido una falta por su continua dedicacion al estudio, se entregó tanto á la penitencia, que su confesor tuvo que irle á la mano, ordenándole que se moderase.

Afortunadamente para ella, poco tuvo que sufrir: una peste de fiebre apareció en México, invadió el convento de San Gerónimo y atacó á varias monjas. Sor Juana, despreciando la vida en obsequio de sus hermanas, se dedica asiduamente á atenderlas, se contagia, y muere víctima de su celo caritativo, á la edad de 44 años y algunos meses.

Digitized by Google

II

JUICIO DE LOS ANTIGUOS Y MODERNOS,

SOBRE SOR JUANA Y SUS OBRAS.

Pocos escritores pueden presentarse que hayan recibido tantos aplausos, durante su vida, como Sor Juana Inés de la Cruz, pues aunque la envidia le lanzó algunos tiros, pronto triunfó el verdadero mérito de la poetisa, y sus mismos detractores se convirtieron en panegiristas; de manera que de comun acuerdo en uno y otro continente, fué proclamada como *la décima Musa*, y conocida por antonomasia con el nombre de *la monja de México*.

Era tal la admiracion que causaban los conocimientos de Sor Juana, desde su primera juventud, que el marqués de Mancera, dudando si provenian de un fenómeno sobrenatural, hizo reunir una junta de hombres doctos en distintas materias para que la examinasen, los cuales declararon: «Que el talento de la jóven era prodigioso, y que su erudicion excedia á su edad y á su sexo, y aun á lo que podia esperarse de un hombre criado en las academias literarias.» Hé aquí las palabras con que el virey mismo testificaba su admiracion en presencia de aquel singular exámen: «A la manera que un galeon real se defenderia de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tanto, cada uno en su clase, le propusieron.»

Entre los escritores distinguidos que ensalzaron á Sor Juana, se encuentra el padre Feyjóo, quien llegó á escribir: «La célebre monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz, es conocida de todos por su erudicion y agudas poesías; y así es excusado hacer su elogio..... Ninguno acaso la igualó en la universalidad de conocimientos de todas facultades.... Aunque su talento poético es lo que mas se celebre, fué lo menos que tuvo.»

El padre Pacheco, agustino portugués, en su obra *Desahogo erudito del ánimo*, compara á nuestra monja con el célebre Camoens, autor de *Los Lusitanos*.

El docto polaco Ketten, en su *Apeles simbólico*, pone entre los ingenios que han sobresalido en el arte del símbolo, en primer lugar al conde Manuel Tesauro, y en segundo *á la Monja de México*.

Muerta Sor Juana, el sentimiento de su pérdida aumentó la admiracion que se le tenia, y su fallecimiento fué seguido de muchas y solemnes exequias, de que publicó una coleccion D. Lorenzo Gonzalez Sancha. El distinguido sabio D. Cárlos de Sigüenza y Góngora pronunció en alabanza de la poetisa una elocuente *oracion fúnebre*, y el Illmo. Sr. D. Juan de Castorena imprimió en Madrid su *Fama póstuma*, donde se ven multitud de composiciones panegíricas de mexicanos y españoles.

En nuestro tiempo todos han convenido en admirar el gran talento y la vasta instruccion de Sor Juana, cuyas dos circunstancias están fuera de discusion; pero acerca del mérito de sus obras, la crítica moderna no es tan indulgente. Para no aglomerar citas y repeticiones inútiles, nos contentarémos con trascribir la opinion de un poeta mexicano y la de otro español: el primero, D. Márcos Arróniz, en su *Manual de Biografía Mexicana*, y el segundo, D. Juan Nicasio Gallego, en su *Prólogo* á las poesías de la señora Avellaneda.

El Sr. Arróniz dice: «Las obras de Sor Juana revelan en parte el agudo ingenio, la gran lectura, la viveza de carácter y demas preciosas dotes que la adornaban; pero como se escribieron en la época de la corrupcion de la literatura española, empresa debida en su mayor parte al ingenioso y osado Góngora, así es que abundan en retruécanos, alambicamiento de ideas, sutilezas, amaneramiento, trivialidad; y de tal manera, que apenas bastan á compensar tantos defectos las cualidades magníficas de su gran talento; pero buscando el verdadero punto de vista para considerarlas, colocándose en la época en que se escribieron, y pesando los recursos con que contó su autora, son una prueba maravillosa y un monumento inmortal de su larga y merecida celebridad.»

El Sr. Gallego expresa su opinion con estas palabras: «Puede asegurarse que las primeras obras poéticas (de mujer) que por su variedad, extension y crédito merecen el título de tales, son las de *Sor Juana Inés de la Cruz*, monja de México, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á

Digitized by Google

sus coetáneos el nombre de la *Décima Musa*, y contando entre sus panegiristas el erudito Feyjóo. Y ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, bastasen á justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digna de ellos la poetisa mexicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo diez y siete, tiempos los mas infelices de la literatura española, y sus versos, atestados de las extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el mas alto aprecio, yacen entre el polvo de las bibliotecas desde la restauracion del buen gusto.»

Por parte nuestra, no es posible emitir una opinion definitiva mientras no hayamos examinado las obras de Sor Juana, para lo cual las consideramos divididas en tres clases: poesías líricas profanas y sagradas, piezas dramáticas y escritos en prosa.

III

POESÍAS.

El carácter general de las poesías de Sor Juana, lo mismo que de todas sus obras, es el *gongorismo ó culteranismo*, como hemos visto que lo han manifestado los señores Arróniz y Gallego. Ahora bien. ¿En qué consiste el culteranismo? ¿cuál es su orígen? ¿cuáles sus consecuencias? Vamos á responder brevemente estas cuestiones, segun lo exige la naturaleza de nuestra obra.

El culteranismo consiste en la exageracion de los privilegios poéticos.

El arte permite usar voces nuevas, principalmente tomadas del latin, pero con cierta medida y ciertas reglas. Los *cultos* no solamente no respetaron límite en este punto, sino que usaban cuantas voces nuevas podian, y precisamente en la acepcion mas oscura.

El hipérbaton es permitido en todo idioma, pero segun el carácter de cada uno. Los cultos le usaban, con la libertad que pudiera tenerse en latin, habiendo hecho decir á Lope de Vega:

«En una de fregar cayó caldera.
Trasposicion se llama esta figura.»

Todos los tratados de retórica y arte poética enseñan el uso de los tropos y figuras; pero sin incurrir en lo que Horacio llama *ambitiosa ornamenta*. Los cultos no escribian un renglon sin usar alguna figura, principalmente la metáfora.

Alguna vez, como en el estilo jocoso, se toleran los retruécanos, los juegos de palabras; pero esto era la comun expresion de los filiados en la escuela que nos ocupa.

Esta breve exposicion de los principales medios que usaba el culteranismo, hace comprender que es fácil encontrarle, *relativamente*, en diversas literaturas.

A Ovidio se le considera como el primer grado de decadencia en la poesía latina, y los defectos que se le censuran son de los que hemos mencionado, á saber: falso brillo, juego de palabras, profusion de adornos. Estos defectos y otros análogos, se marcan mejor en Lucano, quien caracteriza una época mas marcada de decadencia en la literatura latina.

Entre los modernos, pueden citarse diversos nombres como participantes de los defectos culteranos. En Inglaterra, Cowley; en Francia, Viaud; en Italia, Marini.

Pero en Francia hoy mismo domina el culteranismo, es decir, los escritos ampulosos, amanerados, oscuros y cargados de adornos, sutilezas y extravagancias, sucediendo lo mismo con algunos autores españoles y mexicanos, imitadores de los franceses; de manera que al culteranismo pueden asignársele tres épocas, antigua, moderna y contemporánea.

La decadencia de la poesía en Francia ha dado lugar á un paralelo ingenioso entre Lucano y los poetas de aquella nacion, escrito por Nisard, concluyendo este autor con decir que «ya acabó en Francia la época de la poesía.»

Respecto de los italianos, es conocida la controversia entre ellos y los españoles sobre cuál nacion dió orígen al culteranismo moderno, y algunos eruditos no se atreven todavía á decidir la cuestion. Sea lo que fuere, lo cierto es que Góngora fué en España el introductor del culteranismo, y que por eso tomó allí el nombre de *Gongorismo*.

Las consecuencias de este sistema son fáciles de comprenderse. En la forma un lenguaje altisonante, embrollado, empalagoso y pueril; de manera que toda composicion era un mar de figuras y un antro de oscuridad. En cuanto al fondo, el gongorismo se distingue por su escasez de ideas y por su falta de inspiracion y sentimiento. La idea apenas se percibe en aquel laberinto de figuras y entre tantos enigmas formados de equívocos y juego de vocablos. La inspiracion, el sentimiento poético, no pueden existir donde no hay naturalidad; nacen sin esfuerzo, y no en medio de frases estudiadas y de

Digitized by Google

adornos postizos. Aun el verdadero sublime ¿qué es sino un pensamiento elevado expresado de una manera sencilla? Lo sublime es, pues, imposible en el *gongorismo*.

Resumiendo, el gongorismo puro es la ausencia de verdadero fondo y el falso brillo en la forma.

Empero, las imaginaciones meridionales fácilmente se dejan cautivar por la altisonancia, por las palabras que suenan mucho aunque nada digan; fácilmente toman lo oscuro por profundo; así es que el gongorismo se adoptó en España con entusiasmo, en poco tiempo dominó la literatura, y llegaron á considerarse vulgares y aun rastreras la sencillez y la claridad clásicas.

Sor Juana Inés de la Cruz, llevada por el torrente, admiró á Góngora, y trató de imitarle, principalmente en una extensa poesía que intituló *El Sueño*, cuya composicion era la predilecta de nuestra poetisa, pues en su *carta á Filotea* confiesa que fué la única que escribió con su gusto.

Toda imitacion servil en las artes es mala, pero mucho peor si el original es defectuoso; así es que la composicion que mas agradaba á Sor Juana es precisamente una de las mas dignas de reprobacion, y su oscuridad es tal, que puede compararse con las mas confusas de su modelo.

Bastará trascribir los primeros versos de *El Sueño* para que el lector se forme idea.

1 Piramidal, funesta, de la tierra
2 Nacida sombra, al cielo encaminaba
3 De vanos obeliscos punta altiva,
4 Escalar pretendiendo las estrellas;
5 Si bien, sus luces bellas
6 Exentas siempre, siempre rutilantes,
7 La tenebrosa guerra,
8 Que con negros vapores le intimaba
9 La pavorosa sombra fugitiva,
10 Burlaban tan distantes,
11 Que su atezado ceño
12 Al superior convexo aun no llegaba.
13 Del orbe de la diosa
14 Que tres veces hermosa
15 Con tres hermosos rostros ser ostenta:
16 Quedando solo dueño
17 Del aire que empañaba
18 Con el aliento denso que exhalaba.

¿Qué se saca en limpio de todo esto? Nada absolutamente, y lo mismo fuera si nos propusiéramos aburrir al lector insertando la composicion toda. Vamos, sin embargo, á explicar lo que sea posible de tan enmarañados conceptos.

Segun el primer verso y la parte primera del segundo, el agente de la oracion es una sombra nacida de la tierra, que tenia dos cualidades, *funesta* y *piramidal*, es decir, que su figura era de pirámide: á la verdad, no dejaba de ser un poco rara semejante figura.

Al cielo encaminaba (v. 2.) La sombra encaminaba hácia el cielo á álguien, porque *encaminar* significa «poner en camino, enseñar el camino;» pero ¿á quién encaminaba? No se puede saber con certeza, aunque del contexto de la oracion parece que encaminaba «una punta altiva de varios obeliscos» (v. 3.) ¿Esa *punta altiva* andaba ó volaba? De cualquier modo, seria curioso el movimiento de un cuerpo de tal naturaleza.

Si á la *punta altiva de vanos obeliscos* la tomamos como calificacion de *cielo*, resultan dos inconvenientes: en primer lugar, no nos queda esperanza de saber á quién encaminaba la sombra, y en segundo lugar, no es fácil encontrar la *punta* de una cosa esférica como el cielo, ó que al menos parece serlo.

Escalar (v. 4.) No dejaria de ser un poco grande la escala para subir desde la tierra hasta las estrellas. Seguramente era la escala de Jacob.

Exentas (v. 6.) La poetisa se valió de la palabra menos usada para significar «cosa descubierta por todas partes,» porque segun lo hemos dicho, en el sistema *gongorino* se consideraba como cosa vulgar el ser entendido fácilmente.

Los versos 7, 8 y 9 contienen una metáfora violenta para dar á entender que «la sombra con su oscuridad pretendia cubrir las estrellas.» Segun esto, parece que la sombra era la que subia al cielo; pero en tal caso, debió haberse dicho en el verso primero *caminaba ó se encaminaba*, lo cual hubiera tenido el inconveniente de dar claridad á la oracion.

Al verso 10 es preciso cogerle á toda carrera, porque es una continuacion del 6º

Segun el verso 11, lo atezado de la sombra nos revela que esta era un negro de Guinea.

Es de suponerse que el *superior convexo* del verso 12 es lo que en el lenguaje comun y claro llamamos *cielo;* pero los gongoristas abusaban tanto de la metáfora, que casi nunca se valian del sentido directo, aunque resultara un disparate como *superior convexo*, porque lo que llamamos cielo se ve *cóncavo* y no *convexo*. Todos los tratados de arte poético antiguos y modernos, segun lo hemos indicado, prohiben el abuso de las figuras, y de la observancia de esta regla nos dan ejemplo no solo los mejores prosistas de la antigüedad, sino tambien los poetas mas famosos, como Homero y Sófocles.

Los versos 13, 14 y 15, dan las señas de una diosa, á modo de adivinanza, para que el lector se vea obligado á recordar la mitología, y, á primera vista, no entienda de lo que se trata.

Los versos 17 y 18 contienen un pensamiento falso, cual es el de suponer que el aire *se empaña* como el vidrio ú otro cuerpo bruñido.

Verdaderamente causa dolor ver ingenios como el de Sor Juana, extraviados de esta manera, y es seguro que le costaba mas trabajo escribir tales despropósitos que una poesía de mérito, porque las de esta clase se fundan en la naturaleza misma de las cosas, y lo natural viene espontáneamente, mientras que solo á costa de grandes esfuerzos podemos violentar las leyes eternas de la razon.

Es, pues, necesario convenir en que el gongorismo fué un delirio, una locura como otras muchas

Digitized by Google

que se encuentran en la historia de las ciencias y de las artes, de manera que no se debe tomar á lo serio, y mucho menos cuando es un sistema ya juzgado y condenado por todos los escritores de buen sentido.

Atendiendo á estos motivos nos abstenemos de censurar otras composiciones de Sor Juana, enteramente gongorinas (que son varias), reduciéndonos á presentar algun ejemplo con solo algunos resabios de mal gusto.

En las liras intituladas *Sentimientos de ausente*, las estrofas 3ª á 11ª pueden presentarse como un trozo seguido de algun mérito, pues hay mas naturalidad que en el resto de la poesía, el lenguaje es correcto y el verso armonioso; pero en lo demas de la composicion se notan los defectos siguientes:

ESTROFA 1ª

Amado dueño mio,
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues del viento las fio;
Que breve las conduzca á tus orejas:
Si no las desvanece el triste acento,
Como mis esperanzas en el viento.

La palabra *orejas* por *oidos* es una metonimia de mal gusto, porque la oreja es la parte menos bella del rostro, y porque nos recuerda la de cierto animal nada poético, el *auritulus* de Fedro.

ESTROFA 2ª

Oyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes los oidos,
Y de ausentes enojos,
En ecos de mi pluma mis gemidos;
Y ya que á tí no llega mi voz ruda,
Oyeme sordo, pues me quejo muda.

Eso de *oir con los ojos* es una figura tan alambicada que se necesita tiempo para reflexionar que un amante, á lo lejos, puede con la vista adivinar los sentimientos de su amada. Tambien es impropio *ecos de mi pluma*, porque la pluma produce *letras* y no *sonidos*. El último verso recuerda aquel epitafio:

Aquí yace un oidor sordo,
Un relator tartamudo,
Un vista con cataratas:
¡Pues anda bonito el mundo!

ESTROFA 12.

¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oidos delicada,
Y el alma que te adora
De inundacion de gozos anegada,
A recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?

«De inundacion de gozos anegada:» frase de mal gusto; pero es peor todavía que el alma de una amante salga *desatada en risa*, y mucho mas atendiendo á la ternura que reina en la composicion, ternura que no cuadra bien con la risa que produce algun chiste ó bufonada: una sonrisa melancólica ó una lágrima de gozo, seria el contraste que aquí produciria buen efecto.

ÚLTIMA ESTROFA.

Ven, pues, mi prenda amada,
Que ya fallece mi cansada vida
De esta ausencia pesada:
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste su verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.

En ninguna parte como en la conclusion debe esmerarse el compositor, porque es lo que deja mas mpresion en el ánimo; pero la estrofa última no cuadra bien con esta regla, porque comparar la esperanza con lo verde, es una figura muy gastada, que solo se permite en la conversacion familiar.

El siguiente soneto no tiene mas que un defecto notable, que es la palabra *silogismos*, metáfora muy violenta, y si en su lugar se pusiera *apariencias*, quedaria una bella composicion. Es muy propia, sobre todo, la gradacion con que el soneto concluye; *cadáver*, *polvo*, *sombra*, *nada*. Hay, en efecto, algo menos que el cadáver, y es el polvo en que aquel se convierte; existe todavía algo mas vano que el polvo, y es una sombra; pero despues de esta no puede quedar mas que la *nada*.

SONETO.

Este que ves, engaño colorido,
Que del arte ostentando los primores
Con falsos *silogismos* de colores
Es cauteloso engaño del sentido;

Este, en quien la lisonja ha pretendido
Excusar de los años los horrores,
Y venciendo del tiempo los rigores,
Triunfar de la vejez y del olvido:

Es un vano artificio del cuidado,
Es una flor al viento delicada,
Es un resguardo inútil para el hado,

Es una necia diligencia errada,
Es un afan caduco, y bien mirado,
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

En algunas otras de las composiciones de Sor Juana, el defecto que se nota es la *trivialidad*, y, á veces, aun la falta de decencia, circunstancias que mas deben atribuirse á la atmósfera *prosaica* que rodeaba á la poetisa, que á ninguna otra causa: esas composiciones eran puramente familiares, de mera diversion, hechas para dar gusto á una hermana del convento, al capellan, á algun amigo, al virey cuando mucho.

Empero la sana crítica tiene que condenar esa clase de producciones cuando se hallan impresas, y aun presentar alguna de ellas. Lo primero, porque la poesía se adapta á todos los géneros con gracia y dignidad, sin que sea necesario que lo jocoso degenere en insulso ó en puerco. Lo segundo, porque presentar únicamente lo bueno de un escritor es lo

Digitized by Google

mismo que dar á conocer una persona solo por las facciones que tenga hermosas, ocultando las feas. Sin embargo, y para no molestar al lector, solo copiaremos un soneto y algo de los villancicos.

SONETO.

Aunque eres, Teresilla, tan *muchacha*,
Le das que hacer al pobre de *Camacho*,
Porque dará tu disimulo un *cacho*
A aquel que se pintare mas sin *tacha*.

De los empleos que tu amor *despacha*
Anda el triste cargado como un *macho*,
Y tiene tan crecido ya el *penacho*
Que ya no puede entrar si no se *agacha*.

Estás á hacerle burla ya tan *ducha*
Y á salir de ellas bien estás tan *hecha*,
Que de lo que tu vientre *desembucha*

Sabes darle á entender cuando nos *pecha*
Que has hecho, por hacer su hacienda *mucha*,
De alguna siembra suya la *cosecha*.

Entre las composiciones triviales de Sor Juana, figuran en primera línea sus villancicos, pues aunque suele encontrarse en ellos algun trozo de poesía mediana, generalmente son insulsos, de lenguaje vulgar y plagados de chocarrerías.

Un par de ejemplos dará idea de esta clase de composiciones, tanto mas censurables cuanto que se refieren á asuntos religiosos. Mabillon y otros escritores levantaron el grito en su tiempo contra las composiciones de la clase que vamos examinando. «Este no es juego de niños (dice ese autor hablando de la poesía), mucho menos será juego de niños la poesía sagrada. Con todo, lo que se canta en nuestras iglesias no es otra cosa. Pero no he dicho lo peor que hay en las cantadas á lo divino, y es que ya que no todas, muchísimas están compuestas al género burlesco. Y á quien no le disonare tan indigno abuso por sí mismo, no podré yo convencerle con argumento alguno.»

JÁCARA.

Aquella mujer valiente
Que á Juan retirado en Patmos,
Por ser un Juan de buena alma,
Se le mostró en un retrato.

La que por vestirse al sol,
Luciente Sardanapalo,
En la rueca de sus luces
Le hace hilar sus mismos rayos.

La que, si acaso se arrisca
La Diana de los campos
A competirle en belleza
La meterá en un zapato.

Para quien son los reflejos
De los mas brillantes astros
Cintillos de resplandor
Con que teje su tocado.

La que á todo el firmamento,
Con su luciente aparato,
No le estima en lo que pisa,
Porque ella pisa mas alto.

La que si compone el pelo,
La que si se prende el manto,
No tiene para alfileres
En todo el cielo estrellado....

ESTRIBILLO.

Dios y José apuestan:
Oigan á Dios, oigan:
Qué? qué? qué?
Oigan á José,
que aunque es hombre, se pone á cuentas con él;
y no sé cuál alcanza, pero solo sé
que Dios gusta de que le alcance José.

Dios y José apuestan:
Qué? qué? qué?
que aunque es hombre, se pone á cuentas con él.

No necesita comentarios eso de llamar á San Juan de *buena alma*, es decir, *simple;* locuciones como *meter en un zapato;* metáforas como *rueca de sus luces*, y mucho menos la representacion de Dios y de San José disputando á lo muchacho de escuela.

Pasemos á hablar ahora del defecto mas general que se encuentra en las poesías de Sor Juana, y es la *incorreccion*, la cual rara vez deja de haberla absolutamente, aun en sus mejores composiciones, y esto no es extraño en nuestra poetisa si atendemos á que ella nos dice en su carta, tantas veces citada, que componia porque se le mandaba ó rogaba; de manera que debe haber escrito de prisa, muchas veces, y para salir del paso. Unos cuantos ejemplos serán bastantes para darnos mejor á entender.

No hay cosa mas libre *que*
El entendimiento humano....

Que serian al ocio *las*
Precisiones de mi estado.

El arte métrico prohibe concluir el verso con un artículo, con el relativo *que*, ó con alguna conjuncion, habiendo merecido la censura, por esa irregularidad, aun poetas tan aventajados como D. Alberto Lista.

Ni sé que haya quien los venda
Que aunque sé de mas de dos....

En el segundo verso hay seis monosílabos, y esta concurrencia produce muy mal sonido, aun en prosa. Quintiliano llamaba á este defecto *caminar á saltos*.

Mas doy que siempre, aun debiera
El mas sereno objeto
Por la prueba de lo fino
Perdonarles lo grosero.

En el primer verso sobra una sílaba, porque aunque demos una sola á *aun* (segun usan varios poetas), la coma entre *siempre* y *aun* impide la sinalefa, resultando nueve sílabas. Por el contrario, en el segundo verso falta una, atendiendo á la sinalefa que tiene lugar en las sílabas *no, ob*.

Digitized by Google

Diuturna enfermedad de la esperanza
Que así entretienes mis cansados años
Y en el fiel de los bienes, los daños....

En el último verso falta una sílaba.

Y así quise escribirte,
Porque no quise atrevida,
Quitar á Dios ese obsequio,
Ni á tí estorbarte esa dicha.

En el primer verso falta una sílaba, atendiendo á la sinalefa.

El cariño, cuántas veces,
Por dulce entretenimiento,
Fingiendo quilates, crece,
La mitad del justo precio.

No es ofender lo que adoro,
Antes es un alto aprecio,
De pensar que deben todos
Adorar lo que yo quiero.

En las cuartetas anteriores hay asonancia en los versos impares, lo cual no es conforme á las reglas del arte.

La poetisa hace consonar, en algunos lugares, la *s* con la *z*, como *capaz* y *compás; fiereza* y *princesa*, aunque esto tiene la disculpa de que no suena mal en México, porque entre nosotros la pronunciacion de la *s* y de la *z* es igual.

Tambien se encuentran en las composiciones de Sor Juana uno que otro barbarismo ó solecismo, aunque rara vez, y lo que sí se nota con mas frecuencia, son cacofonías por la repeticion de palabras ó letras muy inmediatas, ó por la concurrencia de asonantes ó consonantes en un solo verso. No creemos necesario llenar nuestro escrito con nuevas citas para comprobarlo.

Ya que hemos señalado, como debe hacerlo todo crítico, los defectos que se encuentran en las poesías de Sor Juana, plácenos ahora manifestar sus bellezas, bellezas que no deben sorprendernos, despues de todo lo dicho, si hacemos algunas consideraciones.

En primer lugar, muchas poesías de Góngora son de mérito, y no se encuentra en ellas la oscuridad que en el *Polifemo* y las *Soledades*, donde el poeta español llevó al colmo el delirio de su sistema, es decir, que Góngora tenia sus momentos felices, sus lúcidos intervalos, y lo mismo puede suponerse de sus imitadores, como Sor Juana. Varias canciones de Góngora, algunos sonetos y letrillas, y sobre todo, sus romances, figuran en primera línea en el parnaso español, habiendo dicho D. Manuel José Quintana: «Ninguno de nuestros poetas antiguos puede disputar á Góngora la palma en los romances, enriquecidos por él con todas las galas del ingenio y de la fantasía.»

Por otra parte, obsérvese que como nada existe en el mundo absolutamente bueno ni absolutamente malo, el gongorismo, en medio de los males que ocasionó, produjo un bien: fundado en la novedad, en el deseo de aparecer original y elevado sobre el órden comun, servia para ejercitar la inteligencia, para aguzar el entendimiento buscando cosas difíciles, tratando de presentar ideas nuevas. Bajo este concepto, en algunas poesías de Sor Juana donde el gongorismo se modera mas ó menos, disminuyen ó desaparecen las extravagancias de ese sistema, y queda, sin embargo, el carácter agudo é ingenioso, así como la variedad de formas y la viveza de colorido.

Por último, es muy verosímil suponer que algunas veces Sor Juana tomaba á lo serio la composicion de sus poesías; que se reconcentraba dentro de sí misma; que usaba de los recursos de su propio ingenio; que estudiaba para componer; que limaba lo escrito.

Esto supuesto, dirémos que, en nuestro concepto, pueden tenerse como buenas composiciones de Sor Juana algunos de sus sonetos y romances, los ovillejos y otras poesías jocosas, algunas composiciones satíricas, como *la censura de los hombres*, varias *décimas*, que son verdaderos epígramas, y otras producciones que no es posible presentar aquí porque son materia de otra clase de obra.

Como ejemplo de los sonetos insertarémos primeramente el intitulado «á Lucrecia.»

SONETO.

¡O famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho,
Salió la sangre, que extinguió, á despecho
Del rey injusto, la lasciva llama!

¡O, con cuánta razon el mundo aclama
Tu virtud, pues por premio de tal hecho,
Aun es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama!

Pero si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo, y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento

Con que pusiste fin á tantos males;
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir, que te ayudaste de puñales.

Este soneto encierra un pensamiento moral bien desempeñado, y de la manera que debia hacerlo la escritora como mujer cristiana. Al contemplar el hecho de Lucrecia, Sor Juana no podia menos de admirar su honestidad; pero no le era posible aprobar que se hubiera dado la muerte: ensalzar la honestidad de Lucrecia y condenar el suicidio debia ser, pues, el argumento de la poetisa, y le manejó bien. En cuanto á la forma del soneto, hay que notar la claridad y correccion del lenguaje, la versificacion fluida, armoniosa y robusta, la propiedad de los calificativos y la dignidad en las expresiones.

El siguiente soneto es de otro género, y para comprobar el ingenio fecundo de nuestra autora, bastará decir que sobre el mismo asunto compuso dos mas, y otras varias poesías, generalmente con gracia y propiedad.

Digitized by Google

SONETO.

Que no me quiera Fabio, al verse amado,
Es dolor sin igual, en mi sentido;
Mas que me quiera Silvio aborrecido,
Es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado
Si siempre le resuenan al oido,
Tras la vana arrogancia de un querido
El cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,
A Fabio canso, con estar rendida;
Si de éste busco el agradecimiento,

A mí me busca el otro agradecida.
Por activa y pasiva es mi tormento,
Pues padezco en querer y en ser querida.

De los romances, solo uno copiarémos, por ser extensos, y será el de *La vana ciencia.*

ROMANCE.

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podreis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

Que, pues solo en la aprension
Dicen que estriban los daños,
Si os imaginais dichoso,
No sereis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno que es negro,
El otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo,
Lo que otro concibe enfado;
Y lo que este por alivio,
Aquel tiene por trabajo.

El que está triste, censura
Al alegre de liviano;
Y el que está alegre, se burla
De ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron,
Pues lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.

Célebre su oposicion
Ha sido, por siglos tantos,
Sin que cuál acertó esté
Hasta agora averiguado.

Antes en sus dos banderas
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa
Solo es digno el mundo vario;
Y otro, que sus infortunios
Son solo para llorados.

Para todo se halla prueba
Y razon en que fundarlo;
Y no hay razon para nada,
De haber razon para tanto.

Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales, y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo mas acertado.

¿Pues si no hay quien lo sentencie,
Por qué pensais vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decision de los casos?

¿O por qué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce
Quereis elegir lo amargo?

¿Si es mio mi entendimiento,
Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos:
De dar muerte por la punta,
Por el pomo, de resguardo.

¿Si vos sabiendo el peligro,
Quereis por la punta usarlo,
Qué culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
Discursos sutiles, vanos,
Que el saber consiste solo
En elegir lo mas sano.

Especular las desdichas,
Y examinar los presagios,
Solo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros
La atencion sutilizando,
Mas formidable que el riesgo
Suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia
Del que indoctamente sabio,
Halla de lo que padece
En lo que ignora sagrado!

No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.

Tambien es vicio el saber,
Que si no se va atajando,
Cuando menos se conoce
Es mas nocivo el estrago.

Y si el vuelo no le abaten
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso
Olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitan la sustancia al fruto
La locura de los ramos.

Digitized by Google

Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio mas alto.

En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo,
Si no halla fruto el otoño,
Que ostente flores el mayo?

¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud le sigue
El malogro de abortarlos?

Y á esta desdicha, por fuerza
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume mas,
Cuanto él se ostenta mas claro.

Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,
Este duro afan pesado,
A los hijos de los hombres
Dió Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambicion nos lleva
De nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco
¿De qué sirve saber tanto?

¡Oh! si como hay de saber,
Hubiera algun seminario,
O escuela, donde á ignorar
Se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!

Aprendamos á ignorar
Pensamientos, pues hallamos
Que cuanto añado al discurso,
Tanto le usurpo á los años.

No negaremos que en el romance anterior se encuentran algunas incorrecciones, y uno que otro resabio de gongorismo; pero sus bellezas exceden de tal manera á sus defectos, que debe verse como una poesía de mérito.

La primera á tercera cuartetas pueden considerarse como la introduccion, y el pensamiento que contienen es verdadero: la imaginacion ve una misma cosa bajo diversos aspectos, entristeciéndonos ó consolándonos, y de esto último quiso aprovecharse la poetisa.

Fijado su pensamiento en la variedad con que el hombre considera las cosas, pasa á exponer con ingeniosa gracia (hasta la cuarteta doce) los varios pareceres que dividen el mundo, recordando oportunamente (cuarteta sétima) á Heráclito y Demócrito, antiguo tipo de la contrariedad de opiniones.

Ridebat quoties á limine moverat unum
Protuleratque pedem; flebat contrarius alter.

Una de las circunstancias que mas recomiendan á un escritor, y que puede servir como de *criterium* para calificar sus producciones, es la facilidad con que las recordamos en circunstancias análogas á las que describe, porque la asociacion de las ideas no se verifica entre objetos disímbolos; así es que si tiene lugar, esto sucede cuando el escritor habla con entera propiedad. Sor Juana la tuvo de tal manera en algunos de sus anteriores versos (como las cuartetas sexta y undécima), que no creemos sea fácil olvidarlos, despues de leidos, cuando nos encontremos alguna vez fluctuando entre diversidad de opiniones.

De esa diversidad infiere la poetisa, y lo expone en el resto de su composicion, que el hombre en ningun sentido debe usar de sus facultades para hacerse mal, sino para procurarse el bien, principalmente tomando la ciencia con discreta moderacion. En esta parte del romance es donde se marca principalmente su carácter filosófico, es donde se encuentran mas pensamientos profundos. Son notables tambien, por su valentía, algunas comparaciones de que se vale Sor Juana, sin faltar por eso á la propiedad.

En cuanto á la forma del romance, ya hemos dicho que tiene algunas incorrecciones (las cuales fácilmente podrá conocer el lector despues de los ejemplos puestos anteriormente); pero en lo general se recomienda por su facilidad y dulzura.

La *Censura de los hombres* está expresada en cuartetas fluidas y armoniosas, y en ella se descubren pensamientos ingeniosos, rasgos agudos, y cierta indignacion que cuadra muy bien en composiciones de esta clase, y que se nota principalmente en las sátiras de Juvenal.

Hombres necios, que acusais
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais.

Si con ansia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obren bien
Si las incitais al mal?

Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco
Al niño que pone el coco
Y luego le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscais
Para pretendida, Thais,
Y en la posesion, Lucrecia.

Digitized by Google

¿Qué humor puede ser mas raro
Que el que falto de consejo,
El mismo empaña el espejo,
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,
Pues la que mas se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel,
A una culpais por cruel,
Y á otra por fácil culpais.

¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil, enfada?

Mas entre el enfado y pena,
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere,
Y quejáos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y despues de hacerlas malas,
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada,
La que cae de rogada,
O el que ruega de caido?

¿O cuál es mas de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
O el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis
O hacedlas cual las buscais.

Dejad de solicitar,
Y despues con mas razon
Acusareis la aficion
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia
Juntais diablo, carne y mundo.

Los *Ovillejos* son una composicion jocosa, llena de gracia y travesura, y en ellos se propuso Sor Juana retratar, de una manera burlesca, á una belleza que privaba mucho en su tiempo. Por ser muy larga esa composicion solo insertaremos algunos trozos.

El pintar de Lizarda la belleza,
En que á sí se excedió naturaleza,
Con un estilo llano,
Se me viene á la pluma y á la mano.
Y cierto que es locura
El querer retratar yo su hermosura
Sin haber en mi vida dibujado,
Ni saber qué es azul, ó colorado,
Qué es regla, qué es pincel, oscuro ó claro,
Aparejo, retoque ni reparo.
El diablo me ha metido á ser pintora.
Dejémoslo, mi musa, por ahora,
A quien sepa el oficio:.
Mas esta tentacion me quita el juicio,
Y sin dejarme pizca,
Ya no solo me tienta, me pellizca,
Me cosca, me hormiguea,
Me punza, me rempuja y me aporrea.
Yo tengo de pintar dé dónde diere,
Salga como saliere,
Aunque saque un retrato
Tal, que despues le ponga «aqueste es gato.»
. . . . . .
. . . . . .

Por el cabello empiezo; esténse quedos,
Que hay aquí que pintar muchos enredos.
¡Rayos del sol! ya aqueso se ha pasado,
La Pragmática nueva lo ha quitado.
Cuerda de arco de amor, en dulce trance
Eso es llamarlo cerda, en buen romance.
Que linda ocasion era
De tomar la ocasion por la mollera;
Pero aquesa ocasion ya se ha pasado,
Y calva está, de haberla repelado.
Y así en su calva lisa,
Su cabellera irá tambien postiza;
Y el que llega á cogella,
Se queda con el pelo, y no con ella;
Y en fin, despues de tanto dar en ello,
¿Qué tenemos, mi musa, de cabello?
El de Absalon viniera aquí nacido,
Por tener mi discurso suspendido;
Mas no quiero meterme ya en hondura,
Ni hacerme que entiendo de Escritura.
En ser cabello de Lizarda quede,
Que es lo que encarecerse mas se puede.
. . . . . .
. . . . . .

Síguese la nariz, y es tan seguida,
Que ya quedó con esto definida;
Que hay nariz tortizosa, tan tremenda,
Que no hay geómetra alguno que la entienda.
Pásome á las mejillas;
Y aunque es su consonante maravillas,
No las quiero yo hacer predicadores,
Que digan, aprended de mí á las flores;
Mas si he de confesarles mi pecado,
Algo el carmin y grana me ha tentado:
Mas agora ponérsela no quiero;
Si ella la quiere, gaste su dinero,
Que es grande bobería
El quererla afeitar á costa mia.
Ellas, en fin, aunque parecen rosa,
Lo cierto es que son carne, y no otra cosa.
. . . . . .

Acabemos, que el tiempo nunca sobra;
A las manos, y manos á la obra.
Empiezo por la diestra,
Que aunque no es menos bella la siniestra,
A la pintura es llano
Que se le ha de asentar la primer mano.
Es, pues, blanca y hermosa con exceso,
Porque es de carne y hueso;

Digitized by Google

No de marfil, ni plata, que es quimera,
Que á una estatua servir solo pudiera;
Y con esto, aunque es bella,
Sabe su dueño bien servirse de ella;
Y la estima bizarra,
Mas que no porque luce, porque agarra.
Pues no le queda en fuga la siniestra,
Porque aunque no es tan diestra,
Y es algo menos en su ligereza,
No tiene un dedo menos de belleza.
Aquí viene rodada
Una comparacion acomodada,
Porque no hay duda, es llano
Que es la una mano como la otra mano.
Y si alguno dijere que es friolera
El querer comparar de esta manera,
Respondo á su censura,
Que el tal no sabe lo que se murmura;
Pues pudiera muy bien naturaleza
Haber sacado manca esta belleza,
Que yo he visto bellezas muy amponas,
Que si mancas no son, son mancarronas.
Ahora falta á mi musa la estrechura
De pintar la cintura.
En ella he de gastar poco capricho,
Pues con decirlo breve, está ya dicho,
Porque ella es tan delgada,
Que en una línea queda ya pintada.
El pié yo no lo he visto, y fuera engaño
Retratar el tamaño,
Ni mi musa sus puntos considera,
Porque no es zapatera;
Pero segun airoso el cuerpo mueve,
Debe el pié de ser breve,
Pues que es, nadie ha ignorado,
El pié de arte mayor, largo y pesado.

Las composiciones que hemos insertado nos parecen bastantes para que el lector se forme idea de lo malo y de lo bueno que hay en las poesías líricas de Sor Juana, y, por lo tanto, pasarémos á hablar de sus piezas dramáticas.

IV.

PIEZAS DRAMÁTICAS.

Las producciones dramáticas de Sor Juana son, la mayor parte, loas, y ademas tres autos y dos comedias.

Las loas, como lo indica su nombre, eran composiciones que se escribian en elogio de algun santo ó persona notable, y se representaban introduciendo personajes alegóricos. Esta clase de piezas se reducen generalmente á un puro diálogo, y toda la complicacion que tienen algunas es una reyerta entre los interlocutores que un tercero viene á dirimir: su sencillez recuerda las églogas de Juan de la Encina, y otros ensayos dramáticos por el estilo, con que comenzó el teatro español.

En algunas loas se advierte animacion y movimiento, otras se fundan en una idea que no carece de algun ingenio, como cuando las tres potencias del alma se reunen para comprobar que todas sus facultades se encuentran reunidas en la persona á quien la loa se dedica, y, en fin, suele encontrarse en otras algun trozo de poesía regular.

Pero generalmente hablando, las loas carecen de mérito, pues se hallan plagadas de escenas insulsas y grotescas, chocarrerías, repeticiones, anacronismos y retruécanos.

Un solo ejemplo bastará para que el lector se forme concepto de la trivialidad y mal gusto de las loas, cuyo ejemplo está tomado de una, compuesta en el cumpleaños del conde de Galve, siendo los interlocutores la edad y las cuatro estaciones del año.

VERANO.	Y así os rinden mis verdores	*Flores*,
OTOÑO.	Y os rindo por tributo	*Fruto*,
ESTÍO.	Os ofrece mi atencion	*Sazon*,
INVIER.	Solo os puede dar mi anhelo	*Yelo.*
EDAD.	El dulce aceptad desvelo,	
	En que por diversos modos	
	Os vienen á ofrecer todos	
	Flores, Fruto, Sazon, Yelo.	
OTOÑO.	Dándoos con mi perfeccion	*Sazon*,
INVIER.	Y con mi cándido velo	*Yelo*,
ESTÍO.	Como á dueño absoluto	*Fruto*,
VER.	Nacido de las mejores	*Flores.*
EDAD.	Merezcan de los favores	
	Vuestros, ser favorecidos	
	Los que os ofrecen rendidos	
	Sazon, Yelo, Fruto, Flores.	
ESTÍO.	Pues si en mi veneracion	*Sazon*,
INVIER.	Y la ofrenda de mi anhelo	*Yelo*,
VER.	Y mi pompa con olores	*Flores*,
OTOÑO.	Siendo mi amante tributo	*Fruto.*
EDAD.	Cuando regulo, ó computo	
	Por los tiempos vuestra edad,	
	Benignamente aceptad	
	Sazon, Yelo, Flores, Fruto.	
VER.	Pues os tributa mi amor	*Flor*,
INVIER.	Y yo el que en plata encarcelo	*Yelo*,
OTOÑO.	Yo el que opimo mas reputo	*Fruto*,
ESTÍO.	Yo en últimas perfecciones	*Sazones.*
EDAD.	Logre vuestras atenciones,	
	Quien en serviros se emplea,	
	Y á vuestra edad le desea	
	Flor, Yelo, Fruto, Sazones.	

Digitized by Google

INVIER. Gozando en sereno cielo,
TODOS. Flores, Fruto, Sazon, Yelo.
EDAD. Gozando en glorias mayores,
TODOS. Yelo, Sazon, Fruto, Flores.
EDAD. Dándoos el tiempo en tributo
TODOS. Sazon, Yelo, Flores, Fruto.
EDAD. Porque os sirven de blasones
TODOS. Flor, Yelo, Fruto, Sazones.

MUSICA. Flores, Fruto, Sazon, Yelo,
Yelo, Sazon, Fruto, Flores,
Sazon, Yelo, Flores, Fruto,
Flor, Yelo, Fruto, Sazones.

Los autos de Sor Juana tienen los títulos siguientes: *El cetro de José*, *San Hermenegildo*, y *El Divino Narciso*.

El primero carece de mérito, salvo uno que otro trozo de mediana poesía, no obstante que la historia del personaje es de lo mas bello que ofrecen las Sagradas Escrituras, prestándose perfectamente al buen desempeño de una pieza literaria. Nada mas tierno que el pasaje donde José se aparta de sus hermanos para enjugar las lágrimas; ninguna elocuencia mas natural que aquellas sencillas palabras con que se da á conocer á ellos, *yo soy José*, palabras que hacian llorar á Fenelon, y que el historiador Joscfo desfiguró cuando quiso sustituirlas con un largo discurso. El amor lascivo, pero ardiente de la mujer de Putifar, la elevacion de José á la primera magistratura del reino, todo esto se encuentra lleno del mayor interes, y sin embargo, en el auto de que hablamos no hay mas que trivialidad y aparatos grotescos.

Cuando la mujer de Putifar quiere seducir á José se entabla un diálogo que apenas serviria para expresar amores vulgares: *ingrato, no quiero, vive el cielo*, son las locuciones que se encuentran usadas, y lo mas elevado que ocurre á la mujer de Putifar, es decir: «Muere, pues á mí me matas,» donde á lo gastado de la figura se añaden cuatro *m*, en un solo verso, que le dan pésimo sonido.

Para consolar Júdas á su padre de la muerte de José, no encuentra mas recurso que el siguiente:

No te aflijas padre, tanto;
¿Si una fiera le mató
Y ya el caso sucedió,
Qué remedias con el llanto?

Cuando José reconoce á sus hermanos, expresa su conmocion con estos desairados versos:

Válgame el cielo! qué veo?
Aquestos son mis hermanos;
Mas disimular con ellos
Importa, aunque el corazon
Se está saliendo del pecho.
Decid, de dónde venís?

En el auto «San Hermenegildo» se encuentran algunas escenas interesantes, situaciones dramáticas y algunos buenos versos. El argumento está tomado de la vida del santo, propia para excitar el interes. Hermenegildo era hijo de Leovigildo, rey de los godos, quien le habia nombrado sucesor en el reino de Sevilla. Habiendo abandonado Hermenegildo el arrianismo por abrazar la fé católica, á instancias de su esposa Ingunda, Leovigildo le persigue hasta despojarle de las insignias reales, cargarle de cadenas y mandarle matar. Como muestra de este auto copiarémos algunos versos de la escena en que Leovigildo sale perseguido por la *Fantasía*, conforme al sistema alegórico que se acostumbraba en los autos.

LEOV. ¿Sombra, ilusion, fantasma, dí, quién eres?
¿Qué buscas, ó qué quieres?
Y si quieres, ó buscas, ¿por qué, cuando
Yo te quiero escuchar, te vas volando?
Si te sigo, me dejas,
Si te huyo, me sigues,
Si te busco, te alejas,
Si te quiero dejar, tú me persigues.
¿Qué vuelo es este tuyo que me espanta?
Que en velocidad tanta
Te vas sin apartarte,
Y te quedas conmigo, sin quedarte,
Pues cuando yo en tu alcance me abalanzo,
Te miro y no te alcanzo,
Y si por cierto juzgo tu retiro,
Te tengo y no te miro.
¿Quién eres, sombra fria?
FANT. La imágen de tu misma fantasía,
Que en ella impresa estoy tan vivamente,
Que parezco aparente
Cuerpo, que de aire forma vapor craso,
Pues la imaginacion suele hacer caso;
Y mas ahora con la conveniencia,
Que á alegóricos artes dá licencia,
Sin violar á la historia su pureza,
Pues no añade ni quita á su entereza,
El que suspenso en tu melancolía,
A tí te hable tu propia fantasía.
LEOV. Pues ya que hablarme intentas,
¿Qué me quieres? FANT. Que vengues las afrentas
Que de tu imperio y casa, por tu ruina,
Hacerte tu hijo mismo determina
Con mudar religion, para que veas
Cuánto bien te ha venido
De la secta arriana que has seguido....

En «El divino Narciso» se hallan algunos trozos de los cuales se podian formar *canciones místicas* como las mejores de San Juan de la Cruz y otras ascetas españolas, siendo raro uno que otro lunar que las afea, y abundando, por el contrario, en bellezas, tanto en el fondo como en la forma, es decir, en los pensamientos y en el lenguaje. Hé aquí un ejemplo.

Ovejuela perdida,
De tu dueño olvidada,
¿A dónde vas errada?
Mira que dividida
De mí, tambien te apartas de tu vida.

En mis finezas piensa;
Verás que siempre amante
Te guardo vigilante,
Te libro de la ofensa
Y que pongo la vida en tu defensa.

Digitized by Google

Mira que mi hermosura
De todas es amada,
De todas es buscada
Sin reservar criatura,
Y solo á tí te elige tu ventura.

Yo tengo de buscarte,
Y aunque tema perdida,
Por buscarte, la vida,
No tengo de dejarte,
Que antes quiero perderla por hallarte.

Pregunta á tus mayores
Los beneficios mios,
Los abundantes rios,
Los pastos y verdores
En que te apacentaron mis amores.

En un campo de abrojos,
En tierra no habitada
Te hallé sola, arriesgada
Del lobo á ser despojos,
Y te guardé cual niña de mis ojos.

Trájete á la verdura
Del mas ameno prado,
Donde te ha apacentado
De la miel la dulzura
Y aceite que manó de peña dura.

Del trigo generoso
La médula escogida
Te sustentó la vida,
Hecho manjar sabroso,
Y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste, y lozana,
Soberbia y engreida
De verte tan lucida,
Altivamente vana,
Mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores
A quien no conocieron
Tus padres, ni los vieron
Ni honraron tus mayores,
Y con esto incitaste mis furores.

Y prorumpí enojado:
Yo esconderé mi cara,
A cuyas luces pára
Su cara el sol dorado,
De este ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que mis furores
Los campos les abrasen,
Y la yerba que pacen;
Y talen mis ardores
Aun los montes, que son mas superiores.

Mis saetas ligeras
Les tiraré, y el hambre
Corte el vital estambre;
Y de aves carniceras
Serán mordidos y de bestias fieras.

Probarán los furores
De arrastradas serpientes;
Y en muertes diferentes
Obrarán mis rigores,
Fuera el cuchillo y dentro los temores.

Mira que soberano
Soy, que no hay mas fuerte,
Que yo doy vida y muerte,
Que yo hiero, yo sano,
Y que nadie se escapa de mi mano.

Para mejor inteligencia, haremos algunas observaciones acerca de esta composicion.

La primera estrofa es una interrogacion vehemente que fija el objeto de la poesía, á saber: pintar el descarrío de una alma bajo la figura mística de la oveja.

En la estrofa 2ª á la 10ª, el Pastor, es decir, Jesucristo, expresa la ingratitud del pecador, no obstante los muchos beneficios que de él ha recibido: un vivo sentimiento caracteriza esta parte.

Desde la estrofa 11ª eleva su voz la poetisa tomando un tono que hace recordar, á veces, algunos salmos, y es que, celoso el Pastor de que la oveja tome otro dueño, no puede contener su indignacion, y prorumpe en amenazas terribles, concluyendo con recordar que ninguno es mas fuerte ni mas poderoso que él. Aquí está bien caracterizado el Jehová celoso de la Escritura, el Dios que prohibe á su pueblo adorar las divinidades extranjeras.

La forma de esta poesía cumple con las reglas del arte, salvo alguna ligera excepcion que fácilmente se remedia, como en la estrofa 3ª, verso 5º, la cacofonía *ti, te, tu, tu.* Pudiera decirse menos mal:

Y á tí tan solo elige la ventura.

En la estrofa 4ª, verso 3º, se nota la fea repeticion de *buscarte;* en la estrofa 11 la de *cara* (v. 2, 4), y en la estrofa 12 la consonancia de *abrasen* y *pacen,* aunque esto no suena mal en México; pero lo que sí suena mal en todas partes es el *yo doy* de la última estrofa, despues de *soy,* porque se distrae el oido del lugar donde debe marcarse la consonancia. Algun crítico severo no pasaria el diminutivo *ovejuela* con que empieza la cancion, por parecer del estilo familiar; pero creemos que esta clase de faltas deben perdonarse, porque si buscamos la perfeccion absoluta en las obras de los hombres, su ejecucion es imposible: todo lo humano es defectuoso, y de querer lo contrario ha venido que desde Homero hasta el último poeta moderno hayan encontrado Zoilos mordaces.

Las composiciones dramáticas mas extensas de Sor Juana, son las dos comedias intituladas: «Amor es mas laberinto,» y los «Empeños de una casa.» La primera es bien mala, y la segunda bastante regular, en su género: de aquella el segundo acto fué escrito por D. Juan de Guevara.

El argumento de «Amor es mas laberinto» está sacado de la fábula de Ariadna y Teseo, segun la cual este fué arrojado al laberinto de Creta por el rey Minos, padre de Ariadna, que enamorada perdidamente de Teseo, le saca del laberinto y huye con él.

Digitized by Google

Casi todos los defectos que pueden concurrir en una pieza dramática, se encuentran en «Amor es mas laberinto,» como brevemente lo indicaremos.

La narracion mitológica se halla alterada sin provecho del arte. La lucha de afectos y deberes en que se encontraba Ariadna, colocada entre su amante y su padre, es una colision á propósito para presentar efectos dramáticos; pero en la comedia de que vamos hablando, la trama se complica de una manera impropia y poco ingeniosa. No solo Ariadna, sino tambien su hermana Fedra, se enamoran de Teseo: al mismo tiempo Baco, príncipe de Tebas, amaba á Ariadna, y Lidoro, príncipe de Epiro, á Fedra. De esta complicacion de afectos sale la trama de la comedia, resultando, por medios inverosímiles, que Lidoro cree que Baco enamora á su amada, y Baco cree que Lidoro enamora á la suya. De todo esto se originan desafios y cuchilladas, como entre los galanes de la edad média, siendo así que ni los griegos ni los romanos acostumbraban el duelo. Otro anacronismo chocante tiene la comedia: es sabido que en las antiguas del teatro español habia por precision un gracioso, desterrado de la escena desde que mejoró el gusto; pero en la pieza de que tratamos no bastó un gracioso, sino que salen tres, siendo una especie de lacayos de los príncipes Teseo, Lidoro y Baco, cuyos graciosos interrumpen á cada paso la escena con bufonadas de mal gusto.

La comedia, como es sabido, tiene por objeto ridiculizar un vicio ó defecto; pero en «Amor es mas laberinto» no hay nada de esto, mientras que sí ocurre un incidente trágico: como las damas eran dos y los galanes tres, era preciso quitar de en medio á uno de estos, y le tocó á Lidoro, quien muere á manos de Teseo por una de las muchas equivocaciones forzadas en que abunda la pieza, y cuando este príncipe habia sido sacado del laberinto por Ariadna, la cual, para mayor complicacion, no es amada de Teseo, sino que este quiere á Fedra.

Los diálogos son generalmente cansados, y carecen de interes las principales escenas, como la salida de Teseo del laberinto, la cual se verifica de una manera tan fria, que el príncipe no manifiesta la menor conmocion por el peligro de que ha escapado, y tranquilamente se ocupa con su criado en arreglar el modo de ver aquella tarde á su querida Fedra en un baile.

El desenlace de la comedia es de lo mas prosaico. Con motivo de la muerte de Lidoro, Teseo es aprehendido huyendo con Fedra, y lo mismo Baco que huia con Ariadna, creyendo esta que Baco era su amado Teseo, pues por la oscuridad de la noche no le habia conocido. Minos, furioso, manda matar á las dos princesas y á sus raptores, cuando los atenienses, como llovidos del cielo, vienen en auxilio de Teseo y prenden á Minos, que se queda estupefacto y convertido de juez en reo. Entonces le toca á Teseo salvarle, y le pide la mano de Fedra. Ariadna, no obstante el grande amor que tenia á Teseo y las consideraciones que debian ocurrirle por la ingratitud de este, recibe con calma el desprecio de su amado, y manifiesta sencillamente que *pues aquello no tiene remedio*, pagará la fina atencion de Baco casándose con él. ¡De qué manera tan diferente nos pinta el poeta latino el sentimiento de Ariadna cuando abandonada de Teseo se hiere el pecho, y exclama derramando copiosas lágrimas: *Perfidus ille abiit: quid mihi fiet?*

La otra comedia de Sor Juana puede considerarse, en su género, como mediana, siendo de las que en España se llamaban de capa y espada, es decir, de intriga de amor y celos.

Los defectos que se encuentran en esta pieza no son de tanta importancia como los de «Amor es mas laberinto,» y generalmente pueden atribuirse al género á que pertenece, defectos que algunos escritores han condenado y otros disculpado, principalmente llamando la atencion hácia las bellezas que presentan esa clase de composiciones: tal contrariedad tiene una explicacion.

Las obras perfectas del arte son el producto de las facultades del hombre, puestas en armonía, y cuando esta armonía falta, precisamente la obra literaria ha de ser defectuosa por algun lado: si el autor se deja dominar únicamente de la razon, su obra será fria, pálida, falta de sentimiento; si se deja arrastrar de la pasion sola, puede llegar á delirar como un demente, ó por lo menos á presentar ideas falsas, extraviadas, y este es cabalmente el punto vulnerable del antiguo teatro español.

Los poetas españoles de lo que trataron principalmente fué de divertir; así es que sus composiciones se dirigen á la fantasía y no á la razon, al corazon y no á la cabeza, y de esto la diversidad de opiniones, principalmente entre los críticos extranjeros, sobre la comedia española.

Unos admiran lo que tiene de brillante, de sentimental; ensalzan la riqueza del idioma, su variada fraseología, la versificacion elegante y armoniosa, la pintura viva de los caractéres; se entusiasman con aquellos galanes tan caballerescos que daban culto al honor como á una idea religiosa; se enamoran de aquellas damas tan nobles y tan apasionadas; se interesan con tanta trama complicada é ingeniosa; conocen la originalidad de invencion.

Por el contrario, otros escritores encuentran en la comedia española un idioma lleno de redundancias y anfibologías; retruécanos pueriles y agudezas impertinentes del gracioso en los lances mas críticos; mujeres ergotistas; padres eternamente viudos ó hermanos solteros para que las damas abusen fácilmente del hogar doméstico; galanes pendencieros echando tajos á diestra y á siniestra; diálogos cansados llenos de sutilezas escolásticas; abuso en los *apartes;* falta de unidad; anacronismos groseros; un entrar y salir sin tino; mujeres *tapadas* á quienes basta un velo para no ser conocidas no obstante el talle, los modales y la voz; y otras inverosimilitudes por el estilo.

Digitized by Google

¿Qué debemos concluir de todo esto? Que las comedias del antiguo teatro español (tomado en su conjunto) son una mezcla de bellezas y defectos, y con decir esto hemos calificado la de Sor Juana, vaciada en el mismo molde que todas las demas piezas de su género. Así pues, es preciso convenir en que la comedia de nuestra poetisa debe figurar entre las piezas del antiguo teatro español, ó en que es necesario proscribir la mayor parte de ellas: en nuestro concepto, el lugar que pertenece á la que nos ocupa, no es de los primeros; pero sí creemos que puede considerarse de segundo órden, pues el enredo se halla bien sostenido, la versificacion es generalmente fluida, y el desenlace no es de aquellos que se preven desde las primeras escenas, sino que se hace aguardar con interes. No podemos menos de insertar aquí un bello trozo, y es la relacion que de su vida hace una de las damas, con lo cual habremos terminado lo que nos ha parecido digno de observar acerca de las composiciones dramáticas de Sor Juana.

Si de mis sucesos quieres
Escuchar los tristes casos
Con que ostentan mis desdichas
Lo poderoso y lo vario,
Escucha, por si consigo
Que divirtiendo tu agrado,
Lo que fué trabajo propio
Sirva de ajeno descanso,
O porque en el desahogo
Hallen mis tristes cuidados
A la pena de sentirlos,
El alivio de contarlos.

Yo nací noble, esto fué
De mi mal el primer paso,
Que no es pequeña desdicha
Nacer noble un desdichado:
Que aunque la nobleza sea
Joya de precio tan alto,
Es alhaja que en un triste
Solo sirve de embarazo,
Porque estando en un sugeto,
Repugnan como contrarios,
Entre plebeyas desdichas,
El ver respetos honrados.

Decirte que nací hermosa,
Presumo que es excusado,
Pues lo atestiguan tus ojos
Y lo prueban mis trabajos.

Solo diré..... aquí quisiera
No ser yo quien lo relato,
Pues en callarlo ó decirlo
Dos inconvenientes hallo.

Porque si digo que fuí
Celebrada por milagro
De discrecion, me desmiente
La necedad de contarlo;
Y si lo callo, no informo
De mí, y en un mismo caso
Me desmiento si lo afirmo,
Y lo ignoro si lo callo.

Pero es preciso al informe
Que de mis sucesos hago,
Aunque pase la molestia
La vergüenza de contarlo,
Para que entiendas la historia,
Presuponer asentado
Que mi discrecion la causa
Fué principal de mi daño.

Inclinéme á los estudios
Desde mis primeros años,
Con tan ardientes desvelos,
Con tan ansiosos cuidados,
Que reduje á tiempo breve
Fatigas de mucho espacio.

Conmuté el tiempo industriosa
A lo intenso del trabajo,
De modo que en breve tiempo
Era el admirable blanco
De todas las atenciones;
De tal modo, que llegaron
A venerar como infuso
Lo que fué adquirido lauro.

Era de mi patria toda
El objeto venerado
De aquellas admiraciones
Que forma el comun aplauso;
Y como lo que decia
(Fuese bueno ó fuese malo)
Ni el rostro lo deslucia,
Ni lo desairaba el garbo,
Llegó la supersticion
Popular á empeño tanto,
Que ya adoraban deidad
El ídolo que formaron.

Voló la fama parlera,
Discurrió reinos extraños,
Y en la distancia segura
Acreditó informes falsos.

La pasion se puso anteojos
De tan engañosos grados,
Que á mis moderadas prendas
Agrandaban los tamaños.

Víctima en mis aras eran,
Devotamente postrados,
Los corazones de todos,
Con tan compresivo lazo,
Que habiendo sido al principio
Aquel culto voluntario,
Llegó despues la costumbre,
Favorecida de tantos,
A hacer como obligatorio
El festejo cortesano;
Y si alguno disentia
Paradoxo ó avisado,
No se atrevia á proferirlo,
Temiendo que por extraño
Su dictámen no incurriese,
Siendo de todos contrario,
En la nota de grosero
O en la censura de vano.

Entre estos aplausos yo,
Con la atencion zozobrando
Entre tanta muchedumbre,
Sin hallar seguro blanco,
No acertaba á amar alguno,
Viéndome amada de tantos.

.....

Digitized by Google

Es de advertir que, segun parece, en el romance que precede quiso Sor Juana referir sus propios acontecimientos.

Apenas nos atrevemos á señalar uno que otro descuido en tan buena composicion, como, por ejemplo, la consonancia de *decia* y *deslucia*, cuando en el resto del romance no solo se observa cuidadosamente la asonancia, sino que cae en los versos pares, regla que los mejores poetas han quebrantado algunas veces.

V.

ESCRITOS EN PROSA.

El Dr. Beristain (*Biblioteca hispano-americana, tomo 1º*) menciona como escritos en prosa de Sor Juana los siguientes:

Neptuno alegórico: Arco triunfal con que la Santa Iglesia de México recibió en su solemne entrada al virey de la Nueva España, conde de Paredes, marqués de la Laguna.

Crísis de un sermon del grande orador entre los mayores, el padre Antonio Vieyra, jesuita portugués.

Súmulas.

Equilibrio moral, ó direcciones prácticas de costumbres, segun las sentencias probables y seguras.

El Caracol, ó arte para aprender con facilidad la música.

El *Neptuno alegórico* fué escrito con motivo de la costumbre que habia en México de erigir un arco triunfal cuando llegaba algun virey, cuyo arco se cubria de composiciones alegóricas. El opúsculo de Sor Juana, enteramente del gusto de la época, mereció los mayores elogios de sus contemporáneos, y á ese trabajo debió la poetisa que el padre Ketten la considerase como la segunda persona en el arte simbólico, llegando su admiracion al extremo de dudar que aquella obra fuese de mujer. Probablemente en el dia nadie participará de semejante admiracion hácia escritos de esa clase, atendiendo á la erudicion innecesaria que se gastaba entonces, y se ha desterrado hoy, y á que los símbolos tienen, por lo comun, el inconveniente de desfigurar las formas del mundo real por medio de analogías arbitrarias: ademas, y como han dicho algunos autores de estética, la alegoría es fria y pálida porque teniendo un carácter abstracto destruye la personalidad, y es mas bien un producto de la razon y no de la imaginacion, lo que la hace no manifestar ningun sentimiento profundo y vivo. Aun á Virgilio se le ha censurado por haber creado divinidades alegóricas en vez de dioses como los de Homero, que tienen una verdadera personalidad.

La *Crísis de un sermon* es una impugnacion al que escribió el padre Vieyra, que ya hemos citado: aquel escrito se recomienda por su erudicion (principalmente en ciencias eclesiásticas), hábil dialéctica y lenguaje correcto. Sin embargo, contra este trabajo de Sor Juana se publicó en portugués una refutacion larga y razonada, por Sor Margarita Ignacia, religiosa del convento de San Agustin de Lisboa, dividiéndose en opiniones los escritores de aquel tiempo acerca del mérito de los opúsculos de Sor Juana y de Sor Margarita. El padre Calleja, por ejemplo, considera como un modelo perfecto en su género, y concluyente contra el padre Vieyra, el trabajo de Sor Juana, y cita en apoyo de su opinion á los padres Morejon, Rivera y Sanchez. Por el contrario, D. Iñigo Rosendo, que tradujo al español la impugnacion de Sor Margarita, dice que las proposiciones del padre Vieyra eran muy superiores á los conocimientos de Sor Juana, la cual sabia hacer versos, pero no interpretar las escrituras, añadiendo que el escrito de Sor Juana es primoroso á la vista, pero sin fondo alguno, mientras que el de Sor Margarita contenia verdades claras y sólidos pensamientos.

Tratándose de una materia tan oscura como la exegesis, á que esa polémica se refiere, y extraña á nuestro objeto, solo agregaremos que aun el mismo Rosendo hizo todavía una confesion mas explícita á favor de Sor Juana, diciendo que tenia mas arte y mas fecundidad que su competidora. El jesuita Blanco, maestro de teología y examinador sinodal del arzobispado de Toledo, opinó en estos términos: «Leidos y pesados los ingeniosos argumentos de la madre Sor Juana de la Cruz, y atendidas las eruditísimas respuestas, y no menos agudas redarguciones de la madre Ignacia, harán juicio algunos de que queda neutral el campo, y dudosa la victoria; otros, como el poeta, dirán que entrambas vencen, quedando una y otra vencida. Otros dirán mejor, sin ofender al sublime entendimiento del padre Vieyra, que si este ingenio hubiera de impugnar su sermon, sobre cuyo asunto es la disputa, así le impugnara, como lo hace con ingeniosa gala la madre Cruz; y que si se hubiese de responder á sí, por sí mismo impugnado, así satisfaciera, como satisface llanamente la madre Sor Ignacia con un todo de sutileza, solidez y erudicion.»

Los otros escritos de Sor Juana, citados por Beristain, no han llegado hasta nosotros, y respecto al *Arte de la música* dice el padre Calleja que era tan alabado de los inteligentes que, segun ellos,

Digitized by Google

bastaba para hacer famosa en el mundo á su autora. Sin embargo, de un romance de Sor Juana, que Beristain cita, consta que dicha obra quedó sin concluir.

En fin, diremos que entre los escritos en prosa de Sor Juana no debe olvidarse su *Carta á Filotea*, que tantas veces hemos citado, y cuyo objeto nos es conocido: podrá tacharse á esa carta de algunas digresiones eruditas un poco largas; pero cuando Sor Juana cuenta sus propios acontecimientos lo hace con naturalidad, sencillez y ternura, cualidades que recomiendan el estilo epistolar, pues una carta no es otra cosa sino una conversacion entre personas ausentes, siendo notable que las mujeres hayan sobresalido mas en ese género, como Santa Teresa y Madama de Sevigné.

VI.

RESÚMEN Y CONCLUSION.

Resumiendo todo cuanto hemos dicho hasta aquí acerca de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz, procuraremos formular nuestro juicio definitivo en pocas palabras.

Los defectos que hemos señalado tienen disculpas que la buena crítica no debe olvidar, y que tambien hemos indicado ya, á saber: el mal gusto que dominaba en la época de Sor Juana, la poca libertad con que escribia, y la falta de espacio donde ensanchar su ingenio.

El mal gusto en literatura es en el órden intelectual, como en el físico el aire respirable. Por muy sano y bien constituido que esté un individuo, y por mucho que observe las reglas de la higiene, su salud se altera cuando la atmósfera está dañada. Y de la misma manera ¿cómo podrá escaparse un escritor del mal gusto de sus contemporáneos cuando ve encomiar un sistema y condenar el contrario? Errores de esta clase, no solo en literatura, sino en todas materias, se destierran únicamente con el tiempo, despues de mil esfuerzos, y muchas veces siendo víctimas de la verdad los primeros que intentan la reforma. En España, el gongorismo tomó tal ascendiente, que sin sentirlo incurrieron en sus defectos los mismos que tuvieron valor de censurarlos, como sucedió á Lope y á Quevedo: estos autores se propusieron atajar el mal literario por medio de la crítica y de la sátira, y, sin embargo, algunos de sus escritos (como la *Circe* de Lope) están atestados de las mismas extravagancias que condenaban. ¿Y qué privilegio tenia Sor Juana para no incurrir en el error general á que eran inducidos aun los ingenios superiores?

Respecto de la segunda razon que hemos indicado, debe advertirse que las bellas producciones del arte son el resultado de la expansion libre del ánimo; y hace siglos que Ovidio Nason dijo que para hacer versos eran menester reposo y tranquilidad de espíritu, todo lo cual faltaba á Sor Juana. Algunas veces se le mandaba que escribiese, y otras se le prohibia; ya recibia alabanzas por sus escritos, ya contradiciones: combatido su ánimo de esta manera, debe haber carecido de aquella espontaneidad que requiere la poesía, y si arrastrada por sus inclinaciones componia alguna vez un verso, atraida por sus deberes religiosos se entregaba despues al estudio de la teología, para la cual probablemente no era á propósito, ni por su carácter, ni por su sexo. Es un hecho sicológico que el hombre no desenvuelve una de sus facultades sin detrimento de otra; así es que la persona dedicada, por ejemplo, á las ciencias abstractas en las cuales ejercita principalmente la inteligencia, no puede tener aquella lozanía de imaginacion que el poeta ó el artista, porque la imaginacion se alimenta de lo ideal, y la inteligencia de lo real.

Por otra parte, ¿qué escuela ni qué ejemplos podia tener Sor Juana en un rincon de la tierra, y en el estrecho recinto de un claustro, rodeada generalmente de personas vulgares y limitadas, en una época de censura y represion, sin mas mundo donde extenderse que las tardías comunicaciones con la metrópoli, y sin otro horizonte que la pared de las casas vecinas?

Sor Juana en otra época, en otra condicion y con una educacion análoga á sus inclinaciones, hubiera admirado á todos; pero puede aplicársele lo que un poeta moderno dijo de uno de sus personajes: «Tenia alas que desplegar, y ningun aire en torno suyo para sostenerlas.»

Sin embargo, esas mismas dificultades que rodeaban á Sor Juana realzan mas las bellezas que contienen sus escritos y comprueban lo insigne de su talento, mas poderoso, á veces, que los errores de su época y las contradicciones que sufria. Hemos indicado ya en qué consisten las bellezas que se encuentran en algunas producciones de nuestra poetisa, á saber: lo ingenioso, lo agudo, la riqueza de formas y la vivacidad de colorido.

Al decir, pues, el Sr. Gallego que las obras de Sor Juana «yacen entre el polvo de las bibliotecas desde la restauracion del buen gusto,» debe enten-

Digitized by Google

derse esto como un hecho; pero no porque así lo merezcan todas las producciones de Sor Juana: estas, como las de Góngora y de casi todos los poetas de las diversas literaturas, lo que merecen no es el olvido, sino una expurgacion inteligente. Es muy raro encontrar un escritor cuyas obras todas sean buenas, y siempre hay que separar algo ó mucho: ya las composiciones de circunstancias, cuyo interes pasó con su época; ya lo viciado por una imitacion de mal gusto; ya los productos defectuosos de la juventud inexperta; ya los acentos débiles de la edad caduca. El buen gusto escoge, no olvida; aparta, no destruye. Y cuando en México un crítico imparcial y de ciencia reuna las mejores obras de los escritores mexicanos, se apresurará, no lo dudamos, á colocar entre ellas varias de las producciones de Sor Juana Inés de la Cruz, como uno de los mas bellos adornos de nuestro parnaso.

Digitized by Google

Digitized by Google

JOSÉ MANUEL SARTORIO

Digitized by Google

PRESBÍTERO DON JOSÉ MANUEL SARTORIO.

I

BIOGRAFÍA.

Si la virtud, la ciencia y el patriotismo son motivos suficientes para obtener el aprecio y el respeto de nuestros conciudadanos, pocos hombres lo merecerán tanto como el presbítero D. José Manuel Sartorio, cuya biografía vamos á escribir en pocas palabras.

Nació en México el dia 17 de Abril de 1746, siendo sus padres D. Jorge José Sartorio, italiano, y Dª Josefa Cano, mexicana, personas virtuosas y de familia decente, aunque de muy escasa fortuna.

D. Jorge dió personalmente lecciones de leer á su hijo, y despues le entregó al profesor de latin D. Ildefonso Falcon, quien quedó tan prendado del raro y pronto aprovechamiento del niño, que renunció los honorarios que le correspondian, dándose por retribuido con tener un discípulo tan aventajado.

Entró despues al colegio de San Ildefonso, que estaba á cargo de los padres jesuitas, y allí terminó el curso de artes con tal perfeccion, que el padre Rodriguez decia: «explica la cátedra mejor que sus maestros.»

Con semejantes resultados y recomendaciones adquirió Sartorio una fama extraordinaria, que fué confirmada por el siguiente suceso. Llamaban en el colegio *leccion de refectorio* á un ejercicio literario que se consideraba como ensayo de los estudiantes, y tocándole una vez al jóven José Manuel, manifestaron los concurrentes el deseo de ver algo extraordinario. Nuestro estudiante llevaba su composicion en prosa; pero deseoso de satisfacer á los espectadores, y despues de una corta meditacion, recitó varios dísticos latinos, tan buenos, que segun algunos eclesiásticos ilustrados, presentes al acto, ellos no los hubieran compuesto sino despues de largas y profundas meditaciones.

El mérito de Sartorio fué premiado por los padres jesuitas dándole una beca de gracia en el referido colegio de San Ildefonso; pero tuvo la mala suerte de no disfrutar aquel beneficio mas que cuatro años, á consecuencia de la expulsion de la Compañía, de manera que en lo sucesivo se vió obligado á estudiar sin maestro, pues su pobreza no le permitió volver al colegio.

Más adelante, y ya en edad de tomar estado, abrazó el eclesiástico, comprobando durante su vida lo acertado de su vocacion, pues fué el modelo del sacerdote evangélico; de costumbres honestas y recogidas, de trato suave y afable, piadoso sin límites, caritativo con ardor, infatigable en el confesonario y en el púlpito, consolando al encarcelado, instruyendo al ignorante y socorriendo al desvalido. Su humildad era tan extremada, que no quiso nunca usar reloj porque le parecia una alhaja de lujo, y su modestia llegó al extremo de no admitir el grado de doctor. Habiéndosele facilitado dinero para tomar la borla, le invirtió en libros, que no tuvo de puro adorno, sino para estudiarlos profundamente.

En efecto, Sartorio fué hombre de instruccion poco comun en su época, principalmente en lenguas vivas, que entonces se estudiaban poco en México, y sus contemporáneos confesaron siempre su buen talento, viva penetracion y gran memoria.

Sin embargo de todos esos méritos, no ascendió en la carrera eclesiástica, y jamas pasó de simple presbítero. Se aprovechaban sus conocimientos como censor, se le consultaban casos de conciencia y negocios graves; pero todos los empleos que obtuvo fueron secundarios. El primer cargo que desempeñó fué el de rector de infantes de la catedral; despues se le nombró sucesivamente catedrático de historia y disciplina eclesiástica en el colegio de Tepozotlan, capellan del convento del Espíritu Santo, prefecto espiritual de cárceles, y para otros cargos por el estilo, siendo el destino mas importante que ocupó (durante el gobierno colonial) el de prosecretario del cabildo metropolitano.

Digitized by Google

En cuanto á honores literarios, sabemos que fué presidente de la Academia de ciencias morales denominada de San Joaquin, así como de la de humanidades y bellas letras de San Ildefonso.

Fácilmente se comprenderá por qué no ascendió Sartorio en la carrera eclesiástica, si se reflexiona que era mexicano y afecto á los jesuitas: es sabido que en tiempo del gobierno colonial los españoles americanos (como los llamaban entonces) estaban generalmente excluidos de los principales puestos, y que el odio á los jesuitas era tal, que el Arzobispo mismo puso dificultades en ordenar á Sartorio porque seguia las doctrinas del jesuita Suarez.

Nada, sin embargo, debe haberle molestado la falta de dignidades, si atendemos á que era la personificacion de la humildad y de la modestia, y cuando, por otra parte, se hallaba retribuido de una manera mas valiosa para un corazon verdaderamente grande: en lugar de cargos molestos y de honores vulgares, Sartorio obtuvo el amor y el respeto de todos, desde las personas de clase mas elevada hasta las mas pobres.

En la guerra de independencia fué Sartorio el consuelo de los mexicanos, al mismo tiempo que contribuia poderosamente, en su esfera, á la emancipacion del país, arrostrando el odio de los gobernantes españoles y de sus partidarios, con gran serenidad y valor. Sabemos, en efecto, que el virey ordenó á todos los predicadores que combatiesen la rebelion; pero Sartorio se negó completamente, y mas adelante resistió de la misma manera el bando de 25 de Junio de 1813 en que Venegas sujetó á la jurisdiccion militar á los eclesiásticos que tomasen parte en la guerra.

Al mismo tiempo que Sartorio daba esas pruebas de firmeza, usaba de prudencia y sabiduría para calmar los ánimos, y á él se debió haber aquietado las conciencias, desvanecido los escrúpulos de las personas demasiado timoratas y restablecido la concordia en las familias, haciendo ver que no era un crímen la resistencia al gobierno español, y que no debian considerarse como rebeldes á Dios y al rey los defensores de la independencia.

Sartorio, como verdadero liberal, es decir, enemigo de la tiranía y tambien del desórden, recibió con aplauso la reforma del año de 12. «Mi patria es mi adoracion,» decia frecuentemente, y fué tanto lo que trabajó por ella, que á su muerte mereció se pusiesen en su catafalco las siguientes palabras:

Sacro Hidalgo, tú, en la obra héroe notorio!....
Y en la palabra tú, sacro Sartorio.

Era muy natural que el patriotismo del digno eclesiástico le ocasionase muchos disgustos: efectivamente, el virey de México excitó al arzobispo para que corrigiese á aquel clérigo *rebelde*, y el fiscal de la inquisicion procuró instigar contra él al terrible tribunal; y hubiera sido reducido á prision á no intervenir en favor suyo la condesa de Regla. Sin embargo, no le fué posible libertarse de las injurias de algunos particulares: cierto dia unos españoles de bajo linaje le insultaron públicamente, y otra vez un español rico le despidió de su casa.

No por esto se crea que Sartorio perdió el aprecio general; por el contrario, aumentó entre sus conciudadanos de tal manera, que en las elecciones populares de ayuntamiento, verificadas á consecuencia de la constitucion española, fué nombrado elector por la parroquia de San Miguel, y el pueblo entusiasmado se apoderó de un coche en que iba para conducirle.

Consumada la independencia de México fué nombrado vocal de la soberana junta gubernativa, y como tal firmó la acta de independencia, habiendo tenido la satisfaccion de predicar en la funcion de gracias que se celebró en la catedral de México, al dia siguiente de la entrada del ejército libertador.

Como miembro de la junta gubernativa, trabajó mucho Sartorio en la restauracion de la Compañía de Jesus; pero no consiguió nada absolutamente, y sea cual fuere la opinion que se tenga acerca de los jesuitas, es de alabar en Sartorio la gratitud que le guiaba al tratar de favorecer á sus antiguos maestros y bienhechores.

Fueron muy notables la amistad y las relaciones que unieron á Sartorio con Iturbide, y él fué quien, á nombre del clero, le felicitó por su exaltacion al trono, recibiendo mas adelante del emperador mismo la cruz de Guadalupe; y la consideró tan honorífica, que no obstante su modestia, la llevó con agrado hasta el fin de sus dias.

La amistad de Sartorio con Iturbide ocasionó á aquel tantos ó mayores disgustos que los que tuvo con el gobierno español, y se halló á pique de ser envuelto en la proscripcion á que fueron condenados los amigos del libertador de México; pero su mucha respetabilidad le salvó por segunda vez.

Los últimos años de Sartorio fueron amargados por los trastornos políticos de su patria, que no podia ver con indiferencia. Murió á la edad de 82 años, tan pobre como habia vivido; pero se le hicieron notables exequias por la archicofradía que fundó Cortés con el nombre del Señor de la Misericordia, asistiendo las personas mas notables, y pronunciando la oracion fúnebre el Dr. Torres Guzman. Fué enterrado en Nuestra Señora de los Angeles, y se puso sobre su sepulcro el siguiente epitafio que él mismo habia escrito:

«Conditus hac vili, jacet en, Sartorius urna,
Is fuit orator, nunc tacet: hospes abi.»

La traduccion libre, hecha tambien por Sartorio, es la siguiente:

Oculto bajo de esta
Losa triste y funesta,
Yace el pobre Sartorio.
Fué orador; aplaudióle su auditorio;
Mas nunca ha predicado—
Mejor que ahora callado—
La muerte; en fin, su asunto fué postrero.
Oye el sermon, y vete, pasajero.

Digitized by Google

II.

OBRAS DE SARTORIO.

Las obras de Sartorio, segun las noticias que tenemos, son las siguientes:

Tres sermones impresos.

Veinte tomos de sermones, manuscritos.

Varios novenarios, septenarios, triduos y jaculatorias, meditaciones y otras obras de devocion, impresas unas y manuscritas otras.

Carta edificante de la vida de la M. R. M. Josefa de San Ignacio, abadesa del convento de Regina de México, impresa en esta ciudad en 1810.

Respuesta á las observaciones de Bossuet sobre la Mística Ciudad de Dios, de la madre Agreda, MS.

Vida del Papa Pio VI y compendio histórico de su viaje y cautiverio, traduccion del frances, MS.

Resoluciones morales, un tomo en 4º, MS.

Cartas críticas ó instrucciones, un tomo en 4º, MS.

Censuras de comedias y de otras obras, un tomo en 4º, MS.

Poesías sagradas y profanas, siete volúmenes en 8º, impresos: segun el prólogo de esta coleccion, en ella están incluidas todas las poesías de Sartorio.

Esta noticia bibliográfica basta para comprobar la fecundidad de nuestro autor y la extension de sus conocimientos: habiéndose tratado una vez de imprimir todas sus obras, se calculó el costo de la impresion nada menos que en diez y ocho mil pesos.

Sin embargo, nosotros no hemos podido ver mas que los siete volúmenes de poesías, lo que no se extrañará si se atiende á que todo lo manuscrito de Sartorio se ha extraviado, y á la dificultad que hoy se presenta en México para encontrar libros relativos al país, segun lo hemos manifestado en la introduccion; de manera que nos vemos obligados á limitar nuestro exámen á las composiciones poéticas.

Empero, como el principal título del autor que nos ocupa á la celebridad que goza, es el de orador, diremos algo sobre sus discursos, aunque sea refiriéndonos á las noticias de los biógrafos y bibliógrafos.

Desde luego debemos observar que los contemporáneos de Sartorio le aplicaron el anagrama *is orator*, como la dote predominante de su ingenio, y que circulaba en su época el siguiente epigrama para caracterizar á los oradores de entonces: «Sancha divierte, Sartorio convierte, Uribe presume, y Dímas confunde.»

Sartorio mismo en su epitafio, que hemos copiado, se calificó de orador y no de poeta, prueba inequívoca de que sus esfuerzos los dirigia mas á la oratoria que á otra materia.

Beristain, en la obra mencionada anteriormente, dice: «Sartorio, que por sus talentos, doctrina y exquisita erudicion sagrada y profana, habria brillado en las cátedras de la Universidad y en otros teatros literarios, si su virtud, modestia y recogimiento no le hubieran retraido del bullicio del siglo, no ha podido con todo ocultar sus luces en el infatigable ejercicio de la predicacion de la palabra de Dios, en que por espacio de cuarenta y dos años se ha ocupado; ni en una ú otra ocasion oportuna, en que su celo y patriotismo han acreditado su buen gusto en la literatura. Sin los exteriores adornos de la borla y otros pomposos títulos, ha merecido el concepto público de ser uno de los principales oradores de estos últimos tiempos.»

Otras personas han llegado á llamar á Sartorio un Bossuet ó un Massillon: no creemos que esto deba tomarse al pié de la letra, porque ni aun en la literatura española, madre de la mexicana, se encuentran oradores como los franceses. La España se gloría de muy buenos escritores sagrados, como Avila, Granada y otros; pero esos escritores, entregados al cuidado de su ministerio, no trataron de dar á luz modelos de literatura, sino de difundir la buena doctrina; así es que los rasgos de su elocuencia eran hijos de la inspiracion y no del estudio. Por el contrario, Bossuet, Massillon y otros oradores extranjeros estudiaban sus discursos, los meditaban y los limaban cuanto les era posible, siguiendo el consejo de Demóstenes, cuyas oraciones «olian á aceite.»

Poniendo, pues, las cosas bajo su verdadero punto de vista, atendiendo á la fama general de buen predicador que tuvo Sartorio, á la seguridad que él mismo manifestaba de sus conocimientos en oratoria, y sobre todo, á que sus sermones influian en los oyentes, al grado que hacian derramar abundantes lágrimas, aumentar la devocion y que se arrepintiesen muchos pecadores, puede asegurarse que debió tener todas las cualidades necesarias para persuadir y mover: no seria un orador perfecto en toda la extension de la palabra, pero sí creemos que podrá aplicársele algo del *vir bonus peritus dicendi* de los antiguos.

Digitized by Google

III.

EXÁMEN DE LAS POESÍAS DE SARTORIO.

La mayor parte de las poesías de Sartorio versa sobre asuntos sagrados, y el resto se refiere á diversos objetos profanos: gran parte de unas y otras son traducidas principalmente del latin.

Como desgraciadamente el término medio en todas las cosas humanas es lo mas difícil de encontrar, sucedió con la literatura española, que del sistema exagerado y oscuro de Góngora y sus sucesores, se pasó, en el siglo XVIII, no á la claridad y sencillez, sino al prosaismo, de manera que la poesía degeneró en bajeza, flojedad y falta de armonía. D. Tomás Iriarte fué quien principalmente influyó en el establecimiento del prosaismo, debido al ascendiente que tenia entre los literatos de su época, ya por sus talentos, ya por otras circunstancias que no eran absolutamente literarias. Iriarte poseia todas las cualidades necesarias para sobresalir en los géneros templados, como lo dió á conocer principalmente en sus *fábulas;* mas carecia de ingenio para la poesía elevada, así es que no se encuentran en sus composiciones de esta clase, vuelo poético, viveza de afectos, gala en los adornos y, á veces, ni aun armonía en los sonidos. De todas maneras, fué tal su autoridad, que Samaniego llegó á decir:

> En mis versos, Iriarte,
> Yo no quiero mas arte
> Que poner á los tuyos por modelo....

Y como la literatura mexicana antes de la Independencia no fué mas que un reflejo de la española, resultó que así como Sor Juana Inés de la Cruz imitó á Góngora, de la misma manera Sartorio y otros poetas mexicanos de su época imitaron, ya que no precisamente á Iriarte, sí á los de su escuela, la cual procuraremos caracterizar en pocas palabras.

La poesía, segun lo explicamos en la introduccion, es «la representacion sensible del bello ideal «por medio de la palabra,» y no «la imitacion servil de la naturaleza,» la cual es hermoseada, perfeccionada por el poeta. Así pues, quien comprenda el verdadero objeto del arte, tiene que separar de la naturaleza física ó moral lo que hay de feo, bajo, vulgar, innoble, defectuoso, y por el contrario agregar cuanto conciba de bello, en armonía con el objeto de que se trate. El bello ideal se forma, pues, escogiendo y ocultando, quitando y añadiendo. De otra manera el imitador servil de la naturaleza, á lo mas á que puede llegar es á presentar cuadros sin defectos notables, pero tambien sin bellezas artísticas; cuadros fieles y sencillos, pero monótonos y sin animacion.

En la escuela prosaica no se conoce el heroismo ni ninguna pasion sublime, porque el verdadero dominio de la poesía no es el mundo material, sino el espiritual, es decir, las ideas elevadas, las grandes pasiones, los sentimientos profundos; el esfuerzo de lo finito para expresar lo infinito. Cuando la poesía se ocupa en los objetos materiales, aun los mas grandiosos, como los astros y el Océano, lo hace elevándose á su Creador, ó idealizando esos objetos, personificándolos, suponiéndoles cualidades de séres inteligentes. Tratar, pues, de objetos comunes, sean morales ó físicos, y tal como la naturaleza los presenta, es el objeto de la prosa y no de la obra poética.

En cuanto á la forma, supuesto que la palabra es el instrumento de la poesía, debe usarse en armonía con el objeto del arte, es decir, la forma poética debe ser mas escogida que la forma prosaica. En efecto, la poesía tiene expresiones que le son peculiares, epítetos brillantes, comparaciones atrevidas, estilo figurado, y por último, cierta medida que produce armonía musical, cuya perfeccion no se puede encontrar en la prosa mejor combinada.

Ahora bien; los prosaicos pecaban unas veces en la forma, otras en el fondo, y algunas en los dos elementos reunidos.

Esto supuesto, vamos á examinar algunas composiciones de Sartorio.

Para excitar á los fieles á la diligencia, dice:

> No consintamos, no, que la pereza
> Nos venga á dominar del sueño largo,
> Sino largando el lecho con presteza
> Dejemos la modorra y el letargo.

Largar el lecho. El verbo *largar* por dejar ó irse, se usa generalmente en tono familiar ó despreciativo, como cuando en una visita de confianza decimos *me largo*, ó cuando á un criado bribon se le dice *lárgate de mi casa.* Si el escritor usó el verbo *largar* porque quiso manifestar *prisa*, tampoco está bien, porque se halla indicada adelante con la frase adverbial *con presteza.*

> Dejar la modorra y el letargo.

Modorra se usa en estilo muy llano, y ademas supone, infundadamente en el presente caso, que

Digitized by Google

todos los que duermen no lo hacen de una manera tranquila y natural, porque modorra significa *sueño pesado.*

Letargo supone todavía mas que modorra, porque es un accidente peligroso, el cual consiste en la suspension del uso de los sentidos y de las facultades del ánimo; así es que está mal usado, y se comprende que vino arrastrado por *largo.*

En otro lugar describe Sartorio la manera con que la Vírgen vió á Jesucristo en la cruz, con estos versos:

> Tus ojos tiernos viéronlo colgado
> Y al mas amargo extremo reducido,
> Pues lo vieron á azotes destrozado
> Y de llagas abiertas todo herido.

Viéronlo. Lo, es neutro y no puede aplicarse á Jesucristo, aunque esto tiene la disculpa de que así se usa en México y en algunos lugares de España: la Academia española ha sancionado ese uso últimamente.

Colgado. Cuando un muchacho es incorregible suelen decirle sus padres: «has de morir *colgado,*» es decir, colgado de una horca, y por este estilo se usa el adjetivo *colgado* en locuciones familiares. Ademas de esto, *colgado* no es sinónimo de crucificado, porque colgar significa «suspender una cosa en el aire,» y «crucificar es *fijar* ó clavar en la cruz.» Todos estos inconvenientes podrian remediarse con decir *clavado* en lugar de *colgado.*

Comparando á la Vírgen María con una rosa, dice Sartorio:

> Pompea en Abril la rosa muy ufana
> Bostezando suavísimos olores,
> Y bordándole el manto los colores,
> De blanca nieve y encendida grana.

Pompea. Palabra de pronunciacion dura, y que no se usa en buen castellano sino como recíproco, es decir, *pompearse.*

Bostezando suavísimos olores. Es permitido en poesía personificar los objetos, pero con propiedad y belleza; y ni una ni otra circunstancia concurren en el presente caso: aun en las personas, el acto de bostezar no es gracioso ni poético, y mucho menos puede serlo trasladado á una planta por medio de una figura violenta; así es que un escritor de gusto no usaria semejante comparacion, ni aun tratándose de esas plantas que parecen dormir ó recogerse en la nòche, plegando las hojas. Ademas, debe advertirse que *bostezar* es neutro, y en consecuencia, si una rosa bostezara, bostezaría *bostezos,* pero no *olores.* ¿Por qué no se dijo *esparciendo* en lugar de *bostezando*?

Veamos ahora de qué expresion se valió nuestro poeta en el siguiente verso:

> La noble presa que engullido habia
> El tártaro horroroso.....

Nadie dudará que *engullir* es un verbo excesivamente prosaico.

Para pintar la muerte de una persona, usa Sartorio locuciones como esta:

> Ya pasó su trago,
> Creo que felizmente;
> Porque el Dios clemente
> Tierno lo amparó.

Pasar el trago. Tragar solo se usa en estilo muy llano, como cuando significa *devorar,* es decir, comer mucho y muy aprisa, ó cuando se dice «qué tragaderas tiene fulano,» para significar que es muy crédulo; ó bien «tragar saliva,» cuando una persona halla dificultad en dar una contestacion; ó «no poder *tragar* á alguno» por tenerle aversion. De todo esto resulta, que aunque *tragar* y sus derivados se usen en sentido de *desgracia* ó *infortunio,* esto no es propio del estilo poético, porque la acepcion comun de la palabra es vulgar, y no puede despertar mas que ideas vulgares; quedando muy mal cuando se trata de un trance tan serio como el de la muerte.

Hablando del bien de su alma escribió nuestro autor la siguiente cuarteta:

> ¡Oh cuán sana tambien, oh cuán hermosa
> Se verá aparecer, si se halla digna
> De mamar á tus pechos, oh divina
> Vírgen y Madre, leche muy sabrosa!

De mamar á tus pechos, etc. Aun tratándose, no de la Vírgen, sino de una mujer cualquiera, esto no necesitaria comentarios, porque todos saben que la decencia es una de las principales reglas que debe observar todo escritor. Cuando se trata de cosas que pueden ofender el pudor ó el respeto, se deben evitar las expresiones claras, usando de alguna oscuridad, y esto cuando hay necesidad absoluta de expresar cierta clase de ideas; pero cuando no existe esa necesidad, deben omitirse todas las palabras que parezcan poco decentes. En el presente caso, ¿qué necesidad tenia el poeta de locuciones como las que usa para expresar su comunicacion con la Vírgen, cuando en el órden moral é intelectual, y aun en el físico, se pueden escoger tantas imágenes bellas y dignas?

El siguiente soneto es tan malo que merece un exámen particular.

> ¡Cuánto tiempo, oh América, anduviste
> En pos de tu deseada independencia,
> Y á pesar de tu grande diligencia
> (Pobre de tí) hallarla no pudiste!
> Lágrimas tiernas derramabas triste
> Bajo el yugo de dura dependencia,
> Suspirando con ansia, y con vehemencia
> Por la deseada que abrazar quisisté:
> Mas cese el llanto ya, cese el lamento,
> Pues la por quien estabas suspirando
> Ya pareció: ¡qué gozo! ¡qué contento!
> Buscóla, hallóla heróicamente obrando,
> El inclito Iturbide: mira atento,
> Suelo feliz aquí la está abrazando.

Eso de que la América *anduviera con grande di-*

Digitized by Google

ligencia, y la pobre no pudiera hallar lo que buscaba, es la figura mas pobre y prosaica que puede darse, y la idea que nos da es la de un corredor del comercio que anda azotando calles, y *el pobre* no encuentra negocios. Ademas, al 2º verso le sobra una sílaba porque en *de–se–a–da* no hay diptongo. Sin embargo, sobre este particular haremos algunas observaciones al hablar del padre Navarrete.

La deseada, verso 8º Aquí vuelve á medirse mal la palabra *deseada;* pero hay otro defecto todavía de mayor importancia, y es que no se sabe lo que se desea abrazar, y es preciso ocurrir al título del soneto para comprenderlo. No es lícito al poeta ayudarse de esta manera con explicaciones fuera de la composicion, y el soneto exige que en el corto espacio que se le concede *no falte* ni sobre nada.

Pues la por quien. Reunion intolerable de partículas que producen un pésimo sonido.

Ya pareció. Tampoco se sabe aquí lo que pareció sin ocurrir al título, y lo mismo es preciso hacer para comprender el último terceto.

En fin, es de advertir, omitiendo otras cosas, que los versos 10º, 12º y 14º terminan en *ando*, que se considera como consonante de los llamados *triviales*.

Pero acaso todo lo dicho es nada en comparacion de un soneto al Santísimo Sacramento, donde el padre Sartorio llama á la hostia *un bocado*, como si se tratara de un mendrugo de pan ó un pedazo de tocino. *Bocado* significa tambien *veneno*, y entonces es peor: en ese sentido le usa, por ejemplo, Ercilla (canto 32).

Está Jesus para partirse al cielo,
Donde lo llama ya su padre amado;
Pero no quiere, no, su amor sagrado
Dejar al hombre huerfano en el suelo:
Llama á consejo, pues, su ardiente anhelo,
Su poder, su saber: los que han trazado
Se quede con el hombre *en un bocado*
A sustentarlo, bajo un blanco velo.

Algunas ocasiones se divertia Sartorio en componer versos de sociedad, familiares; y si en el estilo elevado incurrió en los defectos que hemos señalado, ya podremos figurarnos lo que sucederia en el estilo llano. Bastarán algunos ejemplos, no siendo ya necesario divagarnos en observaciones, porque el lector menos instruido puede hacerlas por sí mismo.

PARA DAR DIAS.

En este dia
De San Gregorio
José Sartorio
Tierno y cordial
Su dia santo
Le felicita
A Mariquita
La Sandoval

A Mariquita
La Montes de Oca
A él le toca
Bienes desear,
Y así le pide
Al gran Señor
Que á ella de amor
Quiera llenar.

Hijito José María,
Sábete que en el dia de hoy
Tambien á tí los dias doy
Por ser hoy tambien tu dia

PÉSAME.

Tuviste, hijita, el pesar
De la muerte de tu tia;
Y en tu pesar la alma mia
Te ha sabido acompañar:
Mas te debe consolar
Lo que ya voy á exponerte:
Y es que ella muere de suerte;
Y fué tan felice su hora
Que me dijo su rectora
Que fué envidiable su muerte.

CANCION.

Cantad, pastorcitos,
Con suaves acentos
El arrorro roro
Al Niño del cielo.
Descansa ahora, Niño,
En aquese tierno
Regazo apacible,
Catre hermoso y bello.

Que ahí llegará un dia
En que en duro leño
A tus miembros blandos
Servirá de lecho.
Toma ahora el suave
Nectáreo alimento,
Que unos pechos castos
Te están ofreciendo.

EPITAFIO A UN PERRO LLAMADO EL MONO.

Ya el pobre mono acabó
Al golpe cruel y violento
Con un sereno sangriento
Sin lástima lo mató.
¡Pobre infeliz, ya yo no
Veré á mi mono querido!
Mas lo que mas he sentido
No es ciertamente su muerte;
Sí la lamentable suerte
Con que el pobre ha fallecido.

A LA SANGRE DE JESUS Y A LA LECHE DE MARIA.

Llena de mil aflicciones,
Falta de toda alegría,
Yace la triste alma mia
Enferma de sus pasiones;
Mas si bien en sus traiciones
De la muerte el riesgo llevo,
A prometerme me atrevo
La salud, si (como la amo)
De María la leche mamo,
De Jesus la sangre bebo.
En esta sangre divina,
Y en esta leche sabrosa,
Se ofrece á mi alma achacosa
Saludable medecina.
Si el torpe amor encamina
Su saeta á mi interior,
Si á gustar llego el sabor
De la leche de María,
Vénus queda al punto fria,
Al punto helado el amor.

Digitized by Google

Despues de todo lo dicho se comprenderá fácilmente que, en lo general hablando, el padre Sartorio era poco á propósito para traducir los salmos y otras oraciones de la iglesia que pertenecen al género sublime, bastando manifestar una circunstancia que caracteriza el mal gusto que solia tener nuestro autor, y es que tradujo el *Pange lingua* en versos de cuatro sílabas, que solo quedan bien en composiciones como la fábula de la ardilla y el caballo.

Señor mio
De ese brío
Ligereza
Y destreza....

Aun se conoce que á veces el padre Sartorio tenia dificultad para versificar, y en estos casos no se paraba en medios para conseguirlo, ya usando palabras bárbaras, ya tomándose licencias indebidas, ya valiéndose de calificativos impropios, ya poniendo algunos ripios. Ejemplos:

Mientras al Hijo hieren
Las espinas, los clavos y la lanza,
A la Madre le infieren
Tal tristeza, que alcanza
A enternecer las breñas
Y á hacer pedazos las mas duras peñas.

Infieren por *infunden* no es castellano, porque inferir significa sacar consecuencia, deducir, y en lo antiguo *incluir*. Así, pues, nada tan impropio como la frase comun en México *inferir heridas*.

El huevo fresco, el vino colorado,
El caldo con gordura, el pan floreado,
A la humana le dan naturaleza
Alimento precioso, pues sin lucha
Ofrecen con largueza
En poca cantidad sustancia mucha.

«A la humana le dan naturaleza» por «le dan á la naturaleza humana,» es una trasposicion violenta que no debe admitirse, pues parece que á *la humana* le van á dar algo, y que ese algo es *naturaleza*.

Abre mortal, esa honda sepultura
Y mira atentamente, en qué han parado
Las riquezas, las honras, la hermosura,
El pobre, el rico, el bajo, el potentado.
Mira aquesa osamenta fria y dura,
Lee en ese libro desencuadernado,
Estudia ese esqueleto y calavera,
Si quieres ver el triste fin, que espera.

Pasando en silencio muchos defectos de esta pésima octava, solo diremos que para consonar *calavera* con *espera* ha quedado la oracion sin sentido, porque no se dice á quién se le espera, faltando el pronombre *te*, que por no caber en el verso le omitió el padre.

No respeta tu guadaña
Las canas, ni la niñez,
Todo *lo holla* tu altivez
Nada perdona tu saña.

Holla por *huella* no solo está mal conjugado, sino que como *holla* es homofoneo de *olla*, despierta ideas muy diferentes de las que convienen á la poesía. Bien podia haberse dicho «todo lo *aja* tu altivez.»

Pues si estos son imposibles
Que no abarca la razon,
¿Cómo es posible esté alegre,
Cuando tú estás triste, yo?

La trasposicion forzadísima de *yo* es manifiesta, y ademas es defectuoso, aun en prosa, que un período termine por monosílabo.

De la nueva Salém el santo coro
Hoy con nueva dulzura,
Colmado de ternura,
Entone y trine un cántico sonoro,
La pascua celebrando
Con sóbrio gozo y con acento blando.

El adjetivo *sóbrio* aplicado á gozo es impropio porque generalmente significa «templado en comer y beber;» pero aun en la acepcion general de *moderado* está mal, porque no se comprende la razon para que el gozo se limite en el presente caso, y cuando, por el contrario, la idea de la estrofa exige otro adjetivo que indique mas animacion

Si tu sangre ¡oh Jesus! santa y preciosa
Se digna de limpiar mi fea sentina,
Hallará saludable medicina,
Para todo su mal mi alma achacosa.

El adjetivo *fea* aplicado á sentina no da la calificacion conveniente, porque *lo feo* desagrada á la vista, y la sentina al olfato, resultando tambien una figura de retórica algo sucia al comparar el alma con un lugar lleno de inmundicias y mal olor: el arte no solo prohibe las palabras que ofenden el pudor sino tambien las expresiones groseras y las que excitan ideas desagradables y asquerosas.

Alma achacosa: el adjetivo *achacoso* es prosaico y no significa lo mismo que se quiso dar á entender, con *fea sentina*, es decir, que el alma estaba *muy sucia* por el pecado: en efecto, achacoso es un adjetivo que se aplica á las enfermedades leves, habituales, de poca importancia.

Y no obstante estos defectos en que solia incurrir Sartorio por formar verso, algunas veces no evitaba ni la cacofonia ni la falta de medida. Como de uno y otro defecto hemos presentado ya algunos ejemplos, nos limitaremos á poner otros pocos.

La oscura noche con su faz sombría
A la tierra llenaba de tristeza;
Porque del sol no veia la lindeza,
Ni sus dulces influencias recibia.

En el tercer verso sobra una sílaba, porque en veia no hay triptongo.

Mas que los hombres hayan aplicado
A otros hombres, de Dios los altos nombres,
Eso no debia ser, no es acertado.

Digitized by Google

Hombres en el primer verso, y en el segundo otra vez *hombres* y luego *nombres*, suenan muy mal: el arte métrico enseña que en un mismo verso no haya consonantes, ni aun asonantes.

En el mismo defecto se incurre en el tercer verso de los que siguen.

Jesus, fruto precioso
Del vientre de María,
Senos *via*, luz y *guia*
En el mar tempestuoso,
De este mundo inclemente
Hasta llegar al reino permanente.

Igual observacion hay que hacer al verso último de la estrofa siguiente:

Ave, Vírgen querida
Semejante á la plata acrisolada,
Que en la llama encendida,
Del fuego mundanal nunca abrasada
Y con santa entereza
Permaneciste *ilesa* en tu *pureza*.

Pero basta de reprobar.

« *Qui legis, tuam reprendo si mea laudas*
Omnia, stultitiam; si nihil, invidiam. »

Lo primero que debemos decir en defensa de Sartorio, es que el único objeto con que escribió sus poesías fué el de entretenerse en los ratos que le quedaban libres de sus muchas y graves ocupaciones, de manera que nunca permitió durante su vida que se publicaran aquellas, manifestando que necesitaban reforma. A su muerte fué cuando un amigo se apoderó de sus manuscritos, y los publicó con la advertencia de que Sartorio los habia dejado desordenados y que estaban sin correccion alguna, porque el autor nunca creyó que se imprimieran sus versos.

Esta advertencia es de la mayor importancia, pues todo el que escribe sabe, por propia experiencia, con qué facilidad se incurre en errores y en equivocaciones, muchas veces por mera distraccion, y tanto mas fácilmente cuando se trata de la forma ó el mecanismo de una composicion. Para que una obra salga lo menos mal posible, es preciso que otro la revise, porque el autor mismo se familiariza mas y mas con sus propios defectos cada vez que lee sus borradores: es necesario, ademas, tener copistas fieles y de alguna inteligencia, y por último, agotar el cuidado aun en los momentos de la impresion. Se cuenta del célebre Molière que leia sus manuscritos á la cocinera, porque queria que todo el mundo le dijese lo que se hallaba de chocante en sus producciones.

¡Cuánta disculpa no tiene, pues, un escritor como Sartorio, que ni corrigió sus poesías, ni las dió á revisar, ni atendió á que se copiasen bien, ni pudo vigilar su impresion!

Es seguro que Sartorio, al imprimir sus composiciones hubiera omitido algunas y reformado las otras, cosa que el editor no podia hacer, y cumplió mejor con su encargo imprimiendo las poesías de nuestro autor tal como las encontró. Al crítico es á quien corresponde hacer mérito de todas las circunstancias que concurran en la publicacion de una obra para condenarla ó para defenderla.

No obstante el mal estado en que Sartorio dejó sus poesías, se encuentran varias medianas y algunas buenas, siendo una prueba de lo que pudo haber hecho si, por una parte, se hubiera dedicado mas á la poesía, y si por otra hubiera meditado y corregido lo que escribió. Examinando con cuidado los siete tomos de composiciones poéticas de Sartorio, pueden sacarse *algunas perlas del estiércol*, como decia Virgilio hablando de Enio.

El carácter predominante de esas poesías es *el amor divino* expresado con ternura y uncion, principalmente cuando el poeta se dirige á la Vírgen María, y á cuyos afectos reune cierto sentimiento de patriotismo si habla de la Vírgen de Guadalupe, patrona de los mexicanos, y venerada en el país por el recuerdo de una antigua y poética tradicion.

Prescindiendo de creencias religiosas, que no es de este lugar discutir, solo observaremos dos circunstancias: en primer lugar, que todas las naciones han fundado lo mas bello de sus composiciones poéticas en las tradiciones religiosas, desde la mas remota antigüedad, pues como dice Opitz: « La poesía no fué al principio mas que una teología secreta, una enseñanza de las cosas divinas. » En segundo lugar, que el arte no puede hallár un amor mas poético que el de la Vírgen María. Oigamos sobre este particular lo que dice Hegel hablando del amor religioso, á cuyo autor nadie tachará ciertamente de crédulo ni de fanático.

Segun este filósofo, el amor por sus diversos caractéres nos ofrece una belleza ideal; pero el amor por excelencia es el amor á Dios, y Dios está representado humanamente por Jesucristo: de esta manera el carácter del amor divino es mas perfecto en el arte cristiano que en el griego, porque en este la individualidad, la personalidad eran muy débiles, mientras que en Jesucristo el amor toma un carácter determinado. « Pero el objeto mas accesible al arte, agrega el mismo autor, y en particular el mas favorable á la imaginacion romántica, es el amor de la Vírgen, el amor maternal. Eminentemente real y humano, es al mismo tiempo enteramente espiritual, desinteresado, purificado de todo deseo, sin tener nada sensible, y siendo sin embargo visible, encierra una alegría interior, una felicidad absoluta. »

Pero el que quiera convencerse mas acerca de este punto, estudie en el *Genio del cristianismo* de Chateaubriand la segunda parte que trata de *lo poético del cristianismo*, y allí verá entre otras cosas, que la religion cristiana no solo aumenta el efecto artístico de las pasiones, sino que ella misma es una pasion, con sus trasportes, sus ardores, sus suspiros, sus alegrías y sus lágrimas.

De esa pasion estaba poseido Sartorio en el mas alto grado, y fué la única que conmovió su corazon sencillo y justo.

Digitized by Google

Esto supuesto, comenzaremos por examinar las siguientes estrofas pertenecientes al «Himnario de Nuestra Señora.»

Ave, puerta preciosa
Por dó la libertad al mundo vino,
Aula majestuosa
Dó tiene su mansion el Uno y Trino,
De Dios solemne templo,
Salud del orbe, del mortal ejemplo.

Ave, escala eminente,
Que te elevas del cielo hasta la cumbre,
A tí Vírgen clemente
Clamo lleno de pena y pesadumbre,
Porque de tempestades
Me libren desde el cielo tus piedades.

Ave, Vírgen hermosa,
Cuya carne purísima y sagrada
Respira como rosa
Suave olor, fragancia delicada,
Y cuya mente pía
Mora en el bien y vive en la alegría.

Ave, Vírgen preciosa,
De vivas aguas vena indeficiente,
Por tí su onda copiosa
Derrame sobre mí la viva fuente,
Y así de ella regado
Quede mi corazon todo embriagado.

Ave, única paloma,
Singular Vírgen, verdadera fuente,
De dó mana y asoma
La salud verdadera, el bello oriente,
Y de aquella Luz Madre
De quien es Dios el verdadero Padre.

Ave, Vírgen preclara,
Hermosura á toda otra preferida,
Cuya brillante cara,
Cuyo esplendor, cuya beldad lucida,
Atónitos admiran
Los que en el cielo príncipes la miran.

Ave, Vírgen entre ellas
La mas grande y feliz, la primitiva,
Que entre todas descuellas,
Vara feráz, como la hermosa oliva,
Pues le trajiste al mundo
De flor divina, el gérmen sin segundo.

Ave, lustre y decoro
De la santa cristiana disciplina,
De luz rico tesoro
Mas brillante que estrella matutina,
Tú, del gran sol aurora,
A tu Hijo siempre por nosotros ora.

El objeto de esta composicion, como inmediatamente se percibe, es entonar alabanzas en loor de la Vírgen, y aunque parece fácil su desempeño porque el pensamiento es uno mismo en todas las estrofas, en ello cabalmente está la dificultad: el poeta tiene que sostener el interes por medio de la diversidad de formas, y ensayando todos los recursos del arte para no caer en la monotonía.

Sartorio usa con felicidad de las bellas imágenes que el cristianismo ha aplicado á María: *puerta preciosa*, porque ella abrió el camino de la libertad moral al género humano; *escala eminente*, porque María es el camino mas seguro que encuentra el cristiano para subir al cielo; *vara feraz*, porque ella produjo el vástago mas valioso de todos los tiempos.

Y no se crea que este modo de hablar pertenece únicamente al misticismo, sino que es de todos los tiempos y de todos los países. Para citar un solo ejemplo diremos que el aleman Goëthe en «El canto de Mahoma,» representa la rápida propagacion de su doctrina por medio de una fuente escasa y pobre al principio; pero aumentada despues hasta formar un torrente impetuoso.

Las comparaciones de que en otros lugares usa Sartorio, son semejantes á las que se ven en los libros sagrados, como cuando llama á la Vírgen *paloma*.

En cuanto á la forma de la composicion de que vamos hablando, tiene las cualidades que piden la gramática y el arte poética, es decir, claridad, correccion, armonía, fluidez y estilo animado, como lo requiere el asunto. El metro es el mas á propósito para la cancion, versos de siete y once sílabas. Los adjetivos son propios y significativos: *aula majestuosa*, porque aula tiene la acepcion de «palacio de algun príncipe ó soberano, á quien se da el tratamiento de *majestad*.» *Vara indeficiente*, porque todo lo que viene de la Vírgen no puede dejar de existir. *Vírgen singular*, porque no hay mas que una sola. Algunas licencias que se toma Sartorio, como dar plural al sustantivo *piedad*, creemos que son de las permitidas á los poetas, y muchas mayores libertades vemos en los príncipes de todas las literaturas. Lo censurable en la composicion de Sartorio, son las expresiones prosaicas *carne* y *cara*, (estrofas 3ª y 6ª) defecto de que rara vez se libraba completamente nuestro autor.

Del mismo género que la anterior hay otras varias composiciones de Sartorio bajo el nombre de *Partenio*, poeta griego que floreció medio siglo antes de Jesucristo, y del cual solo nos queda un libro en prosa, intitulado: «Afectos de los amantes.» La coleccion de poesías que con el nombre de *Partenio* compuso Sartorio, pudiera llamarse en el lenguaje moderno «El Album de María.»

No es posible copiar todas las composiciones de esa clase que nos parecen de mérito, porque esto solo podria hacerse en una antología. Nos contentaremos, pues, con insertar lo siguiente.

El Alma ausente de María.

Avecillas tiernas,
Flores de escarlata,
Encumbrados pinos,
Encinas copadas.

Erguidos cipreses,
Fresquísimas hayas,
Laureles frondosos,
Prados de esmeralda.

Digitized by Google

Retozonas fuentes,
Cristalinas aguas,
Dulcísimas frutas,
Sublimes montañas.

Yo no vengo, no,
A esta amena estancia,
A que deis alivio
A mi pena amarga.

Solo vengo, sí,
A exhalar mis ansias,
Lanzando suspiros
Del fondo del alma.

No, no me divierten,
Flores, vuestras galas,
Aves, vuestros tonos,
Fuentes, vuestras aguas.

No, no me consuelan
Frutas sazonadas;
Ni árboles vestidos
De pompa galana.

Solo llorar quiero,
Suspirar me agrada,
Desahogando un poco
Una ardiente llama.

Sabed que mi pecho
Campo es de batalla
De un amor ardiente,
De una ausencia brava.

A cierta hermosura
Divina y gallarda,
Mis potencias todas
Le tengo entregadas.

Millones de leguas
De ella me separan,
Que es su domicilio
La esfera mas alta.

Tiene en el Empíreo
Su elevada casa,
Donde le hacen trono
Querúbicas alas.

Mas para ir al reino,
Donde es su morada,
Fuerza es que la muerte
Los caminos abra.

¿Cuándo vendras, muerte?
Cierto eres tirana,
Vienes si te huyen,
Huyes si te llaman.

Pero de mi reina
Son las prendas tantas,
Que por ir á verla
La muerte es deseada.

Es sobremanera
Linda y agraciada,
Cuantos la conocen
Tiernísimos la aman.

Si vosotras juicio
Y razon gozárais,
Por ella os muriérais,
Aves y montañas.

Aves, respondedme;
Habladme, montañas,
Arboles, decidlo,
¿No es pena extremada?

Bellas fuentecillas,
Serán aumentadas
Con las de mis ojos
Vuestras aguas claras.

Aquí me estaré
Llorando, hasta que haga
Dios, que llegue el dia
De ver á mi amada.

Valiéndose el poeta de una apóstrofe continua, comienza por enumerar los objetos mas bellos del campo, y despues expresa la pasion que le enajena; pasion que no le permite gozar de las bellezas que tiene á la vista, y cuyo pensamiento es verdadero, está fundado en la observacion del corazon humano: á los ojos del hombre apasionado las cosas se ofuscan ó las aplica á la idea que le domina, y esto último hace Sartorio, pues concluye por asociar á su dolor los objetos que describe. Para todo esto el poeta usa calificativos propios, imágenes graciosas, estilo tierno y sencillo, lenguaje correcto, versificacion fluida y natural, guardando siempre la ley del buen romance, y es que el asonante vaya en los versos pares. No hemos observado mas que una falta notable, que bien merece disimularse visto lo demas de la composicion: el adjetivo *brava* aplicado á ausencia. *Tiernísimo* (v. 69) no es conforme á las reglas de la gramática, sino *ternísimo;* pero muchos usan lo primero.

Veamos ahora con qué vehemencia desafia Partenio, en otro romance, al mundo todo, confiado en que nada será bastante á apartarle de su amor: pocos defectos notará el lector en este romance.

Conjúrese todo el mundo
Contra este amante dichoso,
Que no podrá derribarlo
De su amor el mundo todo.

A los amantes terrenos
Jamas les sirven de estorbo
Las penas, ni los trabajos
Para disfrutar sus gozos.

Ni las importunas lluvias
Bastan á hacerlos medrosos,
Ni de la noche rocíos,
Ni de la nieve los copos.

Sople en buena hora huracanes
Airado el furioso Noto,
Rayos despida de fuego
Encendido rubio Apolo.

Tienda la noche su manto,
Negro capuz horroroso,
Y en cada sombra amenace
Un peligro no remoto.

Digitized by Google

Despidan preñadas nubes
Entre sus estruendos roncos,
Relámpagos que intimidan,
Rayos que causan asombro.

Ronde el umbral de su dama
Algun rival poderoso,
Que quiera infundirle miedos
Con el acero ó el plomo.

Ninguno de estos peligros
Pone á sus amores coto,
Que á extinguir su ardiente llama
No bastan tan recios soplos.

Así saben ser constantes
De este mundo amantes locos
Por unos ídolos viles
Que son iman de sus votos.

¿Y han de merecer acaso
Unos amores de polvo,
Unos amores de tierra
Más que unos amores de oro?

No, que no han de ser bastantes
Los reveses mas furiosos
A derribar á un amante
Asido á mas fuerte tronco.

Asido estoy á María:
Venid rayos, soplad Noto;
Y aun vosotras embestidme,
Sañudas furias del orco.

Que no podreis extinguirme,
Por mas que os mostreis rabiosos,
El fuego con que me abraso,
El amor con que la adoro.

Como ejemplo de las demas poesías sagradas de Sartorio, solo presentaremos una para no extendernos demasiado.

HIMNO Á SANTA BÁRBARA.

Dios te guarde, gloriosa
Bárbara, niña bella,
Generosa doncella,
Del paraíso rosa,
Blanquísima azucena
De olor fragante, de candores llena.

De beldad tierno encanto,
Lavada felizmente
En la sagrada fuente
Del amor dulce y santo,
Dulce, mansa, devota,
Vaso que olores de virtudes brota.

Altamente félice
Escuchas al esposo
Que con tono amoroso
Te convida y te dice:
«Ven mi bella, mi amada,
Con diadema inmortal serás ornada.»

Bella como la luna,
Cuando en su lleno brilla,
Vas con planta sencilla
Y envidiable fortuna,
Al son de un nuevo canto,
Al cordero siguiendo, esposo santo.

Dispuesta y prevenida
Con las virtudes todas,
A las divinas bodas
Te miras admitida,
Y llena de alborozo
Nadando estás en el eterno gozo.

Margarita brillante,
Que esmaltas luminosa
La corona gloriosa
De tu Jesus amante,
En mi vida, en mi muerte,
Séme propicia hasta llegar á verte.

Animacion, naturalidad, bellas imágenes, locuciones propias, buena versificacion, todo esto recomienda al precioso himno que precede, en el cual no hemos advertido ningun defecto notable. *Brotar olores*, y *planta sencilla* parecen mal al pronto, pero pueden admitirse: *brotar* significa *arrojar*, en su sentido mas lato, y arrojar se dice cabalmente, segun nuestros diccionarios, de las flores y aromas que exhalan fragancia. «Ir con planta sencilla» significa «dirigirse á un fin con ingenuidad, sin doblez ni engaño,» y esta acepcion tiene, entre otras, el adjetivo *sencillo*.

Refiriéndonos á otra clase de composiciones, diremos que Sartorio escribió muchos sonetos; pero apenas se encuentra uno que otro regular. En lo que sí sobresalió fué en los epígramas, como lo demuestran los siguientes ejemplos.

EPIGRAMAS ORIGINALES.

Tibulo, no te envidio
El fuego de los versos que has formado,
Ni á tí tampoco, Ovidio,
Pues los que yo á mi Reina le he cantado,
Si no son tan fogosos, desde luego
Tienen mas noble ardor y mejor fuego.

A uno que leyendo pronunció Telesfóro y Heliódoro.

Si lo quieres acertar
Dando á cada uno su tono,
El omega de Telésforo
Aplícaselo á Heliodoro.

OTRO.

Por pronunciar *labios cárdenos*,
Cárdenas dijo *cardénos:*
No hay disculpa, su apellido
Le está acordando el acento.

En elogio del Ticiano.

Prometiste presentar
En una sola pintura
Cuanta se puede hermosura
En tierra y en cielo hallar.
Con pincel, pues, singular,
A María pintó tu mano,

Digitized by Google

Y á su Hijo soberano
En los brazos le pusiste:
Ya tu palabra cumpliste,
Ya nada debes, Ticiano.

Epígramas traducidos.

En lágrimas nacemos,
En lágrimas la vida está empapada,
La vida en fin perdemos
En lágrimas, al fin de la jornada:
Con razon se apellida
Triste valle de lágrimas la vida.

De tantas, como vierte
Continuamente el hombre miserable,
La mano de la muerte
Muchas viene á enjugarle favorable;
Mas del Dios soberano
Todas al justo enjugará la mano.

A un cojo, borracho y casquivano.

En el andar Vulcano,
En la cabeza Eolo,
En la boca Lieo,
Tres dioses llevas en un cuerpo solo.

Habla Laís, cortesana anciana.

A Vénus, dedico ya
Mi espejo, yo Laís rugosa:
A ella como siempre hermosa
Siempre servirle podrá.
Esta luna lisonjera
Ya no me sirve, pues hoy,
Ni me quiero ver cual soy,
Ni me puedo ver cual era.

Un cojo y un ciego.

Montado un cojo en un ciego
Uno á otro socorro da:
El pobre ciego ve ya,
Y el cojo camina luego.
Pues se prestan sin enojos
Con recíproco interes,
El ciego al cojo los piés,
Y el cojo al ciego los ojos.

Número de las gracias.

Tres gracias habia; despues
Ya cuatro contaba yo:
En fin, pues Lesbia murió,
Han vuelto á quedar en tres.

A un narigon.

Nunca puedes, infeliz,
Sonarte á mano, Pontano,
Que aunque es tan grande tu mano,
Es menor que tu nariz.
Si llegas á estornudar
No percibes el ruido:
Tan distante está tu oido
De tu nariz singular.

Diremos, para concluir, que entre las poesías de Sartorio se encuentra una que otra fabulilla ingeniosa, como la siguiente:

La victoria del perico.

A un perico su dueño con esmero
Que dijese *victoria* habia enseñado,
Y él de dia y de noche vocinglero
Canta *victoria*, sin haber triunfado.
Viniendo un dia un gavilan ligero
Arrebata al perico descuidado;
Y entre las garras del ladron tremendo,
El, *victoria*, *victoria* iba diciendo.

IV.

RESÚMEN Y CONCLUSION.

Basta lo dicho para que podamos formar un juicia definitivo acerca de Sartorio, resumiendo todo lo observado hasta aquí.

El defecto general de sus poesías es el *prosaismo*, unas veces en la forma, otras en el fondo, ó bien en una y en otro. Ya hemos explicado en qué consiste el prosaismo.

El prosaismo no nació en México, sino que vino de España; pero en Sartorio se marca mas que en cualquier otro poeta español ó mexicano, á virtud de *la incorreccion* en que dejó sus poesías, con la cual se han publicado, y de que sin embargo no se debe culpar á nuestro autor, segun lo hemos dicho.

No obstante esa incorreccion, hay poesías buenas de Sartorio, en el género templado, como los epígramas que hemos trascrito.

En el género elevado nunca pudo llegar nuestro poeta á la sublimidad de los salmos y otras oraciones de la Iglesia, ni aun como simple traductor; pero sí encontramos algunos de sus himnos y otras composiciones, donde hay ternura, animacion y aun vehemencia para expresar la pasion que le dominara *el amor divino*, que fué el móvil casi único de sus producciones.

Se advierte, pues, con facilidad que á Sartorio no le faltaba enteramente inspiracion poética, y pue-

Digitized by Google

de asegurarse que ciertas correcciones serian bastantes para que una parte de sus poesías pudieran considerarse como de mérito.

Alguna vez se publicará una coleccion escogida de poesías mexicanas, y entonces el colector podrá hacer á las de Sartorio algunas correcciones de aquellas que se habria permitido un amigo del autor, si le hubiera dado á revisar sus composiciones. Esto nos parece lícito tratándose de un hombre que dió muestras de saber escribir, y del cual nos consta que no corrigió sus manuscristos: es, pues, de presumir muy racionalmente, que el que produjo algunos trabajos apreciables podia haber pulido con acierto el resto de sus obras. Hechas á las poesías de Sartorio las correcciones debidas, saldria del olvido ese hombre virtuoso y sabio, á quien amaron y respetaron los que le conocieron: la posteridad no debe ser menos justa con su memoria.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

FR. MANUEL NAVARRETE.

Digitized by Google

FRAY MANUEL NAVARRETE.

I

BIOGRAFÍA.

Por el año de 1805 aparecian en el Diario de México algunas composiciones poéticas de mérito poco comun, y al calce de ellas solo se veia indicado el nombre del autor con las iniciales F. M. N., ó enteramente oculto bajo el seudónimo Anfriso. ¿Quién será ese poeta, tierno unas veces, patético otras, siempre natural y correcto? preguntaban al editor los hombres sensibles á las bellezas literarias.

Nadie le conocia; pero todos convenian en ensalzar sus composiciones, y la reunion de poetas mexicanos establecida en la capital con el nombre de *Arcadia* le nombró su *Mayoral*, y aun algunos quisieron irle á buscar á los lugares de donde venian sus producciones.

Y sin embargo, aquel poeta que tanto agradaba á sus contemporáneos, no era un sabio de fama ni un estudiante que hubiera recorrido las aulas y las Academias de Europa; mucho menos un hombre notable por su posicion social ó por su influjo. El poeta desconocido no era mas que un fraile humilde, un hombre sencillo, un escritor modesto, Fr. Manuel Navarrete.

La vida de este insigne mexicano no tiene absolutamente nada de singular: fué la de un pobre religioso retirado del mundo, y sin aspiraciones de ninguna clase. El mérito y la celebridad de Navarrete consisten en el talento con que le dotó el cielo, y en las obras que su talento produjo.

Nació en Zamora de Michoacán, el dia 16 de Junio de 1768. Fueron sus padres D. Juan María Martinez de Navarrete y Doña María Teresa Ochoa y Abadiano, naturales de la misma villa, y de hidalgo linaje, aunque de escasa fortuna.

Pasó Navarrete su infancia en el lugar donde nació, y allí aprendió primeras letras y latin; pero por la escasez pecuniaria de su familia fué enviado á México, todavía niño, con el objeto de dedicarle al comercio, y en efecto estuvo destinado algunos años en una tienda, situada en el portal de la Diputacion, donde se distinguió por su probidad é inteligencia en los negocios que se le confiaron.

Pero no eran las pequeñeces de la vida mercantil las que podian satisfacer á un hombre de carácter tan elevado como Navarrete, y sintiéndose al mismo tiempo movido por el sentimiento religioso, se decidió á entrar de fraile, y en efecto lo verificó trasladándose á Querétaro, donde tomó el hábito de San Francisco, como novicio, haciendo mas adelante su profesion.

Su nuevo estado no solo le permitia dedicarse al estudio sino que le obligaba á ello, así es que en el convento del Pueblito se perfeccionó en el latin, estudiando mas adelante filosofía, en Celaya, donde escribió sus primeras composiciones poéticas que continuó sucesivamente siempre que se lo permitian las obligaciones de su estado. En las aulas donde Navarrete cursaba filosofía se hallaba en boga la escolástica; pero él se aficionó á la moderna de tal manera, que abandonó á sus maestros, y con otro religioso estudió la filosofía de Altieri. Despues de tres años que dedicó á la filosofía volvió á Querétaro donde aprendió teología.

Terminados sus estudios pudo nuestro religioso dedicarse al ejercicio de su ministerio, y obtuvo la cátedra de latinidad en el convento grande, de donde pasó despues á Valladolid, ciudad en que vivió mucho tiempo, hasta la época en que fué nombrado predicador en los distritos de Rio Verde y Silao,

Digitized by Google

predicando allí la palabra de Dios con notable fervor y celo.

Ya en los últimos años de su vida fué nombrado cura párroco de la villa de San Antonio de Tula, en la intendencia de San Luis Potosí, y finalmente pasó al Real de minas de Tlalpujahua, como guardian, donde falleció el 19 de Julio de 1809, á los cuarenta y un años de edad. Una pérdida lamentable precedió á su muerte: poco antes de espirar procuró quedarse solo, y quemó sus manuscritos, entre los cuales probablemente perecieron algunas comedias que hay indicios de que compuso.

La muerte de nuestro poeta no solo fué llorada por los amigos de las musas, sino por todas las personas que le conocieron, pues á su talento é instruccion reunia un buen carácter, sentimientos nobles y generosos, modales finos y conversacion agradable. Aun la figura de Navarrete le recomendaba: era de elevada y airosa estatura, color blanco, ojos azules, pelo castaño y rizo, semblante halagüeño. Sobre todo, era notable por su modestia, que rayaba en la timidez, pues en mas de once años no se atrevió á publicar ninguna de sus producciones, lo que sin embargo fué útil, porque en ese tiempo las revisó y pulió.

Despues de muerto Navarrete se reunieron, con el objeto de que se imprimieran todas juntas, sus composiciones inéditas que escaparon del fuego, y las que habia publicado: se han hecho hasta ahora tres ediciones, una en México, otra en el Perú y otra en Paris. Esta última es la que tenemos á la vista, y nos servirá para escribir el siguiente exámen.

II.

DEFENSA DE NAVARRETE.

El mérito indisputable que adorna las poesías de Fr. Manuel Navarrete ha hecho que sea uno de nuestros poetas mas conocidos fuera del país; pero se han señalado á sus composiciones ciertos defectos, respecto á los cuales hay que hacer algunas observaciones que notablemente los atenúan. Esos defectos son dos: la asociacion de la teología y la mitología, y la frecuente reunion de vocales donde no hay diptongo.

Para disculpar á Navarrete del primer cargo, no seremos nosotros quienes sostengamos que la mitología griega es superior á la teología cristiana, bajo el punto de vista artístico, porque estamos persuadidos de lo contrario; lo que haremos únicamente es recordar que las alusiones mitológicas han dominado de tal manera en la poesía moderna, profana y sagrada, que no hay motivo para extrañar ese uso en Navarrete, ni, en consecuencia, para censurarle como se ha hecho, citándose, entre otros, los pasajes siguientes:

El soneto de Navarrete á la Concepcion de la Vírgen, comienza:

> En su mente divina preparaba
> El alto *Jove* la beldad mas pura....

En la octava de la paráfrasis que hizo de aquellas palabras de Job: *Vocabis me et ego respondo tibi*, se leen estos versos:

> No porque ahora me veis cual *Prometeo*
> Atado sin tener auxilio alguno,
> Me abandoneis, ingratos, al *Leteo*.

Por chocantes que sean esas alusiones mitológicas, veamos si tal uso ha dominado ó no, entre los poetas, no obstante las observaciones que en diversos tiempos se han hecho contra la mitología griega, y que será lo primero de que demos una breve noticia.

El picante Luciano, en el siglo II, es el primer escritor que recordamos se haya burlado de las divinidades mitológicas.

En el siglo XVII el poeta latino Santeuil de Saint Víctor, escribió una apología de la fábula; pero un hermano suyo la refutó, y Santeuil confesó que la razon estaba de parte de su hermano.

El gran Bossuet censuró al mismo Santeuil, tan solo por haber empleado la palabra *Pomona* en una composicion donde hablaba del jardin de Versalles.

Mas adelante, el conocido escritor Rollin examinó detenidamente la siguiente proposicion: «Si es permitido á los poetas cristianos emplear en sus composiciones los nombres de las divinidades paganas.» El dictámen de Rollin fué enteramente contrario al uso de la Mitología, tanto bajo el punto de vista artístico como bajo el punto de vista religioso.

Entre los modernos, el escritor que ha desarrollado el sistema anti-mitológico, el que mas minuciosamente ha hecho ver la superioridad artística del cristianismo sobre el politeismo, es Chateaubriand, en su conocida obra el *Genio del cristianismo*.

Un autor mas moderno, Hegel, en su excelente *Curso de Estética*, ha tratado la misma materia que

Digitized by Google

Chateaubriand, aunque de una manera menos extensa, pero mas elevada, mas profunda, mas filosófica.

Hé aquí, en resúmen, las observaciones de Hegel contra la Mitología griega:

«La pluralidad de dioses y su diversidad hacen de ellos existencias accidentales, y esa multiplicidad no puede satisfacer á la razon: el pensamiento los aniquila y los hace reconcentrar en la divinidad única. Los dioses, por otra parte, no permanecen en la tranquilidad divina; toman parte en los intereses y en las pasiones humanas, y se mezclan en los acontecimientos de la vida, todo lo cual destruye su majestad y contradice su grandeza, su dignidad y su hermosura. Aun en la escultura griega se nota, en los dioses, algo de inanimado, de insensible, de frio, cierto aire de tristeza que indica haber algo mas poderoso que ellos, y efectivamente, los dioses, lo mismo que los hombres, están sometidos al *Destino*, unidad suprema, divinidad ciega, fatalidad inmutable.

«Pero la causa principal de decadencia para los dioses griegos, es que no siendo séres necesarios, su carácter particular y contingente se desenvuelve sin regla y sin medida, dejándose arrastrar por los accidentes de la vida humana, y cayendo en todas las imperfecciones del antropomorfismo. Los dioses son personas morales, pero bajo la forma corporal; así es que desaparece en ellos la espiritualidad infinita é invisible que busca la conciencia religiosa. El alma, lo que concibe como el verdadero ideal es un Dios espiritual, infinito, absoluto, personal, dotado de cualidades morales, de justicia, de bondad, y nada de esto nos ofrecen los dioses griegos, no obstante su belleza.»

Estas y otras reflexiones hechas por los escritores contra la Mitología, deben convencernos de que su introduccion en la poesía moderna, viene á ser, por decirlo así, un arcaismo literario, y es tiempo de que los poetas vean á las divinidades paganas como enteramente vencidas, como una ficcion que pasó ya en la historia del arte.

Empero, la Mitología renació al comenzar la poesía moderna, porque los poetas cristianos tomaron por modelo la literatura pagana, y en ella aprendieron á citar los dioses griegos y á tomarlos como séres reales, cuya costumbre se perpetuó y arraigó cada dia mas y mas, recibiendo la sancion del tiempo y de la antigüedad.

Efectivamente, no hay mas sino hojear los poetas de toda la literatura cristiana, y donde quiera encontraremos Vénus, Cupidos, Vulcanos y Martes, como en Homero y en Virgilio: unos cuantos nombres modernos nos servirán de ejemplo.

Boileau, en su *Arte poética*, trató de probar lo interesante de la Mitología, y lo poco á propósito que era, en su concepto, la teología cristiana para las ficciones del arte. Mas adelante, un poeta romántico, Schiller, escribió *Los dioses de la Grecia*, cuya idea es la de exhalar quejas por la ruina del arte clásico y echar menos los héroes y las divinidades del paganismo. En nuestro tiempo, autores tan justamente estimados como Martinez de la Rosa, el autor de la *Poética española*, llenan todavía sus versos de dioses paganos y de alusionss mitológicas.

Pero lo que comprueba mejor lo arraigado, lo connaturalizado de semejante uso, es que se introdujo no solo en la poesía profana sino tambien en la sagrada.

Sanázaro, por ejemplo, en su poema latino *De partu virginis*, pone en paralelo la isla de Creta y Belem, por ser aquella el lugar donde nació Júpiter, y Belem donde nació Jesucristo, y hace figurar en su poema á Pluton, las Furias, las Harpías, etc. Camoens, en sus *Lusitanos*, mezcló de tal manera las ideas cristianas con la mitología pagana, que siendo uno de los fines de la expedicion portuguesa propagar la fé de Cristo, el protector de los portugueses era la diosa Vénus, y su mayor enemigo Baco: celébrase un concilio de dioses en que Júpiter pronostica la caida del mahometismo y la propagacion del Evangelio. Pero, sobre todo, Dante y Milton, modelos de la Epopeya cristiana, ¿qué hicieron sino presentar en escena á Minos, Caron, el Leteo, el Tártaro, etc., etc., acomodando las ideas paganas á las creencias del cristianismo? De los poetas españoles solo citaremos al sabio teólogo Fr. Luis de Leon, quien comparó á Santiago con Marte:

> «Que ya el Apóstol santo
> Un otro *Marte* hecho
> Del cielo viene á dalle su derecho.»

¿Por qué se ha censurado, pues, á nuestro Navarrete? Navarrete no hizo otra cosa sino seguir las huellas de los grandes maestros; y criticarle porque introdujo las divinidades griegas en sus poesías, es criticarle de que no conocia la filosofía del arte, nacida ayer, y que todavía hoy descuidan los mejores autores. Por otra parte, debemos advertir que Navarrete incurrió rara vez en el defecto que se le censura, es decir, en asociar la mitología con la teología, y por lo mismo, tratando de manifestar el carácter *general* de sus composiciones, no es lógico detenerse en ese defecto como si fuera el característico del poeta. Cuando se juzga una sola composicion es preciso manifestar todos los defectos que hay en ella; pero cuando se trata de calificar á un autor por el conjunto de sus obras, el crítico no conoce su deber, si se fija en las *excepciones*. Dígase, pues, única y sencillamente, que en algunos pasajes reunió Navarrete la teología y la mitología, como era costumbre hacerlo, y se habrá dicho la verdad sin alteracion alguna.

El otro defecto de nuestro autor, en que se ha insistido mucho tambien, es el frecuente uso que hacia de la sinéresis. El abuso de la sinéresis, como de cualquiera licencia gramatical ó poética, es un defecto; pero para apreciarle en su verdadero

Digitized by Google

tamaño, respecto á Navarrete, hay que hacer algunas consideraciones.

En primer lugar, el arte métrico permite el uso de la sinéresis, y esta licencia tiene su aplicacion en alguno de los pasajes donde Navarrete contrajo dos vocales, como lo practican los mejores poetas castellanos. Ejemplos:

Cual *cae* de la segur herido el pino.
(*Ercilla.*)

Echando al punto fuera
Del agua el peso de la *nao* ligera.
(*Francisco de la Torre.*)

Mujer *sea* el animal que te destruya.
(*Quevedo.*)

Mia es la culpa, y *mia* la afrenta.
(*Calderon de la Barca.*)

Hermosas ninfas que en el *rio* metidas.
(*Garcilaso.*)

Al ímpetu y ardor del *leon* de España.
(*Luzan.*)

¡Ay triste! ¿y *aun* te tiene
El mal dulce regazo?....
(*Fr. Luis de Leon.*)

Me puso la *aurea* cítara en la mano.
(*N. Moratin.*)

Le quiero, y me huelgo de hacerle *bolear*.
(*Iglesias.*)

Es mia, yo la amaba,
Yo la amo *aun* inconstante.
(*Cienfuegos.*)

Luciente aterra, cuando *cae* del hado.
(*Lista.*)

Ondeando suave al hálito del viento.
(*Duque de Rivas.*)

No á mi gusto *sea* dado.
(*Melendez.*)

Lanzándose á la lid cual *leon* furioso.
(*Martinez de la Rosa.*)

Se ve por estos ejemplos que es necesario mucho tino, tratándose de versificacion castellana, para censurar justamente el uso de la sinéresis, la cual solo debe condenarse cuando realmente perjudique la armonía.

Por otra parte, Navarrete y otros poetas mexicanos no han hecho sino escribir como se pronuncia en México, donde decimos *páis* y no *pa-ís; máiz* y no *ma-íz*, etc., de manera que el defecto está en la nacion toda y no en los escritores.

Se nos dirá que el uso, segun Quintiliano, es *consensus eruditorum*, y no el uso vulgar; pero responderemos que no se puede considerar como vulgo una nacion entera, donde hay personas de todo rango en instruccion y talento. ¿La prosodia de las lenguas romanas, es igual á la del idioma latino? No por cierto, y en consecuencia de esto la versificacion de los modernos se regula por los acentos y el número de sílabas, y no por la cantidad. Cada nacion, pues, ha adaptado su poesía á su pronunciacion, y en México se ha hecho lo mismo que en todas partes.

La Academia española, en la última edicion de su gramática abreviada, acaba de sancionar un uso de México y algunos lugares de España, mas vicioso todavía que el que nos ocupa, porque peca no solo contra el mecanismo del lenguaje sino contra la ideología: nos referimos al uso del pronombre *lo* neutro en lugar del *le* masculino, de cuyo defecto tendremos muchas veces que citar ejemplos hablando de los escritores mexicanos. La Academia ha sucumbido oprimida por el peso de la mayoría; y las justas quejas de los escritores sensatos, se perderán ahogadas por la grita de la muchedumbre. El príncipe de los líricos latinos decia con razon:

Fué y será siempre lícito usar voces
En el cuño del dia fabricadas,
Cual periódicamente el vario otoño
Las hojas de los árboles arranca,
Y otras vienen en pos; del mismo modo
Envejecen y mueren las palabras,
Y de la juventud suceden otras
Ornadas del verdor y de las gracias.
. . . . . .
Morirá todo: ¿cómo viviria
De las voces ó frases la elegancia?
Unas renacerán que perecieron
Y otras perecerán que ahora se ensalzan,
Y así lo quiere el uso que en las lenguas
Regulador y soberano manda.

Diremos, por último, á favor de Navarrete, que en su tiempo todavía no se tenian en México conocimientos exactos de la prosodia castellana: el primer libro que ilustró á los mexicanos, en esa materia, fué el de Sicilia que apareció entre nosotros algunos años despues de la independencia, y ya sabemos que Navarrete murió en 1809. Nuestro autor careció de obras didácticas sobre la versificacion castellana, que corrigiesen la mala pronunciacion de su país, y que fijasen de alguna manera los diversos usos de los poetas españoles, pues es fácil observar que uno mismo usa á veces una sílaba como diptongo y otras le disuelve, sin que sea fácil acertar con el motivo, mientras no haya escritores que se dediquen especialmente á explicarlo.

Si culpar á Navarrete de las alusiones mitológicas fué culparle de que no conociese la filosofía del arte, nacida en nuestra época, no es menos desacertada la censura que de él se ha hecho por el frecuente uso de la sinéresis, en lo cual no hizo, en parte, sino imitar á los poetas castellanos, ó bien conformarse á la pronunciacion mexicana, que carecia de correctivo autorizado.

En resúmen, censurar á Navarrete como se ha censurado, es pretender que un solo hombre, y en una época determinada, reuna el caudal de conocimientos lentamente acumulado por los siglos con el esfuerzo de muchos.

Digitized by Google

III.

DEFECTOS DE NAVARRETE.

No obstante todo lo dicho en el párrafo anterior, manifestaremos que al autor que nos ocupa se le encuentran dos clases de defectos en algunos lugares de sus poesías; y son resabios prosáicos ó ciertas incorrecciones de las que vamos á señalar prácticamente: entre las incorrecciones debe contarse el uso de la sinéresis cuando realmente perjudica á la armonía, segun antes lo hemos dicho, pues nuestro ánimo al defender á Navarrete, no ha sido el de sancionar con nuestro débil voto el abuso de una licencia poética, ó su adopcion como sistema prosódico, porque esto perjudicaria á la forma de cualquier composicion.

Bajo este supuesto vamos á presentar ejemplos de las faltas en que incurrió Navarrete algunas ocasiones.

Ya les quito, ya les pongo;
Y al fin de todo advierto,
Que en vano se compone
Lo que de suyo es feo.

En el primer verso sobra una sílaba.

Si, cupidillo tierno,
Muy mole, muy blandito
Me inspira, que no me oyen
Los censores malignos.

Mole y *blandito* son adjetivos prosáicos é inútiles: con *cupidillo tierno* basta.

Algunos pastorcillos
Que supieron el caso,
Su inocencia y mi dicha
Gruñeron y ladraron.

Debe desterrarse de la poesía toda expresion que despierte ideas bajas, como sucede con decir que «los pastores gruñen y ladran.» Los cerdos propiamente son los que gruñen y los perros los que ladran: esta clase de metáforas solo se permiten en la conversacion familiar, y mucho mas cuando se podia haber dicho «se fueron enojados.»

Ya un diluvio de llanto
Sus tiernos cachetitos
Inundaba, moviendo
Mi ánimo compasivo.

Y arrancando del alma
Un blando suspirillo
Me responde: *papá*,
Papá, yo soy tu hijo.

¡Ay! qué ¿no me conoces?
Yo soy tu amor, el mismo
Que en Celia rigoroso
A *mamá* solicito.

Cachetitos, *papá*, *mamá*, son expresiones prosáicas.

Que te quiera, que te ame,
Que te adore y estime,
Que á su seno te lleve
Y que en él te eternice.

En esta cuarteta hay una gradacion impropia: *Amar* supone mas exaltacion que *querer*, porque el amor es efecto de la pasion, y el cariño del hábito, así que está bien *te quiera*, *te ame* y lo mismo *te adore*, porque adorar en sentido metafórico es «amar con extremo.» Pero lo que hace impropia la gradacion es que concluye con *estime*, pues la estimacion es un afecto menos vivo que los expresados anteriormente: la estimacion resulta únicamente del conocimiento que se tiene del mérito de una persona; así es que puede haber estimacion sin amor ni cariño.

En la coleccion de Odas intitulada «La pollita de Clori,» se propuso Navarrete imitar «La paloma de Filis,» de Melendez; pero fué poco feliz en su imitacion.

No creemos sea digno de crítica que un poeta, en composiciones del tono y carácter correspondientes, hable de una pollita, porque la poesía lo único que repugna son los objetos bajos ó los repugnantes y asquerosos. Anacreonte escribió versos á la paloma, la golondrina, la cigarra y la cierva. Catulo celebró el pajarillo de Lesbia. Francisco de la Torre compuso en castellano dos canciones, *La tórtola* y *La cierva*, que son el orgullo del parnaso español, reinando la mas dulce melancolía en la primera, y siendo recomendable la segunda por lo perfecto de su composicion y la viveza del colorido. Todavía ahora, en que esta clase de composiciones que pintan escenas tranquilas se usan muy poco, tenemos como muestra de buena poesía *El gatito de Cintia*, por D. José de Castro y Orozco. Pero por lo mismo que esa clase de producciones se refieren á objetos poco elevados, se necesita mucho tino en el poeta para dejar de incurrir en el prosáismo, lo cual generalmente no consiguió Navarrete en *La pollita de Clori*. Copiaremos algunos

Digitized by Google

versos para señalar los varios defectos que contienen.

Una alegre esperanza
Cumplíame mil promesas.

En el segundo verso sobra una sílaba, porque en *Cumpliame* no hay diptongo. Véase lo que hemos dicho sobre este particular.

Ya en el seno de Clori
Se arrolla su pollita.

En México se dice *arrollar al niño*, lo cual es un disparate, porque *arrollar* significa «revolver una cosa en sí misma de modo que forme rollo.» Dígase *arrullar*.

En la oda sexta dice el poeta á la pollita:

¿Le llevas por ventura
Recado de algun necio?
¡Si así fuere!.... al instante
Te torciera el pescuezo.

Todo lo que la pollita puede tener de poético se olvida ante la amenaza de torcerle el pescuezo, por que esto recuerda las escenas prosáicas de una cocina, donde el marmiton tuerce el pescuezo á las aves, las pela, las cuelga del garabato y quedan haciendo una figura muy poco graciosa. El fenómeno sicológico llamado *asociacion de las ideas* trae estas consecuencias inevitablemente.

Lo mismo sucede en la oda sétima, donde el poeta concluye diciendo:

Que á su mucha inocencia
Dé la polla mil gracias,
Si no, asada esta noche,
Yo le diera la gala.

La oda octava empieza y concluye con locuciones tan vulgares como las siguientes:

Pollita afortunada,
Así cuando mas crezcas
De tí se prende un pollo
Que te haga bien la rueda.

En la oda novena se lee lo siguiente:

Sabia naturaleza,
En dos colores junta
Cuanto cabe de lindo
En las pollas mas chulas.

Chulas, palabra de estilo muy vulgar en Mexico, y que no significa *lindo*, *bonito*, en buen castellano.

En la oda décima se describe con el mismo tono y estilo *un catarro* que padeció la pollita, y la conclusion de la oda última es igual.

Y pues la pena pasa
Del pobre animalito,
A tí mi Clori tierna
¡Malhaya el romadizo!
Si la difunta polla
No tiene ya remedio,
Tanta copia de llanto
¿Para qué dar al suelo?

Entre las odas de Navarrete hay cuatro á las estaciones del año. Hé aquí la menos mala.

EL INVIERNO.

Llega del año la estacion severa,
Y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo
Mudas las aves,
Los hielos graves,
Y mustio el suelo.

Nuestro ganado
De temor lleno,
Busca entre el heno
Su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,
El gusto dura,
Pues la amargura
Tras él no tarda!

¿Dó están las flores
De primavera?
¿Dó la ligera
Edad de amores?

Nada resiste
La ley del tiempo,
Ni el contratiempo
Del hado triste.

¿Pues qué esperanza
Ahora abrigamos,
Por sí llegamos
A tal mudanza?

La virtud solamente, Anarda mia,
Puede valernos en la vejez fria.

Esta composicion contiene un pensamiento serio, expresado de una manera agradable; pero incurre en algunos defectos, como los siguientes.

Graves no es calificacion propia de hielos, y solo se puso para consonar con *aves*.

El *pues* de la cuarteta tercera debilita mucho la viveza de la expresion. Acaso hubiera quedado mejor así:

¡Qué poco, Anarda,
El gusto dura,
¡Ay! la amargura
Tras él no tarda!

Mia es diptongo, segun la *Ortología* de Sicilia; pero sobre este punto ya dijimos lo conveniente.

Contratiempo y *tiempo* son consonantes triviales.

El verso último, para que sonara bien, deberia tener el acento en *vé-jez*.

Analizando los sonetos de Navarrete se nota que apenas hay uno que otro mediano. Nuestro ilustrado amigo el Sr. D. José Sebastian Segura, en la coleccion de sonetos de autores mexicanos que dedicó á D. José Zorrilla (México 1855), no puso mas que dos de Navarrete, y fueron, sin duda, los que le parecieron mejores. Sin embargo, para presentar uno de ellos tuvo que hacerle algunas cor-

Digitized by Google

recciones; pero como nosotros debemos analizarle tal como se escribió, le copiamos á la letra.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida,
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entonces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

En la primera cuarteta hay algun amaneramiento: *perlas del alba* por *rocío*, está bien; pero ya es demasiado usar de la metáfora seguir inmediatamente con *trono de esmeraldas*, por el tallo ó las hojas. El arte aconseja usar con moderacion toda clase de figuras, y ya hemos dicho, al hablar de Sor Juana, que los mejores poetas de la antigüedad nos dan este ejemplo.

Hermosa grana: el adjetivo *hermosa* es demasiado genérico, y la *mustia palidez* pide un antítesis mas vehemente.

El verso décimo no habla, y lo que quiso decir el autor fué: «como si eterna fuera la esperanza.»

En el verso trece hay una locucion violenta que ocasionó la fuerza del consonante: *verdor de su entereza.*

En las composiciones *A Clori* se nota cuatro veces la falta del acento en el lugar correspondiente, como se ve en los siguientes versos.

Humedece con lágrimas tiernas
El cadáver de esta calandrita,
Que del nido materno robada
Para traer á tus aras divinas.

En el segundo verso el acento carga en la quinta sílaba (formada por sinalefa), debiendo estar en la sexta.

1 2 3 4 5 6
El ca–da–ver de es–ta

En la cuarteta siguiente la falta se nota en el último verso.

Bendigamos al númen que manda
La estacion del fructífero Otoño,
Y los gustos cantemos del campo
Que no tienen los poblados todos.

Debia estar el acento en *po* y no en *bla.*

En el mismo defecto incurrió Navarrete en algunos versos de las *Traducciones de Galo.* Ejemplo:

Lidia bella, muchachita blanca
Más que leche y que cándido lirio,
Más que rosa que es alba entre rubia
Y que indianos marfiles bruñidos.

El acento debia estar en la sílaba *cha* y no en *chi* (verso primero).

En algunos de los romances que compuso nuestro poeta suele concurrir defectuosamente el asonante en los versos primero y tercero, como se ve en los siguientes.

De su hechicero seno á un lado y otro
El tierno animalito se volaba,
Cuidando siempre de volver gozoso
Y nunca tarde á su envidiable estancia.

El fué de una inocente tortolilla
Amigo fiel, sin que jamás notara
Minguno en ellos la mas leve riña,
Cosa entre sus semejantes bien extraña.

De infamia sale, y de rubor cubierto,
Ese de la crueldad nefando aborto:
El *tormento* fatal que el inconfeso
Sufrió gimiendo en formidable potro.

Rarísima vez incurrió Navarrete en la falta de usar barbarismos como las palabras *festivizar* y *esque* en las siguientes cuartetas. Por el contrario, debe advertirse que el lenguaje de nuestro autor es, por lo comun, puro y correcto.

Padre nuestro, ya que es fuerza
Festivizar tu cumpleaños,
Déjame decir primero
Lo que siento en este caso.

Atisba los mosquitos
Que llegan á su casa,
Y allá, quién sabe cómo,
El jugo *esque* les saca.

Entre las composiciones imperfectas del escritor que nos ocupa, deben contarse sus *sátiras*, por estar plagadas de conceptos triviales, expresiones indecorosas y chistes de mal gusto.

Pero la excepcion en Navarrete es lo defectuoso, y vamos á ver comprobado que lo bello domina en sus composiciones.

Digitized by Google

IV.

BELLEZAS DE NAVARRETE.

En los artículos relativos á Sor Juana Inés de la Cruz y á Sartorio hemos visto que aquella representó en México á Góngora, y el segundo á la escuela prosáica. Los Gongoristas, queriendo elevarse demasiado, incurrieron en la afectacion y la oscuridad, y los prosáicos, pretendiendo la sencillez, escribieron prosa rimada. Fr. Manuél Navarrete logró, generalmente hablando, tomar el término medio conveniente, usar el tono verdaderamente poético, y hermanar la sencillez y la naturalidad clásicas, sin bajeza ni vulgaridad.

Navarrete se propuso algunas veces imitar á Melendez, y los ejemplos de tan excelente escritor contribuyeron indudablemente al buen desempeño de algunas de sus poesías; de manera que Navarrete ocupa en nuestra literatura el mismo puesto que el poeta español en su país, es decir, el de *uno de los restauradores del arte.* Sin embargo, seria un error suponer á Navarrete imitador de Melendez en todo y por todo: Melendez en las composiciones cortas fué donde alcanzó una perfeccion no conocida hasta él; pero sus poesías elevadas tienen poco mérito, y cabalmente lo contrario sucede con Navarrete. Este escritor sobresalió en los géneros filosófico y religioso, mostrándose original en sus inspiraciones, ó remontándose al estudio de las primeras y mas sublimes formas del arte. Donde Navarrete quiso imitar es donde tiene menos mérito; donde se elevó en alas de su propio ingenio es donde mas lució, y este es un resultado que generalmente se observa en literatura. El poeta primitivo toma sus inspiraciones inmediatamente de la naturaleza, y así sus escritos tienen toda la frescura y la viveza de aquella. Los que tratan de imitarle despues, no es posible que conserven el mismo colorido, el mismo vigor, á no ser que copien servilmente, y entonces ya no imitan, sino plagian. Ademas, cada hombre tiene sentimientos particulares, tendencias propias, carácter personal, ideas que han nacido únicamente en su cerebro, y todo esto es lo que constituye la personalidad humana: los brutos se diferencian poco entre sí, un grado mas ó menos en sus instintos; pero cada hombre es un pequeño mundo independiente de los demas en la manera de ver y sentir las cosas. ¿Cómo, pues, será posible que yo sienta con fuerza sintiendo por otro: cómo podré pensar con exactitud, pensando por cabeza ajena? Tal espectáculo de la naturaleza conmueve á unos, aterra á otros, y para algunos es indiferente. Tal principio, evidente para este, es paradójico para aquel.

Lo mejor es, pues, que el poeta se deje llevar de sus propias inspiraciones, sujetándolas únicamente á las leyes eternas del buen gusto, y no á lo que otros hicieron.

El escritor y el artista al concebir una idea deben penetrarse de ella profundamente, apropiársela, amoldarla, por decirlo así, en el centro de su alma, en lo mas profundo de su sensibilidad y de su imaginacion. De otra manera las obras literarias serán como las reproducciones en fotografía, pálidas y borradas.

Las primeras composiciones que encontramos entre las poesías de Navarrete, son varias colecciones de odas eróticas; y parece extraño que un religioso se ocupara tanto en ese género.

Pero en primer lugar, bien pudo Navarrete, antes de consagrarse á la iglesia, haber amado alguna mujer y conocer la pasion que expresaba; en segundo lugar, al escritor le basta comprender un afecto para pintarle, sin necesidad de haberlo experimentado, y por último, sabemos que muchas de las composiciones de Navarrete á que nos referimos, las hizo para sus amigos: así consta de los siguientes versos:

> En juveniles años,
> Y alegre pasatiempo,
> El amor fué mi númen:
> ¿Cuáles serán mis versos?
>
> Pero debo advertirte,
> Que de su blando plectro
> No siempre me he valido
> En algun propio empeño.
>
> Las mas veces instado
> De la amistad y el ruego,
> En ajenos amores
> Canté agradables metros.
>
> De aquí nace la especie
> De nombres tan diversos,
> Filis, Doris, Clorila,
> Y otros mil sobrepuestos.

Las odas eróticas de Navarrete están, en su mayor parte, en romance eptasílabo, el mismo que usó D. José Antonio Conde en su traduccion de Anacreonte, el mismo que usaron Villegas, Iglesias y Melendez en algunas composiciones de la misma

Digitized by Google

especie. El segundo de esos poetas fué el que escribió aquellos cuatro versos de los cuales se ha dicho: «Se leerán cien odas que quieran expresar el regocijo y la alegría de una noche de invierno, sin que entre todas acierten á producir la sensacion viva y agradable que dan de sí estos cuatro versos, donde se ve á la musa anacreóntica bailar, saltar y reir.»

Al son de las castañas
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

El padre Navarrete debe haber conocido y estudiado estos autores, así como á Horacio que sobresalió en toda clase de odas; pero como ya lo indicamos anteriormente, parece que Melendez fué su autor favorito.

Las cualidades que caracterizan las odas eróticas de Navarrete son la ternura, el candor, la decencia y lo risueño de las imágenes. El amor que expresa Navarrete es el amor sencillo de la gente del campo; es la pasion púdica desconocida á los poetas anteriores al cristianismo; es la emocion tranquila nacida entre la dulce melancolía de la naturaleza, en medio de las flores que exhalan fragancia, de las aves que trinan, del manso ruido del aura, de los arroyuelos que se deslizan y se pierden como los dias felices de la vida.

Hé aquí una de esas bellas composiciones de Navarrete:

Calle la fama ahora
De Chipre, y no me diga
Que sus alegres huertos
Ofrecen mil delicias.

El huerto compendiado
De mi bella Clorila,
Contiene menos flores;
Pero de mas estima.

Cuando estoy asaltado
De negra hipocondría,
Me brinda mil placeres
En estas flores mismas.

Claveles en sus labios
De púrpura encendida,
En sus ojuelos hiedras,
Rosas en sus mejillas.

¿Qué dices, Vénus blanda,
Del huerto de Clorila?
¿Son así ó se parecen
Tus chipriotas delicias?

¡Qué distancia tan grande,
Oh Vénus, se divisa
Entre unas y otras flores,
Aunque tú lo resistas!

Aquellas aparecen
Con agudas espinas;
Pero estas, aunque gratas,
Son de honestas delicias.

Sí, Vénus, y te juro
Que á pesar de tu envidia,
No se ajarán las flores
De mi amada Clorila.

Un pensamiento de moralidad forma el argumento de esta composicion, cual es el de que tienen mas valía los amores honestos, es decir, los del corazon, que los puramente materiales.

Las comparaciones son propias del campo donde se supone la accion, y sencillas como lo requiere la oda erótica: *claveles de púrpura* para demostrar lo encarnado de los labios; *rosas* para dar á entender la frescura y el color de las mejillas; y lo que nos parece, si no mas poético, indudablemente mas original, es comparar los ojos con la hiedra: fácilmente se comprende que el color de esos ojos era azul, porque es el mismo de la hiedra. Si el poeta hubiera comparado los ojos de su amada con el cielo, hubiera usado de una comparacion demasiado comun, y ademas habria interrumpido la serie de comparaciones que se propuso hallar entre las flores. Es muy propio representar las de Vénus, es decir, los placeres carnales, con *agudas espinas*, por los estragos físicos y morales que causan en el hombre.

El lenguaje y la versificacion de la oda que nos ocupa nada dejan que desear: correccion y claridad, sencillez en el estilo, como conviene al género de la poesía, la asonancia en los versos pares conforme á la ley del romance.

La oda es corta segun lo pide la clase á que pertenece: en Anacreonte, modelo en este género, son tres ó cuatro las odas que pasan de cuarenta versos, y pocas las que llegan á este número.

Un solo lunar tiene para nosotros la composicion de que vamos hablando, y es el adjetivo *blanda* aplicado á Vénus: hubiera quedado muy bien *blonda*, porque Vénus ha sido representada algunas veces con cabello de color rubio negligentemente rizado por detrás.

La siguiente oda es de las que tambien nos parecen de mérito.

Una mansa cordera
Tiene la dulce Anarda,
Que yo la dí obsequioso
De mi corta manada.

Sonoros cascabeles
Le cuelga en la garganta,
Y un penacho le forma
De cintas coloradas.

Érase la ovejita
En la verde campaña,
Envidia de las otras,
Y hechizo de su ama.

Mas ¡ay! un lobo fiero
Que en la noche callada
Bajó, cuando yacia
En sueño la cabaña,

Del hambre que le roe
El corazon y entrañas

Digitized by Google

Agitado, la embiste,
Y su sangre derrama.

¿Do Pan, estás dormido?
¿Por qué tu ronca flauta
Con siete horrendas voces
A la fiera no espanta?

Y no que Anarda triste
Hoy llora por tu causa,
Sin admitir consuelo,
Mil lágrimas amargas.

Pero tu llanto enjuga,
Tiernísima zagala,
Que si la oveja ha muerto
Aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere
Con un amor sin mancha,
Como otra corderita,
Que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira
Que de otros montes bajan
Otros lobos, hambientos
De otras corderas mansas.

Guarte siempre de ellos....
De los hombres te guarda,
Que carnívoros buscan
A las simples muchachas.

Esta preciosísima oda es mas propiamente anacreóntica que la copiada anteriormente, porque su argumento es menos profundo, y, en consecuencia, mas conforme á la sencillez que caracteriza esta clase de composiciones. Anacreonte escribió tambien «La paloma» en que pinta todo lo que la imaginacion del poeta puede encontrar de agradable en esa avecilla, asociándola con los sentimientos de su amor. El mismo carácter tiene la oda de nuestro Navarrete, y solo uno que otro lunarcillo se nota en ella, como «que el hambre roe el corazon.» El corazon se considera el centro del sentimiento, y así es que no le cuadra bien suponerle una necesidad física como el hambre.

La dí (v. 3) no está bien, porque el artículo se halla en dativo, que en este caso es *le* para los dos géneros. Sobre el superlativo *tiernísima* (v. 30) ya dijimos al hablar de Sartorio que así le usan muchos escritores, aunque la gramática enseña que se diga *ternísima*, y como esta voz es irregular, parece que deberia preferirse la otra.

Pasando á hablar de las églogas de Navarrete diremos que fueron un ensayo de su juventud, segun advierte el editor de sus poesías, y efectivamente no pasan de medianas.

Nos servirán de ejemplo algunos trozos de la primera, que es la mas extensa.

POETA.

Ya las nocturnas aves
Del monte horrorizaban la espesura
Con sus lamentos graves,
Y el velo negro de la noche oscura
Bajando de la lóbrega montaña
Se extendia á la rústica cabaña.

Cuando Fenicio herido
Del acerbo dolor que le atormenta,
Del mal entretejido
Albergue pastoral, triste se ausenta,
Para dar sin medida á su quebranto
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
Su débil contextura sustentaba,
El rostro lastimero
Sobre el cansado pecho reclinaba,
Y hácia el suelo doblando su estatura,
Un espectáculo era de ternura.

En traza tan penosa
Poco á poco los pasos dirigia
A la montaña umbrosa,
Y en llegando á su espesa serranía,
De esta suerte, sentándose en un tronco,
Desató de su voz el eco ronco.

Esta introduccion nos parece generalmente bien. El poeta uniforma la pasion que va á describir, los celos, con lo sombrío de la noche; y nada mas á propósito para hacer sentir el horror de la oscuridad como *los lamentos* de las aves nocturnas: sin mencionarlos precisamente, se recuerda el fatídico buho, el repugnante murciélago y la melancólica lechuza. La locucion *lamentos graves* es muy feliz, porque las aves nocturnas no cantan, no gorjean, no expresan sentimientos de alegría, parece que realmente lloran, *lamentan la ausencia de la luz.*

La pintura que el poeta hace de Fenicio es muy natural: nada mas propio como que un hombre huya de su propia casa para vagar por todas partes cuando se encuentra acometido de una fuerte pasion; nada mas natural como ese cuerpo doblado por la pena; y pocas paradojas habrá tan oportunas como el *infeliz consuelo*, porque efectivamente llorar es un desahogo para el desgraciado; pero ese acto supone de todas maneras el dolor, la desdicha.

Eco ronco: eco significa en castellano no solo la repeticion del sonido sino tambien el mismo sonido, y así se dice «le conocí por el eco de su voz.» Está, pues, bien usado *eco*, y perfectamente calificado por *ronco:* el que llora, el que se queja, no puede producir sonidos de otra especie.

La locucion que nos parece viciosa es la del verso 2º, porque *el horrorizarse* no es propio de las cosas sino de las personas, y aquí no puede admitirse la figura de retórica llamada *personificacion*, porque el poeta lo que quiso decir, y no lo dijo bien, fué que «las aves ponian horrorosa la espesura;» pero no fué su intencion dar á entender que la espesura era la que se horrorizaba.

En los versos 5º y 6º hay un pensamiento falso, porque no es cierto que las sombras de la noche bajen de las montañas, sino que, por el contrario, estas son las últimas que el sol ilumina.

Digitized by Google

FENICIO.

¡Oh noche, á mi tristeza acomodada!
¡Asilo de mi grande sentimiento!
A tu silencio solo revelada
La causa puede ser de mi tormento:
Diga, pues, mi dolor la voz cansada,
Y salga de este pecho el mal que siento,
Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Los primeros versos expresan un pensamiento tan verdadero, y en consecuencia tan propio de toda clase de personas, que no creemos desdiga de un pastor: cuando se está triste molesta el ruido, la gente, la luz, y se apetece el silencio, el aislamiento, las tinieblas. Los dos últimos versos expresan muy bien por medio de los adjetivos *rudas*, *sordas*, *mudas*, esa insensibilidad de la naturaleza ante la pena del desgraciado: el sol se levanta de una misma manera radiante y luminoso para alumbrar una alegre fiesta que una ceremonia fúnebre. Acaso aquí haya mas elevacion de la que conviene á un hombre del campo; pero es muy difícil acertar con ese *tono medio* que requiere la égloga entre el lenguaje refinado de la corte y las expresiones groseras del rústico: Teócrito, Valbuena, Garcilaso, los mejores poetas bucólicos, han sido censurados, en mas de un pasaje, por no haber guardado el justo medio que previene el arte poético.

En los siguientes versos, y en algunos otros, no fué tan feliz nuestro autor, pues hay locuciones prosáicas: *malquererme*, *cantar victoria*, *no tienen cuando*.

Mas si apartado estoy de tu memoria
Y por otro llegaste *á malquererme*,
¿Cuándo podré gozar mi antigua gloria?
¿Cuándo podré en tus ojos complacerme?
¿Cuándo podré de amor *cantar victoria?*
¿Cuándo en tus dulces brazos podré verme?
¿Cuándo podré? ¡ay de mí! *no tienen cuando*
Los regalos de amor que estoy llorando.

Tampoco nos agrada el otro extremo de usar figuras alambicadas como la del último verso de los siguientes:

Del tiempo la balanza
Ya con iguales horas se movia,
Y sin tener mudanza
En sus lágrimas tristes, parecia
Que para dar alivio á sus enojos
El alma liquidaba por los ojos.

Pasaremos en silencio una que otra cacofonía ó falta de medida, que pueden atribuirse á descuido, y terminaremos el exámen de la égloga primera, fijándonos, más que en la forma, en las ideas que contienen algunas octavas de la relacion que hace Fenicio de sus desgraciados amores.

Al tiempo que sus bodas celebraban
Dos amantes dichosos cierto dia,
A los campos me fuí donde se hallaban
Con música expresando su alegría.
Acerquéme curioso adonde estaban
Las zagalas, y aun no bien recorria
La vista desgraciada, cuando luego,
Cual con la luz del sol, me quedé ciego.

Era Doris, la misma que al instante
En su mirar risueño prometia
Ternura á mi cariño titubeante
Que mi rendido pecho le ofrecia:
Entonces parecia que de amante
Venturosa la suerte me seria,
Pues saliendo á mis labios mil arrojos,
Se asomaban afectos á sus ojos.

Introduccion en que se pinta una escena agradable, propia del asunto. El *mirar risueño* de Doris; el *afecto que se asomaba á sus ojos* cuadran muy bien con la ingenuidad de la gente del campo que no sabe fingir ni ocultar, y que desde luego manifiesta sus sentimientos en el rostro.

Diré, sin embargo, que no está bien el adjetivo *titubeante* aplicado á *cariño*, porque en el verso siguiente se dice *rendido pecho*, y resultan dos ideas contradictorias. Si el amante *titubeaba*, es decir, dudaba, vacilaba, no podia estar *rendido*, es decir, vencido por su pasion, en cuyo caso el cariño ya no es *dudoso*.

Hé aquí cómo mas adelante pinta el poeta la manera tan tierna con que Fenicio procuraba manifestar su pasion á Doris: no se pueden hallar imágenes mas propias en la naturaleza y en los objetos del campo. Ciertamente que la égloga, bien desempeñada, es muy agradable, porque, como dice un escritor, recuerda á nuestra imaginacion aquellas gratas escenas campestres que fueron la delicia de nuestra infancia, y á las cuales la mayor parte de los hombres vuelven con gusto los ojos en edad mas avanzada: la vida del campo lleva consigo la idea de paz, de felicidad y de inocencia, y su pintura no puede menos de arrastrar el corazon hácia unos objetos que aun solamente retratados hacen que nos olvidemos de los cuidados del mundo.

Luego que por Abril las blancas flores
El abundoso campo se vestia,
A ejemplo de los mas tiernos pastores
Las guirnaldas mas bellas le tejia:
Pretendian acaso mis amores
Agitados á impulsos de alegría,
Que cuando al campo su hermosura fuera
La adorara la misma primavera.

El otoño, conforme se asomaba,
Y sazonados frutos ofrecia,
Las primicias mas gratas le llevaba
Que el cultivado soto producia.
Parece que mi amor solo cuidaba
De ver cómo á su Doris complacia,
Pues aun en tiempos menos liberales
Mis oficios se vieron siempre iguales.

Mas adelante se expresan la tranquilidad y la dicha de Fenicio con estos bellos versos.

Así el tiempo pasaba, y sin las guerras
De zelos se gloriaban mis amores:

Digitized by Google

Tres veces el verano en nuestras tierras
Coronado salió de nuevas flores,
Y otras tantas los montes y las sierras
Lloraron del invierno los rigores,
Sin que alterase el mar de mis dulzuras
Ni el aire de ligeras desventuras.

La comparacion de los dos últimos versos es poética; pero acaso parezca afectada en boca de un pastor.

Llegó un tiempo en que Doris fué infiel á su amante, y veamos cómo entonces expresa este su desesperacion con la vehemencia que se nota en la siguiente octava.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
Cual por el monte fiera embravecida,
Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
Procurando acabar mi amarga vida:
Me falta la razon, el juicio pierdo,
Y enferma el alma con mortal herida,
No sé cómo despojo de mi saña
No encuentro mi sepulcro en la montaña.

Sin embargo, el dolorido pastor no puede calmar la pasion que le atormenta, y dice:

De mi pecho confieso que debiera
Arrancar su retrato soberano;
Pero helara la alegre primavera,
Floreciera el invierno triste y cano,
Esta montaña abajo se viniera
Igualando sus cumbres con el llano,
Antes que, de mi agravio satisfecho,
Sacara su retrato de mi pecho.

Al valerse el poeta de la figura llamada *imposible ó adynaton*, parece haber tenido presente la égloga de Virgilio, donde se lee:

Ante leves ergo pascentur in æthere cervi.....
.....
Quam nostro illius labatur pectora vultus.

La égloga segunda es mas corta que la primera, y nos parece mas correcta aunque menos expresiva. Se compone de sextillas generalmente flúidas y armoniosas.

La tercera égloga es todavía mas breve que la segunda, y presenta el mismo carácter. No intervienen en ella mas que el Poeta y Silvio, y su argumento se reduce á expresar el pastor el sentimiento que le causa la ausencia de su amada.

La cuarta y quinta églogas no presentan novedad alguna respecto de las otras, y tambien son muy cortas.

Como lo hemos indicado ya anteriormente, los trabajos mas bellos y originales de Navarrete son sus poesías filosóficas y religiosas, que comienzan por *La noche triste*, *Los ratos tristes* y las *Elegías*.

Estas composiciones revelan ese sentimiento de dolor que parece el destino forzoso de la humanidad, pues aunque en la vida aparecen algunos dias felices, pasan como el relámpago, ofuscados por los pesares y las lágrimas, y aun cuando el dolor no llegue, el placer mismo produce fastidio, que como dice Pascal, «tiene sus raíces naturales en el fondo del corazon.»

La alegría nos embriaga, nos distrae un momento; pero pronto nos cansa porque es frívola, y la frivolidad no puede satisfacer el alma humana que tiene un destino tan elevado.

Así, pues, lo que mas nos satisface es aquello que lleva algun tinte de melancolía ó de tristeza, y por esta razon ninguna de las producciones del arte guarda mas armonía con nuestros sentimientos que el género elegiaco, porque él como que nos coloca en nuestro verdadero centro, en la esfera propia de nuestra naturaleza, elevándola á lo infinito.

Y efectivamente, todo lo que hay de mas grandioso es triste: la abnegacion, el desinterés, el sacrificio de sí mismo en lo moral; el mar, las rocas, la soledad en lo físico; las ruinas, el cementerio, el claustro, en lo social; Job, David, Prometeo, Edipo, Hamlet, en la historia del arte.

No es posible que examinemos verso por verso las poesías elegiacas de Navarrete porque son muy extensas, y solo nos detendremos, como hasta aquí lo hemos hecho, donde encontremos algo mas notable.

En la *Noche triste* tuvo por objeto el poeta lamentar la muerte de su querida madre, y en los *Ratos tristes* expresar los sentimientos melancólicos que le inspiraban ciertas circunstancias de su vida ó ciertos recuerdos.

Una y otra composicion guardan generalmente el tono que conviene á la elegía, es decir, se nota un dolor natural sin afectacion ni bajeza. Los defectos en que suele incurrir Navarrete en estas composiciones son de la misma especie que los que hemos visto en las demas; pero con menos frecuencia, de manera que se conoce que el poeta corrigió mas sus composiciones sérias. Sírvanos de ejemplo la poesía intitulada *La inmortalidad*.

1 En este triste y solitario llano,
2 Dó violentas me asaltan las congojas,
3 No ha mucho que extendió sus verdes hojas,
4 Y salpicó de flores el verano.
5 Este tronco esqueleto con que ufano
6 Estuvo el patrio suelo,
7 Abrigaba los tiernos pajarillos
8 Entre frondosas ramas:
9 El líquido arroyuelo,
10 Por márgenes sembradas de tomillos,
11 De cantuesos, de pálidas retamas,
12 De rubias amapolas,
13 De albos jazmines y purpúreas violas,
14 Mansamente corria
15 Bañando el fértil prado de alegría.
16 Benigno el aire en la espaciosa estancia
17 De los lejanos frutos y las flores,
18 Desparramaba el bálsamo y fragancia.

Comienza la poesía por un recuerdo agradable del verano, para contrastar con el invierno que mas adelante describe el poeta.

Salpicó de flores (v. 4.) Metáfora propia, porque *salpicar* significa *rociar, esparcir algun líqui-*

Digitized by Google

do, de manera que caiga en gotas sin órden, sin simetría, á la casualidad: de la misma manera la naturaleza esparce las flores aquí y allí, caprichosamente, sin cuidarse del órden que emplea la mano del jardinero.

El poeta menciona despues los objetos mas risueños del campo, para hacer sentir la presencia de la primavera, valiéndose de calificativos oportunos: *tiernos pajarillos*, *frondosas ramas*, *líquido arroyuelo*, y este corriendo *mansamente* entre márgenes sembradas de flores.

Bañando de alegría (v. 15): metáfora expresiva, porque efectivamente el agua es lo que dá á la naturaleza mas vida, mas animacion.

Hasta el verso 15 el poeta ha presentado, aunque en pocos rasgos, lo que la primavera tiene de agradable á la vista y al oido: en los versos diez y seis á diez y ocho completa su descripcion por medio de *la fragancia* con que las plantas deleitan el olfato, y cuya fragancia desparrama el aire *benigno*, adjetivo que conviene perfectamente al cuadro tranquilo que el poeta quiso presentar. Al hablar de fragancia se recuerda naturalmente el *tomillo*, que poco antes se mencionó (v. 10), planta de olor fuerte y agradable. Toda esta disposicion armónica es la que caracteriza la verdadera poesía.

Desparramar el bálsamo (v. 18.) Esta locucion parece impropia en el sentido que se emplea aquí, porque el *bálsamo* es una sustancia que no se cree, al pronto, deba usarse en lugar de *aroma*, *perfume*. Sin embargo, obsérvese que lo que produce la sensacion llamada *olor* es la impresion que causan en nuestros órganos las partículas infinitamente pequeñas que se desprenden de los cuerpos odoríferos, y en este sentido no hay impropiedad en decir, que el aire desparrama *el bálsamo*, esto es, los átomos de que se forma esa sustancia, la cual fluye de los troncos y ramas de varias plantas.

19 ¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!
20 Llega del año la estacion mas cruda,
21 Y mostrando el invierno sus enojos,
22 Todo el campo desnuda
23 A vista de mis ojos,
24 Que ya lloran ausentes
25 Los pájaros, las flores y las fuentes,
26 En los que miro ¡ay triste! retratados
27 Los gustos de la vida,
28 Por la mano del tiempo arrebatados,
29 Cuando helada quedó mi edad florida.

El pensamiento de estos versos es muy verdadero. Todo hombre sensible ha experimentado cierta melancolía á la llegada del invierno, ha recordado sus ilusiones perdidas al ver esas hojas secas que arrastra el torbellino, al oir gemir el viento entre las ramas desnudas de los árboles, al sentir esa contraccion que produce el frio en todos los séres.

Colocado Navarrete bajo este punto de vista, comienza por una exclamacion melancólica (v. 19), una exclamacion que encierra en sí sola un mundo de recuerdos y desengaños. ¡Ay! ¡quién pudiera volver á aquellos dias de nuestra primera juventud en que el corazon vírgen, y la imaginacion lozana, encontraba do quiera la realizacion de estas dos palabras: *amor* y *gloria!*

Estas ideas son las que, naturalmente y sin esfuerzo, ocurren al poeta para continuar su composicion.

30 ¡Dulces momentos, aunque ya pasados,
31 A mi vida volved, como á esta selva
32 Han de volver las cantadoras aves,
33 Las vivas fuentes y las flores suaves,
34 Cuando el verano delicioso vuelva!
35 ¡Mas ay! votos perdidos,
36 Que el corazon arroja
37 Al impulso mortal de mi congoja!
38 Huyéronse los años mas floridos,
39 Y la edad que no para,
40 Allá se lleva mis mejores dias....
41 Adios, pasadas, breves alegrías,
42 Qué ¿no volveis siquier la dulce cara?....
43 Aridas tierras, mas que yo dichosas,
44 No así vosotras, que os enviando el cielo
45 Anuales primaveras deliciosas,
46 Se corona con mirtos y con rosas
47 La nueva juventud de vuestro suelo.

En el trozo anterior hay figuras bien aplicadas, locuciones felices, pensamientos profundos.

Las exclamaciones de los versos 30 á 37 son patéticas.

Edad que no para (v. 39.) Locucion que expresa con mucha vivacidad la continuacion fatal de los sucesos, el curso no interrumpido del tiempo que precipita todos los séres á un fin determinado, sin que haya fuerza imaginable que le detenga.

Persuadido el poeta de su destino, suspende sus quejas de una manera que produce muy buen efecto (v. 40), porque esa suspension supone el convencimiento de que aquellas quejas son inútiles, apelando despues al único recurso que en lo humano le queda, decir *adios* (v. 41) á sus perdidas esperanzas: la despedida de lo que amamos es el último momento de felicidad que nos liga con ello, es la transicion del bien al mal; pero transicion en que todavía hay bien, porque está presente el objeto de nuestros deseos: el viajero dice *adios* á las playas natales hasta que las pierde de vista; el amante saluda á su querida mientras que el espacio no la oculta á sus ojos.

Continuando el poeta la expresion de sus sentimientos, por medio de una gradacion propia, todavía dirige una interrogacion tierna (v. 42); y hasta que considera perdida toda esperanza, entabla una desconsoladora comparacion entre su destino y el de los objetos que tiene presentes (v. 43 y siguientes.)

Abismado en su melancolía se distrae completamente; sus sentidos corporales le dominan y le fijan en las cosas sensibles; llega á olvidar que un espíritu anima su cuerpo, y solo percibe que sus dias felices no volverán, como ha de volver la primavera. ¡Pensamiento profundo! el materialismo hace al hombre inferior á la yerba que pisa, á la hoja que

Digitized by Google

el huracan arrebata; el materialismo, que no merece el nombre de filosofía, porque como dice un sabio moderno (Schlegel) «es un error casi inferior á la humanidad.» Pero Navarrete sabe que existe algo mas allá de este mundo, tiene esa creencia consoladora, y sus gemidos se convierten en una dichosa calma *recordando* su destino inmortal. ¿Qué consuelo mas sublime, mas completo, podia encontrar la imaginacion del poeta?

48 Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?
49 ¡Ah! luz consoladora,
50 Que del solio estrellado se desprende....
51 Mas allá de la vida fatigada....
52 Sí, de la vida cruel que tengo ahora,
53 Cuando sea reanimada
54 Esta porcion de tierra organizada,
55 Entonces, por influjos celestiales,
56 En los campos eternos
57 Florecerán mis gustos inmortales
58 Seguro de los rígidos inviernos.

Esta conclusion es breve como debe serlo, porque un recuerdo viene instantáneamente y trae otros de la misma manera, produciendo un conjunto de raciocinios y consecuencias. Así Navarrete recuerda repentinamente que hay una vida mejor que esta, y en el mismo momento se consuela: no hay necesidad para ello de largos y profundos discursos, porque no se trata de convencer, sino únicamente de recordar una creencia que no necesita pruebas.

La metáfora de que se vale nuestro autor (v. 48 y s.) es muy propia, porque la luz es un agente á propósito para simbolizar la claridad de la concepcion intelectual y la velocidad del pensamiento: el poeta percibe inmediatamente los campos *eternos*, los gustos *inmortales*, de manera que cuando concluimos la lectura de la poesía que nos ocupa, no podemos menos de exclamar con un escritor: ¡Dichosos los que creen! Porque, en efecto, si despues de sufrir todas las adversidades, de probar todos los desengaños, de perder todas las ilusiones, hubiéramos de terminar con la vida terrestre, no quedaria al hombre otro recurso en sus males que la desesperacion y el suicidio. Pero ¡qué aspecto tan diferente toma la vida humana cuando se considera como un momento de prueba, como el tránsito para una vida mejor! Entonces, allá en medio de nuestras silenciosas reflexiones, podemos elevar los ojos al cielo y preguntarnos dónde estará ese mundo desconocido que habitaremos algun dia, y cuál es el lugar en que moran los séres amados que nos arrebató la muerte.

Sub pedibusque vident nubes et sidera.

Tales son las reflexiones que sugiere la composicion de Navarrete. En cuanto á su forma, fácilmente se observa que el lenguaje es correcto, la versificacion sonora y el estilo posee convenientemente un tono melancólico.

Los defectos que se notan son tan pocos, que no bastan á destruir la calificacion de *excelente* que merece en nuestro concepto. En el verso 5º se usa impropiamente el sustantivo *esqueleto* como adjetivo, en lugar de *desnudo*, *seco* ú otro calificativo semejante: el verso 53 carece de soltura, porque dos ocasiones usa el poeta la sinéresis contrayendo *se–a* y *re–animada*. Ya hemos visto antes que Melendez y otros usan *sea* como de una sílaba; pero tambien hemos reprobado el abuso de la sinéresis, y en el presente caso no está bien que se repita dos veces en un mismo verso. En el 30, *aunque* se usa como de dos sílabas teniendo tres; pero este es uno de los casos en que no es censurable nuestro autor, en primer lugar, porque no hay otra contraccion inmediata que debilite el verso, y en segundo lugar porque es comunísimo en los poetas españoles usar *aun* como diptongo.

Las *Elegías* de Navarrete tienen el mismo carácter que la *Noche triste* y *Los ratos tristes*, y no hay nada notable que añadir respecto de ellas, si no es que nos parecen de menos mérito.

En las poesías sagradas de nuestro autor, lo primero que llama la atencion es el poema eucarístico intitulado *La Divina Providencia*.

El poeta comienza por manifestar el error en que ha incurrido otras veces dedicando sus poesías á las cosas frágiles del mundo; pero añade que la verdad le alumbra desde el cielo, y que elevará sus cantos para alabar á la Providencia Divina. Sin embargo, conociendo su insuficiencia para desempeñar asunto tan elevado, exclama con fuerza:

¡Oh! si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia,
Entonces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos
Sus sienes ceñiria
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.

Dirigiéndose despues al hombre para que advierta los cuidados que Dios le dispensa, dice con acento agradecido:

Alza, mortal, los ojos; vé y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perenal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable Providencia.

Pero ¿de qué manera mas elocuente se puede ensalzar la Providencia Divina, si no es describiendo sus admirables obras? Penetrado el poeta de esta verdad pasa á hacer una pintura de las diferentes escenas de la naturaleza comenzando por esta risueña descripcion:

Ríe el alba en los cielos, avisando
Que viene el claro dia,

Digitized by Google

Y luego asoma el sol resplandeciente,
A cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente:
Solo Dios puede ser tan providente.
Su infatigable empeño
Aun en lo mas pequeño
Se muestra cuidadoso:
Porque ¿quién sino el Todopoderoso
Dice á las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelen en bandadas
A los anchos y fértiles egidos,
Para volver cargadas
A socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadas
Le piden el sustento?
Solo Dios puede hacer este portento.

¡Con qué oportunidad, mas adelante, pone en contraposicion la unidad filosófica de Dios con la pluralidad anárquica de la teología griega!

Todo lo riges acertadamente,
Sin que lleve Eolo
El carro de los vientos, ni Neptuno
El cerúleo tridente:
Porque tu cetro solo,
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno de Dios que lo sustenta.

Pero si hubiéramos de señalar todas las bellezas que contiene el poema, seria necesario copiarle todo, porque apenas se descubre en él uno que otro lunarcillo, algun adjetivo impropio, rara expresion prosáica, rarísimo verso flojo. Lo que domina en la composicion de Navarrete son los pensamientos filosóficos, la propiedad en las voces, la elevacion del estilo y una versificacion sonora y robusta. El poeta desempeñó bien el asunto que escogió, y el asunto no podia ser mas sublime, el mismo que cantaron los poetas hebreos: en ellos es donde se vé con su carácter primitivo, la idea de Dios como dueño y providencia del mundo; Dios separado de la materia, distinto de la naturaleza y personificado en su unidad absoluta. Bajo este concepto, la imaginacion no concibe al Sér Supremo, en sí mismo, porque seria profanar su esencia puramente espiritual, sino que se fija en las relaciones entre Dios y el mundo que ha creado.

Otro poema de nuestro autor tiene por objeto celebrar la Concepcion inmaculada de María Santísima, y lo hace con entusiasmo: casi todo el poema se halla escrito en octavas, y sus pensamientos y figuras son propias del género místico á que pertenece. Pocos defectos se encuentran en esta composicion.

La alma privada de la gloria es el título del tercer poema de Navarrete, y haremos análisis particular de esa composicion en el párrafo siguiente, para formarnos una idea mas completa de nuestro autor.

Ademas de las composiciones referidas, Navarrete escribió otras muchas ensayando todos los géneros y todos los metros: entre ellas hay algunas que carecen de mérito; pero otras son dignas de mencionarse.

En 1809 escribió un canto en octavas, á honor de Fernando VII, de mérito tan notorio, que fué premiado por la Universidad de México, con dos medallas de oro y cuatro de plata. Tratándose de una composicion ya juzgada, nos creemos dispensados de analizarla.

De tres letrillas que se encuentran entre las composiciones sueltas de Navarrete hay una que copiaremos para dar idea de nuestro autor en los géneros cortos.

LA ROSA DEL VALLE.

Derramando luces
Al Oriente sale
En carro de fuego
El dia mas grande:
Dia en que celebran
Por estos lugares
Todos los amores
La rosa del valle.

La niña preciosa
De claro linaje,
Que á sus plantas tiene
La suerte brillante:
La que es por su rostro
De Vénus imágen,
Y por gracias muchas
La rosa del valle.

La que sus esencias
Despide süaves,
Llevando con ellas
Tras sí los amantes:
La que es el hechizo
De las voluntades;
Porque encanta á todos
La rosa del valle.

¡Oh! viva felice;
Y un cerco punzante,
De mano atrevida
Por siempre la guarde:
Guárdela, no sea
Que fuerte la arranque,
Y marchita quede
La rosa del valle.

Viva y el invierno
Sus hojas no escarche:
Y la primavera
Ria en su semblante.
Lejos de ella todos
Los tristes pesares
Pues bien lo merece
La rosa del valle.

Que el amor mas puro
Que en estos cantares
Celebra su dia
Gozoso y afable,
Dirá en todos tiempos
Y en todas edades:
Mil veces, que viva
La rosa del valle.

Digitized by Google

Entre otra clase de composiciones cortas de Navarrete pueden pasar como de algun mérito los *Juguetillos á Clori;* alguna décima; alguna fábula; varios epígramas, una silva y un idilio. Copiaremos únicamente la silva, que como las demas composiciones mencionadas, nos parece agradable.

SILVA.

A Fabio para que se case.

Una hembra quiere Fabio
Como un rico tesoro,
De belleza adornada y de decoro,
Y un modo de pensar discreto y sabio.
Llevado de su genio cariñoso
Ayer quiso á Rosana:
Hoy á Melisa quiere, y ardoroso
A otra zagala bella
Dará su corazon por la mañana.
El influjo inconstante de su estrella
Por la selva espaciosa
Reposar no le deja:
Y de una en otra pastorcilla hermosa
Pasa volando cual golosa abeja;
Con lo que á sus amores
Ninguna se le queda de las flores.

Fabio amigo, sosiega,
Y con eternos lazos
Vincúlate á Florila que te ruega,
Pues viene á tí ofreciéndote sus brazos
Gózate en ellos, y en union reposa
De una tan casta como dulce esposa.

V

ANÁLISIS DEL POEMA "LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA."

La composicion de Navarrete que vamos á examinar pertenece al género de los llamados *poemas menores*, los cuales se especifican con diversos títulos que indican su objeto. Navarrete dió al suyo propiamente el calificativo de *lúgubre* porque, en efecto, nada tan triste como el cuadro que se propuso pintar, es decir, el de un mal que no tiene fin. Las penas de la vida por horribles que sean encuentran un remedio infalible que es la muerte; pero la imaginacion se pierde aterrorizada ante el espectáculo de *penas eternas.* Como nuestra obra es puramente literaria, no nos toca discutir el efecto moral que produce la creencia en la eternidad de las penas; pero no hay duda que son de un efecto artístico evidente, y excede al que puede presentarse con el infierno de los antiguos griegos donde las penas se miden por las de la vida terrena, así es que no excitan en nuestro ánimo ninguna impresion viva.

La descripcion del infierno cristiano no se ha desempeñado, sin embargo, á entera satisfaccion de los críticos, y Dante, Tasso y Milton han sufrido censuras, aunque concediéndoseles trozos excelentes: bastan esos trozos, principalmente en Dante, para conmover vivamente, y para que la imaginacion conciba hasta donde puede llegar el dolor.

Hechas estas reflexiones, veamos cómo Nararrete desempeñó su tarea en los límites que se propuso.

1 Para triste desahogo de la pena
2 Que en lo interior me agita,
3 Lloro la triste y espantosa escena
4 Del alma en el instante
5 Que escucha la sentencia de precita.

Introduccion en que el poeta manifiesta el objeto de su escrito. En el verso primero hay una sinéresis (en *desahogo*) de las que creemos permitidas.

6 Vuelve á mis manos, vuelve,
7 Mi cítara sonante,
8 Que en mas alegres dias
9 Acompañabas mis festivos versos:
10 Hoy el númen resuelve
11 Que lleyes el compás de la elegía,
12 Y por tonos diversos
13 La acompañen tus cuerdas, entre tanto
14 Que desato los diques de mi llanto.

Apóstrofe que dirige el poeta á su lira. En este trozo y el anterior se expresa un sentimiento muy natural: el hombre cuando está dominado de una pasion quiere desahogarse hablando, llorando, manifestando sus ideas por signos exteriores.

Por tonos (v. 12): parece que deberia usarse aquí la preposicion *con;* pero está bien *por*, pues el poeta lo que trata de indicar es *el modo* con que las cuerdas de la cítara acompañan la elegía, es decir, *por medio de* tonos diversos.

Digitized by Google

15 Luego que la memoria me presenta
16 Como en vasto proceso mis delitos,
17 De que se turba la horrorosa cuenta
18 Entonces la tormenta
19 Crece de mis temores y conflitos:
20 Y entonces, cual si fuese arrebatado
21 Al tribunal temible
22 Del Juez contra mis culpas irritado,
23 Miro su rostro de furor bañado,
24 Escucho de su boca la terrible
25 Sentencia de dolor y llanto eterno:
26 Siento el brazo de un Dios irresistible
27 Que me arroja á las llamas del infierno.

Dante se contentó con ver por sus propios ojos las penas de los condenados; pero Navarrete quiso producir mayor efecto considerándose *él mismo* sentenciado por Dios, y efectivamente es el punto hasta donde puede llevarnos la imaginacion.

Conflitos (v. 19) en lugar de *conflictos* es una licencia poética de las permitidas.

Llanto eterno (v. 25). Locucion concisa y expresiva para demostrar de una manera sensible las penas del infierno.

Dios irresistible (v. 26). Fr. Pedro Manero, autor castizo, dice en su *Apología de Tertuliano:* «Los espíritus son fuerzas casi *irresistibles.*» En el mismo sentido usa Navarrete el adjetivo *irresistible*, con mucha propiedad, omitiendo el *casi* como conviene á la idea que tenemos del poder de Dios. La locucion de Navarrete hace palpable nuestra debilidad, respecto á la fuerza del Todopoderoso.

28 Desde que este cuidado me rodea,
29 Melancólico vago por el mundo,
30 Como hurtando el semblante á la alegría;
31 Conforme solo con mi triste idea
32 Son tus lúgubres sombras, tu profundo
33 Silencio, noche oscura. El claro dia
34 En vano para mí su luz enciende:
35 La ciudad, su rumor, todo me ofende.
36 El espanto se sigue á la tristeza,
37 Y el mas leve rüido
38 Me parece el horrísono estallido
39 De un rayo que me hiende la cabeza.
40 La imágen de la muerte á cada instante
41 Se me pone á los ojos;
42 Pero aun mas me horroriza tu semblante,
43 ¡Eterno Dios! de donde se desprende
44 Contra mi alma el raudal de tus enojos
45 Que en tu furor la enciende.
46 ¿Fallezco? en el instante me parece
47 Que el hermoso espectáculo del mundo
48 Con sempiterna noche se oscurece.
49 Sale del hondo pecho, el mas profundo,
50 El último suspiro, en que lanzada
51 Va mi alma á tu presencia
52 De crímenes horrendos acusada:
53 Y herida de tu voz como de un trueno,
54 De tu justicia escucha la sentencia
55 De un eterno castigo irrevocable:
56 Atérranla tus ojos, y el sereno
57 Resplandor de tu rostro le parece
58 Nube que anuncia rayo formidable
59 Cuando truena el Olimpo y se enardece.

El trozo anterior es notable por la viveza de colorido.

Desde que este cuidado, etc. (v. 28 á 35). Todo esto es conforme á la verdad. El hombre poseido de una pasion fuerte no camina con un fin determinado; *vaga*, es decir, anda de una parte á otra sin objeto alguno, sin fijar su atencion. La soledad, el silencio, es lo que busca el que está agitado por una idea; la *ciudad*, el *rumor*, le molestan, porque no quiere que nada le distraiga de su pensamiento, le corte el hilo de sus reflexiones. Los caractéres apasionados gustan de la soledad, porque alimenta su pasion, porque la hace mayor el contraste con la calma que la rodea, ó bien porque el alma engañada cree que los males que la oprimen se alivian ocupándose en ellos exclusivamente.

El mas leve ruido, etc. (v. 37 á 39). Estos versos pintan bien la situacion del que teme, porque cualquier cosa le sobresalta y le pone fuera de sí mismo.

Horrísono estallido, *rayo* (v. 38, 39) son voces onomatopeyas que producen la *armonía imitativa.*

En los versos siguientes el poeta continúa la gradacion de las imágenes que le aterran, la muerte y el rostro airado de Dios.

El último suspiro (v. 50) es una locucion donde el arte puede haber colocado una palabra esdrújula antes de una grave, que producen un sonido armonioso, como sucede tambien en este verso de Rioja, que el de Navarrete hace recordar:

Al último suspiro de mi vida.

No son de menor efecto las imágenes que el poeta usa en los versos 53 y siguientes para expresar *la ira de Dios.* El espanto que tiene sobrecogida su alma en el trance que pinta, no hace inverosímil que aun *el sereno resplandor* que lanza el rostro del Eterno *le parezca una nube.*

Respecto á la alusion mitológica con que concluyen los anteriores versos, véase lo que antes hemos dicho en defensa de Navarrete.

Descendiendo á otra clase de observaciones, nótese que en el verso 28 nuestro autor ha medido bien la palabra *ro-de-a* que suele ser uno de los escollos en que tropieza. En *rüido* comete una diéresis, pero muy comun en todos los poetas. El verso 43 es cacofónico por la concurrencia de seis *d.*

60 Id ahora, delicias de la vida,
61 A dar algun consuelo
62 A mi alma por vosotras afligida
63 Halagüeñas delicias..... no queda una
64 De tantas que en el suelo
65 Ciñeron el laurel á mi fortuna.
66 Todas desparecieron
67 Como un sueño, de mi alma, y de repente
68 Al caos de la nada se volvieron.

Hace siglos que el filósofo Séneca emitió este profundo pensamiento: «que es una desgracia haber sido siempre feliz,» porque estando sujeta la

Digitized by Google

vida humana á tantos vaivenes, cualquiera de ellos causa mas efecto en la persona que no está fortalecida por el infortunio, la cual, cuando llega la desgracia, sufre principalmente por el recuerdo de sus dias felices: esta es la situacion en que coloca Navarrete á su alma sufriendo en el otro mundo y recordando las delicias de este. El pensamiento de Séneca ha sido repetido, aunque con diferentes palabras, por Dante y otros escritores.

En el verso 60 el poeta mide bien la palabra *a-ho-ra*, que algunos suelen usar impropiamente como de dos sílabas *ah-ra*.

En *caos*, (v. 68) está disuelto el diptongo, y deberia haberse señalado con la crema.

69 Vosotros, mis amigos, id ahora
70 A socorrer á mi alma; mas ¿qué digo?
71 ¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente
72 A salvarla de la ira vengadora
73 Del Todopoderoso su enemigo?
74 ¿Del Dios cuya invencible fortaleza
75 Suscita las violentas convulsiones
76 De la naturaleza?
77 ¿Que agitando los bravos aquilones
78 Impele las soberbias tempestades,
79 Inflama los oscuros horizontes,
80 Estremece los montes,
81 Y hasta el nombre les borra á las ciudades?
82 ¿Del Dios?.... pero el palacio refulgente
83 Está viendo con pasmo el elevado
84 Solio de aquel monarca omnipotente:
85 La emperatriz augusta que á su lado
86 Goza de sus ternuras y caricias;
87 Angeles infinitos que agrupados
88 Alrededor del trono están postrados;
89 Las cándidas doncellas
90 Que en sus puras delicias
91 Enguirnaldan las frentes con estrellas;
92 Santos todos; los justos bienhadados;
93 La corte de los cielos..... ¡oh dichosa
94 Morada! clama entonces la alma mia.

Las delicias del mundo que gozó el alma condenada no pueden consolarla ya, y entonces convoca á sus amigos (v. 69, 70); pero conoce inmediatamente que este recurso es tambien vano, y el poeta termina con un rasgo valentísimo, con dar á Dios el epiteto de *enemigo* (v. 73), que sin embargo parece muy poco á propósito, porque estamos acostumbrados á considerar á Dios como *nuestro padre*. No obstante esto, la teología cristiana puede autorizar el calificativo de que usa Navarrete, ateniéndonos á las siguientes palabras del Exodo (c. 33, v. 19): «Me compadeceré del que quiera, y haré misericordia al que me agrade.» Con mucha razon, pues, un escritor puede suponer que Dios no quiere tener compasion de él, que no le agrada perdonarle, y en este concepto no solo no hay impropiedad en el adjetivo *enemigo*, sino que es de un efecto admirable. ¡Qué mayor puede ser la infelicidad de la criatura, que tener de enemigo al *Todopoderoso!* Esto quiso significar Navarrete, y lo significó bien con el adjetivo *enemigo*, manifestando despues (v. 74 á 81), por medio de conceptos brillantes, el poder inmenso de ese enemigo.

Algo de antropomorfismo parece haber en la descripcion de los versos 82 y siguientes; pero obsérvese que los escritores se ven obligados á valerse de imágenes sensibles para representar el mundo espiritual. Dante dió al infierno la forma de un inmenso embudo, y al purgatorio de una montaña: el cielo se componia de diez esferas adonde atraido el poeta por Beatriz penetró sucesivamente. En las Sagradas Escrituras el profeta Isaías y el apóstol San Juan han hecho descripciones magníficas del cielo; pero San Pablo nos advierte «que el ojo no ha visto, que el oido no oyó, que el corazon del hombre no ha sentido lo que Dios prepara á los que le aman.» (Cor. II, 9.)

Enguirnaldar (v. 91) es palabra castiza aunque poco usada, significando «adornar con guirnalda,» y si bien es cierto que *guirnalda* se toma comunmente por una corona abierta, tejida de flores, ramos ó yerbas, no creemos que haya impropiedad en suponerla de otra materia, y la prueba es que la palabra antigua *enguirlandar* (por *enguirnaldar*) significaba simplemente *adornar*.

Los censores sistemáticos de Navarrete encontrarán en el último verso de los copiados algo que observar en la palabra *mia*, porque segun Sicilia, en su *Ortología* y *Prosodia* es diptongo, y Navarrete la usa como de dos sílabas. Sin embargo, diremos que los poetas españoles, antiguos y modernos, que hemos consultado, usan generalmente *mi-a*.

95 Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
96 Allí asomas con plácida alegría
97 Y deliciosa calma:
98 Gózate, pues ya tienes
99 Recompensado el mérito de tu alma:
100 Gózate ¡oh madre! en infinitos bienes.
101 Pero qué, ¿la blandura de tus ojos
102 Con miradas crueles me retiras?
103 Objeto es de tus iras
104 El que sufre del cielo los enojos?
105 ¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho
106 Que en el mundo te dí cuando espiraste
107 Y triste me dejaste
108 En abundantes lágrimas deshecho.
109 ¿No me oyes? no me vés? no me conoces?
110 ¡Ay! mirame por último agradable:
111 No seas inexorable
112 Al blando ruego de mis tiernas voces.
113 ¿Huyes de mi presencia?
114 Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
115 Al hacer una ausencia
116 De que es la misma eternidad el plazo?
117 ¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo
118 De tu vida? ¡ay de mí! con raudo vuelo
119 Te apartas de mis ojos.... ya te fuiste
120 Para otras partes del alegre cielo.

El trozo anterior es verdaderamente patético, es un cuadro perfecto de la *pena moral*. ¡Su misma madre, su ternísima madre, el sér que mas ama en el mundo, aparta los ojos del réprobo, porque está

Digitized by Google

penetrada de la justicia con que Dios le castiga! El poeta se vale aquí tambien del efecto que produce el *contraste* entre los sufrimientos del réprobo y la *plácida alegría, la deliciosa calma* (v. 96 y 97) de un bienaventurado.

Blandura de tus ojos; miradas crueles (v. 101 y 102). Contraposicion que ocurre aun en medio de una pasion fuerte: el réprobo estaba acostumbrado á que su madre le mirase con ternura, y naturalmente llama su atencion la mirada *cruel* que ahora le dirige.

Los pensamientos de los versos 105 y siguientes son notables por su ternura.

En el verso 111 hay una contraccion en *se-as* que le hace poco fluido.

Hacer una ausencia (v. 115). Nos pareceria mas propio *llegar*.

La locucion del verso 116 es notable por la fuerza que encierra.

La suspension del verso 119 completa muy bien la pintura que hace el poeta de la desaparicion de su querida madre.

121 Pero ¿qué estoy mirando? ¡caso triste
122 Para mí, y de dolor el mas profundo!
123 Allí el cómplice está de mi pecado.
124 Y ¿cuántos que en el mundo
125 Conocí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,
126 Dichosos todos con envidia mia
127 Los que gozais de Dios el dulce agrado,
128 Y os recrean sus ojos cariñosos:
129 ¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando
130 Las mansiones de luz, con armonía
131 De voces apacibles estais dando
132 Gracias sin término á su autor: al mismo
133 Que fabricó con manos eternales
134 Las cárceles horrendas del abismo,
135 Y encendió las hogueras infernales.

Desapareció de la vista del réprobo la sombra de su madre, y vuelve los ojos á su *cómplice*, aparicion oportuna porque aviva el *remordimiento*, la pena *moral* que hasta aquí ha ido describiendo el poeta, cuya descripcion continúa con viveza, haciendo resaltar *la envidia* (v. 126) que se despierta en su ánimo.

El verso 128 es cacofónico por la concurrencia de dos asonantes, *ojos* y *cariñosos*, lo cual está prohibido por el arte métrico, así como que un verso comience por un consonante de la última palabra del anterior, como sucede con *dichosos* (v. 129.)

136 Allá me arroja con furor horrible
137 A gemir oprimido de cadenas
138 Que su mano terrible
139 Forjó para instrumento de mis penas.
140 Allá me precipita ¡Qué caverna!
141 ¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente
142 Humo bosteza la tartárea boca!
143 Hé aquí el hórrido espectro de la eterna
144 Noche, el dolor, la cólera impaciente
145 Que sin cesar provoca
146 El llanto de los míseros precitos.
147 Hierve el lago infernal; la gruta brama
148 Con son horrendo de inflamada llama.
149 Los calabozos lóbregos á gritos
150 Ya parece que se hunden ¡Qué molesto
151 Desórden!.... ¡qué funesto,
152 Qué terrible lugar donde severo
153 Descarga Dios su brazo justiciero!
154 ¡Oh! cuántos condenados
155 Como en ardientes hornos encendidos
156 Se ven amontonados!
157 Retumban con sus grandes alaridos
158 Las subterráneas bóvedas, y cuando
159 Los demonios.... qué es esto? delirando
160 Atónito el discurso titubea.
161 Y cuando los demonios con horrible
162 Presencia.... yo deliro
163 Con la fuerte impresion de la terrible
164 Imágen de esta idea.
165 Me agita el susto, y asombrado miro....
166 Todo el infierno junto
167 Se le presenta á mi alma en este punto.

El poeta pinta en los versos anteriores con pocas palabras, pero de una manera viva y animada, las penas *físicas* del infierno, habiéndolo hecho antes con las penas *morales*. Como nuestro libro no es de teología sino de literatura, no nos toca discutir sobre el destino del malvado en el otro mundo; pero sí debemos manifestar que Navarrete ha escrito como debe hacerlo, es decir, segun la teología cristiana, la cual enseña que en el infierno hay pena de *daño* y pena de *sentido*: la primera es el sentimiento de haber perdido la felicidad eterna, y la segunda es el dolor causado por un fuego que nunca se apagará. Es verdad que se citan algunos santos padres que tomaban el fuego en un sentido metafórico; pero los mas de ellos opinan que se trata de un fuego material. (Véase entre otros á Petavio Dogm. teol., tít. 3, lib. 3, cap. 5.)

Humo bosteza (v. 142). Al hablar de Sartorio hemos dicho que *bostezar* es neutro y prosáico.

La gruta brama (v. 147). Metáfora de las permitidas.

Volviendo en sí el poeta de su espantoso delirio, dirige á Dios una súplica fervorosa, y concluye apostrofando tiernamente á su lira: esa apóstrofe fué inspirada seguramente por los primeros versos del salmo 136.

168 No me llames ¡oh Dios! aun todavía;
169 Mas cuando sea llevada el alma mia
170 A tu presencia augusta, ó Juez eterno,
171 No la arrojes, Señor, en el infierno.
172 Muévate mi congoja y mi gemido:
173 Mi corazon doliente
174 Que sale por los ojos derretido.
175 Quédate á Dios en lágrimas bañada
176 De este álamo pendiente,
177 Cítara triste, y á tu voz cansada
178 Prosiga de mis ojos la corriente.

A las bellezas que hemos señalado en el poema de Navarrete, hay que agregar la regularidad del plan, el lenguaje claro y correcto, la sencillez clásica del estilo, la versificacion armoniosa y una sobriedad de buen gusto en las figuras. Los pocos defectos que se encuentran desaparecen al lado de tantas

Digitized by Google

buenas cualidades, las cuales, en nuestro concepto, hacen merecer al poemita de nuestro autor la calificacion de *obra maestra*.

Respecto á las demas composiciones de Navarrete, de que hemos hablado, podemos decir tambien que no obstante sus defectos, son generalmente de mérito, no solo porque esos defectos son pocos, sino porque no hay obra humana que carezca de ellos, en mayor ó menor grado. Ademas, el crítico nunca debe olvidar las circunstancias que disculpan á un escritor, y en Navarrete concurren la de la época y la del país en que vivió. En tiempo de Navarrete aun adolecia la literatura española del prosaismo, y ciertamente no eran las circunstancias de la Nueva España las mas á propósito para corregir ese defecto. Casi apartados los mexicanos de comunicacion con el mundo civilizado; reducidos á estudios de reglamento; no pudiendo leer sino ciertos y determinados libros; dominando en todo y por todo ese sistema gubernativo que tiene por principio, so pretexto de proteccion, la ingerencia del gobierno en todos los actos de la vida humana, y que reduce al individuo á una perpetua niñez; en medio de una poblacion en su mayor parte ignorante y abatida; reinando la monotonía en las costumbres de la vida social; todo esto era lo mas á propósito para helar la imaginacion mas ardiente, para impedir toda inspiracion, para matar el ingenio. Gran talento fué, pues, el de Navarrete cuando pudo producir las obras que hemos examinado, sobreponiéndose á las circunstancias que le rodeaban, y mereciendo justamente lo que ha dicho de él un poeta español: «*Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales.*»

México, pues, puede enorgullecerse de tener en Navarrete un gran poeta, un verdadero poeta, uno de esos hombres á quienes Enio llamaba *sagrados*, porque los consideraba como un presente de los dioses, y de los cuales dijo el elocuente orador romano en su oracion por Arquias: «El nombre de poeta le respetan aun las naciones bárbaras; las rocas y los desiertos responden á sus voces; las mismas fieras se detienen como encantadas al oir sus acentos.»

VI

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, SARTORIO, NAVARRETE.

Para concluir el presente capítulo nos parece conveniente recordar y comparar las observaciones hechas acerca de los tres escritores de que hasta aquí hemos hablado, á fin de que se comprenda mejor el carácter de cada uno de ellos.

Los defectos que se observan en algunas composiciones de Sor Juana son el gongorismo, la trivialidad y la incorreccion: lo primero fué el mal literario de la época; lo segundo se debió al círculo mezquino y prosáico en que vivió Sor Juana; el tercer defecto tuvo por causa el descuido y la falta de espontaneidad con que escribia la poetisa.

Sartorio fué esencialmente prosáico é incorrecto, debido lo primero, ante todo, al mal gusto de su tiempo, y lo segundo á que escribió por mera diversion y sin intencion de publicar sus obras poéticas, habiendo sido impresas en el estado informe en que las dejó, no solo sin darles la última mano, pero sin revision alguna: así lo advierte el editor de sus poesías, y en tal dicho nos fundamos.

Navarrete incurrió algo tambien en el prosaismo de su época, y se le notan algunas incorrecciones; pero con una diferencia notable respecto á Sartorio: lo que en este es la regla, en Navarrete es la excepcion, es decir, que lo comun en Sartorio es el prosaismo y el descuido, y lo general en Navarrete el estilo poético y la correccion. Pero téngase presente tambien, para juzgar con entera justicia á ambos escritores, que Sartorio no corrigió sus poesías, mientras que Navarrete las pulió durante once años.

El prosaismo, comun en Sartorio y raro en Navarrete, viene á darse la mano con la trivialidad que se nota en algunas composiciones de Sor Juana; pero no hay duda en que el carácter general de esta escritora es cabalmente lo contrario del prosaismo: el prosaismo fué la degeneracion de la sencillez y de la naturalidad, y el gongorismo (de que estaba poseida Sor Juana) era la exageracion del tono elevado y de la gala poética. Sor Juana es, pues, en este punto, el polo opuesto á Sartorio, y Navarrete el *in medio virtus*, porque como ya lo manifestamos, fué elevado sin afectacion ni oscuridad, sencillo y claro, sin vulgaridad ni bajeza.

Digitized by Google

En cuanto á correccion, Sor Juana fué inferior á Navarrete; pero no llegó al extremo de descuido que Sartorio, no obstante que tambien debe haber escrito de prisa muchas veces, pues ella misma nos dice que componia porque se le mandaba ó rogaba: en un punto aventaja Sor Juana á Navarrete, y es en que no usó tanto de la sinéresis.

El género de composicion lírica mas difícil en que lució Sor Juana, fué el soneto, y en esta clase cabalmente aparecen muy poco felices Navarrete y Sartorio, cada uno respectivamente. Sor Juana sobresalió en los géneros jocoso y satírico, y Sartorio en el epígrama. Por el contrario, las sátiras de Navarrete son bastante malas, y apenas tiene mérito alguno de sus epígramas, no siendo tampoco comparables sus romances con los de Sor Juana, y ni con algunos de Sartorio. Pero en cambio Navarrete se distinguió en composiciones de mayor dificultad, elevacion é importancia, como son sus poesías filosóficas y religiosas, sin dejar tampoco de tener mérito algunas de sus otras producciones. En el drama, Sor Juana apenas llegó á la medianía, y en este punto no admite comparacion con Sartorio ni Navarrete, que nada han dejado en ese género.

El gongorismo, fundado en la novedad, en el deseo de aparecer original y elevado sobre el órden comun, produjo un bien, y fué el de ejercitar la inteligencia, el de aguzar el entendimiento á fin de encontrar cosas difíciles, de presentar ideas nuevas. Bajo este concepto, en algunas poesías de Sor Juana, donde el gongorismo se moderó mas ó menos, disminuyen ó desaparecen las extravagancias de ese sistema, y queda sin embargo el carácter agudo é ingenioso, la riqueza de formas y la viveza de colorido.

Sartorio, de alma pura y corazon sencillo, expresó en sus composiciones líricas la única pasion que le dominara, *el amor de los amores, el amor divino*, y sus buenas poesías sagradas inspiran devocion tierna. Dios, los Santos, la Vírgen María, sobre todo, son los objetos de las composiciones de Sartorio, escritas con aquella santa ternura, con aquel sentimiento indefinible del misticismo, aun con vehemencia algunas ocasiones.

El corazon de Navarrete latió tambien á impulso del amor divino; pero igualmente conoció las pasiones terrenas, y, sin embargo, aun sus poesías eróticas, casi todas sus composiciones, llevan marcado un sello que las distingue: una dulce tristeza, una suave melancolía. La tristeza de Navarrete no es aquel vacío interno que deja el vicio, la ignorancia ó la esterilidad de imaginacion; no es tampoco ese sentimiento vago y poco profundo sin causa ni fin que experimentan los hombres sumidos en una apatía estúpida; es aquella tristeza grave, hija de grandes pasiones, de elevados sentimientos, que tiene una causa conocida, que no cansa el corazon ni carece de dulzura.

Sor Juana divierte, agrada é interesa; Sartorio nos comunica afectos devotos; Navarrete conmueve profundamente, hace derramar lágrimas. Sor Juana brilla por la agudeza de su ingenio; Sartorio está inspirado por el *Angel de los santos amores*, que felizmente imaginó Chateaubriand; á Navarrete pueden aplicársele propiamente aquellas palabras: «*La Musa es el dolor, vate el que llora.*»

¿Y cuál de estos tres poetas merece la primacía, entendiéndose respecto á sus buenas composiciones? Los hombres que prefieran la perspicacia á los demas dotes del espíritu, elegirán á Sor Juana; las almas místicas á Sartorio; los corazones sensibles, los hombres que hayan perdido sus ilusiones y sufrido los desengaños del mundo, no apartarán nunca de su memoria las sentidas quejas de Navarrete.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRESBÍTERO DON ANASTASIO MARÍA OCHOA.

I

BIOGRAFÍA.

No comprendemos en qué sentido se ha dicho, al hablar de las poesías satíricas y jocosas de D. Anastasio María Ochoa, que eran un género *exclusivamente suyo*. (*Dic. de historia, etc.* México, 1856.)

Si nos remontamos á la literatura antigua, encontramos que Homero escribió la *Margites*, poema satírico, y que entre los romanos, Enio perfeccionó la sátira dándole una forma propia y bien determinada. Si descendemos á la literatura española, vemos poesías satíricas del Arcipreste de Hita en el siglo XIV. Si tan solo nos fijamos en la *letrilla satírica*, que fué el género á que Ochoa se dedicó principalmen-te, los nombres de Góngora, Quevedo y otros poetas responden de su precedencia, y aun en México es sabido que Sor Juana Inés de la Cruz compuso varias poesías satíricas y jocosas en el siglo XVII.

El verdadero mérito de Ochoa consiste en haber escrito algunos sonetos y diversas letrillas del género referido, de tanta importancia como las mejores producciones de la misma clase que tiene la literatura española; así es que Ochoa debe considerarse como el mejor poeta satírico y jocoso de la literatura mexicana, y en tal concepto, le hemos dado lugar en la presente obra, comenzando por presentar una breve noticia de su vida.

Nació D. Anastasio María Ochoa en el pueblo de Huichapan, perteneciente al Departamento de México, el 27 de Abril de 1783. Fueron sus padres D. Ignacio Alejandro de Ochoa y Dª Ursula Sotero de Acuña, ambos españoles.

Poco se sabe acerca de Ochoa en sus primeros años; pero sí que á fines del siglo pasado comenzó á estudiar latin en México, en un estudio particular, y que en el curso de aquel idioma obtuvo el primer puesto. Lo mismo consiguió respecto á la filosofia, que estudió en el colegio de San Ildefonso, donde le dieron una beca de gracia, porque sus facultades pecuniarias no le permitian hacer los gastos del colegio. Mas adelante cursó cánones en la Universidad, desempeñando al mismo tiempo el cargo de *maestro de aposentos* en el estudio del Doctor D. Juan Picazo, que era donde habia aprendido latin.

Por los años de 1803 á 1804, el Dr. Picazo cerró su estudio, quedándose Ochoa sin destino alguno y sin medios de subsistir. Vióse, pues, obligado á entrar de escribiente en el Juzgado de Capellanías, y á desempeñar otras ocupaciones semejantes para ganar la vida.

Pero Ochoa, ni aun en las circunstancias mas críticas abandonó los libros, y ademas de las materias que ya hemos dicho haber estudiado, se sabe que por sí mismo aprendió varios idiomas vivos y se dedicó á conocer las literaturas latina, española, francesa, italiana, y aun algo de la inglesa.

En 1806 apareció en el *Diario de México* la primera poesía satírica de nuestro autor, y sucesivamente siguió publicando varias composiciones en el mismo periódico, ya con las iniciales de su nombre, ya con pseudónimos. Sus producciones fueron recibidas con mucho agrado, y mereció ser admitido en la *Arcadia mexicana*, asociacion literaria de que hemos hablado al tratar de Navarrete.

Por el año de 1813, se sintió Ochoa inclinado á abrazar el estado eclesiástico, y así lo verificó despues de haber estudiado teología moral en el Seminario de México. En 1816, á los treinta y cuatro años de edad, fué cuando se ordenó de presbítero: á principios del año siguiente comenzó á desempeñar algunos curatos interinamente, y en 1820 se le

Digitized by Google

dió en propiedad el de la parroquia del Espíritu Santo de Querétaro, donde permaneció hasta 1827 entregado al cumplimiento de las obligaciones de su estado, pero sin dejar de aplicar á las letras todos los ratos de que podia disponer.

El clima de Querétaro dañó la salud de Ochoa, y se vió obligado en 1828 á renunciar el curato que desempeñaba y á trasladarse á México. En esta ciudad vivió tranquilo en una honesta medianía, entregado á trabajos puramente literarios, hasta el año de 1833 en que sucumbió víctima del *cólera morbus*.

Los escritos de Ochoa, de que se conserva memoria, ademas de sus poesías impresas (Nueva-York, 1828), son los siguientes:

Dos comedias, *El amor por apoderado* y *La huérfana de Tlalnepantla:* esta última solo se conoce por noticias; pero la primera existia manuscrita hasta hace pocos años en poder de D. Antonio Rodriguez Galvan.

Una tragedia en verso, intitulada *Don Alfonso*, que se representó en México en 1811.

Una novela de costumbres mexicanas, de la cual ni el nombre ha quedado.

Fragmentos, que tambien poscía Rodriguez Galvan, de unas *Cartas de Oddlmira y Elisandro.*

Varias traducciones del latin, francés é italiano, de las cuales se publicaron en México *Las Heroidas* de Ovidio, y otras ccnservaba manuscritas la persona de quien antes hemos hablado, entre ellas, los últimos libros del *Telémaco* que nuestro poeta se tomó el ímprobo trabajo de trasladar en octavas castellanas: los dos primeros libros de esta traduccion se perdieron.

Tuvo parte Ocha en la traduccion de la Biblia de Vence, publicada en México por Galvan.

II.

EXÁMEN DE LAS POESÍAS DE OCHOA.

La única edicion que conocemos de las poesías de Ochoa, es la citada anteriormente, y valiéndonos de ella, haremos su exámen en el órden que sigue.

ODAS ANACREÓNTICAS.

Son veinte, once de nuestro poeta y nueve traducidas; pero aun en las primeras hay poca originalidad, no se encuentra nada nuevo: el eterno suspirar de los amantes; la conocida turbacion del enamorado delante de su querida; las imágenes trilladas de las poesías eróticas. Ademas, se notan algunas ideas y expresiones prosáicas, y varios descuidos. De todo presentaremos ejemplos.

Yo vi unos claros ojos,
Cuya tierna mirada
Rinde mas corazones
Que la amorosa aljaba.
. . . . . .

Yo vi una dulce boca
De perlas y de grana,
De cuya miel panales
Las abejillas labran.

Yo vi un turgente seno,
Envidia de Acidália,
Donde el amor anida,
Y las honestas gracias.
. . . . . .

Ni me importa que logren
Altivos y soberbios,
En brillo y hermosura
Vencer á los luceros.
. . . . . .

Brillan (yo soy testigo)
En tu rostro hechicero
Mil y mil perfecciones
Y mil y mil portentos.
. . . . . .

Su presencia en mí causa
Impresion la mas dulce;
Pero tan viva y fuerte
Que casi me destruye.

Parece que mi sangre
Un incendio consume,
Y como que á la nada
Mi existir se reduce.

Todo mi cuerpo tiembla,
De languidez se cubre,
Mis potencias se pierden,
Mis sentidos se aturden.

Siento que á la garganta
El corazon se sube,
Y la anuda y no deja
Que una frase articule.

No hay figura mas gastada que la de comparar la mirada de una mujer con las armas de Cupido, y lo mismo sucede con llamar perlas á los dientes,

Digitized by Google

nido del amor al seno, luceros á los ojos y modelo de perfeccion á la mujer que se ama. Los bochornos, vértigos y convulsiones que experimentan los poetas al ver á sus amadas, tampoco ofrecen ninguna novedad.

Yo ví unas blondas hebras,
Cogidas con tal gracia,
Que son del amor niño
Las redes y lazadas.

Hebras por *cabellos* lo usan los poetas; pero nos choca porque la acepcion comun de la palabra *hebra* es prosáica: recuerda á la costurera enhebrando la aguja.

Juguetillo gracioso,
Traviesa guitarrita,
¡Ay! ¡cómo tus monadas
Dulce placer inspiran!

Monadas: expresion demasiado familiar para que se deba admitir en una oda anacreóntica. Esta clase de composiciones excluye todo lo elevado y profundo; pero no por esta razon se debe incurrir en el extremo de la vulgaridad.

La oda sexta, *A Silvia en la muerte de su falderito*, necesita un exámen detenido. Ya hemos dicho al hablar de Navarrete, que esta clase de composiciones son permitidas á los poetas, y que de ellas se encuentran bellos modelos en todas las literaturas; pero como el objeto á que se dirigen es poco elevado, necesita el escritor mucho tino para no caer en ridículo.

¿Por qué lloras, mi Silvia?
¿Por qué al dolor te entregas?
Suspende ¡ay! ese llanto,
Que el alma me atraviesa.

No llores..... Mas en vano
Es querer que suspendas
Lágrimas que te arranca
Tu sensible terneza.

Cualquiera creerá que á Silvia le ha sucedido una gran desgracia, le ha acontecido un mal irremediable; pero en la cuarteta siguiente vamos resultando con que aquellas lágrimas, aquel dolor, son ocasionados por la muerte de un perro, del *Jazmin*.

Ya tu Jazmin no existe,
Y tú lloras su ausencia;
Llórala, amada Silvia,
Pues así te consuelas.

El poeta continúa diciendo:

Pero advierte á lo menos
Que si la parca fiera
En él ha descargado
Su guadaña sangrienta,

Acabaron del todo
Sus congojas y penas,
Sus temores cesaron,
Cesaron sus dolencias.

Ya nada lo incomoda,
Ya nada lo atormenta,
Ni padece, ni sufre,
Ni llora, ni se queja.

Parca fiera: las *parcas* son personajes mitológicos que no se ocupaban en los perros sino en los hombres, así es que aunque *parca* se tome como sinónimo de *muerte*, no parece que debe aplicarse propiamente al *jazmin*.

Ni llora. Los brutos ni ríen ni lloran: estos son actos propios del hombre exclusivamente.

No del mastin soberbio,
Que grunidor enseña
Los afilados dientes,
Teme ya la insolencia.

Ni ya del sol ardiente
A la vibrante fuerza,
La lengua prolongando
Fatigado jadea.

Ni de la brava pulga
Entre las blancas hebras
De su cuello escondida,
El aguijon le inquieta.

Ni el atorado hueso
En su garganta estrecha
Sus fauces acongoja
Con tosidas violentas.

En fin, ya nada siente,
Nada ya lo molesta,
Y para siempre libre
Está de toda ofensa.

Las imágenes de la primera cuarteta no desdicen de la poesía, y el pensamiento que expresan es verdadero, porque es natural que un perrito mimado, criado en la alcoba, tema á un mastin; pero no sucede lo mismo en la segunda cuarteta. No es propio de la poesía la imágen de un animal sacando la lengua, hablando y respirando con dificultad. Ademas, es un pensamiento poco sólido el que se expresa, tratándose de un *falderito* que pasa la vida en *las faldas*, y habita en la casa de una hermosa, resguardado de la intemperie: el perro de pastor que cuida el ganado, el galgo que corre tras de la liebre es muy natural que *jadeen;* pero no es lo mas propio suponer esto en el perrito de una dama.

La brava pulga: este pequeño insecto es muy digno de ser estudiado con el microscopio, y de que se hagan observaciones acerca de su extraordinaria agilidad; pero no es muy á propósito para la poesía: los piquetes que da, la comezon que produce, el rascar que provoca, nada de esto despierta ideas poéticas.

Callamos el *atorado hueso* y las *tosidas violentas*, porque hay cosas que callándolas se explican mejor.

Tú cuida solamente
Que su cuerpo no sea
De hambrientos zopilotes
Apetecida presa.

Digitized by Google

En un hoyo profundo
Sepúltalo en la huerta,
Y deja que entre flores
En polvo se disuelva.

Y cuando allí repose,
Pues ya sus males cesan,
Suspende ¡ay! ese llanto
Que el alma me atraviesa.

Zopilotes: esta palabra no es castellana, sino del idioma azteca, lo que se debe hacer notar de algun modo, y además, la representacion famélica de aquellos animales asquerosos en la poesía, produce impresiones desagradables: se recuerdan naturalmente los muladares donde viven y los cadáveras gusanientos y fétidos de que se alimentan.

Sepúltalo. Lo es neutro, y racionalmente no debia aplicarse á *perro* que es masculino; pero ya hemos dicho en otra ocasion que ese uso, aunque vicioso, es no solo muy general, sino que la Academia Española le ha sancionado con su aprobacion.

Cuando yo estoy á solas
Mi corazon discurre
Declararse á mi ingrata
Cuando mire sus luces.

El corazon se considera como el móvil de los sentimientos, pero no del discurso; así es que está mal dicho «mi corazon *discurre.*» Desde Platon se suponia el principio inteligente en la cabeza, y el de actividad en el corazon.

Pensaba yo, cual otros,
Que era cosa muy fácil
Olvidar los amores
En una ausencia grande.

Grande no es calificativo propio de ausencia, porque lo grande se refiere al tamaño, y la medida de la ausencia depende de la *duracion, del tiempo;* de manera que se puede estar *cerca* de una persona, y sin embargo la ausencia de ella ser *larga:* este adjetivo es el propio porque recae sobre la duracion.

Sin embargo de todos estos defectos, las odas anacreónticas de Ochoa tienen, por lo comun, dos buenas cualidades, y son la correccion del lenguaje y la observancia del asonante en los versos pares. Pero los defectos que las deslucen hacen que apenas una que otra, muy rara, merezca la pena de copiarse, como sucede con la siguiente que, sin embargo, no está libre de defectos.

DE EL AGUA.

Sentado aquí á la sombra
De este sabino adusto,
Quiero evitar de Febo
Los rayos importunos.

Sus llamas reverberan
En el éter profundo,
Y abrazan penetrantes
Todo este valle inculto.

Sediento y caluroso
Me siento al fuerte impulso
De sus fuegos, y el fresco
En esta sombra busco.

La sed apagar quiero;
Muchacho, dame al punto
Un trasparente vaso
De cristal límpio y puro.

El rico comerciante
Beba, entregado al lujo,
En copa de oro el vino
Que le dieran sus lucros;

Que á mí de esta fontana
Me convida el murmullo,
Y su frescor provoca
Al paladar enjuto.

¡Cuán cristalina brota!
¡Y cuán ledo es su curso,
Regando el pié del tronco
Do nace su conducto!

La trepadora yedra
En graciosos dibujos
¡Cuál sube por las abras
Del sabino caduco!

Hasta las duras piedras,
Chupando el almo jugo,
Se visten y engalanan
De hermoso verde musgo.

Todo aquí se sonríe,
Toda publica el gusto
Que tú doquier derramas,
¡Oh don del Criador Sumo!

Muchacho, dame el agua;
Dámela, que le juro....
¿Mas qué nuevo prodigio
En el vaso descubro?

¡Cómo despide luces
Que penetran lo oculto
Disipando las sombras
Del enramado oscuro!

Es un rayo de Febo
Que introducirse pudo,
Y traspasa brillando
El agua y cristal junto.

¡Cuál brillan mil colores
De oro entre los reflujos,
Muy mas que los de Iris
Mensajero de Juno!

¡Oh don del alto cielo!
Tu soberano influjo
Vivifica y recrea
Doquiera al ancho mundo.

¡Ven, y mi sed apaga;
Ven, y que tu almo jugo
Nunca en su anhelo deje
Al paladar enjuto!

Digitized by Google

LETRILLAS ERÓTICAS.

Tienen el mismo carácter que las odas anacreónticas. Ejemplos.

Á SILVA.

Des que te vide,
Linda zagala,
Tu gracia y gala
Me cautivó.
Las que despide
Flechas tu vista
Otra resista,
No lo haré yo.

Que el ciego niño,
Si hay resistencia,
Con mas violencia
Clava el arpon.
Mas si hay cariño
Sin amarguras,
Da mil dulzuras
Al corazon.

Mientras respire
He de servirte,
Y he de seguirte
Cual girasol.
Y antes que espire
Mi amor sincero
Verás primero
Sin luz al sol.

En la segunda y tercera cuartetas se vuelve á usar la gastada comparacion de la mirada con las armas del amor.

Asemejar un afecto con el girasol (cuarteta quinta) es tan viejo, por lo menos, como Calderon de la Barca, quien dijo:

Difícilmente pudiera
Conseguir, señora, el sol
Que la flor del girasol
Su resplandor no siguiera.
.....
Si sol es vuestro esplendor
Girasol la dicha mia....

En otra letrilla dice Ochoa:

¡Ay! que morir me siento;
Ya me falta la vida;
Por tí, bella homicida,
Me siento ya morir.
Un insano tormento
Me despedaza el pecho,
Y en lágrimas deshecho
No puedo ya vivir.

Uno mismo fué el dia
En que logré mirarte,
Y uno mismo en que amarte
Rendido comencé.
Pero ¡ay ingrata mia!
Que el en que tú me viste,
Y en que me aborreciste
El mismo tambien fué!

Estas cuartetas no expresan nada nuevo; el continuo y empalagoso lamento de los amantes, y la conocidísima coincidencia *ver y amar todo es uno.*

Aun en prosa, la reunion de muchos monosílabos se considera como un defecto, y mucho peor es en poesía, como sucede en el verso catorce de los precedentes, donde se lee:

Que el en que tu me.

Bastan estos ejemplos para convencernos de que Erato no era la Musa que inspiraba á Ochoa.

SONETOS.

Boileau consideraba tan difícil el soneto, que segun él, uno solo, libre de defectos, vale como un poema; y aunque esta opinion es exagerada, no tiene duda la dificultad de que el pensamiento se exprese bien en un estrecho espacio sin que falte ni sobre nada: así, pues, no es extraño se encuentren muy pocas composiciones de esa clase que puedan llamarse perfectas. No obstante las dificultades del soneto, Ochoa logró escribir algunos del género serio, que pueden considerarse como medianos, y varios jocosos que pueden colocarse al lado de los mejores de su clase.

Presentaremos, desde luego, un ejemplo del género serio.

LA RESOLUCION.

Yo fuí jóven y amé. ¡Vanos anhelos!
Pues buscando placeres y dulzura,
Hallé tan solo do esperé ventura
Sustos, temores, ansias y desvelos.

Quise á Silvia, probé mil desconsuelos;
Amé á Lesbia, llenéme de amargura;
Adoré á Clori, ví mi desventura;
Idolatré á Dorisa, y tuve celos.

Supe ¡con qué dolor! que entre aflicciones
Para dar muerte tiene el pecho humano
Vileza, ingratitud, dolo, traiciones.

Yo te detesto en fin, amor insano;
Lleva, lleva á otra parte tus arpones,
Y huye lejos de mí, númen tirano.

Los siguientes sonetos del género festivo dan á conocer inmediatamente que el talento de Ochoa era mas á propósito para esta clase de composiciones.

EL SONETO.

¡Catorce versos! Mas está el primero;
Pasemos al *segundo*; no va malo:
El *tercero*.... Aquí es ella; mas lo igualo
Y con el *cuarto* ya es cuarteto entero.

El *quinto* ¡qué primor! salió sin pero;
Sigue el *sexto:* bien si lo acabalo,
Al *sétimo* sin pena me resbalo,
Y me paso al *octavo* placentero.

Digitized by Google

Respiremos en fin: el *nueve* es este,
Tan fácil como el *diez;* y este terceto
Acabe el *once*, cueste lo que cueste.

¡Quién lo creyera! el *doce* está completo:
¿Y el *trece?* ¡Apolo su favor me preste!
El *catorce*, ¡oh placer! ya está el soneto.

LA RESPUESTA CONCISA.

—Hola!—Quién es?—Yo soy.—Qué manda usté?
—¿Don Basilio está en casa?—Señor, yo,
Esta mañana que se levantó
Le llevé chocolate á su mercé....

—Bueno. ¿Mas está en casa, ó ya se fué....?
—Como iba yo diciendo, lo tomó,
Y luego....—Mas, señora, ¿está ahí ó no....?
—No, no era chocolate era café....

—¡Válgate Dios, señora! bien está
Que fuera lo que fuese, mas aquí
No se trata....—Señor voy para allá....

—Vaya, señora, diga vd.—¡Ah! sí:
Pues, señor, Don Basilio salió ya....
—¡Qué lacónico hablar! Ya lo entendí.

DE MI AMOR Á INÉS.

Es tanto, dulce Inés, lo que te quiero,
Que.... Mas cenemos, que llegó la cena;
Tanto te quiero, que.... ¡Mira que buena,
Y que hermosa pitanza de carnero!

Pero volviendo, Inés, á lo primero,
Te quiero tanto, que.... La taza llena
De vino me sumí. Pero, sirena,
Tanto te quiero, que.... Dame el salero.

Mas tornando al asunto de quererte,
Te quiero de tal modo, dulce dueño,
Que... ¡Caramba! ¡El carlon está muy fuerte!

Como iba yo diciendo.... El malagueño
Fuera mejor.... Te quiero de tal suerte,
Que... Me voy á dormir: me ha dado sueño.

El primer soneto de los tres precedentes es una feliz imitacion del conocidísimo de Lope de Vega, y muy superior á la de Balmes, quien ciertamente no ganó nada en su fama literaria con la publicacion de las poesías que compuso. El insigne filósofo no estaba inspirado por las musas; pero tampoco necesitaba de ellas para legar su nombre á la posteridad, como uno de los mas profundos pensadores del siglo XIX.

El segundo y tercer soneto son notables por su gracia y fluidez.

ODAS DIVERSAS.

Además de las odas anacreónticas, escribió Ochoa algunas otras á diversos asuntos y en diversos métros: son defectuosas, y presentaremos como ejemplo la que sigue:

EN EL GRITO DE INDEPENDENCIA.

Suele en callada noche hácia el Oriente
Del horizonte alzarse parda nube,
Que se condensa mas cuanto mas sube,
Inclinando su giro al Occidente:
Luego insensiblemente
Su enorme masa por el ancha esfera
Va derramando negra y pavorosa,
Y crece y se difunde de manera,
Que sombras esparciendo tenebrosa,
El éter hinche, y presagiando enojos
Esconde el alto cielo, de los ojos,
Hasta que arroja del preñado seno
Un rayo y otro con horrible trueno.

En tanto el pastorcillo que reposa
En humilde cabaña descuidado,
Atónito despierta, y azorado
La tempestad contempla estrepitosa:
Moverse apenas osa
De su lecho, temiendo á cada instante
Con su rebaño ser víctima triste
Del horrible huracán, qué fulminante
La frágil choza y su ganado embiste,
Haciéndolo temblar el soplo fuerte
Del viento silbador, que con la muerte
Lo amenaza, lo asusta, lo comprime,
Mientras él en silencio tiembla y gime.

Así en el vasto americano suelo
De ibera encarnizada tiranía,
Una lejana nube se veia
Preñada de opresion y desconsuelo,
Cuyo incesante anhelo
Decretos cual el rayo despidiera,
Conspirando tenaz y sin sosiego
A sufocar y aun extinguir doquiera
De santa libertad el sacro fuego,
Que casi se apagaba, y solamente
Ardia, aunque acosado, mas vehemente
De Victoria y Guerrero, altos varones,
En los nunca domados corazones:
La astuta mano del visir hispano,
Redoblando cuidados y fatigas,
Con oro, con indultos, con intrigas
Ya de acallar, si no extingir, ufano
Estaba el soberano
Ardor de libertad. ¿Y qué podian
Del Sur los héroes, solos, perseguidos,
Cuando en la huesa exánimes yacian
Mil compañeros de armas, ó sumidos
En dura cárcel; y en estéril duelo
Otros valientes hijos de este suelo,
Su esclavitud llorando en sus retiros,
Enviaban al cielo hondos suspiros?

El poeta se vale del espectáculo que presenta la tempestad para compararla con la desgracia de su patria. Esta comparacion es propia de la oda, por la animacion y viveza que encierra, y porque la tempestad produce en la naturaleza el mismo trastorno, la misma turbacion que las desgracias en el órden moral. Despues de indicar el poeta cuáles son esas desgracias, refiriéndose á la nacion mexicana, hace notar con sentimiento doloroso que solo un puñado de patriotas habia quedado combatiendo por la independencia; pero despues exclama:

Digitized by Google

EL

ÁNGEL DEL PORVENIR

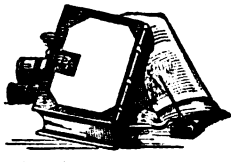
NOVELA ORIGINAL

POR JUSTO SIERRA

In servitute dolor. In libertate labor.

A SANTIAGO SIERRA

HOMENAJE DEL AUTOR



EDICION DEL "RENACIMIENTO."

MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON Y SANTIAGO WHITE,

Segunda de la Monterilla núm. 12.

1869

Digitized by Google

Digitized by Google

PRÓLOGO.

Hay una estacion en el curso de la vida, breve y feliz, que se llama la juventud. Podemos decir que esta edad es la de la siembra. Todas las ideas que florecen y fructifican en el trascurso de los años, se depositan desde la juventud en nuestra alma, como la simiente de Dios. El *pollen* del pensamiento llena con sus oleadas el ambiente, desparciendo en los cerebros humanos los granos que fructificarán en lo futuro. *El Angel del porvenir* nació de un grano de *pollen*.

Para las personas propensas á lo que los franceses llaman *reverie*, no hay en verdad espectáculo que sumerja el alma en mayor éxtasis como el del sol poniente en los misteriosos horizontes de la mar del trópico. El globo solar toma gigantescas proporciones. Una masa de oro incandescente se columpia sobre la cresta de las olas, que vienen arrogantes como las águilas que han visto al sol de cerca, á estrellarse en la arena de la playa, donde dejan su orla de rizada espuma, deshaciéndose inmediatamente al impulso de una oleada mayor, que avanzando mas allá de la primera, aplasta su montaña líquida en los troncos de las palmas, en los cactus, en las peladas rocas, cubriéndolas con nevados encajes, muy luego disipados por el terral.

Sobre el mar, parecido á un enorme mosaico de fuego en cuya superficie se tendiera en infinitos pliegues una sábana de cristal sin mancha, en la cúpula celeste, se agitan confusamente inmensos cúmulos de nubes, dejando flotar en su parte superior una tenue gasa blanca, á través de la cual brilla el terso zafir del cielo; entretejiéndose en centellante guirnalda á los rayos del sol, y bajando en grandes girones de cinabrio, á mojar sus bordes en el agua. Allí las nubes fingen, aquella un incomensurable dragon negro rampando por el espacio y descubriendo al mundo su vientre de fuego; otras, una parvada de grandes aves iluminadas en su vuelo por roja luz de Bengala; las de mas allá, discos de oro rodando por una alfombra de púrpura; aun mas lejos, violetas del jardin del Señor, abren algunas sus pétalos de ametista, y luego por un lado se confunden con el azul nácar del cielo, y por el otro van á perderse en alguna otra aglomeracion de nubes, negras como la noche, preñadas de fugaces relámpagos, y semejantes á la boca de una tenebrosa gruta en donde tuviera el mar su fuente. Sombra húmeda y terrible, que hace resaltar el blanco velámen de las barcas pescadoras, que aparecen y se ocultan sucesivamente en las quiebras movibles del océano.

Aquel cuadro, que todos los que una vez le han visto, llevan grabado en el alma, pero que nadie podrá describir, se complica frecuentemente con incidentes tales, que parece que la naturaleza pretende confundir al hombre á fuerza de lujo y de magnificencia.

¿Qué diríais si ante aquel festin de luz y de grandeza, cayese una lluvia fina y trasparente, como si un ángel escondido en el éter escanciara dentro del mar una ánfora de diamantes? ¿si viérais, como yo he visto, allá en las colinas á cuyos piés duerme con sus casas blancas y sus torres grises mi ciudad natal, sobre esas colinas cuyos perfiles comienzan á perderse en el azul opaco de Occidente, tenderse inmenso, aéreo, brillador, el arco-iris, velado en partes por las brumas de la tarde, como si al pasar el sol hubiera dejado prendida en ellas su diadema espectral?

Y aquella decoracion espléndida del templo del Criador, admirada, adorada desde la ribera del mar á tiempo que acarician nuestros sentidos los perfumes de las flores, el canto de las aves que van á dormir, el habla melodiosa de los cocoteros, de las olas, de las brisas, y acarician nuestro corazon las miradas de una mujer; es lo que yo jamás intentaré explicar. Ello es que al concluir esos crepúsculos vespertinos de los mares tropicales, cuando todas las nubes se vuelven de azabache, y la bahía se arropa en su manto rayado de fósforo, y las estrellas brillan azules, muy azules, en el firmamento; cuando suena en la iglesia vecina la campanada del *angelus*, el anciano y el niño, el criminal y el bueno, todos sienten el deseo de arrodillarse, la necesidad de orar.

La última vez que ví este maravilloso *specimen* de la grandiosidad de la naturaleza, fué á bordo del paquete español, entre Veracruz y la Habana, teniendo entre las manos una taza de café martinicano y al lado derecho un extraño personaje, que

Digitized by Google

tanto podia tomarse por un *rajah* de la India como por un banquero de *Regent's Street*. Ya tendré ocasion de describírosle en el curso de este libro.

Aquel singular personaje, acaso porque yo era el mas jóven de todos los pasajeros, me habia tomado aficion, y en irreprochable castellano se entretenia en descifrarme el enigma del mundo, como él decia, y en desarrollar delante de mí teorías que me ofuscaban, pero que aun no podia comprender.

—Nuestra época, me decia mirando el caprichoso contorno de las nubes, que parecian oscurecerse con su mirada, nuestra época está enferma de la espina dorsal. Se ha encenagado en los placeres, y no morirá, porque los pueblos nunca mueren; pero necesita rejuvenecerse. La raza latina ha caido ya dos veces, las dos el cristianismo la ha levantado; tendrá aún su tercera caida y el cristianismo la levantará. El imperio fundado por César cayó bajo la lanza de los tártaros; las bombardas de Mahomet derrumbaron el imperio de Constantino. ¿Quién echará abajo el imperio fundado por Bonaparte? ¿Y sabeis cómo se llama el imperio del vencedor de Austerlitz? Se llama la civilizacion latina. La salvacion vendrá del Norte.

Francamente, solo hoy que escribo estas líneas, me he dado cuenta de la trascendencia de sus palabras.

—En la América española, continuaba, no hay ningun pueblo vírgen. Allí el vicio está en la sangre. Por eso se retuercen en terribles convulsiones, en los países mas bellos y mas ricos de la tierra. Todo su afan es imitar los pasos de esa raza titánica, que despues de conocer la inmensa superioridad de su sangre, ha emprendido su infusion en las venas del mundo por medio del cosmopolitismo.

Y seguia aquel hombre lanzando sendas espirales de humo por la mas linda boca que he visto en la tierra.

—Si algun dia nos encontramos en la vida, dijo, cuando scais mas grande os daré á leer un tratado de patología internacional que he escrito.

—Vd. es inglés? me atreví á preguntarle.

—Yo, no; yo soy cosaco.

Involuntariamente dí un brinco hácia atrás; me acordaba de Polonia.

El cosaco lanzó una solemne carcajada y se retiró.

Tuve una pesadilla esa noche. Así es que me levanté muy temprano, horriblemente fatigado y triste. El Oriente estaba limpio, y en un radio bastante prolongado palidecian las estrellas. Una que otra nube azul volaba por el cielo. De repente el mar, las nubes y el firmamento tomaron el color de las cosas que reflejan á lo lejos un gran incendio. Tal era la tension de mi mirada, mi cerebro estaba tan afectado, que me pareció ver dibujarse no sé qué movimientos confusos tras de la superficie celeste. Pero un dibujo muy vago, como el de un diamante visto al través de una lámina de cristal de roca.

Seguramente padecia una alucinacion. Lo cierto es que me parecia volar en un aeróstato por sobre aquella multitud de cosas y de hombres que corren sin cesar hácia un objeto desconocido, por el ferrocarril, por el cable, por el telégrafo, por el vapor y por la fiebre tremenda de las revoluciones, sobre la tierra entera convertida en una inmensa ciudad, puesta de ambos lados del rio Océano, como decia Homero.

Los hombres, las cosas y las instituciones viviendo un siglo en un dia. Vida torrencial, que ó nos arrastra ó nos abandona en campos estériles.

Libertad, igualdad, fraternidad, grandes nombres proclamados en los campos de batalla, frente al fusil Chassepot, ó frente á las canastas de Champagne; frases vanas de las que reimos en *petit-comité*.

Mi aeróstato seguia volando. El cuadro del mundo se me presentaba en conjunto. Mi Mentor cosaco me hacia notar en medio de aquella batahola inmensa á los hombres engañándose mutuamente y á las mujeres engañando á todos los hombres.

—¿Este no es, pues, el siglo definitivo de la humanidad? pregunté yo.

—Mira, repuso el cosaco.

Entonces noté que el género humano vivia sobre una horrible llaga; los cimientos de todo lo que él habia construido se asentaban en la podredumbre. Y gusano de esa pústula colosal, una serpiente se enroscaba en infinitos pliegues en las entrañas del mundo.

—Oh! esa es la muerte.

—No, me respondió el cosaco; es el egoismo.

—Dios remediará, dije profundamente herido en mi corazon lleno de fé.

—Sí, Dios vela. Recuerda las palabras bíblicas: «La mujer será enemiga de la serpiente y quebrantará su cabeza.»

—¿La mujer, la frágil?.....

—No, la mujer fuerte; ella será el ángel del porvenir.

En ese momento los rayos solares disiparon mi alucinacion. La mar estaba espléndida y murmuraba solemnemente.

—El ángel del porvenir debe tener un nido, una cuna terrestre, repetia en mí mismo.

—Nació en el Calvario, respondió mi interlocutor, pero los hombres y él tomaron caminos distintos.

Las costas mexicanas reian en el horizonte.

—Acaso ese país esté en su sendero, observé.

El ruso movió tristemente la cabeza, y despues de una pausa me dijo con cariñosa voz:

—Quién sabe! Vosotros los que creceis, trabajad siempre, aun cuando la desgracia os despedace entre sus garras.

Y vuelta la cara al sol, que iluminaba sus facciones con un reflejo sobrenatural, pronunció las frases que sirven de epígrafe á mi libro:

—*In servitute dolor, in libertate labor.*

México.—1868.

Digitized by Google

LIBRO PRIMERO.

ZIZAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

SIEMPRE AUDAZ.

Corria el mes de Abril de 1864. Eran las dos de la mañana, y el cielo permanecia tenazmente arrebozado en su capuz negro. Aquí y allá, en intersticios azulosos, brillaban algunas estrellas tristes y temblorosas como lágrimas. Una vaga auréola lívida por Occidente, anunciaba que detrás de los nubarrones se escondia la luna.

Todo dormia en la ciudad, inclusos los serenos.

Entremos á la *Alameda* con la varilla mágica de los novelistas, y deslizándonos por una avenida, situémonos en la glorieta del Cinco de Mayo, donde deja oir su dulce y monótono murmurio una fuente á flor de tierra.

Los grandes árboles, cargados ya con todas las galas de la primavera, encorvan sus retorcidos brazos, como queriendo formar una bóveda de follaje á aquel delicioso sitio. Todas las calles del bosque están hundidas en las tinieblas. De cuando en cuando un viento húmedo y frio agita las negras ramas de los fresnos, silbando lúgubremente.

En uno de los bancos de piedra que rodean la glorieta, habia dos personas sentadas y departiendo amorosamente.

Suponed que hemos entrado á la *Alameda* con una linterna en la mano para precaver tropiezos, y que esa linterna nos sirve para iluminar las figuras de nuestros dos personajes; que de otro modo, apenas percibiriamos una masa confusa entre la sombra.

Como ya mis lectores se figurarán, aquellas dos criaturas eran un hombre y una mujer.—Un hombre como de veinticuatro años y notablemente hermoso. Alto, elegante, de movible fisonomía, con grandes ojos azules, tez blanquísima y alguna barba.

Una mujer de facciones irregulares, pero que producian un conjunto lleno de belleza y de expresion. Magnífica cabellera castaña, ojos leonados y un tanto pequeños, pero guarnecidos de largas y rizadas pestañas, boca grande y sensual, dientes incomparables y un cútis terso y pálido como las perlas.

La voz del hombre era insegura, pero impregnada de ternura. La de la mujer, tan pronto era aterciopelada y llena de coquetería, como sobresaltada y trémula.

—Yo te amo, pues que me voy á casar contigo; yo te amo, pues que he venido á este lugar que me da tanto miedo, mientras mi madre y mi hermano han ido á la Lonja.

—Pero ¿por qué no me dejas acariciarte, Elena? ¿No eres ya mi esposa?

—Hablemos de otra cosa. ¿Conque me llevarás á Europa, eh? Antonia me cuenta cosas tan lindas de por allá.....

—¿Ni un solo beso, Elena?

—Sí, en la mano: toma.

Y presentaba al jóven su mano pequeñita, y cuya morbidez se sentia bajo el guante de nutria.

Pronto quedó descalzada la nacarina mano, que exhalaba un leve perfume de ámbar, y que Cárlos (así se llamaba el amante) cubria de apasionados besos.

Si nuestros amantes hubieran estado menos arrobados, habrian oido el ruido de un coche que venia al galope, probablemente desde la Plaza Mayor, y que se detenia en una de las calles próximas á la *Alameda*.

Nosotros abandonaremos en su éxtasis á nuestros enamorados, para volver muy luego, y no nos detendremos hasta llegar frente al Hotel de Iturbide, en cuya puerta hay un carruaje, sin duda aquel cuyo ruido nos alarmó. A punto que llegamos baja

Digitized by Google

de él un hombre ya de edad, cuyo rostro lleva un sello de indefinible audacia, y que por sus arreos militares parece tener una alta graduacion en el ejército intervencionista.

—Ya os lo dije, Jorge, exclamó en frances con un ligero acento aleman, ya os lo dije; «siempre audaces,» hé ahí la contraseña. Adios.

Y se perdió, haciendo resonar sus acicates en el patio de la antigua habitacion de Agustin I.

El personaje á quien nuestro oficial se dirigia, era un corpulento mancebo, buen mozo, con largos mostachos negros y mirada llena de inteligencia y altivez.

Cuando hubo desaparecido su interlocutor, bajó del *cupé*, habló dos palabras con el cochero, que desapareció por la calle del Colisco, y se dirigió ligeramente á la Alameda.

Al llegar á la plazuela que es hoy de Morelos, encontró á una especie de gendarme con el que entabló un breve diálogo.

—Siempre audaces.

—Mandad, señor, respondió aquel saludando militarmente.

—Dentro de un cuarto de hora la ronda en la Alameda: ¿os acordais de la señal?

—Perfectamente.

El jóven dió algunas piezas de oro al gendarme, y continuó su camino. Una vez en la puerta que mira á la calle de San Francisco, Jorge apoyó en sus labios un silbato de oro, que produjo un sonido particular.

Instantáneamente se presentó en la verja un hombre.

—Siempre audaces, pronunció el jóven.

—¿Os abro la verja, señor?

—Una vez que yo haya entrado, abrirás las puertas: ahora dime si no se han ido.

—No, señor; desde que mandé á avisar á la Lonja, allí están.....

—Bien, voy á entrar.

—¿Por dónde, señor?

—Por aquí.

Y esto diciendo, Jorge arrojó su capa por sobre la acequia que rodeaba entonces todo el bosque, sujetó su revólver con una mano, el sombrero con la otra, y tomando algun vuelo, como dicen los gimnastas, salvó el foso, yendo á caer en los brazos del jayan, atónito ante aquella prueba de agilidad.

Al resonar en medio de la soledad el silbido de Jorge, nuestros dos amantes se miraron sorprendidos. Elena exclamó por fin, queriendo contener los latidos de su corazon, y con un acento que mal velaba su angustia:

—Huyamos, Cárlos. Llévame de aquí. ¡Por Dios! ¡por Dios!

—Nada temas, linda, decia todo trémulo el amante, nada temas; es el viento que silba entre los fresnos.

Y despues de un momento silencioso, pero lleno de ansiedad:

—Cárlos, tengo miedo, siento frio; vámonos, murmuró ella.

—Vámonos pues, repuso el jóven, arropando á su amada en su manto de lana.

Y ya habian dado algunos pasos, cuando á doscientos de ellos resonó, claro y terrible, el disparo de una pistola. Cárlos, sin duda, oyó el ruido de la bala cerca de él, porque cayó de rodillas, dejando escapar de sus manos el guante de Elena, que en aquellos momentos solo balbutia algunas frases entrecortadas por el terror. Un minuto habria trascurrido, y otra detonacion sonaba mucho mas cercana, á tiempo que se oian distintamente los pasos de un hombre que se dirigia á la glorieta del Cinco de Mayo.

La situacion era crítica. Al escuchar el segundo tiro, Elena habia lanzado un grito, cayendo al suelo como una masa inerte. Su amante, poseido del pánico, sin tener conciencia de lo que hacia, se encaminó á la fuente, que seguia murmurando tranquila, é inclinábase hácia ella, cuando un tercer disparo llenó de olor de pólvora la glorieta, despertando á las aves que allí dormian.

Lo que hizo Cárlos fué instantáneo: ver al fugaz resplandor de la pistola un bulto á quince pasos de él, olvidarse que llevaba tambien una arma á la cintura y correr en direccion contraria á la que habia traido aquel aparecido, salvar el muro que rodea al bosque y hundirse hasta la cabeza en el agua cenagosa de la acequia, fué obra de un minuto para nuestro asustadizo amigo.

Cárlos era decididamente un cobarde.

Cinco ó seis minutos despues, Jorge, al que nuestros lectores han reconocido en el personaje que tan ruidosamente se anunciaba, tenia á Elena entre sus brazos, y ni parecia cuidarse del ruido que hacian muchos hombres al acercarse adonde él estaba.

Poco tardaron en llegar. Era una patrulla de policía, á la que se habian reunido varios elegantes que salian del baile de la Lonja y habian oido á lo lejos los tres disparos.

Desde que las linternas de los esbirros iluminaron los rostros de Jorge y de Elena, un extraño movimiento se notó entre aquellos jóvenes. Despues de tener una corta conferencia, uno de ellos desprendióse rápidamente del grupo y se marchó; los otros quedaron en observacion, no sin que conservasen sus fisonomías una expresion marcada de extrañeza y admiracion.

CAPÍTULO II.

ESCÁNDALO.

Los gendarmes no dormian entretanto. Hé aquí el diálogo que se estableció entre el gefe de ellos y Jorge:

—¿Cómo se llama vd.?

—Jorge L***

—¿Y la señorita?

—¿Qué le importa á vd.?

Digitized by Google

—¡Cómo! Observe vd., señor mio, que es la autoridad la que pregunta.

—Idme á buscar un coche para que conduzca á la señorita, dijo con altivez Jorge.

—Allí se acerca uno casualmente, murmuró un elegante.

—Ah! ¿es vd., Ricardo? Hágame el favor de detener ese carruaje..... dijo Jorge dirigiéndose á uno de los dandys; y en seguida, sin esperar respuesta, cargó á Elena como si fuera un niño, y se encaminó por en medio de los policías, que le abrieron paso y le siguieron hasta la ya mencionada puerta de la Alameda. Los dandys no se despegaban de la comitiva, cambiándose mil chanzas de un gusto equívoco y tarareando danzas habaneras.

Apenas el grupo daba los primeros pasos fuera del recinto del parque, cuando un coche se detuvo enfrente de él, y de la portezuela, abierta con suma violencia, lanzóse una persona, seguida en breve de otras dos.

El que tan bruscamente entraba en escena era el hermano de Elena. Tendria este diez y ocho años; de pequeña estatura, aunque llena de vigor; blanco, lampiño, de grandes ojos aceitunados y facciones toscas, pero expresivas en extremo.

Al ver á su hermana en brazos de Jorge, dejó escapar un grito de rabia, y ciego como el toro lastimado por el picador, saltó como una pelota sobre el raptor, que no hizo mas que dar una media vuelta, para que el adolescente cayese rodando en el lodo. Allí permaneció un rato como privado de sentido, y cuando se puso en pié, ya Elena, que miraba con extrañeza á Jorge, habíase marchado en el carruaje, conducido por un amigo venido con su hermano.

Muchos habian presenciado este espectáculo, y sabido es cómo abundan en parleras y lindas vecinas los alrededores de la Alameda. Así es que algunas de ellas pudieron escuchar las palabras cambiadas entre Jorge y Manuel, el hermano de la jóven:

—Jorge, eres un infame, un etc., y te voy á matar.

—Estoy á tus órdenes.

—Eso que has hecho, no es de caballeros.....

—Procuraré que lo que voy á hacer me vuelva mi reputacion.

—¿Y qué vas á hacer?

—En primer lugar, castigarte, y en segundo, casarme con tu hermana.

Manuel temblaba de coraje, Jorge empezaba á perder la paciencia, visto lo cual, un prudente pisaverde propuso al hermano de Elena lo acostumbrado en esos casos. Consecuencia de esta proposicion, fué que Manuel nombrase una persona que se entendiera en el acto con los testigos de Jorge, bajo la expresa condicion de que antes de las doce del dia siguiente, el duelo se habria verificado.

Jorge miró en su derredor, buscando á quién dar por su parte tan delicada comision. A dos metros de él habia un embozado; sin duda le reconoció, porque dirigiéndose á sus adversarios, les dijo:

—El señor será mi padrino.

El encubierto echó atrás la larga capa y saludó militarmente. Nuestros lectores le han visto bajar del carruaje de Jorge en la puerta del Hotel de Iturbide.

—Es el general, dijeron á un tiempo los jóvenes inclinándose.

Dos minutos despues, Manuel y sus amigos, policía y vecinos, todo habia desaparecido. Jorge subia á su *cupé*, situado en una de las próximas callejuelas, diciendo á su cochero:

—A la Lonja.

Y cuando el alba coloreaba el horizonte, el *general*, saliendo lentamente de la Alameda, murmuraba entre dientes:

—Sigamos sin vacilar, sigamos descubriendo la boca del abismo.

CAPÍTULO III.

LA BOCA DEL ABISMO.

En la noche del dia siguiente habia una gran reunion en casa de la heroina de los precedentes capítulos. Todo México habia sabido la ocurrencia de la Alameda, y aun cuando nadie se explicaba la intervencion de Jorge en el asunto, pues se conocia al pretendiente de Elena, el hecho era que un guante de la jóven habia sido hallado por dos amigas suyas en una glorieta de la Alameda, que Jorge y Manuel se habian batido en la mañana, quedando el primero mortalmente herido, que de Cárlos no se sabia nada, y que Elena tenia fiebre.

Ya la charlatana *corte* tenia pasto para muchos dias.

Así es que en la reunion mencionada no podia entablarse una plática general sino sobre frivolidades, cosa muy poco acostumbrada en casa de Doña Paulina, que era una cotorra muy bachillera y un tanto despreocupada.

Dos palabras acerca de esta apreciable familia y de las personas no menos apreciables que componian la tertulia. Esto nos servirá para entrar de lleno en nuestro asunto.

Doña Paulina Flor de Casas era una viuda coquetísima, que tenia cincuenta años suyos y cincuenta mil pesos de sus dos hijos Elena y Manuel. Era, como se dice en el tecnicismo literario, *un tipo*. Un tipo tratado ya por Fidel, ese gran pintor que ha atravesado, siempre jóven y siempre maravilloso, por en medio de cuatro generaciones.

La viuda habia sido buena moza; sus brazos aun tenian dos hoyitos en los codos, sus manos conservaban la primitiva tersura, y bajo sus párpados un poco caidos, lanzaban relámpagos dos magníficos ojos. Se teñia la cabellera, tenia varios dientes postizos, cosa que la hacia parecer muy séria en sociedad.

Digitized by Google

Escotada siempre y siendo la primera en las modas, hablando mucho de Paris y de la Habana, concluyendo magistralmente sobre la suerte de las naciones y criticando á todas las mujeres de talento, pasaba Doña Paulina la vida siempre en la calle y nunca en su cuarto, en donde al par de los afeites, tenia una multitud de libros que hablaban de magia y hechicerías, y las novelas del vizconde de Arlincourt.

Esta señora, *si comme il faut*, tenia un defectillo que diremos francamente, pues que nos hemos propuesto mostrar las cosas como son. Era mujer sensual y celosa. Doña Paulina odiaba á su hija porque tenia novios jóvenes, y hacia todos los esfuerzos posibles para privarla de ellos.

Para acabar de completar el retrato moral de esta vieja sirena, agregaremos que por el pliegue que sin motivo alguno y de tarde en tarde surcaba su frente, se conocia que en el alma de aquella mujer habia un secreto. Acaso el recuerdo de un crímen.

Doña Paulina tenia una cicatriz en el cuello.

Ya sabemos quién es Elena, una muchacha que iba probablemente á tener corazon, y ya adivinaríais qué cosa era Manuel, un corcel en libertad.

El cuarto de la enferma no podia ser mas elegante. La persona que habia presidido á su arreglo, tenia mucho gusto, sin duda alguna.

El mueble mas visible del aposento era un tocador de palo de rosa y mármol. Algunos botes de perfume, uno que otro juguetillo de porcelana de Sajonia, se veian sobre él, mezclados á dos ó tres ramilletes de violetas. Encima de la limpísima luna del espejo, pendia de un cordoncillo de seda una pequeña pintura flamenca, en cedro, representando una frutera, llena de vida y de movimiento. Perdido en una nube de muselina, en un rincon del cuarto, estaba el lecho donde dormia Elena, que presa de la fiebre, descansaba en aquel momento cubriendo la almohada con su magnífica cabellera, entreabriendo la boca, que de cuando en cuando se crispaba convulsamente, mientras le palpitaba con violencia el seno, cuyos perfiles habrian hecho soñar á Pradier, aun despues de haber esculpido su Vénus sobre las olas.

Incrustado entre las colgaduras del lecho, un Cristo de marfil parecia ver dulcemente á aquella Magdalena de quince años.

La jóven que en ese instante hacia las veces de enfermera, era todavía mas bella, y sin duda alguna de un tipo mas virginal, mas puro que el de la doliente. Permitan mis lectores que excuse, por hoy, el hacer su retrato, no tan solo porque la escasa claridad del aposento le da formas vaporosas, sino porque pronto tendremos la ocasion de mostrársela á la luz del sol, entre la vida de los campos, rodeada de flores y de aromas, junto á todas esas maravillas de la naturaleza, que parecen criadas por el Señor para servir de altar á la mujer vírgen, misterio divino entre todos los misterios de la tierra.

Junto al lecho de Elena, con su vestidura blanca y su fisonomía celeste, aquella niña parecia el ángel de la guarda guardando el sueño de una hermana caida de los cielos.

La llamaremos María, el nombre mas bello que existe en el lenguaje humano; el nombre que nosotros dariamos á nuestro ideal, si el ideal pudiera tener un nombre; la llamaremos María, porque hemos querido colocar ese nombre como una corona de azucenas sobre su frente purísima; María, nombre que encierra una maravilla de amor en la leyenda cristiana, y con el cual nuestra heroina atravesará este libro como la florecilla blanca que va por entre las turbulentas ondas del torrente, hasta detenerse con la corola bañada de aljófar, sobre los plácidos cristales de algun remanso.

De tiempo en tiempo acercábase á la enferma y dejaba deslizar por entre sus labios incoloros unas gotas de una pocion calmante, con una cucharilla de plata.

Por el ruido que se escuchaba en el aposento de Elena, inferíase que habia varias personas en la sala próxima, y nosotros vamos á fotografiar algunos personajes de esta reunion, presidida por la viuda de Casas.

Arrellanado en una ancha butaca, sonreia maliciosamente un viejo sacerdote, bastante desaseado, con hebilla de oro en el clásico chapin, acariciando entre sus velludas manos una enorme caja de polvos; escaso de cabellos el cráneo, y llena de brillo la mirada de sus ojos, escondidos bajo espesas cejas. Este señor hablaba poco, sonreia siempre y nunca se olvidaba de dar á besar sus manos á las lindas visitas que se hallaban habitualmente en casa de Doña Paulina.

Este canónigo, lo era desde hacia muchos años, y probablemente iba en breve á recibir la investidura episcopal; cargaba, como luego dicen, á un vetusto militar, concurrente asiduo á la mencionada reunion, y que se firmaba Bruno Luis de Rodera.

Era coronel retirado y habia rehusado la banda de general que dizque le ofreció D. Miguel Miramon despues de Calpulalpam, porque le puso la condicion expresa de que se encargara de salvar la situacion, cosa que él no hizo por no prolongar la guerra civil.

Como ven nuestros lectores, habia algo de Napoleon en Fontainebleau, dentro del alma belicosa de este Aquiles del depósito.

D. Bruno Luis era un hombrecillo entrado en años, aunque bastante vigoroso. Siempre mascando las puntas de un bigote teñido de agua Batchelor, hasta la mitad; charlando con una volubilidad asombrosa, y moviéndose y retorciéndose de tan extraños modos, que descompuesta la peluca rojiza que siempre llevaba puesta, adquiria su vulgar fisonomía una expresion remarcablemente ridícula. Este buen señor hablaba frecuentemente, para divertir á las niñas, de la lucha misteriosa entre la Vírgen de Guadalupe y la de los Remedios que se verificó mientras se decidia en los campos de batalla la in-

Digitized by Google

dependencia de México. Decia galanterías que olian á *refino* desde una legua; cuando hablaba con la viuda la llamaba *Linita*, dirigia algunas indirectas contra el clero delante del canónigo, que no abandonaba su sardónica sonrisa, y los domingos llevaba á Elena ramilletes de pésimo gusto.

Debemos advertir que en el ojal de una levita con botones de águila, llevaba siempre D. Bruno un liston de ciertos colores, que no se vieron nunca ni en el admirable taller de coloristas de la fábrica de Gobelinos.

En el tiempo en que comienza este relato, el tema obligado de las conversaciones de D. Bruno era la detallada exposicion de un plan de campaña, segun el cual, y *estando, por supuesto, el gobierno en otras manos*, habríase exterminado totalmente al ejército invasor, á los diez ó veinte dias de haberse violado los convenios de la Soledad.

Esto, por supuesto, no impedia que la firma de D. Bruno figurase en primera línea entre las que acompañaron el acta del famoso pronunciamiento de 1º de Junio de 1863.

Hemos sido descorteses comenzando nuestros apuntes fotográficos por el sexo masculino; pero con todo, y pidiendo perdon por esta inconveniencia, vamos á retrataros á algunas *señoras de edad;* que ni faltaban en la tertulia de Dª Paulina, ni hemos olvidado que la primera parte de nuestro libro se llama *Zizaña.*

Una de estas vetustas damas era absolutamente como todas las de su edad á quienes ha dado el celibato ciertas cualidades masculinas.

Bozo abundante y entrecano, un lunar que por lo flexible de la fisonomía de la señora, tan pronto mostraba su velluda superficie próximo á los párpados, como junto de los labios; buena dentadura, carencia de cejas, inteligencia obtusa y desecado corazon; he aquí en lo físico y lo moral un bosquejo de esta buena moza de otros tiempos, y que estaba ya en el postrer límite de esa penumbra de la belleza femenil, que acaso con bastante propiedad, pero de seguro sin ninguna elegancia, ha bautizado algun viejo vividor con el nombre de *época de las jamonas.*

Esta mujer, que como ya se la figurarán nuestros lectores, era agria y destemplada, pasará por nuestro libro como pasan por la vida casi todas las de su especie, sin dejar ni rencores ni sentimientos; indiferencia traducida generalmente por una corona amarilla y negra, puesta el dia de difuntos sobre un árido pedazo de tierra, en San Fernando ó en cualquier otro panteon.

No pasará de ese modo desapercibida la otra amiga y pariente de Dª Paulina, y á quien Elena y Manuel llamaban *tia Rosita.*

Rosita habia sido un ángel á los quince años. Aun se conservaba en la familia de Casas el recuerdo de su buena índole, de su excelente natural. En el tiempo en que la presentamos á nuestros lectores podrá contar cuarenta años, aun cuando las arrugas simétricas de su rostro, lo enjuto de su cuerpo y su compasado andar, podrian hacer creer que contaba una edad mas avanzada: Rosita era cuñada de Dª Paulina, y habia sido educada en medio de una familia sencilla y devota, que por luengos años habia visto acumularse en el fondo de las arcas del gefe de la casa una enorme cantidad de talegas, como si la bendicion de Dios se hubiera complacido en colmar de beneficios á aquellos místicos parásitos de la licenciosa corte de Nueva España, la cual, unida á la metrópoli, era por entonces, á pesar de los esfuerzos de los Floridablanca y otros, un parásito tambien en la evolucion civilizadora que acabó por estallar en esa enormidad, todavía quizá no comprendida, que se llamó la revolucion francesa; llave ensangrentada con que plugo á Dios abrir las puertas del décimonono siglo.

Rosita habia crecido dulce y buena. No habia tenido mas amor en su juventud que el de su hermano Manuel, casado con Dª Paulina Flor de Casas. La vieja doncella habia llorado mucho el dia de la partida de su hermano para Europa. Aunque Dª Paulina se habia mostrado llena de atenciones y de delicadeza para con su cuñada, nunca pudo convertir en cariño la antipatía que instintivamente sentia por ella la hermana de su esposo.

Muchos años vivieron reunidas, y esa frialdad no se disipó nunca. Cuando D. Manuel de Casas decidió su radicacion en España, hizo á su hermana grandes instancias para obligarla á reunirse con él; pero nunca pudo conseguirlo. Que Rosita se separase de Nuestra Señora de Guadalupe, y sobre todo, de su confesor, eran cosas absolutamente imposibles. Una vez, sin embargo, el confesor abandonó á Rosita, y esta estuvo á punto de morir de pena, no porque cupiese en su alma, nacida para la virginidad de toda una vida, el menor sentimiento profano hácia aquel hombre, sino que el hábito de considerar al sacerdote como el representante de Dios en la tierra, la necesidad imprescindible para la especie humana de buscar una conciencia ajena para identificarla con la nuestra, el alivio que en las palabras de su director encontraba Rosita cuando asaltaban su cerebro ciertas ideas vagas, cuando atormentaban su corazon indefinibles pesares; todo habia hecho que entre aquellos dos séres quedase establecida una comunion de afectos, desinteresados y sinceros, cuando menos de parte de la mujer; afectos que cada dia echaban hondas raíces en el alma de la devota.

Secretas y largas conferencias precedieron á la partida del confesor de Rosita, que no era otro que el canónigo de que poco há hemos hablado, tal vez en términos que disgustarán á la buena señora cuando estos capítulos lea, pero que fueron la fiel interpretacion de la impresion desagradable que el consabido personaje produjo en nosotros.

El canónigo (que aun no lo era por aquel tiempo) salió para España, y desde ese país mantuvo con la hermana de D. Manuel de Casas una larga y no interrumpida correspondencia. Por fin, al terminar el año de 1852 murió el hermano de Rosita, y

Digitized by Google

á poco llegó á Veracruz el canónigo en compañía de Dª Paulina, que venia á su país natal casi pobre, pues la inmensa fortuna de su esposo habia desaparecido sin saberse cómo, y trayendo á dos niños, uno de los cuales, Manuel, habia nacido en Europa. Excusado es decir que Rosita, la cual bien habia conservado su par de millones, prestó abrigo á su cuñada y á sus sobrinos, y tanto, que abandonando la vieja y enorme habitacion de sus padres, consintió en trasladarse á una linda casa, cual cuadraba á los hábitos de lujo de la viuda, y en cuya direccion jamas se entrometió.

Elena y Manuel eran los dos únicos herederos de Rosita, y esta tenia particular predileccion por la primera. En cuanto á las relaciones que las dos hermanas llevaban, eran muy cordiales en lo aparente, pues sea disimulo ú olvido, ello es que habia desaparecido la antipatía de Rosita por su hermana política.

Para acabar de estereotipar á los habituales concurrentes de la tertulia de la viuda, os presentaremos á Rosario, quien completaba la deliciosa trinidad de amigas, admiracion de México: María, Elena y Rosario, trio de perfumes, *tercetto* delicioso en las grandes armonías de la naturaleza.

Rosario era de la misma edad que Elena; veintiun años. En aquel ramillete de amigas, María soñaba siempre, Elena buscaba una pasion, Rosario reia. Uno de esos lindos y buenos chicuelos conocidos con el nombre de *pollos*, no hubiera vacilado en llamarla *coqueta*, y tal vez no sin razon.

Rosario era lo que en México se entiende por coqueta, esto es, el objeto de algunas apuestas entre los pisaverdes de diez y ocho años, y de algunos duelos *à la champagne* entre los de veinticinco.

Rosario era la miniatura de una mujer. Las mariposas habrian, por el perfume y por el colorido, confundido el rostro de nuestra amiguita con la corola de una rosa. Sus formas eran diminutas, pero llenas de flexibilidad y de gracia. Su gusto para vestirse era incomparable; sus grandes ojos azules, llenos de travesura y como infiltrando una luz zafirina por entre sus risadas pestañas, retozaban constantemente aun cuando la roja y pequeña boca de la niña afectase una cómica gravedad.

Rosario hacia versos. Para aquella muchacha la vida era una copa de miel; las hojas de rosa que dejaba caer en aquella copa, eran sus versos. Si sus dos amigas hubieran sido poetisas, María habria compuesto la *Magnificat*, y Elena las estrofas de Safo. Rosario no tenia modelo en ninguna parte. Sus versos eran un beso á la brisa que jugaba con su abundante cabellera rubia, á la flor que abrochaba su corpiño de seda, á la nubecilla que iba á prenderse como un vellon de púrpura en las nieves del Ixtaccihuatl. Rosario tenia muchos adoradores; cuatro ó cinco preciosas muestras de Escabasse paseábanse frente á sus balcones. Cuando caia la tarde y el carruaje habia vuelto del paseo, oíanse en la calle una multitud de silbidos, mas ó menos prolongados, con *fioriture* de un gusto equívoco, y que servian de señales para que la jóven conociese que sus amartelados amadores esperaban al pié de sus rejas una mirada de amor que los colmara de ventura.

No era raro que Rosario oyendo esas señales, respondiese primero al uno y poco despues al otro, sin decir á ninguno de ellos que correspondia á su ferviente pasion, pero dejando que todos lo creyeran.

No faltará quien se escandalice del modo de conducirse de Rosario. Una niña que tiene muchos novios, decíame una buena amiga hace poco, puede llegar á ser una mujer que tenga varios amantes.

Nosotros no podemos menos de confesar que en esta clase de juegos, en estas travesuras casi infantiles, puede dejarse en prenda á uno de los enemigos del alma, la pureza del corazon, cuando no otra cosa. Pero francamente, ¿qué cosa es la sociedad mexicana para indignarse de estos insignificantes deslices? La sociedad mexicana padece un mal hereditario. Nació de un padre engangrenado; nació vieja. Su alma, su amor instintivo á la idea, pudo hacer de ella un pueblo, un gran pueblo. Dios no lo quiso así.

Una nacion que encubre el mal de su sangre con las mas extrañas caretas, que para no dejar salir á su tez las pústulas envenenadas toma medicamentos imposibles; una nacion llena por otra parte de atractivos y de encantos, se enamoró de nuestra sociedad, y le tendió una mano llagada, que se llamó la intervencion francesa. No necesitábamos de mas; el mal hereditario, encubierto por la agitacion en que habiamos vivido, afluyó por todas partes á nuestro corazon, y una vez fastidiados del amor interesado de esa *cocotte* de la civilizacion, nos encontramos enfermos, acaso sin remedio, de un mal social cuyo nombre no pondré aquí, pero del que se ocupa, en los individuos, el célebre Dr. Ricord.

¿Y por qué nos quejamos si en medio de este pantano pestilente en el cual dormimos sin fé y ¡cosa horrible! sin esperanza, se levanta brotando del cieno, pero con sus alas de oro purísimo, una mariposa que se llama Rosario, y que revuela por en medio de la vegetacion raquítica que la rodea, sin fijarse jamas?

Rosario era una coquetuela; pero ¿qué otra cosa podia ser, rodeada de una sociedad de gente bonita que trascendia el *ess-bouquet* á una legua de distancia, y que no tenia mas cerebro que cualquier muñeco de porcelana de un aparador de cristalería? Buenos chicos, por otra parte, víctimas tambien del mal comun, coqueteando tambien con las mujeres; pero no por eso menos tontos, ni menos incapaces de merecer otro amor que la pasion de una noche de baile con que Rosario les regalaba.

La hora de redencion de la mujer se llama el amor. ¡Ay de las que no conocen esa hora, por buenas que sean! ¡Ay de las niñas que se crian honradas y amables en medio de la frialdad del alma, y que no conocen mas amor que cierto vago cariño al matrimonio, ni mas pasion que la que resienten por uno de esos muchachos ó viejos que en familia se llaman *buenos partidos*, y con los cuales van á ve-

Digitized by Google

getar, á tener hijos, y si tienen una inteligencia distinguida, á otra cosa, que en adelante tendremos que llamar con su propio nombre!

En cuanto á Rosario, el curso de este relato nos dirá si llegó ó no á conocer esa hora sublime que toda la creacion escucha, exceptuando muchas veces la mujer, que por el artificio social vive tan lejos de la naturaleza.

La conversacion entre las personas que hemos descrito, no podia ser mas llena de embarazo. Algunas querian informarse del motivo cierto de la enfermedad de Elena, otras querian saber por qué serie de coincidencias Jorge se hallaba mezclado en este asunto, y no se hablaba para nada de Cárlos, el pretendiente oficial de la hija de Dª Paulina.

Los dueños de la casa no estaban menos mortificados, y en Rosita se notaba cierta impaciencia por hablar con el canónigo, así como en la viuda cualquiera habria adivinado un desconcierto general y una lucha interior para anudar los hilos de la red que la cercaba, y en la que veia un peligro ó una aventura feliz, pero de todas maneras algo que escapaba á sus indagaciones. Así es que la viuda, de ordinario parlanchina y bulliciosa, apenas se mezclaba á la conversacion general con algunos monosílabos.

La conversacion decaia constantemente, hallándose bajo esas impresiones los que habitualmente formaban la susodicha tertulia. El buen militar hacia vanos esfuerzos para levantar el ánimo de sus oyentes, y no lo hubiera conseguido, á no ser por la vuelta de Rosario del cuarto de la enferma, en donde habia entrado cerca hacia de una hora. Rosario volvió, asegurando que su amiga no tenia mas que una ligera indisposicion, que nada le sucederia, etc., etc. La charlatanería de la encantadora muchacha vivificó un tanto á Dª Paulina, y la conversacion se sostuvo un cuarto de hora, pasado el cual, todos habian vuelto á sus preocupaciones del momento; solo la alegre chicuela y el buen D. Bruno daban el gasto sin cesar.

—Allí está María en el cuarto de Elena, decia Rosario, tan bulliciosa como todos vdes.

—Eh?

—No lo digo por vd., señor mariscal, y dentro de poco señor duque, porque vd. nunca puede estar callado. Lo digo por los demas, que.....

—Es vd. una intolerable tarabilla, prenda mia..... ¿Cómo quiere que Dª Paulina no esté intranquila si su hija tiene fiebre?.....

—Vd. es el que la tiene, señor gran-cruz; por eso divaga hasta creer que Elena padece de esa horrible enfermedad..... ¿y por qué? pregunto, porque tiene de cuando en cuando un color divino de rosa-té, que ya envidiarian muchas románticas, y otras veces sus dos lindas mejillas..... ¿verdad que son muy lindas las mejillas de Elena, señor mariscal de Rodera?.....

—Burlaos de mí, bellísima, que ya quisiera ser tan mariscal como vd. es reina de la hermosura.

—Está vd. galante como un paladin..... de novela vieja. Pues como iba diciendo, no veo por qué ha de verse un signo de enfermedad en el bellísimo vermellon que cubre á veces el rostro de Elena..... ya quisiera ese color mi amiga Leonor para cuando va al teatro; así se evitaria esa decoracion de arrebol que se pone como un biombo que le oculta el rostro, y ya lo quisiera tambien cierto conocido mio para su banda del dia de Corpus.....

—Ah! si el general Miramon hubiera continuado en el poder, veria vd. ejecutado ese milagro, Charito.

—Pues ya lo creo, como que dicen que el señor D. Miguel queria formar su ejército de puros generales.

—Y á propósito de generales, parece que el padrino de.....

El coronel iba sin duda á decir un disparate, porque tosió, compuso su silla, vió de reojo al canónigo y se arregló la peluca. Rosario era implacable con el pobre viejo; así es que preguntó sin vacilar:

—¿El padrino de quién, D. Bruno?

—Pues.....pues el padrino de bautismo del hijo de mi amigo.....

—¿De qué amigo? continuó la chicuela.

—Pues de mi amigo el comandante Fernandez.

—Ah! ¿del señor que enviudó hace tres años?

—Sí.....no.....es decir..... ¡vaya una tos molesta!.....

Rosario reventaba de deseos de reir, é iba á continuar, de seguro, en angustiar al pobre coronel, si Dª Luz, la otra vieja solterona, no se hubiera encargado de hacerlo, terciando bruscamente en la conversacion.

—¿Es posible, señor D. Bruno, que tenga vd. tan poco cuidado en su modo de hablar, que haya venido á proferir delante de personas que no tienen estado, semejantes despropósitos? ¿qué nos importa que el tal Fernandez tenga ó no hijos á pesar de ser viudo?

—Pero, señora.....

—No, francamente, señor Rodera, vd. no puede olvidar las costumbres licenciosas del cuartel.

—Señora, por el amor de Dios, yo no he tenido intencion de decir tal cosa; he padecido una equivocacion; no hay tal hijo, ni tal.....

—¿Pues de qué general hablaba vd., D. Bruno? dijo el canónigo con su voz resbalosa.....

—No sé, contestó el militar con sequedad, pues ya hemos dicho que el canónigo le cargaba soberanamente.

—Del general Rogerio sin duda, el mismo que llegó hace quince dias y que tiene los cinco mas lindos caballos de México; ¿no es eso, gran *sableador?* preguntó Rosario.

—Acertó vd., paloma, repuso el del depósito.

—¡Qué hombre tan raro ese! continuó la jóven. Bailó conmigo una pieza en la Lonja, y me habló de México como si lo hubiese visto antes. Tiene las once primeras cruces del mundo, conoció mucho al general Santa-Anna, y cuenta unos cuentos lindísi-

Digitized by Google

mos de la India y de otras muchas partes por donde ha viajado. Me regaló un medallon de sándalo que tiene la efigie del dios qué sé yo qué, primorosamente esculpida.

—Ha de haber estado mucho tiempo en la India, en efecto, porque tiene un color de caoba de los mas pronunciados, y que contrasta con su cabellera y su barba grises y con el azul de sus ojos.....

—Bah! lo que es á mí, me gusta mucho, y eso que es viejo y militar.....

—Charito, le da á vd. las gracias un militar viejo.

—No hay que enojarse, D. Bruno; ya sabe vd. que me chanceo. Y para que vea que no es cierto lo que dije, le regalo á vd. estas violetas.

Y la preciosa niña tendió al coronel un ramillete de violetas un poco marchitas, y que el viejo colocó con risible galantería en el ojal de su levita.

—Ahora sí que mi pobre levita bien puede llevar la gran cruz de la Legion de honor, exclamó D. Bruno.

En ese momento un lacayo abrió la puerta de la sala y anunció: «El niño Ricardo y el general Rogerio*** piden permiso para entrar.»

—En mentando al ruin de Roma..... dijo D. Bruno.

—Qué querrá? murmuró Rosario.

Rosita y la otra soltera manifestaban una viva curiosidad, el canónigo miraba con recelo y Dª Paulina repuso:

—Que se dignen pasar.....

En el momento se presentaron rigurosamente vestidos de negro, Ricardo y el general. Avanzaron hasta la mitad de la sala, y despues de un profundo saludo, Ricardo dijo, dirigiéndose á la dueña de la casa:

—El general Rogerio***

El general levantó la cabeza y se puso espantosamente pálido; Dª Paulina lanzó un grito.....

Todos se alarmaron; pero la viuda, reponiéndose muy pronto, hizo los honores de la recepcion con perfecto desembarazo, y aquel extraño incidente fué muy pronto olvidado por todos, excepto por el canónigo, que no despegaba los ojos del general.

Despues de un rato de tranquila plática, cuando el general húbose informado de la salud de Elena, indicó con perfecta cortesía á la dueña de la casa, que aun cuando tenia algo de muy interesante que comunicarle á ella sola, no lo haria esa noche, pues que encontrándose la señora tan preocupada con la enfermedad de su hija, no se hallaria quizá en disposicion de escucharle.

A lo que Doña Paulina, con una emocion que no pudo disimular, llena de temblor la voz, respondió que su preocupacion no le impediria oir al general.

Dos minutos despues, nuestros dos personajes entraban en un pequeño gabinete situado en la otra extremidad del corredor que pasaba por delante de la sala. Las demas personas continuaron la tertulia, excepto Rosita, que como respondiendo á una señal de su confesor, se levantó y se dirigió á sus habitaciones.

Sigámosla un momento.

Las habitaciones de Rosita daban sobre el mismo corredor en cuya extremidad estaba situado el gabinete mencionado ya, y así es que entrando en ellas por la sala, salió por el corredor, y dando algunos pasos se llegó de puntillas hasta la puerta del gabinete, á tiempo que la voz angustiada de Dª Paulina decia:

—Vas á perdonarme, Rogerio, vas á perdonarme.

—Con que aun vives, Paula! ¡Ah, infamia! Escucha, y tú misma serás tu juez.

Rosita contuvo los latidos de su corazon, se cercioró de que en la oscuridad nadie podia verla, y escuchó.

CAPÍTULO IV.

EL GENERAL.

Necesitamos explicar á nuestros lectores los incidentes un tanto románticos que se sucedieron en los dos primeros capítulos; para ello os pintaremos, á grandes rasgos, el principal actor de la tragi-comedia que vamos desarrollando.

Rogerio de***, conde de Schauenbourg, gran cruz de la Legion de honor y general de division en el ejército frances, era hijo natural de una princesa soberana de Alemania: algunos rumores sobre ciertas relaciones del príncipe Eugenio de Beauharnais con la princesa su madre, un innegable aire de familia con los hijos del duque de Leuchtenberg, y la intimidad y el agasajo con que era acogido en las Tullerías y en las principales cortes de Europa, en las cuales se le daba el título de monseñor, habíanle colocado desde luego en una culminante posicion en el ejército y le daban una influencia decisiva sobre los gefes del cuerpo expedicionario que llevó á cabo, en nuestro país, la intervencion francesa.

Rogerio habia tenido una juventud borrascosa: nacido el año de 1820, cuando aun la Europa sobre las armas, espiaba, segun la bella expresion de Chateaubriand, la agonía del titan aherrojado en un peñasco en medio del Océano; huérfano desde el momento en que nació, la infancia del general habíase pasado en los viajes. Durante catorce años, solo una ocasion penetró en Europa y fué llevado rápidamente á Munich, en donde vivió tres meses en el palacio de un hombre que le queria mucho y que le veia con mucha tristeza. Durante esos tres meses, murió aquel personaje á quien le decian el príncipe, y aun no habia acabado de llorar nuestro jóven, cuando tuvo que despedirse de los hijos del finado, que lo querian mucho, para marchar á Inglaterra y á los Estados-Unidos, en donde aquel príncipe, que no era otro que Eugenio de Beauharnais, habia mandado que nuestro jóven fuese educado.

Digitized by Google

Las vírgenes selvas que se extendian del otro lado del viejo Meschacebe tenian un singular atractivo para Rogerio, que una ocasion, abandonando á su ayo, que era un viejo aleman, se escapó de West-Point; y mezclado á las tribus indianas pasó durante diez años una vida absolutamente salvaje, recorriendo los desiertos magníficos de aquella parte de la América, y cortando cabelleras como si en ese ejercicio hubiese sido educado.

El ayo de Rogerio no habia cesado en sus investigaciones; gruesas sumas de *dollars* habian salido de las cajas del entonces duque de Leuchtenberg, y todas se habian agotado en pagos hechos á los *hunters* que partian en caravanas en todas direcciones, buscando al estudiante perdido en las selvas inmortalizadas por el cantor de Atala.

Despues de inútiles investigaciones, unos comerciantes en peletería tuvieron noticia de que se hallaba entre los indios chipeways, cuyas tribus acampaban en los bordes del lago Superior. Una campaña en forma fué decidida, y un ejército de aventureros partió en busca de los chipeways, hácia el gran lago.

Un mes duró el asunto, y solo despues de terribles combates, en que perecieron muchas de las tribus y quedó tinto en sangre europea el *tomakaw* de Rogerio, cayó este prisionero de su ayo, el cual hizo embarcar inmediatamente y conducir á San Petersburgo al endiablado pupilo que la Providencia le habia deparado.

Admitido con todas las distinciones debidas á su orígen en la corte de los Romanoff, muy pronto el salvaje americano se trocó en el mas insolente calavera de la ciudad. El *Czar* reinante, conociendo su audacia y su talento, le envió con una mision delicadísima á la India.

Cargado de oro y de honores, Rogerio se hizo construir un palacio en Calcuta, y sin olvidar nunca el dar cima al delicadísimo encargo que llevaba, se lanzó como un loco en medio de esos placeres inconcebibles, en donde lo horrible y lo bello se mezclan en toda su grandeza, en ese país en donde la naturaleza palpita y concibe sin cesar, abrasada por las candescentes caricias del sol del trópico.

Rogerio vivia como un nabab; sus elefantes blancos causaban la admiracion de los mismos indígenas; tropas completas de lindas bayaderas vivian á sus expensas; habia comprado las ruinas de una pagoda, en donde iba á adorar, en compañía de los indios, al viejo ídolo protector de esas comarcas, y su habitacion estaba tapizada de pieles de magníficos tigres de Bengala, á quienes habia llevado la muerte en su infalible rifle.

Voces muy extrañas corrian en el Indostan acerca de la mision que Rogerio llevaba de su primo el *Czar* de todas las Rusias, y toda la diplomacia de lord Palmerston no habia obtenido del gabinete de San Petersburgo sino respuestas vagas, que confirmaban mas y mas sus sospechas.

En cuanto á la vigilancia de la policía inglesa sobre nuestro hombre, podemos asegurar que molestó muy poco á Rogerio, ya sea por la prudencia tradicional del gobierno inglés, ó ya porque cuando el primo del *Czar* se apercibió de que los oficiales britanos averiguaban todo lo que hacia, provocó á duelo á dos ó tres que quedaron para siempre en el terrible campo adonde los habia llamado el conde de Schauenbourg.

Tres años pasaron, y el hábil diplómata fué por fin llamado á la corte imperial de Rusia, en donde recibió el grado de coronel de húsares de Grodno. A poco tiempo marchó á batirse contra los húngaros, que amenazaban de muerte el viejo solio de los Hapsburgo.

Rogerio habia nacido esencialmente enemigo de todas las tendencias liberales, y en su cínico orgullo miraba los hombres, los principios y las cosas con el mas supremo desden. El águila imperial habia cobijado su cuna, y aquel semi-nieto de Napoleon I amaba con pasion la guerra, detestaba á los filósofos, y sin mas culto que la memoria del vencedor de Marengo, iba á batirse y á *degollar rebeldes*, como decia él, en nombre del derecho divino, no porque no guardara un terrible encono contra los vencedores de Watterloo, contra los signatarios de la Santa Alianza, sino porque era mayor el instintivo rencor con que veia las tendencias de los pueblos á la libertad, tendencias que le llevaban al paroxismo de la rabia y que le hacian cometer infamias, que á no tener un atroz carácter, hubieran sido eminentemente ridículas.

Hombres hay, por mas que parezca inverosímil, que han nacido con estas ideas, hombres creados para el mal.

Dadme á un José de Maistre ateo y al frente de un escuadron de húsares, y tendreis al conde de Schauenbourg. Cuando hubo abrevado sus corceles en sangre húngara, como lo habia prometido, despues de haber adquirido toda clase de cordones y distinciones militares, Rogerio se decidió á dar su dimision, y retiróse á Francia, resuelto á vivir de sus rentas.

Cuando Rogerio tomó esta resolucion, hacia ya dos ó tres años que existia cierta intimidad entre el actual emperador de los franceses y el hijo del príncipe Eugenio.

El que escribe estas líneas ha tenido la ocasion de leer parte de la correspondencia de estos dos bribones, y puede asegurar que ha resentido una horrorosa impresion al leer algunas de esas cartas. Unas frases tomadas al azar en ellas, pintarán fielmente el carácter de nuestro personaje.

Despues de aconsejar á su primo el príncipe-presidente que mandara colgar á todos esos charlatanes de la asamblea constituyente, despues de expresar con palabras de una vehemencia increible su odio á los Estados-Unidos, el antiguo alumno de West-Point finaliza con estas palabras: «Dios es un invento prodigioso para pisotear al vulgo imbécil; *el rey* es una máquina vieja, buena cuando mas para preparar el advenimiento al imperio europeo de la

Digitized by Google

dinastía del grande hombre (hablaba de Napoleon I), y los pueblos unos instrumentos para nuestro bienestar en tiempo de paz, y en tiempo de guerra buenos, como decia el emperador hablando de los polacos, para amueblar un campo de batalla.»

A poco de habitar en Paris nuestro hombre, el reloj del destino de los pueblos europeos marcó una fecha fatídica: 2 de Diciembre de 1851.

En la noche del golpe de Estado, Rogerio vestia sus armas lanzando alaridos salvajes. Púsose al frente de un escuadron, y marchó á bañarse en la sangre de ese maldito y revolucionario pueblo de Paris, cuyos caprichos habian costado tantas lágrimas á los monarcas de Europa.

En esa saturnal horrible fué amasado el trono imperial del hijo de Hortensia. Sobre los muertos entonaron el Te-Deum los prelados de la raza de Bossuet, el panegirista de los instintos sanguinarios de Luis XIV. De esa Saint-Barthelemy de la diplomacia, nació el régimen imperial, mortaja de púrpura de un cadáver galvanizado.

Un giron de esa mortaja, una parte de ese botin de muerte, fué naturalmente para el conde de Schauenbourg. Desde luego fué naturalizado en Francia, y el mismo dia en que se proclamó el imperio frances, Rogerio de*** conde de Schauenbourg, fué nombrado coronel de los Cien Guardias y gran cruz de la Legion de honor.

Rogerio era feliz. Una era de monarquía absoluta se abria para la Europa. Las esperanzas de todos los liberales quedaban aplazadas indefinidamente.

A pesar de sus locas prodigalidades, el conde conservaba una inmensa fortuna. ¿Qué le quedaba, pues, por hacer? Casarse.

Rogerio se casó con una niña alemana educada en una de esas pequeñas cortes germánicas que aun no hacia desvanecer el fusil de aguja. La esposa del conde de Schauenbourg le llevó en dote tres millones en diamantes, quince años y una alma buena, pura, ideal, alemana.

Cabellera rubia, mirada soñadora y dulce, linda boca y frente de suavísimos contornos, hé aquí el retrato físico de la condesa de Schauenbourg.

Amelia habia nacido ángel. Los que han visto hace pocos dias en el *debut* de Manuel Estrada á la divina Marta, colocada en medio del drama de Feuillet como una violeta en el seno de una infame; los que han visto la delicada concepcion del autor frances, caracterizada con tanta verdad como gracia por la Srita. Servin, esa dulce actriz de hoy, esa gran artista de mañana, formaránse una idea exacta de lo que era el alma de Amelia.

En Marzo de 1852 los condes hicieron un viaje á España; allí debian pasar la luna de miel; allí hubo un drama sobre el que se hicieron terribles comentarios en las cortes europeas; nadie pudo, sin embargo, decir á punto fijo lo que habia ocurrido. Cuando volvieron á Paris, Rogerio estaba viejo, Amelia enferma.

Por ese tiempo Dª Paulina Flor de Casas volvia á México.

Amelia murió, el conde viajó mucho, y por fin reapareció en Argel, en donde se hizo acribillar de heridas por los árabes, obteniendo despues de la expedicion de Kabilia la banda de general de division.

Parecia que esta era toda la ambicion de Rogerio, porque poco despues pidió su licencia y comenzó en Paris una vida de excentricidades y de aventuras escandalosas. Por fin, cuando se trató de la expedicion á México, el general Rogerio, que decia que Napoleon iba á reparar la falta de Solferino emprendiendo la esclavizacion del pueblo mexicano, entró de nuevo al servicio, y en Octubre de 62 pisó las costas mexicanas.

CAPÍTULO V.

UN HILO DE LA TRAMA.

Cinco dias antes del extraño acontecimiento de la Alameda, á eso de las tres de la tarde, notábase mucha animacion en una bonita casa de campo situada en las goteras de la ciudad, por el rumbo de San Cosme. En la sala de la quinta habia una mesa primorosamente servida, en derredor de la cual se agrupaban hasta catorce jóvenes, de nombres perfectamente conocidos en la sociedad mexicana. Estaban en los postres; los ecos de una alegría estrepitosa se mezclaban al ruido de la cristalería y á las notas de la música. Jorge, nuestro escandaloso, tomó una ancha copa de champagne y pronunció con voz vacilante el siguiente brindis:—«*Señores, á la prosperidad de nuestra asociacion, á los triunfos de los Hermanos del Crímen, á la salud del general Rogerio.*» Las copas se chocaron ruidosamente entre acaloradas aclamaciones, muy pronto dominadas por la vibrante voz del general, que decia:

—Pasemos al gabinete de Jorge; allí tomaremos el café.

Jorge habia encerrado en su gabinete mil preciosidades, con un notable gusto artístico. Él mismo habia pintado los frescos de la pared; sobre ellos corria una gran cornisa dorada sosteniendo el techo, y detrás de la cual se ocultaba una cortinilla de seda, que servia para ocultar los cuadros cuando entraban señoras ó ancianos en el gabinete del mancebo. Esto podrá indicar que no eran precisamente púdicos los asuntos de las composiciones de Jorge. Una extremidad de esta vasta habitacion, la que daba sobre la huerta, era una inmensa ventana. El lienzo de la pared no existia; varias columnillas de fierro, cuidadosamente pintadas de blanco y oro, sostenian el techo por aquel lado; entre ellas habia un lindo barandal de fierro. Como el gabinete de Jorge era notablemente ancho, habia habido lugar para conservar entre dos grandes pajareras un hueco suficiente para que dos ó tres personas cupieran sen-

Digitized by Google

tadas ómodamente. Cuando los cristales de esta especie de *belvedere* estaban abiertos, penetraban en el aposento las flexibles ramas de multitud de enredaderas, que por un lado se retorcian en las columnas de la ventana y por el otro lanzaban sus débiles bracillos hácia los cercanos árboles de la huerta, entre cuyas hojas colgaban sus guias en espirales larguísimas, y mostraban las campanillas olorosas de sus flores. El techo era un enorme traga-luz de vidrio; en la parte del muro que miraba á la calzada de San Cosme, habia otras dos grandes ventanas con tiestos de rarísimas flores, entre las cuales estaba el retrato del padre de Jorge, dibujado en Paris por Gericault. En los intermedios de los frescos que cubrian las paredes, habia dos ó tres cuadros; uno de Murillo, otro de Meissonier, y el melancólico paisaje de Holbein llamado: El prado de los *vergiss mein nicht* (no me olvides).

Un divan de raso turco mostraba á lo largo de las paredes sus seductores almohadones de pluma. Frente por frente del divan habia dos docenas de sillas forradas del mismo lienzo y separadas del mueble otomano por primorosas mesitas de laca y de linaloé. En medio de este gabinete todo era confusion. Preciosas canéforas de mármol, en cuyas canastillas se mezclaban los pinceles á las violetas, y los cartuchos de bombones á las caprichosas pipas. Sobre una mesa, ídolos mexicanos, copas de malaquita, máscaras de onix encontradas en Pompeya, ejemplares griegos de mármol y de alabastro, lámparas de distintas formas y materias, platos de Bernardo de Palissy, y en medio de todo eso, un jarron de porcelana de Sèvres, en el que venian á beber agua los pájaros. Olvidábamos un piano-Erard, colocado cerca de una de las ventanas, y sobre el cual mostraban sus luminosas facetas dos soberbios candelabros de cristal de Bohemia. Habia tambien dos puertecillas que conducian, una á la linda biblioteca de Jorge, y otra al dormitorio y al baño.

En este gabinete iban á tomar el café los convidados, entre los cuales Jorge habia pronunciado su estrambótico brindis.

Despues de servido el negro y celestial brevaje, cuando la servidumbre se hubo retirado, tomó la palabra el general Rogerio, haciendo inmediamente callar todos los murmullos, y poco despues palidecer todos los rostros.

Habló así:

—En Europa, amigos mios, se me cree enemigo de la libertad, y se equivocan.

Yo soy el hombre mas liberal del mundo. Quiero, sí, la verdadera libertad, y voy á probároslo.

Sabeis ya que nuestra asociacion tiene por objeto destruir el matrimonio.

(No lo olviden nuestros lectores; hemos dicho que vamos á llamar las cosas por su nombre, y procuraremos presentar la llaga social desnuda para que los médicos puedan juzgar de la intensidad del mal. No comprendemos, por mas que se diga, que pueda hacerse el diagnóstico de la enfermedad examinando el cuerpo del paciente al través de prismas de cristal. Así es que cuando mas, colocaremos un frasco de esencia de violeta cerca de nuestras bellas loctoras, que al cabo es raro encontrar Esculapios entre ellas.)

El matrimonio, continuaba Rogerio, es un expediente de la saciedad.

Dadme una pareja conyugal que pueda llamarse feliz. Yo os mostraria al mundo entero venturoso, á todos los célibes hundidos en el mas plácido bienestar, desde el momento en que el matrimonio desapareciese de la faz de la tierra.

Seamos lógicos.

¿Qué es lo que saca el hombre del matrimonio? El vehemente deseo de enviudar, pasados los meses de miel.

Desde el instante en que este deseo brutal, en que esta terrible exigencia de ver morir á la esposa, se abre paso por entre las mas bellas cualidades del corazon, la vida íntima del hombre es horrible.

No faltan tontos que crean que estamos en este mundo con el objeto de llorar. El género humano tiene una corona de espinas fabricada por él mismo. Arranquémosla de su frente. Quitemos de sus espaldas el manto teñido con su sangre.

¿Por qué especie de vértigo la humanidad se empeña en marchar por el rumbo del Calvario? ¿Qué significan los gemidos de esos escritores, de esos poetas que eternizan los *trenos* del llorador hebreo, lamentándose sin cesar sobre la suerte de la humanidad, y creyéndola predestinada al martirio? ¡El camino del progreso es el camino de los mártires! Enhorabuena; el camino de los tontos. Pero puesto que las generaciones han querido marchar por el mismo sendero, puesto que la historia ha sido hasta hoy una tremenda equivocacion, aceptémosla como es; no por eso será menos gloriosa nuestra mision. El hombre se ha fabricado la mas implacable de sus esclavitudes; inventando el matrimonio ha cubierto de cadenas las manos de la sociedad en su misma cuna; rompámoslas, rompámoslas, señores; marchemos siempre audaces á herir al monstruo en el seno donde se oculta, en el hogar doméstico.

Hagamos cesar ese *quid pro quo* terrible que ha empapado de lágrimas el libro de la historia. Separemos á nuestros hermanos de la via de la amargura; hagámosles tomar la senda de sus destinos, bordada de sepulcros como la via Apia, pero conduciendo, como ella, á los palacios de mármol, á las termas de pórfido, á la orgía, á la mujer, en fin, á la mujer colocada sobre las aras del placer.

Un ¡hurra! entusiasta acogió las últimas palabras del general. Si alguno hubiera observado la fisonomía de Rogerio debajo del blanquísimo batista con que se enjugaba el sudor del rostro, habria notado una finísima sonrisa, llena de ironía y de rencor.

Llenó de nuevo su copa de *kummel*, y cuando se hubo restablecido el silencio, continuó:

—Nosotros nos declaramos solemnemente protectores de la mujer. Solo que en vez de cerrar por las

Digitized by Google

campos y las serranías como los palatines de la caballería, tenemos la obligacion de penetrar al seno de la familia, para disolver, por cuantos medios estén á nuestro alcance, ese vínculo infernal llamado el matrimonio.

Yo, señores, no creo en Dios. Pero soy decidido defensor de la religion. Por ella he derramado, y lo que es mejor, he hecho derramar mucha sangre en cien combates. He recorrido desde mi juventud las grandes sendas del crímen, no del crímen que lleva al presidio, sino del que lacera y atormenta la conciencia, segun la filosofía moderna, muy mas estúpida que todas las doctrinas teológicas de los frailes.

Las creencias que oís preconizar por esa secta que consagraria con fervor el ilotismo y el éxtasis del género humano, por esos propaladores del artificio que se llaman los espiritualistas, llegan á su término.

A ellos las bellas frases, las rumbosas promesas, las épicas cantatas; á nosotros el trabajo sordo, la zapa en las tinieblas, el complot en la noche, junto á la alcoba de la mujer casta, en el cerebro del hombre honrado.

Sacudamos lo artificial, señores. Si hay liberales entre nosotros, yo proclamo la madre de todas las libertades, la libertad en el hogar, ó si quereis mejor, la extincion del hogar.

Guerra á muerte á los defensores del divorcio; esos presentan una garantía contra el adulterio, esos aseguran por muchos siglos la vida del matrimonio, esos son nuestros mayores enemigos.

Hagamos feliz á la mujer volviéndola á la naturaleza, tornándola á las pasiones, á lo único que puede ser el encanto de la vida.

Hé aquí, señores, lo que he jurado sobre la tumba de mi esposa muerta.

Un murmullo indefinible acogió las palabras del orador satánico. Una sonrisa inexplicable fué la respuesta de Rogerio á ese murmullo.

Entonces se levantó Jorge, y participó que como secretario de la asociacion iba á proceder á recoger los juramentos de fidelidad.

Despues de esta ceremonia cada socio recibió un anillo, en cuyo engaste habia un escudo de esmalte con estas tres letras: D. A. F., rayadas por una barra negra.

En seguida, en medio del mayor silencio, un oficial frances de elegantísimas maneras y con el uniforme de Cazadores de Africa, jóven que habia sido perfectamente acogido en la sociedad aristocrática de México por su bella presencia, por su nombre de los mas gloriosos en los anales del primer imperio y por su cuantiosa fortuna, se levantó y desplegó un papel, leyendo así:

Fondos de la asociacion en todo el mundo.....	1,000 millones de fr.
En México.....	70 millones de fr.

Cuenta con 345 mil socios juramentados, de los cuales diez y nueve mil trescientas son mujeres.

La asociacion tiene veinticinco comités de direccion y dos mil *ventas* de propaganda. Los comités de direccion que se pondrán inmediatamente en contacto con el de México, serán el de Paris, cuyo gefe es el conde Schauenbourg, y el de Madrid, cuyo presidente nato es el R. P. Claret.

Siendo uno de los principales objetos de esta asociacion el mantenimiento de la intervencion francesa en México hasta tanto que el espíritu de nuestra santa empresa se haya desarrollado por todo el país, puedo agregar que contamos con altísimas, con imperiales protecciones.

Calló el jóven oficial y procedióse á la eleccion de presidente del comité de direccion, y resultó electo por unanimidad el general Rogerio. Éste nombró como secretario á Jorge y al cazador de Africa, que se llamaba Edgardo: faltaba hacer el nombramiento de tesorero; el general eligió al Dr. Javier.

Dos palabras sobre este personaje.

Si hay hombres que por su fisonomía parecen predestinados para el bien ó para el mal, sin duda el doctor Javier era uno de ellos.

En sus ojos hundidos, en la persistencia de las arrugas de su frente, en su nariz recta y pálida, en la amarga crispatura de sus labios, habia algo de terrible, algo como si la mano del destino hubiera dejado impresa su huella en aquella fisonomía siniestra y misteriosa. El doctor Javier tenia treinta y dos años, y los cabellos absolutamente blancos. Decian que esto provenia de una horrorosa enfermedad que habia sufrido cuando niño.

Al nombrarlo el general, el doctor observó que estaba convenido que en esos dias marchase á Puebla.

Entonces, y mientras el doctor estaba en viaje, se convino en nombrarle por sustituto á un hombre cuya reputacion de probidad era intachable, y que poseia acaso la mas bella fortuna de México. Dicho banquero no asistia á esa sesion, ni formaba parte de la asociacion; bien se hubiera guardado. El Sr. V*** era muy buen cristiano y de excelente corazon para mezclarse en esa sombría maquinacion; pero se le nombró, con todo, tesorero sustituto; esto es, se acordó que los fondos se depositasen en la caja á disposicion del general Rogerio.

Hecho esto, el general se levantó; comenzó á hablar: su voz era apagada, pero llena de resolucion. Su mirada negra, pero llena de serenidad.

—Hermanos, dijo, hemos fundado la asociacion del bien. Nosotros seremos los verdaderos aniquiladores del pecado, porque vamos á destruir la causa del pecado en la tierra.

Ya sabeis, señores, obediencia absoluta, sacrificio del individuo á la asociacion, *veluti ac cadaver*, como dicen las reglas de Loyola. En este suelo vírgen, las semillas de nuestras doctrinas van á producir magníficos frutos. Desde hoy vamos á trabajar en silencio, en secreto; vamos á conducir al género humano á su destino por una via de placer. Mañana todos estaremos en la obra, en la lucha. Acordaos de nuestra divisa: «Mi Dios, mi amor, mi fa-

Digitized by Google

Ni Dios, ni amor, ni familia. El medio por el que hasta allí llegaremos, hélo aquí.

Y diciendo esto, abrió un libro cuya pasta era de mármol y que contenia láminas de bronce en forma de hojas. En cada lámina estaban primorosamente dibujadas una de las cinco partes del mundo, sobre cada una de las cuales estaba escrita la palabra santa: ****

Huella de las alas de Satanás sobre ese atlas de infamia.

CAPÍTULO VI.

EL CORAZON DEL DIABLO.

La noche de aquel dia fué negra. Ventiscaba en la montaña y gruesas gotas de lluvia se abrian paso por entre los álamos.

Por el camino que sale de Tacubaya rumbo á Toluca, galopaba sobre una jaca de finísima raza, á juzgar por su marcha llena de facilidad y de gracia, un hombre arrebozado en anchísima capa que caia en grandes pliegues por la grupa de la cabalgadura, dejando solo ver de cada lado un pié elegantemente calzado de charol.

Corcel y manto, todo era negro en aquel personaje; así es que se destacaba aun á pesar de la sombra, por sobre su vestidura, el blanco y amplio paño de sol, cuya faldilla flotaba al viento despues de cubrir un kepí militar.

No se oia en todo el camino mas que de tiempo en tiempo el ladrido de algunos perros, lo cual indicaba la existencia cercana á la carretera de varias chozas de labradores.

Llegados á cierto punto detuviéronse jaca y ginete. Este bajó, encendió un pequeño entorchado de cera, examinó las malezas hasta distinguir entre ellas el principio de una vereda; tomó entonces de la brida á la jaca, encaminóla algun trecho por el angosto sendero, montando despues sobre ella. El animal al recibir las caricias de su dueño, lanzóse con nuevo ardor, piafando de contento y aspirando ruidosamente las agrestes emanaciones de la campiña.

Notábase desde luego que la jaca conocia perfectamente aquella ruta, á juzgar por la seguridad con que galopaba.

Habria trascurrido media hora de marcha, cuando se oyó el ladrido de varios perros y tornó á detenerse el ginete en cuestion.

Despues de dos minutos de espera resonó una voz juvenil y soñolienta que mandaba callar los perros y que se acercaba al lugar en donde le habia detenido nuestro desconocido.

—Paco, gritó el ginete, trae una luz, ó cualquier cosa que alumbre, porque vive Dios que no encuentro mi entorchado y la noche está sombría y espantosa.

—Aquí traigo una linterna, mi general, respondió la fresca voz del muchacho.

Y esto diciendo, apareció por entre unas peñas un chicuelo como de quince años, de tez cobriza, expresion bravía y cuerpo enjuto, aunque ágil y de fuerte musculatura.

Descubrióse al ver á su interlocutor, le ayudó á descender de la jaca, y despues de acariciar á esta con extraordinaria ternura, atóla á un fresno cercano y se lanzó por entre las peñas precediendo á nuestro desconocido, que atravesaba los breñales con tanta presteza como su guia, aun cuando debia molestarle un tanto la finura de su calzado.

Pasados diez minutos de ascension, llegaron á un pequeño montículo, cuya falda, por el lado del Norte, estaba enteramente oculta por una construccion de cantería de aspecto vetusto y feo.

La azotea de aquella habitacion dominaba la cúspide del montículo, del que estaba separada por una distancia de tres metros en la parte mas alta, uniéndose paulatinamente á la pendiente hasta perder en ella sus macizos cimientos.

Era una antiquísima construccion española fabricada en el álveo de una roca gigantesca. Probablemente fué la casa principal de una hacienda, cuyos terrenos ignoramos por qué motivo habian sido abandonados, pero que ahora era imposible recorrer, á causa de la enorme aglomeracion de zarzales y de malezas que lo cubrian en todas direcciones. Esos terrenos hacia ocho dias habian sido comprados por el general Rogerio en poco mas de seis mil pesos.

Para llegar á la casa era preciso venir por la carretera, tomar una vereda, trepar por las peñas, llegar á la cúspide del montículo, bajar agarrándose por la pendiente, y entrar por una especie de poterna abierta en la parte en que la habitacion se confundia con el montecillo.

Todo esto hizo Rogerio, pues no era otro el desconocido, y cuando la puerta de encino de la poterna hubo girado sobre sus enmohecidos goznes para cerrarse detrás de él, despues de andar un pequeño pasadizo húmedo y frio, el general penetró en una gran cámara, adonde entraba por ventanas que mas bien parecian aspilleras, el viento glacial de la noche.

El guia encendió un velon que estaba sobre una grande y pintarrajeada mesa de encino, yendo silenciosamente á una extremidad de la sala en donde se vislumbraba una ancha puerta, en cuyos batientes se dibujaban caprichosos adornos, rodeados de grandes clavos de cabeza dorada. El general, mientras se despojaba de su manto, no habia visto el movimiento del jóven, y cuando notó que este llamaba á las puertas de la habitacion, dijo brevemente:

—¿Duerme tu hermana?

—Sí, señor; como toda la noche de ayer veló á la vieja Petra, que murió hoy en la mañana, la pobrecita vino muy cansada y llorando mucho.

—¿Quién era esa Petra?

—Una mujer que tenia muchos, muchos años, y

Digitized by Google

que sabia muchas, muchas cosas. La pobrecilla pasaba por bruja, y si no es por Regina, hubiera muerto sin tener quien le acercase un vaso de agua.

—Deja dormir á Regina, repuso el general, y vé á cuidar de *Leila*.

Así se llamaba la jaca negra del conde de Schauenbourg.

El chicuelo, que parecia esperar tan solo esta órden para marcharse, salió corriendo y silbando un aire muy extraño, al que respondia desde lejos el relincho alegre de *Leila*.

Cuando Rogerio quedó solo, paseó la vista en torno de sí. Viejísimos sitiales forrados de pana verde, las vigas ennegrecidas por el tiempo, pero llenas de calados, varios cuadros representando la vida de Magdalena, encerrados entre deformes marcos rojos y dorados; en un rincon una enorme tizona, un cuerno de pólvora y dos pistoletes, que por lo menos debian contar dos siglos de existencia. Habia ademas sobre dos sillas un arcon cerrado con gruesa chapa de fierro, cuya forma era la de una águila de dos cabezas.

El general, una vez concluido su rápido exámen, tomó uno de los sitiales, le acercó á la pared, trepó sobre él de manera que la mitad de su cuerpo asomaba por una de las estrechas ventanas abiertas en el muro, y en cuya parte anterior se cruzaban gruesas barras de hierro; apoyó su cabeza en una mano y alzó la vista al cielo.

Una sierpe de un azul muy pálido rompió las nubes. El cielo respondia con un relámpago la mirada del ateo. El general no se conmovió.

—Horrible noche! murmuraba.

Un trueno sordo mugió en el cielo, como si algo muy pesado rodara sobre un pavimento de cobre.

Rogerio sonrió. El velon chascaraba tristemente.

Nuestro conde se ponia de un buen humor extraordinario cuando la naturaleza se ponia colérica.

El alma de aquel hombre habia sido hecha para la lucha, y buscábala ciegamente por cualquier camino, siquiera estuviese sembrado de abismos.

Habia nacido para retar á los hombres, para insultar á la naturaleza..... para despreciarlo todo.

—En el cráneo del cielo hay una tormenta, pensaba Rogerio: enhorabuena; pues que el rocío de las tempestades refresca mi sangre.

Hay algo de las noches de la India en estas de los países mexicanos.

¡Pobre Maïa, la linda hija del *nabab* bengalés, la niña muerta en el baile exhalando gritos de amor, de amor incubado en su alma por la pasion de mis miradas, por los efluvios de fuego que iban á su corazon desde mis ojos! ¡Pobre Maïa, la de la tez como el lotus blanco, la del aliento de nardos!.....

Creo que estoy poetizando el recuerdo de esa chicuela muerta tísica..... por mí, segun decian sus amigas; por algun beso de esas ráfagas de brisa fria que bajan de las nieves del Himalaya.... segun creo yo..... ¿Y quién le mandaba descubrirse tanto el seno cuando iba á los bailes?.....

¡Pobre niña!..... despues de todo, era bella como todos los ángeles.

Bah! olvidémosla. El diablo me ha hecho un gran don. Toda mujer que se enamora de mí, muere.

—¿Muere? dijo una voz tierna y simpática, como el arpegio del zenzontli, junto al general.

—¡Regina! exclamó este besando en la boca á una deliciosa criatura, que en pié, junto á él, lo cubria con sus dulces miradas.

—Ven y siéntate, le dijo en seguida levantando á la jóven como á una pluma y colocándola en uno de los polvosos sitiales que guarnecian la vieja estancia.

Atizó el velon y se sentó en un escaño á los piés de Regina.

—Estás muy bella, amiga mia, dijo Rogerio despues de haber contemplado algun tiempo á su linda compañera.

Esta hizo una mueca deliciosa, y repuso:

—Algo tienes que pedirme cuando me dices eso; esas son flores envenenadas, esas son galanterías con doble intencion, ¿no es cierto?

Y diciendo esto Regina hundia sus manecitas de alabastro en la fina cabellera de Rogerio.

—¿Y por qué piensas que vengo á exigirte otra cosa que tu amor? ¿por qué dices que las flores que te doy son envenenadas, Regina? Envenenadas porque nacen de mi corazon llagado, de mi corazon hondamente lastimado por el odio, por el continuo vaiven de las pasiones mundanas, y que solo respira un momento en calma cuando estoy á tu lado, cuando se baña mi alma en la dulce y profunda mirada de tus ojos negros, cuando reclino mi cabeza, encanecida más por el pesar que por los años, en tu blanco seno de niña: ¿me amas tú?

Regina cerró con un beso la boca árida y crispada del general.

—¡Divina! ¡quién me dijera que..... Dios (el general sonrió irónicamente) guardaba en un rincon del suelo mexicano á la mujer que tanto buscó mi corazon, á la mujer fiel, á la querida casta y pura, á la que no encontré bajo ninguna latitud, y que estaba escondida en ese cáliz de perfumes que se llama Jalapa!..... ¿Por qué lloras, Regina?

—Rogerio, yo creo en Dios, porque yo amo, y tú.....

—Mira, bien mio, dejemos esa cuestion. Cree en Dios, enhorabuena; yo creo en tí: ¿no te basta eso?

Hubo un largo rato de silencio, que aprovecharemos para decir al lector quién era la amante del general.

Regina nació en una hacienda de las cercanías de Jalapa, y pertenecia á una familia muy rica en otro tiempo, pero que poco despues del nacimiento de la jóven, perdió cuanto tenia. Aun recordaba Regina el lujo y las grandes comodidades en que habia pasado su infancia. Su padre fué fusilado en una asonada militar, y su madre murió muy luego, dejando á Regina y á su pequeña hermana en poder de unos parientes ricos.

Digitized by Google

Nuestra huérfana vivió feliz algun tiempo, pero empezó á ser linda, á ser mujer; sus encantos tomaron un atractivo poderoso.

En otra parte hemos dicho que la mujer es la curva mas graciosa de la naturaleza; Regina podia confirmar esa asercion.

No era blanca. Su tez era pálida como la hoja del jazmin; rara vez nacaraba sus mejillas un trasparente y suavísimo rosado, muy semejante á eso que se llama *oriente* en las perlas.

La dulce color del rostro hacia resaltar una pincelada de carmin dada por el supremo Artista en los labios de Regina, y el exagerado grandor de sus ojos, brilladores como dos diamantes negros. Su intachable frente, un tanto protuberante sobre las cejas, estaba coronada de magníficos cabellos dorados, lo que daba á la belleza de Regina un carácter especial.

Cuando sus primas volvieron una ocasion á Jalapa, de regreso de la ciudad de Zaragoza, adonde habian ido á dar un paseo, la encontraron en cama, presa de un malestar vago que los médicos no sabian explicar. Aquello fué pasajero; pero cuando Regina se levantó, sus parientes vieron con sorpresa que la que habian dejado niña, era una mujer.

Regina fué á Veracruz, porque sus prudentes tios temieron una ridícula repeticion del célebre cuento de Perrault: *Cendrillon*, ó la *Zapatilla de cristal*. Y eso no porque las primas fuesen feas, que ni en Jalapa hay muchachas feas, ni las primas de nuestra amiga eran punto menos que bonitas, sino porque la hermosura de Regina era excepcional, y los prudentes tios querian casar á sus hijas, siguiendo en esto la doctrina sobre la caridad del apóstol San Pablo, y para lo cual podia ser un obstáculo el divino rostro de Regina.

Esto era lo peor que á la jóven podia acontecer. Fué á Veracruz: vió la mar, y acabósele de trastornar el corazon, ya de suyo apasionado y soñador. Con su privilegiada inteligencia habia comprendido en la órden de aquel viaje intempestivo y so pretexto de tomar baños de mar, un principio de abandono, y esto la lastimó. Sus tios querian desprenderse de ella; y ¿qué haria sola?

Hé aquí lo que diariamente se preguntaba Regina, negligentemente apoyada sobre una barandilla del mirador de la casa en que se hospedaba, y desde donde podia ver al Océano encogiendo y desplegando su inmensa sábana de agua en la constante oscilacion de sus mareas.

Una vez (era por el mes de Octubre del año de 1862) el vigía del resguardo señaló un vapor de guerra frances, llevando en el tope la bandera de contra-almirante. Soplaba un norte tremendo, y á pesar de él, el buque extranjero corria abordadas, ya ciñendo el viento con toda la fuerza de la maquinaria para escapar de los arrecifes, ya dejándose arrastrar un tanto, procurando ponerse al abrigo de San Juan de Ulúa. Lo que mas extrañaba á los del puerto, era que del buque frances no se habia pedido un práctico, cosa muy comun en los navíos que llegan á Veracruz viniendo de alta mar.

A veces el *norte* traia al magnífico vapor hasta muy cerca de la playa, y entonces podia distinguirse en la elevada cámara del timonel, á un hombre alto, con charreteras de general y completo uniforme, que tranquilo y risueño daba órdenes al piloto y al capitan que empuñaba la bocina. El poderoso perfil de aquel hombre se destacaba vigorosamente sobre el cielo plomizo, surcado sin cesar por el relámpago, y en donde á cada instante hacia oir su rimbombar terrífico la tormenta.

Toda la poblacion habia trepado á los balcones, á las azoteas y miradores, para contemplar aquella lucha colosal entre los marinos y los desencadenados elementos. El vapor fué anunciado á las seis de la mañana; á las tres de la tarde atracaba al castillo de Ulúa, y arriaba su bandera entre los ¡hurrahs! de las tripulaciones de otros buques, y mientras los baluartes de Veracruz mezclaban las salvas de su artillería á los últimos bramidos de la tempestad.

Como si el *norte* se hubiera cansado en la lucha que acababa de sostener, cesó casi instantáneamente, dejando sin embargo su huella en el mar en las terribles oleadas que siguieron levantándose, y en el cielo en esas larguísimas nubes negras que los meteorologistas llaman *stratus*, y que imprimen un carácter tan triste y melancólico á los crepúsculos de la tarde en el mar.

A poco de haber atracado el «Duguay-Trouin» (así se llamaba el vapor) desprendióse de él una lancha empavesada, y en cuya popa iba de pié el mismo personaje que tanto habia llamado la atencion en la cámara del timonel. Ese hombre era el general Rogerio.

El ayuntamiento de Veracruz, sabiendo las estrechas relaciones que ligaban al recien venido con el emperador de los franceses, se apresuró á ofrecerle un magnífico *baile*, dos ó tres dias antes de su salida para Orizava. Allí fué en donde conoció á Regina.

Deslumbróse Rogerio con la belleza de la jalapeña, y determinó hacer su conquista en el acto.

Regina era una de aquellas mujeres para quienes llegado el cuarto de hora del amor, no reparan en nada y deciden en un instante de su vida entera.

Rogerio era bello, valiente, y llevaba sangre real en las venas.....

Regina era apasionada, sentia una sed inmensa de amar y de conocer grandes emociones.....

Un mes despues de aquel baile, Regina era la querida del conde de Schauembourg.

Todo el Estado se escandalizó al principio; pero allí los escándalos pasan pronto, y pronto fueron olvidados los dos amantes.

Regina habia llegado á convencerse de que Rogerio era un malvado con el cerebro henchido de ideas siniestras, con el corazon impregnado de odio

Digitized by Google

y de recuerdos espantosos. No por eso llegó á desamarlo.

Al contrario, la bella jóven empezó á considerar su vida como fatalmente ligada á la de aquel hombre, y jamas cruzó por su imaginacion ni el mas leve pensamiento de infidelidad, ni su corazon podia resentir otro amor que el de aquel extraño aventurero. A los hombres como el conde de Schauembourg se les odia ó se les adora, pero en ambos casos con toda el alma.

Regina habia recogido á su hermañito, criado en una hacienda en compañía de los pastores y de los rancheros, y á quien de ningun modo podia acostumbrársele á la vida culta de las ciudades. Era de una naturaleza agreste, su inteligencia aun parecia dormida, y sus instintos eran grandes y buenos. Regina le llamaba Paco.

Cuando despues de la toma de Puebla, el general decidió venir á México, no quiso, por ciertas razones que calló á su amada, el que esta apareciese públicamente como su querida. Guardóla, pues, en una posesion arruinada, en medio del camino que conduce á Toluca, y en la cual la hemos visto aparecer.

Excusado es decir que Regina se conformó á cuanto el general le pedia. Vino á *Los abrojos* (este era el nombre de la ex-hacienda), se arregló en aquel caseron como pudo, y esperó sin llorar, alegremente, las visitas que Rogerio le hacia cada tercer dia.

Púsose desde luego en contacto con los labradores que vivian en las cercanías, y como el general no la dejaba carecer de nada, pronto tuvo la dicha de consolar horribles miserias. En una de sus excursiones conoció á la tia Petra, que pasaba en la comarca por bruja, y con la que la linda niña conversaba largas horas, tomando noticias de infinitas cosas ignoradas para ella, y llegando la dulzura de su carácter y su expresion excesivamente simpática, á dominar de tal manera á la hosca labriega, que esta no vaciló en hacerle extrañísimas confidencias que Regina apuntó en su memoria.

Hé aquí por qué la bella jalapeña habia sentido tanto la muerte de la tia Petra, segun habia dicho Paco al general.

Volvamos á la interrumpida conversacion que sostenian el general y su amante.

Despues de un largo silencio, Rogerio se incorporó, poniéndose á recorrer á grandes pasos la habitacion.

—Regina, dijo al fin, es preciso que vayas á México, es indispensable que habites en una magnífica habitacion, que tengas coches y lacayos, que vivas feliz.....

—¿Feliz, contestó la jóven con tristeza, feliz?.... ¡Tú me dices eso! ¿Quiero yo acaso otra felicidad que la de verte, otra dicha que la de esperar tu venida? Ya sabes bien que detesto el lujo, y.....

—Sin embargo, has nacido para él; has nacido para ser reina.....

Un relámpago pasó por las miradas de Rogerio, que miró fijamente á Regina, como para conocer si la niña habia notado algo. Regina tenia la vista fija en las cuentas de un rosario de ámbar que frotaba suavemente entre sus manos.

—Es preciso que dentro de ocho dias estés en México. Irás á recibir á tus dos tios á Puebla, y vendrás con ellos.....

—Vienen mis tios?

—Sí; los he convencido de que debian estar á tu lado mientras sus dos hijas vuelven de Alemania, adonde han ido despues de casarse.

—Siento en el alma, Rogerio, que te encuentres en la necesidad de llevarme á la capital. ¡Vivia tan contenta aquí!

—Vendrás cuando quieras. Espero que en el otoño estarán concluidas las mejoras que pienso establecer aquí. Quiero hacer de este sitio una de las mas deliciosas *villas* de las cercanías de México.

—Y qué, ¿piensas destruir esta casa? dijo Regina con sobresalto.

—No; la casa de la hacienda estará situada á dos tiros de fusil de esta vieja casa, á la que solo tocaré para volverle el aire monástico-feudal de estos antiguos nidos de encomenderos.

—No sabes cómo me gusta que hayas decidido el dejar en pié mi actual habitacion. Me he fingido en ella tantos sueños novelescos, he pasado ratos tan alegres platicando con sus antiguos moradores, la vieja Petra me ha contado tan poéticas leyendas relativas á este lugar! Figúrate que los campesinos aun la llaman *la casa de la santa.*

—En otra ocasion me contarás tus consejas. Probablemente esa santa será alguna encomendera enjuta y biliosa que creeria ganar el cielo despedazándose las carnes con algun brutal cilicio.

—Nada de eso. La encomendera de que hablas no podia existir en este clima muelle y suavísimo; la santa que dió su nombre á esta casa, fué una bellísima mujer, una mártir sin duda, pero mártir de amor.

—¿Y tú has creido en los delirios de la vieja Petra?

—Esa pobre anciana no ha hecho mas que confirmar una historia que yo adivinaba.

—¿Cómo *adivinaba*?

—Sí, por cierto. Desde que me trajiste á vivir aquí, hace cerca de un año, me he acostumbrado de tal modo á estos aposentos que aun conservan su aspecto de otros tiempos, que me parece que vivo en el siglo XVIII, y mi imaginacion los puebla sin cesar de fantasmas. Durante tu larga ausencia me he complacido en conocer en todos sus detalles la historia de *Los abrojos*, y he traido conmigo á la pobre Petra, que me ha dicho todos los secretos de estos viejos muros, que han abrigado una gran tragedia.

—Está bien, querida mia, ya me la contarás despues.

Digitized by Google

Rogerio habia adquirido en su vida de soldado ciertas maneras bruscas que se notaban aun en su trato con las damas, y que hacian mas marcado el tono dominante con que se expresaba generalmente: así, no extrañarán nuestros lectores que respondiese como hemos visto á su apasionada Regina.

El silencio volvió á reinar en la estancia durante algunos minutos; por fin, le interrumpió Rogerio, encarándose á Regina y diciendo con extraña animacion:

—Acabo de decirte que si es cierto que no creo en Dios, en cambio creo en tí. Voy á probártelo comunicándote un secreto que nadie debia saber fuera de los escogidos. Solo te advierto que una vez que lo conozcas, quedas absolutamente y para siempre ligada á mí.

—¿Acaso no lo estoy ya? interrumpió Regina.

—Sí lo estás; pero por tu voluntad, y á un hombre que no conoces. Hoy voy á descubrirte mi alma, y desde hoy, aun contra tu voluntad, serás siempre mi querida..... Atiende.

Regina permaneció impasible. Mucho tiempo hacia que no ignoraba lo fatal, lo irrevocable de su suerte. El general continuó así:

—Muchas veces has tenido ocasion de conocer mis ideas sobre el matrimonio. Algun dia quizá conozcas la causa de mi odio por esa institucion. Entretanto, jamas olvidaré que en uno de los momentos mas solemnes de mi vida he jurado hacerme el campeon de esa cruzada impía, segun dicen los devotos de todas las escuelas, pero que en el porvenir bendecirán nuestros hijos. Hasta hoy se le ha hecho una guerra instintiva, que solo ha producido golpes aislados que no han hecho en esa institucion mella alguna. Nosotros hemos ido á buscar á las entrañas sociales lo único que puede darnos la victoria en la lucha que sostenemos. Hemos hallado en ellas la llaga que engangrenará sin remedio al matrimonio, y la que lo hará morir: el adulterio. Es el virus con que una falange de hombres de corazon vacunará á la sociedad para librarla de la horrible enfermedad que priva al hombre de la libertad en el amor, la mejor de todas las libertades.

Regina se incorporó pálida y trémula; algunos sacudimientos nerviosos entrecortaban sus palabras.

—¡Jamas, señor! exclamó, jamas me uniré á esa obra infernal. Rogerio, tú puedes probarme, porque sabes mucho y yo soy sencilla, que lo que pretendes hacer es bueno; yo siento en mi corazon de mujer, en mi corazon de amante, que nunca podré ayudarte en esa empresa inconcebible..... ¿Acaso no seria yo la mas feliz de las mujeres si me llamaras tu esposa?

—Y bien, niña, sé orgullosa. Yo nací altivo y te aborreceria desde el instante en que comprendiera que tú eras humilde. Deja esa virtud para las mujeres vulgares. ¡Cómo! Yo he despreciado á todas las mujeres de la tierra, yo he destrozado con el tacon de mi bota el manto de seda de las princesas y la humilde saya de las aldeanas; yo he visto con la sonrisa en los labios, morir de amor á la mujer lasciva y terrible del trópico, á la hija de los bosques y de los mares; yo he torturado y envilecido á la mujer de la civilizacion en las grandes cortes de Europa; y cuando cediendo á mi destino, yo, que llevo sangre de indomables en las venas, me he hecho tu esclavo y he derramado por tí mis únicas lágrimas; en un momento supremo, en un momento en que emprendo la lucha que ha de decidir de toda mi vida, ¿no encuentro la mano de la sola mujer que he amado, no encuentro tu auxilio, Regina, para sostenerme en esos espantosos desfallecimientos del corazon que sobrevienen con tanta frecuencia en las grandes luchas?.....

El general parecia haber crecido de un palmo; las ideas venian en borbotones á su cerebro, é iluminaban su bella fisonomía con fulgores satánicos: en sus hombros se reclinaba Regina, pálida, convulsa y llorosa: era la sombra del ángel caido proyectándose en la serena claridad del cielo.

—El mundo te llama con escarnio mi querida: y bien, Regina, ayúdame y verás á ese mundo convertido en el mendigo de tus miradas: yo te daré por trono las coronas nupciales de esas señoritas; serás reina, porque naciste bella, porque lo quiero yo, yo que tengo inmensas ambiciones en el corazon, y en mi corazon vives tú, mi amor.

Mientras el general pronunciaba estas palabras, cubria de besos la frente y los ojos de la niña.....

—Regina, no llores; perdóname si dudé de tí, perdóname si he querido arrastrarte en pos mia por senderos sombríos..... Pobre niña, yo te amaré siempre, y queda en paz: olvida mis palabras insensatas..... Recógete, ya es muy tarde.

—Tus palabras, contestó Regina envolviendo con su apasionada mirada al general, tus palabras son de las que no se olvidan nunca..... Rogerio, haz de mí lo que quieras; bien sentia yo que era una verdad terrible el *hasta la muerte* que pronuncié en tus brazos el primer dia de mi amor.....

Pocos minutos despues, Regina, arrodillada en su lecho, murmuraba sollozando esta plegaria: «Señor, apiádate de mí, tú que pusiste á este hombre en mi camino y este amor terrible en mi corazon.»

El general, que la escuchaba desde su catre de campaña, sonreia con la misma inexplicable sonrisa que en él notamos en el gabinete de Jorge.

Al amanecer, Regina lloraba aún, y Rogerio dormia arrullado por ensueños siniestros.

CAPÍTULO VII.

JORGE Á VANGUARDIA.

Haria una hora que el sol habia abandonado los horizontes de levante, cuando Paco entró al cuarto de Regina para anunciar al general la visita de dos caballeros que venian de México. Despues de ver rápidamente las dos tarjetas que los visitantes ha-

Digitized by Google

bian dado á Paco, Rogerio se dirigió al salon, en donde recibió á poco á Jorge y al doctor Javier, pues no eran otros los recien venidos.

—Hénos aquí, mi general, exclamó al entrar el ruidoso Jorge; hénos aquí, lo cual no es poca fortuna para nosotros, pues habeis plantado vuestro aduar en lo mas intrincado de estos montes, y á no ser por el doctor, de seguro me habria perdido en el laberinto de malezas de que os habeis rodeado.

—Para llegar hasta aquí no teníais mas que seguir punto por punto el plano que os habia dado, señores. Y bien, doctor, ¿cuándo es el viaje? prosiguió Rogerio dirigiéndose á Javier, que despues de haber estrechado la mano del conde, contemplaba melancólicamente el paisaje.

—Mañana: he venido á tomar vuestras instrucciones y á saber vuestra resolucion sobre el proyecto que Jorge me ha comunicado en el camino, y que segun me ha dicho, vos conocíais de antemano.

—Es cierto: un proyecto que si se realiza hará entrar un millon de pesos en vuestras arcas, señor tesorero. Exponed vuestro plan definitivo, Jorge, y veremos de resolver en el acto. Sentaos, caballeros.

Las tres dignidades de la asociacion de los Hermanos del crímen acercaron unos sitiales, acomodáronse en ellos, y el secretario de la asociacion tomó la palabra.

—Existe una familia en México compuesta de una viuda con dos hijos, únicos herederos de una señora parienta de entrambos y que posee dos millones de pesos. Uno de estos hijos es hija, como decia el Anton de Fígaro, y esta hija es una de las mas bellas criaturas del mundo, apasionada, romántica, y que se llama Elena. Usted debe conocerla, general.

—¿Cómo quereis? llevo diez dias de estar en México, y aun no he sido presentado á ninguna familia; pero proseguid.....

—El hermano de Elena es un chicuelo de diez y ocho años, bravo como un leon y con el cerebro lleno de mil ideas estrambóticas; se llama Manuel. Pues bien, los dos millones de esos dos chicuelos caerán en mi poder, y segun los estatutos, la mitad de ese dinero será para vuestras arcas, doctor..... Calla! ¿no lo creeis? Vais á ver la cuestion de bulto.

—Jorge, dijo el doctor, estoy impaciente por saber cómo vais á operar ese milagro.

—Es muy sencillo, sin embargo; casándome con Elena y matando á Manuel. Todo lo cual es en extremo sencillo.

Rogerio movió la cabeza.

—Oid hasta el fin, señores, y juzgareis. Ya os he dicho que Elena es una muchachilla en extremo romántica y caprichosa. Como todas las niñas de México, tiene un novio de quien cree estar enamorada; este novio es un catrin del género *imbécil*, que se llama Cárlos Mirel.

El general sacó de su bolsillo un libro de memorias, y despues de registrar algunas de sus páginas, leyó: «Cárlos Mirel, veinticuatro á veinticinco años, notablemente hermoso; inteligencia muy escasa, instruccion nula; aborrece los libros, tiene alguna fortuna, toca perfectamente el piano, ha estado un año en Europa, tiene una madre excelente y está perdidamente enamorado de una señorita rica, cuya filiacion y cualidades presentaremos despues.» Hé aquí el informe que me da Doffanti, la joya de mis policías, como que ha estado muchos años al servicio del cardenal Antonelli, ese Maquiavelo mitrado.

—Bien se conoce, prosiguió Jorge, pues el tal informe es exacto. Escuchad mi plan ahora. Yo, que como vdes. saben, soy regidor del ayuntamiento y estoy encargado de los paseos de la ciudad, sé que ayer un jóven, que por las señas es el mismo D. Cárlos, ha intentado cohechar al guardian de la Alameda, para que la noche del próximo baile de la Lonja le permita la entrada por dos ó tres horas al bosque confiado á su custodia. El viejo guarda, que es muy marrullero, le contestó con evasivas y me vino á avisar. Yo, sospechando lo que tal cosa podia ser, le ordené que se dejara cohechar, é inmediatamente me puse en campaña. Rosario, una de las amigas de Elena, pone á la disposicion de esta una de sus domésticas para que sea la intermediaria entre D. Cárlos Mirel y ella; yo, que he hecho la corte á Rosario, conocia la habilidad de la camarista para todas estas historias, y mi generosidad para con ella en otro tiempo, la ha mantenido muy adicta á mí. Hícela, pues, venir á mi casa, le dí un poco de oro, supe que ayer en la tarde debia llevar una carta de Elena para su amador, y obtuve que volviese en la tarde para mostrarme la carta. Así fué: yo abrí con cuidado el amoroso mensaje, saqué una copia de él, cerrélo de nuevo, y á estas horas estará en su destino. Oid lo que el amartelado D. Cárlos dice á su linda Dulcinea.

Jorge desplegó un papelito que decia:

«Angel mio:

«He conseguido del guarda de la Alameda que nos deje entrar al bosque en la noche del baile de la Lonja. Procura no ir al baile; yo iré por tí á las diez y media, cuando tu tia se haya recogido. El portero está avisado, no tendrás ningun obstáculo para salir. Tengo fiebre, porque estos dias que nos faltan serán siglos para mi impaciencia.

«Tuyo hasta la muerte.

«CÁRLOS.»

—Debo advertir á vdes., continuó Jorge guardando el papel, que no tengo la menor duda sobre la ida de Elena á la Alameda. Esa preciosa niña tiene el alma de una aventurera. Puedo jurar que su amante no le tocará un cabello y que solo irá á la cita por encontrarse en una circunstancia excepcional, por tener en su corazon un recuerdo lleno de sombra y de poesía, como las calles de la Alameda á la media noche. Irá, y yo iré tambien.

—No encuentro, dijo el doctor, cómo el que esa señorita tenga una cita con su amante, pueda hacer

Digitized by Google

entrar un millon de pesos en el tesoro de nuestra asociacion.

—Porque vd. no conoce estos negocios, Javier, ni ha tenido otros amores que los de esos librotes de su biblioteca, llenos de estampas asquerosas.

Un relámpago pasó por los ojos del doctor. A una señal de Rogerio, Jorge prosiguió la exposicion de su proyecto.

—Yo conozco perfectamente á Cárlos Mirel; en cuanto se crea perdido huirá: yo haré ex profeso un escándalo, vendrá la policía, vendrán tal vez los amigos de Elena y me encontrarán solo con ella; Elena no dirá nada para que nadie crea que ha amado á un cobarde; el hermano me provocará en duelo, le mataré, y en seguida pediré la mano de Elena, que nadie, ni ella misma, será capaz de negarme.

—¿A pesar de haber matado á su hermano? dijo Rogerio.

—Por eso mismo acaso: no conoceis el alma extravagante de esa muchacha; por un deseo de venganza, por esa adoracion de la audacia, innata en ella, qué sé yo, en fin; pero yo os juro que Elena será mi esposa.

—Veremos, Jorge, dijo el doctor; yo creo que obtendreis el resultado, porque le obtienen sin duda los que son siempre audaces.

—Hé aquí, dijo el general, la contraseña que adoptareis para sacar avante vuestro proyecto: «siempre audaces.»

En seguida dió un papel al doctor, escrito en cifras. Eran las instrucciones que debia seguir en Puebla para propagar el espíritu de la asociacion.

En la tarde de ese dia, cuando el doctor y Jorge pasaban frente á los balcones de Elena, dijo el segundo:

—¡Mirad qué bella es!

—Como un ángel; pero no sé por qué presentimiento, creo que el tesoro se quedará sin el millon de esa niña. El hermano de Elena puede no morir....

—Entonces solo tendrá quinientos mil pesos.

—Quién sabe.....

—¡Oh! los tendrá, exclamó Jorge con indecible resolucion, moviendo su magnífica cabeza de pirata.

—¡Qué hombre tan hermoso! murmuró en su balcon Elena.

CAPÍTULO VIII.

SIEMPRE AUDACES.

Llegó el dia del baile de la Lonja y Jorge se dispuso á ir á él, seguro de que á su debido tiempo estaria en la Alameda, cortando de una manera inesperada para los dos amantes, sus amorosos coloquios.

El general no fué al baile hasta muy entrada la noche, pues se habia quedado en su cuarto del hotel arreglando unos papeles, disponiendo sus armas, como él decia, para hacer su entrada en el abismo. Así es que no vió llegar á Paulina, que fué á sentarse en el lugar mas sombrío del salon, para poder parecer bella desde la penumbra, y á la que se notaba cierta satisfaccion interior, cosa que los amigos de la casa atribuian á la ausencia de Elena, á quien su madre no podia tolerar en un baile ó concurrencia cualquiera, en donde inmediatamente tomaba todo su ascendiente la extraña belleza de Elena, eclipsando del todo el dudoso brillo de la antigua hermosura de la viuda de Casas.

Manuel, que enamoraba á todas las muchachas, cosa que, aunque parezca mentira, no disgustaba á ninguna de ellas, se lanzó al baile con una alegría loca. Acababa de llegar el general Rogerio, cuando entró un mozo de servicio y dijo á Jorge que una persona le esperaba en los corredores, y este salió precipitadamente, y á poco volvió para anunciar al general que Cárlos y Elena estaban ya en la red.

El general bailó un wals con Rosario y le regaló un lindo juguete de sándalo, en el que estaba esculpido un ídolo del Indostan. Rosario conservó un agradable recuerdo del general.

Jorge habia tomado todas sus medidas; así es que, como hemos visto en el primer capítulo, todo salió á medida de su deseo. El general, que ya no quiso permanecer en el baile, le acompañó en su cupé hasta el hotel de Iturbide. El oficial de Cazadores de Africa, Edgardo, habia puesto á disposicion de Jorge algunos gendarmes para que vigilasen las calles próximas á la Alameda y estuviesen dispuestos á cualquier evento; á todos ellos se les habia dado esta contraseña: *siempre audaces*, y tenian órden de ejecutar cuanto les mandase el que se presentara con ella.

Así fué como el gendarme que halló Jorge en la plazuela de Morelos, se apresuró á ir en busca de una ronda de policía, diciendo al gefe de ella que en la mayoría de plaza francesa habia noticia de que varias personas habian entrado en la Alameda á poco menos de la media noche. El gendarme tenia órden de no introducir la patrulla en el bosque hasta que no oyera tres disparos de pistola.

Ya hemos visto que todo sucedió así, que como Jorge habia previsto, al oir las detonaciones huiria Cárlos, figurándose que se trataba de asesinarlo, y oyendo silbar balas que no existian, porque el revólver de Jorge solo tenia carga de pólvora: sabemos ya cómo estos tres tiros despertaron á muchos vecinos de la Alameda; cómo para mejor servir á los planes de Jorge, varios jóvenes que venian por las calles de San Francisco y que salian del baile, al ver correr una patrulla de policía y al escuchar á lo lejos los disparos de Jorge, quisieron saber lo que sucedia; cómo, en fin, uno de ellos al reconocer á Elena, corrió á avisar á Manuel, el cual vino, ebrio de furor, á completar el escándalo que Jorge se empeñaba en dar, para obtener así la mano de Elena.

Como el doctor Javier habia pensado, en el duelo que tuvo lugar entre Jorge y el hermano de Elena, no solo no murió este, sino que al contrario, puso muy mal trecho á nuestro audaz galan, el cual hizo

Digitized by Google

sonreir al general cuando al tiempo de caer, con una tremenda estocada en el pecho, y antes de perder el sentido, murmuró: «un millon menos.» La herida de Jorge fué muy grave, como casi todas las que hacen los espadachines novicios, pero no mortal. Su primer idea, despues de volver de su desvanecimiento, fué la de encargar al general y á otro amigo que pertenecia á la asociacion, el ir á casa de Doña Paulina para pedirle solemnemente la mano de su hija.

El general oyó por primera vez entonces el nombre de la madre de Elena, y á pesar de que al otro amigo le parecia altamente inoportuna la peticion de Jorge, insistió en ir inmediatamente y con tal ahinco, que su compañero no pudo ya resistirse. Fueron, pues, y ya tenemos visto el incidente que sobrevino. Dejaremos todavía á la tia Rosita escuchando el diálogo de su cuñada con Rogerio, pues que nosotros para comprenderlo mejor tenemos que recoger algunas páginas del pasado de Doña Paulina Flor de Casas y del general Rogerio.

CAPÍTULO IX.

LOS TOURISTAS.

Todos saben que en el invierno una gran parte de la alta sociedad europea busca los refrigerantes climas del Sur, y que la Italia y la España abundan por entonces en viajeros distinguidos.

A la capital del reino de las dos Sicilias acababa de llegar la corte del gran duque de Hesse, Luis III, que viajaba con el objeto de restablecer su salud, un tanto quebrantada.

Los reyes de Nápoles, que pensaban ofrecer á su huésped toda clase de diversiones, dispusieron una gran correría por los alrededores de su bella capital, la que habia de terminar en Pompeya, la ciudad exhumada de entre las cenizas del Vesubio.

Fué una tarde tibia y perfumada la del 7 de Febrero de 1852, en Nápoles, dia fijado para la mencionada expedicion.

Los obreros ocupados en las escavaciones vieron con sorpresa y como á eso de las tres de la tarde, una numerosa y pintoresca caravana entrar en las ruinas por la calle de las Tumbas, al fin de la cual se detuvo, apeándose de los carruajes y de los caballos una abigarrada muchedumbre de los dos sexos, y entre la cual habia algunos personajes que conocen ya nuestros lectores.

De una de las berlinas que llevaban en la portezuela las armas reales de Nápoles, descendió una pareja compuesta de un hombre encorvado, mas por la enfermedad que por los años, cuyo semblante, profundamente melancólico y afeado por frecuentes contracciones nerviosas, revelaba una inquietud perenne, y de una mujer en extremo bella, pero con una de esas bellezas sensuales que provocan las miradas y las intenciones impuras.

Eran D. Manuel de Casas y su esposa.

Hacia algun tiempo que los dos esposos viajaban por toda la Europa, consultando á los médicos mas célebres del mundo acerca de la enfermedad de D. Manuel, sin obtener resultado de importancia.

La escandalosa belleza de Doña Paulina atraia en torno de ellos una nube de galanes y de personas del gran tono, que en las barbas de D. Manuel cometian locuras por su esposa.

D. Manuel de Casas era un hombre excelente; en otro tiempo habia sido muy enérgico, y gracias á eso, habia logrado conservar su inmensa fortuna intacta en medio del oleaje revolucionario de su país.

Ya habia dejado de ser jóven, cuando en una de sus visitas al Interior conoció á Doña Paulina. Desde el punto que la vió resolvióse á contraer matrimonio con ella: inútiles fueron los ruegos de su hermana Rosa, á quien tanto queria; inútiles las indicaciones de sus amigos sobre la vida un tanto equívoca que hasta entonces habia llevado Doña Paulina; nada bastó para contrarestar la influencia que aquella mujer habia adquirido sobre el corazon del rico comerciante.

Era una mosca caida en la red de una araña. El destino de D. Manuel estaba decidido.

Inmediatamente despues de casado vino nuestro hombre á México, en donde la viuda empeñó toda su astucia en atraerse el corazon de Rosita. Pronto conoció que su cuñada le profesaba un odio implacable, y desde entonces se propuso imbuir en su marido la idea de irse á establecer á España, en donde tenia algunos parientes. Poco tardó en conseguirlo, y con gran pesar de Rosita, partieron los esposos llevándose á Elena, que tenia algunos meses de nacida.

Una vez en España, Doña Paulina se quitó la careta; su presencia en los círculos elegantes de Madrid fué todo un acontecimiento. Los saraos, las fiestas, las aventuras galantes se sucedian vertiginosamente, y el pobre D. Manuel, que quiso de pronto afrontar con todo lo que su esposa llamaba *exigencias sociales*, quedó muy luego vencido en la lucha, y en las noches en que su esposa recibia en sus espléndidos salones ó se disponia á marchar á alguna fiesta, cosas que sucedian todos los dias, el bueno de D. Manuel de Casas subia de su despacho, entraba al vestidor de su mujer y permanecia largo rato en éxtasis, mientras Doña Paulina rodeaba su magnífica belleza de una nube de gasas y diamantes. Cuando habia acabado de vestirse la encantadora sirena, le daba un helado beso y le prometia con su encantadora sonrisa venir en la noche. D. Manuel, devorado por el amor y el insomnio, esperaba hasta el amanecer y echábase á llorar como un niño.

En la mañana, cuando bajaba á su escritorio, veia entrar por el jardin el carruaje de su esposa, indefectiblemente seguido de otro, llevando en la portezuela un complicado blason, lo que indicaba que pertenecia á un grande de España, ó tirado por un tronco de soberbios caballos ingleses, lo cual queria decir que el dueño era un millonario.

Digitized by Google

Nuestros lectores se preguntarán cómo es que D. Manuel (á quien su mujer habia obligado á comprarse un título de marqués), cómo es, deciamos, que no tomaba alguna providencia para cubrir el honor de su nombre.

El rico negociante, como casi todos los hombres dominados por una mujer mala, habia adquirido una penosísima enfermedad en la médula espinal, y como consecuencia de ella, una debilidad incurable en el alma, especie de pereza mental que le impedia pensar en lo que á su derredor pasaba.

Llegó, sin embargo, un dia en que recibió un anónimo, insultante en sumo grado, y en el que se le decia que su esposa era la manceba de un grande de España.

D. Manuel sintió un dolor espantoso en el corazon, tomó una pistola, la escondió bajo su paltó y se dirigió á las habitaciones de su esposa. Por la primera vez de su vida entraba en aquellos aposentos, á pesar de que las criadas querian impedirle el paso, pretextando que su señora dormia aún.

Aunque temblando interiormente, abrió la mampara que cerraba el dormitorio de su mujer. Esta estaba tendida sobre un suntuoso lecho levantado apenas una media vara sobre el suelo. Junto del lecho, sobre la mesa de noche, una verdadera joya de ébano y de mármol, ardia en un quinqué una lámpara que lanzaba dulcísimos reflejos al través de su bomba de alabastro: ademas del quinqué habia sobre el mármol lo que se llama *un vaso de agua*, de plata sobredorada, y en cada una de cuyas piezas, primorosamente esculpidas, estaban grabadas las iniciales de Froment-Meurice, el moderno Cellini.

Lo primero que hizo D. Manuel fué dar vuelta á la llave de la lámpara, que arrojó al momento un vivísimo resplandor; la durmiente se esperezó un tanto, pero no abrió los ojos.

D. Manuel miraba.

De entre las sábanas de batista que se plegaban cariñosamente sobre sus formas, salia casi por completo el busto blanquísimo de Doña Paulina. Su gracioso peinado de noche parecia un turbante de seda negro puesto sobre la frente de una griega, la sombra de sus largas pestañas se proyectaba suave y azulada sobre sus tersas mejillas, y los labios un tanto entreabiertos dejaban percibir las purísimas perlas de su dentadura. Algunos rizos desprendidos de su tocado caian sobre su seno, de una riqueza de formas imposible de describir, y que se veia por entre las blondas y los encajes de su camisa, cerrada en torno del cuello por un pequeño boton de oro.

Un poeta habria creido á aquella mujer una hada sorprendida por la luz mientras se entregaba á los ensueños amorosos que hacian palpitar levemente las redondas curvas de su pecho; un pintor, Ingres, habria dejado de pintar sus odaliscas..... D. Manuel, apoyado en la pared del aposento, lloraba silenciosamente.

Al fin, y como haciendo un violento esfuerzo, pronunció el nombre de su mujer, con tan rara entonacion, que mas que otra cosa parecia un grito de agonía. Doña Paulina se incorporó, pálida de terror, sobre su lecho, y al ver á su esposo dijo glacialmente:—¡Ah! ¿eres tú? y se reclinó de nuevo en sus almohadas.

Aquellas palabras fueron á herir el corazon de D. Manuel, que dijo con acento entre colérico y sarcástico:

—No esperábais que fuera vuestro marido el que os viniese á visitar á estas horas, ¿no es eso?

Doña Paulina, sin moverse, dirigió hácia él sus dos ojos cargados de sueño aún, y despues de una pequeña pausa exclamó:

—Hazme el favor de salir; voy á vestirme.

—No, señora, yo no saldré de aquí mientras no me deis cuenta.....

—¡Ah! es el banquero á quien tengo el honor de hablar; pues bien, allí en la chimenea están las llaves de mi guarda-ropa; allí en unas cajas encontrarás algunos millares de pesos en pedrería; es muy justo que empieces á recobrar tu dinero. Vé y déjame dormir.

—Bien sabes, Paulina, exclamó D. Manuel con acento opaco y concentrado, que jamas te he negado nada de lo que me has pedido, aun cuando muchas veces mi crédito haya quedado empeñado para satisfacer tus locuras; pero eso no importa; era para mí muy grato cualquier sacrificio cuando de tu bienestar se trataba.

—Pues entonces..... no comprendo.....

—Lee este papel, Paulina; y D. Manuel alargó á su esposa, todo arrugado y húmedo, el anónimo que acababa de recibir.

—¡Bah! y te has atrevido á sospechar de mí: ¿un cobarde papelucho basta para que un marido crea una infame á su mujer?..... ¡Manuel, eres un miserable!

—Paulina, este anónimo dice la verdad, estoy convencido; esta carta infernal me explica una multitud de incidentes que habian pasado desapercibidos para mí: sí, tienes razon, Paulina, soy un miserable, porque lo que voy á corregir en este instante, hace mucho tiempo debia estar corregido. Hoy mismo saldrá vd. de mi casa para un asilo de correccion, y.....

—Me das lástima, Manuel; suponiendo que fuera cierta nuestra comun deshonra.....

—¡Oh!

—Déjame proseguir: suponiendo que ese anónimo dijera la verdad, permíteme decirte que te equivocas si crees reducirme á la desesperacion..... Mira esta carta.

Y Doña Paulina dió á su marido una carta que tenia un blason en el sello y que tomó de un cartero de seda colgado junto al lecho.

—Del duque de Med.....

—Lee, dijo Doña Paulima tranquilamente.

La carta decia así:

«Estoy desesperado, señora, estoy loco; responded á la súplica que os hago de rodillas: ¿qué que-

Digitized by Google

reis que haga para merecer vuestro amor? Exigidme un crímen, lo cometeré sin vacilar; uno y muchos, si al fin os encuentro á vos. Separaos de vuestro marido, é iremos á sepultar nuestra felicidad en un rincon del mundo; pero.....

—Esto es espantoso, gritó con voz febril D. Manuel, esto es espantoso.....

—Caballero, mandad ahora que me lleven á la casa de correccion..... procuraré interesar por mí á algun grande de España.....

Don Manuel no respondió; la lengua le pesaba como un mazo de plomo: por un momento sus ojos, abiertos desmesuradamente, lanzaron miradas llenas de atonía en derredor suyo. Su esposa con los ojos medio cerrados le veia sonriendo irónicamente. Esa situacion no podia durar mucho tiempo. Por fin, Don Manuel dejó caer el papel sobre la alfombra, sacó de debajo de su paltó el revólver de que iba provisto, y con una rapidez vertiginosa lo amartilló, se lo colocó en medio de la frente y tiró del gatillo.

Una ruidosa carcajada resonó al mismo tiempo. La pistola no estaba cargada, cosa que Don Manuel no habia podido prever en su precipitacion. Doña Paulina reia grandemente de la ocurrencia, y sin dejar de reirse llamaba á su servidumbre para que asistiera á su esposo, que yacia en el suelo, inmóbil como un cadáver.

Doña Paulina habia triunfado; aquella escena, que habia podido ser trágica, se desenlazaba con un sainete ridículo. Don Manuel al oir aquella risa, comprendió que despues de lo que habia pasado tenia que ser el esclavo de su mujer, que la cuestion de su honra quedaba francamente decidida, y vino á tierra como si la pistola le hubiese herido en realidad.

Doña Paulina, de acuerdo con los facultativos, decidió hacer un viaje á Italia para procurar la mejoría de Don Manuel, cuyas facultades mentales habian disminuido rápidamente.

La elegante dama dispuso sus cosas, y un mes despues ella y su esposo se embarcaban en Barcelona para Génova, despues de haber dejado encargada á una anciana la guarda de Elena, que aun era muy pequeña.

La sociedad madrileña no pudo reponerse en mucho tiempo del vacío que dejaba en ella la preciosa criolla.

El viaje fué muy agradable para Doña Paulina. Despues de recorrer toda la alta Italia, paseando su hermosura por Turin, que le pareció muy pretensiosa, por Milan, que le pareció una bellísima cartuja, y por la encantada Venecia, en donde extrañó mucho aquellos tiempos en que *los Diez* y el amor reinaban en la perla del Adriático, dirigióse á Florencia y á Roma. En esta última ciudad y en un convite con que la embajada francesa obsequió á los duques de Hesse, Doña Paulina obtuvo un verdadero triunfo. Una nube de adoradores seguia por doquiera á la linda mexicana, y uno de los príncipes de la casa real de Nápoles obtuvo de ella, como un favor especial, la promesa de ir á pasar el fin del invierno á la antigua Parténope.

Y fué tan galante el príncipe, que el dia en que los periódicos anunciaron la llegada á Nápoles de la señora de Casas, anunciaron tambien que S. M. la reina se habia dignado nombrar á su bella huésped su dama de honor.

Esta muestra del real favor y la fama de que venia precedida Doña Paulina, hicieron de su llegada un verdadero acontecimieuto en la corte de las dos Sicilias.

La criolla, que era una excelente cómica, no se presentó en los salones del palacio real sino cuando habian pasado ocho dias de su llegada. En el intervalo solo habia sido recibida por SS. MM. en audiencia privada. Esto era mas que suficiente para despertar en sumo grado la curiosidad de los napolitanos de ambos sexos, y no nos equivocariamos si dijéramos que antes de conocerla ya se ocupaban de la extranjera hasta los *lazzaroni* de Chiaja.

Doña Paulina fué presentada por la reina á la corte el mismo dia en que esta se disponia para recibir á los duques de Hesse. Una temporada de fiestas se abrió para Nápoles y sus nobles huéspedes; fiestas en las que Doña Paulina se atrajo todos los obsequios y todos los corazones, pudiendo escribir á sus adoradores de Madrid lo que César escribia desde el Ponto al senado romano: Llegué, miré, triunfé.

Dejemos un momento á la señora de Casas llevar á su achacoso cónyuge por entre las ruinas de Pompeya, seguida, como siempre, de cuatro ó cinco *touristas*, y digamos algunas palabras de dos de los otros viajeros.

Uno de ellos era el conde Rogerio de Schauenbourg; el otro era una niña angelical, la princesa Amelia, que venia desde Alemania en compañía de sus primos los duques de Hesse, y á quien estaba unido por promesas esponsalicias el general Rogerio.

Amelia no era aún una mujer; era una niña. Sus formas dibujábanse indecisas bajo los pliegues de su lindo trage azul. Nada mas dulce y melancólico que el aspecto de la noble alemana. A mí toda mujer jóven me recuerda una flor; la compatriota de Goëthe era una trinitaria. Dulce, humilde y pensativa como esa flor de los campos era aquella bella criatura, que parecia á cada momento desprenderse del suelo para volar á otras regiones, y que tenia en la tierra esa nostalgia del cielo que con tan infinita melancolía nos ha descrito Lamartine en su precioso poema «Rafael,» y que tan dulcemente comprendió Ari Schöeffer cuando pintó su *Mignon regrettant la patrie.*

Amelia era muy alta y airosa, como las góticas agujas de los templos alemanes; su tez era blanca como la nieve del Young-Frau, y las miradas de sus ojos azules parecian los reflejos de una lámpara de oro.

Esa niña era una alma: cuando á la caida de la tarde se sentaba en el mirador de su palacio napo-

Digitized by Google

litano, fijando sus lánguidas miradas en el mar, hubiera podido tomársela por un ángel deteniendo su vuelo para contemplar el maravilloso panorama de la ciudad italiana.

Y aquella alma amaba.

Nosotros somos desgraciados; desgraciados porque desde el momento en que se abrió en nuestro corazon esa flor que guarda un mundo entre su cáliz, esa flor misteriosa que se llama el amor, sentimos que algo de puro y virginal se desprendia de ella y se perdia en lo desconocido. Perfume bendito de aquella flor del cielo. Y desde que ese *algo* inmaculado ha huido de nuestro corazon, el amor prende sus raíces en todas las pasiones, absorbe su savia en todos los sentidos.

Hé aquí por qué dudamos siempre del amor puro: si alguna vez hemos hallado en nuestro camino una de esas mujeres que aman mirando al cielo, para quienes la voz de los sentidos se pierde en el himno del corazon, entonces hemos creido, entonces nos hemos arrodillado. Pero á poco de haber pasado la vision celeste, la duda vuelve.

Así el viajero que en erial desierto peregrina, apaga su sed en las aguas purísimas que corren á la sombra de las palmeras en el *oasis*, y algun tiempo despues de proseguir su camino, viene la sed mas intensa, mas ardiente, á secar sus labios y á quemar sus fauces.

Nosotros nos hubiéramos arrodillado delante de Amelia.

Aquella niña, educada en la admiracion de los nobles y terribles caballeros de Schiller, en esa vieja Germania en que cada uno tiene un mundo aparte, en que hombres y mujeres todos llevan una vision en el cerebro, un ideal en el alma; en ese país de la fantasía, que podia formar con sus leyendas un libro inmenso, que mojaria sus páginas maravillosas en el Rhin y en el Danubio; aquella niña habia creido encontrar la encarnacion de su ideal en un hombre.

Apenas tenia quince años cuando de tránsito en Wiessbaden, durante la estacion de los baños, conoció á Rogerio, cuyo nombre, unido al de mil hechos heróicos, corria de boca en boca, á quien la *Gaceta* de Augsbourg habia llamado en esos dias el caballero de los reyes y el rey de los caballeros, y el cual llevaba al cinto una espada, regalo de Pio IX, y en cuya hoja el Santo Padre habia hecho grabar esta inscripcion: *La cruz en la mano, la punta en el corazon de la impiedad.*

Si agregamos á esto el rumor que corria de que el héroe en cuestion habia decidido contraer matrimonio con una princesa alemana, podrán figurarse nuestros lectores la solicitud con que Rogerio era acogido por la alta aristocracia en Wiessbaden.

Amelia fué la única que permaneció impasible en medio de la agitacion de todas aquellas ilustres herederas, que tendian inocentemente sus redes para apresar al noble conde. Y sin embargo, si no hubiesen estado tan preocupadas las damas alemanas, habrian podido notar la extraña expresion de los ojos de la princesa cuando se fijaban en Rogerio; habrian podido notar, cuando en pintoresca caravana se dirigian por las mañanas al lugar de los baños, la huella de recientes lágrimas en las mejillas de la niña, y muy poca viveza se necesitaba para concluir, en vista de aquellas señales, que la tímida jóven estaba locamente enamorada del general.

Así era en efecto. Desde que Amelia percibió á Rogerio, sintió que su corazon se dilataba á impulsos de un sentimiento desconocido. Con todo, poco tardó la interesante niña en darse cuenta de aquella repentina sensacion.

—«Yo le amo, decia la bella soñadora, yo le amo con toda mi alma, y le amo desde hace mucho tiempo. Víle por vez primera en aquellos bosques holandeses en que mi aya me dejó perdida una ocasion. Acercábase la noche, y yo habia cesado de llorar por temor de llamar hácia mí la atencion de los lobos que vagaban por la selva. Dios sabe lo que hubiera sido de mí en medio de la espantosa soledad en que yacia, acurrucada al pié de un árbol y transida de frio y de pavor, cuando por una vereda perdida en la espesura, acercóse hasta mí un gentil caballero, que me tomó la mano, y sin decir nada me condujo hasta las afueras del bosque, en donde despues de darme un beso en la frente, me confió á unos buenos labriegos que me condujeron al palacio.

«Otra vez cruzábamos el Rhin cerca de Colonia. El *steamer* cortaba la corriente con gran rapidez. Todos los pasajeros estábamos sobre el puente contemplando las riberas encantadas de aquel rio, en cuyos bordes están escritas en páginas de piedra las páginas mas poéticas de la historia legendaria de nuestra Alemania. Apoyado en la barandilla de popa habia un niño que miraba con mucha atencion la triple estela que dejaban en el agua la quilla y las dos ruedas del *steamer*. La madre del chicuelo leia una carta, sentada al lado de su hijo. Un grito en que se mezclaba una angustia suprema, resonó de improviso. El niño, que padecia ataques epilépticos, se habia escapado de los brazos de su madre y caido en el rio. El vapor marchaba rápidamente, y todos pudimos ver, acercándonos á la popa, que á algunos metros de distancia el desgraciado niño se debatia horriblemente en la ancha cauda de espuma que se tendia sobre las olas.

—«Caballeros, mi hijo, mi hijo, por piedad! gritaba la infeliz madre con horrible desesperacion.

«El maquinista hacia esfuerzos por detener la maquinaria; el niño sacaba apenas los bracitos fuera del agua, como implorando auxilio. Hubo un momento de estupor. Todos vacilaban, cuando un grito de admiracion se escapó de todos los pechos. Un hombre se habia arrojado al agua, y nadaba con una calma y una impasibilidad asombrosas hácia el cuerpecillo del infante. La fuerza de la corriente era espantosa, el chicuelo se alejaba cada vez mas; pero el hombre nadaba, nadaba. A bordo del buque no se oia ni la respiracion de los espectadores; solo las

Digitized by Google

oraciones precipitadas de la afligida mujer interrumpian aquel solemne silencio. Los marineros encaramados en los obenques, fueron los primeros en interrumpirle; pocos momentos despues solo se oia en el buque;—«Ya se acerca.»—«Una brazada mas.» —«Ya se hunde.»—«Ahora.»—«¡Hurrah!» El nadador volvia tranquilamente, trayendo al niño entre sus brazos. Tuvimos que contener á la pobre madre, que sentia ímpetus de arrojarse á las olas. Yo tambien lloraba y daba gracias al Señor por haber protegido la vida á aquellos dos séres.

«Un minuto despues, el inesperado salvador aparecia sobre cubierta chorreando agua, y despues de depositar al niño sobre el regazo maternal, se dirigió á mí y me pidió la mano para besarla. Alarguésela yo temblando de emocion. Aquel hombre era mi caballero del bosque.»

Amelia, como se ve, padecia esa extraña enfermedad, tan comun en Alemania, y que se me permitirá llamar *visionarismo*. Aquel caballero existia solo en su imaginacion, y por mas que ella juraba que no era otro que Rogerio, este podia á su vez asegurar que en su vida habíanse recreado sus ojos con la vista de la angelical princesa.

Entretanto, sucedia que lo que las damas que estacionaban en Wiessbaden no habian notado, los elegantes que las acompañaban y á quienes mortificaba extraordinariamente el poco caso que esas señoras hacian de ellos desde la llegada de Rogerio, pudieron en cambio notar con toda comodidad la trasformacion que se operaba en la linda heredera.

No faltó, por supuesto, quien diera parte de su observacion á Rogerio, quien fijándose entonces en la niña y encontrándola bella y buena, decidió tomarla por esposa, multiplicando al efecto sus asiduidades para con ella, hasta tal grado, que al acabar la temporada de baños, Rogerio pidió formalmente la mano de la princesa á su tia, la madre del duque de Hesse, la cual se la concedió de muy buen grado. Como por ese tiempo el duque reinante se preparaba á hacer, durante el invierno, un viaje á Italia, se convino en que Rogerio podia acompañar á la princesa durante el viaje, y que á la vuelta de él los duques pasarian por Paris, en donde se verificaria el matrimonio, del que la duquesa de Hesse y el emperador Napoleon serian testigos.

Ya hemos visto cómo en aquel viaje habian llegado á Nápoles, y cómo reunidos á Doña Paulina de Casas y su marido, se hallaban en Pompeya los jóvenes desposados.

CAPÍTULO X.

EN POMPEYA.

La noche sorprendió á los viajeros visitando las ruinas.

Las mujeres tuvieron miedo de seguir paseando por aquella necrópolis inmensa, y poco á poco se fueron formando grandes grupos.

Dejemos á varios de ellos dirigirse al hotel de Diómedes, situado en un extremo de la ciudad, á otros abrir sus tiendas en la via de las Tumbas, que no parece sino una calle de Palmira invadida por una tribu de beduinos. Varias personas de la comitiva del gran duque y de los príncipes de Nápoles penetraron en una elegante casa situada en la calle de la Fortuna, y en donde se les habia preparado un refrigerio y lechos para pasar la noche.

Entre la comitiva iban Amelia y Rogerio, la señora de Casas y su marido.

La servidumbre dispuso algunas tiendas en el atrio y en derredor del *impluvium*, especie de aljibe cuadrado, situado en medio de esas pequeñas salas públicas que precedian á las casas romanas. En el fondo del atrio, en la parte que llamaban *tablinum*, se dispuso la cena sobre una elegante mesa primorosamente trabajada y descubierta tambien recientemente. El director de las escavaciones habia escogido aquella pieza central para preparar una sala de reposo á sus ilustres huéspedes, porque aunque habria sido mas propio recibirlos en las *exedræ*, que tenian precisamente ese objeto, desde ellas no podia disfrutarse del panorama encantador que se descubria desde el fondo del atrio, que por estar destruidas las alas y el vestíbulo, se abria hácia el exterior.

De un lado, detrás de las columnas del Foro, que levantaban de trecho en trecho sus cilindros de mármol esbeltos y solos, se extendian como una gran sombra los viñedos magníficos que producen el suave *lacrima cristi*, y que han ido á tender sus racimos de topacio hasta sobre las lavas del volcan. La luna, esa inmensa ruina de los cielos, mostrábase en el azul purísimo del firmamento como una patena de oro llevada por invisibles genios. Sabido es que el astro de la noche da á las ciudades el aspecto de inmensos cementerios. ¡Qué efecto produciria el sudario blanco de la luna cayendo sobre la mortaja negra que durante diez y ocho siglos ha envuelto á Pompeya! En frente de la casa se levantaba gigantesca, amenazadora, sombría, la mole del Vesubio, de cuya cima se desprendian constantemente relámpagos rojizos, como si fueran las miradas de ese dragon que llegó un dia á enamorarse de la reina de la Campania hasta matarla con sus caricias de fuego. El aspecto de esa esfinge de lava, causa de tanta desolacion, enfria la sangre en las venas. Ese inmenso penacho de humo negro, que se lanza del cráter y que vuela como la hidra de la fábula desarrollando por el cielo sus tenebrosos anillos, y azotando con su cola la inmensidad, trae á la memoria sobrecogida aquella noche fatal en que los pompeyanos que se divertian con las luchas de fieras en el anfiteatro, ó en impuras bacanales en las mancebías, se lanzaron á las calles locos de espanto, jadeando de terror, mientras las llamaradas volcánicas cuarteaban las tinieblas, sintiendo que la tierra, lanzando bramidos espantosos, se abria bajo sus piés, y los dioses, y las casas y los templos, venian al

Digitized by Google

suelo, y el *Evohé*, *Evohé*, de aquella ciudad que habia levantado altares al placer, se trasformaba en un grito de desesperacion y de dolor. Algunos huyeron, otros perecieron sepultados por la caliente ceniza, que cruzando el mar Interior llegó hasta el Africa, y del otro lado llovió sobre Roma, cuyos habitantes exclamaban: «El sol va á caer sobre la tierra para apagarse en ella.» Plinio el jóven, que estaba en Miseno, ignorando que en esos momentos perecia su tio en la erupcion, refugiado en el seno de su madre, dice que solo le quedaba el consuelo de que el universo entero perecia con él. Allí, en donde estaba el futuro amigo de Tácito y de Trajano, no se escuchaba sino un clamoreo horrible formado con los gritos de los hombres, de los niños, de las mujeres, llamándose, buscándose, sin poder reconocerse sino por la voz, en medio de aquella noche pavorosa, invocando la muerte y estallando en gemidos y en gritos de angustia, pues creian que era aquella la noche eterna en que los hombres y los dioses iban á aniquilarse. Dos dias despues, cuando el sol apareció en el cielo, pero pálido como en un eclipse, Pompeya, Herculano y Staviæ habian pasado por su último dia; ni vestigios quedaban de las tres ciudades. Volvamos á nuestros viajeros, á quienes estos recuerdos aterrorizaban, y que separaban la vista del Vesubio para fijarla en otra direccion. Por entre los muros de las casas, por entre esas columnatas que ya no sostienen nada, esos templos abiertos por todos lados, sin fronton ni pórtico, y entre los cuales parece vagar llorando el genio de las ruinas; por entre aquellas habitaciones, en cada una de las cuales hubo un episodio desgarrador, y que tienen el aspecto de desolacion y de desnudez de los edificios al dia siguiente de un incendio, se descubria detrás de los campos y de los jardines, el golfo azul y cuajado de plata, en derredor del cual dormian Nápoles, Sorrento y Castellamare, como una guirnalda de rosas blancas puesta al borde de una taza de zafiro.

Los viajeros contemplaban aquel delicioso espectáculo desde el lugar en donde debió estar situado el vestíbulo y las alas, en medio de un elocuente silencio, del que al fin vino á sacarlos el anuncio de que la mesa estaba servida.

La colacion se habia dispuesto de una manera original. El *tablinum* habia sido cubierto á la altura del techo por una cortina azul, hecha á imitacion de los *velarium* de los teatros latinos. El pavimento, formado de mosaicos y losas de mármol, habia sido perfectamente lavado y abrillantado; las paredes amarillas con rayas rojas, blancas y negras, presentaban figuras flotantes, cabras, esfinges, grupos de vasos agradablemente dispuestos y dos frescos sobre fondo rojo, representando uno una procesion de sátiros y de vacantes, y el otro una Leda mostrando á Tíndaro los recien nacidos del huevo. Las entradas de los dos pasadizos (*fauces*) que conducian al peristilo, estaban cubiertas con tapices que formaban ondas caprichosas, por cuyo contorno corrian grecas de oro; en derredor de la mesa habia hasta ocho triclinios de naranjo incrustados de marfil, y magníficos jarrones etruscos traidos de Nápoles y henchidos de plantas y de flores; dos enormes candelabros traidos tambien del que era entonces Museo Borbónico, iluminaban la estancia: en el fondo de ella habia un gran armario esculpido, en el cual estaban colocados con un órden admirable, vasos, copas y diversos utensilios de metal, todo primorosamente labrado. Ostentábase frente á la mesa y sobre un lindo pedestal de onix, una estatua en bronce, estudiada *con amor*, como dicen los artistas, y que por lo afeminado de sus formas y la posicion que guardaba, debia ser Narciso escuchando á la ninfa Eco. A los lados de la escultura, en dos braserillos de bronce, consumíanse exquisitos perfumes, y en los ángulos del *tablinum* ardian cuatro lámparas sobre altas y elegantísimas varillas fijadas en zócalos de fierro, entre cuyos cuatro apoyos, que eran otras tantas garras de águila, corria un feston maravillosamente trabajado.

Solo faltaban los esclavos trayendo coronas á sus dueños con sus largos zarcillos y su media túnica recogida en la cintura con una faja de lana, y las esclavas cubriendo las encantadoras formas con la mas blanca tela de Egipto, sobre la cual caia el vistoso *peplum* ricamente bordado, y retenido sobre los hombros por broches de plata. Amelia y la mujer del gran duque, que se habia reunido á su comitiva, se opusieron formalmente á este lujo de imitacion. Doña Paulina se contentó con sonreir.

Sirviéronse los manjares y corrió el vino. Rogerio y la de Casas no cesaban de mirarse, pues estaban colocados uno enfrente de otro. Advertimos que las otras señoras habian manifestado que era indecente comer en los triclinios, y los triclinios habian desaparecido.

Cuando llegaron los postres, Rogerio atraia á sí toda la atencion. Amelia lo escuchaba con los ojos bajos; Doña Paulina fijaba en él sus miradas preñadas de llamas. Rogerio, fascinado por aquella mujer, apenas pretendia disimular la impresion que sobre él habia producido. Sus ojos se encontraban sin cesar con los de la mexicana, y entonces se cambiaban una de esas largas y eléctricas miradas que producen una sensacion tan parecida á la de un beso en la boca.

Esto no impedia al novio de Amelia continuar la narracion que interesaba tanto á sus oyentes y que era relativa á su primera visita á Pompeya. Hagámosla conocer de nuestros lectores.

—Hace dos años, decia, cuando despues de mi expedicion de Hungría visité la Italia meridional, presenciaba yo, no lejos de esta casa, unas escavaciones que el cardenal Bernardi, entonces confesor del rey, habia ordenado hacer en mi presencia. Un dia entero, sentado sobre uno de los postes que habia en las esquinas de esta poblacion, seguí, con el interes que vdes. pueden figurarse, el trabajo lento de los operarios, que con cada puñado de tierra que

Digitized by Google

arrancaban, ponian á descubierto un giron de la pequeña ciudad, que los *lapilli* del Vesubio habian convertido en un tesoro para nosotros. Ya iban á suspenderse aquellas curiosas tareas por la proximidad de la noche, y hasta entonces ningun descubrimiento extraordinario nos habia sorprendido, cuando la mujer de uno de los obreros lanzó una exclamacion de sorpresa. Habia descubierto la extremidad de una mano por entre un espacio vacío. Fiorelli,[1] que era entonces director de las escavaciones, acudió al instante, y al ver aquellos vestigios tuvo una idea luminosa. Hizo desleir algunas libras de yeso en agua, y esta composicion fué vertida por el agujero en donde habian aparecido los huesos; despues se levantó con cuidado la capa de piedra pómez y ceniza que ocultaba aquella cosa que iba á descubrirse, y apareció ante nuestros ojos asombrados un cadáver conservado por el Vesubio en ese sudario de ceniza que reproduce los vestidos y la carne, casi la vida. Nunca habia visto una cosa igual: una ocasion en Thebas, sobre esa inmensa terraza de ladrillos en que se levanta, haciendo frente al Nilo, el templo de Ammon Chnouphis, construccion colosal, á la que lleva una avenida bordada de cuatrocientas esfinges enormes, y cada una de cuyas salas, sostenidas por ciento treinta columnas, podria contener cómodamente una catedral de la edad média; una ocasion, digo, tuve el placer de descubrir en una de las catacumbas vecinas del templo, una mómia; pero no tenia comparacion con el cadáver descubierto aquí: las mómias egipcias están desnudas, son negras, horribles; no tienen nada de comun con nosotros; están dispuestas para el reposo eterno en una actitud consagrada: la Pompeyana que ví entonces, era un sér humano que acababa de morir.

Con todo, y á pesar de que no tengo fama de cobarde, el efecto que produjo sobre mí no podia compararse con el que sobre el resto de los circunstantes produjo aquel cadáver de diez y ocho siglos.

Siempre que he visitado ciertas ruinas de la antigüedad romana, una preocupacion singular se apodera de mí. Paréceme que visito antiguos compañeros, se me figura que evoco recuerdos, y á mis labios vienen involuntariamente esas palabras de alegría con que saluda el proscrito de muchos años los lugares en donde vió la luz.

—A mí me sucede lo mismo, interrumpió Amelia, sobre todo cuando leo ó escucho contar á mi vieja aya, en nuestro palacio de Darmstadt, esas leyendas de damas y de caballeros, de duendes y de sepulcros; me parece que yo tambien viví en aquel tiempo, y cuando despues de oir aquellas consejas, allá en la mitad de la noche, levantaba las persianas de mis balcones, me parecia escuchar el galope de un corcel trayendo desde la tumba á un caballero buscando á su amada, que hacia seis siglos no veia junto á sí.

1 Este habilísimo arqueólogo, que ha sido varias veces director de las escavaciones, y que fué perseguido como liberal por los Borbones de Nápoles, ha sido restituido en su empleo por Víctor Manuel, y á él se deben los maravillosos adelantos que de ocho años acá se notan en Pompeya.

—Siempre tuviste de esas locuras, Amelia. Idéntica cosa fué tu madre, prorumpió la gran duquesa. Ella y yo éramos dos hermanas muy diferentes; ella siempre triste, y yo siempre alegre. ¿No le parece á vd., señora de Casas, que el cielo me habia proporcionado el mejor lote?

—¡Quién sabe, señora! Hay personas á quienes agradan mas los cielos nublados del otoño, que los espléndidamente azules del verano.

—¡Ah! sí, dijo Amelia; á mí me gustan mas los pinares y las nubes que coronan el Odenwald, que este Vesubio circundado de rocas de topacio y sin mas nube que el vapor negro que se exhala de su cráter.

—Sois una loca, Amelia, dijo el príncipe Luis; pero dejad á nuestro primo continuar su cuento. Decíais, Rogerio, que las ruinas de la antigüedad romana despertaban en vos ciertas reminiscencias....

—Precisamente; y lo que es en Amelia un simple efecto de la imaginacion, no es, en lo que á mí atañe, otra cosa que un fenómeno de la memoria. Esa extraña idea que me ha dominado en Roma y en otras partes en donde he contemplado las ruinas del imperio de los Césares, me dominaba absolutamente en Pompeya, de tal suerte, que conforme los escavadores descubrian los muros de aquella casa, mi corazon palpitaba como cuando asistí á la exhumacion de los restos de mi madre. La emocion que experimentaba crecia por grados, y nunca podré explicar lo que sentí á la vista del cadáver. Por una impulsion maquinal, lancéme sobre él, gritando, segun me dijeron luego: ¡Fulvia! Fulvia! Todos me creyeron loco, y despues de conducirme hácia fuera, continuaron impasibles sus investigaciones; solo Fiorelli, segun despues me dijo, quedó bastante desconcertado cuando encontró dos ó tres horas despues sobre las puertas en donde casi todos los propietarios pompeyanos grababan sus nombres, el de la dueña de la casa: se llamaba Fulvia.

Un movimiento de sorpresa agitó á los oyentes, y Doña Paulina se puso densamente pálida. Desde ese momento su mirada no se desprendió de Rogerio. Este continuó así:

—Gruesas lágrimas corrieron de mis ojos cuando el cuerpo de Fulvia apareció de nuevo á mi vista, delicadamente colocado sobre un triclinio en donde debia esperar el dia siguiente para ser conducida al museo Borbónico.

Sus vestidos desgarrados aquí y allí, dejaban ver sus desnudas carnes. Como la hija de Diómedes, habia levantado su túnica sobre la cabeza, porque habia tenido miedo. Aun existian intactas sus pequeñísimas sandalias, bordadas de hilo de plata. Habia caido con el rostro en tierra, y no pudiendo ya levantarse, habia apoyado sobre uno de sus brazos su cabeza frágil y bella. Era un espectáculo que conmovia profundamente.

Yo me recogí esa noche muy triste en una de mis tiendas, colocada no lejos del lugar en que estamos.

Digitized by Google

A las dos de la mañana abandoné mi lecho; el insomnio me hacia ver horribles fantasmas. El silencio mas solemne envolvia esta ciudad-sepulcro. Insensiblemente fuí guiando mis pasos por el sendero que dirigia á la casa de Fulvia, y tal era mi enajenacion, que casi no me sorprendí cuando ví de pié en el umbral á una mujer cubierta con un gran manto blanco. Esa mujer era Fulvia. La sensacion que experimenté en el instante que estreché su mano, fué horriblemente penosa. Parecia que con una vara mágica me habia trocado en mármol. Esa sensacion pasó. Al tocar aquella mano, diez y ocho siglos se habian suprimido para mí. Pompeya entera resucitó á mi vista. Las casas recobraron sus techos, los balcones y las puertas se cerraron, en una taberna vecina resonaron las canciones obscenas de algunos gladiadores ébrios, y varias mujerzuelas ó paseantes en retardo, pasaban junto de mí diciendo: *Ave, peregrinus.* Sin duda mis vestidos me denunciaban como extranjero.

Yo no me andaba remiso en reponderles en su idioma, pues que cuando estudié el latin, mi maestro notó que lo aprendia yo con tal facilidad, que mas que otra cosa parecia que recobraba el uso de un idioma largo tiempo abandonado.

Fulvia me habia contemplado un instante con una mirada llena de pasion. Hízome al fin entrar por el elegante vestíbulo, y sin detenerse en el atrio ni en el *tablinum*, me condujo al peristilo, que era el gineceo de los romanos. En él habitaban las mujeres. Estaba rodeado de un pórtico de esbeltas columnas corintias, verdes y brillantes como si fueran de malaquita. En el pavimento del patio habia varios arriates cuajados de deliciosas plantas, y en medio un *amor* de mármol abria el pico de un ganso, de donde corria un grueso hilo de agua, que bajando por tres gradas de mármol, caia con un fresco murmurio en una gran concha rodeada de flores.

Frescos brillantes y pintados maravillosamente, proclamaban en las paredes el triunfo de la Naturaleza. El Baco *androgino*, llevando el tirso en la mano y coronada de pámpanos la cabeza, bacantes agitando el *cimballum*, tocando flautas y lanzando á los aires el sagrado *evohé;* el obeso Sileno, faunos, flores, pájaros, todo, en fin, cantaba el desbordamiento de la vida, el triunfo del amor. En el larario, sobre un zócalo de oro sostenido por los sagrados *phallus*, se ostentaba con su abultado pecho y sus divinas facciones, una imágen de la *Vénus phísica*, la Isis, que patrocinaba á los pompeyanos.

Nos sentamos en la *exedra* sobre un banco de bronce de Corinto incrustado de metales preciosos; una esclava vino silenciosamente y colocó á nuestros piés mullidos cojines de seda y una gran gasa ténue y perfumada. Despues de hecho esto, puso junto á mí una ánfora de la mas pura forma griega, llena de ese vino de Cos cantado por Horacio, y que preparaba con el mayor cuidado mezclándole agua de mar, que con el tiempo perdia su sabor salado, dejando al licor un gusto exquisito. En seguida, la bella esclava, que era una española, puso cerca de la ánfora dos vasos murrhinos traidos del reino de los partos, y que valian algunos de ellos hasta cuarenta mil pesos (diez mil aureos); apagó las lámparas dejando una sola encendida, atizó los braserillos de aromas, corrió las colgaduras de las puertas, dió á su ama un magnífico collar de ámbar para que se perfumara con él las manos, y despues de besarla en los brazos, se retiró tan silenciosamente como habia entrado.

Si en aquellos instantes un curioso hubiera querido espiar lo que pasaba por debajo de la mesa, habria visto entre los dos piés de Rogerio el lindo y diminuto pié de Doña Paulina.

El narrador prosiguió así, despues de una breve pausa:

—Fulvia estaba bellísima aquella noche. Las ricas crenchas de su cabellera perfumada con cinamomo, se recogian por detrás formando un elegantísimo lazo, sujetado por una pequeña cintura de diamantes. Habia dejado caer al suelo su estola blanca, y solo cubria su cuerpo el *palla*, formada de la mas costosa tela del Asia y sembrada por todas partes de palmas de oro, y bajo cuya orla inferior aparecia su primoroso pié calzado con borceguíes de escarlata bordados de argentería. En su seno medio desnudo y de una indecible blancura, dormian enredadas en un collar de perlas negras algunas sierpecillas privadas, que con su sangre glacial refrescaban el pecho de la bella pompeyana. Por entre anchísimas mangas salian sus dos brazos pulidos con piedra pómez, y sus delicadas manos, perfumadas sin cesar por el rosario de ámbar, mostraban en los dedos ligeros anillos de estío, siendo los de invierno demasiado pesados para las damas y los jóvenes, desde que empezaban los calores primaverales.

Yo me habia dejado conducir, mudo de asombro, por aquella niña de diez y ocho siglos. Empero, poco á poco mi admiracion iba cediendo á la influencia de mis recuerdos, avivados por el *color local* de todo lo que me rodeaba.

Cuando Fulvia enlazó sobre mi cuello sus dos brazos, antes helados por la muerte y entonces calientes de vida y juventud; cuando mi cabeza, humedecida aún por el rocío de la noche, se reclinó en su seno terso como la seda, púdica y ténuemente nacarado como si sobre él reflejase una lámpara al través de una colgadura de púrpura de Tiro; cuando su voz sonó en mis oidos como una de esas canciones gaditanas que en los termopolios de Roma cantaban las bayaderas acompañadas por la flauta tibicina, entonces volví á vivir con mi vida antigua, volví á sentir en el corazon la llama extinguida por una ausencia de mil ochocientos años, y mis labios, trémulos de deseo, apretaron convulsos aquella boca de fuego en donde parecia haberse anidado el deleite.

—Vuelves por fin, murmuraba dulcemente, vuelves por fin al seno de la que tanto te amó, ingrato, y que largos años te ha esperado. Ya no me abandonarás dejando apoderadas de mi alma á las furias

Digitized by Google

del averno, y esa serpiente negra engendrada por el odio en las aguas infectas del Cocito, esa serpiente negra que Medea llamó con un nombre de dolor, los celos, ya no se retorcerá sobre mi pecho aguijoneando mis venas é infiltrando en ellas el veneno del sufrimiento y de la desesperacion.....

—Yo nunca te olvidé, hija de Pompeya; mientras tú adormecias tu pena bajo el sudario del Vesubio, yo he venido al mundo varias veces y te he buscado..... y en pos tuya crucé la tierra en todas direcciones, y he evocado tu sombra en los bosques sagrados de la verde Erin ó entre las ruinas del imperio de Semíramis, junto á las cuales corren con melancólica majestad el Eufrates y el Tigris.

Fulvia, bajando la voz hasta ponerla en un diapason de una indecible ternura, continuó así con su lenguaje enfático y lleno de pasion:

—Hoy reposará conmigo el hijo del germano; su melena de oro, que parece constantemente alumbrada por el sol, se mezclará á las trenzas de ébano de la italiana en la almohada nupcial..... Así ya no te reunirás á la rubia niña bella como los sueños y blanca como la *Loreley* del Rhin..... esa por quien tanto suspiras y que dejaste cuidando el muérdago sagrado en torno de los antiguos *dolmens*, para acudir al grito de guerra de Civilis y venir en seguida á figurar en el triunfo de Vespasiano.

Amelia se habia puesto muy pálida y su pecho palpitaba con violencia; su mirada seguia á hurtadillas todos los movimientos de la de Casas, que parecia embebida en antiguos recuerdos. Las palabras que Rogerio atribuia á su manceba pompeyana, parecíanle á Doña Paulina salidas de sus propios labios, mientras Amelia, que sin darse cuenta de ello creia lo mismo, sentia renacer en su memoria y en su sér entero á la vírgen germánica, amada por el prisionero de Vespasiano.

—¿Tú eras, pues, primo mio, uno de los bátavos de Civilis? preguntó el gran duque.

—Sí, contestó Rogerio, y al oir las palabras de la pompeyana recordé que me habia tocado en suerte, y como parte del botin, el ser esclavo del padre de Fulvia, uno de los generales del César, que vivia en Pompeya. La niña me amó; aprovechando la ocasion huimos á Roma, con todas sus joyas, que constituian una inmensa riqueza, y los afeminados *dandys* de la puerta Flumentana veian admirados el lujo que gastaban el galo y la romana, cuyos esclavos libios eran mas bellos que los de Tito y Berenice, y cuyas esclavas circasianas llevaban al cuello sartas de perlas que habria envidiado Servilia, la madre de Bruto, á quien Julio César habia dado en una noche de amor una perla que valia mas de veintitres talentos de oro. Cuando murió el padre de Fulvia, esta, que estaba profundamente fastidiada de la barahunda de aquella ciudad-mundo y de los halagos incesantes de aquella muchedumbre de *trossuli*, mas afeminados que las cortesanas y cuyos rostros estaban teñidos de vermellon y cubiertos de moscas pintadas, como los de los histriones griegos, decidió volver á nuestra casa de Pompeya. El mismo año de la erupcion, un paisano mio, llegado desde el fondo de la Alemania, vino á anunciarme que la vírgen mi prometida moria y queria antes verme, al mismo tiempo que el conocimiento profundo que yo habia adquirido de las debilidades y defectos del mundo romano, podian servir de mucho á mis hermanos para una insurreccion que proyectaban los ancianos y que algunos años despues estalló en tiempo de Domiciano, el Neron calvo de Juvenal. Nunca se habló á los bárbaros, como nos llamaban los romanos, nunca se les habló de patria é independencia, que fuera en vano. Yo sacudí el letargo de placer en que yacia, y aprovechando el silencio de la noche nos dirigimos á pié hasta Tarento, entramos al mar Superior en una trireme ajustada de antemano, y desembarcando en Trieste cruzamos parte de la Iliria, los Alpes julios, la Retia, y penetramos en nuestro suelo natal.

—No digais esas cosas con tanta seriedad, primo mio, dijo la esposa del gran duque, porque me estais asustando.

—Quereis entonces que calle..... Aun me quedan cosas mucho mas sérias que decir.

El duque y todos los convidados instaron á Rogerio á que prosiguiera, visto lo cual, la augusta gran duquesa se retiró con su servidumbre á los aposentos que se le habian preparado, no sin recomendar antes á Amelia que hiciera lo mismo, consejo que la jóven se guardó bien de seguir.

Rogerio prosiguió en estos términos:

—Despues de una pausa, solo interrumpida por el rumor de nuestros besos, Fulvia dijo: Apresurémonos á gozar; la noche se va, y esta es mi última noche. Oh! si pudieras morir conmigo! Oye: cuando el primer rayo del dia venga á convertirme de nuevo en mómia, júrame por la alma Vénus que quemarás mi cuerpo y arrojarás mis cenizas al viento, para que esos hombres no me lleven desnuda á los sepulcros de cristal de sus museos.

—Yo te lo juro, Fulvia, yo te lo juro.

El seno de mi amada palpitó con nueva violencia..... el ángel de Pompeya derramaba sobre nuestras cabezas la urna de los deleites..... pocos instantes despues solo se oia el murmullo del agua corriendo en el jardin del peristilo, y nuestro aliento agitado, que impregnaba de ardientes emanaciones aquella atmósfera de placer.

..... Cuando la aurora estaba ya próxima, Fulvia abandonó mis brazos con cierto sobresalto.

—Cumple tu juramento, me dijo, y dime adios por algunos años. Nos volveremos á encontar en este sitio, y entonces ya no nos separaremos: recoge mis cenizas y arrójalas al mar de Nápoles cuando sople el viento del Este, para que mi alma vaya á renacer á ese bello y fabuloso país de que habla Platon.....

—¿A la América?

—A la Atlántide..... pronunció débilmente Fulvia.....

Digitized by Google

La primera luz del alba tiñó el horizonte; Fulvia era un cadáver. Toméla entre mis brazos, la depositó en el triclinio, puse en sus dedos mi anillo y le quité el suyo, reuní en su derredor todas las maderas preciosas, todos los perfumes, todos los ricos géneros que allí habia, y encendí una hoguera..... mis lágrimas corrian silenciosas y caian sobre la pira fúnebre en que yacia la pompeyana .....

Cuando desperté en mi tienda, el sol bañaba las calles de Pompeya; un prolongado murmullo venia del lado de la casa descubierta el dia anterior; dirigíme á ella, y encontré al director de las ruinas, á los sobrestantes y á un gran número de operarios que se lamentaban por haber hallado en medio de la exedra un monton de ceniza en vez del cuerpo de la jóven Fulvia.

Yo dejé pasar los primeros momentos de cólera de aquellos buenos hombres, y en seguida, y debo confesarlo, sin grandes dificultades, obtuve del Sr. Fiorelli la licencia de tomar aquellas cenizas; encerrélas en una primorosa caja de sándalo, y conforme á mi promesa, cuando al otro dia soplaba un fuerte viento del Este, las arrojé al mar desde á bordo del *paquete* que me condujo de Nápoles á Marsella.

Cuando Rogerio hubo concluido la narracion, toda la concurrencia se hallaba impresionada, y el gran duque, despues de algunas chanzonetas de equívoco gusto, se retiró, dando así la señal de dispersion á las personas que le acompañaban. El príncipe napolitano habia preparado en el peristilo una rica tienda para la señora de Casas, y en la exedra del fondo Amelia encontró un abrigo al lado de su real tia. Rogerio se dirigió á su tienda, y media hora despues todo dormia ó parecia dormir en la casa pompeyana.

CAPÍTULO XI.

FULVIA-PAULINA.

¿Lo que Rogerio habia contado era simplemente una fábula? ¿ó en efecto habia sido el héroe de aquella aventura inaudita? ¿Por qué Doña Paulina y la prometida del conde habian comprendido que su personalidad estaba íntimamente ligada á aquel cuento?

¿Todo habia sido un mero sueño de Rogerio? ¿Qué conexion podia existir entre la noble pompeyana y la hija de México?

Nuestros lectores pueden hacerse estas preguntas y darse la contestacion que mejor les parezca, ó no darse ninguna. Es el caso, que nosotros mismos ignoramos lo que pudo haber de verdad en todo ese asunto. De todos modos, los que como yo son, si no por la cabeza cuando menos por el corazon, espiritualistas, los que, como el que estas humildes líneas traza, son adoradores de la bondad infinita, condicion absoluta de la infinita inteligencia, no hallarán mucho de extraño en el relato que nos ocupó casi todo el anterior capítulo. Digamos como los islamitas: *Hay un Dios*—luego existe el alma—porque de lo contrario, la humanidad que la ha concebido, seria superior al que concibió los soles y los mundos y la creacion entera. Dios es el bien absoluto: luego no existe la eternidad de la pena, porque tendriamos dos Dioses, el Dios del bien y el Dios del mal. Y lo decimos altamente, del cristianismo acá, la religion de Zoroastro, el maniqueismo persa, equivale al ateismo. Dualidad, luego la nada.

Los ateos y los partidarios del infierno nos hacen el efecto de aquellos dos lores del parlamento británico que, cuenta la anécdota, entraban despues del té aderezado con copiosas libaciones, en la sala donde Sus Gracias, reunidos á sus nobles compañeros, decidian con alta sabiduría de la suerte del Reino Unido. Habia ya comenzado la sesion y el presidente ocupaba su puesto en el fondo de la sala. Los dos lores llegan á la puerta, entran, se detienen perplejos, y uno de ellos dice á su camarada con la proverbial seriedad de los súbditos de Victoria:

—Milord, vaya una cosa rara, no hay quien presida la cámara.

—Estais ebrio, milord, repuso el interpelado, procurando apoyarse en la puerta para no caer, estais ebrio; lo que yo extraño es que haya dos presidentes.

¿Con qué objeto hemos traido á nuestros complacientes lectores al través de esta digresion con pretensiones de filosófica? ¡Quién sabe! Acaso porque como tanto nos hemos ocupado en nuestro mal pergeñado libro de las cosas de este mundo, quisimos consagrar un momento á las del otro.

Lo peor es que aun nos vemos precisados á pedirles un minuto de atencion.

De nuestras conclusiones anteriores se deducen estas otras: el alma del que ha sido malo, expía en la tierra ó en otra parte, expía hasta su completa purificacion, hasta confundirse por grados con la beatitud divina.

La filosofía de la India oriental, que aparece en la aurora de la inteligencia humana como su historia en el crepúsculo de la antigüedad, segun la feliz expresion de Macaulay, contenia con el gérmen de muchas verdades, el gérmen de esa que es para nosotros la mas trascendental de todas ellas. Los griegos bautizaron esta doctrina con el nombre de *metempsícosis*, que significa trasmigracion de las almas. Esa sublime doctrina tuvo su Cristo en Pitágoras, resucitado quinientos años despues en Apolonio de Tiana, esa simpática y misteriosa figura del paganismo moribundo.

Hé aquí cómo para nosotros, que creemos firmemente en la trasmigracion de las almas, no es una cosa extraña que Fulvia resucitase en la bella hija de la América, en la que, no sin fundamento, algunos historiadores han reconocido la *Atlántide* de Platon. ¿Cómo Rogerio, que era un ateo, creia estas cosas? Tal vez no creia: no olvidemos, sin embargo, que no hay gente mas supersticiosa que los incrédulos, ni país en que mas abunden la supers-

Digitized by Google

ticion y los incrédulos, que en esa poética Alemania en que nuestro héroe vió la luz primera.

Damos ahora rendidas gracias á nuestras muy amables lectoras por haber soportado esta digresion con humos de escolástica y que hará reir á mis hermanos de colegio, entre quienes era proverbial mi aversion al ergotismo. Por eso no continuaremos nuestra interrumpida narracion sin renovar nuestras calorosas protestas en contra de esa enseñanza de las escuelas, cuyo patron Aristóteles se encuentra envuelto en mi aversion sin culpa alguna, y solo por el mal uso que de su nombre venerando han hecho y harán los teólogos pasados, presentes y por venir.

Rogerio, siguiendo sus hábitos escéntricos, habia hecho plantar su tienda á mas de quinientos pasos de la casa arruinada, en un lugar desde donde podia holgadamente contemplar el bello y melancólico paisaje que le rodeaba.

No bien se habia arrojado en su lecho de campaña, arrebujándose cuidadosamente en las ropas de la cama para librarse de cierta brisilla fria que soplaba del Norte, cuando mil encontrados pensamientos agitaron su cerebro, impidiéndole conciliar el sueño.

Entonces Rogerio era aún jóven, apenas contaba treinta y dos años, y á consecuencia de eso, las pasiones del amor, algunas nobles tendencias de esa estacion primaveral llamada juventud, tenian ancha cabida en su alma. Difícilmente encontrareis un jóven del todo malo; en esa edad en que la vida, el mundo, la naturaleza entera sonríe, una sonrisa constante se dibuja tambien en nuestros labios, y esa es la expresion de la bondad del alma.

Para el jóven, la comedia de la vida presenta muchos atractivos. Enjambres de sueños, como parvadas de golondrinas, se escapan de su ardiente corazon; para él la orla de una falda de raso es el nimbo sagrado del placer; sobre el cáliz de la flor sorprende un nido de ángeles; en una mirada, en un perfume adivina el cielo, y una nota de música hace volver á su inteligencia la poesía y la religion, que es la poesía de ultratumba.

En todo lo que es jóven vive todo lo que es sueño, como en toda lágrima hay una plegaria, como en toda primavera hay armonía, como en toda mirada hay una alma.

Empero, nuestro héroe podia ser una excepcion, porque habia nacido horriblemente orgulloso, y el orgullo es la maldad.

Era un *Antony* de sangre real, que se habia propuesto hacer á los hombres todo el mal posible, y poner su corazon como un escollo árido y sombrío en medio de la corriente de su siglo. Para llevar á cabo sus insensatos propósitos era preciso que renegara de Dios, y fué ateo; era preciso que se mostrara enemigo de los que sufren, y acuchilló á los húngaros y fué uno de los ejecutores de ese asesinato de una ciudad entera, que se llamó el Dos de Diciembre, y puso su espada al servicio del Papa-rey: para colmar tanta maldad buscó en el mundo civilizado, en la sociedad cristiana, la disolucion del Evangelio, y su cerebro de réprobo concibió la torpeza infinitamente audaz é infame que le hemos visto principiar á poner en práctica en las primeras páginas de nuestra novela.

Pero la idea que despues de pasados los años juveniles debia tomar en la cabeza del conde de Schauenbourg la tenacidad del hierro, apenas se elaboraba en su alma el año de 52, apenas aparecia en el horizonte de sus pensamientos como en el mar tranquilo esa tumescencia negra del cielo que los marinos llaman *grano*, y que ensanchándose con rapidez tremenda, encubre el firmamento, desencadenando en los espacios las furias implacables de la tempestad.

Así pues, Rogerio soñaba sin poder dormir.

En aquella naturaleza escogida para el mal, habia un constante choque de pensamientos satánicos, de aspiraciones inauditas, de ilimitadas ambiciones. Pensaba en lo que habia dicho, en lo que en aquel momento deseaba con todo el vigor de sus instintos leoninos, y los genios que vagan en la noche escuchaban atentos este extraño monólogo:

—Debo amarla; en las extravagancias de mi imaginacion he dicho una cosa que debe ser verdad. Yo he visto á esa mujer; la he visto hace muchos años: ¿en dónde? Quién sabe! Fulvia volverá á ser mia. Pero ha encontrado un marido en América esa pompeyana que odiaba tanto los lazos conyugales. ¡Bah! le mataremos. Pero ¿y Amelia?.....

—Estoy loco; me dejo arrastrar por este sentimiento desconocido que me martiriza: ¿amaré?.... ¿Amar yo? Nunca.

Un ténue suspiro resonó junto al conde, que se incorporó lleno de mudo pavor.

Registró la tienda, y á pesar de no haber hallado cosa alguna, permaneció en pié, cruzando los brazos é interrogando con una mirada henchida de soberbia la impenetrable oscuridad de los campos.

Rogerio tenia algo de fatídico en aquella actitud desdeñosa y arrogante, como si desafiara á alguno escondido en las tinieblas.

Quizá el rayo de luna que se introducia por la parte exterior de la tienda, era el que marcaba de un modo tan vigoroso los perfiles de aquella fisonomía, muy bella pero destituida de gracia, y aquella boca perfecta apretada por un *rictus* mefistofélico....

Si nuestros lectores han tenido ocasion de conocer esa delicadísima fantasía sacada del Maese Floh de Hoffman, y que su autor Jorge Sand intituló la *Noche Buena*, recuerden aquel sabio de treinta años que parecia decir como Fichte: *Inventaremos á Dios*, y que en la soberbia de su inteligencia se volvia lleno de un desden sacrílego cuando junto de sí escuchaba suspirar el violin de Maese Floh, y tendrá una idea exacta de la situacion de Rogerio en aquel instante.

Rogerio, como la mayor parte de los incrédulos por odio, se creia á cada momento junto del diablo.

Digitized by Google

Esto no queria decir que tuviese ningun género de miedo al cornudo monarca del abismo, como dice Espronceda; muy por el contrario, cuando alguna vez su fantasía alemana traia hasta cerca de él á Satanás, cuando sentia pasar por su frente el espíritu del diablo, Rogerio tendia la mano para estrechar en las tinieblas la mano del ángel malo. Y cuando aquel involuntario sentimiento pasaba, Rogerio decia muy seriamente que de todas las fábulas de la religion, la que habia creado al diablo era la única que debia de ser verdad.

El suspiro no se repitió, ni hubo nada que diese el menor indicio de la presencia de una persona en aquel sitio. Rogerio continuó así su monólogo:

—Jamas he visto mujer semejante. Si yo hubiera nacido poeta, diria que era mi ideal. Si fuera un desgraciado, diria que la amo.....

—¡Qué pasion en sus miradas, qué infernal voluptuosidad en esa boca de criolla, tan rica de perfumes, de frescura y de lascivia! Yo quisiera ser un negro para enamorarme de ella con una de esas pasiones africanas capaces de espantar á los tigres del Sahara.

—Dicen que tambien así se ama en México, en esas zonas abrasadas en que el sol quema la sangre hasta reducirla á veneno. ¡Oh! ¡si ella me amase así!.....

La cortina que cubria la puerta de la tienda se levantó, y una mujer apareció en el umbral. El conde, sin vacilar, sin dejar conocer la mas mínima inquietud, se dirigió hácia la aparicion, y tomándole una mano, la atrajo hácia sí, diciendo con un acento profundamente tierno:—Paulina, ¿sois vos?

—Silencio, murmuró la vision, silencio!

—¡Ah! ¿cómo hubiera podido fingirme tanta ventura? Vos venís á mí, Paulina, cuando yo debiera...

—Qué! dijo la vision con un acento que revelaba una sonrisa oculta por la oscuridad, ¿no habeis vos acudido á la cita de Fulvia?

—Fulvia, repuso Rogerio, Fulvia era la romana que me amó tanto, que lo sacrificó todo por mí, honor y honores.....

—Y bien.....

—Vos, señora, vos á quien confundo en mis sueños con la hija del soldado de Vespasiano, vos tan linda, mas linda que ella, estais ligada á otro.....

—Conde, cuando una persona me ha dicho que seríais el gefe de una cruzada contra el matrimonio, me he dicho: yo seré la amazona de esa cruzada....

—¿Y venís á.....

—A deciros: conde, hé aquí mi mano; Rogerio, hé aquí mi corazon.....

—Me engañais, señora; pero no le hace: hablemos.

Y el conde acercó á su bella huéspeda una banqueta de tafilete, en donde tomó asiento la recien venida.

—Os extraña, dijo, mi sinceridad un tanto brusca; pero figuraos, Rogerio, que necesito de vos y que vos necesitais de mí. Fulvia y el bátavo de Civilis se han encontrado despues de largos siglos para arrojar á la sociedad, no el guante, jamas los Don Quijote tendrán éxito, sino para preparar un veneno en la copa de sus placeres. Fulvia la pagana hizo comprender al valiente germano todo lo que habia de horas de tristeza para la humanidad, todo lo que habia de anatemas para el placer, en el libro nuevo que los discípulos griegos de Pablo llamaban Evangelio, y la buena nueva de esos adoradores de la esterilidad y el ascetismo, los de los cuerpos macerados, de los rostros lívidos, del desprecio á todos los dones con que Dios regaló nuestros sentidos; esos que no sentian las garras de los tigres despedazar sus carnes en el circo y que hacian llorar con sus palabras extravagantes á las Magdalenas de la ciudad de Julio César.

—¿Pero quién sois vos que me hablais así? murmuró Rogerio trémulo de emocion.....

—Soy Fulvia; ¿no os le he dicho ya?.....

—¡Ah! Fulvia no vendria á buscarme para unirse á mí y luchar conmigo, sino para consolarme en la lucha, para cicatrizar las llagas del alma.....vos quereis mi auxilio; sea..... mi amor, nunca.

—Rogerio, otra mujer se espantaria de la pasion que obliga á ser astuto al hombre mas valiente entre los hombres. A mí, conde, vuestro amor me enorgullece. ¿Verdad que me amais mucho, Rogerio? Sentaos á mis piés.

La mano de Paulina, pues era ella, apretaba suavemente la del conde, comunicándole un calor dulce y voluptuoso; para un hombre que ama por vez primera, como en esta ocasion sucedia con Rogerio, era aquello demasiado para no rendirse. Sentóse, pues, á los piés de aquella mujer, y notando que sus ojos brillaban en la oscuridad como los de los nictálopes, dijo para sí: «no me habia engañado, era el diablo; y bien, tanto mejor.....»

Media hora trascurrió en una sola caricia de los dos amantes.

—¿No te ha admirado mi venida á este sitio?

—No, contestó Rogerio, te esperaba.

A su vez admiróse la jóven.

—Te esperaba, sí, y desde el momento que abandonaste tu habitacion, algo como un suspiro anunciómе tu visita. Desde el punto en que te ví, toda la historia de Fulvia vino á mi memoria: es ella, me dije, es mi bella amante pompeyana, la de los ojos divinos, la de las formas de Aspasia, la que fué mia, la que lo será de nuevo. Y conté esa historia para que tú me comprendieras, para que resucitase en tu corazon el inmenso amor de otros tiempos, y....

—Y héme aquí, Rogerio, héme aquí tuya para siempre: ¡ah! sí; bien me decia cuando el corazon de otros hombres ha latido junto al mio, «no es este.» En mi nuevo país se ama mucho, amigo mio, y jamas se ama solamente con el corazon. Allí el sol besa con un ardor inmenso la superficie de la tierra, y la hija de ese sol ama como no se ama en ninguna parte. Pon la mano en mi corazon; ¿latia así acaso el corazon de la pompeyana?

Digitized by Google

—¡Qué bella eres, Paulina! ¡cómo he podido vivir sin verte!

—¿Verdad que es preciso amar mucho para agitarse así? La pompeyana Fulvia obedecia al amarte los preceptos de Vénus, su diosa. Yo no creo en otro dios que el amor. Quisiera arrodillarme ante tí.

Un trueno sordo y prolongado estremeció la tierra. Paulina tuvo un instante de miedo, y se refugió en el seno del conde.

—Es el infierno que rie de tu blasfemia.

—No, Rogerio, es el Vesubio. ¡Oh! ese trueno trae á mi memoria los siniestros ruidos que precedieron á la erupcion. Yo hubiera podido huir; mis esclavos me suplicaban con las lágrimas en los ojos, que abandonase mi casa y me refugiase en Nápoles; pero tú habias huido, y quise morir..... busqué el lecho en que tantos dias de placer nos habian acariciado, y me recliné en él llorando..... Por afuera habia un tumulto indescriptible, el calor me ahogaba; dí un paso para abrir una puerta y respirar un poco de aire, cuando el piso se desplomó bajo de mí, y una sábana de fuego me cubrió completamente; quise levantarme, pero no pude: apoyé entonces mi cabeza entre mis brazos, y me dormí para esperar diez y ocho siglos tu venida.

—Cuando yo supe esa catástrofe, muchos años despues, me ofrecí en holocausto al Dios de mis padres, y morí tambien.

—Entonces la vírgen germana quedaria viuda por toda una eternidad.

—La vírgen germana habia muerto, pero aplazó nuestra union.

—Y esa vírgen, dijo con amargura Paulina, será dentro de poco la esposa del conde de Schauenbourg.

—¿Amelia?.....

—Casaos con ella, Rogerio; vos no la podeis amar; así está escrito.

—Está escrito en mi corazon, amor mio, respondió el conde cubriendo de ardientes caricias á la jóven.

Retrocedamos, recorriendo toda la distancia que separa la tienda de Rogerio de la habitacion de los duques, y penetremos, no sin protestar de nuestro profundo respeto, en el retrete destinado á la duquesa madre y á Amelia.

La augusta señora, que habia rehusado ir á comer, dormia tranquilamente, mostrando por entre los encajes de su camisa de cambray, su rubicunda tez, tersa aún y pura como la de una niña, á pesar de su ya avanzada edad. La buena señora habia hecho colocar muy cerca del suyo el lecho de Amelia. Esta, cuando se convenció bien de que su tia dormia apaciblemente, no pudiendo vencer el insomnio consiguiente á la terrible agitacion de alma en que se encontraba, se levantó cuidadosamente, abrió la ventana que se hallaba á un lado de la habitacion y en cuyas puertas existian aún pequeñas partículas de vidrio, asomó su linda cabeza por el intersticio, y su mirada dulce y firme parecia querer penetrar en la oscuridad.

Nada vió.

La fresca brisa que corria en aquel momento por las ruinas y que parece reinar de noche en todos los cementerios, refrescó un tanto su sangre, y poco á poco la niña iba cerrando sus bellísimos ojos.

Un leve rumor que resonó á poca distancia de ella se los hizo abrir con sobresalto. Una mujer pasaba ligeramente á cien pasos de la ventana.

Retiróse Amelia vivamente para no ser vista.

Sin darse cuenta de ello, la dulce niña resintió una viva inquietud, y una sensacion muy semejante al dolor se apoderó de su corazon.

Amelia sabia que estaba ligada al conde Rogerio, más que por los esponsales, por la atraccion irresistible que sobre ella ejercia su prometido, y que tenia ese sello de fatalidad que aquel hombre imprimia á todo lo que tenia conexion con él.

Amelia amaba ardientemente; pero amaba un sueño. Cuando veia que las damas mas altivas de las cortes europeas rodeaban de seducciones á su prometido, ella se enorgullecia y no podia menos de decirse: así es el caballero de mis sueños, el adorado de todas las damas y el temido de todos los hombres.

La ninguna oposicion que su familia hizo á un enlace tan altamente recomendado, no dejó de contrariar á la jóven princesa. Habria querido ver á Rogerio en lucha abierta para obtenerla, asaltar castillos, matar gigantes y romper con su espada, solo comparable á *Durandal* y á la *Tizona*, todas las redes y encantamentos que le tendieran sus envidiosos enemigos.

Y aseguramos á nuestros lectores que Amelia habia leido el libro inmortal de Cervantes, que no ha dejado hoy en dia de falsear el carácter histórico de esos héroes de la edad media que se llamaban *caballeros andantes*, y entre cuyas leyendas estravagantes y poéticas, siempre el escalpelo del análisis llega á descubrir una figura dotada de un valor y nobleza que ya no comprendemos.

Desde el libro de Cervantes acá, confundimos en la misma burla á todos aquellos paladines, con el ilustre manchego, que á pesar de tener descompuesto el seso, era, como ha dicho Chateaubriand, el mejor de los hombres.

Y á fé que no merecian este pago de la posteridad aquellos esforzados caballeros, que dedicaban su vida á un noble fin, y que en aquella época de espantosa miseria física y moral, andaban solos y afrontando los mas estupendos peligros, para defender al desgraciado y amparar desvalidos.

Con todo el respeto, con la veneracion sin límites que le merecia la obra sin par del manco de Lepanto, Amelia, en nombre de la historia, y con razon me parece, pedia un poco de admiracion para aquellos tipos heróicos que nuestro siglo positivista no puede ya explicarse.

Amelia habia nacido en un viejo castillo que poseia su madre, en la orilla del Darm, junto á la sombría muralla que rodea la parte antigua de la capi-

Digitized by Google

tal del Hesse-Darmstadt. La madre, naturalmente romántica y apasionada de todas esas leyendas alemanas en que tanto se mezclan la fantasía y el corazon, se habia retirado á aquella antigua casa feudal, fundada á principios del siglo XIV, cuando Darmstadt pertenecia aún á los condes de Katzenellembogen, y que conservaba todo su aspecto caballeresco, al que agregaba aún un tinte fantástico su soledad en medio del bosque, y la fama de casa habitada por duendes de que aquella secular construccion gozaba en los contornos.

Fama y situacion fueron solo un incentivo para la madre de Amelia, que hizo reparar un pabellon del castillo para ella, su hija y algunos criados, y en donde se encerró á llorar la muerte de su jóven esposo.

Vanos fueron los empeños de su hermana, que al inverso de ella era alegre y bulliciosa; de su tia la madre del gran duque Luis III, que acabamos de ver acompañando á Amelia, y que era una mujer muy espiritual y mundana; nada pudo decidir á la desconsolada viuda á reaparecer en el mundo, y desde entonces dividió su tiempo entre el sepulcro de su esposo y la cuna de su hija.

Amelia no tuvo, pues, desde niña otro espectáculo que las lágrimas de su madre y las salas sombrías del castillo.

Sin ser discípula de Mr. Home ni de Allan Kardec, la pequeña princesa hablaba constantemente con las almas de los héroes legendarios que conocia en sus libros de caballerías, como su pobre madre hablaba con el alma de su esposo.

Amelia vivió feliz con sus libros, sus flores y su arpa, mientras tuvo al lado suyo el ángel tutelar que el cielo le habia deparado en su madre. Pero por mas que esta se empeñó en vivir para sus hijos, la enfermedad del corazon que en su viudez habia contraido, pudo mas que ella, y cuando apenas tenia Amelia trece años, la infeliz mujer dió su alma al cielo.

Amelia estuvo á punto de morir, y los médicos la recetaron viajes. Desde la muerte de su madre, solamente durante el estío la jóven princesa pasaba tres ó cuatro meses en Darmstadt, y la mayor parte de su juventud la habia pasado en la corte de la reina Victoria, que tenia por su sobrina una particular afeccion, y recorriendo la Suiza, la Dinamarca y la Suecia, que eran, sin duda, por sus montañas y sus nubes, países de su predileccion.

Ya hemos dicho cómo en uno de estos paseos conoció á Rogerio, y cómo su naturaleza romántica y novelesca se sintió vivamente impresionada á la vista de ese hombre, que era el Cid de la aristocracia y de las rancias ideas en la culta Europa.

El carácter del conde, su trato íntimo, ejercieron tal influencia sobre el ánimo de la jóven alemana, que lo que al principio no era sino una fuerte inclinacion, se tornó en pasion fatal y violenta, que martirizaba el delicado corazon de Amelia. Sin embargo, aquella pasion no la habia hecho celosa, y ya dijimos que se enorgullecia con las muestras de cariño que en todas partes se prodigaban al conde.

Cuando conoció á Doña Paulina fué cuando la prometida de Rogerio conoció tambien los celos.

Habia tal insolencia de hermosura, tal riqueza de atractivo, tanta belleza en aquella cortesana que habia sido la reina de Madrid, Milan, Venecia y Roma, que cuando la princesa vió las miradas que su futuro esposo dirigia á la mexicana, se estremeció y se puso roja de pudor y de vergüenza.

La narracion de Rogerio habia desazonado á Amelia en todos sentidos. Poco podia acomodarse á aquel amor lleno de sensualismo y de fuego que el bátavo de Civilis habia resentido en Pompeya; pero lo que hizo una herida en el corazon de la pobre niña, fué la evidente alusion á Doña Paulina en el personaje fantástico de la hermosa Fulvia. Amelia habia creido punto por punto lo que contaba Rogerio; mas creia tambien en la resurreccion de Fulvia en la mexicana.

—México es la América, es decir, la Atlántide, decia Amelia; allá quiso ir Fulvia; de ahí vuelve para arrebatar de nuevo su amor á la vírgen germana. Maldita sea!

Con todo, estas ideas pasaban en confusion por su cabeza, y su pensamiento no podia fijarse en nada.

Pero cuando vió pasar junto á su ventana una mujer, y cuando en esa mujer creyó descubrir á Doña Paulina, un agudo dolor se apoderó de ella, y la misma esposa de Casas se habria espantado de la expresion de odio que destellaron en aquel momento los ojos de la alemana.

Una vaga sospecha le atormentó un instante, y queriendo prontamente dar término á sus inquietudes, vistióse una bata y un schal, y despues de observar si aun dormia su compañera, apoyó en la pared una silla, subió á ella, y un minuto despues se encontraba en el campo.

Escuchó un instante si el ruido que habia hecho al salir habia despertado á su tia. Todo estaba en silencio, todo dormia.

Ligera entonces como una sombra, se deslizó á lo largo del muro; pero al doblar el ángulo de la casa estuvo á punto de dar un grito, y sus dos manos se clavaron sobre su corazon como queriendo contener sus latidos.

El Vesubio presentaba un aspecto espantoso. La columna de humo que se escapaba de sus entrañas habia tomado en su parte superior un negror horrible que cortaba con bastante vigor sus agitadas ondas en el azul del cielo. La parte inferior que miraba al cráter, estaba teñida de un vivísimo color de llama.

La inmensa fragua del volcan reflejaba sus fuegos en aquel torbellino, que á su vez iluminaba con un color siniestro toda la tierra á muchas leguas en contorno.

De vez en cuando una centella de fuego salia del cráter, cruzaba como una exhalacion el negro penacho de humo, y se iba á perder en la oscuridad.

Digitized by Google

Eran los pedruscos que con prodigiosa fuerza lanzaba esa enorme catapulta plutoniana.

Amelia se calmó poco á poco y se dirigió por el único camino que debia haber seguido la mujer que nadie habia visto pasar.

A poco andar descubrió una tienda apoyada en las ruinas de un templo, y moderando el paso encaminóse á ella.

Llegó y escuchó atentamente. No le cabia duda. La de Casas y Rogerio estaban dentro.

Dificilmente podriamos explicar lo que sintió Amelia. ¿Era desprecio por el conde? Jamas; Amelia le amaba mas que nunca. ¿Acaso odio á Doña Paulina? Sin duda, y un odio inmenso, un odio de pantera, pasion terrible que solo los corazones honrados son capaces de conocer.

Pero ademas de eso, otra cosa sentia Amelia, y con indecible vehemencia. Para esa niña alimentada de sueños virginales y santos, el amor, el matrimonio mismo, no eran sino un asunto del corazon. Jamas por aquella imaginacion inmaculada, por aquella alma fria y solamente templada para el idealismo de amor, habia cruzado el menor soplo del mundo, el mas insignificante pensamiento sensual. La limpidez de ese cielo que se llamaba el corazon de Amelia, no habia sido empañada por las emanaciones de la tierra.

Cuando sintió que Doña Paulina estaba en la tienda de Rogerio, un mundo de vergüenza y de crímen se reveló para ella. Su sangre toda refluyó á su corazon, y sin el pedestal de mármol de una columna próxima, habria caido en tierra.

Amelia lloró amargamente. Con su peinador blanco, cuyos grandes pliegues le daban el aire de una túnica griega, sus manos de alabastro puestas sobre los ojos, y por sobre las cuales caia en graciosos bucles su luenga cabellera rubia, parecia una de esas bellísimas efigies del dolor, que Canova esculpia en sus monumentos fúnebres.

Permaneció así largo rato, é inagotables parecian las fuentes de sus lágrimas.

Pobre niña! destinada á ser arrancada bruscamente de la casta poesía de sus sueños por la revelacion impía del amor mundano, del amor de la hembra, no de ese santo misterio del alma que ella habia llamado el amor de la mujer.

Probablemente el dia habria sorprendido á Amelia en aquella situacion de completa inercia física y mental, cuando un sacudimiento extraño del suelo vino á sacarla de su letargo. Abrió los ojos y miró en su derredor. Las columnas oscilaban aún como si el huracan las hubiera movido. Sin poder por de pronto darse cuenta de aquel extraño fenómeno, pero presintiendo algo de terrible en la naturaleza, se incorporó y dió algunos pasos á su derecha, de manera que fuera ya del recinto del arruinado templo, el volcan se presentó ante ella en toda su aterradora majestad.

Una claridad sangrienta y semejante á la que despiden las auroras boreales, cubria como con una ropa de púrpura el cielo, la ciudad arruinada y todas las cercanías.

La niña miraba con un mudo asombro aquella antorcha de algun tremendo *festival* de la naturaleza, cuando por segunda vez la sacaron de su contemplacion nuevos estremecimientos de la tierra, seguidos en esta ocasion de un trueno sordo y terrífico, como el que el pueblo romano escuchaba salir de los subterráneos de las fieras en el Coliseo cuando iban á comenzar las *circenses*.

La vista del Vesubio, cuyo cráter empezaba á derramar una marea de llamas, aquellos truenos espantosos, volvieron á la jóven alemana el sentimiento de su situacion.

Un terror inmenso se apoderó de ella. Pompeya entera resucitó de sus cenizas, y los templos y las termas y las casas empezaron á temblar; escuchó distintamente los gritos y las exclamaciones de aquellos infelices que abandonaban la *arena*, que recorrian las calles y las plazas, llenando el espacio con sus alaridos de terror. Para colmo de espanto, la luz escarlata del volcan se apagó súbitamente, dejando á Amelia y á todo cuanto la rodeaba en la mas profunda oscuridad. La desdichada niña quiso gritar, pero su garganta rehusaba articular sonido alguno, y en aquel momento de angustia suprema sintió que una especie de lluvia caliente la inundaba. La erupcion, la ceniza, Pompeya, la muerte; estas ideas se agolparon confusamente en su cerebro. Hizo un esfuerzo supremo para huir, pero sus piés parecian petrificados. Y luego huir..... pero ¿adónde ¡ay! adónde podria huir? como dice la María Stuart de Alfieri.

Aquella situacion duró solo algunos instantes; cuando la bocanada de ceniza arrojada por el volcan se hubo esparcido en los campos, tornó la luz roja, pero mas viva y mas horrible, á iluminar la escena. Amelia cobró un poco de fuerza, dió algunos pasos y levantó la cortina de la tienda de Rogerio. En aquel momento Doña Paulina decia al conde:

—Es preciso preparar nuestra felicidad, es preciso que te cases con Amelia, y es preciso tambien que viva muy poco.

Amelia dió un grito que resonó á lo lejos, y cayó en el suelo.

Rogerio y Doña Paulina se lanzaron hácia ella; parecia un cadáver.

—Estamos perdidos, exclamó Rogerio.

—Mira, dijo Doña Paulina mostrándole el volcan, el Vesubio salvará á Fulvia. Y envolviéndose en su *abrigo*, se perdió entre las columnas del templo.

La tia de Amelia, los duques sus hijos y toda la servidumbre, á punto de partir precipitadamente para Nápoles huyendo de los caprichos del Vesubio, buscaban á la jóven. El príncipe real buscaba á Doña Paulina, cuyo marido le habia dicho con su risa de idiota, que hacia ya largo tiempo que habia salido á tomar el aire.

El príncipe, á quien no se habian ocultado las miradas y las expresiones que Rogerio habia diri-

Digitized by Google

gido á su bella huéspeda, salió como un loco en busca suya, mientras toda la comitiva con hachones encendidos buscaba á Amelia por los mas recónditos escondrijos de la ciudad muerta. No tardaron mucho en dar con ella, y despues de haberla hecho volver en sí, el gran duque acercándose á Rogerio le dijo misteriosamente:

—Yo necesito permanecer en Italia hasta el verano; pero mi madre, ella y vos, partireis dentro de veinticuatro horas para Paris, en donde me hareis el honor de casaros inmediatamente con Amelia.

—¿Pero con qué derecho?.....

—Caballero, contestó el gran duque con severa dignidad, soy el gefe de la familia de vuestra esposa, y vos sabeis mis deberes y los vuestros.

—Pero yo juro á V. A. que la princesa es inocente.

—Si por un minuto hubiera creido lo contrario, os hubiera hablado de otro modo. No quiero saber lo que aquí ha pasado; me basta la conviccion de que Amelia no ha cometido la mas leve falta: los rumores y las hablillas de toda la corte es lo que yo temo. Así, primo mio.....

—Mañana partiré.

—Gracias, dijo el gran duque reuniéndose á su comitiva.

Las dos tias de Amelia, la madre del príncipe Luis y su esposa, hermana de la madre de Amelia, se pusieron furiosas al principio, y habian resuelto increpar fuertemente á su sobrina; pero habia tanta tristeza y tanto candor en las miradas de la pobre niña, que su ira desapareció como por encanto, dando lugar á los mas afectuosos cuidados.

En cuanto á Doña Paulina, habia respondido á los primeros reproches del príncipe napolitano con una tan marcada expresion de desden y altanería, que el buen jóven no volvió á chistar una palabra.

La caravana llegó á Nápoles cerca de las diez de la mañana.

Al otro dia, cuando ya casi era de noche, Doña Paulina, su esposo y el príncipe se encontraban en una azotea del palacio real, mirando, como todo Nápoles, los progresos de la erupcion, que aun se mantenia en todo su vigor.

En la negra inmensidad del golfo se distinguia un *steamer*, que á fuerza de velas para aprovechar el viento y mientras encendia sus calderas, se dirigia con la ligereza de una ave hácia la punta del Posilipo, que debia doblar para salir del golfo.

Doña Paulina no despegaba los ojos de él, como si con los efluvios magnéticos de sus miradas quisiera detenerle.

—¿Qué buque es ese, preguntó Don Manuel, que parece llevar velas y arboladura de fuego?

—Es un *steamer*, murmuró Doña Paulina, en el que se refleja el fuego del Vesubio.

—¿Si será el navío del demonio? agregó Don Manuel riendo como un niño.

—Es el del conde Rogerio de Schauenbourg, dijo suspirando el príncipe.

CAPÍTULO XII.

LA LUNA DE MIEL.

Rogerio y Amelia hicieron el viaje con gran rapidez. Llegaron á Paris en los últimos dias de Febrero. El 27 contrajeron matrimonio en la capilla de las Tullerías. El mismo dia de su enlace recibió Rogerio un telégrama de Génova que decia:

«En marcha para España. Ven.

«FULVIA.»

El dia 1º de Marzo Rogerio y su esposa fueron á acompañar hasta Darmstadt á la gran duquesa madre; pasaron un dia con ella: el 5 de Marzo estaban en Burdeos; el 6 pasaban la frontera de España; el 9 dormian en Madrid.

Rogerio se habia hecho dar una comision cerca del gabinete de Madrid, en donde se maduraban proyectos reaccionarios de los que era el alma la reina Cristina. Los liberales españoles, ya muy desalentados desde los acontecimientos de Francia y las tendencias cada dia mas despóticas de la reina madre, vieron llegar con espanto á aquella ave de mal agüero, que se habia cernido como un cárabo sobre las inmensas hecatombes humanas en que habian perecido las libertades de la Hungría y del pueblo frances.

Como en la villa y corte de Madrid preponderaba entonces el elemento que por aquella época triunfaba en todas partes, la llegada de Rogerio fué un verdadero acontecimiento para la aristocracia madrileña. La reina madre, á quien no pesaba tener en aquellos momentos críticos un hombre de las ideas de Rogerio y cuya reputacion de bravura y pericia militar eran universales, para hacer frente á las intentonas de los esparteristas, recibió con repetidas muestras de agrado y regocijo al primo del hombre que por un golpe de audacia se habia hecho colocar en el trono revolucionario de Napoleon I, por el mismo espíritu de los que arrojaron del trono al gefe de su dinastía.

Aunque para el porvenir de las naciones era bien importante aquella fusion de la Santa Alianza con Bonaparte, porque así tenia al enemigo de un solo lado, por de pronto esta natural comunion causó inmenso júbilo á todos los adoradores del pasado. Así es que mientras liberales y republicanos gemian en la deportacion y en el destierro, en todas las cortes europeas, sucesiones no interrumpidas de espléndidas fiestas demostraban el gozo sin límites de que estaba poseida el alma de aquella aristocracia corrompida.

Saraos, tertulias, fiestas campestres, nada se omitió para hacer agradable su estancia en España al

Digitized by Google

conde Rogerio. La señora de Casas, retirada al campo por motivos que luego diremos, no apareció en ninguna de aquellas reuniones. Rogerio no se apresuró mucho en ir á tributarle sus homenajes. Doña Paulina esperaba. Sabia que aquella oveja descarriada por los goces de la luna de miel y por la brillante ovacion de que eran objeto tanto él como Amelia, que parecia haber recobrado la alegría perdida, volveria á ella.

Amelia se habia casado con profunda tristeza, y ya hemos visto por qué razon. Si se le hubiera pedido su vida, la habria dado para no ir á recibir ante Dios los juramentos de amor de Rogerio. Pero ni un momento le pasó por la cabeza la idea de resistir. Rogerio lo queria, su familia lo mandaba. Amelia fué al altar con la muerte en el corazon.

Cuando su esposo le participó su proyecto de viaje á España, Amelia se estremeció toda al recuerdo de Doña Paulina, pero no dejó entender nada. Estaba resuelta á apurar la copa de la angustia y del dolor, pero en silencio, porque sabia que Dios premia á los que en silencio sufren, enviándoles la muerte. Amelia sentia, queria morir. Sus sueños de niña, los caballeros de sus leyendas, su mansion alemana á orillas del Darm, en donde esperaba vivir con lo que tenia de mas caro en este mundo, el amor de Rogerio y el recuerdo de su madre, todo aquello se desvaneció como el humo. Los sueños de la vírgen se condensaban en las lágrimas de la esposa, y presto se evaporaron para siempre.

¡Pobre niña! ella que gozaba con la mágica perspectiva de su amor como los pequeñuelos con las bombas de jabon que arrojan al aire.—Vendrá un dia, se decia Amelia antes de su matrimonio, en que la revolucion y la impiedad alcen de nuevo su horrible cabeza; entonces entraremos el conde, yo y mis hijos á la capilla gótica de mi castillo, en donde está sepultada mi pobre madre; allí arrodillados pediremos al Señor sus bendiciones para nuestra causa, que es la suya, y para el hombre que iba á defenderla. En seguida yo le ceñiré su espada, bendita por el Santo Padre, y colgaré á su cuello el relicario que me dió mi madre al morir. En el estandarte de su legion se ostentará el águila imperial de su estirpe cruzada por la barra de bastardía, como el escudo de Dunois el gran capitan, el noble compañero de Juana de Arc. Sus hijos y yo le acompañaremos hasta el puente levadizo, darémosle allí nuestros últimos besos, y luego lo iremos á ver desde las torres del castillo, agitando nuestros pañuelos mientras él y sus soldados se pierdan por las veredas que bordan el rio.

—¿Y si llega á morir? ¡Dios mio! entonces lloraré como mi madre, hasta ir á reunirme con mi noble conde al cielo.

Esto era lo que soñaba aquella niña caballeresca, criada en medio de la austeridad y el misticismo por su madre, y á quien el libertinaje de Rogerio habia causado tan horrible decepcion.

Mucho mal habian hecho en aquel corazon de ángel las leyendas alemanas, porque ellas le habian enseñado á ser generosa y noble y pura; y en este mundo lo mejor es hacer un grande acopio de malos instintos y de sarcasmos envenenados, si no se desea caer sin defensa ante los ataques cuotidianos que nos da ese demonio escondido en el corazon de los mortales, muy mas temible que el que encierran los teólogos en el corazon de la eternidad.

Sin embargo, una vez llegada á España, Amelia sintió mitigarse un tanto su acendrado dolor. Nadie le habló de la viuda de Casas, y Rogerio solo pensaba en ella.

Creyéndose segura del amor de su esposo, Amelia habia embellecido. El matrimonio habia dado algo de mas femenil que le faltaba á aquella figura ideal. Rogerio fué el ídolo de las mujeres en la corte de España. Amelia lo fué de los hombres y de las mujeres. Acaso la inmensa bondad que revelaba su semblante, alejaba de ella la envidia que las personas del sexo bello tienen por todo lo que es verdaderamente superior en alguno de sus semejantes.

Lo cierto es que pasó la primavera y vino el verano, y nadie hablaba de la señora de Casas. Rogerio, que habia ido evidentemente por verla, sintió decrecer un tanto la pasion que lo habia devorado en Pompeya, en medio del alegre y bullicioso rumor de los banquetes y de los saraos españoles.

Otra cosa habia venido á aumentar su despego por la señora de Casas. A fines del verano Amelia se sintió madre.

Rogerio, que por mucho tiempo se habia creido herido del anatema que persigue á la mayor parte de los libertinos, cuando supo que estaba próximo á tener un hijo, redobló su cariño para con la condesa.

Esta se lo agradeció en el alma.

No crean nuestros lectores que Rogerio se tenia por feliz al ser padre, por ese sentimiento inexplicable aún para nosotros, pero que sabemos lo grande y poderoso que es y que se llama el amor paternal. No. Ya hemos indicado que Rogerio tenia muy poco de lo que él llamaba debilidades humanas.

Rogerio estaba vaciado en bronce. Era la estatua del ángel caido esculpida por Miguel Angel, ese portentoso creador de las líneas satánicas y de los gestos soberbios. Rogerio estaba hueco, exceptuando el lugar ocupado por el cerebro, y en donde Dios habia encendido una fragua.

¿Qué habia hecho á Dios aquel desgraciado para haberle negado el amor paternal?

Rogerio queria un hijo por orgullo. El, como Dios, queria por la educacion formar un hombre á su imágen y semejanza. Luzbel queria tener su Adan. Si Rogerio se hubiera figurado que su hijo podia sacar los instintos dulces y piadosos de su madre, se dispondria á ahogarlo en la cuna.

Digitized by Google

La escala milagrosa que vió Jacob en sueños, tiene una hermana que desciende en sentido opuesto. Bajo la escala del cielo está la escala del abismo: la escala de las pasiones. La una es la ascension, la otra el hundimiento. En los peldaños de estas gradas sombrías hemos querido penetrar, porque ¿quién no ha dado un paso en esa fatal pendiente? ¿quién es el impecable?

La escala de los ángeles solo puede verse en sueños; la otra es una dolorosa realidad. Desde luego en esa descension penosa nos hemos encontrado con entes excepcionales en medio de todos los horrores de la maldad: Rogerio y Paulina. El acaso habia unido aquellas dos almas. Dios las habia fundido en una sola. En derredor de esa fusion monstruosa va á girar nuestro libro. La alianza de esos grandes crímenes, lejanos por su enormidad de la accion de la justicia humana, es, á nuestro entender, la semilla de casi todos los cataclismos sociales.

Eduardo Laboulaye, ese Carlisle republicano, dice que al principio de todo lo que ha habido de grandioso en la humanidad se dibuja una individualidad poderosa, se destaca la figura de un grande hombre.

Sin discutir esta idea, nosotros agregaremos que el hecho es que en el fondo de todos los grandes males sociales se mueven tambien entidades que pasan ignoradas en las tinieblas, pero que están maravillosamente dotadas para el crímen. Monstruos del abismo, hechos de odio, de fanatismo y de cierta levadura que solo Dios conoce y con la cual agiganta á esos deformes padres del crímen.

Víctor Hugo, á quien con tanta injusticia se ha llamado el apologista de lo feo, reproche contra el cual protestan sus tres hijas inmortales, Esmeralda, Coseta y Deruchette, Víctor Hugo ha creado el tipo por excelencia de la fealdad física, Cuasimodo, y de la fealdad moral, Klubin, ese Cuasimodo del alma.

Rogerio y Paulina pertenecian á esta última raza. Cuando se conocieron se amaron. El amor en los corazones de los malos toma proporciones espantosas. Y sin embargo, por mas apasionados que se hallasen uno de otro, jamas se les ocurrió guardarse fidelidad. La fidelidad es una virtud sublime; hubiera sido para esos miserables una redencion. Pero ya hemos dicho que aquellos dos seres estaban irremisiblemente consagrados al mal.

Rogerio habia echado sobre la efigie de Paulina, viva en el fondo de su corazon, el velo nupcial de Amelia. Paulina no habia olvidado un momento. Pero al llegar á España habíase encontrado un inesperado obstáculo para sus planes amorosos. El presbítero D. Salustiano Lara, confesor de Rosita de Casas, estaba en Madrid.

Al principio de este libro hemos dicho cuán entrañable amor profesaba Rosita á su hermano Manuel; amor solo comparable á la repugnancia que sentia por su cuñada Paulina. Hemos dicho tambien cómo cuando D. Manuel decidió fincar en España la casa principal de la asociacion, que giraba en el comercio bajo la razon social *Casas hermanos*, por mas súplicas y ruegos no pudo conseguir que su hermana lo acompañara, abandonando así sus hábitos de devocion y caridad para cruzar el mar, que le causaba un miedo invencible.

Mientras D. Manuel estuvo bueno, Rosita permaneció tranquila. En México se sabia perfectamente la vida que llevaba la bella Doña Paulina en la villa y corte de Madrid; pero Rosita ó ignoraba estos rumores á causa del completo aislamiento en que vivia, ó si alguna vez llegó á saberlos, se tuvo que resignar, pues no tenia derecho alguno para mezclarse en los asuntos de la vida privada de la casa de su hermano.

La buena criatura se contentaba con rezar y llorar. No así el presbítero Lara, que seguramente por el natural interes que le inspiraba su hija de confesion, recibia de buena tinta sucintos informes de lo que pasaba en casa de D. Manuel, informes que por no causar escrúpulos jamas enseñaba á Rosita.

De repente las cartas que con regularidad escribia D. Manuel se suspendieron, no sin producir bastante cuidado en el ánimo de la beata. D. Salustiano, aunque habia recibido sus informes, callaba, esperando el momento oportuno. Este no se hizo aguardar mucho tiempo.

A principios de Octubre de 51, Rosita recibió una carta de España, concebida en estos términos:

«Muy querida hermana:

«Tengo el placer de escribirte esta carta á punto de salir para Marsella, y aprovechando el paquete de Cádiz, que zarpa dentro de media hora. El gusto que me proporciona la oportunidad de escribirte, desaparece cuando pienso en la mala noticia que tengo el dolor de comunicarte. Nuestro Manuel se halla bastante enfermo. Una incomodidad ocasionada por la torpeza de un dependiente, le produjo un ataque cerebral, del que si bien ha escapado, no ha sido sin una grave enfermedad orgánica.

«Los médicos me han aconsejado un viaje á Italia, en donde creen que pueda sentir algun alivio á sus padecimientos. Por la triste impresion que te causará esta noticia, inferirás cuáles serán mis sufrimientos morales. ¡Hágase la voluntad de Dios! Tú que eres una santa, hermana mia, pídele por esta infeliz enfermera, á cuyos dolores se agrega el de tener que abandonar á sus dos hijos momentáneamente; á Elena, que por estar bastante delicada no quiero exponer á las peripecias de un viaje, y á Manuel, que está monísimo, rebosando salud, pero que tengo miedo de que se me descomponga con un súbito desarreglo. Dejo á la primera al cuidado de una anciana amiga mia, con cuya nietecita está muy unida, y al segundo en casa de los padres de Jesus.

«Esperando en el Señor darte próximamente mejores nuevas, te envia su corazon tu hermana

«PAULINA.

«Barcelona, Setiembre 3 de 1851.»

Digitized by Google

Mucho lloró Rosita cuando recibió esta carta, que inmediatamente puso en conocimiento del presbítero. Este dejó que el dolor de la beata se desahogara un tanto con las lágrimas, y pocos dias despues del fatal anuncio, Rosita y D. Salustiano se encerraban en el cuarto de la primera, con cierta especie de solemnidad, pues el confesor habia dejado prever importantísimas revelaciones.

El presbítero D. Salustiano Lara era un hombre de poca instruccion y talento escaso, si no es que por talento se tenga una disposicion verdaderamente rara para la intriga. Esta disposicion, que lo hacia muy temible para el alto clero en México, fué causa del favor y de los halagos de que se vió rodeado nuestro hombre desde sus primeros pasos en la carrera eclesiástica. Aun no recibia D. Salustiano las órdenes sagradas, cuando ya era uno de los mas activos trabajadores de esa red tremenda que desde 1821 ha procurado tender el clero, primero á las libertades y por último á la independencia de nuestro país.

El presbítero tenia dos jóvenes sobrinas que amaba con paternal cariño. Desde que conoció á Rosita en el confesionario y supo que aquella escrupulosa beata valia dos millones de duros, D. Salustiano entrevió para él y su corta familia un porvenir de bonanza, acaso de riqueza. No dejaba esto de convenir mucho al confesor de Rosita, que con su habitual viveza escuchaba ya los sordos rumores de la tempestad que debia hundir al clero para siempre. Ya Rosita habia caido del todo en los lazos de dulzura y de cariño espiritual que le preparara el buen D. Salustiano, cuando D. Manuel se fué á España.

El confesor de Rosita habia descubierto en Doña Paulina una peligrosa sirena, y previendo lo que iba á acontecer en Europa en el matrimonio de Casas, temió por el dinero de Rosita, que ya consideraba como herencia suya, pues de lo que menos se ocupaba D. Salustiano era de lo que la ley disponia sobre la sucesion de la beata, no ignorando cuántos y cuán fáciles eran los medios que habia para eludirla.

Sin embargo, no habia modo de detener la partida de D. Manuel, ni de provocar una separacion de bienes en la casa, pues aunque quizá habria podido arrastrar á ese extremo á su sumisa hija espiritual, tal cosa no se verificaria sin despertar vchementes sospechas en el ánimo de los parientes de Rosita. D. Salustiano decidióse en consecuencia á esperar los acontecimientos.

Solo tomó la precaucion de hacer recibir como criado en la familia de Casas á un antiguo sirviente español, que por mucho tiempo lo habia sido del entonces cura del Sagrario, y que estaba consagrado en cuerpo y alma al presbítero Lara. Doña Paulina, al admitirlo por complacer al *padre*, no sospechó siquiera que contrataba á su propio espía.

Queda así explicado el orígen de los informes que con frecuencia recibia el presbítero acerca de la conducta de Doña Paulina Flor de Casas.

Cuando la recepcion de la citada carta, Rosita conoció toda la correspondencia dirigida á su confesor desde España. Mucho afligió á aquella alma virginal el conocimiento de la infame conducta de su cuñada. Hubo un momento en que se decidió á marchar á Europa para arrancar á su infeliz hermano de brazos de aquella harpía, cuyos crímenes tomaban en el cerebro de la beata colosales proporciones, como que jamas habia sospechado que el mundo contuviera tales monstruos.

No poco trabajo costó á D. Salustiano el disuadir á su hija de confesion de semejante propósito. Hízole comprender, en cambio, que como era preciso ayudar al pobre D. Manuel en aquella tribulacion, él, que conocia al mundo y que por su estado debia tener una justa influencia en el ánimo de la Sra. Doña Paulina, era el que naturalmente debia ir á España y procurar remediarlo todo, ya haciendo entrar á la señora por el buen camino, ó ya trayendo á D. Manuel á México.

Como en bien de Rosita, de su infeliz hermano y aun de los hijos de este, era preciso quitar los medios de dañar á la terrible Doña Paulina, D. Salustiano se hizo dar por la beata plenísimos poderes para que una vez operada la liquidacion concerniente en la casa *Casas hermanos*, declarar disuelta la sociedad y separar la parte de Rosita, que D. Manuel habia procurado dejar intacta.

Hecho esto, á pesar de las lágrimas de su protegida, D. Salustiano se embarcó para España, dejando instaladas en casa de la beata á sus dos sobrinos Lorenzo y Refugio, para quienes tenia Rosita un cariño casi maternal.

El presbítero mantuvo con Rosita durante su permanencia en España, una activa correspondencia, que mucho nos ha servido para el relato que vamos haciendo.

Una vez en Madrid D. Salustiano, se ocupó, mientras regresaba la Sra. de Casas de su viaje, en preparar bien el terreno. Avistóse con uno de los abogados de mas nota en el foro español, muy conocido de nosotros, pues ha jugado cierto papel en la historia de nuestras últimas contiendas, y dirigiéndose en seguida al primer dependiente de D. Manuel, que no era otro que su antiguo protegido, empezóse la liquidacion de la sociedad, con plena anuencia del apoderado de la casa, cuyo dueño conservaba aún la administracion de sus bienes.

Doña Paulina no tuvo de todo esto sino vagas noticias. El primero que se las dió positivas en Madrid fué el confesor de Rosita. La presencia de aquel hombre y el conocimiento de sus planes, que mal podia escapar á la penetracion de la de Casas, fueron para esta un rayo. No perdió, con todo, su habitual serenidad.

Desde luego obligó al presbítero con sus amables instancias á hospedarse en su casa de campo de los alrededores de Sevilla, adonde Doña Paulina quiso fijar sn residencia, en espera de los acontecimientos.

Digitized by Google

Los periódicos de la corte anunciaban todos los dias una nueva fiesta dedicada al conde de Schauenbourg, y lo que para ella fué todavía mas amargo, las crónicas y los folletines periodísticos se deshacian en incienso y alabanzas por la condesa Amelia. Rogerio no le habia dirigido una sola letra. «Las fiestas, decíase con tristeza, hacen que el conde se olvide de su amante de un dia, y la belleza de Amelia hace que la corte se olvide de su reina de muchos años. No importa, añadia mirándose á su espejo, aun conservo mi corona.....»

Paulina no tenia razon absolutamente hablando. Si bien la veleidosa muchedumbre cortesana la habia abandonado, aun le quedaban algunos fieles, el duque de M..... entre otros, que para estar mas cerca de su ídolo habia fijado su residencia en Sevilla. Mis lectores, que de seguro no se han formado una alta idea de la honradez de Doña Paulina, pueden sospechar lo que mejor les plazca acerca de la conducta que la peligrosa sirena observaba para con su amartelado duque.

Cuando Rogerio decidió emprender su viaje por las provincias españolas antes de volver á Florencia, Doña Paulina estaba momentáneamente libre.

El presbítero, á pesar de la perfecta amabilidad de la de Casas, habia continuado tranquilamente sus negocios. Esto desesperaba á Doña Paulina. Ni arrumacos mujeriles, ni tentaciones tremendas, ni lágrimas, ni sonrisas, nada habia podido conmover al flemático presbítero. Decidió Doña Paulina intentar otro medio.

Durante su viaje á Italia, habia hecho, como mis lectores recordarán, una importante conquista, la del príncipe Conrado de Nápoles. Valióse, pues, de la influencia que tenia este jóven en la corte pontificia para hacerse prometer (que el prometer no empobrece) una mitra en la República mexicana para el presbítero D. Salustiano Lara. El dia, pues, del cumpleaños del futuro obispo, Doña Paulina bebió á la salud del ilustrísimo señor D. Salustiano Lara.

El golpe fué terrible y bien medido. En nada estuvo que el buen presbítero fuese víctima de un ataque cerebral. Doña Paulina le prodigó mil cuidados, y al fin pudo hacerlo volver en sí. Al dia siguiente pasó á verlo á sus habitaciones. El presbítero estaba desconcertado por aquella ridícula muestra de su debilidad, sobre todo cuando despues de reflexionar bien, se habia llegado á convencer de que Doña Paulina se habia burlado de él descubriendo su lado flaco.

¡Cuál no seria la admiracion del ambicioso presbítero, cuando Doña Paulina le mostró al dia siguiente una pequeña carta de su eminencia el cardenal secretario de S. S., en que participaba al príncipe Conrado el deseo que tenia el Papa de complacerlo respecto de la recomendacion que hacia del señor Lara para una mitra episcopal. A esta carta acompañaba el príncipe un número de cierto periódico romano, en cuya gacetilla habia el siguiente párrafo:

«Se nos ha dicho en el Vaticano que se esperaba en estos dias al sapientísimo sacerdote mexicano Don Salustiano de Lara, propuesto para recibir la investidura episcopal.»

Don Salustiano no cabia en sí de júbilo; pero desconfiando todavía, escribió á Roma á un ilustre desterrado yucateco, y este, despues de informarse, le contestó que todo era muy cierto, y como prueba le enviaba un ejemplar del Concilio Tridentino, que S. S. le habia dado para el presbítero, y que llevaba su augusta firma.

No pudiendo dudar de la veracidad de aquel señor, Don Salustiano dispuso su viaje para Roma, no sin encargar á su abogado la prosecucion del negocio de la disolucion de la sociedad *Casas hermanos*, y prometiendo un pronto regreso. Doña Paulina, para acabar de fascinarlo, la víspera de su viaje le puso en el cuello la cruz de comendador de Cárlos III, que por su recomendacion habia obtenido el duque de M.....

El mismo dia que Don Salustiano se embarcaba para Liorna, Rogerio salia de Madrid para llevar á cabo su viaje de placer, empezando por la Andalucía.

CAPÍTULO XIII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Pocos dias despues de su salida de Madrid, los condes de Schauenbourg llegaban á Sevilla. Doña Paulina estaba al tanto del itinerario. Dos dias despues de la llegada de los ilustres personajes, la duquesa de Montpensier los obsequió con un baile espléndido, baile al que no asistió, como supondrán nuestros lectores, el duque, hijo de Luis Felipe y enemigo por consecuencia de la dinastía napoleónica, á la que Rogerio estaba tan íntimamente ligado.

La reunion fué magnífica. La señora de Casas estaba naturalmente convidada á ella.

A eso de las diez de la noche se presentó en los salones, dando el brazo al duque de M..... Estaba encantadora. Llevaba un trage de seda ultramar salido de la mejor fábrica de Lyon, guarnecido de blondas de Chantilly y un espléndido tocado de zafiros. Estos adornos, sin embargo, solo podian servir para hacer resaltar su hermosura verdaderamente opulenta y fascinadora.

Largos murmullos de admiracion vinieron á acariciar los oidos de Doña Paulina en los salones del baile. El buen duque de M..... no cabia en sí de orgullo viendo las miradas de envidia que le lanzaban los hombres y las miradas de despecho que le regalaban las mujeres.

La pobre Amelia, sabiendo que su bella rival estaba en Sevilla, no quiso ir al baile, pretextando su delicada salud.

Rogerio fué solo.

Cuando apareció Doña Paulina, toda la sangre le afluyó al corazon. El demonio de la pasion, co-

Digitized by Google

mo el *Smarra* de Nodier, tornó á apoderarse de su alma. Casi sin pretender ocultar la emocion que le causaba la presencia de su antigua amante, el conde de Schauenbourg se dirigió hácia ella.

La bella recien llegada le tendió la punta de los dedos, acompañando esta accion de un saludo entre irónico y cortés.

El conde cambió con el duque de M..... una mirada mortal. El jóven español ardia en deseos de provocar á aquel hombre, en quien adivinaba un rival. Rogerio, en cambio, queria matar al amante feliz de la de Casas.

Esta observaba.

Los dos caballeros se encontraron en una sala en donde se jugaba al ecarté.

—Chico, decia un elegante calavera al duque, la conquista que has hecho es muy mas valiosa que todas las que hicieron tus abuelos sobre los infieles; has sabido agregar nuevo lustre á tus blasones.

—Caramba! los abuelos de M..... fueron de los conquistadores de Granada, añadió otro.

—Sí; pero M..... ha hecho suya á una mexicana que vale cien veces mas que la esclava de Boabdil.

—Duque, mientras esa divinidad sea tuya, tú tambien podrás decir que el sol nunca se pone en tus dominios.

El duque seguia jugando, con cierta sonrisilla no exenta de fatuidad. Rogerio se mordia los labios con furor en un grupo cercano.

—Dime, duque, preguntaba á su compañero de juego otro de aquellos jóvenes, ¿es tu querida?... Contéstame, con mil vestales, ¿es tu.....

—*Dame de cœur*, dijo el duque arrojando sobre la mesa la sota de copas de su naipe frances.....

Rogerio, sin poderse contener, levantó la carta de sobre la mesa, diciendo:

—Esa me la guardo yo.....

—¡Caballero, mi carta! exclamó el duque, pálido de ira.

—Ahí teneis con qué reemplazarla, contestó tranquilamente Rogerio, alargándole su tarjeta.....

Y dicho esto, sin atender á los gestos de rabia del pobre duque, que sin los que lo rodeaban para detenerlo, se hubiera arrojado sobre su enemigo, marchóse.

Aquel asunto causó un pequeño escándalo. Rogerio decia á los que le rodeaban:

—Qué quereis! hace algunos meses que estoy en España y no he tenido un duelo siquiera; esto es insoportable, señores, para un hombre que ha obtenido durante mucho tiempo el batirse una vez por quincena.

Esto era soberanamente fatuo. Poco importaba al conde.

Cuando el duque de M..... se dirigió en busca de Doña Paulina, esta habia desaparecido. Lleno de temor corrió á casa de su ídolo. El conserjo le negó la entrada, entregándole una carta que decia así:

«Si quereis mi amor, estad mañana á cien leguas de Sevilla, y venid á buscar vuestro premio dentro de un mes.

«PAULINA.»

El duque vaciló mucho; pero aquella mujer lo habia dominado de tal modo y su cabeza estaba tan pobremente dotada de facultades intelectuales, que por temor de perder á Paulina, huyó, á trueque de pasar por un cobarde en la sociedad madrileña. Cierto es que en su interior habia jurado batirse con Rogerio la primer vez que lo encontrase.

—Dios mio! decia Rogerio dos dias despues en una reunion pública, tan mala es mi estrella, que los hidalgos españoles rehusan batirse conmigo, solo por hacerme mas fastidiosa la vida. ¿Así entendeis la hospitalidad, caballeros?

Los circunstantes reian á mas no poder de aquellos arrebatos del conde. Por ahí la tomaban, y tenian razon, pues pocos se atrevian á querellarse con aquel demonio por cosas de tan poca monta.

Rogerio habia logrado hacerse notable por lo fanfarron en la capital de Andalucía.

Pasaron algunos dias sin que el conde pudiese ver á Paulina. Estas ligeras dificultadas atizaban la hoguera que ardia en el corazon del conde. Amelia habia seguido enferma. Tambien la pobre niña sentia un incendio en su corazon, los celos. Por fin, la vida de mártir que aceptara al pié del altar, y que por algun tiempo creyó lejos de ella para siempre, abria sus primeras páginas. Afortunadamente, decíase interiormente la desgraciada niña, afortunadamente el libro será corto.

Rogerio, desesperado de amor, resolvió no detenerse ni ante el escándalo. Principió por corromper á la servidumbre de Doña Paulina. Estos se dejaron corromper, sin que pesase mucho á su ama, que estaba al tanto de todos los pasos del conde.

Una mañana, cuando ella estaba en su tocador, la puerta cedió á un violento empuje. Doña Paulina, sin alterarse ni volver siquiera la cabeza, murmuró cerrando indolentemente su peinador de muselina: Pase vd., querido conde.

Rogerio cayó á los piés de su adorada, haciendo el acto de contricion mas elocuente que hubo jamas. Doña Paulina reia en grande. Su vanidad estaba satisfecha. En consecuencia, dió rienda suelta á su pasion.

Pero entonces empezó entre los dos amantes una serie de exigencias terribles. Estableciése entre aquellas dos almas satánicas una lucha de crueles infamias que ellos llamaban sacrificios.

Empujábanse lentamente el uno al otro por una escala sombría. Para unirse por siempre buscaban el lazo del crímen, el único indisoluble que Dios ha establecido en la tierra.

Las víctimas de aquel consorcio infernal eran el hombre desgraciado que vivia encadenado á Doña Paulina, y Amelia.

Los sufrimientos del primero estaban mitigados

Digitized by Google

por el completo idiotismo en que habia caido, pues á pesar de los cuidados de los médicos, cada vez eran mas raros los instantes en que Don Manuel disfrutaba de su razon.

¡Amelia era jóven, bella, é iba á ser madre! La de Casas odiaba mortalmente á la dulce niña. Era el odio de todo lo malo por todo lo bueno, de lo criminal por lo inmaculado, de la belleza infernal por la perfeccion celeste, de Satanás por el ángel..... Paulina, que habia sufrido tanto durante los primeros meses del matrimonio de Rogerio, queria á su vez torturar aquella alma llena tambien de amor, pero del mas puro, del mas santo de los amores. Cuando Dios quiere aumentar sus querubes en el cielo, permite el martirio de una mujer sobre la tierra, para que despues de su muerte no conserve un solo recuerdo cariñoso de su vida en el mundo. Dios preparaba un querubin en Amelia.

Rogerio habia llevado su pasion á tal grado de frenesí, que no solo no se ocupaba de Amelia, sino que empezó á tener celos de Don Manuel. Este, cada vez mas imbécil, asistia á todas las entrevistas de los dos amantes con la sonrisa en la boca.

Pero una vez Rogerio creyó notar en la pupila de Don Manuel una centella de odio. Habia algo de tan terrible en aquella mirada, que el valiente conde no pudo dormir.

A otro dia se presentó en casa de su amante. Entró á la sala: Don Manuel lo recibió con sequedad.

Poco faltó para que Rogerio viniera á tierra de espanto.

Don Manuel acumulaba pregunta sobre pregunta: el conde no sabia qué contestar; estaba estupefacto.

Entonces su interlocutor empezó á cubrirlo de injurias de tal modo, que la fiereza de Rogerio empezó á calentar su sangre, y tanto, que á durar aquella escena solo un minuto mas, el pobre Don Manuel hubiera pagado bien cara su indignacion.

Felizmente sobrevino Paulina, que ya estaba al tanto de aquella milagrosa vuelta á la razon de su marido. Ninguno de los dos podia explicarse lucidez tan repentina.

En vano Don Manuel mandó á su esposa que se retirara; esta, despues de verlo con insolencia, se refugió en los brazos de Rogerio.

El pobre hombre lloraba de dolor y de impotencia, pues no podia moverse de su sillon, y al ver aquella escena infame se puso á dar de gritos.

—Es preciso hacerlo conducir á un encierro.

—No, dijo el conde, es preciso..... Y se puso á hablar en voz baja á Doña Paulina.

—Eso es horrible, conde.

—Señora, yo soy el diablo: adios.

—Espera, voy á hacer lo que me ordenas.

Y en seguida se dirigió á un pequeño armario perfectamente oculto en la pared; abrióle y se detuvo un rato como para buscar lo que deseaba.

Don Manuel se habia callado y seguia con ávidos ojos los movimientos de su mujer, sin notar que Rogerio se le acercaba cautelosamente.

Cuando vió á Doña Paulina dirigirse á él con un frasco en la mano, el pobre viejo quiso de nuevo pedir socorro: pero Rogerio se lo impidió poniéndole su pañuelo de batista en la boca, y Don Manuel se debatió un instante entre los brazos del conde; pero postrado por aquel esfuerzo, vino al suelo, pudiendo apenas respirar.

A riesgo de causarle una asfixia, Doña Paulina se aprovechó de aquel instante para hacer tragar á su infeliz marido una fuerte dósis de láudano de Sydenham.

—Así le volverá la locura, decia Rogerio.

—¿Eso crees? murmuró Doña Paulina sin separar la vista de su marido.

—Pues si no le sucede eso, peor para él, repuso el conde.

Debió en verdad haber sido un espectáculo capaz de sublevar los corazones mas duros, el de aquellos dos jóvenes, en la fuerza de la juventud y de la hermosura, inclinados, con el rostro desencajado y las miradas llenas de odio, sobre un viejo enfermo, que debatia débilmente su adolorido cuerpo entre las garras del conde, mientras su esposa, que lo deshonraba, apartaba de su frente con un movimiento convulsivo sus largos y negros rizos, para observar mejor los progresos que el narcótico hacia en Don Manuel.

Cuando lo creyeron dormido, los dos amantes se incorporaron, comenzando á cubrirse de caricias.

—¿Estás contento? preguntaba Doña Paulina.

El conde no respondió, solamente alargó el brazo como si quisiese señalar un fantasma. Doña Paulina siguió la direccion de aquel brazo y dió un grito.

Don Manuel, apoyando uno de sus codos en el suelo, miraba fijamente á los adúlteros, sin decir una sola palabra y articulando solamente sonidos roncos y guturales, que indicaban una completa parálisis en la lengua.

En la expresion espantosa de las miradas de Don Manuel se notaba una lucha horrible de su voluntad con el efecto del narcótico; las arterias de su cuello se hinchaban desmesuradamente, y su corazon palpitaba con una violencia espantosa.

Un momento quedaron Rogerio y Paulina inmóbiles y mudos.

—¡Vámonos de aquí! exclamó por fin el conde, arrastrando á su amante en pos suya.

Una violenta sacudida agitó los miembros de Don Manuel, que tendió una mano cadavérica y rígida, como si hubiera querido detener á aquellos dos infames.

Estos prosiguieron su camino hasta la puerta del dormitorio de Doña Paulina; cuando penetraron en él, una expresion de indecible agonía se pintó en los ojos del viejo, y dos gruesas lágrimas fueron á congelarse en sus mejillas.

Ya los dos amantes, entregados á todas las delicias del amor, se olvidaban de su víctima, cuando la puerta del dormitorio se abrió con estrépito. Una figura humana, que no era la de Don Manuel, sino

Digitized by Google

la de un cadáver salido en aquel instante del sepulcro, una forma lívida, espantosa, con el cabello crispado y los ojos desmesuradamente abiertos, se presentó en la puerta y dió dos pasos por el dormitorio.

Rogerio llevó maquinalmente la mano á su revólver, colocado sobre la mesa de noche. Paulina, incorporada sobre el lecho, temblaba como si una lluvia de nieve viniese á caer sobre la nieve de sus espaldas..

Un silencio pavoroso reinaba en la estancia. Don Manuel se apoyaba en la pared, sin separar sus ojos de aquel lugar de infamia. Un ruido sordo como el de un volcan próximo á lanzar la lava, salia de su pecho.

Aquella escena espantosa no duró mucho tiempo. Don Manuel, como si la pared que lo sostenia lo empujase para adelante, tambaleó un momento, y por fin, con un grito que parecia arrancado de sus entrañas:

—Mis hijos! mis hijos! exclamó cayendo en tierra como un cuerpo inerte.

Rogerio tomó su sombrero y se envolvió en su capa.

—Ahora sí estoy contento, murmuró Rogerio con indefinible expresion.

Doña Paulina corrió hácia donde estaba su marido y dió un grito. Don Manuel de Casas habia muerto.

Su esposa jugó la comedia de una manera admirable; desmayos, lágrimas, besos y caricias á sus hijos, todo lo puso en práctica. Corrian por la ciudad sordos rumores. Pero la justicia no solo no hizo caso de ellos, sino que ordenó la completa destruccion de los certificados de los médicos.

Solamente el conde recibió una carta de la reina Cristina, en que le invitaba formalmente á pasar á Madrid, en donde habia negocios muy serios que comunicarle. El conde contestó que partiria tan pronto como lo permitiera la salud de su esposa.

Doña Paulina, desde la muerte de Don Manuel, se habia retirado á su quinta en las orillas del Guadalquivir.

Sus hijos, que habian ido á Sevilla á presenciar los funerales de su padre, tornaron inmediatamente á Madrid. Doña Paulina estaba por fin enteramente libre y podia entregarse en alma y cuerpo á su pasion criminal.

Rogerio se pasaba la vida en la quinta, mientras Doña Paulina meditaba silenciosamente un proyecto terrible, cuya ejecucion iba á exigir de Rogerio, en compensacion del asesinato de Don Manuel.

El instante en que Amelia debia ser madre se aproximaba. Eso era lo que aguardaba la viuda, contando para su venganza con el siempre creciente amor del conde, atizado por los celos, infundados en apariencia, que le torturaban el corazon.

En apariencia decimos, porque Rogerio habia sabido de una manera vaga que el duque de M.... se hallaba de regreso en Sevilla; noticia á todas luces infundada, pues nadie mejor que él estaba en posicion de averiguar la verdad.

Rogerio desconfiaba, sin embargo, porque sabia que el lado celeste del amor, que es la fidelidad, no existe en las pasiones criminales, cúmulo de sombra en donde el cielo jamas ha reverberado un rayo de su luz.

Por eso temia, por eso una inquietud horrible se apoderaba á veces de su alma, y sin la idea para él espantosa de verse privado de la belleza de su amante, la habria matado en uno de sus accesos de furor.

Doña Paulina se habia propuesto huir con Rogerio al fin del mundo, y para eso era preciso separarlo de Amelia.

Despues de una lucha en que se sublevaban en el corazon de su amante los últimos vestigios humanos que quedaban en él, consintió Rogerio en hacer lo que le proponia la viuda de Casas.

En consecuencia, hízola entrar á su palacio sevillano por una puerta excusada, y desde ahí la condujo á su gabinete, que estaba junto al dormitorio de Doña Paulina.

Doña Paulina se puso detrás de las colgaduras, en disposicion de ver y escuchar lo que iba á pasar entre los dos cónyuges.

Amelia estaba reclinada sobre sus blanquísimos almohadones, con los cuales se habria confundido su rostro, á no ser por la cabellera rubia, pues la pobre niña parecia, á causa de su mortal palidez, una de esas antiguas estatuas de mármol de Paros, sobre cuya blancura indeficiente ha dejado el hálito tiempo un ligero color amarillento.

Cuando vió entrar á su marido, sus pupilas se dirigieron á él con tal expresion de sufrimiento, que parecia que le dolian los ojos solo con moverlos. Rogerio no vió, ó fingió no ver aquella mirada. Sentóse junto al lecho, y sin preguntar siquiera á Amelia por el estado de su salud, le dijo azotando con su latiguillo el cojin de terciopelo.

—Amelia, no sé si habrán llegado á tus oidos ciertos rumores de mucha gravedad, sobre la conducta de mi querida amiga Doña Paulina de Casas.

La expresion de los ojos de la jóven se tornó en una de espanto y de ansiedad; pero no contestó....

—Llega esa canalla hasta decir (y aquí Rogerio miró fijamente á su esposa) que es mi manceba.... Qué dices de eso, Amelia?.....

Amelia cerró los ojos, como si en aquel momento empezase á orar.

—No contestas? Pues oye. Sea ó no sea verdad eso, yo lo que quiero es poner á cubierto el honor de esa mujer; ¿y sabes qué medio me ha parecido el mas á propósito para acallar esos rumores?

Amelia parecia una muerta.

—Pues es preciso que hoy mismo vayamos á la ciencia y paciencia de Sevilla entera, á hacerle una visita á su quinta.....

Rogerio esperó el efecto de sus palabras. Amelia contestó con una voz sumamente débil:

—El médico me ha ordenado no moverme.....

Digitized by Google

—Ah, gritó Rogerio, no quieres ir, ¡eh! yo soy aquí ménos que el médico.....

Amelia, adivinando que su esposo buscaba un pretexto para incomodarse, murmuró con voz perceptible apenas.

—Iré.

—Voy á llamar á tus doncellas.

—No. Hazme el favor de conducirme hasta la puerta de mi vestidor.....

Amelia trémula de emocion y apoyándose apenas en los brazos del conde, se levantó del lecho, pero no bien habia puesto los piés en el suelo, cuando cayó de rodillas. El dolor pudo mas que ella.

—¡Oh, Rogerio, Rogerio! exclamó; tú quieres matarme....

Involuntariamente enternecido iba el conde á levantarla en sus brazos, cuando creyó escuchar en el cuarto vecino, algo como una risilla burlona....

—Quién está ahí, conde? dijo espantada Amelia.

Rogerio vaciló un instante; pero ahogando al fin el único resto de pudor que en su alma quedaba:

—Es Paulina, respondió con una entonacion siniestra, es Paulina que biene á ahorrarte el trabajo de ir á verla.....

Amelia se habia incorporado, una llama de indignacion coloraba su rostro, su mano se tendió inflexible con un ademan regio hácia su esposo:

—Arroja de aquí esa..... mujer miserable.....

—No, voy á hacerla entrar.....

Amelia se lanzó sobre el timbre.....

—Detente, gritó Rogerio, ó te mato.....

—Matame, gritó Amelia, haciendo resonar el timbre.

Amelia, loca de miedo por lo que acababa de hacer, se inclinó ante Rogerio como un corderillo ante el verdugo.....

Lo que pasó en seguida fué instantáneo. Rogerio levantó la mano. Amelia dió un grito y vino á tierra como una masa inerte..... En su rostro habia un surco sangriento.....

Rogerio le habia pegado.....

Los criados acudieron en ese instante obedeciendo al timbre.

—Llamad á un médico, dijo Rogerio, dirigiéndose hácia donde estaba Paulina.

—¿Estais satisfecha? dijo el conde entrando en su aposento.

—Aun no, respondió la infame, id á verme mañana.... esta noche es preciso que os quedeis aquí; ¿me lo prometeis?.....

—Te lo prometo, amor mio.....

En el momento en que Doña Paulina montaba en su coche, se oian gritos desgarradores en el piso alto de la casa.....

En ese instante Amelia daba á luz un niño muerto.

El conde se detuvo al entrar, llevándose la mano á la frente, como si quisiera sostener su cabeza próxima á caer.

El médico vino á sacarlo de su concentracion.

—¿Ha muerto? preguntó el conde.

—¿Quién, señor?

—Ella.

—No, su hijo sí.

—Conque podia yo tener un hijo y.....

Rogerio no concluyó su pensamiento. «Y lo he matado!» le decia sordamente su corazon.

Despues de un momento Rogerio quiso ver el cuerpecito del niño. Mostróselo el doctor.

—Acaba de morir, dijo el sabio sencillamente; sin duda su madre ha resentido una emocion extraordinaria que ahogó al niño en su seno.

—Dádmelo, dijo el conde.

El médico alargó silenciosamente el feto á Rogerio, quien lo envolvió cuidadosamente.

Poco despues se dirigió á la quinta de su amada murmurando: «Ahora sí estará contenta.»

Serian las seis de la tarde cuando el conde llegó á la quinta. Para que los criados no fijasen su atencion en el bulto que llevaba, hizo que su coche diera vuelta á los huertos de la casa, y entró á ella por una puertecilla cuya llave tenia, y que se abria sobre el jardin.

La frescura y el silencio de aquel bosque casi tropical, lo invitaban á reposar algunos instantes á la sombra de los árboles.

Su cerebro habia llegado á un grado de excitacion terrible, su sangre enardecida por la emocion que acababa de experimentar, hacia latir sus arterias con los estremecimientos violentos de la fiebre.

Aquel desquiciamiento sombrío de los últimos restos de generosidad que alguna vez existiera en el corazon de Rogerio, solo le producia dos ó tres horas de calentura.

Calentura que con cinco ó seis minutos de reposo desapareceria.

Decidióse, pues, nuestro hombre á esperar la noche en uno de los mas retirados y umbríos senadores del huerto. Dirigióse á él por una preciosa avenida de naranjos, árboles sibaritas que á la llegada de la primavera, y como si se quisieran desposar con ella, se engalanan con coronas de azahares.

Un rumor de palabras sacó de su ensimismamiento al conde á unos veinte pasos del senador.

—Allí hay álguien; tal vez alguna cita de enamorados; no los interrumpamos, se dijo Rogerio.

Y ya se disponia á marchar, cuando creyó oir el acento de Doña Paulina. Con la mano sobre el corazon, cual si quisiera ahogar sus latidos, escuchó:

—Paulina, decia una voz; me has hecho sufrir mucho con ese maldecido conde. Seis dias hace que estoy escondido en tu quinta, mil veces me he visto tentado de matarlo, y te juro que lo haré.

Aquella voz era la del duque de M..... Rogerio no quiso saber mas. Como el tigre que se lanza sobre la oveja que encontrara en su antro mismo, aquel hombre de un solo brinco se agarró á la barandilla del senador y entró.

Sus ojos desmesuradamente abiertos rodaron en sus órbitas, como si quisieran estallar; sus manos dejaron caer el cuerpecillo que tenia entre ellas.

Digitized by Google

Aquello fué instantáneo; pero Paulina al verlo se dijo: «Si se vuelve loco estoy salvada.»

Y el duque de M..... no dijo nada; pero abrió su navaja andaluza.

Allí no habia lugar para injurias ni recriminaciones. El suelo del senador debia husmear la sangre si veia la actitud de aquellos infames.

Rogerio quiso lanzarse sobre la mujer, pero el duque se le interpuso y los dos rodaron por tierra.

El conde por fin se incorporó un tanto, bañado en sangre, teniendo una rodilla puesta sobre el antebrazo del duque que le heria el muslo sin poder doblegar aquella columna de fierro; en seguida, sujetando con una mano la izquierda de su rival mientras su otra rodilla le oprimia como una clava el pecho, sofocándolo casi, á juzgar por la expresion de sus ojos que parecian dos manchas de sangre.

—Ah! jadeaba Rogerio; conque era tu *dame de cœur* en efecto; conque yo era otro Don Manuel.... me voy á encargar de desposaros en.... en la tumba.

Y esto diciendo el conde, quiso levantar por los cabellos la cabeza del duque para estrellarla sobre la piedra en que descansaba; pero en ese instante Paulina se arrojó sobre él tirándolo hácia atrás con todo el peso de su cuerpo, y ciñéndole el cuello con sus brazos.

Por de pronto Rogerio mordió con rabia los brazos de Doña Paulina, pero ella no soltaba. Un momento mas y estaba perdido. Entonces, inclinando con un esfuerzo supremo el cuerpo hácia adelante, á riesgo de quedar estrangulado por los brazos de Doña Paulina, soltó la mano izquierda del duque que ya empezaba á debatirse, y reuniendo las dos suyas, le tomó la muñeca del brazo derecho, y sin despegar de una línea su rodilla, atrajo hácia él el brazo con un movimiento sobrehumano.

Del pecho del de M..... salió un gemido; Rogerio le habia quebrado el antebrazo. Su mano se abrió inerte y dejó escapar la navaja.

Lo que pasó en seguida duró menos que el tiempo que emplearemos en referirlo.

El conde cogió la navaja con la mano derecha y la dirigió violentamente hácia atrás. Doña Paulina separó maquinalmente el rostro para no ser herida, y el arma, ancha de cuatro pulgadas, se sepultó hasta el mango en su mórbida garganta.

La viuda no exhaló un solo grito. Sus brazos se aflojaron en derredor del cuello de Rogerio, que con un pequeño esfuerzo se deshizo de ellos, y su cuerpo quedó en tierra frente al de su cómplice.

Rogerio se acercó á ella y sondeó la herida con sus dedos.

—Muerta, dijo.

En seguida se dirigió al duque con una frialdad siniestra, y buscando en su cuello el mismo lugar en que habia sido herida Paulina, sepultó en él su puñal andaluz diciendo: «Te devuelvo tu arma, señor duque.»

Todo esto lo hacia Rogerio con una tranquilidad que hacia doblemente espantosa su accion. Evidentemente fermentaba dentro de aquel corazon una rabia infinita; pero su venganza habia sido, por decirlo así, automática.

No detuvo allí su furor sanguinario. Tomó una mano del duque y la trenza de su amante, y los arrastró juntos hasta el pié de la pequeña rampa que llevaba al senador.

Allí habia una gran excavacion hecha con el objeto de extraer un antiquísimo árbol que amenazaba caer sobre el senador, y depositó en él los dos cadáveres, y á poco el feto de su propio hijo.

En seguida arrojó sobre ellos toda la tierra aglomerada en el borde de la excavacion.

Cuando hubo llenado su oficio de sepulturero, no pensó un solo momento en aquella tumba, ni le dirigió una sola mirada; sino que notando en la casa un constante ir y venir de luces, se dirigió á la puerta del jardin, montó en su coche y partió.

Una hora despues daba á su mayordomo las órdenes necesarias para la traslacion de la condesa á Paris, y sin hacer caso de sus heridas, que por otra parte no ofrecian gravedad alguna, montó en su magnífica yegua *Leila* y seguido de un solo criado, ganó por San Lúcar y Ayamonte la frontera de Portugal.

Mientras el conde se alejaba de España, con la íntima conviccion de la muerte de Doña Paulina, esta volvia á la vida.

Uno de los lacayos del duque de M.... que acompañaba constantemente á su amo, pudo ver rondando el senador, cómo el conde arrastraba junto con el de Doña Paulina el cadáver de su amo.

Su primer idea fué arrojarse á salvarlo; pero reflexionando mejor, se cercioró oculto entre los árboles de lo que Rogerio hacia, y en seguida se dirigió corriendo hácia la casa de la quinta.

Cuando vinieron los criados ya Rogerio habia desaparecido. Extrajeron los cadáveres de aquella tumba improvisada, y los trasladaron á la quinta, en donde á poco se reunian los mas nombrados facultativos de Sevilla.

El duque de M..... estaba bien muerto. No así Doña Paulina. Durante veinte dias la viuda estuvo entre la vida y la muerte, hasta que al fin se salvó.

La autoridad tomó órdenes de Madrid sobre el caso, y el ministro de gracia y justicia ordenó al capitan general de Andalucía, que hiciese desaparecer hasta el último indicio que de tan desagradable asunto existiera; pues militaban en pró de esa medida, altas razones de conveniencia pública.

En cuanto Doña Paulina estuvo completamente buena, cuando de aquella tragedia solo le quedó una cicatriz en el cuello, se dispuso á salir de España.

El presbítero que presto habia conocido que lo de la mitra era nada mas que una burla, devorando su rabia, como dice Dante, volvió á Madrid en donde pudo por fin arreglar definitivamente el negocio de los dos millones de Rosita.

Cuando murió D. Manuel, el de Lara resolvió hacerse dar por los tribunales los dos hijos de Doña

Digitized by Google

Paulina y traerlos á México. Los acontecimientos que acabamos de referir vinieron á modificar todos sus planes. La viuda le suplicó rendidamente que la condujera á México.

Don Salustiano, á quien mucho convenia para todos sus planes, tener á la vista á todos los que pudieran pretender los dos millones de Rosita, no encontró inconveniente alguno.

Doña Paulina habia encanecido en la puerta de la eternidad. No sé que principio de putrefaccion cadaverosa habia dejado en aquella fisonomía una huella indeleble. Su cerebro tambien habia perdido su primitivo vigor, y aquella terrible sirena salia de la tumba, casi vieja, casi tonta y llena la cabeza de extrañas supersticiones.

El duque de M..... se habia quedado en su sepulcro con la belleza de la cortesana; la Doña Paulina que habia llegado á México á fines de 52, era una *jamona*. Dios la habia castigado.

En un viejo castillo de las orillas del Darm, en la capilla gótica, hay dos sepulcros de mármol, en el uno duerme la madre, en el otro la hija.

Pradier esculpió en el de la última la efigie de un ángel, que mira al cielo teniendo entre las manos el cáliz de las lágrimas. Su familia no quiso, por un sentimiento de respeto, poner en su sepulcro otro nombre que el de Amelia.

Dulce nombre, del ángel que ha pasado por las primeras páginas de este libro, como el aroma de una flor por entre las revueltas ráfagas del vendabal.

CAPÍTULO XIV.

LO QUE OYÓ Y LO QUE NO OYÓ LA TIA ROSITA.

Recuerde nuestro lector que en el momento en que Rosita se disponia á escuchar el diálogo entre el general y su cuñada, suspendimos nuestra narracion para pintar el orígen de las relaciones que entre los dos interlocutores existian, qué crímen los habia unido y cuál los habia separado.

Como ya se deja suponer, el amor del coronel de guardias estaba del todo extinguido, así como el de Doña Paulina, en apariencia cuando menos. Sin embargo, el ver viva y robusta á la mujer de quien habia sido sepulturero, produjo una gran conmocion en Rogerio, conmocion que se trocó en una inmensa cólera al recuerdo de la ofensa que le habia hecho su antigua amada.

Hemos dicho que Rogerio y Doña Paulina entraron á un gabinete situado en el extremo del corredor que pasaba por delante de la sala, en la casa de la viuda: que á una seña del canónigo, que aunque no habia conocido á Rogerio, le parecia prudente sospechar de todo tratándose de la viuda, Rosita se habia dirigido por sus habitaciones al gabinete en donde el general y su hermana habian entrado, y resguardada por la oscuridad oyó el siguiente diálogo:

—Vas á perdonarme, Rogerio, vas á perdonarme, decia Doña Paulina.

—¡Conque aun vives, Paula! ¡Ah infame! Escucha, y tú misma serás tu juez.

Dejemos á Rosita escuchando á la puerta, horrorizada, y entremos á fuer de curiosos novelistas al gabinete en que se hallan nuestros dos personajes.

Doña Paulina, á quien el general habia obligado á sentarse en un sillon, se cubria el rostro con las manos. Rogerio, en pié, se apoyaba en el respaldo de una silla, enfrente de la viuda.

—Despues de tu miserable accion, ¿sabes la vida que yo he llevado? prosiguió Rogerio con reconcentrada ira. ¿Sabes, que creyéndote muerta, he ido á arrodillarme á una tumba en donde solo se hallaba tu amante? ¿Sabes que he venido á México el año de 55 á buscar, aunque en vano, á tus hijos para besarlos en memoria de la mujer que me habia hecho matar á mi primero, á mi único hijo el dia mismo que se entregaba á otro? Decid, señora, que es lo que debo hacer con vos?

Doña Paulina contestó en frances:

—Matadme.

Rogerio se sentó, y cambiando bruscamente de tono, con una voz tan imperceptible, que Rosita apenas pudo percibir una que otra frase:

—Paulina, soy un necio. ¿Qué pueden hablar de infidelidades de amor dos viejos? Vos habeis dejado toda vuestra belleza en el cenador de vuestra quinta del Guadalquivir; allí mismo dejé yo mis pasiones. Ahora solo tengo un sagrado deber que cumplir, y al cual me ayudareis vos para expiar vuestra falta..... ¿Sabeis, Paulina, qué juramento hice sobre el sepulcro de..... mi esposa?

La viuda movió la cabeza.

Rogerio, sea por temor de que alguno le oyera, ó por un acto maquinal, se inclinó al oido de Doña Paulina y murmuró en frances, lengua ininteligible para Rosita:

—¿Os acordais de Pompeya?

—Sí.

—¡Ah, señora, que bella érais entonces!.....

La viuda hizo una verdadera mueca de vieja, que provocó un movimiento de marcado disgusto en el general.

Este movimiento no pasó desapercibido para la viuda, que lo pagó con una fugaz mirada de odio.

—Y bien, dijo Doña Paulina.

—¿Recordais que allí me dijísteis que queríais ser la amazona de una cruzada contra el matrimonio?

—Sí, lo recuerdo, respondió concentrándose la viuda.

—Lo que entonces era un deseo, ahora es una realidad.

—¡Oh!

—Escuchadme atentamente: yo dispongo de vos, pues que acabais de pronunciar vuestra sentencia de muerte. Ahora ya no hay aquí dos antiguos

Digitized by Google

amantes, pero vais á prestarme un juramento que os obliga terriblemente.

Rogerio habia pronunciado aquellas palabras con una entonacion solemne.

Como Doña Paulina, vacilaba en responder.

—Acordaos, señora, que estoy creado para la venganza, y que amo el escándalo. Los papeles que llevo en la bolsa pueden satisfacer con usura mis malos instintos.....

—Estoy pronta á todo, replicó al fin la viuda.

—Bien; mañana á las cuatro de la tarde saldreis de vuestra casa, ordenando á vuestro cochero siga al carruaje que parta del hotel de Iturbide. Mañana tendré el honor de pediros la mano de vuestra hija.

Cuando Doña Paulina y el general salieron del gabinete, ya todos los concurrentes de la tertulia se habian retirado. Cruzaron silenciosamente los corredores, y despues de despedirse de Rosita, que hacia en la sala los honores de la casa al compañero de Rogerio, el general y su amigo se hicieron conducir á la habitacion de Jorge, en San Cosme. Cuando hubieron salido de la casa de la viuda, Rogerio dijo al jóven que su peticion solo podria resolverse al siguiente dia por parte de la mamá, pues Elena, enferma, no podia ocuparse de asuntos tan graves.

Jorge escuchó al general con la febril impaciencia que la enfermedad agrega á los mas insignificantes deseos.

A las seis de la mañana del dia posterior, una mujer rigorosamente enlutada entraba á la Catedral. Tomó agua bendita, y despues de arrodillarse durante cinco minutos frente á la reja que cierra la comunicacion entre la metropolitana y la parroquia del Sagrario, se dirigió con paso lento y con la cabeza inclinada, hácia la puerta de la sacristía, junto á la cual hay un confesonario. Dos ó tres mujeres agrupadas en torno de aquel enorme mueble de cedro, rezaban devotamente. La recien llegada las saludó cordialmente, arrodillóse de nuevo, y sacando de su bolsa un librito forrado de terciopelo azul con guarniciones de plata, púsose á leer en esa sorda media voz de las personas que visitan frecuentemente el templo.

Aquellas mujeres formaban el grupo íntimo, digámoslo así, de las hijas de confesion del canónigo Don Salustiano Lara.

Seis minutos habrian pasado desde la llegada de la señora, en quien probablemente nuestros lectores han reconocido á Rosita, cuando el canónigo salió de la sacristía, y pasando majestuosamente frente á *sus ovejas*, se dirigió á un altar cercano, en donde acostumbraba decir su misa.

Todo lo que tiene de alegre y de pura la sensacion que produce la estancia en una parroquia linda y pequeña al despuntar el dia, allá en medio de los campos, cuando la esquila retozona del campanario mezcla sus agudas notas con las de las campanillas de los ganados, en que la voz del órgano como que pide alas á los trinos de los pajarillos, y la iglesia se llena con los perfumes de las flores, con tanta profusion regadas por el pavimento, tiene de prosaico el despertar de una vieja catedral, en un dia ordinario.

Hay algo semejante á descomunales bostezos, en esas enormes arcadas boquiabiertas, de donde parece desprenderse un hálito tibio y espeso que se condensa frente á las ventanas, haciendo parecer que las vidrieras sudan.

Los sacristanes andan sacudiendo sus llaves y con mezquinas lámparas en las manos, gente de fea catadura (es de advertir que todos los sacristanes son feos), hablando aquí y allí con algunas devotas que toman noticias del padre fulano ó zutano, sirvientes de la casa del Señor, cuyo amostazamiento y pertinaz somnolencia no desaparece hasta no ver en el platillo de las colectas una regular porcion de monedas.

Acá se sacuden las bancas, allá se barre una capilla, por todas partes se notan ciertos aires caseros profundamente contrastantes con la augusta majestad del templo católico.

No. Las catedrales, como todos los edificios de los hombres, exceptuando acaso algunos de la Grecia, por un privilegio divino del cielo al arte, pierden mucho en esas sorpresas matinales. Preciso es para los que quieran conocer ese ensanche del corazon que parece presentir á Dios en todo lo que es sereno y grandioso, acudir al templo á la hora en que la curva de la ogiva se pierde misteriosamente en la sombra; en que las oraciones y las lágrimas consagradas al Señor durante el dia, forman coros de ángeles que no se ven, pero que se sienten vagar como suspiros de tristeza por entre la majestuosa nave; en que el último rayo del sol abandona perezosamente la cúpula soberbia, como el avecilla que dormita en el nido y á quien la madre llama desde lejos.

Las obras de los hombres, siquiera sean las mas admirables, solo pueden compararse á la naturaleza en los últimos instantes de la tarde, en que la sombra borra los límites de la obra humana, en que el arco parece proyectarse en el cielo, en que la columna se desvanece en lo invisible: augusto ayuntamiento de lo grandioso y de lo ilimitado, de lo sublime y de lo infinito: la mano del hombre estrechada en la sombra por la mano de Dios.

Don Salustiano dijo su misa con cierta impaciencia, y con grande admiracion de los asistentes acabó el santo sacrificio en menos de un cuarto de hora. Tres minutos despues de su vuelta á la sacristía sentóse al confesonario, lo que indicaba con no menos admiracion de los que le conocian, que habia hecho poco caso del chocolate.

Acercóse Rosita á la ventanilla del penitenciario, á pesar de no haber llegado la primera, por una deferencia que usaban con ella sus hermanas de confesion, y entró en gran charla con su director espiritual.

Digitized by Google

Los sagrados Cánones, cuando prohiben tan severamente revelar los secretos de la confesion, se dirigen á los sacerdotes que la escuchan, y no á los seglares ó profanos que puedan adquirir noticias de ella. Hecha esta salvedad, y protestando que admiramos mucho al heróico patron de la Bohemia, San Juan de Nepomuck, nuestros lectores se harán cargo, en breves instantes, de lo que Rosita dijo á su confesor.

De la conversacion entre Rogerio y Doña Paulina, la beata solo pudo comprender algunas frases. Ellas le indicaron que existia un conocimiento muy antiguo entre los dos personajes; un lazo criminal entre ellos, que el tiempo no habia podido romper, y además no sé qué extraña cita á Doña Paulina para un juramento incomprensible. Las palabras dichas en español con que habia terminado la entrevista, referentes á Elena, fueron puestas escrupulosamente en conocimiento del canónigo.

Rosita recibió órden de vigilar todos los pasos de Doña Paulina dentro de la casa, y el canónigo se encargó de lo demas, para preservar la fortuna de su antigua amiga, del golpe que contra ella tramaban Doña Paulina y sus cómplices.

Como se ve, los millones de Rosita eran la constante preocupacion del buen Don Salustiano, y un vivo presentimiento le decia que en aquel instante se les tendia la red mas peligrosa. Así pues, se dispuso á la lucha, de la que esperaba salir avante, como otro tiempo en España.

CAPÍTULO XV.

GORRION EL DIABLO.

Una vez en su casa el canónigo, lo primero que hizo fué mandar una cartita á Cárlos, el jóven que hemos visto en nuestro primer capítulo abandonando á Elena en la mas apurada situacion.

El canónigo llevaba vieja y buena amistad con la familia de nuestro conocido, y este habia consultado frecuentemente á Don Salustiano durante sus amoríos con Elena.

Es evidente, se decia el canónigo que esperaba á Cárlos paseándose á lo largo de su sala de estudio, es evidente que lo que ha pasado en la Alameda con esos muchachos, estaba preparado muy de antemano. Aquí hay una intriga tramada contra el dinero de Rosita, contra mi dinero, porque yo le he salvado en España. Veremos..... ¿Quién será ese Rogerio, ese general? Si será el que fué amante de Doña Paulina? pero no, ese era un príncipe; ese era un primo de S. M. (aquí se inclinó el canónigo; hablaba de Napoleon III), de S. M. que el Señor muchos años guarde, y ademas, era casado. Sí; pero esas palabras de Doña Paulina, y llamarse tambien Rogerio el hombre ese..... En fin, de todas maneras habia que averiguar..... Manos á la obra.

El canónigo se sentó frente á un tremendo escritorio de caoba, sobre el cual habia un Cristo en marfil, regalo del padre Miranda, y escribió en un medio pliego de papel estas palabras:

«Mi querido Jacinto:

«Registra los apuntes que tienes en tu poder sobre los oficiales del ejército frances, y dime quién es la persona que en México llaman *el general Rogerio*.

«Tuyo,

SALUSTIANO.»

Cerrado el pliego, le puso en la cubierta: «Al padre Jacinto, en el Arzobispado.» Y lo envió inmediatamente á su destino.

Seguia el canónigo entregado á sus cavilaciones, cuando una criada entró á anunciar á Cárlos.

El jóven se presentó con una mal disimulada perplejidad, ante el hombre cuya influencia en casa de Doña Paulina le era bien conocida. Cárlos estaba perfectamente convencido de que Don Salustiano le llamaba para hacerle saber la decision de la familia de Casas, y aun de la misma Elena, que no podia menos de serle altamente desfavorable. Así, no fué poca su sorpresa cuando vió que el canónigo se le acercaba, y abrazándole cariñosamente, le sentaba á su lado, diciéndole:

—Ah, bribonazo! conque tambien sabemos hacer calaveradas, eh? Vamos, vamos, cuénteme vd. todo eso, que no he de tener poco trabajo para arreglarlo.

—Señor, estoy confundido..... y no sé cómo decir á vd.....

—Hijo mio, toda la ciudad cree que ese Jorge era el compañero de Elena en la Alameda. ¿Es esto cierto?..... No hay que vacilar, jóven, ya sabe cuánto me intereso por vd. y por la niña, á quien quiero como á una hija; así es que pelillos á la mar, y póngame al tanto de su negocio, que solo yo puedo remediar.

Cárlos adoraba á Elena, así es que apenas repuesto de la brusquedad con que el buen padre habia abordado el asunto, comprendió que era preciso salir de tan embarazosa posicion, por medio de una confesion lo mas sincera posible, pues que el señor Lara no era hombre capaz de dejarse embaucar por una mentira. En consecuencia, despues de la ligera pausa en que cupo la anterior reflexion, dijo:

—Señor, lo que la ciudad cree no es la verdad, á pesar de todas las apariencias. El compañero de Elena en la Alameda, era yo.

—¡Ah! bien me sospechaba eso. Veamos, veamos.

Cárlos contó como pudo cuanto habia pasado, procurando por supuesto disculpar su vergonzosa huida.

Dijo á Don Salustiano, que oyendo silbar siete ú ocho balas por sus orejas, supuso que era el hermano de Elena quien se acercaba, y sabiendo cuán peligroso era para su novia el que la encontraran

Digitized by Google

con un hombre, prefirió dejarla sola y retirarse con precaucion, resuelto á vigilar por ella; que cuando reconoció á Jorge no era ya tiempo de acudir, pues la ronda de policía habia llegado á la glorieta, así como algunos amigos de Elena y de él mismo, que no hubieran permitido la menor irreverencia por parte del atrevido interruptor de sus coloquios amorosos.

El canónigo escuchaba atentamente. Cuando Cárlos hubo concluido, pareció concentrarse un momento, y luego preguntó:

—¿Cómo cree vd., hijo mio, que Jorge pudo saber la cita de vdes. en la Alameda?

—Ignoro cómo.....

—Vd. dió á Elena por escrito la cita?

—Sí.

—Quién llevó esa carta?

—Una criada muy fiel de Rosario la amiga de Elena.

—¡Ah! y..... ¿por qué dice vd. que es una criada muy fiel?

—Porque hace mucho tiempo que sirve á Rosario, y esta nunca ha tenido motivo para quejarse.

—Diga vd., ¿esa niña, no es amiga de Jorge?

—Y tanto: hace diez meses por nada se casan.

—¡Ah! ¿Y ya entonces la criada servia á Rosario?

—Pues no. Si hace cinco años que está en la casa.

—Pues mire vd., jóven; vaya á escribir una carta á su Elena, lo mas elocuente que pueda; pero no la mande con la criada de Rosario. Démela, que yo la haré llegar á su destino. En cuanto á la criada, ¿cómo se llama esa criada?

—Filomena, señor.

—Pues en cuanto á Filomena, entréguele una carta que no diga nada, y envíela, que si llega, yo me encargaré de explicarlo todo.

—Ahora mismo lo haré.

—Bien; ¿á qué hora tendrá la Filomena esa carta?

—Son las diez; á las doce.

—Bueno. Vaya vd., pues, hijo mio, y envíeme hoy mismo su epístola amatoria; trataremos de arreglar eso. Adios, Cárlitos, adios, y andar listo, porque si se descuida, le birlan la muchacha y la dote mas lindas de México.

Cárlos salió sorprendido en alto grado. Jamas Don Salustiano de Lara habia usado de tanta confianza ni habia alentado así los amores del jóven Mirel. Tan cierto era esto, que Cárlos estaba convencido de que el canónigo se oponia á su matrimonio, por las constantes dificultades que se complacia en buscar para el enlace proyectado, y porque mas de una vez habia dicho á la excelente madre de Cárlos que su opinion irrevocable era que Elena no debia casarse antes de tres años.

Como el pobre de Cárlos no era muy aventajado en eso de penetracion, quedóse á medio camino en sus hipótesis, porque ya le dolia la cabeza, y fué á hacer lo que Don Salustiano le habia aconsejado.

En cuanto el canónigo se vió solo, llamó dos ó tres veces con el timbre, lo cual indicaba que su humor se iba ennegreciendo cada vez mas.

Presentóse un criado.

—Llámame á Delfin, dijo Don Salustiano.

A poco rato entró Delfin.

Delfin era un mesticillo casi redondo, lampiño y de magníficos ojos. Vestia con cierta elegancia. Delfin era el *dandy* de los camaristas.

—Delfin, tú conoces á la señorita Rosario Zurbaran?

—Sí, señor.

—Y á una criada que tiene, llamada Filomena?

—Mucho, señor.

—Ah! conque mucho, eh? bueno. A las doce debe ir una persona á entregar una carta á tu conocida, y esta debe en seguida llevarla á alguna parte. Tú me dirás adónde y á quién lleva la carta la Filomena.

—Sí, señor, está bien; pero es el caso que..... que á Filomena le gustan mucho los rebozos y el buen vino.

—Allí hay, dijo el clérigo sacando de un cajon un cartucho de dinero, para rebozo y vino. Anda bribon..... Oye..... al pasar por la puerta de Catedral, dices al tullido *Gorrion* que venga acá al instante. Vete.

El tullido *Gorrion* era un mendigo que acostumbraba sentarse en demanda de limosnas, junto de una de las puertas laterales de la Catedral.

Gorrion tenia setenta y ocho años, pero viéndole de cerca parecia tener cincuenta. Sus dientes estaban intactos, negros los tupidos crespos de su cabeza, y brillantes y decidores sus ojos aceitunados. Pedia limosna porque *tenia una parálisis* en ambas piernas, que le obligaba á andar arrastrándose.

En cuanto recibió el recado del canónigo, recado que le dió Delfin inclinándose hácia él como para darle una limosna, se puso en marcha trabajosamente hácia la casa de Don Salustiano, que felizmente no distaba mucho de la metropolitana.

Como el señor canónigo hacia tanta caridad al *tullido* este no tuvo inconveniente en llegar al despacho, situado en el piso bajo.

Cuando hubo entrado saludó al canónigo humildemente.

—Estamos solos, Gorrion, dijo el clérigo.

—Pues muy buenos dias, viejo, dijo este incorporándose y estirando las piernas con suma presteza. ¿Qué te se ofrece?

—Me se ofrece algo de muy grave, y hoy ó nunca debes justificar en mi favor el nombre de *gorrion el diablo* que te dábamos en casa.

—Pues desembucha, negro, desembucha. Daca un polvo.

El canónigo alargó su caja de oro al pordiosero que hundió en el rapé sus dos dedos, cerrando los ojos con delicia.

—Es preciso que hoy, á las cuatro de la tarde,

Digitized by Google

sigas un coche que hallarás estacionado frente al hotel de Iturbide, y que echará á andar tan luego como aparezca por la esquina de la calle de Vergara la berlina de la Sra. de Casas.....

—¡Ah! aquella.....

—Sí, aquella.....

—Bueno, en los dos coches deben ir probablemente algunas personas; síguelas, averigua qué vienen á hacer, adónde van y..... toma para Consuelo.

—Que está cada dia mas linda.....

—Anda, ve, oye, y si es preciso entra en la casa y saca cuantos papeles puedas encontrar. No olvides que si no andas listo en este negocio, adios de mi dinero.....

—Sí, y del mio, puesto que juntos hemos de ganarle.....como buenos hermanos: no es eso, viejo?

—Sí, anda.....

—Adios.

Gorrion el diablo, como habia llamado el canónigo al mendigo, era hermano carnal de D. Salustiano, y los dos habian nacido en San Juan del Rio. Su padre, que era el cura de la villa, empezó por hacer de ellos dos sacristanes, mientras podia hacer dos obispos.

D. Salustiano, aunque parecia mas viejo, era diez años menor que Gorrion, cuyo nombre de bautismo era José. Pronto el bueno del cura perdió la esperanza respecto del mayor de sus *sobrinos*, porque una falda le volvia loco, y solo estaba contento cuando oia retozar la traviesa jarana en los fandangos y velorios. Ademas, como desde nuestro padre Adan, Vénus y Marte andan juntos, José era el mozo mas pendenciero y que jugaba mejor una navaja en diez leguas á la redonda. A los veinticinco años se alistó en un cuerpo de americanos, como se decia entonces, para ir á combatir la rebelion recientemente aparecida en Dolores. Se batió con denuedo y fué hecho alférez; pero á poco tiempo un consejo de guerra le condenó á diez años de grillete por haber robado hasta la camisa á un viejo cura, y si no es porque al general Calleja le habia caido en gracia José, lo hubiera pasado muy mal. Fugóse de la cárcel de Querétaro, y estuvo viviendo oculto en San Juan del Rio. Allí le recogió el general Iturbide cuando iba á sitiar á Luaces. Siendo ya capitan nuestro hombre, fué dado de baja por el general Guerrero. Fuése á Oajaca á ejercer su oficio de platero, y á poco tiempo partió para la América del Sur, despues de barrer con todo lo que tenia su patron.

Pasaron muchos años.

El año de 47 apareció José en su país, pero mandando una contra-guerrilla en el ejército invasor.

Despues de los convenios de Guadalupe, Don Salustiano, que acababa de recibir las Ordenes Sagradas y que empezaba á tomar grande influencia en los conciliábulos del partido reaccionario, consiguió colocarle á su lado, pero bajo una condicion.

Héla aquí:

José debia renunciar delante del mundo á llamarse hermano del *padrecito* Lara, como le decian entonces sus colegas.

Al oir esta extraña proposicion José se puso sombrío. Una lágrima rodó silenciosamente por sus tostadas mejillas; pero ni por un instante pensó en oponerse á la voluntad de su hermano.

Simplemente pidió licencia para ir á Guadalajara.

—Ve, le dijo su hermano: casualmente allí nos puedes ser muy útil.

José estuvo en Guadalajara, y se aburrió de una manera inconcebible, y tanto que si no es por formal prohibicion de su hermano, José se habria regresado á la otra América, en donde pensaba llegar á ser general uno ó dos años antes que aquí.

Al partir para España Don Salustiano recibió una carta de José en que le decia que habia salido de Guadalajara para formar parte de una gavilla que se habia pronunciado por los fueros del clero y del ejército, infamemente conculcados por el presidente Arista.

Esto queria decir que José se hacia ladron de camino real.

Despues del triunfo del plan de Uraga y Suarez Navarro, José, arrastrado por una simpatía instintiva hácia López de Santa-Anna, logró el ser colocado en el número de los asistentes de S. A. S., y en calidad de tal acompañó á su amo durante la campaña del Sur, y despues en el destierro. Compañero fiel de aquella desgracia envuelta en millones.

Pero el ilustre general fué asáz ingrato con su asistente, pues si este no anda vivo, le encierra en la cárcel de Cartagena por un pequeño robo de seiscientas onzas hecho *al de la Mesilla*.

José vino á México el año de 57; naturalmente en aquel tiempo en que las intrigas reaccionarias estaban en su apogeo, el hermano del canónigo no paraba ni de dia ni de noche, y no solo se empleaba en llevar recados del palacio arzobispal al convento de la Merced ó de San Francisco, y de estos á alguna imprenta muy conocida, sino de México á Puebla, Querétaro, etc.

No habia hermano lego ni hermana tornera que no conociese á Gorrion, como ya entonces se le llamaba, porque los criados del señor canónigo habian oido á este darle tal nombre, y le habian divulgado.

Gorrion se enganchó en las filas del ejército reaccionario, pero sus instintos eran mas fuertes que sus principios, y una vez le dominaron de tal modo que pescó la caja del capitan pagador, con la firme intencion de venir á México, depositar el dinero y volver á otra division del ejército reaccionario, en el que sin remedio se haria matar gritando: religion y fueros!

El general Osollo era hombre que se preocupaba poco con esas buenas intenciones, y una vez aprehendido el antiguo soldado de la cruz y sin la menor consideracion por sus servicios, dió órden de

Digitized by Google

que le ejecutaran, y José Lara fué pasado por las armas.

Ese dia nació Gorrion el diablo.

Fusilado al borde del camino, en un dia de marcha, nuestro hombre, con tres balas en la cabeza que le desfiguraban horriblemente, y una en el muslo derecho, permaneció trece horas sobre la carretera en donde habia sido abandonado como muerto, hasta que unos arrieros que acertaron á pasar por aquel sitio, echáronle sobre los lomos de una acémila, llevándole como mejor pudieron á San Luis Potosí.

Por espacio de seis meses permaneció José en el hospital. Cuando se vió completamente bueno, vino á México. Desde entonces se dedicó á pedir limosna con bastante buen éxito.

No pudiendo resistir al deseo de abrazar á su hermano, presentóse una ocasion en casa del canónigo. No dejó de desazonar al buen Don Salustiano el conocimiento de la nueva posicion de José. Sin embargo, su inquietud hizo muy pronto lugar á una especie de gozo secreto. El primer movimiento del canónigo fué un cierto pesar fraternal: el segundo provino de un cálculo de política.

En efecto, José ó Gorrion, como de aquí en mas le llamaremos, era un sólido punto de apoyo para remover esa entraña social que se llama la plebe, causando así un trastorno en el cuerpo social, llegado el momento oportuno.

La Reforma habia sido sentenciada á morir en la cuna, por esos Herodes que fraguaron el plan de Tacubaya. La tremenda y misteriosa palpitacion de la sociedad mexicana, sacudida por unas cuantas palabras mágicas, habia revelado que el niño estaba en salvo, y que esa sublime hija del Evangelio se llamaba ya legion, para llamarse mañana pueblo, es decir, victoria.....

—Victoria, eso nunca, decia Don Salustiano contemplando extático un retrato de Napoleon III colocado en la sala de su casa.

De todos modos, era preciso estar prontos al combate.

Gorrion recibió órden de permanecer en aquel estado para servir mejor los intereses de la Santa Hermandad.

La popularidad del tullido entre la *gente del bronce* era inmensa. Se habia formado un ejército en los barrios de la capital, que tenia una gran confianza en su gefe, y que podia moverse á una órden suya como un solo hombre.

En este ejército tenian no pequeña parte las mujeres y los chicuelos. Si mis lectores se resignan á leer hasta el fin estos pobres ensayos, probablemente verán á esa multitud en uno de los mas extraños episodios de su sombría labor.

En los años de 61, 62 y 63, siguió nuestro hombre prestando sus servicios, pero durante los angustiosos dias que precedieron á la ocupacion de la capital por los invasores, el tullido desapareció de México.

Gorrion se habia convertido en correo entre Orizava y el palacio arzobispal.

En los primeros dias de la Regencia Gorrion se reposó; pero desde la salida de Monseñor Labastida, de aquel célebre conciliábulo, volvió nuestro hombre á la vida activa.

Nada de esto impedia que el canónigo ocupase á su hermano en asuntos enteramente suyos, como veremos luego; pero Gorrion jamás se rehusó á ellos.

Aquel miserable tenia dos afecciones inmensas en el mundo: su hermano y una pobre huérfana recogida en las calles de México, que se llamaba Consuelo.

Consuelo se educaba entonces en un convento, y parecia decidida á profesar. El mendigo no pedia á aquella niña que le debia la vida, mas que un beneficio que para él no tenia igual en este mundo.

El de llamarle padre.

Gorrion pagaba aquella palabra con una muda y perpetua adoracion.

El cariño del inválido por su hermano tampoco tenia límites.

La inteligencia de Don Salustiano habia dominado completamente y desde pequeño á aquel hombre de fierro.

Si Gorrion volvió á México desde la América del Sur, fué nada mas que por ver á su hermano.

Habia deificado en su alma aquella vulgar y repulsiva figura del canónigo.

Cuando el general Osollo le mandó fusilar, estas solas palabras le hubieran salvado:

—Soy hermano del canónigo Lara.

Pero Gorrion ni siquiera hizo esa reflexion. Don Salustiano le habia prohibido llamarse hermano suyo, y eso bastaba.

Entre disgustar á su hermano ó morir, la decision de Gorrion era muy simple y excesivamente natural para él.

Por eso se dejó fusilar sin murmurar una palabra.

Antes de concluir este bosquejo añadiremos que Gorrion cantaba muy bien, cualidad que desde niño le habia valido el apodo de Gorrion por parte de sus compañeros de colegio.

A este sobrenombre agregaban sus amigos el de *Diablo*, por las aventuras é infernales calaveradas, que hacian de Gorrion el terror de los hombres y el encanto de las mujeres en San Juan del Rio.

Y hasta cuando nuestro sugeto era capitan en el ejército de las tres garantías, los soldados de su compañía le llamaban «el gefe Gorrion el Diablo.»

Este extraño personaje, cerca de ocho horas despues de haber salido de casa de su hermano, se dirigió por las calles del Empedradillo, Plateros y San Francisco, hasta la puerta del Hotel de Iturbide, en donde esperó cosa de una hora.

A poco un elegante cupé que venia por las mismas calles que acababa de recorrer Gorrion, fué á pararse á las puertas del hotel.

Digitized by Google

El tullido veia atentamente.

En el pescante del cupé iban dos personas: el cochero, cuya fisonomía era muy vulgar, y el lacayo, que era un hombrecillo pálido, de mirada penetrante é inmensa barba, negra como el ala de un cuervo.

Gorrion examinó rápidamente á aquellos dos hombres. Apenas tuvo tiempo para fijar la vista en ellos, cuando el hombrecillo bajó ágilmente del pescante y se introdujo en el hotel.

—Una limosna, hermano, por el amor de Dios, murmuró Gorrion encarándose con el cochero.

Este sacudió suavemente la punta de su látigo en el sombrero del mendigo, diciendo en su endiablada media lengua:

—Ah, bougre! tu poder bian travacar, va. Nongañar tú mesicano poltron.

—Una limosna, hermano, por amor de Dios, á este pobre impedido.....

—Encore..... dis donc, tener tu hicos muqueras.....

—Siete muqueras tener, contestó Gorrion remedando al frances.

—Ah, le bougre!..... y par dónde vivir ellas.

—Por ahí, contestó el tullido señalando con la cabeza el rumbo de la Alameda.

—Ah! en San Cosme..... yo ser muy siempre allá. Ura voy..... yo veré tus hicas.....

—No, qué, si yo vivo hasta cerca del panteon de los ingleses, dijo Gorrion.

—Oh! yo llevar mi amo muy cerca..... casa Don Corque.

En este momento aparecieron el general y su lacayo en la puerta del hotel.

Al ver á Rogerio, murmuró Gorrion muy bajo:

—Esta cara no se me olvidará nunca.

Y se puso en marcha rumbo á San Cosme, no sin despedirse antes de su amigo el cochero.

Llegado á la plazuela en donde está hoy la estatua de Morelos, se internó por un sucio y estrecho callejon, y no volvió á aparecer.

Una hora despues, un anciano militar, lleno el rostro de cicatrices y de canas la cabeza, se hacia servir tamales en el tan conocido figon de la tia N. en el barrio de San Cosme.

El paso de dos carruajes le sacó de su sabrosa ocupacion.

Los siguió el militar con la vista hasta que se detuvieron frente á una casa de bella apariencia. En seguida tomó el camino contrario al que habian traido los coches, anduvo unos cinco minutos, y torciendo sobre su izquierda, penetró en las colonias.

Allí se le reunió otro individuo que le acompañó por el *potrero* hasta ponerse á espaldas de la casa en que los coches se habian detenido.

A doscientos pasos de la tapia que cerraba el huerto de aquella habitacion, habia una zanja como de dos metros de ancho, y llena de agua hasta muy cerca del borde.

Sentóse sobre el césped el militar, descalzóse, quitóse sombrero, levita y chaleco, y todo lo ocultó cuidadosamente á orillas de aquella zanja. Luego se aproximó á la tapia, miró en derredor de sí, como queriendo cerciorarse de que nadie le veia.

Seguramente su inspeccion le dejó satisfecho, porque saltando con gran presteza sobre los hombros de su compañero, se puso á horcajadas sobre el muro; pero en lugar de bajar agarró la rama de un magnífico fresno, y se perdió dentro de la hojosa copa.

—Juanillo! gritó á poco, aquí me quedo; no hay nadie en el huerto. Sin duda han hecho retirar á los criados.

—Adios, contestó lacónicamente Juanillo, que era un robusto moceton de veinticinco años.

Y se alejó.

El hombre aquel, con la agilidad de una ardilla, bajó del árbol y avanzó cautelosamente hácia la casa, que como habrán adivinado nuestros lectores, no era otra que la de Jorge.

Un ruido como el que hacen al hablar muchas personas, guió á nuestro hombre.

Una vez colocado frente á la gran ventana por donde salia aquel murmullo, escuchó, guarecido por el tronco de un árbol: luego sacó un poco la cabeza, y vió.

La vegetacion era allí exuberante; por todas partes se veian parietarias y flores. Nadie podia descubrir al viejo militar, cuyo nombre, conocido de nuestros lectores, era Gorrion el Diablo.

Encaramóse al árbol que le ocultaba, buscó un sitio cómodo entre el ramaje, y miró atentamente.

En un espacioso gabinete lujosa y caprichosamente amueblado, estaban sentados varios personajes que hablaban alegremente entre sí. Frente á una mesa estaba sentado el hombre que el tullido habia visto en la puerta del Hotel de Iturbide; de un lado, y hojeando grandes libros, estaba un oficial frances; del otro, un jóven casi acostado en un sillon y que parecia muy enfermo.

El que parecia presidir aquella reunion tocó una campanilla de oro. Todos guardaron silencio.

Gorrion el Diablo asistia á una sesion de los Hermanos del crímen.

CAPÍTULO XVI.

ELENA.

En contestacion al billete del canónigo, el padre Jacinto, nombre que daremos á una de las lumbreras del clero mexicano, habia escrito en un largo pliego de papel, segun una vieja costumbre suya, lo que vais á leer:

«Salustiano de mi corazon:

«El personaje que en México llaman *el general Rogerio*, no es otro que el ínclito y excelso señor conde de Schauenbourg, pariente de S. M. Cristia-

Digitized by Google

nísima, y muy amado de S. S. Si no recuerdo mal, tú me has hablado de él.

«Téngate el Señor en su santa guarda.

JACINTO.»

—Conque era él? decia el canónigo palideciendo densamente al leer el billete.

Púsose su manteo y se dirigió á casa de Rosita.

—Recuerda vd., hija, del hombre que le he dicho era en Sevilla el amante de Paulina?

—Sí, padre.

—¿Recuerda vd., Rosa, qué horror se apoderó de su alma cuando le conté los crímenes, escándalo de España, de que fueron autores ese hombre y su cuñada?

—¡Oh! sí, padre.

—Pues bien, el general Rogerio, el que ayer por la noche ha tenido una conferencia con Paulina, es...

—¿Quién es, señor?

—El conde de Schauenbourg..... dijo solemnemente el canónigo, desplomándose sobre un sillon.

Rosita se habia quedado profundamente pensativa.

—¿Qué dice vd. de eso? vamos á ver.

—Padre, estamos muy expuestos.

—Por lo pronto, ese hombre trama un complot contra la fortuna de vd.

—Contra nuestra fortuna, padre.

—Sí; en este momento el tullido Gorrion debe estarse enterando de lo que hay en este particular.

—¿Pero por qué medios piensa ese hombre.....?

—Es muy sencillo, señora. El general trata de casar á uno de sus secuaces con Elena. Ahí tiene vd. explicado el asunto de la Alameda.

—No entiendo.

—Pues es lástima, porque estamos en momentos muy difíciles, y es preciso concentrar en esta lucha todos nuestros sentidos.

—¿Tan temible es ese hombre?

—Ese hombre es primo de Napoleon III, é hijo muy amado de Pio IX. Si fuera él solo, qué me importaria, bah! lo haria añicos; pero detrás de él hay una tiara y una corona.

—Pero cómo el Santísimo Padre puede favorecer.....

—Hija, seria inútil decírselo á vd. Bástele saber que nuestro enemigo en este momento está protegido por lo que mas queremos en la tierra. El general es el verdadero paladin del trono y el altar.

—Entonces, padre, es inútil luchar; resignémonos.

—Rosa, yo sé lo que hago. Si la he pintado nuestra situacion tal como es, fué simplemente para que considere que estamos jugando una partida suprema. Pero eso no quiere decir que huyamos el peligro, pues que tenemos un deber que cumplir.

—Rogaré al Señor.....

—Sí, sí, replicó el canónigo con cierta impaciencia; pero es preciso, ademas, hacer lo que yo.....

—Lo que vd. mande, padre mio.

—Rosa, es preciso que Elena no se case con ese Jorge ó diablo..... Para ello nos vamos á aprovechar del tonto de Carlitos Mirel, á quien ella ama. Esta tarde le daré á vd. una carta para esa niña. Debe leerla y contestar inmediatamente.

—Pero padre, mi sobrina está enferma.

—Mejor, señora.

Rosita inclinó la cabeza; bien acostumbrada estaba á enmudecer ante aquella voluntad de acero.

—Hasta la noche, y que Dios nos proteja, murmuró Lara, saliendo del aposento de su hija espiritual.

Rosita se quedó llorando; el canónigo se metió en su coche y se dirigió á su casa. Cárlos Mirel le esperaba para darle la consabida carta.

Recibióle Don Salustiano dando á besar al jóven su velluda mano.

En seguida se sentó á su escritorio.

—Voy á dar á vd. una carta para el señor su padre, caballerito. En ella, y como altamente interesado por el honor de esa niña, á quien sabe cuánto quiero, le suplicaré acceda al ruego que va vd. á hacerle, con la humildad y respeto debidos. Estamos?

—Pero señor, ignoro cuál sea esa súplica.

—Una muy sencilla. Su consentimiento para que vd. contraiga matrimonio con Elena, dentro de dos ó tres dias.....

—¿Estoy soñando.....?

—Dejémonos de chanzas, amigo mio. Yo no tengo que cuidar de sus sueños. Está vd. resuelto á casarse?

—Sí, padre.

—Pues se casará vd. Hé aquí la carta. Tráigame vd. mismo la respuesta. Adios.

Cuando Cárlos Mirel se hubo retirado, el canónigo desplegó lentamente el blanco y perfumado billete que el amartelado Cárlos enviaba á Elena.

Decia así:

«Amor mio:

«No quiero disculpar un proceder que te ha de haber parecido extraño. Todo ha venido de un error mio. Pensé que abandonándote disminuia la cólera de tu hermano, á quien creí en la Alameda. Adios, Elena mia; si te he ofendido, aborréceme, despréciame, y aun eso que para mí seria la mas infernal condensacion del dolor, no bastaria para castigar al que por un instante se hubiera olvidado de permanecer de rodillas en tu presencia. Pero si crees, si alguna vez has creido en mi amor, perdóname..... Adios.....

CÁRLOS.»

—Hum! hizo el canónigo, y qué estúpidos son los jóvenes de hoy, y qué necios y..... vaya, las novelas de donde en mi tiempo se copiaban las cartas amorosas, son infinitamente mejores que las del dia, ¡qué tiene que ver! Guardemos la cartita para dársela á esa buena de Rosita.

Pidió en seguida su almuerzo, que consistia en media docena de huevos, una buena lonja de terne-

Digitized by Google

ra, filetes de trucha en salsa de perejil y un pollo con trufas.

El canónigo habia aprendido á comer bien en Europa, y aborrecia de muerte los platos mexicanos. Las ideas intervencionistas de Don Salustiano iban desde el litoral de la nacion mexicana hasta su estómago. El imperio y las trufas, hé aquí su sueño político-gastronómico. Entre esos dos extremos habia un *trait d'union*, los millones de Rosita.

Como á las cuatro de la tarde, cuando el canónigo calculó que ya Doña Paulina se habria dirigido á la cita que Rogerio le habia dado, tornó á casa de la viuda para entregarle el billete que debia leer Elena.

Rosita se dirigió de puntillas al cuarto de su sobrina, mientras Don Salustiano recorria á grandes pasos la sala esperando el resultado de la carta, y meditando profundamente.

Elena no estaba sola: Rosario la acompañaba.

La enferma dormia tranquilamente, apenas envuelta en blanquísimas sábanas de holanda, bajo las cuales un ténue lampo nacarado, perdido aquí y allí entre los dobles pliegues del lienzo, indicaba la presencia de un cuerpo lleno de morbidez y de juventud.

La cabeza de Elena, una maravilla del cielo, descansaba sobre su brazo cuyas líneas de una belleza ideal parecian veladas por las apretadas masas de rizos negros que con una profusion incomparable rodaban sobre el seno y en derredor del busto praxitelesco de la niña.

Es imposible decir todo lo que habia de artístico y de tropical en aquella divina figura.

Aquella frente de ángel tan recta, tan pura; aquellas dos cejas de una curva tan llena de finura y de brillo; las sombras azuladas que vivificaban los perfiles frescos y ovalados del rostro, que se condensaban un tanto bajo los párpados y sobre los incomparables labios de aquella boca incomparable, todo eso hacia que los que veian por primera vez á Elena con los ojos arrobados por la admiracion, la perdian de vista con el pecho lacerado por el amor.

Decimos lacerado, porque la belleza de Elena parecia destinada á producir celos. Belleza fatal.

Cuando se estrechaba su mano tibia y nerviosa, habríase querido ver el desplomamiento del mundo en derredor de aquella maga.

Las blondas de su peinado, el broche de oro de su corsé, sus guantes, su *clarin de las selvas*, su maceta de nardos, todo, todo inspiraba celos á los adoradores de Elena.

Belleza fatal.

Pobre niña! ¡qué extraña adivinacion fué la mia cuando en los versos que puse en tu álbum, casi mis primeros versos, recordé aquel de mi inmortal Quintana:

¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!

Pobre Elena, tan apasionada, tan vehemente, tan poeta. ¡Quién te dijera que el estudiante que habias querido conocer para darle en cambio de unas coplas insignificantes, un premio, una flor que en tu peinado habia desechado su perfume nativo para impregnarse con el de tus cabellos, habia de contar al mundo tu vida y tu.....

Olvidemos las lágrimas.

Elena tenia mucho gusto, creo que ya lo hemos dicho; por eso habia hecho colocar un piano en su alcoba. Elena era una *virtuosa* consumada y adoraba la música, y como tenemos todos una tan marcada tendencia á rodearnos para dormir de todo lo que mas queremos, como si creyéramos que esos objetos simpáticos á nuestro ser, y que para nosotros tienen una alma, deben cuidar de nuestro sueño, no habia podido resignarse á ver lejos de sí, durante esos instantes de forzosa concentracion á que estamos obligados antes de dormir, á su lindo Pleyel, pues aunque parezca extraño, Elena, que era de tan fogoso carácter, preferia la música melancólica y tierna, á la pomposa y brillante, y sabido es que para la primera, al decir de los inteligentes, son admirablemente apropiados los instrumentos de Camilo Pleyel.

Un piano en una alcoba de muchacha es lo mas elegante, lo mas primoroso que hay. La lira, junto del poeta, en los bosques y en las playas, que es en donde los poetas sueñan; el piano, junto del tocador, cerca del lecho, que es en donde sueñan las mujeres.

Hemos dicho que Elena dormia. Ya al pié de su cama no estaba la celeste María, que vivia en el campo y cuya madre se hallaba tambien enferma; pero sentada al piano y jugando con las teclas de marfil se encontraba Rosario.

Uno de sus piececillos, calzado de negro, levantaba graciosamente la falda de su vestido de seda color de malva y se apoyaba con negligencia en el pedal; sus manecitas de jazmin arrancaban al piano las últimas notas de una *reverie* de Halevy, cuyos arrullos habian adormecido á la enferma.

De cuando en cuando tomaba de una bombonera de cristal una pastilla que saboreaba con delicia.

Haria un cuarto de hora que dormia Elena, cuando entró la tia Rosita. Acercóse á Rosario y le dijo al oido:

—Chiquilla, tengo que decir dos palabras á Elena.

—Pero si está durmiendo.

—*Aunque.*

—Pero tia, si el médico ha dicho que se la deje dormir.....

—Eso no le hace; es un negocio muy grave.

—¡Ah! entonces es otra cosa..... Y bien, ¿por qué no la despierta vd? qué yo no puedo oir?

—Mira, Charito..... ella te dirá despues.....

—Está bueno, está bueno..... ya me voy.....

Y esto diciendo con una mueca encantadora, la linda muchacha cogió un puñado de pastillas y se alejó ligeramente, mirando con coquetería su larga cola de seda que barria la alfombra.

Digitized by Google

Rosita despertó á su sobrina y se sentó á los piés del lecho.

—¿Qué quiere vd., tia? tenia yo un sueño tan lindo.....

—¿Qué soñabas, hija mia?

—Ya no recuerdo, dijo Elena poniéndose muy colorada..... pero vd. tiene algo que decirme.....

—Toma esta carta, dijo Rosita alargando á su sobrina el billete de Cárlos.

—¡Ah! ¿qué me dirá este hombre?.....

—¿Qué, estás muy enojada con él, mi vida?

—¿Y cómo tiene vd. este billete, tia? dijo Elena esquivando la respuesta.

Rosita se turbó; no habia previsto aquel incidente.

—Pues..... un criado de ese jóven..... seguramente..... me recomendó mucho.....

—Y dígame vd., tia, proseguia Elena con una tenacidad que desconcertaba á la beata, ¿cómo es que vd., que siempre me ha aconsejado que corte mis relaciones con Cárlos, ha aceptado esta comision, sobre todo despues de lo que ha pasado?

—Es muy sencillo, hija, precisamente por eso mismo, por lo que ha pasado..... Tú comprendes que cuando ese muchacho ha estado contigo..... á una hora y en un lugar tan impropios..... no queda otro remedio que casarse.

—¿Casarse con quién?.....

—Pues con quién ha de ser, chula, con Cárlos, respondió con cierta impaciencia Rosita.

—Pero si no me han encontrado con Cárlos en la Alameda, sino con Jorge.....

La tia quedó enteramente desconcertada. Su cara tomó sucesivamente todos los colores, y solo pudo balbutir algunas palabras.

—Sí; pero es que Cárlos dice..... que él.....

—¡Ah! ¿vd. ha hablado con Cárlos?

Elena, que habia sospechado una trama cuyo objeto ignoraba en verdad, pero cuya existencia indicaba á las claras el afan de Rosita, se habia propuesto ser implacable para con su buena tia.

—No, hija, contestó la beata perdiendo mayor terreno cada vez, no me ha hablado á mí precisamente; pero.....

—¿A quién se ha dirigido entonces?.....

—Hija mia, quiere decir que tú no quieres casarte con ese jóven.....

—¿Por qué dice vd. eso, tia?.....

—Dale con tus *porqués*, pues eso se ve claro; ese muchacho te ha comprometido ante los ojos de la sociedad y.....

—¿Y vd. cree, señora, que todas las sociedades del mundo me pueden obligar á casarme con un hombre que desprecio?

—¿Pues qué piensas hacer?

—Lo mas sencillo, casarme.

—¿Y eso es lo mas sencillo? estás loca.....

—Sí; tal vez la fiebre, dijo Elena sonriendo con sarcasmo.

Despues de una pausa, Rosita, que no podia resignarse á dejar el terreno en tan completa derrota, volvió á anudar el diálogo.

—Dejémonos de chanzas; voy á hablarte con franqueza.

—Eso esperaba; ya escucho.

—¿Sabes que ese Jorge ha pedido tu mano?

Un relámpago brilló en los ojos de Elena.

—No lo sabia, contestó.

—¿Sabes con qué objeto? Con el de apoderarse de tu dinero.

—Yo no tengo dinero.

—Pero Dios y la honradez de tu padre me lo han dado á mí y por consiguiente á vdes., que son los hijos de mi pobre Manuel, es decir, lo que yo he querido mas en este mundo.

Elena llevó silenciosamente á sus labios una mano de su tia, quien á su vez la besó sobre los dos ojos con una pasion infinita.

—¿Y quién le dice á vd., tia de mi alma, que Cárlos no tenga las mismas intenciones?

—Pero, en fin, Cárlos es un muchacho rico, de familia decente, y aunque de Jorge se puede decir lo mismo, todo el mundo sabe, sin embargo, que es un calavera infame; y luego, seria un bonito casamiento el tuyo estando el otro en peligro de muerte.

—¡Cómo de muerte! dijo Elena dando un brinco en su cama.

—Sí, tu hermano le dió ayer mismo una estocada, á la que es difícil que sobreviva.

Elena palideció horriblemente y dejó caer su cabeza sobre las almohadas. Rosita, alarmada al ver el estado de su sobrina, llamó á Rosario. Esta acudió con tanta prontitud, que la beata no pudo menos de sospechar que su conversacion con la enferma habia sido escuchada.

—Ya me voy, dijo á Rosario; si has oido lo que hemos hablado, aconseja á tu hermana Elena que adopte el único medio que hay para salvar su honor y su fortuna: su casamiento con Cárlos.

—No creia yo poder aborrecerle tanto, murmuró Elena cuando su tia se hubo retirado.

—¿De quién hablas? preguntó Rosario.

—De ese imbécil de Cárlos. Díme, ¿puedes hacer llegar una carta á Jorge esta misma noche?

—Sí puedo, con Filomena.

—Está bien; dame un pliego de papel y una pluma.

Rosario fué al otro cuarto, de donde á poco volvió con lo que Elena habia pedido. Esta escribió:

«Caballero Jorge:

«Acabo de saber que vd. ha pedido mi mano. Yo acepto, con la condicion de que renuncie vd. á mi fortuna.

ELENA DE CASAS.»

—Pero, hija, exclamó Rosario recorriendo rápidamente las líneas escritas por su hermana; ¿sabes que has olvidado muy pronto á tu prometido?

—Qué quieres, así soy yo. Toma, mi vida, y no te olvides de mandarla.

Digitized by Google

—Despues de todo, yo me alegraré en el alma de que vdes. se casen. Tú eres tan linda, él es tan guapo.....

CAPÍTULO XVII.

NI DIOS, NI AMOR, NI FAMILIA.

Los miembros de la sociedad cuya divisa titula el presente capítulo, se reunieron en casa de Jorge por segunda vez, convocados por el general, para una recepcion solemne.

Tiempo es de que los demos á conocer.

De los trece miembros del comité de direccion en México, nuestros lectores tienen noticia de cuatro: el general Rogerio, su presidente; Jorge y Edgardo, los secretarios, y el Dr. Javier, tesorero general de la asociacion, á quien en ese instante una mision particular retenia en Puebla.

Los otros nueve hermanos eran Diego de Peñalva, Oliverio Zeitter, el coronel Spinola, Felipe Villahumos, Luis Andrera, á quien llamaban sus camaradas Bertram, Alonso Urquina, Ventura de Rojas, que por el título de que gozaba su abuelo durante el gobierno colonial, se firmaba marqués de Peñahita, Efren Llorente y Ruiz, y un judio cuyo apellido no consta en nuestros apuntes y que ignoraban tambien sus compañeros. Don Diego de Peñalva habia adoptado un nombre en la asociacion, *Barba-azul*; y su larga barba de un gris azuloso, y su ferocidad proverbial para con las mujeres, le hacian bien acreedor al sobrenombre.

Barba-azul, tenia cuarenta y nueve años, y habia nacido en Buenos Aires, en la República Argentina.—Su padre era un comerciante español muy rico, que no quiso permanecer en América despues de la independencia de las colonias españolas, y se echó á viajar acompañado de su hijo, cuyo carácter irascible se manifestó desde su pequeña edad. Cuando murió su padre, y no faltó quien dijera que su hijo le habia envenenado, Diego volvió á Buenos-Aires, para recoger su herencia, ganándose al mismo tiempo la buena voluntad de Don Juan Manuel de Rosas, quien le dió una comision secreta en Paris.—Ya en 1848 Peñalva se habia casado por tercera vez, y cosa extraña, sus dos primeras mujeres, habian muerto violentamente, la primera en Paris y la segunda en Suiza. Los que le conocian dijeron que las habia envenenado.—Su tercera mujer se fugó con un gaucho en Argentina, cuando notó que su esposo le hacia siniestras amenazas.

Despues de la caida de Rosas, nuestro hombre, salvado milagrosamente en la batalla de Santos-lugares, volvióse á Francia, y confiscados todos los bienes que poseia en los bordes del Plata, se vió reducido á pedir su sustento á la familia de Rosas.

Un emigrado mexicano amigo suyo le hizo colocar en la intendencia del ejército francés, recomendándole muy especialmente á Rogerio. Este conoció desde luego qne aquel bribon podia servirle mucho para sus planes, y resolvió hacerle miembro de la asociacion, cosa que Peñalva acogió con indecible entusiasmo.

Ya le veremos llenando cumplidamente su infame mision.

El aleman Zeitter era un hombre admirablemente formado. Arrogante presencia, barba de oro, ojos magníficos y una fuerza de leon. Rogerio le habia hecho miembro de la asociacion, por haberle conocido cuando la insurreccion de Polonia en cuarenta y ocho, durante la cual y como espía de los rusos, adquirió una reputacion brillante y merecida.

El coronel Spinola, italiano, y secretario de Rogerio, cuyo ministro de policía, era otro italiano, Doffanti. Spinola era un gran duelista y un jugador sin rival. Pequeño de cuerpo, pero con una musculatura de acero, bastante feo, pero insinuante en extremo con las mujeres. Rogerio le conoció en la India, y desde entonces le habia tomado consigo. Spinola era coronel en el ejército mexicano, porque el conde de Schauenbourg lo habia querido así.

Villahumos era un tunante á carta cabal; de simple fabricador de acicates y frenos en Amozoc, habia ascendido á administrador de una aduana terrestre. Compañero fiel de Márquez, desde el año de cincuenta y nueve, nuestro hombre que era el ente mas cobarde que pueda haber sobre la faz de la tierra, gozaba de una tan desmedida popularidad en el Estado de Puebla, que Forey despues de la toma de Zaragoza no vaciló en nombrarle general dándole un mando muy importante y una dotacion colosal. Villahumos rehusó: dijo que una vez separado del general Márquez, él solo consentia en disfrutar de una prebenda eclesiástica. Extraño capricho; Villahumos se habia empeñado en ser obispo. El general Forey al saber la extraña pretension de su favorecido, habia dicho: lo será. Villahumos era el autor de las dos terceras partes de los adulterios cometidos en el Estado de Puebla. No habia muchacha del pueblo que resistiera á aquel inimitable tocador de jarana. Jorge que sabia todo esto le habia recomendado al general Rogerio, quien no vaciló en aceptarle.

Luis Andrera era el *dandy* mas cumplido que habia en el gremio de los gallos. El sobrenombre de Bertram le habia venido por su semejanza con un cantante italiano que desempeñaba perfectamente el papel de este personaje en *Roberto il diavolo*, y que gozaba de gran reputacion en México. Andrera era uno de esos parisienses que nunca han ido á Paris, pero que deliran por todo lo que en ultramar es de gran tono. Habia hecho sus estudios de abogado y se habia recibido, gozando en el foro mexicano de bastante aceptacion.

Medianamente instruido y medianamente capaz, aquel hombre tenia grandes dotes para el mal. Su intimidad con Jorge le valió la entrada á una aso-

Digitized by Google

ciacion á la que tenia derecho de pertenecer por muchos y muy infames títulos.

Urquina habia figurado bastante en el partido liberal. Feroz enemigo del cristianismo, al que parecia haber consagrado el odio que destilaba su alma satánica, imbécil y estúpido como el que mas; pero bravo hasta la locura en un dia de lucha, aquel hombre habia sido introducido al comité central, por el doctor Javier, con quien tenia muchos puntos de contacto.

Urquina gozaba de cierto aprecio entre ciertos liberales, lo que le valia algun influjo en las decisiones del comité, que parecia querer gozar de la cooperacion de todos los partidos.

Era un hombre tan atrabiliario y colérico, que la menor contrariedad le causaba un accidente. Nada habia mas horrible que su tez lívida, sus ojos, cuyos párpados parecian roidos por el agua fuerte ó por la hiel, y que nadaban en un líquido amarillento, sus labios casi negros y sus dientes absolutamente destruidos por la cárie. Urquina estaba convencido de que era el retrato de Voltaire. Quién sabe qué enemigo del gran escritor le habia querido inferir este castigo despues de muerto. Pero Urquina estaba contentísimo con aquella semejanza. ¡Pobre Voltaire!

Nosotros conocemos muchos marqueses. Fuera de tres ó cuatro, los demas son la canalla mas canalla de que tengamos noticia, casi todos ellos tienen una historia friamente horrible que contar, casi todos ellos han estado en Paris, casi todos son necios, pedantes y tontos, y todos muy feos.

Peñahita, era un tipo entre todos esos tipos que la dominacion española ha dejado en nuestro país. Harapos dejados en el suelo por una momia.

El sí habia estado en Paris, y las loretas habian dado cuenta de su salud y de su fortuna. Gozaba de grande aprecio en la comunion galluna, y con razon; el marqués no solo era un gallo moral, sino físicamente hablando.

Gran jugador de boliche, bebedor de una potencia inaudita, devoto como una portera de convento, y contrahecho y feo como un bufon.

El marqués habia cometido un crímen horrible, que todos sabian, pero que nadie decia en voz alta. Peñahita habia golpeado á su madre.

Abandonemos á ese desgraciado.

Todo lo que el marqués tenia de feo, tenia Efren Llorente de buen mozo.

Habia no sé qué de heróico y de dulce á un tiempo en la fisonomía de aquel niño.

Efren tenia diez y ocho años y era poeta. Era la perla de ese muladar. Su corazon, admirablemente dotado para el bien, desbordaba á cada instante en sentimientos llenos de nobleza, traducidos en el idioma mas expresivo y arrebatador.

Efren no habia conocido á su padre. Su madre habia muerto siendo él muy pequeño; una persona se habia encargado de darle educacion: cuando Efren pudo comprender la importancia de la revelacion que iba á hacérsele, su protector le dijo que era un hijo natural.

Efren se puso muy triste al principlo; pero la natural actividad de su sangre pudo mas que la terrible melancolía que se habia apoderado de él, y el jóven entró en el mundo con las mas extrañas ideas en la cabeza. Una sensibilidad casi femenil exaltaba su imaginacion poética por excelencia, y una vez Efren se habia preguntado: ¿qué cosa es un hijo natural?—La víctima mas inocente del mas absurdo de los caprichos sociales, le respondió su corazon.

Entonces el bastardo se habia propuesto destruir ese capricho, que su cerebro trastornado por la fiebre habia confundido con el matrimonio. Efren Llorente, que podia haber sido un santo, se decidió á adorar á Don Juan Tenorio. Su bella presencia y su alma volcánica le valieron ruidosas conquistas.

Cuando Urquina contó sus méritos en la asociacion, el general Rogerio dijo: Traedle, un Antony nos hace falta.

El judio era un excéntrico. Solo el Dr. Javier conocia su historia y no se la habia dicho á nadie. Sus cofrades le llamaban Israel.

Se notaba cierta emocion en los rostros de aquellos personajes, todos ellos vestidos con escrupulosa elegancia.

Aquella emocion no podriamos asegurar que proviniera de la idea de haber emprendido una obra de infamia, y que podia ocultar bajo de las flores del placer y del atractivo de las aventuras mas de un abismo; no: exceptuando acaso á Rogerio, el Dr. Javier y Efren, los demas no habianr eflexionado bastante sobre la trascendencia de aquel proyecto de calaveras.

Combatir el matrimonio, ¡bah! eso se hace jugando, se decian, cuando la sospecha de que aquello podia causarles serios peligros, atravesaba por sus cabezas.

Sin embargo, la presencia de Jorge, que abordando la realizacion del primer proyecto serio de la sociedad, habia recogido una herida horrible, acaso la muerte, los preocupaba sériamente.

El general Rogerio decia á Jorge algunas palabras banales respecto de lo poco grave de su herida. Edgardo hojeaba unos papeles colocados dentro del gran libro del comité. Peñalva, tendido sobre el divan que rodeaba la pieza, hablaba en voz baja con Efren, Spinola é Israel; detrás del sillon de Edgardo se destacaba la figura de Urquina; Zeitter y Andrera contemplaban un grupo en bronce, admirablemente trabajado, que adornaba lo que Jorge llamaba con una admirable precision su *Mesa-revuelta*, y el *marqués* contemplaba con sus ojos de bruto uno de los frescos mas picantes del gabinete, cuyo asunto formaba todas sus delicias.

Villahumos fumaba un cigarro de Monzon, divirtiéndose, ¡qué horror! en bañar una azaléa con las bocanadas de humo que exhalaba por boca y narices.

Digitized by Google

En el momento que hemos escogido para presentar á nuestros lectores á los Hermanos del Crímen, Gorrion corria un serio peligro en el observatorio de hojas que se habia improvisado.

El lacayo del general, el mismo que el tullido habia visto en el cupé en la puerta del Hotel Iturbide, apareció de improviso en el huerto, andando con mucha cautela y llevando en la mano un grueso hachon de cera cuya luz le servia para registrar hasta el último escondrijo de los árboles y matorrales.

Aquel explorador se dirigia derechamente al árbol en donde Gorrion se habia guarecido.

Este no perdió su sangre fria. Separó la vista del hombre del hachon y miró en torno suyo. Estudiaba su posicion.

El gabinete de Jorge formaba un cubo saliente por aquel lado. De ambos costados del cubo se extendian las dos alas de la habitacion. Inmediatamente adivinó Gorrion el escondite, aunque no podia verlo desde donde estaba.

El cubo y una de las alas antedichas debian formar un ángulo. En aquel suelo plantado por todas partes de enredaderas, era natural esperar una de esas serpientes vegetales en todos los ángulos; si habia una enredadera en el rincon que sospechaba el tullido, estaba salvado.

Hechas estas reflexiones, Gorrion trató de llegar hasta aquel puerto de salvacion. Aquello no era muy fácil.

Si bajaba del árbol, estaba perdido porque era indefectible que el lacayo le viera. No habia mas que un medio, y este era bastante azaroso.

Una de las ramas del magnífico fresno en que el tullido se habia situado se alargaba hasta tocar la parte superior de la cornisa que rodeaba el techo del gabinete. Gorrion hubiera podido dar un brinco y ocultarse en el techo. Pero no pensó en esto, por una sencilla razon.

El gabinete de Jorge no tenia techo. En su lugar habia un enorme *tragaluz* de vidrio.

Gorrion estaba en una posicion crítica. El lacayo se acercaba. Ya la luz roja del hachon llegaba hasta las rodillas del tullido. Bajar era imposible. Solo en la cornisa del gabinete podia haber una esperanza de salvacion. Un minuto mas de vacilacion y estaba perdido. El lacayo estaba casi debajo del fresno. En aquel instante hubo en el árbol un ligero estremecimiento.

A este estremecimiento correspondió otro y muy notable en el lacayo, que alzó vivamente el rostro hácia el árbol, y se puso á escudriñar con la vista aquella red de hojas y de ramas.

El estremecimiento del fresno habia sido producido por el salto que habia dado Gorrion.

De una mirada abarcó su situacion, casi acostado como estaba sobre la cornisa. El techo de cristal arrancaba desde la superficie de la pared; no habia un lugar para poner un pié. La orilla de la cornisa y la de la ventana que ganaba todo aquel lienzo de pared estaban separadas por una vara corta del muro.

Gorrion tomó una resolucion.

Dobló las rodillas para no poder ser visto desde la ventana, y apoyándose en los codos se lanzó con extraordinaria presteza á lo largo de la pared. Algunos segundos despues doblaba el muro.

Ya era tiempo.

El lacayo habia visto deslizarse una sombra por sobre el muro, y de un paso se puso al pié de la ventana y levantó su hachon.

—¿Qué hay? qué hay? preguntó Rogerio desde dentro del salon.

—Nada, contestó el lacayo con un acento peculiar; pueden comenzar sus excelencias. Y esto diciendo apagó su hacha y se alejó.

—Caballeros, dijo Rogerio, Doffanti me avisa que podemos empezar. Estamos en sesion. Hablad, Edgardo.

—Señores, dijo este en frances, aproximándose ya el momento en que la sociedad debe entrar en el pleno ejercicio de sus labores, y necesitando la secretaría informar detalladamente al gran Kremlin de San Petersbourg, en donde nuestra asociacion tiene su centro como todas las del mundo, hasta el año de 70, suplico á mis hermanos se sirvan dar cuenta de sus trabajos, de los que tomaré nota, para enviarla en seguida al comité de direccion de Paris, que es nuestro intermediario para con el supremo gran Kremlin.

Voy á dar lectura á algunas comunicaciones recibidas por la secretaría, despues de lo cual comenzarán los informes.—

Edgardo tomó de una cartera tres pliegos de papel, que leyó en medio del silencio de los circunstantes.

—«Comunicacion recibida del comité de direccion de Paris, por el presidente del comité mexicano.

«Conforme á la flor tercera del primer *bouquet* del parque núm 1, en la cual se dispone que pasados cinco años desde el establecimiento definitivo de la asociacion universal de los Hermanos del Crímen, se nombren dos soles, uno del Oriente y otro del Occidente: que reasuman en ellos la autoridad de todos los comités y ventas del mundo en los recesos anuales del supremo gran Kremlin y de los comités de direccion: á quienes se dé el tratamiento de Majestades: que puedan llevar cetro y corona y disponer de la asociacion como sea su alta voluntad, sin mas obligacion que la de, pasados cinco años desde su eleccion, darse la muerte de la manera que mejor les agrade.

«Reunidos en sesion solemne los veinticinco comités de direccion organizados ya en el mundo, eligieron de un solo acuerdo y sin discrepancia de mas de tres votos, Sol de Oriente al *hétman* Ivan Rurik, de la sangre imperial de Rusia y miembro del supremo gran Kremlin; y Sol de Occidente, al conde Rogerio de Schauenbourg, de la sangre im-

Digitized by Google

perial de Rusia, de la sangre real de Prusia y de la de Baviera, y de la augusta familia imperial de Francia, miembro honorario del supremo gran Kremlin y presidente del comité de direccion de Paris.

«Sabido el resultado de la eleccion, el supremo gran Kremlin comisionó al comité de direccion de Paris para que comunicara á su presidente la antedicha eleccion, y le enviara sus plenos poderes con todos los sellos de oro del gran Kremlin, y los sellos de plata de los veinticinco comités de direccion.

El comité de Paris nombró embajador cerca de S. M. el Sol de Occidente, que reside en México, al general B..... residente tambien en esa, y que recibira muy próximamente los pliegos y sellos concernientes.

NI DIOS, NI AMOR, NI FAMILIA.

A SU MAJESTAD EL SOL DE OCCIDENTE.

EL PRESIDENTE INTERINO DEL COMITÉ DE DIRECCION EN PARIS:

PRÍNCIPE DE LIÈGE.

LOS SECRETARIOS: ACHILLE'''—DUQUESA DE GIE »

—Señores, dijo Rogerio incorporándose, y con un ademan verdaderamente regio: Si el inmerecido honor que el mundo, verdaderamente amigo de la humanidad, acaba de hacerme, me llena de regocijo, no lo atribuyais á la ambicion satisfecha, mi ambicion es de las que no se satisfacen nunca, sino al placer que me causa la magnífica manifestacion de vida que una sociedad fundada por mí acaba de hacer. Debia tener profundas raíces en el corazon de los hombres la idea que solo ha necesitado un tan corto espacio de tiempo para producir los frutos que palpais. Asistimos, señores, al fin de un mundo; el que de esas cenizas renazca no llevará en la espalda la marca del esclavo. Los lazos matrimoniales están podridos en todas partes.

Me reservo para el primer dia del próximo receso de los comités, el tomar solemne posesion de mi altísimo puesto, y suplico á mis hermanos reserven para entonces el tratamiento.

Seguid vuestra lectura, Edgardo.

Este continuó así:

—«El comité de direccion de New-York al de México.

«Dos hermanos, á quienes sospechamos traidores á nuestra causa, se han puesto en marcha para México. Acaso se presentarán á ese comité. Tener mucho cuidado. Uno de ellos es un mexicano, el otro un ruso. El mexicano se llama Don Lorenzo de Lara, es muy jóven y se ha educado aquí; el ruso está inscrito en nuestro libro con el nombre de Ladislao Volinski, es muy recien llegado y está filiado en San Petersbourg.

El secretario del comité de New-York,

DELAUNAY.»

—Pido á la sociedad, dijo Edgardo, me permita presentarle algunos informes que me ha dado el alto presidente sobre el primero de estos dos viajeros, pues del segundo nada ha podido averiguarse.

Lorenzo de Lara es sobrino, hijo probablemente del canónigo Don Salustiano de Lara, hombre, como vdes. saben, de los mas influyentes en el partido conservador.

Este señor, sobre el que ya nos ha dado exactísimos informes nuestro amigo Villahumos, habia destinado á su Lorenzo para un matrimonio de primer órden. Lorenzo tenia una hermana que se llamaba Refugio, y que el buen canónigo destinaba tambien á una rica herencia. Habiéndose esta muchacha, que era mayor que Lorenzo, fugado con un soldado, Don Salustiano dispuso hacer educar á su sobrino lejos de su país para traerle en un momento dado.

Dispuso, en consecuencia, mandarle al colegio de Jesuitas de Springfield.

Allí el jóven ha adquirido una regular instruccion y una soberana fuerza de voluntad, unidas á un odio profundo por los padres de la Compañía. Probablemente este odio motivó su entrada al comité de New-York. Hace un año que Lorenzo dejó el colegio y recorre el país en todas direcciones. Ahora viene á México, porque su tio le hace venir á recoger sin duda la mano de la heredera. Es un jóven muy temible.

Edgardo leyó en seguida una carta del doctor Javier, en donde participaba su pronto regreso á México, despues de dejar establecida una venta y de haber recogido para los fondos de la asociacion veintitres mil pesos. En consecuencia procedióse á nombrar un comisionado que marchase á Guadalajara para organizar una venta; el nombramiento recayó en Andrera, que tenia numerosas relaciones en el Estado de Jalisco, y á quien el dinero de la asociacion le ofrecia la oportunidad de hacer algunas calaveradas. Se le recomendó la mayor eficacia, á ejemplo del doctor que en pocos dias habia llenado cumplidamente su mision.

En seguida empezaron los informes; no detendremos la atencion de nuestros lectores en estos repugnantes detalles. Aquellos informes eran un tejido de cosas monstruosas y de proyectos insensatos. Todos depositaban en el organismo social principios de corrupcion que debian producir esa pudricion de los vínculos matrimoniales de que hace poco hablaba Rogerio.

El proyecto que llamó la atencion de Rogerio fué el de Efren Llorente.

Efren se habia propuesto apoderarse, en un momento dado, de todos los libros que hubiese en los archivos parroquiales y en donde estuviesen asentadas las partidas matrimoniales. Eso esperaba hacerlo con cincuenta estudiantes de los pertenecientes á las ventas.

Rogerio alabó mucho el proyecto de Efren, y le ofreció su cooperacion personal.

Concluidos los informes, Rogerio ordenó la lectura de la flor undécima, bouquet segundo del par-

Digitized by Google

que interior de la asociacion, caló pretensioso que queria decir: Artículo 11º, capítulo 2º del reglamento interior de la sociedad.

Edgardo, que por la postracion de Jorge tenia que llenar en aquella vez todas las funciones del secretariato, hizo la lectura pedida. Decia así el artículo en cuestion:

—«Art. 11. La asociacion podrá tener, tanto en sus comités de direccion como en sus ventas, un número de mujeres que tengan todas las obligaciones y derechos generales de los Hermanos del Crímen, pero cuyo número no podrá exceder de la tercera parte del número total de asociados. Los hermanos mujeres no podrán admitirse sino á proposicion del presidente del comité ó venta, ó si no de la mitad de los miembros que los formen. En los comités de direccion las mujeres podrán llegar á cinco; pero agregadas á los trece hermanos varones que indefectiblemente deben componer estos importantes núcleos de propaganda.»

Acabada la lectura Rogerio se incorporó. Su cabeza soberbiamente modelada se destacaba sobre el fondo oscuro de la pared con un vigor admirable, su tez tostada por los soles de la India y de la Kabilia contrastaba con su cabello gris. Sus ojos de un brillo fascinador, el finísimo bigote que poblaba la parte superior de su boca, su dentadura blanca y puntiaguda como la de los tigres le daban un aspecto magnífico. A no ser su estatura y la pequeñez de su boca, Rogerio habria parecido un Napoleon III asiático; tanto así era su mútuo parecido. Los dos bastardos, el de Hortensia y el de Eugenio tenian un aire de hermanos que no se podia ocultar.

—Señores, dijo, las mujeres en nuestra sociedad son indispensables.

Desde el momento que la santa hermandad tuvo principio en Paris, una ilustre y bella mujer, la duquesa de Gie, formó parte de ella, y hoy en recompensa de sus méritos se la ha nombrado secretario del comité de direccion de Paris y presidente nato de todas las ventas de mujeres del mundo.

Es natural que la mujer tome parte en nuestra sociedad. Se ha dicho que el cristianismo ha emancipado á la mujer de la esclavitud antigua.

¡Error! ¡error!

El cristianismo, dando nueva fuerza al matrimonio, ha hecho mas y mas duras las cadenas que pesaban sobre la mujer.

Ya hemos dicho que nosotros queremos sacar á la humanidad del camino del calvario; retiremos, pues, á la mujer de esa via de la amargura en que la moral las aprisiona para conducirlas al calvario social, al matrimonio.

En lugar de la tan célebre epístola de San Pablo pongamos el lema de nuestra sociedad, y cuando ese lema se haya realizado la mujer será libre. La adúltera y la meretriz quedarán abolidas.

¿Estais conformes con lo que yo he dicho?

Todas las manos se tendieron simultáneamente en señal de asentimiento.

—Edgardo, presentad á la señora que está en la biblioteca: vos, Villalva, id por la que espera en el salon.

CAPÍTULO XVIII.

LA SANTA HERMANDAD.

En medio de un profundo silencio entraron al aposento dos mujeres vestidas de negro.

Un antifaz de seda les cubria el rostro. Una de ellas parecia ser de una edad ya un tanto adelantada, á juzgar por lo ajado de su pecho bañado de polvo de arroz, y que el túnico muy escotado permitia ver mas de lo conveniente.

Su vestido era de terciopelo negro y su aderezo de magníficos diamantes. Por detrás de la cabeza se alzaba una voluminosa castaña postiza, entre las extremidades de los dos cuernos de cabello que entonces se llamaban *cocas* y que estaban muy de moda por aquel tiempo. En sus brazos aún admirables, brillaban sobre la cerradura del guante blanco dos magníficos brazaletes que formaban parte del aderezo. Aquellas joyas eran un regalo de Rogerio.

Aquella mujer, que evidentemente queria cautivar la atencion, estaba, sin embargo, eclipsada en ese instante.

A su lado se habia colocado el sillon en donde debia sentarse su compañera de presentacion.

Esta llevaba un costoso vestido de seda negra de Lyon, guarnecido de anchísimas blondas de Chantilly. El vestido se cerraba sobre el cuello y en los puños con primorosos broches de perlas negras. Su peinado era al mismo tiempo sencillo y artístico, pero todas sus molduras, sirvámonos de esta frase arquitectónica, estaban hechas con el propio cabello de la jóven, que era de un rubio incomparable; chocaba verdaderamente la profusion de aquellas crenchas de oro. Algunos de los que allí estaban atribuian á eso la palidez un tanto enfermiza de aquel cútis, sobre el cual parecia áspero el raso de la careta.

El general, como queriendo dejar á las dos mujeres disfrutar de aquel silencio de admiracion, esperó algunos minutos.

Jorge fijaba en las dos recien venidas una mirada vaga y dolorosa.

—Señoras, dijo el general rompiendo el mutismo de la reunion: estais llamadas á llevar á cabo en la sociedad mexicana una mision redentora. Estais encargadas de abolir el adulterio y la prostitucion, destruyendo la principal causa de esas dos llagas sociales: el matrimonio.

La asociacion que hoy se ilustra con acogeros en su seno, antes de iniciaros en sus secretos va á tener la honra de proponeros un juramento.

—Jurais, dijo Edgardo, presentando á las dos señoras el libro de bronce de la sociedad, jurais obedecer á la asociacion en todo lo que os ordene, sin vacilar, sin observar y sin temblar?

Digitized by Google

—Juramos, dijo la mujer escotada, con voz sonora y despejada.

—Hé aquí vuestros anillos, añadió Edgardo dándoles dos de oro, en los que estaban incrustadas las tres iniciales D. A. F. cruzadas por una barra negra.

—Podeis descubriros, señoras, estais entre hermanos.

Los dos antifaces cayeron á un tiempo: las dos mujeres se cruzaron una mirada terrible. Los socios lanzaron un grito de admiracion. Solo Efren Llorente se puso horrorosamente pálido y no pudo articular un sonido.

El general se adelantó hácia el lugar en donde se hallaban las presentadas, y con una exquisita galantería dijo mostrando á la mayor: la señora Doña Paulina Flor de Casas..... y tomando de la mano á la jóven, que temblaba horriblemente, dijo: la condesa Regina de Schauembourg.

—¿Vuestra esposa, general? dijo Edgardo.

—Mi esposa en el corazon, añadió Rogerio.

Regina bañó al conde en una mirada de amor infinito; los ojos de Doña Paulina brillaron como los de la serpiente; los de Efren como los de un agonizante.

Regina, sin saberlo, acababa de encender un grande odio y una gran pasion. Esto no obstante, la de Casas se acercó á Regina y la besó sobre las mejillas con perfecto disimulo.

Hemos oido decir, y aun lo hemos leido, que las pasiones encendidas súbitamente solo existen en la cabeza de los poetas. Acaso sea así por lo general. Pero afirmarlo absolutamente seria locura.

Figuraos un muchacho soñador que tenga en la cabeza un ideal, un ideal-mujer; ese sér imaginario es de parte de él el objeto de una adoracion vaga y melancólica, pero que en realidad existe; eso no se puede llamar el amor, pero sí el culto; pasion nó, pero sí aspiracion.

Suponed que de improviso se encuentra con una criatura cuyo rostro, cuya mirada corresponde á la del sér engendrado en su fantaísa, y tendreis inmediatamente el cariño imaginario convertido en el cariño real; tendreis al ángel que habitaba en nuestro cerebro posesionándose súbitamente del corazon: á esto nosotros le llamamos amor. Esto le sucedió á Efren.

Y por otra parte, si las pasiones intempestivas solo existen en la cabeza de los poetas, ya lo hemos dicho, Efren lo era con toda su alma.

Pasada la ceremonia antes mencionada, los hermanos se retiraron á una sala contigua, y Regina se marchó á la biblioteca de Jorge, en espera del general.

Solo quedaron en el gabinete, Doña Paulina, Rogerio y el jóven enfermo que esperaba la decision de la madre de Elena.

Nos seria muy difícil decir lo que habia pasado en el corazon del secretario de los Hermanos del crímen durante aquellas horas de forzosa reconcentracion.

¿Acaso habia habido una súbita transicion de la indiferencia al amor en aquella alma volcánica?

¿Le habria sucedido lo que á Elena, que en el fondo de su corazon, lleno de ira y de vergüenza, se habia encontrado con su amor á Jorge?

Lo ignoramos. Solo sabremos decir, que el recuerdo de Elena desmayada en sus brazos no podia borrarse de su cerebro.

Cuando estuvieron solos nuestros tres personajes, Rogerio tomó la palabra.

—Ayer, señora, dijo con acento dulce y cortés, ayer hemos estado un jóven amigo mio y yo á solicitar de vos una entrevista, de la que dependia la felicidad de vuestro hermano Jorge. Supliqué á un amigo de vuestra casa que me acompañara, porque no sabia que iba á tener el placer de renovar una vieja y cordial amistad.

Doña Paulina miró fijamente á Rogerio; este no se inmutó.

—Como quiera que sea y á pesar de que estais del todo sujeta á la autoridad de la asociacion, Jorge ha querido dejaros en plena libertad de responder á esta pregunta: ¿Estais pronta á dar en casamiento al caballero Jorge Alcazar de Haro, á vuestra hija la señorita Elena?

—Puesto que no es la sociedad á la que tengo la honra de pertenecer la que se digna hablarme por vuestra boca, ¿me permitiríais no responder á tal pregunta antes de haceros otra á vos ó á vuestro ahijado? replicó imperturbable Doña Paulina.

Rogerio se inclinó ligeramente.

—¿Cómo es que una sociedad instituida para combatir el matrimonio, permite contraerle á los Hermanos del Crímen?

—Señora, se les permite casarse cuando este matrimonio redunda en bien comun.

—¿Y cuál es el bien que resulta al señor de su matrimonio con mi hija?

—Yo no puedo decíroslo.

—Yo sí, señora, añadió Jorge haciendo un esfuerzo doloroso, yo sí os lo diré: es..... es porque la amo.....

Rogerio miró severamente al jóven.

—Es, señora, porque así conviene á la sociedad, dijo secamente.

—Bien; ¿y si yo me rehusara?

—Entonces, señora, el comité de direccion mandaria.

—Muy bien, puesto que es así, acepto por mi parte; esto, como vdes. saben, caballeros, no puede comprometer á mi hija, cuya voluntad es perfectamente libre.

—¡Dios mio! ¿cómo hacer para que ella me ame? pensaba Jorge en su interior.

Una campana sonó clara y vibrante en la puerta de la habitacion; y como si aquella campana fuera la llave de un resorte, y como si la espiral de ese resorte terminara con la cabeza de Doffanti, apareció esta en el límite inferior de la ventana, á la postrer vibracion de aquella.

Digitized by Google

La cabeza de Doffanti habló.

—¿Qué quieres? dijo el general Rogerio.

—Nada, Excelenza, contestó el italiano, sino que no puedo yo introducir al visitante que anuncia esa campana.

—¿Por qué?

—Porque he olido aquí abajo un hombre.

—Está bien; si le encuentras, mátale luego; si nó, mátale despues.

—Sí, Excelenza.

Rogerio se dirigió al salon y volvió en seguida.

—Ya he ordenado á Efren, que es nuestro Benjamin, que introduzca al visitante. ¿Quién será? La campana ha dado la señal convenida: dos vibraciones aisladas y un pequeño repique. Esto quiere decir que el que llega es un hermano extranjero. ¿Quién podrá ser?

—El general B..... dijo Efren abriendo la puerta.

—Que nos aguarde en el salon. Vos podeis permanecer aquí, dijo el general á Doña Paulina, cuidareis de vuestro futuro hijo. Vamos.

Y Rogerio, precedido de Llorente, se dirigió al salon.

No bien el primero habia cerrado la puerta, cuando un gran tumulto y algunos gritos resonaron en el gabinete de Jorge.

Rogerio tornó á abrir violentamente.

No vió nada, las luces se habian apagado.

—Doffanti, gritó, Doffanti: ¿qué es lo que aquí sucede?

Nadie contestó.

—Luz, una luz, exclamó Rogerio con voz frenética.

Efren y varios de los hermanos acudieron con candelabros.

Cuando el cuarto estuvo iluminado todos se vieron las caras. Doña Paulina yacia tendida por el suelo con el rostro bañado en sangre, Jorge, exánime, al pié de su sillon balbutia algunas frases ininteligibles. La lámpara de bronce lloraba con lágrimas de petróleo la ausencia de la luz.

—¿Quién ha entrado aquí? dijo Rogerio con voz trémula; ¿por dónde ha entrado?

Jorge señaló la puerta de la biblioteca.

—Regina! exclamó Rogerio lanzándose al aposento que designaba el herido.

Todos le siguieron. Un grito se escapó de todos los pechos. La biblioteca estaba vacía.

Regina habia desaparecido.

Pasado un minuto de angustia indescribible, el general llamó á Doffanti con voz insegura; nadie contestó.

—Buscadme á ese infame; id, vos, Efren; yo buscaré aquí.

Llorente, como si solo esperase una indicacion, se lanzó al belvedere que cerraba por la parte del huerto el gabinete de Jorge, como ya hemos dicho; encontró abiertos los cristales, y ligero como un gamo saltó al suelo. Poco despues se perdia entre los árboles.

Los hermanos, que al ruido hecho en el cuarto de reuniones habian acudido, se ocupaban en levantar á Jorge y en volver el sentido á Doña Paulina.

Los dos declararon que apenas habia salido Rogerio de la habitacion, algo que era probablemente un hombre, pero que parecia un turbion, se habia lanzado atropellando la gran lámpara que al caer habia lastimado á Jorge, y en seguida aquella avalancha habia salido por el belvedere.

—¿Pero y Doffanti, dónde diablos está? decia el judío.

—Yo aseguro, dijo Doña Paulina, que Doffanti ha pasado tambien; he oido su voz.

Jorge, añadió:

—Llevadme á la biblioteca, y yo os diré por dónde puede haber entrado el raptor de Regina.

Peñalva y el judío le tomaron en sus brazos para trasladarle á la biblioteca.

Una vez en ella, Jorge hizo girar como la cabeza de un tornillo la pasta simulada de un libro que se titulaba *La Mujer;* á las dos ó tres vueltas, Peñalva, por órden del jóven, empujó fuertemente, y el librero que no era otra cosa que una gran tabla de madera trabajada admirablemente, cedió hasta dejar ver una abertura; soltando la puerta el resorte la empujaba de nuevo, y en cuanto empalmaba con los otros libros el lomo de *La Mujer*, giraba solo y se cerraba perfectamente.

Una vez conocida esta operacion, los hermanos, seguidos de Rogerio, cuya rabia desbordaba en palabras entrecortadas, salvaron el quicio de aquella puerta secreta que se cerró tras ellos. Estaban en una pequeñísima alcoba cúbica, cuyos lados anterior y posterior estaban formados, el uno por la puerta que acababa de cerrarse, el otro por la que los hermanos tenian delante.

Rogerio dijo entonces:

—Siento aquí debajo un hueco, aquí debe haber una escalera.

—Precisamente, contestó Jorge; moved ese boton de cobre que está en el ángulo.

Peñalva puso en práctica la indicacion del enfermo, y al punto el tablero que servia de pavimento á aquel cubo de madera, bajó, depositando á los cuatro hombres en el descanso de una escalinata de mármol que tendria cinco ó seis gradas. Mientras el judío y Peñalva sostenian á Jorge, Rogerio, que llevaba una bujía en la mano, bajó y siguió un pasadizo preciosamente tapizado y que guiaba á una puertecilla practicada debajo de una de las ventanas de la habitacion.

Aquella elegancia indicaba bien el uso á que Jorge destinaba la entrada secreta, así como cierto perfume que impregnaba el pasillo, decia para los hombres expertos en estas materias, que frecuentemente pasaban por ahí mujeres, y mujeres elegantes.

—¿Conocia este secreto Doffanti? preguntó Rogerio.

—Sí, general, respondió Jorge.

—Entonces puede muy bien haber pasado por aquí.

Digitized by Google

Y esto diciendo el amante de Regina, puso su bujía en el suelo.

Sobre la alfombra, de media en media vara, se veian grandes manchas de polvo.

—Por aquí ha subido Doffanti, dijo el general. Subamos ahora.

A poco los cuatro se hallaban de nuevo en el cubo de madera. Peñalva, siguiendo siempre las instrucciones de Jorge, tocó un nuevo resorte y un mecanismo igual al de la puerta de la biblioteca hizo ceder á la otra que dió á su vez paso á los buscadores de Regina.

La habitacion á que conducia aquel postigo secreto era muy espaciosa, ocupaba casi la mitad de una ala de la casa de Jorge. Era una sala de armas, llena de trofeos y panoplias en cuyo tapiz brillaban en sus marcos de oro dos magníficos grabados, de los cuales el uno representaba el duelo de Jarnac y La Chataigneraie, y el otro el famoso reto del Cid á los condes de Carrion; bajo el grabado estaba copiado en letra de diamante el romance que empieza:

Digadesme aleves condes, etc.

Entre un verdadero monumento de armas de todas clases, formas y edades, el retrato de Jorge imberbe aún y ejecutado en Europa.

Aquella sala de armas era sin duda la mejor de México. y á ella concurrian asíduamente Speletta, David, Ituarte, el caballeresco Petrus Peon y otros, la flor y nata de los Lagardère de la *fashion* mexicana.

Allí las huellas groseras de un grosero calzado eran evidentes.

—Aquí estaba el raptor, por aquí ha entrado, dijo Rogerio. Estas señales son claras.

—Y esta otra, dijo el judío, esta otra es muy clara tambien.

Israel señalaba sobre una plancha negra un renglon escrito con el yeso que servia para teñir de blanco los botones: *El diablo saluda á los hermanos del crímen.*

—Es necesario empezar por matar á ese imbécil de Doffanti, dijo Rogerio; vámonos.

—Vámonos, añadió Jorge; si á vos os han robado vuestra querida, general, á mí me han robado un primoroso puñal de Aleppo.

Los cuatro visitantes atravesaron de nuevo las puertas secretas y entraron al gabinete de Jorge.

De allí el conde de Schauenbourg, ya perfectamente dueño de sí mismo, pasó á la sala en que esperaba el general B.

El general B. era un hombre á quien cierta ocasion un periodista frances habia dicho en un baile de fantasía, al verle obsequiar con mucho interes á una jóven mexicana: General, ¿quereis que yo adivine lo que estais haciendo?

El escritor iba disfrazado de necromántico.

—Veamos, contestó el general, qué es lo que hago.

—Una duquesa, replicó el mágico.

El general B. podia llegar á duque; pero á buen seguro que por eso dejara de ser sargento.

Pocas veces hemos visto una figura en donde la grosería nativa estuviese tan poco disimulada por los hábitos sociales.

Estatura muy pequeña, rechoncho y vigoroso, cabeza vulgar cubierta de cabello gris muy recortado, tez roja surcada de arrugas, nariz regular, ojos saltones, de un azul impuro y cubiertos de una corteza vidriosa, un pequeño bigote casi negro que parecia emparejado con los dientes sobre el labio superior; cierta sonrisa cáustica, y ligereza y desenvoltura en los movimientos, hé aquí la filiacion de ese personaje que ha pesado tanto en la balanza de nuestros destinos.

Al verle, el mas mediano conocedor hubiera adivinado desde luego al hombre acostumbrado al mando y al placer.

Su mirada al frente de un batallon era altanera; frente á una mujer era insultante.

Rogerio al entrar en la sala tendió la mano con un supremo orgullo al general y le indicó un asiento junto á él. Luego, dirigiéndose á los que estaban con el general, les dijo:

—Señores, tengan vdes. la bondad de dejarnos solos cinco minutos.

Cuando todos hubieron salido, Rogerio se dirigió al general en estos términos:

—Ya sabia que vendríais á comunicarme vuestro nombramiento de embajador cerca de mi persona. Os esperaba. Dadme vuestras cartas.

—Hélas aquí, dijo el general frunciendo el entrecejo. Y entregó al conde unas cartas.

—Habeis recibido carta del emperador, añadió Rogerio, sin aparentar haber visto la mueca de su interlocutor.

—No, contestó este, solo S. E. el ministro de la guerra y el mariscal Forey me han hecho el honor de escribirme. Y vos, monseñor, ¿no habeis recibido letras de vuestra augusta familia?

—Del emperador, no; solo el Czar ha tenido la amabilidad de escribirme por este correo.

—Se conserva buena la familia imperial de Rusia?

—Sí; ya vd. sabe, general, que la enfermedad del heredero del trono es incurable, y que muy pronto tendremos el dolor de llorarle muerto. De ahí en fuera todos se conservan buenos.

El general hizo un movimiento para levantarse.

—¿Os vais ya? bien, yo estaré muy pronto á veros; necesito hablar con vos de asuntos muy serios.

—Cuando gusteis, monseñor.

—A propósito, dad una órden al gefe de la policía secreta para que venga á verme dentro de una hora.

—Así lo haré.

—Adios, general.

—Adios, monseñor.

Rogerio no se habia levantado, el general B..... hizo una profunda reverencia y salió murmurando: Esto es intolerable.

Digitized by Google

—Este instrumento me puede estallar entre las manos, pensaba á su vez Rogerio viéndole salir.

Y abrió sus cartas.

Una era del comité de Paris, conteniendo el duplicado de la que se habia leido en la sesion.

La otra era de su mayordomo que le noticiaba el próximo envío de seis millones de francos, producto de las rentas territoriales del conde en Europa, así como la de veinticinco millones de cápsules que el conde habia pedido para su uso particular.

Aquel importante cargamento debia salir seis ú ocho dias despues de la carta, de un puerto de Francia.

Rogerio llamó con el timbre; se presentó un lacayo.

—Vas á montar á caballo y á dirigirte como una exhalacion á la calle de Plateros número.....

—Muy bien, señor.

—Allí preguntas por mi ayudante, y le entregarás este billete.

Y el conde alargó al doméstico un billete escrito en cifras, cuyo contenido participaré á mis lectores. Decia así:

«Mi querido Lionel: Es preciso que en la madrugada de mañana salgan dos de nuestros muchachos para Veracruz, pues en estos dias deben llegar los veinticinco millones de cápsules y el dinero que esperábamos. Haced que arreglen el desembarco con el mayor sigilo, pues no quiero que Bazaine ni ninguna autoridad llegue á sospecharlo. Al efecto, poned á sus órdenes, en Veracruz, ocho ó diez mil pesos. En cuanto á vos, tenéos presto para entrar mañana en campaña con todos los lebreles; yo dirigiré la batida. Me han robado á Regina. Yo os contaré cómo. No digais nada por ahora á Paco.»

Cuando el lacayo hubo recibido además del billete una magnífica propina, salió de la pieza como un rayo, y tres minutos despues cabalgaba con direccion á México.

Despues de esto Rogerio se puso á recorrer el salon á largos pasos.

Dos minutos habian trascurrido desde que el conde se habia entregado á aquella monótona ocupacion, cuando sonó en el puerto un grito lastimero seguido de un juramento enérgico.

Rogerio se asomó á una de las ventanas.

—¿Qué sucede? gritó.

—Soy yo, respondió Efren, que conduzco á Doffanti, quien solo puede marchar á puntapiés.

En aquel momento la mayor parte de los hermanos y de la servidumbre se hallaba en el jardin, muchos de ellos con luces en la mano.

De repente entró en el radio luminoso de las antorchas un hombre que sin duda era Doffanti, aunque mis lectores no podrian reconocerle, por la desaparicion de la magnífica patilla negra y por el estado lastimoso de su ropa, completamente empapada de agua y de cieno; detrás de él venia Llorente.

—¡Matadle, Efren! gritó Rogerio con voz llena de ira.

Llorente amartilló su revolver.

Doffanti cayó de rodillas.

—Oid antes mi confesion, monseñor, exclamó el italiano.

CAPÍTULO XIX.

SURGIMIENTO.

La noche habia estado en las primeras horas muy oscura. Gruesos nubarrones habian invadido el cielo; pero la luna, arrojando ante sí con sus miradas de oro aquel tropel de sombras, se destacaba redonda y purísima en el espacio.

Todo dormia, el campo y el cielo. La luna misma parecia resbalar durmiendo en el regazo de la noche. La luna es la sonámbula del firmamento.

Ni el céfiro agitaba la rubia cabellera de los trigales, ni el ruiseñor cantaba, y hasta el susurro de la fuente á lo lejos parecia la tranquila y constante respiracion de una vírgen dormida.

Sobre una de esas gigantescas ramas de basalto del Pedregal, sobre uno de esos caprichos de la lava, semejantes á enormes llamaradas de súbito petrificadas, se levantaba una pequeña casita á la americana, hecha de piedra y deliciosamente tapizada de trepadoras. Por entre las campanillas azules y rojas de los convólvulos silvestres colgaban dos persianas verdes. Detrás de la habitacion habia una hondonada llena de tierra excelente, á juzgar por la profusion de flores que en ella habia.

Junto á la puerta de entrada habia de cada lado un banco de fierro imitando la madera. El aspecto de aquella casa hacia la misma impresion que el de una taza de porcelana blanca cuajada de rosas.

Habia no sé qué de aromático y de fresco en torno de ella: parecia que en las alturas se mecia un abanico perfumado.

A algunos piés de distancia de aquel nido de palomas, corria el camino que iba de Coyoacán á Tlalpam.

En medio del silencio de la noche, y á una gran distancia, se oyó el galope de dos caballos.

En efecto, dos magníficos potros árabes se acercaban por aquel lado.

Montaba en uno de ellos un hombre de edad imposible de fijar, pero de una belleza grandiosa y severa.

En el otro corria un jóven de espesa y rizada cabellera, ojos profundos y muy grandes, nariz incorrecta pero firme, boca carnosa y magníficos dientes.

—Ladislao, decia este último á su compañero, hace mucho tiempo que no la veo, y quién sabe si me habrá olvidado. Yo la amo, he pasado por entre algunos millones de mujeres en el Norte, y en ninguna me he fijado. Es un ángel, es un boton de rosa. Dios mio, ya nos acercamos, siento el aroma de sus

Digitized by Google

vestidos, siento que las partículas del aire que por aquí corre han pasado por sus labios.

El otro no contestaba, parecia absorto en el paisaje.

—¡Cómo habrá crecido! Ya era alta cuando yo me fuí. Debe estar hecha una mujer, continuaba con su voz sonora y poderosa el que hasta entonces habia hablado.

—Dios mio, qué camino tan interminable; debemos haber hecho muchas leguas: ¿no es cierto Ladislao?

—Ved, dijo á su compañero el interpelado.

La casita del pedregal, apareció blanca y coqueta en un recodo del camino.

El jóven saltó á tierra; su compañero detuvo su montura, asiendo á la otra de la brida.

Aquellos dos hombres se llamaban, el uno Ladislao Volinski; Lorenzo de Lara el otro.

Lorenzo, que era el enamorado, dió algunos pasos por el camino y se arrodilló.

Dentro de la casita, en una sala adornada con primorosa sencillez, habia sentados frente á un velador un anciano y una niña.

El anciano sorbia á tragos lentos y con inmensa delicia una taza de té de Yungas.

La niña hojeaba un álbum lleno de versos y de flores.

Sus ojos se detuvieron largo tiempo sobre una composicion que se titulaba *Remember*.

Al lado de esa composicion habia una pieza de música, que parecia acomodada á los versos.

La composicion estaba firmada Lorenzo, la pieza de música, María.

La composicion era un delirio, la música una lluvia de lágrimas.

Largo tiempo fijó la jóven sus incomparables ojos sobre aquellas palabras y aquellas notas.

—Papá, dijo despues de algun tiempo de contemplacion, voy á tocar mi *adios*.

—Hija de mi alma, siempre que tocas esa música te pones tan triste.....

—Hoy no será así; siento el corazon tan agitado, siento una tan inexplicable inquietud..... que yo creo que necesito llorar..... ¡Oh, Dios mio! tanto tiempo sin escribirme..... ¿se habrá olvidado de mí, papá?

—María, dijo el viejo con voz temblorosa, lo que Dios dispone es santo y bueno.

María levantó al cielo sus maravillosos ojos castaños, que instintivamente se clavaron sobre los de un retrato colgado sobre el piano.

El retrato era una gran fotografía americana primorosamente ejecutada. Los ojos de aquella imágen juvenil veian á la niña de un modo tan apasionado, que María, como impelida por un resorte se levantó de su sillon é hincando una rodilla sobre la banqueta del piano, acercó su boca infantil y roja á los ojos del retrato, mientras que con la mano derecha recorria el teclado del piano.

Las notas que en aquel instante despedia el instrumento armónico eran tristes y fantásticas; parecia que los silfos de la noche venian á cantar melancólicamente sobre el ramillete de rosas que estaba sobre la mesa.

Despues de algunos minutos María se sentó al piano.

Probablemente yo tengo el gusto extraviado.

No hay cosa sin embargo que me encante tanto como una pieza de música ejecutada con *arte* sobre ese cosmopolita de la armonía que se llama el piano.

Hay instrumentos, la cítara por ejemplo, que producen notas impregnadas de inefable melodía; pero nosotros, cuando estamos en un rato de *spleen*, nada encontramos superior á nuestra tristeza.

Nos gusta soñar, de eso vivimos; pero nos gusta soñar cantando, no soñar llorando.

¿Es acaso este un elemento que falta á nuestro corazon? Dios lo sabe y el tiempo lo dirá.

Por eso los desbordamientos del alma musical de Rossini, esas *rêveries* en que sus obras abundan, nos hacen gozar tanto.

Esas melodías divinas son un sueño; pero en frente de Dios, y como si el hombre fuese elevado á los astros por una caricia de lo infinito.

Bellini, en cambio, ese ruiseñor del corazon humano, vierte á raudales, raudales de perlas, la inmensa tristeza de que su alma estaba llena. Su música es un presentimiento de muerte. Desde las primeras notas de la Norma, su obra capital, se espera el último suspiro de la sacerdotisa celta; toda la obra está cubierta por el crespon fúnebre que debia envolver á la druidesa en su hoguera de muerte.

Ante las tumbas, lloremos; cantemos en la presencia del cielo.....

Y visitemos poco las tumbas.

Estamos muy lejos del piano.

Como hemos oido hablar tan mal del instrumento que ha inmortalizado á Listz y á Thalberg, nos hemos persuadido de que nuestra opinion es una barbaridad.

Con todo, no la abandonaremos.

El piano tiene todos los sonidos, y al lado de lo muy dulce puede poner lo muy ruidoso.

El piano es un epítome de las armonías de la creacion: las melodías de las selvas, las voces de los horizontes, los coros de las aves, el rugido del leon, el canto del hombre, todo está traducido en el lindo mueble de rosa.

Es un pequeño mundo, que puede ser dominado por las manecitas de seda de una chicuela.

Los preludios que María arrancaba del teclado iban tomando cuerpo poco á poco.

Pronto surgió de las fibras de bronce una cantilena triste, tristísima, pero llena de inspiracion, alada.

Eran aquellas notas como una parvada de hadas que cruzaran por el espacio desgranando rosarios de perlas en cálices de oro.

La invencion de María era hija de las lágrimas.

Era uno de esos pensamientos que solo se deben escuchar de noche, en el hogar tranquilo, cerca de

Digitized by Google

una vírgen, y henchido el corazon de esas ideas valientes y generosas de la juventud cuando se quisiera volver todo flores el campo para aquellas plantas adoradas, todo paisajes nacarados la naturaleza para aquellos ojos divinos, todo auréolas el cielo para aquella frente casta y suave como una cepa de nardos.

Pronto á la música se unió el canto. Los hombres no están acostumbrados á oir una voz semejante á la de aquella niña.

Aquel himno se hermanaba tanto con la naturaleza que la rodeaba, que parecia á lo lejos nacer de los árboles y de las parietarias, como nace el perfume de un ramillete de heliotropos, como nace el gorjeo de un grupo de jilgueros.

El alma, escuchándola, tomaba en el interior una actitud de adoracion. Se ponia de rodillas.

María cantaba.

Su canto dulce y poderoso, que hacia de la jóven una verdadera notabilidad en el mundo filarmónico, estaba en aquel instante impregnado de pasion; se sentia latir un corazon en el fondo de aquella voz; la llave de aquella gama celeste, era un amor de ángel.

Cerrando los ojos, la imaginacion prestaba al momento un color, casi una forma, á aquel llanto armonioso.

Era una ráfaga azul.

No hay cosa que llene mas el cielo que el canto de una vírgen. Parece que todos los astros miran, que todas las constelaciones contemplan.

Es porque la música despierta esa latente afinidad entre todo lo que es femenino y todo lo que es divino.

Yo recuerdo haber hecho notar á un amigo mio un fenómeno extraño.

Era una de esas noches del verano, tan llenas de estrellas.

Una jóven linda y pura se preparaba á cantar. Mi amigo y yo fijamos nuestras miradas en un giron del cielo en que no brillaba un astro. En el instante en que la *virtuosa* entonaba la romanza del Sauce, de *Othelo*, una multitud de luceros fueron asomando las pupilas de fuego en el negro firmamento.

Aquella armonía, ó encendia astros ó los atraia.

Despues de algunos minutos la voz de María se fué haciendo mas débil.

El anciano dormido reposaba sobre el respaldo del sillon su bella frente, en derredor de la cual formaba la escasa cabellera cana uno de esos nimbos de plata que rodean la cabeza de los santos.

La luna, tamizada por la muselina de los portiers, llenaba de una misteriosa sombra azul los pliegues de la bata blanca de la jóven, y besaba con sus rayos de nácar la punta de su botin de raso.

Las estrellas seguian agrupándose en el ether, como si al oir aquel canto preparasen coronas.

De súbito la cancion virginal de la jóven tomaba un tinte lleno de esperanza; luego volvia á caer en su indecible melancolía, como los niños que lloran un momento y luego sonríen para volver á llorar de nuevo al recordar su pena.

La letra de ese gemido que Lorenzo habia titulado Remember, era un pequeño poema de la mas exquisita ternura, de la mas ardorosa pasion.

Por su estribillo dulcísimo y sentido podia haber parecido una imitacion de aquella última canzonetta de Metastasio:

Ecco quel fiero instante:
Nice, mia Nice, addio.
Come vivró, ben mio,
Così lontan da te?

Io vivró sempre in pene
Io non avró più bene....
E tu qui sa se mai
Ti sovverrai di me!
.....

Poco á poco la voz de la niña fué decayendo; las notas comenzaron á ser vagas, ténues, somnolientas.

La jóven apoyó un brazo sobre el atril del piano y dejó caer su frente griega sobre la mano derecha.

Con la otra mano hacia suspirar al piano el acompañamiento de los lánguidos arpegios que exhalaba perezosamente de su garganta.

Pronto aquella armonía se fué alejando, alejando. Se hubiera dicho que la cancion de María pasaba por entre los dedos que sobre la boca de la niña habia colocado el ángel del sueño.

Por fin, la música solo fué un arrullo, una respiracion.

La jóven dormia. Pero siguió soñando y los sueños de María no eran mas que la prolongacion de sus cantos.

Entretanto Lorenzo oraba de rodillas sobre una piedra del camino. Su sombra azulada é indecisa se prolongaba hasta muy lejos.

A quince varas del lugar en que el jóven enviaba sus plegarias al cielo, grave y silencioso, con la cabeza erguida y como queriendo aspirar con todos sus pulmones las exhalaciones de la noche, el compañero de Lorenzo permanecia á caballo.

De cuando en cuando sus magníficos ojos de un azul negro se fijaban con indecible ternura sobre el jóven.

Lorenzo, que conocia por una especie de agradable estremecimiento, cuando se fijaban en él las miradas de Ladislao, volvia su magnífica cabeza hácia su amigo como para darle las gracias.

Pasaron así diez minutos.

María, dormida sobre el piano, soñaba. Soñaba que los dias de su amor pasado volvian, como si el tiempo se hubiera arrepentido de haber sido tan corto para la felicidad de aquella niña.

Borrábase de su cerebro el recuerdo de las horas dolorosas de la ausencia, como se borran las imágenes de una tela fantasmagórica.

Aun vagaban por el ambiente; aun oia la jóven dormida las últimas notas del piano, ténues y dulces como la charla perlada del alicio entre las cepas de nardo.

Digitized by Google

Aquellas notas tomaban á veces formas luminosas, lanzaban destellos dulcísimos. Parecia que la música evocaba en su derredor los ángeles del sueño para formar con sus alas un abanico celestial que refrescase la frente enardecida de María.

Luego la decoracion de su fantasía cambiaba.

Un panorama de bermellon y de oro inundaba con su fulgor inmenso el cerebro de la jóven. Era como una aurora que cubriese todo el cielo, y la niña creia que á un tiempo iban á brotar muchos soles del horizonte.

Un perfil se bosquejó en medio de aquella irradiacion.

Era el perfil de Lorenzo.

Poco á poco aquella imágen tomó una luz mas intensa. Poco á poco tomó aquel ángel la carnacion humana.

Ven, decia María, con el sollozo íntimo de su alma.

El jóven sonreia y prometia con sus miradas llenas de pasion.

Entonces un sonido extraño vino á mezclarse á la música que resonaba perpetuamente en sus oidos.

Ese sonido se parecia al que hace el Sudeste cuando entra en la bahía de Veracruz picando las olas.

Luego el sonido fué mas distinto. Era el galope de dos caballos por la carretera.

De repente el ruido cesó. María quiso despertar entonces, como si tuviese el presentimiento de encontrar una realidad muy mas bella que sus sueños.

La lucha se operó con angustia en el seno de la jóven. El ángel del sueño se habia enamorado tanto de aquellos ojos divinos, que rehusaba abandonarlos.

Por fin, la voluntad de María triunfó. Un suspiro levantó su pecho, dejando escapar por sus labios como una ráfaga de incienso, que llenó de místico aroma el aposento.

Vino en seguida á su alma el recuerdo de sus años; la niña enamorada lloró de felicidad y dobló las rodillas sobre la alfombra.

Debe ser una iluminacion celeste la del alma de la vírgen enamorada que ora.

Las niñas inclinan la frente hácia el suelo, como buscando en lo impalpable un reclinatorio. Es porque se sienten rodeadas de querubes.

María levantaba de cuando en cuando la cabeza, como si con los ojos quisiera penetrar el muro. Sentia sobre ella la caricia constante de un efluvio magnético.

Y aquel efluvio despertaba en su mente el recuerdo de las horas pasadas al lado de Lorenzo, que con sus ojos de topacio incubaba lentamente en el alma de su prometida el gérmen de una pasion que no debia acabar jamás.

Y esos recuerdos se mezclaban á la oracion de María, como en el alba se confunde con el gorjeo de las aves el aroma de las plantas.

El Señor debió sonreir en lo infinito al ver llegar á sus piés aquella plegaria con alas de paloma.

La plegaria de los hombres gastados por el dolor y de las mujeres marchitadas por las lágrimas, sube á Dios como baja el rayo del sol en medio de la tormenta, como una de esas luces maravillosas de Rembrandt desgarran la melancolía y uniforme oscuridad del cielo de Holanda.

La oracion de la vírgen nace pura y limpia del corazon sin una nube, sin una sombra, como en las tardes de invierno cuando el cielo parece un inmenso toldo de zafir sin un solo pliegue, se enciende de improviso la blanca auréola del Véspero.

Un golpe suave sonó sobre el cristal del balcon.

Como si una fuerza sobrenatural la hubiera impelido, María se arrojó al balcon y abrió con estrépito. Un doble grito ahogado resonó.

Luego se vió sobre el balcon, que distaria media vara del suelo, un grupo, que ningun artista habria sabido copiar.

La blanca falda de María flotaba con la brisa, su frente se apoyaba sobre el pecho del jóven, sus manos rodeaban su cuello como una cintura de alabastro, con los labios apoyados sobre los cabellos de la jóven y los ojos arrasados en lágrimas, se alzaba el rostro poético y varonil de Lorenzo.

Dentro de la sala, el anciano que habia despertado, tendia llorando sus dos brazos á los jóvenes.

En el camino, siempre en el mismo lugar, Ladislao, inmóbil como la estatua de la contemplacion, seguia con sus miradas por el espacio, el surco plateado de Arturo, la estrella de los caballeros.

Esa era la estrella de Volinski.

CAPÍTULO XX.

EN DONDE LAS POCAS PERSONAS QUE SE HAYAN DIGNADO LEER EL PRÓLOGO DE ESTE LIBRO, SE ENCONTRARÁN CON UN CONOCIDO DE VIAJE.

Ladislao Volinski era, como su nombre lo indica, de orígen polaco.

Su abuelo, uno de los patriotas que formaron la confederacion de Bar, cuando la primera division de Polonia, fué condenado por la emperatriz Catarina á prision perpetua en el Kremlin de Moscou. Una de las queridas de Potemkim se interesó vivamente por el jóven patriota, y obtuvo de su excelso protector la órden de que el polaco Volinski tuviese por prision la nueva capital de Pedro el Grande.

La compasiva rusa no tardó en seguir á su protegido hasta las riberas del Neva, y de esta union nació el padre de Ladislao.

El señor polaco nunca quiso santificar su union con la madre de su hijo, por pura susceptibilidad patriótica; pero su amor jamás se desmintió, y el confederado de Bar y la protegida de Potemkim vivieron largos años como buenos esposos.

Excusado es decir que el padre de Ladislao fué educado en los mas estrictos principios de adhesion á la vieja religion y á la vieja tierra de Juan So-

Digitized by Google

bieski, y en un odio implacable contra la tiranía rusa.

Por eso en el primer viaje que hizo el jóven por el Occidente de Europa se ligó íntimamente con Anacharsis Klootz, Paine, Hebert, Camilo Desmoulins, José Chénier, Danton y otros que componian entonces la famosa asociacion de los *iluminados*, que tanta influencia debia tener en precipitar el carro de la revolucion, bajo cuyas ruedas habian de perecer casi todos ellos.

Ladislao Volinski volvió á San Petersburgo el año de 1790, decidido á abandonar á su madre si fuese necesario, para establecer su residencia en Polonia, en el antiguo castillo señorial de sus antepasados.

Su madre, vástago de una nobilísima familia rusa, quiso quedarse en Petersburgo, previendo que su influencia en la corte habia de servir mucho á su hijo, cuyas tendencias conocia perfectamente.

El jóven iluminado encerró en una urna los huesos de su padre, dió muchos besos á su madre, y partió para Varsovia.

Volinski desde entonces no cesó de conspirar, animado sobre todo por el éxito creciente de la revolucion en Francia.

Los ojos de los polacos estaban fijos por entonces en un héroe que despues de la traicion del rey Estanislao Poniatowski se habia retirado á Leipzig.

Aquel hombre ilustre era el Lafayette polaco; pero un Lafayete de bronce: se llamaba Kosciuszko.

Cuando al concluir la heróica lucha de 94, el inmortal caudillo, acribillado de heridas en la funesta batalla de Macijowice, cayó exclamando:

—*Finis Poloniæ*,

Volinski movia lentamente la cabeza, é inclinándose al oido de su general, murmuró:

—La Polonia vivirá; nos veremos en Francia; adios.

Y despues de decir estas palabras, el jóven dejó marchar su caballo á la ventura, sumido en hondas meditaciones. De cuando en cuando su noble corcel le advertia la proximidad de una horda de cosacos, y él procuraba escapar á su vista.

Una noche que rendido de fatiga se habia acostado á los bordes del camino, despertó en medio de un escuadron de caballería de Souvarov.

Aquellos tigres hartos de sangre en Praga, conservaron la vida del jóven polaco y le condujeron á Varsovia. Allí las súplicas de su madre le salvaron de ir á trabajar en las minas de sal de Uliska, y obtuvo que fuera condenado á sufrir la cautividad en San Petersburgo, en compañía de Kosciuszko.

Cuando Pablo I volvió la libertad al ilustre polaco, se acordó tambien de Volinski, y este se decidió á acompañar á su amigo en su viaje á los Estados-Unidos.

¡Cuántas cosas pasaron en Europa durante la prision de Ladislao y su viaje á la América!

Los últimos restos del jacobinismo en accion, habian sido completamente destrozados, y con ellos desapareció de la escena política esa maravillosa asociacion, á quien si la Francia de entonces debió muchos males, el mundo entero debió este bien inmenso: la revolucion francesa.

El jóven general de artillería que ametrallaba las *secciones* en San Roque, sabia bien que ahogando bajo su bota de soldado el último aliento del republicanismo vencido en Thermidor, podia tender sus ojos de águila por todos los horizontes del poder.

Muerto el jacobinismo, ningun partido podia tomar en Francia la direccion de aquella Sociedad, en quien al frenesí del vicio habia sucedido el vértigo del dolor, y que dejando de ser prostituta para ser mártir, entraba en esa peligrosísima época de todos los pueblos que han tenido una vida demasiado turbulenta: la indiferencia.

El 13 de Vendimiario la convencion habia sido salvada por un hombre, que desde ese momento comprendia que la revolucion podia convertirse en su provecho. Los bandos que se dividian la Francia eran todos mas ó menos contrarevolucionarios; pero ninguno tenia fé ni programa. Llegaba el momento en que para cumplir una ley de la historia, una grande individualidad debia ocupar ese inmenso vacío que los revolucionarios de 93 dejaban al caer para siempre. Esa individualidad debió ser la que convenia á la formidable revolucion que las ideas y las cosas acababan de llevar á cabo en el corto período que habia pasado, debia ser gigantesca.

Fué Napoleon Bonaparte.

Los dos expatriados polacos siguieron desde América, y luego desde la misma Francia, los pasos del hombre que durante quince años debia ser la pesadilla de la humanidad; Kosciuszko, haciendo tristes reflexiones que parecian presentimientos; Volinski, estremeciéndose de involuntario entusiasmo á la noticia de cada nueva hazaña del general en gefe del ejército de Italia ó del ejército de Egipto.

Napoleon, que parecia haber ido á buscar á los bordes del Nilo las soledades clásicas para madurar los proyectos de la futura grandeza, reapareció de improviso en Francia.

El gobierno que regia entonces á los franceses era perfectamente indiferente para nuestro polaco, pues los hermanos de su primera juventud habian subido al cadalso, gemian en la proscripcion ó habian renegado de su fé.

Así es que vió pasar el 18 de Brumario con una estóica tranquilidad, y aceptó, á pesar de los consejos de su ilustre amigo, que nunca creyó en la buena fé de Napoleon, el empleo de comandante de granaderos de la guardia consular.

—Si he aceptado, decia á su madre en una carta, es porque tengo la íntima conviccion de que algun dia mi batallon de granaderos se batirá por la libertad de la Polonia.

Así lo creia tambien el héroe que mandaba entonces la legion polaca. Pobres patriotas á quienes habria indignado la idea de que el hombre que mi-

Digitized by Google

raban como la fortuna de su desgraciado país, debia pocos años despues escribir á uno de sus ministros (correspondencia de Napoleon y de M. de Narbonne): *Los polacos solo son buenos para amueblar un campo de batalla.*

Como quiera que sea, Volinski, que habia trabajado bajo los ojos del primer cónsul durante el paso del San Bernardo y en los alrededores del fuerte de Bard, que por poco inutiliza una de las mas prodigiosas concepciones del genio de Bonaparte, recibió el grado de coronel en Marengo.

Desde entonces la fortuna de Napoleon fué la suya. Nombrado en Jena general de division y gran oficial de la Legion de honor, voló en compañía de Dombrowski al país de sus padres, para organizar el cuerpo de ejército polaco que debia abrir la campaña contra la Rusia y ser la vanguardia del ejército nacional de la Polonia libre.

Si el comportamiento de Napoleon en esta campaña vino á arrancar la venda de los ojos del patriota y á justificar las sábias previsiones de Kosciuszko, un incidente de un género absolutamente distinto, cambió en odio la admiracion que el hijo del confederado de Bar sentia por el nuevo César.

Volinski, durante la campaña de 94, habia contraido en Varsovia una afeccion de esas que ni los años ni las distancias borran jamás. Su amada era la mas bella mujer que se conocia en aquella tierra de bellas y de mártires, y su familia era ilustre entre las ilustres.

Se llamaba María. *

Durante las fiestas dadas al emperador en Varsovia, ella, que acababa de ver llegar á su prometido y que llevaba sobre su frente la doble diadema de la belleza y de la felicidad, en donde quiera que se presentaba era declarada reina.

Napoleon concibió por la celestial desposada de Volinski, no una pasion—en aquel corazon, fuera de la pasion del poder, no cabia otra—sino un capricho, un deseo que en su alma de bronce tomaba desde luego enormes proporciones.

A punto de contraer enlace con su María, Volinski recibió la órden de marchar con una parte del cuerpo de ejército polaco, á secundar al viejo mariscal Lefebvre en el sitio de Dantzick.

Volinski no dejó de sentir alguna contrariedad al recibir esta órden; pero entonces no habia sacrificio que no se hiciese con placer, cuando se trataba de una patria que iba por fin á verse libertada por su heroismo y el genio de Napoleon. En cuanto á su María, nada habia sospechado, porque aun cuando no se le habian ocultado las bruscas galanterías del emperador, él conocia que en el alma de aquella niña habia la virtud inexpugnable de una mujer de los antiguos tiempos.

Volinski partió para Danstzick. María lloró mucho. Sentia una opresion de corazon espantosa.

* Los lectores que pudieran creer que tenemos el prurito de acumular cuentos sombríos en la historia de algunas testas coronadas, pueden informarse en las mejores fuentes, del orígen del conde Walewski Colonna.

Aquella misma noche se presentaron en su casa los príncipes Poniatowski y Adam Czartorisky.

María era una especie de espartana. Educada en el culto sin límites de la patria, aquella niña casi tenia la aspiracion de consagrar el inmenso amor de su país, por una de esas abnegaciones terribles que acallan todos los comentarios de la historia.

Los príncipes polacos se arrodillaron ante ella.

—Eres una santa, María. Ha llegado el momento en que tus deseos de sacrificarte por la salud de la tierra de tus padres, van á cumplirse. La suerte de la Polonia está en este instante en manos de un hombre á quien solo una mujer podrá dominar. Ese hombre te ama, María.

Y aquellos dos caballeros, con los ojos arrasados de lágrimas, se inclinaron al oido de la jóven y dijeron algunas palabras que la dejaron sin sentido.

Despues de un dia de agonía, en que no abandonaron los príncipes el lecho de la pobre víctima, María se levantó, é impulsada por la fiebre se metió en su carroza, y conducida por los dos nobles entró al palacio en que habitaba Napoleon.

Cuatro dias despues, en la capilla de un viejo castillo de los alrededores de Varsovia, algunas personas vestidas de luto velaban un ataúd.

Dentro de él habia una jóven que parecia muerta desde hacia mucho tiempo, y que sin embargo habia espirado muy pocas horas hacia.

El cadáver era el de la prometida de Ladislao.

En ese mismo dia los príncipes polacos recibieron un billete que decia así: «Mi sacrificio ha sido inútil; ese hombre tiene un corazon de hierro. Que Dios salve á la Polonia y os perdone á vosotros. Enviad este otro billete á Ladislao.—Adios.»

Los dos caballeros partieron esa misma noche para Dantzick. Hicieron llamar al mariscal Lefebvre y á doce oficiales de alta graduacion, y cuando todos estuvieron reunidos dieron á Volinski el billete de María. Ignoramos lo que la jóven decia á su amante.

Cuando Volinski concluyó de leerlo, sus pupilas rodaron en sus órbitas como si quisieran arrancarse de ellos, un rugido de tigre estremeció la tienda del mariscal, dominando el ruido del cañoneo, y en seguida cayó al suelo como una masa inerte.

Al dia siguiente los dos príncipes se presentaron en la tienda del febriscitante, seguidos de Lefebvre y los doce oficiales.

Volinski, al verlos, cogió sus pistolas y se incorporó en el lecho. Los príncipes se dirigieron á los oficiales que los seguian: Señores, dijeron, en nombre de Dios juramos haber cometido un crímen que solo puede castigarse con la pena de muerte, juramos haber ofendido en su honra y en su corazon á Ladislao Volinski, nuestro hermano, y reconocemos en él, pleno y absoluto derecho de quitarnos la vida sin poder nosotros defenderla.

El viejo mariscal extendió la mano y le dijo á Volinski:

—Yo, como vuestro superior, y bajo mi estrecha

Digitized by Google

responsabilidad, os autorizo para que hagais vuestra voluntad.

Frente al lecho de Volinski, en un poste que sostenia su tienda, habia un retrato del emperador.

El polaco levantó lentamente sus pistolas. Los dos príncipes murmuraban algo como una oracion.

Los pistolas hicieron fuego; los príncipes quedaron ilesos. Todos volvieron la cara y vieron al pié del poste el retrato de Napoleon hecho pedazos. En seguida Volinski tornó á acostarse, presa de un horrible delirio.

Los nobles polacos no quisieron retirarse hasta que se hubo levantado una acta firmada por los doce concurrentes, en que constaba que Volinski les habia hecho merced de la vida, y que ellos consideraban al ofendido con derecho de quitárselas en cualquier tiempo.

Hecho esto, se levantaron catorce copias, quedando el original en poder de Volinski, y las copias una para cada uno de los príncipes y de los testigos.

Poniatowski, á quien con razon ha apellidado la historia el Bayardo Polaco, decia á su compañero al tomar el camino de Varsovia:

—El cielo no puede querer sacrificios tan espantosos. Hemos hecho maldita nuestra causa, que era santa. La Polonia no se salvará. Dios la ha abandonado.

¡Siniestra prediccion!

Volinski estuvo siete años en una casa de locos en Paris, adonde se habia trasladado su anciana madre. Cuando esta murió, la crísis provocada en su naturaleza por el sentimiento de aquella pérdida le devolvió la razon.

Su madre le habia dejado, al morir, una fortuna inmensa y el derecho de llevar el título de duque entre la nobleza rusa.

El Emperador Alejandro, que acababa de medio liberalizarse con el contacto de esa atmósfera de Paris, que encierra, como dice Mr. Guizot, quién sabe qué gérmenes democráticos, quiso obtener á toda costa el *arrusamiento* de Volinski, si se me permite la frase, y hasta llegó á exigirle que se presentara á prestarle juramento de fidelidad, so pena de perder las inmensas rentas territoriales que su madre le habia dejado en Ukrania.

Volinski rehusó, y Alejandro, que era en el fondo un hombre de corazon, no cumplió su amenaza.

Ladislao se fué desde entonces á vivir á Inglaterra, en donde continuó dirigiendo incesantemente todos los planes de insurreccion que se tramaban en Occidente en favor de la independencia de Polonia. Llamado á Paris por una de las grandes sociedades secretas que mantenian vivo, aunque latente, el espíritu liberal de la Francia, y comprendiendo desde la creacion del ministerio Polignac la marcha que tomarian las cosas, avivó las esperanzas de sus compatriotas, y quince dias despues de la coronacion de Luis Felipe partia para Varsovia.

Es sabido el resultado de la heróica tentativa de 1830: Polonia, abandonada una vez mas á sus propias fuerzas, tuvo que sucumbir bajo la mano de hierro de los tres colosos que se habian repartido su cuerpo. Entonces se operó en el alma de Ladislao una gran revolucion moral. Habia desesperado primero del emperador de los franceses, entonces desesperó del pueblo frances, y el resultado de estas dos decepciones fué su conversion al septentrionalismo.

Para él el Occidente empezó á perder su prestigio, y si creyó, como siempre, en el porvenir de su patria, ya fué en el sentido de que la Polonia se uniese á la Rusia dominándola con su civilizacion y guiándola con su heroismo.

Desterrado á la Siberia, Volinski, aunque de edad entonces de cincuenta y cinco años, se dedicó al trabajo de los criaderos de diamantes, rehaciendo así casi toda la fortuna que la confiscacion le habia hecho perder.

Ahí se unió en matrimonio á una jóven polaca, y tuvo un hijo, á quien llamó como él y todos sus abuelos se habian llamado, Ladislao.

El hombre que desde este momento va á tomar quizá el primer papel de nuestro libro, tenia por los años de 64, en que principia nuestra narracion, treinta y tres años, edad en que principian para los hombres las grandes cosas.

Ladislao se habia criado al lado de su padre, haciéndose á todas las privaciones y viviendo en medio de los mas rudos ejercicios corporales. En cuanto á su educacion moral no pudo ser mas completa; su padre quiso darle por base en su corazon el cristianismo puro, es decir, la moral sin tacha, y en su inteligencia la noble filosofia espiritualista y racional que eleva la alma á la altura en que se vuelven ineficaces las pasiones, y en la que como que se recibe un temple divino para el bien.

Este sistema no hizo en manera alguna perder la uniformidad á los principios de la educacion de Ladislao, pues lo que nosotros llamamos cristianismo, no es sino el espiritualismo en la region del sentimiento.

Cuando el jóven con su asombrosa capacidad se hubo nutrido en estos piadosos y fecundos principios, su padre le puso la historia entre las manos, y le dejó deducir las consecuencias que le dictara su razon.

En donde acababa el viejo libro de historia que estudiaba Ladislao, empezó la historia moderna contada por el padre, que habia jugado en ella un papel tan activo y tan lleno de abnegacion.

La conquista al septentrionalismo, como decia el viejo Volinski, de aquella alma pura é impresionable, fué obra de poco tiempo. Su odio por todo lo que podia parecerse, aunque de lejos, á Napoleon, pasó inmenso é irresistible al alma de su hijo; tambien le inculcó un respeto profundo por la gran revolucion francesa, ese supremo instante de la historia, en que el pueblo cansado de sufrir, arrojó en la balanza social su terrible espada en forma de

Digitized by Google

guillotina, cantando el *Çaira*, como los soldados del Breno que conquistó á Roma habian exclamado: *Væ victi.*

Catorce años duró la proscripcion del noble polaco, que logró por fin evadirse de aquellas frias é inmensas estepas. El viejo Volinski en compañía de su mujer y de sus hijos, despues de tres meses de infinitas penalidades llegó á las fronteras de la India y á poco se estableció en Calcuta.

Allí vendió sus diamantes á unos judíos holandeses, y de la noche á la mañana se encontró inmensamente rico. Entonces, resuelto á quedarse á vivir en la India en donde se habia dedicado con un empeño no comun al estudio de la horrible epidemia que asolaba aquellas comarcas, quiso sorprender en su nido á esa fatídica Gorgona, del aliento emponzoñado y de las inmensas alas de bronce, hija del impuro limo del Ganges, que dejando algunas veces su cuna abrasada, da vuelta al mundo en medio de las lágrimas y el espanto de los hombres.

Mucho tiempo hacia que Volinski deseaba hacer ese estudio y formar despues con el fruto de sus trabajos un libro que llegó á publicarse por su hijo en Paris, y que hizo casi una revolucion en esta parte de la patología. En los estantes de algunos médicos, conocidos mios, he visto figurar esta obra, que se titula modestamente: «Observaciones sobre el cólera morbo, hechas á orillas del Ganges, por Ladislao Volinski, un volúmen in 8º, edicion de Germer Baillière, 1856.»

Estas exploraciones científicas servian mucho al jóven Ladislao. Aquella flora de una variedad monstruosa, aquella profusion de reptiles, cuyas formas y abundancia recuerdan al hombre las edades primitivas del mundo físico, todo eso embargaba su imaginacion desde luego y acababa por provocar en él un entusiasmo por la ciencia, que ya no debia abandonarle nunca.

La sangre del pequeño cosaco, como su padre le llamaba, era demasiado ardiente para que quedase libre nuestro jóven de esas misteriosas influencias del corazon, que empiezan por agregar una palpitacion mas en nuestro pecho y acaban por identificarse hasta con la última molécula de nuestra sangre, hasta con el mas recóndito pensamiento de nuestro cerebro.

Ladislao, naturalmente precoz, se desarrolló bajo el sol de la India en brevísimo tiempo. Entonces su padre pensó en mandarle á los Estados-Unidos, para dar un camino especial á su educacion, concluida la cual, el viejo Volinski iria en busca de su hijo para recorrer las mas célebres universidades de Europa, estudiando las diferentes nacionalidades y los infinitos matices de la civilizacion occidental, destinada á ser renovada en breve por la savia vigorosa de las razas septentrionales.

La base principal de la educacion que el señor polaco se habia propuesto dar á su hijo, era la de dejar desarrollarse en él libremente lo que los alemanes han llamado el *yo*. Dotar aquella alma de todos los conocimientos para que el discernimiento entre el bien y el mal fuese completo, enseñarle el respeto á todo el mundo y la séria estima de sí mismo, é inculcar en aquella naturaleza desarrollada sin trabas, pero inculcar íntima y profundamente, el amor de la libertad, que es en el órden moral la final resolucion de todos los problemas que pueda proponerse la inteligencia humana, he aquí lo que se habia propuesto Volinski respecto del jóven y lo que habia conseguido; cuando escuchó sus reflexiones sobre esta materia, el pobre padre lloró de alegría porque vió que su hijo le habia comprendido.

—Ahora pueden venir las pasiones de la juventud y de la virilidad, decia el anciano; he allí un blindaje que difícilmente romperán las tempestades.

Entonces el pequeño cosaco tenia quince años. Ya era tiempo de que marchara á América. La madre de Ladislao, muy jóven aun, lloraba mucho; el adolescente se ponia muy pensativo. Un dia en que el padre y el hijo salian de una de sus magníficas posiciones en el Bengala, para cazar tigres, el muchacho dijo á su padre, no sin ruborizarse un poco:

—Padre mio, no quisiera marcharme aun.

—¿Por qué, hijo mio?

—Porque sufriria mucho alejándome de Maïa.

—¿La hija del nabab de Chandernagor?

—Sí, la divina Maïa.

—Hijo mio, quédate, pero yo conozco mas que tú el carácter de estas mujeres. Esa niña te hará infeliz. En toda hija del Hindostan hay el gérmen de una bayadera, y no es eso lo que tú buscas; ¿verdad, hijo mio?

El jóven se puso rojo como una cereza y murmuró algunas palabras ininteligibles.

Vale mas así, decia en su interior el viejo, esta no será una pasion que le mate; pero sí templará su alma.

Aquella ocasion Ladislao estaba tan alegre, que hizo prodigios de valor.

Montaba un caballo persa de esos que están acostumbrados á escapar de entre las garras de una docena de tigres, pequeño, nervioso, con grandísimos ojos negros, llenos de ardor y de inteligencia.

A pesar de las advertencias de su padre, Ladislao se fué insensiblemente separando del resto de los cazadores. Pronto se encontró en la orilla de uno de los inmensos pantanos tan comunes en el Bengala, y á donde bajan en gran cantidad los tigres en la sequía.

El jóven seguia tranquilo á su guia que era un jóven indio, completamente desnudo y que llevaba en la mano un gran cuchillo, del cual se servia para hacer paso á su amo por entre los juncos y las lianas que formaban al estero una enorme muralla de vegetacion.

El guia se detuvo repentinamente y se estremeció.

—¿Qué tienes? le preguntó el jóven.

—Un tigre.....dos tigres.....,respondió el indígena.

Digitized by Google

Ladislao no pudo contener un ligero temblor que pareció comunicarse al noble corcel. El guia escuchaba con suma atencion. Un vago rumor de juncos aplastados se escuchaba á larga distancia. En el estero no habia una sola ave, en los árboles se habian callado las brisas, y no sé qué ráfagas calientes pasaban de cuando en cuando por el ambiente húmedo de la madrugada. Esas ráfagas, decia el indio, son el aliento del rey del Bengala.

—¿Y qué hacer ahora? preguntó inquieto el mancebo.

El guia sin responder una palabra, tomó la carabina de manos del jóven, y examinó las cebas. En seguida, volviéndose á su amo le dijo: tú por allí, yo por acá. Pronto.

Ladislao sintió bajo de sí el temblor de su caballo, que comprendiendo la intencion de su amo, volvió las ancas al guia.

En aquel momento dos rugidos partieron á un tiempo de dos puntos distintos, y Ladislao oyó un trote ligero en los juncales.

Un minuto despues, á veinte pasos apareció por entre las amarillas varas de los juncos, la mitad del cuerpo de una soberbia tigre que hincando una garra sobre las matas enteramente dobladas, sacudia su enorme cola y miraba con sorpresa y furor al grupo de cazadores.

Ladislao soltó las riendas de su caballo y apuntó lentamente con su magnífica carabina inglesa de dos tiros.

Sabido es que por lo general el cazador que no aprovecha aquellos dos tiros, es hombre perdido. Un grito del guia le indicó que la lucha se acababa de trabar á su retaguardia. Preocupado como lo estaba con el peligro que le amenazaba, se habia olvidado del indígena, así es que aquel grito le obligó á hacer un movimiento que comunicado al gatillo del arma, hizo partir el tiro.

La bala fué á morder la piel de la boca del animal, pero sin penetrar en ella.

Lo demas fué instantáneo. Por librarse del salto de la tigre, el caballo de Ladislao se desvió con un brinco prodigioso, poniendo inmediatamente el frente á la fiera.

Ladislao que era un ginete consumado, se mantuvo firme sobre sus estribos, de manera que cuando su corcel volvió á colocarse frente á la tigre, un espectáculo terrible se presentó á su vista. El guia habia asestado en falso la cuchillada con que esperaba acabar la vida de su feroz adversario, y derribado por este yacia en el suelo debajo del vientre del tigre, que le destrozaba el pecho buscando el corazon para beberle la sangre.

Ladislao comprendió que no habia un segundo que perder, y rápido como el pensamiento apuntó é hizo fuego.

Aun no se disipaba el humo de su carabina, cuando su corcel tornó á dar un salto colosal. De repente se encabritó relinchando de dolor; la tigre le habia atrapado por las ancas.

Ladislao se dejó caer del caballo con asombrosa agilidad; la tigre no abandonó su presa que se sacudia como un epiléptico con las terribles convulsiones del dolor y del miedo.

El jóven cazador se puso tranquilamente á cargar su arma. La tigre, como asombrada de tanta audacia, levantó la cabeza y clavó sus ojos de fuego en los de Ladislao, pero sin desprenderse de las ancas del corcel de Persia, sobre cuya grupa de armiño corrian gruesos chorros de sangre.

Ladislao acabó de cargar su arma, apuntó y avanzó un paso. El movimiento de las orejas del animal feroz, le indicó que iba á dar el salto.

Hizo fuego y cayó en tierra, al sentir que una garra se hincaba en su pantorrilla.

Hé aquí lo que habia sucedido:

El segundo tiro de Ladislao habia entrado en la frente del tigre que estaba sobre el guia. La fiera se movia horriblemente con las convulsiones de la agonía, y al tiempo de disparar Ladislao su tercer balazo, que mató á la hembra, acertó á agarrarle la pantorrilla, derribándole á su lado.

El jóven luchaba por desenvainar su cuchillo de caza, pero la fiera lo estrangulaba, enterrando con creciente furor sus uñas en la carne de su víctima.

Volinski se creia muerto irremisiblemente, cuando una voz sonora y varonil resonó al lado suyo.

—No os movais, decia aquella voz.

Hubo para Volinski un momento de indecible angustia. Por fin, despues de tres mortales segundos, resonó un tiro. El tigre abrió la garra y se estiró: estaba muerto.

Ladislao se incorporó con ligereza, á pesar de sus heridas, y tendió la mano al hombre que le habia salvado.

Este, cuyo rostro lleno de orgullo y de belleza habia chocado á Volinski, estrechó la mano del niño.

—Venid, caballero, dijo á Ladislao su salvador: yo habito en casa del nabab de Chandernagor, y ahí encontrareis hospitalidad. Yo haré avisar á los demás cazadores, pues supongo que no estais solo.

—No, señor, contestó en frances Ladislao, pues en este idioma le hablaba su interlocutor: no, señor; mi padre y sus compañeros deben estar á corta distancia.

—Bien, yo les haré avisar; venid conmigo, yo haré recoger estos tigres, con quienes habeis tan heróicamente luchado, y el cadáver del guia. Venid, en casa del nabab encontrareis refrigerio.

—Gracias, mil gracias, señor.....

—Rogerio de Schauenbourg, vuestro servidor.

Y los dos se encaminaron á la quinta del padre de Maïa.

CAPÍTULO XXI.

CONTINÚAN LAS AVENTURAS DE LADISLAO.

Maïa tenia trece años y era la perla del Bengala. Maïa tenia dos ojos enormes, negros como las manchas de la piel del tigre. Era alta y frágil como un

Digitized by Google

junco: su madre habia soñado con la nieve del Himalaya, cuando la concibió, y por eso Maïa habia nacido blanca, pero de una blancura densa y sin tacha.

Una vez, el viejo Volinski habia ido á la granja del nabab para entablar con él un negocio de venta de ciertos terrenos abundantísimos en opio.

El trato quedó cerrado y sellada la amistad entre ellos.

Una cosa distinguia al nabab bengalés, y era su profundo odio por la dominacion británica en la India. Los faquires y los santones que predicaban perennemente la rebelion contra la Inglaterra, hallaban graciosa acogida en sus palacios, y aun se decia que en las últimas asonadas su nombre habia resonado en los himnos guerreros como una constante amenaza para la Compañía de las Indias.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que aquel personaje extendia su influencia por todas las presidencias sometidas á la compañía, y que sus posesiones ocupaban inmensos terrenos en la Indo-China.

Los ingleses temian dar un golpe rudo á aquel personaje de cuya casa partian todos los complots en favor de la independencia del país, pues su dominacion era todavía muy insegura para arrojar un desafio tan terrible á la alta casta cuyo gefe era el nabab indio, á quien el pueblo adoraba como á una Providencia.

El nabab habia estado una vez en Europa y la reina Victoria le dió á besar la mano repetidas veces. Pero por mas que hicieron no se consiguió retenerle en los países civilizados que recorrió, y quien mas tiempo guardó en su seno á aquella fábula de oro y de riquezas, fué San Petersburgo, en donde el emperador le colmó de agasajos, y con el que tuvo largas y secretas conferencias.....

El plan del nabab bengalés era muy sencillo. Suscitar la eterna cuestion de Oriente, pesadilla de los gabinetes europeos, que tarde ó temprano se ha de resolver en medio de un terrible sacudimiento. Una vez la Europa llamada á la palestra, atraer al Austria por la promesa de los principados danubianos, callar á la Prusia ofreciéndole eficaz cooperacion en la grande empresa de la unificacion de la Alemania, bajo sus auspicios. Atraerse á los Estados-Unidos, interesados en el abandono del Canadá y una vez hecha esta liga preguntar á Francia é insultar á la Inglaterra.

El profundo pensamiento de Napoleon de castigar á la Inglaterra cortándole los víveres, es decir, quitándole sus colonias, pensamiento que debió adoptar sin reservas Alejandro, si hubiera sido mas político y menos atrabiliario, despues de la severa leccion de Friedland, era el que maduraba en su imaginacion el nabab de Chandernagor.

Una vez declarada la guerra á la Inglaterra, los rusos, y llegado el caso los americanos, solo debian ocuparse en introducir inmensas cantidades de armamento, que desde luego encontraria empleo y que el nabab se comprometia á repartir en dos ó tres millones de adeptos suyos.

El emperador acogió con mucho entusiasmo aquellos proyectos y ofreció ponerse á hacer inmediatamente los preparativos necesarios. La cuestion quedó solemnemente aplazada para mediados de 1848.

He aquí el motivo por el cual Rogerio fué á la India. Su mision era sondear lo que pudiera haber de verdad en las esperanzas del nabab, y en ayudarle á preparar el terreno, despues de lo cual, Rogerio se encargaria de hacer entrar por las fuentes del Indo un cuerpo de ejército ruso para apoyar los movimientos de los sublevados, y asegurar la dominacion rusa en aquellos climas.

El 7 de Octubre de 1847, el embajador de Rusia en Lóndres recibia una nota en que se le decia que procurase tocar la cuestion de Oriente en su próxima entrevista con el gefe del gabinete de San James, procurando indicar que tenia instrucciones especiales de procurar una solucion pacífica á este problema. Constantinopla caia.

Al mismo tiempo M. Guizot escuchaba de boca del representante ruso en Paris, estas palabras: ¿Decididamente la Francia tomaria una actitud hostil para con el gobierno del Czar, si este se decidiese á revivir la cuestion de Oriente?

De Lóndres á Paris se entabló con este motivo una activa correspondencia diplomática. El 15 de Noviembre, el gobierno inglés contestaba: «No creo posible la solucion pacífica de tan difícil problema.»

Y M. Guizot respondia: «El gobierno de S. M. seria decididamente hostil á la Rusia en esta cuestion.»

Desde fines de Octubre, M. Polk empeñado entonces en la guerra de México, prometia una simpatía que pronto podia convertirse en alianza al autócrata de todas las Rusias, y en los talleres americanos se construian cuatro millones de fusiles que debian entrar por la Siberia.

Rogerio estaba muy contento, y ya pensaba en escribir á sus primos los Bonaparte para que viniesen á ingresar en las filas de la cruzada contra la metrópoli de Santa Helena.

Pero llegó el año de 48 y llegó el mes de Febrero..... y todo quedó aplazado. El sacudimiento republicano de la Francia hizo que se buscaran en la oscuridad las manos de todas las monarquías para formar un valladar á aquel desbordamiento de la verdad y del derecho.

La Rusia abandonó sus sueños de conquista para acordarse de la Polonia, el Austria para acordarse de Italia y de Hungría, los Hohenzollern se creyeron sentados en el trono imperial de la Alemania y Rogerio volvió á Europa á toda prisa, para irse á bañar con la sangre de los *rebeldes*.

Nosotros estamos en el año de 47.

Volinski era grande amigo del nabab, como ya hemos indicado, y aun conocia parte de sus proyectos, sobre los cuales él tenia sus ideas especiales.

Ladislao y Maïa se amaron tiernamente desde

Digitized by Google

que se conocieron. Juntos habian salido de la infancia, y juntos habian entrado por la puerta de los sueños en ese paraíso que se llama la juventud.

¿Quién habia de arrebatar en aquellas soledades vírgenes al pequeño cosaco la linda esposa de su corazon? El amor que se contrae en la infancia es fácilmente puro y sin deseos, y fácilmente tambien degenera en una dulce y cariñosa habitud, que acaba por no satisfacer el corazon de los jóvenes.

Maïa adoraba á Ladislao; pero nunca se sonrojó bajo el fuego de sus miradas.

En aquellas regiones, apenas salida de la infancia, la niña es una mujer, cuya sangre se envenena todos los dias con el perfume ardiente de las flores y con las caricias de fuego del sol.

Maïa y Ladislao se perdian en aquellos bosques inmensos, en los cuales siempre encontraban un sendero nuevo, siempre un panorama distinto del que habian admirado el dia anterior, por las interminables calles de flores que colgaban sus campanillas polícromas henchidas de miel, que goteaba en llanto de oro sobre las hojas de un verde glauco de las adormideras. Algunas veces los dos niños se detenian para matar una *copra capello* que se deslizaba, convólvulo viviente, por entre las lianas y los juncos, ó para buscar un poco de aire puro en medio de aquel ambiente emponzoñado por el perfume de las flores y de los bálsamos.

Cuando un rayo quemador del sol de la India venia á recamar de filigrana los bananeros cargados de goma, Pablo y Virginia, como los llamaba la madre de Volinski, se ponian á contemplar extasiados aquel cielo turquí por el cual pasaban como girones de un inmenso chal de cachemira arrojado á los vientos, las parvadas de aves y de papagayos rojos, lanzando gritos roncos y alegres.

Maïa, que como buena hija de la India tenia una especie de supersticion por el loto, en cuanto llegaba á la orilla de un estero por entre cuyas linfas de cristal asomaban como tazas de leche los nenúfares blancos, se inclinaba sobre ellos haciéndoles caricias, cubriéndolos de besos y preguntándoles en un idioma misterioso de dónde vendria el caballero de los ojos negros que la habia de conducir á los palacios de diamante de la luna.

Aquella cancion india ponia muy pensativo á Volinski, que permanecia mudo mientras Maïa volvia á su casa desgarrando su manto de seda de Surate en las espinas de las rosas de Bengala y mezclando sus gorgeos á los del bengalí que lloraba la partida del dia.

Una ocasion llegó un forastero á la quinta de Maïa. El nabab le recibió con mucho agasajo y le hospedó en su quinta como lo hubiera hecho con el mismísimo emperador Nicolás, si este se hubiese dignado visitar á su *primo* el descendiente de Aureng-Zeib y por consiguiente de Tamerlan.

Maïa, cuando vió á aquel hombre cuya mirada era á veces dulce como una caricia, y á veces sombría y terrible como la del leon celoso, se quedó muy pensativa: esa noche no fué á esperar á Ladislao en la entrada del bosque de higueras, que separaba las posesiones del nabab de las de Volinski. Maïa se habia olvidado de su paseo cuotidiano.

En la noche no pudo conciliar el sueño, y se puso al piano. Su voz, que tenia esas modulaciones perezosas y llenas de voluptuosidad que solo conocen las criollas, se lanzó por el espacio propagándose en notas perladas por todas las cercanías, y provocando los cantos del bengalí, que despertaba creyéndose llamado por su compañera. Lo que Maïa cantaba era la cantilena india que ponia tan pensativo á Ladislao.

«Que venga á mi lado, que venga al nido de mi juventud y de mi belleza el sultan de los ojos negros como el loto sagrado, de los cabellos brillantes como el corazon de los ébanos, el de la boca roja como la boca de la bayadera y del aliento fragante como el aroma de los cancleros del Bengala.»

«Harémos nuestros mantos con la seda rayada de oro de Surate, y cogeremos sus pliegues con broches de perlas de Ceilan. Tenderemos sobre la cálida arena que borda las riberas del Ganges, grandes pieles arrancadas al rey del Bengala, y colgaremos en las verdes hojas de los bananeros los pintados chales de Katchmir la rica.»

«Así viviremos, así moriremos, embriagándonos juntos en el amor de nuestro corazon, como las palomas blancas que beben dos á dos en la fuente de alabastro del palacio de Lahora, y luego dos á dos cruzan como rayas de armiño el turquí de los cielos índicos.»

Una persona escuchaba atentamente aquella cántiga, y levantando la persiana de su balcon, se entregaba á una dulce melancolía contemplando por entre las ramas cuajadas de flores de las árboles, el cabrilleo misterioso de las aguas del estero, que parecia un nido de serpientes de oro que rayaban el agua en todas direcciones.

La cancion de Maïa se hermanaba tanto con aquella naturaleza llena de lujo y de encanto, que por un instante el forastero, en quien nuestros lectores habrán adivinado al conde de Schauenbourg, se quedó extasiado creyendo que algun genio misterioso cantaba entre las palmeras.

Cuando Rogerio pudo pensar en lo humano de aquella voz, se decidió á saber de dónde venia. Ciñó alrededor de su cuerpo su bata de cachemira con una gran banda de seda roja, introdujo en ella un pequeño puñal de Alepo, y saltó á la terraza que se extendia frente á su balcon.

A unos cincuenta pasos encontró otro balcon. Por los intersticios de la persiana pudo ver dentro de un delicioso gabinete tapizado de pieles de tigre, cuyas garras estaban reemplazadas por otras de oro, y acostada sobre inmensos cojines de seda azul una niña blanquísima con dos ojazos negros, de un ardor y de una dulzura incomparables. Aun vagaba por la estancia el eco de la última nota del piano,

Digitized by Google

y Maïa se adormecia teniendo entre los labios una pastilla de rosa tomada de una deliciosa bombonera de lazulita de Baïkal, incrustada de oro.

Rogerio miró aquel cuadro tropical por los intersticios de la persiana.

La belleza excepcional de aquella niña, le ofuscaba. El habia recorrido las cortes europeas, y nunca habia sentido una sensacion tan extraordinaria como en aquella ocasion.

Parecia que del seno medio velado de la niña, que de su boca medio abierta, se desprendian no sé qué efluvios que aspiraba con vehemencia el corazon.

Ademas de la tibia caricia del ambiente, Rogerio sentia algo de mas ardiente en torno de él, que le fascinaba.

Aquellas ráfagas narcóticas se desprendian del cuarto de la hija del nabab.

Los ojos de Maïa seguian muy abiertos y muy brillantes, fijos con una tenacidad imperturbable en el balcon, detras del cual se ocultaba el conde.

Este levantó algunas tablillas de la persiana y asomó su cabeza, bella como la del Apolo de Belvedere, por sobre el barandal de fierro.

Maïa llevó sus dos manos á la boca y le envió un beso palpitante con la fiebre de la pasion.

La pobre niña creia que soñaba.

¿Era aquel caballero que debia venir de otros países para vivir y morir con ella bebiendo en la fuente inagotable del amor, como las palomas blancas del palacio de Lahora?

Maïa creia que sí.

¿Y Ladislao?

Ladislao con el codo sobre sus libros y la frente apoyada en su mano blanca y fina, esperaba con ansia el momento en que cantaran los gallos de la media noche para montar á caballo y volar á fabricar con las pieles del rey del Bengala, un lecho blando á su querida, sobre el cual viese constantemente la huella ennegrecida de la bala de su carabina.

Además, durante aquella caza, pensaba decir á su padre sus proyectos amorosos.

Así es que Ladislao era feliz, y sus ojos, llenos de ternura, se dirigian por el rumbo de la casa del nabab, como si por entre los intersticios de los cocoteros, viera cruzar la imágen de Maïa envuelta en su flotante manto de Surate, azul como los cielos.

Cuando aquella imágen se le aparecia, el jóven murmuraba entre sus labios una plegaria, y se ponia á dirigir á aquel fantasma de su pasion, frases llenas de cariño y de puerilidad, como las que se les dicen á los chicuelos que ríen en nuestros brazos. Y sin embargo, durante aquella noche, extraños calosfríos le hacian temblar como un azogado.

¿Ese malestar provenia de impaciencia por emprender la caza, ó era la voz del corazon que presentia una desgracia?

En el instante en que Ladislao salia de las posesiones de su padre con la comitiva de caza, Rogerio tocaba por última vez con su impura boca los labios de Maïa, y bajaba ligeramante á la terraza.

Luego, como no pudiera conciliar el sueño, vistió sus arreos de caza y se salió de la quinta, atravesó los bosques, los campos de arroz, los cafetales, y se dejó caer rendido de fatiga al pié de unos bambús á orillas del gran estero.

El viento de la madrugada le adormeció.

Un hedor extraño le arrancó de su somnolencia. Incorporóse vivamente como si presintiese junto á él un peligro, y vió brillar junto de él dos carbunclos pequeños, pero de un fulgor infernal. Rogerio habia dormido una hora sobre un nido de serpientes de cascabel.

Levantóse de aquel peligroso sitio y se decidió á rodear el estero.

Esta larga vuelta la ejecutó, no sin que de cuando en cuando se sintiese agitado por movimientos convulsivos.

Y tenia razon.

Apenas hay algo mas pavoroso que el despertar de la naturaleza en las regiones tropicales.

Cada uno tiene la conviccion de que todo lo que embotaba su ponzoña en el sueño, en aquel momento despierta y principia á ejercer su funesta actividad.

Rogerio se sentia embriagado por un ambiente de tal manera cargado de aroma, que notaba, por decirlo así, el envenenamiento paulatino de su sangre, obligada á ponerse en contacto con aquellas deliciosas emanaciones.

Entonces los primeros trinos de los pájaros alegran el corazon de los incautos; pero ¡ay del que se atreva á acercarse á las flores! Hay rosas en el Bengala que tienen tanto veneno como una serpiente.

De sus corolas divinamente pintadas se desprenden á veces pequeñas partículas que infiltrándose en el organismo producen una rápida é inevitable descomposicion.

Y es que allí la vida se alimenta constantemente de la muerte, y el Criador, en donde ha colocado la exuberancia de la existencia, ha querido poner la facilidad de morir.

Allí todo cadáver se trasforma en flores. Bella resurreccion material, que parece parodiar la resurreccion del alma en lo desconocido.

Rogerio marchaba con precaucion. El ruido que hacian los animales y las plantas de todas especies dentro de aquellas selvas inmensas que por el grandor de su vegetacion parecia un remedo de las selvas antediluvianas, lo ensordecia constantemente.

Sentia hervir la vida como en una caldera gigantesca en derredor de sí.

Hasta las olas del estero, hasta los nenúfares blancos que nadaban en la superficie del agua, todo tenia una voz, todo tenia una nota que unir á aquel concierto solemne de la naturaleza; de cuando en cuando sobresalia entre aquella armonía terrible el

Digitized by Google

rugido del leon ó el grito de becerro del caiman persiguiendo á la hembra hasta el fondo de la laguna.

Aquel orfeon tenia sus notas ascendentes y descendentes, sus *crescendos* y sus *minuendos;* y en el fondo de aquel huracan de armonía, Rogerio creia escuchar como la campana que lo despertaba en el colegio de West-Point, un inmenso *gong-gong* de oro que sonaba sin cesar en el cielo agitado por la aurora, cuyo abanico de bermellon se desplegaba ya en Oriente.

Y todo eso se movia en la sombra de una manera fantástica. Rogerio nada veia, pero sentia las hojas de las palmas mecidas por la brisa, comprendia el movimiento de las aves en los bosques de sándalo, el paso de las víboras por bajo de sus plantas y el revoloteo de las abejas y de los moscardones en derredor de las corolas.

De repente Rogerio se detuvo; el ruido que habia estado escuchando disminuia, solo los insectos zumbaban aún. Parecia que súbitamente la naturaleza habia tenido miedo de hacer ruido.

Un rumor, como el que hace un caballo pisando las yerbas con precaucion, llegó hasta sus oídos. El conde se detuvo para orientarse.

Escuchó un rato.

Un violento galope entre los juncos, y luego dos rugidos, le anunciaron la proximidad de los tigres.

Amartilló su arma, y se lanzó como una exhalacion hácia el lugar de donde los bramidos habian salido.

Cuando llegó, vió á un tigre teniendo á su lado un caballo blanco, de Persia, que agonizaba de dolor y de miedo; á pocos pasos yacia un indígena horriblemente mutilado.

Y por último, formando un grupo informe, un tigre y un niño, luchando y arrastrándose por el suelo.

Entonces fué cuando Rogerio salvó á Ladislao y le condujo á la quinta del *nabab.*

Llegados á la quinta, se dispuso una fiesta para celebrar la heróica hazaña del jóven Volinski, y el *nabab,* que le profesaba un cariño paternal, le regaló un par de caballos árabes Kochlain (sangre pura) descendientes en línea recta del que salvó delante de Belgrado á Mahomet el Grande, cuando se lanzó sobre él el cuervo heráldico de Juan Hunyada.

Ladislao, loco de alegría con aquel presente y con las caricias que luego le prodigó su padre, olvidó por un instante á su adorada Maïa.

En la hora del banquete se acercó el nabab y le colocó en la mesa entre el lugar de Rogerio y el de su hija.

Maïa pareció por fin. Estaba radiante de hermosura, con su vestido de muselina á la europea.

Cuando la jóven se encontró con la mirada llena de ingénua adoracion de Ladislao, se puso roja como una granada y bajó los ojos.

Ladislao se sorprendió un poco; pero luego, cediendo á sus impulsos amorosos, se dirigió hácia Maïa y le estrechó la mano.

Aquella mano temblaba. Maïa tenia miedo.

Rogerio miraba frunciendo el ceño.

Ladislao se sentia mal.

Algo como una tiniebla invadia su alma.

Estos momentos de angustia pueden compararse á ese instante de oscuridad en que la luna, al eclipsarse, entra en la penumbra.

Tanta angustia sentia Ladislao que buscó un apoyo, no para no caer, sino para no dudar, y ese apoyo lo buscó en los ojos de su padre.

El viejo Volinski y el nabab, apoyados en el alfeizar de una gran ventana, platicaban fumando dos habanos de la Vuelta de Abajo, porque el noble indígena reunia en su quinta todas las deliciosas frivolidades de la civilizacion mas refinada.

Parecian ocupados de un asunto muy serio, así es que Volinski no notó la mirada imploradora de su hijo.

El banquete comenzó; Maïa no despegaba la vista de su plato. Ladislao sentia una mortal inquietud.

Miraba recelosamente á Rogerio, que con una volubilidad asombrosa tocaba todas las cuestiones y hablaba de todas las cosas, diciendo sobre cada una de ellas una palabra feliz, ó manifestando una idea original y graciosa ó profunda. Se conocia que Maïa fijaba hondamente la atencion en lo que el conde decia.

Ladislao se decidió por fin á dirigir la palabra á la jóven.

—Maïa, voy á regalarte las dos pieles arrancadas á los tigres.

—¿Cuáles?

—¿Qué no sabes que esta mañana yo he matado á un tigre, y el otro me habria matado á mí á no ser por este caballero, (mostrando á Rogerio) que me ha salvado la vida?

—Ah!.....¿ese caballero te ha salvado la vida, Ladislao?

—Oh! señorita, interrumpió Rogerio, este niño es un héroe. Yo os aseguro que en su caso habria temblado mas de una vez, y cuando mi buena suerte me llevó al lugar de la hazaña, tuve la dicha de arrancar á vuestro amigo de las garras del tigre, y de encontrarle tan sereno como si hubiera estado entre los brazos de su amada.

Rogerio dijo con intencion la última frase.

—Señor conde, murmuró Maïa con la voz trémula, os doy las gracias por lo que habeis hecho con *mi hermano* Ladislao.

Maïa subrayó con la voz la palabra que subrayamos nosotros.

Ladislao miró á la jóven india todo azorado.

—¡Ah! ¿sois hermanos de corazon.....?

—Caballero, dijo Ladislao, hoy tendrá mi padre el honor de pedir la mano de Maïa á su padre.

—Extraño modo de comprender la paternidad, dijo Rogerio, encarándose con la hija del nabab.

Maïa permaneció en silencio. Ladislao se levantó de la mesa y fué á respirar aire libre al jardin.

Digitized by Google

—Esta noche os espero, señor conde, dijo Maïa á Rogerio á tiempo de levantarse; tened preparados dos caballos.

La niña pretextando una indisposicion se retiró á su habitacion, y lo mismo hizo el conde. Ladislao, paseándose por entre la calle de magnolias del jardin, parecia meditar profundamente sobre alguna cosa, y en realidad no pensaba en nada.

Sufria horriblemente de la cabeza. El mal físico le impedia ver con claridad el abismo que se acababa de abrir en la mitad de su vida.

Allí lo encontró su padre.

—Acaba de ir el nabab, dijo el viejo Volinski á Ladislao, en busca de su hija. Si ella consiente, yo los casaré á pesar de la juventud de ambos.

—¿Tan pronto, padre mio?

—¿Qué, no gustaria por casualidad mi idea?

—Sí, señor; veremos que contesta Maïa.

Una hora despues, el nabab comunicaba á sus huéspedes la decision de su hija.

—Déjame, padre mio, ponerme esta noche en oracion, habia contestado la niña; yo responderé mañana.

En seguida la jóven habia besado repetidas veces la mano de su padre, y luego se quedó dormida.

Llegó la noche, la luna oculta al principio entre las nubes, apareció en la serenidad del cielo, como un espejo de plata del tocador de la noche, dejando tras de sí inmensos vellones de nieve que corrian con direccion al Norte, como una inmensa cortina blanca que se descorria en el espacio.

Ladislao salió al huerto y se sentó debajo de un árbol con muchas ganas de llorar.

Otras dos personas velaban tambien. Eran Rogerio y la hija del nabab.

La posicion del conde era en extremo dificultosa.

Evidentemente iba á tener una ruptura con el príncipe indio, y esto podia tener funestos resultados para su causa.

La influencia del nabab en todo el Bengala, es decir, en la provincia mas importante de las que los ingleses ocupaban en el Indostan, su decision por la causa del Czar y sus fabulosas riquezas, hacian de él el mas sólido punto de apoyo de los proyectos rusos en esas regiones.

Rogerio sentia que iba á dar un paso que podia muy bien trastornar por mucho tiempo el porvenir del imperio ruso, haciéndole perder un aliado que nadie podia reemplazar, y acaso haciéndole pasar del lado de la Inglaterra en un acceso de despecho.

El conde de Schauenbourg no era hombre que se detuviera en otras consideraciones de hospitalidad, etc.; era demasiado finamente civilizado para parar siquiera mientes en patrañas de tal género.

Así es que despues de pensarlo mucho, y recordando la deliciosa figura de la hija del nabab, Rogerio hizo alistar dos de sus caballos, se vistió, arregló sus armas y esperó que todo el mundo estuviese dormido en la quinta.

Se habia decidido á dar al diablo los proyectos de su augusto primo, resuelto á abandonar él por su parte todos sus planes de grandeza futura en la corte de San Petersburgo.

Desde el pié del árbol que habia elegido para descansar, Ladislao veia perfectamente la terraza y el balcon de su amada.

Como este miraba al Occidente y todavía la luna no estaba muy adelantada en su carrera, una gran cortina de sombra se extendia por casi toda la terraza, ocultando así las persianas de la habitacion de Maïa.

Hubo un instante en que el jóven creyó ver una sombra deslizarse á lo largo de la terraza, y entrar al aposento de la niña.

Un cuarto de hora luchó Ladislao con la incertidumbre; pero cediendo al natural impulso, volvió á la quinta conteniendo los latidos de su pecho y entrando á la terraza se dirigió al dormitorio de Maïa. Aplicó el oído á la baranda del balcon, no oyó nada; levantó la punta de la persiana—el mismo silencio; miró por fin hácia dentro—la alcoba estaba vacía.

—Estará en el gabinete de su padre, se dijo Ladislao temblando sin saber por qué.

En seguida se apoyó en el muro y se puso á contemplar el paisaje.

El camino que llevaba de la quinta del nabab á Chandernagor partia de debajo de la terraza, bajaba una gran rampa al salir de los huertos y se lanzaba hácia la derecha para dar vuelta al estero, que se extendia frente á la habitacion, y luego trepando por unas pequeñas colinas se dirigia hácia la posesion francesa.

Este camino podia seguirse durante algun tiempo con la vista hasta llegar al estero, y luego reaparecia con toda claridad sobre las colinas como el anillo inmenso de una serpiente muerta, tendida por entre los bosques.

Ladislao fijaba involuntariamente sus ojos en la gran línea blanquecina del camino. De repente aparecieron en él y á carrera abierta dos caballos con sus correspondientes ginetes. Ladislao se puso de un brinco en la caballeriza.

—¿Quién ha salido de aquí? preguntó á los palafreneros.

—El huésped ruso y un paje, que iban para Chandernagor; mañana estarán de vuelta, contestó en inglés el palafrenero.

Ladislao no dijo una palabra. Ensilló uno de los caballos que acababa de regalarle el nabab, y terciándose á la espalda su carabina inglesa, salió al paso de la quinta.

Una vez que se vió solo en el camino, hincó las espuelas en el vientre de terciopelo de su magnífico árabe, y partió como un rayo.

Los gemidos del noble animal se confundian con los sollozos de Ladislao.

Anduvo sin parar cerca de una hora. Entonces divisó delante de él dos caballos lanzados al gran galope.

Digitized by Google

—Ellos son, se dijo satisfecho, y tocó con el acicate los ijares del caballo.

Los dos ginetes, sintiéndose perseguidos, apuraron tambien el paso. La luna alumbraba magníficamente el camino.

El caballo de Ladislao, como si quisiera en aquella ocasion mostrar con cuánto brío llevaba los gloriosos títulos de su noble prosapia, hacia prodigios. Por mas que los caballos ingleses que iban delante pegaban casi el vientre á la tierra en su carrera vertiginosa, Corvino, que así se llamaba el árabe de Ladislao, en recuerdo de Juan Hunyada, ganaba terreno sobre ellos con prodigiosa facilidad.

Ladislao en aquella carrera se mostró tambien verdadero cosaco, como su padre le llamaba: asegurándose perfectamente sobre la silla y abandonando las riendas, requirió su carabina, y sin dejar de correr, preparó, apuntó é hizo fuego, como el *hetman* de mas nombradía en las riberas del Don.

La bala habia ido á romper el anca de uno de los caballos, dejándolo mutilado en el mismo instante.

A la bala de Ladislao contestaron otras dos, que á no haberse inclinado sobre el cuello de su caballo, hubieran dado de lleno en el pecho de nuestro amigo.

Ladislao siguió corriendo hasta llegar adonde sus perseguidos se habian detenido.

—¿Con qué derecho, caballero, os habeis permitido herir un caballo mio? preguntó Rogerio desmontando.

Ladislao se precipitó hácia el acompañante del conde, que iba vestido de escudero á la inglesa.

—¡Maia! exclamó, ¡Maia! ¡oh! Dios mio.....

La jóven le apartó sin bajar los ojos.

Rogerio se habia lanzado sobre él, queriendo atraparle por el cuello.

—¿Teneis cargadas vuestras pistolas, señor conde? dijo con febril agitacion Ladislao.

—Sí á fé, respondió aquel; es el mejor medio de arreglar este asunto.

Maia se adelantó hácia Ladislao y le tomó por un brazo.

—Ladislao, le dijo, yo amo á este hombre sobre todas las cosas de la tierra; si lo mataras, solo consentiria en sobrevivirle para maldecirte y odiarte. Si él te matara á tí, yo le seguiria hasta la muerte, porque tú solo eres mi hermano, y él.....el es mi esposo, agregó la niña bajando los ojos.

Ladislao dirigió al cielo una mirada llena de blasfemias.

Montó en seguida á caballo, y se dirigió hácia el conde que aguardaba impasible el desenlace de aquel drama.

—Señor conde, Maia no quiere que nos matemos. Quiero dar á mi *buena hermana* ese placer, hoy que la veo por última vez. En cuanto á vos, señor, quisiera que la primera que nos encontrásemos, os acordarais de mí. Tened esto para mantener vivos mis recuerdos. Y esto diciendo Ladislao, levantó su látigo, y sin que el conde pudiera prever el movimiento, cruzó la cara de Rogerio, dejando en ella un surco de sangre.

En seguida se lanzó á escape por el rumbo de la quinta, atronando con sus gritos de dolor los bosques que bordaban el camino.

Dos dias despues se embarcaba en Calcutta para Bombay, y de allí tomaba el paquete que lo debia conducir á los Estados-Unidos por Australia y Panamá.

En cuanto á Maia, vivió todavía un año. Pero se entregó á los placeres con un desenfreno que habria avergonzado á la mas impúdica bayadera.

En un baile dado en honor de Rogerio, en el Dekan, una ráfaga de brisa helada bañó su seno desnudo, produciendo una dolencia aguda que la mató á los pocos dias.

Al tiempo de morir, le dijo á Rogerio: Si quereis que yo os perdone, prometedme que cuando veais á Ladislao le entregareis esta medalla.

Rogerio habia tomado aquel juguete de sándalo, en el que estaba grabado un diosecillo indio, y le llevó consigo mucho tiempo. Una vez llegado á México, tuvo el capricho de regalarlo, y así lo hizo dándoselo á nuestra linda conocida Rosario, en un baile de la Lonja.

CAPÍTULO XXII.

HISTORIA DE QUINCE AÑOS.

El *nabab* á quien tan cruelmente habia ofendido Rogerio, no se dió por entendido, ni elevó una queja, ni jamás se le oyó un reproche. Ausentes los dos hijos, el viejo Volinski y el príncipe indio vivieron mas íntimamente, aunque jamás las reminiscencias de aquella terrible época vinieran á ser objeto de sus conversaciones.

Así pasaron mucho tiempo.

La famosa insurreccion de los cipayes vino á acabar con aquella casa patriarcal, el nabab desapareció, Volinski se retiró á Calcutta, en donde fué víctima de su entusiasmo por la ciencia; la terrible epidemia que por tantos años habia estudiado, lo hizo su víctima.

Su mujer, la madre de Ladislao, se quedó enteramente sola en la India, y ya se habia resuelto á llamar á su hijo, cuando se le presentó un americano que hablaba el polaco con mucha perfeccion. Ese americano, despues de tener largas conferencias con la viuda, dió los pasos necesarios para realizar todos los bienes de Volinski, y cuando hubo situado aquellas inmensas cantidades en S. Petersbourg, se embarcó con su protegida, á bordo de un paquete americano, que debia desembarcarlos en New-York, doblando el Cabo.

Una vez embarcados, el gobernador general de Calcutta recibió una invitacion para ir á comer á

Digitized by Google

bordo del paquete americano, firmada por el *nabab* de Chandernagor. Era en efecto el viejo *nabab* el que se habia disfrazado, viviendo algunos meses en Calcutta, mientras arreglaba sus intereses y los de la viuda de su amigo Volinski. Para comprender la ira del prefecto inglés, al recibir aquella misiva, preciso es decir que tenia una órden especial de fusilar, inmediatamente que cayera en sus manos, al terrible indígena que desde Delhi hasta Cawnpore, habia aparecido como el angel exterminador, mostrando en medio de todos los incendios y de todas las carnicerías, su sable rojo de sangre hasta la empuñadura, y su rostro contraido por una sonrisa horrible, y en el cual brillaban siniestramente dos ojos negros semejantes á enormes cuentas de azabache incrustadas en mármol.

Ladislao esperaba á su madre en New-York. El *nabab*, que no conocia los Estados-Unidos, se detuvo ocho meses en América, tiempo que aprovechó perfectamente el jóven educando.

La catástrofe amorosa que le habia sobrevenido en la India, habia cambiado de una manera radical el carácter de Volinski. De alegre y jovial que era antes, se convirtió en serio y pensativo.

Los veinticinco años parecian haber esculpido un pliegue profundo sobre aquella frente broncínea.

Su cabeza parecia de continuo preocupada con una sola idea, que pasaba y repasaba por su cráneo haciendo centellear sus ojos.

Cuando hay una grande y constante obsesion de un pensamiento en el cerebro humano, poco á poco el cuerpo, como si quisiera convertirse en el molde de aquella idea, adquiere lineamientos y movimientos, por decirlo así, que bosquejan al atleta próximo á luchar ó por un principio santo ó por una causa criminal.

No hablamos sin fundamento. Proyectad desde lo alto un rayo de luz sobre el busto clásico del Dante, y tendreis una fisonomía fatídica, que da miedo. Esa es evidentemente la fisonemía del hombre que venia del infierno. Proyectad el rayo de luz desde abajo, y vereis los perfiles angulosos del amante de Beatriz, tomar no sé qué serenidad angélica; se diria que aquellas pupilas de piedra contemplan en la region infinita una vision de amor: *creatura bella, bianco vestita.*

Casi se adivina la idea de Dante bajo aquellas dos formas de su fisonomía.

El infierno social, el paraíso en el sueño, hé aquí la expresion humana de las dos ideas que bullian dentro de aquella fragua gigantesca.

Su rostro lo decia.

Tomemos al azar dos figuras dominantes en la historia.

Saquémoslas de una de las épocas mas conocidas de nuestros tiempos: de la gran revolucion francesa.

Marat una de ellas, Napoleon la otra.

Marat tenia una concrecion de horrores en el rostro. Aquella cara parecia hecha á hachazos. Su boca era la endedura de una gemonía. Un líquido corrosivo bañaba la esclerótica de aquellos ojos de pantera. Su cráneo tenia todos los aplastamientos. Ese miserable sentia correr en sus venas hiel en vez de sangre. Por eso la necesitaba tanto, por eso la pedia, por eso aquel filántropo pedia la cadaverizacion de una sociedad entera para declarar rey al harapo.

Marat era descendiente en línea recta de todos los miserables, y por eso personificaba todas las miserias.

Desde Clopin Trouillefou hasta Cartouche, todos los vencidos del órden social, todas las espumas que habia arrastrado en su marcha implacable el torrente de la monarquía en Francia, se condensaron en esa saliva.

El *Amigo del pueblo* es un pataleamiento de rabia; allí no habla el odio, habla el paroxismo. Marat es para nosotros la reaparicion de Cuasimodo en el seno de la revolucion. Cuasimodo es la personificacion del parásito inconsciente, del oprimido por la mano de la naturaleza y por la mano de la sociedad, del hombre condenado á ser ostra, y que tiene sin embargo una alma. La protesta de Cuasimodo fué terrible; el veterinario de las caballerizas del conde de Artois, consideraba á la Francia como á un caballo enfermo. De ahí la idea incesante de la sangría enorme.

Marat no es justificable.

Marat es explicable.

Aquella revolucion tenia en su seno demasiada cantidad de venganza, para que sintiendo el hacha entre sus manos no descargara el golpe. El sufrimiento durante los siglos pasados se habia aglomerado sobre el sufrimiento en el corazon del pueblo. El habia sido el aliado del clero contra el noble, y el clero tuvo barones feudales, y el pueblo quedó burlado; él habia sido el aliado del rey contra el señor feudal, y el rey le habia despreciado en cuanto el noble fué cortesano.

Dejamos á un lado todas las demas ofensas, son incontables. Pero fijémonos en esta: la humillacion. El dolor, la miseria, el hambre, pueden tener súbitas generosidades llegada la hora de su venganza. Los humillados no se detendrán jamás. Hé aquí la explicacion de la sangre en esa grandiosa revolucion, inmensa en sus errores, incomparable, sublime en sus virtudes.

Marat era la fórmula sangrienta y horrible del padecimiento de los viles. Era un mónstruo, que devoraba al pasado. Era el segundo miembro de esta ecuacion: humillacion más odio. Por eso si alguna vez la pluma fué puñal, fué entre las manos de Marat. Era la *jacquerie* coronada rey de los mercados.

En la revolucion habia el alma y el cuerpo.

El representante de los instintos animales fué la víctima de Carlota Corday.

Mirabeau fué allí el grito elocuente de la filosofía; Vergniaud, la voz de la república antigua sa-

Digitized by Google

ludando á la libertad nueva; Robespierre, la víbora virtuosa de aquel nido de águilas; Danton, ese era la revolucion misma con sus crímenes inauditos, con sus abnegaciones sublimes, con su entusiasmo de titan; ese desde el Sinaí revolucionario, miraba en las iluminaciones repentinas de la tempestad la vision serena del futuro, ese era el bosquejo sombrío del hombre providencial en medio de aquella ruina, hijo de Tiro, aquel atleta era mas grande que Ezequiel; Danton es una figura que parece bosquejada por Miguel Angel, es el toque de arrebato anunciando al mundo la llegada del porvenir. Marat, no: ¡Marat cree en el porvenir; pero en el porvenir de los harapientos, por eso se arrodilla ante la guillotina, confundiéndola, desdichado! con la libertad.

Las doctrinas revolucionarias de Marat tenian una filosofía, y una filosofía sublime. Venian en línea recta de Jesus, del capítulo V de la epístola católica de Santiago, del contrato social de Juan Jacobo. Hé allí tres manantiales puros y celestes en su orígen; pero que en el alma de aquel desheredado se envenenaron y se trocaron en sangre.

En esto, la figura de aquel demonio se identifica con la revolucion. Tambien ella venia del Evangelio, tambien ella venia del sufrimiento, tambien ella se convirtió en un enorme albañal al pié de la guillotina.

Ved el retrato de Marat, y os figurareis en el momento la historia de sus aspiraciones: la regeneracion del mundo por la sangre; hé aquí su perenne ambicion.

Y por eso su alma, poseida de tan monstruoso pensamiento, se agitaba dentro de aquel cráneo en horribles convulsiones, era una alma epiléptica; y las paredes de su prision se tornaban en deformes y monstruosas, con los sacudimientos irregulares del espíritu; de ahí aquella fisonomía en que domina el vértigo, como en la de Mirabeau domina la fealdad augusta del genio, como en la de Robespierre la fria táctica de la virtud revolucionaria, como en la de S. Just la idea desapiadada de la nivelacion de la humanidad, como en la de Danton el motin épico de la libertad de los pueblos, como en la de Napoleon el culto de César.

Julio César es el Napoleon romano, pero lleno de corazon, que era lo que le faltaba al César frances. El uno era ambicioso, pródigo, voluptuoso, conquistador.

El uno lloraba á los veinticinco años delante de la estátua de Alejandro, avergonzado de no haber hecho nada á la edad en que el héroe Macedonio habia conquistado al mundo de Oriente; de un sueño criminal deducia su futuro advenimiento al gobierno del orbe romano, y mientras decia que era mejor ser el primero en una aldea de los Alpes que el segundo en Roma, asentaba esta máxima impía, sacada de Eurípides y puesta en práctica por el hombre de Brumario y por el bribon del 2 de Diciembre: solo es permitido violar las leyes de un país para hacerse emperador.[1]

César pródigo, compró el pontificado, la cuestura, el consulado, de manera que al salir para España debia cerca de cincuenta millones, teniendo que responder el rico Craso, por la mitad de la deuda, para que los acreedores le dejaran partir.

César pródigo, dió á los pobres los campos de Stela que pertenecian á los dioses, y las llanuras de la Campania que pertenecian á la república; enviaba á los reyes, sus vasallos, diez mil cautivos, á uno y á otro veinte millones; daba comidas al pueblo entero; con motivo de sus victorias hacia celebrar fiestas públicas, en las cuales se representaban comedias en cinco lenguas diferentes, juegos en los cuales los hijos de las primeras familias de Asia y de Bithinia danzaban la pirrica; cazas para las cuales introducian en el circo trescientos leones, trescientos tigres, cuarenta elefantes y dos ejércitos; naumaquias en las cuales dentro de un lago cavado á sus expensas, una multitud de galeras de todas las especies chocaron bajo el nombre de Tirios y Egipcios, y banquetes en donde hubo tanto vino de Creta, que si en lugar de ir á los estómagos del pueblo hubiera corrido hácia el Tiber, le habria hecho salir de madre.

César voluptuoso, prohibia que se inscribieran en sus cuentas los gastos que hacia en esclavos jóvenes, porque se avergonzaba de la enormidad de tales sumas, y conquistaba la Gran Bretaña con la esperanza de encontrar perlas.

César voluptuoso, de quien decia Curion *stabulum Nicomedis et bithynicum fornicem* y á quien decia Ciceron cuando defendia á la hija de Nicomedes, hablando al romano del rey de Bithinia: *notum est et quid ille tibi et quid illi tu dederis*, y en cuyos triunfos cantaban los soldados: ciudadanos, cuidad de vuestras mujeres, traemos al calvo infame. César el voluptuoso, á quien llama el citado Curion el marido de todas las mujeres, *et omnium virorum mulierem;* que habia tenido por queridas á Postumia, esposa de Servio Sulpicio; á Locia, esposa de A. Calbinius; á Tertullia, esposa de Craso; á Mucia, esposa de Pompeyo; á Eunoe, esposa del rey moro Boguda; y que, como dice Dumas, habia dado á Servilia, por una noche de amor, una perla de 240,000 pesos, y á Cleopatra, por un momento de deleite, el reino de Egipto.[2]

César el conquistador, que en España sometió la Galicia y la Lusitania, que pasando los Alpes tomó de viva fuerza en las Galias ochocientas ciudades, subyugó trescientos pueblos, sometió á toda la Galia entre el Ródano y el Rhin, conquistó la Inglaterra, y luego volviendo las armas contra sus conciudadanos, conquistó á Roma, persiguió á Pompeyo desde Farsalia hasta Alejandría, quitó á Tolomeo el reino de Egipto, conquistó el Ponto en

1 Ciceron—de officiis.
2 Vid. Suetonius.

Digitized by Google

cuatro horas, pudiendo así grabar sobre el cuadro de su victoria, en vez de los detalles acostumbrados, Vine, ví y vencí; en seguida derrotó en Africa á Escipion y á Juba, sufrió la derrota moral del suicidio de Caton, y por último, arrancó de nuevo la España á los hijos de Pompeyo.

Por eso triunfó cinco veces en Roma, de las Galias, de Alejandría, del Ponto, de Africa y de España, en medio de festividades de una magnificencia fabulosa, y marchando en un carro rodeado de cuarenta elefantes que llevaban los candelabros.

Este libertino, este corruptor, este sibarita prodigioso, es el verdadero preparador de la civilizacion cristiana. César era un demócrata. Es necesario no hacerse ilusiones con el que pasó el Rubicon el año 49 antes de Jesucristo, así como con el que lo pasó tambien el año VIII de la república francesa.

En el uno hay el iniciador de este gran principio: todos los pueblos son iguales; en el otro hay el dispersador de este otro gran principio: todos los hombres son iguales. El cosmopolitismo de Julio César preparó el advenimiento de las nacionalidades libres, que vinieron luego, y al través de la tempestad de las invasiones bárbaras; unidas las labores de libertad que se iban operando en el seno de cada nacionalidad y la defensa comun de la patria, vino el respeto involuntario del noble por la comuna; de la defensa del trono, vinieron los privilegios del rey para la ciudad, y de la ciudad libre vino el parlamento provincial; y del parlamento provincial, al través de intermitencias sin número y de incontables vicisitudes, vinieron, ya no ayudados de la religion como las comunas, sino ayudados de la filosofía, los Estados generales, abuelos de la Convencion Nacional que hizo á Napoleon general de division, poniéndole por el sendero de Montenotte y Rivoli en la via triunfal de Marengo y Austerlitz.

Napoleon, el hijo de la revolucion social, y César, el padre de la revolucion civil, se dan la mano al través de diez y ocho siglos.

Es una filiacion de titanes que se puede seguir al través de la historia para llegar al mito esquiliano de Prometeo, ó al mito bíblico de Moisés.

La primera jornada de la revolucion francesa está en una ruina, la Bastilla; la primera jornada de la revolucion cristiana está en el Capitolio, otra ruina.

Sobre los vestigios de esa inmensa piedra miliaria, en la que ha sido coronado Petrarca, se levantó el hijo de Julio César, el hijo del imperio, no el hijo de Cristo: el papado.

Y esa civilizacion tuvo su razon de ser durante esa penosa elaboracion del mundo moderno que se llama la edad média.

Llegado Lutero, y llegado inevitablemente, se observó que aquella vieja momia se estaba reduciendo á polvo, y cuando se examinó atentamente aquella decrepitud, se observó que tenia un cadáver galvanizado, atado á sus piés con una esposa de hierro; ese cadáver era la monarquía.

Entonces hubo la grande resurreccion del derecho, á la que habian coadyuvado todos los siglos.

Porque la civilizacion cristiana es complexa; no solo en el seno de las diferentes nacionalidades ha pasado por matices bien característicos, tan dependientes de las condiciones de la vida y carácter de los pueblos, que puede decirse, v. g., que el cristianismo aleman, no era el cristianismo español, sino que siguiendo su marcha al través de las generaciones, y eliminando de sobre ella todos los elementos extraños, atando hilos, como se dice vulgarmente, y buscando bajo los escombros la idea del Calvario, se la encontrará constantemente vária y expresada en las diferentes circunstancias de maneras distintas.

Si esta observacion pudiera hacerse de una manera gráfica, yo pondria un solo hilo compuesto de otras hebras de distintos colores y cualidades, esto es, la civilizacion cristiana puede dar la unidad de progreso, nunca la unidad de caractéres.

La civilizacion cristiana fué primero esencialmente santa, luego fué, y fué naturalmente, imperial, luego goda, franca, lombarda, bárbara en fin, despues fué católica, esto es, *papal*, luego, y aquí se separa del camino de Roma, empezó á tomar un carácter monarquista, despues fué protestante, luego filosófica, revolucionaria en seguida, racional al fin.

Así es como nosotros comprendemos en la historia la marcha de la humanidad, así es como nosotros adoramos la idea del progreso.

Así es como ella queda en gran parte pura. Haciéndola imperial se la hace previsora; haciéndola papal se la hace antifeudal; haciéndola monarquista se la hace antitiránica; haciéndola protestante se le liberta de las bulas y de la inquisicion; filosófica se la libra de los jesuitas; revolucionaria se la hace viable para el porvenir, y racional se la emancipa del ateismo.

Napoleon, ya lo dijimos, es la idea de la revolucion armada de punta en blanco.

Es el Danton de la espada. Napoleon en el admirable retrato de Paul Delaroche, es el tipo del pensador, pero del pensador águila. En sus otros retratos, en el de Gros, en el de David, se ve demasiado al emperador. Se pone uno involuntariamente insolente frente á aquella majestad, levantada sobre la ruina de la república.

Frente á la magnífica cabeza de Delaroche, se pone uno pensativo, casi triste. Aquel es César presintiendo á Bruto en medio del triunfo. Es el emperador hecho hombre. Es el genio de la victoria, presa de un estremecimiento involuntario.

Qué ven esos ojos de águila de donde teme uno ver brotar una lágrima, si no se supiera que por aquel organismo corria la misteriosa é impalpable sangre que corre por las venas de un trozo de mármol.

Júpiter sin los rayos, hé allí la sombría imágen dibujada por el autor de *Los Hijos de Eduardo*,

Digitized by Google

y en la que puede considerarse el momento en que empezó la agonía moral de Napoleon.

Momentos pasajeros. La fé en su estrella abandonaba dificilmente al nuevo César.

Sabido es que en Waterloo, esos idus de Marzo de Napoleon, todo el mundo le vió sonreir con la misma sonrisa que tanto admiraba al autor de Corina.

Esa fé no la habia perdido ni en Santa Helena; pero era entonces la fé en el porvenir.

Por eso sentado en el banquillo de los acusados en la isla inglesa, aquel reo sublime pronunciaba su defensa ante el tribunal de la Santa-Alianza, que le colmaba de injurias. Detrás de aquel tribunal y de aquel hombre estaba la historia que los habia de juzgar á los dos.

El alma de Napoleon comunicaba no sé qué de inmenso y de inmutable á las líneas de su fisonomía.

Era muy bello. Su tipo es uno de los mas perfectos que haya habido.

Aquel hombre que debia organizar la revolucion, estaba magníficamente organizado.

Pero en su fisonomía, sobre todo, es en donde debe estudiarse el crecimiento paulatino de esta idea: César.

César, es decir, el poder, la gloria, el mundo. En los diferentes retratos que de él han quedado, la marcha, el desarrollo de esa idea es flagrante.

El general de division tiene una fisonomía correcta, delgada, huesosa. Solo sus ojos, cuya mirada profunda hacia estremecer involuntariamente, animaban un tanto el rostro del jóven vencedor de Arcola.

Ya al regreso de la campaña de Egipto, las líneas un tanto indeterminadas de su fisonomía, habian tomado una marca definitiva.

Con solo ver aquel rostro debia comprenderse que una gran decision, llena de peligro y de audacia, germinaba dentro de ese cráneo, dispuesto por Dios para concebir tan gigantescas empresas.

Despues del 18 de Brumario, que pasó sin dejar una sombra en aquella frente de mármol, el hombre de las batallas domina.

Sus ojos tienen fulgores magníficos. De ellos tomará su lumbre el sol de Austerlitz. La guerra, la dominacion, hacer venir al Papa para ungir su frente plebeya, arrebatar á los reyes sus Estados y sus coronas para dar ocupacion á su estado mayor. Ser Annibal en los Alpes y César en el Rhin, y Scipion en España, y Federico en Alemania, y Napoleon en Rusia. Llamar á un sargento príncipe, y sentarlo luego en el trono de Gustavo Wasa y del caballero vencedor de Lutzen; llamar á uno de sus dragones y trocar su sable en un cetro, y coronarlo rey de uno de los mas codiciados países del mundo; llamar á un buen hombre á quien Dios habia hecho para su desgracia hermano de un héroe, y hacerle ceñir á sus sienes la peligrosa corona de los Felipe y los Cárlos, y darle espuelas de acero para los hijos de Ruy Diaz y de Fernán Gonzalez; hé aquí todo lo que necesitaba aquella organizacion titánica, y lo que forzó á darle al destino mismo.

Esa exuberancia de accion nunca llegó á fatigar al hombre. Al contrario, como si ella fuera una apremiante necesidad de su salud, el jóven ético de la escuela de Brienne llegó á tener una gordura pontifical.

Entonces vino la época del capricho. Nos equivocamos, llegó la época en que aquel hombre estuvo de mas en el plan divino, y algo debió gritarle en su conciencia: «Ya no es tiempo; atrás.»

Aquel grito se percibe en el fondo del cuadro de Delaroche!

Pero el destino habia dado á aquel hombre el derecho de mirarle frente á frente.

«Atrás,» decia el destino. Napoleon respondió: «á Moskow.»

Y entonces formó con su tropa de gigantes un ejército que se llamó el gran ejército, y la Europa entera miró atónita atravesar desde el Rhin hasta el Vistula, aquella falanje inmensa que lo arrollaba todo á su paso y todo lo empujaba hácia el gran enemigo del Norte.

En medio de aquel millon de hombres marchaba el César, impasible, pálido, magnífico de audacia y de majestad, montado sobre su caballo blanco, escudriñando todos los rincones de la Alemania con su mirada de águila, como si presintiese que cada rincon de aquella tierra histórica podia ser para él en un momento dado un campo de batalla.

En Junio y Julio de 1812 quinientos treinta y tres mil hombres babian pasado el Niemen: en Diciembre del mismo año, habiéndose dispersado los cinco ó seis mil hombres que llevaban consigo, quince ó veinte oficiales reunidos en derredor del mariscal Ney y del general Gerard, repasaban tristemente el mismo rio, dejando tras ellos trescientos mil hombres muertos por el fuego, el frio y el hierro, y todos los demás dispersados ó en los hospitales.

La leccion habia sido tremenda. No habia un solo pueblecillo de Europa en donde no se tuviese que llorar la pérdida de algun hijo ó esposo sacrificado en las aventuras de aquel hombre. Todo el mundo comprendió que era preciso doblar la frente ante la suerte, todo el mundo, y Napoleon el primero; pero la lucha con el destino estaba entablada, y en un arrebato de genio, aquel hombre que lo habia perdido todo arrancó á la victoria las espléndidas jornadas de Lutzen, Bautzen y Dresde.

No fué eso todo. Lo que su genio habia conseguido lo perdia al instante su orgullo; y aquel hombre, cuando creia consolidado su poderío occidental, tuvo que pasar por las horcas caudinas de Leipsick, y luego, de victoria en victoria, encontrarse á bordo del bajel que le conducia al destierro.

Aun tentó rebelarse contra aquella mano misteriosa que con un dedo de hierro le señalaba la puerto por donde debia marcharse del mundo político, en el que habia ya dejado una huella imborrable; pero el gigante vino á tierra en Watterloo, y maniatado por

Digitized by Google

la Europa entera fué conducido á una roca en donde renovando el mito de Esquilo, y mientras un buitre le roia las entrañas y las Oceánides lloraban en torno suyo, aquel titán lanzaba á la faz del mundo sus monólogos proféticos.

Napoleon tuvo dos grandes crímenes; uno voluntario, involuntario el otro: El 18 Brumario y su gloria. El 18 Brumario ha hecho para siempre una cosa despreciable ese paso del sagrado Rubicon, en cuya orilla debian detenerse las legiones. Desde entonces data ese furor de golpes de estado que ha burlado frecuentemente las mas bellas esperanzas de la libertad. El *alea jacta est*, es una desvergüenza oficial en la boca de todos los Napoleones por decreto, como Narvaez, Serrano, Iturbide, Santa-Anna y otra infinidad de bribones que vienen tejiendo hasta el dia la historia trascendental de las borracheras de cuartel.

Su gloria; porque ella ha ofuscado, ha enfermado á fuerza de brillo el nervio óptico de un pueblo, y este ha olvidado que la única grandeza es la que se adquiere para la libertad y por la libertad, y solo al pronunciar un nombre que debia estar naturalmente aislado en la historia, los enanos se han convertido en gigantes por una ilusion de óptica, y los sobrinos, siquier fueran bribones de la peor especie, en Augustos, en emperadores, en monarcas absolutos del pueblo que tan gloriosamente pisoteó el derecho divino en la plaza de la Revolucion y en el Hotel de Ville.

Todavía no se puede juzgar imparcialmente al primer emperador. Su sombra se refleja aún sobre la Francia, y á esa sombra se ha levantado la mas infame de las tiranías, la que si no fuera digna del látigo de la revolucion, seria digna del látigo de Molière; la que si no hubiera conseguido el descenso moral de un pueblo, habria acabado por una carcajada inmensa, y que en este instante, afectando dejar sus ropas de Tartuffe, ha descubierto al mundo el espinazo apolillado y la sangre engangrenada de Luis de Beauharnais. Y ponémosle el apellido de su madre, por no tener padre conocido el actual emperador de los franceses.

Más de lo que hubiéramos querido, y dejando guiar á nuestra pluma por la corriente de las ideas, hemos hecho una larga digresion histórico-frenológica, basada en un punto muy sencillo y que recordaremos aquí á nuestros lectores:

Volinski habia cambiado de carácter y habia cambiado de fisonomía, y carácter y fisonomía se habian ido amoldando á la idea que dominaba constantemente en su cerebro.

Esa idea se desarrollará en el curso de este libro, será la idea-ángel, será la redencion.

Volinski era muy alto. Su rostro primitivamente blanco como la leche, habia tomado un tinte de oro en la India. Su frente era muy ancha y cargada sobre las cejas. Sus pupilas eran de un azul casi negro, lo que le hacia decir á su madre que hasta sus ojos habian cambiado, pues en su adolescencia eran de un azul claro.

Nacido Ladislao en la region de Europa, en donde las razas son mas bellas, podia pasar como un verdadero tipo de belleza en cualquier parte del mundo.

Habia dejado crecer su barba recortándosela á la Enrique IV, y su espeso y retorcido bigote ocultábale la parte superior de la boca mas deliciosa que hubo jamás.

El *nabab*, que idolatraba á Ladislao, hizo pintar en Francia por Hipólito Flandrin un retrato del jóven cosaco vestido de hugonote.

El artista quedó encantado de la idea, y con su maravilloso arte de imprimir el carácter á una fisonomía y de copiar los vestidos, hizo al *nabab* un retrato verdaderamente hermoso de su jóven amigo.

Parecia un Gaspar de Coligni ó un Montgomeri en plena juventud, aquella figura severa y dulce á la vez, vestida de terciopelo negro, poniendo sobre la Biblia abierta una mano que parecia hecha para manejar la espada y aterrar con ella á sus enemigos, y fijando enfrente de él una mirada pensadora en la que vagaba como una centella de fuego la pujante aspiracion á la lucha y al sacrificio.

Era un atleta cristiano, lleno de virtud y de fé, lleno de bravura y de genio.

Cuando Flandrin expuso en su taller aquel cuadro soberbio, bajo el título de *Un noble hugonete*, todas las jóvenes católicas suspiraron por los tiempos de herejes y ligueros, en que habia hombres tan bellos y en que una San Bartolomé cualquiera hubiera podido proporcionarles la inmensa satisfaccion de salvar de las manos del de Guisa, á un Lamole semejante.

Muchas ancianas nobles propusieron comprar el cuadro, pero el artista anunció que ya estaba vendido en veinte mil francos. Entonces se propuso á Flandrin sacar copias y venderlas: el pintor respondió que no podia porque la tela en cuestion era un retrato.

—¿Retrato de quién? preguntaron las mujeres.

—De un príncipe Slavo.

—No le hemos visto aún en los lúnes de la emperatriz, dijeron ellas.

—¿Ni en Jocquey-Club? agregaron ellos.

Quedó, pues, establecido que habia en Paris un príncipe incógnito que tenia el rostro mas lindo del mundo.

La tarde de la declaracion de Franlin, un jóven vestido de rigoroso luto paseaba por el bosque de Boloña en un magnífico faeton, tirado por un tronco de caballos persas que hubieran podido manejarse con el aliento. A este jóven acompañaba otro, vestido tambien de negro, pero de maneras francas, soberbia cabeza, mirada centellante y cutis un poco trigueño.

El que conducia el carruaje se llamaba Volinski, el otro tenia un apellido italiano, G*** Platicaban de la revolucion futura.

Digitized by Google

La gloria del segundo imperio acababa de justificarse en Alma y Malakoff, y el gefe de la dinastía estaba satisfecho porque creia que el trono napoleónico quedaba fundado en Francia por largos años.

—No será, decia G*** que era un estudiante de derecho, no será. A la primera oportunidad amotinaremos los arrabales.

—Sí será, respondia Ladislao, sí será. Una revolucion vendrá; pero vendrá del pensamiento de la Francia entera, y esa será la definitiva.

—Oh! será preciso esperar mucho, y para esperar tranquilos yo no sé qué hacer.

—Trabajar, respondió Ladislao.

—Trabajar, decís: dejadme conducir vuestro coche, son ya las siete de la noche.

G*** sin decir una palabra mas, guió á su amigo, y atravesando Longchamp en toda su longitud, salieron por la puerta de Neulli y atravesaron por debajo del arco de triunfo, bajaron por la avenida Grabrielle, y por la Rue-Royale entraron en los bulevares; frente á Rossini, en la contra esquina del Boulevard de los italianos y de la Chaussèe d'Antin, se detuvieron para que Ladislao tomara un sobretodo y sus armas; luego guiando siempre G*** tomaron por la derecha, subieron la calle de Rivoli hasta el nuevo boulevard de Sebastopol, atravesaron el Pont-au-Change, y cruzando detrás de Nuestra Señora entraron por el puente San Miguel á la otra orilla; luego tomaron la calle de las Escuelas, y entrando al país latino fueron á detenerse en una casa de la calle de la Boulangerie.

Eran las ocho y cuarto de la noche cuando el *groom* de Ladislao tocó á la puerta de la habitacion. Los dos jóvenes saltaron con presteza y entraron. Despues de cruzar varias habitaciones en el segundo piso y como marchando hácia el centro de la manzana, G*** detuvo á Ladislao.

Se encontraban en un elegante gabinete de trabajo. Las paredes estaban cubiertas por libreros de palisandro y pequeñas ménsulas de Carrara conteniendo los bustos de algunos personajes célebres de la historia.

Los bustos eran doce. En el centro un bajorelieve representando á Cristo arrojando á los mercaderes del templo. De los dos lados de aquel cuadro de mármol, estaban, Santiago el autor de la célebre epístola é Hipatia. Los otros diez bustos eran los de Juana de Arco, Juan de Hus, Savonarola, Lanuza, Mirabeau cubierto con un crespon negro, Danton, St. Just, Kosciusko, Roberto Blum y D'Arcole, el pobre muchacho que murió en la revolucion de 1830 envuelto en la bandera tricolor.

—Este es un panteon, amigo mio, dijo Ladislao; en la puerta de este gabinete podia grabarse la célebre inscripcion: «A los grandes hombres, la patria reconocida.»

—A los grandes muertos, es cierto, contestó G***; podia en vez de vuestra inscripcion ponerse esta otra: «A los mártires de la libertad.»

—Esa la llevamos todos en el corazon, respondió Ladislao.

—Supongo, agregó el cosaco despues de una pausa, que esta habitacion no es vuestra tambien.

—No, es la de un jóven nieto de un general de la gran República, guillotinado por los termidorianos, y que por un acaso de la suerte que hizo que su padre se casase con una mujer inmensamente rica, se encuentra hoy en posicion de ayudar á la revolucion de una manera poderosa.

—¿Y él es el que ha hecho colocar aquí este apostolado de mármol?

—Sí; pero entre estos doce hay un júdas para él y para mí tambien, y ese es este, dijo G*** señalando el busto de Mirabeau.

—Por eso, añadió á poco, le hemos cubierto con un velo negro, como nuestros padres lo hicieron en la Convencion nacional cuando se descubrió el armario de hierro.

—¿Cuál de todos estos es vuestro preferido, G***? dijo Ladislao.

—Danton; respondió con su viveza meridional el interpelado. Danton es el hijo legítimo de la revolucion. En él, nada de bastardía. Como su madre, este gigante fué un bosquejo inmenso de virtud y de grandeza, de pasion y de generosidad. ¿Qué decís de ese coloso que se asoma á un balcon de las Tullerías para dar las gracias en nombre del pueblo frances al cobarde populacho de Setiembre?

—¡Oh! dijo Volinski.

—Callad, exclamó el jóven irguiéndose lleno de fiereza y de inspiracion; callad, no le calumnieis; él ha aceptado ante la posteridad todas las acusaciones; la idea santa de la revolucion francesa era el alma de ese Hércules del motin; dejadle gritar con su voz de tempestad, que era el doble de muerte del pasado, las palabras magníficas que salvaron á la revolucion en su cuna; dejadle invocar la fraternidad de los pueblos, sobre el cadalso de los monarquistas; dejadle lanzar al mundo estas palabras, que como franceses y como revolucionarios nosotros recogemos, alta la frente y el pecho descubierto: «Dad la mano á los pueblos que están fatigados de tiranía, y la Francia será salva, y libre el mundo. Que nuestros comisarios, llenos de energía, partan esta noche, esta tarde si es posible. Que digan á la clase opulenta: El pueblo solo tiene sangre, y la prodiga; vosotros, miserables, prodigad vuestras riquezas! ¡Que tenemos una nacion entera por palanca; la razon por punto de apoyo, y aun no hemos trastornado al mundo! Mi única pasion es la del bien público; solo conozco al enemigo, batámosle. Vosotros me fatigais con vuestras disensiones; os repudio á todos como traidores. Eh! ¿qué me importa mi reputacion? Sea libre la Francia y mi nombre mancillado. ¿Qué me importa ser llamado bebedor de sangre? conquistemos la libertad, y nuestro nombre será salvado, é iremos gloriosos á la posteridad.» No te asustes, Ladislao, no te asustes de estas palabras arrancadas á un corazon titánico por el odio

Digitized by Google

al extranjero y el fanatismo de la libertad. Déjalas lanzarse al viento como el huracán que se desata en la arena caliente de los desiertos africanos; déjalas llegar hasta nosotros, que á su paso tambalearán todas las ideas monárquicas como las espigas al paso del simoun. Danton, hijo de la revolucion francesa, yo te bendigo, yo te acepto. Tal vez mañana tengamos que pronunciar esas mismas palabras sobre la Francia convertida de nuevo en campamento: tú aceptaste sobre tu cabeza una mancha de sangre, porque conociste que la revolucion necesitaba de tí como tú necesitabas de ella: bendito seas tú que no renegaste de tu madre y la presentaste al mundo, sublime de genio y de audacia. Mucho les debe á los dos el mundo; como tú temias, la posteridad te ha calumniado; ¿y qué te importa si salvaste á la Francia? Yo, yo te acepto, y vergüenza al frances que tuviera miedo de tu nombre; yo te acepto porque tengo la conciencia pura, y si alguna mancha tenias tú en la tuya, yo la quiero dividir contigo, porque si fuiste sanguinario habias sido esclavo, y si tu aliento de leon se siente bajo el vértigo de la revolucion francesa, ese vértigo era el de la redencion de los pueblos. Ladislao, mi primer hijo se llamará Danton.

Volinski seguia con su ardiente mirada los movimientos de aquel atleta de veinte años. Su palabra vibraba apasionada, magnífica, sonora. Habia inflexiones celestes en la garganta del jóven tribuno.

G*** al acabar aquella arenga habia caido en un sillon, y su cabeza de romano reposaba entre sus manos.

Pasaron tres minutos.

Presentóse entonces un estudiante vestido con extravagante gracia, y saludando á Volinski se dirigió hácia el orador.

—Te hemos oido desde allá dentro; yo no te digo nada porque sabes cuánto te quiero, pero nuestros hermanos te felicitarán en mi nombre. Venid, señores.

G*** y Volinski siguieron al recien venido, que tocando un resorte hizo girar el bajorelieve dejando descubierta una puerta y el principio de una escalera. Subieron doce escalones y entraron en una gran rotonda oculta en el centro de la manzana, y cuya construccion, á costa de habilidad y de dinero, habia sido llevada á cabo con perfecto éxito y seguridad.

La rotonda no tenia una sola ventana; de manera que se iluminaba constantemente con hachones.

Aquella luz y las colgaduras rojas que cubrian las paredes no le daban un aspecto sepulcral, pero sí terrible.

Allí no habia mas que un busto de bronce hecho por David y que estaba sobre una columna de pórfido negro.

En el zócalo del busto habia una corona de ciprés, en su frente una corona de encina.

Sobre aquella cabeza de un tipo bastante vulgar, aunque un frenólogo hubiera notado en ella los órganos de la probidad y de la abnegacion perfectamente desarrollados, habia una tabla de mármol negro sostenida por cuatro enormes clavos de bronce.

En esa tabla habia una inscripcion en relieve, que así decia: «A la República Francesa.—24 de Febrero de 1848.—2 de Diciembre de 1851.» En el pórfido de la columna se notaba este nombre escrito con letras de oro: *Baudin.*

Baudin, como saben nuestros lectores, fué uno de los innumerables mártires del motin bonapartista de Diciembre que aun sigue entronizado en Francia. El carácter de representante del pueblo y el incidente que entristeció los últimos momentos de su vida, han dado á su muerte un realce verdaderamente heróico y sublime.

Eugène Tenot, el narrador implacable é imparcial del golpe de Estado, cuenta que despues de que algunos soldados mandados por el capitan Petit, que luego hemos conocido coronel en México, se apoderaba poco á poco de una barricada en que habia varios diputados, uno de los defensores, creyendo que se atacaba á los representantes, hizo fuego sobre la cabeza de la columna que respondió al instante con una terrible descarga.

Baudin cayó muerto.

Pocos minutos antes de la llegada de las tropas invocaba la cooperacion de un grupo de obreros. Uno de ellos le dijo:

—¿Vd. cree que queremos hacernos matar para conservarle sus veinticinco francos diarios?

—Aguardad un minuto, amigo mio, replicó Baudin con una amarga sonrisa, y vais á ver cómo se muere por veinticinco francos!

A la entrada de Volinski y de G*** todos los concurrentes se levantaron; eran diez. En el fondo de la rotonda, sentado sobre un sillon cubierto de almohadas, estaba el presidente.

Era un jóven muy pálido, con grandes ojos azules y cabello de un castaño dorado. Su figura era muy bella, aunque fria y austera.

Aquel jóven estaba baldado enteramente, y para trasportarse de un lugar á otro necesitaba del auxilio de sus criados.

Era el dueño de aquella casa. Su vida entera y su fortuna, consagradas á la república, daban á su fisonomía un aire sublime de abnegacion y de entereza que hacia inclinar la cabeza á todo el mundo.

Parecia que aquel hombre tenia toda la vida concentrada en los ojos y en sus blancas y delgadas manos, que tenia en constante movimiento.

Vestia un largo sobretodo de paño negro, que hacia resaltar mas la palidez de su rostro. Los otros jóvenes tenian todos figuras mas ó menos inteligentes y expresivas.

G*** fué á ocupar el lugar que le estaba designado, como acusador. Este lugar era una tribuna en cuya parte delantera estaban grabadas las iniciales del lema de la república: L. I. F. Al lado de esa tribuna, y al alcance de la mano, habia una mesa cargada de papeles y de libros. Todos aque-

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google